pijoan

historia del mundo

2

salvat

historia del mundo

pijoan



TOMO SEGUNDO



PIJOAN

HISTORIA DEL MUNDO

2

SALVAT







historia del mundo



Trípode con candil. Romano. (Museo Arqueológico de Barcelona.)

pijoan

historia del mundo

2



BARCELONA - MADRID
BUENOS AIRES - MEXICO - CARACAS - BOGOTA - RIO DE JANEIRO

Primera edición . . 1926-1930
Segunda edición . . 1950
Tercera edición . . 1952
Cuarta edición . . 1955
Quinta edición . . 1960
Sexta edición . . . 1961
Séptima edición . . 1962
Octava edición . . 1963
Novena edición . . 1965

Depósito Legal B. 3.467. — 1965 (2)

N.º R.º B. 59. — 65 (2)

Imprenta Hispano-Americana, S. A. — Barcelona
PRINTED IN SPAIN



Procesión cívica del Ara Pacis, con sacerdotes y miembros de la familia de Augusto.

INDICE DE CAPITULOS



Apoteosis de Homero respaldado por las personificaciones de la *Ilíada* y la *Odisea* y aclamado por las nueve Musas.

1 HOMERO Y LOS AQUEOS

En el umbral mismo de nuestra civilización occidental, dos grandes monumentos literarios sorprenden el ánimo por su magnitud y belleza: son las dos epopeyas griegas, la *Ilíada* y la *Odisea,* atribuidas desde la antigüedad a un bardo llamado Homero. Los antiguos nos dejaron solamente biografías fantásticas del poeta. Creyeron, eso sí, en la existencia de un cantor de profesión y ciego de nacimiento, llamado Homero, posiblemente natural de Esmirna o de Chíos, porque usa un dialecto jónico y porque, refiriéndose en la *Ilíada* a Locris, dice que está en el otro lado de la isla de Eubea, o sea en la costa occidental de aquélla, lo que no podría afirmar si hablara el autor desde la Grecia europea. Pero excepto estos dos datos, sólo fábulas conocemos acerca del supuesto autor de la *Ilíada* y la *Odisea.*

Por muchas razones filológicas e históricas, hoy se cree que los poemas homéricos datan del siglo VIII o IX antes de J. C. El nombre de Homero, sin embargo, no aparece mencionado hasta el año 550 por Jenófanes, y hasta un siglo más tarde no cita Heródoto la *Ilíada* y la *Odisea.* Existe, pues, un período de cerca de quinientos años en que reina la más completa obscuridad acerca de Homero y los poemas homéricos. El hecho de no ser mencionados, no quiere decir que no existieran, pues no se explicaría la gran popularidad de que gozaban más tarde sin un largo período de tiempo para difundir su relato y labrar su reputación. Durante la época clásica, Homero era casi el único texto indiscutible de las escuelas y había eruditos que podían recitar de memoria 13.000 versos de la *Ilíada* y otros tantos de la *Odisea.* En uno de los diálogos de Jenofonte, uno de los interlocutores dice así: «Deseando mi padre hacerme un hombre bueno, me obligó a aprender de memoria toda la poesía de Homero, de manera que ahora puedo repetir la *Ilíada* y la *Odisea* sin equivocarme.»

Para enseñar y comentar a Homero había centros especiales; el más famoso era el de Chíos, donde un grupo de poetas que se llamaban *los Homéridas* pretendía hacer descender su tradición del propio Homero. En la edad de oro de la Grecia clásica



El Olimpo, con el ventisquero de la cumbre. 3.600 metros.

son innumerables las manifestaciones de lo que podríamos llamar el culto de Homero. Oyendo Hierón, tirano de Siracusa, a Jenófanes, que criticaba la manera de presentar Homero a los dioses, le replicó diciendo: «Este Homero que vos criticáis, tiene, no obstante estar muerto y enterrado, más de diez mil poetas que le sirven, mientras que vos, estando vivo, no podéis mantener ni siquiera un criado.» Platón llama a Homero «el más sabio» y «el más divino de los poetas», «el poeta entendido en todas las cosas». Aristóteles, Virgilio, Horacio, Quintiliano, Séneca y Cicerón prodigan sus elogios al divino Homero; Sócrates muere recitando uno de sus versos, y al Petrarca se le encuentra muerto con la cabeza doblada sobre un manuscrito de la *Ilíada*. Milton imita a Homero sin escrúpulo. Goethe dice que sus poemas deben leerse cada año; Schiller no sabe cómo expresar su admiración, su agradecimiento; Mistral empieza su *Mireia* llamándose «indigno aprendiz del gran Homero». Se suceden los siglos, las generaciones cambian de ideales, pero continúa hasta nuestros días *el culto* a Homero. Shelley dice: «¡Qué sería nuestra humanidad si Homero y Shakespeare no hubiesen escrito!» Es indudable, dice el profesor Lang, de Cambridge, que si se nos diera a escoger entre Homero y toda la restante poesía griega, nos quedaríamos con Homero. Es el más antiguo, pero él solo pesa más que toda la subsiguiente producción literaria de Grecia. De los papiros griegos encontrados en Egipto con fragmentos literarios, la mitad son de la *Ilíada* y la *Odisea*.

Y lo sorprendente es que estos dos tesoros de maravillosa belleza han llegado hasta nosotros íntegros, perfectos, tal como los leían los griegos de la Grecia clásica. En las citas de los autores antiguos hay algunas variantes, hasta aparecen versos que no se hallan en nuestro texto, pero ello ocurre con todos los autores; son descuidos inevitables de los copistas. El texto definitivo, la que podríamos llamar edición crítica de Homero, no se redactó hasta el siglo II antes de J. C. y posiblemente la depuraron los bibliotecarios de Alejandría, Aristarco y Calímaco, pero éstos mencionan manuscritos de los poemas homéricos de Chíos, Chipre, Creta; de Sínope, en el mar Negro, e incluso de Marsella, en las Galias.

En un principio los poemas homéricos debieron de transmitirse por tradición oral, como los Vedas y el Corán, y tantos otros textos sagrados. En la *Ilíada* y la *Odisea* nunca se hace mención de la escritura; en cambio, se habla de signos pictográficos. En la *Ilíada* precisamente se intercala la historia de un joven príncipe, llamado Belerofonte, quien despierta sin motivo los celos de un rey que le hospedara en el destierro; éste le envía a su suegro con un mensaje que Belerofonte no podía descifrar, pero que debía serle fatal si los dioses no

Signos prehelénicos	Silábicos	Griego clásico	Traducción
[illegible]	DO-E-RO	DOULOS	CRIADO
[illegible]	DO-E-RA	DOULE	CRIADA
[illegible]	PA-KA-NA	PHASGANA	ESPADAS
[illegible]	A-KE-RO	ANGELOS	MENSAJERO
[illegible]	I-JE-RE-JA	HIEREIA	SACERDOTISA
[illegible]	NA-U-DO-MO	NAUDOMOI	ARMADORES
[illegible]	A-TO-PO-QO	ARTOKOPOI	PANADEROS
[illegible]	RA-PI-TI-RAI	RAPTEIRAI	COSTURERA
[illegible]	I-JA-TE	IATER	MEDICO
[illegible]	TU-KA-TE-RE	THUGATÈRES	HIJAS
[illegible]	PO-ME	POIMEN	PASTOR
[illegible]	TO-SO	TOSSOS	TANTOS
[illegible]	KO-WO	KOUROI	MUCHACHO
[illegible]	E-KO-TE	EKHONTES	HABIENDO

Interpretación de algunas palabras de la escritura lineal minoica en las tabletas de Pylos, que revelan semejanza con el griego clásico.

le hubieran protegido. *Grabó* (el rey) *horribles signos en una tableta plegada, encargándole que la mostrara a su suegro para que éste le hiciese perecer.* ¿De qué era esta tableta? Tal vez de metal, aunque más probablemente de arcilla, como las barras con signos que encontró Evans en Knosos y también las de Pylos.

Actualmente empezamos a comprender el valor de estos signos. Un joven arquitecto inglés, comparándolos con otros análogos encontrados en Creta, ha podido descifrar algunas palabras que se asemejan a las del griego clásico.

Homero hace mención en la *Odisea* de cantores profesionales que acompañándose de la cítara improvisan o repiten viejos poemas que saben de memoria. Hasta hay personas de alcurnia, que no tienen fama de poetas, como Aquiles, distraen sus ocios con el canto de poemas épicos. En la *Ilíada* se dice que Aquiles, pulsando una lira de que se había apoderado en el saqueo de una ciudad, *se deleitaba el alma cantando las glorias de los héroes antiguos.*

Tomando todos estos datos sin prejuicios, he aquí lo que aparece claro: primero, que antes de Homero hubo ya poetas griegos, más antiguos que él, por consiguiente, y que improvisaban cantos épicos; segundo, que estos cantos se transmitían por tradición oral, y que la *Ilíada* y la *Odisea* debieron de componerse antes de la introducción del alfabeto en Grecia; tercero, que al ser copiados en manuscritos ya tenían, poco más o menos, la estructura y la forma que tienen hoy; cuarto, que la edición definitiva, revisada y limpia de errores, no se fijó hasta el siglo II antes de Jesucristo en la Biblioteca de Alejandría.

Si el lector ha leído con atención, observará que, a pesar de haber establecido estos cuatro puntos importantes, no conseguimos mucha luz acerca de Homero ni de cómo se produjeron la *Ilíada* y la *Odisea.* Vamos, pues, a informar al lector de la llamada *cuestión de Homero,* la más fenomenal disputa literaria que han presenciado los siglos.

En la antigüedad nadie dudó de la existencia de un Homero, pero se levantaron sospechas acerca del número y de la autenticidad de sus obras. Además de la *Ilíada* y la *Odisea,* se atribuyeron a Homero otros poemas épicos, que se llamaron *el ciclo homérico,* y unos himnos religiosos, que tie-



Fragmento de página de un manuscrito de la *Ilíada*, con los escolios o notas de Aristarco, el erudito bibliotecario de Alejandría.

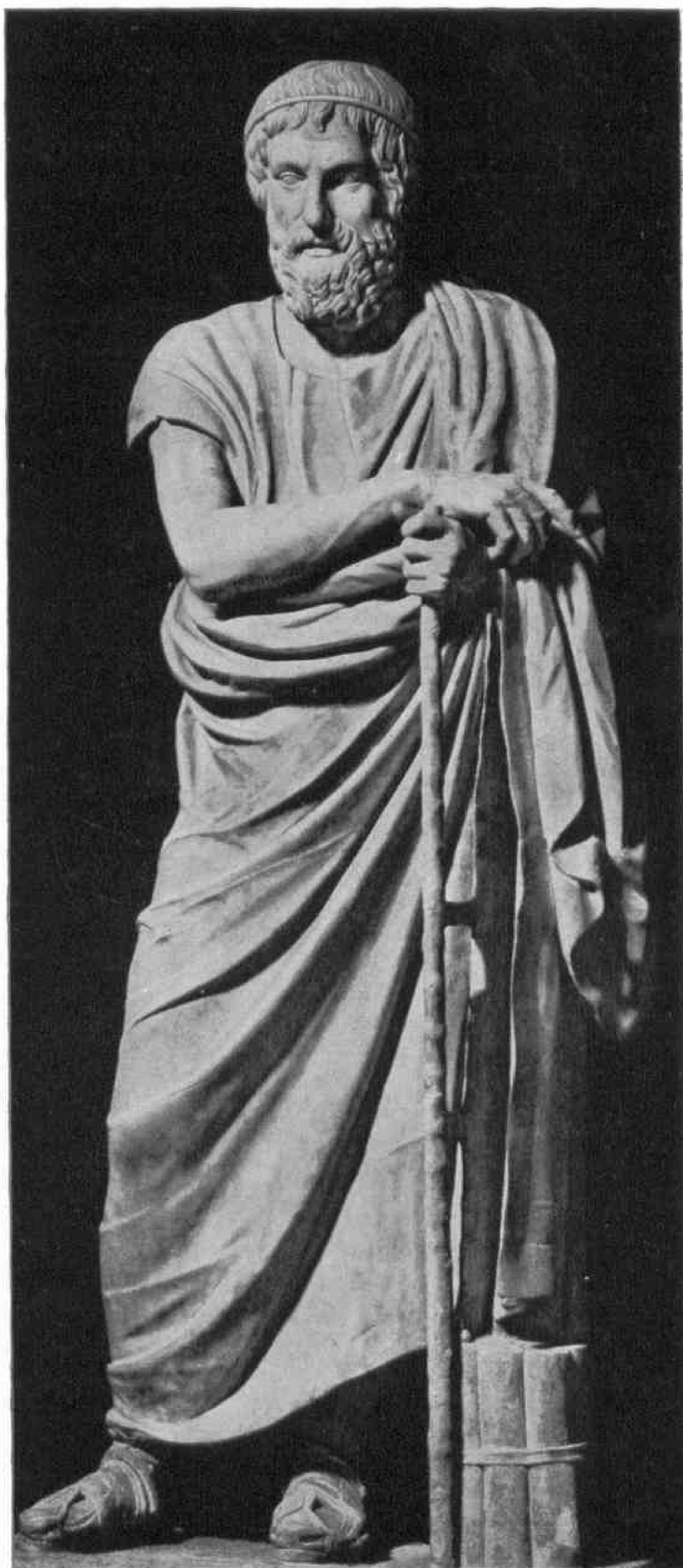
nen cierto valor épico. La paternidad de Homero para estos otros poemas e himnos no se sostuvo con calor: ya hemos visto que el joven del diálogo de Jenofonte dice que aprendió a Homero de memoria y puede recitar la *Ilíada* y la *Odisea,* pero no menciona ni los himnos ni ningún otro poema. De manera que Homero queda reducido a la *Ilíada* y la *Odisea,* y sobre estos dos libros se discute hoy al hablar de Homero. Pero hasta para la *Ilíada* y la *Odisea* empezaron las dudas en la antigüedad. Algunos gramáticos de Alejandría, llamados *corizontes,* o separatistas, trataron de separar la *Ilíada* de la *Odisea,* atribuyendo esta última a un autor diferente. No encontrando ninguna tradición en el pasado, no pudieron atribuirla a nadie, ni tan sólo inventar un misterioso poeta para que fuera este segundo Homero autor de la *Odisea,* pero insistieron en que la *Ilíada* y la *Odisea* no eran obra de un mismo autor.

Los primeros ataques serios contra Homero no empezaron hasta el siglo XVIII, en Francia. «*Il y a des savants* — dice Carlos Perrault —, *qui ne croient pas à l'existence d'Homère, et qui disent que l'Iliade et l'Odyssée ne sont qu'un amas de plusieurs petits poèmes de divers auteurs qu'on a joints ensemble. C'est l'avis de très habiles gens. L'Abbé d'Aubignac n'en doutait pas, il avait des mémoires tout écrits.*»

Estas ideas del abate de Aubignac fueron repetidas y reforzadas con todo el aparato de la ciencia alemana por Federico A. Wolf, profesor de la Universidad de Halle. Su libro *Prolegómenos de Homero,* publicado en el año 1795, causó gran sensación. Goethe, que se hallaba escribiendo entonces un poema épico, *Hermán y Dorotea,* parece respirar, al verse libre de la pesadilla de un Homero inimitable. Le asustaba la grandeza insuperable de la *Ilíada* y la *Odisea.* ¡Si estos poemas, como decía

Wolf, eran obra de varios poetas, ya no parecía tan milagrosa su aparición! No obstante, el mismo Goethe escribe a Schiller: «A pesar de las razones de Wolf, estoy cada vez más convencido de la unidad indivisible de la *Ilíada;* no hay, ni aparecerá nunca, nadie que pueda destruirla.» He aquí, pues, toda la base de la disputa: los Goethe contra los Wolf, los poetas insistiendo en que la *Ilíada* y la *Odisea* tienen una unidad indivisible, y los críticos analizando cada concepto, discutiendo cada palabra para encontrar incoherencias, impropiedades y contradicciones. Obsérvese que decimos incoherencias, impropiedades, contradicciones, y no decimos imperfecciones, porque hasta los críticos más severos confiesan que los versos o fragmentos cuya paternidad niegan a Homero son de la mayor belleza. No es poesía lo que falta en la *Ilíada* y la *Odisea,* según los críticos, sino orden, encadenación y unidad. Pero cuando tratamos de averiguar lo que, poniéndonos de acuerdo con la crítica, debe considerarse como espurio en la *Ilíada,* con sorpresa nos encontramos ante una gran diversidad de opiniones. Los profesores de literatura, por lo general alemanes, que tratan de encontrar defectos de composición en Homero, disienten entre sí, y si les hiciéramos dividir la *Ilíada* y la *Odisea* en pequeños poemas cortos, notaríamos también que existe gran variedad en sus divisiones. La divergencia, pues, continúa en pie. *La cuestión de Homero* sigue apasionando los ánimos en el momento presente y quién sabe lo que durará, pero la balanza parece caer del lado de un solo Homero, único autor de la *Ilíada* y la *Odisea.* He aquí, para resumir, las tres principales teorías sobre la elaboración de los poemas homéricos:

Primeramente la doctrina de Wolf, según la cual cantores primitivos venían repitiendo desde muy antiguo *sagas* o cantos populares (que en castellano llamamos *romances)* de los héroes legendarios, tomando por asunto principal de sus cantares los episodios de la guerra de Troya y el regreso de los caudillos griegos a sus lares. Estos cantos populares fueron conocidos en Atenas al regresar Solón de sus viajes; por lo menos, consta que trabajó para enseñar cómo debían cantarse. Más tarde, continúa diciendo Wolf, en la misma Atenas, Pisístrato y sus hijos nombraron una comisión encargada de *codificar* la *Ilíada* y la *Odi-*



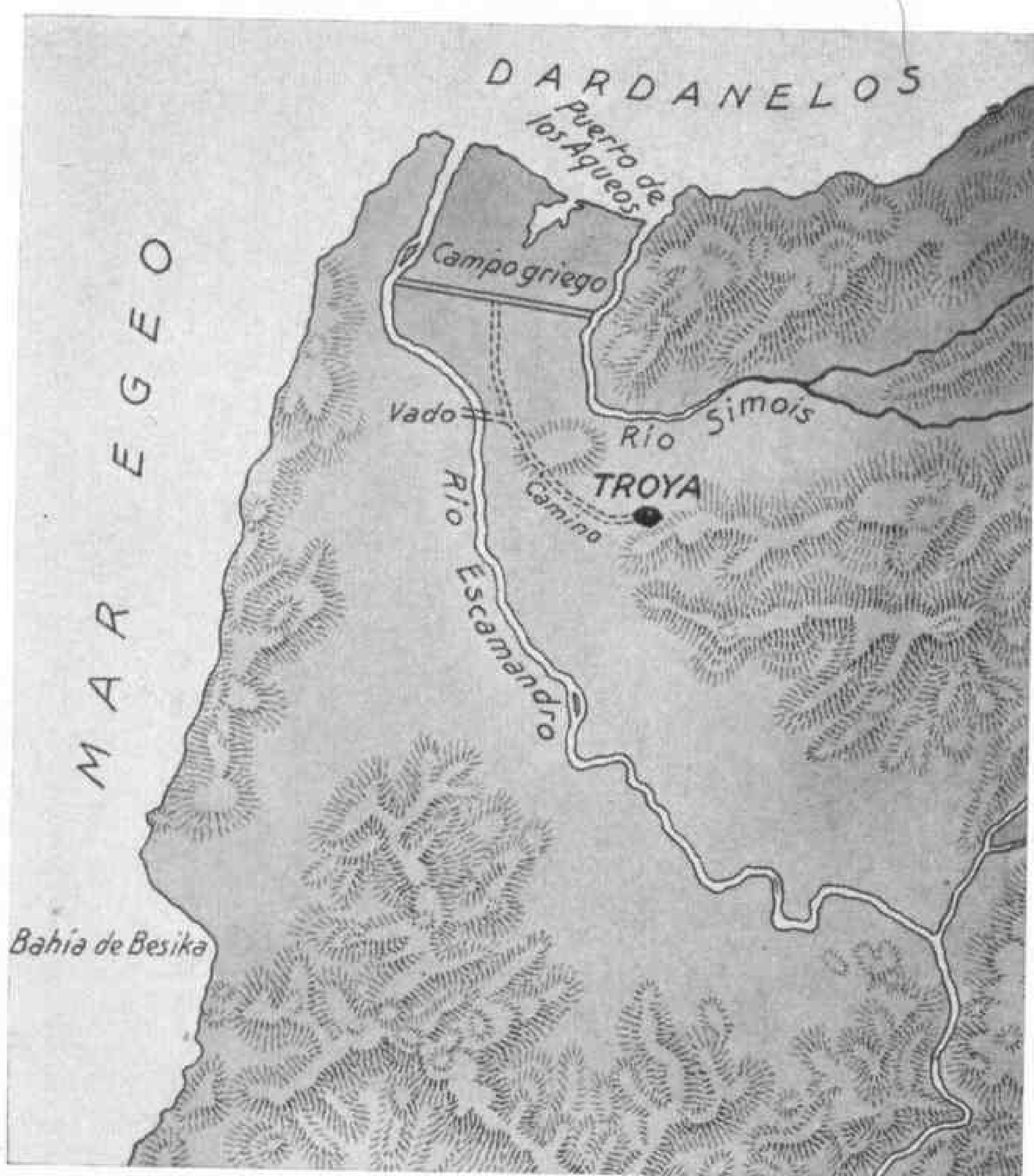
Retrato idealizado de Homero, tal como lo representaban en la época romana.

sea, como Carlomagno, siglos más tarde, mandó coleccionar los antiguos cantos germánicos. Así, pues, siempre según Wolf y los que le siguen, la *Ilíada* y la *Odisea* serían obra de esos compiladores atenienses, y el legado que hizo Atenas a la humanidad. Hemos de advertir, sin embargo, que no existen referencias de gran antigüedad respecto a esta supuesta comisión literaria nombrada por Pisístrato para fijar el texto de los poemas homéricos; que los héroes de la *Ilíada* y la *Odisea* no son atenienses, y que Atenas ocupa un lugar muy secundario en ambos poemas. A pesar de todo esto, la teoría de Wolf es aún tercamente sostenida en Alemania. He aquí algunas *frases académicas* acerca de este punto, verdadera prueba, si no de otra cosa, por lo menos del *furor teutónico:* «La *Odisea* — exclama Fick —, en su composición, es un insulto a la inteligencia humana.» Lachmann dice: «El que no quiera comprender que los poemas homéricos se compusieron con pequeños cantos populares, perderá el tiempo.» Y, por último, Wilamowitz-Möllendorff, el famoso profesor de Berlín, se atrevió a calificar la *Ilíada,* en su redacción actual, de *ein übles Flickwerk* (un miserable trabajo de remendón).

Una segunda escuela, representada en Inglaterra por Leaf, acepta la existencia de ciertos núcleos iniciales para la *Ilíada* y la *Odisea,* a los que se agregaron cantos y episodios, algunos de ellos embelleciendo, otros estropeando el plan primitivo de los dos poemas. Los partidarios de esta teoría tampoco concuerdan en sus juicios. Para unos, lo que llamaríamos la entraña de la *Ilíada* es la cólera de Aquiles, para otros es Héctor el héroe principal; unos rechazan la antigüedad de la mayoría de los cantos, otros se limitan a expurgar de ellos cierto número de episodios como interpolaciones posteriores.

Finalmente, existen partidarios de una tercera teoría: sus representantes no pretenden probar ni negar que existiera el tal Homero, se limitan a poner de manifiesto la pobre argumentación de sus contrarios, y así Homero resulta triunfante sin lucha; su mejor defensa en su obra misma. La ironía crítica de estos modernos filólogos recuerda la burla de Luciano, que cansado ya en su tiempo de polémicas acerca de la *Ilíada* y la *Odisea,* dice que subió al Olimpo para consultar al propio Homero. Allí encontró al poeta sumamente irritado porque le separaban de sus libros y aseguraba, además, que había compuesto la *Ilíada* primero y la *Odisea* después. Luciano pudo convencerse entonces, por experiencia, de que Homero no tenía nada de ciego.

Así es que dentro de poco, probablemente, estaremos donde estábamos antes de comenzar. Creemos, pues, que si el lector ha llegado hasta aquí estará impacientado por la descripción de una polémica literaria que no ha producido ningún resultado. Parecerá ridículo, en efecto, que concedamos al problema de los orígenes de la *Ilía-*



Mapa de la llanura de Troya.

La torre del Agua en las murallas de Troya.



da y la *Odisea* el mismo espacio que al problema de los orígenes de la vida en la Tierra o aun del origen de la Tierra misma. Pero recuerde el pacientísimo lector que la *Ilíada* y la *Odisea* no son tan sólo dos monumentos literarios, sino también un archivo de información histórica y lo único que tenemos de su época, que es la primitiva de la Europa actual. Carecemos de documentos e inscripciones del tiempo de Homero, carecemos hasta de monumentos, y hemos de valernos de la *Ilíada* y la *Odisea* si queremos conocer algo de los orígenes de la Grecia histórica. Y si, como decía Shelley, «todos somos griegos» y de Grecia recibimos nuestras leyes, nuestra literatura, filosofía y arte, la *Ilíada* y la *Odisea* tienen para todos nosotros un interés mucho más vital que el de su pura belleza artística. Son, podríamos decir, nuestra carta de nobleza, nuestra ejecutoria; hay, pues, cierto *interés de familia*, para todos los occidentales, en saber cómo y por quién se redactaron.

Vamos a ver, por fin, en qué consisten estos dos poemas épicos. La *Ilíada* empieza diciendo que va a tratar de la cólera de Aquiles. Los griegos, llamados *aqueos* en la *Ilíada*, hace diez años que están sitiando una ciudad del Asia, a la entrada de los Dardanelos, llamada Troya, porque Paris, un hijo del rey de Troya, ha robado a Helena, esposa de Menelao, el rey de Esparta. Llamados por Menelao y Agamenón, hermano del ofendido, los príncipes aqueos, aliados, súbditos o confederados de Agamenón y Menelao, se han reunido en Aulida, puerto del estrecho entre Grecia y la isla Eubea. De allí parte la armada.

Cada príncipe aqueo mantiene su autonomía, aunque todos reconocen superioridad en Agamenón, el rey de Micenas y hermano del ofendido Menelao. A menudo los capitanes del ejército acampado delante de Troya desobedecen a Agamenón, y aun Aquiles llega a insultarle, llamándole *cara de perro* y cosas peores; pero Agamenón mantiene su condición de jefe supremo, de *primus inter pares*. Pero volvamos al asunto de la *Ilíada*, o sea la *cólera de Aquiles*. Agamenón, abusando de su autoridad, ha tomado para sí una esclava de Aquiles y este atropello llena de rabia al héroe, el cual se retira a su campamento para vengarse, abandonando a sus aliados los aqueos. Sin la ayuda de Aquiles, los aqueos no pueden resistir a los troyanos, y éstos, guiados por Héctor, llegan hasta los navíos de los aqueos, que están varados en hilera a lo largo de la playa. El desastre es inminente: Agamenón, Menelao y otros héroes aqueos están heridos y fuera de combate; sólo en este instante Aquiles, sintiéndose vengado ya, y por propia seguridad, permite que su amigo Patroclo se revista con sus propias



Los muros de Troya después de las excavaciones.

armas y salga a rechazar a los victoriosos soldados troyanos.

Pero Héctor mata a Patroclo y se apodera del escudo y coraza de Aquiles y a éste no le queda otro remedio que combatir personalmente. Los dioses procuran a Aquiles nuevas armas, fabricadas por el propio Vulcano, y revestido con ellas, Aquiles vence a Héctor y vuelve arrastrando su cadáver al campamento, aclamado por la multitud de los aqueos, que respiran al fin, libres de su poderoso enemigo. Aquí debería acabar, según los eruditos, el poema de la cólera de Aquiles, pero el poeta lo hizo seguir de un penúltimo canto en que narra los funerales de Patroclo y de otro canto final con el rescate del cadáver de Héctor. El viejo Príamo, padre de Héctor, llega de noche al campamento de los aqueos, fiando en la hospitalidad de Aquiles; se arroja a sus pies, y hablándole de su anciano padre, que está lejos, acaba por conmover a Aquiles, y éste entrega a Príamo el cadáver de su hijo para que se le hagan en Troya honrosos funerales. Con esto acaba la *Ilíada.*

La cólera de Aquiles, contenida en los veinticuatro cantos de la *Ilíada,* no es más que un episodio que abarca un período de cincuenta y un días de los diez años que duró el sitio de Troya. Pero el poeta, o los poetas, han concentrado en estos cincuenta y un días todo el interés histórico de la guerra de Troya, con alusiones a sus preparativos y consecuencias, y además, han logrado darle vida con la pintura de pasiones y caracteres de unos héroes que se quieren o se detestan. No es, pues, la historia de una campaña, sino un cuadro de vida admirable. Agamenón es soberbio, altivo, aunque a veces se queja de la dureza de su oficio de regir hombres. Aquiles se muestra terco, lleno de pasión y algo sombrío, con sus presentimientos de morir joven a pesar de su heroísmo. Héctor, el noble capitán de los sitiados, sabe que defiende una causa injusta y que su patria está condenada a perecer. Helena ostenta con la dignidad de una diosa su fatal y más que humana hermosura. Paris, el seductor, se hace perdonar su pecado por su juventud y gentileza. Príamo y todos los demás héroes del poema rebosan de vida, por lo que vivirán mientras la humanidad tenga conciencia de lo bello.

Veamos ahora la *Odisea.* El poema empieza declarando que va a tratar de *aquel varón que por diversas tierras y naciones anduvo peregrino,* esto es, Ulises. Como en la *Ilíada,* los diez años de viajes de Ulises,

al regresar de la guerra de Troya, se concentran también en un período corto, que aquí es de veintiséis días. El poeta supone enterado al lector del final de la guerra de Troya, así como de muchos episodios anteriores de la vida de Ulises. La *Odisea* empieza con el viaje del hijo de Ulises, Telémaco, que parte para averiguar noticias de su padre, y acaba con la llegada de los dos a Itaca casi al mismo tiempo. El feliz encuentro de padre e hijo, la entrada de Telémaco en palacio con su padre, disfrazado de mendigo, y la terrible venganza que Ulises toma de los pretendientes que en su ausencia acudieron a Itaca para casarse con su esposa, forman una parte de la *Odisea.* La otra consiste en las aventuras marítimas de Ulises.

Mientras la *Ilíada* nos ofrece, pues, escenas de campamento y costumbres militares, la *Odisea* nos presenta la vida del palacio, en tiempo de paz. Telémaco, en busca de su padre, va a Esparta y allí se introduce en la residencia de Menelao y de Helena, que ya están de regreso y viven otra vez como marido y mujer. Mientras tanto, Ulises, ya cerca de Itaca, es acogido náufrago por Alcinoo, el rey de una isla de la costa occidental de Grecia, llamada isla de los feacios, y allí pasa Ulises dos o tres días. Finalmente, se describen con prolijo detalle las dependencias todas del palacio del propio Ulises en Itaca, la vida de los grandes y sus sirvientes, pastores, porqueros; sus muebles, establos, etc. De manera que, en tan corto espacio de tiempo, se nos hace la presentación de la vida doméstica en tres aspectos: en la corte de Menelao, en la casa de Alcinoo y en el palacio de Itaca. No es, pues, información de la vida diaria lo que nos falta después de haber leído la *Ilíada* y la *Odisea.* La geografía de los poemas homéricos es de gran exactitud por lo que se refiere a la propia Grecia y la Tróade; pero más allá de este círculo, Homero se pierde en fan-

Paisaje de la Argólida.

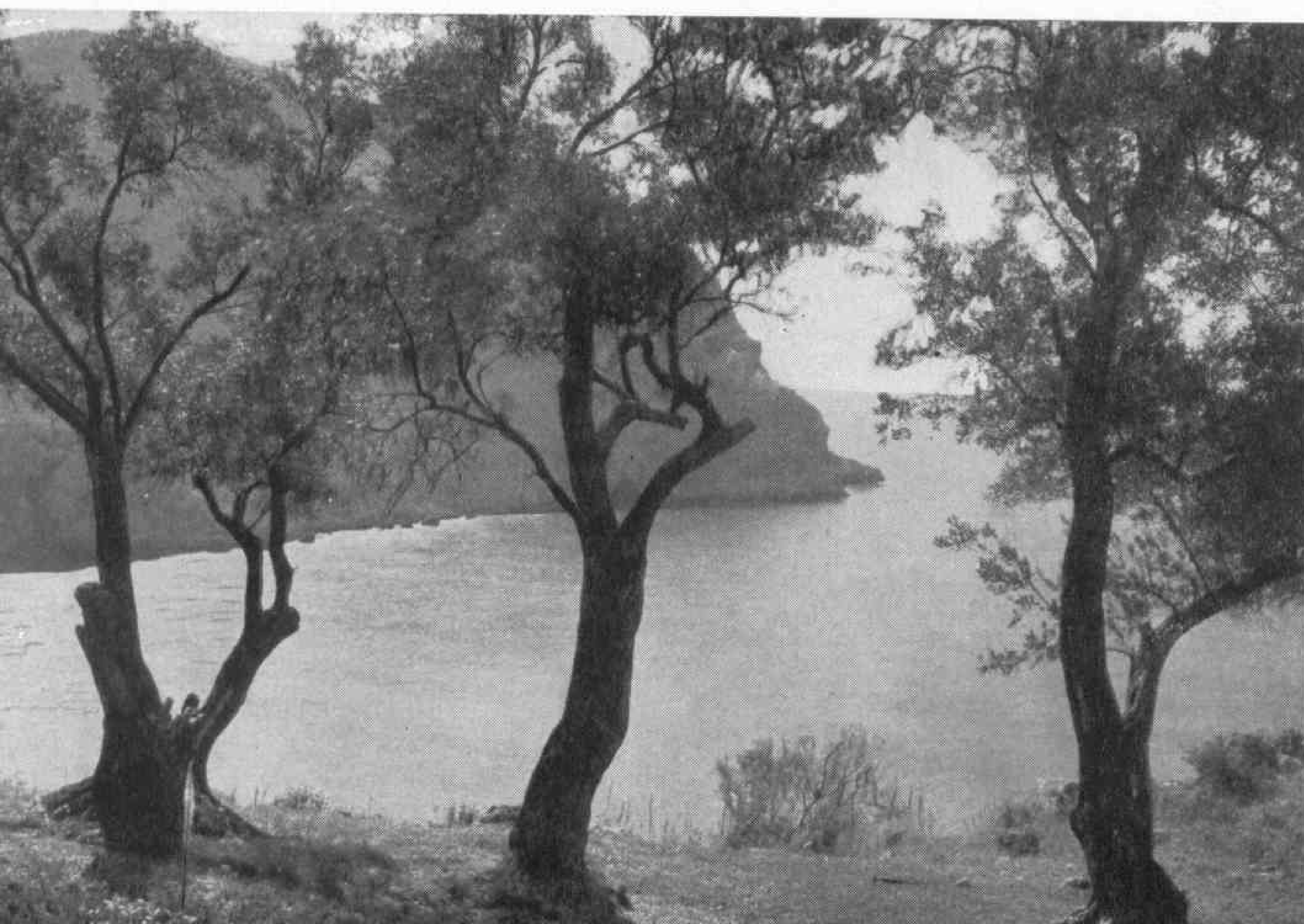


tásticas regiones de cíclopes, etíopes, lestrigones, gigantes y demás seres imaginarios.

En cambio, ya hemos dicho que Troya está admirablemente descrita: es la *ventosa Troya,* a la entrada del Helesponto, que han encontrado los arqueólogos. El llano alrededor de las ruinas de Troya muéstrase hoy pelado y seco, y los árboles son allí tan raros como en tiempo de Homero, que sólo menciona una higuera y una encina como detalles sobresalientes del paisaje. El río Escamandro es el moderno Mendere, y la cumbre del Ida se puede ver desde el llano de Troya, como cuando aqueos y troyanos peleaban por Helena. Según Leaf, los valles y montañas, la flora y la fauna de los alrededores de Troya están admirablemente descritos por la *Ilíada.* Parece como si su autor hubiera visitado la Tróade para empaparse de realidad antes de empezar a componer su poema. La fortaleza de Troya está también descrita con detalles que se reconocen en las ruinas: las murallas con sus puertas y torres de gran altura, tan sólo los palacios resultan exagerados. Troya era más bien una fortaleza-castillo que una ciudad; a lo sumo, podía albergar dos o tres mil guerreros. Apoyada, sin embargo, en el macizo del Ida, no debían de faltarle auxilios, víveres y aliados de las montañas vecinas, y así se explica que una ciudad tan pequeña desafiara al ejército de los aqueos durante tan largo tiempo. Es probable que en esto también exagerara Homero y que el sitio no fuera tan largo ni la expedición tan numerosa como nos da a entender en la *Ilíada.* De la coalición de los aqueos, siete Estados se pueden considerar como principales: son éstos Micenas, Esparta, Argos y Pilos, en el Peloponeso; el reino de Phtia, en Tesalia; el grupo de los beocios, y, finalmente, Creta. Otros, como Itaca, Atenas y Salamina, tienen importancia por estar a veces representados por héroes excepcionales que influyen en los sucesos por su valor personal, como Ulises y Ajax, pero sus ejércitos son fuerzas pequeñas de cuyo auxilio podía prescindirse.

Ahora bien, la pregunta que inmediatamente cabe hacerse es ésta: ¿quiénes son

La patria de Nausica, en la isla de los feacios, donde naufragó Ulises.



Un aspecto de la isla de Corfú.



esos troyanos y quiénes esos aqueos que combaten con ellos en la entrada de los Dardanelos? ¿Son descendientes unos y otros de los habitantes de las ciudades y castillos prehelénicos, o son ya extranjeros que representan a una nueva raza y van a iniciar otro tipo de civilización?

En el volumen primero de esta obra ofrecimos un cuadro aproximado de la cultura que hemos llamado *minoica,* o prehelénica, la que construyó los palacios de la isla de Creta y de Micenas, palacios que suponíamos que podían haber sido obra de gentes de raza mediterránea que habitaban Grecia y las islas desde tiempo inmemorial. Por lo menos, se veía en Creta y en las islas los comienzos de esta cultura desde el cuarto milenio antes de J. C. ¿Serían, pues, aqueos y troyanos sus últimos representantes? En Creta y en Micenas había palacios, pinturas y cerámica, pero eran objetos y ruinas mudas, porque no teníamos acerca de ellos información escrita; aquí, en cambio, la tenemos con los poemas homéricos. Hay, pues, entre los palacios de Creta y Micenas (que datan por lo menos del siglo XII antes de J. C.) y la *Ilíada* y la *Odisea* (que pertenecen al VII o IX cuando más) una laguna de tres siglos, que parecen haber sido de grandes cambios políticos y profunda decadencia material.

¿Es que, espiritualmente, la destrucción de la civilización prehelénica no fue tan completa como nos figuramos y Homero pudo aprovechar, para sus poemas, cantos populares y tradiciones que se conservaban todavía vivas en el siglo IX, cuando los palacios prehelénicos estaban ya abandonados? Esto parece lo cierto; que Homero refleja, idealizándola, una cultura

anterior al tiempo en que vivía. Confiesa él mismo que habla de un pasado heroico; dice que aqueos y troyanos usan armas y manejan piedras que *dos de los actuales hombres no podrían mover.* Así no hay duda que Homero emplea en la *Ilíada* y la *Odisea* leyendas más antiguas, engrandeciéndolas con la romántica aureola que les han puesto los siglos. Pero esto no contesta a la pregunta: ¿son aqueos y troyanos descendientes de las gentes prehelénicas? Porque Homero podría haber atribuido a otra raza nueva, para adularla, tradiciones de una aristocracia desaparecida. Hay casos parecidos de esta transfusión de leyendas de un pueblo a otro, lo que podríamos llamar *parasitismo espiritual,* y Homero parece pecar por este lado. Admira la antigüedad y se esfuerza en no afear su poema con anacronismos de cosas modernas. A veces se le escapa algo que revela una mayor familiaridad con el hierro, por ejemplo, de la que manifiestan sus héroes; pero, con gran perspicacia, Homero esconde al punto sus conocimientos, insistiendo en el cuadro de la cultura prehelénica. Sus palacios, sus armas, sus costumbres, todo parece adaptarse al tipo de civilización que revelan las ruinas de Creta, de Tirinto y de Micenas. En cambio, ninguno de los héroes de la *Ilíada* es capaz de hacer remontar su ascendencia más allá de la cuarta generación. Aquiles, por ejemplo, es hijo de Peleo y de una diosa. Los caudillos troyanos igualmente: tanto la casa de Príamo como la familia de Eneas (que se puede considerar como una rama lateral de la dinastía troyana), todos acaban sus recuerdos genealógicos en la cuarta generación y han de recurrir a un dios para explicar el origen de su raza. He aquí el caso de Agamenón: su padre Atreo era hijo de Pelops y éste de Tántalo, el famoso titán. Bien claro quiere esto decir que los *aqueos* representaban dinastías nuevas; además, el Olimpo está en el Norte, lo cual parece insinuar que de allí habían llegado. También es un dato curioso que Helena, arquetipo de belleza para los aqueos, sea rubia, como rubios (o ζανθός) son Menelao y Radamante. Esto hizo creer que los



Bahía de Itaca donde los feacios desembarcaron a Ulises.

Anfora griega de figuras negras representando a un guerrero en su cuadriga.



aqueos eran invasores de tipo alpino, que desde el valle del Danubio se infiltraron gradualmente hacia el Sur, suplantando con una aristocracia de nuevo cuño la vieja organización monárquica de la Grecia prehelénica.

Hoy se duda que los aqueos fuesen realmente extranjeros. Los poemas homéricos no dejan vislumbrar el menor recuerdo de una invasión. Más probable parece que la carencia de antepasados de los héroes aqueos demuestre un origen humilde más bien que la existencia de otra raza. Recordemos que al pie del castillo de Tirinto y fuera de los muros de Micenas había una población suburbana que tenía otras costumbres, por lo menos otro sistema de enterramiento, y hasta otros gustos en su cerámica que los que eran peculiares de la gente de la acrópolis real. Según la leyenda homérica, la generación anterior a la de la guerra de Troya marchó a sitiar la ciudad de Tebas y la destruyó tan completamente como Agamenón y sus aliados destruyeron a Troya. Durante toda una generación, Tebas quedó despoblada, no hubo más que la Hipo-Tebas o ciudad baja. He aquí, pues, un caso clarísimo de recibir la ciudad inferior, el barrio extramuros como diríamos en la actualidad, un trato mucho más benévolo del que recibió la ciudad murada, acaso porque los aqueos tuvieron para con esta ciudad baja complacencias motivadas por una identidad de raza.

Lo más sorprendente todavía es cómo Homero se constriñe a su antigüedad. De ser cierta esta teoría que estamos explicando, Homero sería un arqueólogo consumado. Por ejemplo, en el siglo IX a. de J. C., que es cuando escribe Homero, el caballo debía de ser muy común en Grecia, pero en la *Ilíada* aqueos y troyanos no montan a caballo sino en ocasiones especialísimas. No tienen caballería; tan sólo emplean los caballos para uncirlos a los carros de guerra; en la *Ilíada* el caballo es un animal precioso, engendrado por otro caballo divino o regalo de un dios. Los troyanos son designados con el epíteto de *domadores de caballos;* en contraposición, a los aqueos se les llama *destructores de ciudades*. En el Ida hay una raza de caballos que procede del cruzamiento con caballos del Olimpo. Todo hace creer que la tan ponderada riqueza de los troyanos era resultado del comercio que hacían con los caballos. De las estepas centrales del Asia, donde se habían domesticado primeramente, los caballos llegarían, por el comercio con los hititas, hasta el Helesponto. Allí los troyanos los pasarían en balsas o armadías a la costa europea, donde Príamo tenía un campamento. De allí los corceles famosos del Asia debían de llegar por tierra hasta Macedonia y Tesalia. Este tráfico puede ser una explicación, ya lo hemos dicho, para las riquezas de Troya, tan ponderadas



Palacio de Minos en Knosos, Creta, visto desde el patio central.

por Homero. Otros han querido ver la fuente de su prosperidad en los crecidos derechos que exigía a los buques que pasaban el estrecho. Pero los troyanos no tenían armada; ninguno de ellos se alaba de viajar por mar, como Ulises, que es hoy el prototipo del navegante; más aún, en la *Ilíada* se dice que un príncipe aqueo llegó a Troya para enseñar a construir buques a Príamo y a sus hijos. Mal podían imponer, pues, tributos ni gabelas gentes que tenían que contentarse con cruzar el estrecho, sin poder navegar por alta mar. En cambio, los caballos apresados delante de Troya son los que corren en las carreras que organizan los aqueos durante los funerales de Patroclo, el amigo íntimo de Aquiles.

Queda por averiguar si los troyanos son de raza prehelénica, como los aqueos. En Homero, aqueos y troyanos parecen dotados de idéntico lenguaje y se tratan como gentes de la misma sangre, pero más seguro es que algunos de los aliados de los troyanos sean de raza asiática. Homero hace alusión a sus gritos incomprensibles. Los troyanos debieron de ser una avanzada de la misma raza prehelénica en tierras pobladas por otras gentes, con las que viven en armonía. La situación de Troya, en la entrada del estrecho, es muy favorable; cuando la guerra europea de 1914-1918, los aliados cometieron el error de desembarcar en Gallípoli en lugar de hacerlo en Troya.

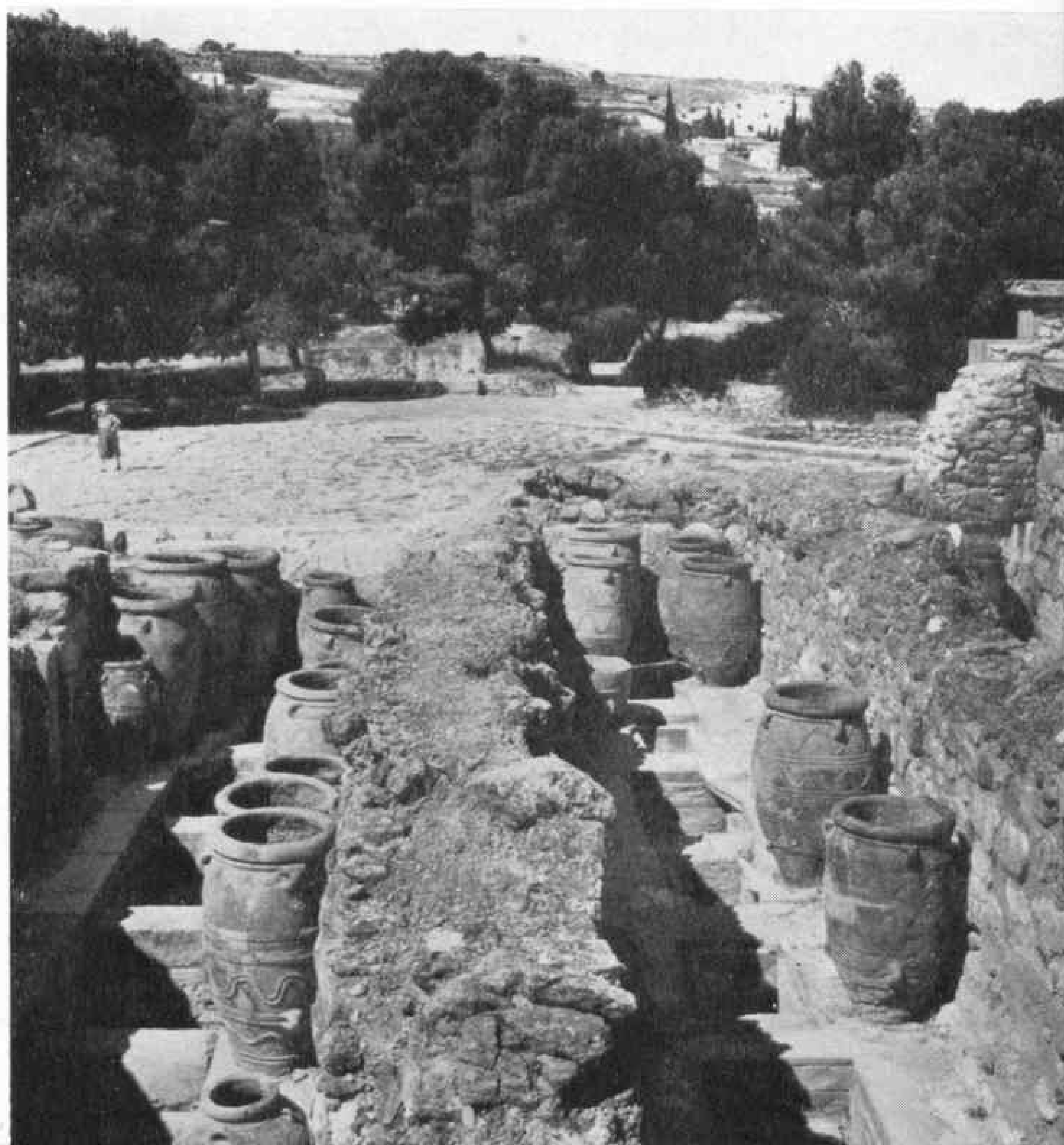
Sean quienes fueren aqueos y troyanos, un mundo nuevo aparece en los cantos de Homero. Todo lo que la humanidad ha producido antes resulta bárbaro, salvaje, sin valor, comparado con la *Ilíada* y la *Odisea*. Homero cuenta los dolorosos episodios de una lucha encarnizada cuerpo a cuerpo, pero manifiesta ante la sangre derramada una piedad que antes de él no se conocía en el mundo. En la *Ilíada* los héroes generalmente combaten a pie, bajan del carro que les ha llevado a la palestra y desafían a su adversario, amparados con el escudo. Además del casco, llevan coraza y loriga de bronce para proteger los muslos, pero su

principal defensa es el escudo, formado de varias piezas de cuero con placas de bronce; lo suficientemente grande para cubrir al guerrero, aunque a veces no es bastante recio para detener la lanza enemiga. En ocasiones, el guerrero, que está escondido detrás del escudo y no puede ver la lanza contra él arrojada, es sorprendido y atravesado por ella, que ha perforado el cuero y el bronce. Si el escudo resiste, entonces le llega su turno y arroja la pica. Si ninguno de los dos consigue alancear a su contrario, entonces tiene lugar un duelo a espada; pero los héroes homéricos prefieren la pica, y aun atacan al enemigo arrojándole enormes piedras; otros son muy diestros en tirar al arco, pero no hay combinación ninguna de esfuerzos en el combate, la estrategia no puede ser más primitiva. Y, sin embargo, estos guerreros que tan furiosamente se persiguen por el llano polvoriento de la Tróade, poseen una riqueza de sentimientos que nos sorprende todavía. Sus odios, como sus amores, son nobles; no hay la menor alusión a vicios contra natura; la amistad, la hospitalidad, la tregua son cosas sagradas. Padres e hijos se quieren con amor entrañable; las mujeres de la *Ilíada* y la *Odisea* empiezan a manifestar con su belleza, dulzura y piedad el aspecto femenino de la humanidad, haciéndose dignas del lugar que han conseguido en la familia. Para acabar, traduciremos unos párrafos de la *Ilíada,* con el fragmento de la despedida de Héctor de su esposa Andrómaca, a la puerta de la muralla, antes de partir para el combate del que no había de volver.

«...Así habló la despensera, y Héctor, saliendo presuroso de la casa, desanduvo el camino por las bien trazadas calles. Tan luego como, después de atravesar la gran ciudad, llegó a las puertas Esceas, por donde había de salir al campo, corrió a su encuentro su esposa Andrómaca, hija del magnánimo Etión, el que vivía al pie del selvático Placo, en la ciudad de Tebe, y era rey de los cilicios. De este Etión era hija Andrómaca, la esposa de Héctor, el de armadura de bronce. Ella le encontró entonces, acompañada de la nodriza, que llevaba sobre el pecho al tierno infante, hijo amado de Héctor, a quien el padre llamaba Escamandrio y los demás Astianax, porque sólo por Héctor se salvaba Troya. Vio el héroe al niño y sonrió. Andrómaca, llorosa, se detuvo a su lado, y asiéndole de la mano, llamóle por su nombre, diciendo:

» —Dueño querido, tu valor te perderá. ¿No te apiadas del tierno infante ni de su madre infortunada, que pronto será viuda, porque los aqueos te acometerán y acabarán contigo? Mejor sería para mí bajar al sepulcro que perderte, porque si mueres no habrá consuelo para mí, sino pesares. Padres no tengo; mató a mi padre el divino Aquiles cuando arrasó la populosa ciudad de los cilicios, Tebe la de altas puertas. Mató a mi padre y sin despojarle, por el religioso temor que le entró en el ánimo, quemó el cadáver con las labradas armas y le erigió un túmulo, a cuyo alrededor plantaron álamos las ninfas Oréadas, hijas de Zeus. Mis sie-

Almacenes de aceite en el palacio de Minos en Knosos.



te hermanos, que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día, pues a todos los mató el divino Aquiles, el de los pies ligeros, entre los bueyes de lánguida andadura y las ovejas de blanco vellocino. A mi madre cogió como botín, mas rescatada por precio inaudito, volvió a la paterna casa y allí fue muerta por la flechera Diana. Ahora, Héctor, tú eres mi padre, mi madre venerada y mis hermanos; tú, mi esposo amado. Ten, pues, piedad y quédate en la torre, a menos que no quieras dejar a tu hijo huérfano y viuda a tu esposa. Coloca a tus guerreros junto a la higuera por donde la ciudad es vulnerable. Ya por tres veces los enemigos han intentado llegar allí; un adivino les habrá revelado este punto flaco, o por su propio impulso se mueven hacia él, aunque inútilmente.

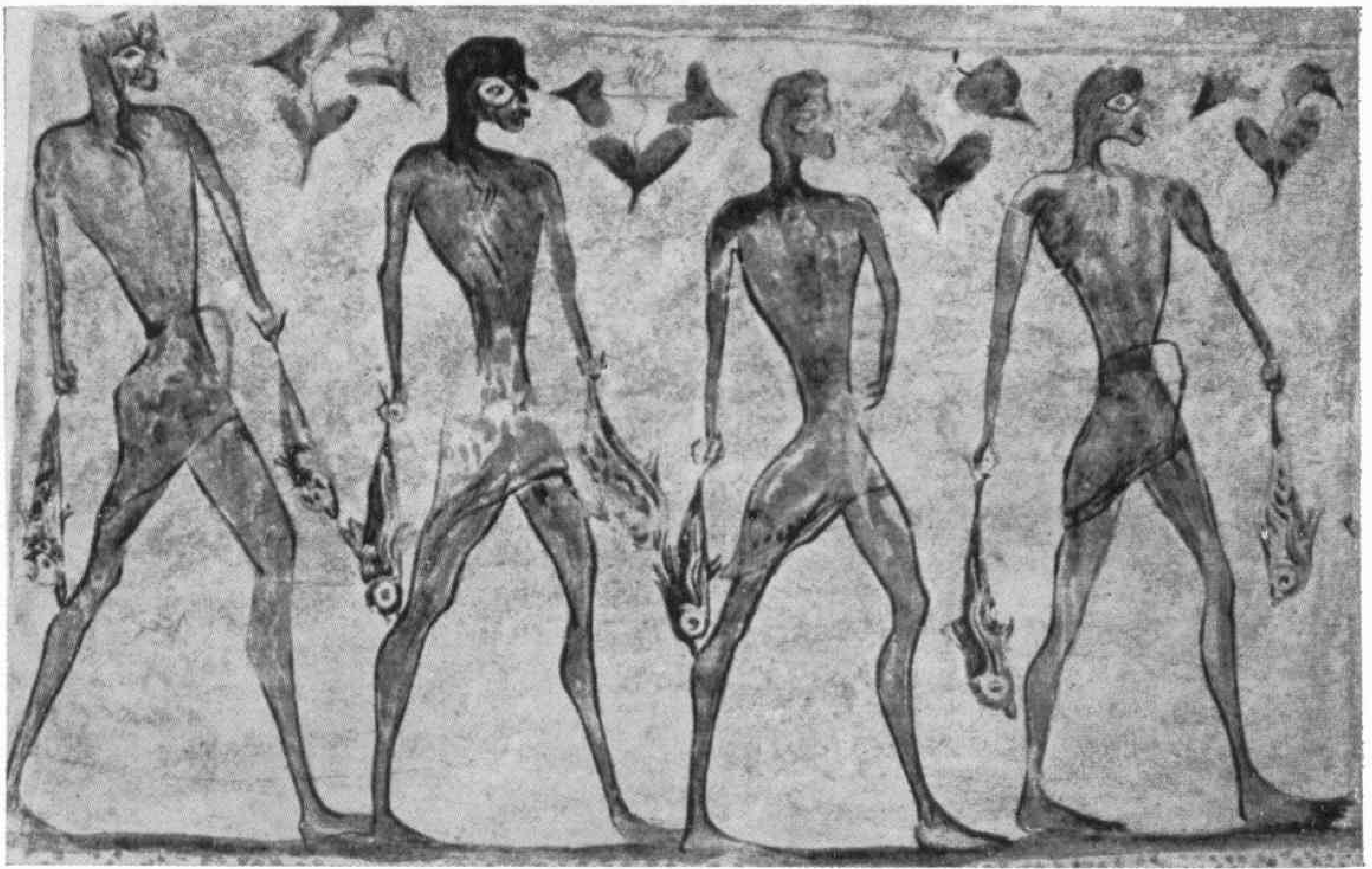
»Contestó Héctor, el del casco reluciente:

— Todo esto me preocupa, esposa mía, pero ¡qué vergüenza si como un cobarde huyera del combate ante los troyanos y las troyanas! Más aún, mi corazón repugna a ello, que aprendí a ser valiente y a luchar al frente, manteniendo la fama de mi padre y aun la mía. Cierto, que bien lo sé, y lo presiente el alma, que ha de llegar un día en que perezcan la sagrada Troya y Príamo y su pueblo de lanceros. Pero ni la angustia de los troyanos, ni aun de mi madre Hécuba, ni de mi padre Príamo, ni de tantos valientes hermanos que caerán aquel día a manos de los aqueos, me preocupan tanto como la que padecerás tú, cuando alguno de los aqueos de broncínea armadura te llevará llorosa, quitándote la libertad. Y luego en Argos, al servicio de otra mujer, tejerás tela, e irás por agua a la fuente Messeya o Hipereya, triste porque la dura necesidad pesará sobre ti. Y alguien dirá, al verte en lágrimas deshecha: Esta fue la esposa de Héctor, el guerrero que más se distinguió de los troyanos, de potros domadores, cuando luchaban alrededor de Troya. Esto dirán, y un pesar nuevo sentirás al verte sin el marido que pueda libertarte, pero yo espero que un montón de tierra cubrirá mi cadáver antes que pueda oír los gritos que tú lances cuando te lleven al cautiverio.

»Así diciendo, el glorioso Héctor tendió los brazos a su hijo y éste se recostó llorando en el seno de la nodriza de bella cintura, por el temor que el aspecto de su padre le causaba: dábanle miedo el bronce y el terrible penacho de crines de caballo que veía ondear en la cresta del yelmo. A esto sonrió el padre tiernamente y la madre

Guerreros aqueos. De un vaso hallado en Micenas.





Pescadores de la época de la dominación aquea.
De un vaso del siglo XI antes de J. C., encontrado en la isla de Milo.

también; quitóse Héctor el yelmo, y dejándolo en el suelo, tomó a su hijo y besóle, meciéndolo en sus brazos, y así rogó a Zeus y otros dioses: ¡Oh, Zeus, y vosotros, inmortales! Concededme que este hijo mío sea, como yo, egregio entre los troyanos, y que, valiente y poderoso, sea un día el gran rey de Troya. Puedan decir de él "Más grande es que su padre", cuando regrese del combate, y cargado de cruentos despojos de los enemigos a quienes haya muerto, regocije el alma de su madre, que esperaba ansiosa.

»Esto dicho, puso al niño en brazos de la esposa amada, que al recibirlo en el perfumado seno, sonreía con el rostro aún bañado en lágrimas. Notólo Héctor y, compadecido, acaricióla con la mano y así le habló: —¡Esposa querida! Yo te lo ruego, no dejes que tu alma se llene de dolor, pues nadie me enviará al Hades antes del tiempo dispuesto por los dioses, y de esta suerte no puede librarse nadie. Vuelve a casa, a tus quehaceres del telar y de la rueca, y ordena a las sirvientas su tarea cotidiana, que de la guerra nosotros cuidaremos, cuantos varones en Troya nacimos, y yo el primero.

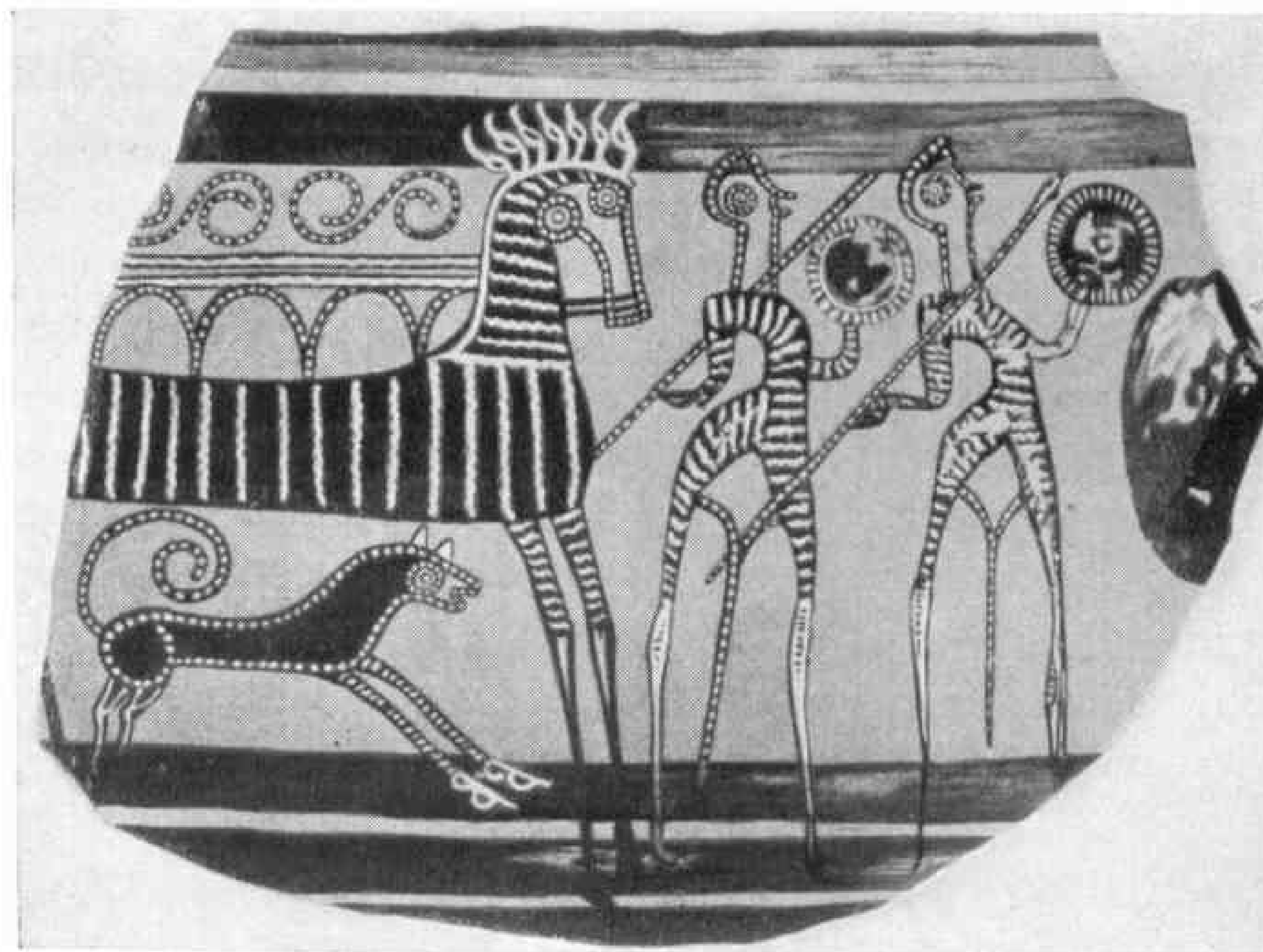
»Dichas estas palabras, el preclaro Héctor se puso el casco, adornado con crines de caballo, y la esposa amada regresó a su casa, volviendo la cabeza de cuando en cuando y vertiendo copiosas lágrimas...»

Esto se escribía en versos de insuperable belleza al principiar el primer milenio antes de J. C.

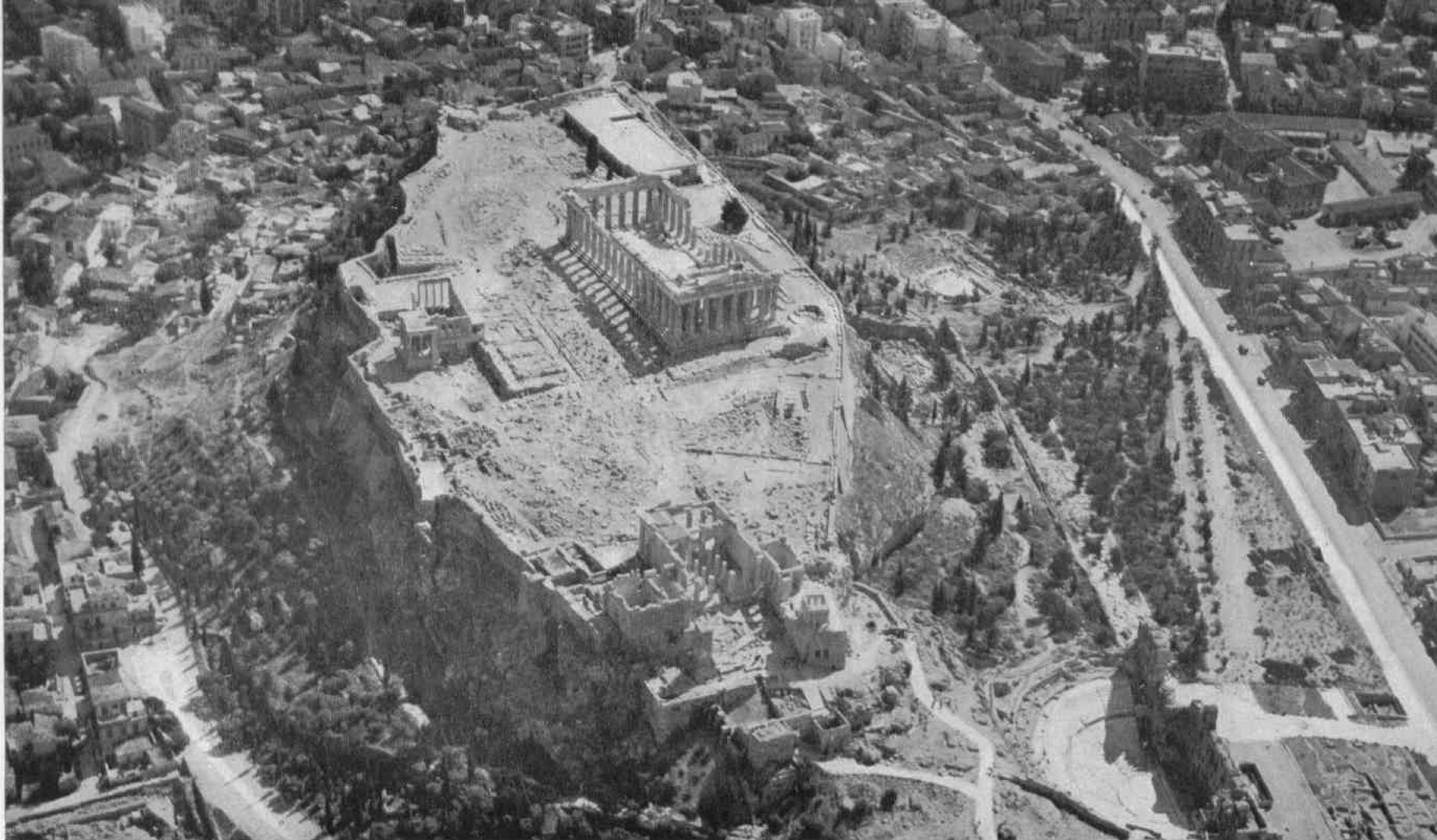
Aparecen ya aquí todas las virtudes europeas: el sentimiento del deber, del honor, la generosidad, la piedad, la amistad, hasta el decoro y el pudor. Héctor y Andrómaca se separan sabiendo su destino fatal, pero no se conceden un último beso de despedida.

No son únicamente virtudes morales las que manifiestan los héroes de la *Ilíada:* como buenos europeos, tienen capacidad de invención para resolver problemas que requieren artificio. La *Odisea* describe el

regreso de Ulises, rey de Itaca, una isla en el oeste de Grecia. Durante los diez años de la guerra, Ulises interviene poco en las batallas, su ingenio se despliega como moderador en los consejos de los capitanes. Por fin, cuando han muerto los dos grandes, Aquiles y Héctor, Ulises inventa la estratagema de pedir a los troyanos que permitan introducir en la ciudad sitiada un exvoto que será un gigantesco caballo de madera para propiciar a Neptuno. Este debe favorecerles en el viaje de regreso. Hacen así el gesto de querer abandonar la guerra y volver pacíficos a sus hogares. Pero dentro del caballo que aceptan los troyanos van escondidos algunos aqueos que por la noche abrirán las puertas de la ciudad. Así cae la opulenta Troya, víctima de una mentira. Por esto a Ulises se le califica de gran embustero. En el viaje, que dura otros diez años, sortea peligros incontables y siempre utiliza falsedades y estratagemas para engañar a gigantes, sirenas, ninfas, antropófagos y piratas. Ulises no sólo evita los daños que le amenazan, sino que el gran embaucador consigue rebaños y tesoros. He aquí otra función de Ulises que es característica del hombre occidental europeo. Ulises no se arriesga con el fin de enriquecerse, y si gana en sus aventuras y viajes no es para amasar una fortuna, como haría un semita, sino para obtener satisfacción de sus esfuerzos. Tiene curiosidad moderna, casi científica: quisiera oír el canto de las sirenas. Pero, persuadido del peligro que corre, Ulises tapa los oídos de los marineros con cera y se hace atar al mástil de la nave... No podrá hacer caso de las sirenas, pues lo que le empuja a viajar es el regreso a su patria, Itaca, donde había dejado una amante esposa, un hijo, el prometedor Telémaco, una casa y numerosa servidumbre.



Fragmento de un vaso griego del siglo X, probablemente representando a los guerreros aqueos llevando a Troya el caballo de madera donde van escondidos los que facilitarían la toma de la ciudad.



Vista aérea del montículo de la Acrópolis de Atenas, con las ruinas de los edificios del tiempo de Pericles y posteriores.

2 INVASION DE LOS DORIOS LA COLONIZACION GRIEGA

En el capítulo anterior hemos visto a Homero presentando como héroes de sus poemas a los llamados *aqueos,* príncipes y capitanes que gobiernan a Grecia en los días de la guerra de Troya, o sea hacia el siglo XII antes de J. C. Quiénes eran estos aqueos ya hemos dicho que es todavía materia de discusión. Tiempo atrás se creyó que eran descendientes de las viejas familias reales del período prehelénico, porque sus ciudades son Micenas, Pylos, Esparta, Knosos... las mismas sedes de la cultura micénica y minoica. Más tarde, observando que las genealogías de los aqueos no revelaban una larga ascendencia, se les creyó extranjeros, de raza alpina y rubios llegados a Grecia poco antes de la guerra de Troya. Hoy creemos que los aqueos son los habitantes de las *hipo-polis,* o barrios bajos, de las ciudades prehelénicas, de otra clase o de otra casta, aunque completamente aclimatados, y que, con revolución o sin ella, suplantaron a una aristocracia más rancia, a la que trataron de imitar en todo lo posible.

Pero Homero ya menciona a los *dorios,* aunque una sola vez, en la *Odisea,* como una de las razas que habitaban Creta. Y si Homero vivió, como se cree hoy, en el siglo IX antes de J. C., ciertamente que entonces había ya en Grecia muchos más dorios que los del pequeño núcleo de la isla de Creta mencionado por Homero. El porqué el poeta ignora la existencia de los dorios es uno de los más curiosos problemas de la



Guerreros combatiendo, según una pintura de un vaso ático.

Ilíada y la *Odisea.* La atención de Homero parece dedicada a *sus* aqueos y olvida sistemáticamente el gran hecho histórico de la conquista de Grecia por los dorios, que estaría todavía vivo en su tiempo por lo reciente.

Verdad es que tampoco tenemos documentos contemporáneos de la entrada de los dorios en Grecia (ya hemos dicho que entre Homero y los primeros historiadores hay una laguna de tres o cuatro siglos), pero las tradiciones de la llamada invasión dórica son tan abundantes, que ha sido posible restablecer en líneas generales el hecho de la llegada de los dorios a Grecia, sus etapas y conquistas, y su definitivo establecimiento en las tierras de los aqueos.

Los dorios llegaron por el Norte dos generaciones después de la guerra de Troya. Avanzaban a pie, sin caballos, y sus armas eran de hierro. Es evidente que estos bárbaros del Norte ya se habían introducido en Grecia en pequeños grupos, como soldados, o como peones de labranza, a fines del período prehelénico. El fenómeno sería muy parecido al de las invasiones de pueblos germánicos en las provincias occidentales del Imperio romano quince siglos más tarde. La historia parece aquí repetirse con extraña uniformidad.

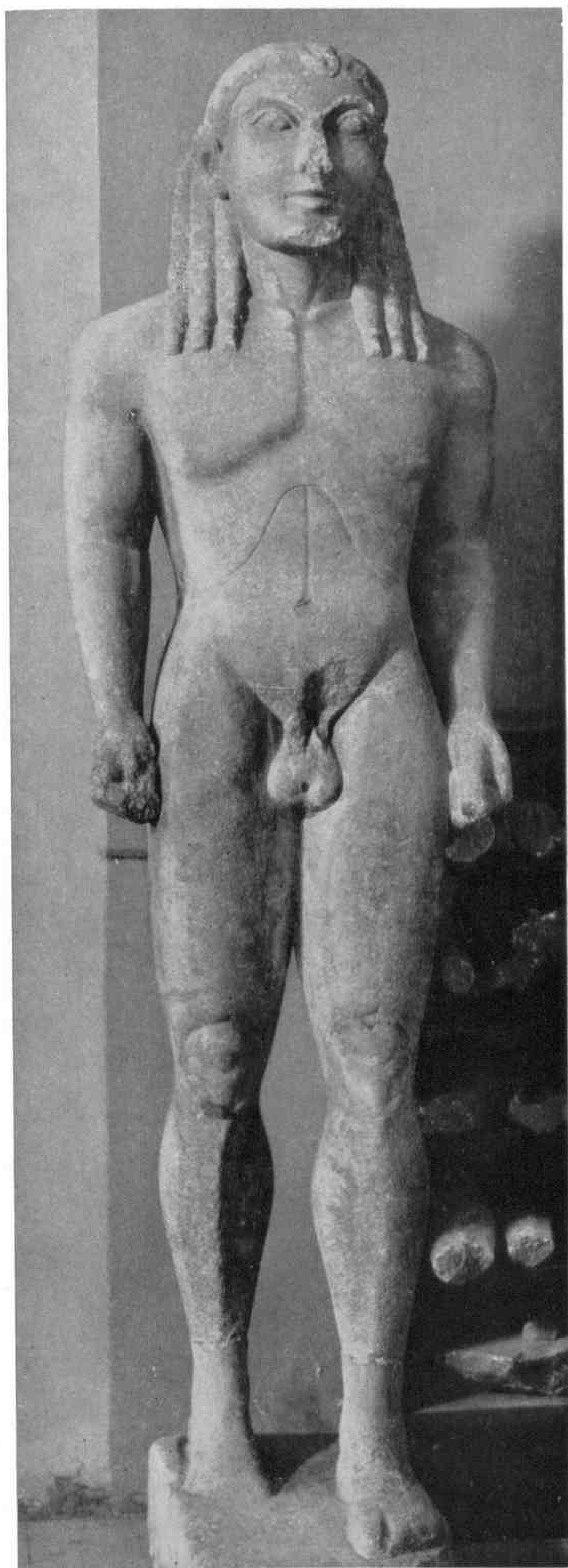
A la penetración pacífica sucedió la invasión violenta. Algunos de los Estados del norte de Grecia cayeron primeramente, pero la tradición cuenta que por primera vez los dorios fueron rechazados al pretender forzar el istmo de Corinto. Allí los esperaba Ekemos, rey de Arcadia, que Heródoto dice que era cuñado de Agamenón. Los dorios derrotados convinieron con Ekemos que permanecerían tranquilos en su país durante cien años, o sea tres generaciones, y, según se desprende de las genealogías, cumplieron lo pactado. Transcurrido el plazo invadieron el Peloponeso, dividiendo su conquista en tres reinos: Argos, Esparta y Mesenia. Esta división acaso refleje un triple origen de los dorios; parece como si estos hombres nórdicos pertenecieran a tres distintas tribus o naciones. Homero llama a los dorios τρικάικες. Unos, de la tribu de los hileos, se hacían descender de Hylus, un hijo de Hércules; las otras dos



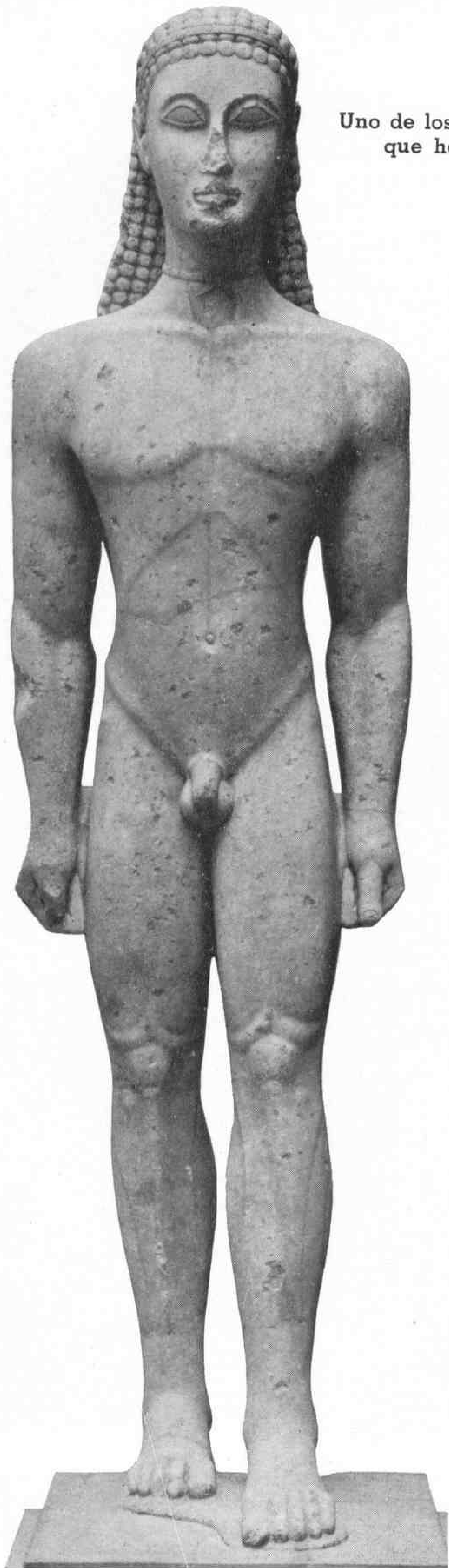
Casco griego de bronce, tipo corintio. Museo del Estado, Berlín.

tribus, llamadas Panfilos y Dimanes, tenían por antecesor común a Egimio, un rey del norte de Tesalia, amigo de Hércules. Como se habrá notado, los nombres de los caudillos de estas tribus dóricas no sólo suenan como griegos, sino que ellos mismos se hacen descender de Hércules, como para legitimar su conquista del Peloponeso. Así, pues, el nombre algo duro de conquista dórica se fue substituyendo por el de retorno de los heráclidas o descendientes de Hércules, aunque fuese muy indirectamente. Y, sin embargo, por más que los dorios hablaran un dialecto griego, sin vacilación podemos conceptuarlos de bárbaros; se reconoce que han llegado ya cuando, al explorar las ruinas griegas, se advierte, en la capa que señala su presencia, cierto retroceso en el cuadro de la civilización.

La historia de la conquista dórica está envuelta en leyendas que más tarde fueron recogidas por los poetas, por lo que es muy difícil separar el grano de la paja. Hoy se tiende a creer que los dorios, escarmentados de su primera tentativa de forzar por tierra el istmo de Corinto, llegaron al Peloponeso por mar, y Corinto no cayó en sus manos hasta mucho más tarde, conquistada por un dorio rezagado llamado *el Vagabundo,* hijo de otro jefe apodado *el Jinete.* De las leyendas se saca en claro que los dorios avanzaban siguiendo la línea de menor resistencia y que no tenían plan ni dirección general para efectuar la conquista. La invasión del Peloponeso por los dorios no fue completa, pues quedaron grandes regiones, como la Arcadia, sin conquistar, pero de todos modos los dorios fueron desde entonces el elemento predominante en la península. El resultado fue que grandes multitudes de las poblaciones predóricas se movieron hacia el Norte, allí empujaron a otras más allá todavía, y al densificarse la población en ciertos puntos, se hizo posible resistir mejor el alud de los dorios. Uno de estos lugares de refugio, el más conocido y reservado a grandes destinos, fue Atenas. Solón, en un verso famoso, llama a Atenas: *la más vieja patria de la antigua raza jóni-*



Estatua votiva de uno de los dos hermanos Cleobis y Biton, que por haber desatascado la carroza con la estatua de Hera de Argos fueron proclamados héroes.



Uno de los llamados kuroi, efebos dóricos que habían ganado una carrera.

ca. He aquí, pues, que aparece en Grecia otro nombre para otra raza, casi en contraposición con la de los dorios; otra raza que llama Solón jónica y cuyo centro predominante es Atenas. Queda establecido un dualismo de gran importancia para la historia de Grecia; los dorios ocupan extensas regiones del Norte, en la Grecia central, pero su centro de gravedad está en el Peloponeso; en cambio, los jonios miran al Atica y Atenas como la cabeza de su raza. Algunos griegos, como los eolios y leleges, hablan otros dialectos; sin embargo, la diferencia no es muy grande y, por lo tanto, cabe dividir los dialectos griegos en dos grupos: el dórico y los demás no dóricos, de los que el principal es el jónico.

Pero la más trascendental consecuencia de la invasión dórica fueron las emigraciones en masa y el establecimiento de colonias en las islas y en la costa del Asia Menor. Los griegos de la época clásica trataron de explicar este movimiento colonial como promovido por Codro, rey de Atenas, quien estaría deseoso de desembarazarse de los emigrados que, escapando de la invasión dórica, se refugiaban en el Atica. Codro es un personaje interesante, hijo de un príncipe aqueo del Peloponeso que, desposeído por los dorios, se había refugiado en Atenas. La leyenda cuenta que, en una guerra entre los atenienses y sus vecinos los dorios de Beocia, el rey aqueo de Atenas no quiso pelear en combate singular con el caudillo dorio, haciéndolo en su lugar el padre de Codro. La popularidad que le dio esta hazaña hizo que el emigrado reinara en lugar del viejo descendiente de Teseo que aún ocupaba el trono de Atenas. A la muerte de su padre, Codro heredó el reino, siendo su principal título de gloria el haberse sacrificado para cumplir un oráculo según el cual el rey debía

morir para salvar a Atenas de un nuevo ataque de los dorios de Argos y Corinto. También es tradicional que, durante el reinado de Codro (hacia el año 1000 antes de J. C.), empezó la emigración jónica al Asia Menor.

El fenómeno de la colonización griega del Asia es tan importante, que requiere un poco de atención. Aun recientemente los griegos disputaron a los turcos la posesión de Esmirna y otras ciudades de la costa, Por de pronto, parece que antes del año 1000 poca o ninguna influencia griega había experimentado el Asia. Los griegos de Troya, suponiendo que fueran griegos, se encuentran rodeados de poblaciones asiáticas y contaminados de costumbres asiáticas. La familia de Príamo, por ejemplo, con su harén y sus numerosos hijos, contrasta con la de los aqueos, rigurosamente monógamos. Además, en las recientes exploraciones arqueológicas de los lugares griegos del Asia Menor se ha encontrado muy poco que pueda considerarse anterior al período de la emigración, a excepción de Troya, naturalmente.

La colonización del Asia Menor por los griegos se verificó por emigrantes de tres diferentes razas. Los que se instalaron más al norte, desde los Dardanelos hasta Esmirna, fueron los eolios, en los que algunos quieren ver los legítimos descendientes de los aqueos. Desde Esmirna hasta Mileto los jonios fundan a Focea, Clazomene, Teos, Lebedos, Colofón, Efeso, Eritrea, Priene, Myus y Mileto, que con las islas de Chíos y de Samos formaban las doce ciudades de la *dodecápolis* jónica. Más al sur todavía, con Halicarnaso y Rodas, nos encontramos sorprendidos por un racimo de colonias dóricas; los invasores dorios no se han contentado con las tierras que acaban de conquistar en Grecia, sino que marchan también a obtener su parte en aquel *El Dorado* que era entonces el Asia. Pero los jonios son el elemento preponderante en las colonias; los semitas vecinos conocen a los griegos del Asia con el nombre común de jonios o *Jauan:* así se les nombra en la Biblia. En cambio, el nombre de Asia, que recibimos de los griegos, parece provenir de un lugar cercano a Efeso, que se llamaba *el*



Koré vestida con el jitón y el peplo dóricos.



Apolo del Piombino, bronce, 500 años antes de J. C. (Museo del Louvre.)

prado de Asia. El nombre de este insignificante llano, cerca de la gran ciudad jónica, se fue haciendo general y ha llegado a servir para designar a todo el continente.

Los escritores antiguos insinúan que la zona jónica de la colonización griega del Asia Menor fue la que tardó más en ser dominada, como si allí la resistencia de los asiáticos fuera más eficaz y la instalación de las colonias griegas más difícil. Y, en efecto, los relieves hititas por aquel lado llegan casi hasta la costa, demostrando que, cuando menos en la parte de la Dodecápolis jónica, los colonos griegos tenían que chocar con sus primeros ocupantes. Sin embargo, no se habla de grandes luchas para la instalación de las colonias, acaso porque los griegos tampoco pretendían conquistar el interior del país. Se ha observado que todas las ciudades coloniales griegas se establecieron en lugares adonde podía llegar la brisa del mar, esto es, a una distancia nunca mayor de treinta kilómetros de la costa.

Es probable que los mercaderes preparan la opinión, hablando con elogio de los lugares del Asia más favorables para establecer nuevas ciudades. Las antiguas poblaciones de Grecia, que estaban llenas de emigrados y tenían un exceso de temperamentos fuertes, activos y rebeldes, producto natural de las guerras de invasión, escucharon con gran interés a aquellos navegantes que describían las tierras del Asia con los más vivos colores. Ya hemos visto que la leyenda insiste en atribuir al rey Codro, de Atenas, la iniciativa de algunas expediciones; es fácil que ocurriera lo mismo en otros lugares, porque así las viejas monarquías se desembarazaban de los más atrevidos de sus súbditos, especialmente temibles en un momento de malestar como el que sucedió a la invasión de los dorios. Una emigración en gran escala debilita a un país, retarda las evoluciones, si no las hace abortar por completo, como ocurrió en España con el continuado desagüe de la colonización americana, y produce una soporífera paz.

Aunque las monarquías, y más tarde las aristocracias que gobernaban a Grecia en

los siglos IX y VIII procuraban proteger el éxodo, la expedición no partía sin tener un oráculo favorable, ya del antiguo culto aqueo, que era el del Zeus de Dodona, ya del nuevo culto dorio, que era el del Apolo de Delfos. Obtenido un augurio más o menos ambiguo de buen éxito, la expedición partía en masa, dirigida por un jefe, que disfrutaba de autoridad hasta que la colonia quedaba organizada. Pero hay varios factores capitales de la colonización griega: primeramente era la emigración de un grupo de una ciudad, que partía de ella como un enjambre. La colonia continuaba reconociendo a la ciudad madre como la metrópoli, y aunque su organización política fuese a veces muy diferente, se mantenía el antiguo culto de los dioses patrios, que eran también los patronos de la colonia. Repetimos, sin embargo, que la colonia era una ciudad independiente, una *polis* que no reconocía a la *metrópoli* ningún derecho ni autoridad sobre ella; la polis colonial estaba unida a la metrópoli por vínculos puramente morales de afección y simpatía. Con todo, estos vínculos o sentimientos hicieron que Corinto defendiera a Siracusa contra los atenienses y en las colonias se decidió la suerte de varias guerras en las que estaban envueltos los griegos de la propia Grecia. Además, las colonias griegas se distinguen de otras aventuras coloniales, anteriores y posteriores, en que no establecen el principio de casta, aislando a los nuevos ocupantes de los pobladores indígenas que tenían a su rededor. Se aceptaba el contacto y aun el matrimonio con los bárbaros; algunos grandes hombres griegos, como Tales, Tucídides, Temístocles y Cimón, tenían algo de sangre extranjera en sus venas. Esta fue acaso una de las causas de la grandeza del pueblo griego, que, merced a un ligero cruzamiento con razas afines, mantenía la juventud y energías de la suya. Claro está que en esto los griegos se encontraban en condiciones más favorables que los arios en la India o los ingleses en Australia, las razas con que los griegos entraban en contacto eran sólo los tracios por el Norte o los semitas por el Sur, o los hititas por el Este, pueblos capaces de cultura, y algunos de ellos, en cierto modo, superiores a los griegos por sus doctrinas religiosas y morales. El clima de las colonias era también análogo al de Grecia. Muchas de las colonias, cuando habían conseguido pací-

Funeral de un jefe dorio. El difunto está expuesto en un catafalco mientras los parientes lloran a su lado. Los compañeros que formaban la compañía o *comitadji* cantan el vocero y se mesan los cabellos. Pintura de un vaso ático del siglo VIII.



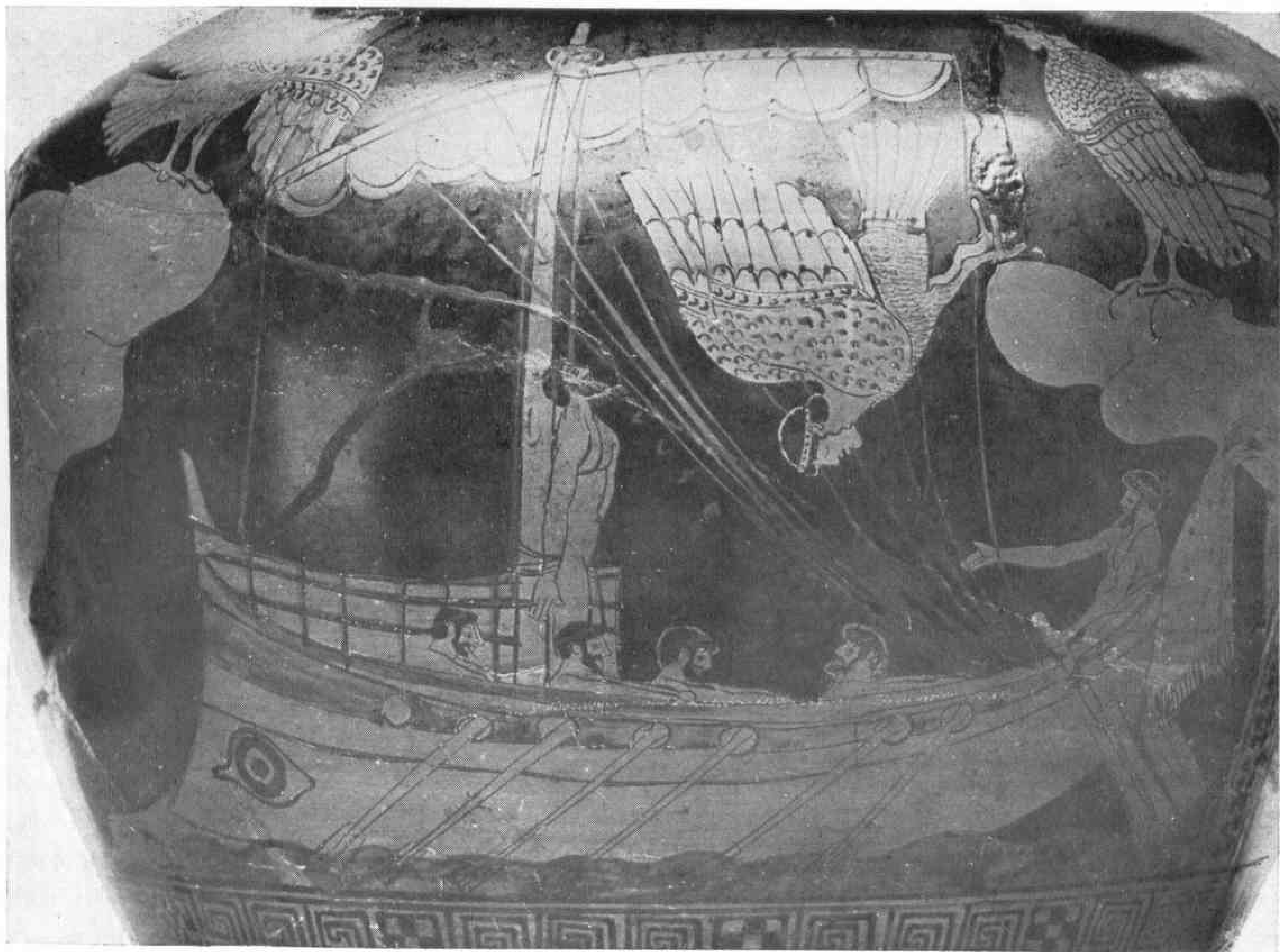
fica explotación del país, enviaban expediciones a poblar otros lugares. Así se formaban colonias de colonias. Un ejemplo interesante de ello son las colonias foceas del Mediterráneo occidental. Focea era una colonia jónica en el Asia Menor, y de allí partió una expedición a fundar a Marsella; y una hijuela de Marsella, y por consiguiente nieta de Focea, fue Ampurias, en la Península Ibérica.

Este movimiento de expansión griega no se limitó a la costa del Asia Menor, sino que por el Norte colonizó la costa de Macedonia y penetró en el mar Negro, fundando colonias hasta en el Cáucaso y Crimea. Por el Oeste se extendió hasta Nápoles *(Nea-polis o ciudad nueva),* y toda Sicilia fue más o menos ocupada por los griegos. En el sitio donde desembarcaron los primeros colonos en Sicilia, se levantó un altar a Apolo, porque la leyenda decía que Apolo había llevado los navíos a aquel paraje a pesar de los vientos contrarios. Mucho más tarde, cuando una embajada llegaba de Grecia para sus hermanos de Sicilia, ofrecía sacrificios en este altar de Apolo que recordaba los primeros días coloniales. Muchas de las colonias de Sicilia fueron fundadas por los naturales de Calcis, una ciudad de la isla de Eubea, al este de la Grecia propia. Parece como si Calcis no tuviera otra misión que la de fundar colonias; algunas de ellas se desparramaron por las costas del mar Negro y de aquí el nombre de Calcedonia que lleva todavía la costa asiática delante de Constantinopla. Recordemos, además, que de Calcis partieron los griegos para la guerra de Troya; en el puerto de Calcis, lugar de cita de los aqueos, Agamenón y sus aliados tuvieron que permanecer varios años, en espera de vientos favorables. Esto parece indicar que había tradiciones prehelénicas en el arte de la navegación que subsistieron hasta después de la invasión dórica; los marineros de Calcis conocerían las leyes de los vientos y las corrientes de



Lekythos con figuras negras que representan a mujeres en las diversas faenas de la confección de telas.





El barco de Ulises cruzando el estrecho de Mesina
El héroe va atado al mástil para no acudir a la llamada de las sirenas.

los estrechos del Mediterráneo, transmitidas acaso por secretas instrucciones de pilotos desde los tiempos de Minos de Creta.

Porque hasta hace poco creíamos que los griegos habían aprendido de los fenicios el arte de navegar; parecen seguirles en sus travesías y heredar algunos de sus mercados en el Oeste, como Marsella y las colonias de España. Ahora creemos que en el arte de la navegación los hombres de la Grecia clásica se aprovecharon también de la tradición prehelénica. Minos, o mejor dicho, los reyes minoicos de Creta, no tendrían necesidad de aprender gran cosa de los fenicios. También Minos arribó, según la leyenda, a Sicilia; vasos minoicos se han encontrado en Torcello, cerca de Venecia, y en Marsella, y joyas minoicas en España. Pero el arte de la navegación, dificilísima en el Mediterráneo, no se difundió hasta el período de las grandes emigraciones griegas. Entonces se empezó a conocer cuáles eran los cabos difíciles y a qué hora soplaba el viento favorable para doblarlos; cuáles eran los estrechos peligrosos, cuyas corrientes impedían el paso al bajel que trataba de cruzarlos. El complicado sistema de observaciones para la navegación costera de los barcos de vela en el Mediterráneo, llamado *Instrucciones náuticas* y que ha servido hasta hoy, acaso empezaría a ordenarse en aquel tiempo. Al menos algunos refranes demuestran gran antigüedad, como el que cita Estrabón: «Cuando dobles el cabo Maleo, olvídate de tu casa», indicando lo difícil que era el viaje de regreso. El mar Negro, o Ponto Euxino, que quiere decir *mar propicio,* había tenido otro nombre más antiguo, que signi-

ficaba *mar peligroso,* en los días en que los navíos no podían atreverse a surcar aquel mar sin islas del norte del Bósforo. Claro está que en algunas de las instrucciones náuticas hay ya resumidos experimentos de los pilotos mediterráneos de los tiempos prehistóricos, pero sólo con las grandes navegaciones, que estimuló la emigración griega, se empezaron a condensar en forma de ciencia los resultados de las generaciones anteriores. Los buques se construían de maderas de pino, ciprés o cedro, que abundaban entonces en los bosques de Grecia. Por lo común se ponía una figura o cabeza en la proa y se pintaba el buque con vivos colores. Además de la vela cuadrada, de grandes dimensiones, se empleaban los remos para ayudarse en los días de calma. En lugar del timón, la maniobra del buque se hacía con dos grandes remos. A cada buque se le imponía un nombre. Los piratas pintaban sus buques y velas del color del mar, para escapar en caso de persecución.

La literatura homérica refleja algo de esta afición por los viajes marítimos. La *Odisea,* y otros poemas épicos perdidos, agradaban principalmente por sus descripciones de tierras exóticas y países fantásticos. La geografía fue precisando la forma de las costas, pero se tenía todavía una idea muy rara hasta de los países de Europa más próximos a Grecia. La leyenda de los argonautas, por ejemplo, supone que el buque *Argos,* en que regresaban los héroes de la conquista del vellocino de oro, salió del mar Negro, remontando el curso del Danubio, para desembocar en el Océano y llegar así los argonautas a Grecia por el estrecho de Gibraltar.

El dominio del arte de la navegación hizo fácil el exportar sin la molesta intervención de los comerciantes fenicios, quienes habían ejercido una especie de monopolio del mar durante los siglos de la invasión dórica. Además, el traficante fenicio, que sólo negociaba en pacotilla o con artículos de metales caros, fue vencido por el griego, que poseía un arte propio, con objetos más ligeros, más agradables y hasta más baratos. La cerámica griega, por ejemplo, no tenía otro valor que el que le daba el arte; pero ¡cuánto más agrable no era un vaso de tierra con figuras pintadas que las porcelanas egipcias! Cada ciudad y cada colonia empezó a especializarse trabajando a base de los productos de que disponía. Por ejemplo, el cáñamo se obtenía de las colonias del sur de Rusia, la

Ruinas del templo de Neptuno (Poseidón) y la llamada Basílica, en la colonia griega de Poseidonia (la *Pæstum* de los romanos), al sur de Italia.





Ruinas del templo de Ceres en Poseidonia.

lana de las ciudades de Anatolia, principiándose a practicar sistemáticamente lo que hoy conocemos como explotación de las riquezas naturales esparcidas por el mundo, que era entonces casi virgen. ¿Pero qué es lo que importaron a Grecia los dorios desde su país de origen? Debemos a los griegos la forma del templo o nave con tejado a dos pendientes. Es la estructura clásica que todavía usamos para monumentos civiles de toda clase. Este tipo de edificio parece que es derivado de la cabaña del centro de Europa. Sin embargo, fue transformado por los dorios al llegar a la Grecia prehelénica, donde vieron que el tipo nórdico a que estaban acostumbrados servía como Sala del Consejo en el llamado *megarón* del palacio de los aqueos.

Sin embargo, la más importante consecuencia de la emigración griega fue política y provino de la fundación de nuevas ciudades, con un nuevo espíritu y un nuevo sistema de gobierno. La influencia de este hecho trascendió a la metrópoli respectiva. Ocurrió que los monarcas, que habían tratado de evitar una revolución estimulando las emigraciones, sufrieron las consecuencias de su excesiva astucia. He aquí cómo se ha explicado el descrédito y la caída de las monarquías en las históricas ciudades griegas a mediados del siglo VIII a. de J. C. Las colonias, que no tenían tradiciones monárquicas, eran gobernadas por los consejos de ciudadanos. Los jefes que dirigían la marcha y establecimiento de un grupo de ciudadanos de la metrópoli para fundar una colonia eran considerados como héroes y fundadores de la ciudad nueva, pero no recibían el título de rey. Sus descendientes se contentaron más tarde con honores, y en algunos casos fueron investidos de un sacerdocio hereditario. Por ejemplo: cuando los foceos se disponían a partir para fundar a Marsella, un oráculo les aconsejó que pidieran a la diosa de Efeso un jefe para la expedición. Al llegar a Efeso así lo hicieron, y Artemisa se apareció en sueños a una de las más honorables matronas de la ciudad, de nombre Aristarca, ordenándole que acompañara a los foceos, llevando consigo un plano del nuevo templo y algunas estatuas. Habiendo hecho lo que aconsejaba la diosa,

después de establecida la colonia, los foceos construyeron su templo, parecido al de Efeso, y nombraron a Aristarca sacerdotisa del santuario. He aquí cómo una mujer viene a ser jefe de una expedición, pero otros serían aventureros inquietos y ambiciosos, como los que colonizaron a América en el siglo XVI. Una tradición recogida por Antíoco cuenta que Miscelus, el fundador de Crotona, en el sur de Italia, no satisfecho con este lugar que le había señalado el oráculo, volvió a Delfos para pedir permiso de cambiarlo por el de Síbaris, inmediato a Crotona. El oráculo le reprendió, diciendo: «¡Oh jorobado Miscelus, que buscando lo mejor sólo persigues tu ruina! Acepta sin murmurar lo que te han ofrecido.» Por lo que, sin más tardanza, Miscelus regresó a Italia y fundó a Crotona, ayudado por Arquías, el futuro fundador de Siracusa, que casualmente había tocado en Crotona, en su viaje con el grupo de emigrantes que iban a establecerse en Siracusa.

¿No es verdad que este Arquías, que va buscando por mares y tierras un sitio bueno para *poblar*, se parece a Alvarado y Cabeza de Vaca? El clima sano de una colonia era considerado, como en América, una circunstancia de gran estima; hiperbólicamente se decía en Grecia: «Más sano que Crotona.» Cirene, en Africa, una colonia de los dorios, era famosa por su suelo fértil, «favorable para la cría de caballos». A veces los colonos tenían que habérselas con los primitivos habitantes del país; unos de temperamento apacible e industrioso, mientras otros eran salvajes, como los indios de Tierra Firme, en América. Escribe Heródoto: «Al llegar a Cinyps se establecieron cerca del río, el lugar más hermoso de la Libia (que es lo mismo que decir Africa). Pero al cabo de tres años tuvieron que marchar de allí, por causa de los libios, y regresar a la patria, en el Peloponeso.» Los primitivos habitantes de Sicilia parece que en un principio tenían atemorizados a los colonizadores griegos, pero dice Estrabón que un tal Teocles, natural de Atenas, que naufragó en aquellas costas, pudo observar a los sicilianos y darse cuenta de sus costumbres. De regreso en Atenas, trató de convencer a sus conciudadanos de la posibilidad de establecer una colonia en Sicilia, y no habiéndolo conseguido, reunió por su cuenta, en Eubea, una banda de dorios y jonios, y con ellos fundó a Mesina y a Megara-Hiblea, en Sicilia... ¡No parece sino que estamos leyendo párrafos de la *Historia de las Indias*, de Fernández de Oviedo, o de la *Milicia indiana*, de Vargas Machuca!

El hecho de no haberse establecido nuevas dinastías en las colonias por fuerza tenía que impresionar a las gentes de las viejas ciudades griegas, que no creían posible subsistir sin una testa coronada como jefe del Estado. Lo mismo ocurrió cuando Bolívar y San Martín, discutiendo el problema de la forma de gobierno en América, propuesto por Monteagudo, decidieron prescindir de príncipes de sangre real para los nuevos Estados que iban a aparecer a cada lado de los Andes. Y la reacción en Europa fue también sensible; por lo menos, los monarcas presintieron que un grave peligro les amenazaba y trataron de atajarlo con su famosa *Santa Alianza*. Pero Europa se hallaba entonces, antes de la navegación por buques de vapor, a una distancia de treinta días de América; así es que las nuevas repúblicas pudieron influir muy poco en la política del viejo mundo.

En cambio, desde las ciudades jónicas del Asia se pasaba a Grecia en dos o tres días. Pronto en las metrópolis se empezó a advertir que también en ellas la monarquía era un anacronismo. Acaso de esta época es la conocida fábula, que corre como una de las de Esopo, en que las ranas acuden a Zeus pidiéndole un rey. El padre de los dioses accede a sus súplicas, dándoles una viga, que flota en el estanque. Las ranas se quejan de que su rey no hace ni dice nada, y entonces Zeus las complace proporcionándoles una grulla, que devora las ranas una a una. La falta de respeto que revela esta vieja fábula para los retoños de los antiguos reyes, héroes e hijos de dioses, indica que su misión estaba terminada. Ho-



Supuesto retrato de Safo, la poetisa de Mitilene.

mero todavía llama a los reyes *nacidos de Zeus,* pero al principiar el siglo VII las monarquías de *derecho divino* han desaparecido en la mitad de las ciudades griegas, y en la otra mitad los reyes son simples magistrados, que, poco a poco, han ido resignando sus poderes en otras manos. Generalmente las antiguas familias reales conservaban el derecho hereditario de practicar sacrificios en días sacrosantos. Muchos preferirían la categoría de pontífice a la de monarca con todas sus responsabilidades. La destitución de los reyes en las metrópolis griegas debió de verificarse paulatinamente, porque no hay recuerdo de revoluciones violentas para destronar monarquías, como, en cambio, las hay para deshacerse, más tarde, de los tiranos o caciques usurpadores. Los reyes continuaron presidiendo ceremonias y procesiones en muchas ciudades hasta la época romana. En la ciudad de Eleusis, los descendientes de las antiguas familias que habían reinado en las épocas prehistóricas eran los únicos que ostentaban el derecho a representar a las personas divinas en los famosos misterios.

Así, pues, la ciudad, o *la polis,* que es la mayor contribución de la raza griega a la cultura moderna, no llega a desarrollarse en su plenitud hasta que, como una consecuencia de la invasión dórica, los griegos tienden a emigrar y fundan ciudades completamente nuevas en sitios donde no existía ninguna tradición de forma de gobierno. Repetimos que esto es el resultado del carácter especial de la emigración griega, que se verificaba por enjambres y no por individuos aislados, como hemos explicado.

En el paraje desierto, escogido para la colonia, la ciudad surgía rápidamente, completa, con todos sus servicios. En los primeros días — acaso durante años — todo el mundo era necesario. El ciudadano más estimado era el más hábil, no el más rico ni el más noble.

Esta es, por lo menos, una de las explicaciones de la substitución de las monarquías en Grecia por otra forma de gobierno. Pero el lector se equivocaría si pensara que la realeza fue substituida inmediatamente, así en las colonias como en las metrópolis, por un consejo municipal electivo como el que rige hoy nuestras ciudades. El comercio, que fue una consecuencia natural de la emigración, enriqueció a nuevas familias y en cada ciudad se estableció más bien una república aristocrática que una verdadera democracia. Ya veremos más adelante cómo del seno de estas aristocracias surgió el plutócrata millonario, que fue el tirano. Los griegos, con todo, distinguieron entre el rey a la antigua, o *basileus,* rey por derecho de sangre, *nacido de Zeus,* y el *tyrannos,* usurpador de los derechos de los magistrados.

La poesía homérica fue continuada por *homéridas* con algunas manifestaciones de modernismo. Un poeta llamado Hesíodo compuso varias obras de estilo todavía épico en las que explica los trabajos del campo y de las artes. Además, intentó una cosmología que describía los orígenes del mundo y de los dioses. Sus relatos, de inmensa utilidad para comprender los orígenes del

pensamiento griego, no aportan novedad de estilo; son todavía arcaicos.

Pero en el siglo VII aparecen los *modernos,* con un género nuevo de versificación, con estrofas en lugar de las largas tiradas en verso a la manera de Homero. Uno de estos poetas, del tiempo de la emigración, es el famoso Arquíloco. Era de Paros y allí vivió la mitad de su vida, hasta que a fines del siglo fue a acompañar a los que iban a la colonización de Tassos, isla más fértil que Paros, que era un estéril bloque de mármol sin vegetación. En los años que residió en Paros, Arquíloco empezó a versificar en sátiras violentas para vengarse de haber sido rechazado por el que tenía que ser su suegro, que le negaba su hija después de haber consentido al casamiento. Arquíloco prodiga al *viejo* toda clase de insultos ensartando viejas historias de animales dañinos. ¡Qué extraño empleo de la poesía! Y, sin embargo, ¡cuánta imaginación!

Después, en Tassos, mezclado con los colonos que combatían para apoderarse de la isla, Arquíloco derrama su hiel, en frases grotescas y obscenas, sobre sus compañeros militares. ¡Qué lejos estamos de Homero! Hemos calificado de europeas las virtudes de los héroes de la *Ilíada;* los versos de Arquíloco son de hoy.

Contemporánea de Arquíloco fue la poetisa Safo, que también nos maravilla por sus sentimientos tan modernos. Tenía una especie de pensionado o escuela para educar a muchachas jóvenes en el canto y las maneras refinadas. El asunto es interesante; es la educación que llamamos el arte de vivir, que se daba en la Rusia del zar y en las *finishing schools* de América. Lo que se aprende en ella es relativamente poco, pero con el estudio de la poesía y la música se forma y templa el alma. Safo explica su intención de elevar el espíritu de las educandas en versos de tal belleza, que fascinan todavía en nuestra época. Sentía un verdadero amor por sus discípulas; se separa de ellas al casarse como lo hiciera una amiga enamorada, más que si fuera madre o hermana. ¿No es esto por ventura sentimiento moderno, actual?

Supuesto retrato de Arquíloco, el poeta satírico del período de las emigraciones.





Esparta. Contrafuertes del monte Taigeto.

3 LICURGO Y SOLON

TODAVÍA no sabemos exactamente cuál era la organización política de Grecia antes de la invasión dórica; pero los poemas homéricos nos hacen suponer que, a pesar de hallarse dividida en pequeños Estados, constituidos en monarquías independientes, se tendía a la unificación con lo que se ha llamado *hegemonía*. La invasión dórica vino a interrumpir la consolidación que probablemente se estaba operando, y Grecia quedó para siempre dividida, no recobrando la unidad sino cuando perdió la independencia, conquistada por Filipo y Alejandro de Macedonia. De modo que, en realidad, Grecia, como nación, no ha existido hasta los tiempos modernos. Acaso ocurra algo parecido en las otras dos penínsulas mediterráneas, porque Roma apenas fue Italia, ni Castilla ha llegado a ser España. Y esto puede ser debido a que, en estos fondos de saco de Europa, las invasiones, en lugar de desplazar las razas que las habían precedido, no hacen más que acumular, en un espacio pequeño, tipos étnicos de caracteres muy variados, que dan riqueza moral, y hasta es posible que por cruzamiento se mejore el físico de cada raza, pero no hay duda que la acumulación de gentes tan diferentes en un lugar tan limitado despierta odios, ocasiona guerras civiles y por fin la ruina. La historia de Grecia, como verá el lector, políticamente es un desastre.



Llanura de Esparta con restos del teatro.

Aunque dorios, jonios, eolios, y también fenicios (al menos en las colonias del Asia), como en un hervidero intelectual, tenían que producir en Grecia maravillas del arte y del pensamiento, y una pléyade de grandes hombres que nos asombra todavía, lo cierto es que su vida política fue una dolorosa tragedia. Dividida Grecia en pequeños Estados, celosos todos del que parecía querer engrandecerse en perjuicio de los demás, se coligaron unos contra otros destruyéndose, hasta hacer preferible el despotismo del macedonio o del romano a las sospechas y la inseguridad de su precaria independencia. El miedo que causaba a Esparta la prosperidad de Atenas la llevaba hasta aceptar una alianza con Persia, el enemigo natural de los griegos, y más tarde en Atenas se pensó en cambiar la constitución, porque tal vez con un régimen menos democrático, el rey de Persia preferiría la alianza de Atenas a la alianza de Esparta. ¡Qué sombra proyecta todo esto sobre la gloriosa aureola con que estamos acostumbrados a mirar a Grecia, patria de la libertad según los poetas!

No obstante, estos Estados, que a veces se reducían a una ciudad con sus suburbios, plantearon el problema del gobierno municipal con una anticipación de las ideas modernas que casi parece un milagro. Por de pronto, en las colonias, donde no había costumbres establecidas, debió de ser necesario desde los primeros días aplicar una legislación. Y, en efecto, el primer código civil europeo que conocemos se promulgó en Locri. El legislador se llamaba Zaleuco y la leyenda supone que era un esclavo pastor, quien, en época de gran confusión en la colonia, tuvo un sueño durante el cual Atenea le dictó sus leyes; éstas son severísimas, con tal rigor para el lujo y las malas

costumbres, que parecen probar el origen humilde de Zaleuco. Encontramos también en este primer código europeo la ley del Talión: ojo por ojo, diente por diente. Pero hay detalles sumamente pintorescos de sabiduría popular; por ejemplo, en el código de Zaleuco se reconoce el derecho de apelar de las sentencias, sólo con la condición de que el juez y el apelante acudirán al juicio con la cuerda arrollada al cuello, para colgar al apelante si pierde la causa o al juez si resulta que había juzgado mal. De la misma manera, el que proponía una ley nueva tenía que hacerlo también con la soga al cuello, y en caso de no ser aceptada su reforma, pagaba con la vida la molestia que había causado a los conciudadanos con sus pretendidos proyectos de mejora.

Otro legislador colonial es un tal Carondas, de Catania, cuya fisonomía moral resulta todavía más primitiva y nebulosa que la de Zaleuco.

Sin embargo, el proceso de transformación que había provocado la invasión dórica debía forzosamente originar la compilación, en un sistema de leyes, de las *costumbres* de los nuevos Estados de la propia Grecia. Esparta, el más característico de todos los Estados dóricos, nos da un ejemplo de organización militar apropiada para las tribus dorias, que se mantenían en pie de guerra hasta cuando llegaron a establecerse definitivamente en el valle del Eurotas. La constitución de Esparta presenta algunos aspectos relacionados con un cierto comunismo, que seguramente sorprenderán al lector y que en la antigüedad llamaron la atención de los que se preocupaban del gobierno de los pueblos. Mas para entender bien el régimen político de Esparta precisa conocer un poco la historia de la conquista de su territorio por los dorios.

Al sur del Peloponeso corre el Eurotas, casi en línea recta, hacia el mar. Al este, el monte Parnon deja un espacio bastante estrecho junto a la costa, pero al oeste la sierra del Taigeto separa el valle del Eurotas de otras comarcas espaciosas, llanas, *donde crece la hierba y grana la espiga,* llamadas Mesenia. De modo que, una vez ocupado el valle del Eurotas, la natural ambición de los invasores debía llevarles forzosamente a atacar a Mesenia, y así la conquista del sur del Peloponeso por los dorios se efectúa en dos etapas: el valle del Eurotas primero y el llano de Mesenia después. De todos modos, por la breve descripción que hemos hecho, ya se comprenderá que el valle del Eurotas, donde estaba Esparta, es el verdadero riñón del Peloponeso y que allí se dirigieron fatalmente los invasores en su marcha de Norte a Sur. Es muy posible

Antiguas murallas de Mesenia, la ciudad rival de Esparta. Peloponeso.





División política del Peloponeso en la Grecia clásica.

que los conquistadores dorios de Esparta fuesen ya de dos tribus, o acaso de dos familias, que al llegar a Esparta se fundieron en un solo pueblo, conservando sólo de sus antiguas divisiones el sistema de tener un par de reyes, dos dinastías hereditarias, descendientes de los caudillos sacerdotes de los tiempos prehistóricos. El hecho de hallarse el enterramiento de una de las familias reales cerca de la acrópolis, y el de la otra en la colonia llamada Nueva Esparta, parece revelar que, en un principio, los dos grupos dorios de Esparta habitaban en lugares separados.

Los reyes de Esparta tenían funciones en su mayor parte honorarias, pero sus personas eran sagradas y sólo el tocarlos constituía un crimen. Los reyes ofrecían sacrificios al partir a la guerra, tenían un tercio del botín y gozaban de otras ventajas en tiempos de paz y guerra; sobre todo se revelaba su carácter divino el día de sus funerales, porque estos reyes-sacerdotes de Esparta, al final de la época histórica, parecían reinar sólo para morir gloriosamente. Pero es lo cierto que, en un principio, los dos reyes de Esparta tenían el doble carácter de jefes militares y sacerdotes, de suerte que de ello parece desprenderse que serían la suprema o única autoridad de las dos tribus invasoras.

Al llegar a la llanura de Esparta los dorios encontraron establecidas allí gentes de la primitiva raza prehelénica, que sojuzgaron, dividiéndose, pues, la población en tres clases: los reyes, los guerreros dorios y los vencidos, o sea los antiguos habitantes prehelénicos del valle, a quienes llamaron *ilotas,* del nombre de una antigua ciudad de Ilos o Helos. Los ilotas se resistieron por algún tiempo en una fortaleza llamada Amiclea, pero no pudieron librarse de los ataques continuados de los invasores y quedaron reducidos a su definitiva condición de servidumbre. Los ilotas eran vasallos del Estado y no podían ser vendidos ni maltratados por sus amos. Muchas veces les fueron dejadas en posesión las tierras de sus antepasados, pagando sólo un alquiler anual muy crecido en granos, vino y aceite. Pero



Colonias griegas del sur de Italia y Sicilia.



Desfiladero de Tripi, que conduce de Esparta a Mesenia a través del monte Taigeto.

siempre los ilotas fueron considerados como enemigos de raza de los dorios, y aunque a veces se les obligaba a alistarse en los ejércitos de Esparta, manteníase sobre ellos una severa vigilancia. Por ejemplo, comentando Aristóteles la constitución de Esparta dice que un día al año los jóvenes espartanos tenían el derecho de asesinar a cuantos ilotas podían encontrar culpables, a juicio suyo, de conspiración contra el Estado. Para esto se escondían y disfrazaban, y aun sugiere Tucídides que los jóvenes de Esparta, para aumentar el placer de este macabro ejercicio, procuraban encontrar en falta a los más fuertes o presuntuosos de los ilotas. Sin embargo, los ilotas podían ser elevados a la categoría de verdaderos ciudadanos en premio de servicios prestados en la guerra, de manera que no existía una barrera de castas infranqueable. En un principio, acaso por estar los dorios escasos de mujeres, hubo muchos híbridos de espartanos e ilotas y se les llamaba *partheniai,* o hijos de muchachas; pero pronto se desembarazaron los espartanos de estos mestizos, a los que debían de considerar espúreos, enviándoles a fundar una colonia en Italia, que después fue Tarento.

Además de los dorios espartanos y de los ilotas prehelénicos, pronto hubo en Esparta otra clase de siervos, llamados *peri-oikoi,* o sea los habitantes de los distritos periféricos. Esta categoría de miembros de la comunidad debió de existir desde muy antiguo; serían acaso aliados que se agregaron a la masa de los conquistadores dorios y fueron recibiendo tierras a medida que se engrandeció el territorio sujeto a Esparta. En esta categoría se incluyeron los mesenios, cuando, después de dos guerras violentísimas, Esparta logró conquistar los llanos ya mencionados, al otro lado del monte Taigeto. Por qué los *peri-oikoi* no eran tan duramente tratados como los ilotas pudo ser conse-



Taller de herrero. De un vaso griego del siglo VI antes de J. C.

cuencia de llevar algunos de ellos sangre doria en sus venas; ya dijimos en el capítulo anterior que Mesenia fue conquistada por una banda doria dirigida por un jefe que era pariente del que conquistó a Esparta. Es indudable, sin embargo, que las guerras de Esparta contra Mesenia y las sublevaciones posteriores de los mesenios crearon odios feroces y aquéllos fueron algunas veces severamente castigados, pero su condición inspiraba cierta simpatía, mientras que nadie tenía lástima de los ilotas.

Así se queja Tirteo de la penalidad impuesta a los mesenios: «Como asnos duramente cargados, — la fuerza cruel les obliga a dar,—del fruto de sus campos,—la mitad a sus señores...» A Tirteo le parece mucho que los mesenios dieran la mitad de sus cosechas, pero en el Atica los siervos tenían que dar cinco sextos de los frutos y aun hoy mismo, en Grecia, no dispone para sí el campesino de mucho más de lo que les quedaba a los mesenios, y mucho menos tenían los ilotas en aquel tiempo. Los *peri-oikoi* se dedicaban a los oficios más necesarios, como el de fabricar armas, calzado, vestidos, los únicos tolerados por Esparta.

Ahora bien, rodeados de enemigos y viviendo entre los *peri-oikoi,* tratados como asnos, y los ilotas, tratados todavía peor, los espartanos tuvieron que mantenerse en guardia constantemente. Para ello su famoso legislador, Licurgo, compiló unas leyes que, como dijimos, causarán sorpresa al lector, aún hoy en que vamos acostumbrándonos ya a oír hablar de comunismo. Nos excusaremos, sin embargo, de dar aquí la biografía de Licurgo, porque ya los antiguos dudaron de la autenticidad de las fábulas que se relataban a este respecto. Plutarco empieza así su vida de Licurgo: «Del legislador Licurgo no podemos decir nada que no sea incierto y discutible...» Con todo, parece probado que un príncipe dorio,

llamado Licurgo, hacia el siglo VIII a. de Jesucristo, viajó por Creta y Egipto, y a su regreso sistematizó las viejas costumbres que estaban en uso en Esparta. Algo debió de cambiar, sin embargo, hasta en la organización del Estado; la disminución del poder real de los dos monarcas puede que se iniciara en tiempo de Licurgo. Los reyes no fueron suprimidos, pero unos nuevos magistrados, llamados *éforos,* empiezan a aparecer a fines del siglo IX antes de J. C., y sus nombres nos son conocidos a partir del año 755. Estos eran cinco, en un principio nombrados por los reyes, que de grado o por fuerza delegaron en los éforos gran parte de su autoridad; más tarde los éforos fueron nombrados por el consejo de los ancianos, y los reyes tenían que jurar cada mes ante ellos que gobernarían según las leyes del Estado. Más aún: los éforos, cada nueve años, observaban los astros en una noche sin luna, y si veían una estrella errante, era señal de que los reyes de Esparta eran culpables de sacrilegio. Entonces los suspendían del cargo hasta que llegaba un oráculo favorable a los monarcas.

Pero las grandes reformas que van asociadas al nombre de Licurgo tenían mucha mayor trascendencia que la de traspasar el poder de unos magistrados, llamados reyes, a otros llamados éforos. Copiamos de Plutarco: «Una segunda y mucho más arriesgada iniciativa de Licurgo fue una nueva distribución de tierras. Porque encontró una enorme desigualdad en el país, con una multitud de pobres que no tenían tierras, mientras la riqueza estaba concentrada en unos cuantos. Determinado, pues, a extirpar los males de la insolencia, la envidia, la avaricia y el lujo, y los otros desórdenes,

Taller de zapatero. De un vaso griego del siglo VI antes de J. C.



todavía más perniciosos al Estado, que se llaman pobreza y riqueza, persuadió a sus conciudadanos de la necesidad de cancelar los anteriores repartimientos de tierras para hacer otros nuevos, de manera que todos pudiesen ser iguales en sus posesiones y manera de vivir... Su propuesta fue aceptada y Licurgo hizo nueve mil lotes del territorio de Esparta, que distribuyó entre otros tantos ciudadanos, y treinta mil lotes (que debían ser para los *peri-oikoi*) de lo restante del país...» «Cada lote debía ser suficiente para producir setenta fanegas de grano para cada hombre, y doce para cada mujer, además de vino y aceite en proporción... Cuentan que un día, volviendo Licurgo de un viaje, hubo de pasar a través de los campos recién segados, y viendo las gavillas, iguales en cada campo, exclamó sonriendo: —¡Cómo se parece Esparta a una hacienda dividida entre hermanos equitativamente!»

Tras explicar otras providencias de Licurgo para abolir el lujo y las riquezas, continúa Plutarco: «Una tercera institución para exterminar la afición de los bienes materiales fue la de las mesas públicas, donde los espartanos comían en común los mismos guisos, prescritos por la ley... Había quince personas en cada mesa. Cada uno estaba obligado a llevar cada mes una fanega de grano, cinco libras de queso, dos libras y media de higos y un poco de dinero para comprar carne y pescado... Lo que más gustaba a los espartanos era su sopa negra, de manera que los mayores se sentaban a un lado de la mesa para comer esta sopa y dejar la carne para los jóvenes. Se cuenta que un rey del Ponto, habiendo oído hablar con tanto elogio de esta sopa negra, se procuró un cocinero de Esparta, y como la sopa no le gustase, al ver el cocinero su decepción, le dijo estas palabras: "Señor, para gustar de esta sopa es necesario bañarse primero en agua del Eurotas.» También se cuenta

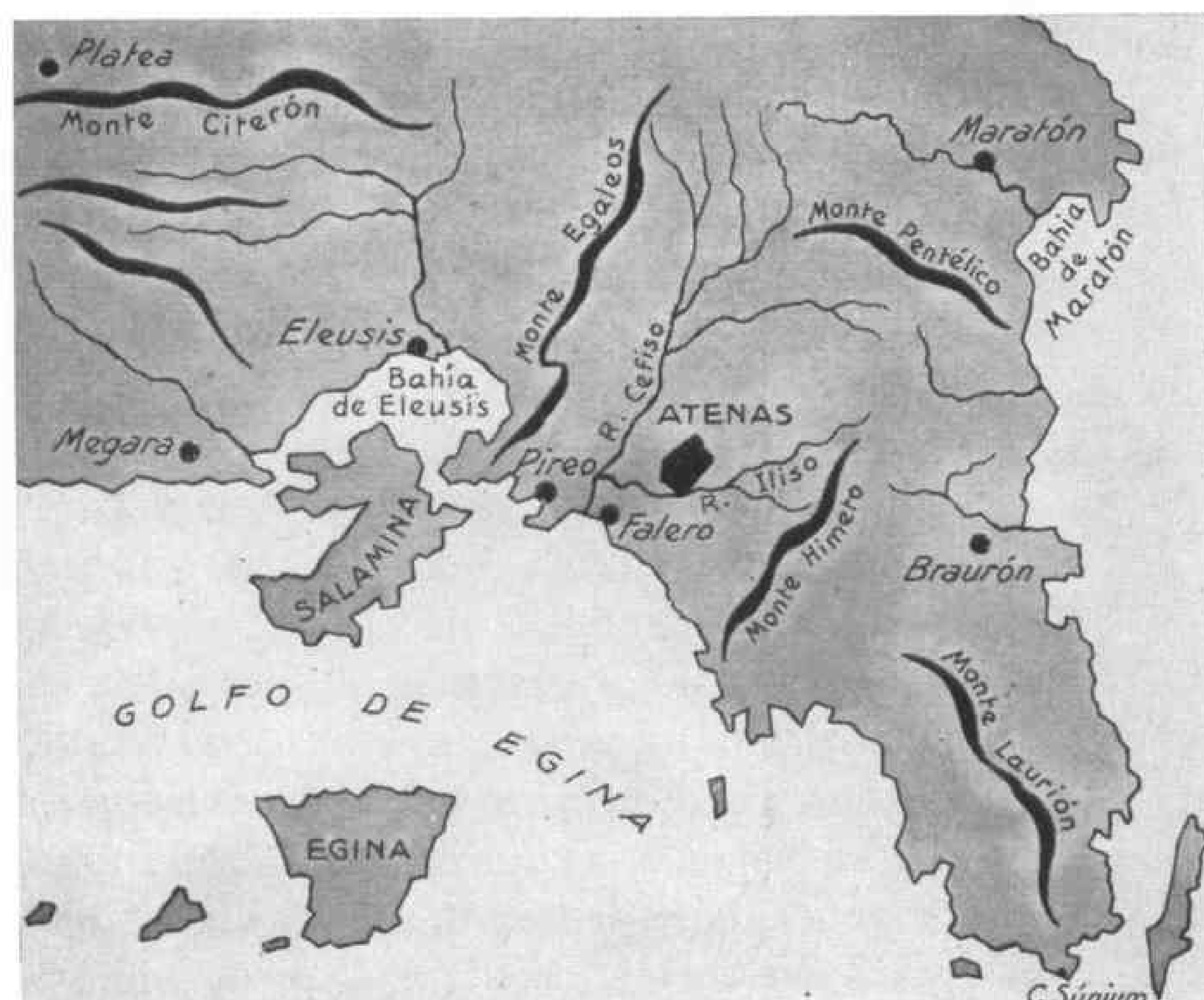
Doncellas atenienses yendo a la fuente eneacrunos, o de los nueve caños. Unas con el vestido dórico, de falda y corpiño, y otras con el manto jónico. Pintura de un vaso.



que Epaminondas decía, al mirar su mesa en Esparta: «La traición nunca se esconderá debajo de una mesa como ésta.» Una vez que el espartano Leotíquidas cenaba en Corinto, en una sala decorada con vigas escuadradas y talladas, preguntó maliciosamente si los árboles crecían cuadrados en Corinto y no redondos como en Esparta.»

Los espartanos pasaban la mayor parte del día en ejercicios militares mientras que los ilotas y los *peri-oikoi* trabajaban para ellos, pues aunque eran frugales y la sopa negra no requería substancias costosas, la vida de los espartanos no hubiera sido posible sin los ilotas y los *peri-oikoi,* que les libraban del trabajo de los campos. Como se ve, la organización de Esparta se parece más a la de una orden religiosa de la Edad Media que al comunismo de nuestros días. Los espartanos fueron siempre una minoría en el Estado; ya en tiempo de Licurgo se mencionan sólo nueve mil ciudadanos. Al final de las guerras médicas eran ya sólo ocho mil; en 371 a. de J. C. difícilmente llegaban a mil quinientos. Aristóteles cree que el número de espartanos, en su tiempo, no pasaría de mil, y sabemos que en 244 a. de J. C. eran setecientos. Sin embargo, preguntado uno de ellos cuántos eran, contestó: «¡Los suficientes para alejar de Esparta a la mala gente!»

Acaso esta reducción de su número fue debida, no sólo a los esfuerzos militares a que estaban consagrados, sino también a la manera de asegurarse la sucesión, que ya llamó la atención de Aristóteles y de los que estudiaron las costumbres de los espartanos. Copiaremos algunos párrafos de Plutarco sobre este punto: «En los matrimonios el esposo arrebataba a la esposa con violencia y nunca se escogía una mujer que no hubiese llegado a la madurez... Por mucho tiempo vivían los esposos sin hablarse ni tratarse más que de noche, viviendo el marido en su acostumbrado local con los demás jóvenes... Esta clase de trato, no sólo producía temperancia y castidad, sino que también mantenía sus cuerpos sanos y fecundos y el amor no decaía, porque los esposos no estaban fatigados, como aquellos que permanecen constantemente con sus mujeres...»



Mapa del Atica.

«Por otra parte —continúa Plutarco— si un hombre de buen porte sentía pasión por una mujer casada, ya por su modestia, ya por la belleza de sus hijos, el marido le admitía en su compañía, para que, plantando en un campo hermoso, pudiese él también producir bellos frutos. Porque Licurgo no consideraba a los hijos como propiedad de sus padres, sino propiedad del Estado, y no permitía, pues, que fuesen engendrados por personas ordinarias, sino por los mejores ciudadanos. Más aún, Licurgo hacía observar la vanidad y el absurdo de otras naciones, donde el pueblo hace esfuerzos para obtener las mejores crías de caballos o de perros, que se pueden comprar con dinero, y en cambio encierran a las mujeres para que no puedan tener hijos más que del marido, aunque éste sea impotente, decrépito o enfermo...» Como consecuencia natural de esto, añade Plutarco que, preguntando un extranjero cuál era el castigo

para los adúlteros en Esparta, se le respondió que no había adúlteros, e insistiendo en cuál sería el castigo en caso de haberlos, se le dijo que debería procurarse un buey que bebiese agua del Eurotas desde la cima del monte Taigeto, y replicando todavía el extranjero que no sería posible encontrar semejante buey, se le contestó que más difícil era encontrar un adúltero en Esparta.

Pero lo que más llamó la atención de Platón fue la manera de educar a los hijos de los espartanos. Estos, si después de reconocidos por los ancianos al venir al mundo no parecían fuertes y bien proporcionados, eran arrojados a una caverna del monte Taigeto, llamada Apoteta; en cambio, si se les conceptuaba dignos de la vida, se les asignaba uno de los nueve mil lotes de tierra. De pequeños no los envolvían con pañales, para que pudieran crecer libremente, y las nodrizas de Esparta eran preferidas hasta en Atenas. A los siete años los muchachos se alistaban en compañías y desde entonces tenían en común los juegos y los ejercicios físicos. El que demostraba más valor y capacidad, era nombrado capitán de la compañía. Los viejos presenciaban a veces las diversiones de los jóvenes y les sugerían motivos de lucha para observar el espíritu de cada uno en el combate. El resto de su educación era apropiado para hacerlos fuertes y buenos guerreros. La música y los cantos en honor de los héroes antiguos eran empleados «con concisa dignidad de expresión», dice Plutarco.

La educación de las muchachas era análoga a la de los jóvenes. En danzas públicas y otros ejercicios las doncellas incitaban a los jóvenes al matrimonio, y, como dice Platón, «el amor seguía a los juegos, como la conclusión sigue a las premisas de un discurso». La mujer tenía gran ascendiente sobre el marido. «Vosotras sois las únicas mujeres que gobernáis a los hombres», les decían. A lo que ellas contestaban: «Somos también las únicas que criamos verdaderos hombres.»

Descontando su legislación y disciplina comunal, Esparta no nos ha dejado nada verdaderamente espiritual; no hay poetas ni filósofos originarios de Esparta. No hay muchos restos de un arte espartano; no hay restos de un estilo que sirviera para elevar sus edificios públicos, que debían de tener un aspecto peculiar, pues servían para comedores públicos, dormitorios de los guerreros y gineceos para las mujeres. Por la austeridad de sus disposiciones, se diferenciarían de cuanto había en otras ciudades.

En Esparta no había templos, y sólo se recuerda un lugar santo donde se veneraba una estatua gigantesca de Apolo, el dios nórdico patronímico de los dorios. Estaba emplazada en un sitio donde debía de haber existido un palacio prehelénico, acaso en las ruinas del castillo que fue morada de Menelao y Helena. Pausanias, que todavía llegó a ver el *trono* de Apolo, lo describe



Lápida funeraria de un joven efebo sucumbiendo de fatiga en la carrera.



Estatua en bronce de una doncella espartana adiestrándose en la carrera del estadio. Obsérvese que los kuroi o atletas dorios van desnudos.
Copia en mármol en el Vaticano.

así: «Había en el lugar de Amiclea, junto a Esparta, el trono de Apolo. Cuando los dorios conquistaron el valle, respetaron el lugar sagrado donde se suponía que estaba el sepulcro de un héroe llamado Jacinto. Encima del santuario, probablemente subterráneo, de Jacinto, levantaron una gran estatua de Apolo». «Yo no sé — dice Pausanias — de nadie que haya medido la figura de Apolo, pero por lo menos mide treinta codos. Es una imagen tan ruda, que si no fuera porque tiene cara y manos se creería que no es más que un pilar de bronce. Lleva yelmo en la cabeza y en las manos la lanza y el arco. El pedestal de la imagen tiene la forma de un altar y se dice que en él está enterrado Jacinto. Por su fiesta, antes de sacrificar a Apolo, llevan un sacrificio a Jacinto por una puerta de bronce que está al lado del altar.» Consta también que sobre el pedestal había una especie de trono sobre el cual se elevaba la estatua.

Esto es cuanto se conservaba en Esparta de la época prehelénica. Los dorios no fueron grandes constructores, por lo menos en Esparta; en cambio, en las colonias construyeron grandes monumentos. No hay tampoco un tipo de cerámica que pueda atribuirse a Esparta y, por tanto, desconocemos los que pudieran ser sus gustos en pintura, si preferían una decoración monocroma o con dos o tres colores, como la cerámica de otras ciudades dóricas.

Las leyes que Licurgo impuso a Esparta nunca quiso escribirlas en forma de código, porque decía que su mejor archivo era el corazón de los ciudadanos. Parecen una *Utopía,* como la de Tomás Moro; el sueño de una *Ciudad del Sol,* como la de Campanella, y si no fuera porque los párrafos que hemos transcrito de Plutarco resultan comprobados por los comentarios de los escritores más verídicos de la antigüedad, creeríamos que estamos leyendo un folleto de propaganda, sin realidad ninguna. Esparta, no obstante su constitución fantástica, perduró varios siglos; tuvo una vida tan larga y tan sana como la de cualquier otro Estado griego. Militarmente fue siempre solicitada, o se impuso ella misma, para tomar la dirección de las ligas o alianzas de que formaba parte. Moralmente, sería lo más simple y lo más noble de toda Grecia cuando un filósofo como Platón declara que Esparta era lo que se acercaba más a su ideal.

Esparta nos ofrece, además, el ejemplo del paso de una forma de gobierno puramente monárquica a una aristocracia pri-

vilegiada que por medio de asambleas y magistrados dirigía los negocios del Estado. Este fenómeno de la supresión de la monarquía, o por lo menos la reducción de sus derechos a los servicios religiosos del culto ancestral, se verificó con mayor o menor violencia en todos los Estados griegos, pero en ninguno tiene tanto interés como en Atenas, por el papel tan importante que después hubo de desempeñar en la evolución del pensamiento y el arte griegos. Todo lo que se refiere a Atenas apasiona más que ninguna otra ciudad del mundo antiguo; Atenas y Jerusalén son dos de los lugares de la tierra que la humanidad mira con más respeto. Con todo, los orígenes de Atenas están de tal modo escondidos entre las leyendas mitológicas, que sólo como aproximación a la verdad cabe valorar nuestras reconstrucciones.

Pero he aquí cómo nos imaginamos hoy los orígenes del Estado que, comprendiendo la pequeña península del Atica, tuvo después a Atenas por capital. El Atica es un país montañoso, escaso de aguas, aunque de clima templado por su forma peninsular, abundante en puertos y bahías. Abierto a los navegantes, su población tenía que ser heterogénea; además de los restos prehelénicos que se encuentran en el Atica, existe la posibilidad de que allí se establecieran núcleos de fenicios. En la época prehistórica, el Atica debía de estar dividida en pequeñas comunidades, completamente independientes. Poco a poco éstas se agruparon, resumiéndose en doce grupos de aldeas por obra de un primer héroe organizador llamado Cecrops. Un segundo héroe extranjero, Teseo, agrupó estos doce barrios en un solo Estado, que tuvo por centro la ciudad de Atenas. La fiesta anual de las Panateneas tenía por objeto mantener propicias a las divinidades de *todas las Atenas (Pan-Athenaia);* era como una especie de culto expiatorio a los antiguos cultos locales, que perdieron su importancia al centralizarse las barriadas en una sola ciudad.

Las familias de los reyes-sacerdotes, jefes de las tribus, pasaron a vivir a Atenas, formando una especie de aristocracia de la flamante ciudad, donde eran llamados *eupátridas.* Se prefirió Atenas por su situación deliciosa, con su colina, tan propia para la acrópolis o fortaleza, con el monte Licabeto a corta distancia y las sierras del Pentélico y el Himeto en el fondo, cerrando el valle, por el que corren dos arroyos, el Cefiso y el Iliso, preciosos en un país tan falto de agua. La constitución del Estado en un principio fue monárquica, con un nuevo rey, cabeza de todos los eupátridas; pero éstos empezaron a mermar su autoridad, reservándole al fin sólo ciertas funciones sacerdotales. Primero impusieron al rey unos *polemarcas,* o generales, para dirigir las operaciones militares; después crearon los cargos de *arcontes* o magistrados. Los arcontes eran elegidos entre los eupátridas por el consejo de sus ancianos, llamado *areópago,* compuesto de cincuenta miembros, y al cesar los arcontes en sus cargos pasaban a formar parte del areópago, de manera que, en realidad, el areópago se reclutaba sólo entre los eupátridas.

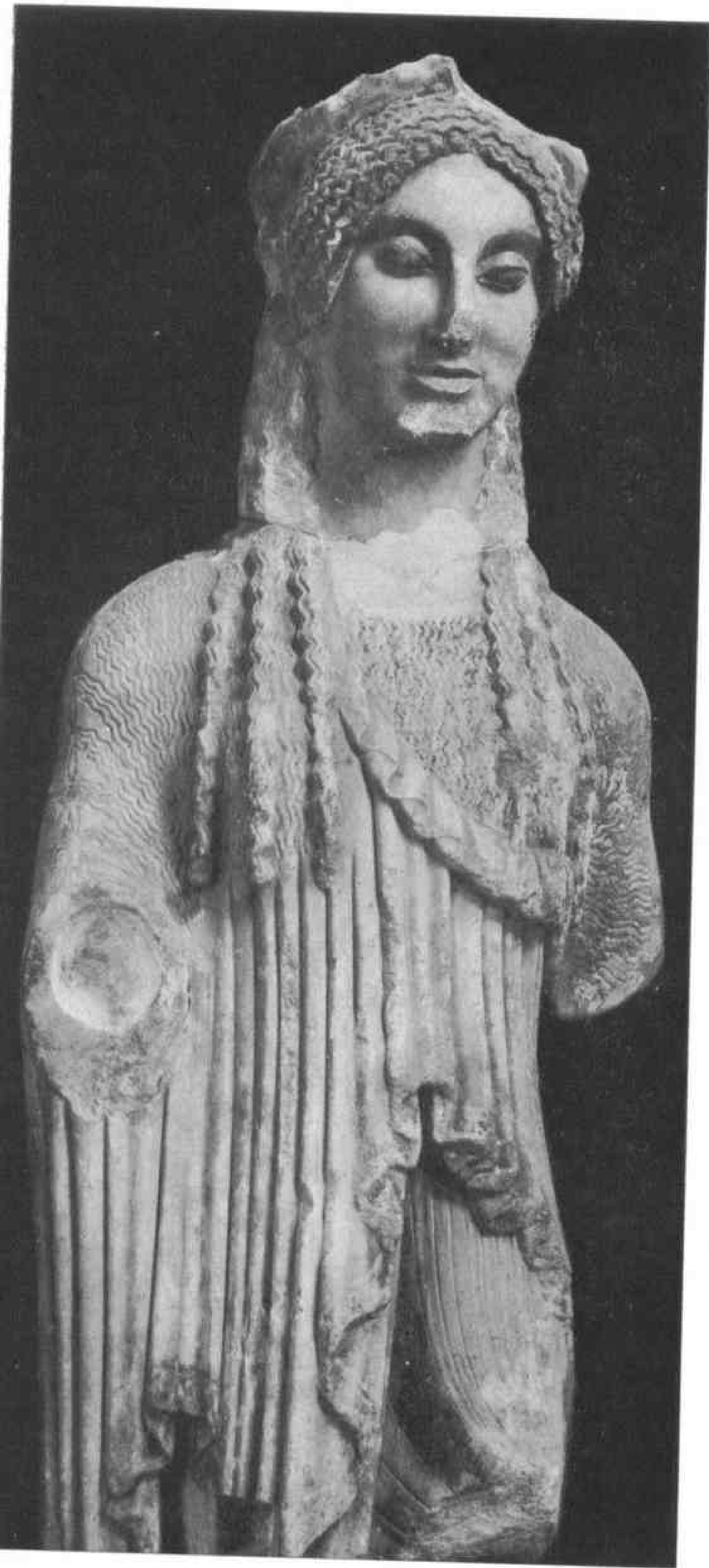
Por lo dicho se ve que la aristocracia de Atenas, o sean los eupátridas, no era de diferente raza, como en Esparta, sino que estaba formada por gentes de análoga condición, que se resolvieron a vivir en común por imposición de un huésped extranjero. Los eupátridas conservaron naturalmente un gran prestigio, y aun derechos reales y sacerdotales sobre las antiguas aldeas de donde procedían, y con el tiempo sus intereses se fueron haciendo cada vez más positivos, reclamando no sólo honores, sino la propiedad de las tierras que seguían cultivando sus convecinos desde época muy antigua. Así Atenas, o mejor dicho, el Atica, se encontró dividida en dos clases desiguales: los eupátridas, que tenían el poder, y los siervos, que debían pagar por el aprovechamiento de los campos los cincos sextos del producto de su trabajo. Actualmente estos cinco sextos parecen un tributo excesivo, pero ya resultaban exorbitantes en tiempos antiguos, cuando los eupátridas vivían en la ciudad y las necesidades del



El Atica vista desde el camino de Eleusis.

labriego habían también aumentado. Más aún; los eupátridas, haciéndolo derivar acaso de viejas tradiciones prehistóricas, tenían el derecho o costumbre de admitir la prestación personal para resarcirse de lo que se les debía por sus tierras; era lo que se llamaba la hipoteca corporal, cuya obligación recaía sobre el hijo, en caso de insolvencia, a la muerte de su padre. De manera que, por razón de sus deudas, la mayoría de los habitantes del Atica tenían hipotecados a los eupátridas, no sólo sus bienes muebles, sino sus propios cuerpos y los de las personas que de ellos dependían. Tal estado de cosas tenía que producir hondo descontento entre los labradores y hacerles desear una revolución. Un aventurero dorio llamado Cylón, hermano del señor de Megara, pretendió sin éxito hacerse dueño de Atenas aprovechándose de la desgracia de los oprimidos.

La mejora de la plebe no podría conseguirse hasta que no se interesara por la suerte de los proletarios de Atenas un patriota verdaderamente espiritual; éste fue Solón. La personalidad de Solón no aparece vaga y discutible, como la de Licurgo, sino que es la de un hombre de carne y hueso cuya vida está comprobada por infinidad de comentarios y referencias de los autores clásicos. Solón nacería hacia el 620 a. de J. C., porque fue en 594 cuando ejerció casi absoluto poder en Atenas, asumiendo varios cargos que le daban poderes dictatoriales. Descendiente de una de las más nobles familias de los eupátridas, Solón pertenecía a la más rancia nobleza, aunque su padre había disipado la fortuna que poseía en obras filantrópicas, o, como dice Plutarco, «haciendo servicios y bondades a las gentes». Esto debió de procurar a Solón el agradecimiento de muchos, y por su pobreza no debía inspirar sospechas ni recelos a nadie. Parece que, en su juventud, Solón trató de rehacer su caudal con el comercio que hoy llamaríamos de importación, traficando en el extranjero y «llevando a Atenas las cosas excelentes que poseían algunas naciones



Estatua de *koré* vestida con el himatión jónico.

bárbaras y, al mismo tiempo, *una gran cantidad de experiencia*».

Eran aquéllos unos tiempos en que, como dice su contemporáneo Hesíodo, «el trabajo no constituía una vergüenza para nadie». Vástagos de nobles familias habían emigrado a países lejanos para fundar colonias; sabios como Tales e Hipócrates habían ejercido de comerciantes; así es que no hay nada de extraño en el hecho de que Solón se decidiera a viajar para rehacer su fortuna con el peligroso comercio con los bárbaros. En sus escritos parece que hacía alusiones humorísticas a sus aventuras de comerciante, y se comprende que, sin despreciar los provechos, Solón no consideraría los negocios como un ideal de vida ni como una ocupación apropiada a su temperamento.

Asimismo parece que, en un principio, hubo de considerar la poesía como un simple pasatiempo; acaso empezó a componer para distraer la monotonía de los viajes; sus primeros epigramas, de tono ligero, con cierta dosis de moral, no produjeron gran entusiasmo en Atenas. Mas pronto se dio cuenta Solón del gran partido que podía sacarse de la poesía para la propaganda de ideas morales y políticas, y acabó empleándola con toda seriedad como un elemento importantísimo de predicación y de gobierno.

Sin embargo, por lo dicho ya se comprenderá que, al llegar a su madurez, Solón no sería considerado en Atenas sino como un aficionado a la filosofía y a la poesía, improvisado comerciante casi por necesidad. Pero un problema de vital importancia para Atenas, que Solón resolvió favorablemente, vino a hacer de este personaje secundario la figura principal de la ciudad. Si el lector examina el mapa esquemático del Atica verá que, en la bahía de Eleusis, la isla de Salamina se halla enfrente de los puertos de Falero y del Pireo, que son los dos puertos de Atenas. Al otro lado de Salamina está Megara, que era el punto más avanzado que consiguieron ocupar los dorios en sus ataques contra Atenas. La posesión de la isla de Salamina por Megara o por Atenas debía dar a una de ellas libre acceso al mar y, con ello, su prosperidad futura. Hacía largos años que Atenas y Megara luchaban por la posesión de Salamina, y desesperando ya de vencer la resistencia doria, los eupátridas de Ate-

nas habían dictado una ley por la que se condenaba a muerte al que se atreviera a mencionar siquiera el nombre de Salamina o proponer su reconquista. Desafiando esta prohibición, el mediano poeta que se llamaba Solón compuso una elegía titulada *Salamina* y se atrevió a recitarla en el mercado desde el tablado del pregonero. El poema empezaba así: «Soy el heraldo de la rubia Salamina, — en verso explicaré lo que allí pasa...»

Parece que el efecto de la lectura de Solón fue tan grande, que quinientos exaltados se conjuraron para ir con él a conquistar la isla. Con estos elementos es fama que Solón reconquistó a Salamina y aun facilitó la paz definitiva con sus prudentes consejos. Parece que, para acabar el conflicto, los de Megara propusieron un arbitraje que confiriera la propiedad de la isla a quienes pudieran probar que eran sus primitivos pobladores. Solón valióse de un argumento arqueológico muy interesante: dijo que en Salamina se enterraba a los muertos de cara al Oeste, como en Atenas, mientras que en Megara se enterraban de cara al Este. Además, merced a su erudición, pudo alegar varios oráculos de Apolo en que se mencionaba a Salamina como tierra jónica, igual que Atenas, y nunca dórica, como Megara.

La habilidad, el tacto y la energía demostrados en la cuestión de Salamina hicieron pensar que Solón podría ser el hombre providencial que resolviera el conflicto de clases que hacía siglos tenía perturbada a Atenas. Los escritores antiguos hacen observar que Solón, por su nacimiento, parecía asegurar a los ricos y nobles eupátridas que no sería muy riguroso con ellos, mientras que los pobres esperaban también que un hombre tan justo y generoso trataría de mejorar su deplorable condición con verdadera simpatía. Por unanimidad, pues, fue Solón elegido arconte y *tesmoteta,* o legislador, el año 594 antes de J. C. Acaso para procurarse partidarios que consolidaran su autoridad, hizo regresar a los atenienses emigrados; algunos estaban en el destierro por motivos políticos, como la familia eupátrida de los Alcmeónidas, y a



Dorso de una estatua de *koré* con los airosos pliegues del himatión.

éstos fue fácil indultarlos, pero otros, los más, eran proletarios que se habían escapado de la esclavitud por deudas. Para devolverlos a la patria era necesario, primero, pagar sus atrasos a los eupátridas acreedores. Solón, para redimir estas deudas, según unos, reunió un capital por subscripción voluntaria entre los eupátridas; según otros, avisó a algunos de sus amigos de que él no intentaba confiscar las tierras, sino sólo condonar las deudas de los acreedores, y con esta seguridad, sus amigos se hicieron prestar sumas importantes y compraron grandes haciendas. Más tarde, al cancelar las deudas atrasadas, sus amigos se quedaron con las tierras, sin pagar el dinero que debían, y parte de estas riquezas parece que las empleó Solón para pagar las deudas de los labradores fugitivos o que vivían en el destierro. De modo que el dinero para pagar a los eupátridas salió de las bolsas de los mismos eupátridas, que eran los únicos que lo tenían. A lo que se puede añadir lo que dice Plutarco de estas *operaciones* de Solón, que «no contentaron a nadie, porque los ricos estaban quejosos por el dinero que se les había arrancado, y los pobres se quejaban porque no se habían dividido las tierras, como había hecho Licurgo en Esparta, donde todos los ciudadanos eran iguales». Pero no deja de advertir Plutarco que lo que pudo hacer Licurgo, que era un descendiente de Hércules, esto es, que tenía en sus venas sangre real, no pudo hacerlo Solón, ya que al fin y al cabo solamente era un simple ciudadano.

Solón se alaba de su hazaña en unos versos conservados por Aristóteles, que dicen así: «Yo devolví a Atenas, ciudad divina,— los hombres que habían sido vendidos,— unos según la ley, otros ilegalmente;—unos, que la necesidad llevó al destierro,—otros vagabundos, que olvidaron hasta su lengua... — Esto hice yo, empleando la fuerza y la justicia.» Esta medida preliminar de cancelar las deudas se llamaba la *σεισάχθεια* o sea «el remover las cargas». Pero, además, Solón promulgó una ley que prohibía hipotecar las personas y vender los deudores como esclavos, lo cual fue el principio de la igualdad civil, base la más firme de la verdadera democracia.

Fijó además los derechos y deberes de las cuatro clases de ciudadanos que debían constituir el organismo del Estado, no según su nacimiento, sino según sus bienes. En primer lugar estaban los grandes propietarios, cuya renta anual era de quinientas medidas de trigo o quinientas medidas de vino y aceite; venían después los caballeros eupátridas, que no tenían más que trescientas medidas del producto de sus tierras; los terceros eran los labradores enriquecidos, que podían disponer de doscientas medidas anuales, y los últimos eran los que no llegaban a esta renta anual. De las tres primeras clases se elegían los magistrados, excepto los arcontes, que debían



Mujeres danzando vestidas a la moda dórica. Pintura de un vaso.

Pastor ateniense llevando un becerro recién nacido.



pertenecer a la primera clase; la última clase de ciudadanos, llamados *tetes,* no tenía más derechos que el de asistir a los consejos y actuar como jurados.

Como se ve, las reformas de Solón abrían las puertas del poder a las clases inferiores; además, para contribuir a las cargas fiscales, el tanto por ciento que debían satisfacer los ricos era más cargado que el de los pobres, de manera que se tendía a la uniformidad. Como las reformas de Solón dividían a los ciudadanos según la capacidad de la producción agrícola que podían alcanzar, esta ley estimularía a los ricos y burgueses al cultivo de los campos.

Las medidas de Solón no eran una operación quirúrgica, como la constitución de Esparta, sino que con sus suaves y aun diríamos artísticos procedimientos preparaba a la encumbrada clase de los eupátridas a habituarse a la idea de la pérdida de su omnipotencia, mientras el proletariado se educaba con el uso de sus derechos. El gobierno se cambió también, pero con moderación. Los arcontes fueron nueve y su presidente no era el rey, o *basileus,* sino uno de ellos. Los fallos de los arcontes podían apelarse ante una asamblea, o *bulé,* de cuatrocientos ciudadanos. El areópago quedó tal como estaba, pero en adelante debía actuar como un senado, para vigilar el cumplimiento de las leyes y hacer justicia en los casos de homicidio y ataques a la seguridad del Estado. Además, Solón instituyó otro tribunal popular, llamado *Heliaia,* formado de jurados elegidos por suerte entre los ciudadanos de más de treinta años, en el que eran admitidos hasta los *tetes* o miembros del cuarto estado. El comentario del mismo Solón a sus reformas, tal como lo ha recordado Aristóteles, es muy interesante: «Otorgué a la plebe el poder necesario — sin quitarle honor ni darle demasiado— y los ricos e ilustres por su nobleza — procuré que no sufrieran en extremo...» «Así la plebe seguía a sus jefes,—sin tirar éstos de las riendas ni aflojarlas demasiado...»

A pesar de su moderación, Solón comprendió que su presencia en Atenas perjudicaría la libre expresión del sentir de sus conciudadanos y dificultaría la evolución

de sus facultades como miembros de un Estado libre. Es aquella fórmula del Evangelio: para que el grano germine, es menester que se pudra en la tierra. Solón no podía morir, ni nadie deseaba su muerte hasta el punto de asesinarle, por lo que determinó desterrarse voluntariamente de Atenas durante diez años. Compró un barco de carga, como los que había usado en sus aventuras de comerciante, y marchó primero a Egipto, y después a Chipre y al Asia Menor. Cuando regresó, su decepción sería grande al ver que la libertad que había dado a las clases proletarias sólo había servido para preparar la tiranía. Un arconte, Damsias, se había mantenido en el cargo más de lo que permitía la constitución.

Pero Solón, sintiéndose ya incapaz de provocar en Atenas una nueva revolución, y sin perder su fe en el porvenir, acabó su vida tratando de encontrar consuelo en el cultivo de la poesía. Fue en estos días de la vejez cuando empezó a componer su gran obra sobre la Atlántida, que debía de ser una fantasía poética de la *Polis* o Ciudad ideal. Platón trató de concluir este testamento político de Solón, del que no quedan en nuestros días más que algunos versos. La tradición añade que las cenizas de Solón fueron esparcidas sobre el suelo de Salamina, como si se quisiera vincular definitivamente su conquista a Atenas, pero además sus leyes, escritas en tablas de madera, se conservaban todavía en el siglo II de nuestra Era en el Pritaneo de Atenas, prueba del respeto que sentían por ellas los atenienses aun después de tantas revoluciones y tiranías... ¡Pobre Atenas! Acaso hubiera sido mejor para ella, y para el mundo entero, que adoptase una constitución de *igualdad sin libertad,* como la de Esparta. Pero con Solón empiezan las tentativas democráticas que algún escéptico podrá creer que han sido un fracaso.

Muchacha ateniense del siglo VI antes de J. C.





Ruinas del templo de Poseidón en el cabo Sunion.

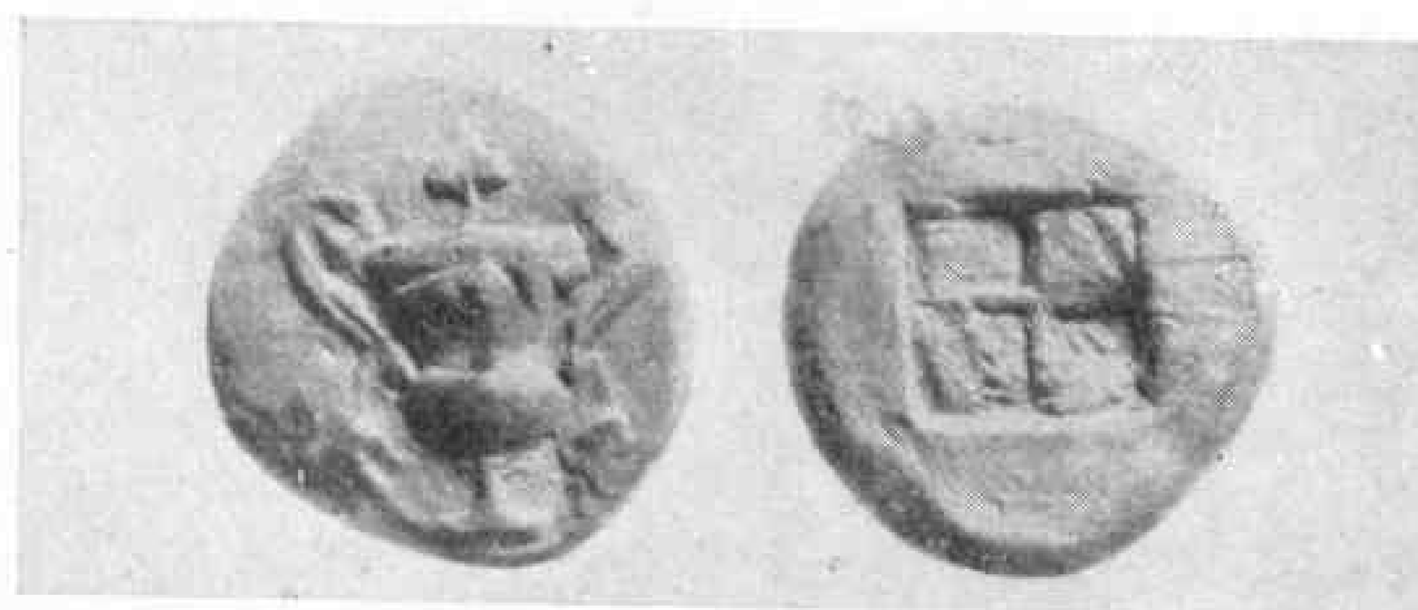
4 LOS TIRANOS GRIEGOS

Al final del capítulo anterior ya dijimos que Solón, a su llegada del viaje que hiciera al extranjero, se encontró con la desagradable sorpresa de un síntoma de tiranía, y el año 561, el mismo de la muerte de Solón, Pisístrato, su compañero de juventud, simple ciudadano de Atenas, de noble familia, aunque no de sangre real, se impuso en el Atica como un tirano. Desde este momento debió de preocupar a los espíritus superiores de Grecia la aparente incompatibilidad de la democracia con el industrialismo naciente. La tiranía parecía hacerse general; todos los Estados griegos, a excepción de Esparta, iban cayendo más o menos francamente en poder de ricos mercaderes sin escrúpulos, que compraban partidarios y entronizaban a sus hijos como señores hereditarios para dirigir los negocios complicados de las *polis* democráticas. Por esto Solón, en su vejez, exclamaba: «El comerciante reina soberano, y el mal señor sobre los mejores. Esta es la lección que todo el mundo debiera recordar siempre: cómo en todas partes la riqueza consigue reino, fuerza y poderío.»

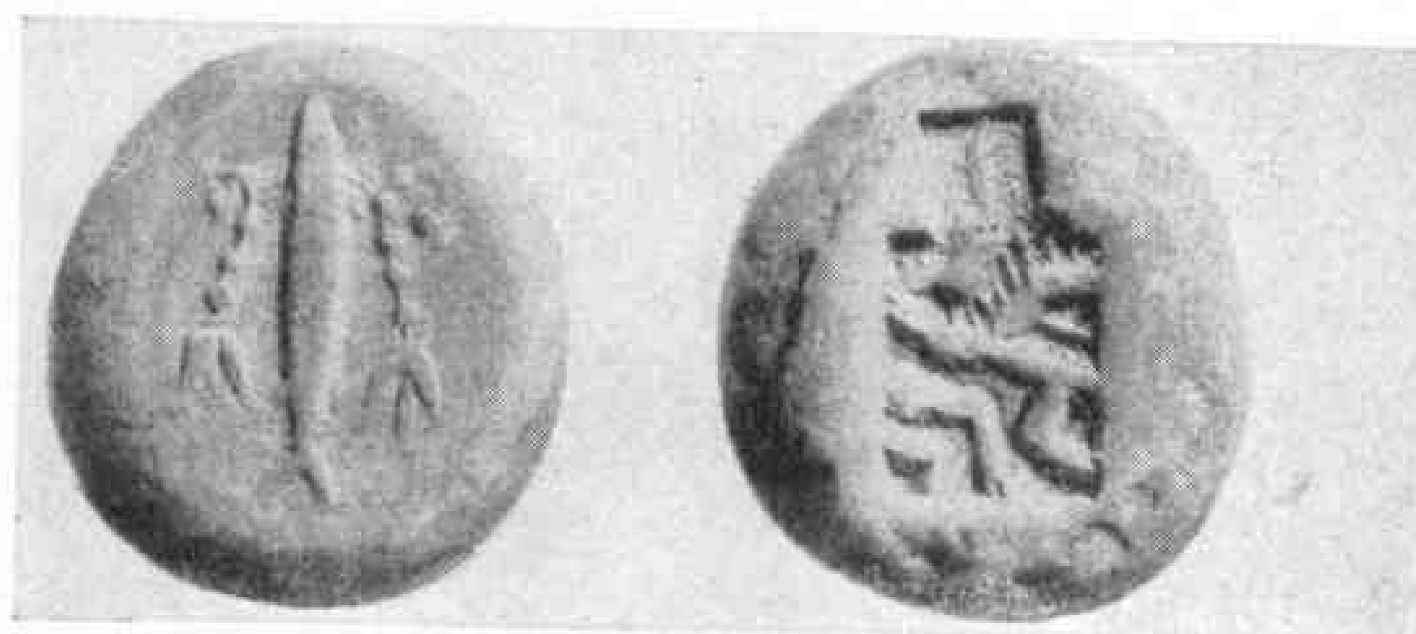
Mucho más tarde Platón, preocupado por el mismo problema y mostrando un pesimismo que se parece al de Taine y Renan, dice: «Cuando un rico no consigue el poder, lo obtiene apoyándose en la democracia. Se hace primero el protector del pueblo y se cambia después de protector en tirano... El campeón del pueblo, encontrando una multitud desesperada que está dispuesta a seguirle, esclaviza y mata y amenaza con cancelar las deudas y repartir las tierras. Cuando alguien procede de este modo, acaba necesariamente aniquilado por sus enemigos o haciéndose un tirano y cambiado de hombre en lobo...»

Como se ve, los escritores atenienses, conociendo los peligros de la democracia, no desesperan de ella, y con sagacidad y conocimiento de causa tratan de prevenir la dictadura. Aristóteles sostiene que «es muy conveniente que los políticos tengan una regular fortuna, sin ser muy ricos», para evitar la oligarquía y la tiranía, pero insiste en que el gran peligro estriba en la alianza de los poderosos, por la riqueza o por las armas, con la ruda energía de *los de abajo*. «En la antigüedad — dice Aristóteles, recordando evidentemente los tiempos de que vamos a hablar aquí—, cuando un individuo era a la vez demagogo y general, el resultado era la tiranía. Es un hecho probado que la mayoría de los primitivos tiranos empezaron siendo demagogos.»

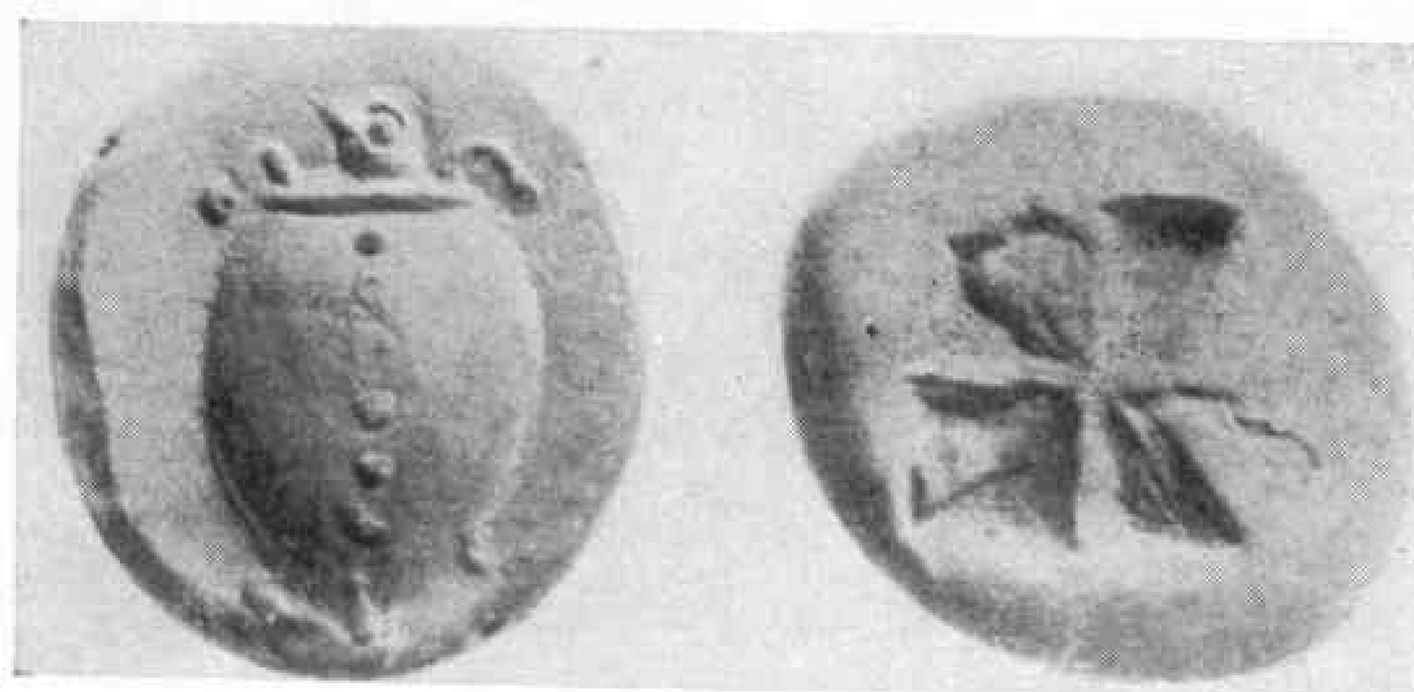
Hoy vamos admitiendo que, aun siendo innegable que algunos de los tiranos griegos eran guerreros profesionales, que conquistaron el poder con las armas, la mayoría lo obtuvieron por sus riquezas; eran mercaderes o navieros y habían hecho su fortuna traficando con metales; eran más bien lo que hoy llamaríamos banqueros que políticos y capitanes. Es lo mismo que ocurrió en Italia en el siglo XV; es cierto que los Sforza, por ejemplo, fueron *condottieri* y ganaron a Milán en el campo de batalla, pero los Médicis eran banqueros; los Bentivoglio, de Bolonia, empezaron con una fábrica de tejidos de lana; los Gambacorti, de Pisa, eran mercaderes; los Vignate, de Lodi, simplemente millonarios por la usura.



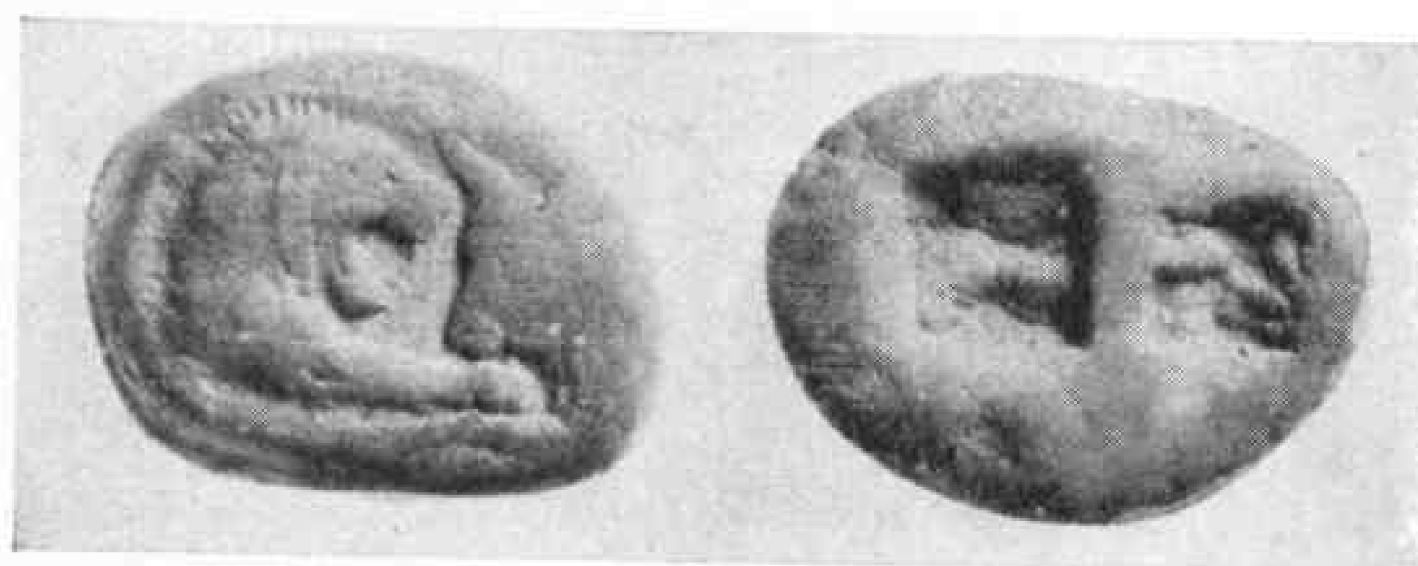
Monedas de Cipselo de Corinto.



El atún de Cízico. Asia Menor.



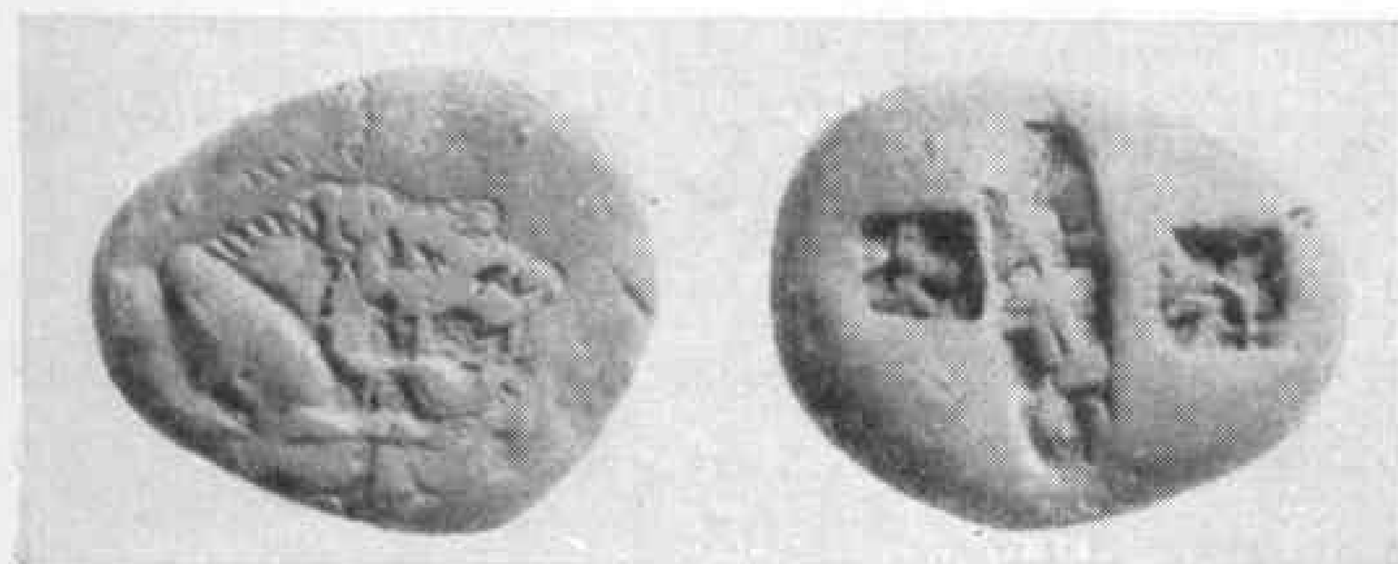
La tortuga de Egina.



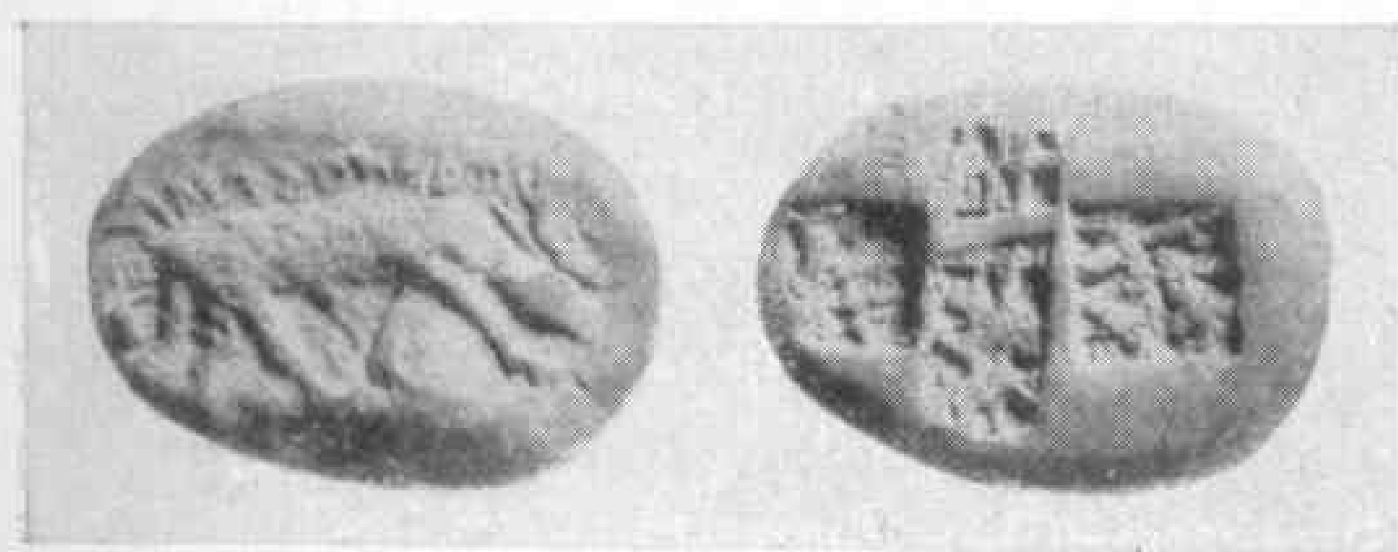
Cabezas de león y toro encaradas. Moneda del rey Creso de Lidia.

Volviendo otra vez los ojos a la Grecia del siglo VI antes de J. C., es así como los hombres cultos debían de juzgar lo que estaba ocurriendo: se habían suprimido las viejas monarquías, por renuncia de los mo-

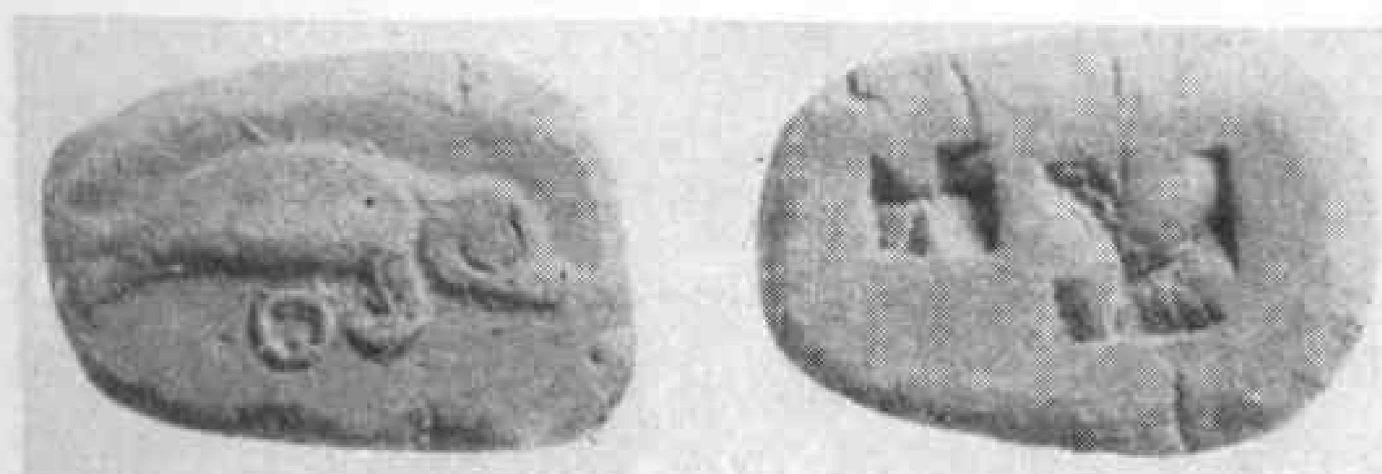
narcas o por revolución; se habían estatuido poderes senatoriales con derecho de legislar para las aristocracias, y aun para la plebe, a excepción de los desposeídos de bienes; se habían obtenido derechos, asambleas y jueces... Y he aquí que esta organización, tan trabajosamente conseguida, se veía ahora peligrar, entronizándose otra clase de déspotas que aplicaban *el nuevo régimen* sólo cuando les convenía y como les convenía. Mas antes de que entremos a estudiar algunos caracteres y ejemplos de la tiranía en Grecia, debemos llamar la atención acerca de tres puntos importantísimos. Primeramente, no existe en realidad una época que pueda llamarse *edad de los tiranos* en Grecia. La tiranía en Argos empezó en el siglo VIII, mientras que en la mayoría de las ciudades griegas no se impuso hasta el VII. En Atenas duró desde el 555 hasta el 510 antes de J. C., y aún más modernas fueron las dinastías de los famosos tiranos de las colonias de Sicilia. No hay, pues, un período de la historia griega que pueda llamarse en realidad época de la tiranía, pero se suele señalar con este nombre todo un siglo, el que va desde el año 650 al 550 antes de J. C.



Moneda de electrón de Mileto.



Moneda de Efeso, con el ciervo.



La foca de Focea. Asia Menor.

El segundo punto interesante es que la tiranía parece ser una importación del Asia. Su mismo nombre no es griego; la palabra griega para rey era *basileus,* mientras que *tyrannos* es posible que derivara del lidio *turannos* y, por lo tanto, sería una voz más bien hitita que griega. El nombre tirano es pues, de origen colonial, como en España se adoptó la palabra cubana *cacique* para indicar al que se erige en jefe político de un grupo o colectividad. Una tradición, conservada por Euforión, dice que el primer tirano fue el rey Giges de Lidia, y Arquíloco canta diciendo: «No quiero como Giges ser dorado, — ni quiero como Giges ser tirano...» relacionando la tiranía con el oro y las riquezas.

Y llegamos al tercer punto, el más importante: Giges ha sido a menudo presentado como el primer monarca, conocido por los griegos, que acuñó moneda. Heródoto empieza su relato sobre la invención de la moneda diciendo: «Los lidios fueron los primeros en acuñar y usar monedas», y añade que éstas eran de oro y plata, o mejor dicho, una mezcla de ambos metales, que es el *electrum.* Jenófanes, al que hemos mencionado como el más antiguo escritor que nombra a Homero, cree también que los lidios inventaron la moneda. Así, pues, desde el primer momento, con el nombre de Giges, rey de Lidia, la tiranía va asociada a las riquezas.

Con estos tres puntos bien establecidos, resulta más fácil de entender el fenómeno de la tiranía en Grecia, que a primera vista parecía una reacción hacia la monarquía. Los tiranos son el resultado de una transformación industrial en el mundo griego,

como consecuencia de la democracia; además, la moneda facilitó la acumulación de grandes riquezas, que tenían que procurar el poder material y también el político al que sabía aprovecharse de las nuevas formas del trabajo e intercambio.

Y vamos a explicar algunos ejemplos de tiranía en las ciudades griegas para que se comprenda mejor lo que acabamos de decir. A primera vista, parece que si la tiranía es de origen asiático, en las colonias griegas del Asia deberíamos encontrar los primeros ejemplos de tiranos griegos, y es fácil que resulte así; parece que las grandes ciudades jónicas, como Mileto y Efeso, produjeron los primeros tipos de audaces y ricos ciudadanos que se apoderaron de la dirección de los negocios urbanos con dinero, arte y persuasión. Pero la historia de las ciudades griegas del Asia es tan confusa, que se hace difícil establecer la cronología de los acontecimientos. Un tal Bato, de Sínope, que escribió la historia de los tiranos de Efeso, no dice sino que Protágoras se impuso al gobierno legítimo de los basílidas, de Efeso, antes del reinado de Ciro, el rey de Persia. Suidas añade que Protágoras sentía gran pasión por las riquezas: «Saqueó y confiscó a todos los que pensaba que eran ricos.» Se desprende, pues, que el poder de Protágoras se basaba en sus grandes riquezas.



Pintura de un vaso de Corinto, representando el torno de un alfarero.

La historia de la tiranía en Mileto resulta ya más curiosa. Acaso empezaron allí las tentativas de dominio antes que en ninguna otra ciudad del Asia, porque el más renombrado y poderoso de los tiranos de Mileto fue Trasíbulo, que gobernó hacia el final del siglo VII antes de J. C. Sus sucesores parece que fueron Toas y Damasenor, que no sabemos si compartieron el poder o si el uno sucedió al otro inmediatamente. Lo singular es que la caída de Toas y Damasenor fue seguida de una querella entre los dos partidos de la ciudad, llamados *plusioi* y *queiromaques*. El lector quedará sorprendido al saber que estos dos nombres significan algo parecido a los nuestros de capital y trabajo. *Plutos* quiere decir riquezas y *plusioi* significa los ricos, y éstos eran los armadores del puerto. Ya no resulta tan claro lo que significa *queiromaques:* más bien que «los que trabajan con las manos», quiere decir: «los que pelean con las manos», pero es posible que fuera un apodo para designar a los descamisados o *pelados,* como se dice en América.

Por lo menos, Eustaquio asegura que *queiromaques* es sinónimo de artesanos, y Suidas escribe que los partidos de Mileto estaban compuestos de ricos, o *plusioi,* y de *gergetes,* que quiere decir trabajadores. *Gergetes* y *queiromaques* querrán, pues, significar el mismo grupo político: lo que llamamos hoy proletarios. En cambio, ignoramos qué relación tenían estos partidos con la tiranía de Mileto; si los trabajadores favorecían al tirano o provocaron ellos su caída o si fueron los plutócratas quienes restablecieron el poder de las asambleas. Sólo consta que *plusioi* y *queiromaques* vinieron a las manos al derrumbarse el poder personal de los tiranos de Mileto, Toas y Damasenor. Nos llega, pues, desde el fondo de las edades, un rumor de luchas sociales como las de hoy, con el puerto de Mileto por escenario y los capitalistas de la gran ciudad del Asia luchando con los tra-

bajadores, mientras que los banqueros se aprovechan de sus disputas.

Es posible que las riquezas de los mercaderes de Mileto provinieran de acuñar moneda antes que nadie en las colonias del Asia. Las monedas primitivas de Mileto muestran en su anverso el león, mientras que en el reverso hay una marca que se supone es la del banquero, porque hoy se tiende a creer que muchas de las primeras emisiones de moneda jónica fueron de iniciativa privada, de simples *firmas comerciales,* que encontraban provecho en que el metal circulara de este modo. En China las monedas más primitivas tienen marcas de banqueros, y en la Francia merovingia la moneda se acuñó también por simples particulares. Pronto, sin embargo, cada ciudad del Asia adoptó un tipo uniforme: las monedas de Efeso ostentan el ciervo; las de Focea, la foca; las de Samos, un toro; las de Chíos, una esfinge, y las de Cízico, un atún. Algunas de estas monedas jónicas afectan todavía formas oblongas, como las de Giges de Lidia; todas son irregulares, parecen un disco de la barra de metal, batido de un fuerte golpe con el martillo donde está grabada la figura. En el yunque hay grabada la marca del reverso, hundida en la masa de la moneda con contornos muy indefinidos.

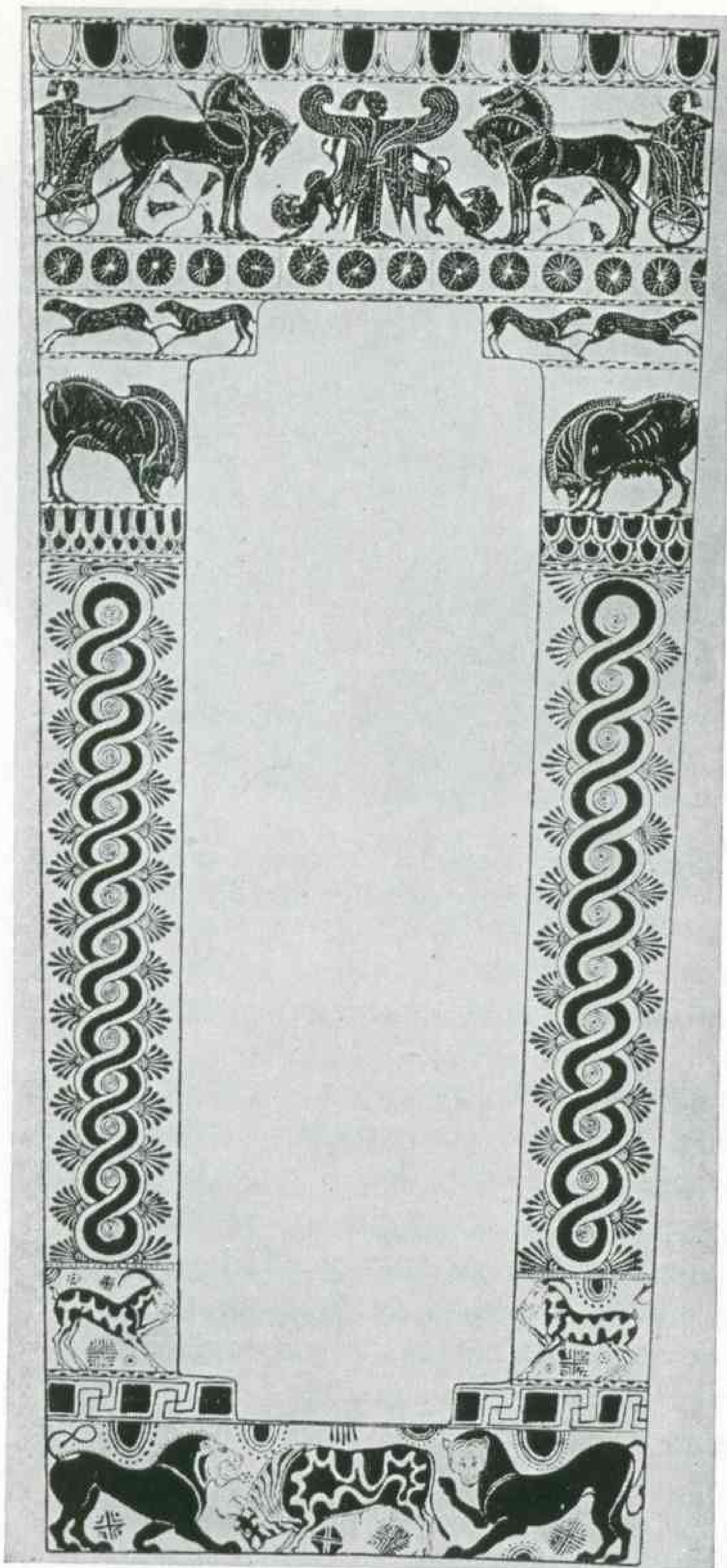
Al pasar de las ciudades griegas del Asia a la Grecia propia, también nos hallamos con que el primer tirano fue el primer monarca que acuñó moneda. Es un rey de Argos, llamado Feidón. «Aquel Feidón — dice Heródoto — que inventó los pesos y medidas y se portó indignamente contra los griegos.» La causa de la antipatía de Heródoto fue por haber Feidón intervenido en la dirección de los juegos olímpicos de un modo dictatorial; además conocemos el juicio de Aristóteles, quien trata a Feidón como un tirano.

Feidón era de familia real y llegó al poder por sucesión directa de uno de los jefes dorios, llamado Temenos, que se había apoderado de Argos en los días de la invasión dórica. Feidón no era, pues, un usurpador, sino que, en lugar de abdicar de sus derechos, como los otros *basileus,* tuvo la perspicacia de comprender el partido que podía sacar de las novedades de su tiempo. Las monedas de Argos están acuñadas en la isla de Egina, posesión de Feidón; tienen en el anverso una tortuga y son más rústicas que las de los griegos del Asia. Por lo menos, así lo dice un texto del *Etymologicum Magnum:* «Feidón de Argos fue el primero que acuñó moneda en Egina, obligando a cambiar las primitivas barras de metal que circulaban para el intercambio.» De manera que los pequeños lingotes como agujas que servían para pagar en metales se transformaron en moneda. Tanto o más importante que esta innovación de Feidón hubo de ser su sistema de pesos y medidas. Por lo que podemos comprender de los entonces existentes, la serie de valores propuesta por Feidón, que fue aceptada y puesta en práctica por los griegos hasta el tiempo de Alejandro, fija estas relaciones de cantidad:



Plato para pescado. Cerámica greco-itálica. (Museo Arqueológico de Barcelona.)

El talento debía pesar 37.320 gramos, o sean 60 minas. La mina constaba, pues, de 622 gramos. El dracma era la centésima



Larnax o ataúd de cerámica pintada de Corinto.

parte de la mina, o sean 6,22 gramos, y el óbolo no llegaba al quinto de mina, siendo sólo algo más de un gramo (1,03). Parece también que Feidón trató de fijar el valor relativo de los metales para su tiempo: el oro debía valer trece veces y media más que la plata, y ésta, a su vez, cien veces más que el bronce. Claro está que el relativo valor de cada materia depende de la oferta y la demanda, por lo que el valor del oro varió con el tiempo; por ejemplo, los atenienses lo pagaron a catorce, en lugar de trece y medio, cuando necesitaron oro para la estatua de la Atenea del Partenón. De todos modos, se advierte que el problema del relativo valor de los metales ya hubo de preocupar a Feidón de Argos, quien trató de resolverlo definitivamente con su legislación en el siglo VIII antes de J. C.

Cerca de Argos, en Corinto, otra ciudad dórica, aparece una clásica familia de tiranos en el siglo VII antes de Jesucristo. Y se ha hecho notar que en el año 657, cuando Cipselo se erige en tirano, es cuando empieza la prosperidad del comercio y la navegación de los corintios. Parece probable que Cipselo fuera sólo un soldado con capacidad de financiero y comerciante. Más tarde, para legitimar su despotismo, se inventó una leyenda que pretende hacer del tirano un príncipe de sangre real. La tradición dice que en Corinto, antes de Cipselo, reinaban los Báquidas, quienes fueron muy meticulosos en sus casamientos. Una hija de la familia real, llamada Labda, sufría ciertas deformidades que le impedían casarse con uno de su rango, por lo que aceptó como esposo a un tal Etión, que no era de raza dórica, y de esta unión nació Cipselo. Los oráculos profetizaron desdichas para los Báquidas cuando vino al mundo el tierno infante, y se decretó su muerte. Pero sus padres pudieron esconderle en una caja y lo enviaron a Olimpia, donde vivió y creció Cipselo hasta que otro oráculo le recomendó que regresara a su patria. En Corinto fue elegido general, o *polemarca*, y rehusando imponer castigos a los delincuentes y condonándoles las deudas se hizo más popular todavía, hasta que en una sublevación contra los antiguos dinastas, Cipselo mató al último vástago de los Báquidas y se sentó en el trono. Dejando a un lado la parte mitológica del niño amenazado y escondido, que parece ser indispensa-

ble para todos los fundadores de dinastías, como Sargón, Rómulo, Ciro, Moisés, Don Pelayo..., lo demás de la historia de Cipselo no se diferencia de la de cualquier otro demagogo, que se aprovecha del poder para congraciarse con los pobres y con su auxilio suplantar al monarca legítimo.

La relativa modernidad de la leyenda del nacimiento de Cipselo parece comprobarse por las monedas. Cipselo acuñó las primeras monedas de Corinto y se cree hoy que las más antiguas son las que tienen el pegaso, llamado *potro* por el pueblo. Posteriores a éstas son las monedas con una copa o urna, que aluden a la *capsa,* o *cipsele,* donde los padres escondieron al niño. La forma de la caja, urna o vaso *(cipsele)* en que se escondió a Cipselo recién nacido, ha preocupado a los arqueólogos, porque Pausanias creyó ver el tal artefacto en Olimpia y lo describe con gran riqueza de detalles. «Hay en el templo de Hera, de Olimpia — dice Pausanias —, un cofre de cedro, cubierto de relieves de marfil, relieves de oro y relieves del mismo cedro. Es la caja donde fue escondido Cipselo por su madre cuando los Báquidas lo buscaban para matarle. Sus descendientes, los Cipsélidas, dedicaron como exvoto este cofre en Olimpia. Los corintios, en aquel tiempo, llamaban a las cajas *cipsele,* y se dice que por esta aventura se dio su nombre a Cipselo. Muchos de los relieves de esta caja tienen inscripciones en letras antiguas, algunas de ellas sólo de derecha a izquierda, pero otras están en la forma que los grie-

Corinto visto desde la Acrópolis.



gos llaman *bustrófedon*, esto es, que la primera línea va de derecha a izquierda, la segunda de izquierda a derecha y así sucesivamente. Más aún, algunas inscripciones están torcidas y son muy difíciles de leer...» Pausanias prosigue su descripción minuciosa de los relieves del cofre y es evidente que lo que vio en Olimpia era una caja o *larnax* de madera con relieves de miniaturas de gran valor; un exvoto regio, que, como el mismo Pausanias dice, no fue llevado allí por Cipselo, sino por sus descendientes los Cipsélidas. En cambio, la relación de Cipselo con la ceca de Corinto es innegable.

Es unánime la tradición de haber Cipselo doblegado a sus súbditos con impuestos; pero el hecho de poder pagar crecidas contribuciones los corintios, aunque fuese protestando, es una prueba de su gran prosperidad en tiempo de Cipselo. Por esta época se aumentaron con nuevas escalas las colonias corintias del Oeste, y hasta hay recuerdo de haber emprendido obras públicas importantes, como la de convertir en isla la península donde estaba la ciudad de Leukas, en el mar Adriático. Los corintios exportaban toda clase de mercancías en los buques que llegaban a los puertos del istmo, y lograrían grandes provechos tan sólo transbordando los cargamentos o varando los buques y trasladándolos en seco del uno al otro mar. Pero la industria principal de los corintios era la fabricación de los vasos pintados con multitud de figuras, rosetas y animales, que antes creíamos manufacturados en la isla de Rodas y que se ha comprobado recientemente son de fabricación corintia. La tradición dice que el torno de alfarero fue inventado en Corinto. No es de extrañar, pues, que encontremos en las monedas de Corinto la caja o vaso de cerámica en lugar de una figura de animal. Esto hace pensar de nuevo en Cipselo, cuyo nombre sería tal vez una alusión a las cajas de cerámica que se fabricaban en Corinto por esta época, y que el principio de la fortuna de Cipselo pudo muy bien ser un simple horno de alfarero de los muchos que humeaban alrededor de la ciudad, cuya producción dominaría y cuya exportación regularía.

La historia de Cipselo es muy parecida a la de otro tirano, Agatocles, de Siracusa, que empezó siendo alfarero. ¡Quién sabe si bajo el nombre de Cipselo no se esconde un fabricante de vasos y ataúdes, que por su popularidad fue elegido *polemarca* y que con astucia se apoderó del poder, reteniéndolo durante treinta años, hasta su muerte!

El hijo de Cipselo, llamado Periandro, ya no se contentó con las riquezas, sino que quiso brillar por su talento y erudición. Sorprende encontrar al hijo del gobernante alfarero de Corinto entre los siete sabios de Grecia. Una colección de máximas morales, en dos mil versos, corría en la antigüedad con el nombre de Periandro. Si esta reputación de sabiduría de Periandro pudiera justificarse plenamente, sería otra prueba de la aptitud de la sangre joven para las más diversas funciones de la vida. Pero ya Platón receló de la sabiduría de Periandro, y lo que sabemos de su historia no parece justificar su fama de filósofo. Heródoto nos entera de la gran amistad de Periandro con Trasíbulo, el vulgar tirano de Mileto; éste fue el que aconsejó a Periandro que atemorizara a sus súbditos por la crueldad y así podría reinar tranquilamente. Así dice Heródoto: «En una ocasión, Periandro envió un heraldo a Trasíbulo, de Mileto, para preguntarle cuál era el mejor medio de gobernar sin oposición. Trasíbulo llevó al mensajero a un campo de trigo, por el que comenzó a pasear, preguntando sobre las cosas de Corinto, y de cuando en cuando se detenía para arrancar las espigas que sobresalían de las demás del campo. De esta manera destruyó la mejor parte del trigo y despachó al mensajero sin contestarle nada. A la llegada del heraldo a Corinto, Periandro preguntóle impaciente qué le había aconsejado Trasíbulo, pero el mensajero respondió que no le había dicho nada, maravillándose de que Periandro le hubiese enviado a un hombre tan extraño que parecía haber perdido la cabeza, ya



Templo dórico de Corinto, del siglo VI antes de Jesucristo.

que no hacía más que destruir sus propios sembrados. Periandro comprendió al punto el significado de lo que había hecho Trasíbulo, y conociendo que quería recomendarle el castigo de los principales ciudadanos de Corinto, trató desde aquel momento a sus súbditos con extremada crueldad. Mientras Cipselo había perdonado a algunos, y no mató ni desterró a nadie, Periandro completó la obra de su padre...»

He aquí una explicación para justificar el doble carácter de Periandro, sabio y cruel; sabio en la primera parte de su vida, y cruel en la segunda. Acaso debido al prestigio de su nombre, acaso por la fuerza de su carácter, Periandro se mantuvo en el trono de Corinto hasta su muerte e incluso consiguió imponer a su hijo como sucesor. Pero éste, que llevaba un nombre egipcio, de moda en aquel tiempo, ya no gobernó más que pocos años, pues al tercero fue derribado por una revolución fomentada por los espartanos. Es fama que los tiranos griegos quisieron hacer obras públicas para recibir agradecimiento de los gobernados. Se conservan todavía túneles y acueductos que se atribuyen a la época de la tiranía en Samos, Mileto y Efeso, y se asegura que Periandro intentó abrir un canal para comunicar el mar Jónico con el Egeo. Se atribuye a los corintios la iniciativa de construir los templos de piedra, en lugar de madera y ladrillo, y tal vez sean de la época de Periandro las seis columnas que quedan todavía en pie del templo de Apolo en Corinto. Era asimismo opinión general en la antigüedad que los corintios inventaron las tejas, que permitían inclinar considerablemente la cubierta de los edificios, afectando en la fachada la forma triangular del frontón, que los griegos llamaban *águila*. Se decía que los corintios *habían descubierto el águila,* esto es, la manera de rematar la fachada de un templo con un frontón triangular lleno de esculturas, y resulta muy curioso que esta



Gran taza de oro macizo del siglo VII antes de J. C., encontrada en Olimpia, con la inscripción en caracteres corintios arcaicos:

ϘΥΨΒΓΣΔΑΣΑΓΒΘΒΓΒΞΒΡΑΚΓΕΑΜ

que, traducida, dice así: ***Los hijos de Cipselo lo regalaron del trofeo de Heraclea.***

tradición ha parecido comprobarse al desenterrar hace poco en Corfú, colonia corintia, el más antiguo templo griego con esculturas en el frontón triangular.

Al otro lado del istmo, la colonia dórica de Megara, establecida en el Atica, tenía que seguir, por necesidad, la suerte de Corinto. También allí una aristocracia enriquecida por sus fábricas de tejidos de lana gobernaba sin decoro y atropellaba a los labradores. También allí, un agitador, llamado Teágenes, se levantó como amigo del pueblo, y probablemente con la ayuda de Cipselo actuó como tirano. Durante su gobierno hizo construir un acueducto, pero la tiranía no duró mucho en Megara y Teágenes fue depuesto, sin poder transmitir el poder a sus descendientes. Al restablecerse la normalidad, los aristócratas de Megara tuvieron que hacer concesiones al proletariado. Detalle interesante es que nos han llegado noticias del estado de los espíritus en Megara, por esta época, por los versos de un intelectual aristócrata, de nombre Teognis, que se lamenta amargamente al advertir en la nobleza tan poca habilidad para el gobierno.

Pensamos que, al llegar a este punto, el lector se hallará dispuesto a admitir que el fenómeno de la tiranía en Grecia reviste cierta uniformidad. Pero todavía queremos presentar el ejemplo de Atenas; en primer lugar, porque todo lo que se refiere a Atenas es de capital interés para la humanidad, y además, porque tenemos de los tiranos atenienses mucho mayor información que de los de otros Estados griegos. Heródoto, Tucídides y, sobre todo, la ya citada obra de Aristóteles sobre la *Constitución de Atenas,* nos proporcionan tal cantidad de detalles de esta época, que contrasta con lo vago de las noticias que es necesario aprovechar al ocuparse en los tiranos de Mileto, de Corinto o de Argos. Y vamos a empezar copiando párrafos siempre pintorescos de Heródoto: «Por esta época había una guerra civil en el Atica, entre el partido de la costa, cuyo jefe era Megacles, de la familia de los Alcmeónidas, y el partido del llano, cuyo jefe era uno de la familia de los Aristolaidas. Aprovechándose de sus querellas, Pisístrato concibió el proyecto de erigirse en tirano de Atenas y con esta idea empezó a formar un tercer partido. Reuniendo a su alrededor una banda de partidarios y él mismo como protector de las gentes de la montaña, se ingenió para triunfar con la siguiente estratagema: Un día se hirió a sí mismo, e hirió a sus mulas, y llegó con su carro al mercado, pretendiendo haber escapado por milagro de un ataque de sus enemigos, que querían matarle en el camino, al regresar a la ciudad. Para proteger a su persona de otros ataques, pidió una guardia privada... y los atenienses, acep-

tando la propuesta de Pisístrato, le permitieron que armara una banda de ciudadanos, con porras en lugar de lanzas, para que le acompañaran a dondequiera que él fuese. Con esta ayuda, Pisístrato se rebeló, conquistando la Acrópolis de Atenas, primero, y después el gobierno, y mantuvo sin cambiar las leyes existentes, administrando al Estado según las costumbres establecidas de una manera sabia y paternal.»

Mucho se ha debatido sobre lo que representarían los dos partidos de la Costa y del Llano, y sobre todo el tercero, de la Montaña, formado por Pisístrato para dar el golpe de Estado. Hasta hace poco se creía que en el partido de la Montaña se alistaron los labradores, descontentos de las reformas insuficientes de Solón, pero hoy se tiende a creer que *la Montaña* representa más bien la población heterogénea de los mineros del Laurium. Las minas de plata del Atica están en la sierra del Laurium, a corta distancia de Atenas. Debieron de explotarse desde los tiempos prehistóricos, pero sólo en el siglo VII la creciente demanda de plata para acuñar moneda hizo que el trabajo de las minas del Laurium fuese importante y provechoso. En las desnudas vertientes de la sierra del Laurium se congregarían todos los campesinos desesperados, que no querían trabajar los campos de los eupátridas a la proporción del uno por cinco. Algunos de los mineros del Laurium sabemos que eran extranjeros, por sus inscripciones funerarias. El padre del famoso historiador Tucídides era un minero tracio que había ido a establecerse en Atenas. Doquiera que se abre un El Dorado, o un Potosí, acuden gentes de todos los países. El arte de la minería produce una fascinación que arranca a las gentes de su patria. Donde hay un pozo abierto, allá va el minero. No es de extrañar, pues, que esta población flotante y aventurera fuese aprovechada por Pisístrato para apoderarse del gobierno de Atenas. Seguramente debía de volver de sus minas del Laurium el día que aparentó haber sido atacado por sus enemigos.

Lo demás de la primera parte de la historia de Pisístrato no ofrece ningún relieve especial. El grupo armado, como guardia personal, es común a otros tiranos. Su primer ataque a la fortaleza, antes de pretender el poder, es también detalle muy corriente en la historia de los tiranos. Pisístrato gobernó de un modo sabio y paternal, sin cambiar las leyes establecidas por Solón. Todo demuestra que Pisístrato era un temperamento demasiado hábil para tener necesidad de leyes especiales para go-

Vista general de la sierra minera del Laurium. Atica.





Retrato idealizado de Anacreonte.

bernar. Antes de ser demagogo, había sido aristócrata y artista; antes de ser minero, había sido militar y agricultor.

De todos modos, al llegar a la madurez, Pisístrato concentró toda su atención en la minería. Habiendo conseguido el poder en 561, por dos veces fue expulsado de Atenas y dos veces regresó, valiéndose de trampas y de las riquezas acumuladas en sus empresas mineras en el extranjero. Pero dejemos a Heródoto contar su historia:

«...No obstante, poco después, los dos partidos de Atenas resolvieron olvidar sus disputas y con sus fuerzas reunidas expulsaron a Pisístrato. De manera que, habiéndose hecho amo de Atenas por los medios ya descritos, perdió su autoridad antes de que ésta pudiera echar raíces en el pueblo. Pero tan pronto como Pisístrato hubo partido, las facciones que lo habían echado empezaron a disputar de nuevo y, por último, Megacles, jefe del partido de la costa, envió un mensajero a Pisístrato, proponiéndole restablecerle en el poder si se casaba con su hija. Pisístrato aceptó la propuesta de Megacles y entre ambos idearon un plan para hacer viable el regreso del tirano. Y el procedimiento que imaginaron es el más extraño de que tengo noticia — dice Heródoto —, especialmente teniendo en cuenta que los griegos, desde tiempo inmemorial, se han distinguido de los bárbaros por su sagacidad y discreción, y aún más extraño considerando que las personas a quienes se jugó esta treta eran, no sólo griegos, sino atenienses, los cuales tienen fama de aventajar en malicia a todos los demás griegos. Pues es el caso que, en el país donde vivía Pisístrato desterrado, había una mujer, llamada Pía, que tenía una estatura de tres metros y era perfecta y bien proporcionada en todas sus partes. A esta mujer vistieron con una armadura, y habiéndole enseñado el papel que debía representar, la subieron en un carro y la llevaron a la ciudad. Antes, los heraldos habían recorrido las calles gritando: — ¡Atenienses, salid a recibir a Pisístrato, que viene conducido por Atenea (Minerva)!... Así, los ciudadanos, convencidos de que la mujer del carro era la diosa, se prosternaron a su paso y recibieron otra vez a Pisístrato...»

Hasta en esta historia se encuentra una alusión a los negocios de minas de Pisístrato. Heródoto todavía añade el siguiente párrafo, que no deja lugar a dudas: «Después de esto Pisístrato arraigó su poder más firmemente con la ayuda de un ejército de mercenarios y con su bolsa bien repleta, con las rentas del Atica y con lo que recibía de los países del río Estrimón», rica región

minera situada en el monte Pangaión, en Tracia.

Con la provisión asegurada de lingotes de plata, Pisístrato empezó a acuñar las famosas monedas de Atenas con Atenea y la lechuza, que por su buena calidad y belleza tanto favorecieron al comercio de la ciudad. Mucho más tarde, aún podía escribir Jenofonte que los traficantes que venían a Atenas hacían su fortuna llevándose, no mercancías, sino monedas, porque las *lechuzas* eran preferidas en todas partes a los otros cuños. Aristófanes también asegura que las monedas de Atenas corrían lo mismo entre los bárbaros que entre los griegos y hasta los persas, al entrar en campaña contra Grecia, falsificaron monedas de plata del tipo de Atenas para los gastos de su ejército en Europa. Esta reforma, que hizo de Atenas el centro monetario de Grecia, se debió a la sagacidad de Pisístrato, que adivinaba el gran papel que los metales acuñados iban a desempeñar en el mundo. Anteriormente, sólo los que conocían todos los mercados, como los fenicios, podían vender, porque al cambiar una mercancía por otra tenían que pensar ya en el lugar donde podrían dar salida a lo que habían recibido en pago de sus productos. Asimismo, ningún mercader podía especializarse en ningún ramo determinado, hasta que la invención de la moneda vino a facilitar el intercambio y, al mismo tiempo, permitió concretarse más y más cada ciudad a una industria adaptada a las condiciones del lugar. El caso de Corinto, lanzándose en tiempo de Cipselo a la fabricación de cerámica, es uno de estos ejemplos de especialización. Megara, con sus tejidos de lana, es otro ejemplo de lo mismo. Pero, sobre todo... ¡qué fortuna no tenía que deparar esta revolución a los que vislumbraron a tiempo el negocio de acuñar moneda! Aquellos discos de plata con una doble marca debían alcanzar un valor superior al del metal que contenían, por la comodidad que proporcionaban al mercader. Claro está que su valor relativo se fijaba por el peso, pero el precio de la moneda era enorme y el que disponía de recursos en metálico podía hacer sus compras en condiciones ventajosísimas.

Las minas de Tracia constituían la fortuna personal de Pisístrato, mientras que la mayoría de las del Laurium se explotaban por cuenta del Tesoro. Además, grandes ingresos debían de obtenerse con la confiscación de los bienes de los emigrados; muchos de los eupátridas habían abandonado a Atenas al perder la esperanza de derribar a Pisístrato; éste aprovechó su ausencia para repartir sus tierras y completar las



Harmodio y Aristogitón, los tiranicidas de Atenas. Copia del grupo en bronce puesto a la subida de la Acrópolis para advertir a los ambiciosos el fin que espera a los tiranos.

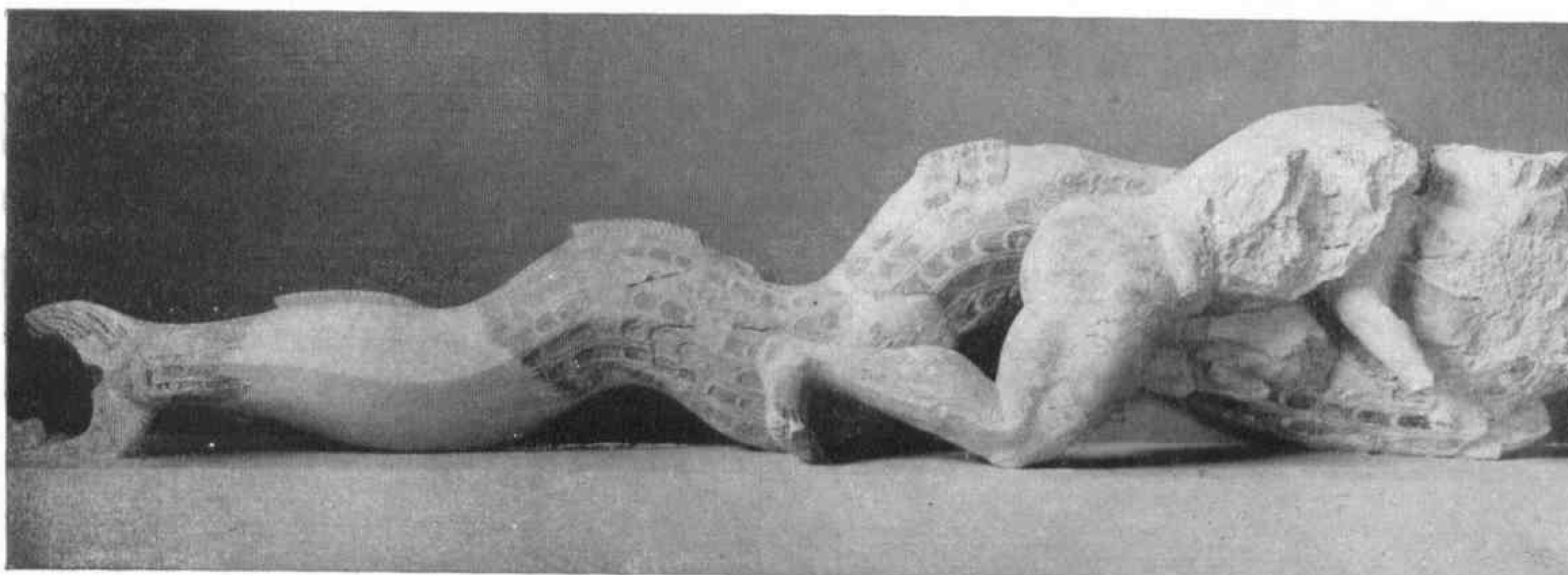
reformas de Solón. Por fin, Pisístrato supo contener a la plebe instituyendo las grandes fiestas religiosas que dieron color a la vida de Atenas hasta la época romana. Algunas de ellas debían de ser de tradición prehistórica, como las Pan-Atenas o panateneas, pero Pisístrato les dio nuevo brillo, organizando carreras y concursos, mientras que el pueblo subía en procesión a la Acrópolis, o fortaleza, para llevarle a la diosa el manto que habían tejido las doncellas de Atenas.

El templo de Atenea-Minerva por esta época estaba en lo alto de la Acrópolis; era un edificio rectangular, de cien pies de largo, erigido en el ángulo sur de la meseta de la colina, cerca de las ruinas del palacio de los antiguos reyes. Pisístrato lo adornó con una columnata alrededor y con frontones decorados con esculturas, según la nueva moda introducida por los arquitectos de Corinto. En otro frontón había un alto relieve que representaba a Zeus-Júpiter peleando con el tifón de tres cabezas, mientras que, en el otro, Hércules daba muerte a la hidra de Lemnos.

Ahora vamos comprendiendo que Pisístrato, acaso por convicción y gusto, acaso para sugestionar al pueblo, se lanzó a ejecutar obras públicas que parecen un anticipo de los grandes trabajos del tiempo de Pericles. Construyó acueductos y derribó los muros que impedían el ensanche de la ciudad, de manera que, por más de un siglo, Atenas fue una ciudad sin murallas. Al pie de la Acrópolis empezó Pisístrato un gran templo dedicado a Zeus del que no pudo terminar más que el basamento; las obras quedaron suspendidas y nadie osó continuarlas por la escala gigantesca en que estaban iniciadas, hasta que el emperador Adriano alzó las columnas que aún existen.

A la muerte de Pisístrato, en 528, sus hijos Hipias e Hiparco continuaron el régimen de su padre. Sin embargo, el pueblo empezó a fatigarse de la tiranía y dos jóvenes llamados Harmodio y Aristogitón decidieron matar a los tiranos el día de la procesión de las panateneas, cuando por el ritual religioso podían llevar armas sin excitar sospechas. Los conjurados se precipitaron en el ataque y sólo pudieron matar a Hiparco, pagando este asesinato con su propia vida. Harmodio fue despedazado por la guardia personal de los tiranos y Aristogitón fue capturado y murió en el tormento.

Después del atentado, Hipias cambió de carácter y con su severidad precipitó su ruina. Los descontentos aumentaron en número y se fugaron al Peloponeso, adonde habían emigrado ya muchos irreconciliables



Restos del frontón de un templo construido por Pisístrato en la Acrópolis de Atenas.



Monstruo de los tres cuerpos. Restos del frontón del templo de Pisístrato.

enemigos de Pisístrato y de sus hijos. La historia de la restauración de la normalidad en Atenas es también interesante; en primer lugar, la poderosa familia de los Alcmeónidas, enemigos mortales de Pisístrato, había recuperado su fortuna en la emigración, tomando el contrato de la construcción del templo de Apolo en Delfos. Tenían, pues, recursos, a pesar de la confiscación de sus bienes por Pisístrato, y con el dinero ganado en sus empresas arquitectónicas, los Alcmeónidas empezaron a conspirar, consiguiendo sobre todo interesar en su causa a los dorios de Esparta, que no podían ver con buenos ojos el arraigo de la tiranía en el suelo de Grecia y especialmente en Atenas. Habiéndose asegurado el auxilio formal y decidido de Esparta, los emigrados invadieron el Atica, y cuando su empresa parecía peligrar, un ejército espartano vino a reunirse con la banda de los Alcmeónidas y sitió a Hipias en la Acrópolis de Atenas. Hipias tuvo que capitular, en 511 antes de Jesucristo, consiguiendo que le permitieran retirarse a la colonia de Sigeum, en los Dardanelos, donde tenía grandes propiedades. Así acabaron los tiranos en las ciudades griegas, depuestos por los aristócratas; pero éstos, al recobrar sus derechos, tuvieron que hacer al pueblo importantes concesiones.

Sin querer presentar a los tiranos griegos como esclarecidos protectores de las ciencias y las artes, no hay duda que la calma artificial que consiguieron con su dictadura llevó a los espíritus superiores a meditar sobre los grandes problemas de religión y filosofía, campo en el cual no encontraban ninguna oposición. Por lo común, los mismos tiranos se mostraban más bien liberales en estas materias, que no afectaban en absoluto a su autoridad. Ya veremos en el próximo capítulo los esfuerzos que tuvieron que realizar todos los físicos de Mileto durante los duros años de la tiranía.

Los pisistrátidas llamaron a Atenas al poeta Simónides, a un artista filósofo llamado Anomácritos y a Lasos de Hermione, que componía versos con palabras que todas carecían de una letra determinada del alfabeto. Pero además de estos *artistas*, es fama que llegó por esta época a Atenas el más grande poeta de su tiempo, que era, sin duda alguna, Anacreonte de Teos. Las odas de Anacreonte que se han conservado parecen no querer salir de dos o tres motivos, que se repiten, sin embargo, con exquisita variedad de encantos. Son pequeños poemas en los que se canta el amor, el vino, las rosas, la juventud y la belleza. En uno de ellos, el niño Amor ha sido picado por una abeja. «¡Oh, cúrame, que muero! —dice a su madre Afrodita—. Una alada serpiente me ha picado.» La diosa del amor le consuela y amonesta: «¡Oh, niño dios,

si una abeja te ha causado tanta pena, imagínate el dolor de los que tú hieres con tus dardos!»

En otra oda, Anacreonte canta los goces de la vida sin afanes de la cigarra: «¡Cuán dichosa eres, oh cigarra, al beber el fresco rocío de la mañana! Posada en una rama verde, cantas todo el día, tuyos son los campos todos... El labrador te ama... las musas te admiran, inspirada por Apolo, cantando siempre, y la vejez no te persigue; sin pasión, ni sangre ni deseos, cuán dichosa eres, cigarra; sólo los dioses te igualan.»

Anacreonte hace profesión de no tener ambiciones — «quisiera vivir como la cigarra y refrescarme como ella» —; sólo que, en lugar de rocío, prefiere el vino para olvidar la pena. Posiblemente quiso huir de las luchas políticas de Teos, su patria jónica, y prefirió Atenas, donde Pisístrato había mantenido con «despotismo ilustrado» un régimen de paz.

Pero Alceo, otro gran poeta de Jonia, ya no pudo permanecer indiferente ante las luchas sociales de su tiempo. Era de Mitilene, en la isla de Lesbos, donde había estallado furiosamente la guerra civil entre los antiguos aristócratas, deseosos de mantener la diferencia de clases, y los demagogos, pretendientes a la tiranía, que ofrecían igualdad. Alceo y sus dos hermanos eran del partido conservador. Pelearon, sufrieron persecución y destierro. En estrofas maravillosas, describe Alceo cómo las bandadas de pájaros inocentes escapan del águila rapaz y cómo en el llano el ciervo huye atemorizado. Recuerda en sus versos el retumbar del trueno, el silbido del viento, el frío del campamento. Pero percibe también la belleza del cielo, de las nubes, y trata de olvidar con el vino y el amor. ¡Qué extrañas necesidades, qué modernas consolaciones para un griego semioriental que vivía en el siglo VI antes de Jesucristo!

Otra de las iniciativas de los tiranos de Atenas fue la introducción del culto de Baco, o Dionisos, con una fiesta de la que después había de nacer la gran institución del teatro griego. Pero en tiempos de Pisístrato la representación consistía tan sólo en un canto de sátiros, vestidos con pieles de cabra, que danzaban ante el altar del dios. De aquí el nombre de *tragoidia*, o canto caprino, de la palabra *tragoi*, que quiere decir *cabra*. Más tarde el director del coro, que era quien componía el canto, se separó de sus compañeros para representar a un personaje mitológico que contaba su historia, comentada por el coro. Así empieza el diálogo. El coro se conservó bajo la forma de una comparsa de sátiros hasta el final del siglo VI. Esta es la teoría clásica del origen del teatro griego, admitida por Aristóteles y Platón, que estaban mejor informados que nosotros y no eran propensos a la credulidad. Lo que parece incontrovertible es que la transformación del coro de los primeros tiempos en una acción dramatizada se verificó en Atenas en época de Pisístrato, y cuando Solón regresó de sus viajes hubo de escandalizarse ante la novedad de que Tespis, el «primer actor», estaba *representando* en el templo de Dionisos, al pie de la Acrópolis.

Relieve que decora el frontón de uno de los templos construidos por Pisístrato en la Acrópolis de Atenas, todavía con la lucha del león de Micenas y el toro de Creta.

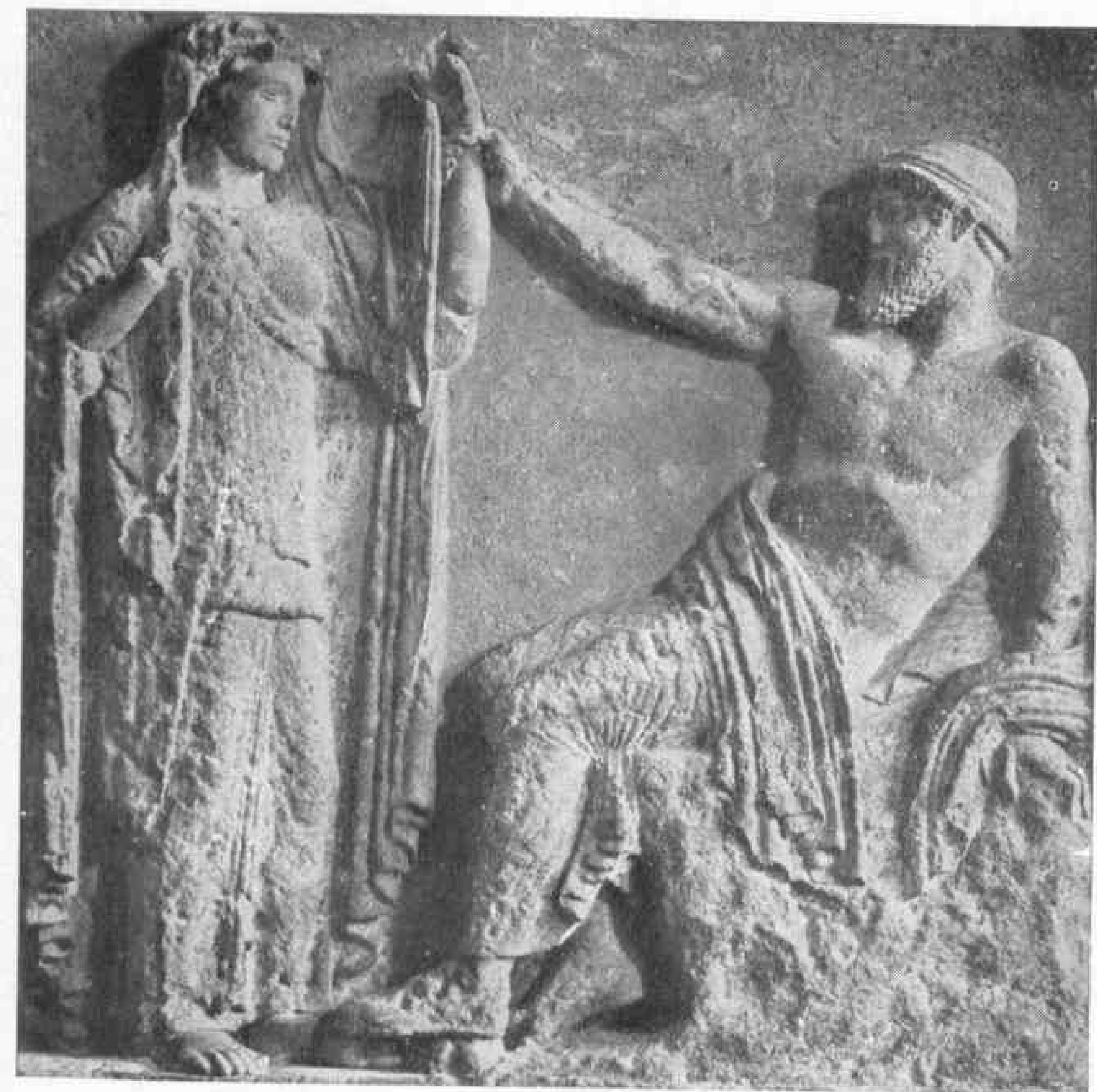




Restos del templo de Hera en el santuario de Olimpia.

5 DESPERTAR DEL PENSAMIENTO GRIEGO

PARECE muy probable que el carácter profundamente humano, que tanto admiramos, de los dioses de Grecia, sea también un resultado de las invasiones. Las divinidades prehelénicas debieron suavizar sus ritos para hacerlos aceptables a las tribus invasoras; a su vez, los dioses de los recién llegados tenían que perder su rudeza primitiva si querían verse reconocidos por los antiguos habitantes de la Grecia prehelénica. Sólo así se explica este Olimpo griego, donde los dioses, reunidos en familia y presididos por Júpiter o Zeus, juegan, disputan y se abrazan, como los simples mortales de la Tierra. A veces el abuso, el escándalo por desobediencia o adulterio, de uno de los habitantes del Olimpo obliga al padre Zeus a castigar al culpable, ya lanzándole al abismo, ya amarrándolo a una roca; pero por lo general el padre de los dioses es condescendiente, porque él tiene también sobre su conciencia no pocos pecadillos. Los dioses a menudo dejan su mansión celeste para aso-



Nupcias de Zeus y Hera en la cumbre del Ida. Relieve de un templo de Sicilia.

ciarse a los mortales, se unen carnalmente con ellos y engendran héroes o semidioses; éstos son los únicos admitidos en el Olimpo al acabar su vida mortal; el resto de los humanos pasan, al morir, a una mansión subterránea, sumida en tinieblas, el Hades o Limbo, donde se mueven como sombras con el aspecto de sus propios cuerpos y con la misma alma o espíritu que tuvieron cuando vivos, pero sin memoria e incapaces de intervenir en los sucesos que ocurren en la Tierra.

Tan familiarizados estamos con la mitología helénica, que no creemos necesario entretenernos describiendo la forma y atributos de los dioses olímpicos, que por primera vez aparecen ya en Homero con síntomas de decadencia. Homero, o quienquiera que fuese el que compiló la *Ilíada* y la *Odisea* en el siglo IX antes de Jesucristo, todavía cree firmemente en las divinidades del Olimpo; pero mezclada con su fe adviértese cierta ironía, como si el poeta lamentara las flaquezas que refiere de los inmortales. Además, sabemos muy poco del origen de los dioses de Grecia, no pudiendo ver la aparición y evolución del mito que cada uno de ellos representa con aquella claridad con que hemos visto aparecer y evolucionar el de Osiris, en Egipto, y el de los demás dioses del valle del Nilo, o de los dioses de Caldea y Asiria, documentados por referencias literarias desde cuatro mil años antes de Jesucristo.

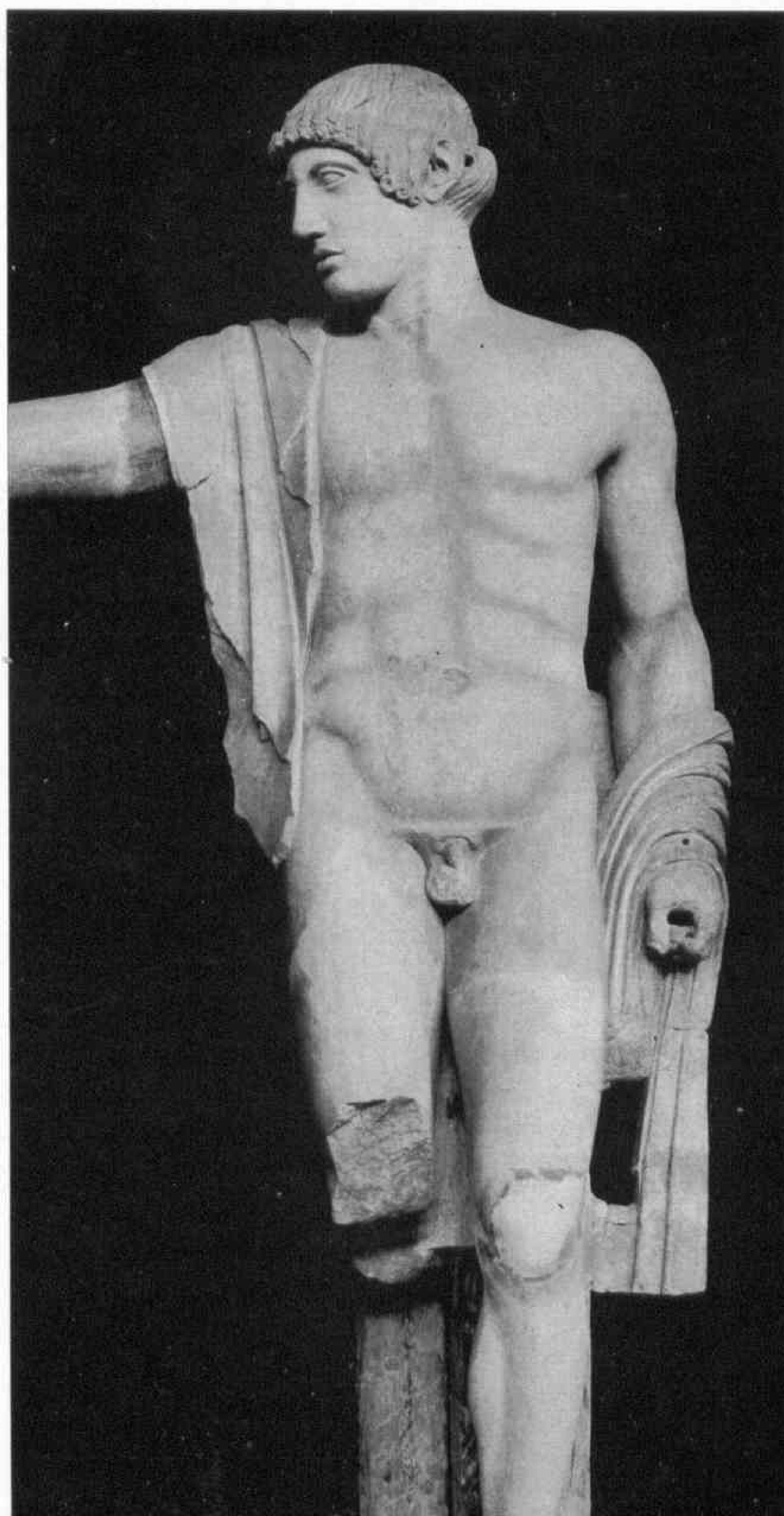
No tenemos ningún documento literario de Grecia que sea anterior a Homero, ni inscripción alguna griega anterior al siglo VII, a excepción de los jeroglíficos prehelénicos, que son todavía un enigma. Así es que todo lo que digamos acerca del origen de los dioses griegos tendrá que basarse forzosamente en conjeturas, o en comparaciones más o menos atinadas con el proceso de formación de las creencias en todos los pueblos primitivos. Por ejemplo, desde un principio vemos a los dioses helénicos reunidos en grupos de tres o de dos, como tríadas y díadas primitivas. Júpiter con Neptuno y Plutón (Zeus, Poseidón y Hades, en griego) forman un grupo de tres hermanos que se han repartido el Universo; Zeus posee la Tierra con el firmamento, Poseidón el Océano y Hades el mundo subterráneo. Marte y Venus (Ares y Afrodita, en griego) aparecen también asociados siempre en sus simpatías y antipatías. Esto, según algunos, indicaría para los hermanos de cada grupo del Olimpo un mismo origen y habría en la mitología griega reliquias de varias religiones primitivas. Ya dijimos en el primer volumen de esta obra, que muchos de los dioses clásicos tienen un animal favorito, que, según algunos, en un principio debían de ser los verdaderos dioses. El águila de Zeus, la lechuza de Atenea, la cierva de Artemis, el delfín de Poseidón o la paloma de Afrodita, para algunos son *totems* que con el tiempo se convirtieron en divinidades con figura humana. Muchos dioses griegos, añaden los partidarios de esta teoría, se transforman a veces también en animales, y estas *metamorfosis* son a menudo *la historia al revés.* Así, Zeus, para seducir a Leda, se convierte en cisne, lo que indica que debía de haber

una tribu que tenía al cisne por totem y al entrar esta tribu en relación con otros pueblos o tribus que adoraban a Zeus, se identificó el cisne con el padre de los dioses...

En cambio, es evidente que en el Olimpo griego existe una superposición de mitos procedentes de varias culturas, del mismo modo que en Grecia se superpusieron razas de diversas procedencias. Por de pronto, podemos señalar algunos dioses que en su origen no eran griegos: Afrodita es la Astarté fenicia, que a su vez era la Ishtar babilónica; Hércules es Melkart, el Baal de Tiro; Adonis es también un dios fenicio de la región del Líbano. Todo lo cual no debe extrañarnos, porque la influencia fenicia fue enorme en Grecia inmediatamente después de la invasión dórica. Por ejemplo, la tradición recuerda la llegada de dos patriarcas fenicios, Danao y Cadmo, que se establecieron en Beocia con sus tribus.

El hecho de encontrar dioses orientales en la Grecia clásica no ha de sorprender a nadie, porque ese origen oriental de los dioses es frecuente en la historia de las religiones. Lo más interesante, pues, de la mitología griega sería saber lo que pudo llegarle a ella desde el Norte, importado por los dorios, y lo que conservó de la religión prehelénica, o sea de los cultos y supersticiones de las primitivas razas mediterráneas que habitaban en Grecia antes de las invasiones. El Zeus padre parece ser el *Dyaus-pitar* de los arios de la India y, por consiguiente, una antiquísima divinidad común a todos los arios. Apolo, el dios predilecto de los dorios, es muy posible que sea el dios celta Belenus; no cabe duda que es de origen nórdico, porque cada invierno se marcha a la tierra de los hiperbóreos y vuelve rejuvenecido en la primavera. Más tarde, Apolo se convierte en el protector de las artes y es el que preside el coro de las Musas; pero en el siglo VIII antes de J. C. es sólo un arquero invencible, que lanza flechas o rayos solares, a veces tan intensos, que matan por insolación a los dorios, no acostumbrados a los climas del Sur. Antes de llegar a Grecia, Apolo había viajado por el Asia Menor y conserva siempre algo de oriental; pero de su leyenda complicada se deduce con certeza que es un dios extranjero en la Grecia prehelénica, un invasor, como los mismos dorios. Conquista para sí el santuario de Delfos, que estaba dedicada a la diosa Gea, o sea la Tierra, y ésta lo abandona, sin atreverse a luchar con el recién llegado. Con su arco y dardos

Apolo amenazando con el arco. Templo de Olimpia.



estaba Apolo representado en el gran santuario dórico de Amiclea, cerca de Esparta; en la época romana, todavía era visitada con gran curiosidad la imagen primitiva del Apolo de bronce de Amiclea, de cuerpo cilíndrico, como un tubo, colocada sobre un extraño trono decorado con relieves. Lo más raro de la religión de los dorios es la adopción del Hércules oriental por su héroe favorito. Los jefes dorios llegan al extremo de falsificar genealogías para hacerse descender directamente de Hércules; el Melkart de Tiro se convierte para ellos en un incansable aventurero, análogo a uno de sus antepasados nórdicos, que lucha siempre solo, aniquilando monstruos por lejanas tierras, sin más ambición que la gloria resultante de su esfuerzo. A estas tres divinidades masculinas y belicosas (porque Zeus, en su *juventud,* también lanzaba rayos) estaban dedicados los santuarios dóricos donde se celebraban los juegos nacionales: el de Olimpia, a Zeus; el de Delfos, a Apolo, y los de Nemea y Corinto, a Hércules.

Cariátides del templo de Apolo en Delfos.



Esto es cuanto sospechamos de la participación de los dorios en la formación de la mitología griega. En cambio tenemos esperanza de poder puntualizar algo más de la religión de los pueblos prehelénicos, y apreciar mejor la colaboración que aportaron las culturas minoica y micénica a las ideas religiosas de la Grecia clásica. Hoy sólo sabemos que la divinidad de Creta y de Micenas estaba simbolizada por el pilar y el hacha y era la personificación del principio femenino, que favorece las crías de los animales, hace reverdecer los campos, nos da sus frutos, y posiblemente reina también en el mundo subterráneo, adonde van las almas de los escogidos después de la muerte. Esa diosa parece haberse desdoblado en varias de las divinidades femeninas de la Grecia clásica, y de la personificación de sus diversos atributos se formaron los mitos de Hera (Juno), Artemis (Diana), Deméter (Ceres) y acaso Atenea (Minerva). Por lo menos, sabemos que el templo que los griegos creían ser el más antiguo de la Grecia clásica, el de Hera, en Argos, fue de origen prehelénico. Por las excavaciones se ha comprobado que era la misma divinidad que veneraban los príncipes prehelénicos en el castillo de Tirinto, la cual, después, para mayor comodidad de sus devotos, se instaló en Argos, la ciudad dórica de la llanura vecina.

En Olimpia, el famoso templo dedicado a Zeus (Júpiter), que en la época clásica fue el principal culto del santuario, era también de origen relativamente moderno. Había en Olimpia otro más antiguo que el de Zeus, el templo de Hera, que se conservaba aún como una reliquia en la época romana. Más antigua era todavía la tradición de que en aquel lugar se había levantado la residencia real del héroe prehelénico Pélops, y cada año se hacían sacrificios en una fosa cercana al lugar donde se suponía estaba la tumba del héroe fundador. Hasta muy tarde los muchachos de



El valle sagrado de Apolo en Delfos.

Olimpia conservaban la costumbre de ir allí a azotarse, para apaciguar con su sangre la sombra de Pélops. De todo esto resulta bien claro que, aun cuando los jefes dorios arrasaron hasta los cimientos el alcázar de los pelópidas para levantar sobre ellos sus nuevas construcciones, quedaron en el llano de Olimpia recuerdos harto vivos de los cultos funerarios de Pélops y la antigua familia real, y que hasta el propio Zeus tuvo que compartir con Hera su flamante santuario del Peloponeso.

Algo parecido ocurre con Atenea (Minerva), que, según leyendas posteriores, nació del cerebro de Zeus, pero su antagonismo con Poseidón (Neptuno) revela una resistencia de las viejas divinidades femeninas ante los nuevos dioses que iban introduciéndose en Grecia. El mismo nombre de Atenea parece indicar que era la divinidad femenina de los reyes de Atenas, que vivían en el castillo o acrópolis de la ciudad. Acaso más tarde se trató de substituirla por Poseidón, quien ofreció el caballo en lugar del olivo que había dado Atenea. Pero la diosa venció y después de esta prueba quedó aceptada como una deidad virgen y guerrera.

Más evidente todavía es el carácter prehelénico de la diosa infernal, que gobierna el reino de ultratumba, la Perséfone de los griegos, que los romanos llamaron Proserpina. A ésta se la ve evolucionar mejor que a ninguna otra divinidad clásica. En Creta se la ha encontrado con un vestido cubierto de serpientes, alusión a su morada subterránea. Ya hemos dicho que sus símbolos fueron el pilar y el hacha; en la entrada de la ciudad de Micenas puede verse todavía el tan conocido relieve de una columna entre dos leones. Los leones defienden la columna, como el paladio de la ciudad; la columna de Micenas es, pues, el símbolo de la misma diosa de Creta, que sería la divinidad principal de los pueblos prehelénicos. Después de la invasión dórica aparecen esta-

tuas de una diosa en su trono, o en su carro tirado por leones o serpientes, lo que expresa también que los dioses dorios no pudieron vencer por completo a la diosa subterránea de Creta y Micenas.

Una piedra tallada prehelénica representa ya a la misma divinidad actuando de soberana del reino de ultratumba. Para llegar hasta ella, en los días anteriores a la invasión dórica, en lugar de Hermes haciendo de heraldo, conductor de almas o Psicopompo, encontramos a ninfas con cabezas de animal, como los querubines bíblicos, que conducen las almas que han sido transformadas después de pasar por la crisálida del cuerpo. Y en lugar de Plutón, reina en el Hades la diosa prehelénica de pechos desnudos, con un león que guarda la entrada del mundo subterráneo y un grifo delante de su persona.

Sin embargo, donde creemos encontrar más supervivencia del culto prehelénico es en los oráculos y misterios. La influencia de los oráculos en la vida griega fue enorme; al lado del culto pomposo y público de los dioses olímpicos, en los que casi nadie creía, los oráculos satisfacían las necesidades místicas que sienten todos los pueblos, hasta aquellos que han caído bajo el yugo de unas gentes tan realistas como eran los dorios. Sorprende ya leer en la *Ilíada* que cuando Aquiles, presa de sincero dolor, recita una oración, ésta no la eleva al Zeus olímpico, sino al Zeus de Dodona, un santuario famoso de Beocia en donde se interpretaba a modo de oráculo el rumor que producían los robles de las cercanías al agitarlos el viento. Los sacerdotes de Dodona, en tiempo de Homero, son ya unos extraños *santones* que van descalzos y duermen en el suelo; pero hay referencias de que, con anterioridad a estos sacerdotes dorios, que Aquiles recuerda en su oración, hubo en Dodona sacerdotisas, llamadas *palomas*, acaso porque para adivinar el porvenir se valían, como presagio, del vuelo de las palomas del santuario en lugar del ruido de los árboles. De manera que podemos aseverar, a pesar de la vaguedad de la información, que en Dodona había un santuario prehistórico de la diosa prehelénica, especializado en augurios, cuyas sacerdotisas se vieron obligadas a ceder el lugar a unos bárbaros invasores nórdicos, y éstos, sin dejar de practicar la adivinación, substituyeron la diosa femenina por el padre Zeus y los robles susurraron las respuestas que antes daban con su vuelo las palomas.

La suplantación o cambio se advierte aún con más claridad en Delfos. El santuario está en un barranco profundo del monte Parnaso, donde había una grieta enorme por la cual salían vapores deletéreos. La tradición contaba que una vez un rebaño de cabras pacía cerca de la grieta, y de pronto, al aspirar las bestias los vapores que de ella salían, empezaron a lanzar extraños balidos que llamaron la atención de los cabreros. Uno de ellos se aproximó a la grieta y al instante empezó a profetizar: la fama del lugar se esparció luego por todas partes; otros vinieron, y cayeron también en éxtasis, tomando el vulgo por oráculo aquel delirio. Y como varias personas, en el paroxismo que producían los vapores, habían caído en el antro y desaparecido para siempre, las gentes de los alrededores, según la tradición, determinaron organizar el servicio del oráculo, nombrando una profetisa, que para ejercer su ministerio se subía a un trípode dispuesto junto a la grieta. Todo esto ocurría antes de la llegada de los dorios, y antes de la conquista del santuario por el dios Apolo, porque entonces al oráculo se le llamaba el oráculo de la Tierra, y hasta una tradición asegura que el primero que profetizó en Delfos fue un sacerdote llegado de Creta. Según otra versión, que recuerda Pausanias, el oráculo de Delfos fue instituido por un tal Olén y otros que con él llegaron de la tierra de los hiperbóreos, esto es, del Norte, y por lo tanto, dorios. *Y Olén fue el primer profeta de Apolo, el primero en cantar en versos antiguos...*

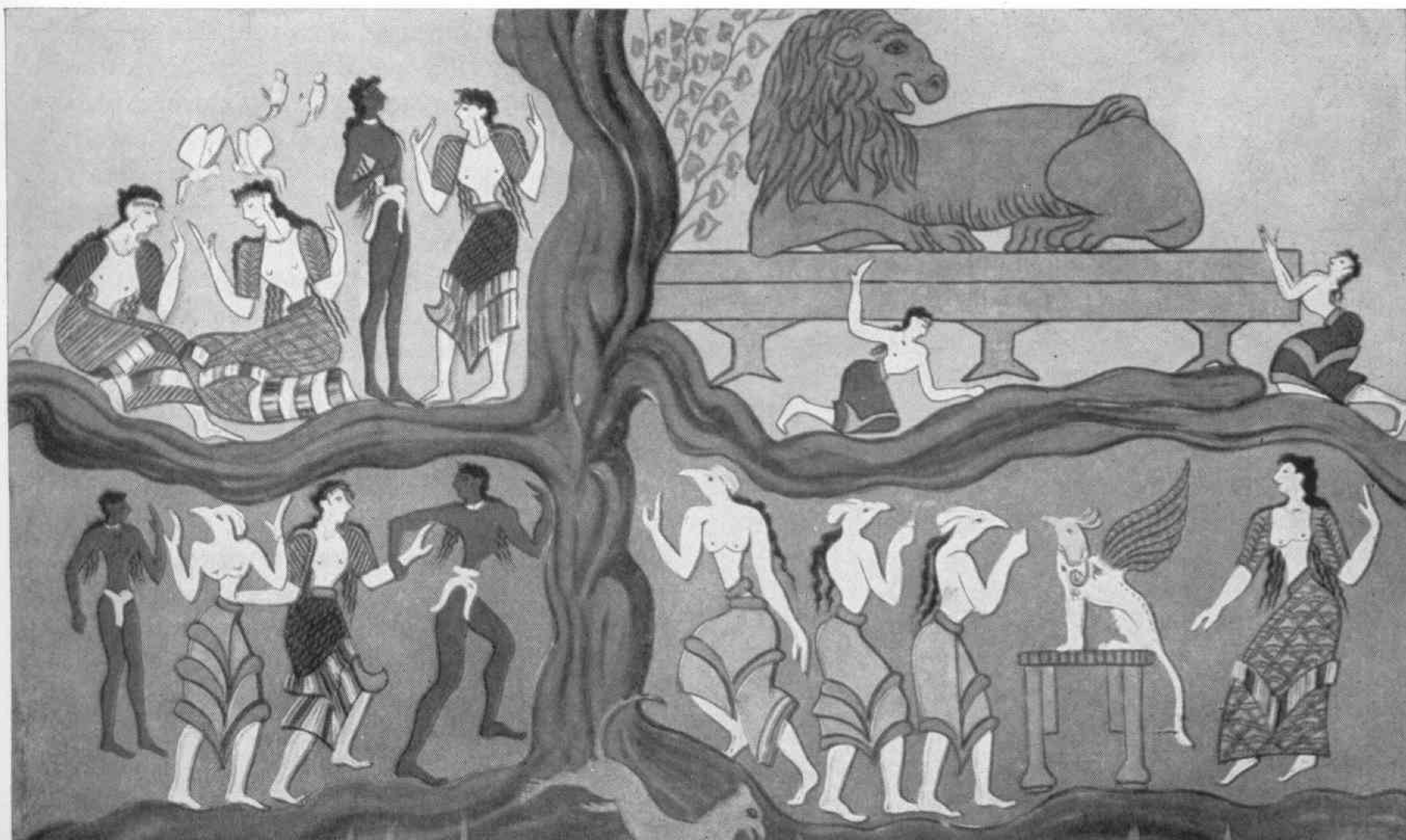
Como se ve, en la historia de Delfos tenemos, no sólo la tradición prehelénica de su origen, sino también la leyenda, que re-

presenta el esfuerzo de los dorios para atribuir el origen del oráculo a uno de los suyos. Sin embargo, la leyenda de Apolo no deja lugar a dudas: el dios arquero es el segundo, por lo menos, en ocupar el santuario y su fortuna allí fue rápida. Pausanias recuerda la existencia sucesiva de cinco templos de Apolo en el lugar del oráculo en Delfos, pero es probable que fueran más de cinco las restauraciones y siempre más notables. La sucesión de los diversos tipos de edificio mencionados por Pausanias revela el progreso constante, desde la choza prehistórica al edificio de piedra y de éste al de mármol.

Este templo de piedra de Apolo, en Delfos, se quemó en el año 547 a. de J. C., fue reedificado algo más tarde por los Alcmeónidas y en el siglo siguiente se levantó el magnífico edificio cuya planta han puesto al descubierto las excavaciones.

En el friso del templo de Delfos se leía la famosa inscripción: *Conócete a ti mismo*, que es la mejor lección que nos ha legado la antigüedad. Pero además de aconsejar por medida de prudencia, y como el mejor oráculo, este régimen de introspección, la sacerdotisa continuaba emitiendo ambiguas sentencias, unas veces en prosa, otras en verso. Si la intoxicación no llegaba a ser suficiente para que hablara en verso la profetisa, había en el santuario poetas profesionales que se encargaban de poner los conceptos del oráculo en versos bien limados. Las indicaciones a veces eran claras y bien definidas, pero en otros casos el interesado no sabía qué partido tomar, pues si reclamaba una explicación, ésta era para confundirle más todavía. La profetisa, más tarde, aclaraba el oráculo cuando había podido apreciar sus consecuencias. Así, por ejemplo, Creso, rey de Lidia, preguntó al oráculo si debía ata-

Dibujo grabado en la piedra del anillo de Néstor. El alma, salida de la crisálida como una mariposa, es llevada a la mansión de ultratumba, cuya entrada defiende un león, y allí encuentra a la diosa que reina en el Hades.

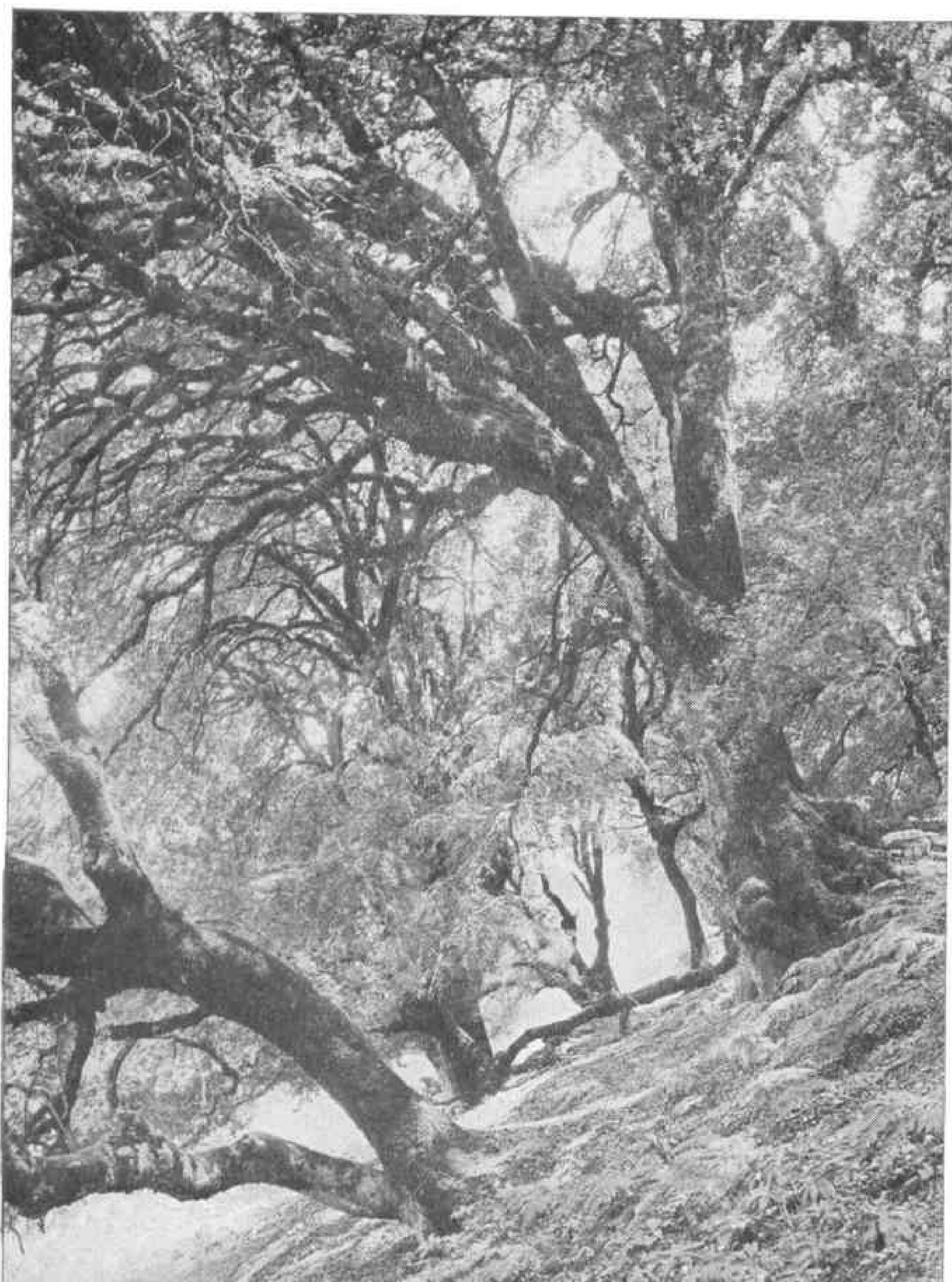


car a Ciro, rey de Persia, y la profetisa le contestó únicamente que él, Creso, destruiría un gran reino. Confiando en estas palabras, Creso atacó a Ciro y fue derrotado, y al preguntar después al oráculo por qué le había engañado, éste respondió que los hechos habían confirmado su predicción, porque Creso había destruido su propio reino por su imprudencia en atacar a Ciro, el gran monarca persa.

En la época clásica era tanta la demanda de augurios, que dos profetisas se relevaban para que el oráculo funcionara constantemente; pero en el siglo segundo después de J. C., cuando Pausanias visitó el santuario de Delfos, bastaba una mujer para atender a los postulantes. Las profetisas debían ser vírgenes, y antes de empezar a profetizar tenían que obtener un agüero favorable, para lo cual mojaban la cabeza de una cabra. Si la bestia, al sentir la humedad, temblaba y sacudía todos sus miembros, esto quería indicar que la fortuna sería propicia al interesado, y la profetisa, después de sacrificar el animal, subía al trípode para declarar el oráculo. Si la cabra, con la rociada del agua, permanecía inmóvil, era considerado como un mal agüero, y en este caso la doncella renunciaba a ejercer el ministerio profético. El lector quedará sorprendido, de seguro, por el carácter algo grotesco del procedimiento que se usaba en Delfos para obtener los oráculos, y aún más extraño habrá de parecerle que su prestigio fuese tan universal y durara tantos siglos. Porque no eran sólo monarcas extranjeros, como Giges, Midas, Creso y hasta el faraón Amasis, de Egipto, los que solicitaban obtener una respuesta de la muchacha casi asfixiada por los vapores del antro de Delfos, sino que filósofos como Sócrates y Pitágoras concedían al oráculo cierto valor espiritual.

Una de las razones de la popularidad del oráculo era su absoluta independencia. Aunque el lugar tenía un origen prehelénico, y los dorios impusieron en él a su dios Apolo, el oráculo no concedía predilección a ninguna raza ni se inmutaba ante los grandes de la Tierra. Un día el tirano de Sicione, Clístenes, muy probablemente un antiguo aristócrata de raza prehelénica que había conseguido por el momento contrabalancear la dominación de los dorios, hizo preguntar al oráculo de Delfos lo que le convenía hacer para acabar con la imposición de un nuevo culto de los invasores. Estos habían introducido en Sicione el culto a un héroe llamado Adrasto, que acaso les había guiado en los días de la emigración, y esta nueva superstición irritaba en grado sumo a Clístenes. La respuesta del oráculo fue terminante: Adrasto es el verdadero rey de Sicione y Clístenes es un usurpador. Se comprende que semejante libertad de lenguaje debía agradar a los dorios, quienes no hacían nada sin consultar antes al oráculo de Delfos; es además sorprendente que en los escritos de los antiguos, donde a menudo se hace la crítica de los dioses olímpicos,

Robles sagrados de Dodona donde estuvo el primer oráculo de Zeus.





Reconstrucción ideal del santuario panhelénico de Delfos.

nunca, ni por una sola vez, se comentan con irreverencia las palabras del oráculo. Además, los griegos fijaban en Delfos el centro de la Tierra, como más tarde, en la Edad Media, se creyó que estaba en Jerusalén.

La misma impresión de antigüedad y de prestigio secular recibimos al tratar de enterarnos de lo que eran los famosos cultos llamados *Misterios*. Los sacerdotes de los más venerables de estos cultos, que eran los misterios de Eleusis, en el Atica, pertenecían a la antigua familia real de Eleusis, cuyos miembros eran llamados *los eumólpidas* y se transmitían rigurosamente sus cargos sacerdotales de padres a hijos. Pero los eumólpidas no podían celebrar el culto sin el concurso de otra familia principal de la propia ciudad de Eleusis, de la que salían las sacerdotisas que debían actuar con ellos en las ceremonias religiosas. Estas sacerdotisas nos revelan el origen prehelénico del culto de Eleusis. Además, los misterios se celebraban seguramente con objeto de iniciar a los neófitos en los secretos de la vida de ultratumba. Para ello se representaban una serie de cuadros plásticos en los que los eumólpidas y las sacerdotisas figuraban como actores. El tema que se desarrollaba delante de los neófitos asombrados era la leyenda de Perséfone, raptada por Hades, y sólo después rescatada por su madre del reino de las sombras. Las ceremonias de iniciación de los neófitos empezaban ya en febrero, cuando los candidatos se reunían en Atenas para lo que se llamaba *los Pequeños Misterios*. Sin embargo, la verdadera iniciación no se verificaba hasta septiembre. El día 22 de este mes se reunían de nuevo los neófitos en Atenas, y después de varias fiestas y sacrificios, emprendían la marcha hacia Eleusis, cantando y deteniéndose a menudo para verificar nuevas ceremonias. En la noche del 22 al 23 empezaban los ritos en Eleusis. La caravana, acampada fuera del recinto del templo, que permanecía cerrado, se desbandaba para correr cada uno por los montes y la playa inmediata, llevando antorchas encendidas y llamando a grandes voces a la diosa. Cuando después de algunas horas de correr y gritar se reunían los fieles en la puerta del santuario, empezaba un largo y profundo silencio que contrastaba con la agitación anterior. Envueltos por la obscuridad, los neófitos veían al fin abrirse las puertas y entre las tinieblas distinguían la entrada del *telesterión*, donde

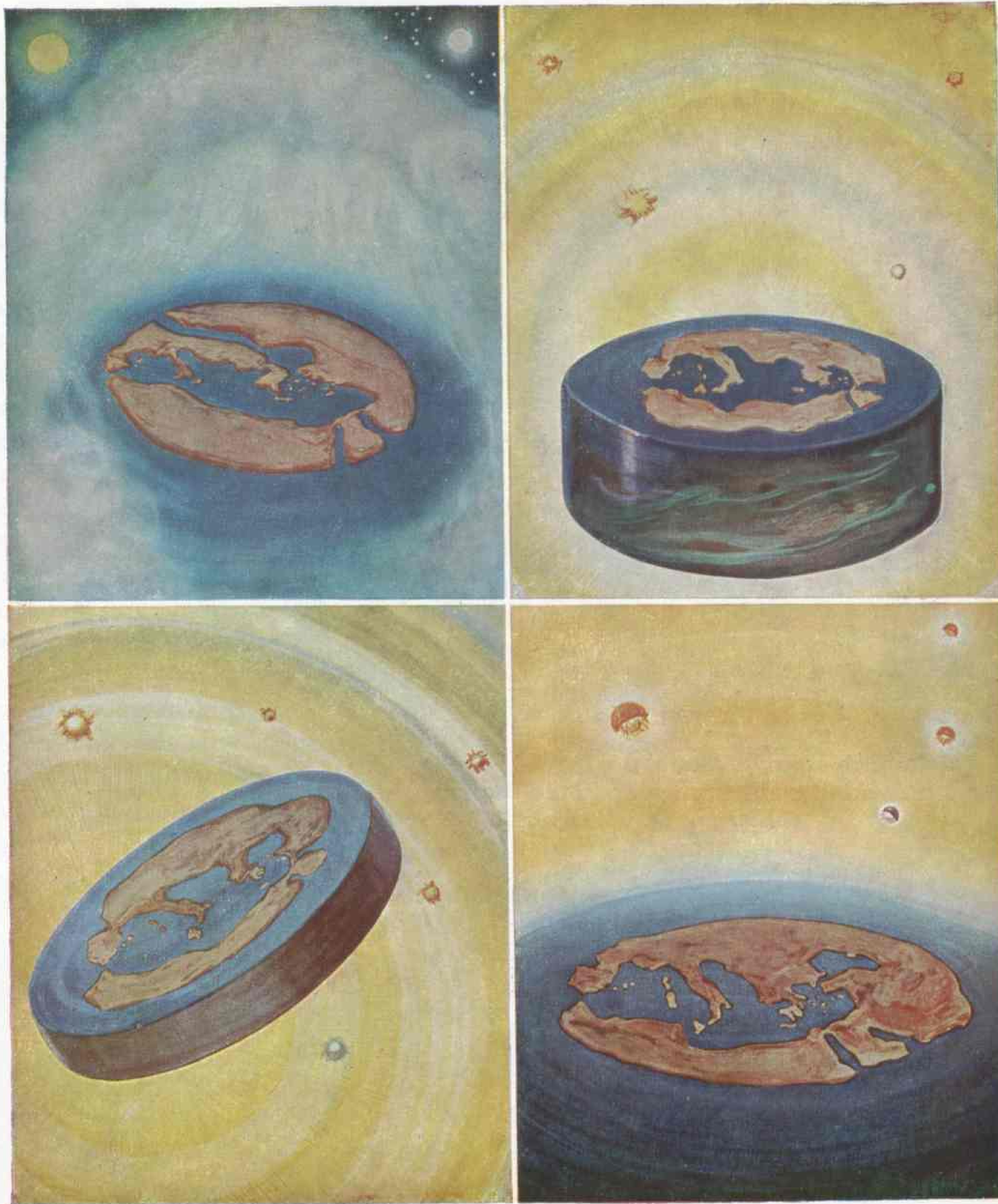
iba a representarse el místico drama, para ellos lleno de enseñanzas.

No sabemos cuál era el orden de la representación del *Misterio* de Eleusis, ni si duraba una sola noche o bien continuaba en la del 23 al 24 lo que había comenzado el 22, pero es evidente que se trataba de una sucesión de escenas místicas de doble sentido, cuyo efecto se aumentaba con la música y por medio de luces extrañas cuyo origen no se ha puesto en claro todavía. El *telesterión* era una sala cuadrada que ha aparecido enteramente destruida en las modernas excavaciones; se ven basas de columnas para sostener el techo y poyos a cada lado para sentarse, de manera que los cuadros plásticos debían representarse en el centro; pero no sabemos, ni es fácil que se averigüe nunca, si habría un segundo piso donde, a través de una claraboya, pudiera verse la teogamia o cópula del dios con la diosa.

Esta era la significación tremenda del misterio de Eleusis: Hades, señor del Infierno, violaba a la doncella Core, hija de Deméter, y la conducía a su morada, admitiendo a participar en la fiesta a los neófitos. La familiaridad que representaba el permitir los dioses infernales asistir a sus nupcias garantizaba la seguridad de que en el Hades las almas de los iniciados serían tratadas de modo muy diferente de las demás del reino de los difuntos. Si los dioses los habían aceptado para presenciar sus ansias y amores, al llegar al mundo subterráneo las almas de los que habían asistido a los misterios encontrarían a Hades y Core dispuestos a recibirles como íntimos huéspedes y comensales. No perderían el recuerdo de su vida terrena, y allí, en el Infierno, gozarían de la compañía de otros dioses y de los espíritus regenerados.

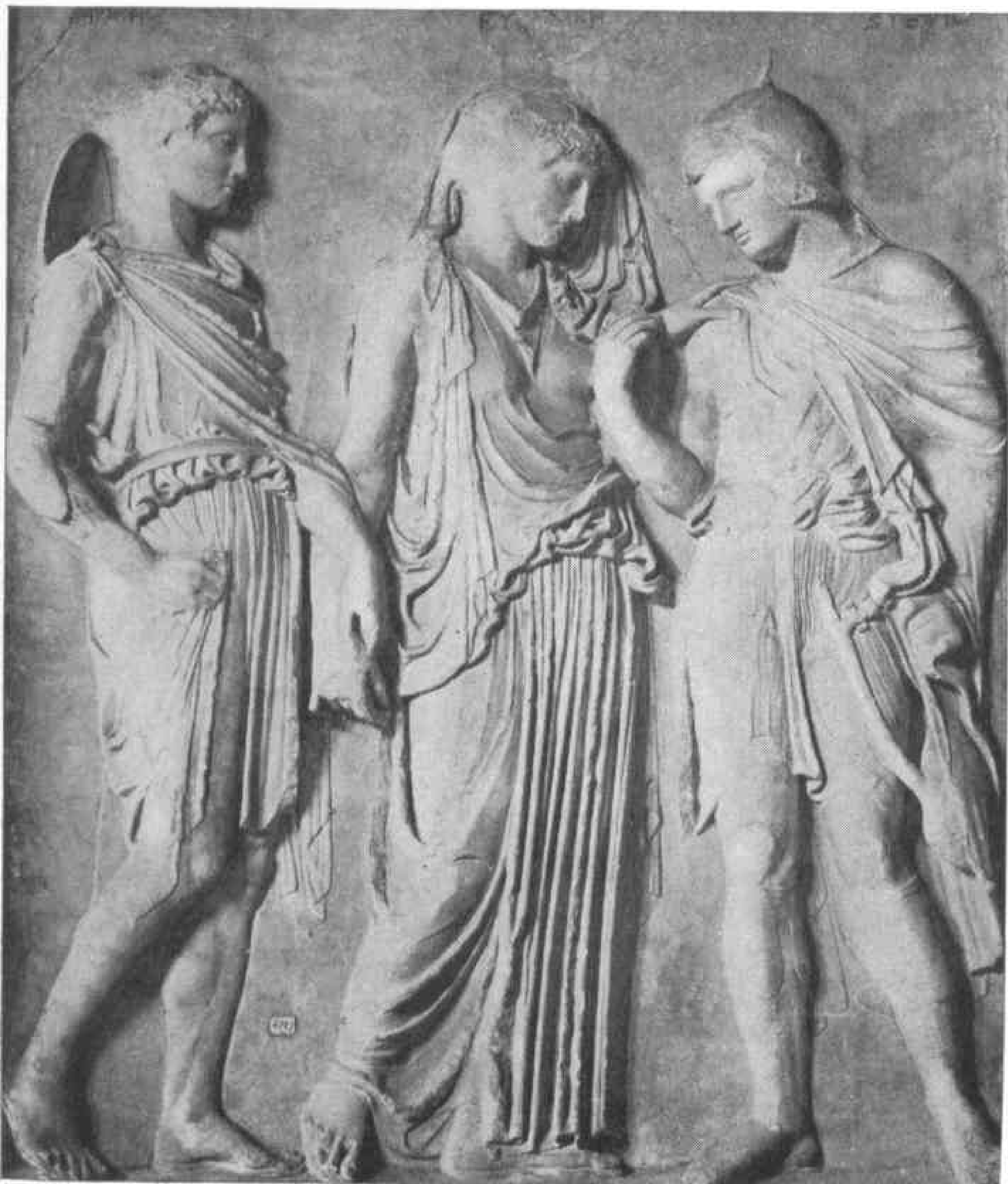
Para comprender bien lo que esto significa hay que recordar que los griegos no podían tener la esperanza de ascender a un cielo olímpico o un Valhalla en las nubes. Zeus-Júpiter y sus compañeros en el Olimpo no permitían que nadie se les agregara, a no ser que fueran héroes nacidos de sus amores en la Tierra. Ninguna virtud o esfuerzo humano podía dar derecho a entrar en el Olimpo. Si Hércules fue admitido al banquete de los dioses, no fue por sus trabajos inauditos, sino por ser hijo de Zeus. Aquiles, que es sólo hijo de una ninfa, Tetis, la esposa de Peleo, sabe perfectamente que, a pesar de sus proezas y sacrificios delante de Troya, después de muerto su destino es ser un fantasma incapaz de pensar y de recordar en el reino de las sombras. Este lúgubre destino se desvanecía con la seguridad que daba el haber sido iniciado en los misterios de Eleusis. La vida del mundo subterráneo ya no aparecía con aquellas obscuras perspectivas. El iniciado había percibido luces fantásticas, pero bellas, y cantos dulcísimos. Había visto con sus propios ojos una doncella — una Core humana y real — ser escogida por el señor del Hades para compañera y sentarse junto a él en el trono. Era el matrimonio del alma con el dios, base de todos los misterios en todas las religiones.

El silencio de la grave ceremonia es recordado con terror en las cortas y ambiguas referencias que tenemos de los misterios de Eleusis; y si a los nueve días de ayuno que los neófitos llevaban ya antes de emprender la marcha de Atenas a Eleusis, y a su fatiga después de buscar a Core, y acaso al *kikeón* que bebían antes de entrar en el *telesterión,* se añade la sorpresa de los ricos ropajes de los sacerdotes-actores, bailando danzas prehistóricas entre fantásticas luces, ya no será de extrañar que los asistentes se sintieran conmovidos y agitados y que se realizaran en Eleusis lo que, en términos modernos, llamamos *conversiones,* o principio de una nueva vida, más espiritual que la que se había llevado anteriormente. Sin duda este resultado de la conversión, o transformación de los iniciados, debía ser lo único en que los misterios pudieron parecerse al cristianismo. Mucho se ha divagado sobre este punto, pero hoy empezamos a comprender que si es posible que algunos experimentaran la influencia de los misterios, ésta fue superficial.



Las hipótesis cósmicas de los físicos jónicos del siglo VI antes de J. C.

1. Tales de Mileto (624-547 a. J. C.). Tales creía que la Tierra flota como un disco. En un principio existía sólo el agua a modo de un líquido elemento, sin límites, y en él flotaban los gérmenes de todas las cosas; éstos se acumularon en la Tierra y luego el agua se dividió, formando el Océano, aquí abajo, y la corriente de los cielos, en la que flotan las estrellas perennemente. Tales fue el primer griego que predijo un eclipse, aunque no dio de ello explicación alguna. — 2. Según Anaximandro de Mileto (610-547 a. J. C.), la Tierra está en el centro del Universo, sin soporte alguno, como un cilindro o tambor de columna cuya altura es un tercio de su diámetro. Las estrellas son aire fuertemente comprimido que emite llamas por un pequeño agujero. El Sol es 28 veces más grande que la Tierra, y la Luna 19; ambos son a modo de ruedas llenas de fuego que sale por agujeros. Al obstruirse éstos, ocurren los eclipses. — 3. Para Anaximenes de Mileto (585-528 a. J. C.), la Tierra es como una masa redonda que flota en el aire; las estrellas se hallan fijas en una esfera de cristal que se mueve alrededor de la Tierra. Como ésta se halla inclinada, una parte de esa esfera se esconde diariamente detrás de su plano. El Sol, la Luna y los planetas están debajo de la esfera de cristal y por esto sus movimientos son independientes y planos, y se eclipsan al volverse del otro lado. — 4. Heráclito de Efeso (544-500 a. J. C.) no admite la rotación diaria de los cielos. La Tierra es firme y sin límites, el agua no es más que tierra disuelta, deshecha. El primer elemento es el fuego, que se condensa en agua o tierra. En los cielos hay como unas tazas que condensan los vapores que han de formar el Sol y las estrellas. La taza del Sol se halla más cercana a la Tierra, por esto brilla más y es mayor. La Luna, tan grande como el Sol, se encuentra en una región de aire impuro. Los eclipses provienen al aparecer el lado cóncavo de las tazas, en que no puede reflejarse la luz.



Eurídice despidiéndose de Orfeo para bajar a los infiernos acompañada de Hermes, el conductor de las almas.

Los antiguos insisten, sin embargo, en la nueva vida que cobra el iniciado durante las horas que pasa en el *telesterión;* Platón, por ejemplo, habla de los misterios con gran respeto y añade que lo que allí se distingue viene a ser como las ideas puras, el alma de todo lo que nos rodea. Los padres de la primitiva Iglesia cristiana, que son los que nos han conservado más detalles de las ceremonias de iniciación, no dejan de reconocer sus efectos beneficiosos. Es indudable que el iniciado en los misterios debía de tener una fe sólida en la vida futura, en una región donde los dioses obran como mortales y que reinan seres que son dechado de belleza moral y donde brillan luces y suenan voces más claras que las de la Tierra.

Tanto la religión de los dioses olímpicos como estos cultos esotéricos de los misterios pasaron sin dejarnos un libro canónico donde se precisaran dogmas y doctrinas. Grecia presenta el extraño fenómeno de unas gentes que tuvieron intensa vida religiosa sin experimentar la necesidad de un sacerdocio regular ni de un libro sagrado. Ni tan sólo se precisó el número y carácter de sus dioses.

Acostumbrados como estamos a ver que en Oriente las cosas divinas son patrimonio exclusivo de la clase sacerdotal, causa sorpresa encontrarnos con que el que sistematizó en Grecia la historia de sus dioses fue un poeta campesino que vivía en Beocia durante el siglo VIII a. de J. C. Ya hemos hablado de él. Se llamaba Hesíodo y no tenía cultura literaria de ninguna clase. Su padre había llegado del Asia, de la colonia griega de Crimea; era un emigrante desengañado que volvió sin fortuna, para morir al menos en su *vieja tierra* llena de recuerdos. El padre de Hesíodo se estableció en un pequeño villorrio llamado Ascra, al pie del monte Helicón, y allí vivieron siempre el poeta y su hermano, consumiendo ambos sus energías en disputarse ante los jueces la pequeña herencia que les dejara su padre. Un día que Hesíodo guardaba su rebaño se le aparecieron las Musas, encargándole que escribiera un libro sobre los dioses. Y sin vacilar se lanzó a componer el poema llamado *Teogonía,* que los griegos acabaron por venerar como su libro sagrado. Algunos versos resumidos en mala prosa son como sigue:

Primero fue el Caos, después la Tierra, el Tártaro o abismo y Eros o el amor... Eros es *el más hermoso de entre los dioses,— el que en seguida dioses y humanos — hace mover, y hasta al más fuerte — de pensamiento él lo reduce — y satisface...* El Caos produce la Noche y ésta, a su vez, crea el Día, mientras que la Tierra ha creado los Cielos, las Montañas y el Mar. En este punto, Eros o el amor entra en acción: hace que se unan la Tierra con el Cielo y de su unión nacen el Océano, los Titanes y los Cíclopes. El señor de esta primera progenie de dioses es Urano, el cual, temiendo ser destronado, a cada hijo que nace lo con-

dena a ser enterrado otra vez en las entrañas de la madre Tierra; ésta, desesperada de tener que sepultar a sus propios hijos, arma a uno de ellos llamado Cronos de una cuchilla para que resista a su padre. Cronos mutila a Urano y reina él en su lugar. Por este tiempo aparecen Venus y el Sueño, la Muerte y las Nereidas, los ríos y una multitud de otros dioses suficiente para hacer perder la cabeza. Por fin, de Cronos nace Zeus, y una nueva cohorte de dioses comienza a reinar en lugar de los compañeros de Cronos, que es el mismo que llamaron Saturno los romanos. El reinado de Zeus con su familia de dioses, y la lucha de las milicias del Olimpo con los Titanes, inspiran a Hesíodo magníficos fragmentos de poesía.

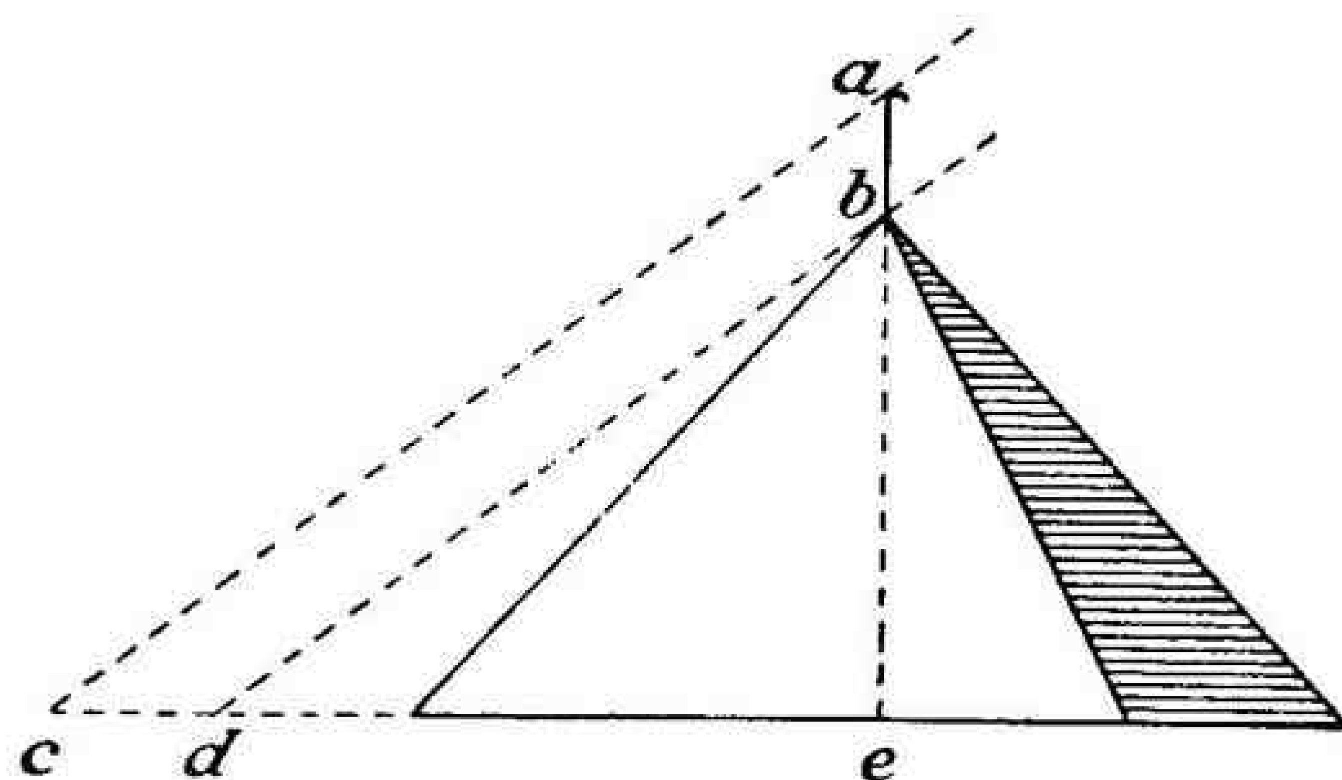
Pero ya se comprende que una obra así no podía satisfacer a las conciencias piadosas, ni mucho menos a las inteligencias cultivadas. Y sin las barreras de un dogma, ni una autoridad eclesiástica para condenar las especulaciones peligrosas, debieron de aparecer pronto en Grecia espíritus bastante audaces para analizar por su cuenta los fenómenos y dar libremente una explicación científica del Universo. Estos primeros físicos o filósofos son la gloria mayor de Grecia; su legado todavía es útil, pues, aunque parezca extraño, podemos aprovecharnos aún de sus ideas, y más que nada aprender de su curiosidad y aplicación.

El primer filósofo — que mejor podríamos llamar pensador — de Grecia fue Tales, de Mileto, colonia de los jonios en Asia. Tales debió de ser una mezcla de hombre práctico y soñador, tipo muy común entre los griegos. Cuentan que una vez, embebido en mirar las estrellas, cayó en un pozo, pero también se recuerda que, habiendo previsto por señales atmosféricas que se obtendría una gran cosecha de aceitunas, arrendó con anticipación los molinos de aceite de Mileto, realizando con su monopolio grandes provechos. Tales predijo el eclipse de Sol del 28 de mayo de 585, que hizo suspender una batalla que se estaba librando entre los medos y los lidios. Tales debió de atre-

Propileos del santuario de Eleusis.

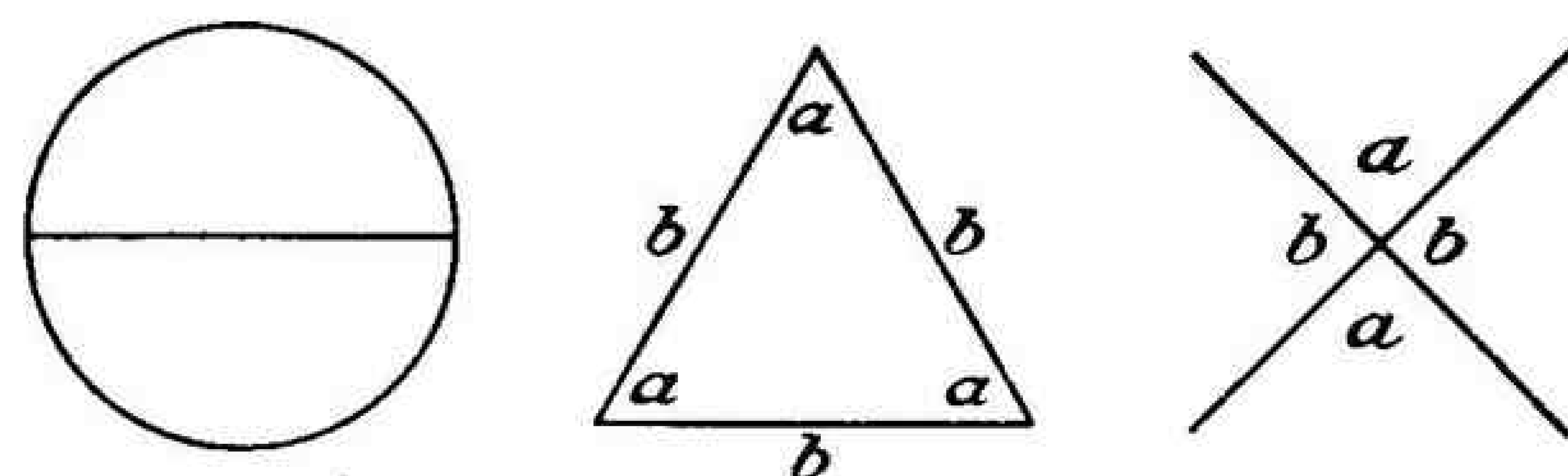


verse a vaticinar fenómenos astronómicos y meteorológicos aprovechándose de observaciones de los antiguos babilonios. Viajó también por Egipto y Asia, como su contemporáneo Solón, y hasta se añade que los antecesores de Tales eran fenicios que se habían establecido en Mileto. Es fácil también que Mileto, antes de ser colonizada o restaurada por los jonios, hubiese sido una antigua ciudad prehelénica del Asia y que allí quedaran tradiciones de una escuela filosófica más antigua. Si esto fuese verdad,



se acumularían en Mileto, y especialmente en Tales, los conocimientos todos del pueblo prehelénico y lo que podían saber de cosmografía los fenicios con algo que el propio Tales, en sus viajes, pudo alcanzar a comprender de la ciencia de los sacerdotes orientales. Lo positivo es que Tales, en el estado actual de estos estudios, es aún el primer griego que trata de dar una explicación física del Universo. Por esto a él y a sus continuadores se les llama los físicos de la escuela jónica de Mileto.

El primer punto capital de las ideas de Tales es que no se preocupó de buscar un Creador para el Cosmos o universo físico. Es verdad que Tales decía que el mundo está lleno de dioses, pero se refería al alma o energía que tiene cada cosa. Para Tales, como para los demás filósofos-físicos de la escuela jónica, la *psique* o alma no era solamente el conjunto de facultades anímicas que constituyen el espíritu del hombre y de todos los seres animados, sino el agente universal que se manifiesta en toda la naturaleza, aunque con caracteres muy variados; por esto Tales habla de los dioses en plural. Pero su mérito consiste en haber sido el primero en preguntarse, no cuál fue la substancia original de que se formó todo, sino qué es actualmente lo que todo es. Para Tales, todo es esencialmente agua; el agua forma vapores, que son el aire, las nubes y el éter o atmósfera luminosa, y hasta los astros son estos vapores encendidos. El agua forma también los cuerpos sólidos por condensación, y la Tierra flota en el agua como una madera... Sin querer llegar a hacer de Tales de Mileto un hombre de ciencia a la moderna, con teorías basadas en la observación y la experiencia, no hay duda que lo que de él sabemos revela una penetrante curiosidad y un temperamento enciclopédico, muy interesado en todos los fenómenos naturales. La idea de que los terremotos tienen algo que ver con los cambios de temperatura, que Tales adelantó y que hoy vuelve a tomarse en consideración por los geólogos, demuestra gran agudeza por parte del físico de Mileto. La anécdota de que él enseñó a los sacerdotes egipcios a medir la altura de las pirámides prueba especial conocimiento de las propiedades de los triángulos, que hace sospechar que a Tales debemos los principios fundamentales de la geometría griega. El sistema por él propuesto para medir la altura de las pirámides de Egipto es el siguiente: colocando un bastón *a b*, de medida conocida, en la punta de la pirámide, la relación entre *a b*, y su sombra *c d* es la misma que entre la altura de la pirámide *b e* y su sombra *d e*. Esto es, *ab: c d= b e: d e*. La longitud del palo *a b* es conocida, las sombras *c d* y *d e* pueden medirse en el suelo, y con estos datos ya no existe dificultad ninguna para saber la altura de la pirámide. La verdad es que parece extraño que



Tales tuviera que enseñar a los egipcios la manera de medir sus pirámides y hoy se tiende a creer que Tales fue a Egipto más bien para aprender que para enseñar... Pero lo positivo es que estas reglas, descubiertas o aprendidas por Tales, fueron el punto de partida de las matemáticas griegas; así, a él se atribuyen los siguientes teoremas, o mejor dicho, axiomas, evidentes por sí mismos: 1.° Un círculo es cortado por mitad por su diámetro. 2.° Los ángulos de un triángulo de lados iguales son iguales. 3.° Los ángulos que forman dos rectas que se cortan perpendicularmente son iguales... Y otras proposiciones semejantes, que fueron la base de la geometría de Euclides.

La escuela de Tales en Mileto continuó el camino señalado por su fundador. Así se atribuye al sucesor de Tales, Anaximandro, la observación de que el hombre necesita más tiempo para crecer que los animales. Esto probaba que si el hombre hubiese sido siempre tal cual es ahora, no hubiera podido subsistir en la lucha por la existencia, y de aquí la idea de que el hombre tenía que descender de un animal más primitivo. La forma de la Tierra, para Anaximandro, se parecía a un pilar pequeño, como un tambor, que flotaba en el espacio, y no caía porque no tenía ningún motivo para caer hacia un lado más bien que hacia el otro lado. Y como el espacio era infinito, debía haber otros cosmos, οὐρανός, con tierra, cielos, estrellas, etc. Estos cosmos se producían por agitaciones locales, torbellinos o remolinos, que Anaximandro llamaba *dioses,* y eran fuerzas que, apareciendo en un lugar del espacio, condensaban y agitaban la materia en un sistema o cosmos como el que habitamos nosotros. Los remolinos de Anaximandro fueron populares no sólo en la filosofía griega, sino también en la literatura, y así Aristófanes, en *Las Nubes,* bromea diciendo que el torbellino destronó a Zeus y reina en su lugar.

Discípulo de Anaximandro fue Anaximenes, para quien la substancia primitiva es el aire, que por condensación forma todos los demás cuerpos. El aire o aliento es nuestra alma, y «así como nuestra alma, que es aire, mantiene unido a nuestro cuerpo, del mismo modo el aire penetra y anima al Universo». El aire, pues, es dios. La Tierra flota en el aire como una hoja, y también los astros, y como el disco de la Tierra está algo inclinado, esto hace que los astros se escondan cada día detrás de su plano.



Cerámica griega con la representación de los castigos de Sísifo y Prometeo.

Estos tres *sabios* forman el grupo que se llama la escuela jonia. Su importancia deriva de que no trataron de explicar el origen del Cosmos visible con doctrinas mitológicas como las de Hesíodo y los orientales fenicios, babilonios y aun egipcios, que hacen a los dioses crear el mundo, sino que creen que todo está compuesto de esencias que llamaron *principios, raíces,* origen de los cuatro elementos. Pero no hay que olvidar que en la época en que los filósofos o sabios jonios emitían estas ideas sobre el origen de la naturaleza, el pensamiento estaba aún invadido por el animismo prehistórico que concedía a todo un poder espiritual, comenzando por el *húmedo elemental* propuesto por Tales de Mileto, que suponía impregnado de demonios que daban vida individual, como el *aire* de Anaximenes o el *espíritu* de Anaxágoras, al que concedía inteligencia y amor para formar los seres.

La escuela jonia acabó con la destrucción de Mileto por los persas, el año 494 antes de Jesucristo, pero esto mismo debió de contribuir a la dispersión de su espíritu por toda la Grecia. El que parece más bien un propagador de las ideas jónicas que filósofo original es el famoso Jenófanes, de Colofón, cerca de Mileto, quien viajó por Sicilia y la propia Grecia, sin rumbo fijo, al principiar el siglo v a. de J. C. Ya hemos dicho en el primer capítulo de este libro que Jenófanes es el primer autor que menciona a Homero, pero lo hace para decir que Homero y Hesíodo han atribuido a los dioses todas las vergüenzas y desgracias de los mortales, robos, engaños y adulterios. Añade Jenófanes que los hombres hacen los dioses a su imagen; los etíopes los quieren con nariz chata y los tracios con ojos azules: «Si los caballos y bueyes tuvieran manos, se harían dioses como ellos; los caballos tendrían dioses-caballos, y los bueyes, dioses-bueyes.» Como se ve, Jenófanes tenía ideas radicales, porque añadía que los dioses no se parecen ni en forma ni en pensamiento a ninguno de los mortales.

Jenófanes decía también que es muy difícil encontrar un hombre cuerdo, y que sobre todo se necesita ser sabio para conocer que otro lo es. Pero a pesar de esta sabiduría, de tipo popular, se advierte en este griego al observador curioso, digno sucesor de la escuela de Tales. Jenófanes distinguió en las canteras de Siracusa señales de peces, que le revelaron que aquellas rocas habían estado antes en el fondo del mar; en Paros observó fósiles de sardinas en rocas profundas, y en Malta advirtió, por toda clase de pruebas, que el terreno de la isla había estado cubierto de agua. La consecuencia que sacó Jenófanes de estas rarezas fue que una mezcla de tierra y agua había engendrado la vida y que algún día la Tierra se hundirá otra vez en el mar y todo lo existente desaparecerá, aunque sólo para empezar una nueva creación en el fango del líquido elemento. «Y estos mismos cambios les ocurren a todos los mundos.» La Tierra es plana, y en esto Jenófanes se opone a los descubrimientos de otros filósofos por creer que la profundidad de la Tierra y la altura del cielo no tienen límites, y que cada día vemos un Sol diferente y estrellas diferentes, que no son más que violentas explosiones de vapores que se apagan con el día.

Obsérvese que tanto Tales como Anaximandro y Jenófanes, griegos jónicos del Asia, viajaron, y no sólo por las antiguas tierras del Oriente, especialmente Egipto, sino que fueron a la Grecia occidental: Anaximandro se instaló en Atenas y Jenófanes estuvo en Siracusa. He aquí otra novedad: no se concibe que un sacerdote egipcio o un astrónomo caldeo se movieran de su templo para así poder averiguar los secretos de la tierra y de los cielos.

Terracota romana representando los misterios de Eleusis.





Templete conmemorativo de la victoria de Maratón, erigido en Delfos por los atenienses.

6 TRIUNFO DE ATENAS: MARATON Y SALAMINA

Mientras Darío se esforzaba en sofocar la rebelión de los jonios en Asia, grandes novedades ocurrían en Atenas. No fue una revolución, sino una reforma, pero de trascendencia capital. Atenas se sirvió hasta Alejandro de la constitución de Clístenes.

La facilidad con que Pisístrato y sus hijos se habían convertido en tiranos de Atenas probaba que las reformas de Solón eran deficientes y que, ya por haber concedido demasiado, o tal vez demasiado poco, había algo en la constitución de Atenas que precisaba corregir. Clístenes, el autor de la reforma que hizo viable la democracia ateniense, era de la familia de los Alcmeónidas, cuyos miembros tanto habían contribuido a la expulsión de los tiranos. Los cambios propuestos por Clístenes afectaban principalmente a lo que hoy llamaríamos *ley electoral,* o métodos para conferir los cargos públicos, y así, sin cambiar apenas la organización del Estado, Clístenes consiguió hacer imposible para el futuro la tiranía en Atenas.

Para entender bien en qué consisten las reformas de Clístenes, hemos de retroceder un poco en nuestro relato. Recordemos primeramente que los antiguos reyes de Atenas, en quienes estaba, en un principio, concentrado todo el poder, fueron relegados al servicio del culto y hasta para mandar

el ejército se creó un nuevo cargo de general en jefe, llamado *polemarca*. Además, desde tiempo inmemorial existía en Atenas *el Areópago*, o Consejo de Ancianos, cuyos miembros pertenecían todos ellos a las antiguas familias de los eupátridas. Los poderes de este Consejo no estaban bien determinados; como descendiente de los antiguos reyes, el Areópago había heredado lo que ahora llamaríamos el poder legislativo y el judicial, pero no tenía poder ejecutivo. El Areópago gobernaba por medio de nueve magistrados, llamados *arcontes*, cuyo cargo fue primero vitalicio, después por diez años y, finalmente, por un año. Además existía aún *la Ekklesia*, asamblea general de todos los cabezas de familia, comparable con el *Pópulus* romano tanto por sus derechos a la soberanía como por su ineficacia para hacer uso de ellos.

Convencido Solón de la imposibilidad de transformar la Ekklesia y el Areópago en asambleas más modernas, del tipo que hoy llamamos *democrático*, creó un cuerpo gubernamental intermedio, de cuatrocientos diputados, a los que traspasó el poder legislativo. Al Areópago reservó la función, casi honorífica, de velar por la estricta aplicación de las leyes y el exacto cumplimiento de la constitución. Los miembros del nuevo Consejo de los cuatrocientos, según lo dispuesto por Solón, eran elegidos mediante sorteo, cien por cada una de las cuatro tribus en que estaba dividida la población de Atica. Un método semejante se usaba para nombrar los arcontes; cada tribu elegía anualmente diez candidatos, y de estos cuarenta nombres se escogían nueve, al azar, para desempeñar el cargo durante aquel año.

La experiencia había demostrado que un ciudadano ambicioso, como Pisístrato, podía fácilmente hacerse suya una o varias de las cuatro tribus, intrigar a su gusto en el Consejo de los cuatrocientos e imponer al pueblo todo su cacicato o tiranía. Las reformas electorales de Clístenes, para prevenir este peligro, se redujeron a aumentar el número de los miembros del Consejo, que de cuatrocientos pasó a ser de quinientos, elegidos también por sorteo; pero en lugar de las cuatro tribus prehistóricas, para los efectos electorales la población del Atica fue dividida, de una manera artificial, en diez nuevas tribus, agrupando de modo arbitrario en cada tribu las barriadas y pueblos más apartados y heterogéneos. Así la elección se dejaba a la suerte, lo que para un ateniense del tiempo de Solón y Clístenes era lo mismo que confiarla a la voluntad de los dioses. Pero una vez designados los quinientos miembros, se inquirían los antecedentes de cada uno y el Consejo del año anterior tenía el derecho de

Colina de la *Pnyx*, donde se reunía la *Ekklesia* o Asamblea popular de Atenas.





Casco griego con dos resaltes en que se acoplaba la cimera.

rechazar a los que no creía dignos del cargo, lo que era una especie de veto.

Para evitar todo peligro de dictadura, se estableció una rara sanción, peligrosísima: el derecho del pueblo, reunido en Ekklesia o asamblea general, de desterrar a cualquier ciudadano que considerara demasiado ambicioso. Se llamaba *ostracismo* porque la asamblea, después de escuchar las acusaciones, muchas veces sin prueba ni juicio, votaba escribiendo en *ostracas,* o pedazos de tiesto, el nombre del que se quería alejar de la ciudad, imposibilitándole así de desempeñar cargos públicos.

Como, por otra parte, era evidente que no se hubiera podido resolver rápidamente ningún asunto con una asamblea de quinientos ciudadanos, Clístenes dividió el año en diez períodos, aproximadamente iguales, y los cincuenta consejeros de cada una de las diez tribus resolvieron los negocios, con independencia de los demás, durante la décima parte del año. Estos cincuenta consejeros turnantes eran llamados *pritanos,* o presidentes, durante el período de su gobierno, y uno de ellos, que presidía el grupo, tenía que residir en el edificio donde se reunían los cincuenta mientras ejercía la presidencia. El *Tolos,* o edificio del Pritaneo, era de planta circular y estaba en el Agora o mercado y cerca del edificio más antiguo del Areópago. Clístenes mantuvo en sus honores al polemarca, pero en virtud de la nueva constitución, cada una de las diez tribus elegía un *estrategos,* o general, para dirigir los servicios militares durante la décima parte del año.

Esta es la obra de Clístenes, reformando y completando la constitución democrática de Solón en Atenas. Hemos tenido empeño en presentarla con toda la claridad posible para que se advierta con qué extraña combinación de supervivencias del gobierno aristocrático en nuevos organismos democráticos se gobernó Atenas durante su período más glorioso. Hay que reconocer que Clístenes y Solón demostraron una fe tan absoluta en la capacidad del simple ciudadano, que hasta ahora parece una imprudencia. Cualquier ateniense podría ser uno de los quinientos elegidos por la suerte. Sin estudios ni preparación alguna, podía un ciudadano cualquiera encontrarse al día siguiente revestido con el cargo de arconte o general. ¡Cuánta fe, qué entusiasmo, qué idealismo! Todavía hoy nos parece que una organización como la de la *demos* ateniense tenía que conducir necesariamente al más enorme fracaso, o que sólo podría subsistir en una pequeña comunidad rural, sin servicios especializados, donde no se requirieran técnicos ni experiencia preliminar... Y, sin embargo, esta democracia ateniense venció a los persas, humilló al Gran Rey que había intentado sojuzgarla con todos los ejércitos del Asia, y transformó a Atenas, de una antigua ciudad provinciana que había sido hasta entonces, en el más importante centro de cultura que haya nunca existido en el mundo.

Y vamos primero a tratar de sus triunfos militares. Al darse cuenta sus vecinos de lo que estaba ocurriendo en Atenas, es natural que recelaran que aquella transformación se les contagiara y se tratara de es-

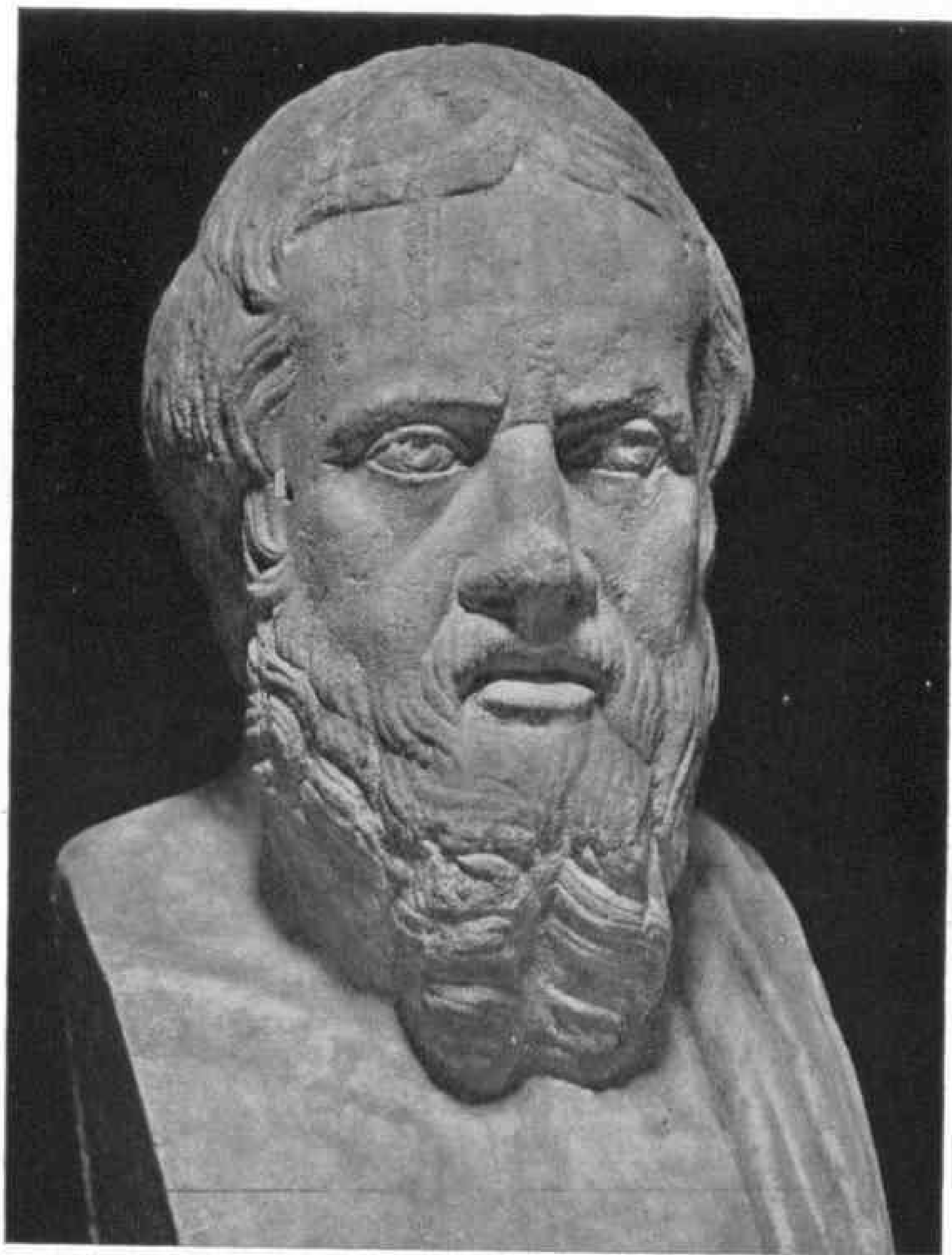


Hoplita griego. Estatuita de bronce.

tablecer el mismo sistema de gobierno democrático en las ciudades donde todavía imperaba la tiranía o se gobernaban por un régimen aristocrático. Así es que en el año 508, antes de que las reformas de Clístenes comenzaran a regir, ya los espartanos intervinieron en los negocios de Atenas, tratando de imponer otra forma de gobierno. Derrotados vergonzosamente por un levantamiento en masa del pueblo de Atenas, volvieron dos años más tarde a invadir el Atica, y esta vez con un ejército numeroso, en el que había destacamentos de Corinto, Tebas y Calcis. Pero cuando ya habían entrado los aliados en el territorio de Atenas, los soldados de Corinto empezaron a vacilar, y pretextando lo injusto de la causa que defendían, acabaron por abandonarla. Al presenciar esta deserción de los corintios los espartanos tuvieron miedo de que se retiraran también los de Calcis y de Tebas, y ante el peligro de quedarse solos y ser vencidos por segunda vez, regresaron a Esparta sin combatir. Deshecha la coalición, consiguió Atenas fácilmente probar la fuerza de la democracia y atacar a Tebas y a Calcis, una después de otra. Así pudo extender las fronteras de su territorio, anexionándose a Platea, que dependía de Tebas, y parte de la isla de Eubea, donde estaba edificada Calcis.

Mientras tanto, un nuevo peligro amenazaba por el Asia. Hemos visto, en el tomo primero de esta obra, que Ciro, el fundador del Imperio persa, no sólo había conquistado a Babilonia, sino que, avanzando a lo largo de la vía regia, derrotó a Creso en Bogaz-Keui y, con la toma de Sardes, aseguró el dominio de Persia en el Asia Menor. La obra de Ciro fue continuada por su hijo Cambises, quien conquistó a Egipto y Fenicia e impuso una especie de protectorado sobre las ciudades jonias del Asia, de manera que desde el Oxus y el Indo hasta el Mediterráneo toda el Asia obedecía al Gran Rey. Era, pues, seguro que los persas tratarían de conquistar o corromper también las ciudades griegas de Europa, con sus pequeños territorios a modo de Estados, que vivían distanciados por las rivalidades. A la democracia ateniense cupo la gloria de haber dirigido la resistencia y fue en territorio de Atenas donde se luchó y venció al Asia: Maratón, Salamina y Platea, nombres cuyo eco resuena a través de los tiempos, están dentro de los confines del Atica; Milcíades y Temístocles, los héroes de la resistencia, eran los representantes de la democracia ateniense en el conflicto.

El ataque del Gran Rey fue, en cierto modo, provocado por los atenienses. Atenas había enviado a los persas «tierra y agua», que era para ellos como aceptar una posición de tutela y vasallaje. Pero, en lugar de mantenerse neutrales, los atenienses apoyaban la rebelión de las ciudades griegas del Asia. Tenemos de este período un relato maravilloso, una extraordinaria obra de arte



Busto de Heródoto.

que puede decirse es también obra de Atenas. Su autor, Heródoto, era oriundo de Halicarnaso, la colonia dórica del Asia. Había llegado a Atenas poco años después de la guerra y allí encontró un ambiente propicio para sus trabajos históricos. Heródoto ha sido llamado el Padre de la Historia; su libro es el primero en su género, pero deberíamos llamarle el Maestro de la Historia, porque, a pesar de su aparente desorden, todas sus páginas tienen una gran unidad, y no obstante la pasión con que están escritas, rebosan una vida que ha de reflejar la verdad necesariamente.

Tal como explica los acontecimientos Heródoto, no contento Darío con la sumisión de las colonias griegas del otro lado del Bósforo, él en persona se presentó en Europa con un gran ejército, que acabó por ocupar la Tracia y parte de lo que hoy es Bulgaria y Rumania. La campaña de Darío en Europa tuvo efecto el año 512 antes de Jesucristo y acaso su primer objetivo fuera el de reconocer y conquistar las tierras del sur de Rusia para hacer del mar Negro un lago persa. Darío atravesó el Bósforo por un puente de barcas, y contorneando la Tracia, cruzó el Danubio sobre un puente provisional, hecho con los buques de su flota. El Gran Rey dejó en el Danubio una guarnición de marinos griegos del Asia para proteger el puente y se internó en las estepas del sur de Rusia, encargando a sus súbditos jonios la defensa del paso sólo por treinta días. Al cabo de este plazo no debían esperar más y podían regresar a sus tierras por donde habían venido. Lo que se proponía Darío era rodear el mar Negro, volviendo a Persia por la vía del Cáucaso, pero sea porque su conocimiento del país fuese deficiente y la distancia mayor de lo que creía, sea porque encontró una resistencia inesperada en los bárbaros escitas que habitaban al sur de Rusia, lo cierto es que Darío tuvo que volver al río, donde encontró a su gente que le esperaba, guardando el puente, a pesar de haber tardado mucho más de los treinta días fijados para su regreso. Desde allí, cruzando el Danubio y el Helesponto, regresó a sus Estados, pero quedó en Europa un ejército persa rezagado, que, a las órdenes del sátrapa Megabazos, conquistó el norte de la península balcánica y logró que Macedonia se sometiera al Gran Rey. A la Grecia europea no podía caberle ninguna duda de que, tarde o temprano, le llegaría su turno, y los atenienses, que tenían colonias en el Helesponto, sentirían más que nadie la inminencia del peligro.

Así es que, cuando veinte años más tarde los griegos del Asia, rebelados contra la dominación persa, acudieron en demanda de auxilio a los griegos de Europa, la democracia de Atenas se apresuró a contribuir a su defensa con veinte buques de guerra. He aquí lo más importante de la campaña, descrita por Heródoto. En un principio, las ciudades jonias de Asia se reunieron en un congreso panhelénico para decidir la rebelión e incluso se creó una moneda común a todas ellas. En la mayoría de las ciudades,



El llamado «Soldado de Maratón». Estela funeraria del Museo Nacional de Atenas.

los tiranos impuestos por los persas fueron expulsados y el gobierno municipal democrático se restableció. A continuación, los rebeldes se arriesgaron a atacar a Sardes, que era la capital de la satrapía del Asia Menor, y no encontraron grandes dificultades para ocupar la antigua metrópoli. Gobernaba desde Sardes la parte más occidental del Imperio, Artafernes, el propio hermano de Darío, lo que da una idea de la importancia que el Gran Rey concedía a aquella región. Por los relatos de Heródoto se comprende que los griegos lograron sorprender a Artafernes, pero faltos tal vez de dirección, no pudieron sacar partido de sus efímeras ventajas. Por de pronto, no consiguieron ocupar la fortaleza de Sardes; además, la ciudad baja, donde estaban los griegos, fue presa de un incendio por la imprudencia de un soldado, y por fin, al retirarse hacia la costa, fueron perseguidos por Artafernes, quien los derrotó cerca de Efeso. Así acabó desastrosamente la rebelión de Jonia. Como tenían por costumbre, los persas castigaron la indisciplina y el perjurio de una manera ejemplar. Mileto, la mayor ciudad griega del Asia, donde se había fraguado la revuelta, fue arrasada sin piedad. Los demás pueblos rebeldes sufrieron el castigo en proporción a sus faltas.

En realidad, la sublevación de Jonia parece tener un origen económico. Los persas habían formado una marina de mercenarios fenicios y egipcios y con ella habían suplantado a los griegos en el comercio del mar Negro y parte del Mediterráneo occidental, desde Córcega a Marsella.

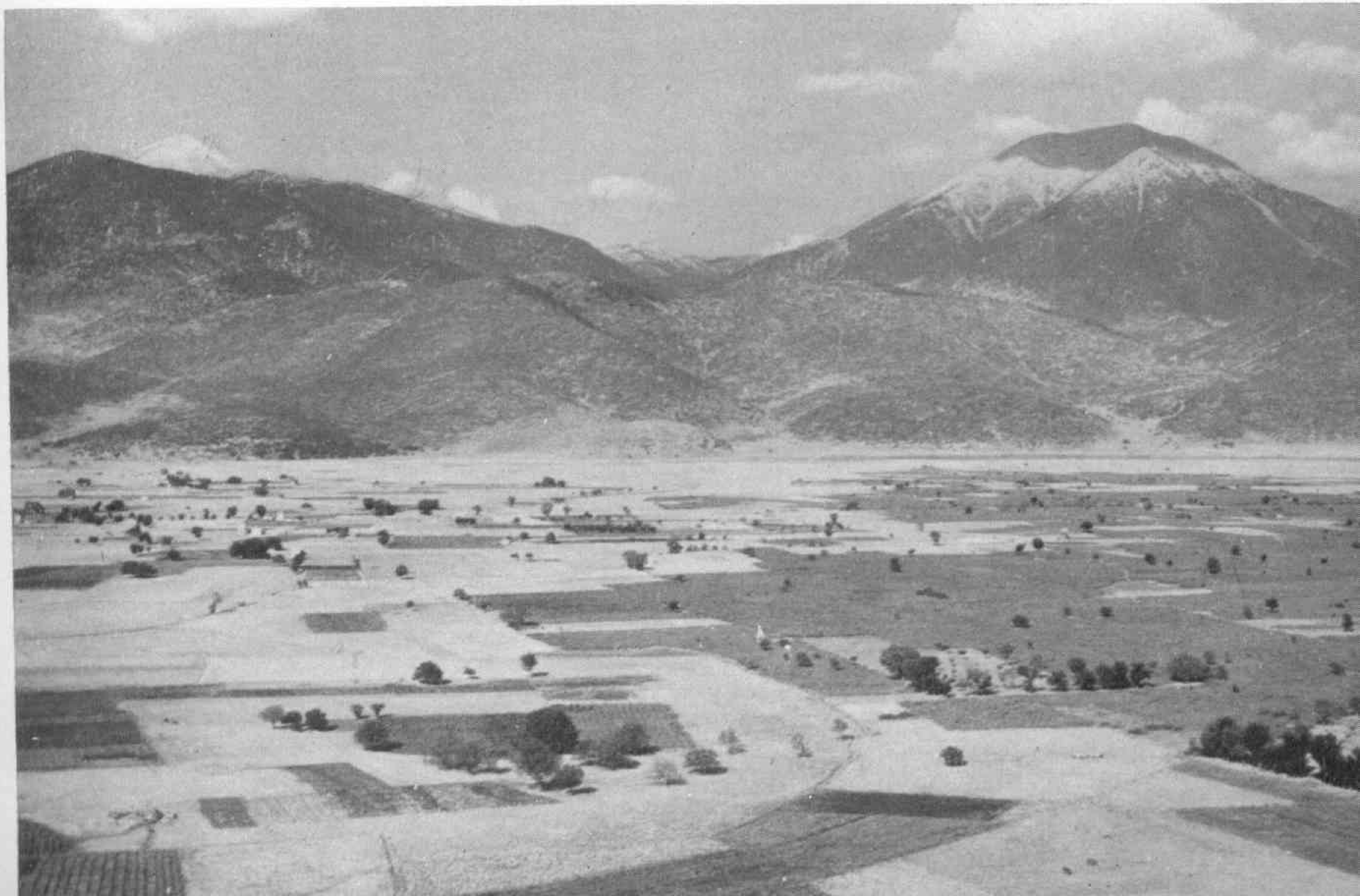
Pero recordemos que entre los conjurados estaba el contingente de los atenienses, con sus veinte galeras. Heródoto dice «que estas naves fueron causa de grandes males para los griegos y para sus enemigos», queriendo significar que la intromisión de Atenas en la revuelta del Asia dio motivo a la cólera

del Gran Rey. Más adelante lo explica con este candoroso párrafo: «Cuando llegaron a Darío las noticias de la toma y el incendio de Sardes por los jonios y los atenienses, parece que el Rey no dijo nada contra los jonios, porque sabía que éstos no escaparían a su venganza y porque, además, contaba con los partidarios de los persas, los aristócratas, para reducirlos; pero, en cambio, preguntó quiénes eran los atenienses, y habiéndole satisfecho su curiosidad, se dice que pidió el arco y las flechas, y disparando una al cielo, exclamó: "¡Concededme, Dios, que pueda vengarme de los atenienses!" Después ordenó a uno de sus ayudantes que cada día, al sentarse a la mesa, le dijera: "¡Señor, no te olvides de los atenienses!"»

Así, tal como presenta las cosas Heródoto, las llamadas guerras médicas, o guerras de los persas contra los griegos, serían sólo expediciones para vengarse de Atenas. Pero no olvidemos que cuando Heródoto escribía su libro era un huésped de la democracia ateniense y es natural que quisiera concentrar en Atenas todo el interés de su relato, para glorificar a su patria adoptiva. Mas lo positivo es que Darío tenía territorios en Europa que se habían aprovechado de la revuelta de Jonia para aflojar el nudo que los ataba a Persia, y lo primero que debía hacerse era restablecer la supremacía de esta nación en los Balcanes. Con este propósito, en 492, un ejército mandado por el yerno de Darío, llamado Mardonio, pasó a Europa. Tracia fue reconquistada y Macedonia se sometió de nuevo, pero Mardonio no pudo avanzar más porque un temporal destruyó la flota que debía cooperar con la expedición, al tratar de doblar la península del monte Athos.

Darío, sin embargo, no era hombre que fácilmente renunciara a sus propósitos. Tenía además como huéspedes, en su corte de Susa, a Hipias, hijo de Pisístrato, quien no

El campo de batalla de Maratón. El mar se ha retirado, dejando mucho más espacio en el llano de Maratón del que había en el siglo V antes de J. C.



cesaba de excitarle a renovar el ataque, y a Demarato, uno de los dos reyes espartanos. El año 490 una segunda expedición partió para Grecia, y esta vez sí que iba contra Atenas. La mandaba un joven sobrino de Darío, el hijo de Artafernes. Llevaba éste como consejero a un general muy experimentado, llamado Datis, e iba con los persas el viejo Hipias, el tirano destronado de Atenas, que aseguraba contar con partidarios en la ciudad que estaban dispuestos a levantarse en cuanto tuvieran noticia de su llegada. El éxito de la empresa parecía más que asegurado. Hipias debía de estar bien convencido de que pronto recobraría su posición de tirano de Atenas, para gobernarla según las instrucciones emanadas de Sardes y Susa, y los generales persas no debían de tener la menor duda de que, ante su formidable tren de guerra, Atenas se rendiría sin lucha. En todos sus detalles, esta expedición de los persas contra Atenas, para imponerles a Hipias como tirano, recuerda la guerra de Carlos V contra Florencia para restaurar el gobierno de los Médicis, que también habían sido expulsados por la democracia triunfante. Pero si Florencia tuvo que rendirse, Atenas triunfó en Maratón; el tirano y sus auxiliares extranjeros tuvieron que retirarse sin apenas haber luchado.

Se desconoce el número exacto de los persas que acompañaban a Hipias. Según Heródoto, iban en seiscientas galeras, lo que hace creer que el número de los invasores no podía exceder de cuarenta mil. Salieron de Samos y cruzaron el mar Egeo casi en línea recta hacia el Atica. Se detuvieron en el camino, sin embargo, para castigar a la gente de la isla de Naxos y a la de Eubea, que también tenían antiguas

Gargantas del río Esopos, el lugar más estrecho de las Termópilas.





Monumento que la Grecia moderna ha erigido en las Termópilas al sacrificio de Leónidas y sus trescientos espartanos.

deudas con el Gran Rey, y tal demora había de contribuir notablemente al descalabro que iba a experimentar el ejército persa.

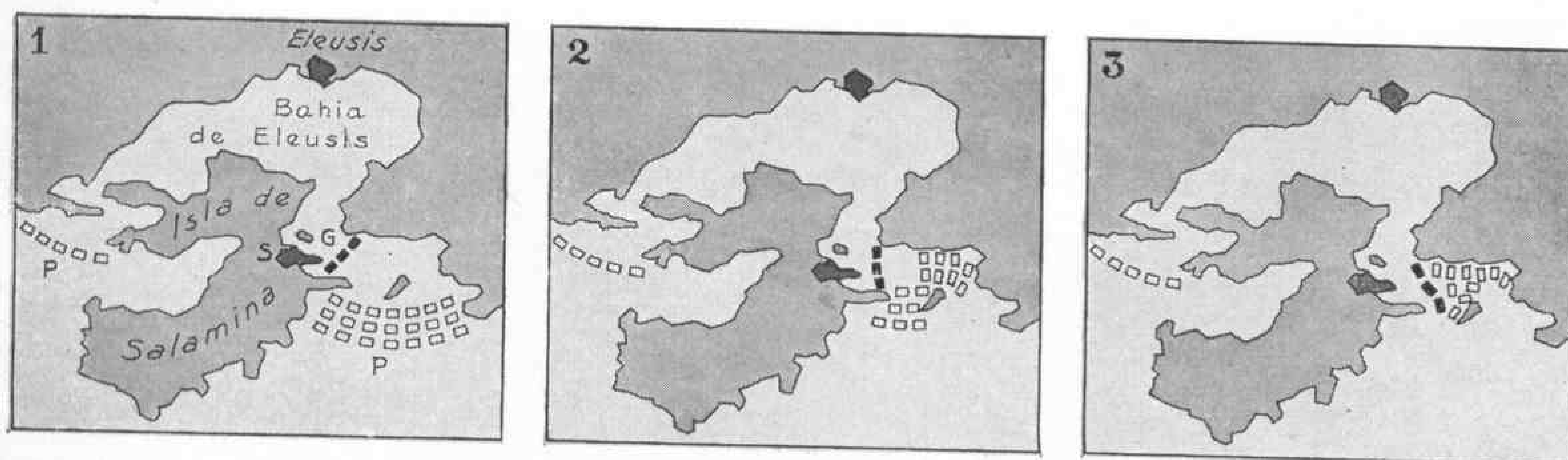
Esto dio tiempo a la democracia ateniense para prepararse. Se envió un correo a Esparta en demanda de auxilio, y la famosa carrera a pie de este mensajero es una de las mayores pruebas de resistencia física que registra la historia. El hecho resulta perfectamente comprobado. El mensajero se llamaba Filípides y recorrió la distancia de Atenas a Esparta en un día y medio. Los espartanos, en principio, convinieron en ayudar a los atenienses, pero ponían por condición que éstos tendrían que esperarles hasta que hubiesen concluido unas fiestas o ceremonias religiosas que iban entonces a comenzar y terminarían precisamente el día del plenilunio.

Mientras tanto, los persas habían desembarcado en la bahía de Maratón, detrás del monte Pentélico, al otro lado de Atenas. Era un sitio bien elegido, más seguro que los puertos de Atenas, y sólo a un día de marcha de la capital. En Maratón podían Hipias, Datis y Artafernes dar algún descanso a sus tropas y después, por tres caminos distintos, llegar a las cercanías de

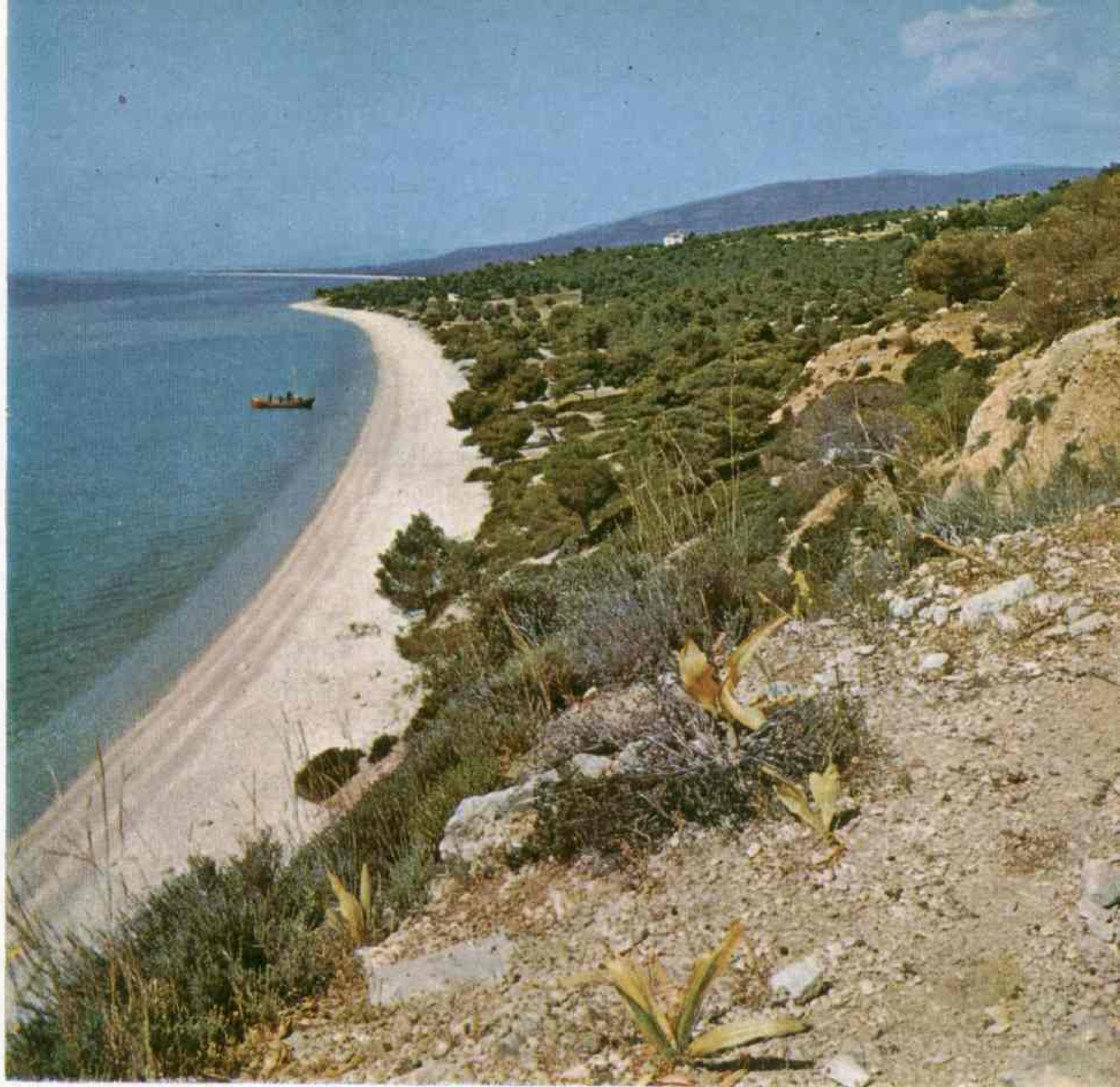
Atenas, donde debían salir a recibirles los amigos del tirano. Parece que lo más juicioso para los atenienses era esperar a los persas dentro de Atenas, y de este modo, a la llegada de los espartanos, los invasores se verían atacados por la espalda.

Pero sin esperar a los espartanos, así que los atenienses tuvieron noticia del desembarco, marcharon a Maratón. Los persas estaban acampados en la llanura, cerca de sus naves, de las que recibían las provisiones. *Los montes miran a Maratón — y Maratón mira a la mar,* dice lord Byron, en dos versos que sugieren la visión del campo de batalla mejor que una larga descripción. Durante varios días los atenienses permanecieron quietos en sus alturas, contemplando al gran ejército oriental, con su impedimenta, y las naves en el fondo, que le aseguraban la retirada. Los persas no parecían tener prisa en emprender el camino de Atenas, donde los atenienses les aguardaban para atacarlos por el flanco; tampoco parecían dar importancia a aquel puñado de ciudadanos mal armados que les espiaban desde las colinas. El retraso de la batalla era, pues, debido a un doble interés: el de los persas se cifraba en esperar la señal de que los partidarios de la tiranía habían promovido una revolución en Atenas; el de los atenienses se fundaba en esperar a los espartanos, que acudirían en su ayuda en cuanto hubiesen terminado sus ceremonias del plenilunio. Pero la luna llena caía el día 15 de aquel mes, que era el de agosto, y el 16 los persas empezaron a reembarcarse; querían evitar la emboscada de los atenienses y llegar a Atenas por mar.

Al notar los preparativos de los persas, los generales atenienses celebraron consejo de guerra: los *estrategos* o generales eran diez, uno por cada tribu, presididos por el polemarca, que se llamaba Calímaco. De éstos, algunos se mostraron partidarios de volverse a Atenas, anticipando su llegada a la del enemigo, que por mar tardaría más que ellos por tierra; pero entre los diez estrategos había uno, llamado Milcíades, que aconsejó se aprovechara la ventaja de poder atacar a los persas en medio de sus operaciones de embarque. Podían vencer a la mitad del ejército de los orientales, todavía en tierra, mientras la caballería y la otra mitad estarían ya a bordo de sus naves. En verdad que no se sabe a quién admirar más, si a Milcíades, por su sagacidad,



Batalla de Salamina. 1. Por la mañana del 2 de octubre de 480 a. de J. C., la flota griega (G) está anclada delante de la ciudad de Salamina (S), mientras la armada persa (P) cierra las dos salidas de la bahía de Eleusis, con una división a cada lado de la isla. — 2. Al rayar el alba la división más importante del canal occidental (P) entra en los estrechos, en dos columnas de tres filas. Los griegos (G) esperan que el viento de tierra se levante y con la marejada se descompongan las líneas de los buques de los orientales. — 3. A mediodía los griegos (G) conservan su contacto, arremeten contra los buques persas, que no pueden maniobrar en un canal de un kilómetro de anchura.



Un aspecto de la bahía de Salamina.

o al polemarca y los otros nueve generales, que aceptaron sin vacilar el plan de Milcíades. Todos consintieron en obedecerle y le dejaron preparar el ataque.

La batalla de Maratón hubo de resolverse en pocos minutos; fue lo que hoy llamaríamos una carga. Los atenienses serían unos diez mil, y si calculamos que la mitad de los persas estaban ya reembarcados, podían quedar en tierra unos veinte mil. Según Heródoto, la distancia que separaba a los dos ejércitos era de ocho estadios, algo más de kilómetro y medio. De repente, los griegos se lanzaron en rápida carrera contra los persas. Marchaban formando una masa poco profunda, que se rompió por el centro al entrar en contacto con el enemigo. Sin perder el ímpetu de la carga, los dos grupos del ejército griego estrecharon por los lados a los persas; éstos no tenían espacio para moverse, ni podían emplear sus armas favoritas: el arco y las flechas. En cambio, las picas de los griegos hacían estragos en los persas, asombrados de su propia derrota; según Heródoto, murieron en Maratón 6.400 persas y 192 griegos. Esta última cifra ha sido comprobada, porque al excavar hace pocos años el *soros* o túmulo donde fueron sepultados los atenienses que cayeron en el campo de batalla, se encontraron, poco más o menos, los huesos de 190 esqueletos. La victoria de Maratón fue, pues, conseguida por la democracia de Atenas con bien poco sacrificio.

Después del desastre, los persas que ya estaban reembarcados y los que lograron la salvación reuniéndose con ellos, marcharon hacia Atenas, con la esperanza de que aún verían la señal de la revolución. Esta señal debía ser el centelleo de un escudo, bruñido como un espejo, agitado por los partidarios de la tiranía en la cumbre del

monte Licabeto. Pero el entusiasmo que produjo el triunfo de Maratón desanimó a los amigos de Hipias, y los persas tuvieron que regresar al Asia sin intentar otro desembarco.

El 19 de agosto llegaron a Atenas los espartanos, que eran sólo unos dos mil, y fueron a visitar el campo de batalla de Maratón. Allí pudieron ver los cadáveres insepultos de los persas y el botín abandonado; los guerreros más experimentados de Grecia, que eran los espartanos, quedarían estupefactos al contemplar la hazaña realizada por los ciudadanos de Atenas, improvisados héroes por obra de la democracia. Los atenienses consideraron el día de Maratón como la más importante fecha de su historia. Desde aquel momento se creyeron predestinados a grandes empresas. Nada podía ser imposible para los que habían vencido al Gran Rey sin otra ayuda que la de los dioses, y esto porque creyeron que Teseo se les había aparecido en medio del combate, luchando a su lado como simple soldado. En agradecimiento se erigió en Delfos un templete, con parte del botín de Maratón, que ha sido restaurado modernamente.

Su victoria, además, les dio ánimo para continuar la resistencia. Ahora, con mayor motivo que antes, el Gran Rey no perdonaría a los atenienses, y a la ruina de Atenas seguiría la esclavitud de todos los griegos. Por esto era indispensable acordarse de Maratón.

El tercer ataque de los persas contra los griegos de Europa no se realizó inmediatamente. Mediaron diez años entre Maratón y Salamina. Durante este tiempo había muerto el rey Darío. Su hijo Jerjes tuvo que sofocar una rebelión de Egipto, y aun parece que en su consejo de Estado había opiniones contrarias a una nueva aventura en Europa. Sin embargo, en las provincias del Imperio persa se realizaban preparativos para una gran expedición, mientras que los griegos se preparaban también para resistir el ataque. Un congreso de todos los Estados griegos se convocó en el istmo de Corinto, como el lugar más céntrico, aunque presidido por Esparta, a la que se reconocía todavía superioridad en cuestiones militares.

Acudieron a Corinto los representantes de treinta y un Estados, comprometiéndose a lo que hoy llamaríamos no hacer la paz por separado, lo que quería decir que sería preciso luchar hasta el fin; sólo que su manera de decirlo fue el acuerdo de que los aliados podrían secuestrar los bienes de los traidores y con esta expoliación se enriquecería el santuario de Delfos. A pesar de este castigo para evitar las deserciones, y, al mismo tiempo, procurarse el favor del oráculo, las profecías eran desalentadoras. A no ser por el recuerdo de Maratón, es de creer que el oráculo de Delfos hubiera desanimado a los griegos, pero aquel recuerdo era tan vivo, que la opinión general durante mucho tiempo se mantuvo decididamente hostil a los persas.

Lo más notable de este período fue el cambio que experimentó Atenas, transformándose en potencia naval. Uno de los jefes del partido de la democracia, Temístocles, puso de relieve la necesidad de construir doscientas galeras. Había que resignarse a descuidar las fuerzas de tierra para lograr la supremacía marítima, y Temístocles consiguió convencer a sus compatriotas de la necesidad de aquel sacrificio. Tuvo que hacerse un puerto militar en el Pireo, mejor que el de Falero, del que la ciudad se había servido hasta entonces, y que sólo tenía la ventaja de poder ser visto desde la Acrópolis. Como puede advertirse, durante estos diez años de paz que median del 490 al 480, Atenas no perdió completamente el tiempo.

El año 480, Jerjes creyó llegada la hora de atacar; él mismo dirigiría la expedición. Pasó el invierno en Sardes, completando los preparativos; nunca se había reunido tan poderoso ejército, y su movilización se ha hecho tradicional en la Historia como algo sólo comparable a lo que hemos presenciado durante las dos guerras mundiales. Heródoto cuenta las diversas unidades del ejército persa, que suman millones; hoy, sin embargo, reina gran escepticismo para aceptar las

cifras del Padre de la Historia, porque no parece probable que pudiera abastecerse semejante ejército con la lentitud desesperante de los convoyes. Los eruditos alemanes tienden a reducir el ejército de Jerjes a setenta mil hombres, pero es fácil que caigan en el extremo opuesto, pues no resulta sensato que el propio Gran Rey se aventurara con tan reducida hueste a lanzarse sobre Grecia tras la experiencia de Maratón.

Todo contribuye a hacernos creer que, a pesar de sus exageraciones, está Heródoto más cerca de la verdad que los críticos modernos. Aceptado esto, resulta evidente que un ejército que por lo menos contaría varios centenares de miles de hombres no podía ser transportado por mar, sino que habría de seguir el camino tradicional de los estrechos del Bósforo. En ellos, los ingenieros de Jerjes habían tendido dos puentes de barcas, uno sostenido por 314 embarcaciones y otro por 360. Estaban atadas con cuerdas de cáñamo y de papiros y encima de ellas se había hecho una pasadera cubierta de tierra y con parapetos altos a los lados, para que los caballos no se espantaran a la vista del mar. El ejército persa tardó varios días en atravesar los estrechos. Heródoto se complace en describir la marcha de los contingentes reunidos para la expedición. Ya en Europa, el ejército de Jerjes fue siguiendo la ruta de la costa, sin perder de vista a la armada, que se componía de mil doscientos buques de guerra y tres mil para transportes.

En el famoso desfiladero de las Termópilas, entre la Tesalia y la Grecia central, la ruta de la costa pasa tan cerca del mar, que pareció conveniente a los griegos hacerse fuertes allí para detener a los persas en su marcha. Como los espartanos habían recabado el derecho de dirigir las operaciones de los aliados, el rey Leónidas de Esparta marchó a las Termópilas para defender aquel paso. Llevaba consigo un ejército de siete mil hombres, más de la mitad espartanos. Mientras tanto, la flota griega operaba en la vecindad de las Termópilas. Con las maniobras de los griegos, y, sobre todo, por una tempestad que sobrevino, los persas perdieron muchas embarca-



Hoplita. Estatuita en el Museo Británico.



Busto de Temístocles.

ciones, se deshizo la formación de la armada y fue menos difícil para los griegos la victoria de Salamina.

Pero no cabe duda que desmoralizó mucho al ejército persa la resistencia que encontró en las Termópilas. Los persas llegaron a la entrada del desfiladero a mediados de julio y por varios días estuvieron detenidos, sufriendo pérdidas enormes, causadas por el puñado de griegos que mandaba Leónidas. Heródoto cuenta que Jerjes, enfurecido, se levantó dos veces del trono en que estaba sentado, presenciando la matanza de los suyos. El Gran Rey debía de comprender que Europa no era Asia, con sus llanuras inmensas, y que si cada desfiladero tenía que conquistarse a tal costa, el porvenir no era muy risueño para los persas en la tierra griega, con sus laberintos de montañas. Por fin, los invasores forzaron las Termópilas, dando un rodeo, y exterminaron a Leónidas. Y ya, sin más resistencia, entraron en el Atica.

Allí también la topografía de su patria iba a ayudar a los griegos. Las costas del Atica, llenas de cabos y sembradas de islas, facilitaron a los atenienses la destrucción de la armada persa. Por esto Salamina vale tanto como Maratón. Es el Maratón marítimo, es también la gloria de Atenas. La isla de Salamina puede verse desde la Acrópolis; los atenienses tuvieron la iniciativa de la acción y así forzaron a los demás griegos a combatir en aquel lugar. Con su flota, todavía inexperta, probaron a toda la Grecia que los simples ciudadanos de el *demos* ateniense podían vencer a los experimentados nautas y guerreros de la vieja Fenicia y de Egipto, que Persia, con todo su poder, había movilizado contra ellos.

Según Esquilo, testimonio ocular de la batalla, la víspera de Salamina la flota persa estaba dispuesta en tres líneas de buques, cerrando la entrada de la bahía de Eleusis por el Este. Las fuerzas de los persas eran tan superiores, que los espartanos proponían la retirada por el canal occidental, para concentrar sus fuerzas de mar y tierra en la defensa del istmo de Corinto. Pero aquí entra Heródoto con sus *historias* y nos cuenta que el comandante del escuadrón ateniense, Temístocles, quien persistía en luchar en aquel lugar, envió maliciosamente un mensaje a Jerjes, descubriéndole este plan de retirada. La estratagema de Temístocles tuvo el éxito que se proponía. Los persas creyeron que podrían *embotellar* a los griegos, cerrándoles la salida de la bahía por la parte de poniente, y para ello tuvieron que dividir su armada, reduciendo el total de los buques que iban a combatir delante de Salamina. El número de los buques griegos era de 366, de ellos 180 atenienses. Los persas tenían 1.200 buques al partir del Helesponto, pero con las pérdidas sufridas durante el viaje y los que quedaban apostados en el canal occidental para impedir la huida del enemigo, quedarían reducidos a casi la mitad.

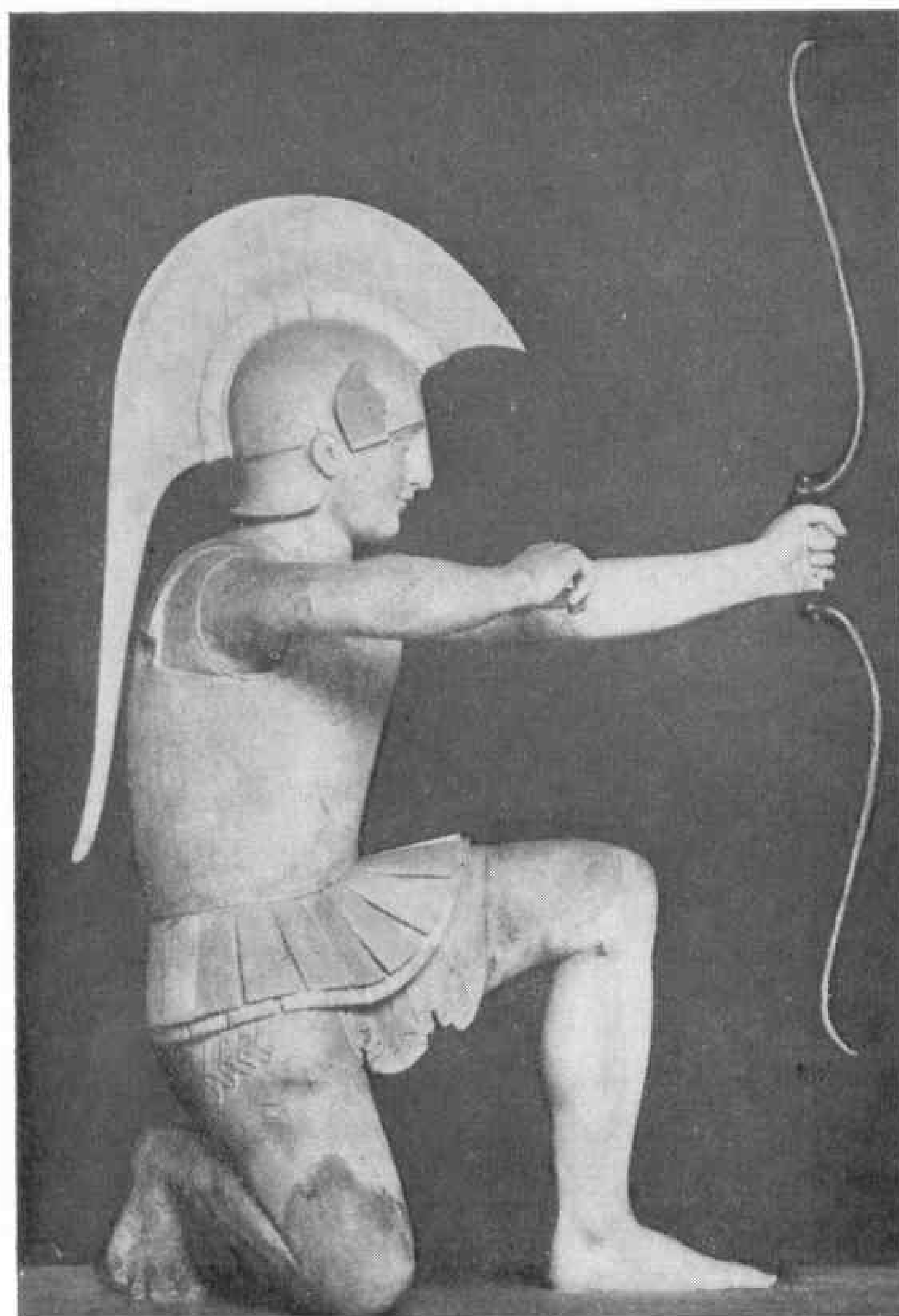
Al apuntar el alba, las naves persas em-

pezaron a avanzar y sus tres filas se dividieron en dos escuadras de tres columnas. Los griegos las esperaban en las aguas de Salamina, delante de la ciudad, donde los estrechos se reducen a un canal de poco más de un kilómetro. Necesariamente tenía que producirse una confusión al tratar de combatir un millar de embarcaciones en un espacio de poco más de mil metros de anchura; además, las brisas del canal perjudicaron a los persas. Sin duda ocurrieron también algunas deserciones entre las naves tripuladas por jonios o griegos del Asia. Heródoto menciona una galera jonia que se pasó a los griegos ya antes de comenzar la batalla. A la caída de la tarde, lo poco que quedaba de la armada persa trataba de escapar del estrecho por donde había entrado. Jerjes, que contempló el desastre desde la costa del Atica, supo por experiencia propia, quiénes eran aquellos atenienses que enviaron veinte galeras contra su padre cuando la revolución de la Jonia.

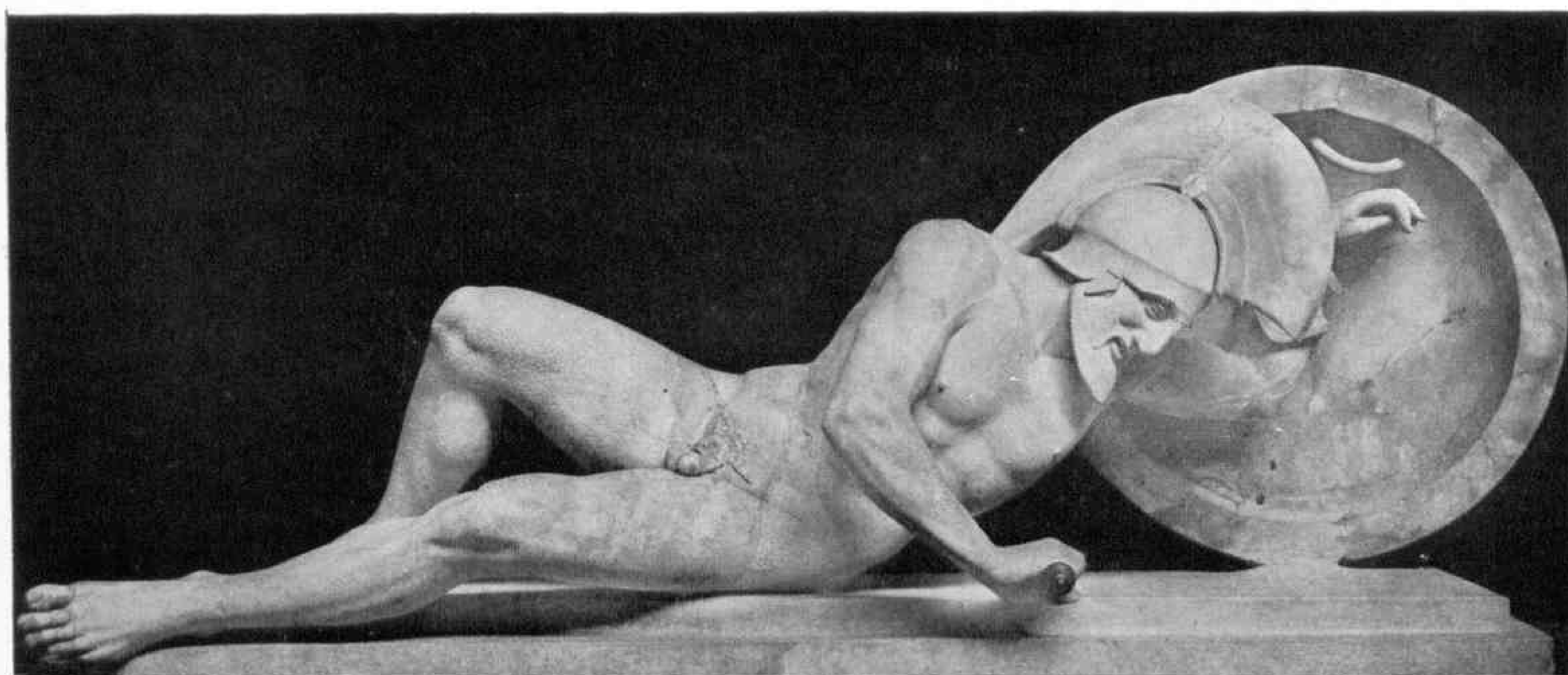
Pero, en fin, el ejército persa quedaba casi intacto y se había tomado venganza de Atenas, incendiándola como los atenienses habían incendiado a Sardes. Jerjes podía, pues, volverse a su reino, porque el objetivo aparente de la campaña, que era escarmentar a Atenas, al parecer se había conseguido; pero, como dice Esquilo:

¿Atenas, la ciudad, es arrasada?
¡Sus hombres han quedado, Atenas dura!

Por esto no les pareció prudente a los persas permanecer en Atenas y se retiraron algo al Norte, a la Tesalia, donde tenían buenas alianzas. Jerjes había regresado al Asia. Quedaba para dirigir la campaña aquel mismo Mardonio, yerno de Darío,



Arquero y peltasta griegos. Esculturas del frontón de Egina restauradas por Thorvaldsen.



que ya hemos visto combatir en Grecia el año 492. Después de la batalla de Salamina, Mardonio, que debía de ser un astuto veterano familiarizado con las disputas de los griegos, imaginó que, retirándose hacia el Norte, los espartanos se retirarían hacia el Sur, y así le sería más fácil hacer entrar a Atenas en sus proyectos. En la primavera del 479, Mardonio envió un embajador a Atenas para proponer la paz, ofreciéndose hasta a reparar los desastres ocasionados por la invasión. Naturalmente que esto había de ir acompañado con el reconocimiento, por parte de Atenas, de la soberanía del Gran Rey, aunque fuera sólo nominal. El embajador de Mardonio era el propio rey de Macedonia, un antecesor del gran Alejandro, que más tarde debía acabar con el Imperio persa.

Sin embargo, la lucha final, la que obligó a los persas a no pensar más en Europa, se desarrolló casi sin la participación de los atenienses. El lugar era todavía tierra de Atenas, la llanura de Platea, al otro lado del monte Citerión, que los atenienses se habían anexionado pocos años antes; pero ocupados en reconstruir su ciudad, los atenienses habían dejado a los espartanos el cuidado de vigilar al ejército persa, acampado cerca de Platea. Después de una serie de acciones tácticas, principalmente para disputarse la posesión de unos manantiales, un día caluroso del mes de agosto del 479 los dos ejércitos llegaron a trabar la batalla decisiva. Al tener noticia de lo que ocurría en Platea, los atenienses corrieron al campo de batalla, en donde no tenían más que un pequeño destacamento. A su llegada puede decirse que la victoria ya estaba decidida. Más tarde quisieron disminuir la gloria de Esparta, haciendo de Atenas el protagonista de la batalla de Platea, como lo había sido de las de Maratón y Salamina. El crédulo Heródoto aceptó la versión ateniense, y así, según su relato, el *demos* venció a Mardonio, como había vencido a Jerjes y Darío. La fortuna había deparado a la democracia triunfante, no sólo la oportunidad de vencer a los grandes monarcas del Asia, sino también un cantor que idealizaría sus victorias. Heródoto es el Homero de la Historia. Si exagera o se equivoca, es para enaltecer la gloria de Atenas... y error o exageración en favor de Atenas son faltas que la humanidad perdona fácilmente.

Para más glorificación, el teatro aprovechó como asunto de las tragedias el tema de las guerras médicas. El más grande autor, Esquilo, había combatido en Salamina, y Sófocles, que le sigue en mérito e inspiración, había visto el regreso de los vencedores. Ambos compusieron dramas que todavía hoy proclaman la victoria de la democracia sobre el Gran Rey, que pretendía imponer el imperio universal. Salamina no es sólo una acción de guerra, es un símbolo y un estímulo para las generaciones.





El oro persa del tiempo de Darío.
Moneda griega del siglo V antes de J. C.



Propileos y templo de Nike en la Acrópolis de Atenas.

7 LA EPOCA DE PERICLES

CONVENCIDOS de que habían castigado suficientemente al Gran Rey con sus escuadrones, los espartanos, que se habían sacrificado generosamente en las Termópilas y en Platea, descendieron a sus valles del Peloponeso para reanudar su vida comunitaria bajo el dominio de la aristocracia, y regirse por su misma disciplina de costumbres, como en los tiempos de Licurgo. De haber sido ambiciosos, o libres de serlo —porque no lo permitía su constitución—, Esparta hubiera podido ser la que inspirara la política de todos los griegos. Había sufrido poco en las guerras y su territorio estaba intacto. Pero no tenía marina y sus dirigentes no deseaban cambios.

No así Atenas. La democracia ateniense comprendió el peligro que amenazaba aún desde el Asia y hasta de la misma Grecia, donde los persas habían dejado guarniciones. Los griegos, que se habían unido para resistir, tenían que continuar unidos para atacar, porque la mejor defensa de los débiles es el ataque. Los atenienses disponían de la marina necesaria para libertar a los griegos del Asia; nadie osaba disputar a Atenas su supremacía en el mar Egeo después de la victoria de Salamina. Por otra parte, los persas nunca llegaron a dominar la táctica de la guerra naval; en los buques no sabían hacer más de lo que harían en tierra. Plutarco cuenta que, en Salamina,



Cimón con el casco de polemarca.

«el almirante de Jerjes, que se llamaba Ariamenes y era un grande y valiente guerrero, se esforzaba disparando el arco desde su gigantesca galera, como si hubiera estado en un castillo con muralla». ¡Un almirante que pretende ganar la batalla disparando él mismo las flechas! Tales eran los persas, y para las cosas de mar tenían que valerse de los fenicios y de los griegos del Asia. Así es que al aparecer Atenas en el mar Egeo como un nuevo poder marítimo, los griegos asiáticos recobraron sus perdidas esperanzas y empezaron a considerarla como su salvación. Atenas devolvió la libertad a las islas y ciudades del mar Egeo, recobró sus colonias del Bósforo, que permitían el libre paso hacia las factorías del mar Negro, y aquellos que se habían aliado con los persas fueron castigados.

El lector comprenderá en seguida cuáles fueron los problemas que se presentaron a la democracia ateniense al adoptar, por altruismo o por necesidad, esta política de expansión. En primer lugar, los gastos enormes que suponía el mantenimiento de una flota que surcara el mar Egeo no podía soportarlos Atenas únicamente con su reducido territorio del Atica.

Se pensó en seguida en crear una Liga helénica a la que cada confederado aportaría una cuota fijada según sus recursos. El total del Tesoro sería anualmente de 460 talentos, o sean 2.500 dólares. Cada aliado contribuía según sus posibilidades; los que podían fabricar galeras, proporcionaban buques, ya que la Liga debía disponer de 200 navíos. El que fijó las cuotas y quedó como administrador de la Liga hasta su muerte, sin que nadie pudiera tacharle de parcialidad, fue el ateniense Arístides, al que se calificaba como «más excelente y enviado por la divina Atenea (Minerva)». Murió en el año 461.

Cada año los confederados de la Liga tenían que aportar su cuota al puerto del Pireo y acompañarla de un plenipotenciario con derecho a votar. Todos los miembros de la Liga votaban por igual. Las sesiones se celebraban en el templo de Apolo, en Delos, donde quedaba depositada la cuota anual. Una avenida con leones de piedra precedía a la entrada del templo.

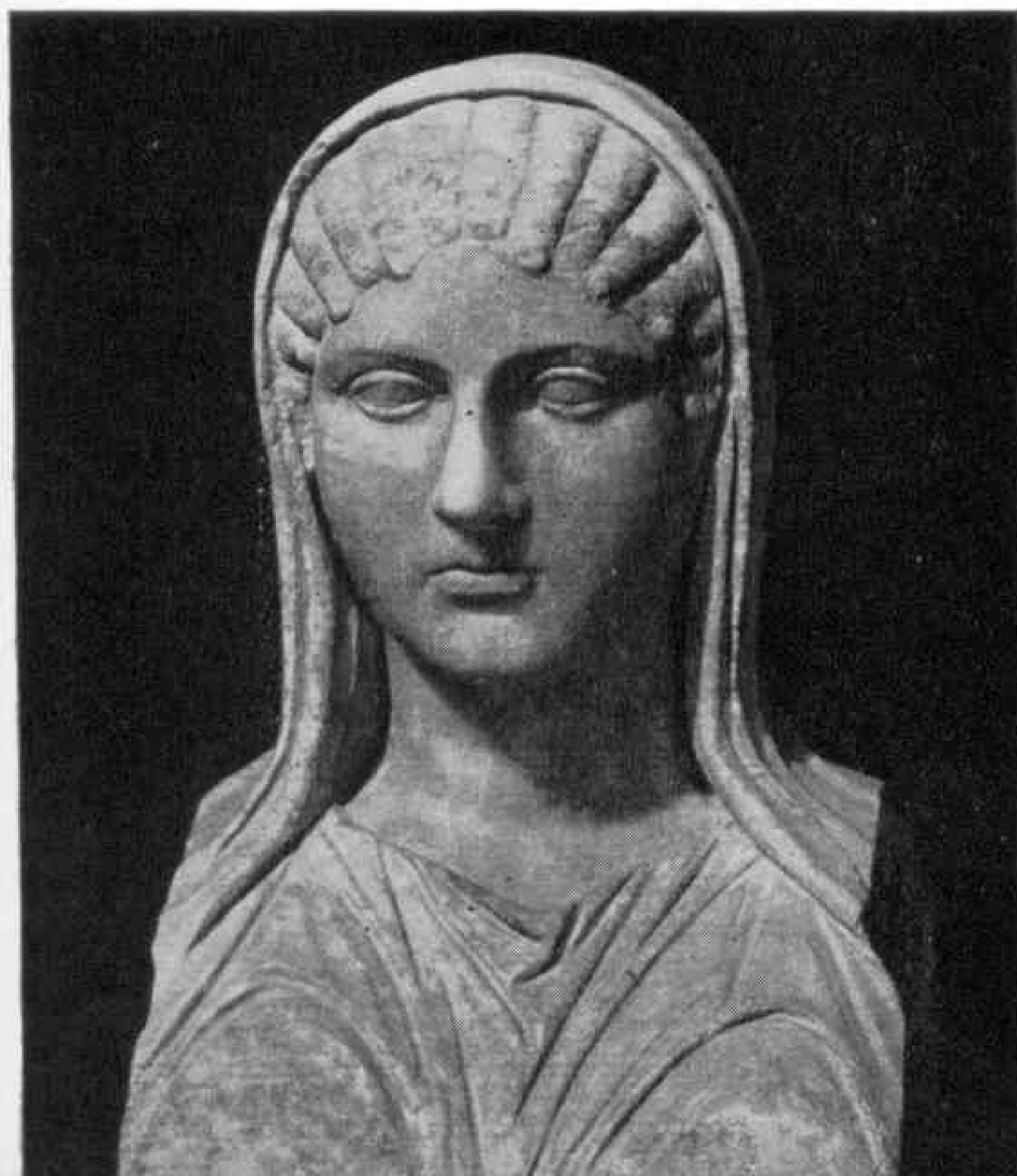
Atenas se aprovechó de la fuerza que representaba la contribución de la Liga, no tanto por el tesoro acumulado en metálico, como por la flota, porque muchos confederados en lugar de aportar dinero contribuían con galeras.

Fueron pocos los casos en que los aliados retrasaron los pagos. Atenas, por otra parte, no les dejaba abrigar grandes dudas acerca de sus propósitos. Los que se mostraban perezosos en enviar los tributos que exigía para seguir sosteniendo su armada, eran obligados a pagar a la fuerza. Naturalmente, esto irritaba a los morosos; el peligro

de los persas era cada día más remoto y, sin embargo, había que enviar dinero a Atenas, que lo empleaba, al decir de los descontentos, para reconstruir sus templos y murallas. La verdad es que sólo una parte del fondo que administraba Atenas y servía para su embellecimiento provenía de sus aliados. La abundancia de los recursos de que disponía la democracia ateniense por esta época debía de provenir principalmente de las minas de plata del Laurium, cuya explotación comenzaron Pisístrato y sus hijos, y que entonces estaban en el apogeo de su producción. Pero de esto no estaban muy convencidos los aliados, ya que Atenas nunca quiso rendir cuentas...

Sin embargo, es evidente que por esta época — que va desde Maratón, en 490, hasta la muerte de Pericles, en 429 — la mayor fortuna de Atenas no fueron sus minas de plata, sino su abundancia de grandes hombres. Milcíades, Temístocles, Cimón, Arístides, Pericles, uno después de otro, aparecen para dirigir la nave del Estado. El lector preguntará cómo era posible, en una democracia que se regía por una constitución como la de Atenas, en que todo se dejaba a la elección de la suerte, que los más inteligentes llegaran a conseguir la dirección del gobierno de la ciudad y en ella pudieran mantenerse. En efecto, el lector recordará que, según las reformas de Clístenes, la democracia ateniense se regía por un consejo de quinientos ciudadanos, elegidos por sorteo, y que hasta los nueve jueces del antiguo Areópago eran elegidos del mismo modo. Parece, pues, que no quedaba otro camino, para un genio político, que el de esperar resignado a que su nombre saliera por milagro de la urna que guardaba los de los hombres de su tribu. Pero recordemos que existían unos cargos cuyo nombramiento Clístenes no se había atrevido a confiar a la ciega fortuna, y éstos eran los de generales o *estrategos*, uno para cada una de las diez tribus, eligiéndose el que parecía más capacitado para el cargo de polemarca; éstos fueron los oficios que desempeñaron Milcíades y Temístocles, y generales fueron Cimón y Pericles. Una de





Bustos de Pericles (copia del de Crésilas) y de Aspasia, su amiga e inspiradora.

las cosas que más honran a la democracia ateniense es que estos genios superiores, sin privilegios que los distinguieran de los demás ciudadanos ni preeminencia sobre los otros nueve generales, sólo por el desempeño de sus cargos puramente militares llegaran a imponer su voluntad y dirigir la política del Estado.

Nada puede darnos noción tan clara de los ideales de Atenas por esta época, y de la habilidad con que trató de llevarlos a la práctica, como ciertos pasajes del discurso de Pericles en el funeral de los atenienses que murieron en una expedición militar. Pericles pronunció aquel discurso delante del pueblo reunido en asamblea, y como raras veces hablaba en público, sus palabras fueron acogidas por el historiador Tucídides como expresión paladina de un pensamiento que conserva, entre las galas de la elocuencia, señales evidentes de haber sido profundamente meditado.

«...Nuestro gobierno — dice Pericles — no pretende imitar al de nuestros vecinos; somos, muy al contrario, un ejemplo para ellos. Porque si bien es verdad que formamos una democracia, por estar la administración en las manos de muchos y no de unos cuantos, en cambio, nuestra ley establece igual justicia para todos. Además, nuestro pueblo reconoce la superioridad del talento, y cuando un ciudadano se distingue de los demás por su carácter, el pueblo lo designa para los cargos públicos, no por derecho de clase, sino como una recompensa a su mérito. Ni la pobreza es un impedimento entre nosotros para desempeñar cargos públicos; cualquier ciudadano puede servir a la patria, por humilde que sea su nacimiento. No hay privilegios en nuestra vida política ni en nuestras relaciones privadas; no recelamos unos de otros, ni nos ofendemos por lo que haga nuestro vecino, aunque no nos guste. Mientras vivimos así libres en nuestra vida privada, un espíritu de mutua reverencia prevalece en nuestros actos públicos, y el respeto a la autoridad y a las leyes nos impide obrar mal. Tenemos además en gran estima a los que han sido elegidos para proteger a los débiles y practicamos la ley moral que castiga al transgresor con un sentimiento general de reprobación.»



Avenida de los Leones que daban guardia al templo de Apolo en Delos.



Una vista del Partenón en Atenas.

Así hablaba Pericles hace dos mil cuatrocientos años. Hay que reconocer que nunca se expresaron con más claridad estos principios. Todos los ciudadanos tienen los mismos derechos, no hay clases ni castas. La libertad y la justicia son iguales para todos; la ley impera, pero más aún el sentimiento del deber, y el culpable teme, más que a la sentencia del juez, la condenación de sus ciudadanos. Este era, por lo menos, el ideal de Pericles; con él trató de gobernar a Atenas y hacer de su ciudad la escuela de Grecia. Y no se crea que esta democracia fuese un régimen duro, que necesitara una austeridad de costumbres incompatible con la naturaleza humana. No, óigase lo que continúa diciendo Pericles en su discurso en honor de las víctimas de la guerra:

«...Tampoco nosotros, los atenienses, nos olvidamos de procurar espirituales distracciones a nuestros cerebros fatigados. Tenemos fiestas y sacrificios todo el año. En nuestras casas la vida es refinada, y el placer que sentimos diariamente por nuestra noble conducta nos impide caer en melancolías y tristezas... Porque la fama de nuestra ciudad nos proporciona los frutos de la tierra toda, de manera que disfrutamos de los bienes de otros países con tanta abundancia como de los de nuestra propia patria. Nuestro servicio militar es también superior al de nuestros adversarios. Nuestra ciudad está abierta para todos, nunca expulsamos al forastero ni le ocultamos nada, aunque pueda contarlo a nuestros enemigos. No confiamos, para defendernos de ellos, en malas artes ni en organizaciones complicadas, sino en el valor de nuestro corazón y la fuerza de nuestros brazos.»

«...Somos adoradores de lo bello, y, sin embargo, sencillos en nuestros gustos, cultivamos nuestra alma sin afeminarnos. Empleamos las riquezas, no en alardes de vana ostentación, sino donde son realmente necesarias. Confesar la pobreza no es una vergüenza entre nosotros, sino la abyección y la miseria. Un ciudadano de Atenas no abandona los asuntos públicos para ocuparse sólo de su casa, y hasta aquellos de entre nosotros que tienen grandes negocios están también al corriente de las cosas del gobierno. Miramos al que rehúye el ocuparse de política, no como una persona indiferente, sino como un ciudadano peligroso; y si hay pocos entre nosotros que sean aptos para proponer, todos somos buenos para decidir en los negocios del Estado. Es opinión nuestra que el peligro no está en la

discusión, sino en la ignorancia; porque nosotros tenemos como facultad especial la de pensar antes que obrar, y aun en medio de la acción, mientras que otros son valientes en la ignorancia y vacilan en cuanto empiezan a pensar...»

Al llegar aquí, el lector exclamará: ¡Pero el que habla así es un filósofo, no un estadista! ¡Este concepto de la sociedad es una utopía! Pericles debía de ser a buen seguro un hábil embaucador del pueblo o un idealista rematado...

Sea como fuere, hay que reconocer que esta vez la idea se hizo carne, y se probó, con una experiencia de medio siglo, que la verdadera democracia era viable.

Era Pericles de la familia de los Alcmeónidas, cuyo árbol genealógico, en el siglo V, es una confirmación de las leyes de la herencia; los individuos de esta familia parecen dotados de aptitud especial para dirigir los negocios públicos. Baste decir que Pericles era sobrino de Clístenes el legislador, su tío Megacles había sido desterrado por sus ideas radicales y peligrosas, y Alcibíades y Clinias, que se distinguieron en la generación que siguió a la de Pericles, eran primos suyos en segundo grado. El padre de Pericles había sido un general influyente. Los Alcmeónidas se habían significado en el siglo anterior por su oposición a la tiranía de Pisístrato y de sus hijos. Eran, pues, de una familia de la más rancia nobleza, pero con tradiciones democráticas. Además, la gallardía de Pericles y de Alcibíades se ha hecho proverbial, aunque parece que el primero tenía algo deforme o alargado el cráneo, pero sabía disimular este defecto y había recibido una educación refinada; fueron sus maestros un músico llamado Damón y el filósofo Zenón de Elea. Dícese que estaba dotado de una voz melodiosa, pero Tucídides asegura que la base de la fuerza de Pericles eran más sus cualidades morales que su talento. De sus maestros adquirió la elevación de miras y la diafanidad de pensamiento que, unidas a la distinción de sus maneras, le convirtieron en el ídolo del pueblo. Ahora bien, por ser de origen aristocrático, el *demos* le miró al principio con cierto recelo, y sus actividades fueron meramente militares, combatiendo a las órdenes de Cimón, general que dirigía el partido oligárquico. A la muerte



Templo de la Nike Aptera (Victoria sin alas) de la Acrópolis de Atenas.



La Acrópolis de Atenas. *(Reconstrucción de Bühlmann.)* Se entraba al santuario por una puerta de la planta baja, en el llano, que hoy llamamos *Puerta de Beulé,* del nombre de su descubridor. Las escaleras tenían una pista, en el centro, para subir los caballos; en lo alto se encontraba la gran entrada monumental o *Propileos,* con la Pinacoteca y el pequeño templo de la Victoria sin alas, a la derecha. En la parte más alta se levanta el *Partenón,* o templo de Atenea, y a la izquierda se halla el de Cécrops y Erecteo, genios tutelares de Atenas.

de Arístides fue cuando empezó su intervención activa en la política ateniense, poniéndose al frente del partido popular. En todo caso, Pericles comprendió que, en una democracia como la ateniense, debía, si quería asegurar su influencia, hacer todo lo posible para no dar a entender que él estaba convencido de su gran superioridad. Ya hemos dicho que raras veces hablaba en público, y sólo una vez asistió a una fiesta o banquete, pero se dice que pudo escaparse en cuanto empezaron las libaciones. Siempre que podía hacerlo, se valía de los otros para proponer sus propias iniciativas; conocemos a uno de los colaboradores de Pericles, el llamado Efialtes, que cayó asesinado por el puñal de un reaccionario. Los aristócratas fundaban sus esperanzas en un partido que hoy llamaríamos de los puritanos, o como ellos se llamaban, los Caballeros del Bien y de la Verdad, los cuales, con su pertinaz oposición, aunque dieron serios disgustos a Pericles, hicieron más compacto el grupo de sus partidarios. Como todos los grandes políticos, Pericles no cedía ni aun cuando sufría una derrota. «Cuando yo pienso que le he derribado — dijo un enemigo suyo —, Pericles se levanta y convence a todos de que él ha sido el vencedor.»

El celo con que Pericles desempeñaba los cargos públicos, pudiera compararse con un ministerio religioso. Al salir de su casa, es fama que se hacía esta reflexión: «Acuérdate, Pericles, de que eres un jefe de los griegos, de estos griegos que son hombres libres dentro de una Grecia libre»; y se encaminaba siempre por las mismas calles a su oficina en el Agora. Nunca pretendió pro-



El Agora de Atenas. ***(Reconstrucción de Bühlmann.)*** **En el fondo, la colina de la Acrópolis a un lado y la del Areópago al otro lado. Cierran el Agora, por la izquierda, las** ***Stoas*** **o pórticos, con pinturas de Polignoto. En el centro se ve el edificio del Bouleterion, o palacio municipal, con el Tolos circular delante, donde comían los miembros del Pritaneo; a la derecha, el pórtico de los gigantes. Nótese en medio del espacio abierto la tribuna para las arengas populares y el templete con el famoso grupo escultórico de Eirene y Plutos, o sea la Paz y las Riquezas, de Cefisodoto.**

pasarse de sus funciones de general. Debía, pues, gobernar por medios indirectos, aunque las continuas crisis y guerras hubieron de procurarle ocasión de imponer su voluntad como estratego. Causa sorpresa enterarse de que Pericles era un gran general y hasta un gran almirante; para ello debió de esforzar su alma, inclinada más bien a los goces espirituales, a triunfar de su predisposición contemplativa acostumbrando el cuerpo a la vida del campamento y a los peligros del mar. Para esto le serviría su educación filosófica, y sobre todo, sus conversaciones con el físico-filósofo Anaxágoras. Por esta época, Atenas se había convertido en lo que hoy llamaríamos un centro de estudios filosóficos; pensadores de todos los ámbitos del mundo griego acudían a Atenas, y entre la juventud se había puesto de moda el *filosofar;* hasta respetables ciudadanos se entusiasmaban con esta nueva ocupación, pero ninguno de los sabios forasteros podía compararse con el filósofo amigo de Pericles. Anaxágoras de Clazomene era el continuador de la escuela jónica; su preocupación era el tratar de descubrir las propiedades de la materia, la razón de su existencia, por qué los cuerpos se mantienen unidos y la materia orgánica crece y cambia de naturaleza. He aquí uno de los problemas que preocupaban a Anaxágoras: «Tenemos ante los ojos un pedazo de pan. Parece pan y nada más. Si lo comemos, se transforma en piel, carne, sangre, huesos, cabellos, etc. ¿Es que la materia se ha cambiado de una cosa en otra? Esto no es posible. Hay, pues, que suponer que en el pan existen ya el sinnúmero de materias de que se compone el cuerpo humano. Su pequeñísimo tamaño nos impide el distinguirlas, y sólo las reconocemos por sus efectos. Ahora bien: ¿quién moviliza estas partículas y las hace organizarse de una o de otra manera?» Aquí introduce Anaxágoras el espíritu con el nombre de *Nous,* el que tiene «supremo poder» y «conoce todo

lo presente, lo pasado y futuro». En realidad, Anaxágoras se anticipa de un siglo a Aristóteles, con su esfuerzo para explicar las fuerzas naturales y por su predilección hacia las ciencias físicas. Es curioso que mientras los hijos de Pericles asistían a las conferencias del gran sofista Protágoras, entonces huésped de Atenas, el propio Pericles mantenía a Anaxágoras en su casa, interesándose en problemas astronómicos como la forma de la Tierra, la materia de que están compuestos el Sol y los planetas, cuál es la causa de la Vía Láctea, etc. ¡Qué moderno resulta todo esto!

Otro gran amigo de Pericles era Heródoto, el historiador de las guerras contra los persas; fue en esta época, y en Atenas, donde escribió su libro, estimulado quizá por Pericles y con la idea de complacer a sus amigos los atenienses. El encanto del libro de Heródoto es infinito y todavía hoy lo leemos con delicia; semeja una novela histórica donde los episodios auténticos están mezclados con la fábula, y una infantil ingenuidad con la malicia más refinada. Heródoto era natural de Halicarnaso, una de las pocas colonias dóricas importantes de Asia, y por esto habla de las doce ciudades opulentas de los jonios con una leve ironía que apenas pueden distinguir los no iniciados. Heródoto había viajado mucho, aunque no tanto como él pretende hacernos creer, y es muy posible que cierta información detalladísima que posee la recogiera en Delfos, porque el oráculo necesitaba estar al corriente de muchas cosas para contestar a las preguntas de sus clientes extranjeros.

El libro de Heródoto hizo mucho bien a Atenas, porque con gran disimulo recogió las versiones más favorables a los atenienses, y el arte maravilloso con que está escrito lo impuso luego como una segunda *Ilíada* a todos los griegos. El efecto es mucho mayor porque las *Historias* de Heródoto no tratan de asuntos contemporáneos; apenas se menciona a la democracia ateniense, siendo las guerras médicas el tema central del libro.

El tercero de los grandes amigos de Pericles era el escultor Fidias, acaso el genio artístico más extraordinario de todos los pueblos y de todos los tiempos. Ni el propio Miguel Angel, ni Bernini, ni Rodin consiguieron igualar la perfección en la técnica, al servicio de una suprema inspiración, que

Interior del Partenón en Atenas.





Copia antigua de la Atenea de Fidias.

podemos todavía apreciar en las obras de Fidias. Plutarco dice que éste era el general o *estrategos* de los trabajos públicos iniciados por Pericles. Teníanse que restaurar los templos de la Acrópolis, destruidos por los persas, y Pericles quiso que las obras reflejaran el ideal de la belleza griega. El templo de Atenea (Minerva) y la entrada monumental de la Acrópolis de Atenas son considerados hoy como lo más noble y puro que ha producido el hombre. El templo de Atenea, llamado *Partenón,* o casa de la Virgen, estaba decorado con esculturas de bulto entero y relieves que eran obra personal de Fidias o ejecutadas bajo su dirección por sus discípulos.

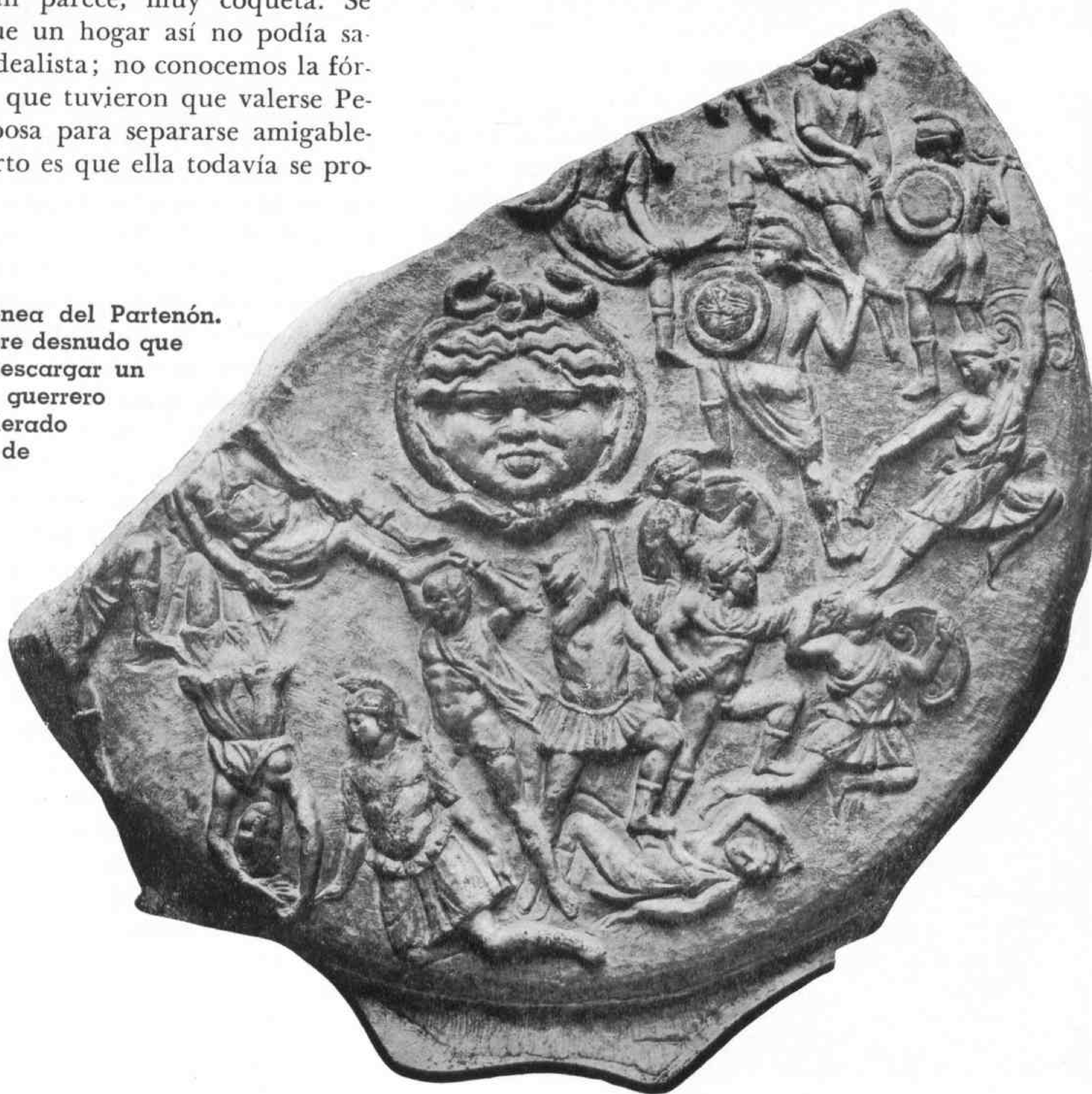
Con estas obras, Pericles se proponía mantener interesada a la democracia; era una de aquellas *distracciones espirituales* de que hablaba en el discurso que hemos copiado antes; pero, además, las obras de la Acrópolis fueron una escuela ideal de artes y oficios. He aquí cómo Plutarco trata de dar una explicación de los trabajos públicos emprendidos en aquel tiempo: «Pericles sugirió estos grandes proyectos de construcciones para que los ciudadanos que permanecían en Atenas participaran de la prosperidad del Estado. Los materiales empleados eran la piedra, el bronce, el marfil, el oro y la madera — y así se perfeccionaron los oficios de carpintero, estucador, fundidor, picapedrero, joyero, tintorero y bordador, sin contar a los que hacían cuerdas, tejedores, zapateros, mineros y carreteros —. Y cada oficio, como un ejército a las órdenes de un general, cuando empezaron las obras se lanzó a su ejecución, como un instrumento suena bien templado en las manos del artista, o como el cuerpo trabaja subordinado a los propósitos del alma...»

Otras *distracciones espirituales* implantadas por Pericles eran los conciertos en el Odeón, construido para este objeto, y acaso con la idea de contrarrestar la afición inmoderada que iba mostrando el pueblo de Atenas por el teatro. Ya hablaremos de la tragedia griega, que, aunque no fuera de origen ateniense, de tal manera se identificó con Atenas en su período de mayor grandeza, que puede decirse que el teatro griego es un fruto de la democracia del tiempo de Pericles. Pero éste parece que no sintió la misma afición por el teatro que por los conciertos musicales, y en el teatro era también donde se ridiculizaba a Pericles y a sus amigos, preparando así al pueblo para inferirle ataques más serios en los tribunales.

Porque no obstante la admiración que despertaba Pericles entre las clases populares, tenía el inspirador de la democracia

ateniense bastantes enemigos para que su conducta fuera severamente censurada. Pero era rico y su probidad estaba por encima de toda sospecha; tanto es así, que una vez que se le pidieron cuentas de la importante suma de diez talentos, Pericles, como el Gran Capitán, contestó que los había empleado en *gastos menores,* y el pueblo le aplaudió, comprendiendo que quería decir gastos secretos, de los que no debía dar explicación.

En cambio, la vida privada de Pericles tenía algo de irregular y de ello se aprovecharon los calumniadores. Pericles debió de casarse muy joven con una parienta suya, divorciada de un riquísimo ciudadano del cual había tenido un hijo. De este matrimonio con su parienta, acaso más vieja que él. nacieron los dos hijos legítimos de Pericles, quienes casaron con muchachas ricas, una de ellas, según parece, muy coqueta. Se comprende que un hogar así no podía satisfacer a un idealista; no conocemos la fórmula legal de que tuvieron que valerse Pericles y su esposa para separarse amigablemente; lo cierto es que ella todavía se procuró un tercer marido sin que nadie protestara. En cambio, Pericles invitó a vivir en su casa a una cortesana de Mileto, venida a Atenas para hacer fortuna y famosísima por su belleza y talento. Tenemos de Aspasia la más contradictoria información; según los calumniadores de Pericles, era sólo una prostituta de alto rango que pervertía a las matronas casquivanas de Atenas, dispuestas a hacer mal uso de la libertad que les concedían las nuevas costumbres democráticas. Otra versión, con seguridad la más exacta, es que Aspasia era la verdadera inspiradora de Pericles; mujer de gran experiencia, eso sí, pero llegada a la madurez con un deseo vehemente de todos los goces espirituales, acaso por ver en ellos un contraste con su propia vida. De su pasado aventurero nadie trata de defenderla, y Plutarco recoge hasta una noticia de se-



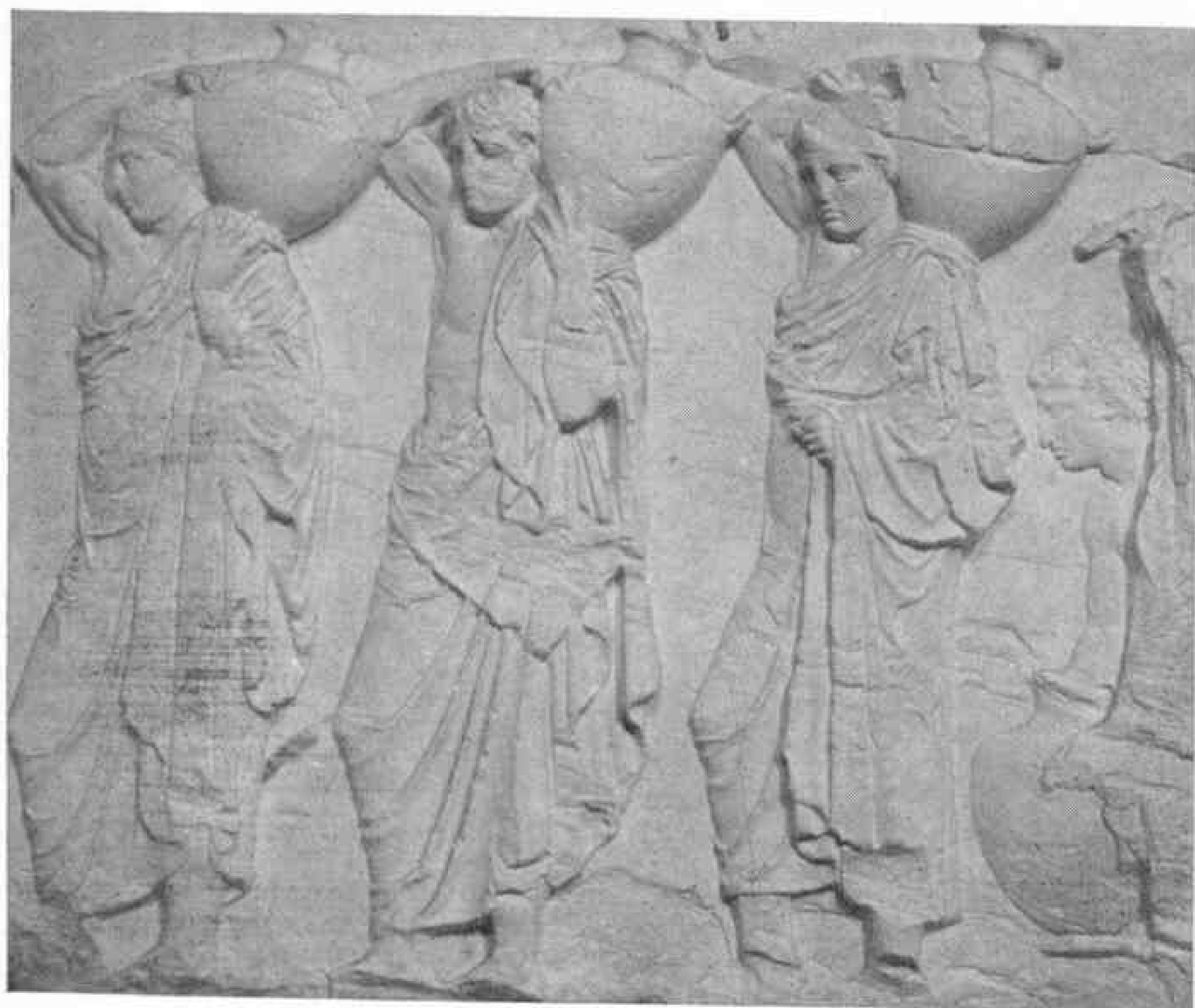
Escudo de la Atenea del Partenón. La figura de hombre desnudo que está a punto de descargar un golpe sobre un guerrero caído se ha considerado un autorretrato de Fidias.

gunda mano, asegurando que Aspasia, a la muerte de Pericles, pasó a ser la concubina de un zafio ganadero o tratante de ovejas y que ni aun éste hubo de ser su último amante. Pero, en cambio, consta que las relaciones de Pericles con Aspasia, que duraron más de quince años, fueron un verdadero idilio de dos almas fuertes y poseídas del mismo entusiasmo por las cosas bellas. «Algunos dicen que Aspasia era estimada por Pericles a causa de su instinto político», escribe Plutarco; otros llegan a insinuar que Aspasia redactaba los discursos de Pericles y que era ella quien le sugería las construcciones y las fiestas populares.

Porque, así en la guerra como en la paz, el objetivo de Pericles no era ganar una campaña, ni embellecer la ciudad, sino educar al pueblo ateniense para que fuese capaz de regirse según los principios democráticos. Las expediciones militares de Pericles fueron más bien empresas aparatosas que esfuerzos dolorosos; claro está que en su tiempo Atenas se vio atacada por sus enemigos y tuvo que sufrir peste, hambre y derrotas, pero justamente para que el alma de la ciudad pudiera resistir estas crisis, el mismo Pericles provocaba a veces los conflictos o salía con la gran flota para lejanas expediciones. Sus incursiones por el mar Negro y el viaje de la armada que envió para dar la vuelta al Peloponeso no pueden llamarse puras maniobras navales, porque tenían un propósito práctico de inmediata urgencia, pero fueron realizadas con un aparato y una preparación que casi podríamos llamar estética. Lo mismo puede decirse de sus iniciativas coloniales. Pericles restauró la influencia de Atenas en los Dardanelos y regiones vecinas, que eran de capital importancia para el comercio, y envió una expedición a fundar la colonia de Turi, en el golfo de Tarento, al sur de Italia. Pericles quería hacer de Turi una colonia modelo y para ello invitó a tomar parte en su fundación a todos los Estados griegos. Turi debía ser una colonia panhelénica, un esfuerzo para identificar en una política colonial a los griegos, divididos en casi tantas naciones como ciudades. El éxito en este sentido no fue muy grande, y en Atenas los comediantes no dejaron de burlarse de Pericles, diciéndole que quería ser un nuevo Teseo, porque Teseo había realizado la agregación de todas las comunidades del Atica y él quería unificar todos los Estados griegos. Para la fundación de Turi se solicitaron los indispensables oráculos de Delfos, y la expedición marchó guiada por un amigo de Pericles, llamado Lampón. Detalle interesante es que entre los *fundadores* iba Heródoto, que sin duda quería *hacer historia,* para escribirla mejor después.

El experimento para Heródoto debía de ser curiosísimo. Ya no se trataba de mejoras de gobierno en una ciudad antigua, sino de fundar otra nueva, como en los tiempos heroicos. Pericles se había procurado para este objeto al más ingenioso especialista de su tiempo, Hipodamo de Mileto, quien ya había facilitado los planos para la nueva ciudad que surgió en el puerto del Pireo. He aquí cómo habla Aristóteles de Hipodamo y de sus aficiones, que parecían excéntricas hasta para los filósofos de un siglo más tarde: «Hipodamo de Mileto, hijo de Eurifón, es el que inventó el arte de edificar ciudades. Era un hombre extraño, cuyo refina-

Aguadores para apagar la sed de los que van a la procesión de las Panateneas.

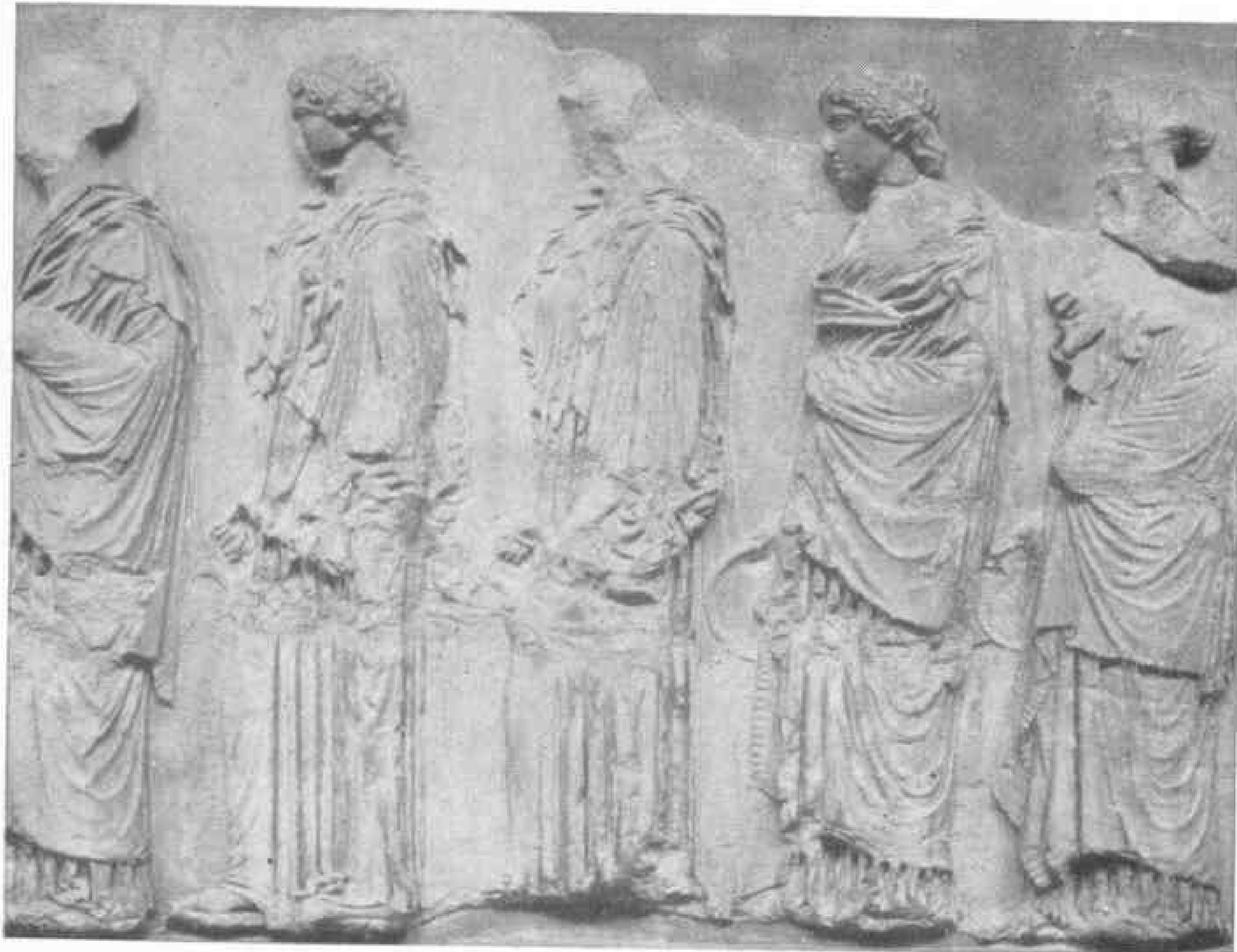




Ciudadanos de Atenas. Grupo de viejos.
Obsérvese que la mujer participa en la discusión apoyada en el viejo del centro.

miento de gustos le impulsó a cometer muchas rarezas. Llevaba larga cabellera espolvoreada de oro y vestidos costosísimos, a pesar de vestir igual en verano que en invierno. Pretendiendo estudiar la naturaleza, fue el primero que, sin ser un político de profesión, se preocupó por saber cuál era la mejor forma de gobierno...»

A este hombre curioso, aficionado a la economía política, es al que Pericles llamó como técnico en urbanizaciones para fundar a Turi. Las ideas de Hipodamo no pueden ser más arbitrarias; parecen contradecir lo que cuenta Aristóteles de que aquél había llegado a tales resultados estudiando la naturaleza. La ciudad modelo para Hipodamo debía estar compuesta de diez mil ciudadanos, divididos en tres grupos, artesanos, agricultores y soldados. La tierra debía estar también dividida en tres partes: unas tierras serían sagradas, para atender a los gastos del culto; otras para mantener a los soldados y artesanos, y otras para los agricultores, que las cultivaban todas. Las leyes penales estaban también separadas en tres capítulos: uno para castigar los insultos, otro las injurias y el tercero los homicidios. Y todo así por el estilo, en esta fantástica república de Hipodamo, quien, de todas maneras, es el primero que se preocupó por la organización racional del gobierno municipal. Sus lucubraciones precedieron casi de un siglo a *La República,* de Platón, y *La Política,* de Aristóteles. Y aun lo más importante de Hipodamo acaso sean sus ideas acerca de la manera de asentar una ciudad. Las calles forman un cuadriculado de manzanas regulares, cosa que hoy nos parece vulgarísima y que era una gran revolución en el siglo v antes de J. C. Pero, volviendo a la fundación de Turi, la verdad es que una colonia guiada por un adivino,



Cortejo de muchachas atenienses que asisten a la fiesta de las Panateneas.

como Lampón, con archiveros como Heródoto y con arquitectos como Hipodamo, no parece que pueda ser un éxito, ni para la Atenas de la época de Pericles.

Estas eran las aventuras democráticas que daban motivo a las sátiras de los comediantes y se criticaban duramente por los Caballeros del Bien y la Verdad, que mantenían la oposición. Tenemos un folleto, que se ha conservado por milagro, donde se comentan desfavorablemente las faltas del gobierno democrático de Atenas. No sabemos quién es el autor, pero sería un ateniense, ya de edad madura, que escribe en los últimos años de la influencia de Pericles. Citaremos algunos párrafos de este folleto de propaganda para que, comparándolos con los de la oración fúnebre de Pericles, que hemos copiado antes, se vea mejor cuáles eran los dos espíritus que se disputaban el gobierno de Atenas en el siglo v antes de Jesucristo. El *viejo oligarca* empieza así: «En cuanto a la constitución de Atenas, yo no puedo alabarla, porque procura sólo el bienestar de las clases inferiores en detrimento de las mejores. Repito que no puedo alabarla, pero conviniendo en que ha sido aceptado tal sistema de gobierno, quiero hacer ver que éste se mantendrá mejor que ningún otro...» Y aquí empieza a hablar el

viejo oligarca con aquella fina ironía que sólo puede encontrarse en un hombre de Atenas y que con razón se llama *ática*. «Digo, pues, que es justo que los pobres de Atenas tengan más ventajas que los hombres de buena fortuna o de antiguas familias, porque los pobres son los que reman en las galeras y con éstas se mantiene el poder de la ciudad... Algunos criticarán que se permita hablar a todo el mundo en las asambleas y que todo el mundo tenga derecho a un lugar en el consejo... — Así, dirán, cualquier descamisado puede levantarse y proponer algo conveniente para sí y los de su clase. — A lo que los otros replican: — ¿Pero qué es lo que puede proponer un descamisado sin educación?... — La respuesta será que, a pesar de su baja condición e ignorancia, un pobre con buena voluntad vale más que una persona superior, por mucha virtud y educación que tenga, si ésta no pone interés en el gobierno.» ¡Parece que estamos oyendo a la vez las discusiones del Agora y las de nuestros círculos políticos!

El folleto del *viejo oligarca* continúa de este modo: «Es extraordinario que en Atenas no sea permitido pegar a los esclavos y a los extranjeros, pero yo os explicaré la razón de esta costumbre: si se permitiera pegar a los esclavos, a menudo ocurriría que un ciudadano con todos sus derechos recibiría los golpes, pues en el pueblo de Atenas no se distinguen por el vestido los esclavos o forasteros, ni hay ninguna apariencia de superioridad para los hombres libres...» Al *viejo oligarca* le parecerían vulgares las fiestas democráticas que organizaba Pericles: «No encontraréis en Atenas ciudadanos que dediquen su tiempo a la música y la gimnasia. El populacho se ha apoderado de estas bellas artes..., la gente gana dinero cantando en los coros o danzando y corriendo, lo mismo que remando en las galeras. Igual ocurre en los tribunales: los jueces democráticos se preocupan más de sus pagas que de hacer justicia.» El *viejo oligarca* amontona calumnias contra los tribunales de Atenas, que no sólo son corrompidos, sino lentos en dar sentencia: «¿Y cómo pueden des-

pachar los asuntos, si en Atenas hay más fiestas y vacaciones que en cualquier otra ciudad de Grecia?» Y lo peor es que los aliados, o miembros de la Liga que presidía Atenas, tienen que ir a ella para obtener justicia. Pero el *viejo oligarca* lo dice en estos maliciosos términos: «Creeréis que es un error de la democracia ateniense el obligar a sus aliados a ir a Atenas para resolver sus disputas; pero es fácil de ver cuántas ventajas consigue el pueblo de Atenas de este escándalo. Primeramente, obtiene un ingreso con los salarios de los jueces, que trabajan todo el año. Segundo, manejan así los atenienses los negocios de los aliados, sin tener que emprender largos viajes. Tercero, con este método pueden favorecer a los partidarios de la democracia y arruinar a sus contrarios. Además, de todo esto hay que pagar el uno por ciento de los derechos del puerto del Pireo, hay que pagar al patrón de la casa de huéspedes, hay que pagar al pregonero, etcétera.»

Así continúa satirizando el gobierno de su patria el *viejo oligarca* y pone todavía estos reparos: «Los Estados gobernados por una minoría (oligarquía) tienen la obligación de cumplir sus tratados y compromisos de una manera positiva; son gobiernos responsables. Si dejan de mantener su palabra, los oligarcas son responsables personalmente de la falta. Pero en el caso de una democracia, la culpa puede provenir de un cualquiera, que habló en público en pro de una nueva idea, o de otro que votó en contra... Si las cosas salen mal, el pueblo culpa de ello a unos cuantos, que por su mal consejo han arruinado al Estado, mientras que si salen bien, es el pueblo el que quiere llevarse el mérito de las buenas decisiones.»

Claro que, a pesar de su mucha exageración, habrá algo de verdad en las críticas del *viejo oligarca*. Es evidente que el pueblo debía de estar muy satisfecho con sus derechos. Por ejemplo, los comediantes no



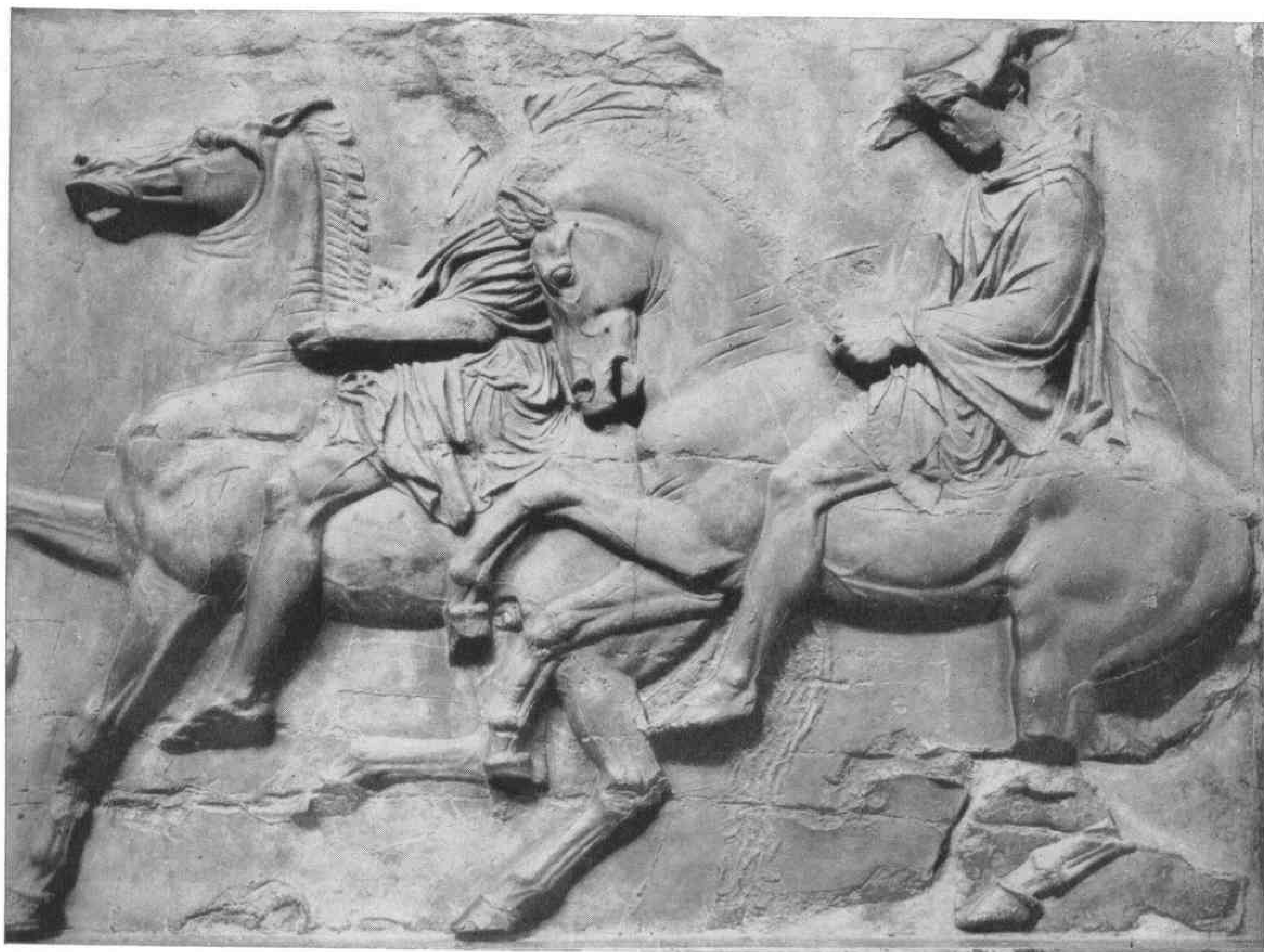
Ciudadanos de Atenas. Jóvenes a caballo.

cesan de hacer burla del furor que ha entrado a los ciudadanos de Atenas para ejercer de jurados o de jueces, y no sólo por la paga que recibían (como pretende hacernos creer el libelo del *viejo oligarca),* sino por una verdadera manía de acudir a los tribunales para escuchar y decidir pleitos y alternar con abogados y litigantes. En una comedia de Aristófanes, un hijo tiene a su padre encerrado bajo llave, porque el viejo padece la enfermedad de querer ser jurado a todas horas. «Juzgar es lo que más le gusta, y llora si no puede sentarse en el banco del jurado...»

Los sueldos, tan criticados, de los que servían al Estado eran en realidad una manera de subvencionar a los partidarios del nuevo régimen. No sólo los jueces y oficiales del ejército y la marina, no sólo los miembros del consejo de los quinientos, sino hasta el pueblo parece ser que recibía una compensación en metálico por asistir a las asambleas generales o *Ekklesia.* Y claro está, los aristócratas y ricos, que siempre han podido servir al Estado sin otra remuneración que el honor o la influencia, tenían que criticar el gasto excesivo que representaba el gobierno democrático.

Pero Atenas era rica. No sólo tenía los ingresos de las minas, sino que percibía la contribución de los aliados, que alcanzaba sumas enormes. El tributo variaba cada año, según las necesidades y la capacidad de pagar de los miembros de la liga. Tenemos dos

Ciudadanos de Atenas. Grupo de jóvenes elegantes a caballo.





Ciudadanos de Atenas. Atenea dirigiendo la construcción de una nave.

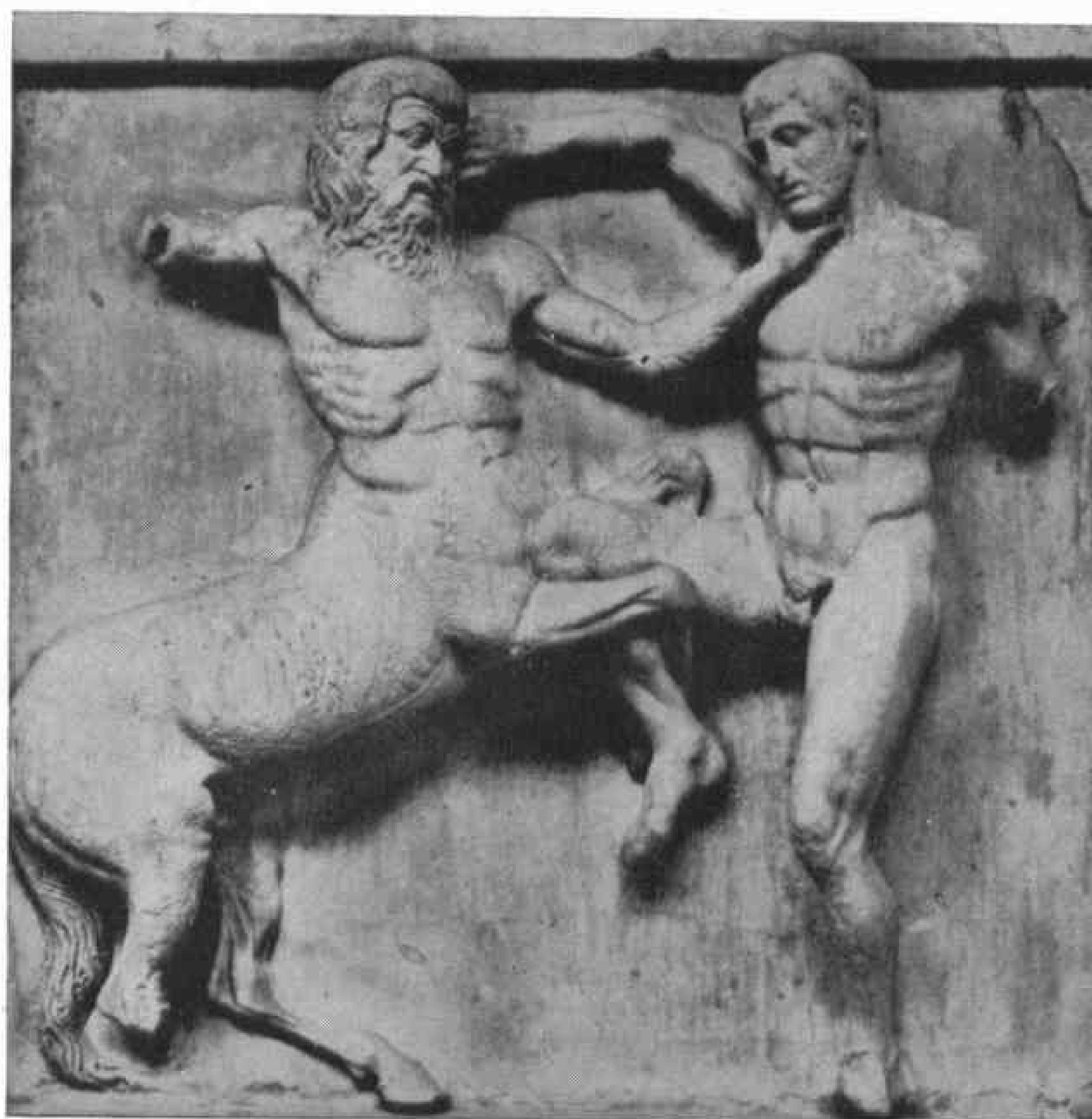
listas de estos tributos: la del año 436 y la del 425. Naxos, por ejemplo, en la primera lista paga seis talentos, en la segunda quince. Esta abundancia del Tesoro era, hasta cierto punto, muy peligrosa, porque Pericles creía que el dinero era, no sólo el nervio de la guerra, sino casi la única cosa que precisa considerar en un conflicto armado, y como Atenas era más rica que sus enemigos, ya no debían temerse los ataques. Pericles, seguro de su fuerza, así que el Partenón o templo de Atenea estuvo terminado, decidió llevar el tesoro de la Liga que estaba en Delos a la cámara posterior del Partenón o sea el opistódomo, un local cerrado con una sola entrada cuya llave se conservaba en el ágora. Tampoco Pericles guardaba respeto a los que no le obedecían. El trato que dio a Megara y Egina fue casi insultante, y no dejó la oposición de echárselo en cara en una comedia: «Porque Pericles, como un Júpiter Olímpico, — lanzando a voleo sus rayos y truenos,—desencadenó la tormenta y encendió la hoguera que alarmó a las gentes de toda Grecia.» Así dice Aristófanes, quien en otros lugares se burla de la *suntuosa Atenas* y del gobierno democrático, con *sus artes tiránicas y sus malas artes.*

La oposición, que venía preparando el ataque, empezó a hostigar a Pericles calumniando a sus amigos. El filósofo Anaxágoras, acusado de ateísmo, tuvo que emigrar de Atenas, sin que Pericles pudiera evitarlo. Después tocóle el turno a Fidias; el gran escultor fue condenado por estafa, o mal uso de los fondos recibidos para las obras de la Acrópolis, aunque dice Plutarco que no pudo probarse el fraude. Por último, se acusó a Aspasia de impiedad, y espantado ante la idea de perder a *su compañera,* Pericles perdió la serenidad y se presentó ante los jueces derramando lágrimas, hasta que consiguió el sobreseimiento de la causa. El pueblo tenía también sus pasiones, era a veces tan feroz como el peor tirano.

Mas Pericles murió sin claudicar. Hubiera podido ser otro Pisístrato — y como César o Napoleón, reducir los consejos a meras asambleas decorativas —; sin embargo, permaneció fiel al ideal democrático, aunque él mismo al final había sido una de sus víctimas. Vio a sus dos hijos legítimos morir en la guerra, y para dejar sucesión tuvo que legitimar al hijo único que le había nacido de Aspasia. Su hermana murió de la peste, y muchos de sus amigos, los que más le habían ayudado para administrar la ciudad, perecieron también. «Pero no por esto perdió los ánimos — dice su biógrafo — ni abandonó su ideal democrático, ni decayó su grandeza de espíritu por culpa de estas calamidades.»

Pericles moriría de uno de esos ataques de fiebre lenta que son tan comunes en las costas del Mediterráneo. Teofrasto, en su *Etica,* dice que, estando Pericles en la cama, mostró a sus amigos un amuleto que le habían puesto en el cuello las mujeres de su casa, como para indicar que debía de estar muy malo cuando toleraba semejante cosa. Moribundo ya, se cuenta que varios ciudadanos amigos que rodeaban su lecho, creyéndole privado de sentido, alababan su carácter y las victorias que había conseguido. El enfermo tenía cerrados los ojos, pero escuchaba lo que decían sus amigos. De pronto, haciendo un esfuerzo para hablar, les interrumpió diciendo que sus éxitos habían sido debidos más a la suerte que a su genio y acabó con estas palabras: «Por mi culpa, ningún ateniense ha tenido que llevar luto.» ¿Era esto verdad? Parece poco probable, porque *la política no tiene entrañas,* y Pericles se había preocupado más de la comunidad que de los individuos. Pero su deseo, en aquella hora postrera, fue que, por su culpa, ningún ateniense hubiese tenido que llevar luto. Otros, en su lecho de muerte, piensan en sí mismos únicamente, en su vida futura, en sus descendientes... Pericles pensaba en sus conciudadanos.

**Lucha entre un centauro y un lapita.
Metopa del Partenón.**





Vista parcial de la *Roma quadrata*, en la colina del Palatino, donde estuvieron las viviendas de los patricios hasta la época imperial.

8 LOS ORIGENES DE ROMA

MIENTRAS en la Italia Meridional y en Sicilia se implantaban las colonias griegas de que hemos hablado en los capítulos anteriores, pareciendo como si toda Italia estuviese destinada a ser una Magna Grecia, en el centro de la península ocurría un hecho en apariencia insignificante, pero que debía tener consecuencias enormes para la historia del mundo. Era el 21 de abril del año 752 antes de J. C., según los cálculos de Catón, o el 753 según los cálculos de Varrón, cuando un aventurero, seguido de una caterva de emigrados o fugitivos, procedía a la fundación de una ciudad en la colina donde después se levantó el barrio Palatino de Roma. Hemos de imaginarnos, iluminado por el sol radiante de la primavera del Lacio, al grupo de caminantes desharrapados que seguían silenciosos al fundador, cuando éste, cantando, abría con el arado el surco que señalaba el *pomœrium* o circuito de la nueva ciudad, cuyos gloriosos destinos nadie hubiera podido predecir entonces. El lugar no era muy favorable. Desde la colina donde iba a extenderse el barrio de cabañas de la primitiva Roma, se veía la llanura desolada, donde la *malaria* azotaba a la población hasta hacer del Lacio un verde desierto; se veían las azules siluetas de los montes Albanos; se veía al río perezoso torcer su curso para llegar al mar; se veían, al Norte, las cumbres nevadas, en pleno abril, de los Apeninos..., todo muy bello, pero nada que pudiera tomarse como promesa de gran fortuna.

Allí no había minas, ni bosques, no había una población indígena con que poder traficar; no era aquel lugar un vado único en el río, ni un lugar de portazgo... Y, sin embargo, el fundador, fiel al rito que revela



Acto de fundación de una ciudad romana. El fundador marca el surco donde se edificarán las murallas con un arado de madera, al que levanta en los lugares de las puertas. Va seguido de un grupo de futuros ciudadanos. Museo de Aquilea.

una antigua cultura, empezaba abriendo el surco sagrado del perímetro de la Roma antigua con un arado que tenía su punta de cobre, recuerdo de otros días más primitivos. Iba tirado por un buey y una vaca blancos y se detenía, para levantarlo, en los lugares donde había de estar cada puerta de la ciudad, para que el surco no pasara a través del espacio por donde habían de penetrar los ciudadanos. Además de señalar el perímetro de la ciudad, el fundador y sus compañeros abrieron en el centro de la meseta de la colina el famoso *mundus* o lugar sagrado, donde se depositó la gleba que habían traído de la tierra natal y varios objetos de uso diario. Después, la fiesta y los cantos y las danzas durarían toda la noche; al menos, los romanos conmemoraban la purificación del suelo de la Roma primitiva con las *fiestas lupercales,* o de los lobos, por ir los cofrades vestidos con pieles de lobo, como en las danzas totémicas prehistóricas, y cada año tenían lugar las *danzas saltantes,* en las que los cofrades repetían los saltos del fuego del día de la fundación, hechos para aplacar a Pala, la divinidad que habitaba el monte Palatino antes de establecerse allí una ciudad. La tradición de estas fiestas y el recuerdo conservado hasta la época histórica de los detalles que acompañaron al ceremonial apenas si permiten dudar del hecho de que Roma tuvo por origen la iniciativa de un jefe llamado Rómulo, seguido de una pequeña banda de gente adicta. Con todo, estuvo en boga hace cincuenta años dudar de la existencia de Rómulo y de la fecha de la fundación de Roma, despreciando como pura fábula las leyendas del fundador y de los reyes de Roma que le sucedieron en el gobierno. No vemos razón para contradecir lo que aceptaron los antiguos romanos del tiempo de la República, que estaban separados del período de los reyes solamente por dos o tres siglos.

Al morir Rómulo, la ciudad sólo ocupaba la plataforma de la colina del Palatino, llamada *Roma quadrata* por la forma aproximadamente rectangular que tenía su perímetro. Quedan todavía restos de sus murallas de piedra, y según Tácito, en su tiempo se podía ver su recinto casi completo. La Roma cuadrada de Rómulo tenía al menos dos puertas, por las que todavía hoy se asciende al Palatino: una es la llamada *Puerta mugonia,* en el lugar donde la vertiente no es tan escarpada y por donde los ganados descendían al valle del Foro, y otra es la llamada *Puerta romúlea,* en un tajo hecho en la roca, que es casi vertical por aquel lado.

Además, ya en tiempo de Rómulo, según la tradición, se fortificó el Capitolio, la colina inmediata a la del Palatino por el lado del río, que tenía dos pequeñas eminencias favorables para el asiento de un templo y

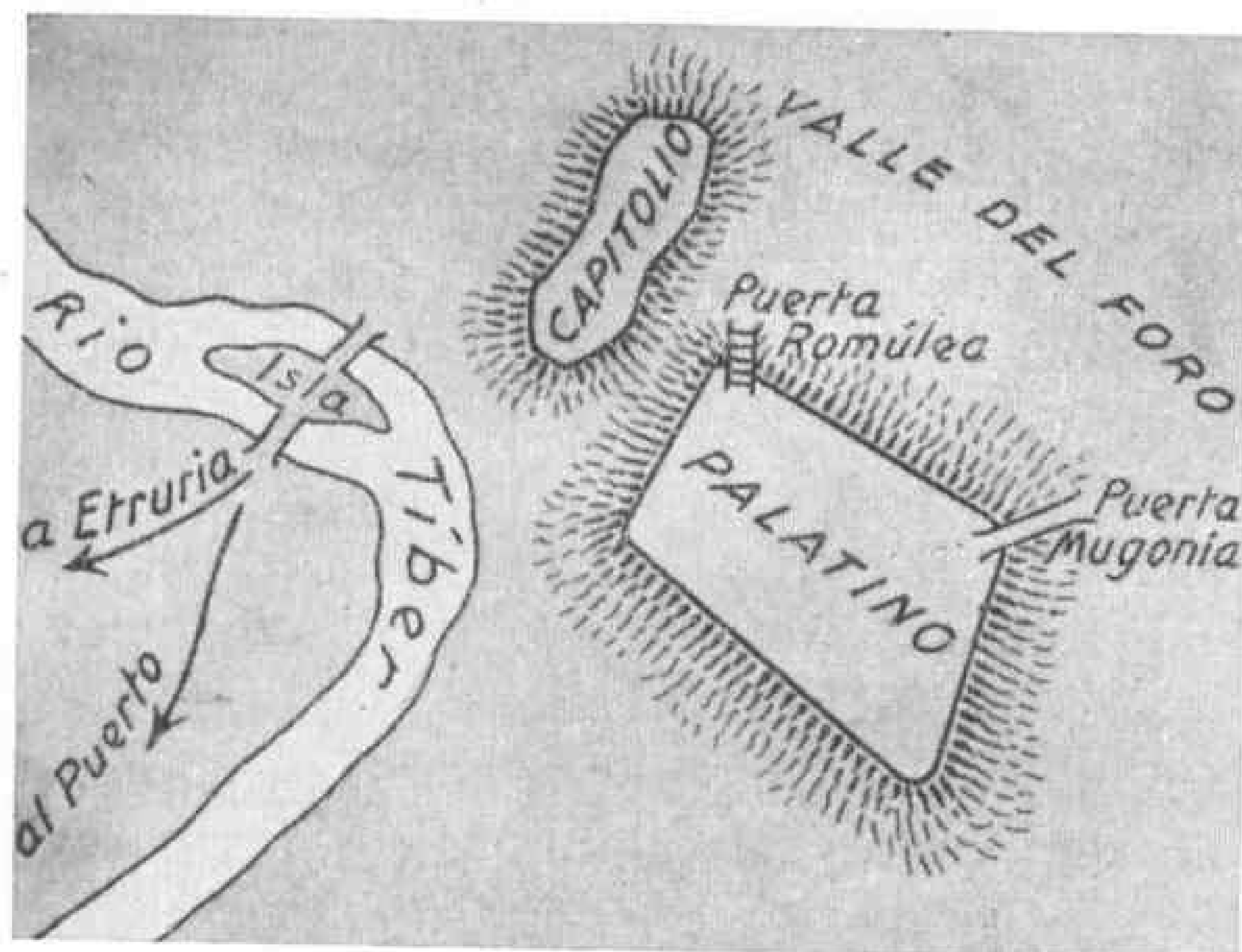
una fortaleza. Rómulo empezó a dictar justicia sentado en su carro de guerra, que después fue la silla *currul* o curul de los cónsules y estableció el ceremonial para las asambleas y los augurios.

Después de esta explicación cabe preguntarse quién era este Rómulo, y a qué raza pertenecían los compañeros que se establecieron con él en el Palatino al mediar el siglo VIII antes de J. C. Tres respuestas se han dado a esta pregunta. La primera es la tradicional, que encontramos en los autores latinos sin excepción. Para los antiguos romanos, Rómulo era un príncipe de sangre real de la antigua estirpe latina, cuya capital era *Alba-longa,* en los vecinos montes Albanos. Y estos latinos de los montes Albanos, en tiempos remotos, habían llegado de la Arcadia. Más tarde, otro nuevo enjambre de gente prehelénica había venido a Italia con Eneas, después de la guerra de Troya. Esta explicación satisfacía el deseo de los romanos de no ser extraños a las gentes del Lacio, a las que querían absorber, y además, de ser parientes de los griegos y troyanos. Así, pues, la gleba que Rómulo puso en el *mundus* del Palatino era de tierra de Alba-longa, la que, a su vez, tenía por tierra *madre* la Arcadia del Peloponeso.

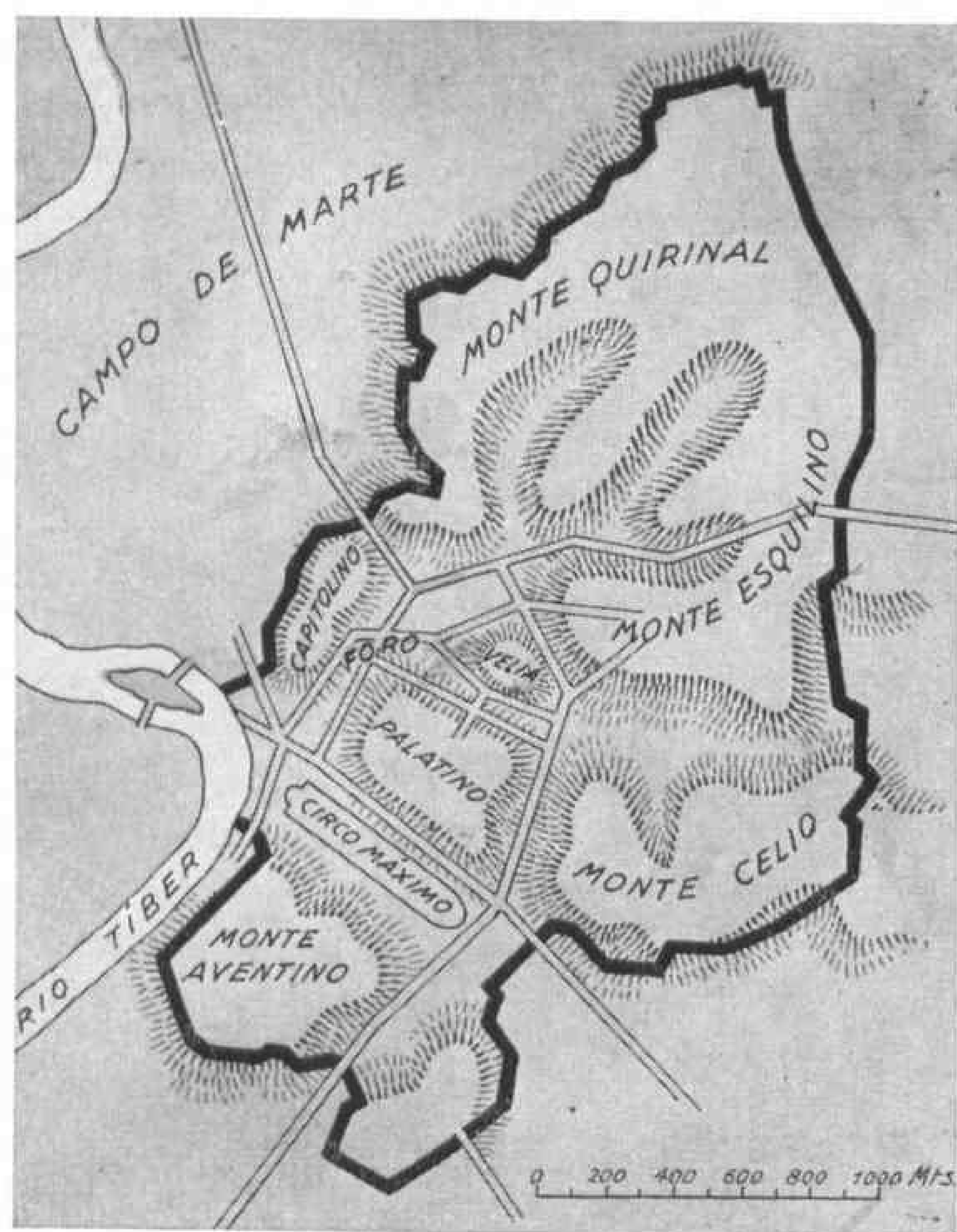
La segunda explicación del rápido crecimiento de la nueva ciudad y su aparente contraste, en un principio, con las antiguas poblaciones del Lacio, es la de suponer que Rómulo y sus compañeros eran la vanguardia de otra oleada de nórdicos invasores cuya cultura acaso fuese análoga, pero seguramente más avanzada, que la de los latinos de supuesto origen arcádico. Hacia los comienzos del primer milenio antes de J. C. se ve arribar a la llanura del Po una nueva masa de invasores que ocupa el norte de Italia. Su llegada es un fenómeno paralelo al de la invasión dórica en Grecia, sólo que las gentes nórdicas que hacia el año mil invaden a Italia no muestran la acometividad de los dorios, no penetran tan al Sur y se resignan a una vida de agricultores. Instalan sus viviendas en plataformas de madera cubiertas con una capa de tierra y construidas sobre troncos hincados en el suelo. Estas plataformas, de tipo rec-

Lado del Palatino donde estuvo la primitiva *Puerta mugonia*.





Plano esquemático de la *Roma Quadrata*, el Capitolio y el puente sobre el Tíber, y (abajo) recinto de Roma en tiempos de Servio Tulio.

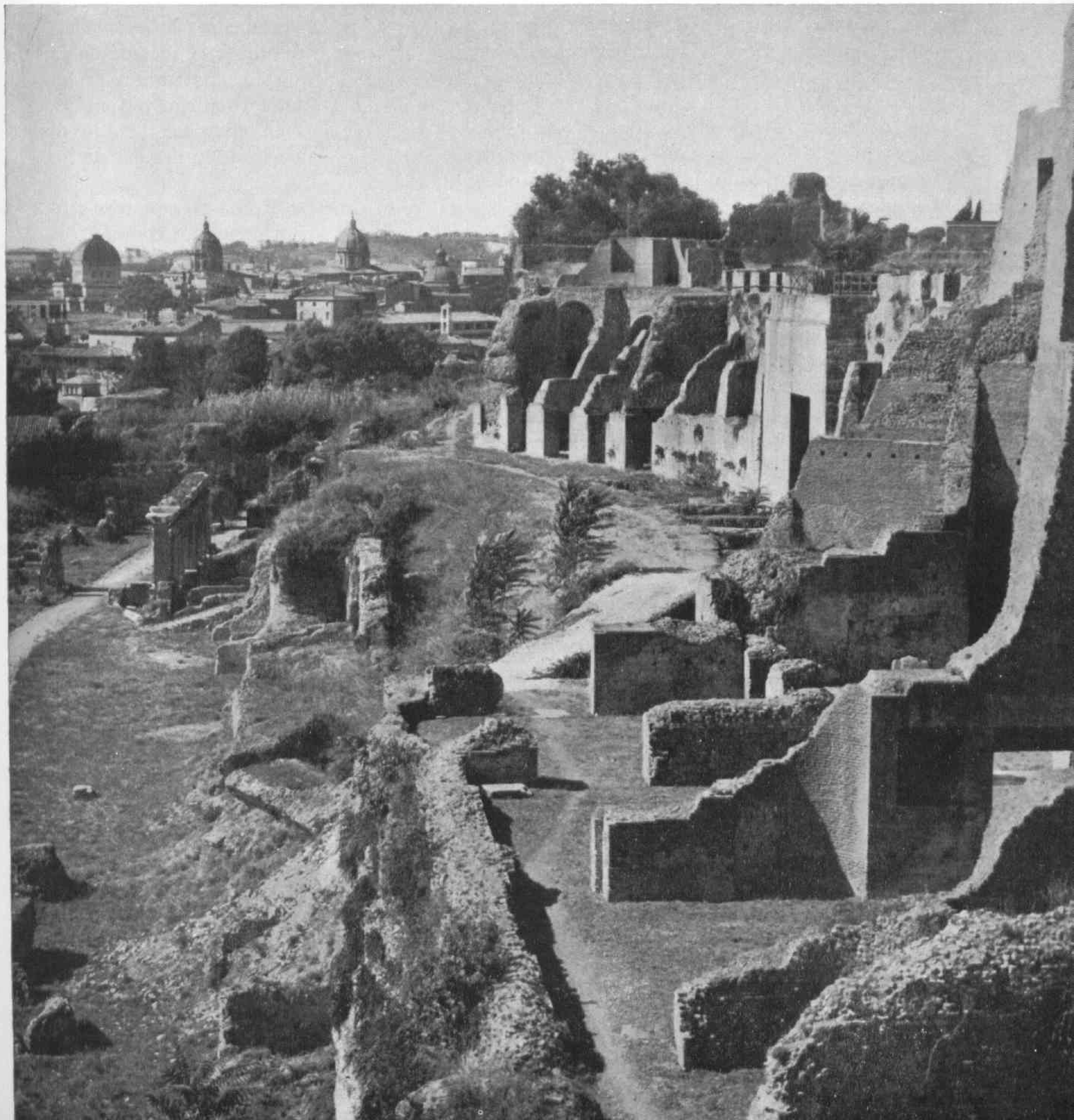


tangular o trapezoidal, estaban rodeadas de un foso, recuerdo acaso de otros tiempos, cuando, para defenderse mejor, se levantaban sobre pilotes en un lago o en un pantano. La forma trapezoidal de estas plataformas prehistóricas del norte de Italia, llamadas *terramaras,* es extrañamente análoga a la de la Roma cuadrada del Palatino. Recordemos también que el monte Palatino tenía pantanos por dos de sus lados y el Tíber le servía de foso por otro lado. Además la planta de las *terramaras* indica que, para que sus calles tuviesen una orientación perfecta, debía marcarse su dirección, y por lo tanto fundarse la ciudad, hacia el equinoccio, que es la época en que se fija también la fundación de Roma. Y si a esto añadimos que la forma de las ciudades y campamentos romanos conservó en todo lo posible, casi como una necesidad religiosa, el recinto cuadrilátero y las calles cruzándose en ángulo recto, que encontramos en las *terramaras...* creemos que todo ello será suficiente para que el lector se explique que algunos arqueólogos sostengan que los fundadores de Roma fueron gentes recién llegadas de la alta Italia, que se aventuraron hasta el Lacio y escogieron el Palatino porque la forma de esta colina les recordaba sus *terramaras.* Pero esto parecen contradecirlo los sepulcros más antiguos del valle del Foro, donde las cenizas de los muertos están depositadas en urnas de cerámica que tienen forma de cabaña, miniatura de las cabañas circulares del Lacio, que estaban contruidas con troncos y ramas.

Por fin, una tercera solución para el problema del origen de Roma es la de aceptar que Rómulo era un forajido de Etruria y Roma una ciudad-refugio. Un escritor antiguo, Dionisio de Halicarnaso, dice que en su tiempo existía una tradición muy corriente según la cual Roma habría sido fundada por los etruscos. Resultan asimismo etruscos los nombres de algunos reyes de Roma, la influencia etrusca hubo de predominar hasta mucho más tarde, y los elementos más originales de la religión y las costumbres romanas son etruscos. Los romanos ilustrados del tiempo de la República estudiaban el etrusco, como más tarde, durante el Imperio, estudiaron el griego. Pero

Ruinas en la ladera del Palatino.

ni aceptando esta última teoría del origen etrusco de Roma avanzamos más en la solución del enigma, porque los etruscos se han resistido a la curiosidad moderna de un modo desesperante; no conocemos nada de su origen, ni de la época de su llegada a Italia, ni el camino de su emigración, ni apenas podemos afirmar si eran o no de raza indoeuropea, aunque últimamente se tiende a suponerlos de procedencia oriental. Las inscripciones etruscas son muy abundantes; se leen, pero no se comprenden. El tipo étnico de los etruscos resulta muy claro por los retratos funerarios de las



necrópolis, mas su filiación es un misterio.

Sin embargo, en los primeros siglos de la historia de Roma las guerras más sangrientas de los romanos fueron sostenidas con los etruscos. Estos molestos vecinos ocupaban la Italia Central desde el Tíber hasta Florencia y rebasaban el Apenino, llegando al Adriático por la parte de Bolonia. Algunas de sus ciudades, como Cere, Veies, Tarquinia y Faleria, cuyo territorio lindaba con el de Roma, miraban con recelo a la nueva competidora y trataban de ahogarla antes que se engrandeciera. En Etruria se refugiaban para conspirar los políticos romanos descontentos; en cambio, llegábanle a Roma, desde Etruria, no sólo ideas, costumbres y mercaderías, sino emigrados también de alta categoría, como los Tarquinos y los Claudios. Queda, pues, sin aclarar el problema del origen de los primeros pobladores de la Roma romúlea.

Cualesquiera que fuesen los primeros pobladores de Roma, pronto vieron acudir nuevos inmigrantes. Rómulo parece haber estimulado esta inmigración creando un lugar de refugio en el valle pantanoso entre el Capitolio y el Palatino llamado el Foro. La tradición añade que estos habitantes del valle no tenían mujeres y que, para procurárselas, Rómulo se valió de la estratagema de invitar a una fiesta a los habitantes de las montañas sabinas, robándoles sus esposas e hijas cuando los huéspedes estaban distraídos contemplando los juegos. El resultado fue una guerra entre los romanos y los sabinos, que terminó instalándose los agraviados en Roma y reinando con iguales derechos el fundador Rómulo y el rey de los sabinos, llamado Tacio. El reinado de Rómulo y Tacio, asociados, duró poco tiempo; Tacio fue asesinado en Lavinium y Rómulo continuó reinando solo. Esto parece indicar que no se reconoció a los recién llegados el derecho de elegir el sucesor de su jefe muerto; en cambio, la asamblea de los ancianos de la Roma romúlea, o *Senatus*, que constaba de cien miembros, dobló su número a consecuencia de la llegada de los sabinos.

He aquí, pues, a Roma ya con tres grupos de gentes: los primeros los compañeros de Rómulo, los segundos los refugiados etruscos que se instalaron en el valle del Foro, y los terceros los sabinos, que de enemigos se convirtieron en conciudadanos. No sabemos qué relación puedan tener estos tres grupos con la antiquísima división de los romanos en las tres tribus de Ramnes, Tities y Luceres; acaso los primeros serían los primitivos seguidores de Rómulo, y los segundos y terceros los nuevos asociados sabinos y etruscos. Tampoco sabemos si los sabinos se instalaron en el Palatino o formaron un grupo aparte en el Quirinal. Hasta la época histórica se conservó cierto dualismo en Roma; a los habitantes del Quirinal se les llamaba *gentes de la colina*, tenían fiestas y danzas análogas a las de los del Palatino, aunque se celebraban en otras fechas, como si quisieran conmemorar la fundación de esta segunda ciudad. Pero tanto los cantos de los cofrades de las fiestas lupercales del Palatino como los del Quirinal debían de ser antiquísimos; eran repetidos en un lenguaje casi incomprensible aun para gramáticos como Quintiliano.

Rómulo desapareció de entre los hombres de un modo sobrenatural. Según una leyenda, el cielo se cubrió de espesas tinieblas y, en medio de truenos y relámpagos, el

Inscripción de la tumba de Rómulo, debajo del *lapis niger* del Foro Romano.





Interior de la tumba de las Alcobas, de la necrópolis etrusca de Cerveteri.

fundador de Roma fue arrebatado por los dioses. Así no extraña que más tarde fuera venerado con el sobrenombre de Quirino, o el dios de la lanza. En cambio, desde antiguo se enseñaba en el Foro Romano el lugar de su sepultura, cubierto con una piedra negra, que recientemente se ha excavado. Debajo del *lapis niger* ha aparecido un monumento funerario, compuesto de dos leones que guardan una estela con caracteres arcaicos.

No obstante el carácter guerrero de Rómulo y de haber querido convertirle en el organizador de la milicia romana, durante su gobierno la ciudad parece crecer más por absorción de elementos forasteros que por conquistas de nuevos territorios. A la muerte del fundador, las colinas vecinas al Palatino, esto es, el Capitolio y el Quirinal, y aun el Celio y el Aventino, estarían pobladas de cabañas diseminadas, formando campamentos separados más bien que una ciudad levantada según un plan regular.

Al inmediato sucesor de Rómulo corresponde el trabajo de consolidar y unificar la nueva población. Y como la ciudad era principalmente una organización religiosa, el sucesor de Rómulo es el rey-sacerdote Numa Pompilio, quien conversaba a solas con una ninfa que le inspiraba cambios acertados en la legislación y las costumbres. Todavía hoy se enseña en Roma el bosquecillo, cerca de la puerta Camena, adonde Numa Pompilio iba para entrevistarse con el genio del Lacio. Aunque el nombre de Numa Pompilio parece ser etrusco, la tradición asegura que representaba al elemento sabino de Roma; él fijó las ceremonias de los funerales y dividió los días en fastos y nefastos, lo que tuvo consecuencias para el régimen del Estado.

A la muerte de Numa, el Senado, o asamblea de los ancianos, eligió por rey a un romano, llamado Tulio Hostilio, descendiente de uno de los compañeros de Rómulo, que había luchado con él contra los sabinos. Tulio Hostilio es el típico rey guerrero, a quien se atribuye la campaña contra Albalonga, la supuesta ciudad madre de Roma. Con la destrucción de Alba empieza la conquista del Lacio por los romanos.

El cuarto rey de Roma, Anco Marcio, era nieto de Numa Pompilio y manifestó el mismo interés por las cosas religiosas que había demostrado su abuelo. A Anco Marcio se atribuye el primer puente sobre el Tíber,



El bosque sagrado cerca de Roma, donde Numa Pompilio conversaba con el genio del Lacio o numen tutelar, la ninfa Egeria.

para comunicar la ciudad con el barrio que empezaba a formarse en la colina del otro lado del río, llamada el Janículo. El puente debía de ser una obra sagrada, porque estaba construido de madera — reminiscencia de los días de la edad de piedra, cuando en lugar de clavos de metal se usaban clavijas de madera —, y lo guardaban los sacerdotes o *pontífices,* restaurándolo según estrictos ritos religiosos.

Así creció Roma durante el siglo VII, extendiéndose a cada lado del Tíber y hasta conquistando a sus vecinos; pero, a pesar de su engrandecimiento, no debía de cambiar mucho su típico carácter de acumulación desordenada de casas. Fueron los tres últimos reyes de Roma los que urbanizaron aquella agregación, dándole el aspecto de verdadera urbe, con calles y edificios. Estos tres últimos reyes de Roma son etruscos y representan la influencia de Etruria en Roma durante sus tres reinados, que llenan algo más de un siglo, desde el 616 hasta el año 509 antes de J. C. La historia del primero de estos reyes etruscos, y quinto rey de Roma, es muy característica de su tiempo. Era de origen griego; su padre, llamado Demarato, fue un noble de Corinto, que, descontento de la tiranía de los Cipsélidas en su patria, había emigrado primero a Esparta y después a la lejana Etruria, donde hizo fortuna y se casó. El hijo de Demarato, llamado Lúcumo, vivía del comercio en la ciudad etrusca de Tarquinia; pero adivinando el porvenir de Roma, pasó a establecerse en ella, acompañado de su esposa Tanaquil. Hallándose Lúcumo camino de Roma, un águila pasó volando sobre la cabeza del negociante etrusco-corintio y le arrebató la gorra con grandes chillidos. Esto fue interpretado como augurio muy favorable por Tanaquil, y con tan buenos auspicios los dos esposos se instalaron en Roma. El nombre de Lúcumo lo pronunciaron los romanos como Lucio, añadiéndole el sobrenombre de Tarquino.

La reputación del rico extranjero hizo que el rey Anco Marcio se interesara por Lucio Tarquino, y con la influencia conseguida ya en vida del viejo monarca y la habilidad y tretas con que se manejó en la elección, a la muerte de Anco Marcio el etrusco semigriego fue proclamado su sucesor.

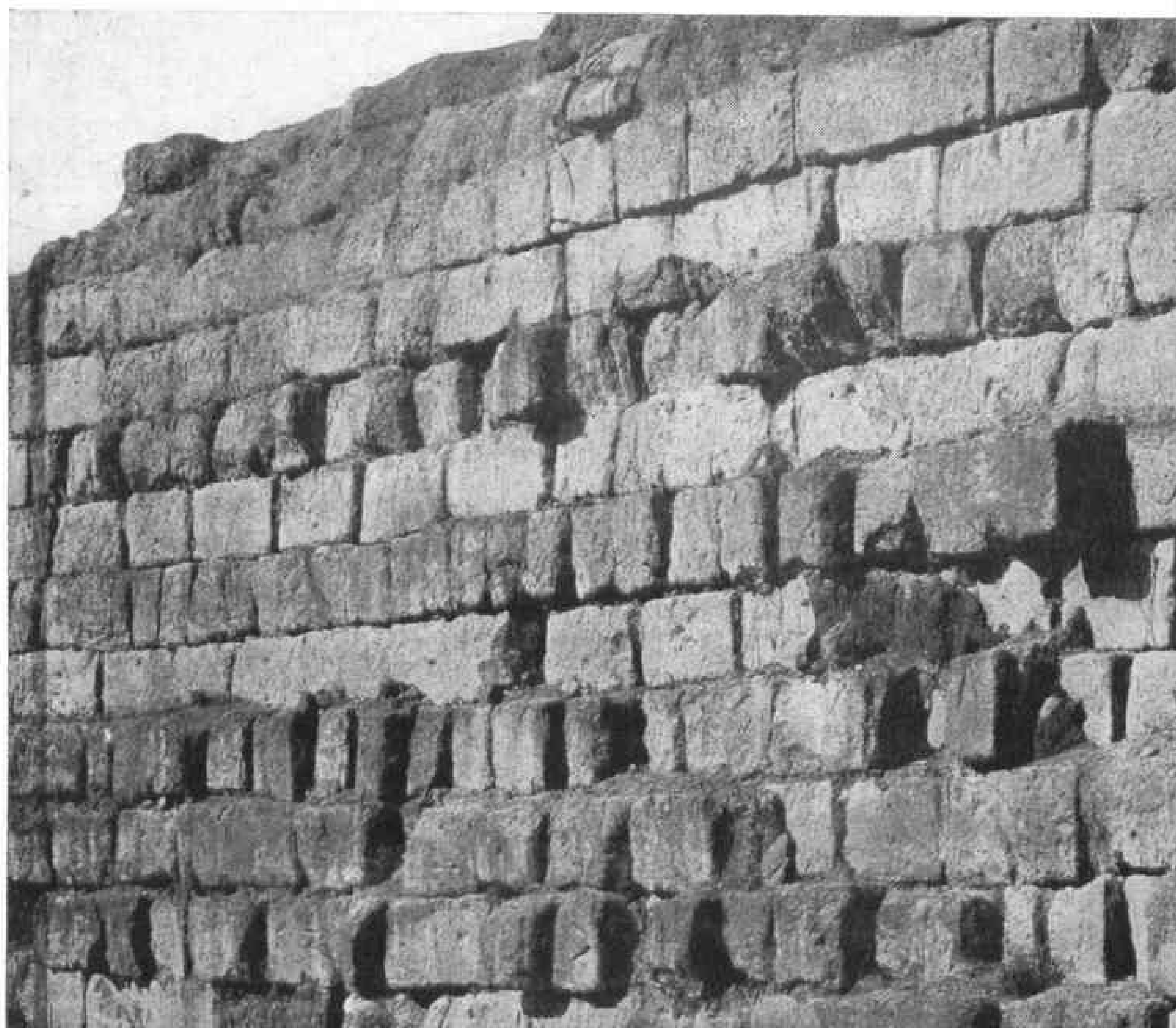
El primero de los Tarquinos, o Lucio Tarquino, como le llamaban los romanos, cayó herido de muerte en una revolución de palacio; sin embargo, su viuda Tanaquil consiguió otra vez imponer su voluntad al Senado. El candidato de Tanaquil era el hijo de un esclavo que había servido como mayordomo a Tarquino, y este hombre de obscuro origen, y además extranjero, hubo de ser el más querido de los reyes de Roma

después de Rómulo. Se llamaba Servio Tulio y su nombre lo pronuncian todavía los romanos modernos con respeto; a él se atribuyen las formidables murallas de bloques escuadrados. Pero sobre todo Servio Tulio se ha hecho famoso por las reformas políticas a él atribuidas, con las que se pretendió hacer justicia a los burgueses y al pueblo romanos, aunque no con tanto acierto como buena intención. La mayor parte de las luchas civiles de Roma tuvieron que sostenerse por esta causa. El asunto es tan importante, que requerirá que volvamos a tratar de él más adelante; por ahora sólo añadiremos que, según fama, Servio Tulio hizo el primer censo de Roma y murió asesinado por los hijos de Lucio Tarquino.

Uno de ellos, llamado Tarquino como su padre y por sobrenombre *el Soberbio,* fue elegido o aceptado como rey por el Senado. Es el último rey de Roma. La tradición le acusa de los mismos crímenes que hicieron odiosos a los tiranos griegos; esto es, de rodearse de una guardia personal, de ejercer justicia arbitrariamente, de despreciar al Senado, etc. Como todos los tiranos, tuvo que distraer al pueblo con aventuras militares y emprendiendo construcciones de carácter monumental, para que no se diera cuenta de la pérdida de su libertad, y para satisfacer indirectamente algunas de sus necesidades. Se atribuyen a los Tarquinos las primitivas cloacas de la ciudad; el templo del Capitolio, para substituir el primitivo santuario, levantado por Rómulo, y la terminación de las murallas, que había empezado a construir Servio Tulio. Las principales calles fueron empedradas con bloques poligonales de granito. A la caída de los Tarquinos, los romanos decían que los últimos reyes hubieran acabado por convertirlos en un pueblo de picapedreros y albañiles. Con todo, Tarquino el Soberbio consolidó el prestigio de Roma con triunfos militares y diplomáticos. Su hijo Sexto, pretextando una querella con su padre, se refugió en la vecina ciudad de Gabies, y adquirió en ella tal predominio, que pudo abrir sus puertas a los romanos. Tarquino atacó a Signia, más al Sur, en el camino de Nápoles; en cambio, durante el reinado de los dos Tarquinos y el de Servio Tulio todo revela paz con el Norte, como si se hubieran asegurado una alianza con la Etruria, de donde procedían. La caída de la monarquía fue motivada por la torpe violencia cometida en la persona de Lucrecia por Sexto, el hijo de Tarquino, aunque tal vez en esta leyenda se esconda una excusa para justificar la revuelta del Senado, cansado de los abusos e ilegalidades de los últimos reyes de Roma. Parece, en verdad, que los Tarquinos despreciaron deliberadamente todas las costumbres más veneradas de los viejos romanos. El hecho de que un siervo les fuese impuesto por rey, constituía para los patricios romanos un sacrilegio. La conducta posterior de Servio Tulio, tan admirada por el pueblo, no podía justificar su elección. Como buenos etruscos, los Tarquinos, con su lujo y costumbres licenciosas, ofendían a los viejos romanos, y además se corría el peligro de que el pueblo y los jóvenes patricios se dejasen seducir por aquellas novedades.

La revolución estalló el año 509 antes de Jesucristo, cuando Tarquino el Soberbio

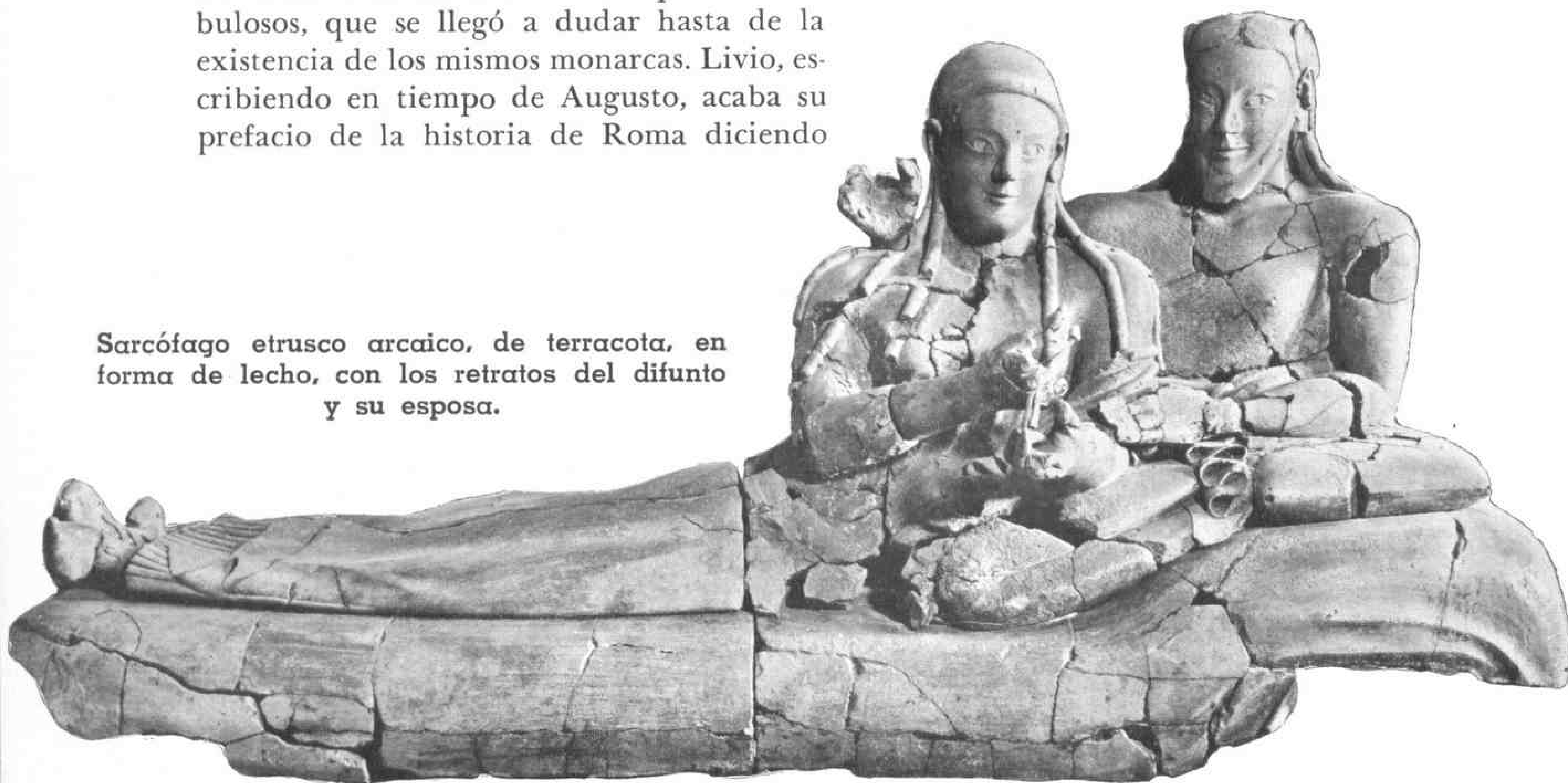
Muros de Roma del tiempo de Servio Tulio.



estaba sitiando otra ciudad del Sur, la antigua Ardea. El Senado, convocado por Bruto, declaró abolida la monarquía y dispuso que el rey y su familia fuesen desterrados para siempre de Roma. El ejército organizado por Bruto consiguió reunirse con las milicias romanas acampadas delante de Ardea, que abandonaron a Tarquino sin dar batalla. Tarquino, con sus hijos y yernos, soliviantaron a las gentes de los alrededores de Roma y con ayuda de los etruscos pretendieron reconquistar el poder. Hasta dentro de Roma tenían partidarios. Bruto tuvo que condenar a muerte a sus dos hijos, que conspiraban para el restablecimiento de la monarquía. Pero estas mismas luchas tuvieron por efecto consolidar la revolución. Durante varios siglos, la sola sospecha de querer proclamarse rey fue considerada como el mayor crimen que pudiera cometer un ambicioso. Tarquino murió en la Italia Meridional y allí llevaría una vida de gran señor, porque se ha hallado un sepulcro en Cumas con una veintena de sarcófagos de miembros de su familia.

Los siete reyes de Roma, desde Rómulo a Tarquino, gobernaron casi dos siglos, desde el 753 al 510 antes de J. C. La obra de los reyes de Roma fue mal interpretada durante el tiempo de la República, añadiéndose a la historia tantos episodios fabulosos, que se llegó a dudar hasta de la existencia de los mismos monarcas. Livio, escribiendo en tiempo de Augusto, acaba su prefacio de la historia de Roma diciendo que no quiere preocuparse mucho en distinguir lo que hay de verdad y de mentira en toda esta parte de su relato. «No es mi intención — dice — el afirmar o refutar estas poéticas leyendas...»

Pero lo positivo es que sobre aquellas colinas, que encontraron desiertas, los sucesores de Rómulo levantaron una gran ciudad murada. Ninguna otra ciudad, ni en el Lacio ni en Etruria, podía impedir ya la futura grandeza de Roma. Por el Sur tenía abierto el camino de su penetración en la Italia Meridional, y el puerto de Roma, en la desembocadura del río, llamado Ostia (que quiere decir *boca)*, sería un lugar de gran tráfico ya en tiempo de los reyes, porque —según la tradición— en 509, el primero de la República, Roma y Cartago regularon con un tratado de comercio los derechos de sus respectivas marinas en el Mediterráneo. Polibio nos ha conservado el texto de este documento, que refleja más bien la importancia que había conseguido Roma en tiempo de los reyes que la de la flamante república romana, que contaba meses de existencia. He aquí el texto del tratado, tal como lo leyó Polibio, ya con dificultad, en los archivos del Capitolio:



Sarcófago etrusco arcaico, de terracota, en forma de lecho, con los retratos del difunto y su esposa.



Pareja de etruscos (del tipo obeso) reclinados sobre su lecho mortuorio.

«Los romanos y sus aliados no navegarán más allá del cabo Farina, excepto si se viesen obligados a ello por tempestades o por enemigos... Si arriban a nuestros puertos (cartagineses) no comprarán ni tomarán nada, excepto lo que necesiten para reparar sus buques y para hacer los sacrificios a sus dioses, y marcharán antes de que pasen cinco días. Los buques romanos que arriben para traficar a la costa de Africa, o a Cerdeña, no deberán satisfacer impuestos, excepto los salarios del pregonero y del notario, y en todas las ventas que se hagan con auxilio de estos oficiales, el Estado garantizará el pago al vendedor. Y lo mismo si algún buque romano arriba a la parte de Sicilia sujeta a los cartagineses. En cambio, los cartagineses se comprometen a respetar las ciudades del Lacio sujetas a Roma, y hasta aquellas otras ciudades latinas que no dependan directamente de los romanos. Si alguna vez los cartagineses se ven obligados a ocupar una de estas ciudades, se comprometen a restaurarlas, sin ningún daño para los romanos, y por ningún concepto construirán una fortaleza en territorio latino. Si por alguna razón los cartagineses entrasen en el Lacio armados, no deberán permanecer allí más que hasta la caída de la tarde...» Cartago trata ya a Roma de potencia a potencia. Roma se manifiesta cabeza del Lacio; se interesa no sólo por las ciudades que de ella dependen, sino también por aquellas que todavía son independientes. Es una política que reclama el Lacio para los latinos, que quiere decir el Lacio para los romanos. Roma no consentirá que los cartagineses establezcan colonias, ni fortalezas, ni aun en los lugares que no son suyos, desde la frontera de Etruria hasta las tierras de los griegos en la Italia meridional. A pesar de las restricciones a que la constriñen los fenicios de Cartago, Roma revela ya en este tratado el mismo sentido político que la capacitará más tarde para gobernar el mundo.

¿A qué se debe, pues, esta fuerza de Roma, que mientras las otras ciudades del Lacio no pasaron de ser pequeñas poblaciones amuralladas, Roma creció y las do-



Sátiro y Ménade.
Acrotera etrusca de terracota pintada.

minó, y con ellas a remolque fue a conquistar el mundo? Difícil es explicarse la razón de este fenómeno. Ya hemos visto que la situación de Roma no era en extremo favorable. Cicerón, pensando seguramente en su mansión del Palatino, nombra a Roma la ciudad de «saludables colinas rodeadas de pestilentes campos». En más de una ocasión se pensó en cambiar el asiento de Roma por otro que fuese más sano. Esto en cuanto al lugar; por lo que respecta a sus pobladores, no se ve en la raza nada diferente de las demás gentes del Lacio. Acaso el secreto de su fuerza estribe en su posición, fronteriza con Etruria y Sabinia, que obligó a que se mezclasen en aquel lugar dos o tres tipos humanos. Pero lo más probable será que la grandeza de Roma fuera debida a sus instituciones políticas y a cierta elasticidad para cambiarlas a tiempo, lo que hizo del pueblo romano el pueblo legislador por excelencia y el pueblo capaz de comprender la naturaleza de las gentes más diversas y gobernarlas sin ofensa. Vamos a ver sumariamente en qué consistían estas instituciones desde los primeros años de su historia.

Por de pronto, el rey era elegido por el Senado, a propuesta de un *interrex,* o regente, que debía anunciar quién era su candidato dentro del término de cinco días. Si no lo proponía durante este período, el Senado elegía otro regente. La elección del rey la hacía, pues, el Senado, pero necesitaba ser confirmada por aclamación en la asamblea del pueblo todo, reunido para el objeto. El cargo de rey era vitalicio, con poder absoluto como juez, sin apelación, y como general en jefe, con derecho para declarar la guerra y hacer la paz sin pedir consentimiento a nadie. El Senado podía aconsejarle, pero sólo cuando el rey se lo pedía. Recordemos que el Senado era un consejo compuesto primero de cien miembros, más tarde de doscientos y finalmente de trescientos, todos ellos cabezas de las familias de abolengo, que es tanto como decir patricios *(patres).*

Al caer la monarquía se crearon dos nuevos magistrados, llamados *cónsules,* que recibieron todas las facultades de los antiguos reyes. Sólo que, como eran dos en lugar de uno, podían mutuamente corregirse y vigilarse. Además, ejerciendo su cargo durante el corto período de un año, los cónsules no tendrían tiempo de cometer grandes excesos de poder.

¿Quiénes eran los patricios, que conservaban el monopolio del gobierno a través del Senado y de los cónsules, nombrados de entre su clase? ¿Quiénes eran los plebeyos, que necesitarían de otra autoridad (la de los tribunos) de su misma condición? Hemos visto que los más antiguos sepulcros del Foro romano eran de dos tipos de enterramiento, unos como pozos circulares para urnas (que significan cremación del cadáver), y otros como fosas rectangulares para contener un sarcófago con el cadáver.

¿Cuáles eran los sepulcros de patricios y cuáles los de plebeyos? Asimismo eran diferentes los ritos matrimoniales. Y, sin embargo, las leyes de las Doce Tablas, de que vamos a hablar a continuación, no hacen referencia a casos de patricios y plebeyos, sino a los ciudadanos y esclavos.

Además, queda muy imprecisa la influencia de los etruscos, que fue predominante en los patricios y menos sensible en los plebeyos. Los patricios aceptaron o eligieron a los reyes, y muchas costumbres que subsistieron en la época republicana eran de origen etrusco. El culto y la manera de augurar el porvenir eran análogos en Roma y en Etruria; por ejemplo, los etruscos, a diferencia de los griegos de aquella época, confiaban en los auspicios obtenidos examinando las vísceras de las víctimas y observando el vuelo de las aves. Los etruscos fueron especialistas en obras de ingeniería, lo cual contribuye a confirmar su origen asiático; los sirios y lidios se hicieron famosos en la construcción de túneles y acueductos. Así, se considera obra etrusca la primera cloaca de Roma, que todavía subsiste. De tradición etrusca serían también los acueductos, que exigen un conocimiento de niveles y canalización a través de colinas. Por último, los etruscos fueron maestros de los romanos en el arte de la fundición. Tenían en Etruria abundancia de metales, y las primeras esculturas romanas fueron en bronce o en una clase de cerámica que imitaba las obras en metal.

Pero volvamos a las instituciones políticas romanas. Con el correr del tiempo, el pueblo (los plebeyos) pidió derechos y los obtuvo, sin debilitar tampoco al Senado. Para conseguir sus triunfos, con un depurado instinto social, recurrió al obstruccionismo, a la deserción, a una especie de huelga política, pero sólo cuando el Estado tenía necesidad del pueblo. En circunstancias difíciles, el pueblo emigró en masa de Roma y fue a instalarse en un lugar llamado el Monte Sacro, cerca del río Anio, con propósito de fundar allí una nueva ciudad. Para conseguir el regreso del pueblo se crearon los cargos de dos nuevos magistrados, llamados *tribunos de la plebe,* cuya misión era velar para que el pueblo no sufriese abusos de autoridad por parte de los cónsules, o lo que era lo mismo, del Senado. El poder de los tribunos en un principio no era sino un derecho de veto a la autoridad consular, pero esta arma de obstrucción fue empleada con gran eficacia para obtener nuevas concesiones. El número de los tribunos, que en un principio fueron



La Loba Capitolina, bronce etrusco de la época de los reyes de Roma. (Las figuras de Rómulo y Remo son adición del Renacimiento y obra de Pollaiuolo.)

dos, como los cónsules, se aumentó pronto a cinco, y como se requería unanimidad en sus decisiones, esta nueva autoridad de la plebe pudo imponerse sólo en casos de extrema importancia.

Así como los cónsules tenían dos oficiales, llamados *pretores*, encargados de inquirir en casos de crímenes o delitos de la plebe, que eran lo que nosotros llamaríamos hoy fiscales, se asociaron a los tribunos dos nuevos oficiales, llamados *ediles*, para enseñar a la plebe a interpretar la ley, defenderla en difíciles negocios, aclarar dudas, etc. Por lo que ya hemos dicho se ve, pues, que a los pocos años de lucha con los patricios, o Senado, la plebe tenía sus tribunos, para poner el veto a los cónsules. y sus ediles, para que la defendieran de los pretores. Pero faltaba aún conseguir lo más importante, que eran los derechos electorales. ¿De qué le servían al pueblo sus magistrados, si éstos eran elegidos por un sistema con el que podían los senadores manipular la elección a su antojo?

La ley electoral había sido reformada con buena intención, pero con desastrosos resultados, y la tradición atribuyó esta reforma a Servio Tulio, aunque es probablemente del siglo v a. J. C. En un principio, la *plebs* o pueblo de Roma aparece dividido en tres tribus: Ramnes, Tities y Luceres, y cada tribu en diez curias. El pueblo votaba por curias, esto es, primero se decidía el asunto en cada curia y después éstas votaban, con un voto colectivo, en los comicios o asamblea popular. Pero al crecer Roma, las tribus no crecieron por un igual, ni menos las diez curias de cada tribu..., y como la principal contribución del pueblo de Roma a las cargas del Estado era su servicio obligatorio en el ejército, resultaba una injusticia asignar el mismo voto a la curia con poco dinero, o pocos soldados, que a la curia que proporcionaba un fuerte contingente militar.

Esta parece ser la razón de la reforma electoral. Se dividieron las curias en centurias, que eran las unidades militares del ejército romano, y así resultó que las curias donde había más ciudadanos y más riqueza tuvieron más centurias que las que no podían prestar tanta ayuda en las campañas... Y como es de justicia, se creyó que a mayores servicios debían corresponder mayores derechos, por lo que se dispuso que las tribus, en los comicios, votaran por centurias y no por curias. Nótese que por centurias no se entendía un número de ciudadanos, sino una unidad militar, y los ricos podían reclutar más centurias que los pobres. Y como los plebeyos ricos tenían intereses muy parecidos a los de los patricios, era en realidad el Senado el que disponía la elección de los tribunos y de los ediles. Esta era la diferencia entre lo que se llamaba *comicios curiados*, o sea asambleas en que el pueblo votaba por curias, y *comicios centuriados*, donde el pueblo votaba por centurias. La primera manera de votar databa de los tiempos de Rómulo; la segunda corresponde al procedimiento reformado. Pues bien, en 471 antes de J. C. el pueblo obtuvo que los tribunos fuesen elegidos por una tercera forma de votación, llamada por *comicios tribunados*, que daba mayores garantías de que los tribunos representarían la voluntad popular. Quedaban aún en pie los omnipotentes derechos de los cónsules como jueces, pudiendo fallar casi a discreción en los casos de justicia. El primer esfuerzo para limitar este poder de los cónsules, heredado de los reyes, fue el derecho de apelación al pueblo, llamado *provocatio*. Algunos dicen que existía este derecho por tradición ya del tiempo de Tulio Hostilio, otros aseguran que sólo en 508 fue reconocido oficialmente por el cónsul Valerio con una nueva ley, y otros lo suponen aún más moderno. Este ejemplo de ambigüedad y dudas en materias jurídicas indica cuán necesaria se hacía la labor de compilar la jurisprudencia de Roma, si se querían prevenir abusos de los cónsules. Lo que ocurría con la *provocatio*, o derecho de apelación, debía de ocurrir con todas las costumbres de los romanos. Por esto a mediados del siglo v, la necesidad de una legislación escrita se hizo tan impe-



Carro metálico encontrado en una tumba etrusca de Monteleone.

riosa, que el Senado tuvo que acceder a los deseos de la plebe y se mandó una comisión a Grecia para estudiar sobre todo las leyes de Atenas. Los escritores griegos no hablan de la llegada de los romanos a Atenas; en cambio, los recuerdos de Roma parecen indicar que los comisionados regresaron con un experto jurista llamado Hermógenes de Efeso.

El regreso de los comisionados acaeció en el otoño del 452, y para que la obra de los legisladores pudiera llevarse a cabo con entera libertad, se les dieron poderes dictatoriales. Los encargados de la codificación fueron diez, por esto se llamaron *decenviros*, y todos eran patricios: los dos cónsules, los tres comisionados que fueron a Grecia y cinco patricios más. La política de los decenviros, durante el primer año, no hay duda que fue excelente: administraron justicia con entera equidad y respetaron los derechos de la plebe. Al cabo de pocos meses habían compilado en diez tablas las leyes romanas, y después de haber sido expuestas al examen de los ciudadanos, fueron votadas por aclamación en los comicios centuriados. La labor de los primeros decenviros fue, sin embargo, considerada insuficiente, y otro año de decenvirato produjo dos tablas más de leyes. En conjunto, pues, la obra de los decenviros fueron doce tablas de leyes, base de la jurisprudencia romana, de la que derivan muchos de nuestros códigos civiles. Y por extraña suerte, el texto de las Leyes de las Doce Tablas ha desaparecido en el naufragio de la mayoría de textos de la antigüedad clásica. Los fragmentos que se han conservado, citados por Cicerón en sus escritos, causan todavía más pena por su estilo primitivo y su espíritu, más primitivo todavía. Se advierte que los decenviros, más que redactar unas leyes nuevas, quisieron transcribir con cierto plan las antiguas costumbres romanas. Por vía de ejemplo, he aquí copiados algunos de los artículos de las Doce Tablas:

«Si alguien acusa a un hombre, éste debe comparecer delante del juez. Si no acude, el demandante tiene derecho a llamar a los que están cerca y llevarle a la fuerza. Si el acusado no quiere seguir, o si se escapa, puede atacársele sin reserva. Si está enfermo o es viejo, el demandante debe procurarse un vehículo para llevarle ante el juez...»

«Si los querellantes convienen en una transacción, el juez lo anunciará en público. Si no se arreglan, cada uno expondrá sus derechos en asamblea pública en el Foro, por la mañana. Durante el mediodía se les

dejará para que hablen a solas, y por la tarde, si uno de ellos no comparece, el juez pronunciará un fallo favorable al que está presente, y si ambos insisten en sus derechos, el juicio continuará hasta la puesta del sol, pero no más tarde.»

«Si un hombre ha confesado su deuda, o ha sido condenado por deuda por el juez, tendrá treinta días para pagar a sus acreedores. Después de este plazo, el acreedor puede apoderarse de su persona y llevarle ante el juez. Si ni entonces paga y no se presenta nadie para garantizar el pago, el acreedor se llevará el deudor a su casa y lo tendrá amarrado con cadenas, que no pesen más de quince libras, manteniéndole por lo menos con una libra de harina diaria, aunque puede darle más si quiere.»

«Si hay varios acreedores, éstos, un día de mercado, se dividirán el cuerpo del deudor, repartiéndose los pedazos en partes proporcionales a las deudas respectivas. Si cortan más o menos carne del cuerpo del deudor de lo que les corresponde, no será considerado como un crimen...»

También encontramos en las Leyes de las Doce Tablas algo que recuerda la ley del Talión. Un hueso roto de un ciudadano, según la Ley de las Doce Tablas, se pagará con otro hueso roto o con trescientos pesos. El hueso de un esclavo vale sólo ciento cincuenta, y así sucesivamente. Un ladrón nocturno puede ser muerto sin formación de juicio, con impunidad del que lo mató.

Y a pesar del tono moral, casi prehistórico, de las Leyes de las Doce Tablas, Cicerón las alaba en estos términos: «Aunque todo el mundo se levantara contra mí, yo diría lo que pienso: que el libro de las Leyes de las Doce Tablas supera en utilidad y autoridad a todos los demás libros de filósofos...»

Tal vez si fuéramos todos abogados, como Cicerón, y tuviéramos el código completo, como él lo tenía en su tiempo seguramente, admiraríamos el trabajo de compilación de la comisión codificadora, que representaban los decenviros, y el arte del redactor, que muy probablemente sería el ya citado Hermógenes de Efeso. Pero tal como han llegado hasta nosotros, mutilados y sin concierto, los fragmentos de las Leyes de las Doce Tablas sorprenden por su barbarie, y, sin embargo, a pesar de tan primitiva legislación, Roma supo organizarse para gobernar al mundo.

Cabeza de Hermes en terracota policroma.





Appio Claudio, *el Ciego*, entrando en el Senado con toda su familia para combatir la paz propuesta por Cineas, el embajador de Pirro. (Cuadro moderno en el Palacio del Senado. Roma.)

9 CONQUISTA DE ITALIA POR ROMA

Al principiar el siglo IV antes de Jesucristo, después de más de cien años de gobierno republicano, Roma sólo había conseguido imponerse a las poblaciones vecinas del Lacio. Guerras civiles, ligas impuestas y alianzas religiosas dieron por resultado que los pueblos latinos de la orilla izquierda del Tíber se resignaran finalmente a considerar a Roma como un poder irresistible para ellos. Pero Roma era todavía la ciudad-estado, con enemigos en todo el resto de Italia. Los más peligrosos después de los etruscos eran los galos, por el Norte, y los samnitas y griegos por el Sur; cada una de estas cuatro familias de naciones hubo de causar a Roma días de intenso pánico en los que llegó a temer su completa destrucción.

De estos cuatro enemigos capitales de Roma, los primeros en atacarla fueron, como es natural, los más próximos, que eran los etruscos, quienes apreciarían la expulsión de los Tarquinos como síntoma de que Roma quería librarse de influencias extrañas. Además, Roma estaba demasiado cerca de las ciudades etruscas; en la otra margen del Tíber, al lado opuesto del puente, empezaba ya Etruria. Así se explica que, inmediatamente después de expulsados los Tarquinos, un ejército de confederados etruscos, a las órdenes de un rey Pórsena, se presentara dispuesto a acampar en las colinas llamadas del Janículo, enfrente de Roma, amenazando con cruzar el río y aplastar a la república naciente, que parecía querer cerrar el avance de Etruria hacia el Sur.

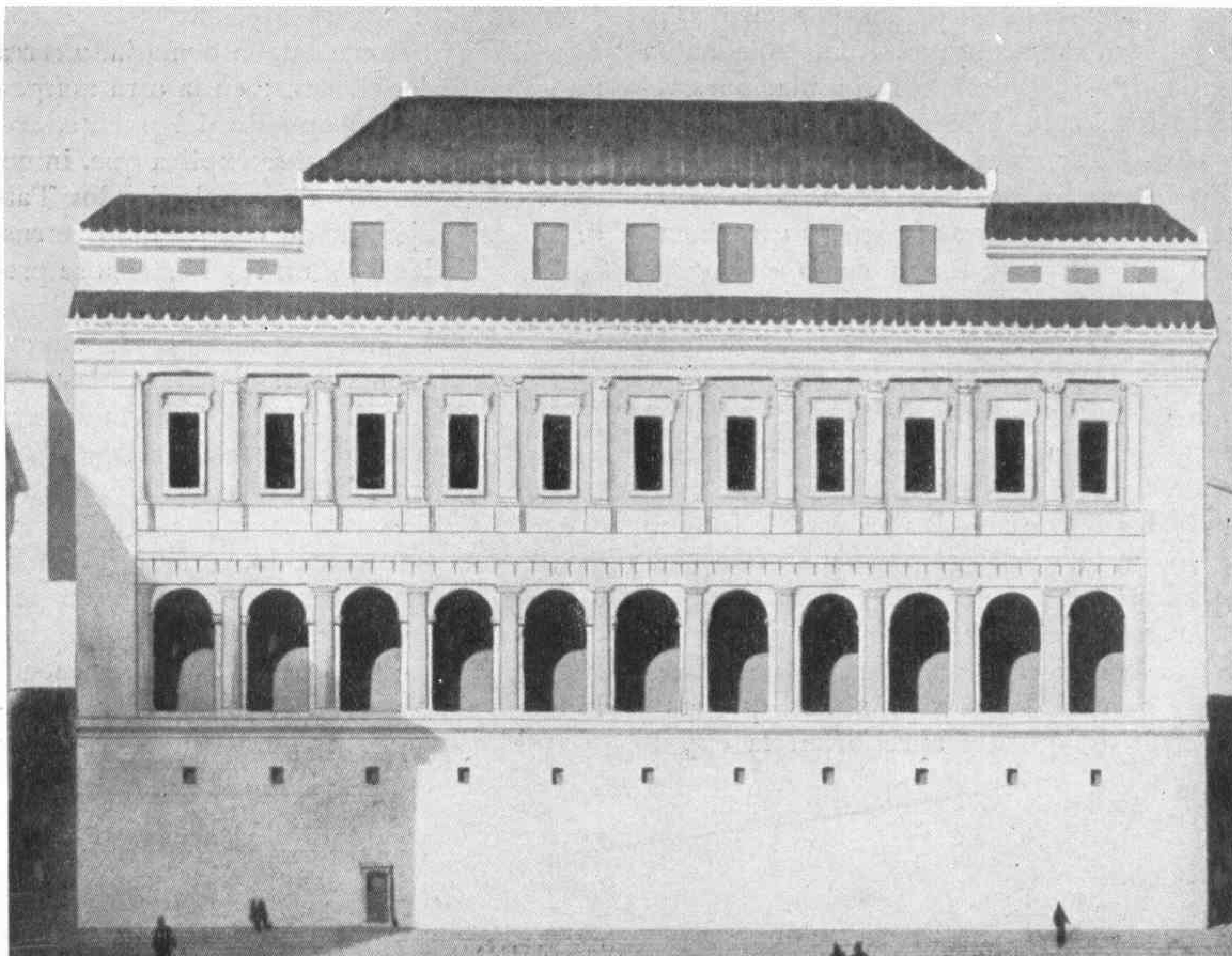
En las guerras de Pórsena los ciudadanos romanos debieron de hacer prodigios de valor: entonces fue cuando, según la leyenda, Horacio Cocles defendió él solo, la entrada del puente mientras los demás lo destruían, y cuando Mucio Scévola se quemó la mano sin hacer un gesto de dolor, delante de Pórsena, para mostrar al sitiador de

Roma cómo serían capaces de resistirle sus conciudadanos si continuaba la guerra y se decidían los etruscos a dar el asalto.

Es probable que Pórsena, o mejor dicho, los confederados etruscos, creyeran que no valía la pena continuar el sitio y se contentaron con imponer a Roma humillaciones que para ellos eran garantía de sumisión y de que la ciudad renunciaba a todas sus ambiciones. El Senado romano tuvo que entregar a Pórsena un trono y un cetro de marfil, una corona de oro y un manto de púrpura; y lo más duro del tratado, según Plinio, era una cláusula por la cual los romanos se comprometían a no emplear el hierro más que en los útiles de labranza, o sea que quedaban desarmados. Esto sucedía, según la tradición, en 497, y hasta el 396 no consiguió Roma venganza con la conquista de Veies, una de las más importantes ciudades de Etruria. Las guerras con Veies duraron medio siglo, y el sitio final se prolongó diez años. Dícese que los romanos, cansados de la resistencia, enviaron una embajada al oráculo de Delfos; éste les aconsejó que, para tomar la ciudad, debían los sitiadores cegar un lago que había en los montes Albanos, muy alejado de Veies, no sabemos si a modo de penitencia o como ejercicio preparatorio. Lo positivo es que Veies se rindió porque los romanos sorprendieron a la guarnición, penetrando en la ciudad por un túnel que llegaba desde las afueras hasta debajo del pavimento del templo; de modo que los trabajos de zapa aconsejados por el oráculo no fueron vanos. Por esto, con la décima parte del botín cogido en el saqueo de Veies se labró un trípode de oro para enviarlo a Delfos como exvoto.

Es posible que, para terminar cuanto antes el sitio de Veies, los magistrados de la

Tabularium o Archivo de Roma, adosado a la roca del Capitolio, conservado en gran parte. El piso alto sirve actualmente de Palacio Municipal.





Mapa esquemático de las principales Vías romanas en Italia.

República cometieran el mismo error en que hubieron de incurrir más tarde los últimos emperadores, esto es, que llamaran como auxiliares a los bárbaros vecinos, despertando así sus ambiciones de conquista. Seguro parece también que, faltando el dique que los retenía, que era Etruria, los celtas del norte de Italia, llamados galos por los romanos, debieron de extenderse sin encontrar resistencia por las llanuras del Lacio y la Italia Meridional.

El año 390 los galos estaban ya delante de Roma. Se les veía llegar al otro lado del Tíber, gritando furiosos: «¡Roma, Roma!...» Un ejército romano de cuarenta mil hombres fue deshecho por los galos, y los bárbaros entraron en la ciudad, que hallaron casi desierta. Sólo resistió el Capitolio, defendido por Marco Manlio, llamado después *el Capitolino*. Cansados de pasearse sin oposición por la vieja ciudad deshabitada, los galos impusieron condiciones para retirarse a sus tierras del norte de Italia, siendo la más importante la de que debían recibir mil libras de metal oro. Se añade también que, al quejarse los romanos de la mala fe con que se les pesaba el oro, Breno, el jefe de los galos, echó en la balanza su espada lanzando el famoso: *Væ victis!* con que han justificado siempre sus abusos de fuerza todos los conquistadores.

La permanencia de los galos en Roma duró poco, pero algo dejaron de sus maneras. Los romanos apreciaron su fuerza y su carácter belicoso. Un senador que simpatizó con los invasores, recibió el derecho de llevar el collar sagrado de los celtas llamado torcus y adoptó el nombre de Manlio Torcuato.

En 225 una nueva horda de galos, reclutados entre las tribus de ambos lados de los Alpes, invadió la Italia Central; sólo les faltaban tres días de marcha para llegar a las puertas de Roma. Parecía que iban a repetirse los desastres del 390, pero Roma había crecido en poder y en influencia y pudo movilizar a sus aliados para acorralar a los bárbaros en un promontorio de las costas de Etruria y destruirlos. Es de suponer que los galos que quedaron en el norte de Italia se incapacitaran para organizarse en Estado, con sus odios de raza y sus movimientos migratorios incesantes, que tanto dificultaron el triunfo de los pueblos germánicos en el siglo IV después de J. C. De todos modos, en 224 antes de nuestra Era el cónsul Flaminio decidió la conquista de la Galia cisalpina; asaltó a Milán el 222 y completó la ocupación de la llanura del Po, fundando las colonias de Mutina (Módena), Placentia (Piacenza) y Cremona. Además, construyó la famosa vía Flaminia, que hasta nuestros días ha puesto en comunicación el norte de Italia con Roma. Fue la primera de las vías militares que formaron la red de penetración y del dominio de Roma en toda la península.



Un galo insultando a un senador inválido. Palacio del Senado. Roma.

Ya dijimos que los dos grandes grupos de enemigos que tenía Roma en el sur de Italia eran los samnitas y los griegos. Los samnitas formaban una confederación de pueblos belicosos en las montañas de la Apulia y del país de Nápoles. Con tiempo y audacia habían llegado a conquistar hasta las tierras de los griegos de la Italia Meridional, que quedaron reducidos a sus ciudades de la costa. Hacia la mitad del siglo IV antes de J. C., cuando los galos se mostraban aún amenazadores, Roma tuvo que esgrimir sus armas contra los samnitas. Capua, amenazada por estos bárbaros del Sur, se ofreció a Roma si ésta quería protegerla. Roma aceptó, y desde este momento empieza su intervención en los asuntos de la Italia Meridional. Una a una las ciudades del sur de Capua van cayendo bajo la influencia de Roma, mientras que ésta continúa estableciendo colonias, que serán más tarde centros de irradiación del espíritu romano y baluartes de resistencia en momentos de rebeldía.

Y cada rebelión significa otro avance para Roma; los descontentos buscan aliados en sus vecinos, todavía independientes, y éstos, en castigo de su intromisión, quedan incluidos en la zona de influencia de la República. Así, Nápoles cayó en 327; pero ninguna de estas conquistas era segura mientras quedasen los samnitas sin castigo. En 321 los cónsules tomaron la ofensiva y con cuatro legiones penetraron en el país de los samnitas. Al llegar a un desfiladero llamado Horcas Caudinas, el ejército romano se encontró envuelto por los montañeses y tuvo que rendirse, después de varios días de lucha desesperada. Los samnitas obligaron a los oficiales y soldados romanos a pasar bajo el yugo, y una vez humillados, sin otra injuria, se les concedió la libertad. El cónsul prisionero tuvo que pactar un tratado de paz que el Senado no quiso ratificar y esto exasperó a los samnitas. La guerra continuó por varios años; otro cónsul fue derrotado en 309, pero después de estas experiencias dolorosas, los romanos, cambiando de táctica, aguardaron a que sus enemigos vinieran a atacarles. No se hicieron esperar. El año 305 los samnitas invadieron la Campania y fueron derrotados. Los vencedores, generosos en apariencia, no impusieron la cesión de ningún territorio, pero se prepararon para invadir el Samnio pacíficamente, abriendo vías de comunicación y fundando colonias. La vía Appia, comenzada por el censor Appio Claudio, llamado *el Ciego*, en los trágicos días del año 312, en el momento más crítico de la guerra con los samnitas, y que llegaba ya hasta Capua, fue continuada a través de las montañas... En una última campaña los samnitas fueron vencidos definitivamente el año 295.

Quedaban aún los griegos en el sur de Italia y en Sicilia; éstos hubieran podido ser los enemigos más peligrosos de Roma si hubiesen obrado de concierto y, sobre todo,

si hubiesen podido recibir auxilio de la Grecia propia. Pero cuando los romanos llegaron hasta allí, las ciudades griegas habían perdido todo contacto con sus colonias; los griegos de Grecia no pensaban más que en querellarse unos con otros, como los mismos griegos de Italia. No había en Grecia unidad para la acción.

Así y todo, las guerras de Roma con los griegos del sur de la península ocasionaron grandes dificultades a la República. La excusa o razón que tuvo Roma para entremeterse en las querellas de los griegos de Italia fue que Tarento había ayudado a los samnitas. La arrogancia de la más floreciente de las colonias griegas de Italia, que era Tarento, hizo que Turi pidiera la protección de los romanos. Turi era la colonia de Atenas que había sido fundada en tiempo de Pericles, mientras que Tarento, ciudad mucho más antigua y mejor situada, era una colonia de Esparta. Los tarentinos tenían a los romanos casi como a unos bárbaros, cuya impertinente intervención en los asuntos de Turi reclamaba un escarmiento. Pero después de las primeras escaramuzas, se dieron cuenta los tarentinos de la calidad del adversario y para hacerle frente se procuraron un gran general griego, autor de libros de táctica y rey del Epiro; éste es el famoso Pirro, el de las pírricas victorias, que vale tanto como decir victorias sin consecuencias, sin resultados prácticos. Las causas de la adversa fortuna de Pirro en Italia fueron las siguientes: en primer lugar, los tarentinos le llamaron para que hiciese de general, pero como mercenario suyo, y Pirro llegó con aire de rey, acostumbrado a ser obedecido. Traía un ejército disciplinado, incluso con veinte elefantes, y empezó en seguida a actuar en Tarento como un dictador. Mandó cerrar los teatros y los gimnasios, y obligó a los ciudadanos a comer un rancho militar y adiestrarse en ejercicios y maniobras; éstas eran precisamente las molestias que los tarentinos habían querido evitarse, y ya se comprende que, desde aquel momento, Pirro debía hacerse odioso a sus aliados griegos. Además, acostumbrado como estaba a las grandes campañas del Asia, no se dio cuenta, según parece, del valor de la Italia Meridional, donde muy bien podía ganarse un reino gemelo al que ya poseía en el Epiro, al otro lado del Adriático. Siglos más



Galo moribundo. Escultura helenística del Museo del Capitolio. Roma.



Busto de Pirro. (Museo de Nápoles.)

tarde, los bizantinos comprendieron que el sur de Italia formaba una unidad y, abandonando a los bárbaros el norte de la península, se contentaron con lo que Pirro cabalmente despreciaba. Pero este hombre pareció siempre desear más, y así perdió al fin lo que ya tenía entre las manos... Esta es la interesante lección que nos proporciona Pirro con su fracaso.

Hubo momentos en que la república hubiera concedido a Pirro una paz ventajosa, pero él proponía condiciones que el Senado no podía aceptar. La leyenda cuenta que una vez, después de haber oído el Senado al embajador de Pirro, que era un astuto griego muy elocuente llamado Cineas, cuando los senadores empezaban a vacilar, entró en la sala el viejo Appio Claudio, llevado por sus hijos y nietos, y pronunció un discurso que se hizo tan famoso, que su texto todavía se estudiaba como modelo de oratoria en tiempo de Cicerón. Appio Claudio, que había sido cónsul y censor varias veces, estaba impedido y ciego, por lo que comenzó su oración diciendo que nunca se había sentido contento de su ceguera hasta aquel instante, en que quisiera ser sordo también para no enterarse de la deshonra de que Roma se disponía a pactar con Pirro. En otra ocasión los romanos enviaron una embajada a Pirro, y Cineas, como buen griego, propuso a su amo que ofreciera a uno de los embajadores, llamado Fabricio, una fuerte suma para corromperle. Fabricio contestó: «Si yo soy un miserable, no vale la pena de que por mí gastéis dinero, y si soy un hombre honrado, no podéis esperar que yo lo acepte.» Al día siguiente, Pirro trató de asustar a Fabricio poniéndole delante de un elefante. El embajador romano, sin mostrar sobresalto alguno, le dijo: «Esta bestia no tiene más poder sobre mí que el oro que ayer me ofrecisteis.» Así triunfó Roma. Pirro comprendió que, por más victorias que consiguiera sobre los ejércitos romanos, no vencería a la república. Hubiera podido hacerse un reino en el sur de Italia, y gobernarlo desde su capital del Epiro o desde Tarento, que podía transformarse en una segunda capital de sus dominios; pero la victoria final y deslumbrante que él deseaba no podía obtenerse mientras hubiera en Italia hombres como el censor Appio Claudio y el embajador Fabricio. Así es que, después de una campaña modelo de estrategia en Sicilia, Pirro regresó al Epiro, entregando a los romanos, casi como un regalo, la fortaleza de Tarento.

Este es, en compendio, el proceso de la conquista de Italia por los romanos; sin embargo, el lector se equivocaría por completo si considerara nuestro esquema como la verdadera historia. Los sucesos que hemos acumulado en cuatro campañas son, en realidad, una serie de guerras que duraron

dos siglos y medio. Puede decirse que desde el ataque de Pórsena, en 497, hasta la entrega de la fortaleza de Tarento, en 272, casi no pasó ningún año sin que los romanos tuvieran que defenderse o atacar a sus vecinos. Los enemigos de Roma muchas veces la atacaron simultáneamente y así se dio el caso de que, mientras un cónsul con sus legiones conseguía una victoria en el Norte, otro cónsul era lastimosamente derrotado en el Sur, o sufrían descalabros ambos a la vez. En ocasiones los enemigos de Roma obraron todos de concierto y dispusieron de recursos que no tenían los romanos, como eran los elefantes y la marina de los griegos de la Italia Meridional. Asombra el temple de alma de los romanos. El que lee a Tito Livio o a Mommsen, que son todavía los dos mejores historiadores de esta época de Roma, se asombra de tantos desastres, tantas campañas sin resultado, y se cansa de ver cómo el enemigo, hoy vencido, reaparece amenazador algunos años más tarde. Por ejemplo, los etruscos y los galos se agitan todavía en los momentos más peligrosos de las campañas de Pirro; los mismos pueblos latinos, que parecían fieles aliados de Roma, la acometen por la espalda cuando sus legiones marchan hacia el Sur. El ánimo se estremece al sacar la cuenta de tantas legiones exterminadas, de tantos cónsules vencidos, de tantos aliados de Roma que abandonan su causa. Pero Roma no se cansó; con una tenacidad sin ejemplo en la historia del mundo, dejó pasar las tempestades para volver a la lucha con mejor táctica y a veces hasta esperó que una nueva gene-

Alberobello. Pueblo de los samnitas en la Pulia.
Obsérvese que las casas tienen cúpulas cubiertas con lajas de pizarra.



ración triunfara definitivamente donde fracasaron sus antepasados.

Además, mientras Roma se extendía por el Norte y por el Sur, continuaba la obra interna de reformar su constitución y hacía evolucionar sus instituciones sin grandes sacudidas que pudieran detener la marcha ascendente de la república. La historia constitucional y económica de Roma es para nosotros mucho más interesante que su historia política. Excepto algunas lecciones de táctica y de buen gobierno, poco queda aprovechable hoy de las conquistas de Roma dentro y fuera de Italia. En cambio, nunca admiraremos bastante la manera cómo los plebeyos supieron conquistar y los patricios conceder los derechos políticos de que estaban tan celosos. Y como en materias económicas y civiles todavía hoy nos valemos de las leyes romanas para regular nuestros actos, los continuados progresos que hizo Roma en derecho público y privado no pueden menos de interesarnos profundamente. Empecemos por la conquista de lo que hoy llamaríamos igualdad civil.

Sabemos ya que, en un principio, Roma estaba dividida en dos clases de ciudadanos, que formaban casi dos castas, pues no podían los plebeyos contraer matrimonio con las hijas de los patricios ni éstos con las de aquéllos. El respectivo origen de plebeyos y patricios, esto es, si eran de diferentes razas en su origen o si los patricios fueron los primeros en llegar y los plebeyos otros inmigrantes posteriores de la misma raza, es todavía un enigma. Patricio quiere decir el que tiene padres o ascendencia conocida, y nada más. Todos juntos, plebeyos y patricios, formaban el *pópulus,* y, como ya hemos dicho, se reunían en asambleas llamadas *comicios;* pero los supremos magistrados, que eran los cónsules, sólo podían elegirse de entre los patricios. Por eso dice Tito Livio que en un principio los plebeyos detestaban a los cónsules tanto o más que a los reyes. Ni tan sólo la circunstancia de ser dos los cónsules, y no uno, limitaba su autoridad, porque pronto aprendieron a dividirse el año y repartirse por sorteo los diversos asuntos para resolverlos por sí y ante sí, sin la menor injerencia del compañero. Ya hemos explicado, en el capítulo anterior, cómo retirándose los plebeyos de la ciudad en ocasión de que todo el mundo hacía falta en ella, obligaron a los patricios a concederles el nombramiento de dos nuevos magistrados, que se llamaron *tribunos de la plebe,* para que los defendieran de los abusos de los cónsules. La fuerza de los cónsules se fundaba principalmente en el *imperium,* o sea su poder ejecutivo, mientras que la fuerza de los tribunos consistía únicamente en el veto que podían oponer a las decisiones de los cónsules. Obsérvese que en realidad el pueblo no ganó mucho con tener sus magistrados, porque de hecho los plebeyos pudieron siempre poner el veto, sin necesidad de los tribunos, con sólo negar su colaboración y retirarse al Aventino, o a otro sitio de refugio.

Columna que señala el término de la Vía Appia en el sur de Italia. Brindis.

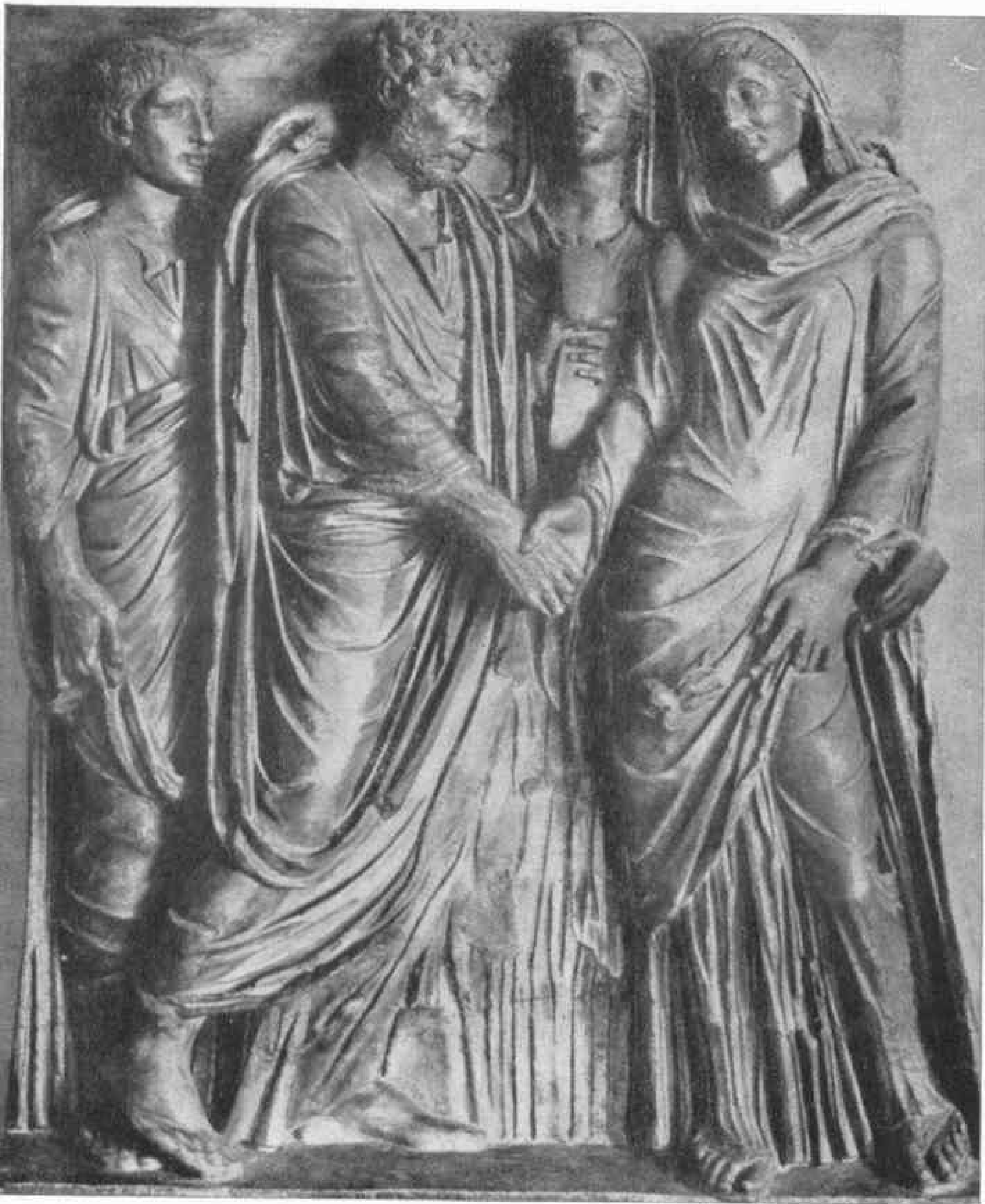




Vía Appia, cerca de Roma, con restos del antiguo pavimento poligonal.

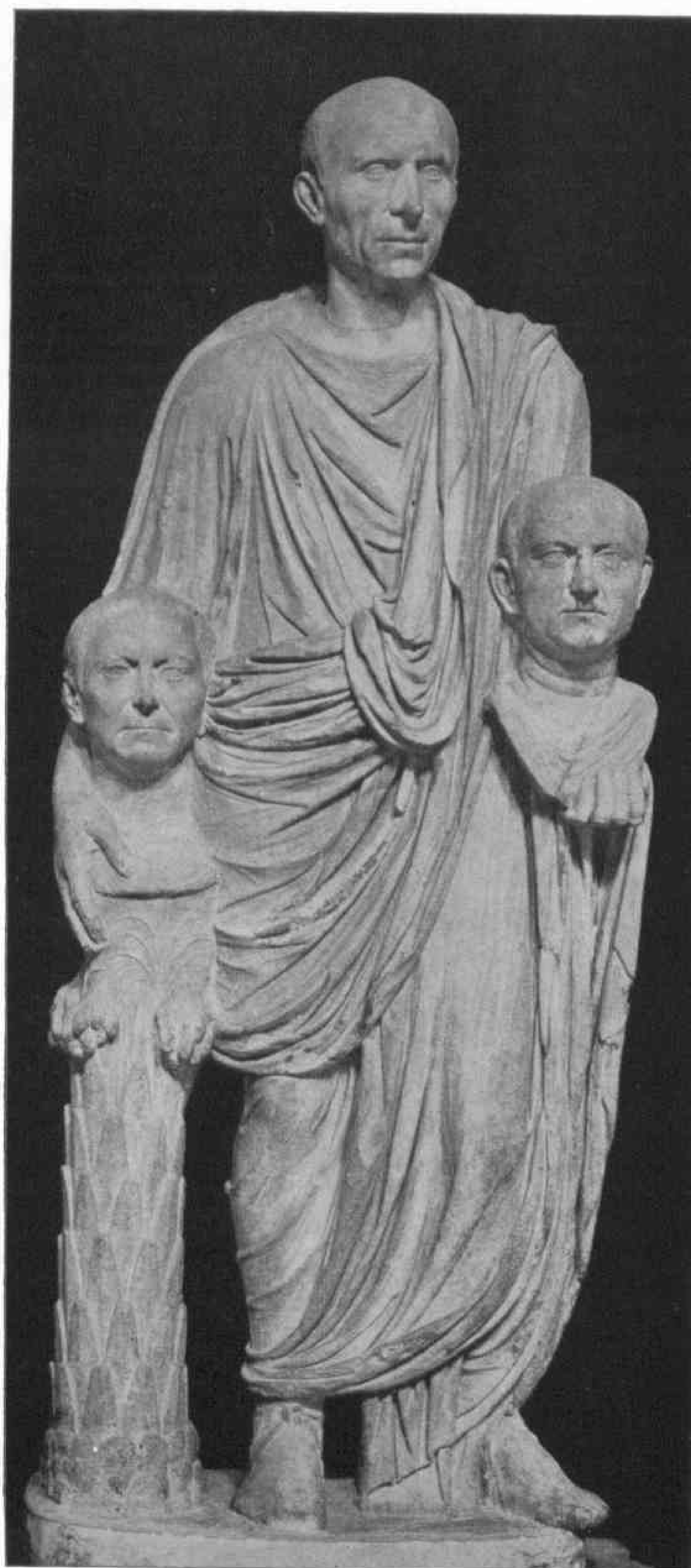
Acaso el lector pensará que todo lo que estamos diciendo no es más que repetir algo de lo ya expuesto en el capítulo anterior, y en verdad que así es, pero en cambio conoce ahora las dificultades que encontró Roma para realizar la conquista de Italia, y puede comprender mejor el interés que tenían los patricios en retener a su lado a los plebeyos, otorgándoles de tarde en tarde algo de lo que pedían, para utilizarlos en sus campañas de penetración peninsular. Y este algo, al cabo de dos o tres siglos, fue la total igualdad de derechos.

Porque, aun cuando los tribunos no tuvieran poder ejecutivo, el pueblo tuvo en ellos por lo menos jefes que le guiaron para alcanzar nuevas conquistas. Vamos a extractar algunos párrafos del libro cuarto de Tito Livio, en los que explica la victoria de los plebeyos del año 445 antes de J. C.: «Este año — dice Livio — lo fue de grandes perturbaciones en el interior y el exterior. Porque, al principio del año, el tribuno Cneo Canuleyo propuso una ley que autorizara el matrimonio entre plebeyos y patricios, por la cual ley los patricios temieron que sus privilegios de sangre desaparecerían en breve. Además Cneo Canuleyo sugirió que por lo menos uno de los cónsules podía ser elegido de entre los plebeyos, estimando que el pueblo debía tener el derecho de participar en la elección de los cónsules lo mismo que los patricios...» Y ahora añade Livio con toda malicia: «Ya puede comprenderse, pues, cuánto se alegraron en estos momentos los patricios al oír las noticias de la sublevación de Ardea, y de que Veies se había levantado contra Roma, y de que los volscos protestaban de las fortalezas erigidas en las fronteras del Sur. Estas noticias se propalaron debidamente abultadas, para que, con el peligro de tantas guerras, los tribunos suspendieran sus reformas y los cónsules pudieran ordenar al pueblo que se alistara y preparara para la lucha con toda la energía posible. Entonces Cneo Canuleyo, con breves pero firmes palabras, manifestó al Senado que los cónsules trabajaban en vano para distraer a los plebeyos de sus proyectos de reforma, añadiendo que nunca, mientras él viviese, los plebeyos se alistarían si antes no se habían aprobado las leyes propuestas por él y por sus colegas. E inmediatamente con-



Fragmento de relieve que representa un matrimonio romano. El esposo tiene en la mano el pan litúrgico que va a partir con la desposada. En el centro está Juno Pronuba que une a los dos esposos y a un lado se halla un sacerdote acólito.

Patricio romano llevando en procesión los bustos de sus antepasados.



vocó al pueblo a los comicios, confiando en su elocuencia...»

El lector puede tener la seguridad de que no hemos añadido ni una sílaba a las palabras de Livio, y, sin embargo, parece cosa de nuestros días esto de que las clases acomodadas vean satisfechas estallar la guerra porque con ella se distraerá la atención del pueblo descontento. Pero continuemos: «Los dos cónsules — sigue diciendo Livio — después que Canuleyo hubo terminado su discurso, excitaron al Senado a proceder contra el tribuno, como éste, a su vez, excitaba al pueblo a proceder contra los cónsules y contra el Senado. Los cónsules insistieron en que las locuras de los tribunos no podían tolerarse por más tiempo, que ellos solos provocaban más dificultades a Roma que los mismos enemigos exteriores, y concediéndoles todo lo que pedían, se premiaría la sedición en lugar de castigarla, etc.» Livio continúa dándonos el contexto de los discursos de los cónsules en el Senado y de

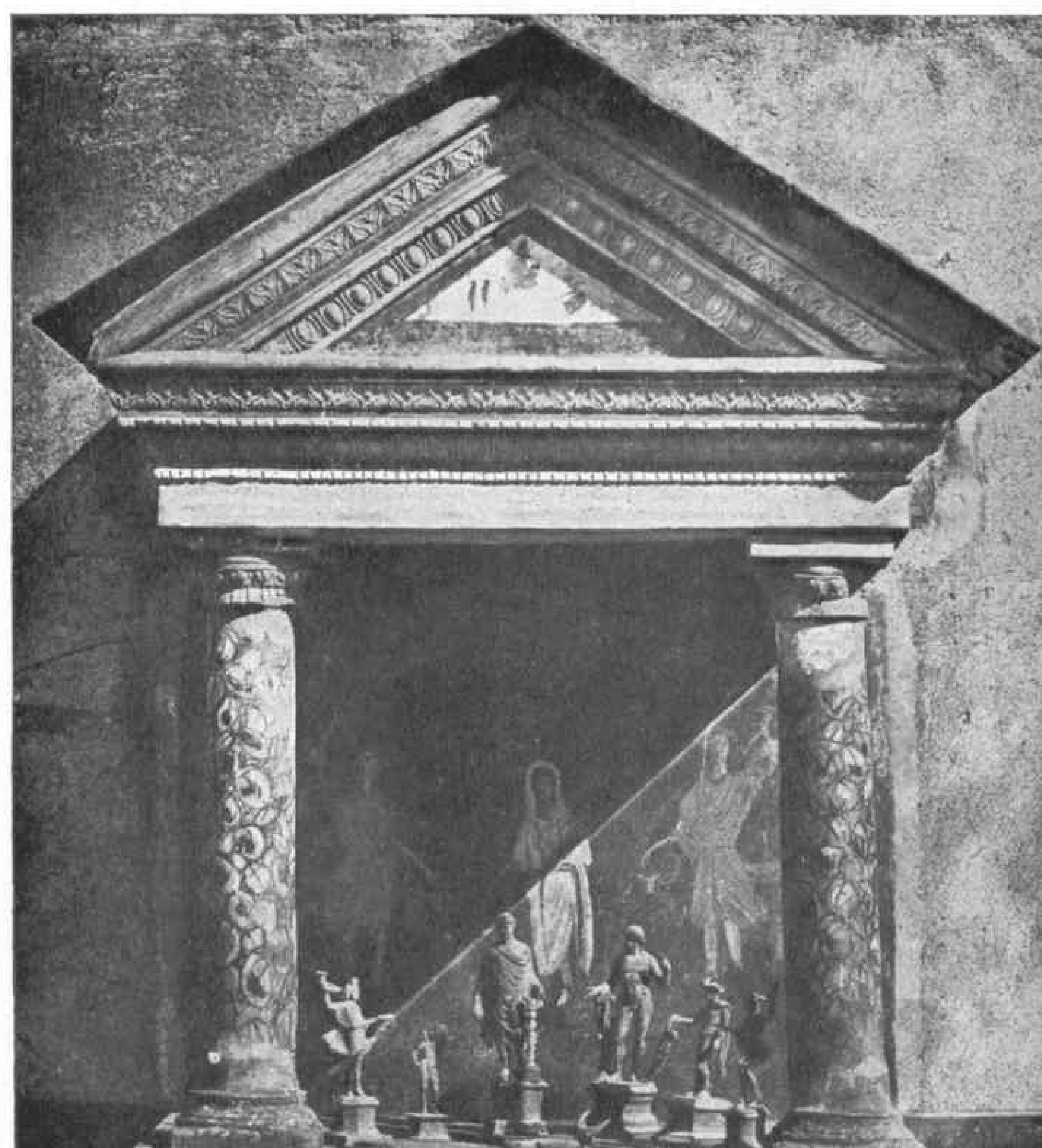
los tribunos en los comicios. Es curioso comparar la oratoria de ambos bandos; los cónsules insinúan que lo que pretenden Canuleyo y sus colegas no es el bien de la plebe, sino la satisfacción de su vanidad, para ser ellos los primeros cónsules plebeyos. Esperan que Júpiter no tolerará que la majestad del poder consular descienda de este modo... Concediendo lo que piden los tribunos, éstos se harán más exigentes. Además, con los matrimonios entre plebeyos y patricios todos vivirán mezclados como bestias salvajes, los hijos no sabrán de qué casta son, ni nadie es capaz de saber qué derechos religiosos tendrán los híbridos del patriciado. Canuleyo, por su parte, empezó su discurso declamatorio, en favor de las leyes y contra los cónsules, en estos términos: «Muy a menudo habréis observado, ¡oh, romanos!, cuánto os desprecian los patricios y cuán indignos os consideran de vivir dentro de las murallas de la misma ciudad donde ellos viven, pero nunca como ahora se ha visto tan claro cómo se irritan sólo porque les recordamos que somos sus conciudadanos, etc.» Tito Livio no deja de contarnos que, después de esta muestra de elocuencia, el tribuno Canuleyo continuó haciendo obstrucción a la organización del ejército, hasta el punto de que se hizo evidente que los patricios no tenían más remedio que ceder ante los plebeyos o ante los enemigos de Roma.

La primera concesión fue la del matrimonio entre plebeyos y patricios, y con ella pensaban los senadores satisfacer al tribuno, pero Canuleyo continuó dificultando los preparativos de guerra. Aunque había entre los patricios un grupo de irreconciliables, que querían imponerse por la fuerza, se llegó a un arreglo para evitar que nadie pareciese vencido. Ambos cargos de cónsules y de tribunos fueron suprimidos momentáneamente en previsión de la guerra, creándose otros con el nombre de *tribuni militum consulari potestate*, esto es, tribunos del ejército con autoridad consular, que podían ser elegidos indistintamente entre los plebeyos o los patricios.

Aunque esta reforma no podía satisfacer a nadie, los plebeyos tuvieron la habilidad de esperar, y, por fin, consiguieron lo que ya pedía Canuleyo, que no era sino el derecho de elegir cónsules fuera de la casta de los patricios. Pero los patricios encontraron pretextos para falsear la ley y hasta el 367 no se hizo obligatorio que uno de los cónsules fuese plebeyo. Como consecuencia de esto, resultó que los tribunos, que en un principio habían sido simples magistrados de la plebe, pasaron a serlo de todo el pueblo romano, aunque su función principal, que era la de defender a la plebe, no había caducado.

Así lentamente, y siempre por los mismos métodos, que hoy llamaríamos de oposición dentro de la legalidad, consiguió todos sus derechos el pueblo de Roma. Es un hecho curioso que, hasta el fin de la república, la plebe, cuando lo estimó conveniente a sus intereses de clase, continuó ponien-

Larario o altar doméstico de una casa de Pompeya, donde se conservaban piadosamente los penates o lares.





Relieve que representa el funeral de un patricio romano. El muerto, en su lecho funeral, va llevado en andas. Detrás queda, en casa, la familia enlutada. En lo alto aparecen dos lloronas.

do en práctica su sistema de retiradas o abstenciones, que muy justamente se han comparado con las modernas huelgas generales. Por ejemplo, Plinio el Viejo dice que el año 287 antes de J. C., «con motivo de una retirada de los plebeyos al monte Janículo, tuvo que promulgarse una ley que obligaba a todos los ciudadanos romanos a obedecer las leyes votadas por la plebe». He aquí, pues, a la plebe legislando con su poder bastante sobre todos los romanos, incluso los patricios; pero lo más interesante es que esta retirada de la plebe, el año 287 antes de Jesucristo, no podía ser ya una emigración en masa, como las anteriores al monte Aventino o al monte Sacro, cuando abandonaron los plebeyos la ciudad con sus familias y bienes muebles, sino más bien una huelga de todos los hombres hábiles, que acamparon en el monte Janículo en son de protesta y rebeldía. Roma en esta fecha tenía ya, por cierto, más de trescientos mil habitantes y no parece posible que la mayoría de ellos abandonara de esta manera sus casas, llevándose la familia y todo el ajuar doméstico.

Pero si la plebe romana reveló siempre gran cordura y moderación en los procedimientos políticos, no es menos admirable el espíritu cívico con que los patricios fueron cediendo y transigiendo siempre, llegando hasta concesiones que debían serles dolorosas. La más dura debió de ser el mencionado derecho de matrimonio entre patricios y plebeyos. Es verdad que los patricios no se consideraron nunca como una casta cerrada, al estilo de las de la India, pero se mostraban muy pagados de lo que podríamos llamar limpieza de sangre. En el atrio de la casa, los patricios conservaban piadosamente los retratos de los antecesores, efectuados con cera, y cuando un patricio era elegido para un cargo público, salía en procesión con todos sus parientes y clientela, llevando las imágenes o bustos de aquellos de sus antepasados que habían sido también honrados con distinciones parecidas. Además, los patricios, por tradición secular, conocían bien los ritos sacerdotales y especialmente los métodos más indicados para explorar la voluntad de los dioses en asuntos de interés público; en una palabra, podían formular augurios en cosas de suma importancia para la república. Esto no quiere decir que los plebeyos no pudieran también llegar a hacer lo mismo, pero sólo en la esfera familiar o privada. Cicerón habla de un porquero, llamado Atto Nevio, que se hizo famoso por sus augurios de esta clase, y por otro autor sabemos que Catón el Viejo, que no pertenecía a la clase patricia, hacía también augurios en familia sobre los asuntos domésticos. Augurar no era revelar el porvenir, sino

sólo averiguar si los dioses aprobaban o desaprobaban algo que se proyectaba.

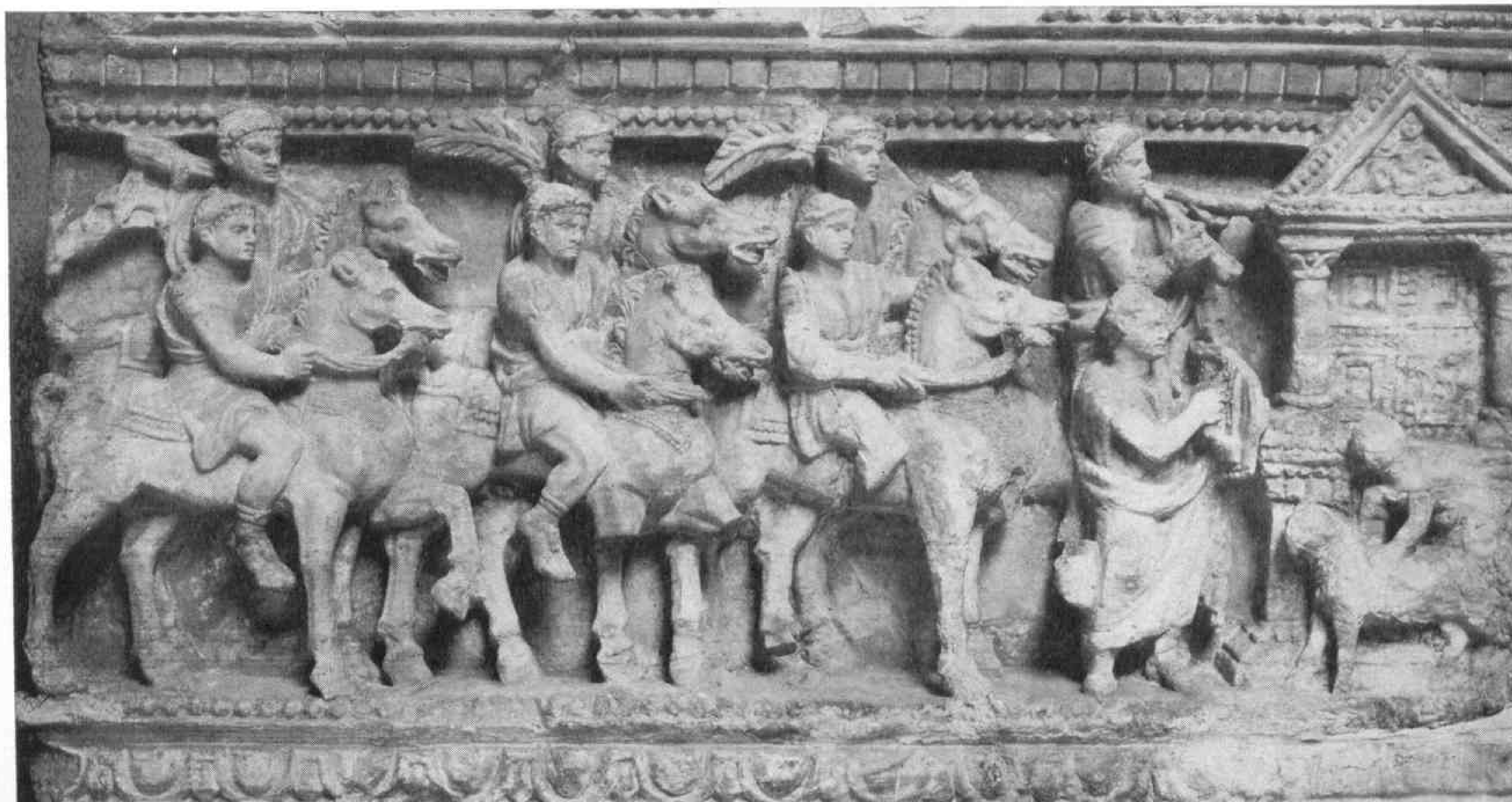
Los patricios tenían también ritos religiosos peculiares de su casta, y acaso el más antiguo era la *confarreatio* para las ceremonias nupciales. El casamiento por confarreación se verificaba en casa de la mujer; el novio era llevado a ella en procesión y debían asistir a la ceremonia por lo menos diez testigos, con los sacerdotes, que recitaban fórmulas de obscuro significado. Los contrayentes comían un bizcocho de pan negro, sentados sobre la piel de un cordero que había sido sacrificado para el caso. El matrimonio por confarreación era un vínculo religioso casi indisoluble, y cuando podía lograrse el divorcio, exigía iguales ritos a los del casamiento, pero invirtiendo el orden de las ceremonias.

Igualmente meticulosos se mostraban los patricios en sus ritos funerarios. El cadáver embalsamado del difunto era llevado en procesión en su mismo lecho mortuorio, precedido de músicos y plañideras, lloronas que desempeñaban su oficio en los duelos arañándose la cara y arrancándose los cabellos. Pero sólo los patricios tenían derecho a exhibir las cabezas de cera de sus antepasados en el fúnebre cortejo. Diferencias litúrgicas se revelaban también en el acto de los funerales. Mientras los patricios mantenían el procedimiento de cremación y se enterraban en pequeñas urnas colocadas en una sala o *columbario,* llamada así por parecerse al lugar donde hacían nidos las palomas, los plebeyos se enterraban en cajas en el suelo.

Dificultades parecidas se originaban de conceder el *imperium,* o autoridad consular, a los plebeyos. ¿Podrían estos cónsules plebeyos hacer augurios antes de dar una batalla o antes de proponer una ley? ¡Qué sinnúmero de calamidades no podrían ocurrir si los cónsules plebeyos interpretaban torcidamente la voluntad de los dioses, al examinar las entrañas de las víctimas o al observar las señales en el firmamento!

El Senado era convocado por los cónsules y se reunía en un edificio llamado *la Curia,* que hasta hace poco subsistió, transformado en iglesia de San Adriano, a un lado del Foro romano. Tal como está hoy el

Oficiales del ejército romano preparándose a sacrificar un carnero para augurar antes de la batalla.



edificio, no parece, ni por sus dimensiones ni por su decoración, haber sido nunca un monumento extraordinario. En un principio, ya hemos dicho que el Senado se componía de cien ancianos, pero este número fue aumentado primero a doscientos, más tarde a trescientos, y Sila lo elevó a quinientos. De manera que, durante los tiempos gloriosos de la república romana, cuando ésta se iba convirtiendo en el poder mundial que subyugaba uno tras otro a sus adversarios, el Senado se componía sólo de trescientos miembros. Hasta el año 367 los senadores fueron exclusivamente patricios, pero al conceder el consulado a los plebeyos, como los cónsules, al cesar en sus cargos, ingresaban *ipso facto* en el Senado, se abrió así la puerta a la plebe. Más tarde, no sólo los cónsules plebeyos, sino los cuestores, censores y tribunos, al terminar su mandato, pasaron a formar parte del Senado; y de este modo la alta asamblea, antes formada por los miembros de un reducido número de familias patricias, cambió de composición en pocos años.

Ni el poder ejecutivo ni el legislativo residían en el Senado, pues los verdaderos soberanos absolutos eran los cónsules; eso sí, con el poder que habían recibido del Senado. En realidad, el Senado era una asamblea consultiva, pero su enorme influencia moral le hacía de hecho el poder supremo del Estado. Los cónsules pedían su parecer al Senado, sin estar obligados a ejecutar sus decisiones; pero como los cargos consulares duraban sólo un año, con la elección de nuevos cónsules el Senado estaba seguro de imponer su voluntad a los pocos meses. Además, ¿cómo podía el cónsul inexperto imponerse a los viejos magistrados que le habían precedido en el poder y conocían las dificultades del mando por experiencia personal, acaso por haber fracasado ya en lo mismo que el cónsul se proponía?

Mucho más complicado era el procedimiento de las asambleas populares, llamadas *comicios*. Sorprende que el pueblo romano, durante los siglos en que pudo imponer su voluntad, no advirtiera la necesidad de uniformar los métodos del sufragio. Unas veces los comicios votaban por tribus, otras por centurias y otras formando una especie de organizaciones religiosas llamadas *curias*, pero nunca la votación se hizo por individuos, sino por grupos. Estos grupos, ya fuesen tribus o centurias, ya curias, decidían su voto de antemano y un individuo votaba por todo el grupo. Tampoco tenían lugar fijo de reunión; los comicios por centurias, que representaban una organización militar, se reunían fuera de



Un orador de la época republicana. Bronce etrusco llamado *L'Arringatore*.

Un magistrado de la época republicana. Busto del llamado «primer Bruto».



las murallas, en el Campo de Marte, que servía para ejercicios y paradas; pero los comicios por tribus o curias se convocaban unas veces en el Capitolio, delante del templo de Júpiter, y otras en el Foro, o en el prado del circo Flaminio, que era sitio despejado y agradable.

El primer cuidado del cónsul o tribuno que convocaba los comicios era el de averiguar, por medio de augurios, si los dioses se mostraban favorables a la reunión o había que demorarla para otro día. En la vigilia, antes de media noche, el cónsul o el tribuno que convocaba los comicios acudía al lugar donde tenían que reunirse y procedía a señalar el espacio sagrado, llamado *templum,* desde el cual vigilaría los augurios; por lo general, tenía el cónsul un ayudante que era práctico en augurar, y si era tribuno, se procuraba un sacerdote patricio sobre cuyos derechos para interpretar los augurios no cupiese ninguna duda. Durante la noche, el cónsul o tribuno y su asistente escuchaban atentos los rumores que podían indicar la voluntad de los dioses, y sobre todo, al amanecer, las señales del cielo y el vuelo de las aves eran observados con gran cuidado. En los primeros siglos de la república, la manera más corriente de augurar era el examen de las entrañas de una víctima, especialmente el hígado. La más ligera tara o defecto que pudiera apreciarse en la inspección de los lóbulos hepáticos se consideraba motivo suficiente para posponer lo que se tenía proyectado.

La reunión de los comicios empezaba a la salida del sol y tenía que haber concluido a mediodía. Nadie tenía derecho a hablar hasta que fuese invitado para ello por el tribuno o cónsul que presidía, pero éste a menudo se hacía acompañar de personas cuya oratoria podía ser eficaz para convencer al pueblo. Las mujeres, en un principio, no podían asistir a los comicios; sin embargo, poco a poco se toleró su presencia y hasta en algunos casos hablaron, invitadas por el presidente. Tiberio Graco, por ejemplo, llevó a su madre a los comicios para que con sus súplicas le ayudara a ganar la votación, y Sempronia, la hermana de los Gracos, fue también invitada por un tribuno de la plebe a asistir a la asamblea y dar su parecer en el asunto que se discutía.

El magistrado presidente hablaba desde un estrado, pero los demás tenían que hacerlo desde un lugar inferior, y se les fijaba el tiempo máximo que podían emplear en sus discursos. Cuando el asunto estaba, a juicio del presidente, suficientemente debatido, se ordenaba proceder a la votación con este grito: «Si lo creéis conveniente, quirites (ciudadanos), separaos en grupos.» Así la asamblea se dividía en curias o centurias, ocupando cada uno su lugar en recintos separados por medio de cuerdas, que habían sido dispuestos de antemano para cada tribu, curia o centuria. Los votos se es-

cribían en pequeñas tabletas, con abreviaciones, que querían decir: *Uti rogas* (como tú quieres), para el caso afirmativo, o bien: *Antiquo* (como estaba antes), para los votos negativos. Una vez hecho el recuento de los votos, el magistrado presidente anunciaba en voz alta el resultado.

Aprobada una resolución por el *populus,* que era el verdadero soberano, hubiera sido un tremendo sacrilegio no aceptarla los magistrados o el Senado. Para revocar una ley, hacía falta otra ley.

El carácter religioso de las asambleas romanas ponía las leyes por encima del mismo cónsul, aunque éste tuviera *imperium,* o sea que ejerciese plenamente el poder ejecutivo.

La idea de que el pueblo es dueño de sí mismo, y sólo delega su derecho en una o varias personas, es en realidad una idea romana. Es cierto que para ello Roma tuvo que investir a la asamblea popular de un carácter religioso: votar una ley era para un romano asistir a un culto. Acaso suene esto a algo prehistórico — resabio de una mentalidad primitiva —, pero con su religión algo doméstica el pueblo romano nos ha dado la norma y el ejemplo a seguir para el gobierno de nuestras complicadas sociedades modernas.



Sacrificio de un toro para examinar sus entrañas los arúspices y agoreros.



Un ángulo de las ruinas de Cartago. El lugar donde estaban las Termas, junto a la playa.

10 ROMA O CARTAGO

Al abandonar Pirro a Tarento, dos cosas aparecían bien claras como consecuencia de sus campañas: la fuerza moral de Roma y la poca capacidad de los griegos de Italia para organizarse en un Estado que pudiera resistir a la potencia romana. Por lo que toca a las ciudades griegas del sur de la península, no quedaba ninguna duda sobre su suerte: iban a ser incorporadas al Estado romano y asimiladas en pocos años. ¿Pero qué iba a ser de las colonias de Sicilia, que, independientes todavía, perdían el apoyo de los griegos del otro lado del estrecho? Era evidente que, tarde o temprano, aun sin quererlo Roma, los griegos de Sicilia tendrían que sucumbir también a la influencia de la república.

Sin embargo, Roma no era el único poder organizado del Mediterráneo occidental. Enfrente de Roma estaba Cartago, la nación fenicia del norte de Africa, de la que ya hemos hablado en el primer volumen de este libro, y Cartago, desde tiempos muy remotos, había establecido factorías y colonias en la costa sur de Sicilia, que los griegos tuvieron que tolerar, faltos de cohesión y empuje para conquistar toda la isla. En ciertos momentos, los enemigos de Cartago fueron estos griegos sicilianos, y hasta en las guerras de Pirro, Cartago se asoció a Roma para aniquilar al enemigo común. Sabido es que, cuando el embajador de Pirro trataba de convencer al Senado de Roma para que aceptara sus proposiciones de paz, una armada cartaginesa estaba fondeada en la desembocadura del Tíber aguardando órdenes de la república, dispuesta a combatir contra los griegos al lado de los romanos. Pero una vez Roma hubo ocupado el talón de Italia, no le quedaba más remedio a Cartago que luchar con Roma o abandonar a Sicilia, recluirse en Africa y reducirse a ser lo que hoy llamaríamos una simple potencia continental. Por desgracia, el norte de Africa no era un país que pudiera satisfacer las ambiciones ni aun las necesidades de Cartago. Tierra fértil, pero de secano, y con una población indómita, Cartago, como Tiro y Sidón, había tenido que procurarse con el comercio



Mapa con la situación de Cartago.

exterior las riquezas que no podía obtener en sus dominios africanos. Quitarle las colonias a Cartago era condenarla a la ruina; por esto sus guerras con Roma fueron, por necesidad, un duelo a muerte.

Por otra parte, Roma no podía tolerar que Cartago predominase en Sicilia, porque el estrecho de Mesina no es una protección suficiente para Italia; ni tampoco podían constituir los griegos sicilianos un Estado intermedio que sirviese de barrera, porque divididos como estaban por odios seculares, fatalmente, para dirimir sus contiendas intestinas, llamarían en su auxilio, más o menos tarde, a uno de los dos poderes rivales que tenían más cercanos y que, en este caso, serían Roma o Cartago.

Y así sucedió, en efecto. En 274 antes de Jesucristo abandonó Pirro a Italia y sólo habían transcurrido diez años cuando, en 264, estalló la primera guerra púnica porque en Mesina, divididos sus ciudadanos en dos bandos irreconciliables, pidieron ayuda, para combatirse entre sí, los unos a Cartago y los otros a Roma. Los cartagineses llegaron primero a Mesina, y después de haber tratado de conciliar los ánimos excitados, ocuparon sin más escrúpulos la fortaleza. Mientras tanto, otra embajada de Mesina continuaba incitando al Senado romano a intervenir contra el partido de los cartagineses. Comprendiendo la gravedad del asunto, el Senado quiso ponerlo a votación del pueblo, reunido en comicios, y éste, sin vacilar, se decidió por la intervención, que era lo mismo que la guerra con Cartago. Esta primera guerra púnica duró veintitrés años, sin cesar un día las hostilidades, con varia suerte para Cartago y Roma.

Se luchó principalmente en Sicilia — por esto Polibio llama a esta primera guerra la guerra por la posesión de Sicilia —; pero en un momento determinado los romanos llegaron a desembarcar en Africa y amenazaron a Cartago en su propia casa, aunque pronto tuvieron que reembarcarse. Un factor importante fue el que los griegos sicilianos tomaron partido por Roma, y se mantuvieron fieles hasta el fin de la guerra. Otro aspecto notable de esta primera guerra púnica fue que los romanos, que hasta entonces casi no habían tenido marina, construyeron varias armadas y revelaron a menudo superioridad en materias navales sobre los cartagineses. La leyenda dice que una galera cartaginesa encalló en las costas de Italia y con ella a la vista aprendieron los romanos el arte de fabricar buques de guerra. Los romanos introdujeron en sus buques de guerra, además de los espolones de proa, que ya tenían los buques griegos, unos garfios que permitían enganchar las galeras enemigas y asaltarlas en abordaje. La primera victoria naval de los romanos

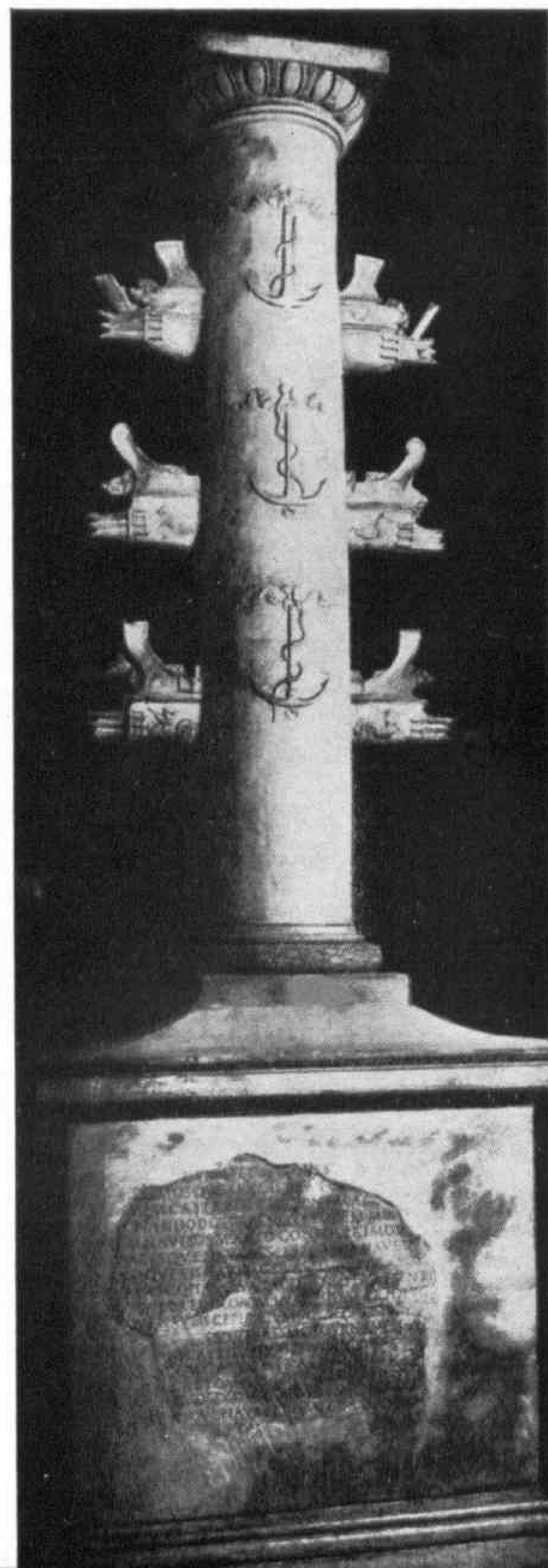


Moneda de plata de Hierón II de Siracusa.

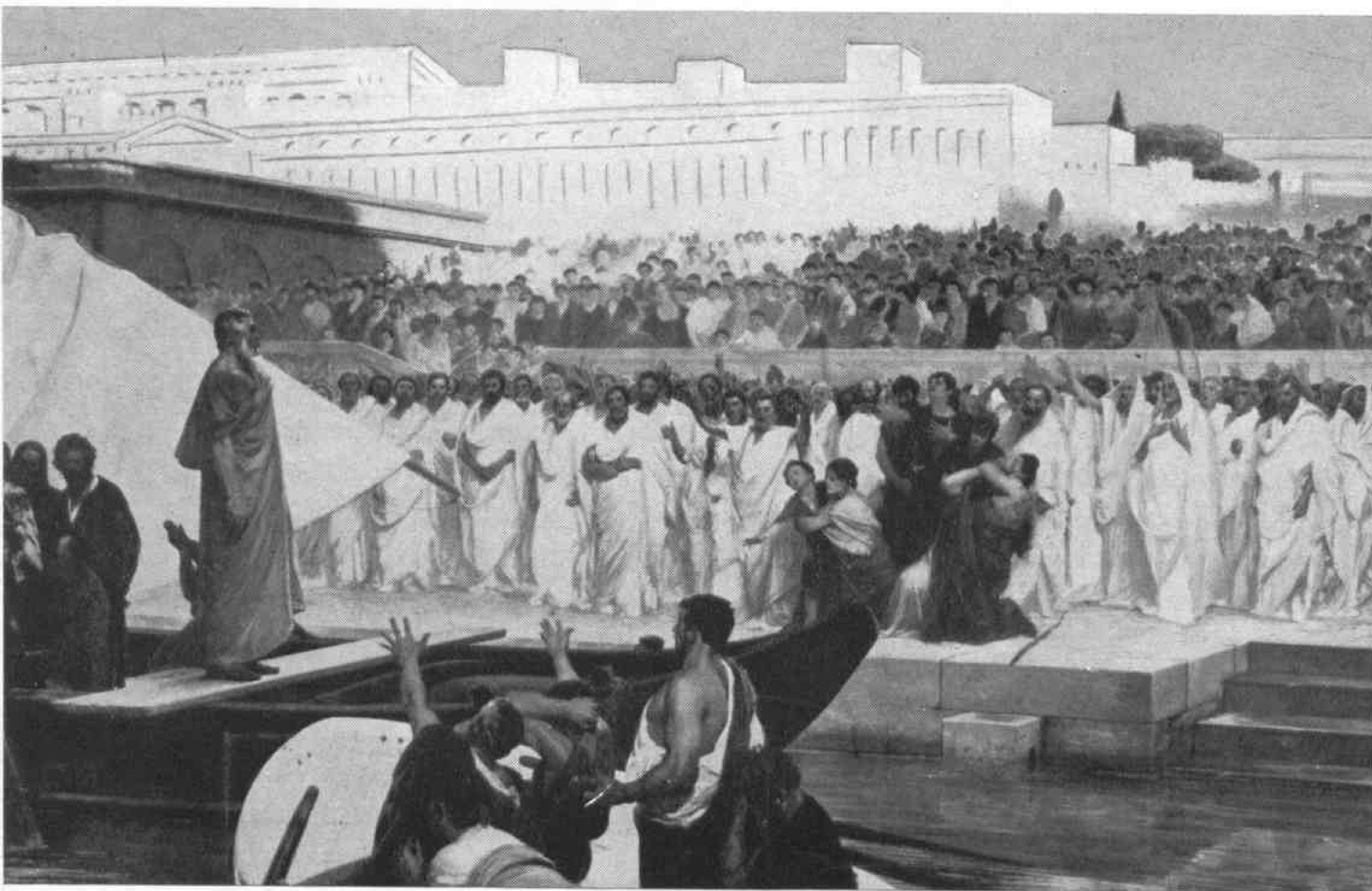
por el cónsul Duilio el año 260 antes de Jesucristo se conmemoró con una columna naval que aún se conserva y el nombre del vencedor se recuerda todavía en la moderna marina italiana. De todos modos, sorprende ver a los cónsules convertidos en almirantes, perdiendo o ganando batallas así en el mar como en tierra firme; hasta el punto que la victoria decisiva de los romanos, la que obligó a Cartago a aceptar la paz, fue una cruenta batalla naval que se dio en marzo del año 241, en la que el cónsul Catulo destruyó completamente la última armada cartaginesa cerca de las islas Egadas, en la punta occidental de Sicilia.

Las condiciones de paz fueron duras. Al firmarse el armisticio, el cónsul Catulo y el general cartaginés Amílcar convinieron que Cartago evacuaría a Sicilia, devolvería los prisioneros y pagaría 2.200 talentos de oro, que equivalen a dos millones y medio de pesos, pagaderos a plazos de veinte años. Pero cuando los plenipotenciarios romanos pasaron a Sicilia para ratificar el tratado, insistieron en condiciones mucho más onerosas todavía, que Cartago tuvo que aceptar a discreción. La suma de 2.200 talentos se aumentó hasta 3.200, a pagar la mitad en seguida y la otra mitad a plazos en diez años; y aún poco después se exigió, pretextando una rebelión de las guarniciones cartaginesas de Cerdeña, la entrega de esta isla y la de Córcega a la República. Con esta primera guerra púnica, Roma adquirió lo que hoy llamaríamos colonias; tanto Cerdeña como Sicilia fueron convertidas en *provincias,* con sendos gobernadores con plenos poderes, parecidos a los virreyes españoles de las Indias. Sólo en el ángulo oriental de Sicilia quedó, a modo de cuña, una población griega: el territorio de Hierón II de Siracusa, quien se mantuvo durante la guerra fiel aliado de los romanos. Los Estados de Hierón representaban la quinta o sexta parte de Sicilia; lo demás de la isla, que había sido de Cartago o neutral durante la contienda, continuó pagando al gobernador romano el grano y los impuestos que se pagaban a Cartago, y de Sicilia se abasteció Roma más tarde, en época de carestía.

No hay duda que esta primera guerra púnica, sin los dramáticos episodios de las guerras de Aníbal, de que hablaremos más adelante, dio a Roma la supremacía del Me-



Columna decorada con proas de buques para conmemorar la victoria naval de Roma, por el cónsul Duilio el año 260 antes de la Era cristiana. Capitolio de Roma.



Atilio Régulo reembarcándose para su prisión de Cartago. Palacio del Senado. Roma.

diterráneo occidental, que debía facilitarle futuras conquistas. Por esto, antes de seguir adelante, cabe preguntarse cuál era la causa de la superioridad de Roma, o mejor dicho, las causas de la incapacidad de Cartago para vencer a la joven República romana.

Ya los escritores antiguos se preocuparon de este asunto. El historiador Polibio, que había meditado mucho sobre materias de ciencia política, da una ingeniosa explicación de la victoria de Roma; según él, las naciones pasan regularmente por diferentes formas de gobierno, que se repiten en los diversos períodos de su historia. El gobierno monárquico, al caer en descrédito, ha de ser substituido por una aristocracia de los más nobles, ricos y prudentes ciudadanos del Estado, los cuales, a su vez, con su orgullo, alegando genealogías y pretendiendo derechos excesivos, incitan al pueblo a organizar un gobierno democrático; pero siendo la democracia, a la larga, causa de desórdenes y abusos, el mismo pueblo mira satisfecho la aparición de un gobernante fuerte que acaba por entronizarse, él mismo o sus descendientes, como monarca legítimo. Y he aquí que empieza un nuevo ciclo con otra monarquía. Cada una de estas formas de gobierno tiene su época heroica, de entusiasmo, y su período de corrupción. Según Polibio, Roma y Cartago, mientras duraron las guerras púnicas, estaban regidas por una aristocracia con sus magistrados; pero mientras en Roma el Senado era una asamblea de padres con virtudes cívicas y la autoridad de los cónsules se mantenía con un prestigio indiscutible todavía, en Cartago la asamblea, o *gerusia*, estaba dividida en facciones políticas irreconciliables y los magistrados, o *sufetas*, eran despreciados por el pueblo. Aunque las sumarias ideas de morfología histórica de Polibio ayudan a conocer la verdad, hemos de buscar causas más específicas para explicar la ruina de Cartago.

Aristóteles, admirando la constitución

cartaginesa, alaba más que nada su estabilidad, en lo que casi coincide con las ideas de Polibio, pues estabilidad en política, a la larga, es a menudo lo mismo que decadencia. Mas para un griego como Aristóteles, era indudable que Cartago había hecho el milagro de librarse de revoluciones y tiranías, mientras que Polibio veía en la aristocracia, o, mejor dicho, en la plutocracia cartaginesa, algo anacrónico y corrompido.

Otra de las causas de la superioridad de Roma sobre Cartago, según Polibio, estriba en que, mientras Roma podía obtener ayuda en hombres y recursos de las poblaciones itálicas vecinas, que eran de su misma raza, Cartago estaba rodeada de los pueblos indígenas del norte de Africa, que le eran hostiles e inasimilables. Conviene añadir que la religión de Cartago, como la de todos los pueblos semíticos, con sus complicados ritos de sacrificios propiciatorios y expiatorios, era un lastre mucho más pesado que el culto ancestral de los latinos, pese a sus dioses etruscos y sus augurios estrafalarios, de resultados siempre imprevisibles.

Polibio, sin embargo, en el capítulo memorable en que analiza las causas de la victoria romana, escribe estas palabras, que encierran probablemente la verdadera explicación del resultado de la guerra: «El hecho es que los italianos, como nación, son por naturaleza superiores a los fenicios y africanos, tanto por su fuerza corporal como por su valor moral...» «Los romanos nunca son tan peligrosos como cuando han sido vencidos y parecen reducidos a la desesperación.» Esta fuerza moral de los romanos pudieron apreciarla los cartagineses desde los días de la primera guerra púnica, y a ella hacían alusiones, en el Senado o asamblea de Cartago, los que no militaban en el partido de la guerra.

En los veintitrés años que ya hemos dicho duró la *guerra por la posesión de Sicilia*, los romanos dieron muestras de las mismas virtudes cívicas que acreditaron en las guerras con Pirro y Pórsena; por ejemplo, un cónsul, Atilio Régulo, fue hecho prisionero de los cartagineses, pero se le concedió permiso de marchar con los embajadores que iban a Roma a proponer la paz; para ello Régulo tuvo que jurar que, en caso de no aceptar el Senado romano las condiciones de la embajada, volvería con ella a su prisión de Cartago... Y así lo hizo, porque, con indecible sorpresa de los embajadores, cuando Régulo se halló delante del Senado romano, en lugar de aconsejar la paz, que para él sería la libertad, insistió en recomendar la continuación de la guerra. Después Régulo, cumpliendo su promesa, volvió a Cartago y al llegar allí fue cruelmente torturado para que muriera tras lenta agonía. Así hacían honor a su palabra los romanos, mientras que *la fe púnica* de los cartagineses se hizo proverbial en la antigüedad; sin duda éstos fueron *factores imponderables,* causa

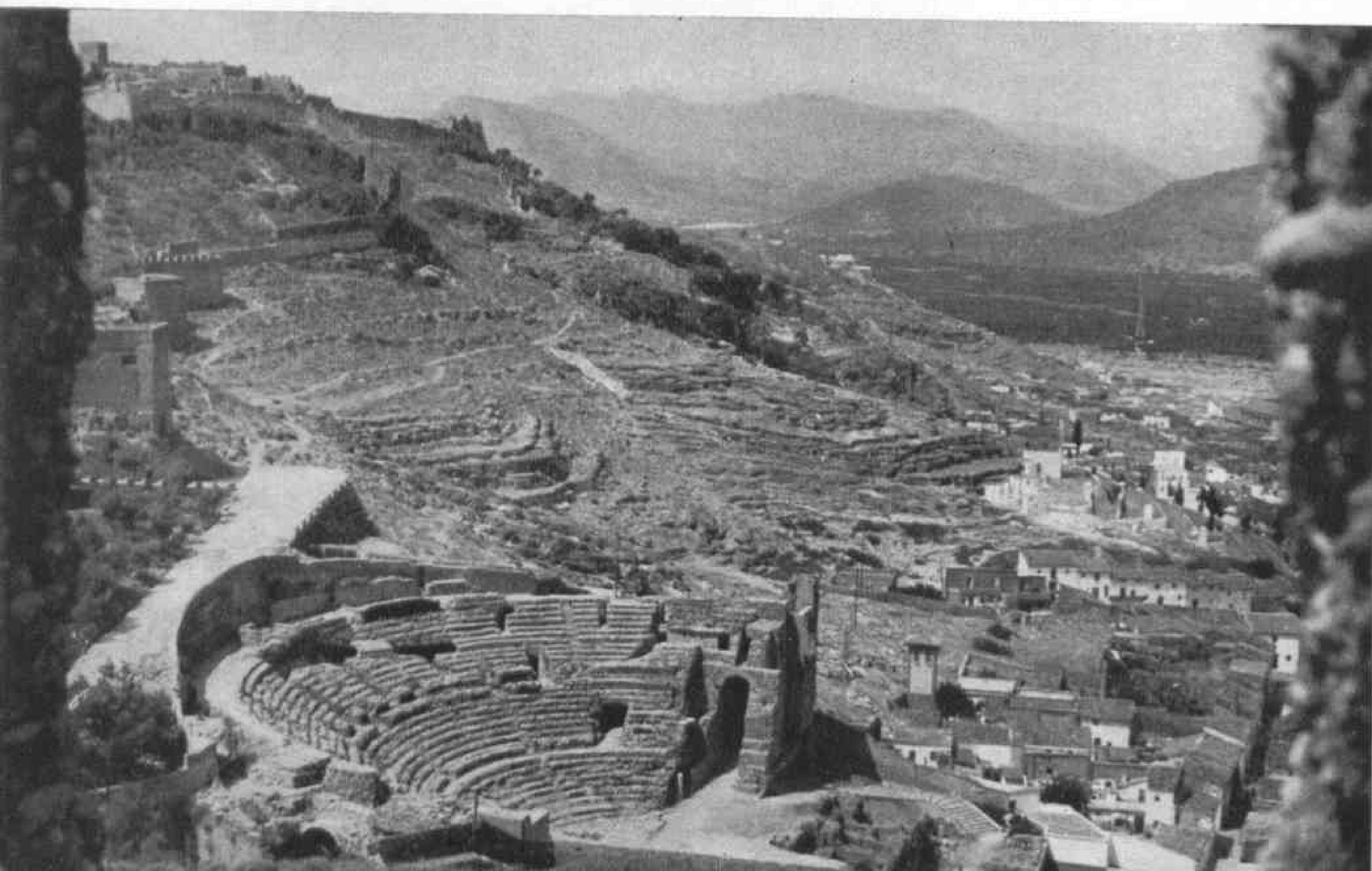


Máscara funeraria cartaginesa. De pasta de vidrio blanco y esmaltado con color rojo azulado, como se pintaban en vida.

principal del engrandecimiento de Roma y de la ruina de Cartago.

Vamos ahora a narrar la segunda guerra púnica, que podría llamarse más bien la *guerra de Aníbal,* pues fue casi la lucha personal de un hombre contra Roma. El general cartaginés a quien tocó en suerte acabar la *guerra de Sicilia* se llamaba Amílcar y era jefe del que hoy llamaríamos partido defensor de la política colonial de Cartago. Viendo Amílcar que por el tratado con Roma tenían los cartagineses que abandonar las islas del Mediterráneo, pasó a España para impulsar el engrandecimiento de las factorías que los fenicios habían establecido allí con mucha antelación. Cartago, heredera natural de Tiro y de Sidón, no halló dificultad para sacar partido de las colonias de los fenicios en España. Los cartagineses hubieran debido alegrarse de su derrota, que les obligaba a intensificar su penetración en la Península Ibérica, hasta entonces relegada a segundo término. Durante los veintitrés años de paz que median entre la primera y la segunda guerra púnica los progresos de Cartago en España fueron admirables, hasta despertar el recelo de Roma, que llegó a temer un ataque por el Norte como antes lo había temido por el Sur. Así es que el Senado creyó necesario poner un límite a la expansión de los cartagineses en España, y cuando éstos no se habían rehecho totalmente de su derrota, viéronse obligados a asegurar que no extenderían su zona de influencia más arriba de la línea del Ebro. Polibio consigna la cláusula fundamental de este tratado y no queda ninguna duda sobre la letra del texto: τόν Ἴϐηρα ποταμόν, *del Ebro río...* Pero si por la letra se leía Ebro, el espíritu del tratado quería decir la parte norte de España que habían colonizado los griegos, y éstos se extendían por la costa hasta mucho más abajo del Ebro. Al firmar el tratado, ni Roma ni Cartago se dieron cuenta de la anomalía de que los griegos de España quedaban por él divididos en dos zonas de influencia, porque lo que interesaba entonces a la plutocracia cartaginesa eran las minas de plata del sur de la Península, principalmente de la región de Cartagena. Y en Roma, más tarde, para justificar la declaración de guerra que produjo la mala redacción del tratado, se propaló el sofisma de que, si bien el tratado prescribía que los cartagineses no pasarían del Ebro para arriba, en él no se

Vista del teatro romano de Sagunto desde el castillo.





Paso de los Alpes, por donde se supone que Aníbal penetró en Italia.

decía que los romanos no podrían pasar del Ebro para abajo.

Ya se comprenderá, pues, que cuando Cartago hubo recuperado algo de su fuerza y se sintió con ánimos para enfrentarse a Roma, por necesidad tenía que pensar en hacer valer sus derechos a la frontera del Ebro, que limitaba con precisión sus dominios. Por otra parte, los griegos del sur del río tenían que mostrarse recelosos al ver como los cartagineses se instalaban a lo largo de la costa y para conservar su independencia debían procurar sacar partido de la ambigüedad del tratado de Cartago con Roma.

Y así como para la primera guerra púnica la manzana de la discordia fue Mesina, esta vez la causa de la guerra fue Sagunto, ciudad ibérica con una parte de población griega, cerca de la actual Valencia y a poca distancia del mar. Sagunto, cuyas ruinas se conservan, sería una ciudad pequeña, pero se halla a la entrada de la garganta que da paso a la región montañosa del Maestrazgo, donde reclutaron todavía sus guerrilleros las partidas carlistas del pasado siglo,

Supuesto retrato de Aníbal.



región abundante en ganado, aceite y, sobre todo, en sufridos hombres de guerra. Sagunto era, por lo tanto, un lugar estratégico de la mayor importancia. Se ha repetido demasiado por los escritores que conocen poco las cosas de España que la toma de Sagunto fue sólo un ardid de los cartagineses para provocar la segunda guerra púnica; pero no hay duda que Sagunto les era indispensable si querían dominar la costa levantina de España hasta la desembocadura del Ebro; además, parece que los saguntinos, fiando en la protección de Roma, agredían a los indígenas de los alrededores, que se habían resignado a la *protección* de Cartago. Así es que el jefe de los cartagineses en España, el que después fue el famoso Aníbal, mandó un emisario a Cartago para explicar la situación y, sin esperar su regreso, puso cerco a Sagunto. Los saguntinos, a su vez, enviaron un mensaje a Roma para recabar el auxilio de la República; ésta se contentó con negociar y, cuando declaró la guerra, ya Aníbal había tomado la ciudad.

Así, pues, habiendo sido causa Aníbal, con sus procedimientos poco diplomáticos, de la declaración de guerra, a él le tocaba llevarla a buen término, y hay que reconocer que demostró, en la manera de conducirla, un genio militar y una persistencia en su objetivo que son rarísimos en la historia de la humanidad. Ya hemos dicho que la segunda guerra púnica, más bien que una guerra entre Cartago y Roma, fue la lucha de Roma con Aníbal, y es, por lo tanto, muy natural que despierte la curiosidad de las gentes este joven capitán de raza semítica que estuvo a punto de cambiar los destinos del mundo con las derrotas que infligió a la República romana.

Han-Baal, o Aníbal, era de la familia de los Barcas, que es lo mismo que Barak o Baruk, que quiere decir *relámpago*. Sus antecesores serían, pues, gentes de temperamento impulsivo, y Amílcar, el padre de Aníbal, dio muestras de ello en la manera como condujo las últimas etapas de la guerra de Sicilia y por la rapidez con que se lanzó a colonizar el *nuevo mundo,* que entonces era España. En la Península Ibérica Amílcar hizo prodigios de habilidad política; Catón decía años más tarde, viendo los efectos del gobierno de Amílcar en España, que si alguien tenía derecho a haber sido rey, éste era Amílcar. En Cartago la familia de los Barcas, aunque de la más rancia nobleza, tenía su apoyo en el partido popular y había conseguido de la asamblea, que era aristocrática, el raro derecho de que el ejército, o mejor dicho, los nobles que en él figuraban como oficiales, pudieran elegir a su general. De esta manera, el ejército se mantenía independiente de las veleidades de opinión de la asamblea de Cartago, y aun del populacho, que bien pudiera, en momentos de pánico, exigir cambios imprudentes en la dirección de las huestes y hasta proponer un nuevo general. Así se explica que, a la muerte de Amílcar, el ejército eligiera a su yerno Asdrúbal para sucederle en el mando, porque Amílcar dejaba sólo tres hijos menores de edad: Aníbal, otro llamado también Asdrúbal y un tercero, Magón. Estos muchachos, a quienes su padre llamaba «los cachorros del león», fueron los tres héroes de la segunda guerra púnica.

Más tarde, a pesar de sus veintiséis años, Aníbal fue elegido, a la muerte de su cuñado, como general y gobernador de España. La autoridad de Aníbal era legítima, porque radicaba en un derecho del ejército cartaginés, y su cargo resultaba inamovible, porque el ejército no iba a relevar un general con la tradición de familia y las cualidades personales de Aníbal, que eran extraordinarias. Los escritores romanos le acusaron de crueldad porque no podían poner en tela de juicio sus otras cualidades. Era Aníbal un semita, y ya vimos que otras gentes de su raza, los asirios, hicieron de la crueldad la base de su política. Pero, con excepción de la crueldad, Livio, el portavoz de la tradición romana, no puede menos de hacer el elogio de Aníbal, diciendo: «Delante del peligro Aníbal demostraba el más grande arrojo, y para vencerlo, la ma-

Yelmo cartaginés hallado en el campo de batalla de Cannas.



yor prudencia. Ni su cuerpo ni su espíritu parecían resentirse de las fatigas; resistía, sin apariencias de molestia, el calor y el frío. Comía y bebía sólo para sostener el cuerpo. Podía dormir o estar despierto a todas horas; descansaba cuando tenía un momento libre, pero sin necesidad de lecho ni de quietud a su alrededor. Sus soldados le veían a menudo dormir en el suelo envuelto en su capote, cerca de los centinelas y en los puestos avanzados. No llevaba vestido especial, sólo se le distinguía por sus hermosos caballos y sus armas excelentes. Era el primer jinete del ejército y el mejor infante, el primero en el ataque y el último en la retirada.»

Hemos de reconocer que, para venir de un enemigo, esta crítica no puede ser más favorable. Pero además de estas cualidades militares, tenía Aníbal el sentido topográfico, que alguna vez le hacía adivinar rutas practicables allí por donde nadie se hubiera arriesgado a pasar. Tenía también conciencia de las fuerzas sociales y políticas; sabía apreciar el verdadero valor de sus aliados y de sus enemigos, y era tan gran político como general. Hay que añadir que Aníbal había recibido una educación más que suficiente para la vida de las armas; su gran amigo y confidente, Sosilo de Esparta, le enseñó a escribir griego en estilo académico, sin contar que Aníbal por necesidad debía de conocer las diversas lenguas de los bárbaros que tenía en su ejército, y hasta aprendió los dialectos latinos de las poblaciones itálicas con que se puso en contacto durante su campaña.

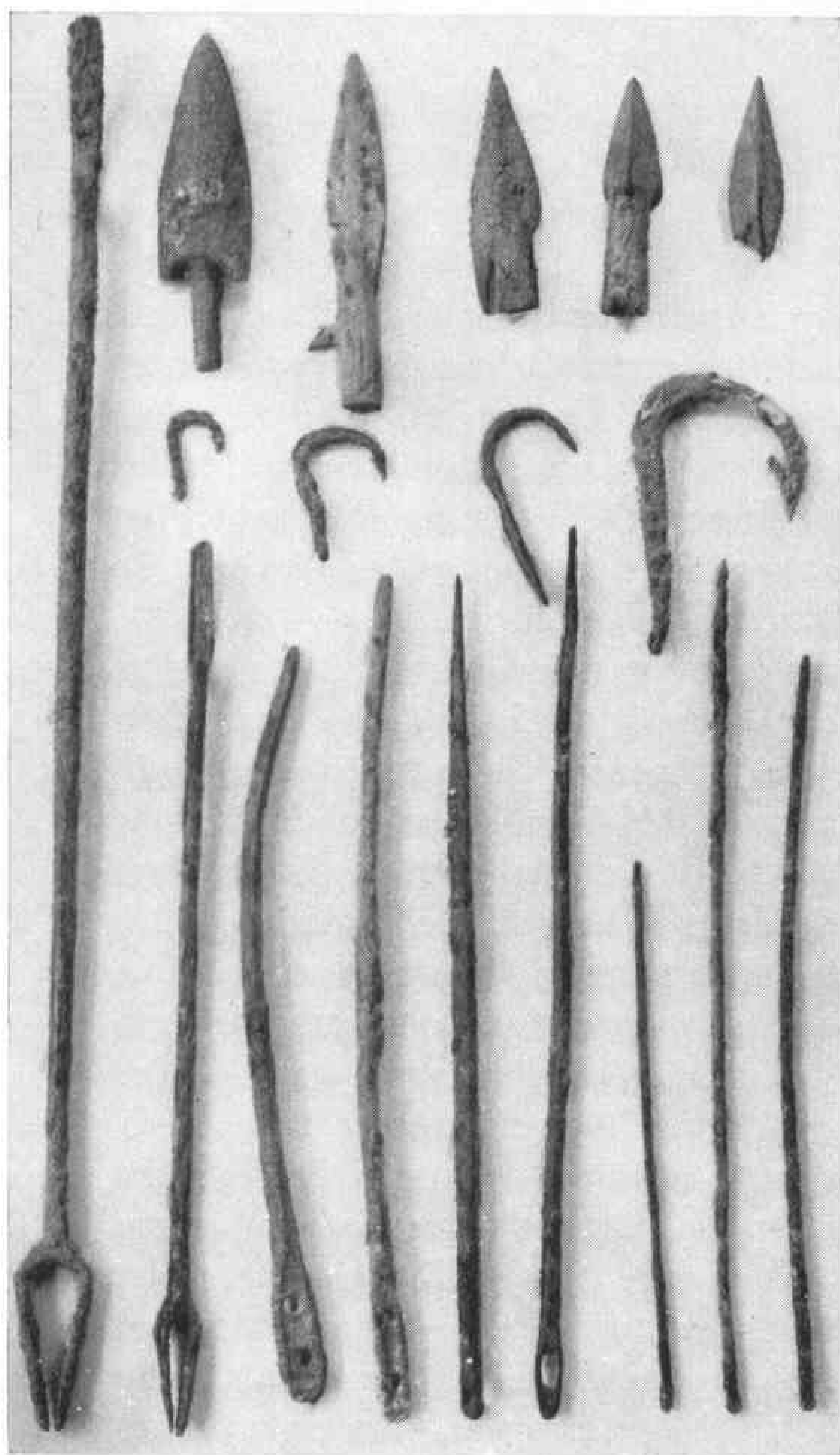
La guerra de Aníbal contra Roma duró dieciocho años; si en ella fracasó, no fue por errores tácticos, sino porque fio demasiado en el descontento que existía en Italia, pero no tanto como él se figuraba, entre los griegos, etruscos, galos y samnitas, que Roma había sometido después de guerras seculares. Aníbal creía que el amargo recuerdo de las guerras de Roma con sus vecinos mantendría latente un odio tal, que, al presentarse con sus ejércitos en Italia, los antiguos enemigos de Roma se levantarían en masa y con estos aliados bajo su mando aniquilaría a la República.

Seguro de no carecer de auxiliares en Italia, Aníbal salió de España con un ejército menos numeroso del que hubiera podido llevarse, subió a lo largo del Ródano y lo cruzó en balsas más arriba de Orange. Aquí vinieron a encontrarle enviados de los galos de Italia para confirmar sus propósitos de rebelión y para dirigir la marcha del cartaginés al cruzar los Alpes. El paso de los Alpes por Aníbal es uno de los hechos históricos más famosos de todas las edades. Los escritores antiguos hicieron románticas descripciones del paisaje; de los terribles montañeses emboscados para arrebatar el botín, con las rocas que se precipitan de lo alto y la nieve que entonces (era en septiembre) escondía parte del camino; la falta de pastos en la cumbre para los elefantes, etcé-

tera. Mas a pesar de los detalles topográficos que consignan los historiadores clásicos, y de que Polibio visitó aquellos mismos lugares cincuenta años después del paso de los Alpes por Aníbal, todavía hoy se discute si éste pasó por el collado del pequeño San Bernardo, o por el Mont-Cenis, o por un collado intermedio, el Mont-Genèvre, en la actualidad poco frecuentado, pero que parece que era el que utilizaban de preferencia los mercaderes para atravesar la cordillera en épocas antiguas.

Sea por donde fuere, lo positivo es que, en el otoño del 218, Aníbal se encontraba descansando entre los galos amigos del Piamonte, con su ejército reducido a la mitad por las fatigas del viaje, pero todavía fuerte de 12.000 soldados africanos, 8.000 españoles y 6.000 jinetes. Ya en este punto, los romanos trataron de atajarle el paso y evitar que la insurrección de los galos se corriera hacia el Sur. A lo largo de un ramal de la vía empezada por el cónsul Flaminio, y que en esta parte se llamaba vía Emilia, los romanos habían construido fortalezas y establecido colonias, que son hoy las ciudades de Módena, Reggio, Parma y Plasencia. Hállanse situadas casi en línea recta, porque el llano es tan uniforme que la vía romana pudo trazarse a cordel y todavía hoy el ferrocarril la sigue sin alteración. Esta es la línea que trataron de defender los cónsules romanos, con el negativo resultado de perder las dos batallas conocidas por los nombres del Tesino y del Trebia, dos afluentes del Po, cerca de Plasencia. La batalla de Trebia fue una seria derrota; obligó al ejército romano a abandonar la Lombardía; los cónsules tomaron nuevas posiciones más al Sur; el uno acampó en la línea del Rubicón, donde estaba la gran fortaleza de Rímini, en el Adriático, y el otro se situó en Arezzo, lugar fuerte que cerraba la vía Flaminia al sur de la actual Florencia.

Aníbal, despreciando las cómodas rutas militares, atravesó los Apeninos por un paso más al Norte, y cruzando la Toscana más arriba de Florencia, entró en el valle superior del Arno para sorprender al cónsul romano, que le esperaba en Arezzo, con la nueva casi increíble de que todo el ejército cartaginés estaba ya a su espalda, entre él y Roma. Los autores antiguos describen la marcha de Aníbal a través de la Italia Central como un esfuerzo sobrehumano, casi superior al que se necesitó hacer para atravesar los Alpes. Hoy esta parte de Italia se encuentra cultivada, pero en otro tiempo era una región llena de pantanos, donde se hundían los hombres y los caballos. Escribe Livio: «Tan sólo apilando los bagajes



Armas púnicas.



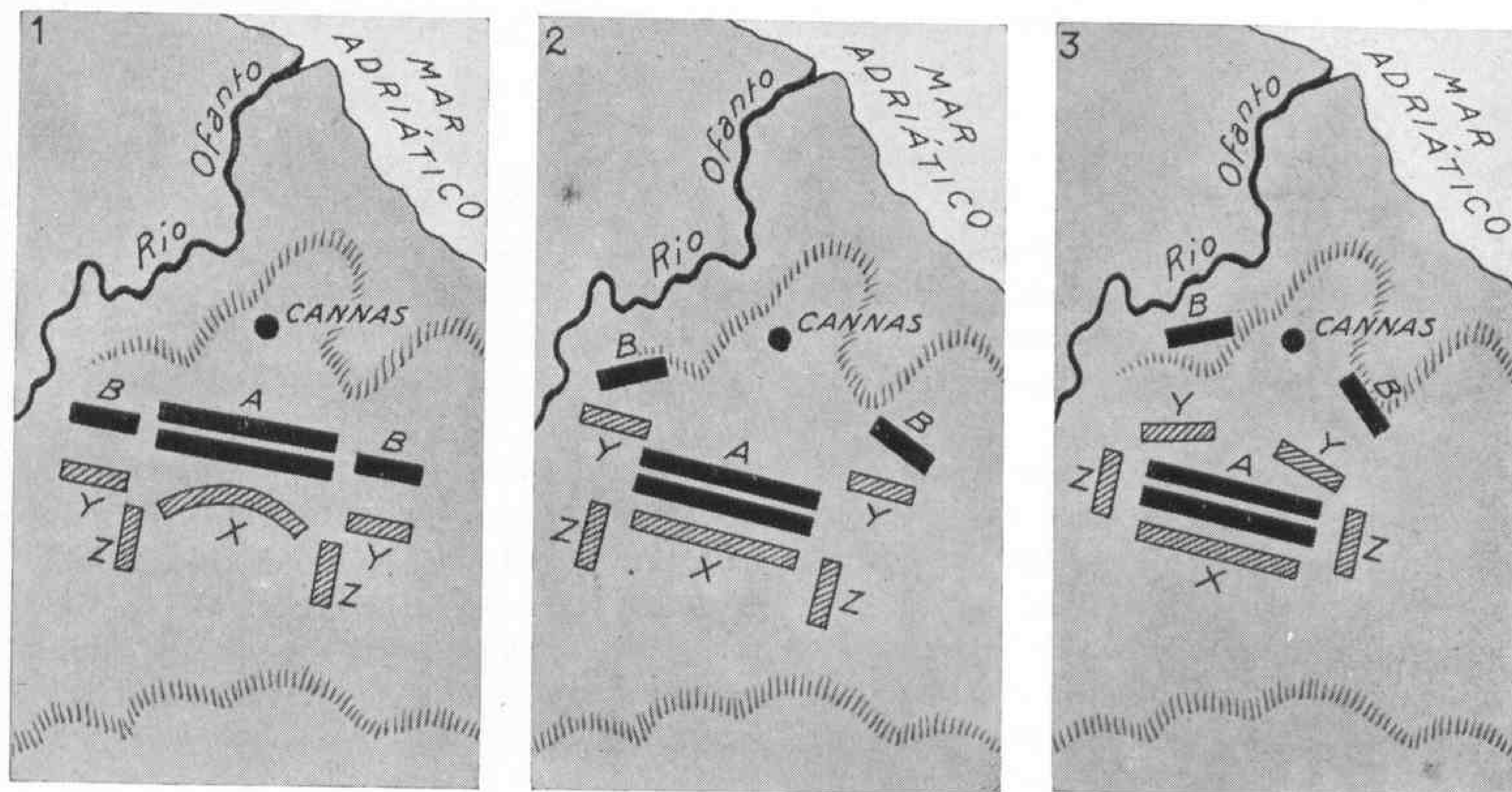
Cartago. Ruinas de la ciudad romana.

en el fango podían los cartagineses descansar, o echándose sobre los cadáveres de los caballos que se habían ahogado en los pantanos, podían tener unos instantes de reposo. El propio Aníbal, que sufría de la vista por los grandes cambios de frío y calor, iba montado en uno de los pocos elefantes que le quedaban. Pero las largas vigilias, con la humedad de las noches, atacaron su cabeza, y sin tener ocasión de curarse, perdió al fin uno de los ojos...»

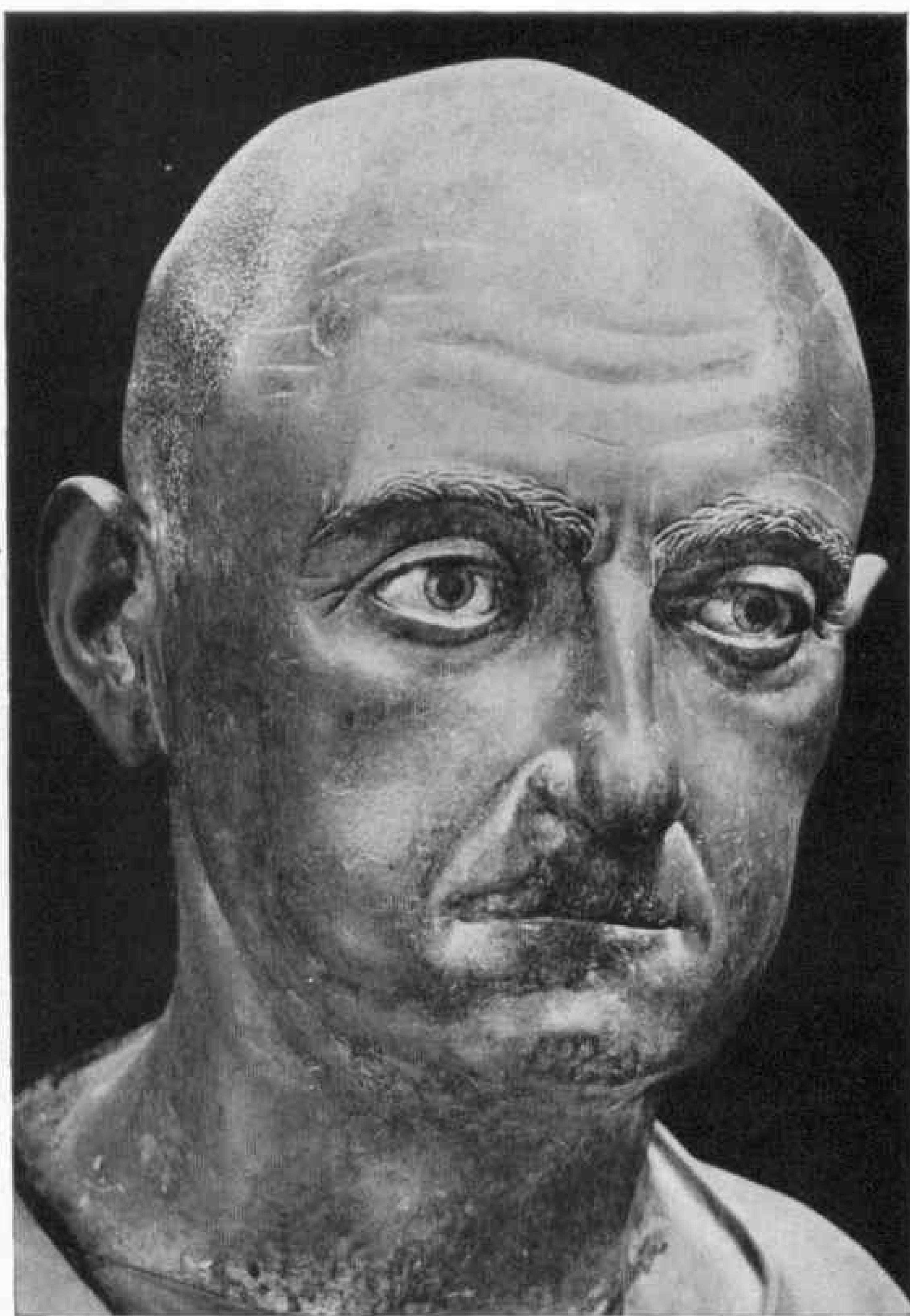
Habiendo evitado ya todo encuentro con las legiones apostadas en Arezzo, entró otra vez Aníbal en la vía Flaminia, al parecer encaminándose a Roma. El resultado fue que, al enterarse el cónsul que estaba en Arezzo de que Aníbal se le escapaba por la espalda, se dispuso a perseguirle. Pero ya no era ahora el cónsul quien esperaba a Aníbal, sino Aníbal el que esperaba al cónsul en un estrecho pasadizo de la vía Flaminia, a orillas del lago Trasimeno. Fue una gigantesca emboscada. He aquí otra vez a Livio, que cuenta la batalla del lago Trasimeno: «El cónsul llegó al lago la vigilia, cuando ya era tarde. Por la mañana, sin hacer ningún reconocimiento, y cuando aún era obscuro, todo el ejército romano entró en el desfiladero, sin ver más que un destacamento cartaginés que huía como si escapase. Aníbal vio cumplidos sus deseos: su enemigo estaba encerrado entre el lago y las montañas, y entraba en el círculo formado por sus tropas. Dio la señal de carga y sus columnas se lanzaron en todas direcciones sobre los romanos. El ataque fue más regular y bien concertado porque la neblina del lago, que impedía a los romanos ver a los cartagineses apostados en las alturas circunvecinas, permitía a éstos verse unos a otros, pues las cumbres de las colinas sobresalían de la niebla...»

El resultado fue un desastre completo para los romanos. Tito Livio dice que en la batalla del lago Trasimeno murieron quince mil romanos: «...Otros hablan de pérdidas mucho mayores, pero como yo soy contrario a las exageraciones, sigo en esto a Fabio Píctor, la mejor autoridad en estas materias, porque vivió y escribió en tiempo de la guerra.» La noticia de la catástrofe comenzó pronto a circular por Roma y las gentes se aglomeraron, impacientes por conocer detalles, alrededor del palacio del Senado. Por fin, al atardecer, el pretor Marco Pomponio apareció en la puerta y, dirigiéndose a la multitud, pronunció estas palabras: «Se ha dado una gran batalla y hemos sido derrotados por completo...» ¡Nada más! Ni una esperanza de futuras victorias, ni una alusión a las glorias pasadas... Esta es la grandeza de Roma. Perecen quince mil hombres, entre ellos un cónsul, y el pueblo se entera de la nueva sin amotinarse, con entereza.

Después de la batalla del lago Trasimeno, contra lo que creerían los aficionados a la estrategia, Aníbal no marchó sobre Roma, sino que repasó otra vez el Apenino para ponerse en contacto con los samnitas y griegos de la Italia Meridional, en los que fundaba sus mayores esperanzas. El dictador Fabio Máximo, que los romanos eligieron para substituir al cónsul muerto, se contentó con perseguir a Aníbal a distancia, entorpeciendo sus movimientos, pero sin paralizarlos. Mas cuando llegó la hora de renovar los cargos consulares, el dictador fue relevado por dos cónsules: un patricio, Paulo



Las tres fases de la batalla de Cannas. 1. La batalla empieza colocando los romanos su infantería *(A)*, superior en número, en doble fila delante de la infantería púnica *(X)*, mientras la caballería romana *(B)*, en los flancos, hace frente a la caballería cartaginesa *(Y)*. — 2. Al mediodía, la caballería púnica *(Y)* ha derrotado a la caballería romana *(B)*, que huye a la desbandada, mientras la gran masa de la infantería romana sólo ha hecho retroceder el centro de los cartagineses. — 3. Por la tarde, dos escuadrones de reserva cartaginesa *(Z)* avanzan, cerrando los flancos de la infantería romana, mientras la caballería cartaginesa *(Y)* regresa al campo para atacar a los romanos por la espalda.



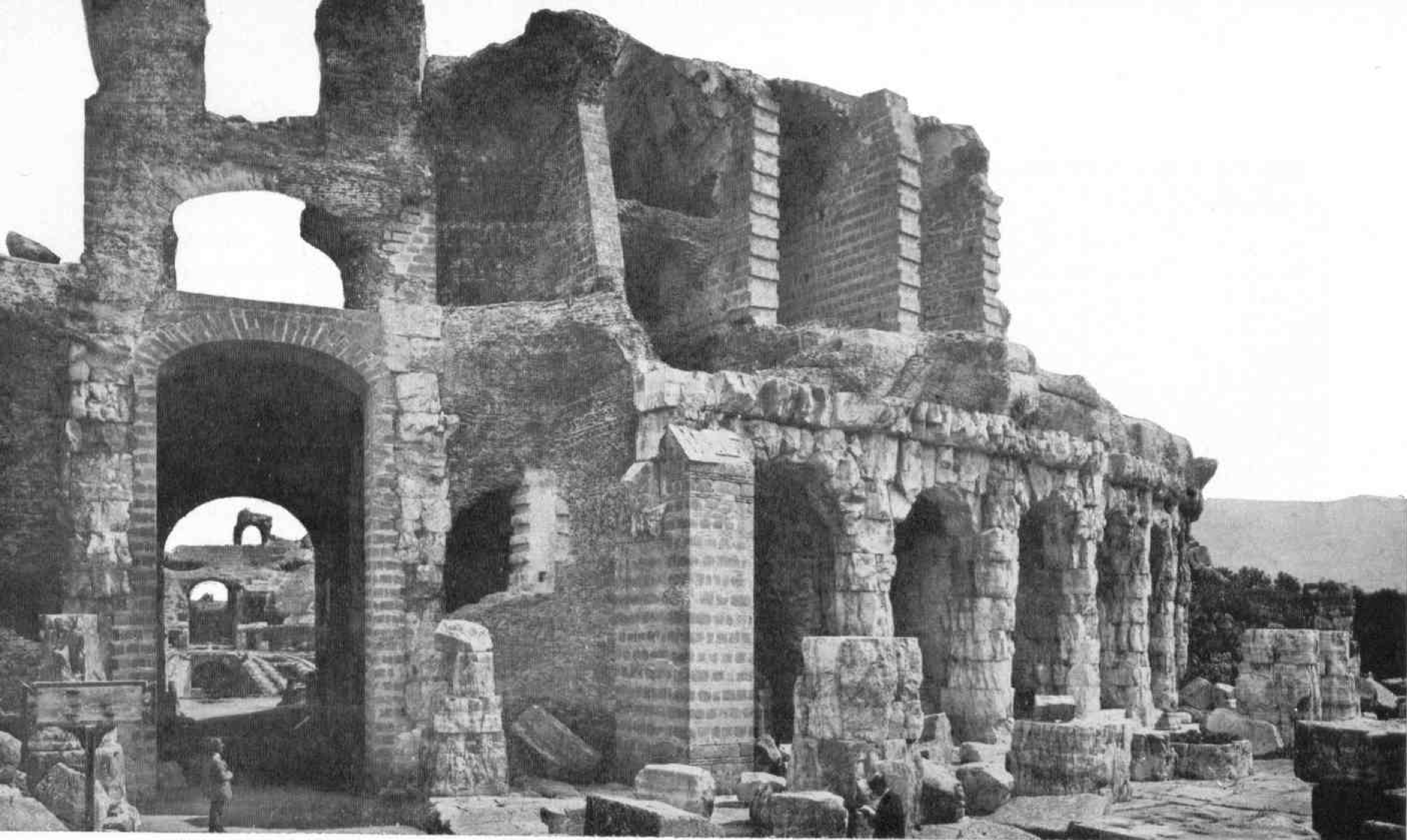
Publio Cornelio Escipión el Africano, que acabó con Aníbal en Africa y en Asia.

Emilio, y un plebeyo, Terencio Varrón, que se dice era hijo de un carnicero. Esto ocurría en la primavera del 216. Aníbal estaba acampado cerca de Cannas, una pequeña ciudad del Adriático, al sur de Roma, desde donde continuaba su política de atracción de los samnitas. Parece que, además, en los vecinos llanos de la Apulia, que le proporcionaban forraje y trigo, se dedicaba a instruir a sus nuevos reclutas galos y adiestrar a sus tropas ligeras en el manejo de las armas y empleo de los métodos de guerra que había aprendido de los romanos.

De manera que, cuando a últimos de julio llegaron los cónsules con sus legiones bisoñas, Aníbal estaba preparado para recibirlos. La batalla de Cannas fue mucho más sangrienta que la del lago Trasimeno, y en ella Aníbal no sólo dio pruebas de sagacidad, sino también de un talento estratégico insuperable. Buen conocedor del país, el cartaginés colocó sus tropas de cara al Norte para que no recibieran el sol de frente ni los vientos, cargados de polvo, que llegaban de la llanura, y que, en cambio, habrían de molestar a los romanos. Formaba el centro de los dos ejércitos la respectiva infantería, mientras a cada flanco cartagineses y romanos habían puesto sus escuadrones de caballería. La batalla se dio el día 2 de agosto y a mediodía había terminado. Puede decirse que se ganó en tres jugadas: en la primera, la infantería romana, más numerosa, hizo retroceder al centro cartaginés, que tenía forma de media luna, pero sin lograr romperlo. Mientras tanto, la caballería cartaginesa embestía a la romana, forzándola a retirarse en desbandada.

En el que podríamos llamar segundo tiempo de la batalla, Aníbal, conservando su centro en buen orden, hacía avanzar dos columnas de reserva, que encerraban a la infantería romana por los flancos. En la tercera jugada, el cuadrado se cerraba detrás de los romanos, al regresar la caballería cartaginesa de su persecución a la caballería romana, para atacar ahora las líneas de las legiones. La matanza que siguió después fue horrible..., pero nada más elocuente que los números: murieron en Cannas veinticinco mil romanos, incluyendo el cónsul patricio Paulo Emilio, dos procónsules, dos cuestores, veintiún tribunos y ochenta senadores. Cuéntase que unos patricios que se habían refugiado en la vecina ciudad de Canusium hablaban ya por la noche de emigrar y buscar fortuna en el extranjero; la República se consideraba perdida.

Sin embargo, en Roma no se desesperó. Al llegar a la capital el cónsul vencido — el hijo de un carnicero —, los senadores salieron a recibirle, manifestándosele agradecidos por no haber desconfiado de la República. Se reclutaron nuevas legiones y se preparó la resistencia. Ni tan sólo se ad-



Ruinas del anfiteatro de Capua la Vieja.

mitió a parlamento al enviado de Aníbal, que proponía el rescate de los prisioneros. Roma era siempre Roma, y esto debió de verlo claro Aníbal cuando sus ayudantes, al día siguiente de Cannas, le proponían marchar sobre la capital. Los historiadores antiguos y los modernos comentan severamente la conducta de Aníbal después de Cannas. Se repiten apenas sin variación, a través de los siglos, las mismas frases de censura porque no se lanzó contra Roma después de la batalla de Cannas. «Sabes ganar batallas, pero no sabes conseguir ventajas de tus victorias», dicen que exclamó Marhabal, el jefe de la caballería púnica, la misma noche de Cannas, al ver que Aníbal no se decidía a marchar sobre Roma. En lugar de poner sitio a Roma, Aníbal se encaminó a Capua, la capital de los griegos cerca de Nápoles, que era entonces el centro de cultura y de arte más refinado de Italia. Allí pasó Aníbal el invierno del 216 al 215. *Las delicias de Capua* han sido tomadas como sinónimo de una cobarde manera de excusar los deberes difíciles, pero no olvidemos que el propósito de Aníbal era provocar un levantamiento de los descontentos de la dominación romana y la brillante victoria de Cannas parecía que había de atraerle todos los pueblos itálicos. Aníbal sabía que sólo así podía vencer a Roma. Transcribimos los párrafos de Mommsen, que explican por qué Aníbal prefirió Capua a Roma:

«Aníbal — dice Mommsen — conocía mejor a Roma que los estúpidos que, así en la antigüedad como en nuestros días, han creído que podía terminar la guerra con una marcha sobre la capital. Actualmente una campaña se decide con una batalla, pero en la antigüedad muchas veces una victoria resultaba estéril por la resistencia de las ciudades. El sistema de atacar las fortalezas era mucho más primitivo que el

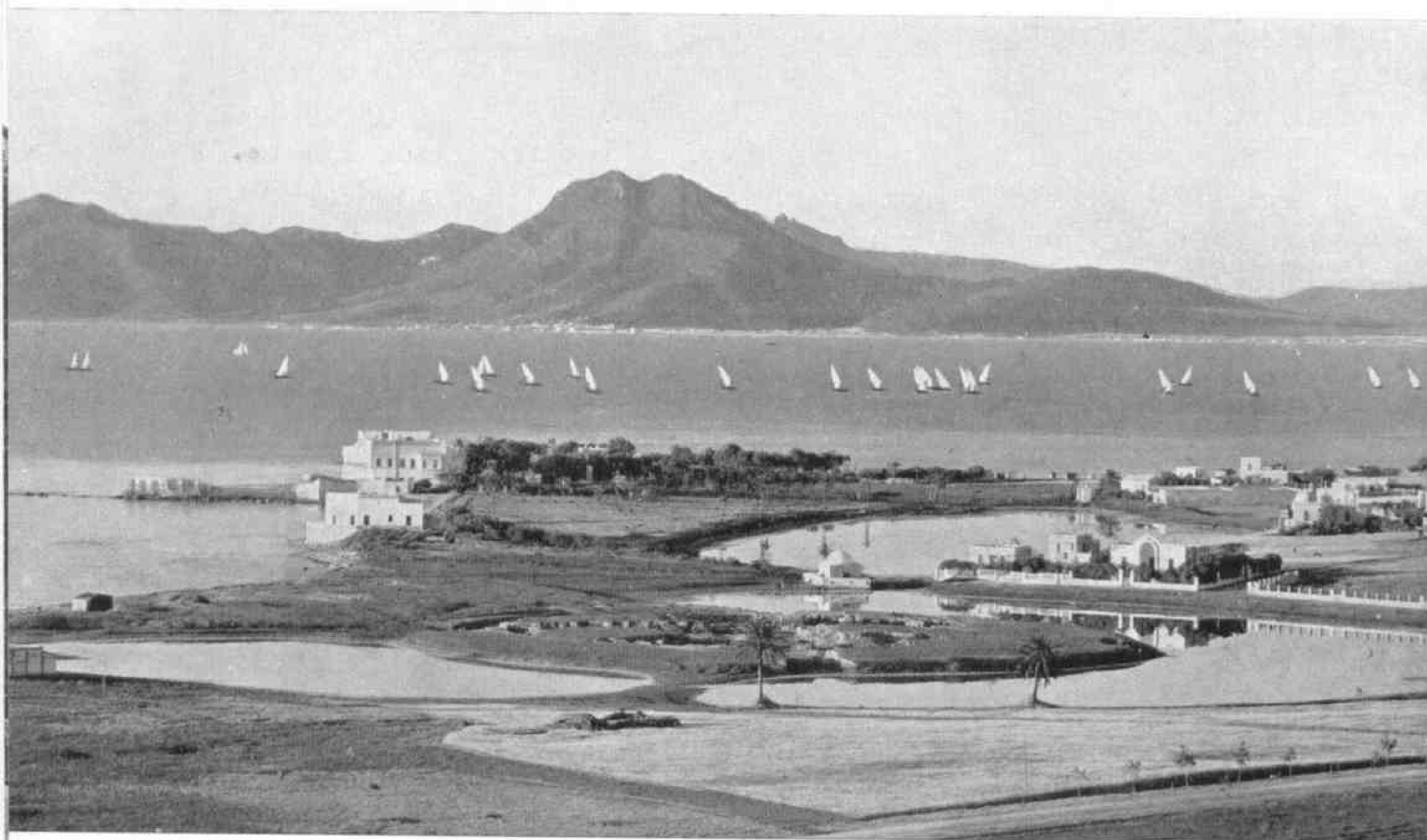
sistema de defenderlas. ¿Qué esperanza podía tener Aníbal de que, al llegar a Roma, ésta le abriese sus puertas, o, al menos, aceptara una paz razonable?... El creería que, ocupando a Capua, la segunda ciudad de Italia, podría aprovecharse de los puertos vecinos para desembarcar los refuerzos que debían llegarle de Cartago, ahora que sus éxitos habían desmoralizado a la oposición.»

Y, en verdad, los hechos probaron que si Aníbal hubiese puesto sitio a Roma, lo más probable es que él mismo se hubiese encontrado sitiado entre los muros de la ciudad y las guerrillas de latinos que le hostigarían por todas partes. Desde la base de Capua trató Aníbal de conquistar las pequeñas poblaciones griegas de su alrededor, como Nápoles, Nola, Acerra, Casilinum, y algunas resistieron sin rendirse, con la ayuda que recibían de los romanos. Especialmente Nápoles, con su puerto magnífico, que tanta falta le estaba haciendo a Aníbal, se mantuvo fiel a Roma. Así es que en Italia el plan de Aníbal hubo de fracasar, porque, a pesar de sus victorias, los pueblos itálicos desconfiaron de la libertad que les ofrecía el guerrero semita. Al contrario que en Sicilia, donde, habiendo muerto el viejo rey Hierón de Siracusa, su nieto Jerónimo tomó partido por los cartagineses. Los romanos, que por entonces habían decidido defenderse de Aníbal atacando a sus aliados, pusieron sitio a Siracusa, y aprovechándose de las disensiones que no podían faltar en ninguna ciudad griega de la época, la tomaron por asalto. Así acabó el último Estado griego de Sicilia, pero el saqueo de Siracusa llevó a Roma tantas obras de arte, que es fama que empezó en aquel punto la afición de los romanos por todo lo que era griego, hasta el extremo que pudo decirse que Roma había sido conquistada por sus vencidos los griegos.

Esto sucedía el año 212, mientras en España los romanos sufrían un grave desastre. He aquí cómo cuenta Apiano la muerte de los dos Escipiones que dirigían la lucha contra Asdrúbal, el hermano de Aníbal, que había quedado en la Península. «Durante la estación fría — dice Apiano —, Cneo Escipión estableció sus cuarteles de invierno algo separados de los de su hermano Publio. Este, al recibir noticias del avance de As-



Angulo del recinto murado de Siracusa, por donde los soldados romanos penetraron en la ciudad.



Los puertos y el golfo de Cartago.

drúbal, salió del campo con un pequeño destacamento, siendo sorprendido por la caballería enemiga y muerto con todos sus hombres. Cneo, que no sabía nada de la desgracia de Publio, le envió algunos soldados para procurarse provisiones, los que hubieron de retroceder al encontrarse con otra fuerza cartaginesa. Sin prepararse apenas, Cneo corrió en socorro de sus soldados y fue también derrotado. Se refugió en una torre, pero los cartagineses le prendieron fuego y murieron quemados el general y sus soldados.»

En este momento aparece el vencedor de Aníbal. «En el día señalado para elegir un general para España — dice Apiano — nadie se presentó como candidato y esto aumentó la consternación en Roma. Por fin, Publio Cornelio Escipión, hijo del otro Publio que había perecido en España, y joven todavía, pues no contaba más que veinticuatro años, pero con la reputación de ser ya un hombre maduro, se adelantó a pronunciar un discurso en honor de su padre y de su tío, y después de lamentar su muerte, dijo que él se creía destinado a ser el vengador de su familia y de la patria. Habló por largo rato y con gran vehemencia, prometiendo someter, no sólo a España, sino también a Africa y Cartago.» Los historiadores antiguos reflejan dos diferentes tradiciones acerca de este gran caudillo, que acabó por vencer a Aníbal y mereció ser llamado *el Africano*. Nadie discute su talento y buena fortuna, pero mientras Polibio nos lo presenta como un racionalista, que fía más que nada en su propio buen juicio, Livio pretende hacernos creer que Escipión era el amado de los dioses, y Apiano repite la misma tradición, aunque insinúa que Escipión no abrigó semejante creencia hasta después de sus victorias. «Escipión empezó a creer que estaba inspirado por el cielo en todos sus actos... A menudo se retiraba al templo del Capitolio y cerraba sus puertas, como si tuviera que recibir el con-

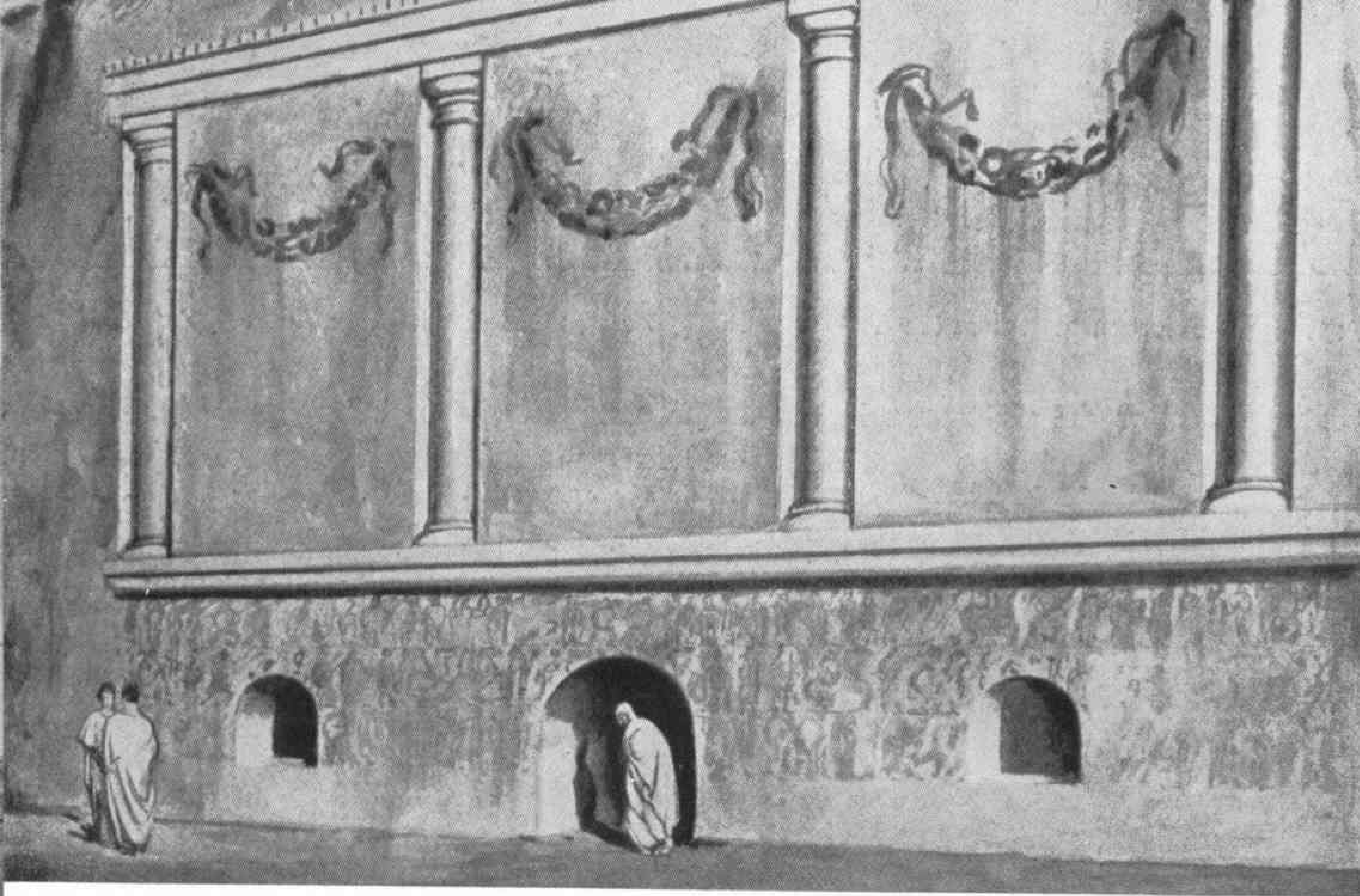
sejo del dios. Todavía ahora — dice Apiano —, en las procesiones públicas, se lleva al Capitolio la estatua de Escipión, mientras las demás efigies se dejan en el Foro.»

Los retratos que tenemos del *Africano* nos lo presentan calvo, de cara vulgar y mirada severa, como debía de ser en los días de su vejez; pero a los veinticuatro años, con sus largos cabellos rizados, su varonil belleza y su entusiasmo en el discurso, producía una impresión irresistible a sus amigos y enemigos. Su primera campaña en la Península Ibérica empezó con un ataque a fondo. Instalado Escipión en Tarragona durante el invierno del 209, parecía dispuesto a permanecer a la defensiva mientras con sigilo se preparaba para atacar con un furor casi ciego. En siete días, dice Polibio, franqueó Escipión con su ejército la distancia que separa el Ebro de Cartagena, que son casi tres grados de meridiano. Sin esperar que llegaran refuerzos, el joven Escipión se lanzó sobre la capital de los cartagineses en España, apoderándose de sus vastos arsenales. En cambio, el hermano de Aníbal, el mismo Asdrúbal que había vencido a su tío y a su padre, se le escapaba con un ejército, dirigiéndose a Italia. Se trataba de repetir la campaña de Aníbal en el Po para levantar contra Roma a los galos y los etruscos. Pero Aníbal había descuidado a sus aliados del norte de Italia, con la idea fija de atraerse a los griegos del Sur, y así ocurrió que, a la llegada de Asdrúbal, ya no encontró ambiente propicio entre las poblaciones que antes ayudaron a Aníbal; además, enfrente tenía al ejército de los dos cónsules, que llegaba en su busca para vengar las derrotas anteriores. Y lo consiguió; en la famosa batalla del río Metauro pereció Asdrúbal, mientras Aníbal le estaba esperando al sur de Roma.

Ya desde este momento la guerra estaba ganada, pero faltaba todavía descargar el golpe de gracia sobre Cartago. Escipión decidió dárselo en el Africa; para ello consiguió que el Senado lo enviara a Sicilia, con instrucciones para invadir el territorio cartaginés si se presentaba ocasión propicia. Escipión, al revés de Aníbal y a pesar de su carácter fogoso, nunca dio una orden a sus legiones sin que por lo menos tuviese ésta la apariencia de cumplir la voluntad del Senado. A los cuatro meses de haber to-

Una de las colinas donde estuvo Cartago, la actual Túnez.





Fachada de la cripta-sepulcro común de la *gente Cornelia Scipio*, en la Vía Latina, junto a la Vía Appia.

mado posesión del gobierno de Sicilia, ya había conseguido Escipión reunir 80 buques y 35.000 hombres, con los que desembarcó cerca de Cartago sin encontrar dificultades. Los romanos contaban allí con aliados. Los indígenas del norte de Africa estaban descontentos de Cartago y fueron más útiles a Escipión que los descontentos de Roma para Aníbal. Este último se hallaba aún en el sur de Italia, esperando a su hermano menor Magón, que debía reunírsele con los últimos refuerzos de España. Allí, en aquella forzada inacción, Aníbal se entretenía redactando el diario de sus campañas, que hizo inscribir en griego y en fenicio en el altar del templo de Juno de Crotona.

Al recibir órdenes de la asamblea de Cartago para que regresaran al Africa, Aníbal y Magón, desde los distintos lugares, se embarcaron hacia Cartago. Magón falleció durante el viaje, pero Aníbal consiguió desembarcar y en seguida organizó la resistencia. La tradición dice que, antes de confiar a la suerte de una batalla el porvenir de la patria, los dos caudillos tuvieron una entrevista en la tienda de Escipión. Hay que imaginarse al cartaginés, tuerto y ya de más de cuarenta años, con su larga experiencia de las guerras de Italia, discutiendo con el joven romano unas condiciones de paz que éste no podía aceptar. Empezaba la guerra a muerte.

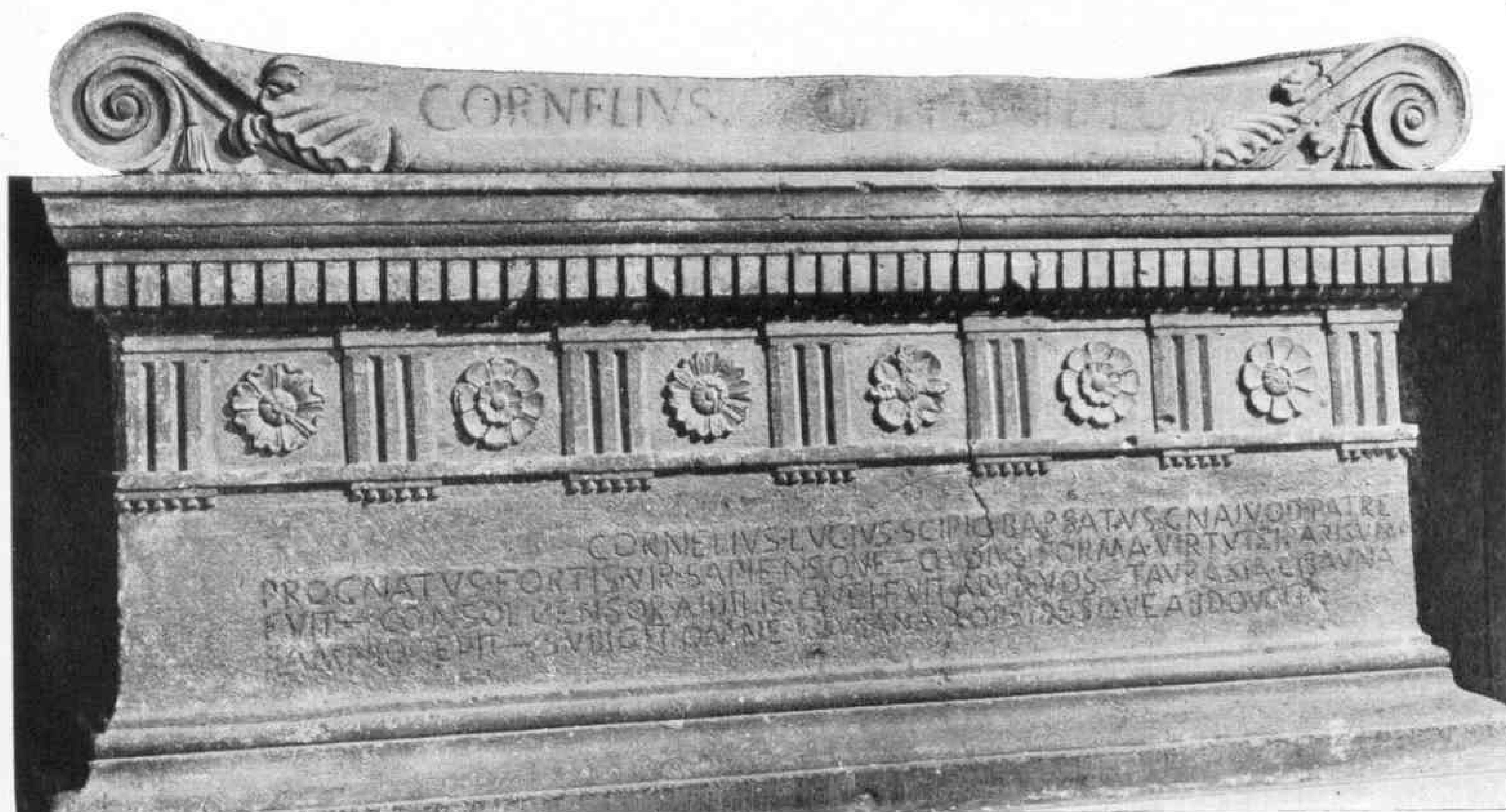
Esta se inició con la batalla del 18 de octubre del 202, diecisiete años después de la toma de Sagunto; conócese en la Historia con el nombre de batalla de Zama, aunque se dio probablemente algunas jornadas lejos de este lugar. También en esta ocasión proporcionó la victoria el repliegue de la caballería africana, sólo que esta vez luchaba al lado de los romanos. En Cannas y en Zama el hábil y consumado jinete bereber decidió la suerte de Europa.

Las condiciones de paz fueron éstas: Cartago perdía a España, tenía que destruir su marina y pagar diez mil talentos, o sean doce millones de pesos, en cincuenta años... Lo peor era que Cartago, de allí en adelan-

te, no podía emprender una guerra, ni aun contra sus vecinos del Africa, sin el consentimiento de Roma.

Este relato de las guerras púnicas quedaría incompleto sin explicar el final de Aníbal. Hemos dicho que el final de la primera guerra púnica se desarrolló en Sicilia y contra el veterano general Amílcar. La segunda guerra púnica no terminó en Sicilia ni en Africa, sino en Asia. El tratado que concertó Amílcar después de la derrota de Zama no obligaba a Cartago más que a la contribución de guerra y otras penalidades políticas, pero la ciudad quedaba intacta, pues no fue arrasada hasta cincuenta años más tarde. Y sobre todo se dejaba en libertad a Aníbal, que se refugió en Siria. Allí había un monarca descendiente de Seleuco, el compañero de Alejandro, que se proponía restablecer la mitad del imperio del gran conquistador. Se llamaba Antíoco, pero le apodaban *el Grande* por su ambición. Había ya sujetado a su autoridad varios de los pequeños Estados en que se había fraccionado el imperio de Alejandro. Nadie en Asia podía competir con sus riquezas y su organización militar. Aníbal le llegó en buena hora para la guerra que preparaba contra Roma. Antíoco le aceptó y en la batalla decisiva puso a Aníbal en el centro, donde estaban los elefantes. Fue una gran derrota para Antíoco, y Escipión, que era el general romano, concluyó la guerra imponiendo una fuerte contribución y casi las mismas restricciones de soberanía que había impuesto a Cartago. Temeroso de ser llamado enemigo mortal por los romanos, Aníbal se refugió en la

Sepulcro-sarcófago de Lucio Cornelio Escipión, llamado el Barbato. Museo del Vaticano.

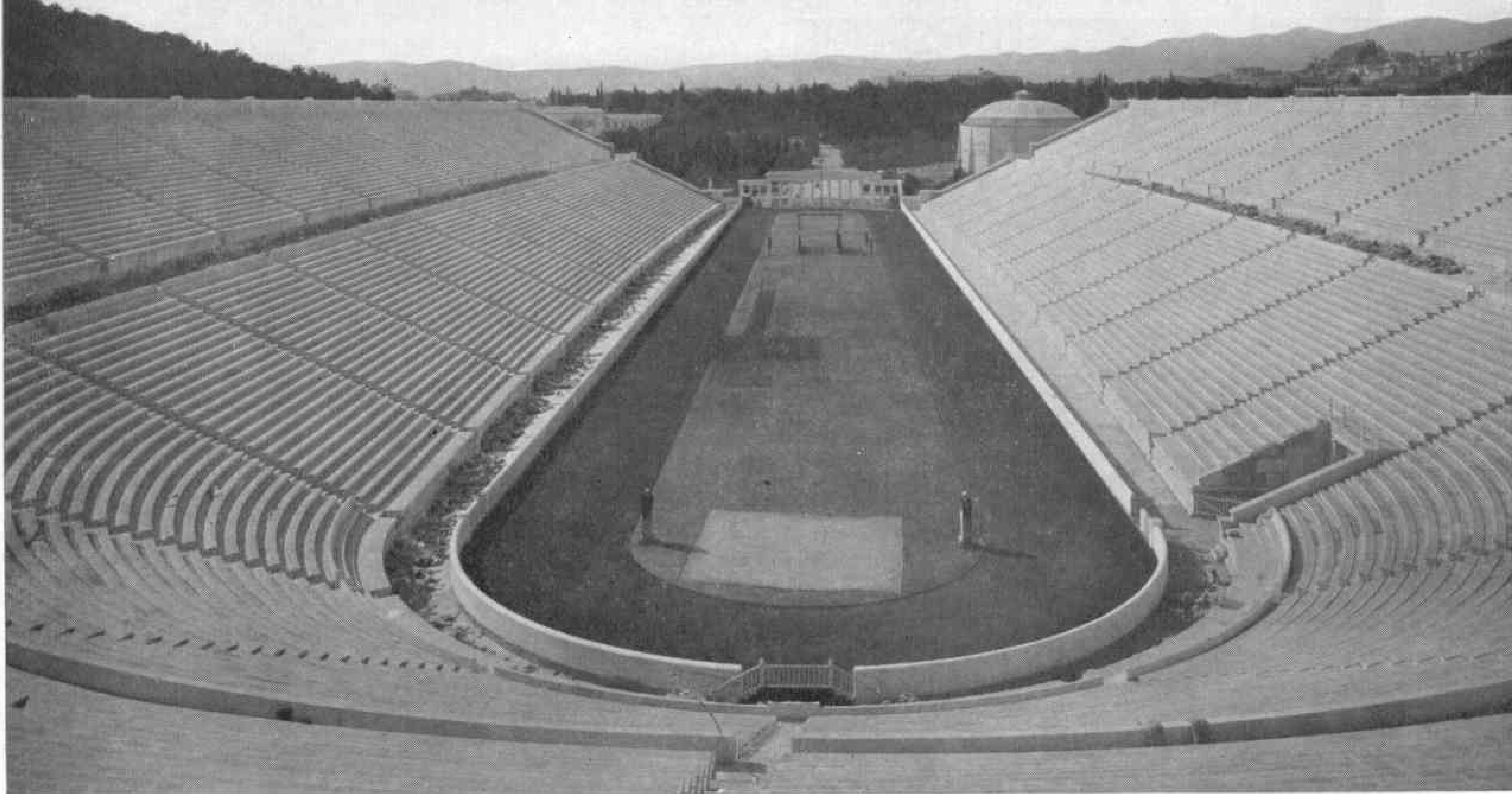


corte del rey de Bitinia y allí se suicidó con veneno. Escipión, el vencedor, fue acusado de peculado por los senadores. No quiso dar cuenta de los gastos de la campaña contra Antíoco. El día de rendir cuentas, rompió todos los documentos que certificaban su conducta en pleno senado. Y marchó a morir a una hacienda que tenía en Campania. No fue enterrado con su gente en la cripta-sepulcro de la encrucijada de la Vía Latina y la Vía Appia. Los Escipiones, aunque patricios de gran abolengo, no incineraban los cadáveres, como todos los demás de la aristocracia romana, sino que los conservaban en sarcófagos, como los plebeyos. La cripta de los Escipiones es un lugar que al visitarlo causa admiración por su severidad tan romana. Es una gruta excavada que consta de varias galerías; no tiene frescos ni estucos conmemorativos. No hay más luz que la que entra por la puerta de entrada y dos ventanas bajas de la fachada. Esta tiene columnas talladas en la roca y unas guirnaldas pintadas. En el interior hay los sarcófagos de miembros de varias generaciones de la familia. Son de piedra volcánica del Lacio. Sólo de uno, el mayor, que ha sido trasladado al Museo Vaticano, por una inscripción sabemos que era del apodado el *Barbato,* o Barbudo, acaso porque se dejaría crecer la barba, cosa que en aquella época no hacían nunca los patricios.

La modestísima casa del Africano en la Campania fue visitada por gentes que han manifestado su asombro al contemplar el pobre baño de losa y las desnudas paredes de la mansión en que vivió el gran Escipión, el vencedor de Zama, en los últimos años de su vida.



Mosaico romano. El Océano con los buques que surcan el mar. Descubierto en Chot Maria, junto a Hadrumeto.



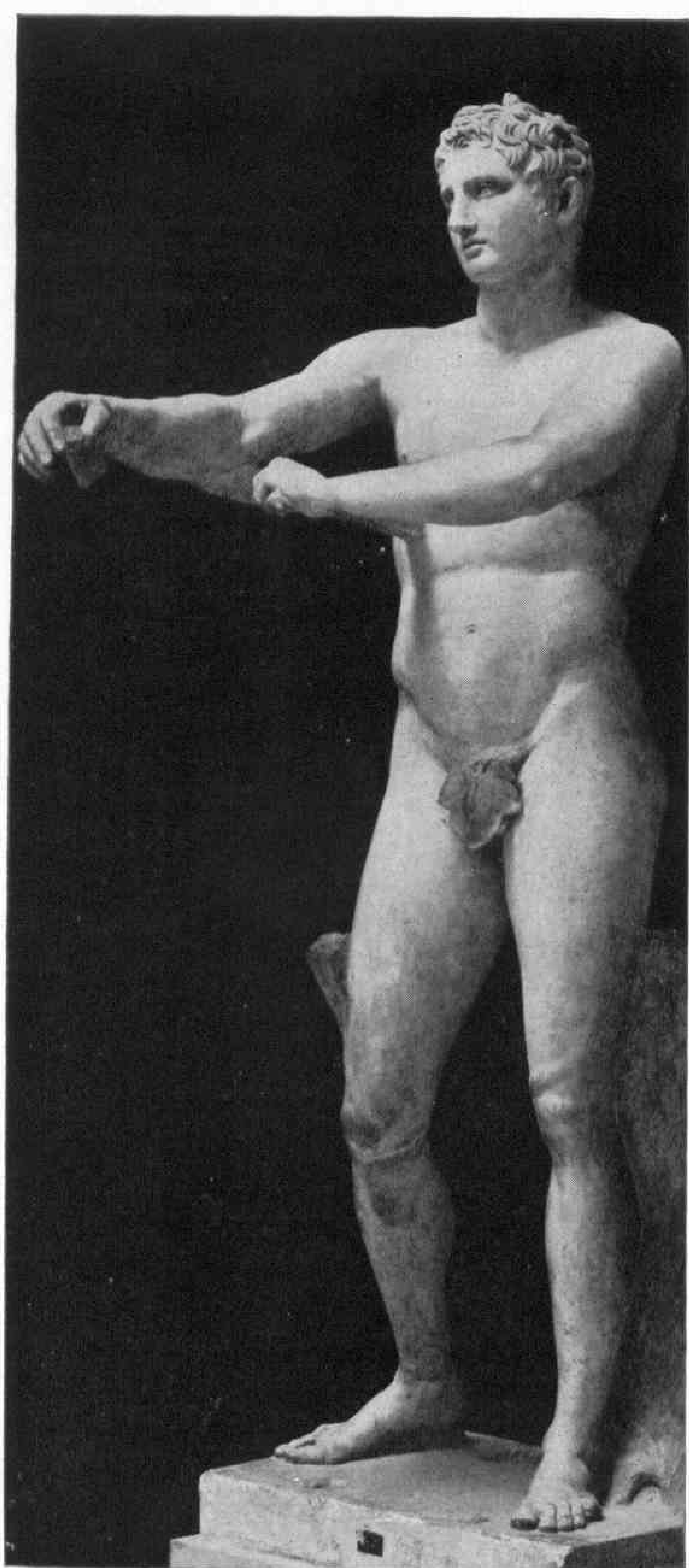
El Estadio de Atenas, después de las restauraciones.

11 LOS DEPORTES GRIEGOS. PINDARO

En los capítulos anteriores hemos puesto de relieve la disgregación política de los griegos, acusándoles de no haberse sabido confederar ni haber constituido un gobierno superior al de la ciudad-estado; y, no obstante, Grecia se representa en nuestra imaginación como una entidad moral, sin fronteras ni provincias. Esparta, Atenas, Corinto, Tebas, son griegas en su origen y casi sin contraste al compararlas con otras naciones y otros países del mundo. La religión tiene un culto diferente en cada ciudad griega, y hay, para el arte y la literatura griegas, escuelas locales también diferentes, aunque en espíritu y en ideal nos parecen uniformes. Mas al poner la literatura y el arte de los griegos en parangón con la literatura y el arte de las otras gentes de la antigüedad, las variaciones desaparecen y Grecia recobra su unidad y personalidad indestructibles.

¿Qué era, pues, lo que mantuvo en Grecia esta homogeneidad moral, a pesar de las guerras civiles y los odios de raza entre dorios y jonios? En primer lugar, el atletismo, los juegos y concursos musicales, fiestas panhelénicas para cuya celebración se estipulaba una tregua y se olvidaban los viejos agravios; después, los nuevos cultos que se adoptaron para divinidades nuevas en toda Grecia; finalmente, el mismo deseo de investigar y conocer, que parecía como adormecido y retrasado en las otras familias humanas y tan activo se mostraba entre los griegos. Vamos a dedicar nuestra atención a cada uno de estos tres factores.

Los *juegos olímpicos* se celebraban cada cuatro años, pero la tregua o suspensión de hostilidades, para permitir que los que iban y volvían de Olimpia viajaran sin peligro, duraba tres meses. Así es que los griegos, cada cuatro años, estaban, no sólo en paz, sino



Atleta griego limpiándose el cuerpo de grasa y polvo con el rascador.

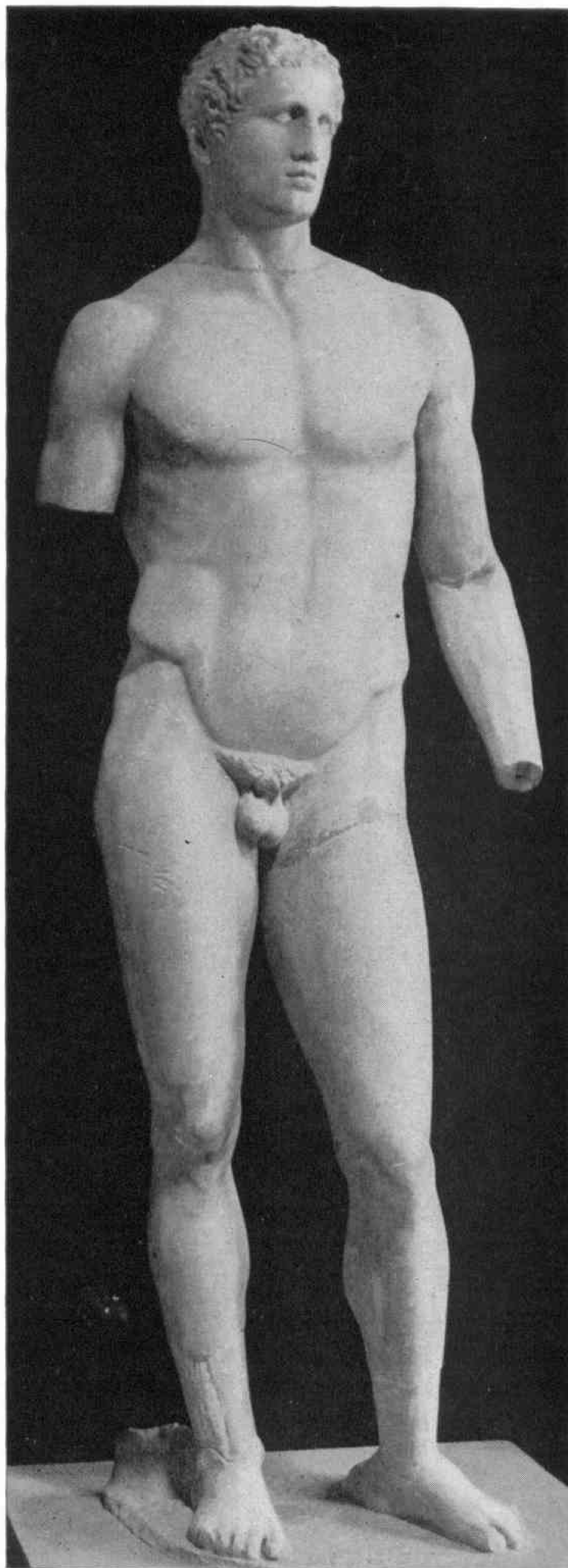
reunidos por un común entusiasmo inspirado en móviles superiores a los de su pequeña patria. Los *juegos píticos,* que se convocaban en Delfos también cada cuatro años, alternados con los de Olimpia, llevaban aparejada una tregua parecida. Los *juegos ístmicos* se celebraban cada dos años en Corinto y no tenían carácter religioso tan acentuado como los de Olimpia y Delfos; pero por ser Corinto un lugar tan céntrico, sus juegos ístmicos resultaban los más animados de todos los festivales panhelénicos. La tregua no era tan rigurosa para los juegos ístmicos como para los olímpicos y píticos, pero Corinto hacía lo posible para imponer esta costumbre de una paz que garantizara el éxito de su concurso. Otras fiestas panhelénicas se celebraban en Nemea, cerca de Argos, cada tres años. Se llamaban *juegos nemeos* y también se proponían treguas para los que acudían a la fiesta, que muchas veces eran respetadas. Era algo parecido a la tregua de Dios en la Edad Media.

Así es que, si el lector se ha fijado, habrá podido observar que cada año se celebraba al menos uno de estos concursos panhelénicos, con su correspondiente armisticio. Allí se comentaba lo ocurrido en los meses anteriores, viéndolo todo bajo un nuevo aspecto, sin los prejuicios locales y con la elevación de miras que producían el arte y la belleza física. Los atletas, corredores, jinetes y músicos acudían de los cuatro ámbitos del mundo griego, desde Marsella hasta Cirene y Bizancio. Las pequeñas contiendas locales parecerían entonces harto mezquinas a estos griegos de las colonias, como las disputas de fronteras de la Europa moderna resultan despreciables para los americanos de nuestros días.

Ya hemos dicho que los juegos tenían carácter religioso: los de Olimpia y Nemea se pretendía hacer creer que habían sido instituidos por Hércules. Los píticos fueron iniciativa del propio Apolo para apaciguar a la serpiente Pitón, a quien el dios desposeyó de su antiguo señorío en el valle de Delfos; y la fundación de los ístmicos se atribuía al propio Teseo, el primer rey de Atenas. Estas tradiciones revelan la antigüedad de los cuatro festivales panhelénicos. Hércules y Teseo recuerdan los días anteriores a la invasión dórica, y Apolo los tiempos de la conquista. Ya dijimos en otro capítulo que en Olimpia se celebraban ritos extraños en honor de un héroe prehelénico.

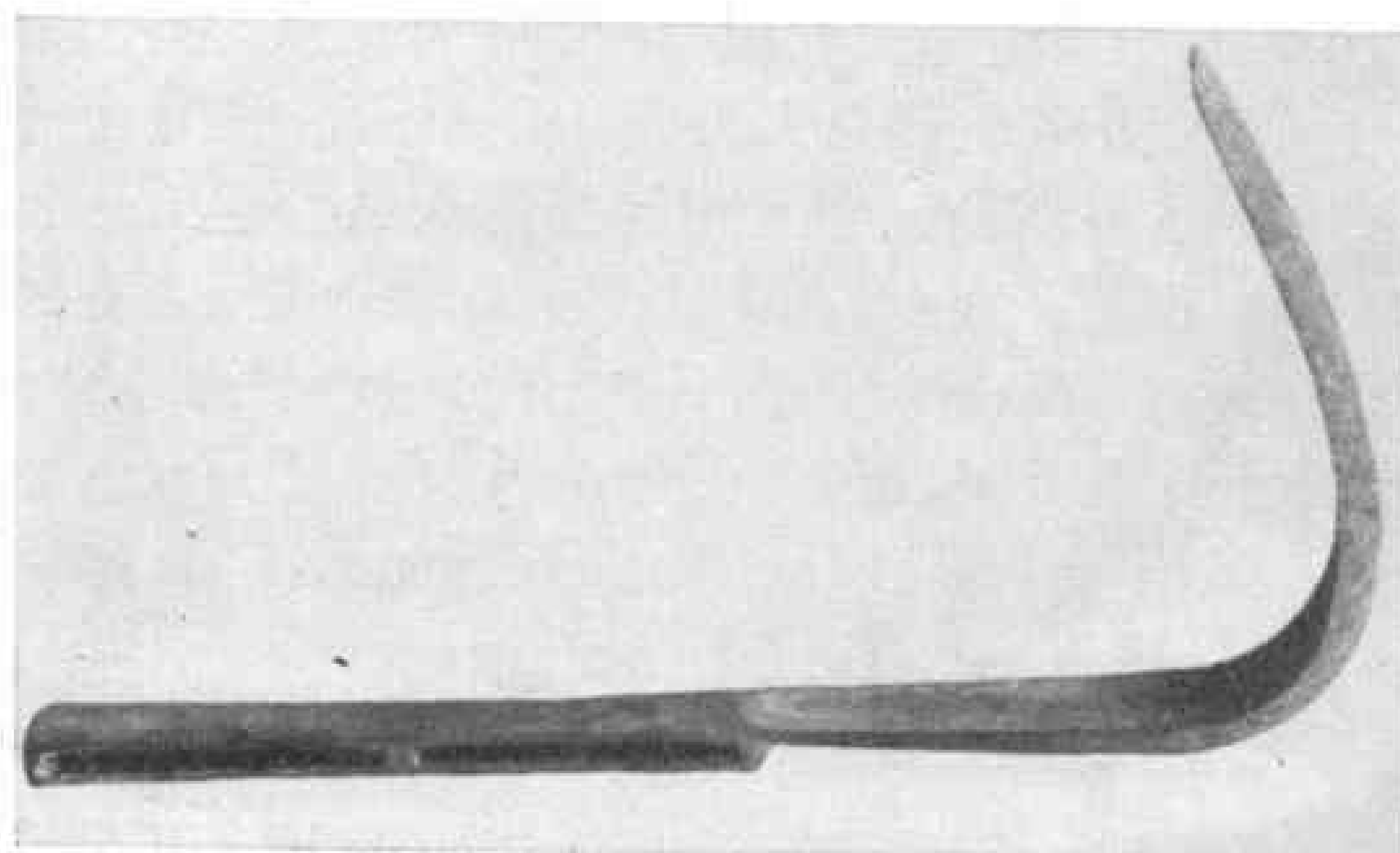
llamado Pélops, y el templo más antiguo del santuario era el de la divinidad femenina, Juno o Hera. Añadiremos ahora que los juegos eran presididos por una sacerdotisa. Análogas supervivencias encontraríamos en los otros festivales, aunque todos fueron reformados o establecidos de nuevo después de las crisis políticas que siguieron a la invasión dórica. Los juegos ístmicos debieron de alcanzar gran prestigio e importancia en el período de mayor prosperidad de Corinto, cuando gobernaron la ciudad como tiranos Cipselo y sus hijos. En Olimpia se conservaba la lista de los vencedores a partir del año 776 antes de J. C., aunque se creía que a esta fecha correspondía la vigésimo octava olimpíada. El registro de los vencedores fue revisado y continuado por varios escritores interesados en Historia, entre ellos el propio Aristóteles, porque como todos los griegos habían aceptado la división en períodos de cuatro años de las olimpíadas para los cómputos históricos, había empeño en precisar la cronología.

Los premios para los vencedores parece ser que en un principio consistieron en trípodes, vasos de bronce y otros objetos de valor. Como recuerdo curioso mencionaremos los cinco premios que en la *Ilíada* otorga Aquiles a los cinco competidores de las carreras de carros: el primer premio es una esclava joven y un trípode; el segundo premio consiste en una yegua de seis años con su cría; el tercero, un gran caldero de bronce que no ha sido puesto aún al fuego; el cuarto, dos talentos de oro, o sean 2.400 pesos de oro, y el quinto, una urna con dos asas. Esta lista de valores relativos claro es que se refiere a los tiempos homéricos, porque en la época de las primeras olimpíadas, o sea en el siglo VIII antes de J. C., una yegua y un caldero valdrían bastante menos de dos talentos de oro, y pronto se idealizó el galardón otorgando a los vencedores de Olimpia coronas de olivo silvestre. En Delfos las coronas eran de laurel, en Corinto de pino y en Nemea de hojas de apio; pero las ciudades de donde eran hijos los vencedores recompensaban a éstos con pensiones



Agias de Tesalia, atleta griego, vencedor en la lucha cuerpo a cuerpo en unos juegos píticos del siglo V antes de J. C.

y privilegios por el honor que sobre ellas recaía con su victoria. Atenas, por ejemplo, en tiempo de Solón, premiaba con quinientas dracmas al atleta ateniense que vencía en Olimpia, y con cien dracmas al vencedor en los juegos ístmicos. Además, en los juegos locales de Atenas, que se celebraban durante las fiestas panateneas, se repartían a los vencedores hasta mil trescientas ánforas de aceite de oliva del Atica, que era un producto de gran precio. El vencedor en las carreras de carros recibía ciento cuarenta ánforas de aceite, cuyo valor era de doce dracmas por ánfora, y así en proporción los otros premios menores.



Rascador para atletas.



Saltarín ejercitándose con la ayuda del ritmo en un gimnasio griego.

Una tradición muy antigua explica el origen del derecho de los que ganaban la carrera de 200 metros en Olimpia a ser glorificados como héroes y tener una estatua o retrato que los representara en la ciudad de donde procedían.

Vamos a exponer aquí la fábula que explicaba el origen de la heroización del que ganaba la carrera de los 200 metros: Júpiter, o Zeus, nació de Cronos, que devoraba a sus hijos por miedo a que le suplantaran. Cuando nació Zeus, Cronos estaba distraído y no oyó los gritos del infante recién nacido. En cambio lo oyeron unos jóvenes atletas que estaban allí cerca corriendo la carrera de los 200 metros. Apiadados del pequeño hijo de Cronos, lo llevaron velozmente al valle del Altis, donde estuvo la tumba de Pélops. Allí quedó para cuidar al niño la ninfa Amaltea, y más tarde Zeus, ya crecido y encumbrado a señor de los cielos, concedió al atleta que ganara en los juegos la carrera de los 200 metros el derecho de ser inmortalizado y venerado con su verdadera efigie o retrato.

Es necesario hacer hincapié aquí sobre la importancia que tenía el conceder la categoría de héroe; ya hemos visto que por sus actos y conducta sólo el fundador de una ciudad o colonia era considerado héroe. Después de muerto continuaba con una existencia activa y beneficiosa en el túmulo de tierra que le servía de sepulcro. Ya hemos dicho que el Hades, adonde iban todos los muertos con raras excepciones, era un lugar de penumbra y olvido, donde las almas no tenían conciencia de su estado presente ni recuerdo de su vida en la Tierra. Sólo eran excepción de esta regla gene-

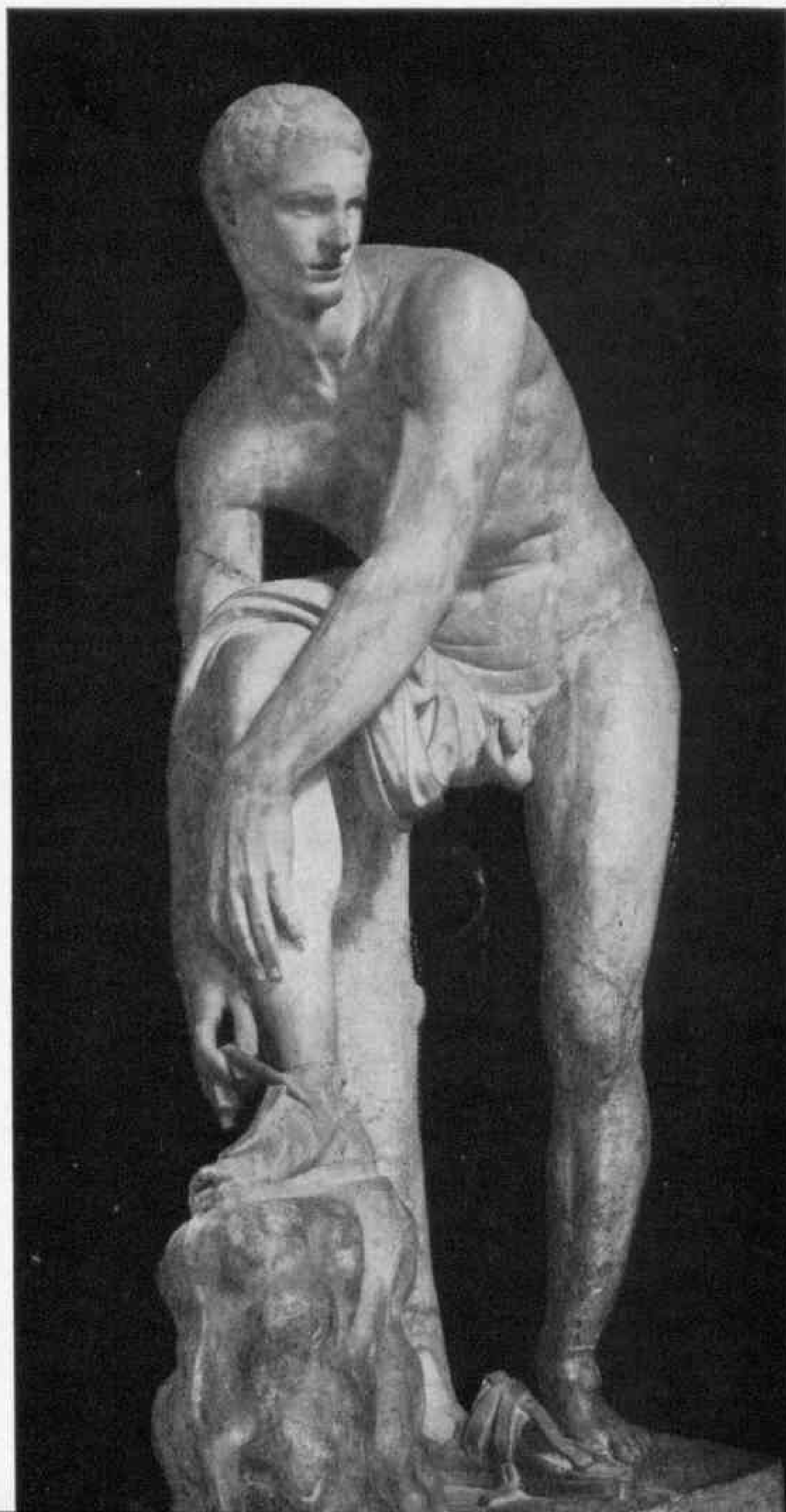
ral los héroes y los iniciados en los misterios, si bien estos últimos no tenían ninguna influencia en lo que podía ocurrir a sus compatriotas supervivientes.

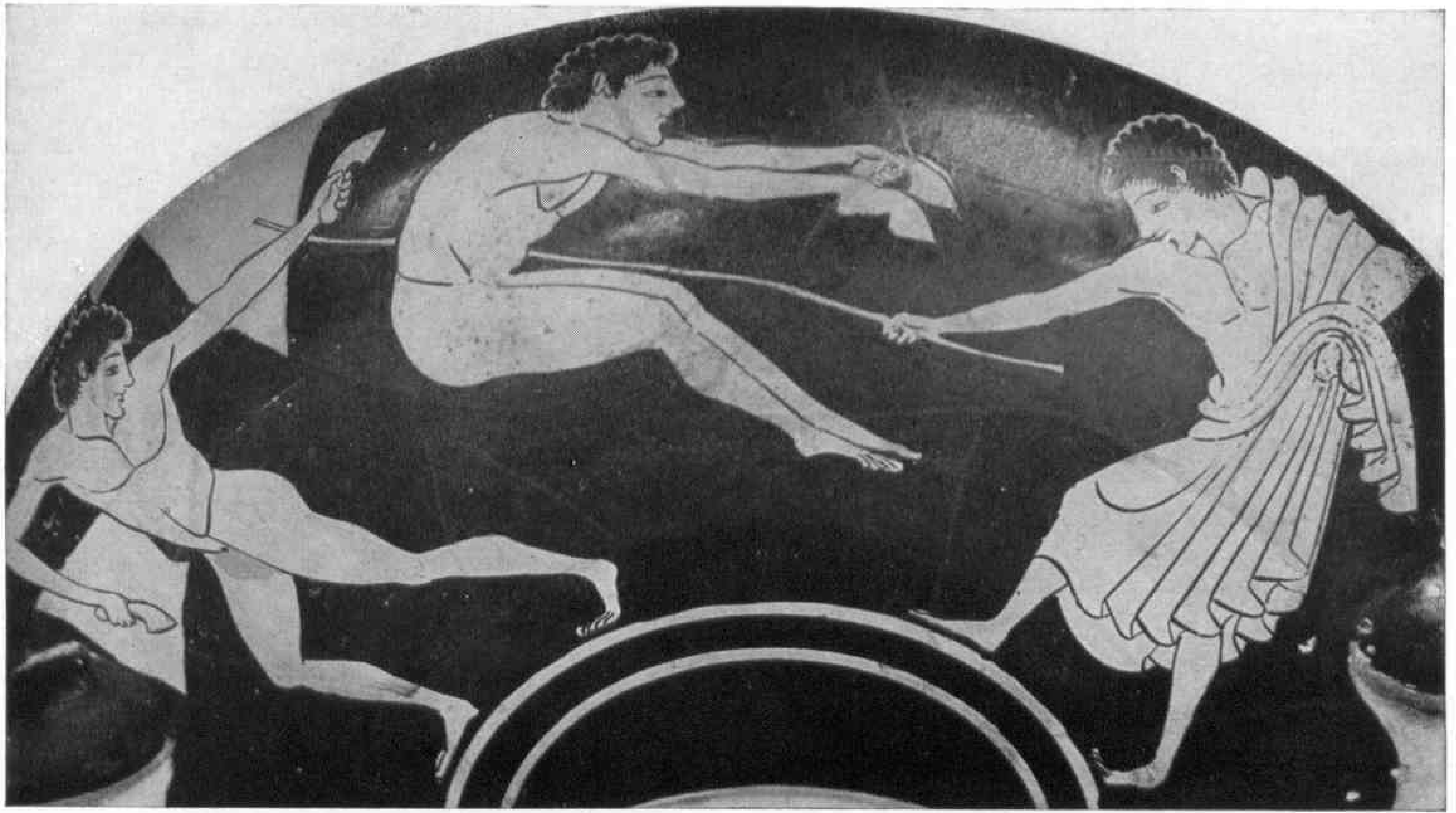
El héroe, en cambio, era un espíritu activo que podía propiciarse con ofrendas y cultos regulares. La heroización, o elevación a la categoría de héroe, no podía obtenerse más que como gracia o concesión de Zeus. El dios lo demostraba fulminando un rayo para producir la muerte del elegido héroe. Aquiles sabía muy bien que ni con su sacrificio en la guerra de Troya conseguiría la heroización; iría al Hades subterráneo y obscuro, como el porquero de su padre. Por esto, el ganar un atleta la carrera de los doscientos metros en Olimpia ocasionaba beneficios extraordinarios para el vencedor y para la ciudad de donde procedía. Como héroe tendría derecho a la sepultura honorífica junto a la puerta de la ciudad. Allí permanecería oculto, pero vivo, en forma de Pytón, o serpiente enroscada. Alguna vez aparecería a sus conciudadanos; como sombra benéfica, escucharía los cantos, asistiría invisible a las fiestas que se celebraran en su honor; ahuyentaría el maleficio y a los enemigos, protegería a los que acudiesen a honrar su tumba con ofrendas o la adornaran con flores.

Por su carácter de héroe, el vencedor de la carrera de los doscientos metros era el único que tenía derecho a ceñirse la banda en la frente. Llevaba el *stéfanos,* símbolo de inmortalidad. Era la corona que, como el círculo, no tiene principio ni fin y caracteriza al ser divino. Además, los héroes en general, y los atletas vencedores por designio de Zeus, eran los únicos mortales que tenían derecho a ser inmortalizados con estatuas. La reproducción de una imagen, sobre todo el retrato, era considerada peligrosa y de efectos mágicos por los dorios. Sólo los que Zeus había aceptado como héroes podían tener su efigie esculpida o pintada entre los dorios de los siglos VIII y VII. El derecho a erigir una estatua para conmemorar el triunfo en los juegos favorecía la evolución de la escultura; las primitivas estatuas griegas que conservamos, todavía de efebos, son de los vencedores de la carrera de doscientos metros.

El programa de las fiestas era algo distinto en cada uno de los santuarios, pero sólo en cuanto al orden de los juegos y en algunos de los detalles. En Olimpia las fiestas, que se celebraban en verano, empezaban con un «sacrificio al dios», que debía ser una hecatombe de víctimas en honor de Zeus olímpico. El primer concurso eran las carreras a pie, unas para hombres y otras para muchachos; las había cortas, de doscientos metros, y de resistencia, de tres millas. Los atletas corrían desnudos y sin sandalias; los pintores de vasos griegos reprodujeron

Corredor griego descalzándose para la carrera.





Escuela de gimnasia. El maestro está corrigiendo a los que saltan ayudados de pesas. Vaso griego del siglo IV antes de J. C.

los grupos de corredores preparándose para empezar, moviendo los brazos al correr o ya en la carrera final, o dando el último salto para alcanzar la meta y el triunfo.

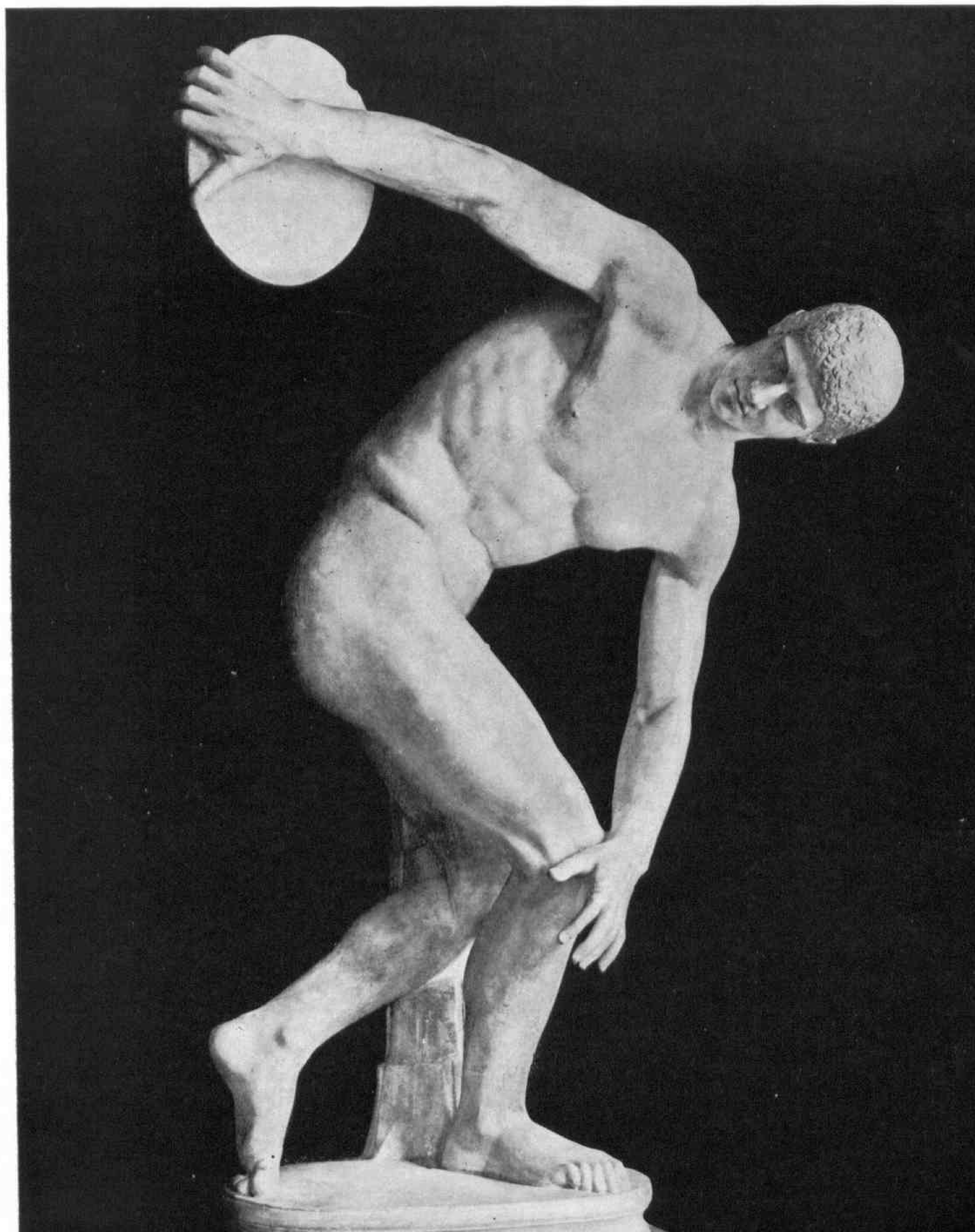
En realidad, estas representaciones plásticas de las carreras a pie no nos enseñan nada que no se practique en nuestra época, a excepción de que nos muestran el método por el cual los griegos llegaron a correr científicamente, aprovechándose de todos los músculos del cuerpo que podían ayudarles en la práctica del ejercicio.

En cambio, si es verdad lo que cuentan los escritores clásicos, en el salto los griegos consiguieron resultados a los que no se ha podido llegar hoy. Los griegos, al adiestrarse en el salto, trataban de caer en un hoyo dispuesto al efecto, con una capa de arena, a cincuenta pies de distancia, o sea unos dieciséis metros, y hasta se asegura que un tal Faylus saltó más allá de este hoyo. Nadie actualmente sería capaz de dar un salto parecido, pero los atletas griegos se ayudaban con unas pesas, llamadas *alteras,* que sostenían con las manos y que, balanceándolas, les daban ímpetu para proyectar el cuerpo hacia delante. Se han encontrado varias de estas pesas que eran de piedra o plomo. En las pinturas de los vasos vemos a los atletas acompañados de músicos, como se hace en los modernos gimnasios, para ejercitarse en los movimientos de péndulo con las pesas que preparan el salto.

Fácil es que en Olimpia a este ejercicio del salto siguiera el de lanzar el disco, y por ser abundantísima la información que tenemos de la manera como los griegos practicaban este juego, podemos comparar su técnica y sus resultados con los obtenidos modernamente. Por lo que se ve, el atleta griego se preparaba levantando el disco con las dos manos, dejándolo caer hacia el lado izquierdo y levantándolo otra vez hasta la cabeza para tomarlo con la mano derecha; proyectando entonces resueltamente el cuerpo hacia delante, corría hasta el punto se-

ñalado para lanzarlo, acumulando así fuerza con el movimiento y balance de la pesa. Varios discos se han encontrado en Olimpia y el peso de ellos varía desde poco más de un kilo hasta cinco kilos y medio. Pero, así y todo, no es de creer que los griegos, con el método que emplearon para lanzarlo, consiguieran arrojar el disco más allá de unos treinta y cinco metros. Los atletas modernos han obtenido mejores resultados porque se valen de una técnica muy hábil, dando vueltas con el disco a todo el cuerpo antes de lanzarlo. El moderno *discóbolo* gira como un trompo, con el disco en la mano,

Discóbolo al final de la carrera, en el momento de arrojar el disco. Estatua de Mirón. Siglo V antes de J. C. Reconstrucción en yeso.



y, por fin, dando un salto, lo arroja a una distancia considerable. El *record* olímpico de lanzamiento es de 200 pies ingleses, unos 61 metros. Parece que los griegos no consiguieron arrojarlo más allá de 115 pies.

Las luchas cuerpo a cuerpo duraban todo un día en los juegos olímpicos. Eran de tres clases. En la primera, la lucha de fuerza y de habilidad, los contrincantes trataban de derribarse el uno al otro sin darse golpes, como en el *wrestling* inglés o el *jiu-jitsu* de los japoneses. Vasos, esculturas y hasta monedas nos presentan a los luchadores desde el momento en que se acercan para abrazarse hasta el punto en que uno de los dos se declara vencido, dando en el suelo una palmada. Los diferentes lances están figurados con gran conocimiento del arte, lo cual no es de extrañar, pues sabemos que se había sistematizado la enseñanza de la lucha; se ha descubierto un papiro griego, en Egipto, donde se consignan los nombres de cada movimiento y las instrucciones para dominar al adversario. Se desprende de los textos que en esta clase de lucha lo que los griegos apreciaban más era el jugar limpio; a un atleta siciliano, llamado Leontisco, se le descalificó porque trataba de derribar al enemigo de manera que se rompiese los dedos al caer. En cambio, se citaban casos de luchadores que habían vencido en Olimpia sin caer al suelo, lo que se llamaba 'αχονιγεί, vencer *sin polvo,* esto es, sin rozar la fina arena de la palestra.



Atleta griego balanceando el disco con el brazo izquierdo.

La segunda manera de lucha cuerpo a cuerpo de los griegos era lo que hoy llamamos *boxeo.* Era el más popular de los juegos de la antigüedad; hasta los mismos dioses se suponía que habían luchado de ese modo. Naturalmente, Hércules, Teseo, Tideo y los héroes de Homero también boxean. En un principio los luchadores llevaban descubiertas las manos, pero después las encerraron dentro de una especie de cestillas, o las envolvieron con largas bandas. No había sobre el terreno señalado un espacio dentro del cual tuvieran que moverse los púgiles y la lucha continuaba hasta que uno de los contendientes se declaraba vencido, levantando la mano. No hay recuerdo de accidentes fatales.

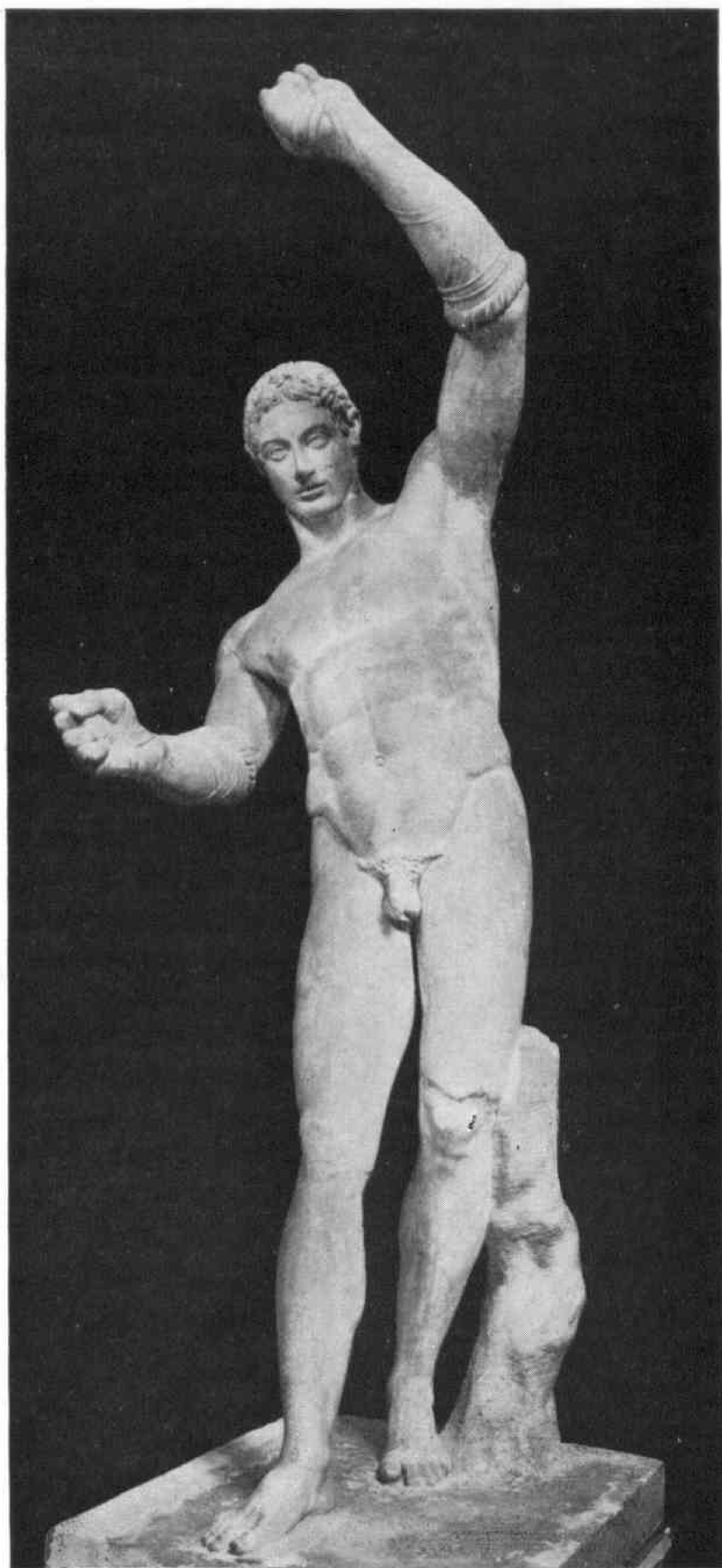
La tercera manera de lucha cuerpo a cuerpo, que los griegos llamaban *pankration,* era la brutal combinación de boxeo y lucha en que los contendientes tenían derecho a empujarse y derribarse, pegarse puñadas y coces, morderse y arañarse: en una palabra, a todo lo que podía debilitar y rendir al adversario. Una lucha semejante hoy



Dos pugilistas en el momento de iniciar el combate. (Moneda de Asperdus.)

no se toleraría en ningún país, y nos sorprende que una raza tan culta como la griega pudiera complacerse en tan feroz ejercicio; pero varias anécdotas prueban que, si bien los griegos no tenían prohibido en esta lucha el morder y dar coces al adversario, no era esto considerado como honorable. Se reprobaba a Alcibíades el morder en el boxeo *como una mujer*, y en el opúsculo de Galeno sobre los juegos olímpicos dice que el burro sería el vencedor en el *pancracio*, porque es el animal que mejor sabe dar coces. Podemos imaginarnos el deplorable efecto que produciría un combate semejante. El moderno boxeo resulta bastante atroz cuando, al final de la lucha, uno de los contendientes, desangrándose por las narices y con un ojo cerrado por los golpes, trata todavía de defenderse, amagando con temblor un golpe que ya no puede ser eficaz. Parece que los griegos no supieron reconocer los puntos verdaderamente vulnerables del cuerpo, debajo de la barba y debajo del músculo pectoral, donde nervios importantes pasan casi por la superficie. Acaso por esta circunstancia de ignorar cuáles son las partes más sensibles del cuerpo humano, en las que un golpe bien asestado paralizaría al adversario, tuvieron que valerse los griegos de la brutal combinación de lucha y boxeo que es, en realidad, el llamado *pankration* o *pancracio*.

Las carreras de caballos, ya montados por jinetes, ya uncidos a carros, llenaban todo un día de las fiestas de Olimpia. Había varias clases de carreras, según la edad de los potros y de los caballos y yeguas; más tarde se estableció otra carrera para mulas. A los caballos no se les ponía montura alguna, azuzándoles sus jinetes, que iban desnudos, con las riendas y unos largos látigos. Una trompeta daba la señal de partida. En una de las carreras, los jinetes, corriendo al galope, tenían que lanzar una pica contra un blanco dispuesto al efecto. Así en algunos vasos pintados se ven caballos y jinetes preparándose para ponerse en fila antes de empezar la carrera, y cada jinete, en lugar del látigo, lleva una lanza. Ya se comprende que las más renombradas de las carreras en los juegos griegos serían las de carros; éstos eran de dos y de cuatro caballos. Los carros tirados por cuatro caballos



Pugilista. Escultura de la colección Borghese, Roma.



Pugilistas griegos tratando de derribarse.

eran del mismo tipo que los carros de guerra descritos por Homero, con dos ruedas ligeras y abiertos por detrás, sólo que en el carro de carreras no podía montar más que el auriga, mientras que en el carro de guerra, además del conductor, que sostenía las riendas, iba el guerrero, con el escudo y la lanza. En las carreras de carros de cuatro caballos el auriga iba de pie, vestido con una larga túnica. En el carro de dos caballos el conductor iba sentado en un pequeño asiento, algo levantado sobre el eje de las ruedas, y apoyaba los pies en la viga a la que estaban uncidos los caballos. El hipódromo de Olimpia ha sido excavado recientemente, y por sus medidas sabemos que la carrera de ida y vuelta de los carros medía poco más de un kilómetro.

Las carreras de caballos requerían grandes capitales para procurarse los potros de buena raza y tener a sueldo jinetes entrenadores para adiestrarlos. Por tanto, sólo los ricos podían cultivar este deporte, y el solo hecho de querer competir en las carreras de carros y caballos era ya un alarde de fortuna en el siglo v antes de J. C. Así vemos a los tiranos de Sicilia acudir a las fiestas panhelénicas con un lujo de carros y caballos que maravillaba a los griegos. Los jefes semibárbaros de la frontera del Norte también tenían empeño en ser admitidos en los concursos panhelénicos y se presentaban con tiros de caballos y yeguas de gran precio para conseguir el título de *Olimpionikes,* o vencedor de Olimpia. Otros se dedicaban a los deportes por la ganancia que producían las victorias. Se recuerda que uno, llamado Teágenes, llegó a reunir catorce coronas como premio de otros tantos triunfos, y ya sabemos que esto no era pura gloria.

Todo tendía a producir la especialización y el profesionalismo, las dos mayores calamidades que pueden originarse de los deportes. En realidad, el profesionalismo mata los deportes, porque no hay atleta completo que pueda competir con otro estrictamente especializado en una sola rama del estadio. Ya hacia el siglo v a. de J. C. el que quisiera vencer en los juegos olímpicos o píticos debía ejercitarse en el gimnasio todo el día,



Pugilista griego con los guantes de combate. Obra de Apolonio de Atenas, hijo de Néstor.



Grupo de pugilistas en el pancracio. El vencido ya golpea el suelo.

condenándose además a una alimentación reglamentada, a horas de descanso fijas y masajes especiales. Esto fatalmente tenía que apartar de la palestra a los espíritus superiores, que deseaban algo más que la popularidad de un triunfo resonante. Así se explica que, preguntado Alejandro Magno si acudiría a competir en los juegos de Olimpia, como su padre, contestó que sí, si sus competidores eran también reyes.

El resultado del profesionalismo en los deportes griegos fue, pues, el disgustar a los que creían que se les daba demasiada importancia, y con el tiempo, reducir los juegos a unas fiestas que tenían mucho de violentas y, en cierto modo, de muy grosera idealidad.

Mucho se ha insistido en que el entusiasmo de los griegos por los deportes contribuyó a mejorar la raza y les facilitó sus triunfos militares, hasta el punto de hacer del soldado griego un guerrero perfecto; pero cabe dudar de que los griegos lograran obtener del cuerpo humano valores que no podamos conseguir nosotros. A excepción del salto, en los demás deportes les hemos superado. Han llegado hasta nosotros anécdotas que nos hablan de atletas dotados de fuerzas sobrehumanas, pero estas exageraciones deben admitirse, como todas



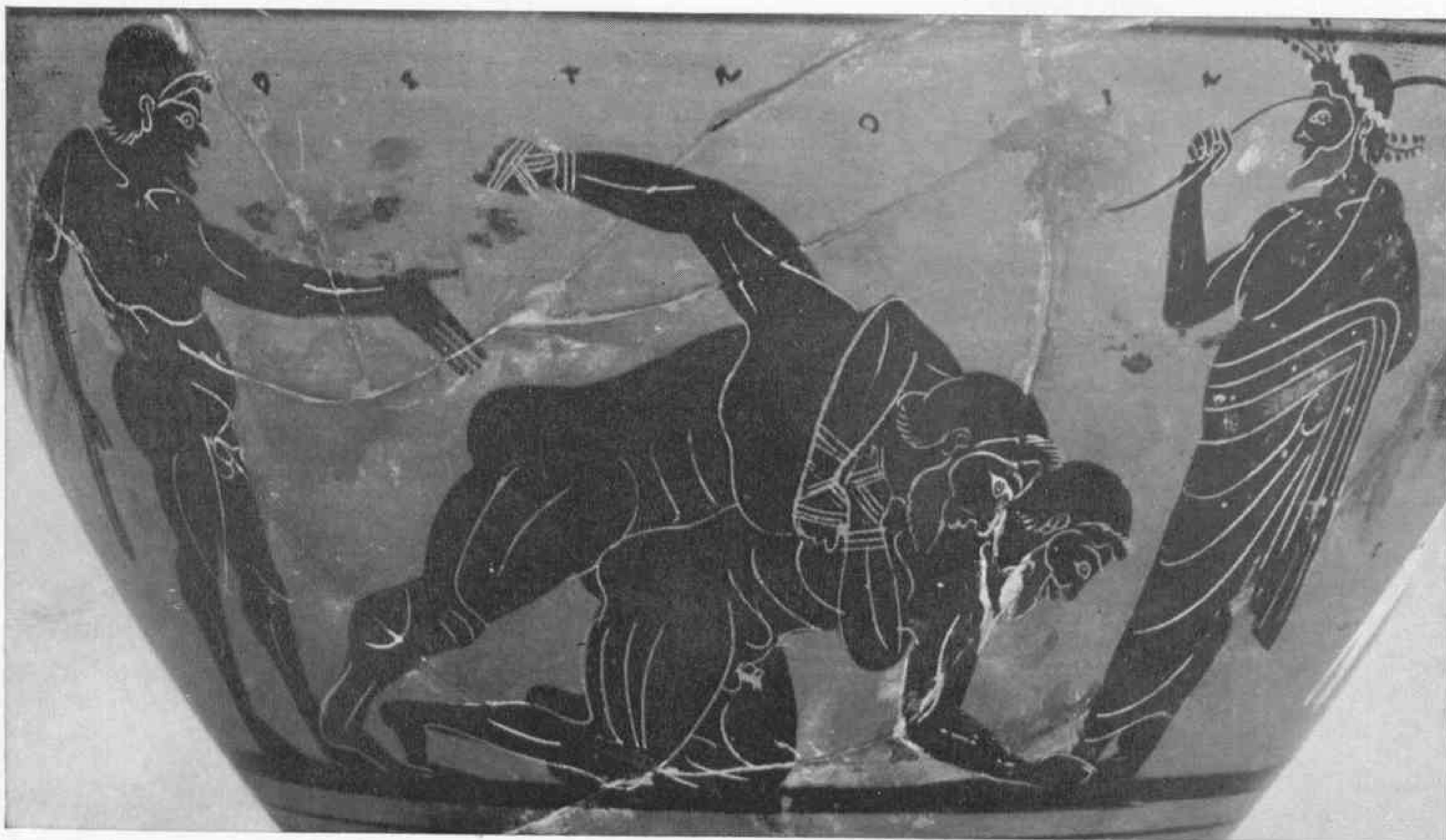
Pugilistas griegos en un momento de la lucha cuerpo a cuerpo.

las historias de *la afición,* con cautela. Un peso de 480 libras hallado en Santorín lleva una inscripción que dice que fue levantado del suelo por un tal Eumatas. Nadie hoy podría levantar un peso parecido con las manos; ¿quién sabe si Eumatas no se valió de las piernas también, y en este caso el hecho no tendría nada de particular? En suma, físicamente no parece que los griegos de la antigüedad hayan sido superiores al hombre de nuestros días.

Pero el cuadro de la fiesta, con su *aire homérico,* ya dijimos que estimuló a los artistas, y así los deportes griegos produjeron resultados que no han producido los deportes de hoy. Grandes escultores, como Hagelades, Policleto y Mirón, dieron su preferencia al tipo atlético del hombre, casi con exclusión de la mujer.

Lo mismo ocurrió con la poesía. Sin los juegos no se explicaría la aparición del más grande poeta lírico de la antigüedad, y cuya fuerza de expresión, riqueza de imágenes e intensidad de color no creemos que hayan sido superadas. Este poeta se llama Píndaro, el cantor de los atletas victoriosos en la palestra y en los hipódromos griegos. Píndaro era de Tebas. Nació en el año 522. Su familia se preciaba de ser oriunda de

Grupo de pugilistas con sus maestros. Vaso griego del siglo V antes de J. C.



Auriga de Delfos.



Esparta, aunque de tiempo inmemorial residía en Beocia; allí pasó Píndaro la mayor parte de su vida y allí escribió sus odas. Píndaro es un tradicionalista ya para su tiempo; canta viejas historias que no pueden ser creídas por los griegos del siglo v a. de J. C. pero él las cree sin duda por el hecho de cantarlas. Los dioses y héroes se representan en su mente como seres vivos. Verdad es que los que ganan las carreras son muchas veces *nuevos ricos,* que se valen de jinetes profesionales para obtener el triunfo; pero lo mismo en Olimpia que en Delfos y Corinto era fácil olvidarse de la realidad y creer que Pélops, Hércules y Teseo habían resucitado para tomar parte en las carreras. Todo recordaba los tiempos heroicos, en que las riquezas, el poder y la autoridad eran consecuencia directa del valor personal. Sobre todo, si forzando un poco el árbol genealógico se podía hacer del vencedor de Olimpia un descendiente de los héroes antiguos, entonces ya no era tan difícil compartir el entusiasmo de la multitud y ver la gloria pasada en el triunfo presente.

Píndaro, más que un poeta inspirado, es un alucinado. Vamos en pos de Píndaro como Sancho va siguiendo a Don Quijote. Este aristócrata beocio, que sueña con un ideal de caballería a la manera dórica, nos fascina todavía a nosotros, que sabemos volar en aeroplano, desintegrar el átomo, transformar la materia y sacudir el mundo manipulando un conmutador eléctrico. Todos nuestros anhelos, todo nuestro frenesí moderno se nos olvida oyendo a Píndaro cuando canta a sus dioses y a sus héroes. Casi dudamos de que se pueda emplear la vida en nada mejor que en ganar las carreras de Olimpia, como un ricacho de las colonias, o en cantar al vencedor como hace el poeta. He aquí cómo empieza Píndaro su primera oda dedicada a ensalzar los juegos olímpicos:

«Nada es mejor que el agua, sus corrientes — dan vida y existencia al mundo entero —. Y el oro brilla más que llama ardiente, — el oro resplandece en las tinieblas. — Pero, si quieres, alma mía, las contiendas — del estadio celebrar, y los triunfos, — no busques en el cielo las estrellas, — busca al gran sol que da calor y vida; — vete a Olimpia, que no hay mejor corona — para cantar que olímpica victoria. — De Olimpia sale el canto que da gloria. — Lanza sus notas cual perfume heroico. — Canta en loor del padre Zeus tonante, — y a Hierón, afortunado y generoso, — un himno de alabanza le dedicas...»

Estas son las palabras de Píndaro, empobrecidas por nuestra triste traducción. Y así y todo, ¡cuánta realidad en sus conceptos! Allí está el agua, el oro, el fuego, el sol, su brillo y resplandor, comparados con Olimpia y sus juegos. Píndaro entra en materia arrojándose a la palestra como los atletas, cuya gloria quiere conmemorar con sus versos. Le seguimos primero con los ojos, mas pronto su impulso nos arrebata y corremos como él tras los dioses y semidioses. A veces Píndaro teme que vayamos a detenernos — cansados de tanta mitología —, y entonces parece mirarnos fijamente y trata de convencernos con una reflexión moral de

Χρυ - - σε - - α φόρ - μιγε, 'Α - πόλ - λω - νος καὶ ἰ - - ο - πλο - κά - - μων σύν - - δι -
Oh do - - ra - - da li - ra, por tí sus - - pi - ran A - - po - lo y las musas; les am-

- κον μοι - - σᾶν κτε - α - - νον τὰς ἀ - - κού - ει μεν - βά - σις ἀγ - λα - ΐ - - - - ας
- pa - ran derechos i - - guales. Tú la dan - za con mo - vi - - mien - - to len-

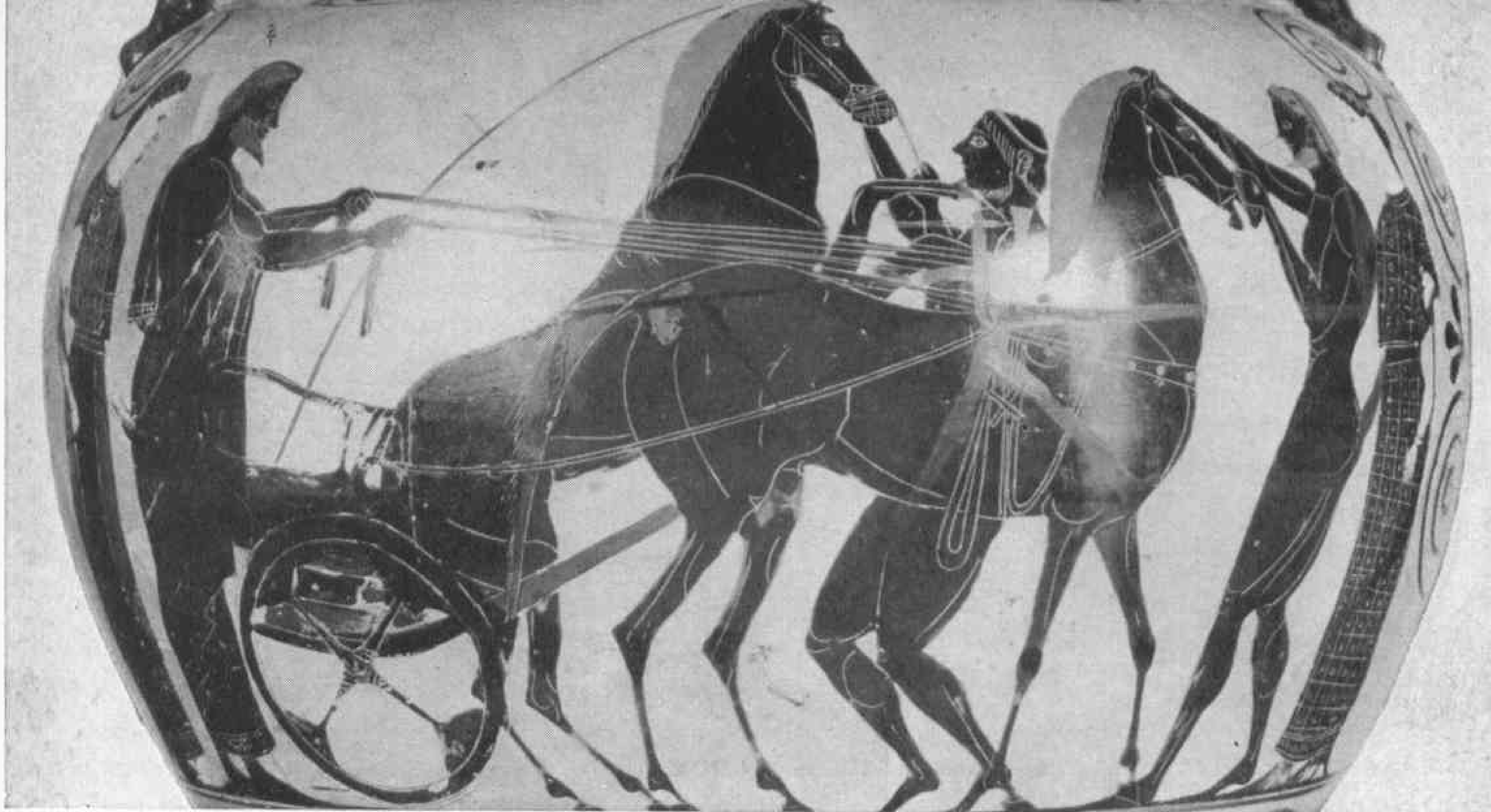
ἀρ - - - - χά, πεί - - - - θον - - - ται ἀ - - οι - δοὶ ἀ - - μα - - - σιν, α -
- to di - - riges. La se - - - ñal tú das pa - - ra em - - pe - - zar a

- γη - - σι - χό - ρων ὁ - πό - ταν προ - - οι - - μι - - ων ἀμ - - βο - - λας τεν - χῃς ε - λε-
los di - rec - to - - res del can - - to y de la danza que a - - ten - tos es - - pe - ran

- λι - - ζο - μέ - - να. Καί τον αἰ - χνα τάν κε - - ραν - νὸν σβεν - νύ - - εις.
la se - - - ñal. Tú a - - pa - - gas el ful - mi - - nan - - te ra - - - - - - yo.

etc.

Música de la primera oda pítica de Píndaro. Siglo V antes de J. C. Unico ejemplar de música griega anterior a Alejandro.



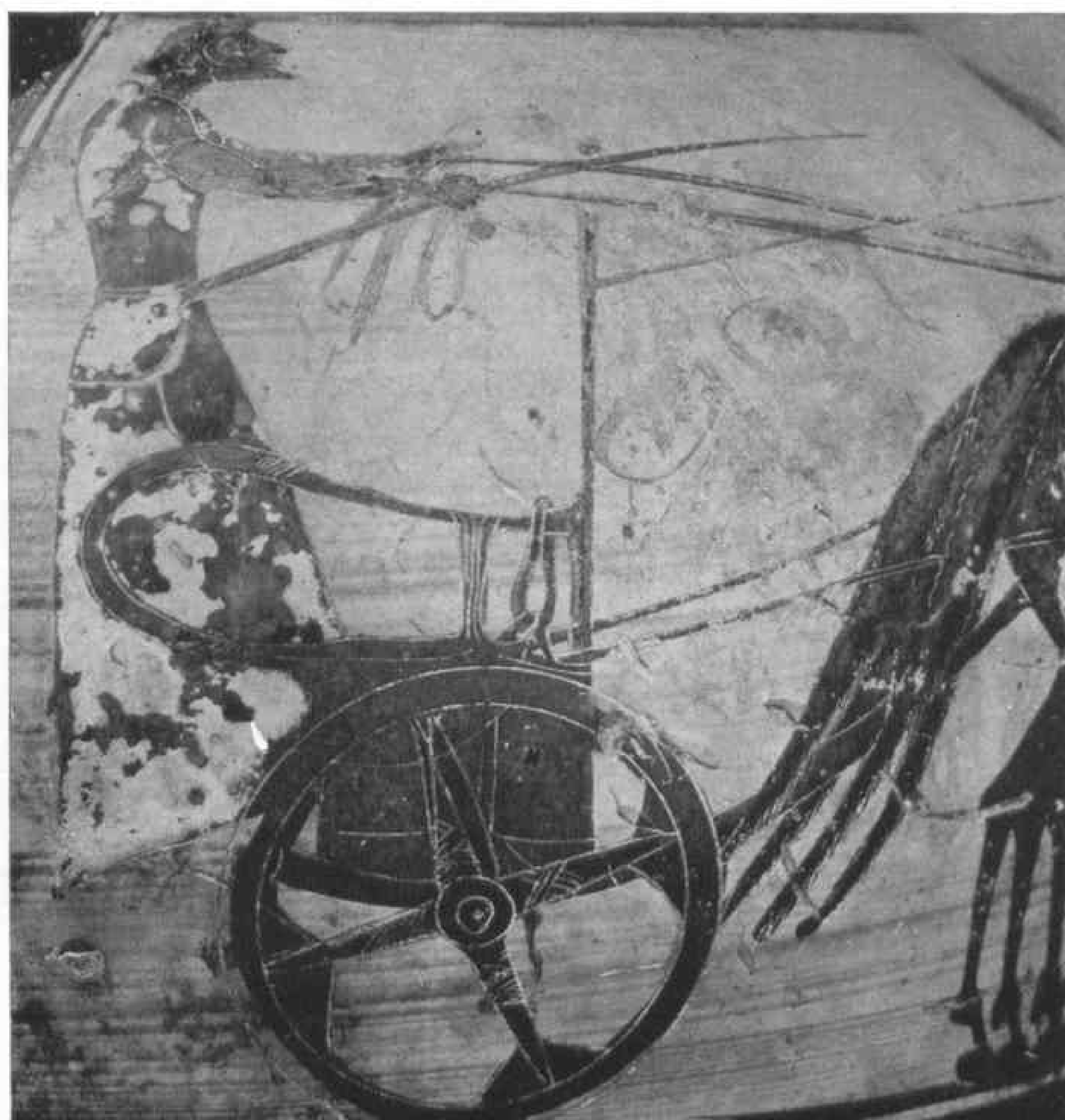
Auriga preparándose a montar el carro de dos caballos. Vaso griego del siglo V antes de J. C.

tradicionalista empedernido, que quiere olvidar lo presente escondiendo la cabeza en lo pasado:

«Hay mucho prodigioso en este mundo, — la fábula está llena de mentiras, — la verdad ya no existe en nuestra historia...» «...La Gracia y la Belleza van tejiendo — el encanto que rodea a los mortales —, y la fábula, que no puede ser creída, — se presenta ante los ojos de tal modo, — que el hombre más escéptico se decide — a creer lo que piensa ser absurdo.»

Píndaro no confía en el saber humano, es un dios el que le inspira. «El sabio es sólo aquel que, por instinto, conoce más que otros que han leído...» Son las Musas *morenas,* de negra cabellera, como las llama Píndaro, las únicas que producen bien a los humanos. Si hay en la vida algún encanto, algún placer, son ellas y las Gracias las que lo procuran. Ellas dispensan, no sólo belleza, sino también arrojo y sabiduría. Estas amables diosas, según Píndaro, se han acercado a los otros inmortales que rigen los destinos del mundo. «Los dioses mismos, ni danzas ni festines — presiden ya sin las augustas Gracias. — Ellas son las que rigen todo el cielo...» Píndaro dice que dispara sus versos como flechas; su carcaj está todavía lleno, no se agota nunca. Otras veces compara su canto al rocío de la mañana. En realidad, la poesía es lo único bueno en el mundo: «Como rápida crece la alegría,— así cae a la tierra desplomada; — porque el hombre no vive sino un día, — es la pálida sombra de un ensueño.»

Auriga griego en las carreras de cuadrigas. Pintura de un vaso del siglo V antes de J. C.



Ya se comprende que a un poeta así no pueden interesarle los acontecimientos políticos de su tiempo. Píndaro ha presenciado las guerras contra los persas; sería mayor de edad cuando Maratón y Salamina, vivió bastante para presenciar la gloria de Atenas, pero no hace ninguna referencia a estas hazañas. Menciona a Maratón porque allí se distinguió en unos juegos uno de sus pugilistas. Parece mentira que un poeta así pueda interesarnos: tan falso, tan artificioso es todo lo que cuenta. Pero Píndaro tiene razón: la poesía, la verdadera poesía, es lo único que hace milagros.

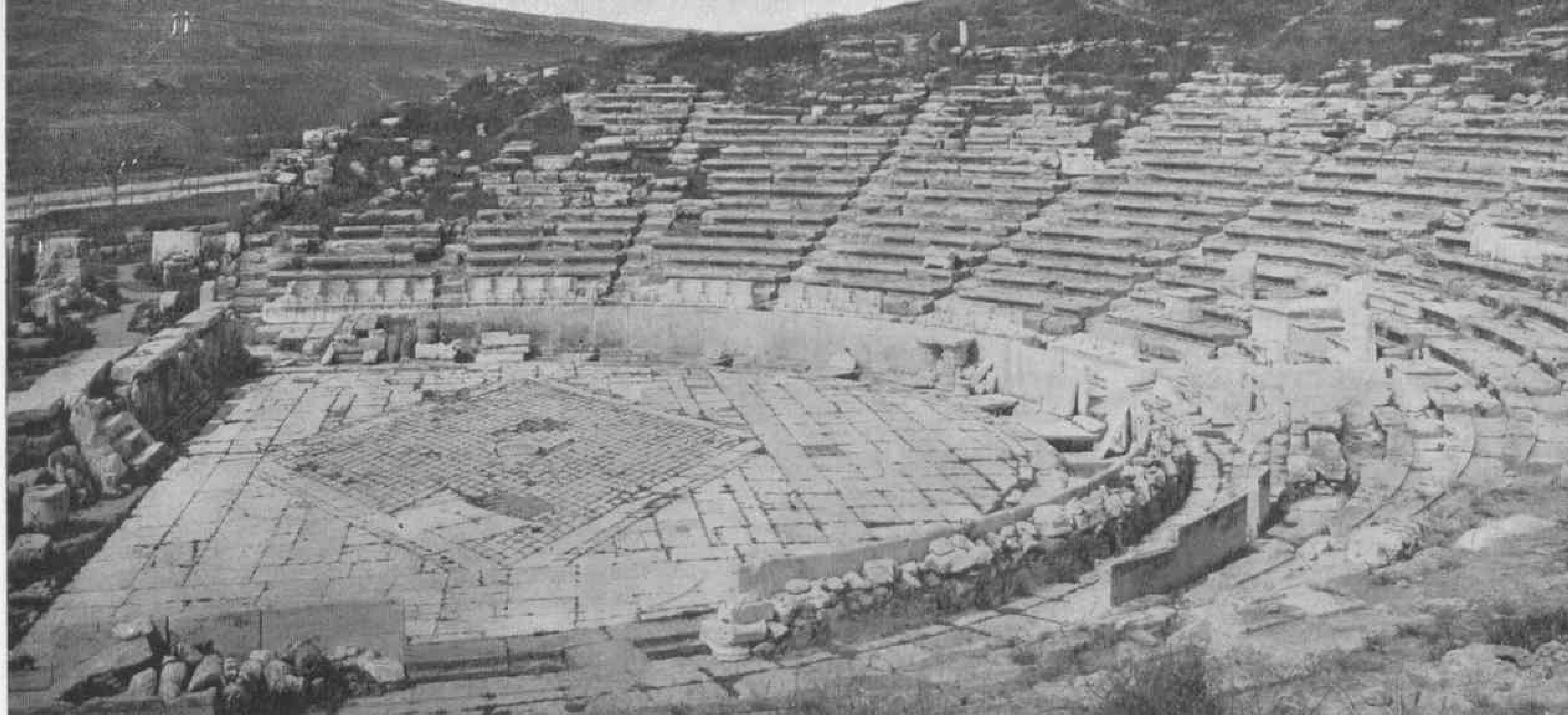
Hemos de imaginarnos también el efecto que las odas de Píndaro debían de producir, acompañadas del canto, música y baile. Un grupo de coristas cantaba, moviéndose en rítmicos pasos, una de las estrofas, y a éste respondía otro grupo de coristas con lo que se llamaba la *antistrofa.* Después, en solemne reposo y expectación, cantaban todos la tercera copla, que se llamaba *épodo.* Se ha dicho que a lo que mejor pueden compararse las odas de Píndaro es a los oratorios de Haendel, con su *musical elocuencia,* pero olvidamos todavía el detalle de la danza que acompañaba a la *cantata.* «Los versos son señores de la lira», dice Píndaro en una de sus odas. Y en otra añade: «¡Oh lira de oro!... a ti obedecen los danzantes — al empezar la fiesta; — de ti esperan los cantores la señal para el canto...» Así, pues, el verso da el ritmo para la música, y ésta, o sea la lira, regula las evoluciones del coro.

He aquí otro aspecto del espíritu humano: el arte por el arte. Peor todavía, el arte elaborado con ideas muertas, la belleza tejida en una trama antigua que no puede protegernos ni cubrirnos. Claro es que Píndaro trata de moralizar, pero a nadie convencen sus esfuerzos de proselitismo; lo que nos fascina es el ritmo de sus alados versos.

Lástima que no podamos acompañar las odas de Píndaro con la música que debía de completar su encanto. Un solo fragmento ha aparecido en un manuscrito, con una notación de letras encima del texto que revelan valores musicales, porque los griegos expresaban la cantidad también por letras. Este fragmento de Píndaro, con su rudimentaria notación, fue hallado en el siglo XVII por el jesuita alemán A. Kircher, quien propuso del mismo una interpretación moderna. Desde entonces se ha venido discutiendo el acierto de la restauración y se han dado varias valoraciones a las letras del manuscrito. Pero no hay duda que reflejan los altos y bajos de una escala y que podemos casi aceptarlos sin escrúpulo. De todos modos, el fragmento descubierto por el P. Kircher es todavía el único conocido de música griega anterior a Alejandro.

Jinete preparándose para la carrera.





El teatro de Dioniso en Atenas.

12 ORIGENES DEL TEATRO GRIEGO. ESQUILO Y SOFOCLES

HEMOS dicho en el capítulo anterior que, además de los deportes, nuevos cultos y ritos extranjeros contribuyeron a unificar el pensamiento griego. Era más fácil que los griegos aceptaran con entusiasmo a un dios forastero que no que se rejuveneciera su fe en los dioses antiguos, cuyos cultos estaban localizados en ciudades enemigas unas de otras. Muchos de los nuevos cultos son deplorables recaídas del espíritu humano, siempre propenso a injertar en nuevas supersticiones las atávicas tendencias al totemismo y animismo que hemos descrito en los primeros capítulos de esta obra.

Pero uno de los nuevos dioses, por lo menos, produjo buen resultado; éste es Dioniso, o Baco, de cuyo culto parece haberse originado el teatro griego, y el común entusiasmo que por el teatro sintieron los griegos hizo que olvidaran muchas de sus seculares diferencias.

En el Olimpo de Homero desempeña Dioniso un papel secundario, y Heródoto le llama el más reciente de los dioses. No se conoce exactamente cómo y cuándo entró Dioniso en Grecia. Debía de ser un dios oriental, aunque la tradición lo hace llegar de Tracia. Se estableció su culto primero en Tebas, en Beocia, y de allí pasó a las demás ciudades griegas. En los recuerdos más antiguos de este culto de Dioniso, conservados por Homero, se nota cierta resistencia de las familias reales en admitirlo. Dos monarcas prehelénicos, Penteo y Licurgo, son castigados por haberse opuesto al culto del nuevo dios. En cambio, en Atenas se le asoció a Hades (Plutón) en los misterios de Eleusis. En seguida se tejió su leyenda con innumerables episodios románticos, que la hacían preciosa porque daban asuntos para el canto. Así resulta que pronto se hizo a Dioniso hijo de Zeus y de Semele, la hija de Cadmo, el oriental y prehistórico fenicio, primer rey de Tebas. Semele murió antes de dar a luz, y Zeus tomó al niño y lo encerró en su cadera hasta que estuvo bien formado. Para que fuera como tutor del niño, lo entregó a Hermes (Mer-



Relieve representando la batalla entre los dioses olímpicos y los gigantes-titanes, que sucumben pulverizados. Procedente de Pérgamo y trasladado al museo de Berlín.

curio). Hermes entonces confió el dios a unas ninfas para que lo criaran, y ya mayor, empezó éste a recorrer tierras para enseñar a los hombres a plantar la viña. Dioniso iba muy lejos en sus viajes, pues cada año hacía una excursión a la India y volvía con ricos vestidos y en un carro tirado por tigres.

Otra versión, acaso posterior, supone que un Dioniso fue sacrificado y devorado por los titanes o gigantes nacidos de Gea, la Tierra, quienes intentaron absorber lo que Dioniso tenía de Zeus, y lo devoraron para hacerse de la misma naturaleza del gran dios. Sólo se salvó del primer Dioniso el corazón, que puso Zeus en su cadera, y allí se desarrolló para renacer como un segundo Dioniso. Esta versión explica los efectos divinizadores de la orgía. Porque los titanes, engreídos por haber absorbido las partículas del dios, se atrevieron a tratar de escalar el Olimpo y suplantar a los inmortales. Zeus movilizó a sus compañeros olímpicos y en batalla formidable pulverizaron a los gigantes, que se confundieron con el polvo del suelo. Así se explica que algo de la divinidad se encuentre en la tierra de la que todos nacemos. Hay en todos los hombres, en más o en menos, un minúsculo elemento del polvo de los titanes que proviene del primer Dioniso, el que devoraron para identificarse con el gran dios. Este elemento-molécula de los gigantes, invisible pero activo, desarrolla en el alma humana un intenso deseo de confundirse con la divinidad completa y primordial, y este deseo nos aproxima a lo divino mediante el entusiasmo que en los devotos producen los bailes y cantos en honor del dios. Al segundo Dioniso, regenerado otra vez por

Zeus (Júpiter), se le dio el nombre de Baco, y al culto báquico que se creó en su honor se conoció como *orgía*.

Con el tiempo, la relación de Zeus y Baco se hizo más intelectual. Se levantaron altares en agradecimiento de habernos procurado una manera de divinizarnos con el culto báquico de la orgía y sobre todo por haber creado con Baco un símbolo del elemento activador de la materia, que los filósofos estoicos reconocieron en el fuego. Todo, según ellos, se forma, crece y actúa por obra del fuego, que está en todo y en todos nosotros. Zeus produce la creación mediante el fuego, el que aparece en el jugo de la viña, y produce la sensación de aumento de vida.

Así, la orgía o culto dionisíaco es una devoción báquica en la que los iniciados danzan en una embriaguez mística, agitando el

Dioniso niño cuidado por las ninfas, que le envuelven en pañales.

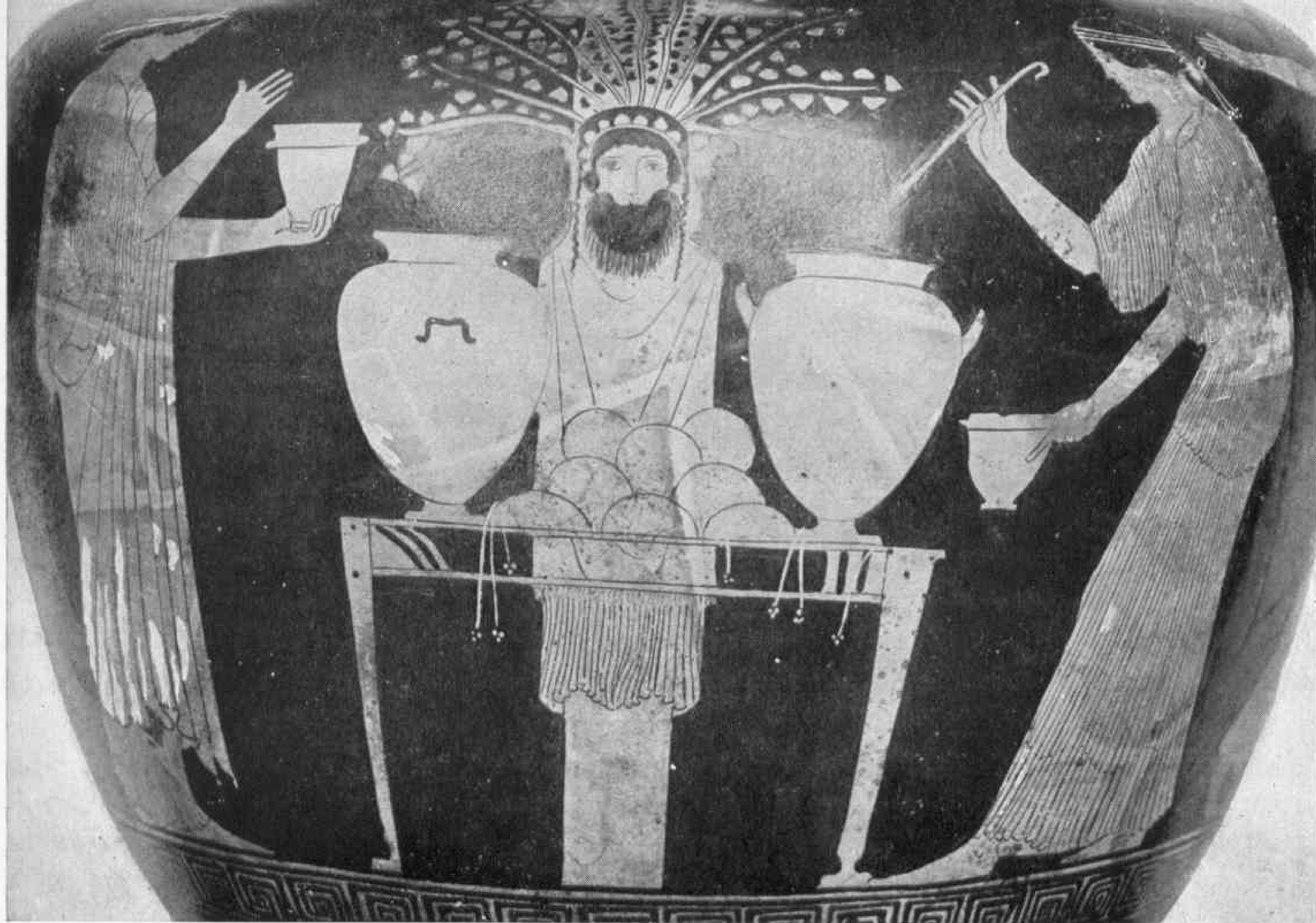


tirso y hasta forzando el delirio con la sangre y mutilación. Este culto violento lo practicaban cofradías de bacantes en lugares escondidos, fuera de las ciudades, pero también sus casas privadas tenían una habitación cerrada en la que se colocaba la estatua o efigie, que solía estar reducida a un busto, detrás del altar; sobre el ara de este altar se depositaban las ofrendas y ánforas llenas de vino para libar en la casa y en el campo.

Del culto místico, o sea la orgía báquica,

Hermes (Mercurio) educando al niño Dioniso, ofreciéndole las primicias del racimo de uvas, que el infante desea ya coger. Grupo de Praxiteles en Olimpia.





Altar de Dioniso. La imagen del dios está coronada de hiedra y rodéanla las ofrendas de frutos y ánforas de vino. Pintura de un vaso griego del siglo V antes de J. C.

se hace proceder el origen del teatro. Los cantos báquicos eran entonados por coros que se alternaban; la mitad cantaba una estrofa y la otra mitad respondía con una segunda estrofa cuyo texto se relacionaba con el de la primera, siempre relativas a la leyenda del primer Dioniso o de su reencarnación como Baco. Los primitivos cantos báquicos se llamaban *ditirambos,* y para cantarlos era casi indispensable estar embriagado. Arquíloco, el poeta famoso del siglo VII, dice: «cantaré el ditirambo cuando esté lleno de vino».

En el ditirambo, que alababa o ensalzaba a Baco y Zeus los coristas cantaban impulsados por místico frenesí. Hasta se ha llegado a citar el nombre de un tal Arión como el primer director de coro que empezó en Corinto a separarse de los coristas para cantar solo el ditirambo. Según Heródoto, Arión *dio nombre* (o título) *al ditirambo* (o escena que se iba a representar). Solón añade que *Arión introdujo el primer drama* (o argumento) *en la tragedia.*

Así creían los antiguos que comenzó la tragedia, afirmando que este nombre viene de *tragos,* que quiere decir cabra, porque los cofrades o devotos, en sus ceremonias y bailes, iban disfrazados de sátiros, cubierto el cuerpo con una piel con larga cola sujeta a la cintura. Una cabra era el premio para el coro que cantaba o representaba mejor el ditirambo, y siendo la cabra un animal consagrado a Baco, la asociación del culto dionisíaco y la tragedia resulta indubitable. Aristóteles dice que, en un principio, la tragedia fue una improvisación de los directores del coro al cantar el ditirambo.

Hoy tenemos motivos para poner en duda que fuese sólo el ditirambo dionisíaco el generador de la tragedia y, sobre todo, de la comedia griega; se ha querido ver asimismo su origen en otras fiestas que todavía



Coro de sátiros y ninfas con el dios Dioniso. Pintura en un vaso griego.

hoy se celebran en Macedonia, y también en el culto a los héroes, con los cantos funerales que se recitaban delante de las tumbas una vez al año. Pero sea el que fuere su origen, lo cierto es que el ditirambo y la tragedia aparecen asociados al culto de Dioniso en el siglo VI antes de Jesucristo. Esta es la que hemos llamado en un capítulo anterior *edad de los tiranos,* algunos de los cuales se aprovecharon del culto dionisíaco para desterrar y suplantar viejas tradiciones aristocráticas.

Consta positivamente que un tirano de Sicione implantó en la ciudad el culto de Dioniso para substituir los juegos y cantos funerales que se celebraban periódicamente en honor de un caudillo dórico, llamado Adrasto. Pisístrato y sus hijos prestaron tanta protección a las fiestas dionisíacas, que desde aquella época puede decirse que la suerte del teatro griego quedó vinculada a Atenas. En esto no puede menos de admirarse la perspicacia de los tiranos atenienses; nadie hubiera podido adivinar que en los extremos dionisíacos estaba el comienzo de algo que había de ser de capital interés para los griegos del siglo siguiente. Contrasta la protección dispensada por el tirano Pisístrato con la repugnancia que se asegura hubo de manifestar el demócrata Solón al regresar de sus viajes y encontrarse con la importancia que habían alcanzado los concursos de ditirambos, y, sobre todo, la extraña innovación de que un corista se convierta en actor.

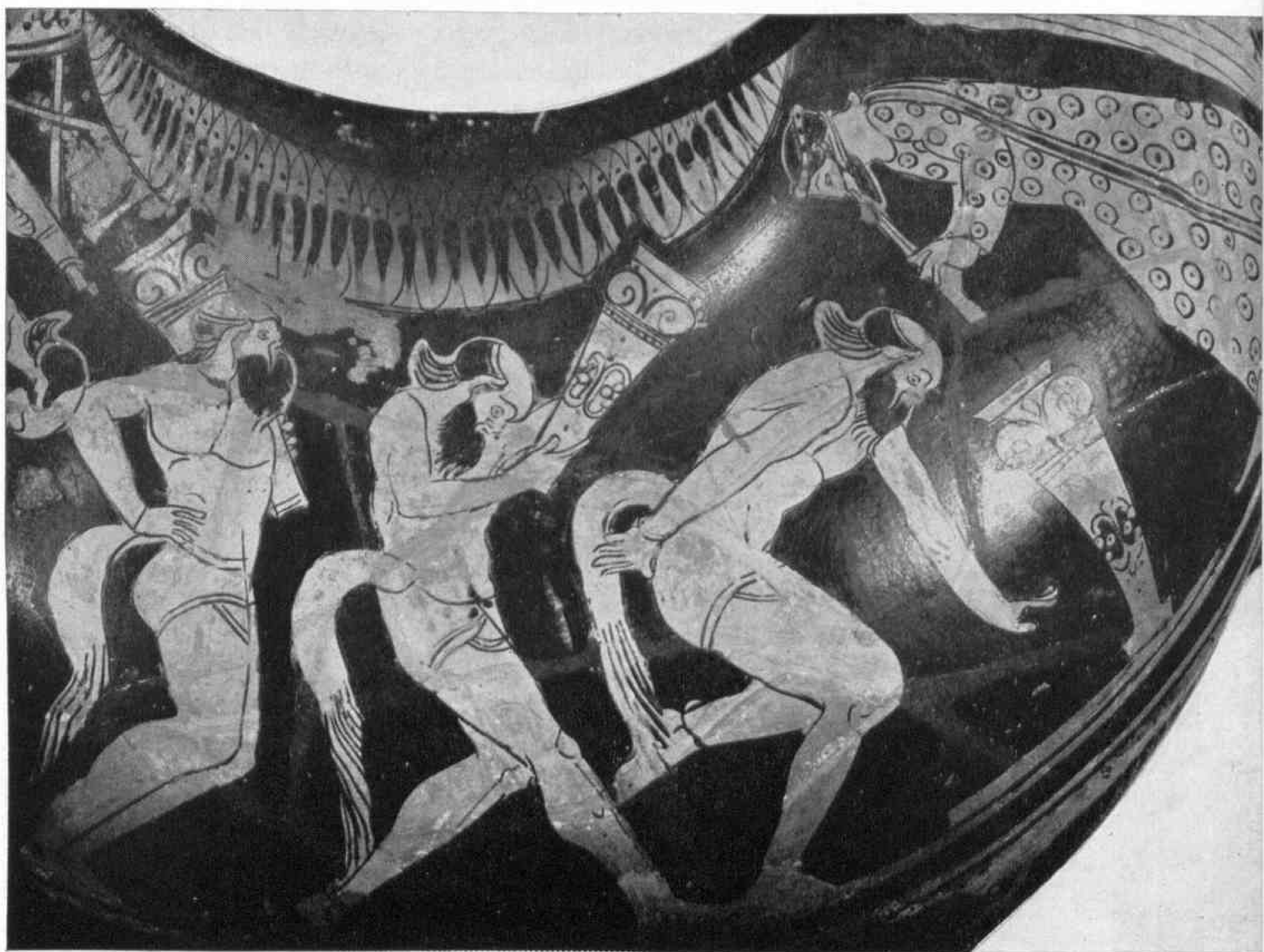
En un párrafo muchas veces citado de Plutarco, en la biografía de Solón, dice que al llegar éste de su voluntario destierro, después de su obra de reformas, encontró en Atenas a Tespis, que empezaba a desarrollar la tragedia. Las iniciativas de Tespis despertaban general curiosidad, y Solón, que era aficionado a aprender, aun en los días de su vejez, quiso oír a Tespis; pero al acabar éste el espectáculo, le reprendió severamente, diciéndole que debería avergonzarse de haber mentido con tal descaro delante del público. Esto acaso quiera decir que Tespis no sólo hacía el papel de Dioniso en el ditirambo, que a ello ya debía de estar acostumbrado Solón, sino que representaba el papel de otra persona con exagerado realismo. Pero esto es precisamente lo que da valor trascendental al teatro y lo que constituye su principal derecho a ser llamado acto religioso. Si un actor puede desprenderse de su personalidad hasta el punto de identificarse con el personaje que represen-

ta en escena, todo lo que es individual y temporal de su espíritu pierde importancia y en cambio gana valor aquello que le mantiene vivo y activo siendo otro. Promete nueva vida para cuando ya no se tenga la actual. La anécdota de Plutarco nos permite casi asegurar que la transformación del ditirambo en lo que hoy llamamos teatro tuvo efecto en Atenas, por obra personal de Tespis, durante los años del gobierno de Pisístrato, esto es, hacia el 535 a. de J. C.

Tespis, padre de la tragedia, fue, pues, un hombre de carne y huesos, sólo que, en lugar de presentarse como director de una compañía de cómicos de la legua, Tespis debía de parecerse más bien a un director de coro y a un mayordomo de cofradía. Queda así explicado que el teatro griego fue en su origen, y continuó siendo hasta la época romana, una manifestación religiosa. Los dramas eran representados, mejor dicho, estrenados, en las grandes festividades que en honor de Dioniso se celebraban en Atenas. Las más importantes, llamadas *dionisíacas de la ciudad,* tenían lugar en la primavera, cuando el clima es más agradable en Atenas y la ciudad estaba llena de forasteros. Cofradías dionisíacas de otros Estados griegos participarían en estas fiestas, como los devotos de Wagner acudían religiosamente a Bayreuth en el siglo pasado, y aun en el presente.

Las fiestas dionisíacas de Atenas comenzaban con una gran procesión, a la que todo el mundo procuraba asistir con ricas vestiduras y algunos llevando máscara. Siendo Demóstenes director de un coro, asistió a la procesión con una corona dorada; y otro año, Alcibíades asombró a la multitud con un manto de púrpura preciosísimo.

Cofrades de Dioniso disfrazados de sátiro y llevando ofrendas al director del coro, disfrazado de dios. Pintura de un vaso ático del siglo V antes de J. C.



Además de las compañías de actores que acudían a representar los dramas en el certamen, figuraban en la procesión muchas cofradías de coristas disfrazados, que sólo competirían con los actores para cantar ditirambos. Detrás de todos iban las víctimas, con cuyo sacrificio debía empezar la fiesta.

Las grandes fiestas dionisíacas de Atenas duraban cinco días y el orden del certamen era así: primero, el concurso de los coros del ditirambo, cinco coros de hombres y cinco de niños; después el plato fuerte, el concurso del drama y la comedia. De antemano se habían escogido, por eliminación, los tres autores y las tres compañías que debían disputarse los premios que cada año se otorgaban a las mejores obras dramáticas. Cada poeta tenía que estrenar cuatro obras: tres tragedias y una comedia. Muy de mañana empezaba la representación de la trilogía de uno de los tres poetas escogidos; por la tarde se representaba la comedia del mismo poeta. La noche se reservaba para la diaria bacanal, en las que se llegaba a toda clase de excesos.

Los premios del drama y la comedia los concedían diez jueces elegidos por la suerte, y en un principio el premio para la tragedia era una cabra; el premio de la comedia era un cesto de higos. Más tarde las recompensas fueron un trípode y hasta una cantidad en metálico. La selección de los tres autores que cada año se disputaban el honor de la victoria en las fiestas de Atenas, la hacían los magistrados llamados *arcontes;* ellos ponían también a disposición del poeta un coro con su director y los dos o tres actores que debían encargarse de los papeles más importantes. Como nunca había en escena más que dos, o a lo sumo tres, de los que hoy llamaríamos actores, además del coro, esto permitía representar una tragedia de muchos personajes con sólo dos o tres actores de profesión, que se cubrían el rostro con diversas máscaras, cambiando su timbre de voz. No se permitía a las mujeres aparecer en escena, y los mismos actores, disfrazados con máscaras de mujer, representaban los personajes femeninos. El calzado llevaba tacones más o menos altos, según la categoría del personaje.

Lo más importante en la escena griega era la voz del actor, porque siendo la máscara inmóvil, tenía que darse expresión con el tono y la fuerza de la voz. El encanto de la voz de ciertos actores era proverbial; Platón no acepta «los actores con sus hermosas voces» en su ideal de Estado, porque pueden seducir y conducir a errores. Aristóteles define el arte del actor casi únicamente como «el modo de adaptar la voz a la expresión de las diversas pasiones». Pero sobre todo se necesitaba una voz fuerte para dominar un teatro como el de Atenas, que podía contener treinta mil espectadores. Se recuerdan los nombres de Neoptolemo y de Licimnio sólo porque eran actores dotados de potente voz. En cambio, Sófocles nunca

Grupo de máscaras que van montadas en delfines. Pintura de un vaso griego.



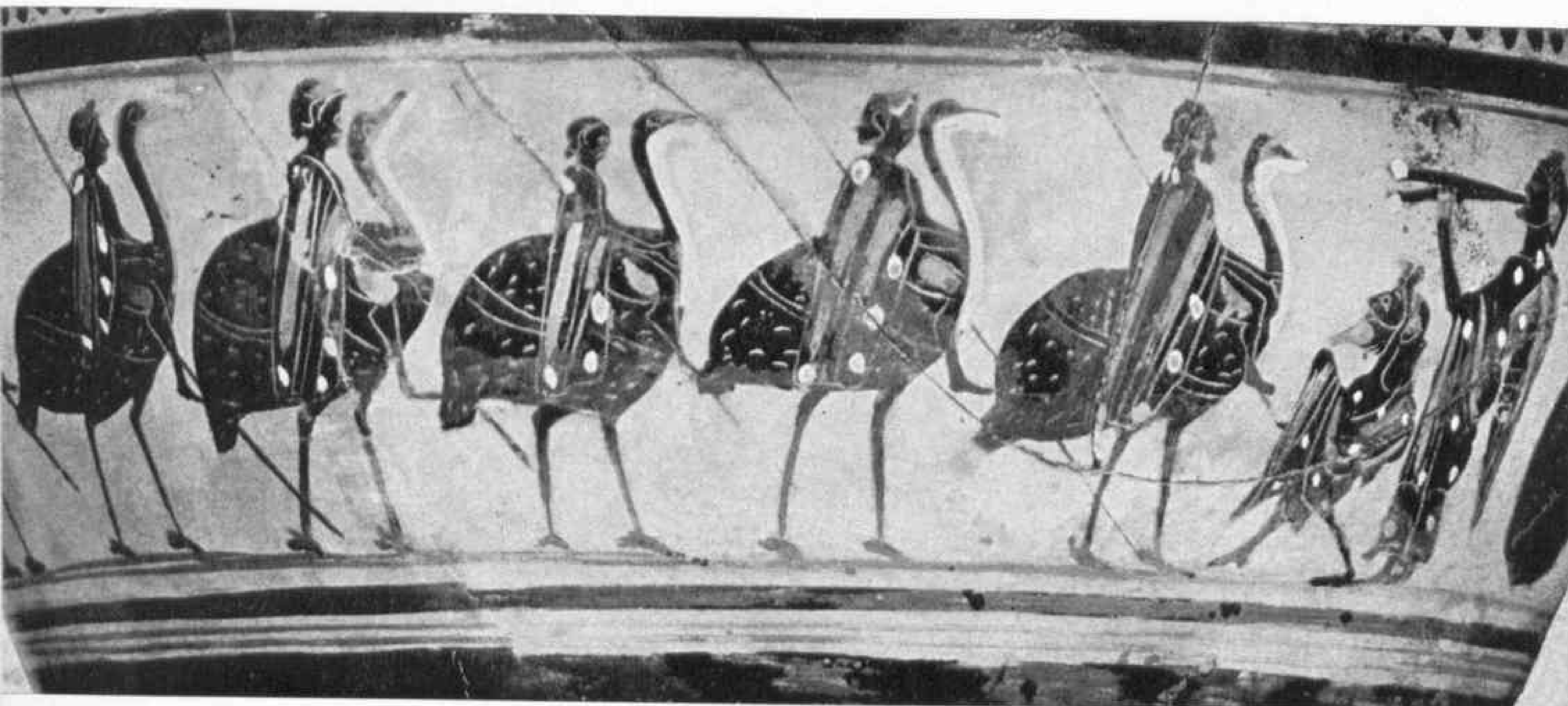


El mayor teatro griego conocido, con la puerta lateral, *parodus*, para salir al coso. Epidauro.

pudo representar sus tragedias porque no tenía bastante voz.

El público de Atenas era mucho más exigente que el moderno en la pronunciación de las palabras; tenía una sensibilidad para la música del verso que casi hemos perdido nosotros. La ferocidad de un público griego no llegaba a la de la *bestia fiera,* como llama Alarcón al público de su tiempo, pero demostraba su descontento golpeando con los pies y hasta arrojando piedras a los actores. En una comedia dice un actor que pagará sus deudas con lo que saque de vender las piedras que le arrojarán en la próxima representación.

El nombre del actor en griego era *hipokrites,* que quiere decir «el que replica», porque en un principio el actor contestaba al canto del coro. He aquí, pues, que nuestra palabra *hipócrita* equivalía, en griego, a comediante y en su origen se podía traducir por *el respondón.* Cada uno de los tres actores llevaba diverso nombre: el primer actor se llamaba *protagonista,* el segundo *deuteragonista* y el tercero *tritagonista.* Los celos que el primer actor sentía de los otros dos se revelan en anécdotas como la de cierto protagonista, llamado Teodoro, que quería ser el primero en hablar, porque había observado que el actor que habla primero conserva en toda la obra una simpatía extraña por parte del público, aunque sea un personaje secundario. No hay que añadir que, dado el corto número de actores, incluso el protagonista tenía que representar varios papeles, y así se explica



Coro de cofrades disfrazados de avestruz. Pintura de un vaso griego ático del siglo V antes de J. C.

la colección de máscaras que necesitaba para su oficio. Un escritor antiguo, llamado Pólux, nos enumera veintiséis máscaras como indispensables, sin contar las especiales para representar dioses, monstruos o personajes alegóricos.

Los actores famosos conseguían posición y fortuna y eran considerados de igual categoría que los poetas y los músicos. Pero ya Aristóteles, en sus *Problemas,* se pregunta por qué los artistas de Dioniso son generalmente personas de mala reputación. La respuesta no puede ser más interesante: dice que las vicisitudes de la carrera de los actores, con sus rápidas fortunas y su oscilar entre el lujo y la pobreza, no les dejaban tiempo para una educación metódica como la que obtendrían en las escuelas. De todos modos, un tal Polus confesó a Demóstenes que había cobrado un talento (1.200 pesos oro) por dos días de representar, aunque no sabemos si en Atenas o en otra ciudad griega.

Tememos que estas anécdotas y comentarios habrán dado una idea demasiado realista del teatro en sus orígenes, pero el lector rectificará este concepto al leer lo que sigue sobre la participación del coro en las representaciones. No hay que olvidar que el coro es el elemento primitivo del que se desenvuelve el teatro, y perdura en él hasta la época romana; en un principio se componía de cincuenta coristas, mas pronto Esquilo lo redujo a catorce, y aunque Sófocles lo elevó a quince ya no se pasó de ahí. Estos quince coristas entraban, en tres filas de a cinco, por la puerta lateral de la escena, llamada *parodus,* y quedaban de espaldas al público, para poder argüir mejor a lo que decían los actores, que estaban enfrente de ellos. Casi no se comprendería que el público pudiese entender lo que decía el coro, vuelto así de espaldas, si no fuera porque cantaba su parte acentuando con danzas los efectos. Un autor dramático griego se alaba casi tanto de haber inventado *muchas figuras* como de haber escrito muchas tragedias. Así, pues, por lo que toca al coro, la mente se nos va a comparar sus gestos y el ritmo de su canto con la combinación de danza y música de los *ballets* modernos. Además, conviene recordar que una de las cosas que privaban en el teatro griego eran los trajes de los coristas, que añadían color al cuadro, produciendo el mismo efecto que las luces artificiales en los escenarios de nuestros días.

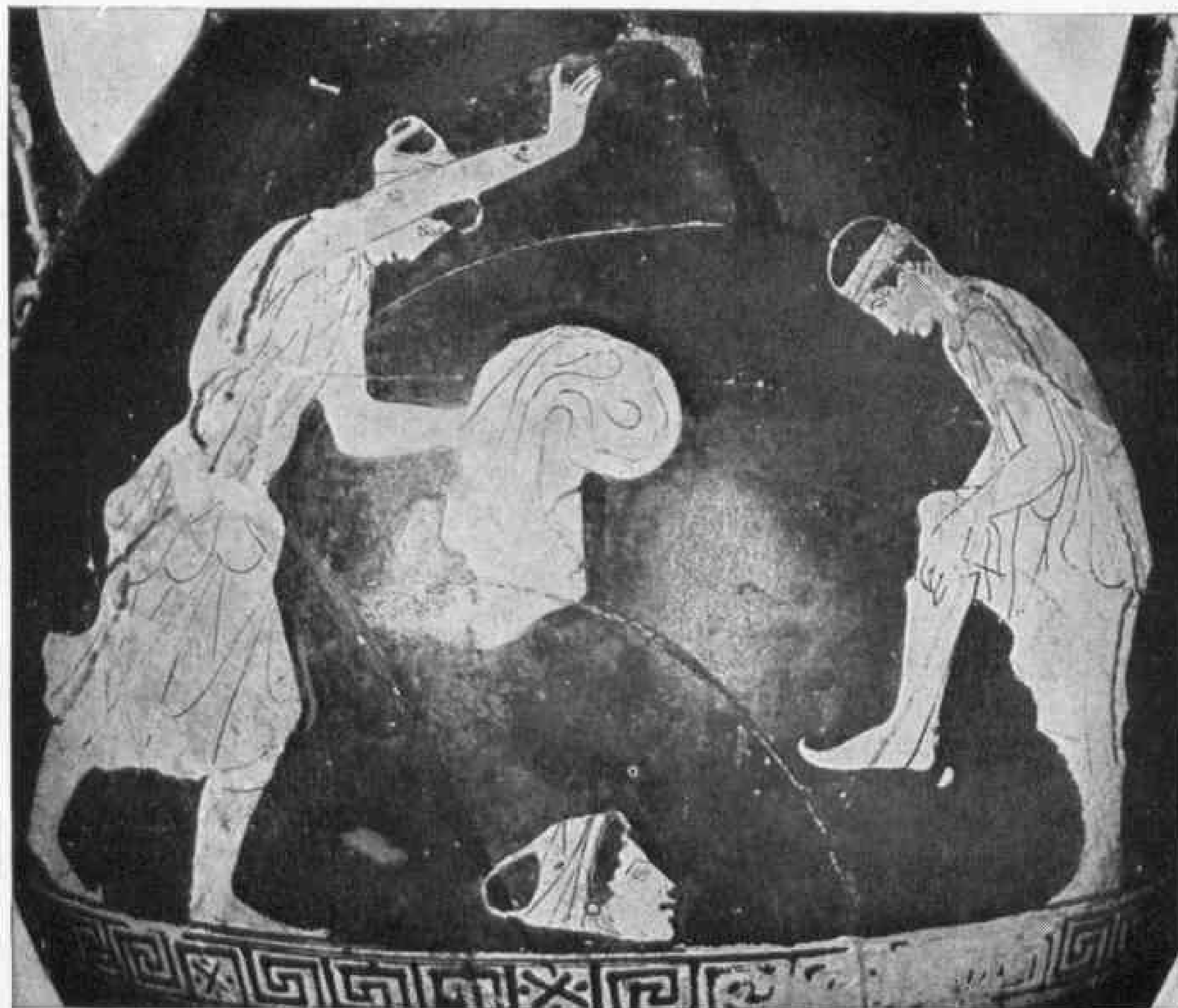
Los arqueólogos no se han puesto aún de acuerdo para afirmar o negar si el protagonista y sus dos compañeros hablaban

desde un tablado más alto que la plaza semicircular donde estaba el coro, que se llamaba *orquestra*. No hay duda que en principio, cuando la tragedia no pasaba de ser un canto dialogado entre el coro y el director del ditirambo, coro y solista se hallarían en un mismo plano, y también parece indudable que, en la época romana, los actores principales hablaban ya desde una plataforma, delante de la *skene*, o escena, decorada con una fachada posterior que hacía de tornavoz. Pero si de esto estamos seguros, en cambio queda la duda de si, en la edad de oro del teatro griego, que son los siglos V y IV antes de J. C., la escena estaba aún al mismo nivel que la orquesta circular o algo más elevada.

El nombre griego *skene* nos hace sospechar que, en un principio, la escena estaba al mismo nivel de la orquesta. *Skene* significa choza, y debía de ser en su origen una pequeña construcción de madera donde los actores podían cambiarse la máscara y el traje, como los aposentos desmontables que se usan hoy en los estudios cinematográficos para caracterizarse los actores. Por pequeña que fuese la garita de la escena, pronto se darían cuenta los directores del espectáculo del partido que podía sacarse de aquella humilde construcción para dar un fondo a la orquesta; pero es posible que la escena quedara por mucho tiempo al mismo nivel que la orquesta, sin elevarse sobre una plataforma. Por las puertas de la escena debían entrar y salir el protagonista con sus dos compañeros; el coro aparecía por los pasajes laterales, llamados *parodus*, y no se movía de la orquesta hasta que terminaba la representación. Hay, pues, que imaginarse la arena de la orquesta, con los quince coristas cantando y bailando, mientras que dos o tres personajes enmascarados recitaban mímicamente las partes principales de un drama en un acto, lleno de alusiones mitológicas, pero donde se agitaba la pasión. Esto era la tragedia griega, difícil de comprender sin el sol de Grecia y sin un público que adivinaba las más sutiles referencias al pasado heroico de la raza.

En ciertas ocasiones la escena tenía que transformarse con decoraciones superpuestas, pero nunca hasta el extremo de querer producir el efecto del natural. El público griego era fácil de contentar en este punto; por ejemplo, al empezar *Las Ranas*, de Aristófanes, el lugar de la orquesta quería representar el palacio de Hércules; pero cuando aparece Caronte, con un barquichuelo entre las piernas, basta la exclamación: «He aquí el lago...», de otro actor, para que todo el público se transporte mentalmente a la laguna Estigia. En algunos casos, una parte de la orquesta representaba un lugar determinado y la otra parte otro distinto, y así la acción se trasladaba fácilmente con sólo cambiar de sitio los actores.

Sin embargo, hacia el siglo II antes de Jesucristo ya hemos dicho que el escenario se levantó sobre una plataforma llamada *proscenio*. Desde este momento se repiten los esfuerzos para dar algo de realismo a la escena: a cada extremo del proscenio se colocan dos grandes prismas triangulares, lla-



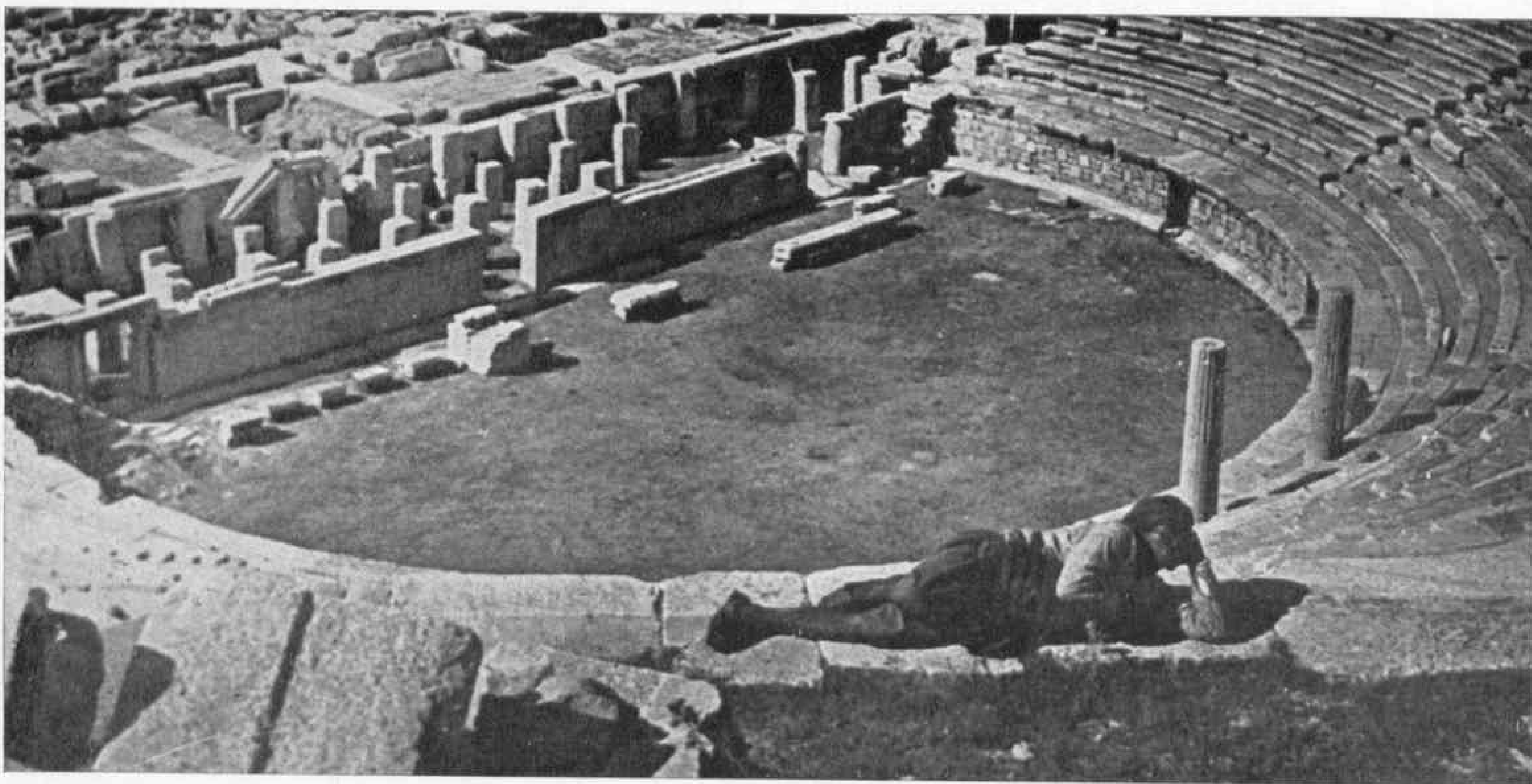
Actores disfrazándose de mujer con máscaras femeninas. Vaso del siglo V antes de J. C.

mados *periactos,* con diferentes pinturas en cada plano, para que, girando sobre su eje, cambien algo la perspectiva del escenario. La parte que hoy diríamos de *magia,* o mejor, de tramoya, para hacer salir de bajo tierra personajes de la obra, va convirtiéndose en arte complicado. En cambio, las escenas decoradas con columnas y frisos permiten simular apariciones de lo alto, que hablan desde las nubes. Esto era muy importante, porque en la primitiva escena, que casi no tenía elevación, cuando intervenían genios o dioses tenían que suspenderse en el aire con una polea por medio de una máquina llamada *mekane;* de aquí la frase que usamos aún, el *Deus ex machina,* o sea «el dios de la máquina», cuando queremos indicar que aguardamos la solución de nuestros problemas de algo sobrenatural, o sea del dios de la máquina, que, como el de la tragedia griega, nos procurará un feliz resultado interviniendo con algún milagro.

El contenido de los dramas representados en el primer siglo del teatro, en Atenas, se puede ver evolucionar con los fragmentos literarios que conocemos y las referencias de los críticos. Del primer autor o actor documentado, Tespis, sabemos el título de una de sus tragedias: *Los Eiteoi,* que eran los muchachos que debían mandarse a Creta, como tributo de Atenas, para aplacar a Minos y al Minotauro. El coro de *Los Eiteoi* serían los muchachos atenienses y el protagonista, Teseo. El asunto se prestaría admirablemente para las danzas cantadas, alternando las expresiones de dolor con las de gozo.

La relación de este tema con la leyenda de Dioniso es palpable, porque Teseo escapa de Creta con Ariadna y, más tarde, Ariadna es socorrida por Dioniso.

Un autor dramático de la siguiente generación, Coerilus, tomó todavía otro asunto de la leyenda de Teseo, y a Frinicus y Pratinas, que son contemporáneos de Coerilus, se les da el epíteto de bailarines. Pratinas fue multado por haberse permitido comentar en el teatro con demasiado realismo la toma de Mileto por los persas. Todo esto indica que el drama ateniense, o ático, fue



Teatro de Mileto, con el *proscenium* de la época romana.



Ruinas del teatro griego de la en un día floreciente Argos.

progresando poco a poco durante los últimos años del siglo VI.

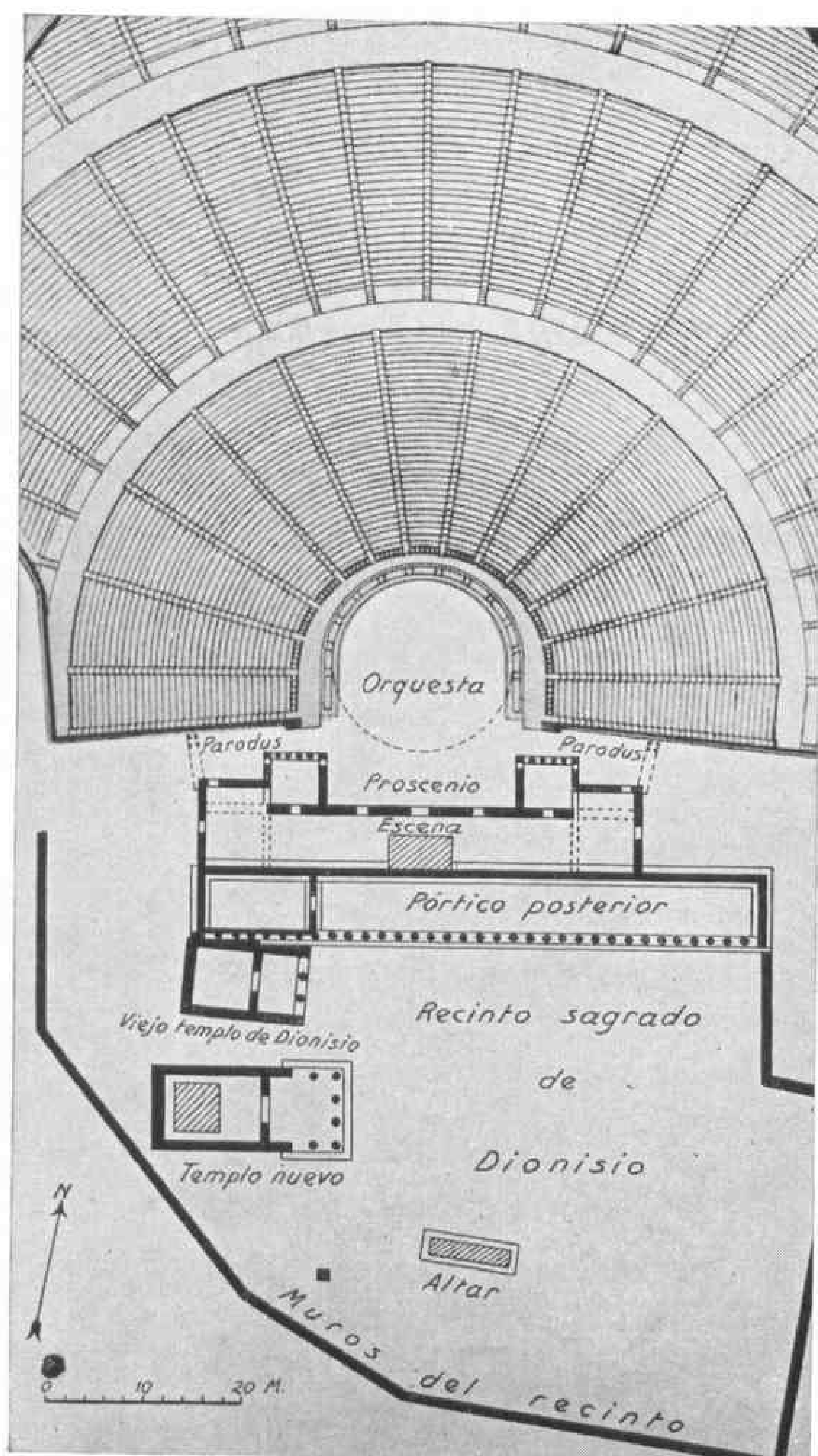
El gran paso debía darlo un joven poeta de la tercera generación después de Tespis, el famoso Esquilo. Nacido en Eleusis, que era casi un suburbio de Atenas, Esquilo había luchado en Maratón y participó en la batalla de Salamina. Presenció, por consiguiente, el triunfo de Atenas y quedó impresionado por tanta gloria. Su primera aparición como uno de los concursantes en las fiestas dionisíacas fue el año 499 antes de J. C., pero hasta 484 no obtuvo el primer premio. Se comprende que siendo el teatro, al fin y al cabo, un espectáculo de origen religioso, existía cierta resistencia en aceptar innovaciones. La gran revolución de Esquilo, como hemos dicho, consiste en haberse tomado la libertad de hacer hablar dos personajes en la escena, además del coro, lo que permitía dar a la acción un movimiento que no tenían los corales dialogados de Tespis y sus sucesores, con sus sencillas melodías. Pero, además, Esquilo es un gran creador de caracteres, lo que, tanto o más que la acción, constituye el verdadero arte del autor dramático. De las noventa tragedias de Esquilo, sólo siete han llegado enteras hasta nosotros, pero, por fortuna, tres de ellas forman la trilogía con que el poeta ganó el premio en las fiestas dionisíacas de Atenas del año 458. En esta trilogía tenemos un ejemplo perfecto del estilo de su autor en plena madurez, pues con ella hizo su última aparición como poeta dramático en Atenas. Esquilo murió en Gela, de Sicilia, dos años después. La trilogía glosa la fatalidad que pesa sobre la casa de Atreo, que hace víctimas a los miembros de esta familia de un furor que sólo se aplaca sacrificándose unos a otros. El primer drama tiene por título *Agamenón*, y la acción es como sigue:

Agamenón, caudillo de los griegos delante de Troya, es esperado en su palacio de Micenas. Es de noche. Un guardián, desde el

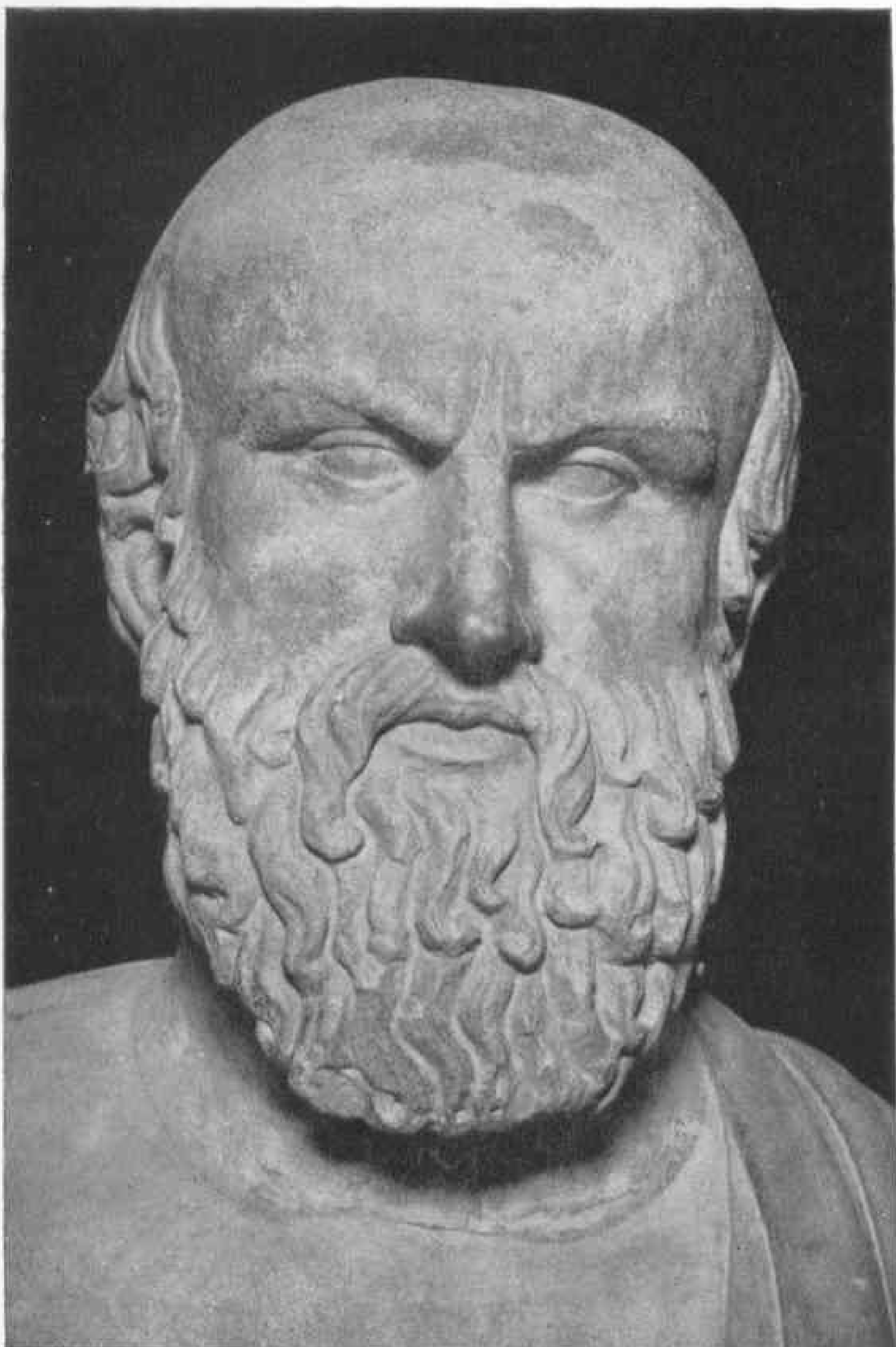
fondo de la escena, se lamenta de los largos años que ya lleva aguardando su regreso. En aquel momento percibe una llama, que es la señal convenida, y corre a comunicarlo a la reina Clitemnestra... Entra el coro de ancianos de Micenas cuando se supone que apunta el día. Clitemnestra aparece por la puerta que representa el palacio y comenta con los ancianos la caída de Troya y el regreso de Agamenón. Este llega en su carro, con la princesa troyana Casandra, a la que trae como esclava y concubina.

Clitemnestra recibe a Agamenón con un discurso de bienvenida, aunque lleno de maliciosas alusiones. Ella también tiene su amante en el palacio, su primo Egisto, con el que ha tratado de olvidar al esposo ausente. Agamenón y Clitemnestra, como un león y una leona, se observan antes de atacarse: el rey también contesta con afectación, diciendo que no va a descubrir aún sus intenciones. Ambos entran en el palacio, quedando en la orquesta el coro con la princesa troyana. Casandra posee el don de la profecía y de pronto se siente agitada y empieza a balbucir con terror, prediciendo la muerte de su amo y la suya propia. El coro la escucha horrorizado... Casandra no deja de añadir que ha sido violada por Agamenón, preparando así al público para que no se ofenda mucho por el asesinato que va a cometerse. Enajenada, como loca, entra Casandra en el palacio y queda en escena el coro, que canta así: «...Las riquezas nunca satisfacen — el ardor de los humanos...» De pronto se oye, por dos veces, la voz de Agamenón, que desde dentro grita: «¡Auxilio, auxilio! ¡Me han matado!»

Clitemnestra aparece en escena y declama estas palabras: «Ya no tengo escrúpulo en decirlo, — con astucia engañé a mi enemigo. — Aparenté amistad y de la muerte — no se libró; por muchos años — alimenté en mi corazón este propósito. — ¡Y ya está! Fui yo la que le herí. — ¿Por qué negarlo? — Le preparé la red — y envuelto en ella le herí dos veces. — ¿No oísteis sus dos gritos? Cayó al suelo, — y con un tercer golpe le acabé. — ¡Está ahora bien seguro entre los muertos! — Partí su corazón, pero de un chorro — lanzó esta sangre sobre mí, ya muerto; — y yo me alegro del rocío rojo, que me cayó, — como se alegra el grano al caer la lluvia...» El coro la recrimina, pero Clitemnestra recuerda los agravios del esposo que acaba de asesinar. Sin ceder ante los ancianos, Clitemnestra trata de enaltecerse más, añadiendo que también ha matado a Casandra, que poco antes había entonado su canto del cisne. Egisto aparece en escena, y al ver y oír al perezoso amante, que se levanta del lecho cuando el cri-



Planta del teatro de Dioniso.

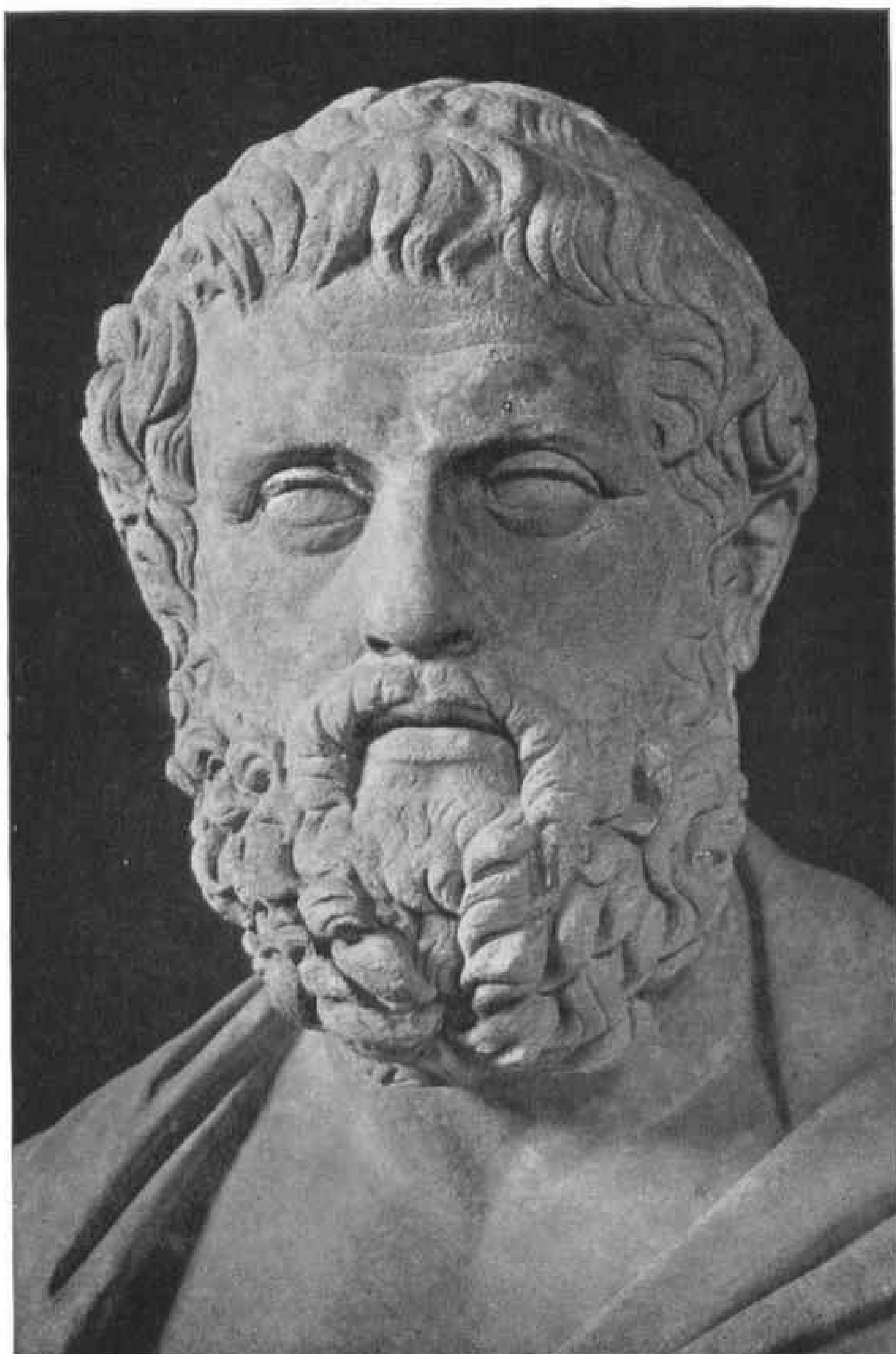


nos damos cuenta de que se contraponen y delimitan por su misma oposición. Los medios simplicísimos con que están presentados contribuyen a hacerlos más grandes. Ningún personaje moderno puede serles comparado. Lady Macbeth resulta una pobre ambiciosa al lado de Clitemnestra; Ofelia no es más que una histérica enamorada al lado de Casandra. Esto no quiere decir que no hayan de interesarnos las damas ambiciosas y las jóvenes enamoradas, pero los caracteres de Esquilo están en un plano de emoción e intensidad distintas.

El segundo acto, o segundo drama de la trilogía, representa la venganza de Agamenón, cuando su hijo Orestes, instigado por Apolo, mata a su madre Clitemnestra y al padrastro Egisto. Y el tercer drama, acaso el más interesante para nosotros, empieza con el tormento de Orestes, perseguido por las Furias, y acaba con la paz que encuentra el parricida ante el tribunal de Atenas, o

Esquilo.

Sófocles.



men está consumado, el coro no puede contener un último movimiento de protesta. Egisto hace ademán de lanzarse contra ellos, pero Clitemnestra lo impide y acaba el drama con estas palabras, que la reina dirige a su amante: «Y ahora tú y yo a poner orden — en esta casa. ¡Basta de ladridos!» ¡Qué violencia! ¡Qué pasión!

El lector habrá observado qué creación tan tremenda es la figura de Clitemnestra. Descendiente de héroes y dioses, se toma la venganza por mano propia y su víctima es nada menos que Agamenón. Ambos aparecen pintados en dos o tres escenas con un vigor superior al de los mismos héroes de Homero. El contraste entre Clitemnestra, toda voluntad, y Casandra, llena de visiones, como el parangón entre Agamenón y Egisto, parecen tan naturales, que casi no

sea el Areópago, fundado por Atenea para resolver casos de justicia sin las violencias que perdieron al héroe Agamenón y a Clitemnestra.

Hay que imaginar el efecto que esto produciría entre los griegos, para quienes Agamenón era algo mucho más real que el Cid o Pelayo para nosotros. Especialmente los atenienses se sentirían conmovidos por el contraste entre la venganza aconsejada por Apolo, un dios dórico, y la justicia establecida por la divinidad femenina de Atenas, la patrona jonia de la Acrópolis.

Adviértese en Esquilo, además, un extraño sentimiento del hombre preocupado por los problemas morales y religiosos; habla del mal y el bien con una fuerza rara. Los dioses rigen los destinos del mundo todavía, pero se adivina su caducidad. Antes fue Cronos, ahora es Zeus; ¿quién sabe lo que será de Zeus mañana? Mientras que un poeta como Píndaro da al problema una solución estética—los dioses son bellos, luego existen —, Esquilo parece decirse: los dioses son necesarios, luego existen. Pero ya se comprende cuán poco arraigada está una fe que razona así, y el mero hecho de la plena conciencia que tiene de ello, atormenta a Esquilo. Parece como si la generación que había visto la derrota de los persas, a la que pertenecían Píndaro y Esquilo, no pudiera habituarse a la idea de vivir sin los dioses homéricos. ¿Acaso Salamina no valía tanto como Troya? ¿Por qué no habían de tener, pues, también ellos un Olimpo?

Sin embargo, el Olimpo de Homero es un areópago despótico, sin piedad para los mortales. En una tragedia de Esquilo, Prometeo encadenado contesta así a los que le aconsejan que se humille para que Zeus le perdone:

«He servido al tirano de los dioses, y me ha recompensado encadenándome. Es un vicio contagioso de los tiranos sospechar traición de sus amigos... Cuando Zeus quiso destruir la raza humana, yo sólo me opuse a sus designios. Por mi esfuerzo los hombres se salvaron. Yo impedí que fueran fulminados a las tinieblas del Hades. Y ahora nadie me compadece.»

El coro de las ninfas Oceánidas replica a Prometeo: «¡Espíritu de hierro y de granito, cuando te veo así, encadenado, mi corazón se llena de tristeza! Pero, ¿qué has hecho para que de ti se apiaden los humanos?

PROMETEO. — Les he enseñado a no temer la muerte.

OCEÁNIDAS. — ¿Cómo lo has logrado, Prometeo?

PROMETEO. — Los he llenado de ciegas esperanzas en la vida.

OCEÁNIDAS. — ¡Qué gran bien! ¡Qué gran donativo les has hecho!

PROMETEO. — También les he procurado el fuego que da llamas.

OCEÁNIDAS. — ¿La raza efímera de los mortales dispone ya del fuego?

PROMETEO. — Sí, y con el fuego aprenderán las artes.»

En este corto fragmento de un diálogo de Esquilo, todavía aparece Zeus como déspota, cruel y receloso. El titán bienhechor que ayudó a los humanos está encadenado, y la humanidad, indiferente, de él no se apiada; las Oceánidas se interesan por Prometeo porque son hijas del Océano, o Poseidón (Neptuno), cuyo reino es independiente del de Zeus, dios de la montaña, de quien depende la raza efímera que habita la Tierra. Ya puede imaginarse qué clase de conflictos tendrán los humanos con los dioses, con el destino y consigo mismos. Este es el ambiente trágico de Esquilo.

El sucesor, y por unos años el contrincante de Esquilo, es otro ateniense llamado Sófocles. Era de noble familia, y la suerte y el favor popular se le mostraron fieles hasta el fin de su vida. Tenía veinticinco años menos que Esquilo; por eso, mientras Esquilo combatió en Salamina, Sófocles fue escogido para figurar en el coro de muchachos que tenían que cantar el *peán* de la victoria en la noche de la batalla. Su carrera dramática empieza, para nosotros, el año 468, cuando por primera vez acude al concurso de las dionisíacas de Atenas, venciendo en

aquel mismo certamen al gran Esquilo. Dieciocho veces más obtuvo el primer premio; no parece sino que Sófocles fue el verdadero favorito del público de Atenas; sin embargo, del centenar de tragedias que estrenó no se han conservado más que siete.

Consta que Sófocles fue amigo de Fidias y Pericles, y esto sólo ya debe anunciarnos que encontraremos en sus dramas otros problemas, o por lo menos otras soluciones, que los que encontramos en Esquilo. Los hombres son todavía seres sujetos a la fatalidad; el hado juega con los hombres y los dioses, pero hay otra ley superior que regula los mandatos del destino. En una palabra, si cosa trágica es caer víctima de los celestes decretos, mayor desgracia será aún resistirlos o tratar de cambiarlos.

La religión para Sófocles es una especie de política divina, y del mismo modo que no hay Estado posible sin respeto y obediencia a la autoridad, la vida no es posible sin el formal acatamiento al destino que nos gobierna. Aparentemente, Sófocles es un tradicionalista, pero deja adivinar un pesimismo que lo hace más pernicioso que las casi blasfemias de Esquilo. Es famosa su frase que mejor para el hombre sería no haber nacido, y pues que ha venido al mundo, lo mejor es morir joven. En otra ocasión dice que la vida es como la sombra del humo y la vejez sólo miseria. No obstante, se advierte a Sófocles más preocupado por los problemas políticos que por los morales; por algo fue uno de los diez generales de Atenas y colega de Pericles en el gobierno. Al pueblo ateniense debían de agradarle más que a nosotros las disputas sobre temas de derecho, en que se entretienen a veces en la escena algunos de sus personajes. Razones de Estado causan no pocos desastres y se exaltan los sufrimientos de los que padecen por el bien común, pero advertimos que falta algo de aquella fuerza natural que mueve a los héroes de Esquilo. Por ejemplo, una de las mujeres de Sófocles, la famosa Antígona, ha cometido el delito de dar sepultura al cadáver de su hermano, contra la ley y la voluntad del rey de Tebas. El hermano de Antígona era un enemigo de la ciudad y, por vía de escarmiento, su cuerpo debía quedar insepulto. Antígona ha faltado a sus deberes de ciudadana de Tebas, pero ha cumplido su obligación como hermana. El rey no puede dejar de castigarla, pero el rey, a su vez, será castigado por su inhumanidad; un hijo suyo está enamorado de Antígona, y se suicida al ver que no puede aplacar la cólera de su padre. ¿Hay en esto base para un drama? A una



Corista de la tragedia griega, del teatro de Herculano.

parte del público de hoy tal vez le parecerá que no, pero a los atenienses debían de entusiasmarles diálogos como éste:

«CREÓN. — Te has atrevido a quebrantar mis leyes.

ANTÍGONA. — Tus leyes no son las que han revelado Zeus y la Justicia, las únicas leyes verdaderas. Nunca pensé que los decretos de un mortal tuviesen fuerza bastante para prevalecer sobre las leyes divinas escritas en el Eter. No son las tuyas, ni las de ayer, ni de hoy... Tu sentencia no me asusta; no haces más que anticipar mi muerte. Para los que, como yo, siempre han vivido en la desgracia, la muerte no constituye un infortunio. En cambio, me consideraría desdichada si hubiese faltado a mi deber, dejando sin sepultura el cuerpo de mi hermano... Los reyes, como tú, Creón, pueden decir y hacer lo que les plazca. Pero nosotros podemos pensar y hacer lo que creemos recto, sin temer las consecuencias.»

O párrafos como el siguiente:

«Benditos aquellos cuya vida no trae emparejado el mal, porque aquel a quien los dioses han maldecido nunca podrá del hado detener la carrera, que va arrastrándose de una en otra generación...»

O cuando, todavía en *Antígona,* introduce Sófocles un himno a Dioniso, que, aun no siendo del todo necesario para el drama, resulta muy apropiado en aquel lugar:

«¡Oh tú, tan renombrado — hijo de Júpiter y de Semele, — gloria, alegría del tonante dios! — Reinas ahora de Italia a Eleusis; — moras en Tebas, tu natal ciudad...»

Sí, estos conflictos parecen antiguos, letra muerta de leyenda, casi no aprovechable para el arte. Pero no lo creyeron así los griegos, no lo creyó tampoco Goethe cuando decía: «Si hubiese de comenzar ahora mi carrera artística, no perdería el tiempo inventando nuevas historias. Infundiría sólo un sentido más profundo y más vital a la leyenda.» Y este sentido nuevo es el que dieron Esquilo, Sófocles, y más adelante Eurípides, a los dioses y héroes de las leyendas homéricas. ¡Y en esto sí que fueron afortunados los trágicos antiguos! La vieja leyenda poseía un vasto repertorio de personajes cuyos problemas morales nos interesan aún a nosotros. He aquí, por ejemplo, a Edipo: quiere saber a toda costa la verdad, que le será fatal. La misma Antígona ya citada, Electra, Ifigenia, Ayax, personajes todos que un Ibsen o un Goethe no desdeñarían. El tiempo no ha pasado en vano y sus tormentos tendrían hoy distinta solución, pero la realidad del conflicto es tan viva hoy como en los viejos tiempos de Sófocles y Esquilo.

Máscara de tragedia en estuco.
Decoración de un teatro de Pompeya.





Vista del puerto de Samos, donde nació Pitágoras.

13 EVOLUCION DEL PENSAMIENTO GRIEGO. DE PITAGORAS A SOCRATES

En uno de los capítulos anteriores hemos visto germinar la semilla del pensamiento griego en las tierras de Jonia. Tales, Anaximandro y Anaximenes representan tres generaciones de filósofos de Mileto que se preocuparon por averiguar, no cómo fue creado el Universo, sino de qué está hecho y cómo subsiste: el porqué de los astros y sus eclipses. Las soluciones que los filósofos o físicos jonios dieron a estos problemas resultan algo infantiles, pero manifiestan un deseo vehemente de saber. Ya desde un principio separan el campo de la ciencia del de la mitología. Esto solo ya era un gran paso, pues nadie se había atrevido a tanto en el Oriente ni en la misma Grecia. Ya hemos visto que Jenófanes, un filósofo vagabundo de la escuela jónica, predicaba en las colonias de Sicilia contra Homero y sus dioses.

Otro *pensador* jonio acomete también a Homero. Se llamaba Heráclito; era un noble de Efeso, poseedor de gran fortuna, y podía impunemente criticar a los poetas fabricantes de cosmogonías. Hesíodo, «que no sabría distinguir el día de la noche», subleva al aristócrata de Efeso. Las prácticas de los santuarios le exasperan.

Lo más interesante y más original de la filosofía de Heráclito son sus ideas acerca de las fuerzas opuestas, que, como acción y reacción, mueven al mundo. Son los llamados *contrarios,* que pueden explicar cómo las cosas se mantienen y cómo cambian. En cierto modo, Heráclito es un precursor de las modernas ideas del progreso como consecuencia de la lucha por la existencia. Su famosa frase: «La guerra es el padre de todo y el rey de todo», ha estado de moda estos últimos años. «Los dioses y los hombres honran a los que mueren combatien-

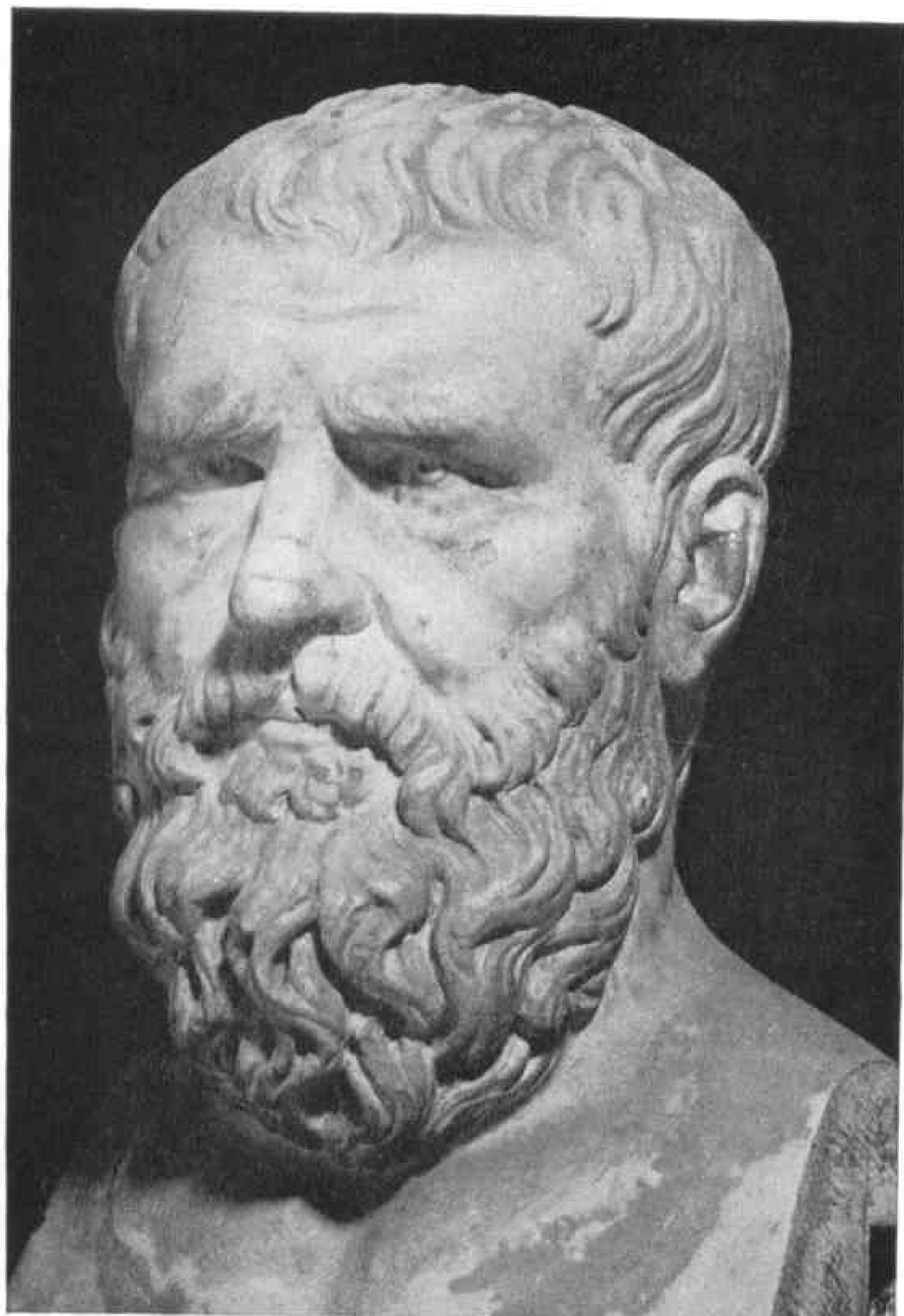
do», dice Heráclito como un buen ario. «La lucha hace aproximar a los hombres, y de la discordia nace la armonía, y todas las cosas nacen del contraste.» La ciencia o filosofía es el conocimiento de la unidad, escondida debajo de la discordia aparente.

De todos modos, poco se hubiera progresado por este camino. Las intemperancias de Jenófanes y de Heráclito revelan ya cierta fatiga del pensamiento, y como disgustados por no alcanzar grandes resultados de sus esfuerzos para averiguar la naturaleza de las cosas, se desahogan maldiciendo a un fantástico enemigo: los dioses.

Acaso fue una suerte que el avance de los persas hasta las grandes ciudades del mar Egeo pusiera término a estas diatribas. Al caer Mileto, Efeso y Samos bajo el despotismo de un sátrapa persa, los espíritus superiores de la Grecia asiática tuvieron que emigrar. Ya encontramos a Heródoto, Hipodamos y Anaxágoras refugiados en Atenas; son parte del gran éxodo de artistas y pensadores que emigraron del Asia en el siglo v antes de J. C.; ellos difundieron en la vieja tierra griega, y sobre todo en las colonias de Italia, el deseo de conocer y el método de observar los fenómenos sin soluciones preconcebidas. Lo fundamental era salvar el fenómeno, decían los jonios, o explicar los hechos sin contradecirlos. Esta es la base de la ciencia griega hasta Aristóteles, y con este principio fundamental, que heredaron ya de los físicos jonios, crecen en Sicilia y en el sur de Italia, primero, y en Atenas después, escuelas filosóficas que son la continuación de la *escuela de Mileto.*

Un genio de primera magnitud parece haber sido predestinado para trasplantar al Occidente la tierna planta que había brotado en Mileto; éste fue Pitágoras, de cuyo valor y trascendencia no nos hemos dado buena cuenta todavía. Pitágoras era de Samos, a poca distancia de Mileto; su padre era un joyero, que supo dar a su hijo una educación filosófica. La tradición supone que Pitágoras tuvo por primer maestro a cierto Ferecide, aunque debió de conocer a Tales, Anaximandro y Anaximenes. A los veinte años comenzó a viajar y se cree que su estancia en Egipto y Babilonia duró treinta y cuatro años. Sorprende que Pitágoras no se desnaturalizara con tan larga permanencia en países de cultura tan distinta a la suya.

Regresado a Samos, Pitágoras encontró la isla convertida en una ruina, por el ataque de los persas. Abandonando de nuevo, y esta vez para siempre, su tierra natal, Pitágoras se encaminó al Oeste lejano, donde esperaba encontrar paz y libertad para continuar sus estudios. Primero pasó por Atenas, y aún se cree que fue huésped del oráculo, en Delfos; pero su definitivo retiro tenía que ser una pequeña ciudad del sur de Italia, llamada Crotona. Allí se estableció Pitágoras y con él un grupo de



Heráclito, el malhumorado, el que llora, el filósofo de los contrarios.



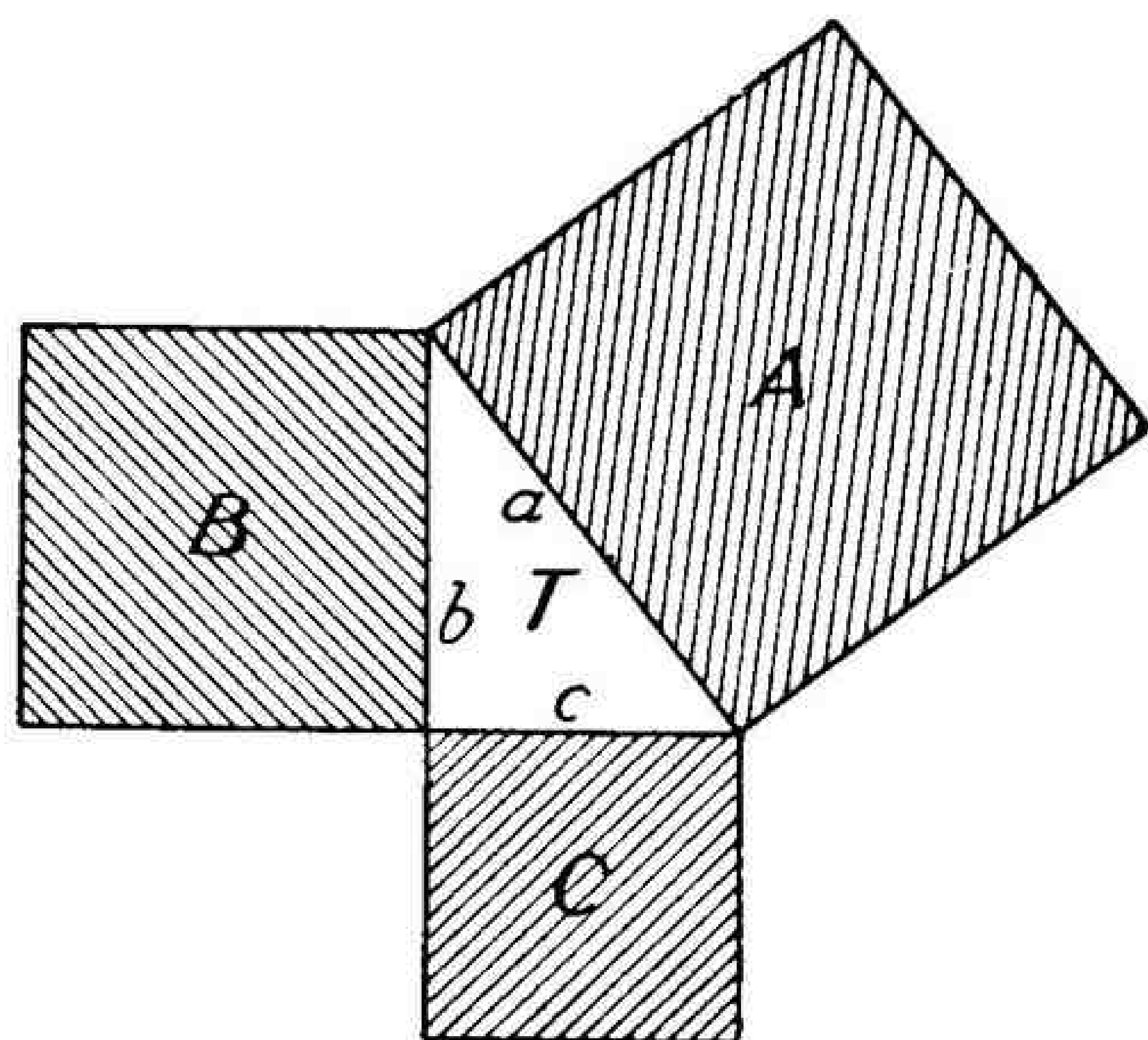
Restos del templo de Metaponto, en la Italia Meridional, donde Pitágoras estableció su última escuela, donde murió y quiso ser enterrado.

discípulos. Vivían en una colonia suburbana, formando una sociedad científica y religiosa a un tiempo, como un convento, o más bien un falansterio, porque también se admitía a las mujeres. De la disciplina interior de esta sociedad no conocemos más que lo que nos han transmitido *pitagóricos* muy posteriores a los tiempos del maestro. La relación que nos hacen afirma que la *compañía* no se descompuso por desórdenes interiores, sino que acabó violentamente por un ataque del exterior.

Los habitantes de Crotona se cansarían de la vecindad de aquella colonia de místicos y sabios, cuya influencia, aun sin ellos quererlo, tenía que ser imponderable. Un novicio que había sido expulsado se aprovechó de un momento de disgusto popular para atribuir los males de Crotona a los pitagóricos, y amotinada la gente, puso fuego al *convento* con todos los que en él habitaban. Una tradición dice que el maestro pudo escapar y que acabó sus días en Metaponto. Otra tradición asegura que sólo se salvaron dos iniciados, Arquipos y Lisis, que esparcieron la nueva doctrina por todo el mundo griego. Pero ya Aristóteles insiste en la distinción entre Pitágoras y los pitagóricos para indicar que la doctrina del filósofo de Samos era diferente de la de sus discípulos. De todos modos, parece imposible absolver a Pitágoras del pecado de magia y de exagerados escrúpulos de moral; impuso a sus discípulos largos períodos de silencio y abstinencia, y los catecúmenos sufrían penosas iniciaciones para llegar al conocimiento superior, siendo purificados con *catarsis,* o purificaciones musicales, que limpiaban el alma como las purgas el cuerpo. En la escuela de Crotona se creía en la reencarnación y en la fraternidad de hombres y animales.

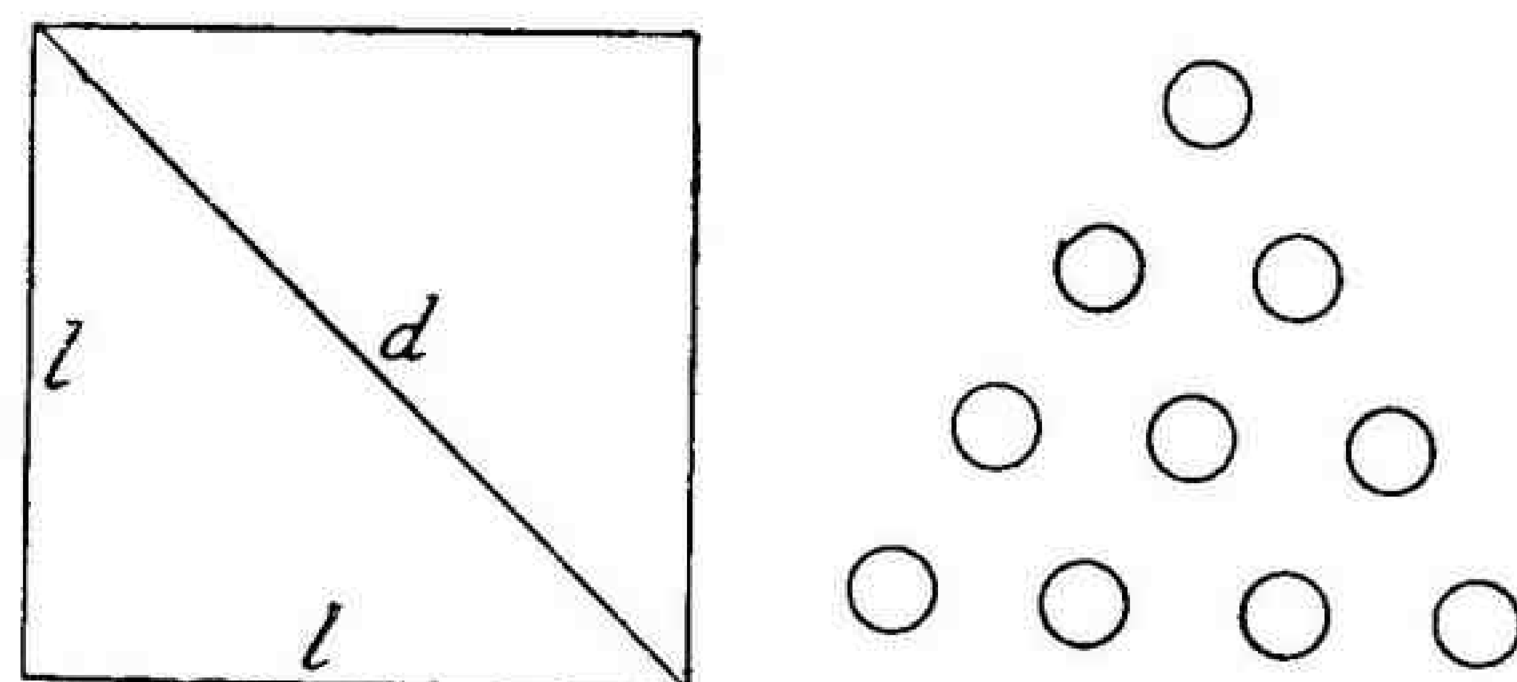
Pero también los antiguos hubieron de reconocer los grandes progresos que en casi todos los ramos de la ciencia se consiguieron por el esfuerzo de Pitágoras, especialmente en la geometría, la música y la astronomía. Hoy parece probado que el primer libro de los *Elementos,* de Euclides, que ha sido la base de las geometrías elementales hasta la época moderna, es, en substancia, obra de Pitágoras. A él se debe la proposición de que, en un triángulo rectángulo T, el cuadrado A es igual a la suma de los dos cuadrados B y C.

Esto es, que el cuadrado de la hipotenusa a (que quiere decir *cuerda tendida)* es igual a la suma de los cuadrados de los otros dos lados b y c. El lector casi no nos creerá cuando digamos que la trascendencia



de esta proposición es enorme; la fórmula $a^2 = b^2 + c^2$ se emplea a cada momento en el cálculo. No sabemos cómo Pitágoras consiguió demostrar su teorema; hoy se prueba por un procedimiento bastante laborioso, pero es seguro que Pitágoras no debió de contentarse con el enunciado, sino que lo demostró rigurosamente: hasta se dice que quedó tan contento de su hallazgo, que sacrificó un carnero a los dioses. Esta relación de cuadrados le llevaría a pensar mil otros corolarios. Pero consta que se atascó al querer hallar la medida de la diagonal de un cuadrado conociendo la medida del lado, porque, como según la fórmula $d^2 = l^2 + l^2 = 2l^2$, resulta que $d = \sqrt{2l^2} = l\sqrt{2}$ y la raíz cuadrada de 2 es un número inconmensurable, que desconcertó a Pitágoras. No había, pues, manera de calcular la diagonal en función de la longitud del lado. Para un temperamento místico, como Pitágoras, esta diferencia en números racionales y números irracionales sería motivo de preocupación enorme. Veía formas en ciertos números y otros no se podían reducir a líneas o superficies. De aquí su idea del número perfecto, o sea el diez. Era un número triangular, compuesto de $1 + 2 + 3 + 4$, de dos pares y dos impares, un *número natural,* y, por lo tanto, no tiene nada de extraño que bárbaros y griegos contasen por decenas.

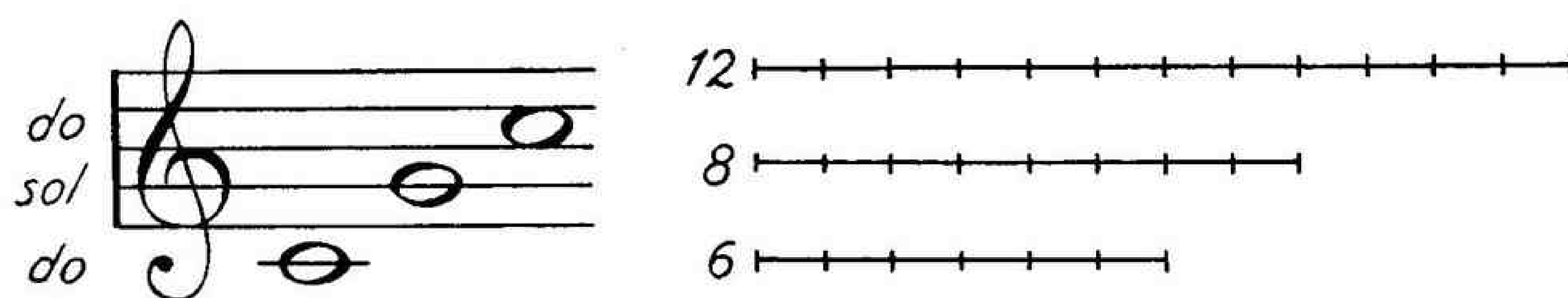
Consignemos como detalle interesante que Pitágoras llegó a descubrir que la Tierra era esférica fundándose en que la esfera es la superficie perfecta, igual en todas direcciones, y, por lo tanto, los cuerpos celestes debían ser esféricos. En cambio, por un razonamiento análogo supuso que el número de los cuerpos celestes tenía que ser diez, y como no se veían más que nueve (Luna, Sol, Tierra, Marte, Venus, Mercurio, Júpiter, Saturno y las estrellas fijas), imaginó un décimo invisible, que llamó Antitierra o *Hipokton.* Pero lo que estimuló más la imaginación de Pitágoras fue su hallazgo de lo que en música se llama *el intervalo perfecto,* esto es, la relación de las cuerdas para producir tres notas armónicas.



Estas tres notas guardan la relación de 12 a 8 y de 8 a 6. Pitágoras observó que, para producir la octava del *do,* hay que hacer vibrar una cuerda de la mitad de longitud de la que ha dado el primer *do,* y para el *sol* debe reducirse una tercera parte. *Do:sol:do* están en la relación 12 : 8 : 6.

Si los números estaban identificados con sonidos, debían ser aquéllos la esencia de las cosas, y la causa de su mismo ser y subsistencia. He aquí otra desviación mística de la ciencia que produciría más tarde muchos extravíos.

Es muy posible que la relación de los números y la manera de calcular el espacio fuera ya una primera enseñanza de Pitágoras en la escuela de Samos. El famoso tirano Polícrates, que construyó el templo de Hera, en Samos (del que se conserva sólo una columna aislada, pero gigantesca), hizo perforar un túnel de un kilómetro a través del monte Kastro. Hasta se conoce el nombre del arquitecto, cierto Eupalinos, de Megara. Ahora bien, construir el templo desco-



munal de Hera y perforar la montaña con instrumentos primitivos revela gran conocimiento de geometría.

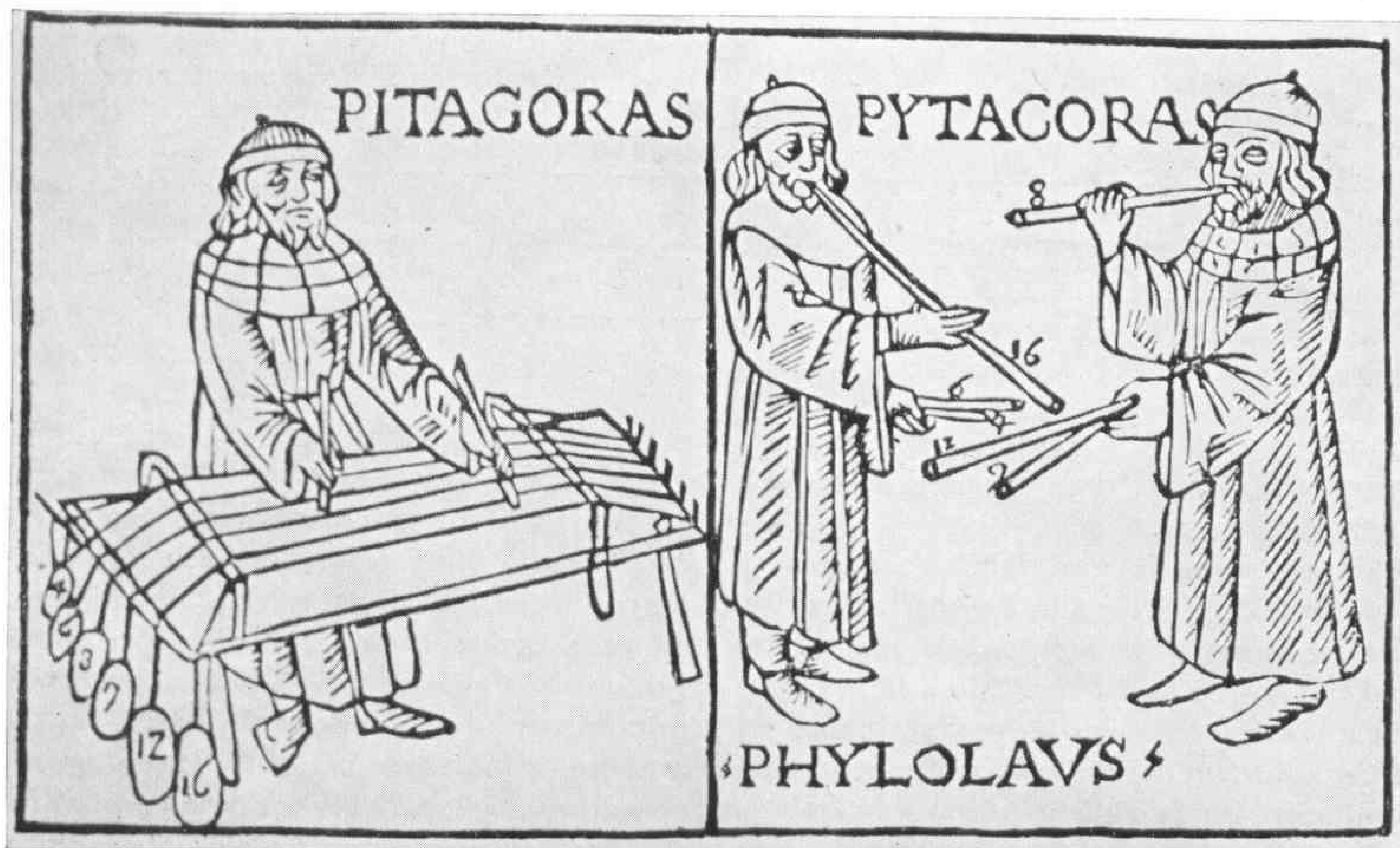
Sin embargo, lo que debió de desviar a Pitágoras, recién llegado de su largo viaje, sería la destrucción despiadada de su ciudad natal, que había resistido a la invasión persa. Desde entonces lo predominante en el pensamiento del filósofo fue la manera de conducirse en la vida.

De Pitágoras no se han conservado más que frases sueltas y un centenar de sentencias de moral que los antiguos conocieron como los *versos de oro.* He aquí algunos de los más inteligibles: 1. Venera a los dioses inmortales. — 2. Respeta el juramento. Honra a los héroes. — 9. Aprende que las cosas son de diversas maneras. — 10. Evita la glotonería, la lujuria y el sueño. — 13. Practica la justicia.—14. No te irrites sin reflexión. — 20. El destino evita muchos males a los que son buenos. — 40. No te duermas... (41) sin haber considerado cada uno de tus actos durante el día. — 42. ¿En qué has faltado? ¿Qué has omitido? ¿Por qué no has ejecutado lo que tenías que hacer? — 46. Estos preceptos te pondrán en el camino de la divina virtud. — 52. Conocerás que la justicia es parecida a la naturaleza. — 53. No esperarás nada imposible. — 54. Comprenderás que los hombres se procuran conscientemente todos los males. — 55. Miserables, no saben ver ni entender los bienes que tienen a su lado... — 56. Ruedan como cilindros y recogen males indecibles... — 63. Pero tú sabes que la raza de los hombres es divina. — 64. Y que la sagrada naturaleza te revelará abiertamente todo lo bueno que existe... — 71. Tú serás dios inmortal, incorruptible y libre para siempre de la muerte.

Este último verso asegura que el hombre, practicando la virtud natural, será eterno y como dios. Queremos que el lector compare esta divinización con la que se obtenía con la orgía dionisíaca. También el bacante, con prácticas preparatorias, embriaguez, danzas y paroxismo de agitación, pretendía confundirse con el dios Dioniso-Baco. El tratamiento que propone Pitágoras es la contemplación silenciosa, mística, de lo que es natural, y por consiguiente, según él, perfecto, porque es armónico. El elemento divino que está inmanente en todas las cosas no puede ser malo en sí mismo. ¿No es verdad que los versos de oro se parecen a los proverbios bíblicos? No en vano Pitágoras estuvo en Siria.

Los pitagóricos no rezaban para conseguir favores de los dioses. Era blasfemar creer en un dios corruptible y que podría cambiar por nuestra plegaria las leyes establecidas de la naturaleza. Es por las prácticas catárticas o purificaciones morales como los iniciados logran ser ellos mismos un factor de la armonía, y con su conducta no necesitan rogar al dios.

Sin que pueda llamarse discípulo de Pitágoras, ni continuador de su escuela, Parménides ocupa un lugar inmediato a él en la historia del espíritu humano. Poco sabemos de su vida, por más que su doctrina causó profunda impresión en los filósofos del siglo V y se le siguió respetando como figura de capital importancia mientras quedó tradición de la cultura clásica. Parménides era natural de Elea, una pequeña colonia jónica al sur de Nápoles; se contaba que había dado un código de leyes a la colonia y se enseñaba el sepulcro donde había hecho enterrar al pitagórico Ameinias, que le había *convertido a la vida filosófica.* Así, pues, Parménides, aunque pensando por cuenta propia, puede conside-



Pitágoras experimentando longitudes de notas en instrumentos de cuerda y viento. Grabado de la *Theorica Musice* de Gafurius (1492).

rarse espiritualmente emparentado con Pitágoras, y algo debió de aceptar de las prácticas y la moral de la escuela de Crotona cuando Estrabón, mucho más tarde, menciona a Parménides como *un pitagórico* y se habla de la *vida pitagórica y parménica* en plena época romana. De todos modos, gozaría de gran reputación a mediados del siglo v, porque Platón nos lo presenta con la aureola de jefe de escuela, merecedor de todo respeto. Pero casi no nos atrevemos a considerar como gran fortuna que se nos haya conservado un poema de Parménides que se hizo famoso entre los antiguos griegos. Se trata de un verdadero rompecabezas literario. El autor de este libro ha pasado tormentos indecibles al leer la infinidad de textos que ha tenido que revisar para componer estas páginas, pero nada iguala a la tarea de tener que descifrar la alegoría poético-filosófica de Parménides. Y no es que el poema haya llegado hasta nosotros mutilado o corrompido, porque lo tenemos intercalado en el libro de Simplicio, quien lo copió del manuscrito de la biblioteca de la Academia fundada por Platón, que debía de existir aún en su tiempo. Y como sabemos que Platón pasó grandes trabajos para procurarse los manuscritos de los filósofos del sur de Italia, lo más probable es que los discípulos de la Academia experimentaran los mismos sinsabores que experimentamos nosotros al leer y releer el poema de Parménides sin llegar a su completa dilucidación.

Parménides empieza su poema con un prólogo en que supone que las *Hijas del Sol* lo raptan, llevándoselo en un carro cuyas ruedas suenan musicalmente. Condúcenlo más allá de las regiones donde mora la Noche. «Las puertas que separan el Día de la Noche tienen el umbral de piedra — dice Parménides — y la Justicia vengadora guarda las llaves.» Más allá, pues, del reino de la obscuridad, una diosa habla al filósofo, descubriéndole verdades trascendentales.

Hasta ese momento todo parece claro: el carro cuyo eje produce música sugiere el vehículo pitagórico; comprendemos que lo guíen las musas, pero ¿quién es la dio-

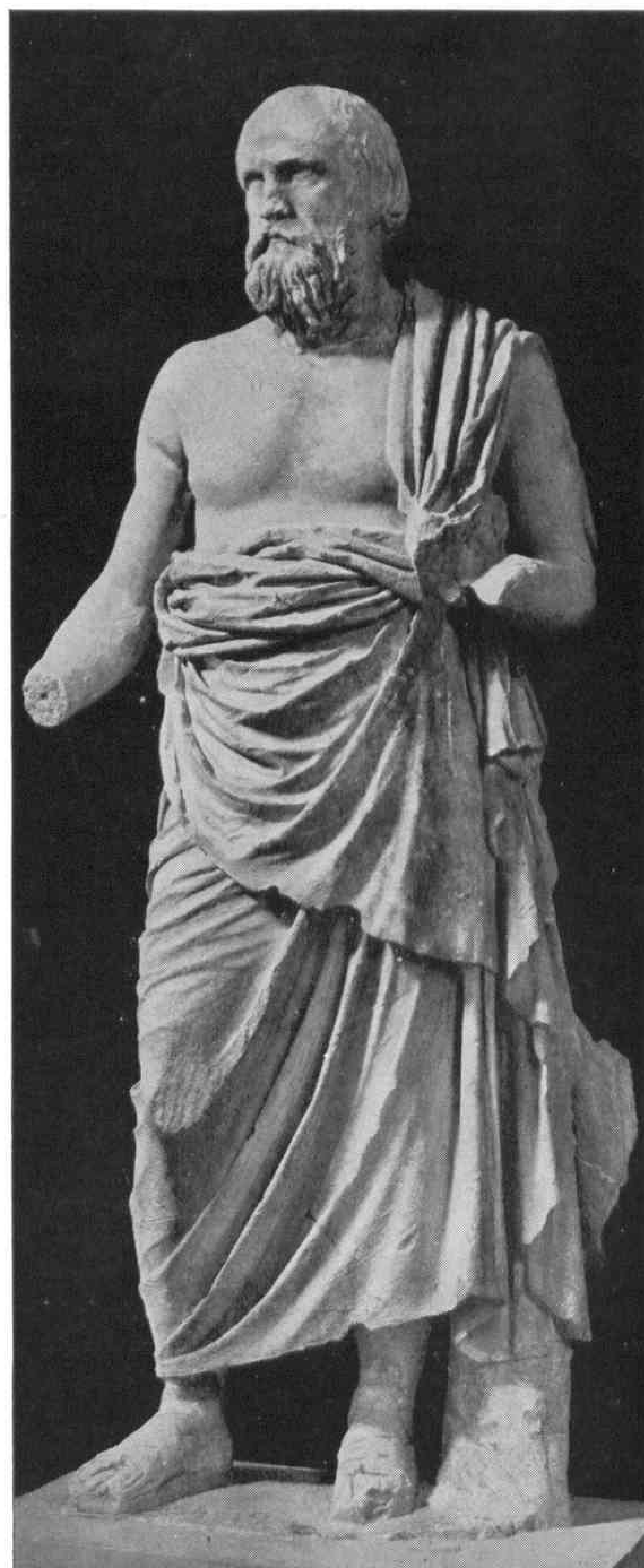
sa?, ¿por qué la Justicia guarda las llaves? En este prólogo falta un comentario. Parece el viaje del *Fausto* para lograr la llave de las Ideas-madres, que no se ha interpretado satisfactoriamente aún.

Acabado el prólogo, empieza el discurso de la diosa; ésta incita a Parménides a que mire lo distante como si fuera presente. Es una primera insinuación de que todo es uno, que no hay espacio vacío entre la materia. «Tú no puedes separar lo que está unido, ni lo puedes desparramar para que no se reúna.» He aquí el capital descubrimiento de Parménides: que no existe el vacío, y que la materia se extiende *esféricamente* en todas direcciones. La diosa añade: «Todo es uno para mí, donde yo empiezo, porque yo volveré allí otra vez.» Esto se parece bastante a lo que propone Heráclito: las cosas del Universo son fijas, estables y sólidas. Lo que sigue es aún más difícil de entender.

«Ven ahora y escucha: hay sólo dos maneras de pensar. La una, que es la verdadera, es la que llamaré la del ES, por la que creemos que es imposible el NO SER. La otra, que llamaré la del NO ES, y que necesita del NO SER (o vacío), no conduce a ningún resultado. Porque tú no puedes pensar en lo que no es, ni enunciarlo, ya que es lo mismo el pensar una cosa que el ser la cosa.»

«Todo lo que puede ser enunciado o pensado debe ser, ya que puede ser; mientras que lo que no es, no puede ser. Esto es lo que te pido que medites...»

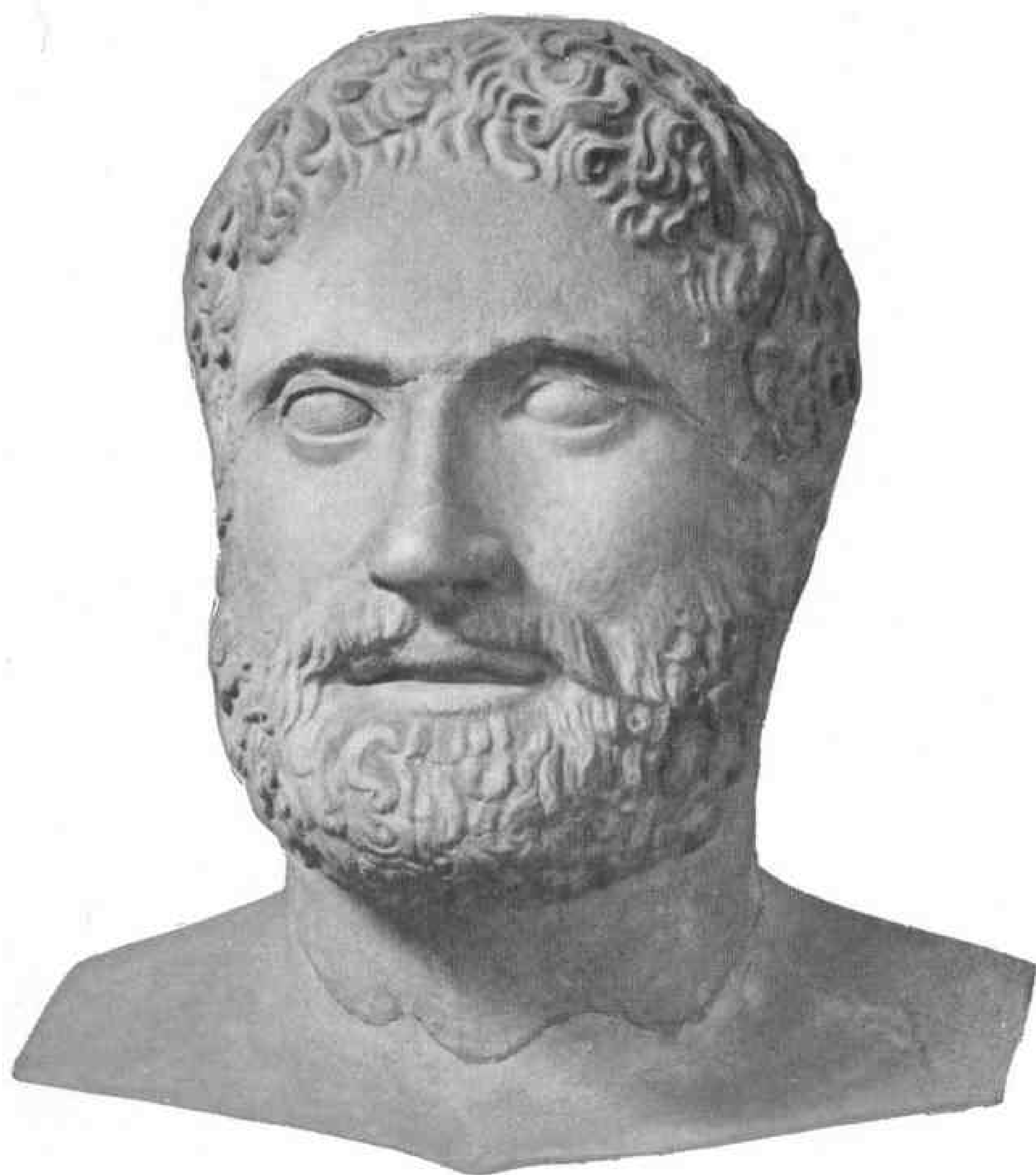
Para comprender por qué tiene tanto empeño Parménides en convencernos de que lo que es, en verdad es, y lo que no es, no puede ser, bastará sólo recordar que los físicos-filósofos de Jonia habían supuesto que todas las cosas derivan de un primer elemento: agua, según Tales; aire, según Anaximenes; fuego, según Heráclito..., y que el ser más o menos concentrado este fuego, o aire, o agua, producía la gran variedad que vemos en los cuerpos de la naturaleza. Pero la materia, para concentrarse, tiene que encerrar más materia en la masa y, por tanto, ocupar un lugar que estaba vacío (el vacío que Parménides llama el *no ser* o *la nada*), y como, según Parménides, la nada no puede existir, la física de los filósofos de Mileto cae por su base.



Filósofo griego, probablemente Pitágoras.

Tampoco puede filosóficamente explicarse el movimiento; pues, según Parménides, para ir una cosa de un lugar a otro, ha de desplazar otra que estaba allí antes, o ha de ir a un sitio donde no había nada; y aun suponiendo que vaya adonde ya había algo, la cosa desplazada debe empujar a otra, y así sucesivamente, hasta llegar a un lugar donde no había nada, lo que es absurdo. ¡El no ser — la nada — no puede ser! El movimiento tampoco.

Pero la doctrina capital del poema de Parménides está en la frase que hemos copiado: «Todo es uno para mí.» La razón de insistir en este punto era para refutar otra teoría, que explicaba la variedad aparente de las cosas con cuatro elementos primordiales: el Agua, el Aire, la Tierra y el Fuego, afirmando que su combinación en diferentes proporciones producía las substancias más variadas. El propagador de esta nueva solución era un contemporáneo de Parménides, bastante hablador, el famoso Empédocles de Agrigento, en Sicilia. Empédocles empezó siendo pitagórico, pero había sido expulsado de la orden por su locuacidad extremada.



Supuesto retrato de Parménides. Obra del siglo V antes de J. C.

Templo de la Concordia, en Agrigento (Sicilia), la ciudad de Empédocles.

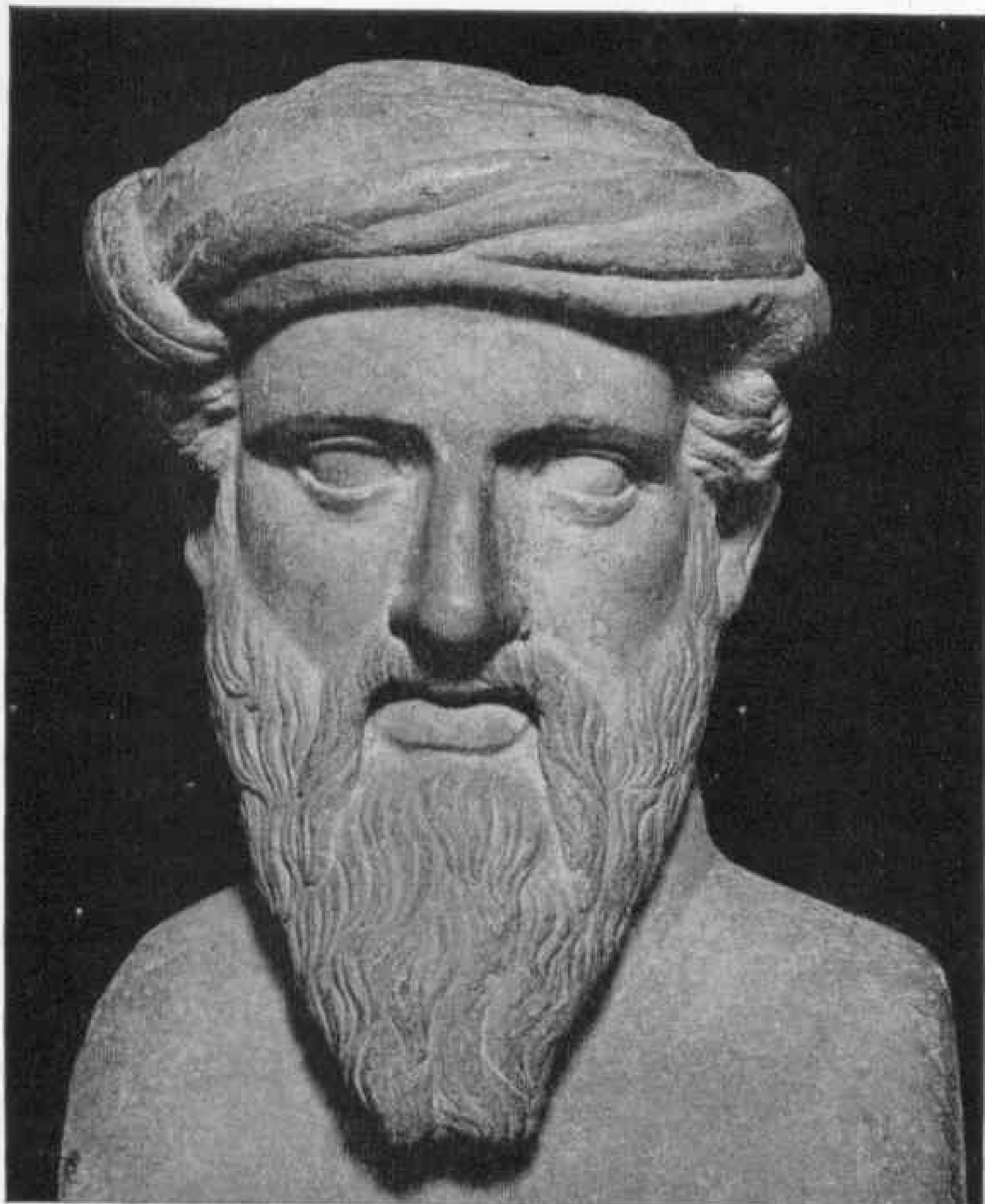
En cierta época de confusión política, Empédocles, apoyado por el partido democrático, se hizo el dueño de Agrigento, gobernando la gran metrópoli siciliana con una combinación fantástica de prudencia y extravagancia. Empédocles reaparecerá en las páginas de este libro, porque este hombre, con curiosidad tan varia como sus cuatro elementos, se preocupó de medicina, física y biología, adivinando genialmente algunas leyes naturales. Pero ahora, en nuestro relato del esfuerzo filosófico en el siglo v antes de J. C., Empédocles se nos presenta como un perturbador. Ya Aristóteles, al contar la historia de sus predecesores, se limita a decir que Empédocles había vivido atrasado para su tiempo. Sin embargo, la doctrina de los cuatro elementos de Empédocles hizo estragos hasta en la Edad Media; se comprende, pues, que Parménides tuviera tanto empeño en insistir que *sólo lo uno* es posible y *lo vario* es imposible.

Un discípulo de Parménides, llamado Zenón de Elea, para distinguirlo de otro Zenón estoico que vivió más tarde, trató de apoyar las ideas de su maestro con una serie de paradojas muy inquietantes. He aquí uno de los *argumentos* con que Zenón *quiso proteger* a Parménides: Para ir del punto *A* al punto *B* tenemos que pasar por el intermedio *C*. Avanzando, para ir de *C* a *B* tendremos que pasar por *D*, a la mitad de la distancia *C B*. Una vez llegados a *D*, para ir de *D* a *B* tendremos que pasar todavía por el punto medio *E*... Y así sucesivamente. Siempre habrá un punto a la



mitad del espacio que queda por recorrer, y, por lo tanto, es imposible llegar al final de la línea *A B*. Consecuencia: suponiendo que nos movamos, tardaremos una eternidad para ir de *A* a *B*.

Otro argumento de Zenón es la historia de Aquiles y la tortuga. Ambos se desafían a correr, pero la tortuga ha comenzado antes. Aquiles es el mejor corredor del mundo, pero cuando llega al sitio donde estaba la tortuga en el momento de empezar Aquiles a correr, la tortuga había ganado espacio. Aquiles corre y llega a este punto también, pero la tortuga, mientras tanto, ha dado algunos pasos más. Por mucho que corra Aquiles, por muy despa-



Un pitagórico. Arquitas de Tarento, el que libertó a Platón de la cautividad de Siracusa.

cio que vaya la tortuga, siempre, durante el tiempo que invierte Aquiles tratando de ganar el espacio que los separa, la tortuga habrá avanzado algo. Consecuencia: Aquiles nunca alcanzará la tortuga. Otros dos *argumentos* parecidos completaban el ramillete de absurdos de Zenón.

Ya se comprende, sin embargo, que por sutiles que fuesen los *argumentos* de Zenón, no podían detener el espíritu inquisitivo de los griegos. La verdad es que en este caso no se salvaba el fenómeno, y por más que fuera un absurdo filosófico, todo el mundo comprendía que, en la práctica, se podía ir de *A* a *B*, y que Aquiles alcanzaría a la tortuga. Por otra parte, Parménides parecía tener razón insistiendo en la unidad de la materia y en lo imposible de concebir el vacío; sin embargo, las cosas aparecían variadas y era evidente que se podían condensar los cuerpos.

Para explicar estas anomalías, un discípulo de Parménides, llamado Leucipo, anticipó la teoría atómica de que aún nos valemos. Hay una sola substancia, como decía Parménides, pero está dividida en partículas homogéneas pequeñísimas, que llamó *átomos*, entre las que quedan poros. Cada átomo tiene extensión y todos los átomos son iguales en substancia, según Leucipo. Por tanto, la variedad que aparece en las cosas proviene de la forma de los átomos, de la posición o de sus combinaciones. Esta idea de la forma de los átomos explica por qué Leucipo los llamaba *figuras*, acaso recordando la terminología pitagórica. El sistema de Leucipo es ingenioso y satisface, mientras no nos preocupamos más que del mundo real, pero en el plano metafísico no resuelve nada, porque introduce de nuevo el vacío en el espacio que queda entre los átomos en forma de poros. «El todo es infinito y en parte está lleno y en parte está vacío.» No hacía falta para esto que se esforzara Parménides diciendo que el vacío no es ni puede ser. Leucipo parece un rezagado de Mileto, que fue a establecerse a Elea, sin conseguir asimilar la dialéctica de los filósofos eleáticos.

Parménides hubiera preguntado: ¿Y el movimiento? La respuesta de Leucipo, y de su discípulo Demócrito, era que los átomos están siempre en agitación. No obstante, ya Aristóteles se quejaba de que *los atomistas, indolentemente,* habían dejado sin aclarar si los átomos se movían porque les era natural el moverse, o si alguien les impuso una actuación contraria a su naturaleza. No decían más sino que se movían por necesidad.

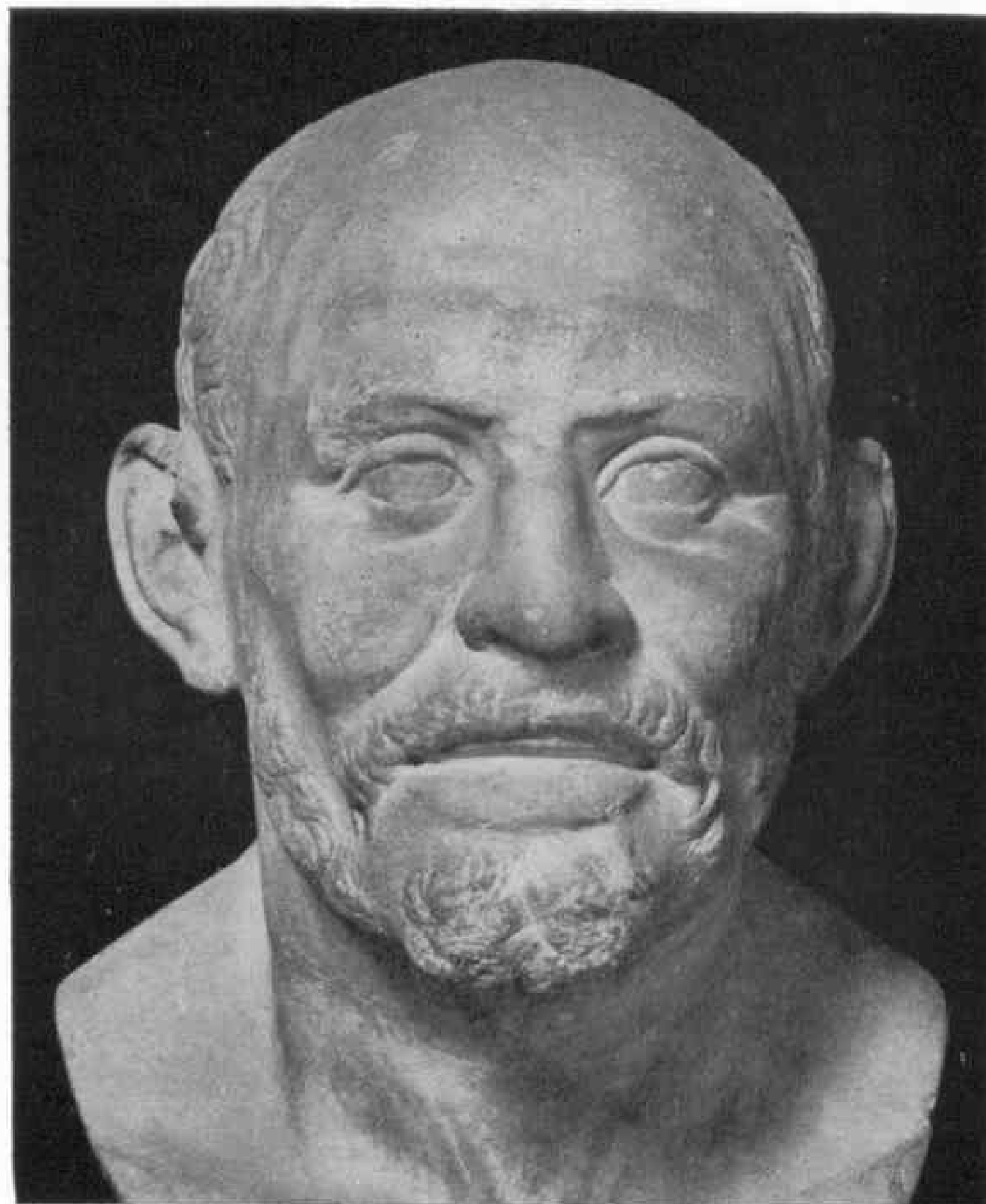
Como se ve, hacia el año 450 antes de Jesucristo la filosofía griega (si es que podemos darle ya este nombre) se ha propuesto una serie de problemas insolubles: el de la estructura de la materia y el de las causas del movimiento. De pasada, interrogando a la naturaleza para elucidar estos problemas capitales, se habían discernido algunas verdades matemáticas y físicas, pero los discípulos de Pitágoras, Parménides y

Leucipo, debieron de darse cuenta de que habían penetrado en un callejón sin salida. Existía también el peligro del misticismo; los números de Pitágoras, el *Uno* increado de Parménides, la agitación necesaria de Leucipo, el torbellino creador de Anaxágoras, todo podía ponerse en lugar de Dios y acabar la ciencia en una vana especulación. Aristófanes ya se burla de los remolinos *(vórtex)* que habían substituido a los dioses hacia la mitad del siglo v.

Por fortuna, un genio sincero, puro, dotado de gran inteligencia; capaz de comprender, hábil para razonar y deseoso de saber; humilde para confesar su ignorancia y tenaz para continuar un proceso fatigoso, apareció en Atenas por esta época. El lector habrá advertido que nos referimos a Sócrates. Había nacido hacia el año 470 y era de humilde familia; su padre había sido escultor y su madre comadrona. No sabemos cómo se las arregló Sócrates para vivir; tal vez sus progenitores pudieron legarle algo, que al filósofo hubo de bastarle para subsistir.

La escuela de Sócrates era la vida; sus maestros, la gente que encontraba por la calle, pues en aquella época Atenas era el centro del mundo griego y por sus calles transitaban gentes con las que valía la pena dialogar. Con su marina, Atenas había libertado las islas del Egeo, y con su flamante colonia de Turi trataba de establecerse en el sur de Italia. De Turi a Crotona hay una distancia de pocos kilómetros y Elea tampoco se hallaba muy lejos de Turi. Se afirma que Empédocles tuvo que refugiarse en ella y acabó sus días en aquella dependencia de Atenas.

Pero Sócrates no tenía que moverse de su ciudad natal para intimar con ingenios de gran altura. Por de pronto, estaba allí el gran Anaxágoras, protegido de Pericles; además, Sócrates era íntimo amigo de Fidias y de Sófocles, y se hace mención de Aspasia, la compañera de Pericles, como de una maestra suya en muchas cosas. Contaba también Atenas con otros muchos forasteros eminentes, que residían en la ciudad lo suficiente para poder tener con el joven Sócrates largas conversaciones. En uno de los diálogos de Platón se reproduce el interrogatorio con que castigó Sócrates a los dos eleáticos Parménides y Zenón, quienes habían venido a Atenas para asistir a las fiestas de las Panateneas. Según Platón, Parménides, que contaba entonces sesenta y cinco años, tenía el cabello completamente blanco y era de agradable aspecto. Zenón rayaba en los cuarenta y era alto y gallardo. Estaban alojados en casa de un hermanastro de Platón. Sócrates va a visitarles una mañana y el viejo Parménides complácese contestando a todas las preguntas del joven ateniense, por más que Zenón intenta librar a su maestro de aquel importuno. He aquí cómo les habla Sócrates:



Busto de Demócrito, el que ríe, el optimista, discípulo de Leucipo.

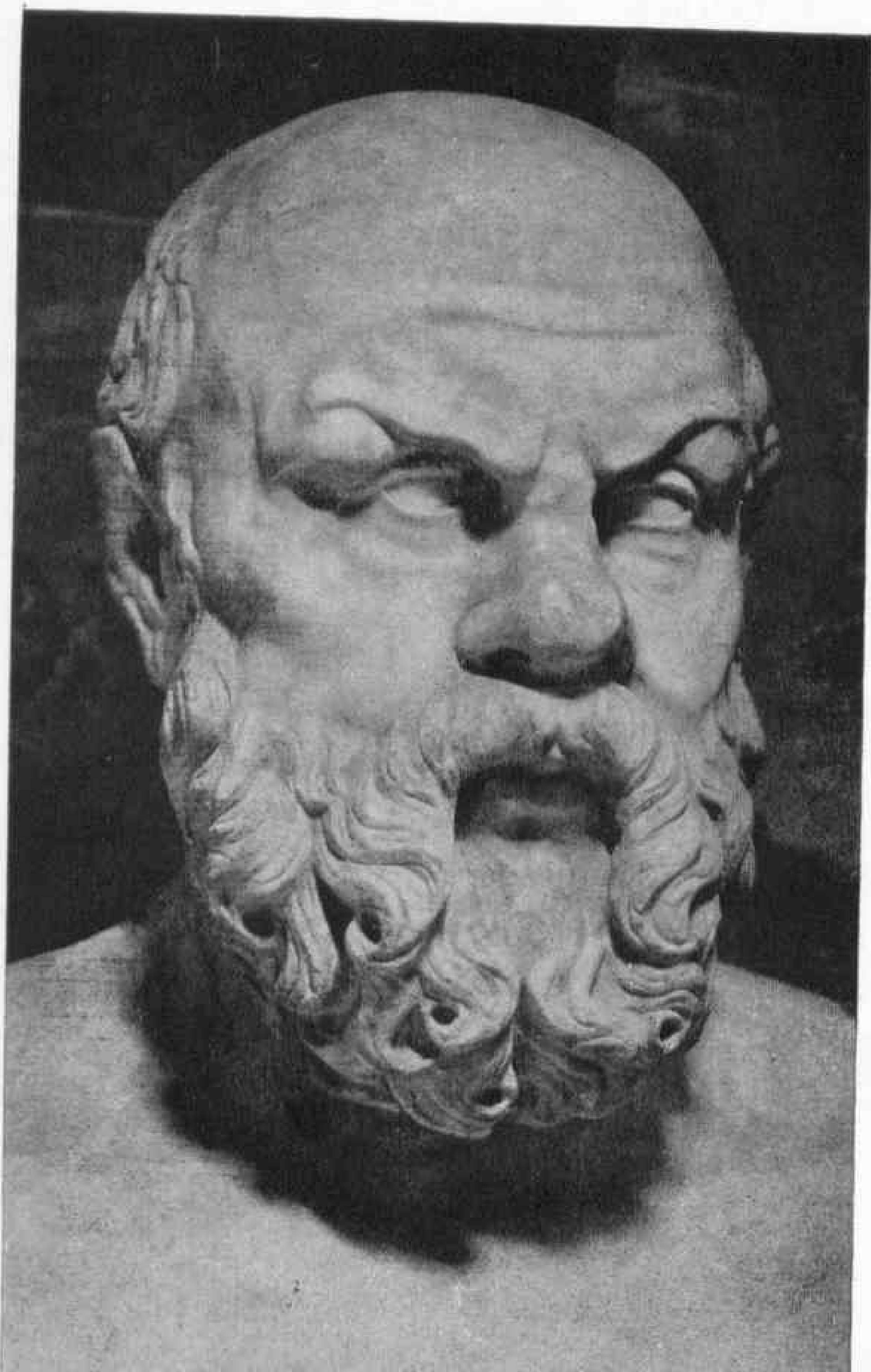
—Veo que Zenón es un segundo Parménides, sólo que dice las cosas de otra manera. Tú, Parménides, nos quieres convencer

de que Todo es Uno, y Zenón, por su parte, nos dice que lo Vario no puede ser. Este argüir de dos maneras distintas, una afirmando una cosa, y otra negando la contraria, exige un esfuerzo superior a nuestra capacidad...

Aquí Sócrates, acaso con algo de ironía, alude a la juventud de la escuela de Atenas, a su falta de preparación mental para resistir el ataque del filósofo de lo uno, del todo y de lo vario. Por su parte, Parménides, sin dejar de reconocer que Sócrates resiste más que un *galgo espartano,* le acusa de inconsistencia y le recomienda lógica, dialéctica. Es un contraste interesantísimo de dos generaciones y de dos maneras de pensar, porque hasta Sócrates no podemos afirmar que Atenas hubiese desempeñado un gran papel en el campo de la filosofía.

Por de pronto, Sócrates se desentiende de todas las teorías anteriores. No ha de admitir nada que no esté probado hasta la evidencia; tanto, que el no aceptarlo sería ya síntoma de locura. La lógica y la dialéctica, que le recomendaba Parménides, va a aplicarlas con un rigor que nadie había demostrado todavía; es acaso la mayor contribución de Sócrates a la historia del espíritu humano. Quiere que las verdades metafísicas tengan la misma claridad y suprema evidencia que cualquier otro accidente de la vida. Emplea comparaciones de todos los oficios; las más pedestres y vulgares ocupaciones le sirven de paralelo para las cosas abstractas.

Sócrates en la vejez.



Lo que Sócrates desprecia es la retórica, que entonces estaba de moda en Atenas. Los maestros de oratoria, llamados sofistas, cobraban caro para enseñar a hablar. Sócrates no quiere enseñar a hablar, sino a pensar. Platón nos presenta a Sócrates confundiendo a los mayores sofistas de su tiempo. Una vez es el famoso siciliano Gorgias; otra, el gran Protágoras de Abdera. He aquí cómo los trata Sócrates:

«— Dime, Gorgias, ¿cuál es tu arte? — La retórica, Sócrates... — ¿De qué trata la retórica, Gorgias? — Del discurso. — ¿Qué discurso, Gorgias? ¿No será el de recomendar a un enfermo que se ponga bueno? — No... — Dime entonces, Gorgias, ¿en qué se ocupa la retórica? — En las más grandes y mejores cosas de la humanidad. — Esto también es ambiguo, Gorgias, porque, ¿cuáles son las más grandes y mejores cosas de la humanidad? Supongo que habrás oído cantar a la gente en la taberna que lo mejor de la vida es la salud, la belleza y el dinero...»

Apurado Gorgias, cree salir del paso definiendo la retórica como el arte de la persuasión. Pero los matemáticos también quieren persuadir..., y Sócrates prueba que la retórica y el arte del cocinero no son más que dos ramas del arte de agradar...

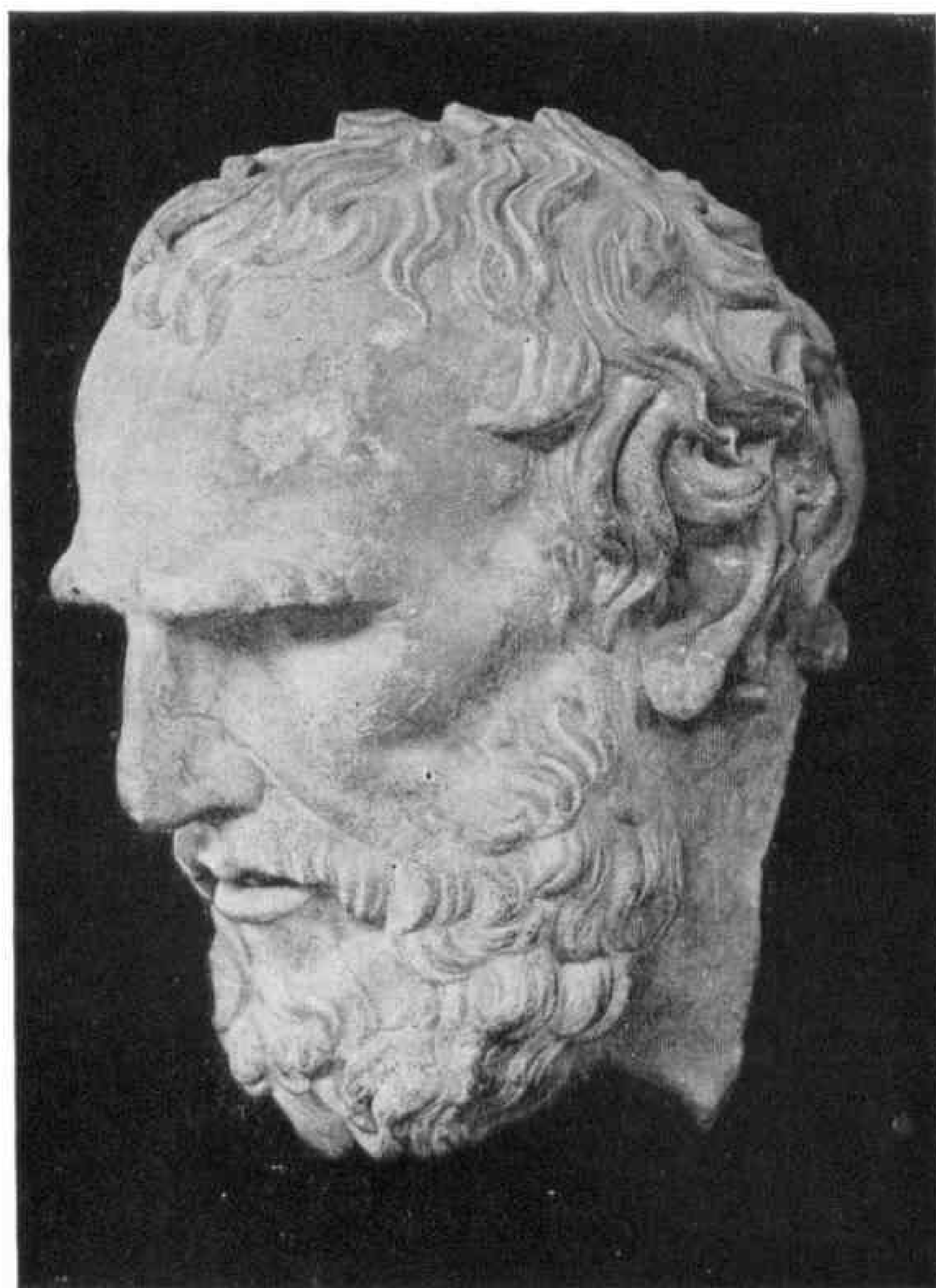
¡Cuán lejos estamos del tono mayestático de Parménides! ¡Qué asuntos tan diferentes y qué aspecto tan distinto de la verdad! ¡Qué humor, qué ironía! De «las más grandes y mejores cosas de la humani-

dad» hemos venido a parar, con una lógica irresistible, al arte del cocinero.

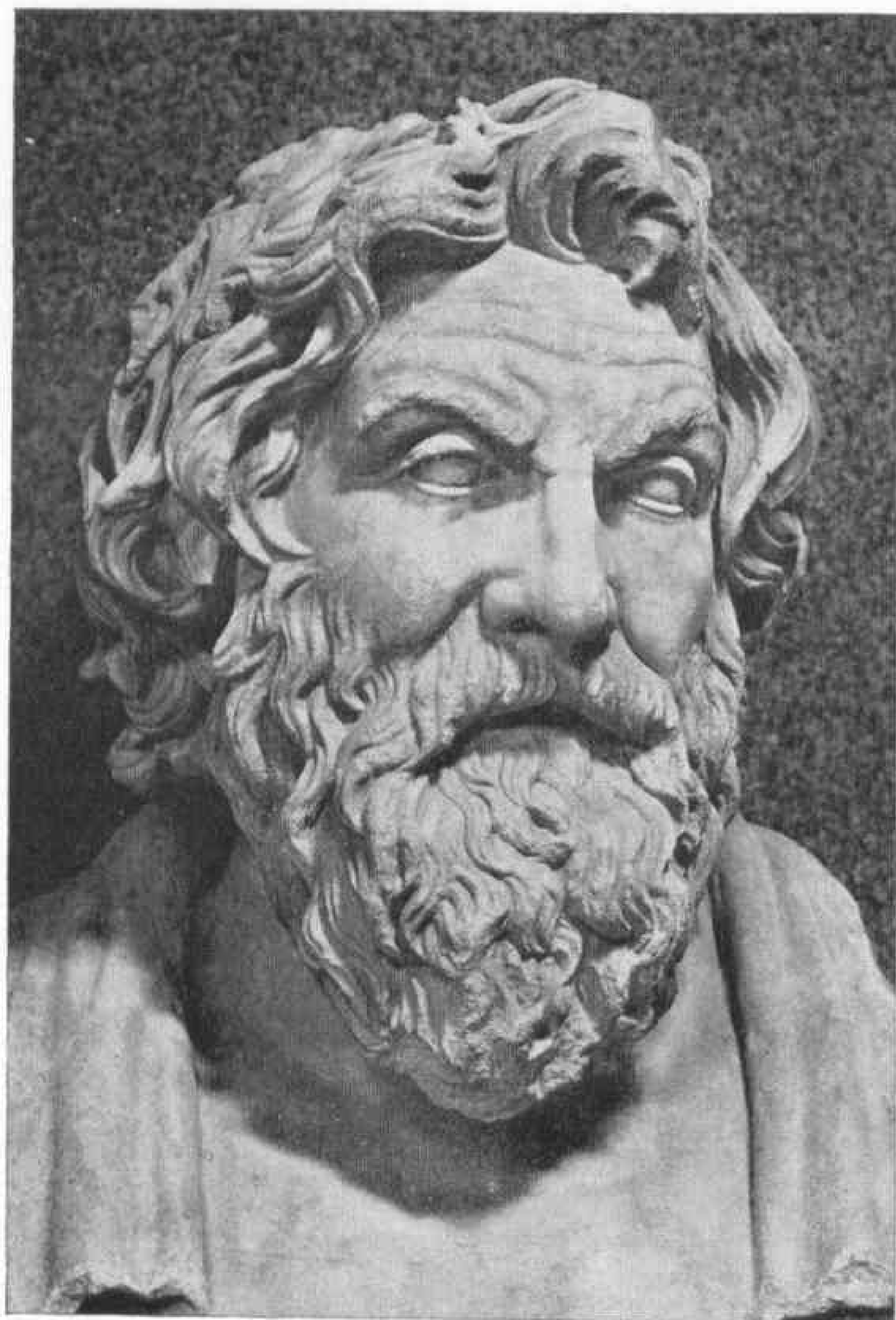
En otra ocasión, define Sócrates al sofista (que hoy llamaríamos profesor) valiéndose de una comparación con el pescador de caña. Son dos oficios parecidos, primo hermano el uno del otro. «¿Quién es primo hermano del otro? — pregunta uno de los interlocutores. — ¡Pues el sofista del pescador de caña! — ¿Cómo es ello? — Ambos tratan de pescar... El arte del sofista puede relacionarse con el arte de apropiarse animales vivos — animales terrestres, animales domésticos, seres humanos —, individuos determinados, para sacarles dinero, dando, en cambio, algo parecido a educación...»

En resumen: si Sócrates se desinteresó del Todo y del Uno; si desdeñó perder su tiempo en investigar la esencia de los fenómenos; si combatió a los retóricos y oradores, ¿cuál fue la parte afirmativa de su esfuerzo?... En primer lugar, una moral fundada en el conocimiento de sí mismo y de lo que nos rodea. Como hombres dotados de una alma sensible, hallamos nuestro contentamiento interno en la práctica del bien, absteniéndonos del mal. Algunos creen que el bien está en el desorden, en la injusticia, porque no conocen la verdadera felicidad. Debemos procurar conocernos a nosotros mismos, y conocer a este mundo que nos rodea, para llegar a un estado de independencia mental. Practicar la virtud no es un ejercicio doloroso, sino la única fuente de placer. Sócrates no predica el ascetismo: se ha casado y tiene amistad con actores, artistas y políticos; cumple sus deberes de ciudadano, va a la guerra y se conduce como un valiente en las batallas. A veces define la justicia como el arte de hacer bien al amigo y de castigar al enemigo; pero en otra ocasión dice que es preferible ser víctima de la injusticia que cometerla.

Sin embargo, aun concediendo que la práctica del bien nos procure placer, ¿qué es el bien? Según Sócrates, la conformidad de nuestra conducta con nuestra propia naturaleza. Así no nos destruimos, nos sostenemos y sostenemos a nuestros vecinos, creando la amistad, la sociedad y el Estado; finalmente, por la conversación de unos con otros apreciamos que nuestros conceptos son comunes y tienen, por lo tanto, un valor universal. La conversación es el laboratorio de las ideas, por ella las ponemos a prueba, y cuanto más resisten el juicio ajeno, más deben aproximarse a la verdad. He aquí cómo llegamos otra vez al conocimiento metafísico y hasta a Dios mismo. Si no sabemos nada de la estructura del Universo, ni de sus causas, en cambio tenemos ideas de cosas abstractas, que son representación de cosas nunca vistas. Tenemos, por ejemplo, la idea del uno, la idea de la templanza, las ideas de lo mayor y de lo menor, la idea de lo limpio, hasta la idea de cosas inferiores, como el barro, el agua, la suciedad. Y si la mente humana puede admitir sin violencias las ideas que no son recuerdos de las cosas individuales, queda probado que nuestra alma no es mortal; no debe



Cabeza ateniense, acaso un sofista. De una estela sepulcral.



Antístenes, discípulo de Sócrates, fundador de la escuela de los cínicos.

preocuparnos el problema de ultratumba.

Mucho se ha discutido si ésta, que se llama *la doctrina de las Ideas puras,* como base del conocimiento y de la moral, fue expuesta ya por Sócrates, o es invención de Platón, quien la atribuyó a su maestro para darle autoridad. Difícil es responder categóricamente, porque Sócrates no dejó nada escrito y sus enseñanzas aparecen con valor muy distinto en los escritos de sus dos apologistas: Platón y Jenofonte. Hoy la tendencia es conceder a Sócrates la mejor parte de la substancia de los diálogos de Platón, y en cuanto a la doctrina de las Ideas puras, existe un testimonio casi decisivo en un párrafo de Aristóteles, que dice: «Por más que Sócrates concretara sus investigaciones a casos de moral y de conducta, y no se preocupara en estudiar el Universo como un Todo, no obstante, hizo de la moral un campo de estudio para lo Universal y fue el primero que concentró su atención en las Definiciones. Al suceder Platón a Sócrates, creyó que no podía haber definiciones de cosas sensibles, pues las cosas reales cambian siempre; por lo tanto, las definiciones debían ser de conceptos, más que de cosas reales. Y a estos conceptos llamó Ideas puras, y sostuvo que las cosas sensibles o reales existen por ellas, *participan en ellas,* etc.».

Resulta bien claro de este párrafo de Aristóteles que Platón aplicó a las *Definiciones* de Sócrates el nombre de *Ideas,* pero ya el propio Aristóteles advierte que era un mero cambio de nombre, y hasta que los pitagóricos con sus números habían llegado a un resultado análogo al afirmar que las cosas reales eran *imitaciones* de los números. «Aunque — añade maliciosamente Aristóteles — los pitagóricos Sócrates y Platón dejaron para sus sucesores el trabajo de averiguar en qué consistía *la participación en* los números, o *la imitación de* las Ideas...» «Pero, para hacer justicia a Sócrates, hemos de reconocer que él inventó la manera inductiva de argumentar y las definiciones universales. Ambas son el fundamento de la ciencia.» Casi no se puede hacer un elogio mayor.

Y, no obstante, el filósofo Sócrates, moralista y científico, fue condenado a muerte. A pesar de lo mucho que se ha escrito para justificar este crimen, la muerte de Sócrates es uno de los errores que vienen pesando sobre la conciencia de la humanidad. No es la primera víctima de la intolerancia de los hombres; ya vimos que Pitágoras perdió la vida en un motín popular, pero la sentencia contra Sócrates fue dictada serenamente por el pueblo de Atenas, reunido en la Pnyx, y esto constituye la agravante terrible del caso. Era el año 399 antes de Jesucristo; Sócrates tenía entonces setenta años, y durante medio siglo había molestado a las gentes de Atenas no con su predicación, sino con su ejemplo. Sócrates no se proponía convertir a nadie, no amenazaba

al pueblo como un profeta ni lo soliviantaba como un agitador. Cumplía religiosamente sus deberes de ciudadano y, sin embargo, se le acusaba de impiedad y de corromper a la juventud.

La ley ateniense disponía que el acusado tenía que defenderse por sí mismo, con un discurso pronunciado delante del pueblo. Tenemos dos versiones de este discurso de Sócrates; ambas revelan que no quiso modificar en nada su estilo irónico ni su sencilla dialéctica. Sócrates discutió si los jueces podían condenarle a muerte con el mismo desenfado con que discutía siempre con los sofistas. «Vosotros decís que yo no creo en los dioses, pero que creo en los hijos de los dioses (esto es, los conceptos abstractos). Ahora bien, si creo en los retoños de los dioses, debo creer en los dioses también, porque nadie que afirme la existencia de los mulos, negará que existan caballos y asnos.» Hay que convenir que, para un discurso en que le iba a Sócrates la vida o la muerte, la comparación es un poco atrevida.

Respecto al otro crimen de que se acusaba a Sócrates, esto es, de corromper a la juventud, su defensa contiene estos párrafos: «Yo os digo que la virtud no se obtiene con dinero, sino que de la virtud provienen las riquezas y todos los bienes, tanto para el individuo como para la sociedad. Esto es lo que enseño, y si esto corrompe a la juventud, mi influencia sobre ella es en verdad perniciosa. Por lo tanto, atenienses, condenadme si queréis, pero ahora os digo que yo no cambiaría de conducta aunque tuviera que morir mil veces...» Al llegar a este punto la multitud enardecida le interrumpió. Sócrates continuó:

«Atenienses, escuchad; hemos convenido en que me escucharíais hasta el final, y aunque pienso que voy a decir algo que indudablemente os indignará, pido que no os irritéis. Quiero deciros que si me condenáis, os haréis más daño a vosotros que a mí mismo...»

Entendiendo el pueblo de Atenas que era reo de la falta de que le acusaban, Sócrates fue condenado a muerte. Hubiera podido evitar la sentencia con otra clase de discurso, o salirse del paso con una multa, que con seguridad habrían pagado sus discípulos. Quiso morir y bebió la cicuta en la cárcel, rodeado de amigos y dándoles ánimo para afrontar aquella tragedia del espíritu. Sócrates murió contumaz, y por esto es más grande por su muerte que por su vida. Aquel viejo supo morir como un héroe. He aquí cómo explica Platón los últimos momentos de Sócrates:

«Al llegar el carcelero con la copa del veneno, Sócrates le preguntó: "Amigo, tú que tienes experiencia de estas cosas, me dirás lo que debo hacer." A lo que el hombre contestó: "No tienes que hacer más que pasearte, hasta que empieces a notar que te cuesta mover las piernas; entonces te tiendes en la cama y el veneno producirá su efecto." Así diciendo, entregó la copa a Sócrates, quien la tomó con gesto amable, y sin inmutarse, miró al carcelero y le dijo: "¿Crees tú que puedo hacer una libación a algún dios con el veneno?" El hombre

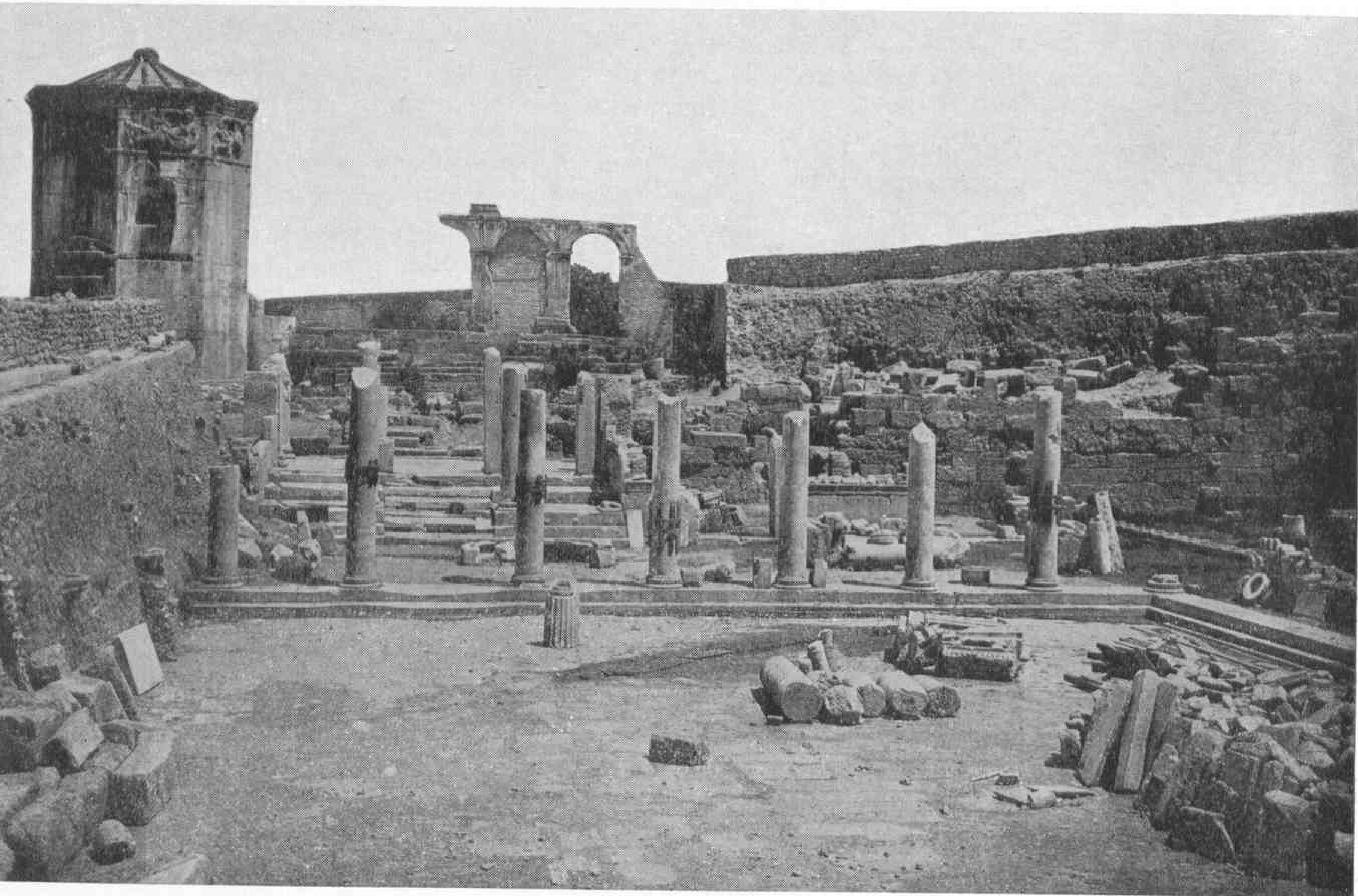
Sofista, pescador de caña. Pintura de un vaso ático.



respondió: "Preparamos, Sócrates, sólo la cantidad que juzgamos necesaria." "Comprendo — repuso Sócrates —; no obstante, antes de beberlo, quiero y debo rogar a los dioses que me protejan en mi viaje al otro mundo." Y tomando la copa, sin vacilar, bebió el veneno.

»Hasta entonces, los discípulos que rodeaban a Sócrates habían podido contenerse sin manifestar su dolor, pero cuando el maestro hubo tragado el último sorbo del veneno, empezaron a llorar y gemir, y hasta uno de ellos, llamado Apolodoro, se deshizo en llanto, escapándosele un gran grito. Tan sólo Sócrates se mantenía en calma. "¡Qué extraños ruidos hacéis! — les dijo —; he mandado que las mujeres se marcharan para que no nos molestaran con su llanto, porque yo creo que un hombre debe morir en paz. ¡Estad tranquilos y tened paciencia!"

»Cuando los discípulos oyeron esto, se avergonzaron y reprimieron sus lágrimas. Sócrates continuó paseándose hasta que sus piernas no pudieron sostenerle; entonces se tendió sobre el lecho. El carcelero le tocó los pies, preguntándole si lo notaba, y él contestó que no. Después le palpó las piernas, y más arriba, diciéndonos que ya todo él estaba frío y rígido. Sócrates se palpó también y dijo: "Cuando el veneno llegue al corazón será el fin." Pronto empezó a



Uno de los mercados de Atenas, donde enseñaba Sócrates.

ponerse frío de las caderas, y descubriendo entonces la cabeza, que ya se había tapado, dijo: "Critón, ahora me acuerdo que debo un gallo a Esculapio." "Se pagará, no lo dudes — díjole Critón —; ¿quieres algo más?..." Pero Sócrates ya no respondió a esta pregunta. Al cabo de uno o dos minutos pareció moverse, y los que rodeaban el lecho lo destaparon. Tenía ya los ojos fijos, y entonces Critón le cerró la boca y los párpados.»

El pueblo de Atenas sólo tiene una excusa: la nerviosidad en que le habían puesto las catástrofes políticas del final de siglo. Sócrates, naturalmente, no tenía ninguna culpa de ellas, pero en el año 399, en Atenas, todo el mundo debía de pensar que no era tiempo entonces para discutir cuestiones de moral en las tiendas y perder horas y horas por las calles, como hacía Sócrates, para encontrar una definición.

Esto explica que después de su muerte no se produjese la reacción, que Sócrates creyó poder predecir, casi como una venganza. Algunos de sus discípulos se especializaron en el ejercicio científico de la dialéctica socrática, y entre éstos el más notable fue Platón, de quien trataremos en otro capítulo. Otros insistieron en el aspecto práctico de la moral socrática, fundando la famosa escuela de los cínicos; su iniciador fue un antiguo sofista que se llamaba Antístenes, a quien Sócrates atrajo a su manera de pensar en los últimos años de su existencia.

Hay que reconocer que, tras la muerte de Sócrates, habría en Atenas filósofos despreciadores de la misma filosofía, que a tales catástrofes podía conducir. ¿No era el caso de Sócrates un ejemplo de que la virtud produce también desdichas? Lo mejor era apartarse de los conflictos de la vida, no ser más que un espectador desinteresado, un perro, que es lo que quiere decir *cínico* (perro, o como un perro). Parece que Antístenes, el fundador de la escuela, escribió cuatro libros de moral más o menos socrática, pero de ellos sólo queda el recuerdo. En cambio, Diógenes, el discípulo de Antístenes, vivirá eternamente por algunas de sus anécdotas. Dormía dentro de un barril, como si fuese un perro; iba por la ciudad con una linterna en la mano, buscando un hombre (alguien que fuese un verdadero hombre); había tenido una escudilla para beber agua, pero la arrojó un día lejos de sí al ver que un muchacho bebía con la mano: un cínico no debía poseer tales lujos; decidió también que no hacía falta

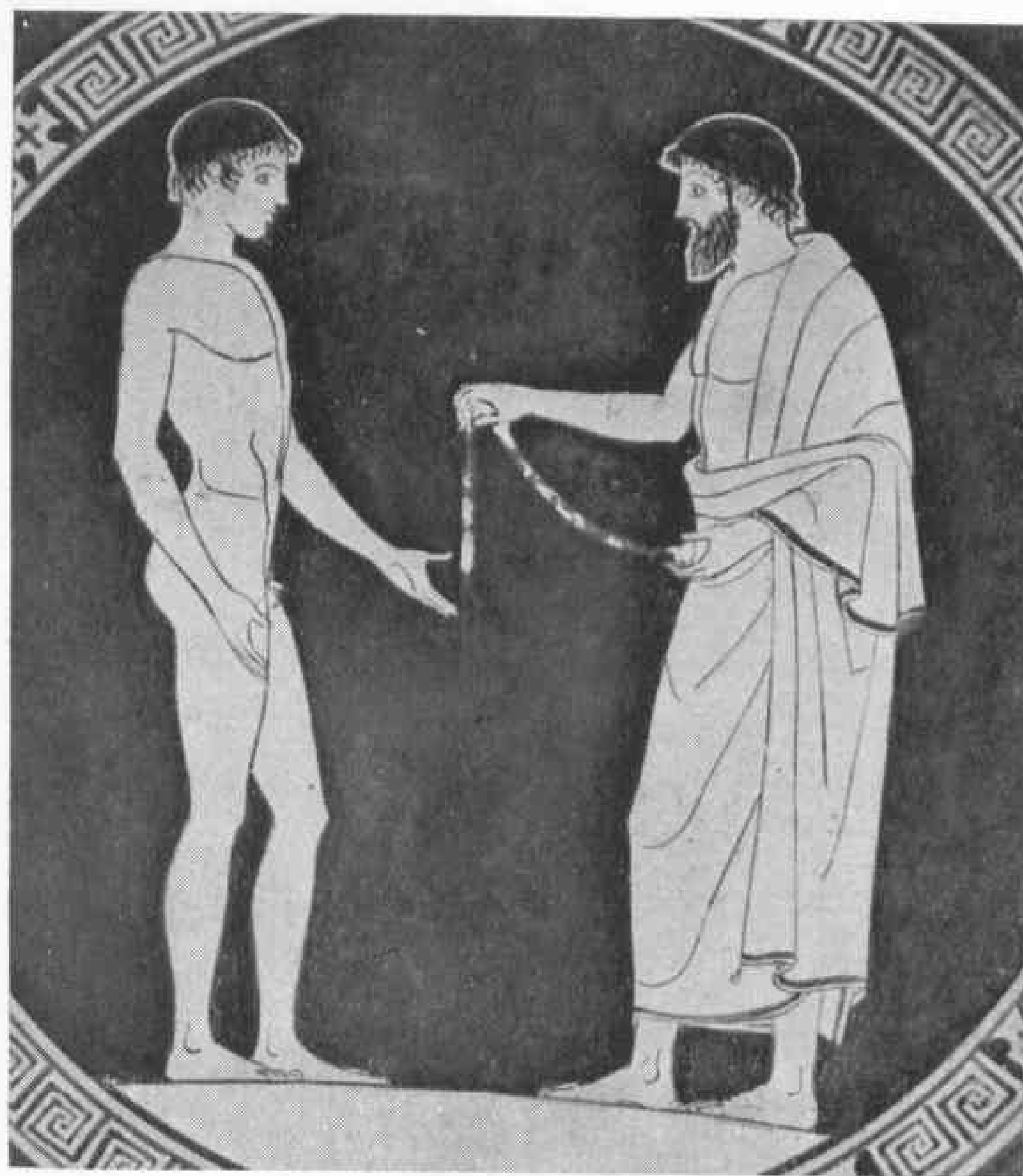


Estatua de Diógenes el cínico, con su escudilla y su perro.

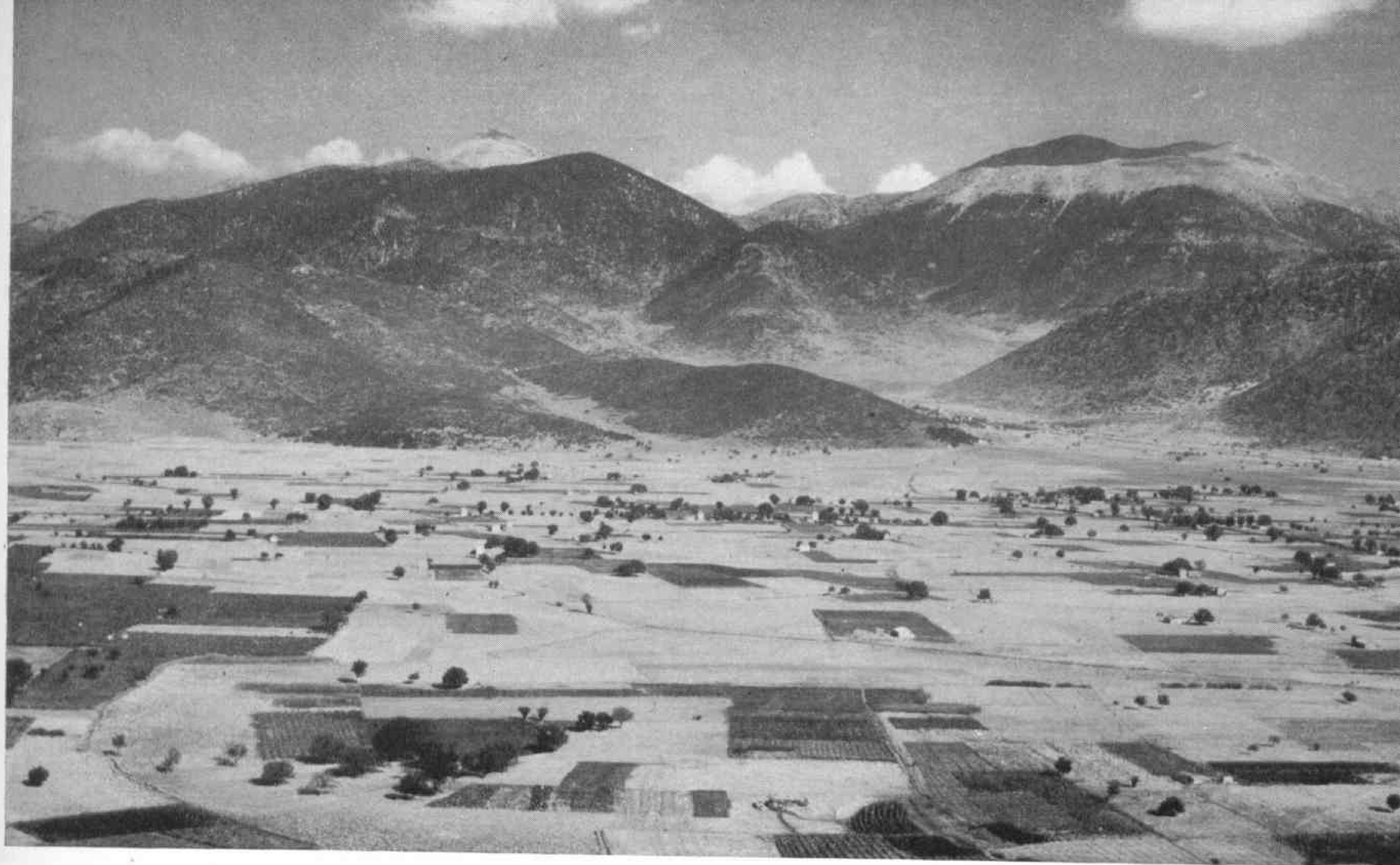
asar la carne, pues los perros la comían cruda; la familia no era necesaria para perpetuar la especie, ya que podía lograrse el mismo resultado sin casarse con mujeres. La virtud, en cambio, era necesaria para mantener la salud y la paz del alma, aunque sin caer en el placer místico y el quietismo.

Diógenes era hijo de un banquero de Sínope, en el mar Negro, y éste obligó a su hijo a que le ayudara en la fabricación de moneda falsa. Descubierto el fraude, el muchacho tuvo que escapar de su tierra y fue a parar a Atenas, adonde iban en demanda de asilo todos los temperamentos extremados de la época. Allí oyó a Antístenes, y el alma de aquel Lazarillo griego, amargada por una precoz experiencia, encontró un lenitivo en la filosofía de los cínicos. ¿Quién sabe lo que hubiera sido Diógenes si hubiese podido vivir con los suyos, y rodeado de comodidades, como Platón y Aristóteles? Pero así la humanidad, acaso por culpa del banquero de Sínope, tiene una faceta más: el cínico Diógenes.

Este filósofo formó escuela. Su discípulo Crates, sin exagerar las impertinencias y pésimos modales de Diógenes, vivió en compañía de una mujer filósofa que compartió sus ideas y su sistemática pobreza. Los cínicos nos recuerdan a los mendicantes indios y los ascetas cristianos. ¿Quién sabe si no son ellos el tipo intermedio entre unos y otros, y si no llegó algo de la India hasta la misma Grecia?



Joven ateniense con su maestro. Pintura de un vaso griego del siglo V antes de J. C.



Llanura de Mantinea, lugar de la batalla de su nombre, ganada por Esparta sobre Argos y Elis.

14 LA GUERRA GRANDE DE LOS GRIEGOS. EURIPIDES

La *Guerra grande* de los griegos no es la lucha contra los persas, que se resolvió en tres o cuatro batallas, sino la que nosotros llamamos *la guerra del Peloponeso,* o sea la lucha fratricida de Esparta contra Atenas, en la que más o menos participaron todos los Estados de Grecia. Duró esta guerra cincuenta y cinco años. En los quince primeros, desde el 460 al 445, se redujo más bien a una serie de cortas campañas que acabaron con una paz que debía, según el tratado, durar treinta años, pero que duró mucho menos, porque en 431 la lucha se renovó con más furor y duró hasta el año 421. Hubo entonces un momento de tregua que se llamó en Atenas *la paz de Nicias,* pero pocos meses después la conflagración se hace otra vez general, y el 404, los espartanos descargan sobre Atenas el golpe de gracia: destruyen su armada, arrasan sus muros e imponen otra forma de gobierno.

La situación de Grecia después de la *Guerra grande* fue análoga a la que presenciamos hace poco en Europa. Los vencedores quedaron tan maltrechos y desmoralizados como los vencidos. Y aunque no queremos señalar el hecho como una profecía, lo positivo es que Grecia, cincuenta años después, fue la presa fácil de Filipo de Macedonia, quien para los helenos era casi un bárbaro. La verdadera causa de la guerra fue la antigua rivalidad entre dorios y jonios, que al cabo de varios siglos hubo de estallar en una lucha despiadada. Es verdad que los aliados de Atenas y Esparta

fueron cambiando en estos años que duró la guerra, formando varias ligas o alianzas, y a veces encontramos un Estado dorio, como Megara, tan pronto al lado de Atenas como al de Esparta, pero en general puede decirse que los aliados de Atenas son de origen jónico y los de Esparta son dorios.

Esta era la causa real del conflicto, un odio de razas, aunque la aparente fue la pretensión de los atenienses, mejor dicho, de Pericles, de hacer de Atenas la capital espiritual y política de Grecia. Con sus minas, y con los tributos de sus *aliados,* sobre todo con sus artistas, Pericles hizo de Atenas una ciudad que necesariamente tenía que despertar los celos de sus vecinos. He aquí cómo Tucídides compara a Esparta con Atenas: «Si se despoblase la ciudad de Esparta, que no quedaran sino los templos y edificios públicos, creo que con el tiempo no creería el que la viese que había sido tan grande como es al presente... Mientras que si a los atenienses les sucediera lo mismo, que desamparasen su ciudad, parecería ésta haber sido mayor de lo que es ahora, sólo al ver las ruinas y el gran espacio que ocupan.» La comparación que proponía Tucídides podemos hacerla hoy perfectamente: Esparta es un villorrio insignificante, sin reliquias de su pasado; Atenas, a pesar de haber sufrido mucho más que Esparta, conserva todavía muchos de sus monumentos, que son asombro de las presentes generaciones.

La táctica de la guerra ya se comprende que cambiaría no poco durante los cincuenta y cinco años que duró, pero en algunos detalles la estrategia se mantuvo uniforme desde el principio hasta el fin. Por ejemplo, Atenas se mostró adicta a la política de Pericles, encaminada a conservar su imperio colonial, concentrando toda su atención en la armada. Para esto era necesario renunciar al Atica, abandonar hasta los mismos suburbios de Atenas y reducir su territorio al recinto de las murallas; pero como Atenas necesitaba una salida al mar y éste estaba lejos, el puerto se unió a la ciudad por medio de dos fuertes muros que defendían el camino por el que los atenienses iban a recoger las provisiones aportadas por sus buques o a embarcarse para hostigar a los enemigos desde las costas inmediatas. Esta fue la táctica de Atenas; nunca se atrevió a atacar a Esparta entrando con un ejército en el Peloponeso, y en cambio, los espartanos casi cada año invadieron el Atica cuando los trigos empezaban a madurar, destruyendo las cosechas y obligando a los campesinos a refugiarse dentro de la ciudad. Este amontonamiento de gente en Atenas, y en especial en el espacio que dejaban libre los dos muros paralelos a lo largo de la carretera que iba al puerto, causó epidemias comparables con las que aparecieron en las acumulaciones de refugiados, después de la primera Guerra Mundial en los años 1919 a 1920. He aquí cómo Tucídides describe la peste del año 431, que hizo más víctimas que todos los ataques de los espartanos:

«Quiero hablar de ella para que el médico que sabe de medicina manifieste si es posible averiguar de dónde vino este mal, y qué causas pudo haber bastantes para ocasionar tan grandes estragos. Por mi parte diré cómo vino, de modo que cualquiera que leyere lo que yo escribo, si de nuevo volviese, esté avisado y no alegue ignorancia. Hablo como quien lo sabe bien, pues yo mismo fui atacado de este mal y vi a los que lo tenían. Aquel año fue excepcionalmente sano y libre de otras epidemias, pero si alguien tenía algún mal, en seguida se convertía en la peste. Los que estaban sanos veíanse súbitamente atacados, sin causa aparente de enfermedad. Primero sentían un fuerte dolor de cabeza y los ojos se ponían rojos, la garganta encendida y la respiración se hacía difícil, ronquera, mal de pecho, tos con flemas, y seguía un sollozo y un espasmo que a unos les duraba más que a otros. El cuerpo por defuera no estaba muy caliente ni amarillo y la piel poníase encarnada, llena de pústulas pequeñas... Algunos morían del gran calor que les abrasaba las entrañas, a los siete días, otros dentro de los nueve. Si pasaban este término,



Soldado de caballería ligera ateniense del siglo IV antes de J. C.

descendía el mal al vientre, causándoles flujo con dolor continuo, muriendo muchos de extenuación...»

«Esta infección se manifestaba primero en la cabeza y después discurría por todo el cuerpo. Algunos quedaban ciegos o mancos; otros perdían la memoria y no conocían a sus parientes ni a sus amigos. La enfermedad se comunicaba a las aves que suelen comer carne humana, por lo que no se lanzaban éstas sobre los cuerpos muertos, y lo mismo diremos de los perros, por lo cual bien se puede conjeturar la fuerza de este mal...»

Hemos querido copiar estos párrafos porque, además de describir la tragedia de Atenas, dan una idea del espíritu observador de los griegos de su tiempo; la descripción de la peste de Atenas es la primera exposición metódica de los síntomas de una enfermedad, casi como podría hacerla un médico de nuestros días. No olvidemos que fue escrita en el siglo v antes de Jesucristo. Es seguro que un buen internista moderno podría, con los fragmentos que hemos copiado, y los que hemos dejado sin copiar, formular el diagnóstico de la epidemia sin gran peligro de error. Son interesantes también las consecuencias que en el orden moral produjo la *Guerra grande* de los griegos, tan semejantes a las producidas en el mismo sentido por las dos guerras mundiales: «Además de estos males —dice Tucídides—, las guerras y las epidemias de Atenas fueron causa de una mala costumbre que después se extendió a muchas otras cosas. Los pobres que heredaban de los parientes ricos no pensaban más que en divertirse, porque temiendo ser víctimas de aquella enfermedad, no querían perder la

ocasión de gozar de sus riquezas. Y no había nadie que, por respeto a la virtud, quisiera emprender obra buena, que exigiese cuidado o trabajo, no teniendo esperanza de vivir hasta que estuviera acabada. Así es que todo aquello que entonces encontraban alegre y placentero al apetito humano, lo tenían por honesto y provechoso, sin ningún temor de los dioses o de las leyes, pues les parecía que era igual obrar mal o bien, atendiendo a que morían los buenos lo mismo que los malos, y no confiaban vivir tanto tiempo que pudiera caer sobre ellos el peso de la justicia, antes esperaban su castigo mayor por sentencia de los dioses, que ya estaba dada, y era el morir sin aviso a cualquier hora...» No parece sino que estemos leyendo las reflexiones de un moralista moderno, acerca del espíritu de las gentes, durante los días que siguieron a las dos guerras mundiales. Claro está que una guerra que duró medio siglo no podía sostenerse con la intensidad que tuvieron las guerras contra los persas, y esto produjo también caracteres muy diferentes de los que encontramos en los campos de batalla de Maratón y Salamina. Durante estas luchas de Esparta contra Atenas no se advierte ya aquel contraste del gran monarca oriental, con sus fastuosos sátrapas y sus enormes ejércitos, mientras los generales griegos, animados de noble patriotismo, hacen milagros en el campo de batalla con sus cargas de infantería ligera, en la que cada soldado era un héroe. No, los jefes son otros, y los ejércitos son también distintos. No vamos a trazar ahora una descripción detallada de las campañas, sólo mencionaremos algunos episodios para que se advierta el cambio operado en el ambiente moral de la Grecia de Milcíades con respecto al de la Grecia del tiempo de Alcibíades.



Plano de Siracusa, con las obras ofensivas y defensivas que se hicieron el año de la expedición de Nicias. - - - Muralla que proyectaron los atenienses para bloquear a Siracusa. — Muralla que levantaron los siracusanos.

Después de una serie de ataques de Esparta contra Atenas, sin auxiliar ninguno extraño, la guerra tomó un carácter más general en 431. Fue una querella colonial la que determinó el cambio. Una colonia de Corinto — doria también como Corinto lo era —, asentada en Corfú, sostenía ciertas diferencias con algunos de sus colonos, establecidos en un lugar llamado Epidamos. Esto quiere decir que Epidamos era una colonia de Corfú, como Corfú, era una colonia de Corinto. Los colonos de Epidamos, para decidir la contienda, acordaron pedir auxilio a la ciudad madre — o sea Corinto —, mientras que Corfú, asustada de tener que pelear, no sólo contra Corinto, sino contra todos los dorios confederados, resolvía entrar en la Liga que presidía Atenas. Corfú era una potencia marítima de primer orden, pues disponía de 120 buques de guerra; esta flota, reunida con la de Atenas, impondría su voluntad a toda Grecia. Tucídides detalla cuanto se hizo para evitar el cataclismo; el rey de Esparta, Arquidamo, que era el general en jefe, proponía demorar la declaración de guerra con estas juiciosas palabras: «No movilicemos todavía. La guerra no es un

negocio que se resuelve con las armas; el dinero es el que proporciona las armas y la fuerza para usarlas, y el dinero es lo más necesario cuando una potencia continental, como Esparta, lucha contra un poder marítimo, como Atenas. Procurémonos primero este dinero y entonces podremos eficazmente auxiliar a nuestros aliados.» Y en 431 antes de J. C. el dinero estaba del lado de Atenas; ésta tenía en su tesoro 9.700 talentos cuando empezaron seriamente las hostilidades. Arquidamo atacó con vigor e hizo a Atenas todo el daño que podía hacerle sin la colaboración de una armada. La guerra se complicó con querellas locales, que no faltaban nunca en las ciudades griegas; los demócratas exigían la alianza con Atenas, los oligarcas caían del lado de Esparta. Las colonias, descontentas, perseguían su libertad asociándose al bando contrario del que seguía la metrópoli, así es que cada año ocurría algo que renovaba el conflicto.

Los espartanos dirigían, naturalmente, la política de los dorios y entre ellos aparecieron dos jefes respetables, que se consagraron a la causa que defendían: éstos son el citado Arquidamo y otro llamado Brásidas, que murió en el campo de batalla. Los *hombres* de Atenas en esta época son muy inferiores a los de la generación anterior. Carecen especialmente de genio político, como Pericles, que además era de nobleza moral indiscutible.

La clase media, la que hoy llamaríamos burguesía de Atenas, estaba tocada de una filosofía mezcla de ateísmo y superstición, que en las dificultades domésticas y en las que provenían del exterior buscaba principalmente el provecho personal e inmediato. Los sofistas, que eran los maestros y pensadores en el ágora, practicaban una especie de pragmatismo, encontrando soluciones para cada dificultad sin empeñarse en fundarlas sobre una moral absoluta. Se continuaban las fiestas nacionales de las Panateneas y los cultos místicos, sobre todo los misterios, pero sin fe ni entusiasmo. Manifestando respeto a los dioses olímpicos, en los momentos terribles de un sacrificio en un lugar santo nadie se hubiera atrevido a insinuar con incredulidad que el genio, dios o héroe no se aproximaba desde la región en que generalmente habitaba. Acudía para aspirar el humo del holocausto y el vapor de la sangre de la víctima. Pero una vez enfriado el sentimiento y con la pesadilla de la guerra, el ciudadano ateniense olvidaba el beneficio que podía haber recibido de los dioses y procuraba distraerse con la filosofía y la ciencia práctica. Otros se daban a supersticiones que creían compatibles con la religión nacional. Los discípulos de Pitágoras, aun en la tercera generación, continuaban los ejercicios catárticos agregándoles infinidad de tratamientos y creencias irracionales que se les habían



Estela de Aristonautes. Soldado griego del tiempo de la guerra grande.



Elegante de Atenas con su bufón y su perro. El lechuguino se pasea arrogante sin hacer caso de las burlas dirigidas a su perro, pero el criado eunuco planta cara a los burlones. Vaso ático del tiempo de la guerra del Peloponeso. Acaso una caricatura de Alcibíades.

injertado de bárbaros y extraños del propio país. Los pitagóricos de esta época triste no permitían que entraran en la casa golondrinas, y no podían comer habas ni pescado..., los muertos se enterraban sobre un lecho de hojas de mirto, y así, con estas ordenanzas y prohibiciones, se entretenían, olvidándose algo de la tragedia militar.

Con la mentalidad que hemos explicado, formada de supervivencias de antiguas tradiciones y de la acumulación de supersticiones aportadas por nuevos cultos, ya puede comprenderse qué clase de ciudadanos dirigían la política, es decir, formaban lo que hoy llamaríamos cuerpo electoral, el que participaba de un modo influyente en la elección de los magistrados. Así se explica que los tribunales de Atenas en esta época tomasen medidas tan injustas, casi criminales, como la de condenar a muerte a Sócrates.

Lo peor era la influencia de los más activos para nombrar generales y magistrados. Uno de ellos fue Nicias, rico minero, generoso y bien intencionado, pero dado a supersticiones, falto de talento y pusilánime, general de Atenas en los más peligrosos tiempos de la guerra. Otro general, elegido alguna vez con preferencia a Nicias, fue Cleón, el curtidor, hombre ignorante y cruel, *un mal sin mezcla de bien,* según Plutarco. Por fin, el tercer personaje representativo de la democracia ateniense en esta época es Alcibíades, quien merece algunas palabras de presentación: perteneciente a la familia de los Alcmeónidas, quedó huérfano muy joven y heredero de una inmensa fortuna. Su tío y tutor era el propio Pericles, aunque poco pudo influir éste en su educación. Desde su juventud, Alcibíades diose a conocer por su carácter turbulento, mezcla de todas las malas pasiones. Casi no hay vicio del que no pueda acusársele, pero él hace alarde de sus faltas, no tiene nada de hipócrita, y el vigor de su temperamento, su sinceridad, la franqueza con que acepta la responsabilidad de sus acciones, lo han hecho el más interesante de los hombres de su tiempo.

Por ejemplo, Alcibíades ceceaba, pero ya dice un poeta: «Inclinaba la cabeza a un lado y exageraba su ceceo.» Era dado a toda clase de vicios sexuales, paseaba por el ágora con largas vestiduras, pero tenía hijos sanos y era apuesto hasta en su vejez. Su joven esposa, Hiparete, pidió el divorcio y pasó a vivir con un hermano suyo, mas Alcibíades la cortejó otra vez y ella no pudo resistirle. Algo, sin duda, lo hacía Alcibíades por pasión, pero no pocos de sus actos obedecían sólo al afán de distinguirse. Cuenta Plutarco: «Un día Alcibíades compró un perro de mucho precio y le hizo cortar la cola, que era lo mejor que tenía el animal. Los camaradas de Alcibíades hubieron de contarle, en son de queja, que en Atenas todo el mundo le criticaba. Alcibíades contestó que era precisamente lo que quería, que le criticaran por el perro

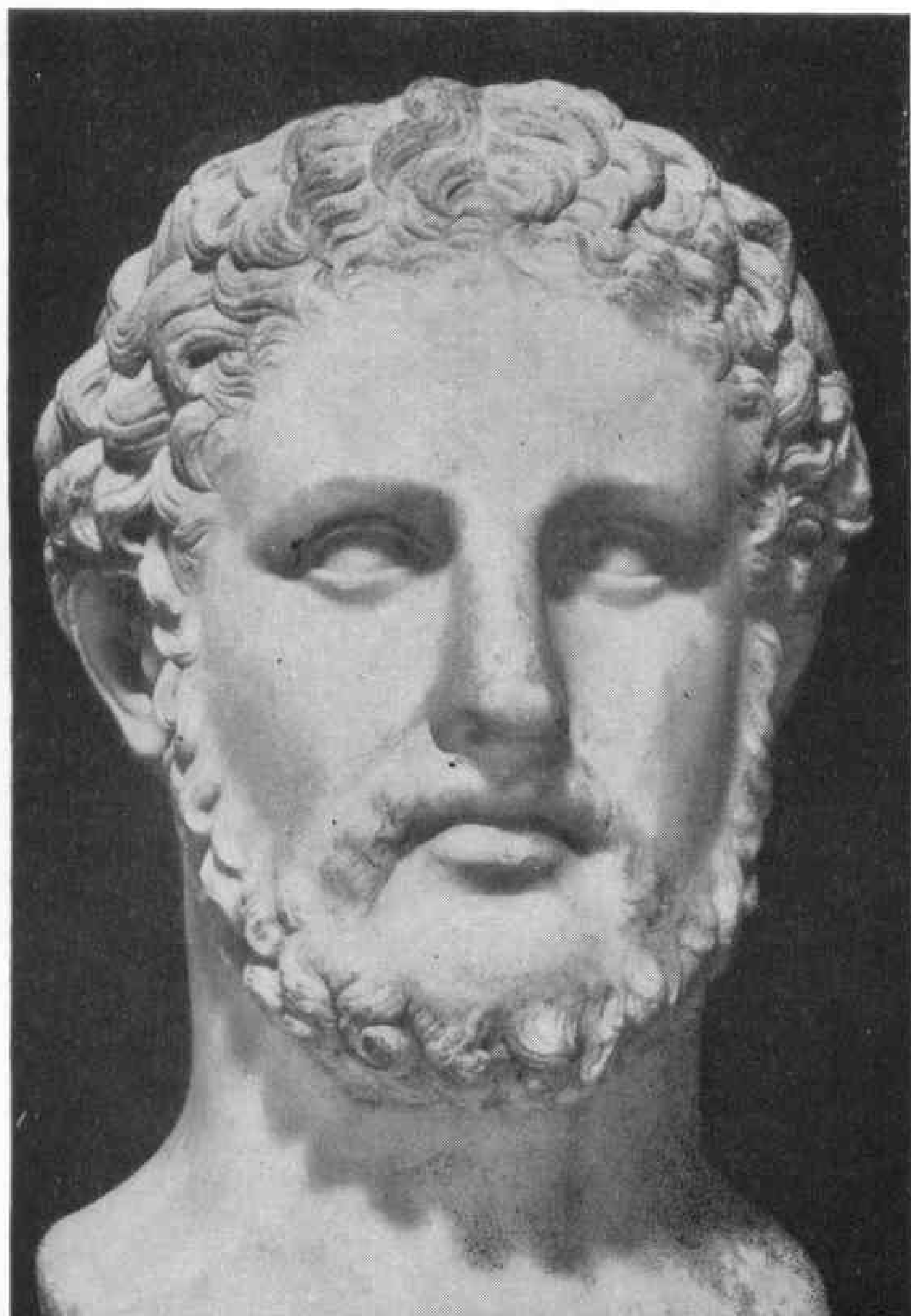
Moneda de Siracusa. Acuñada con el botín recogido en la batalla que ganaron los siracusanos y en que destruyeron el ejército ateniense.



y no por otra cosa peor.» «Sus caballos eran famosos en el mundo entero, y una vez llevó siete carros de carrera a los juegos de Olimpia, lo que nadie había hecho todavía.» Ganó el primero, el segundo y el cuarto premios, y Eurípides cantó su victoria.

A pesar de todos sus vicios, hay que reconocer que Alcibíades no era un caso de afeminación. Siendo aún niño, mordió en una pelea a su contrario. «Alcibíades, díjole éste, muerdes como una mujer.» «También muerden los leones», respondió Alcibíades. Pero, de todos modos, ¡triste suerte la del Estado que cae en manos de un Alcibíades!... Y cuando frente a él no hay más que un Nicias o un Cleón, el desastre es inevitable.

Sin embargo, Alcibíades no fue elegido hasta después de la muerte de Cleón. El curtidor estratego sucumbió como un bravo en la misma acción en que murió también Brásidas, el general espartano. Desaparecidos de la escena política Cleón y Brásidas, acaso Nicias hubiera podido concertar una paz duradera a no haber sido por Alcibíades. Cleón en Atenas y Brásidas en Esparta eran los jefes del partido de los irreconciliables. Nicias, ya más viejo y cansado, concertó un tratado de paz que fue recibido, por lo menos en Atenas, como un don del cielo. Pero Alcibíades, recelando que se olvidarían de él por el afecto que demostraban a Nicias, dificultó con su obstrucción el proceso algo lento de las negociaciones para que los aliados aceptaran las condiciones que habían ya convenido Esparta y Atenas. Además, recordemos que, por carácter y por tradición, Alcibíades quería continuar la política de expansión de Pericles. Con sus alianzas y sus armadas, Atenas parecía invulnerable. Dominaba el Egeo y era dueña del Bósforo; si Atenas podía asegurarse los mares de Poniente como tenía seguros los de Levante, un día u otro Esparta y sus aliados tendrían que sucumbir, aceptando la supremacía de Atenas como un hecho indiscutible. ¿Por qué, pues, precipitarse a poner término a aquella guerra si sólo es-



Alcibíades.



Atenea leyendo los nombres de los caídos en batalla, en una estela funeraria.

taban en sus comienzos? Nada había de absurdo en esta política de Alcibíades y tal vez Atenas hubiera conseguido unificar a Grecia si hubiese tenido hombres del temple de Pericles por dos o tres generaciones más. Pericles ya había establecido su colonia de Turi, en el talón de Italia, pensando en el Oeste. Era hacia allí, y hacia el Norte, adonde había que ir a buscar la *terra ignota,* llena de promesas. Alcibíades, en el ágora, se expresaba así: «¿Quién nos impide dominar a Sicilia, dividida en bandos, y desde ella penetrar en Italia e invadir la Libia, o sea el Africa?... ¡Qué pequeñas parecerán nuestras querellas con los espartanos el día que tengamos continentes inmensos en medio de los mares!» ¡Es el eterno espejismo de la tierra lejana!

No, no había nada de absurdo en las palabras de Alcibíades, lo único absurdo era que fuese él quien lo propusiese. Por aquel entonces, en el centro de Italia, una pequeña ciudad murada, llamada Roma, luchaba para librarse de la tutela de los etruscos. Roma era joven, sin apenas marina ni colonias, pero dentro de ella no había ningún Alcibíades. Otra diferencia era que Roma podía esperar, pues su vida se contaba por generaciones, y Alcibíades no; cada año que pasaba, reducía sus fuerzas y su afán de gozar. En lo que se engañaba Alcibíades era en su desprecio por Libia. Allí estaba Cartago, y los cartagineses no eran como los fenicios, que *trabajaban* servilmente para los persas. Los semitas de Cartago defendían sus intereses personales, tenían experiencia sobrada y recursos superiores a los de Atenas. Pero en el ágora, y propuesto por Alcibíades, todo parecía fácil. Lo único importante era empezar, y para empezar, el primer paso era dominar a Sicilia. Plutarco trata de dar color a su relato de la *Vida de Alcibíades* diciendo que «los jóvenes estaban tan entusiasmados con la maravillosa expedición, que sentados en el suelo de las palestras y de los pórticos, trazaban mapas en la arena con la configuración de Sicilia y la posición respectiva de Italia y de Cartago».

Sin embargo, las gentes sensatas de Atenas, hasta el mismo Sócrates, que sentía gran afecto por Alcibíades, eran contrarios a la expedición de Sicilia. Los oráculos eran también desfavorables, pero Alcibíades se procuró otros y trató de dar nuevo sentido a los que no parecían muy claros. La fortuna le ayudó con la llegada de una embajada de Sicilia, motivada por un asunto parecido al que había impelido a Atenas a intervenir en Corfú. Una ciudad llamada Leontini, en la costa oriental de Sicilia, demandaba auxilio contra el despotismo de Siracusa. Otras ciudades apoyaban la demanda y prometían otras alianzas si Ate-

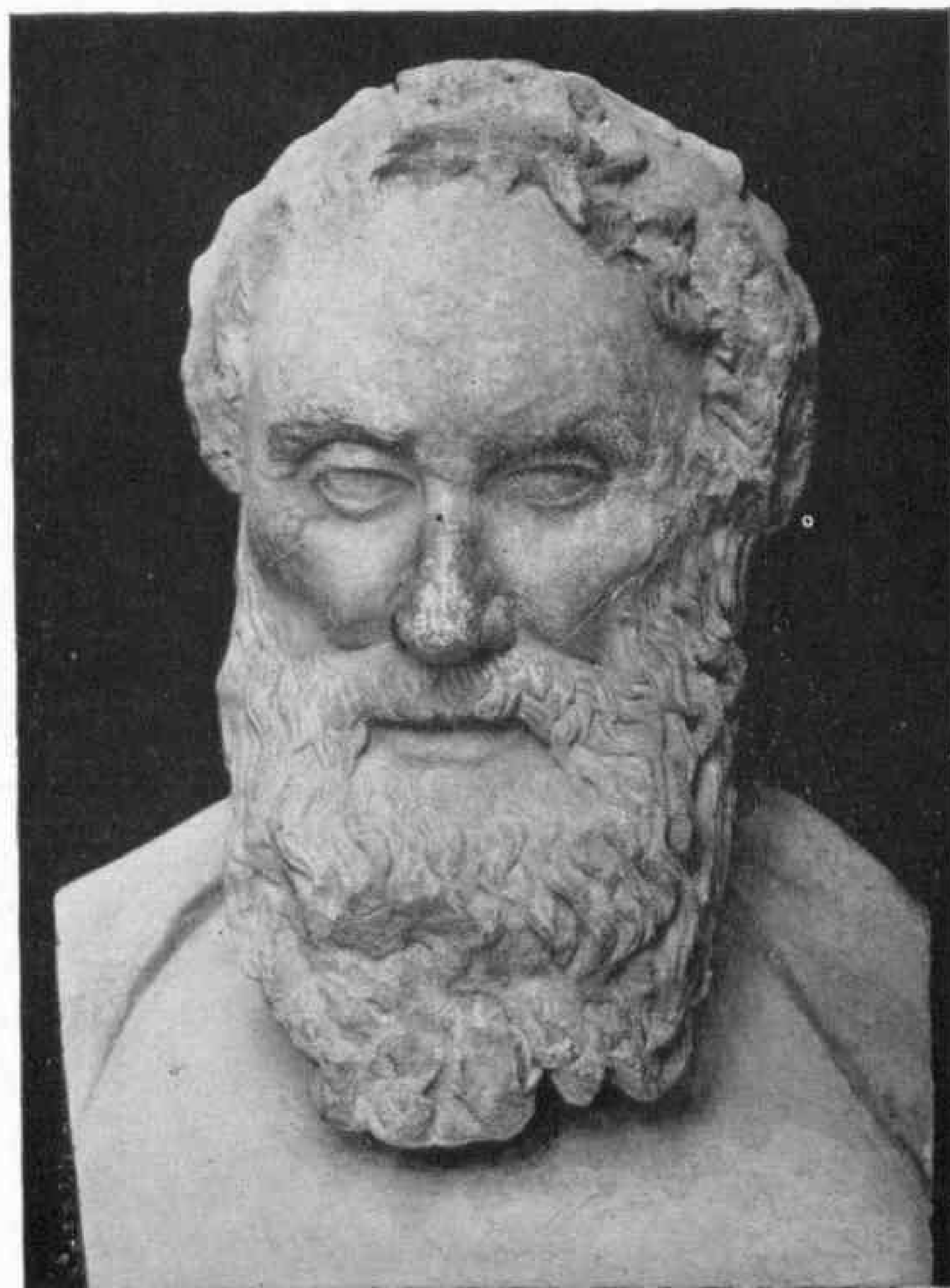
nas intervenía. Acompañaba a la embajada el retórico Gorgias, a quien Platón presenta como un orador capaz de defender los mayores absurdos. Con este refuerzo huelga decir que Alcibíades consiguió hacer votar por el pueblo, reunido en asamblea, su proyecto de expedición contra Siracusa. Los generales que debían dirigir la campaña fueron Nicias, un tal Lamaco y el propio Alcibíades; la armada, por su número y excelente armamento, dice Tucídides que superaba hasta a las más poderosas de los tiempos de Pericles. En 134 buques de guerra iban más de cinco mil soldados, sin contar los honderos y auxiliares, que sumaban muchos más. ¡Ninguno de ellos, o muy pocos, debían volver a su patria!

He aquí cómo Tucídides describe la despedida de la armada ateniense: «Embarcada la gente en el Pireo, y desplegadas las velas de los trirremes, se ordenó silencio a son de trompeta y se hicieron los votos o plegarias a los dioses. Después bebieron en copas de oro y plata, así los capitanes como los soldados y marineros. Los mismos votos y plegarias hacían los que quedaban en tierra, por toda la armada en general, y en particular por sus parientes y amigos. Cuando acabaron las músicas y cánticos, y hechos los sacrificios religiosos, los buques partieron todos juntos, formando un cuerno; después se apartaron, navegando cada uno según su ligereza y la fuerza del viento. Primero tocaron puerto en Egina y de allí marcharon derechamente a Corfú, donde les esperaban las naves de los aliados de Leontini.»

Al llegar a Italia la armada sólo encontró decepciones. Ninguna de las colonias griegas se asoció a la empresa contra Siracusa, ninguna abrió las puertas a los atenienses; éstos tuvieron que comprar las provisiones en mercados improvisados fuera de las murallas. Tarento y Locri no les permitieron ni desembarcar para tomar agua. Sorprende la ligereza con que se emprendió esta expedición a Sicilia. Hemos comparado el asunto de Siracusa con el negocio de Corfú, pero Corfú era un aliado cuya amistad valía la pena de ser guardada y que podía prestar grandes servicios con sus buques; en cambio, Leontini no tenía ni podía ofrecer otra cosa que su famoso retórico Gorgias. Todavía, al empezar las operaciones, Alcibíades, que mandaba la expedición, logró con su astucia, y valiéndose de buenas palabras y del soborno, apoderarse de Catania. Esto sólo ya valía una campaña, porque la ciudad de Catania está entre Siracusa y Mesina y podía servir para dominar el estrecho, amenazar a Siracusa y procurarse buenos aliados, que no hubieran faltado descontentos en un enjambre de colonias como las del sur de Italia y Sicilia, máxime siendo griegas.

Pero los tribunales de Atenas hubieron de reclamar a Alcibíades y éste tuvo que regresar antes de que se formalizaran las operaciones contra Siracusa. El delito de que se acusaba a Alcibíades era religioso; tenemos copia del documento fiscal, que dice así: «Yo, Tesalus, hijo de Cimón, acuso a Alcibíades, hijo de Clinias, de haber hecho burla de las diosas de Eleusis y parodiado

Tucídides.





Estatua sedente de Eurípides, escultura griega del Museo del Louvre.

sus misterios, presentándose el susodicho Alcibíades con un vestido igual al que lleva el sumo sacerdote, mientras sus amigos hacían el papel de neófitos.» Bajo el peso de esta acusación Alcibíades se reembarcó para Atenas, pero durante el viaje cambió de parecer y al fin se dirigió a Esparta, donde se convirtió en consejero de los enemigos de su patria.

Mientras tanto, Nicias y sus soldados quedaban en la playa de Siracusa desorientados y desanimados. El sitio de Siracusa por los atenienses recuerda el desastroso ataque de los Dardanelos por los ingleses. La diferencia está en los resultados: Atenas perdió su ejército, su armada y su prestigio. Siracusa está en una península, con puerto a cada lado. Los atenienses se esforzaron en bloquearla y para ello empezaron a construir una muralla que, atravesando la península, interceptara las comunicaciones. Los siracusanos, por su parte, trataron de impedir que les aislaran del resto de Sicilia construyendo una muralla longitudinal a lo largo de la península. Dirigidos por un general espartano, sin otra ayuda de los dorios de Grecia, los siracusanos lograron desmoralizar al ejército ateniense y Nicias tuvo que pedir socorro a Atenas.

Ni aun con un segundo ejército, ni con una segunda armada de refuerzo, se salvaron los expedicionarios; cuando por fin decidieron retirarse, jefes y soldados fueron hechos prisioneros. Los unos, entre ellos Nicias, fueron ejecutados inmediatamente; los otros murieron en las canteras de la ciudad o fueron vendidos como esclavos, con la marca de Siracusa en la frente. Con el botín recogido, los siracusanos acuñaron unas monedas conmemorativas que aún hoy admiramos como obra perfecta del troquel y el cuño.

El que salió mejor librado todavía fue Alcibíades. No sintiéndose muy seguro en Esparta, se había retirado a la corte del sátrapa persa que gobernaba a Siria y desde allí intrigaba, pretendiendo salvarse él, salvar a Atenas y salvar al mundo con una alianza de los persas y los atenienses. Esto, naturalmente, hubiera sido la ruina de Esparta, pero por muchas razones de la complicada política oriental, y porque los persas desconfiaban de Atenas y de Alcibíades, prefirieron ayudar a Esparta, facilitándole la marina de guerra. Y desde el momento en que persas y espartanos obraban de concierto, la catástrofe final de Atenas podía darse por descontada. Todavía Atenas resistió diez años, haciendo frente con nuevas armadas, cambiando de forma de gobierno, llamando a Alcibíades y desterrándole de nuevo, volviendo a la democracia pura del consejo de los quinientos, perdiendo hasta el

último bosque, sufriendo el sitio final de los espartanos..., y todo sin decaer su interés por las cosas intelectuales.

Es esta segunda mitad del siglo v la gran época del teatro y de la filosofía griegos, y el centro espiritual del mundo era Atenas. Son los años en que Sócrates discurre por sus calles interrogando a la juventud y empezando el esfuerzo glorioso de investigación que ha asociado para siempre el nom-

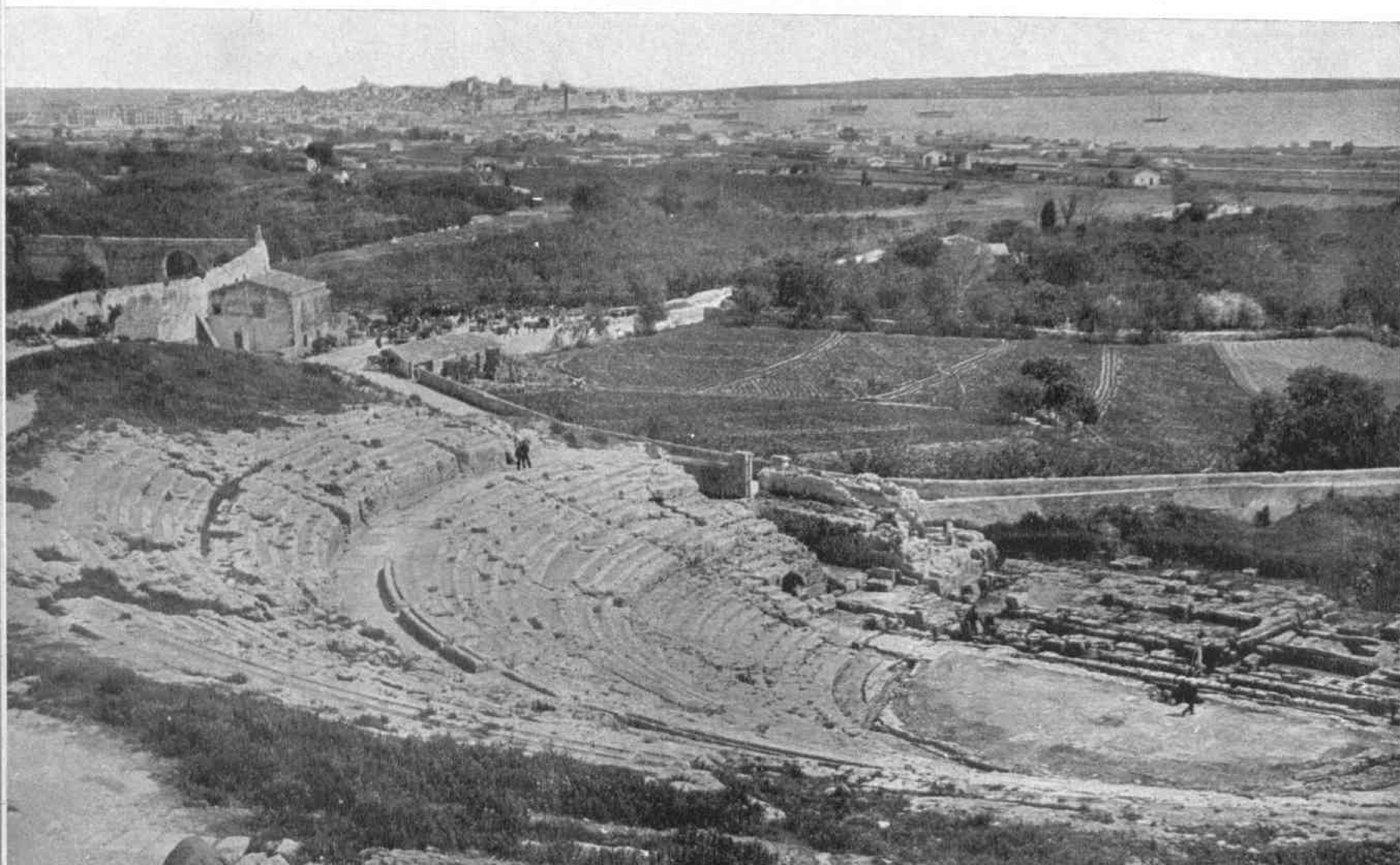


Eirene y Plutos,
o sea la Paz y las Riquezas.
Grupo de Cefisodoto.

bre de Atenas con los estudios filosóficos. Allí están, en Atenas, el ya citado Gorgias de Leontini, Protágoras, Demócrito, Pródico, Critias y Diágoras. Allí están, escuchándoles, el joven Platón y Jenofonte, aficionado a todo lo espiritual, mientras que Tucídides escribe el primer libro de Historia sistemático, copiando lápidas y documentos, visitando los lugares y describiendo los hechos. Ahora se dice con frecuencia que la verdadera ciencia histórica, con miras al pasado, con el relieve que le da una perspectiva a distancia, es cosa moderna; incluso se asegura que los griegos no tuvieron la noción del tiempo como profundidad, sino que todo está en un plano. Los que esto afirman deben releer a Tucídides — el ateniense Tucídides, como él mismo se llama — cuando dice que «sólo con mucho trabajo se puede hallar la verdad de la Historia. Porque los mismos que están presentes a los hechos, hablan de diversa manera, cada cual según su particular afición o según se acuerda de ellos. Y porque yo no diré cosas fabulosas, mi Historia no será muy deleitable ni apacible al ser oída y leída. Mas aquellos que quisieren saber la verdad de cosas pasadas, y por ellas juzgar y saber otras tales y semejantes, hallarán útil y provechosa mi Historia; porque mi intención no es componer un libro que procure un rato de solaz, sino una Historia que resulte provechosa para siempre.» Este párrafo fue escrito veinte años después de la *publicación* del libro de Heródoto, lleno de fábulas, y a él se alude directamente. Mas el programa de Tucídides ya es el mismo que el del historiador moderno: descubrir la verdad y decirla sin adornos.

Pero la más sintética expresión del espíritu de Atenas en esta época se encuentra en el teatro. La poesía épica y la lírica no parecen hallar ambiente favorable en una sociedad preocupada por un peligro constante como el que rodeaba a Atenas durante los años de la guerra grande. En cambio, el teatro no exigía preparación ni calma, y procuraba unas horas de sensaciones

Teatro de Siracusa, en el flanco de la Epípole, con la ciudad y el gran puerto en el fondo.



fuertes, casi tan reales como las que producían los acontecimientos. Mientras Atenas se veía asediada por los espartanos, que talaban sus campos; cuando sus ciudadanos morían de la peste, hacinados entre los muros del camino que conducía al puerto, Eurípides presentaba sus dramas, llenos de profundos problemas morales, y Aristófanes hacía desternillar de risa a los atenienses parodiando sus propias miserias en las tablas.

Aristófanes era ateniense y sentía gran amor por su patria. Es él quien hizo resonar en la escena este verso famoso: «Atenas, la ciudad coronada de violetas...» Un personaje de Aristófanes no puede menos de aborrecer a los espartanos: «Antes que todo, he de confesar que detesto a los espartanos; quisiera que Neptuno — el dios que mueve el suelo — los enterrara a todos con terribles terremotos...» Aristófanes, sin embargo, se burla de Atenas y de sus hombres; es conservador, al menos para hacer chistes sobre el *demos;* se divierte con los políticos y con la escasez de provisiones que sufre Atenas. Por ejemplo, en su comedia del año 422, uno de los más castigados por la guerra, Aristófanes presenta en escena a un muchacho que pide higos a su padre. Es como si, en plena Guerra mundial, un muchacho francés o alemán hubiese pedido a su padre azúcar para el café. «¡Higos dices, oh muchacho!, toma dados y a jugar. — No, padre mío, quiero higos, que los dados no son dulces...» El coro, que ha escuchado la conversación interrumpe cantando: «¡Higos, higos!, estás loco. ¿Dónde hallar cosas así?» En las comedias de Aristófanes el combustible resulta escaso y hay poco aceite para las lámparas, pero hay *pacifistas* y traidores, *emboscados y nuevos ricos* a granel.

En la comedia del año 414, *Los Pájaros,* Aristófanes presenta a dos atenienses que persuaden a los pájaros de que deben construir una ciudad en las nubes; a ella podrán emigrar los griegos para escapar de las molestias de la guerra. Los dioses pretenden gobernar esta ciudad de las nubes,

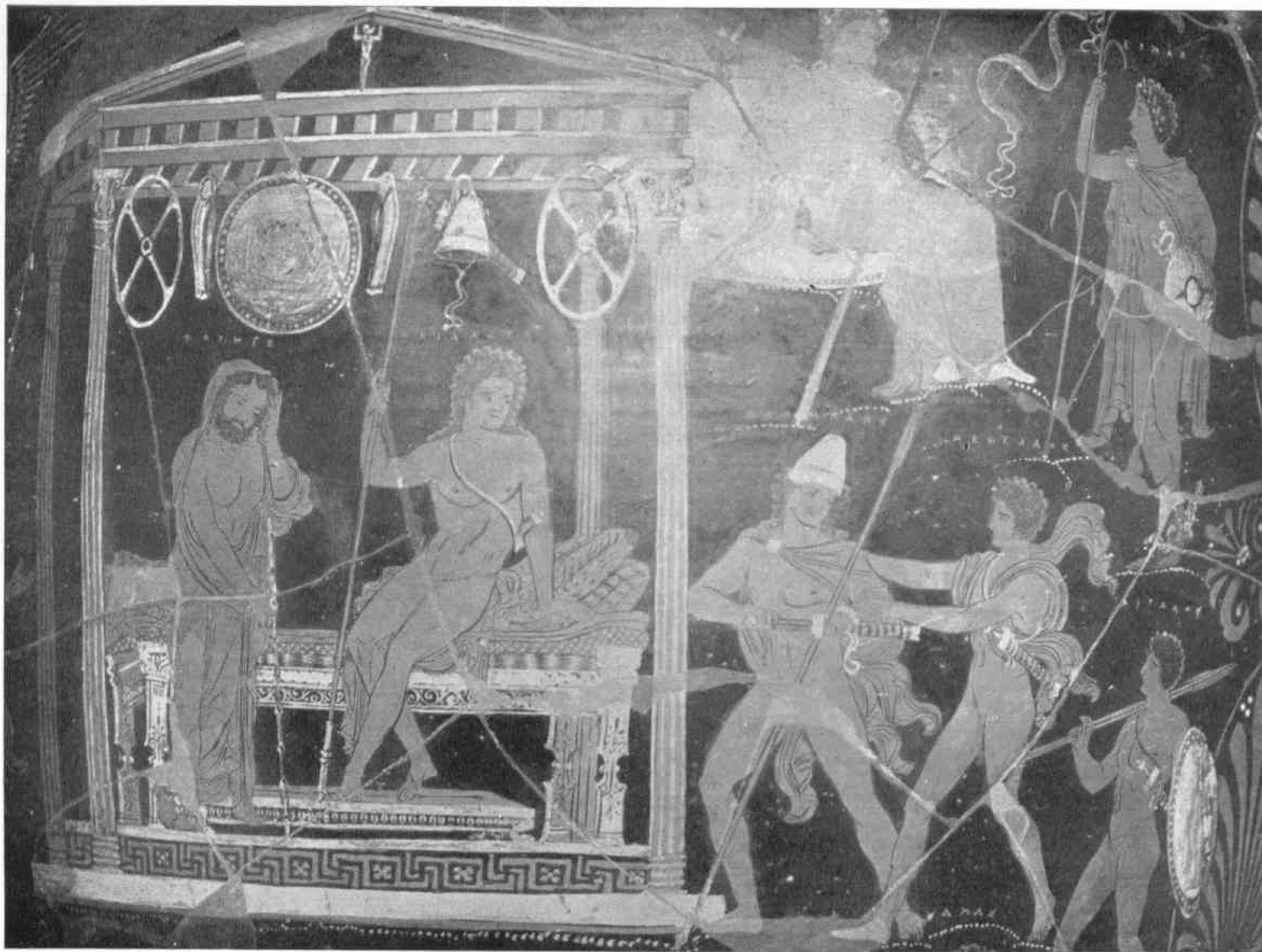


Entrada al teatro griego de Siracusa.

pero sus habitantes no se lo permiten. En otra comedia del 421, el año de la paz de Nicias, Aristófanes envía al Olimpo a un ateniense montado en un escarabajo. Allí encuentra a los dioses ocupados en triturar a los griegos en el mortero de la guerra; pero el ateniense consigue hacer escapar a Eirene, o sea la Paz, que los dioses tenían encerrada en una mazmorra, y se casa con una de sus doncellas.

El problema del feminismo aparece también en las comedias de Aristófanes. En la *Lysístrata,* que fue la que podríamos llamar *la revista teatral* del año 411, Aristófanes presenta a las mujeres tomando por su cuenta la empresa de acabar la guerra y obligando a los hombres a capitular por fuerza. En otra comedia, ya de la postguerra, del año 392, las mujeres asaltan el poder, dan al Estado una nueva constitución y quitan el voto y los derechos políticos a los hombres... La constitución de las mujeres es un comunismo absoluto, con abolición de la familia y los derechos de propiedad.

Más todavía que en la comedia, el cambio de las ideas producido por la guerra se advierte en los dramas de Eurípides, que



Escena de teatro. Siglo V antes de J. C.

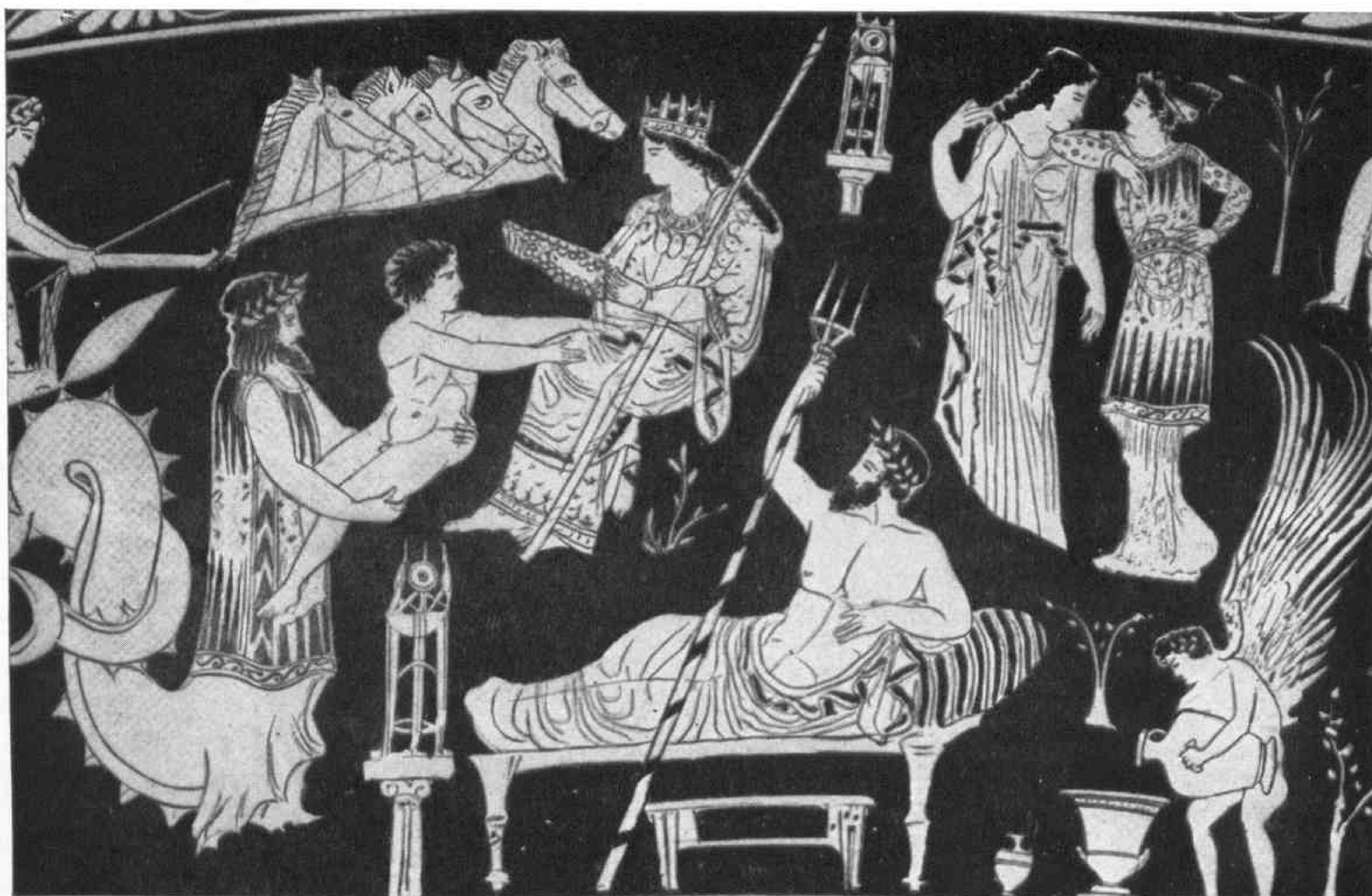
es el autor de moda en Atenas por esta época. Eurípides era más joven que Sófocles. Se cuenta que Eurípides había nacido el mismo día de la batalla de Salamina y era, por lo tanto, completamente ajeno al tiempo heroico de las luchas con los persas, cuyo espíritu se percibe todavía en Sófocles. Eurípides vive sólo para las ideas. Se ha dicho que las tres personas que poseyeron más libros en Atenas fueron: en el siglo VI, el tirano Pisístrato; en el V, Eurípides, y en el IV, Aristóteles. En Salamina se enseñaba una cueva, desde donde se veía sólo el cielo y el mar, que se decía era el lugar adonde se retiraba Eurípides para componer sus dramas. La austeridad de su vida era proverbial: detestaba los chistes y las conversaciones frívolas. En su juventud su padre quiso hacerle atleta, porque un oráculo le había dicho que su hijo ganaría laureles en certámenes públicos. De los años que pasó de mala gana en el gimnasio, no guardó rencor a los atletas; en cambio, su experiencia de la vida conyugal le hizo detestar a las mujeres. Dos veces se casó y ambas esposas le engañaron. A veces lamenta su propio pesimismo. Uno de sus personajes recita cuatro hermosos versos: «En sus ráfagas de contento debería el poeta — entonar el canto, hijo de su corazón. — ¿Cómo podrá, contristado por sus penas,— alegrar a las gentes con sólo la razón?»

Eurípides tenía enemigos en Atenas; de

ochenta y ocho dramas que presentó en los concursos, sólo dieciséis obtuvieron los laureles que en su niñez predijera el oráculo. Por esto, a pesar de su renombre, el año 408 se marchó de Atenas con gran pesadumbre. Dirigióse primero a Magnesia, en el Asia, donde le recibieron como huésped ilustre de la ciudad, y al año siguiente aceptó la invitación del rey de Macedonia, que trataba de helenizarse, para que pasara a su corte. Parece que Eurípides acabó en Pella, que era la capital del macedonio, varias tragedias que tenía comenzadas, entre otras *Ifigenia en Aulida* y *Las Bacantes*. Pero murió al cabo de un año de estar en Pella, y según se dice su muerte fue violenta, como castigo de los dioses por su impiedad; de manera que este verdadero *ateniense de Atenas*, si bien estuvo lejos de su patria sólo dos años, murió fuera de ella. Al llegar dos años más tarde a Atenas la noticia de la muerte de Eurípides, todo el pueblo hizo manifestaciones de público duelo; el viejo Sófocles, que sobrevivía a su época, se vistió de luto y el coro y los actores del teatro aparecieron en la escena sin coronas. El poeta Timoteo dijo que si los huesos de Eurípides estaban en Macedonia, «toda la Grecia era su tumba».

Este fue el hombre; vamos ahora a analizar su obra. Se nos han conservado completas diecisiete de las tragedias de Eurípides y fragmentos abundantes de las demás. Podemos, pues, darnos cuenta de su estilo y apreciar bien sus ideas. Eurípides continúa empleando los temas mitológicos, pero sus héroes y dioses hablan y proceden como hombres; más aún: el pesimismo y la duda se apoderan de los mismos dioses, «si es que existen», dice a veces Eurípides. «Zeus, o quienquiera que seas», exclama uno de sus personajes. «Esto dice la leyenda, si la leyenda es verdad», es el comentario que hace otro de los héroes del poeta sobre las fábu-

El reino de Neptuno. Pintura de un vaso griego, acaso con reminiscencias de una representación teatral del siglo V antes de J. C.

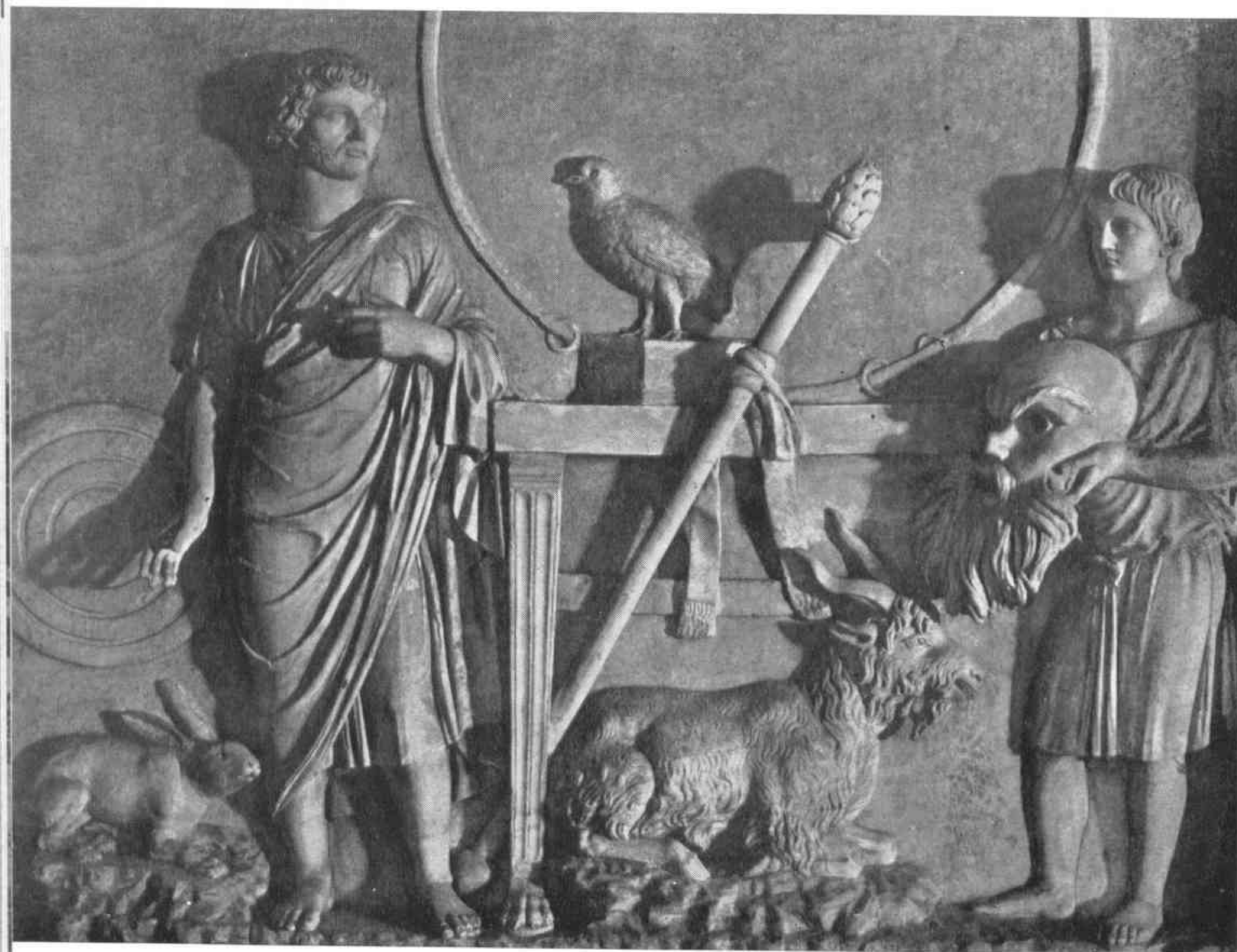


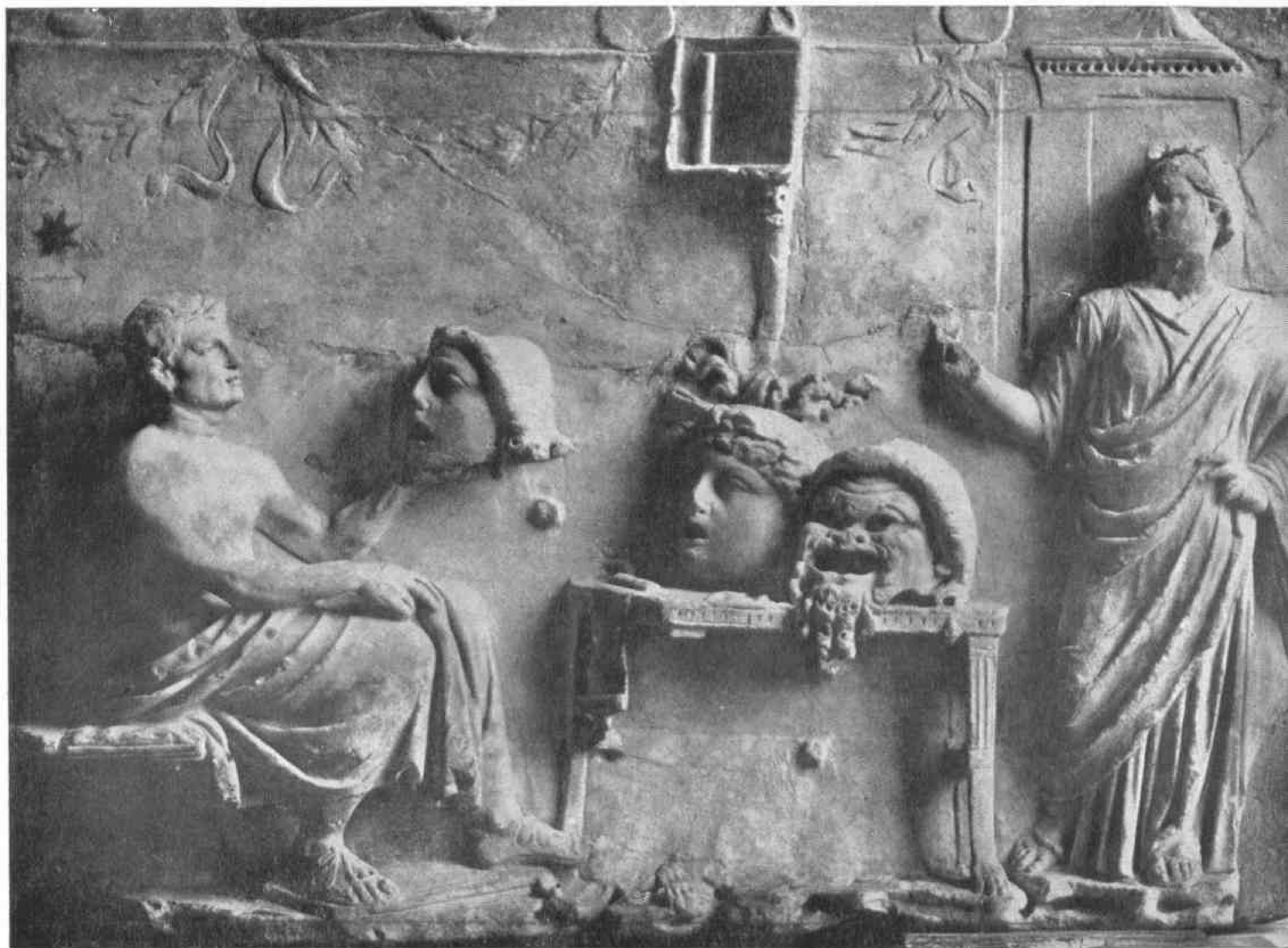
las de los dioses. Electra, en el drama de Eurípides, formula esta reflexión: «Esto es lo que cuenta el pueblo, pero a mí me cuesta mucho creerlo.» Y el coro añade: «Las fábulas que asustan a los hombres, obligan a creer en los dioses...» Por fin, otro verso de Eurípides, muy repetido en la antigüedad, decía así: «Los dioses no son dioses si obran mal.» Todavía una frase de Eurípides: «Los dioses son fuertes, pero también ellos están sujetos a la ley.»

¿Cómo tomaba el pueblo de Atenas estos comentarios violentos contra su antigua religión? Por lo general los toleraba sin asustarse, porque sofistas y filósofos propagaban las mismas ideas sin grave escándalo. Protágoras, que estaba entonces en Atenas, decía que era imposible conocer si existían o no los dioses; la vida humana era demasiado corta para llegar a poner en claro este problema. Sócrates no disentía mucho de Protágoras en este punto. Además, a Eurípides le quedaba siempre el recurso de decir que no era él, sino sus personajes, los que blasfemaban.

Eurípides no se preocupó por la política local de Atenas, como Aristófanes. Si parece cierto que se entusiasmó con el triunfo de Alcibíades en los juegos olímpicos, pronto dejó de interesarle el ambicioso demócrata. El ideal de Eurípides sería el Estado regido por un rey o un consejo de notables, pero con la condición de que éstos fueran espíritus superiores. Ama a Atenas y detesta a

Actor dramático vistiéndose para salir a escena.





Actor con el atril en lo alto, donde está el texto del drama que va a representar, en el momento de escoger la máscara.

los espartanos: «Excepto como arqueros, — excepto en las batallas, — tus hijos, oh Esparta, — son lo peor del mundo.» Un personaje de Eurípides exclama: «Habitantes de Esparta, — sabios en la traición —, príncipes del engaño; — tejiendo la mentira, — pensando con malicia, — nunca generosos, — el crimen os ha hecho — señores de la Grecia...»

En cambio, otro personaje de Eurípides dice estas palabras, que parecen de Goethe: «¡La patria de los buenos es el mundo entero!» Por esto las verdaderas batallas, las que interesan a Eurípides, son las batallas del alma, en que luchan desordenadamente encontradas pasiones. A veces intervienen los dioses o el hado, la fiebre o la enfermedad, y el hombre es víctima entonces de algo superior a él, juguete de tempestades que le arrastran al abismo. He aquí la gran ventaja de tomar como argumento un tema mitológico.

Pero es interesante observar cómo se transforman los asuntos al ser tratados por Eurípides. Los pobres héroes se quejan de su suerte: los dioses abusan de ellos, seducen a sus esposas y ofuscan su razón; ven visiones, aman y detestan con furor. A veces comentan sus propias faltas, encontrando excusas para todo: adulterios, incestos, suicidios... Los discursos *morales* de los héroes de Eurípides, tratando de excusar sus delitos, son tan persuasivos que alarman hasta al coro, que protesta escandalizado.

Aristófanes, que, como buen tradicionalista detestaba a Eurípides, le critica ferozmente por haber permitido a sus heroínas dar a luz en los templos y sostener relaciones criminales con sus hermanos. Más aún: ¿no llega Eurípides hasta a presentar en las tablas a Pasifae enamorada del toro?... Y las leyes del honor eran también severas en Grecia. Por esto el poeta tiene que apoyarse en la mitología. Son dioses, son héroes sus personajes, no hombres como nosotros; pero sus sentimientos son humanos, el público lo comprende bien. Es curioso notar que el único personaje inmoral que el pueblo ateniense no tolera es la Celestina. Ya Solón había castigado al alcahuete con pena de muerte; extraño contraste con el parecer de Don Quijote, que en su discurso a los galeotes declara con ironía que los alcahuetes son honrosísimos miembros de una república bien establecida. Pero en el teatro de Atenas el tipo de la Celestina era perverso, de mal gusto, y por ello se criticaba a Eurípides. ¿Por ventura no estaba Venus en el Olimpo para forzar a los hombres a amarse, aun contra todas las leyes de la moral y del decoro?

Pero los personajes de Eurípides discuten estos problemas, tratan de averiguar su causa y el porqué de las limitaciones de los sentimientos humanos; llenan el teatro de un ambiente moral que preocupa sin cansar, por la novedad misma del argumento. Por esto los versos de Eurípides, arrancados de sus dramas, han sido y son todavía hoy pasto del espíritu. Los filósofos antiguos de todas las escuelas encontraron en ellos anticipos sorprendentes de sus ideas; hasta los santos Padres de los primeros siglos de la Iglesia cristiana citan versos de Eurípides como relámpagos de profecía en medio de la obscuridad.



Mujeres atenienses hilando.
Vaso pintado del siglo V antes de J. C.



Vista de Eleusis, donde se refugiaron los oligarcas de Atenas después de la revolución del 403.

15 EGOS POTAMOS Y EL PERIODO DE LOS ORADORES ATICOS

La *gran guerra* que llamamos guerra del Peloponeso, entre Atenas y Esparta, acabó con una derrota naval. El lugar fue a la entrada de los Dardanelos, en una bahía o Ría de la Cabra, en griego Egos Pótamos. Allí estaba anclada la armada ateniense, tan persuadida de su superioridad, que no ponía atención suficiente en defenderse de la marina espartana, que la estaba acechando. Se conocía la posición del enemigo, pero los atenienses, seguros de su experiencia en el mar, cada día desembarcaban para hacer ejercicios y comer a gusto en la vecina ciudad de Lampsacos. Al quinto día de espera, los espartanos, con 200 bajeles, se lanzaron sobre la presa fácil que componían las 180 galeras atenienses.

El espartano Lisandro no era almirante ni marino profesional, pero habiendo muerto el que tenía que mandar la armada por aquellos días, se lanzó a la acción cuando los expertos marinos de su flota desconfiaban del éxito. Esparta nunca había tenido ambición de defenderse ni de atacar por mar. Cada año los atenienses salían con su armada del Pireo para destruir las posesiones de los aliados de Esparta en las costas del Peloponeso. Era una represalia pobre, pero enojosa, para contrarrestar la invasión de los espartanos, que cada año cruzaban el istmo de Corinto para arrasar los campos de los atenienses y sus vecinos. Pero Lisandro, que era amigo de los sátrapas de la Jonia y de Ciro, hijo de Darío II, había conseguido que los persas facilitaran a Esparta suficientes navíos para formar una armada de 200, que, por heterogénea, de no pagarse los atenienses demasiado de su pericia marinera, no hubiera permitido a Lisandro vencer con facilidad a la flota anclada en Egos Pótamos.

La circunstancia de estar aquel mediodía



Situación relativa de Egos Pótamos y Lampsacos.

de septiembre de 405 antes de nuestra Era la armada ateniense casi desguarnecida, facilitó el triunfo de Lisandro. Este impuso una paz en términos tan razonables, que Atenas no pudo hacer más que ratificarla. Por de pronto, el imperio colonial establecido por Pericles fue disuelto; cada una de las ciudades que enviaban a Atenas su tributo quedaron en libertad, a condición de que se gobernaran por un sistema oligárquico, o sea de ciudadanos poderosos, ricos y conservadores. Atenas perdió también su régimen democrático y tuvo que aceptar el gobierno absoluto de treinta oligarcas o tiranos, que dispusieron durante diez meses de vidas y haciendas sin escrúpulos de moralidad política. Los espartanos obligaron también a Atenas a desmantelar las murallas y los muros que formaban el callejón para ir de la ciudad al Pireo.

Pero el gobierno de los treinta tiranos fue tan aborrecible, que una revolución restableció la democracia y los oligarcas tuvieron que emigrar a Eleusis. Y entonces, careciendo de hombres de Estado por haberse agotado el interés político, fue cuando Atenas estuvo dirigida o influida por los grandes oradores del foro.

Es posible que los grandes hombres de este período no fuesen los oradores que atraen nuestra atención, y que Epaminondas y Agesilao valieran mucho más que Lisias y Demóstenes; pero los tiempos no eran propicios para *un pequeño Pericles,* como se ha llamado a Epaminondas, o un segundo Milcíades, como a veces parece Agesilao. Además, ni Agesilao, ni Epaminondas, ni Foción, ni tantos otros valientes soldados griegos de esta época, representan nada que sea nuevo en la Historia. Podemos compararlos a Pericles, a Temístocles, a Milcíades; son la repetición de un tipo bien conocido, hasta con los mismos defectos. Esquines nos dice que, cuando Epaminondas quiso decorar la fortaleza de Tebas, no se le ocurrió nada mejor que el proyecto, que no llegó a cuajar, de desmontar los Propileos de la Acrópolis de Atenas y reconstruirlos en su patria.

En cambio, los simples oradores, entremetiéndose desde la tribuna judicial en los negocios del Estado, son una cosa nueva. Por primera vez vemos al que hoy llamamos abogado, simple defensor de causas, agitar con su palabra a un pueblo entero. Los oradores áticos no son políticos de profesión, raras veces desempeñan cargos públicos, y cuando se les confían, suelen ser de administración. Eran oradores forenses, fabricantes de discursos, casi diríamos de sermones; su oratoria se parece más a la de un predicador, como Savonarola o Calvino, que a la de un político elocuente como Pericles. A menudo toman como pretexto para agitar a la opinión asuntos privados: de una disputa individual se elevan a generalidades que interesan a todos. Hoy no nos parecen tan nuevos: *causas célebres* y abogados *irresistibles* los tenemos en demasía, y están ya desacreditados; pero el tipo constituyó una gran novedad para Atenas y para el mundo entero en el siglo IV antes de Jesucristo.

Nada se había producido igual a esto. En los consejos de los reyes, hábiles ministros hablarían con gran elocuencia; los profetas hebreos agitaron al pueblo con sus predicaciones; políticos y generales habían levantado sus voces para persuadir a las

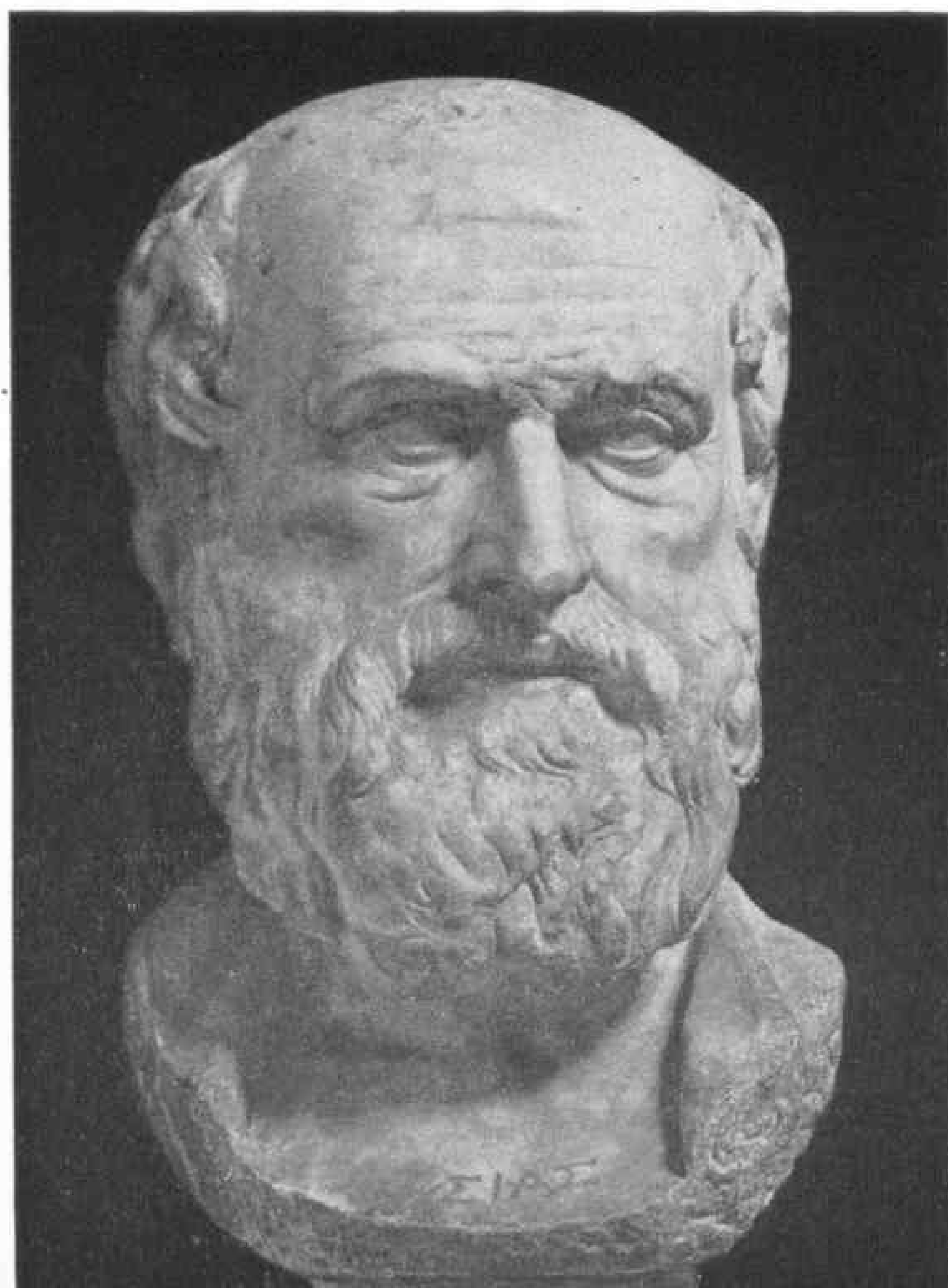
asambleas democráticas; pero ahora, en Atenas, el hombre influyente es el especialista en preparar discursos. Para oírlos, el pueblo deja el teatro y va a los tribunales; ésta es una de las causas de la decadencia del teatro griego después de Eurípides. Los oradores heredan de los actores la técnica del arte de conmover al público. ¿Para qué ir al teatro a escuchar los lamentos de Hécuba, de Orestes o de Edipo, que son fantasías, cuando se puede asistir a la tragedia real de un acusado cuya suerte depende del efecto que hará su defensa confiada a un abogado ilustre? Y cuando el crimen tiene algo que ver con la política, o el reo es acusado de peculado, traición, descuido o incapacidad en los servicios públicos, ningún regalo es comparable al de oír a un acusado ateniense recitando sus excusas. A veces los abogados defienden sus propios asuntos, pero por lo común sus discursos han sido compuestos de antemano para ser leídos o recitados por un cliente. Los procedimientos del tribunal de Atenas obligaban a los acusados a defenderse por sí mismos; los que no poseían el don de la oratoria tenían que acudir a un orador de fama para que les escribiera su defensa, que después ellos repetían de memoria delante del pueblo.

Es evidente que los retóricos, oradores o abogados áticos empezaron a ejercer su profesión sin mostrar grandes escrúpulos, defendiendo causas injustas y negocios que ellos sabían que no eran buenos. En realidad, toda la oratoria del mundo se resiente de su origen: los sofistas de Atenas hicieron alardes de poder llegar a persuadir al vulgo así del pro como del contra de los asuntos. Ya Gorgias de Leontini, el *pico de oro* siciliano, verdadero fundador de la retórica, no parece haberse preocupado de la moral de su argumentación, sino del efecto estético de sus discursos.

Para dar una idea del curso de los acontecimientos, y, al mismo tiempo, de los orígenes de la oratoria griega, nada mejor que el *caso* de Lisias contra Eratóstenes y su discurso pronunciado en 403. Los antecedentes del asunto son tan interesantes, que vale la pena de que el lector se entere, porque arrojan mucha luz sobre el hombre y su tiempo. Aunque tuvo precursores, Lisias es, en realidad, el primer retórico griego; además, sabemos bastante de él y de su familia para que reaparezca vivo ante nosotros.

El padre de Lisias era un fabricante de corazas y escudos de Siracusa, que Pericles llamó a establecerse en Atenas. Debía de ser un buen maestro de su oficio, uno de aquellos artesanos con los que Pericles quería hacer de su capital el centro de las industrias artísticas de Grecia. Tanto el viejo siracusano como sus tres hijos, el menor de los cuales era Lisias, sentían gran vocación por las cosas intelectuales. En *La República,* de Platón, se representa a Sócrates visitando la casa del hermano mayor de Lisias, en el Pireo, y tanto el huésped como su padre se lamentan de que Sócrates sea tan parco en sus visitas. Allí fue donde, según Platón, se sostuvo la memorable con-

El abogado Lisias, uno de los diez grandes oradores griegos.

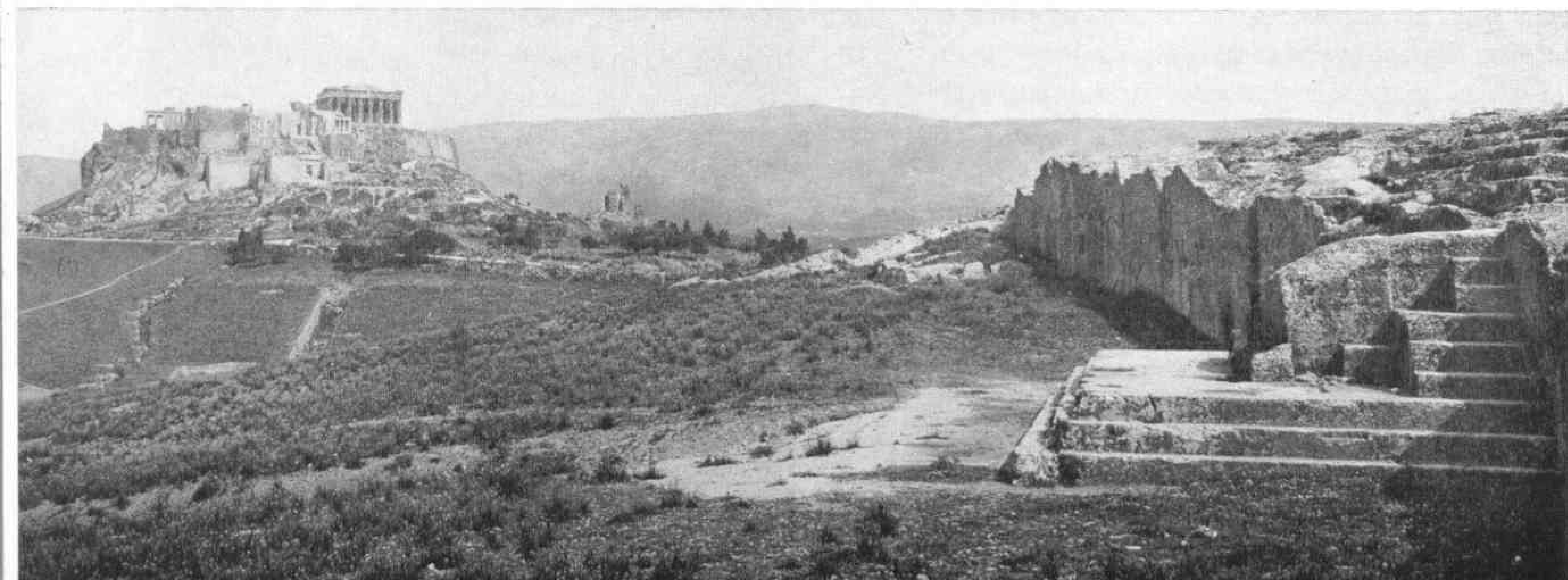


versación acerca de la república ideal, que acaso Lisias pudo escuchar también, aunque siendo todavía muy niño. Muerto el padre, los tres hijos se trasladaron a la nueva colonia de Pericles en Italia, la tan celebrada Turi, que hacía sólo tres años había sido fundada. Los biógrafos de Lisias nos proporcionan un dato importante para la historia de la ciudad: fue en Turi donde Lisias aprendió el arte de la oratoria, de un retórico siciliano muy famoso por aquel entonces. Así, indirectamente, nos enteramos, pues, de que los fundadores de Turi, además de sus trabajos de urbanización y saneamiento, se preocuparon de las escuelas apenas desembarcados.

La colonia de Turi padeció, de rechazo, del contratiempo que sufrieron los atenienses en Siracusa, cuando la expedición de Nicias y Alcibíades. La mayoría de los que se habían mostrado partidarios de la hegemonía de Atenas tuvieron que abandonar a Turi, y así vemos a Lisias con sus hermanos regresar al Pireo el año 412. Los siete años siguientes, desde el 412 al 405, serían para ellos de prosperidad, porque una fábrica de armas en Atenas produciría pingües beneficios al final de la guerra.

Y llegamos, por fin, al cataclismo. En 404 los espartanos tomaron a Atenas, derribaron sus murallas e impusieron una oligarquía, conocida en la historia de Atenas como *gobierno de los Treinta tiranos.* Estos representaban la reacción contra el partido democrático y aplicaron con rigor un régimen que ahora llamaríamos de *terror blanco.* Lisias y sus hermanos se habían significado acaso demasiado por sus ideas políticas, y como además eran ricos y de ambigua nacionalidad, por su origen siracusano, se comprende que no podían faltar en las listas de proscripción. Un día de la primavera del 404, cuando Lisias estaba en su casa del Pireo, fue sorprendido por dos de los treinta oligarcas, que venían con gente armada para llevárselo preso. Lisias trató de sobornarles, ofreciendo a uno de ellos un talento. Convenido el negocio, y mientras el otro oligarca estaba haciendo inventario de la fábrica y de los esclavos, Lisias abrió la caja para retirar el talento; pero una vez abierta, y viendo su perseguidor el caudal que encerraba, lo robó todo, sin soltar por eso a Lisias. De la casa de éste los dos miembros del gobierno, con sus sicarios y el preso, marcharon a la del otro hermano, y allí, aprovechando un descuido de los guardias, Lisias, que conocía bien la casa, pudo escapar por una puerta trasera. No hay que decir que, menos afortunado que Lisias, su hermano, no sólo fue despojado de sus bienes, sino que además fue condenado a muerte y hubo de beber la cicuta en la cárcel de Atenas.

Tribuna de la Pnyx, o lugar de las asambleas populares de Atenas, donde los grandes oradores pronunciaron sus discursos.



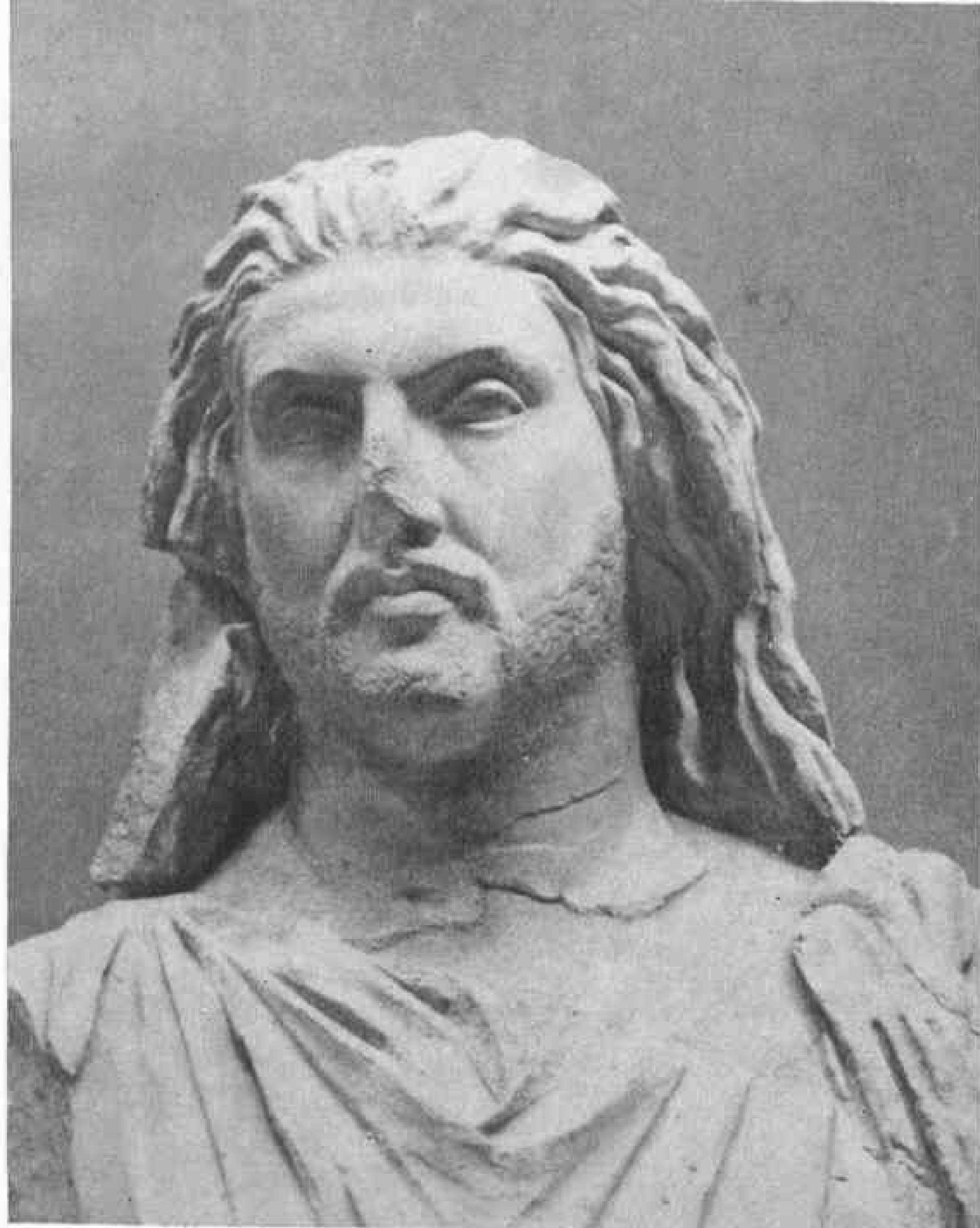


El valle de Nemea, donde se libró la batalla entre los espartanos y los ejércitos coligados, el año 395 antes de J. C.

Conspirando con los otros emigrados, Lisias ayudó a restablecer el gobierno democrático en Atenas por medio de una revolución sangrienta en la que los espartanos apenas intervinieron, posiblemente avergonzados de su obra y de los crímenes de los oligarcas.

Lisias regresó a Atenas, pero como se había gastado sus últimos recursos en la revolución, no le quedó más remedio que ejercer de abogado. Su primer gran discurso fue para acusar a los asesinos de su hermano. Dados los antecedentes, la causa debió de ser sensacional y de efectos políticos enormes. Se trataba de hacer odioso el gobierno reaccionario de los treinta tiranos con la simple enumeración de sus abusos. He aquí los primeros párrafos del discurso de Lisias: «Es cosa fácil, oh atenienses, comenzar esta acusación, pero concluirla, diciendo todo lo que hay que decir, no resultará tan fácil. Porque los crímenes de Eratóstenes (uno de los treinta) son, además de atroces, innumerables. No es posible describirlos debidamente ni casi enunciarlos en el tiempo que me concede la ley para este discurso.

»Además, en otras causas podéis preguntar al fiscal: —¿Qué mal ha hecho el reo o el acusado? —, mientras que, en nuestro caso, hay que preguntar al reo qué mal le había hecho la patria para que de tal manera se ensañara él con sus conciudadanos, y preguntarle el porqué de su rabia contra la nación entera. Y yo no digo esto como si yo no tuviese agravios personales que lamentar por su culpa, pero un buen ciudadano se resiente de los males de su patria como si le afectaran a él principalmente. Por ambas causas estoy resentido, y por mi mal y el de la patria me quejo con justicia...» Así empieza Lisias, y a esto sigue la exposición del crimen, con los detalles que hemos anticipado y muchos más, pero sin perder aquel tono de familiaridad en su oratoria que contrasta con el estilo de Demóstenes y los oradores de cincuenta años más tarde. De todos modos, cabe imaginar el efecto que debía de producir el discurso de Lisias desde la tribuna de la Pnyx,



Mausolo, sátrapa casi helenizado de la Caria, en Asia Menor.

que había quedado desierta durante el gobierno de los oligarcas.

La democracia, aunque desprovista de poder, y con Atenas abierta y sin la flota, se recobraba a sí misma en la oratoria del joven siracusano. Atenas podía hablar, juzgar, opinar, castigar... Lisias acaba su discurso con estos párrafos, aludiendo a la insurrección: «¡Oh, jueces, que escapasteis por milagro de la muerte, decidme lo que hubiera sido de vosotros de no haberse restablecido la democracia! Es imposible que un hombre solo pueda enumerar los procedimientos empleados por los oligarcas para destruir el poder del Estado: los arsenales desmantelados, los templos vendidos o profanados, los ciudadanos expulsados o muertos y sus cadáveres impíamente insepultos. ¡Jueces, las víctimas se levantan para preguntaros si queréis ser cómplices de sus asesinos o vengadores de su muerte! Las habéis visto, las habéis oído, dictad ahora vuestra sentencia.» No falta nada, después de este final, para ser un discurso moderno, y, sin embargo, no olvide el lector que esta oración de Lisias fue pronunciada en el tribunal de Atenas el año 403 antes de J. C.

Ya hemos advertido antes que *el caso* de Lisias nos enteraría de muchas cosas de aquel tiempo. Nos entera, por lo pronto, de la manera de conducirse los espartanos después de su victoria. Lo que hicieron con Atenas, lo hicieron con las colonias y con los aliados de Atenas; en lugar de anexionárselas o destruirlas, implantaron estos gobiernos oligárquicos, vigilados por un delegado de Esparta con una pequeña guarnición. Los oligarcas, que sin duda se sentían amargados por un largo período de democracia, debían de experimentar grandes deseos de vengarse. Así hubieron de hacerse tan odiosos, que mucho más tarde Teofrasto, discípulo de Aristóteles, describe al *oligarca* con estas palabras en uno de sus *Caracteres:* «El oligarca es aquel que cuando el pueblo está deliberando sobre quién será el arreglador de la procesión, él se adelanta diciendo que, a su entender, el director del cortejo debe tener poderes absolutos, y si el pueblo dice que debe haber diez directores, él replica que con uno basta, pero que debe ser *un hombre.* De Homero no conoce más que aquel verso que dice: —Nada bueno puede venir del gobierno de muchos, uno solo debe mandar. — A menudo le oiréis decir cosas así: — Tenemos que discutir estos asuntos entre *nosotros* y no escuchar lo que dicen las verduleras. Ellas o nosotros debemos gobernar la ciudad. — Le veréis al mediodía con su manto elegantemente plegado, el cabello partido y las uñas bien pulidas, pasear por la calle del Odeón, haciendo estas observaciones: — No hay lugar para nosotros en Atenas, es una vergüenza cómo nos tratan los jueces; no puedo comprender cómo le gusta al pueblo mezclarse en política. Ingrato pueblo, siempre siguiendo al que le paga mejor...»

Esto por lo que toca al gobierno interior de cada Estado griego, pero en lo que hace referencia a las relaciones entre Estados y a la política exterior, el triunfo de Esparta en la guerra del Peloponeso fue un desastre.

En algunos lugares donde los sátrapas persas, que habían ayudado a los espartanos a aplastar a Atenas, pudieron intervenir, se prefirió la tiranía, y en este caso los gobernantes se granjeaban la protección del sátrapa con un tributo. Pero la mayoría de las veces se establecieron consejos de ciudadanos, que eran elegidos por Esparta y debían mandarle una contribución para que les garantizara la *independencia,* así de Atenas como de Persia. Esto era en el fondo un protectorado de Esparta, pagando un precio análogo al que exigía antes Atenas, sin las ventajas del idealismo panhelénico, herencia de Pericles, el cual en ciertos momentos justificaba los errores de la democracia.

Estela funeraria. Ciudadano de Atenas despidiéndose de su esposa e hijos.



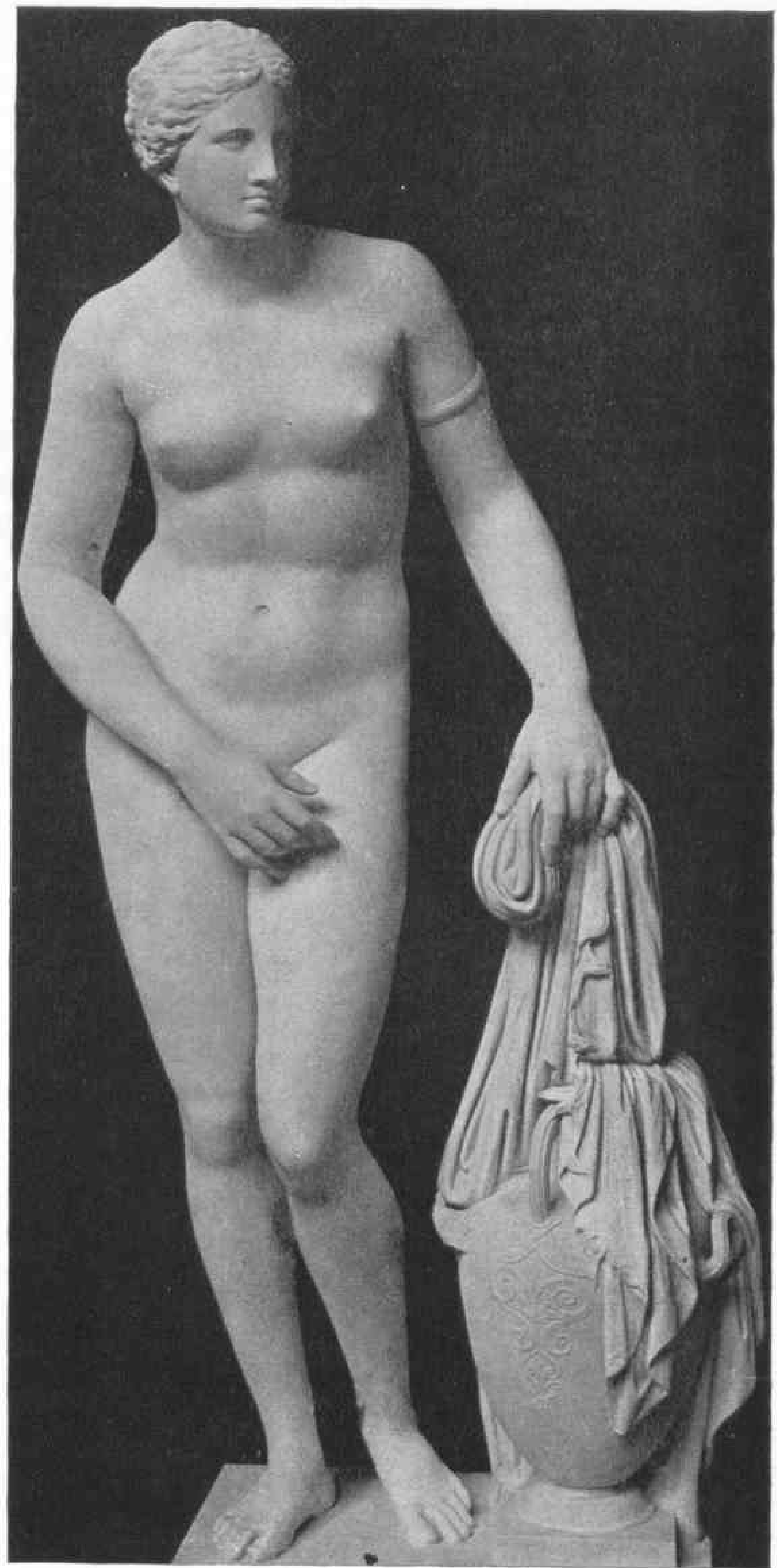
Sobre todo en esta ocasión es cuando más falta hicieron a Esparta grandes estadistas, que tuvieran una visión de conjunto de las necesidades de Grecia. A pesar de que su posición geográfica no era tan céntrica como la de Atenas, hubiera podido Esparta realizar el imperio griego de haber surgido un Pericles espartano. Los tiempos estaban maduros, pero Esparta carecía de un caudillo cuya ambición estuviera por encima de los intereses de su ciudad-estado.

Y no es que no hubiera entonces en Esparta grandes hombres, pero eran espartanos de la cabeza a los pies, con todos los vicios y virtudes que derivaban de la constitución de su patria. Por ejemplo, el hombre que más se destaca en la historia griega de la primera mitad del siglo IV es el rey de Esparta Agesilao, del que tenemos informes por los escritos del ateniense Jenofonte, que *trabajó* con él y fue su colaborador y amigo. Agesilao era pequeño de estatura y cojeaba, defectos que se tenían casi por pecados intolerables en Esparta. En su juventud se había mostrado recto y piadoso, pero nadie hubiese podido prever que sería un gran caudillo. Elegido rey, Agesilao se dirigió al Asia para proteger a

Estela funeraria de Dexileos,
muerto con otros cuatro jóvenes atenienses en la batalla de Corinto (julio de 394).



La Venus de Gnido, de Praxiteles (350 antes de J. C.).



los antiguos aliados de Atenas, que ahora eran clientes de Esparta, contra los sátrapas persas. Las campañas de Agesilao en la región del Bósforo y en el valle del Meandro prepararon en cierto modo las conquistas de Alejandro, porque si bien Agesilao nunca llegó a soñar con la conquista del Asia por los espartanos, con sus campañas puso de manifiesto la falta de cohesión del Imperio persa y la superioridad de los griegos sobre los orientales. Hasta en el respeto a la fe jurada, Agesilao quiso demostrar a los asiáticos que ellos, los espartanos, merecían más crédito que los persas. Y en cuanto a su resistencia física, era evidente que la disciplina de los espartanos tenía que hacer de los griegos soldados excelentes.

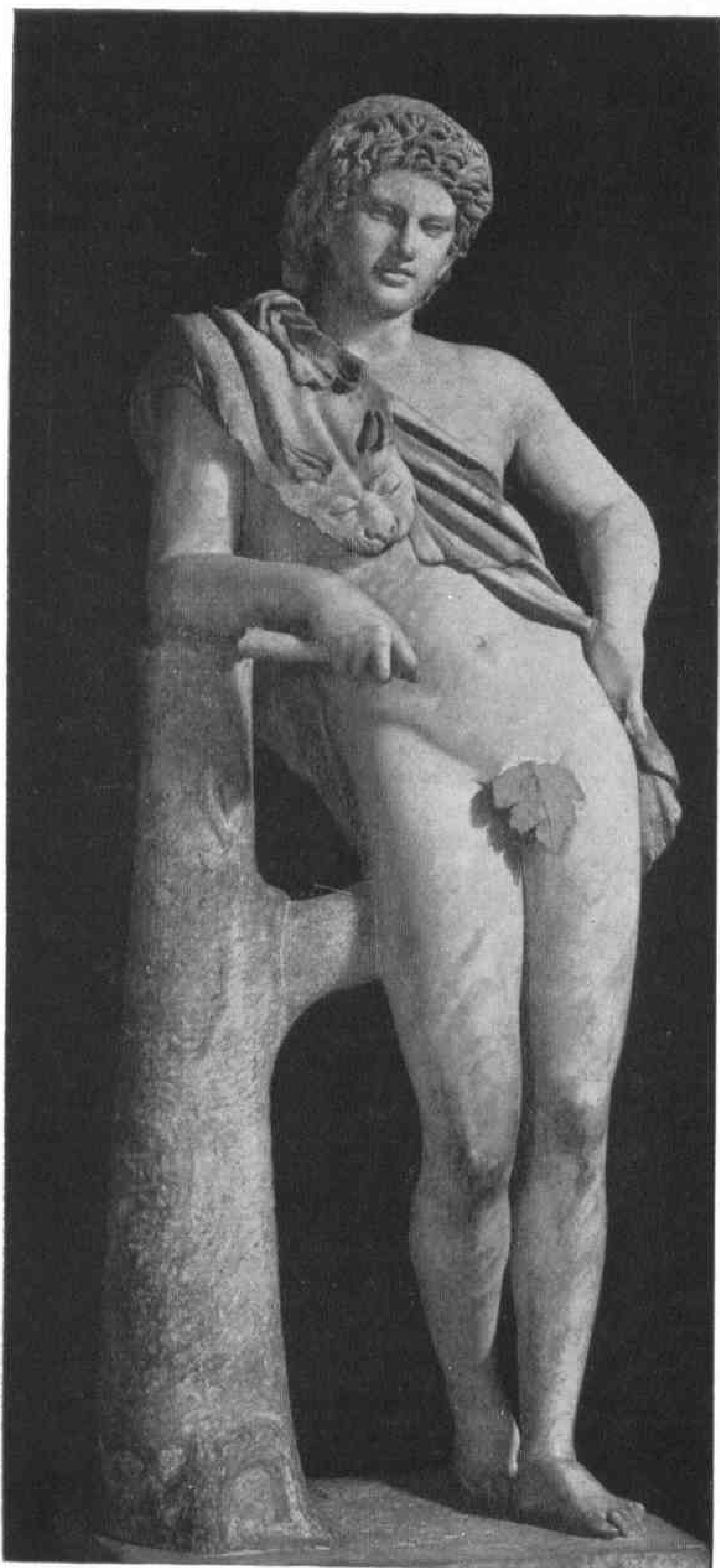
He aquí cómo Jenofonte, en su *Helénica,* describe las maniobras del ejército de Agesilao, en sus cuarteles de invierno de Efeso, el año 395 antes de J. C.: «Deseando Agesilao adiestrar a sus milicias, ofreció premios para los batallones y los soldados, esto es, para el mejor batallón, tanto de infantería como de caballería, y para el mejor arquero o lancero del ejército. En seguida el gimnasio se llenó de hombres y el hipódromo de jinetes; por todas partes había soldados manejando la pica y arqueros disparando flechas. En verdad, Agesilao hizo de Efeso una ciudad digna de ser visitada, porque el mercado estaba lleno de caballos y de armas, y los armeros, carpinteros, curtidores y pintores estaban todos ocupados en preparar material de guerra. Y el espectador se habría regocijado también de otra escena: de ver a Agesilao cuando regresaba del gimnasio, en medio de sus soldados, para ofrendar guirnaldas a Diana. Porque cuando los hombres tributan la debida reverencia a los dioses, se ejercitan para la guerra y obedecen a la legítima autoridad, decidme si no es razonable suponer que les será concedida la victoria. Además, creyendo que el desprecio al enemigo infunde valor en el combate, Agesilao ordenó que todos los prisioneros fueran expuestos en el mercado completamente desnudos. Así los soldados pudieron ver las carnes blancas y flojas de los orientales y venir a la conclusión de que luchar con ellos sería lo mismo que tener que pelear con mujeres.»

Por otra parte, el Asia comenzaba a helenizarse. Un día dijeron a Agesilao que él se contaminaría de persa, a lo que respondió que más bien los persas se contaminarían de espartano. Un ejemplo de este helenizamiento de las gentes del Asia, a principios del siglo IV, lo tenemos en el sátrapa de Caria, Mausolo, quien, establecido en Halicarnaso, gobernaba como feudatario del

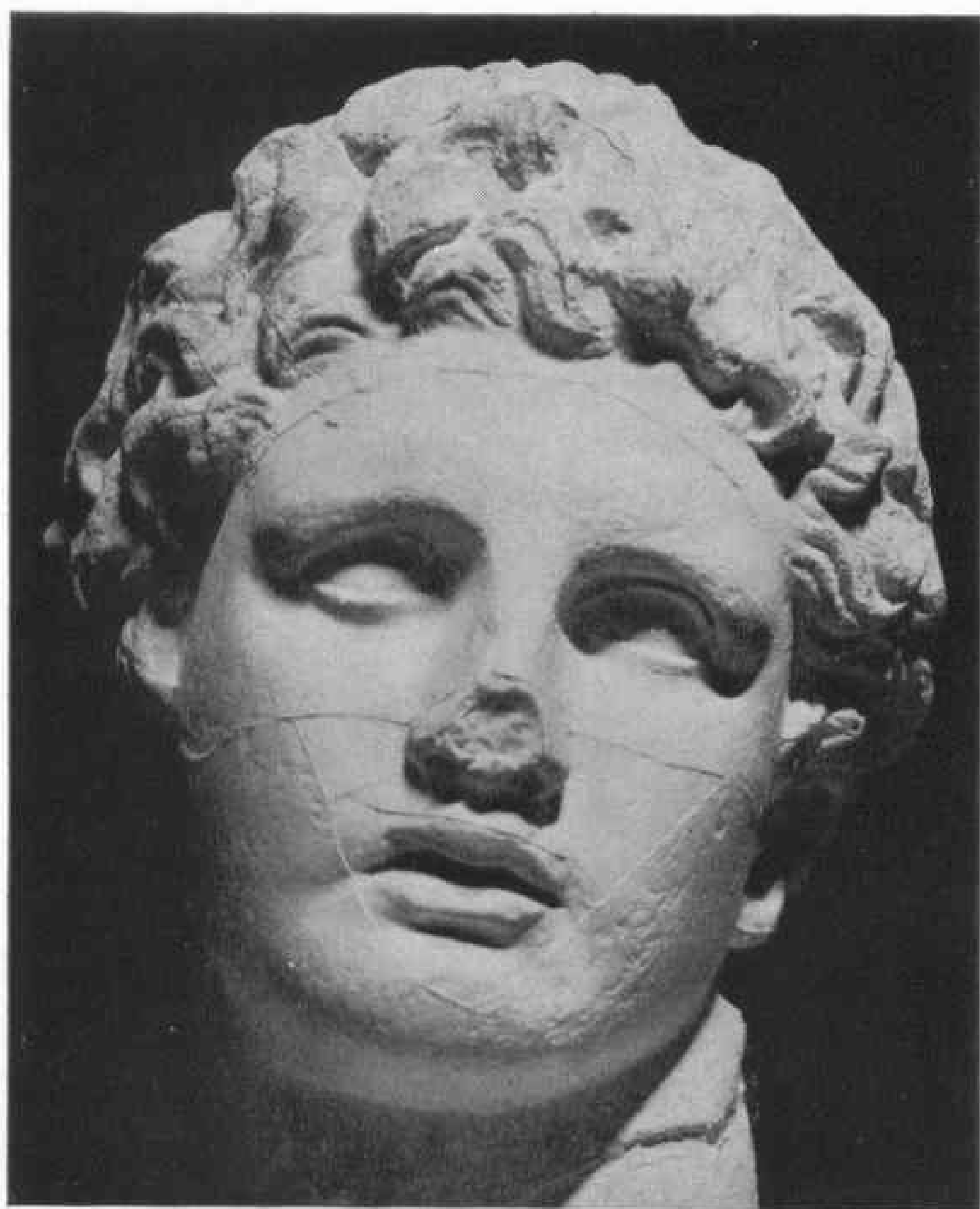
sátrapa de Sardes. Mausolo era ya casi griego en gustos y costumbres, y a su muerte, su esposa Artemisa llamó de Atenas oradores, para hacer el panegírico del difunto, y escultores, para labrar en estilo griego su sepulcro, que había de contarse como una de las siete maravillas del mundo.

Pero nada puede darnos mejor idea del contacto de los dos espíritus, griego y oriental, como la pintoresca escena, que describe Jenofonte, de la entrevista de Agesilao con el sátrapa de Jonia, que era Farnabaces. «Agesilao llegó el primero al lugar de la cita, con treinta espartanos, y esperó sentado en un claro de hierba. Más tarde llegó Farnabaces, vestido con ropas que valían una fortuna, y sus siervos empezaron a poner alfombras en el suelo para que los persas pudieran sentarse cómodamente. Mas viendo Farnabaces la sencillez de Agesilao, se avergonzó de su lujo y vino a sentarse a su lado en el suelo. Primeramente se saludaron, después Farnabaces extendió su mano derecha, y lo propio hizo Agesilao. En seguida Farnabaces, que era más viejo que Agesilao, empezó a hablar de esta manera: —Agesilao, y vosotros espartanos aquí presentes: yo fui vuestro amigo y aliado cuando vosotros combatíais a los atenienses, y no sólo os ayudé con la flota y con mis tesoros, sino que luché yo personalmente, a caballo, a vuestro lado. ¿Por qué ahora, pues, me hacéis la guerra y destruís mis parques, y quemáis mis residencias de verano? Con vuestra conducta yo he perdido ya la idea de lo que es justo, y os pregunto ahora si ésta ha de ser la manera de pagar los favores.

»Así habló Farnabaces, y los treinta espartanos le escucharon llenos de vergüenza, sin saber qué decir, hasta que Agesilao contestó de esta manera: —Pienso que sabéis, Farnabaces, que en Grecia tenemos la costumbre del compadrazgo y que hombres de diferentes ciudades se hacen compadres uno del otro, lo que quiere decir amistad para toda la vida. Pero cuando sus ciudades se declaran la guerra, cada uno lucha por su patria, y puede darse el caso de que un compadre mate a su compadre. Por esto hoy, que estamos en guerra con vuestro rey, debemos considerar todo lo que es suyo como enemigo nuestro, aun cuando con vos personalmente nada desearíamos tanto como ser buenos amigos. Y sin que yo quiera



El Fauno de Praxiteles (350 antes de J. C.).



Vaciado de la cabeza de Meleagro de Scopas.

aconsejaros ninguna traición, en vuestra mano está el pasaros a nuestro bando y entonces podéis estar bien seguro que no sufriréis daño alguno de parte de nosotros. Para mí el ser libre vale más que todas las riquezas; además, yo no quiero haceros libre y pobre, sino que quisiera que, empleándonos como aliados, acrecentarais vuestro poder e hicierais súbditos vuestros a los que hoy pretendéis hacer esclavos del Gran Rey de Susa.

»— Voy a deciros francamente lo que pienso hacer — respondió Farnabaces —; si el Gran Rey envía aquí otro general y me hace su subordinado, yo seré vuestro amigo y aliado; pero si me da a mí el cargo de general en jefe, os haré la guerra con todas mis fuerzas.—Oyendo estas palabras de Farnabaces, Agesilao estrechó su mano y le dijo: — Noble señor, un hombre como vos debe ser nuestro amigo. Tened la seguridad de que, en lo futuro, si por acaso estamos en guerra con vuestro rey, procuraremos hacer daño a otro antes que atacaros a vos.

»Y con estas palabras se concluyó la entrevista. Farnabaces montó en su corcel y se marchó; pero su hijo, que estaba todavía en la flor de la juventud, quedóse rezagado y, corriendo hacia Agesilao, le dijo: — Agesilao, yo quiero que vos seáis para mí el amigo y compadre. — A lo que Agesilao respondió: — ¡Y yo acepto el compadrazgo! — E inmediatamente cambiaron prendas de amistad. El hijo de Farnabaces regaló a Agesilao una preciosa lanza y éste dio al joven persa un magnífico collar para su caballo...»

Hasta aquí Jenofonte..., pero ¡cuántas cosas aprendemos del episodio de la entrevista de Agesilao con Farnabaces! Por de pronto, el hijo del sátrapa se muestra todavía más amigo de los griegos que su padre; procede, sin embargo, como un guerrero ario que es, como Agesilao; elige su compadre de armas, no entre los grandes de su reino, sino al enemigo que ha dado pruebas de valer más que ninguno de los suyos. El cambio de presentes sellando la amistad es también una tradición aria prehistórica: persas y griegos no eran tan extraños unos a otros como parecían en los días de Maratón y Salamina. Además, el imperio

Cabeza de la escuela de Scopas (350 antes de J. C.).



persa no podía considerarse muy sólido cuando el gobernador de una provincia tan vulnerable como Jonia ofrecía pasarse al enemigo si no le nombraban general en jefe.

Que Persia ya no era un peligro se sabía muy bien en Grecia al principiar el siglo IV. No había motivo para soportar la tutela de Esparta, más enojosa que la de Atenas. Pero el oro de los sátrapas continuaba desmoralizando la vida de los griegos; si los persas eran incapaces de atacar, en cambio podían proseguir su política tradicional de fomentar discordias y ayudar al vencido, para que a su vez pudiera derribar al vencedor. El resultado fue que Esparta tuvo que defenderse de agresiones y ligas de toda clase, y en 387 vemos todavía al Gran Rey de Susa dictando las condiciones de una paz entre griegos. ¡Qué vergüenza! La *paz del Gran Rey* decía así: «El rey Artajerjes cree justo que las ciudades del Asia y las islas de Clazomene y Chipre sean de los persas. Todas las demás ciudades griegas, grandes o pequeñas, serán autónomas o independientes, excepto las islas de Lemnos, Imbros y Skiros, que pertenecen a Atenas. Si alguien se niega a aceptar esta paz, yo le haré la guerra por mar y por tierra, con buques y con dinero.»

¿Quién hubiera imaginado que, cincuenta años más tarde, el sucesor de este mismo Artajerjes propondría a Alejandro hacer del Eufrates la línea fronteriza entre los griegos y persas? Pero, por ahora, el Gran Rey quiere toda el Asia, y además, las islas y ciudades griegas de Jonia. Fijémonos en las otras condiciones: no se concede a Esparta ninguna prerrogativa; a la única que se menciona es a Atenas; las demás ciudades griegas, grandes y pequeñas, serán autónomas, que en griego quiere decir independientes. ¡Qué disgregación! ¡Grandes y pequeñas! Cualquiera ciudad que quisiera ser un Estado podía contarse en este número. Era abrir la puerta a las vanidades locales, y hasta personales, porque un tirano podía levantarse con su tierra... El Gran Rey sabía hacer tratados sin vencer. Y lo peor es que el mismo Agesilao tuvo que aconsejar a Esparta la aceptación de estas condiciones: se había convencido de que no se podía poner el pie en Asia para defender a los miembros mutilados del antiguo imperio ateniense y proteger al mismo tiempo a Esparta de los ataques de los envidiosos coligados contra ella.

Como era de esperar, Atenas se aprovechó de esta paz. Era el momento en que se acababa el Erecteo, un templo nuevo en la Acrópolis para guardar la antigua estatua de Minerva, en madera, que había sido la virgen protectora de la ciudad desde los tiempos prehelénicos. Era un ídolo de talla que se había de vestir; cada año era festivo en Atenas el día en que se desnudaba a la vieja diosa y se le ponía vestido limpio. Para guardar esta reliquia hacía años que se venía trabajando en la construcción del templo llamado *Erecteo,* verdadera joya de mármol que hace honor al Partenón de Fidias y Pericles, sin desmerecer de su belleza. Además de la vieja estatua de madera (un tronco casi sin desbastar) había en el lugar la señal que marcó en el suelo el tridente de Poseidón, o Neptuno, cuando lo clavó en la roca para que saliera el caballo y, por fin, en aquel sitio hubo en tiempos prehistóricos el castillo o palacio de los fabulosos reyes de Atenas. El lugar sagrado era pequeño y no se elevó en él ninguna construcción en el tiempo de Pericles, pero los oligarcas y los oradores democráticos quisieron hacer honor a aquellas venerables reliquias y construyeron un templo triple para acoger las reliquias y recuerdos de una Atenas mitológica. Se adoptó el estilo jónico y se dedicó una tribuna a las hijas de Cécrops que tuvieron parte en la leyenda de los orígenes de la ciudad. Se las representó como cariátides o muchachas que sostienen el friso, admiradas e imitadas desde entonces. Fue también de la época de los grandes oradores el monumento corágico a Lisícrates.

Fue también por esta época cuando dos atenienses, Praxiteles y Scopas, llevaron el arte de la escultura a otro género de perfección más humano, a otro ideal de belle-



El Erecteo, sagrario para las reliquias en la Acrópolis de Atenas.

za más accesible que los prototipos olímpicos de la escuela de Fidias.

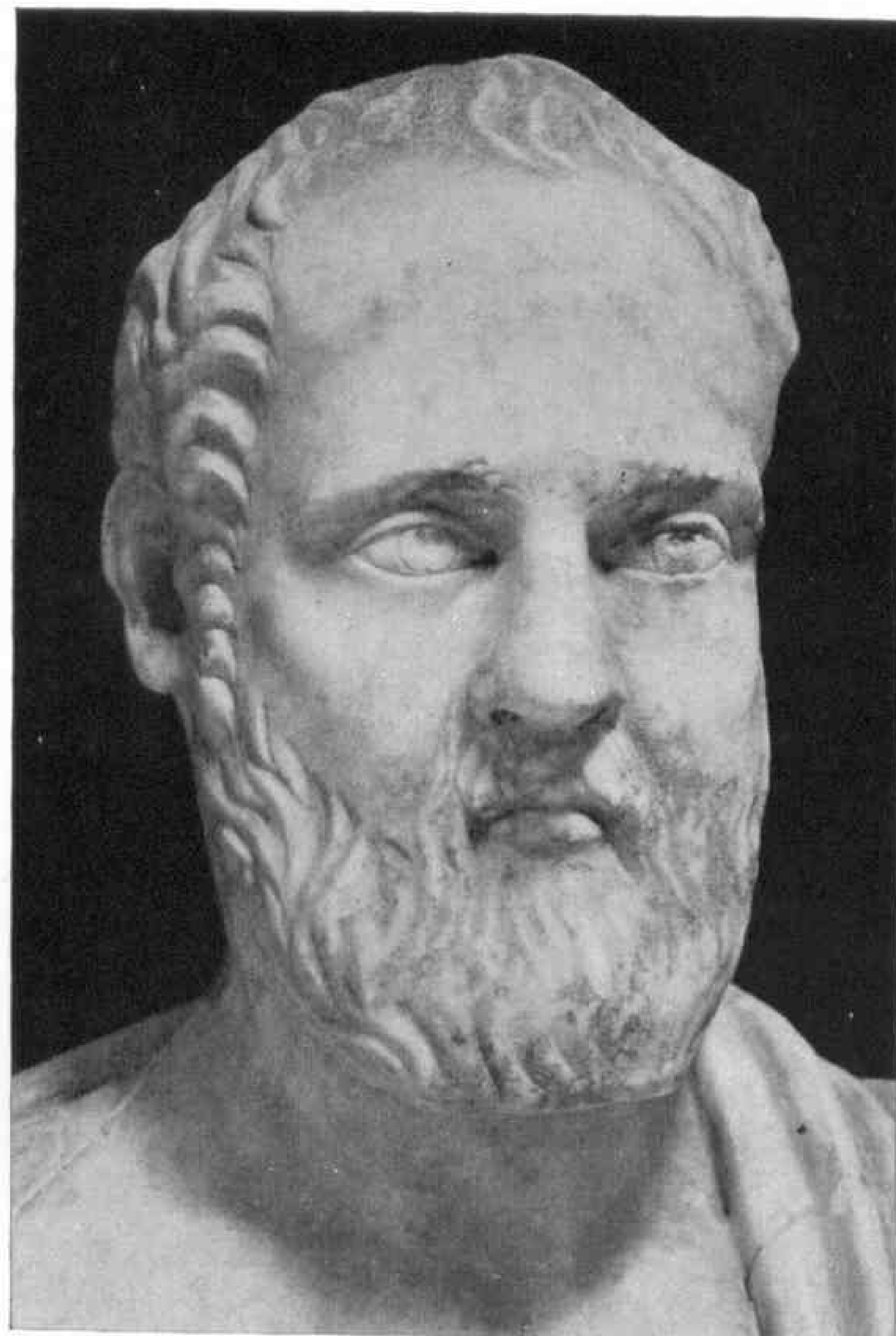
Y fue, por último, entonces cuando Platón dio a conocer en Atenas sus diálogos socráticos y su *República*, que todavía son las más altas concepciones del entendimiento humano. Pero de todo ello hablaremos en un próximo capítulo; lo que interesa ahora es ver cómo Atenas recobra la conciencia de su superioridad y quiere ser otra vez la maestra de los griegos.

He aquí en qué términos se expresa Isócrates, un abogado y maestro de retórica, el más famoso de su tiempo. En un *panegírico de Atenas*, del 380, verá el lector una oratoria ya más florida que la de Lisias.

Capítulo 15

Empieza Isócrates su discurso diciendo que Atenas es la ciudad favorita de los dioses, porque en las historias de Deméter y Perséfone, esta última concedió dos beneficios a los atenienses que todavía sobrepujan a los demás regalos de los inmortales. Los dos presentes de Perséfone son: los frutos de la tierra y los misterios de Eleusis. Recuerda Isócrates los servicios de Atenas a Grecia toda, cuando las guerras con Darío y Jerjes, pero más que nada son importantes estos párrafos, que copiamos como característicos:

«...Y creyendo Atenas que la vida, para ser deseable, no debe reducirse a una mera existencia material, puso la mayor atención en los otros intereses humanos, de tal manera que todos los beneficios que el hombre disfruta, no derivados de los dioses, sino producto de las gentes, no se hubieran obtenido sin la ayuda de Atenas y muchos de ellos son invento exclusivo de ella. Así, viendo a los griegos vivir sin leyes y esparcidos sin organización, oprimidos por las tiranías o destruidos por la anarquía, Atenas los rescató de estos males, ya enseñoreándose de ellos, ya dándoles ejemplo de conducta, porque ella fue la primera que redactó unas leyes y estableció una constitución...»



El orador Isócrates de Atenas.



Monumento corágico de Lisícrates, para sostener el premio de un certamen coral de Atenas.

«Las demás artes — continúa diciendo Isócrates —, tan necesarias para la vida, o capaces de producirnos deleites, fueron también inventadas en Atenas, o aquí puestas a prueba, y ofrecidas para imitación al resto de los humanos. Además, ordenó Atenas su administración tan liberalmente, que sin trabas recibió al extranjero, tanto al que desea hacer fortuna como al que desea go-

zar de las riquezas acumuladas, no haciendo distinción entre el que ha logrado prosperar y el que ha fracasado en su patria, sino que ambos encuentran aquí refugio y agradable acogimiento. Viendo también que algunos de los Estados griegos no producen todo lo que es indispensable para la vida, sino que algunos cosechan más de lo necesario de un producto determinado y otros demasiado poco, estableció Atenas para remediarlo el mercado central del Pireo, donde los productos cuyo intercambio sería difícil entre Estado y Estado, pueden fácilmente procurarse desde Atenas.»

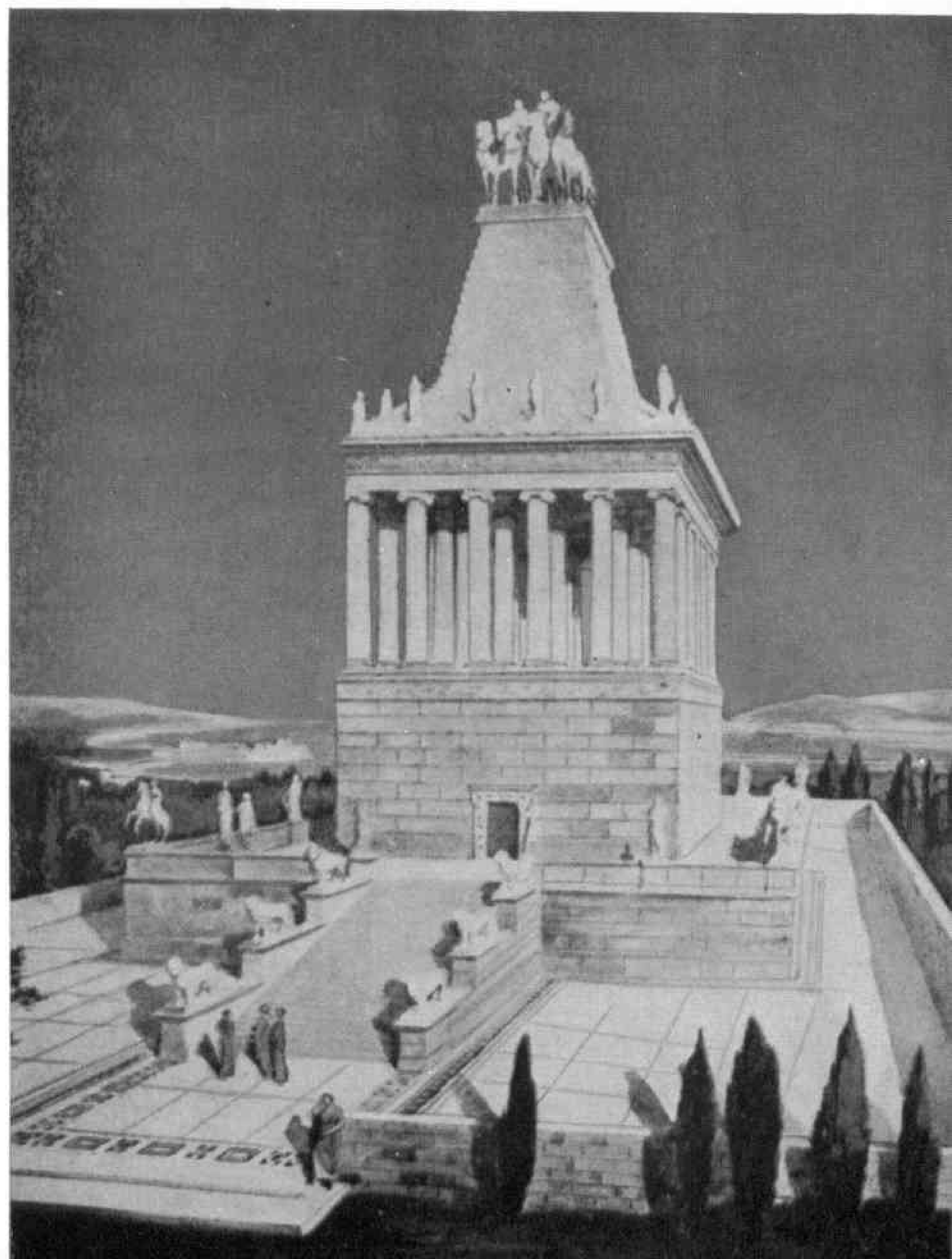
Isócrates rinde tributo a Atenas por haber establecido las grandes solemnidades religiosas con la misma ingenuidad con que la ha alabado ya por ser la creadora de la vida civil y de las artes, aunque no pretendió probar sus asertos, sino sugerirlos sin vacilación por la fuerza de la elocuencia. No deja de consignar que en estos festivales religiosos hay certámenes, «no sólo de carreras y de lucha, sino también de *oratoria,* y otras manifestaciones artísticas, concediendo a éstas los mayores premios...» Hay también en el *panegírico* de Atenas este párrafo, típico de Isócrates:

«Más aún, Atenas introdujo la filosofía práctica, que nos educa para la acción y dignifica nuestras relaciones, haciéndonos distinguir las calamidades debidas a la ignorancia de las que son resultado fatal de la necesidad, aprendiendo así a evitar las primeras y soportar las segundas. Atenas también rindió el debido honor a la elocuencia, que todo el mundo admira y es lo único que nos distingue de los brutos, y por la cual hemos conseguido nuestra superioridad sobre las demás criaturas. Atenas vio que en otras esferas de acción la fortuna de los hombres es sumamente caprichosa, que a menudo el sabio perece y el tonto triunfa, pero que el uso apropiado del lenguaje está por encima de las posibilidades de los necios, etc.».

El lector se preguntará a qué viene este elogio de la elocuencia en un panegírico de Atenas, pero el pueblo ateniense no se lo preguntaba, leyendo u oyendo el discurso de Isócrates. Lo más sorprendente es el final, que nos entera del porqué del panegírico. ¿Por qué? Pues para insistir en que los griegos tenían que unirse para pelear contra los persas, atacándolos en el Asia, y que Atenas debía ser la cabeza de la confederación. Que el proyecto no era malo se demostró medio siglo más tarde. ¡Mas para ejecutarlo se necesitaba un Alejandro! Las ideas de la unidad de la raza griega iban haciéndose populares; Platón, en *La República,* se lamenta de las querellas entre los griegos; dice que sus peleas no deberían ser guerras, sino discordias, y las luchas entre ellos tendrían que ser, pues, menos crueles que entre los bárbaros.

La idea de Isócrates, de procurarse un

Reconstrucción del sepulcro del sátrapa Mausolo, que mandó construir en Halicarnaso su esposa Artemisa hacia el 350 antes de J. C.



enemigo común para realizar la unión, es también acertada. Así Italia, en el siglo pasado, cristalizó su unidad con el enemigo algo fantástico de Austria, y hoy vemos a los sudamericanos olvidar sus diferencias ante el recelo que sienten hacia los Estados Unidos. Pero, sobre todo, lo capital para Isócrates era constituir una nación que fuese más que una ciudad, crear una nación como las modernas, basada en unidad de raza, de lengua, de tradición. Esto es lo más interesante de la Grecia del siglo IV, un primer esfuerzo fracasado de unidad nacional. Habían existido ya monarquías poderosas y ciudades con colonias, o ciudades confederadas por un objetivo determinado, pero no había habido aún una nación con su cuerpo complejo de centros directivos y miembros coordinados. Ni Pericles, el político, ni tampoco Platón, el filósofo, habían visto claro lo que vislumbró Isócrates, el orador.

Isócrates hubiera tolerado que un Estado griego hubiese absorbido a los demás, con objeto de acabar con las fronteras absurdas que dividían a Grecia en tantos Estados como ciudades. Pero ¿dónde estaba el hombre capaz de conquistar toda Grecia para después, con ella, dominar el Asia? Se pensó que de Tebas podría salir este conquistador deseado, porque por dos veces había humillado a Esparta, invadiendo su territorio, y tenía un caudillo moralmente sano, gran capitán y buen político; éste era Epaminondas, quien había demostrado por lo menos ser hombre de recursos en el arte de la guerra. Pero había sin duda en Tebas una fuerte infiltración de sangre fenicia o egipcia que la hacía extraña a los griegos todos, lo cual motivaba que fuera tan difícil para ella entenderse con Esparta como con Atenas.

La hegemonía de Tebas fue del todo efímera; nada queda en ella para justificar su superioridad: ni un monumento, ni una escultura que se puedan llamar tebanos. Parece como si la misión de Tebas hubiera sido sólo la de dar el golpe de gracia a Esparta y servir de marco para Epaminondas; éste es realmente un carácter nuevo en la Historia. Tan gran general como modesto ciudadano, cuando no le llamaban a dirigir el combate, peleaba en las filas como un simple soldado. Aunque la historia local de Tebas es antiquísima y llena de pasión, nos parece ahora que con Epaminondas empieza y acaba la vida de su patria. Los nueve años que van desde la batalla de Leuctra, en que los tebanos vencieron por primera vez a los espartanos, hasta la batalla que se dio en Mantinea, en que Epaminondas halló la muerte venciendo, son los únicos que merecen recordarse de toda la historia de Tebas.

Pero además, durante su supremacía, Tebas intervino en los asuntos de Macedonia, teniendo en una ocasión en su poder, como rehenes para garantizar la paz, a dos príncipes de sangre real. Uno de ellos era Filipo, el padre de Alejandro, y aunque sea poco lo que un hombre genial pueda aprender de otro hombre genial, ya tendremos ocasión de ver lo que Filipo pudo aprender de Epaminondas.

Lo que no admitía duda era que la hora de perder su libertad había llegado para Grecia; a este precio encontraría su unidad. El viejo Isócrates no se engañó al reconocer en Filipo al caudillo deseado que podía llevar a los griegos a la conquista del Asia.

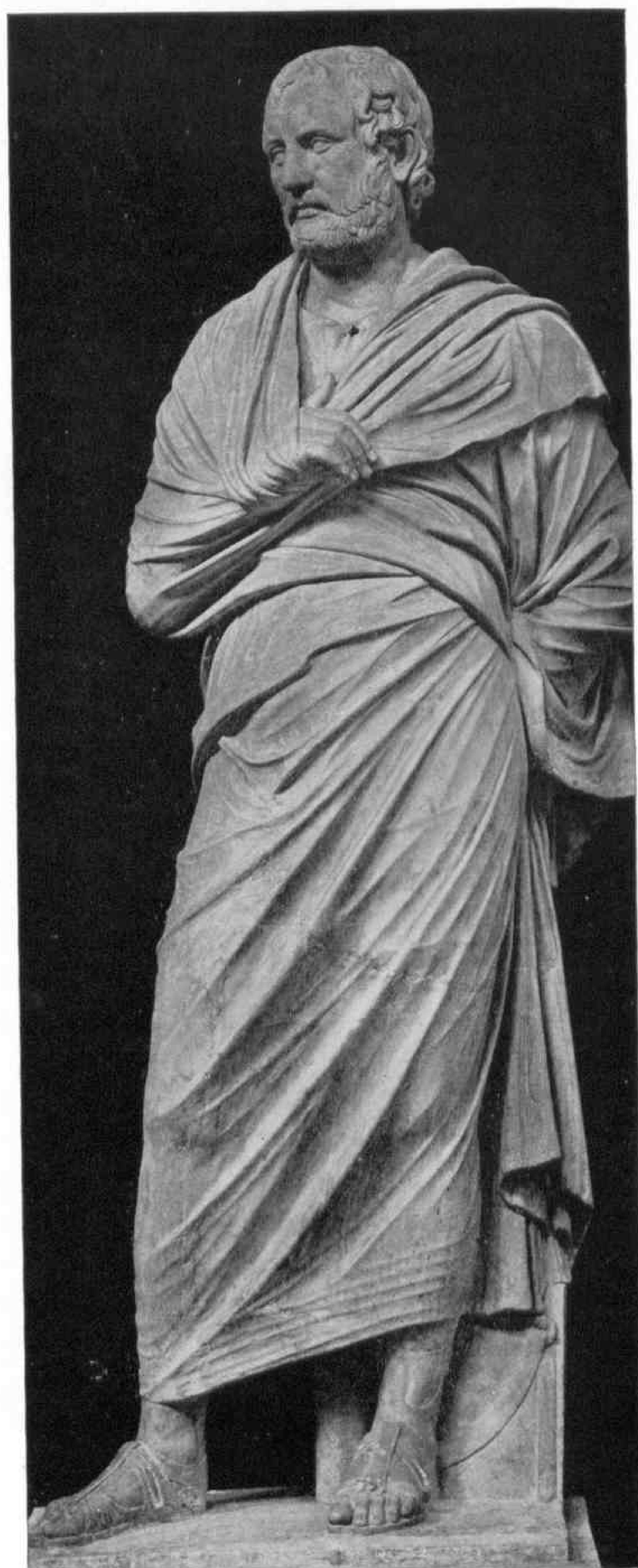
Filipo había nacido el año 382 y fue asesinado el 336; tenía, pues, al morir sólo cuarenta y seis años; su carrera había sido meteórica, como lo sería la de su hijo. «¡Qué hombre! —exclamaba Demóstenes al comentar su desaparición.— ¡Qué hombre hemos tenido que combatir en Filipo! Para escalar el poder perdió un ojo, se rompió las costillas, y en otras ocasiones, un brazo y una pierna resultaron lastimados. Cualquier miembro que la necesidad le pidiese, estaba pronto a sacrificarlo para conseguir gloria y honores.» Así hablaba Demóstenes, el mayor enemigo de Filipo. ¡Qué extraño pugilato de palabras y obras resulta ser para nosotros todavía el duelo entre el gran orador ático y Filipo, tuerto y cojo, pero con sus mesnadas de macedonios, ape-

nas civilizados, dispuestas a seguirle en las empresas más atrevidas!

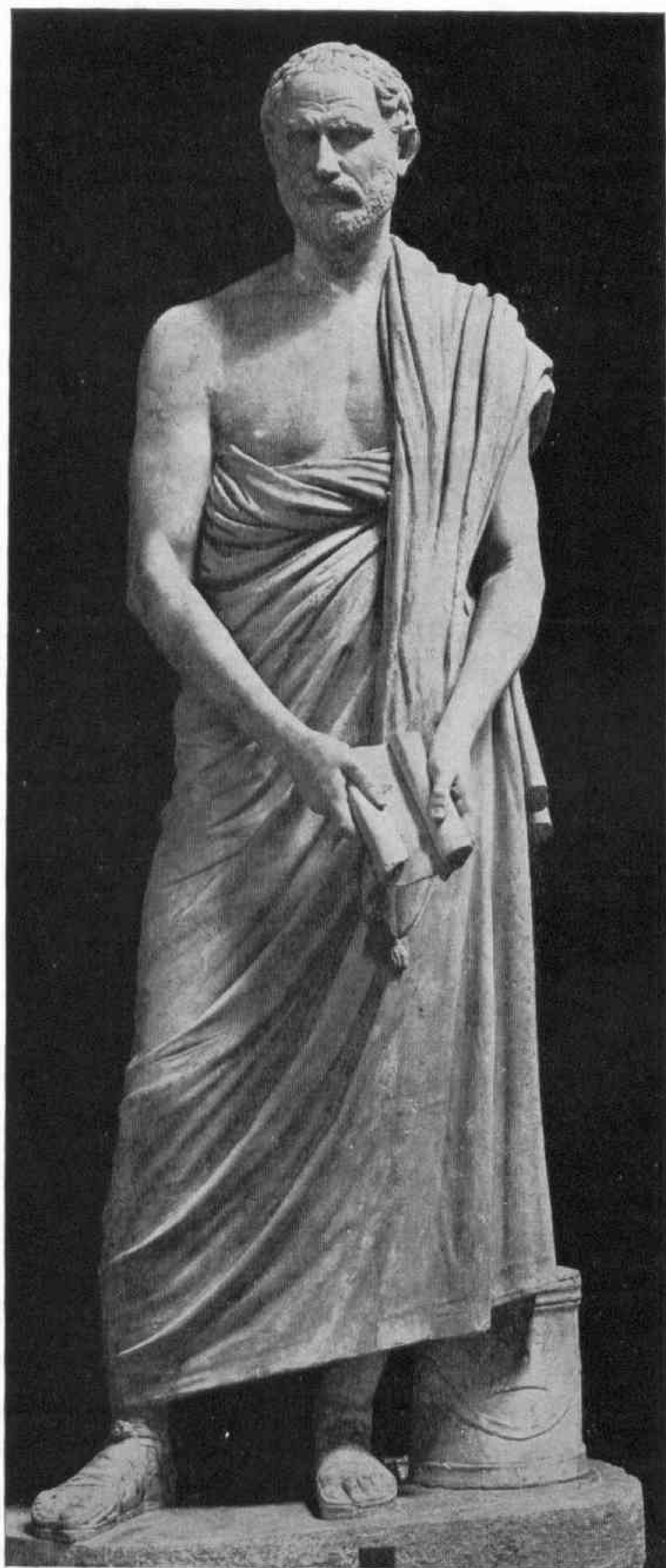
Demóstenes había visto, como Isócrates, las ventajas de la posición de Filipo al norte de Grecia y las fuerzas considerables que podía movilizar; pero lo que para Isócrates era una esperanza, para Demóstenes era un peligro. Esta Macedonia joven y fuerte iba a adueñarse de toda Grecia. Filipo fue, poco a poco, conquistando a Tesalia y Tracia; sus Estados llegaban ya desde el Helesponto a las Termópilas. Demóstenes prevé que no habrá manera de impedir que Filipo caiga sobre Atenas, y aunque éste muriese, Macedonia era ya demasiado grande para detenerse en las fronteras del Atica. «¿Ha muerto Filipo? — pregunta Demóstenes cierto día, en que han circulado por Atenas noticias de hallarse sufriendo el macedonio una grave enfermedad —; no, sólo está enfermo, y ello nada importa, pues aunque muriese este Filipo, otro Filipo aparecería por culpa de vuestra desidia.»

Para comprender mejor el vivo enojo con que Demóstenes ataca a Filipo, hay que recordar que no era tan sólo el futuro lo que preocupaba a los atenienses, sino la pérdida ya consumada de sus colonias en Tracia y los Dardanelos, que Filipo con arte y maña se había apropiado. Era la última joya del Imperio colonial de Pericles, la más productiva, casi indispensable para la vida de Atenas, aquella serie de ciudades a lo largo de la costa, que habían sido constantes en la adversidad hasta que el macedonio llegó ante sus muros para reducirlas, conquistarlas o destruirlas.

A cada avance de Filipo, Atenas protestaba enviando una embajada, lo que hacía exclamar a Demóstenes que, «cuando los otros procuran sólo hacer daño, las quejas ya no son justicia, sino cobardía». No obstante, el gran caudillo nórdico sabía sortear las dificultades de un modo genial. Tuerto y con los miembros lisiados, impresionaba su sola presencia hasta el punto de ahogar la voz en la garganta de un orador como Demóstenes. He aquí cómo cuenta Esquines, competidor de Demóstenes en los tribunales de Atenas, la primera entrevista de Demóstenes con Filipo. Esquines y Demóstenes formaban parte de una em-



Estatua del orador Esquines.



Estatua de Demóstenes con el rollo de su discurso entre las manos.

bajada de diez miembros que habían ido a Pella, la capital de Filipo, en el invierno del año 347. Dice Esquines que Demóstenes, por el camino, había asegurado que vertiría raudales de elocuencia y se jactaba de ser capaz, con sus discursos, de hacer soltar a Filipo lo que había arrebatado a Atenas en la región de Tracia. Al llegar a Pella, los embajadores convinieron en que hablarían por orden de edad, y como el más joven era Demóstenes, a éste le tocaba hablar el último. Esquines describe la entrevista y dice que él, en su discurso, no dejó de recordar a Filipo todos los servicios que Atenas había prestado a Macedonia en tiempo de sus antepasados.

«Por fin tocó el turno a Demóstenes, y todos estábamos en expectación por oír la obra maestra de su elocuencia. Según supimos después, sus jactancias del camino habían llegado a oídos de Filipo, y cuando más atentos estábamos para escucharle, Demóstenes empezó a recitar un poema a modo de proemio, con voz apagada y fría como la de un muerto, y apenas hubo entrado en materia, se le acabó la voz y no pudo pasar adelante. Viéndole Filipo en este trance, le dijo que no se asustara y tuviera presente que no era un actor de teatro, donde el apocarse resulta una desgracia irremediable, sino que recobrara la calma y procurase recordar las razones que tenía preparadas; pero por más que Demóstenes trató de recordar lo que tenía escrito y empezó a hablar de nuevo, volvió a faltarle la voz, y, tras un corto silencio, el heraldo nos intimó a que nos retiráramos.

»Cuando estuvimos solos los embajadores, nuestro distinguido colega Demóstenes recobró la voz y con cara triste me dijo que yo había arruinado a Atenas. A lo que no sólo yo, sino los demás de la embajada, quedamos asombrados, y al pedirle explicaciones, me preguntó si me acordaba de la situación en que dejamos a Atenas, y cuán fatigado estaba el pueblo y deseoso de paz. —¿Es que tú confías —me dijo Demóstenes— en aquella armada de cincuenta buques que hemos botado, pero que nunca llegarán a navegar? Tu discurso ha exasperado de tal modo a Filipo, que con lo que tú has dicho será ya imposible obtener la

Llanura donde se dio la batalla de Queronea y monumento que conmemora el triunfo de los macedonios.



paz. — Iba yo a replicar a Demóstenes cuando Filipo nos llamó otra vez.»

Contra lo que creía Demóstenes, Filipo no se había enfadado por el discurso de Esquines, y en la segunda entrevista contestó a cada una de las quejas de los embajadores. «Pero a Demóstenes, y al mal papel que había hecho — sigue diciendo Esquines —, no aludió para nada, y esto es lo que ofendió a Demóstenes más que si Filipo le hubiese criticado...»

Pero este Demóstenes, que ante Filipo perdía la voz, en Atenas hablaba fuerte, y sus acusaciones, llamadas *Filípicas,* han quedado como muestra de oratoria insuperable. He aquí algunos fragmentos de la tercera filípica: «Tantos discursos se han pronunciado en Atenas, acerca de las hostilidades de Filipo, que yo estoy seguro me concederéis que ya no existe duda de que

nuestros esfuerzos deberían dirigirse a castigarle y humillarle. No obstante, tal es nuestra situación presente, que yo temo será la pura verdad decir que, si los oradores que me han precedido en aconsejaros hubiesen propuesto medidas para arruinar a Atenas, no es posible que hoy nos encontrásemos peor de lo que estamos.

»...Algunos políticos parecen preocuparse sólo de que Atenas se castigue a sí misma, entreteniéndola para que Filipo tenga libertad para decir y hacer lo que quiera. Yo os pido, oh atenienses, que no os ofendáis por mis palabras. Vosotros concedéis la libertad de hablar en otras cuestiones; hasta los extranjeros y los esclavos pueden hablar aquí más libremente que los ciudadanos en otras ciudades, y, sin embargo, habéis proscrito de vuestros consejos la libertad de hablar.

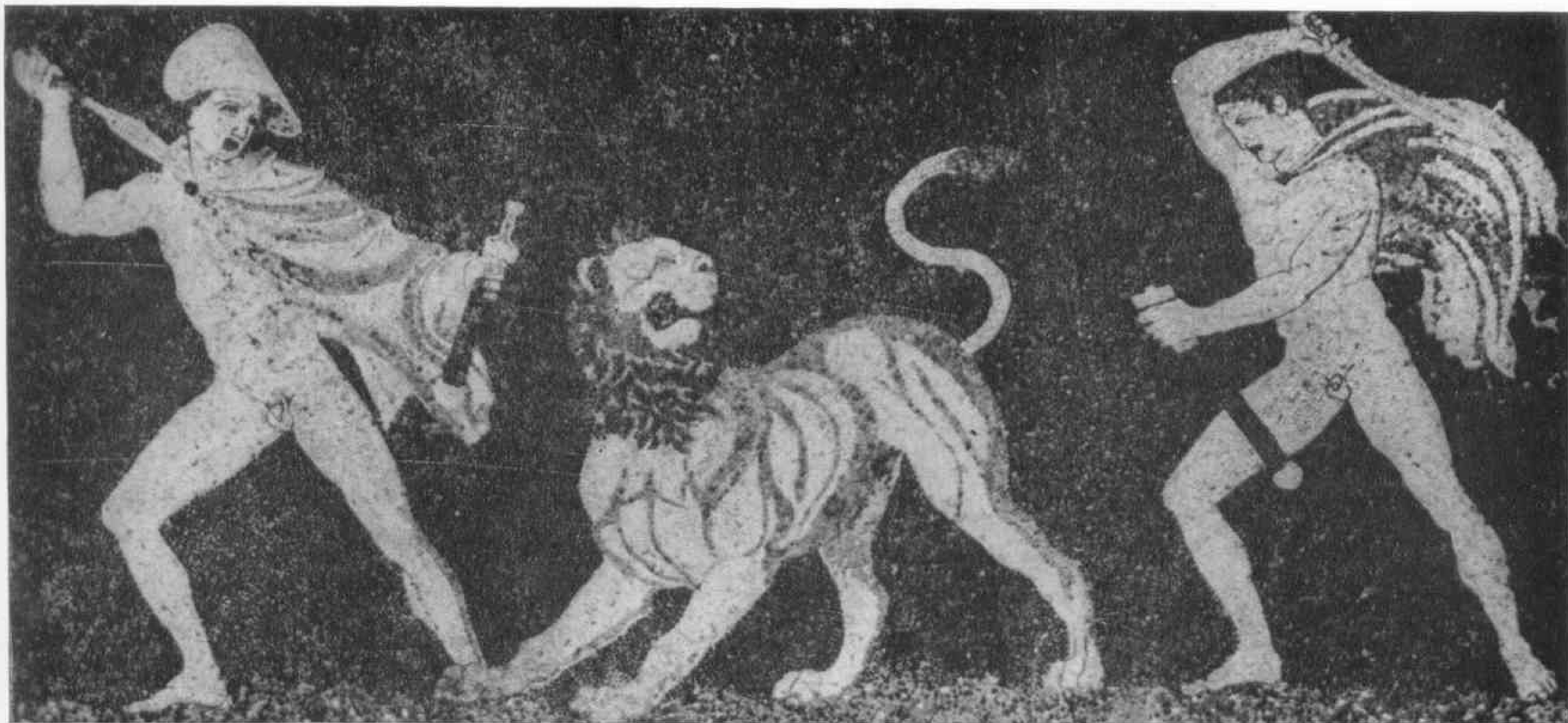
El resultado es que en las asambleas quedáis satisfechos oyendo buenas noticias, y, mientras tanto, os vais acercando al peligro. Si queréis continuar de este modo, debo yo callar; pero si queréis escucharme un buen consejo, sin adulación, estoy dispuesto a dároslo.

»Porque, no obstante que nuestra situación es deplorable, todavía, si os decidís a cumplir con vuestro deber, se puede remediar en absoluto. Voy a decir una verdad que os parecerá una paradoja: que lo que fue lamentable para el pasado, es lo mejor para el futuro. Por la misma razón que no cumplisteis vuestro deber, y habéis llegado a este estado, hay la esperanza de que, cambiando de conducta, mejoraréis de posición. Filipo ha prevalecido sobre vuestra pereza y negligencia, pero no ha prevalecido sobre la patria; no habéis sido vencidos, porque no os molestasteis en combatir...»

Por fin, el 7 de agosto del 338, Filipo de Macedonia, con un ejército de treinta mil soldados de a pie y dos mil de caballería, derrotaba en Queronea a la coalición que Demóstenes había conseguido formar de Atenas y Tebas. Poca o ninguna ayuda les había llegado de Esparta.



Medalla con el busto de Filipo, del Tesoro de Tarsos.



Alejandro y Crateros combatiendo contra un león. Mosaico descubierto en Pella.

16 ALEJANDRO

Filipo de Macedonia fue asesinado en Ega, la antigua capital de su reino, en octubre del año 336 antes de Jesucristo. Por aquellos días, Alejandro, su hijo, acababa de cumplir los veinte años. A su vez, Alejandro murió en junio del 323, o sea doce años y ocho meses después de su padre. En este corto período de tiempo conquistó un imperio mayor que el territorio actual de los Estados Unidos de América, recorrió distancias enormes, peleó en persona en dificilísimas campañas y siempre con un mismo propósito: el de fundir las razas de Asia para hacerles aceptar un mínimum de la civilización occidental que había empezado a florecer en Grecia. El episodio es tan extraordinario, que vale la pena de que nos detengamos a estudiarlo. A primera vista parece algo teatral, pero lo cierto es que Alejandro hizo cambiar los destinos de una gran parte de la Humanidad; además, para realizar este objetivo, la naturaleza produjo un ser excepcional. Alejandro será siempre el tipo del héroe generoso, del noble capitán cuyas virtudes, asociadas a bélicos instintos, le llevan a triunfar donde otros hubieran perecido. Su fama durante la Edad Media fue de caballero andante, invencible y piadoso y el lector se queda sorprendido al leer los antiguos historiadores griegos y romanos de la vida de Alejandro y encontrarse con que esta idealización de la Edad Media no está muy apartada de la verdad.

Y pues que el individuo es lo más relevante en este caso, y la personalidad de Alejandro es el factor principal de sus empresas, no podemos menos de estudiar al hombre y las causas de su carácter. Por de pronto, diremos algo de sus padres, de su educación y del medio en que se desarrolló.

Alejandro era hijo de Filipo y de Olimpia, dos temperamentos que podrían definirse como un hombre de claro talento y

una desequilibrada. Filipo queda bien retratado en la Historia: es astuto y emprendedor, ambicioso y perspicaz; aprovecha siempre el momento oportuno para sus fines, nunca deja perder la ocasión, ni llega nunca tarde; es despiadado y violento, pero conoce el valor de las ideas, como fuerzas imponderables de la Humanidad, y se retira a tiempo delante de este algo superior que hoy llamaríamos el Espíritu. Su paciencia con Atenas, el respeto con que trató todas las cosas santas de Grecia, prueban que Filipo no era por ningún concepto el *bárbaro* que fustigaba Demóstenes.

Menos capaz de dominar sus pasiones era Olimpia. Filipo la conoció en una ocasión que había ido, como ella, a iniciarse en los misterios de la isla de Samotracia. Ambos eran jóvenes; Filipo, para casarse, tuvo necesidad del permiso del hermano de ella, que era rey del Epiro, la actual Albania. Huérfana de padre y madre, Olimpia había hecho el largo viaje a Samotracia para aprender de las religiones místicas de Grecia. Plutarco, que no rehúsa a Olimpia el calificativo de maga, completa nuestra información con este párrafo: Adicta al entusiasmo de los ritos órficos y al culto furioso de Dioniso, imitó en muchas cosas a las mujeres tracias, exageradas en sus maneras de adoración y por todo extremo raras. Se dice que Olimpia, afectando un celo anormal en sus estados de inspiración y éxtasis, se hacía acompañar de grandes serpientes, que, medio escondidas entre la hiedra, y a veces enroscadas en los tirsos que llevaban las mujeres que danzaban en torno suyo, se aparecían como horrorosa visión a los hombres que asistían a las ceremonias.

Olimpia, madre de Alejandro.



Tal era Olimpia, la madre de Alejandro y esposa de Filipo. No es de extrañar, pues, que el práctico y sensual macedonio se cansara pronto de su extraña mujer y buscara a menudo compañías más placenteras. Por fin, sin repudiar a Olimpia, decidió, cuando ya tenía cuarenta años, casarse con una joven macedonia, de la que esperaba sucesión. Olimpia no le perdonó esta ofensa; por de pronto se retiró al Epiro, pero al año siguiente reapareció en la corte y es probable que ella fuese la mano oculta que guió el puñal del asesino de Filipo.

De tal pareja de seres extremados nació Alejandro. Curioso resulta advertir en él la herencia de los caracteres de sus padres, sublimados, reforzados, depurados por las leyes del cruzamiento. Alejandro era rubio, de piel blanca, algo colorada en la cara y el pecho. Aristógeno decía que la piel de Alejandro exhalaba un olor agradable, y como, según Teofrasto, los perfumes son producidos por la ebullición de los humores con el calor, esto hace decir al bueno de Plutarco que el olor de Alejandro era debido al calentamiento de los humores de su cuerpo por la violencia de su carácter. Era alto, bien conformado, casi un prototipo de belleza. Su resistencia física superaba a la de todos los soldados y generales de su ejército. En las batallas se le veía siempre en primera fila y recibió heridas muy graves de las que sanó sin dificultad. En la India una azagaya le atravesó el pulmón,

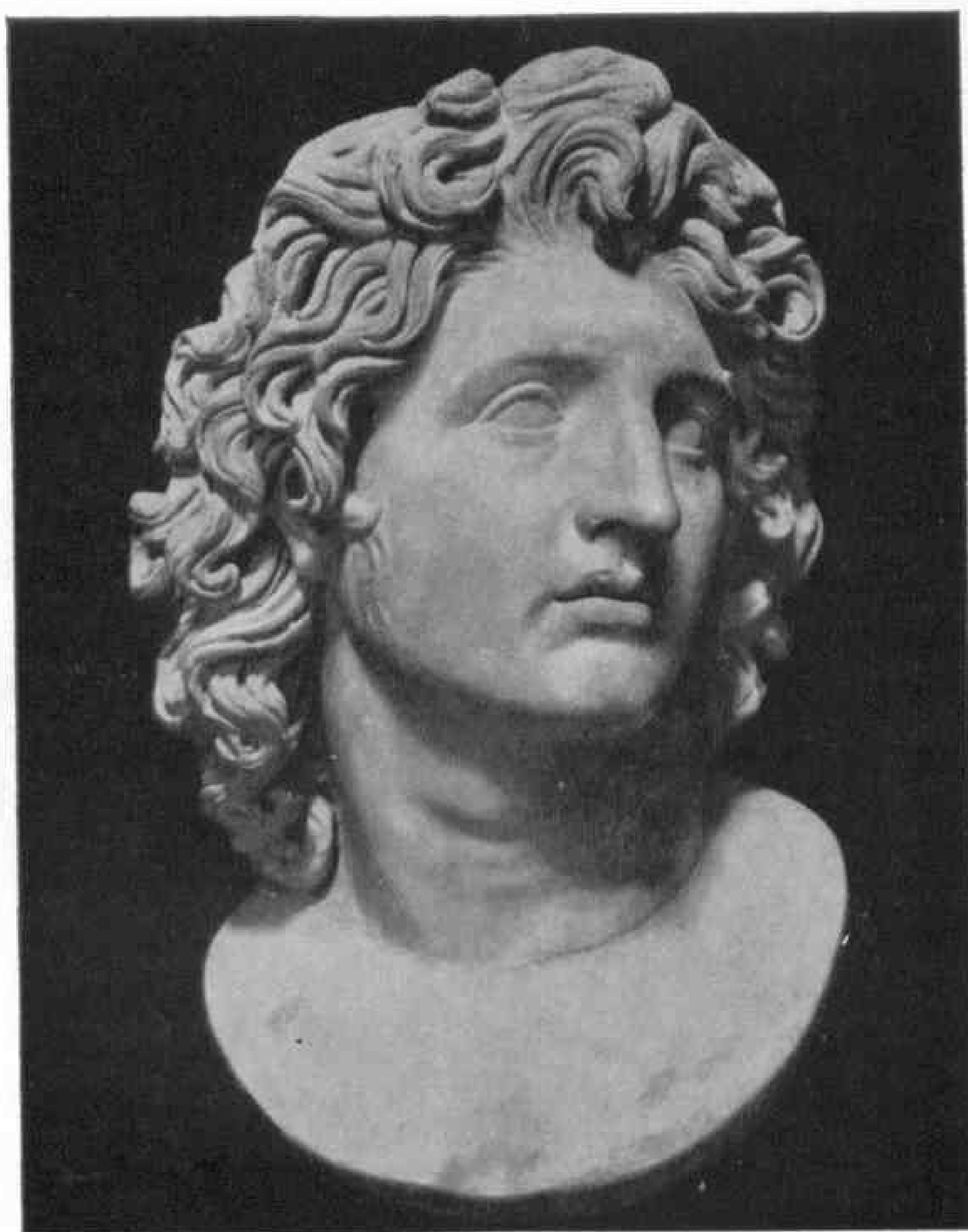
y aunque entonces estuvo a punto de perecer, a las pocas semanas pudo dirigir otra vez la marcha de sus tropas a través del desierto de Beluchistán, en la costa entre la Arabia y la India.

Pero a diferencia de Filipo, que tenía la vanidad de ganar las carreras de caballos, Alejandro detestaba el atletismo profesional. No sabía nadar; sus ejercicios predilectos eran el juego de pelota, la caza y el montar a caballo. Siendo aún niño, fue capaz de domar al potro Bucentauro, que nadie había podido montar; porque Alejandro se dio cuenta de que el corcel se espantaba de su propia sombra, y así, poniéndole de cara al sol, consiguió hacerse dueño del bruto, con gran sorpresa de Filipo y de otros hábiles jinetes que presenciaron el caso.

Filipo admiraba la elocuencia y componía sus discursos como un orador; en cambio, Alejandro improvisaba sus arengas, fiándose más que nada de su fuego pasional y de la simpatía que emanaba de su persona. Una vez que intentó averiguar el porvenir por medio del oráculo de Delfos, la sacerdotisa se negó a profetizar, hasta que casi a la fuerza hubo de exclamar: «¡Alejandro, eres irresistible!»

Al partir para la conquista del Asia, Alejandro quiso repartir sus bienes personales, que eran todos los del dominio real, entre sus compañeros de armas. Al preguntarle entonces uno de ellos qué era lo que se reservaba para sí, Alejandro respondió: «Nada más que mis esperanzas.» «Nosotros —dijeron algunos de sus compañeros— queremos también participar de ellas...»; y así, por el botín y la gloria que esperaban ganar con Alejandro, rehusaron lo que les ofrecía. Sin ser, pues, un adepto de las artes mágicas, como su madre, tenía Alejandro bastante encanto natural para fascinar a amigos y enemigos.

Por lo que toca a su educación, en sus primeros años estuvo al cuidado de una nodriza, cuyo recuerdo cariñoso conservó siempre en medio de sus triunfos y expediciones. El primer preceptor, llamado Leónidas, fue escogido por su madre y de él se cuenta que una vez hubo de reñir a Alejandro porque prodigaba sin tasa el incienso en sus sacrificios a los dioses. Esto es todo lo que sabemos de él, así como que se hacía llamar *el ayo de Alejandro* y que le sobrevivió, a pesar de ser ya entrado en años cuando le tomó por discípulo. El segundo preceptor era ya un pedagogo culto; su nombre era Lisímaco, pero, aficionado a los apodos, se había dado a sí mismo el de *Fénix* y llamaba *Aquiles* a Alejandro, y a Filipo, su padre, *Peleo,* como el padre de Aquiles. Es curioso advertir que nombres retóricos parecidos se los dieron a sí mismos también Carlomagno y sus amigos de la escuela de palacio; el tipo del erudito entusiasta no ofrece, pues, gran variedad en la Historia.



Alejandro en su juventud.

Por fin, al llegar Alejandro a la pubertad, Filipo tomóle por su cuenta y le proporcionó un maestro de más elevada categoría: éste fue Aristóteles, quien se hallaba en lo mejor de sus años y cuya reputación no podía ser mayor. El padre de Aristóteles,

llamado Nicómaco, había sido médico del padre de Filipo; existía, pues, un vínculo de afección entre Aristóteles y el rey de Macedonia. Aristóteles estableció su escuela lejos de la capital, cerca de las montañas de Tesalia, en el templo de las Ninfas, del lugar de Mieza. Allí Alejandro, con algunos compañeros, varios de ellos también de estirpe regia, estuvo recibiendo durante cuatro años las lecciones de Aristóteles. Las clases se daban al aire libre, paseando a la sombra de las paredes del templo; siglos más tarde se enseñaban todavía los poyos de piedra donde se sentaba Aristóteles con sus discípulos durante los años de la escuela de Mieza. Se cuenta que un día Aristóteles preguntó a sus discípulos cómo se conducirían con él cuando fueran reyes. Uno dijo que le sentaría a su mesa, otro que le haría su ministro y tesorero; pero Alejandro, al llegarle su turno, contestó: — ¿Cómo puedo yo saber lo que haré mañana? — ¡Bien dicho! — exclamó el maestro —; ¡muy bien dicho, Alejandro; tú serás el mayor rey de los tres!...

La escuela real de Mieza, con Aristóteles, acaso fue la pauta que siglos más tarde trataron de seguir los príncipes del Renacimiento, los mismos Reyes Católicos, para educar al príncipe Don Juan y algunos nobles compañeros suyos, organizando una escuela especial con profesores escogidos. Pero dejemos que Plutarco nos cuente lo que sabe de las relaciones de Alejandro con Aristóteles: «Parece que Alejandro aprendió de Aristóteles, no sólo sus doctrinas de moral y política, sino también aquellas más difíciles y profundas teorías que sólo se comunicaban de viva voz y no se descubrían sino a los iniciados. Por esto cuando Alejandro, hallándose en el Asia, supo que Aristóteles había publicado algunos tratados de estas ciencias, le escribió en términos muy sencillos, pero deplorando sus revelaciones. La carta dice así: «Alejandro a Aristóteles, salud. Habéis hecho mal en publicar vuestros libros de doctrina oral, porque, ¿cómo nos distinguiremos nosotros de los demás si aquellas cosas que nos confiabais en secreto, ahora se han enseñado a todo el mundo? Por mi parte os aseguro que más deseo superar al vulgo en conocimientos que extender mi poder y mis dominios. Adiós.» Y Aristóteles — prosigue diciendo Plutarco — contestó a Alejandro alabándole sus deseos de aprender y excusándose de haber publicado sus doctrinas; aunque, en realidad, están publicadas y no lo están, pues sabido es que sus libros de metafísica fueron escritos en un estilo que hace de ellos como una especie de programa o memorándum, y son sólo inteligibles para los familiarizados con esta ciencia.

»Es bien seguro — continúa Plutarco — que Alejandro heredó de Aristóteles su afición por el arte de la medicina. Porque cuando sus amigos estaban enfermos, les recomendaba el tratamiento y dieta apropiados a su enfermedad, según vemos por sus cartas. Alejandro era inclinado a toda clase de lecturas, y Onesícritos dice que Alejandro se dormía con la copia de la *Ilíada,* corregida por Aristóteles, puesta debajo de su almohada, junto con la daga. Cuando estaba en el interior del Asia hizo pedir libros a su tesorero Harpalus, que se había quedado en el Oeste, y Harpalus le envió la *Historia de Sicilia,* por Filistos; muchas comedias de Eurípides, Sófocles y Esquilo, y algunos ditirambos compuestos por Telestes y Filoxenos.»

Aunque la selección de libros hecha por Harpalus no puede servirnos para conocer los gustos de Alejandro, es interesante que se ponga entre ellos a Eurípides antes de Sófocles, y a éste antes que Esquilo. Telestes es citado por Aristóteles, en su *Poética,* como modelo de autor de ditirambos, y por más que Cicerón califica el libro, hoy perdido, de Filistos como una pobre imitación de Tucídides, el breve inventario que nos da Harpalus de las lecturas de Alejandro en Asia es una lista de libros serios, de buen gusto y apropiados para un conquistador.

Este es el hombre, ésta fue su educación; vamos a ver ahora con qué elementos empezó sus empresas bélicas. A la muerte de su padre los estados de Alejandro se redu-

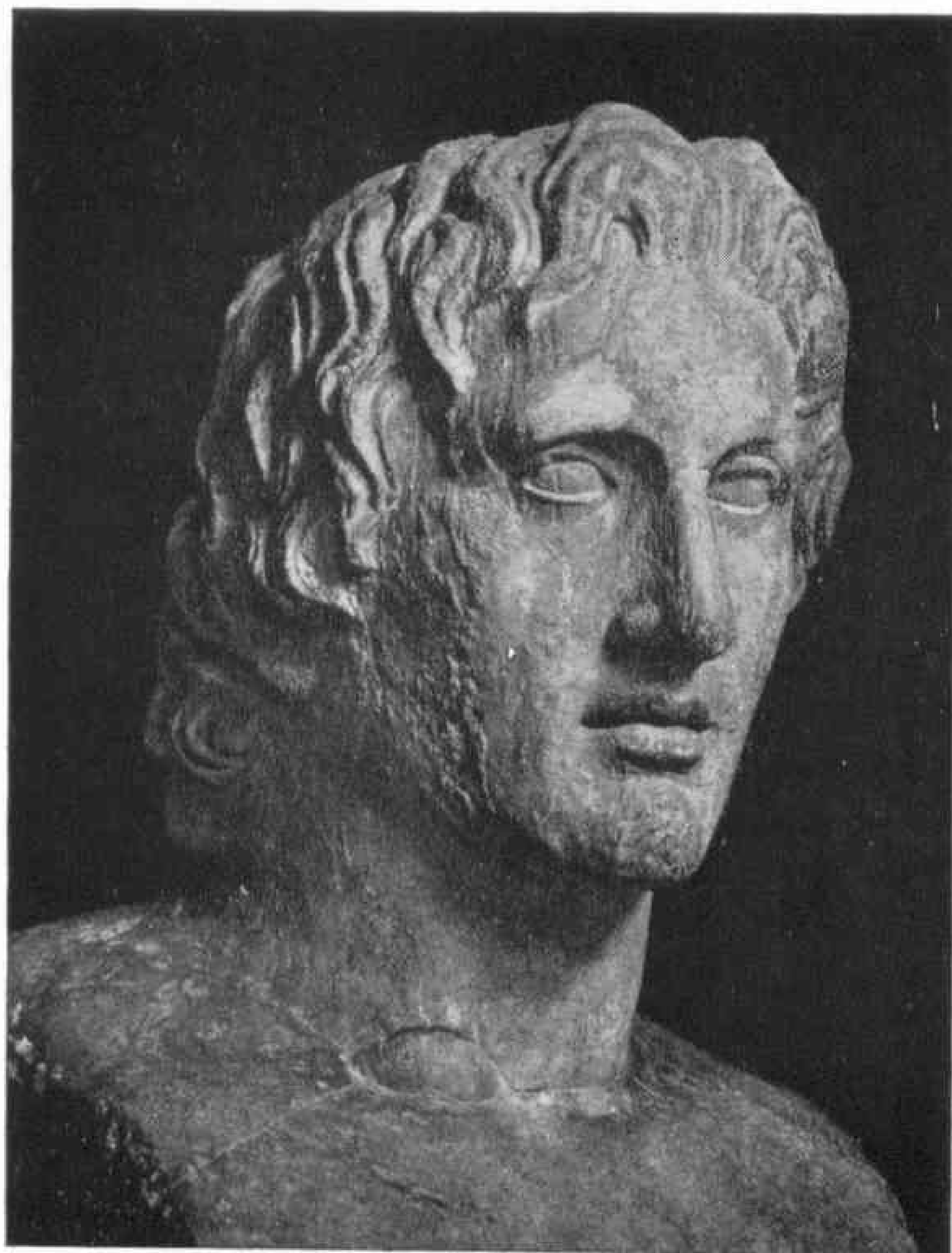
cían a Macedonia, que comprendía la mayor parte de lo que hoy llamamos los Estados balcánicos, y el Epiro, la moderna Albania, aunque administrada como propiedad personal de Olimpia; en realidad, venía a ser también de Alejandro. La madre y el hijo se adoraban; en lo más remoto del Asia Central recibía Alejandro regularmente cartas de Olimpia, que leía en secreto sin comunicar a nadie su contenido. Una vez que Olimpia causó ciertas contrariedades a Alejandro, como no podía por menos de ser, dado su carácter, Alejandro dijo que una lágrima de su madre era suficiente para lavar todas las faltas, aunque otras veces decía que le hacía pagar bien caro los nueve meses que le había llevado en su seno.

Además de Macedonia y los territorios vecinos, Filipo había conquistado la Tesalia, Estado monárquico que debió de serle fácil anexarse porque no había pasado por la fiebre democrática ni las revoluciones oligárquicas de otros Estados de Grecia. Pagar tributo a la casa real de Larisa o servir en los ejércitos del conquistador macedonio debía de ser casi lo mismo para los montañeses de Tesalia. En cambio, para Filipo y Alejandro ésta sería la mejor adquisición, porque Tesalia estaba precisamente al sur de Macedonia, entre el Olimpo y las Termópilas, y era país abundante en caballos, tan preciosos para las campañas de entonces; es un hecho que los jinetes tesalios fueron casi tan eficaces como los macedonios en las cargas de la caballería que decidieron todas las batallas de Alejandro.

Más ambiguo era el dominio que Filipo legó a Alejandro en lo restante de Grecia, al sur de las Termópilas. Filipo hubiera podido tratar como un feudo personal a todos y cada uno de los Estados griegos; sin embargo, se limitó a hacerse conceder el título de *archiestratego* (generalísimo) de los ejércitos griegos por un congreso panhelénico que se había reunido en Corinto en 338. Este congreso trató también de establecer un consejo *(synedrion)*, con residencia en Corinto, que hubiese podido ser el poder ejecutivo de una confederación helénica, bajo los auspicios de Macedonia, si los griegos hubieran podido olvidar sus diferencias. Cada estado griego conservó su gobierno local y como tribunal supremo se acordó reconocer al consejo de los anfictiones, o administradores del templo de Delfos. En apariencia es bien poco lo que con-



Estatua de Alejandro joven encontrada en Magnesia.



Busto de Alejandro en el Louvre.

siguió Filipo con su victoria de Queronea; pero en realidad su posición de jefe de las fuerzas militares de todos los griegos le hacía el árbitro de la política exterior y Grecia quedaba desarmada, porque en el congreso de Corinto se dispuso que ningún griego podía tomar armas contra Filipo, ni aun como mercenario de un ejército extranjero. Además, se le concedió el derecho de mantener guarniciones macedonias en la isla de Eubea, el istmo de Corinto y las fortalezas de Tebas y Ambracia.

De todo lo dicho se desprende que los títulos de Filipo, como general en jefe de los ejércitos griegos, y otras ventajas eran concesiones que se hacían a su personalidad, no derechos establecidos por una tradición secular o que radicaran en la corona del rey de Macedonia. Así es que ya se podía prever que antes de atreverse Alejandro a poner un pie en el Asia debía reconquistar uno por uno estos títulos de su padre, batallando en Grecia al sur de las Termópilas. He aquí un sumario de sus primeras campañas. El año 336, que es el de la muerte de Filipo, Alejandro era proclamado, en Pella, rey de Macedonia, sin grandes dificultades. En cambio, tuvo que amenazar a Grecia, al sur de las Termópilas, con una expedición militar aparatosa para que el congreso de Corinto transmitiera al hijo los títulos de su padre. Entonces fue, según se dice, cuando tuvo efecto la entrevista de Alejandro con el filósofo cínico Diógenes, que vivía en Cranea, un barrio de Corinto: — ¿Qué deseas de mí? — le preguntó Alejandro. — Que te apartes, pues me quitas el sol — contestó Diógenes por toda respuesta. Añádese que Alejandro, maravillado, exclamó: — ¡Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes!

Creyendo haber *pacificado* el Sur, Alejandro, al año siguiente, o sea el 335, pasó a *castigar* a los bárbaros del Norte, que para él eran los escitas de la región danubiana. Durante los cinco meses que duró esta campaña, los griegos descontentos, sobornados por el oro de los agentes del rey de Persia e intoxicados con los discursos patrioteros de los oradores áticos, prepararon una insurrección, que tenía sus focos más importantes de conspiración en Tebas y en Atenas. Cuando Alejandro se hallaba más descuidado, combatiendo contra unas tribus del oeste de sus estados, mejor dicho, de los estados de su madre en el Epiro, recibió la noticia de que Tebas se había sublevado y los demócratas tebanos tenían sitiada la guarnición macedonia de la fortaleza. Pero sin dar respiro, Alejandro compareció delante de Tebas y esta vez la ciudad fue arrasada, para dar ejemplo a toda Grecia. Se dice que sólo respetó la casa en que había vivido el poeta Píndaro.

Atenas era tanto o más culpable que Tebas, lo que Alejandro sabía muy bien, pero se contentó con pedir la entrega de diez de los cabezas del motín. Ocho de ellos eran abogados, con Demóstenes como principal, y éstos pusieron en juego su elocuencia para persuadir al pueblo de que no debía acceder a la demanda de Alejandro. Demóstenes dijo entonces que, entregándolos a ellos, harían como aquella oveja, que, para es-

capar del lobo, consintió en entregarle el perro del pastor, sin ver que así entregaba todo el rebaño. Dijo también que ellos—los oradores — eran sólo la muestra del grano y que si Alejandro los encontraba buenos, acabaría por exigir todo el granero. Una nueva embajada pasó a entrevistarse con el joven caudillo, y éste, como siempre, fue magnánimo: concedió a Atenas los diez perros de pastor. Continuaron ladrando todavía cuando Alejandro estaba en el Asia, pero ya no prestó atención a sus ladridos.

Dos años empleó, pues, Alejandro para recobrar las conquistas de su padre y en la primavera del 334 lo tenía todo preparado para pasar al Asia. Dejó en Europa como regente a un viejo macedonio, Antípater, que le fue fiel hasta la muerte, y atravesó los Dardanelos por el mismo punto que lo había hecho Jerjes cuando invadió a Grecia dos siglos antes. El ejército de Alejandro se componía de 30.000 soldados de infantería y 5.000 de caballería. Estos últimos formaban el núcleo del ejército y eran en su mayoría macedonios y tesalios. Los soldados de infantería habían sido reclutados por toda Grecia, especialmente en Corinto, que era el lugar céntrico de contratación para estos servicios. El mercenario griego se alquilaba al mejor postor, o al que tenía más probabilidades de éxito. Cobraba, cuando más, una pieza de oro persa (dárico), o sea cuatro pesos, por semana, y debía proveerse de armas, pero tenía, en cambio, derecho al botín. Las guerras civiles de Grecia, especialmente las guerras de



Alejandro en la batalla del Gránico montado en su caballo Bucentauro

Esparta contra Atenas, habían favorecido la aparición de este tipo de guerrero profesional.

Es fácil que Esparta iniciara la creación de la unidad de combate que se llamó después la *falange macedónica*. El nombre es inexacto, porque se conocía mucho antes de que la emplearan Filipo y Alejandro, y su reputación parece exagerada; ya veremos que era más bien una formación defensiva que un escuadrón de ataque. La falange venía a ser una fortaleza compuesta de soldados; tenía de doce a dieciséis filas, apretadas y de longitud variable, pero que no pasaba de 250 hombres de frente, de manera que a lo más empleaban en su formación 4.000 soldados, sin contar los auxiliares. El arma de los soldados de la falange era la pica; lo único que Filipo y Alejandro hicieron fue dar mayor longitud a las picas, al menos a las de las filas posteriores. Estas, larguísimas picas, algunas de ocho metros de largo, se llamaban *sarisas* y ya se puede imaginar que un ataque regular debía estrellarse ante este muro humano de dieciséis filas de profundidad con dieciséis puntas de lanza proyectándose hacia fuera una detrás de otra. Sin embargo, la falange sería de movimientos pesados e imposible de recomponer en caso de desbaratarse. Así venció Epaminondas a los espartanos, atacando la falange plana, de dieciséis filas de fondo, con una falange de lado, de dieciséis filas de frente y cuarenta y ocho hombres de profundidad; pero, de ordinario, la falange era suficiente para resistir el ataque de la caballería y casi inmejorable para asegurar el centro en una línea de batalla, aunque no había en ella ningún secreto técnico ni nada que Alejandro no pudiera encontrar en las huestes enemigas. Los mismos persas tenían mercenarios griegos que formaron la falange en todas las batallas que dieron contra Alejandro.

¿En qué consistía, pues, la superioridad de Alejandro, además de su personalidad, que, como decía el oráculo, era irresistible? Sin duda alguna, su ejército de caballería. Los montañeses macedonios y tesalios tenían tradiciones de libertad combinadas con una aptitud para la colaboración que les hacía invencibles en el combate. Esto es muy interesante, porque sirvió a los macedonios, no sólo para la guerra, sino también para la paz. Filipo y Alejandro tienen raras facultades de asimilación, que encontramos análogas en Tolomeo, Antígono, Seleuco, Lisímaco, Neandro y otros generales macedonios de la misma generación. Sorprende ver a estos compañeros de Alejandro, improvisados monarcas del Oriente, dar muestras de un refinamiento de gustos y de un instinto político que no tenían los viejos dinastas del Asia y Egipto. ¿Dónde estaba el secreto de esta ventaja moral que les hacía ganar imperios y conservarlos? ¿Eran sólo la fuerza física, la juventud, el entusiasmo, el valor? No; ademas de pertenecer a una nación joven, los compañeros de Alejandro dieron muestras de un gran instinto político.

Por de pronto, encontramos a Alejandro rodeado de un grupo de amigos que se llaman los *hetairoi*, hermanos de armas, o *compañeros*, que se permiten libertades con el rey que no serían posibles en un régimen monárquico, al menos tal como se entendía en la antigüedad. Se cuenta que Filipo se escondía de Antípater para jugar a los dados: tenía miedo de las reconvenciones del viejo general. Vimos que los *compañeros* de Alejandro se creen con derecho a aceptar o no las donaciones que les hace el rey antes de partir para el Asia. Los relatos de las campañas de Alejandro están llenos de anécdotas de sus conversaciones, festines, y juegos con los *hetairoi* o *compañeros* que le siguen; con ellos habla y se pelea, como a iguales suyos, excepto al tratarse de asuntos militares.

Las relaciones de Alejandro con sus *hetairoi* no son las de un rey con sus ministros, o de un general con sus oficiales, sino las de un jefe nórdico con su banda de guerreros arios, como encontramos en el poema *Beowulf* y en los *Eddas* escandinavos. La misma familiaridad observamos en las relaciones de Carlomagno con sus pares. Se ha

comparado el trato que daba Alejandro a los *compañeros* macedonios con el que tenía con su jefe el *comitatus* de los antiguos germanos y que subsiste aún entre los comitadjis de los Balcanes. Alejandro es un guerrillero, con su banda, y con un ejército por añadidura.

He aquí la causa principal de su éxito. Alejandro sabe que puede contar con sus *hetairoi* hasta el límite de la resistencia humana. Los *compañeros* que son mil quinientos, forman un escuadrón de caballería que dirige él mismo, aunque sin perder de vista las maniobras del resto del ejército. Ahora bien, ¿quiénes eran estos *compañeros*? ¿Era esta aristocracia macedónica de raza germánica o griega? Parece que los *hetairoi* eran los habitantes de las llanuras de Macedonia; los pastores de sus montañas les estaban sujetos y les seguían sin protestar. El macedonio era afín al griego, aunque existían tales diferencias entre ambos lenguajes, que resultaban ininteligibles entre sí. Alejandro y sus generales hablaban siempre griego, excepto cuando estaban enfurecidos; el griego, y no el macedonio, pasó a ser, después de las conquistas de Alejandro, la lengua de Asia y Egipto.

Hoy se tiende a creer que los macedonios de los llanos parecen ser los rezagados de la gran emigración dórica y, por lo tanto, de raza griega, mientras que los de las montañas eran de otro tipo, mucho más rústicos. He aquí lo que les dice Alejandro, en el Asia, en una ocasión en que le molestan con sus quejas:

«Mi padre Filipo os encontró sin residencia estable, errantes, sin recursos, vestidos todavía con pieles, guardando pobres rebaños de ovejas en las montañas y teniendo que defenderos de los ilirios y tracios vecinos. El os dio el manto del soldado y os condujo al llano, haciéndoos capaces de atacar a los bárbaros más allá de sus fronteras, de modo que ya no confiasteis tanto en vuestras guaridas, para defenderos, como en vuestro valor personal. El os hizo vivir en ciudades y os dotó de leyes e instituciones; él os hizo jefes y capitanes para dominar a estos mismos bárbaros que antes os habían robado y se os llevaban a sus tierras para servirles como siervos y esclavos...»



Cabeza de un sátrapa persa.

Esto aclara, pues, la composición del ejército de Alejandro al atravesar los Dardanelos el 334. Por de pronto, había 1.500 *compañeros*, y además, un número doble de soldados tesalios y macedonios de caballería. Seguía después una multitud de mercenarios — se cita el número de treinta mil — propios para la falange, bastantes de ellos veteranos de las campañas de Filipo. En total, como ya hemos dicho, treinta y cinco mil hombres, pocos para un conquistador, pero sobrados para un aventurero. Y Alejandro, el año 334, no era mucho más que un soldado de fortuna.

Plutarco dice que, al partir para el Asia, Alejandro no tenía, en numerario, más que setenta talentos, o sean unos ochenta mil pesos, y provisiones para treinta días. Ahora bien, ochenta mil pesos no eran suficientes ni para pagar una quincena de sus tropas;



Mosaico de la batalla de Issos, en el Museo Nacional de Nápoles. Fragmentos de Alejandro lanzándose impetuosamente contra el carro de Darío y, en la página opuesta, éste iniciando su huida, atemorizado.

era, pues, necesario para aquel joven de veintidós años triunfar pronto en su empresa si no quería sufrir las impertinencias de sus propios generales y ser víctima de sus mercenarios.

Los persas le ofrecieron en seguida una oportunidad para vencer. La demora de dos años que había sufrido la expedición hizo que todos se enteraran de la proyectada aventura. Así es que, pocos días después de haber atravesado los Dardanelos, Alejandro se encontró con un primer ejército reunido por los sátrapas del Asia Menor. Los persas habían situado sus líneas de batalla al otro lado de un riachuelo llamado el Gránico, que si bien era vadeable, les protegía a manera de foso. Era una posición formidable para resistir un ataque, y el general Parmenio trató de disuadir a Alejandro de su loco intento de lanzarse sobre un enemigo parapetado detrás de un ribazo de más de un metro de altura. Pero Alejandro contestóle que los que habían cruzado los Dardanelos podían muy bien cruzar aquel torrente, y le dio orden de atacar con el ala izquierda, mientras él, con los *compañeros,* dirigía el ataque del ala derecha. Chorreando agua pusiéronse los macedonios en contacto con el enemigo. De documentos de la época copia Arriano el siguiente episodio del combate:

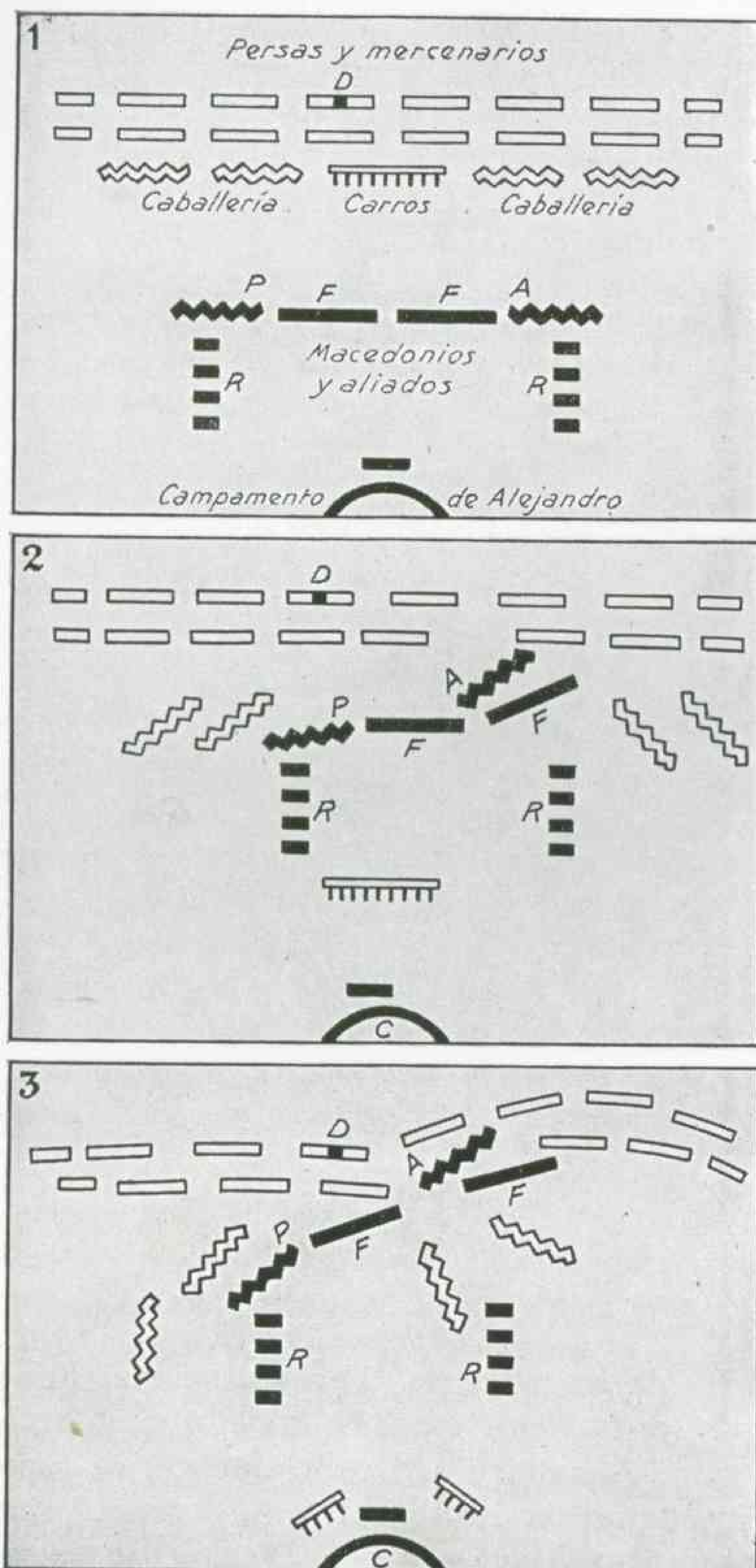
«Tan pronto como Alejandro percibió a Mitrídates, yerno de Darío, a la cabeza de un escuadrón, marchó hacia él y lo derribó de un golpe. A su vez, Roisakes descargó sobre Alejandro un terrible tajo que le partió el yelmo, pero no llegó a herirle. En cambio, Alejandro, revolviéndose contra él le atravesó de una lanzada, y cuando Spitrídates, el sátrapa de Lidia, iba a descargar con su cimitarra un golpe mortal sobre Alejandro, Cleto, hermano de leche, se le



anticipó y con un formidable sablazo en el hombro le arrancó a Spitrídates el brazo, con la espada todavía pegada a la mano.» Algunos afirmarán que este párrafo parece copiado de un libro de caballerías, pero lo cierto es que, al llegar la noche, un sinnúmero de magnates persas yacían sin vida en el campo de batalla, y, en cambio, de los *compañeros* de Alejandro sólo habían muerto veinticinco, con ochenta jinetes de los otros escuadrones. Toda el Asia Menor quedaba a disposición del vencedor y el botín de la jornada del Gránico era suficiente para satisfacer las más perentorias necesidades. De los despojos del combate se enviaron trescientas armaduras a Atenas, en ofrenda a la Atenea de la Acrópolis, y a Olimpia, madre de Alejandro, varias alfombras orientales y vasos de oro encontrados en las tiendas de los sátrapas. Tan sensacional hubo de ser la victoria del Gránico, que, al acercarse Alejandro a Sardes, que era la capital de un territorio inmenso, el gobernador persa no intentó siquiera la resistencia y salió a recibirle acompañado de los principales de la ciudad. El prestigio del macedonio había penetrado en Asia.

En cambio, Alejandro tuvo que sitiar dos puertos griegos del Asia Menor: Mileto y Halicarnaso. Como no disponía de buques, estas ciudades marítimas creyeron que podían esperar el curso de los acontecimientos; sin embargo, a excepción del castillo de Halicarnaso, que demostró de una manera palpable ser inexpugnable, lo demás de la costa tuvo que entregarse al impetuoso macedonio.

Hay que hacer aquí una digresión para



Batalla de Arbeles (1.° de octubre del 331 antes de J. C.). Por la madrugada (1) el ejército macedonio ocupaba parte del centro persa. Alejandro (A) estaba en la derecha con su caballería macedonia, mientras Parmenio (P) mandaba la de Tesalia. Ocupaban el centro las falanges (F F) y, para protegerse de un ataque envolvente, se habían situado dos columnas de reserva en profundidad (R R). La batalla empezó (2) con un movimiento del ejército de Alejandro hacia la derecha. Los persas se retiraron también, dejando un hueco por el que penetró Alejandro. A la caída de la tarde (3) los persas habían envuelto el ala de Parmenio (P), pero Alejandro (A) había llegado hasta el carro de Darío (D), quien huía.

comprender lo que va a seguir. En esta época, los sátrapas o gobernadores persas, como todos los oficiales asociados a su administración, estaban contagiados de helenismo y hasta podríamos calificarles de corrompidos. Conservaban algo de los antiguos iranios y participaban en las ceremonias de los jonios, sus subordinados, a quienes vigilaban por cuenta del Gran Rey, pero vestían como los griegos y hacían deportes a la moda helénica. Esto no quiere decir que no fueran fieles, pues mantenían su respeto a la verdad y a la obediencia, las grandes virtudes impuestas por Zoroastro. Pero carecían de aquella fuerza, entusiasmo y pasión que llevaba a los macedonios a conquistar el Asia. No se da el caso de que un sátrapa persa hiciera traición a su rey, pero tampoco hubo ejemplos de heroísmo entre los persas, como los había habido en la antigua expedición de Jerjes contra Grecia. Los sátrapas eran en realidad más funcionarios políticos que guerreros.

Alejandro todavía tuvo que detenerse casi un año en el Asia Menor para dejarla libre de enemigos. Era entrado ya el otoño del año 333 a. de J. C. cuando el ejército macedonio desembocó por los desfiladeros del Tauro en las llanuras de Cilicia. Allí le esperaba el Gran Rey, para detenerle antes de que pudiera invadir a Siria. Darío se hallaba acompañado de muchos de los sátrapas del Asia, que habían acudido con sus familias como si se tratara de asistir a unas maniobras militares. Algunos de ellos, sin embargo, por vía de precaución, habían dejado sus harenes en Damasco, pero Darío tenía consigo a su madre, su esposa y sus hijas. No abrigaba la menor duda de que esta vez iba a dar el merecido castigo a aquel jovenzuelo atolondrado que se atrevía a amenazar al poder gigantesco de Persia.

Alejandro, desconociendo la situación exacta del campo enemigo, se había adelantado por el camino de la costa, donde quedaba poco espacio entre las montañas y el mar. Cuando supo que Darío estaba a sus espaldas, en lugar de escapar con su ejér-

cito, compuesto de tropas ligeras, a la persecución de los persas, Alejandro dio media vuelta hacia atrás, para hacer frente al enemigo. También esta vez los persas se habían atrincherado detrás de un riachuelo, cerca del golfo de Issos.

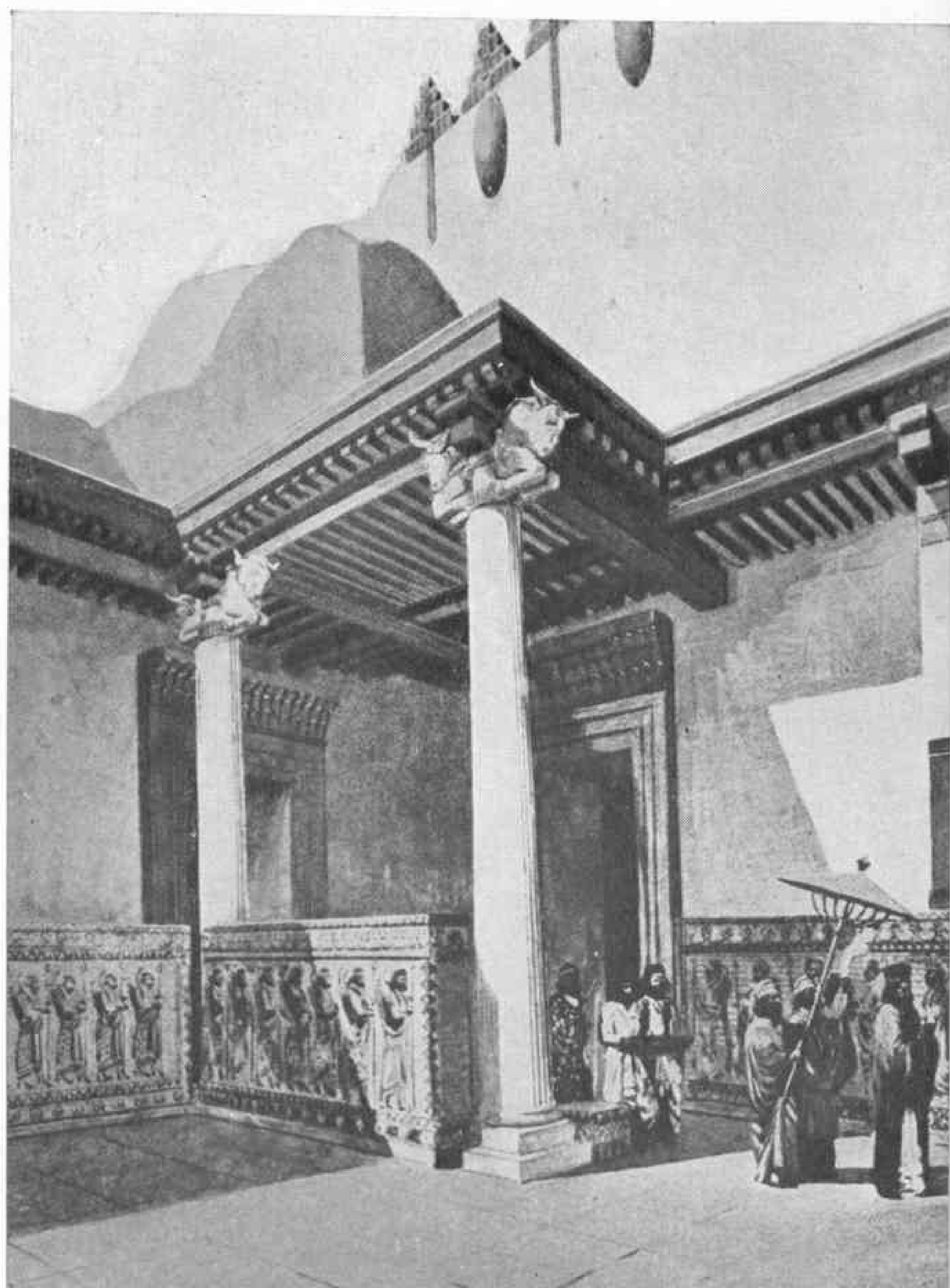
Pero en la jornada de Issos los persas estaban hacinados entre las montañas y la playa y esto permitió a Alejandro atacarles en condiciones casi favorables. También tuvo que vadearse el río y exponerse a las lanzadas de los persas que defendían la orilla; sin embargo, el resultado fue el mismo que en el Gránico: desmoralizados por el ataque de la caballería macedonia, los persas escaparon atropelladamente, y primero que todos huyó el rey Darío, abandonando su carro y perdiendo el manto y la lanza. Alejandro fue herido de un tajo en el muslo, pero las pérdidas de su ejército fueron insignificantes en comparación de los resultados obtenidos. Como trofeo principal del botín quedaba la tienda del Gran Rey. Alejandro, aquella noche, tomó el baño que estaba preparado para Darío.

Finalmente, en una correría efectuada contra la ciudad de Damasco, que Parmenio llevó a cabo sin dilación, Alejandro se hizo dueño de los harenes de los sátrapas y del tesoro real.

Otra nueva hazaña fue la toma de Tiro. Alejandro comprendió que, para tener marina, debía apoderarse de la vieja metrópoli fenicia, que por varios siglos había provisto a los persas de sus armadas. El sitio fue penosísimo; la ciudad estaba en una isla fortificada, y se emplearon siete meses, desde enero a agosto del año 332, para tomarla. Alejandro se empeñó en conquistar a Tiro, no sólo porque era el centro y arsenal de la marina fenicia, sino también porque el dios o Baal de Tiro se había identificado con Hércules, y Alejandro, que empezaba a alimentar la pretensión de un origen divino (teogamia de Olimpia con Hércules), quería abrazar a su padre o besarle las manos en la celda del templo donde estaba la estatua. Conseguido esto, pudo continuar su carrera hacia Egipto, la más rica de las satrapías occidentales.

Siguiendo la costa por la antigua ruta de Siria a Egipto, todavía se le resistió la filistea Gaza, última localidad antes de entrar en el desierto del sur de Palestina. También el sitio fue largo y durísimo, y también allí Alejandro fue herido en el hombro por una flecha.

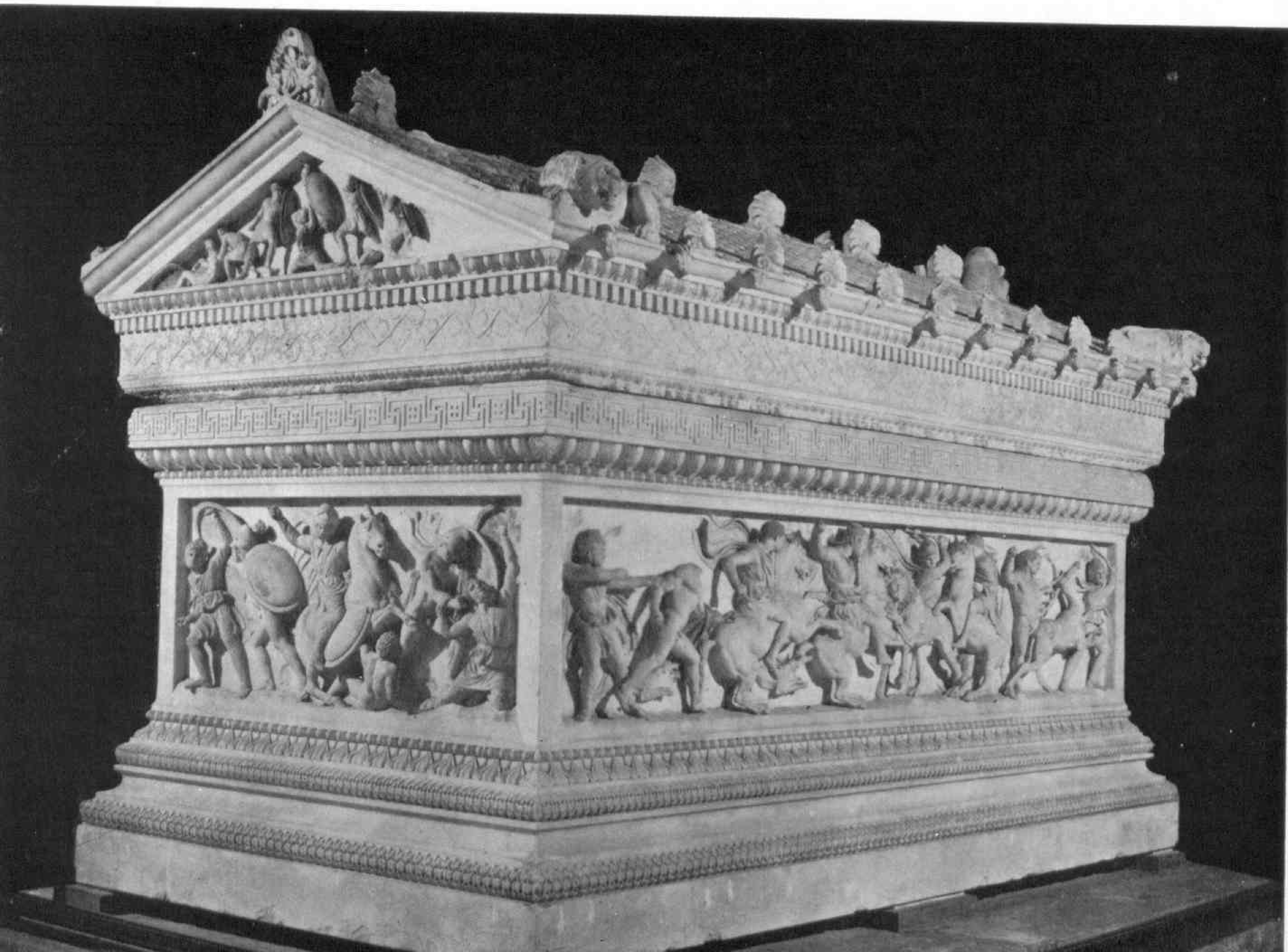
Egipto se le entregó sin lucha, y desde el valle del Nilo avanzó hasta el famoso oasis de Amón. El viaje desde el Nilo al oasis donde estaba el templo de Amón duró diez días por un desierto falto de agua. Al fin pudo divisar entre los palmerales el templo apiramidado, coronado por la estatua del dios. El decano del sacerdocio, un viejo de largas guedejas, le condujo al lugar santo. Allí pudo preguntar lo que deseaba al

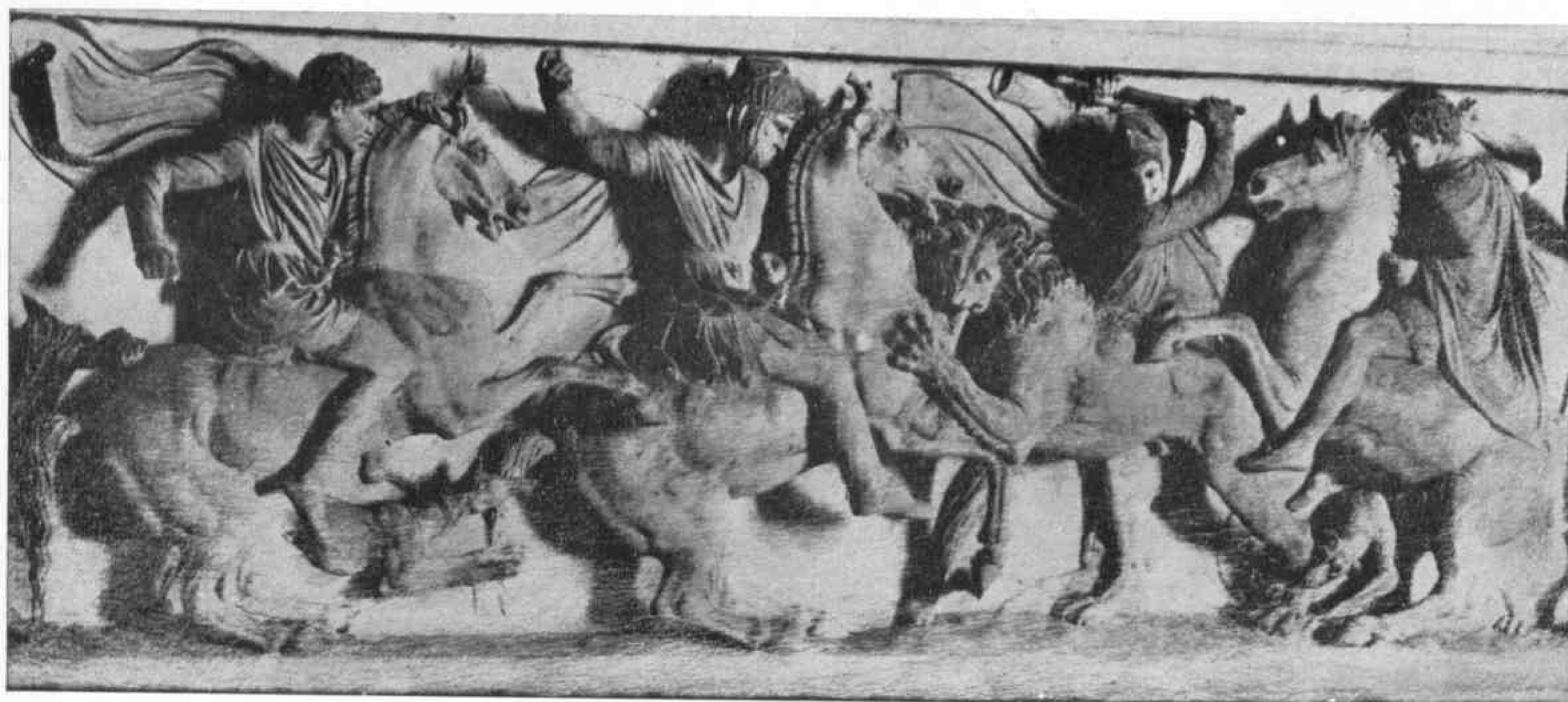


El palacio de Darío en Susa, donde se detuvo Alejandro al regresar de la India.

ídolo, que contestaba a las cuestiones haciendo gestos con la cabeza. Preguntó si había vengado bastante la muerte de su padre. El gran sacerdote casi se indignó de la pregunta, porque Alejandro debía saber que su verdadero padre era el mismísimo dios Amón. Así divinizado por segunda vez (la primera fue el reconocimiento de su parentesco con Hércules en Tiro), Alejandro regresó a Menfis a encontrar a sus veteranos ya con más derechos que el de ser un capitán, un militar, un generalísimo. Era o se sentía como un dios. Este elemento místico influyó mucho en las campañas sucesivas; comprendía por qué el oráculo de Delfos le había declarado *irresistible*. Pero el macedonio práctico y ordenador que siempre alentó en Alejandro no le permitía cejar en su empeño de acabar con el Imperio persa. Darío le había ofrecido dos veces una paz muy favorable. A cambio de darle entera posesión de todos sus territorios al otro lado del Eufrates, de casarle con su hija y dar 200 talentos de oro, se establecería la paz, para la que entregaba como rehén a su propio hijo. Alejandro no quiso aceptar. Estaba demasiado interesado también en la fundación de la primera Alejandría, *Alexandrea ad Aegyptum*. El plano de la ciudad lo marcó él con unas líneas hechas con harina. Señaló el lugar de los principales monumentos y en el sitio donde en su momento se construiría el teatro hizo declamar una obra griega. Como se ve, el

El llamado «Sarcófago de Alejandro». Museo de Estambul.





La caza del león en el Asia Central por Alejandro, al que acompañan un persa y dos macedonios. Detalle del «Sarcófago de Alejandro».

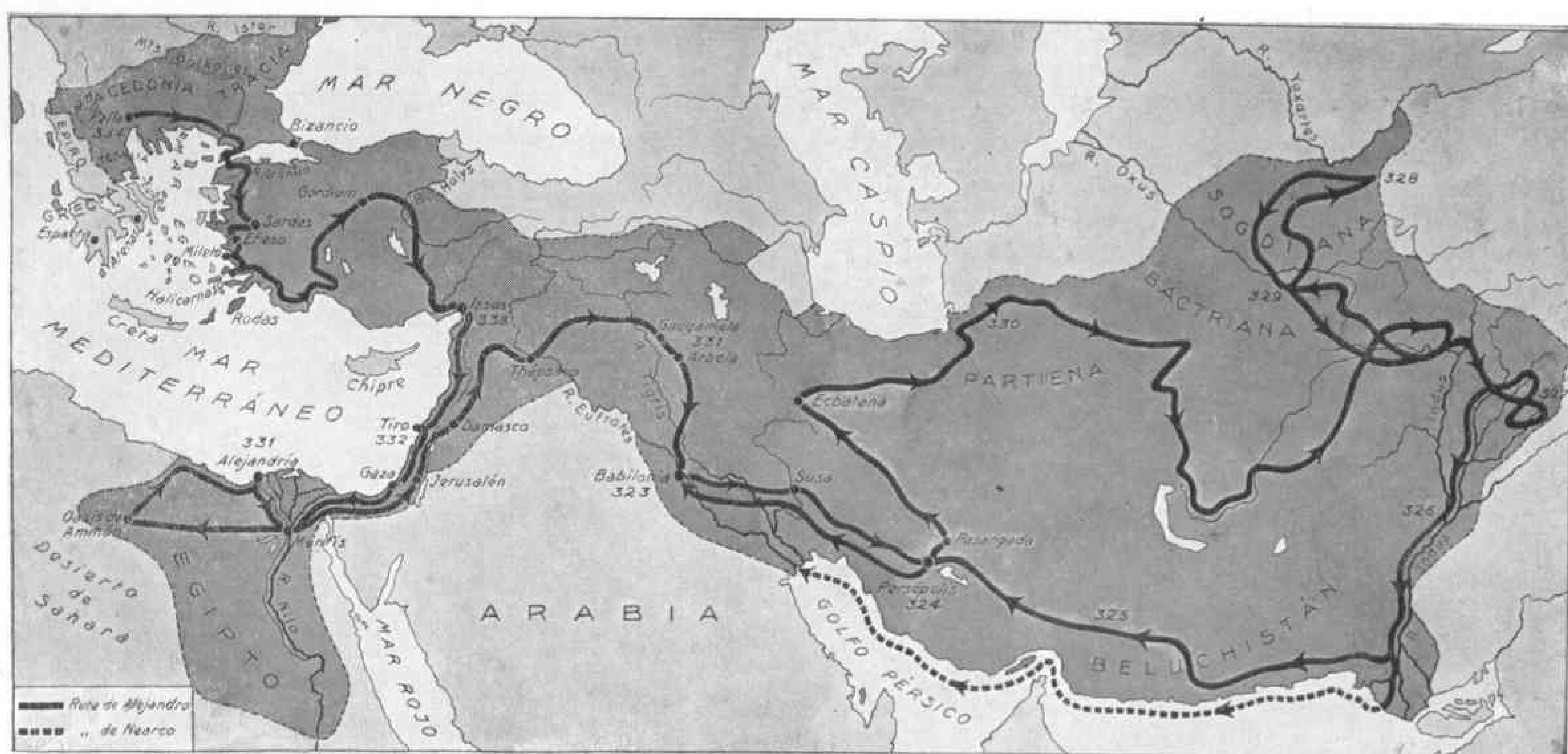
gran conquistador mantenía su propósito de helenizar el Oriente.

En julio del 331 estaba otra vez en el Asia. Cruzando el Eufrates por el vado de Thapsaco, pronto le avisaron sus espías de que, no lejos de allí, le esperaba otra vez Darío con un ejército poderoso, cuyos escuadrones habían llegado de los países más lejanos de su Imperio. Los persas habían aplanado el suelo para poder manejar sin obstáculo sus grandes masas en una llanura al este del Tigris, cerca de la moderna Arbeles. Allí se cruzaban las grandes rutas que venían del interior del Asia y que todavía hoy afluyen a Mossul. Había, pues, en el ejército de Darío, persas, medos, babilonios, indios con elefantes, árabes con camellos y escitas a caballo. Hasta los mercenarios griegos que acompañaban a Darío eran más numerosos que los que seguían a Alejandro. Disponían los persas, además, de una nueva arma de combate y de la que se esperaba un efecto análogo al de los modernos *tanques* de guerra. Eran unos carros cuyas ruedas estaban revestidas de cuchillos que al correr entre las masas enemigas debían obrar como mortíferos molinetes.

La fecha de la batalla ha podido fijarse exactamente porque se libró once días después de un eclipse de luna, que en aquella región del Asia ocurriría en julio del 331. El lector podrá seguir las fases de la batalla por el diagrama de la página 270. Fue una derrota completa para los persas, y la victoria se debió a la furia con que Alejandro cargó sobre ellos, penetrando por un hueco de sus líneas a la cabeza de los *hetairoi*. Darío huyó otra vez; al cabo de un año moría asesinado por su consejero Bessus.

Del campo de batalla Alejandro marchó a Babilonia, que estaba sólo a quinientos kilómetros más al sur. Decimos *sólo* quinientos kilómetros para dar al lector una idea de las enormes distancias que recorrió el macedonio. En esto, y en otras muchas cosas, sólo Bolívar puede compararsele; las marchas de César y Napoleón son simples paseos en comparación con las cabalgadas de Alejandro.

Babilonia le recibió sin reparo: los persas también eran extranjeros. De Babilonia, Alejandro marchó a Susa, la verdadera capital del Imperio persa, y allí se apropió el enorme tesoro, que se dice que era de cincuenta mil talentos oro, o sean sesenta y cinco millones de pesos. Al entrar en Per-



Itinerario de Alejandro en Asia y en Egipto (334-323 antes de J. C.).

sia encontró seria oposición en los sátrapas montañeses, pero forzó los pasos y entró en Persépolis, donde estaba la necrópolis real, y en Pasargada, que era la ciudad santa del rey Ciro. En la primera halló veinte mil talentos de moneda acuñada y en la otra seis mil. Era la mayor parte del oro del Asia, recogido de las arenas de los ríos desde los tiempos prehistóricos y acumulados por los sátrapas, que poco a poco circularía por Occidente. Esto sólo hubiera bastado para cambiar la faz mundial.

Después de haber incendiado el palacio de Jerjes, en Persépolis, como venganza del incendio de la Acrópolis de Atenas por los persas del ejército de Jerjes, Alejandro marchó hacia Ecbatana y de allí empezó otra vez, sin descansar apenas, una nueva expedición, que debía durar hasta su muerte. Recorrió los desiertos salados del Turquestán, la Bactriana y el Afganistán, persiguiendo bandidos o cazando leones; se perdió más de una vez en las soledades inmensas que atraviesan el Oxus y el Yaxartes. y penetró en los hondos valles del Himalaya y del Indo-Kush, donde después no ha vuelto a penetrar ningún hombre blanco. Basta dar una mirada al mapa esquemático que publicamos del itinerario de Alejandro en el Asia para asombrarse de la magnitud de su empresa. Ciertamente, no pudo acometerla tan sólo para ganar riquezas o lograr notoriedad. Hay en Alejandro un deseo de conocer y de vencer dificultades que casi no volvemos a encontrar en ningún hombre de Estado.

Lo interesante es que, en el corazón del Asia, el ejército se mantenía fiel y adicto a Alejandro, aunque éste hacía esfuerzos para contentar a los orientales, adoptando algunas prendas de su vestido y la etiqueta de los persas. Pero en la tienda real se cantaba y jugaba en griego, se recitaban versos de Eurípides en los banquetes y hasta llegaban a la mesa del conquistador manzanas de Macedonia. Alejandro se había dado cuenta de que los encargos le llegaban más rápidamente por la vía del mar Negro que por el camino antiguo de Sardes, Nínive y Ecbatana.

Alejandro atravesó el Indo-Kush el otoño del 327, por el paso de Kyber, y llegó al valle del Indo: un nuevo mundo. Allí estuvo más de un año; peleó, tomó ciudades, fundó otras para los inválidos que ya no podían seguirle, y vio cómo se cazaban los elefantes y los tigres. Los hombres de ciencia que le acompañaban se fijaron en muchas peculiaridades de aquellos países que parece que sólo pueda estimarlas un etnólogo moder-

no; por ejemplo, Nearco y Megastenes mencionaron las castas que dividen la población de la India, las costumbres, armas y vestidos de sus habitantes.

La campaña de la India fue buena y eficaz. Los persas habían sojuzgado una región que estaba gobernada por un príncipe llamado Taxila. Este se ofreció a combatir con Alejandro a Poros, más al sur, que tenía ambición de dominar todo el valle del Indo y sus afluentes. Poros esperaba a Alejandro con un ejército numerosísimo provisto de una legión de elefantes. También entonces Alejandro tuvo que vadear un río, el Hydaspes. Fue una batalla cruel, porque los macedonios, según Arriano, perdieron 310 veteranos, además de los aliados de Taxila. Allí murió también el caballo Bucentauro. Poros, que había dirigido la acción desde un colosal elefante, al fin se rindió y estableció paz perpetua con Alejandro. Esta se confirmó acuñando una moneda con el elefante de Poros. El *hetairos* que quedó como regente debía fundar dos ciudades, una Alejandría y otra Bucentaria, en honor del noble corcel que le había servido desde su juventud.

Se supone que Alejandro tuvo personalmente curiosidad de conocer algo de la sabiduría de brahmanes y faquires. Plutarco reproduce algunas respuestas a las preguntas que les hizo:

Alejandro: — Decidme, ¿quiénes son más numerosos, los muertos o los vivos?

Brahmán: — Los vivos, porque los muertos no existen.

Alejandro: — ¿Dónde están los mayores monstruos, en el mar o en la tierra?

Brahmán: — En la tierra, porque el mar es parte de la tierra.

Alejandro: — ¿Qué fue primero, el día o la noche?

Brahmán: — El día es más viejo que la noche, por sólo un día.

Alejandro quería ir más allá, pasar al valle del Ganges y ver el extremo del mundo habitado por el Este; pero los soldados le pidieron que retrocediera y él accedió a medias; dispuso que el ejército fuera siguiéndole hasta la desembocadura del Indo y de allí, por la vía de tierra, regresó a Babilonia. El viaje de regreso fue muy penoso; haciendo esfuerzos sobrehumanos pudo explorarse la costa del Beluchistán. Mientras tanto, Nearco hacía el mismo camino hacia el Oeste por vía marítima. Desembarcó en las islas vecinas a la costa para dilucidar mitos extraños de sirenas de que había tenido noticia.

Alejandro murió en Babilonia, el 13 de junio del 323 antes de J. C., cuando preparaba una expedición hacia Arabia. ¿Para qué iría Alejandro a Arabia? No, sin duda, para encontrar nuevas riquezas. Iría más

Alejandro. Medallones del Tesoro de Tarsos.





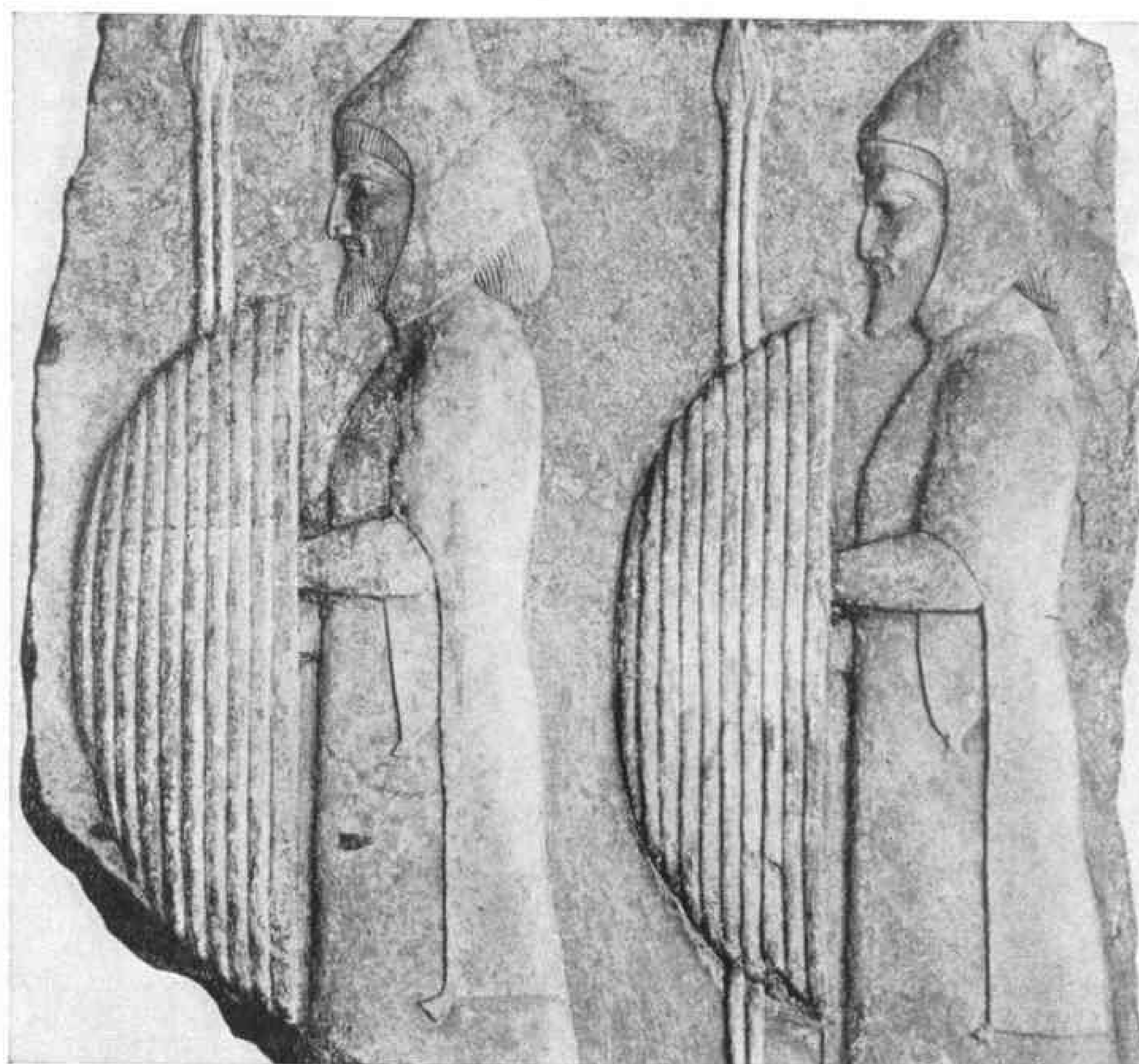
para descubrir que para conquistar. He aquí algo nuevo en el mundo con Alejandro: el capitán explorador.

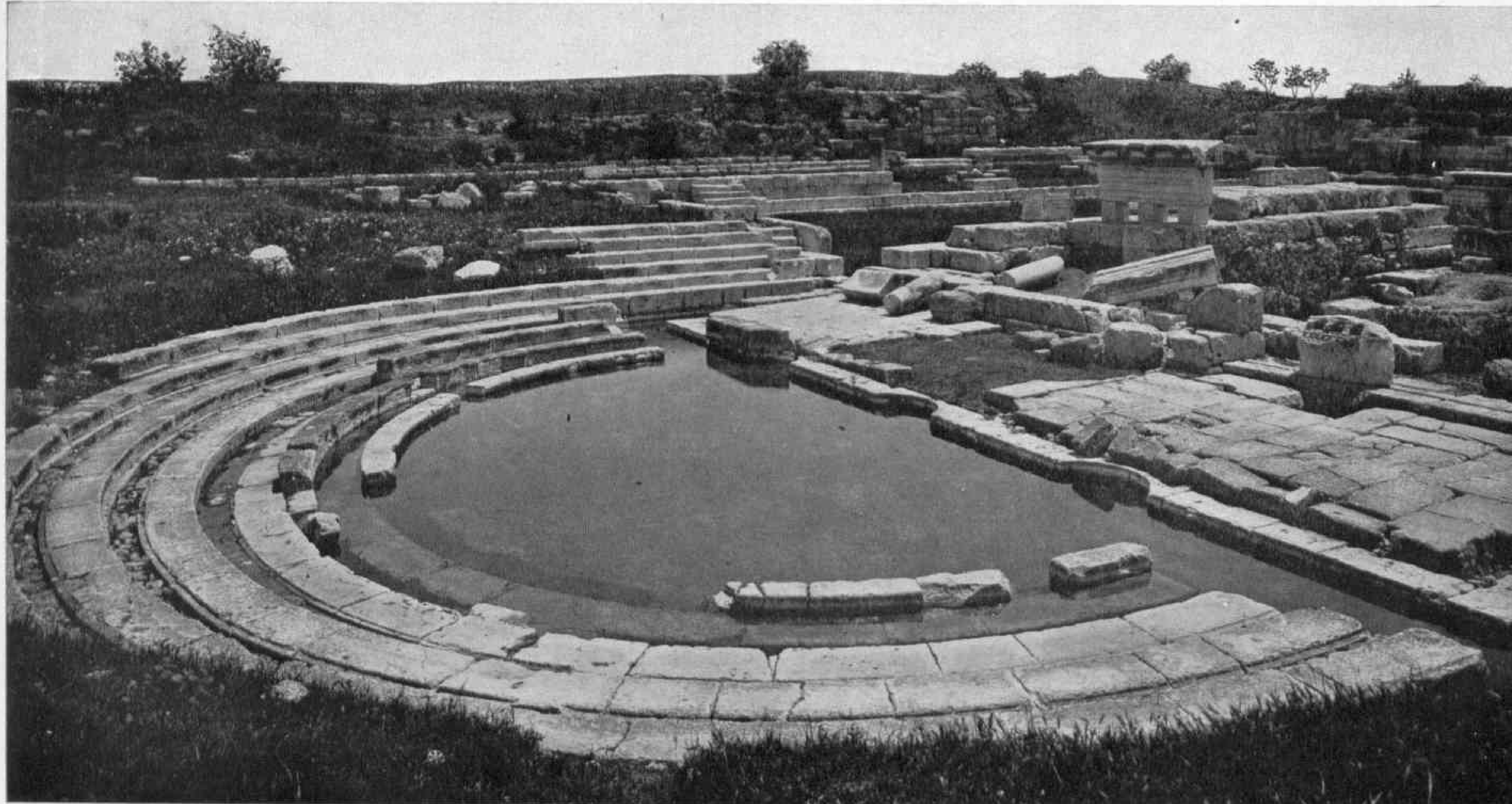
La curiosidad científica de Alejandro le hizo acompañarse en sus campañas de verdaderos hombres de ciencia. Tenían que recordar en sus escritos lo que vieran en el lejano Oriente. Así lo hicieron, y sus relaciones, en parte perdidas, pero de las que se han conservado fragmentos, fueron la base del conocimiento geográfico y biológico desde la época romana hasta el Renacimiento. En estos escritos, memoriales, de los compañeros sabios o aficionados de Alejandro se deslizan recuerdos biográficos del conquistador. Hasta se conservan día por día los partes de los médicos durante su última enfermedad.

Además, se compusieron *Vidas* de Alejandro de un interés histórico algo novelesco, pero que hacen del macedonio el héroe más romántico que ha existido. Ni Carlomagno ni incluso Napoleón despiertan en nosotros la admiración que causa el macedonio Alejandro.

Sus actos, conocidos en gran detalle, son de una ejemplaridad irreprochable. Se mantuvo casto hasta casarse con la princesa Roxana, hija de un jefe montañés de la Bactriana. Hubiese debido aceptar como concubina a la hija del gran Darío. Era casi un deber, una tradición asiática inevitable, que el vencedor ocupara el tálamo del rey vencido. Alejandro, la noche de la batalla del Issus, oyó los lamentos de las mujeres del harén del Gran Rey que esperaban que el conquistador las tomara como posesión legítima; pero el joven macedonio no abusó de su situación. Estas y otras hazañas parecidas, divulgadas por sus biógrafos Arriano y Quinto Curcio, explican por qué Alejandro fue reconocido como el caballero ideal por los trovadores de la Edad Media europea. Y en Oriente, a través de su literatura, Alejandro es todavía Al-Iskander, el que comparte junto con Suleimán, Salomón, el sapiente, la gloria del más elevado ser humano: el macedonio por sus heroicos o caballerescos actos y el hebreo por su proverbial sabiduría.

Soldados de infantería persa. Relieve de Persépolis.





Hemiciclo del gimnasio de Siracusa, donde probablemente enseñó Platón.

17 PLATON Y ARISTOTELES

PLATÓN, el discípulo de Sócrates, hace alarde de haber sido socrático toda la vida; a veces parece que no quiere más que repetir fielmente las enseñanzas de su maestro, por lo que resulta muy difícil distinguir lo que es de Sócrates y lo que es de Platón en los escritos de este último.

Ya desde la antigüedad hubo de preocupar la cuestión de la originalidad de las doctrinas de Platón y esta preocupación subsiste todavía. Platón en ciertas ocasiones se contradice, en otras no parece estar muy seguro de sus propias afirmaciones; tantea, busca, divaga, y si consigue así dar un valor dramático a la exposición de su pensamiento, hace cambiar el juicio sobre él formado, cada dos o tres generaciones. Hoy vivimos en una época antiplatónica; pero después que los románticos experimentaron lo que pudiéramos llamar el furor platónico, ya apunta otra vez en el horizonte la estrella de Platón, levantándose precisamente por donde nadie podía esperárselo, por el campo de la física y la biología.

Vamos a ver, pues, quién era este filósofo que con sus escritos ha influido en la humanidad hasta tal punto que, al cabo de dos mil trescientos años, todavía hablamos de platonismo para caracterizar, no sólo a una escuela filosófica, sino a una determinada manera de pensar.

Platón nació en Atenas. Sus padres eran eupátridas, o sea de antiquísima prosapia; su madre descendía en línea recta de un hermano de Solón y la familia tenía grandes propiedades en el Atica. Además, la tradición atribuye a Platón salud y belleza nada comunes. A causa del desarrollo de sus anchas espaldas se le dio en el gimnasio el apodo de Platón; su verdadero nom-

bre era Aristocles, como su abuelo. No sabemos la fecha exacta en que nació, pero es seguro que en el año 399, esto es, el año de la muerte de Sócrates, Platón debía ya de ser un hombre formado. Por lo menos, había tenido tiempo para escribir dramas y ganar premios en los concursos atléticos, si bien se apartó luego de todo esto para abrazar la disciplina filosófica, como lo demuestra su amistad con Sócrates.

Después de haber visto condenar a su maestro, la tradición supone que Platón se refugió en Megara, donde había una colonia de pitagóricos. De allí emprendió un largo viaje por Sicilia y la Italia Meridional; ya no volvió a Atenas hasta doce años más tarde. Se cuenta que visitó también a Egipto y Cirenaica, mas no hay duda que la personalidad de Platón acabó de formarse en la Italia Meridional durante este período de destierro voluntario. Aunque hubiese visitado a Egipto, el filósofo griego no podía llegar a enterarse de las doctrinas herméticas de aquel sacerdocio; en cambio, pudo ver en Crotona las ruinas carbonizadas del cenáculo de Pitágoras y en Tarento trabó amistad con el matemático Arquitas, un pitagórico que había conseguido dominar el consejo de la ciudad. Reanudó sus relaciones con Teodoro, otro pitagórico que había visitado a Atenas, y, sobre todo, adquirió libros de Timeo y de Filolao, en los que se había recopilado lo mejor del pensamiento de los pitagóricos de la generación anterior.

En este viaje es más que seguro que Platón hizo su primera visita a Siracusa y que por poco le ocurre allí una catástrofe como la de Sócrates en Atenas. Parece ser que Platón logró hacer discípulos entre los miembros de la familia reinante de Siracusa; un tal Dion, hermano del tirano Dionisio, y el propio hijo de éste, que después fue Dionisio II, se interesaron tanto por el filósofo, que el viejo Dionisio, acaso culpando a Platón del mismo crimen de que se acusó a Sócrates — esto es, de corromper a la juventud —, estuvo a punto de matarle y al fin lo vendió como esclavo.

Convencido por esta experiencia de que la filosofía no solamente exasperaba a los atenienses, Platón volvió a la patria, donde radicaban sus bienes, y allí estableció una escuela en un gimnasio de las afueras, llamado *la Academia,* más allá del barrio del Cerámico. Al lado de este gimnasio había una huerta con árboles, que Platón compró, y allí vivió como los pitagóricos, haciendo vida común con sus discípulos. En su testamento, Platón cita a un hijo, pero en ninguna parte habla de su esposa.

La labor de Platón en la Academia fue interrumpida sólo por dos nuevos viajes a Siracusa; uno, al enterarse de que el viejo Dionisio había muerto. Platón entonces creyó llegada la oportunidad de establecer un gobierno perfecto en una ciudad gobernada según normas científicas. He aquí cómo explica este nuevo viaje de Platón su biógrafo Diógenes Laercio: «Platón fue por segunda vez a Siracusa cuando reinaba el joven Dionisio y le pidió tierras y hombres para vivir según la constitución que había planeado. Y aunque Dionisio prometió complacerle, nunca se decidió a obrar en consecuencia.»

«El tercer viaje de Platón a Siracusa — dice Diógenes — fue para reconciliar al joven Dionisio con su tío Dion», acaso pensando obtener por fin la deseada concesión de hombres y tierras. Pero también esta vez peligró su vida; sólo pudo escapar merced a sus amigos, los pitagóricos del sur de Italia. La travesía de Atenas a Siracusa era entonces un viaje tan largo como ahora el de Europa a América; Platón no fue un espectador pasivo del desconcierto que domina a veces la humanidad.

Sin embargo, a excepción de estos incidentes de Siracusa, la vida de Platón parece haberse deslizado con felicidad. Diógenes Laercio no se olvida de advertirnos que Platón nunca se mezcló en la política de Atenas; sin duda consideraba a la democracia ateniense como un enfermo sin remedio, y los políticos de Atenas respetaron al filósofo, juzgándole inofensivo entre sus discípulos, allá en la Academia.



Vista del barrio al oeste de Atenas, donde estaba la Academia.

Platón murió a los ochenta años, sin sufrimientos, asistiendo a la celebración de un matrimonio. La Academia continuó su obra, después de la muerte del maestro, sin galvanizarse en el comentario invariable de las ideas de su fundador. Aunque ninguno había heredado el genio de Platón, cada maestro infundió en la Academia nuevo interés por las materias en cuyo estudio se había especializado. Así, Espeusipo, el sobrino e inmediato sucesor de Platón, que dirigió la escuela poco tiempo, parece haberse preocupado por los estudios que llamaríamos físicos del Todo y del Uno. El que le siguió, Jenócrates, dirigió la escuela durante veinticinco años y puso todo su interés en la enseñanza de la moral. Polemón, Crates y Crantor mostraron cada uno su predilección por otros estudios. Todos escribieron copiosamente, pero sus escritos, cuyo valor se desconoce, se han perdido todos.

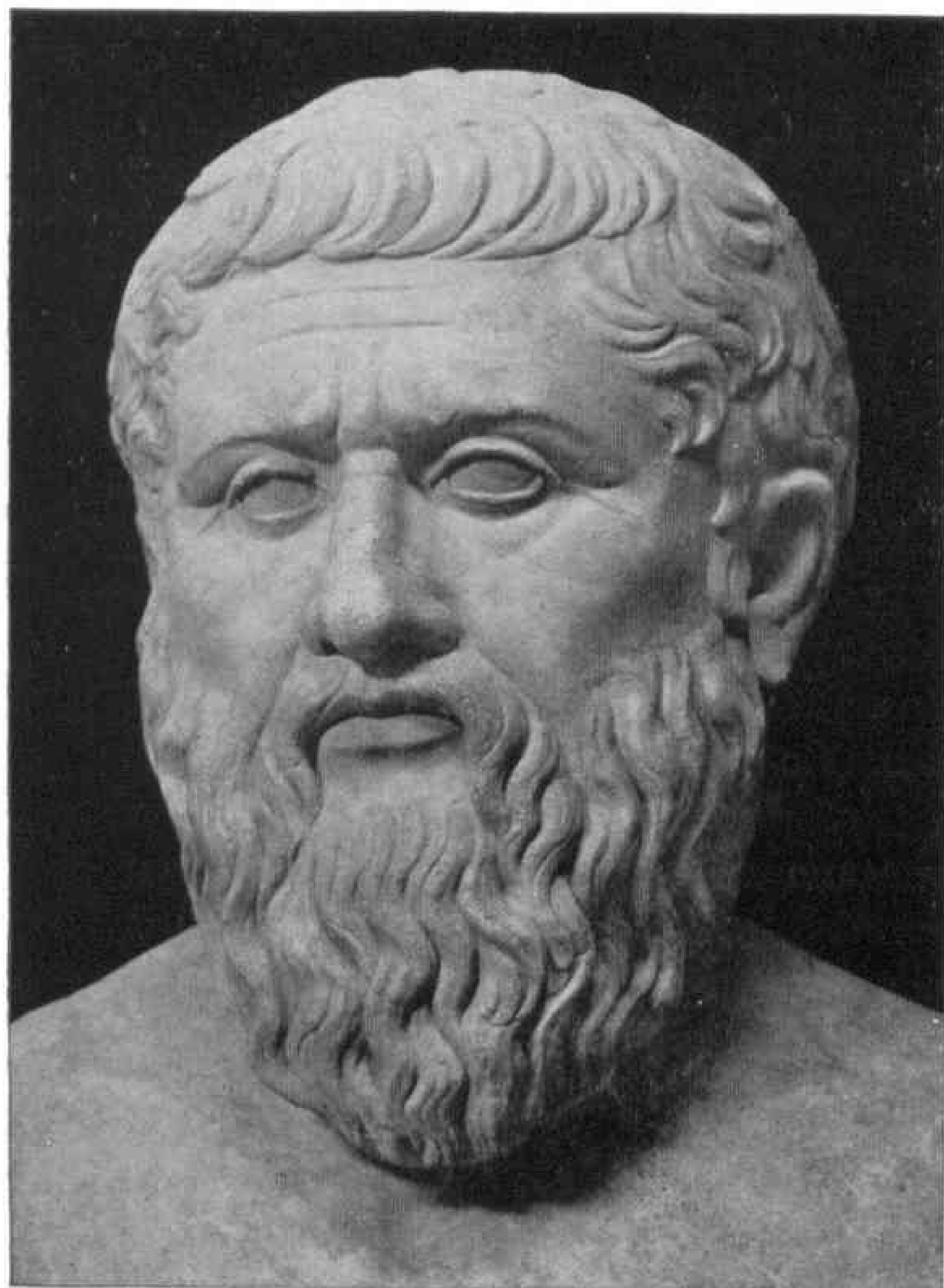
En cambio, Platón ha sido afortunado hasta en esto: poseemos en perfecto estado de conservación casi todo lo que él escribió. Aristóteles menciona ciertos discursos que hoy no existen y, en cambio, se pone en duda la autenticidad de algunos diálogos que se han introducido entre los suyos fur-tivamente, acaso desde la antigüedad, pero en conjunto la obra de Platón ha resistido la acción de los siglos de un modo admirable. En ciertas ocasiones, la memoria del maestro casi se llegó a divinizar y se representó a Platón como una encarnación del dios Baco, o Dioniso, que procura con sus escritos elevar a los mortales a una vida superior.

Para resumir en pocos párrafos los escritos de Platón empecemos primero por la llamada *doctrina de las ideas.* Al hablar de Sócrates dijimos que, según Aristóteles, las *definiciones* de Sócrates eran casi lo mismo que las *ideas* de Platón. Veamos cómo el lector trata ahora de definir un vaso, por ejemplo. Podrá decir: un vaso es un receptáculo para contener líquidos. Pero hay receptáculos para líquidos que no son vasos, y vasos que nunca han contenido líquidos, y, sin embargo, contienen la idea de vaso. Lo mismo ocurrirá si el lector quiere definir una ventana; podrá decir que ventana es la abertura practicada en una pared a fin de iluminar y ventilar una estancia. Pero hay aberturas que dan paso a la luz y la ventilación, y no son ventanas. Hay ventanas en coches, que no tienen muros ni son cámaras, de modo que

tras mucho discurrir advertirá el lector que no está muy afortunado al tratar de definir lo que es una ventana. Y, no obstante, sabe muy bien de qué se trata; tiene una *idea* clara de lo que es una ventana.

Lo mismo ocurrirá si, por ejemplo, el lector trata de definir lo que es un perro. Dirá que es un mamífero carnívoro, y no podrá pasar más adelante. Pero el caso es que no sólo conoce el lector a su perro, sino que tiene una idea clara del perro en general. Y lo mismo podríamos decir de los conceptos morales. ¿Qué es lo limpio? Todos tenemos la idea de limpieza y, sin embargo, somos incapaces de definirla lógicamente; es más, analizando bien nuestro conocimiento, descubrimos que lo único que conocemos bien es lo que no podemos definir, o sean las ideas puras; que conocemos más al perro en general, o sea la idea de perro, que a nuestro perro. Esto será una consecuencia de lo que había dicho Parménides, que lo único que *conocemos* es lo que existe, lo permanente, lo eterno; del mundo aparente exterior, *opinamos,* no conocemos. La diferencia entre conocimiento y opinión es que el uno es fijo y la otra variable. Pero aquí entra la parte original de la doctrina de Platón. Las ideas de vaso, ventana, perro, limpieza, no sólo existen en nuestra mente, sino que existen por sí mismas, son los arquetipos originales de que participan todas las cosas. Para Platón, las ideas no son utensilios mentales que fabricamos en nuestro cerebro para entendernos, sino que tienen existencia separada de nosotros, son algo real. En seguida cabe imaginarse al mundo como creado con innumerables esencias, una para cada idea e incorporándose a las cosas individuales para caracterizarlas. Y así, exagerando y deformando la doctrina de Platón, se hizo más adelante de las ideas como una cohorte de seres casi vivos, angélicas personificaciones que sostienen las cosas individuales, como el alma sostiene al cuerpo.

Pero hoy comprendemos las ideas puras de otro modo, mucho más profundo. Es un hecho positivo que la naturaleza repite los tipos, no obra al azar; la materia parece predestinada a organizarse según caracteres inalterables. Por ejemplo: en el reino vegetal la hoja siempre incorporará la idea de hoja, será un pedúnculo del que se esparce materia en una forma más o menos plana. Tanto la hoja de una palmera como la hoja microscópica de una planta parásita tendrán análoga hechura, y su misma existencia parece depender de esto que tienen todas en común, que Platón llamaría *la idea de hoja.* Claro está que existen hojas redondas, lanceoladas, gruesas, planas, pero hay algo común en todas ellas, y que se encuentra ya en las hojas fósiles, desde los más remotos días prehistóricos, y que para Platón estará en todas las hojas, hasta el fin del mundo. Aun suponiendo que la vida evolucione, y produzca nuevas formas vegetales, siempre las hojas manifestarán la



Busto de Platón.


Calle principal del barrio del Cerámico, de Atenas, de donde arrancaba el camino para ir a la Academia.

idea de hoja, vinculada en ellas como principio organizador.

De seguro que el lector dirá: ¡Qué maravillosa concepción del mundo! Pero tememos que añadirá en seguida: ¿Para qué sirve esta doctrina de las ideas, si no es para admirarnos con su ingeniosidad? No; no es esto sólo; ayuda a pensar, y, por lo que podemos apreciar con nuestras facultades, la naturaleza obra de acuerdo con ella. Cuando la naturaleza quiere conceder a un animal un órgano complejo de visión. parece obligada a producirlo según la idea que tenemos del ojo, esto es, como una cámara fotográfica, con un ocular por donde entra la luz y una superficie sensitiva en el fondo. Los ojos de los animales son variadísimos, pero todos repiten este arquetipo. Los ojos de los pulpos marinos, que son animales simplicísimos, no son iguales, pero sí parecidos a los nuestros. Lo mismo ocurre con la idea de cabeza. Pero obsérvese que, además de la idea de cabeza en general, tenemos la idea de la cabeza humana, la idea de la cabeza humana hermosa, y, finalmente, la idea de la cabeza hermosa de tal o cual persona. De manera que nuestro conocimiento es como una estratificación de ideas que van de lo general a lo particular. Y lo mismo que ocurre en los seres vivos, ocurrirá en átomos y nebulosas, en leyes matemáticas y conceptos morales. Un triángulo será siempre un triángulo, lo mismo en este Universo que en la nebulosa de Orión, y la idea de bondad será la misma, tanto para nosotros como para Dios. Así el conocimiento no sólo nos ayuda para la vida práctica, sino que nos acerca a Dios; por las ideas puras llegaremos, según Platón y los neoplatónicos, a participar de un estado de conciencia casi divino.

Así empieza la religión. Un entusiasmo



Busto de Espeucipo, sobrino y sucesor de Platón en la Academia.

de admiración por este cosmos formado por ideas puras que deben ser creaciones de un dios. Para incorporarlas a la materia se impone un intermedio, *demiurgo,* que concede a cada cosa las cualidades que les corresponden. El alma humana las aprecia porque las ha sentido en otra vida. Nuestro conocimiento, más que una experiencia actual, es un recuerdo del mundo divino anterior.

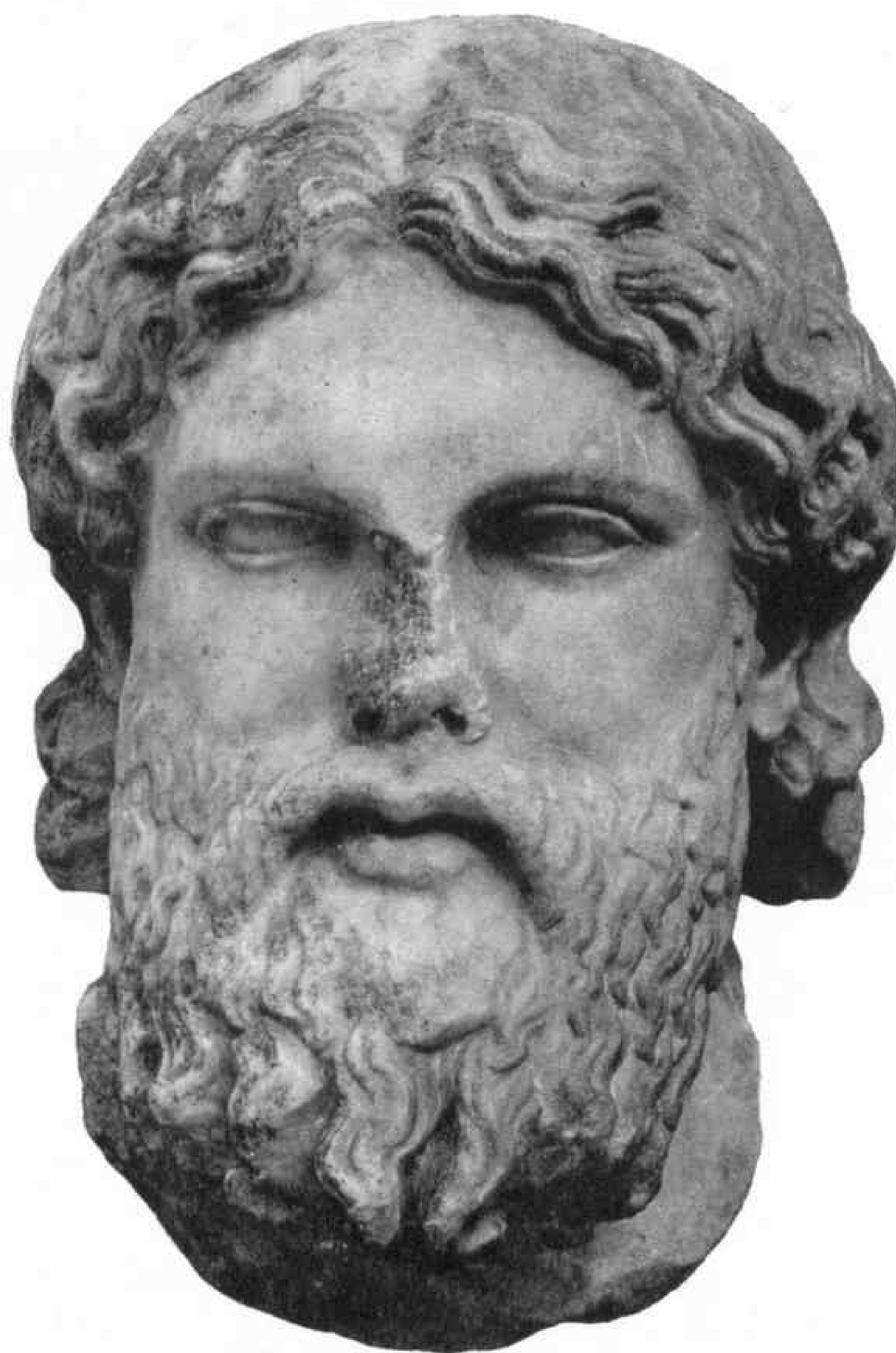
Platón nos ayuda con una comparación que se ha hecho famosa. Dice que los hombres están como encerrados en una caverna obscura y lo que ven son las sombras de lo que hay en el exterior. Pero mirando aquellas sombras recuerdan lo que vieron antes de nacer, que son las ideas que conservan en la mente.

He aquí cómo Platón trata de explicar la presencia de estas ideas puras en nuestra alma. Como no las obtenemos por las percepciones de los sentidos, pues la suma de todas las sensaciones que tenemos de un perro no nos dará la idea de perro, Platón tiene que suponer que las ideas puras son reminiscencias de una vida anterior. El alma recuerda lo que ha conocido en otra esfera; los objetos de este mundo son como sombras que proyectan las ideas; sus siluetas confusas despiertan en el alma las ideas que ha tenido más claras en una vida pasada y que volverá a tener claras después de la muerte. Lo que él fue en la vida anterior, y lo que será la vida futura, no lo explica satisfactoriamente Platón; da varias soluciones, repite mitos de los antiguos griegos, pero, como Sócrates, no tiene una fe definida. La muerte es la gran aventura... Sócrates y Platón nos dicen que no debemos temerla, pero no nos aseguran el porvenir.

Además del problema del conocimiento, Platón se preocupó de música, medicina, estética, física, matemáticas, ciencias políticas, etc., todo expuesto en forma de diálogos, sin sistematizar los resultados en tratados especiales. Pero habiendo explicado su intervención en la política de Siracusa, ya no es de extrañar que el filósofo pusiese gran atención en el problema de mejorar las formas de gobierno. Dedicó a exponer sus ideas acerca del Estado sus dos escritos más copiosos: un largo diálogo sobre *la República* ideal, y otro libro que dejó incompleto, llamado *Las Leyes,* amén de centenares de referencias al gobierno con que interrumpe otros asuntos. Pero hasta en su *República,* Platón nos quiere hacer creer que no tiene propósito deliberado de hablar de política; pasa a discurrir del gobierno ideal casi por necesidad. La conversación descrita en *La República* empieza tratando de definir lo que son la justicia y el hombre justo, y sólo después de mucho discurrir sobre ello Platón hace intervenir a Sócrates y hablar así:

«—Siendo la justicia una virtud que a veces se atribuye al individuo y otras al Estado, averigüemos primero la naturaleza de justicia y de injusticia, como aparecen en el Estado, y en segundo lugar como aparecen en el individuo, y pasando de lo mayor a lo menor, podremos compararla en ambos.

Arquetipo de cabeza humana.
Escultura griega del siglo IV antes de J. C.



»— Creo — respondió Adeimantus — que la proposición de Sócrates es excelente.

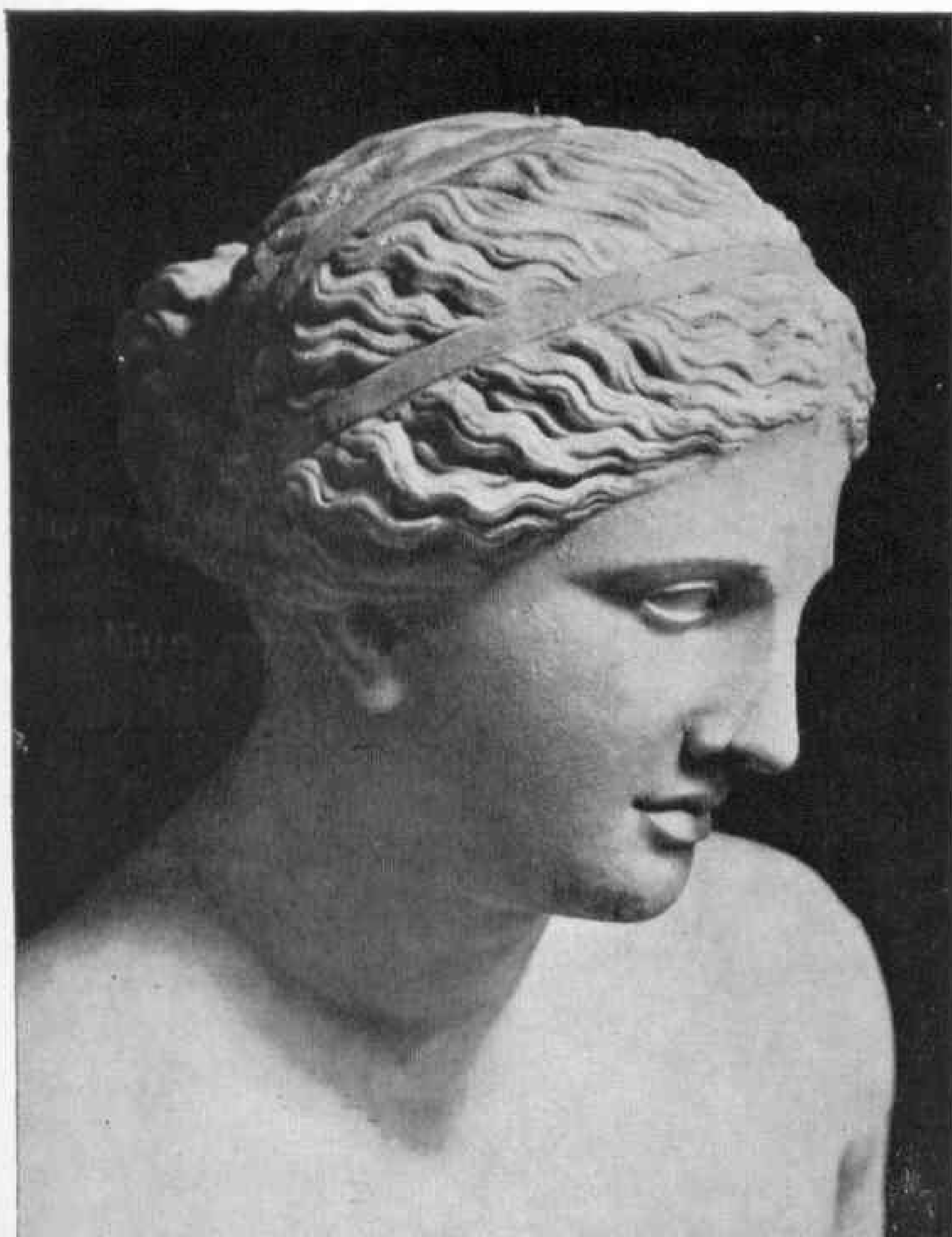
»— Pues imaginaremos un Estado en proceso de creación y es fácil que veamos también de este modo a la justicia y la injusticia en el acto de aparecer.

»— Es posible...»

Y ya así, con el propósito de estudiar la aparición de la Justicia, Sócrates y sus interlocutores empiezan a imaginar una comunidad ideal, una ciudad modelo, una *Civitas Dei*, una *Ciudad del Sol*, que será siempre objeto de comentarios hasta el fin del mundo. ¡Pobre humanidad la nuestra, que parece estar condenada a tener que contentarse con discutir teorías de los filósofos tan remotas como *La República* de Platón!

No olvidemos que Platón es un aristócrata de nacimiento, y, por lo tanto, con la excusa de la especialización del trabajo, requiere para su comunidad tres clases de ciudadanos. Además de los gobernantes, hay la clase de los labradores y artesanos, y la de los soldados, que Platón llama guardianes. Estos son comparables a los perros; deben ser veloces, fuertes, bravos, como los perros; deben ser buenos filósofos, para distinguir la cara de un amigo de la de un enemigo. «Por lo tanto, el verdadero guardián de un Estado debe reunir filosofía y espíritu, ligereza y fuerza.» Y aquí Platón se engolfa en una meticulosa disquisición acerca de cómo debe educarse a los guardianes del Estado. No se les contarán mentiras de falsos dioses, ni se les asustará con ideas terroríficas de ultratumba. Pero Platón debe aceptar que podrán mentir cuando así convenga al bien del Estado. La poesía, y lo que es más grave aún para un ateniense, el drama y la comedia, son desterrados de la república. Platón llama a los comediantes «caballeros multiformes que pueden imitar cualquiera cosa, a quienes se adora como a un santo».

Cabeza ideal de la mujer hermosa.
Venus de Praxiteles.



En cuanto a música, no es tan riguroso. Se vale de un técnico para decidir cuál de los tonos será aceptable. Su autoridad es Damón, el famoso maestro amigo de Pericles, quien decía que, «cuando cambia la música de los pueblos, cambian también las leyes fundamentales del Estado». He aquí una de las *frases platónicas* de *La República,* que son verdaderos rayos de luz: Platón dice que la gimnasia y la música merecen atención desde la niñez. «Porque estoy convencido de que no es un cuerpo sano el que mejora el alma, sino una alma buena y sana la que mejorará al cuerpo.»



Vaso del siglo IV antes de J. C.

Por tanto, los manjares siracusanos, las muchachas corintias y los confites atenienses se prohibirán en absoluto. Pero por más que Platón diga, se advierte que admira profundamente a los poetas (cita a Homero a cada momento) y acaso apetece también el placer de la mesa. En cambio, su odio a los políticos estalla con furor:

«— ¿No os admiráis — dice — de la frescura y habilidad de los ministros corrompidos?

»— Ya lo creo — contesta Adeimantus —, pero no de todos ellos, porque algunos se han convencido de tal modo, por los aplausos de la multitud, de que son verdaderos políticos, que no es de admirar su empaque.

»— ¿Qué quieres decir con esto? ¿Que si un hombre oye decir que es alto como un gigante acabará por creérselo?...»

Para evitarlo, Platón educa a los políticos con la misma disciplina de gimnasia y música con que forma a los guardianes o soldados. De entre éstos se escogen «los que demuestren mayores deseos de hacer lo que redunde en bien del país y de no tolerar nada contra sus intereses». Los guardianes deben ser vigilados desde su juventud — como los potros —, y los que han resistido la prueba serán nombrados políticos; serán honrados en vida y después de su muerte y tendrán sepulcros y honras fúnebres de toda clase.

Y así va siguiendo Platón, mezclando sugestiones brillantes, que nos dejan pensativos, con puerilidades que hacen sonreír: Porque claro que Platón no dice quién es-

Busto de Platón, idealizado como Dioniso.



tará allí para elegir a los mejores guardianes, ni cómo se hará la selección, pero no deja de añadir un párrafo extraordinario, que vale por todas las soluciones prácticas:

«En primer lugar, los guardianes no poseerán más que lo absolutamente necesario, ni tendrán casas que hayan de cerrarse con barras y llaves. Sus provisiones serán sólo las de los veteranos acostumbrados a privaciones y al servicio; recibirán paga estricta para el año y comerán y vivirán en común, como soldados en el campamento. Para ellos, el oro y la plata serán los tesoros que encuentren dentro de su alma y no tendrán necesidad de las riquezas terrenas. No mezclarán los dones divinos con el *vil metal*, que es la causa de tantas acciones malvadas, ni querrán estar bajo techado que cobije oro o plata, ni tocarlos, ni llevarlos en los vestidos, ni beber en tazas de estos metales. Y esto será su salvación y la salvación del Estado. Porque si poseyesen casas y tierras, o moneda, se convertirían en mayordomos y labradores, en lugar de ser guardianes; serían enemigos y tiranos en lugar de ser aliados de los otros ciudadanos; odiarían y serían odiados; conspirarían y serían atacados; pasarían su vida entre temores de los de fuera y de los de dentro, y habría llegado la hora de su ruina y la de la ruina del Estado...»

¡He aquí lo que debemos a Grecia! Este párrafo no hubiera podido escribirse sin las ansiedades de la democracia ateniense con un siglo de aventuras políticas y sin la experiencia de Esparta, allá en el horizonte, con su constitución aristocrática y comunitaria.

Así prosigue Platón su entusiástica pintura del Estado ideal: «Todo es empezar bien. Una vez bien empezado, el Estado va acumulando fuerzas, como una rueda. Porque con buenos principios y educación se implantarán buenas leyes, y con buenas leyes se mejorará la naturaleza del hombre, como sucede con otros animales.» El Estado justo se posee a sí mismo, como el hombre justo se posee a sí mismo..., «porque el alma humana tiene dos principios: uno que nos dirige al bien y otro que nos excita al mal, y cuando el mejor rige al peor, entonces el hombre es dueño de sí mismo...» Esto dice Platón, anticipándose de cuatro siglos a San Pablo.

Platón quiere educar a las mujeres de los guardianes con la misma gimnasia y música con que educa a los hombres. Y pronto sigue la espartana consecuencia: «Los guardianes tendrán esposas comunes y sus hijos serán también de todos; ningún padre conocerá a su hijo, ni ningún hijo conocerá a su padre... Con este plan el matrimonio será lo más santo posible, porque las uniones más beneficiosas son las más santas.» Y aquí añade una de aquellas puerilidades que nos asombran en Platón: «El número de enlaces se dejará a la discreción del jefe del Estado... Se premiará así a los bravos; éstos deberían procrear tanto como fuera posible, pero los hijos en seguida se separarán de sus padres y se darán a nodrizas que los criarán en barrios alejados... Hay que respetar la decencia...»

Ya formado el Estado, entra en acción. Se hará la guerra cuando sea necesario y se conquistarán esclavos bárbaros, pero nunca se hará esclavos a los otros griegos... Cuando peleen griegos con griegos no se llamará guerra, sino discordia; será una querella entre amigos para corregirse, más que para destruirse. Platón no tiene el idealismo de un pacifista moderno, ni se le ocurre proponer un arbitraje obligatorio ante un tribunal federal helénico; para él el Estado es todavía una *polis* simplemente, una ciudad con los territorios circundantes, y nada más.

Desde que Platón propuso su plan, se le ha venido comentando con admiración mezclada de ironía; ya Aristóteles señaló los inconvenientes que traería la comunidad de hijos y mujeres, y hoy no se deja nunca de repetir que hasta Platón tenía necesidad de esclavos para su República. Con mucha más razón, pues, debe haberlos, de algún modo, en una ciudad moderna. Pero al hacer este comentario se olvida que Platón no propuso su República como un plan político realizable, sino como una pintura de un tipo de Estado naciente, creado de pies a cabeza, para ver aparecer en él las ideas de justicia que desea encontrar en el individuo. El Estado de Platón es un producto de laboratorio, como una ampliación de un elemento microscópico, que no se pretende que tenga vida real. Por esto, a la mitad del libro, Platón vuelve al tema que le preocupa, que es el hombre justo, es decir, el filósofo. Después de tanto divagar sobre guardianes creados artificialmente, con saltos gimnásticos y purificaciones musicales, Platón termina diciendo: «Porque, al fin y al cabo, mientras los reyes no sean filósofos, o los filósofos no sean reyes, las ciudades nunca acabarán sus miserias, ni la raza humana será feliz, y nuestro ideal político no será realizable.» Y aquí empiezan cinco libros más de *La República* (la mitad de la obra), en los que su autor trata de descubrir las cualidades que, según él, deben adornar a la persona del verdadero filósofo, único capacitado para poder regir el Estado como un buen gobernante y, al mismo tiempo, ser un hombre feliz.

Contrastando con Platón se ha presentado a su discípulo Aristóteles. Platón y Aristóteles parecieron hasta hace poco los dos polos del pensamiento humano y se dijo que, los que no nos parecemos a Platón, nos parecemos a Aristóteles. Hoy no se ve tan grande la diferencia entre uno y otro, y pueden apreciarse otros matices en el modo de pensar.

Aristóteles nació en Estagira, colonia ateniense junto a los Dardanelos. Conquistada por Filipo, puede decirse que en Atenas Aristóteles era casi extranjero, un meteco macedonio, ateniense sólo por haber nacido en una colonia.

El padre de Aristóteles, médico de cámara del padre de Filipo, se creía descendiente de Esculapio. No era, pues, un practicón vulgar y de él aprendería Aristóteles la técnica de disecar y su raro interés por las ciencias biológicas. A la muerte del padre, Aristóteles fue enviado por su tutor a Atenas para estudiar en la Academia. Estuvo allí veinte años, desde los diecisiete a los treinta y siete. Platón le llamaba *el lector*, el aplicado; Aristóteles parece haber tenido una resistencia admirable para la filosofía; cuando los demás estudiantes desfilaban del aula, de puro cansados, Aristóteles resistía hasta el fin. Desde joven se hizo con una gran biblioteca, y a la muerte de Platón tenía esperanzas de ser nombrado sucesor de su maestro.

Por no congeniar con Espeusipo, marchó con Teofrasto, otro condiscípulo también descontento, a Assos, donde gobernaba Hermias, un reyezuelo filósofo que había sido huésped de la Academia. Assos estaba en el Asia Menor, entonces campo de batalla de persas y griegos. Era difícil contentar a unos y otros, y más aún conservar la neutralidad, así es que el príncipe protector de Aristóteles pereció víctima de esta contienda. Aristóteles se refugió entonces en la isla de Lesbos, adonde acudió también una sobrina de Hermias, llamada Pitias,

con la que Aristóteles había de contraer matrimonio.

Los años de la luna de miel del filósofo y la princesa fueron de labor y estudio. Lesbos tenía una tradición antiquísima de cultura jónica y, además, Aristóteles podía ver en sus playas ejemplares interesantes de la vida marina y acumular experiencias con los comentarios de los viejos pescadores, siempre prontos a hablar de las cosas del mar. Aristóteles es el primero que describe las ballenas y las focas como mamíferos y explica detalles de la reproducción de peces vivíparos y de pulpos marinos que se creían absurdos y que hasta hace poco no se ha visto que eran agudas observaciones de hechos reales.

De Lesbos pasó Aristóteles a Macedonia, llamado por Filipo para cuidar de la educación de Alejandro. Ya hemos dado en otro capítulo algunos detalles de la escuela de Mieza, entre montañas, donde el futuro conquistador recibió durante dos años las lecciones de Aristóteles. Difícil es decir lo que Alejandro aprendió allí y más aún lo que recordó de Aristóteles en su fulminante carrera, pero la tradición nos los presenta asociados en la gloria, como prototipos de maestro y discípulo. Dice la leyenda que Aristóteles recibió de Alejandro una parte del botín del Asia; que pudo proporcionarse materiales de estudio con la protección del conquistador; que envió expediciones para averiguar el curso del Nilo; que tuvo cazadores que le procuraron ejemplares raros para su jardín zoológico; que tuvo ejércitos de amanuenses que le compilaron textos y leyes..., todo con los recursos ilimitados que le facilitó Alejandro. Y aunque también se mencionan desacuerdos entre el viejo maestro y su discípulo el conquistador, era una de las cualidades de Alejandro la de saber olvidar y hasta arrepentirse de sus apasionamientos; por lo que resulta claro que, si alguna vez Alejandro molestó o se sintió molestado por Aristóteles, nunca le olvidó por completo.

Al dar por terminada la educación de Alejandro, Aristóteles volvió a Atenas para fundar una escuela al este de la ciudad, justamente en el lado opuesto al de la Academia. Había allí un pequeño santuario de Apolo *Lince*, protector de los ganados, y por esto la nueva escuela tomó el nombre de *Liceo*. Aristóteles hizo construir unos pórticos, bajo los cuales paseaba con sus discípulos, y de ahí que les llamaran peripatéticos, que quiere decir *paseantes*. Conocemos el funcionamiento de la escuela, que pudo organizar a su gusto porque Alejandro le facilitó una suma de ochocientos talentos y además ordenó que todos los cazadores y pescadores de su inmenso imperio le enviaran los ejemplares raros que pudieran observar en sus ocupaciones. Los miembros de la escuela comían juntos frugalmente, pero celebraban un banquete fastuoso una vez al mes. Cada uno de los estudiantes mayores dirigía los debates durante diez días, en los cuales se mantenía su especialización. Por la mañana, las conversaciones tenían un tono elevado, pero por la tarde la discusión se hacía más popular y se admitían oyentes. Los atenienses, en quienes un siglo de pensamiento activo había desarrollado una curiosidad natural por toda clase de investigación, tanto para



Lección de declamación. Pintura de un vaso.



Maestro de música con su discípulo. De un vaso griego.

la filosofía como para las ciencias naturales y, sobre todo, para cuestiones morales y políticas, tenían que preferir las exposiciones algo escolásticas del Liceo a las que entonces se mantenían en la Academia por los continuadores de la escuela de Platón.

Además, con sus recursos ilimitados, Aristóteles pudo adquirir centenares de manuscritos, y la biblioteca del Liceo fue una especie de museo bibliográfico para estudiar cuanto se había escrito hasta entonces. Fue un precedente de las grandes bibliotecas de Pérgamo y Alejandría.

La escuela de Aristóteles prosperó durante los trece años del reinado de Alejandro; mas apenas llegaron a Atenas las nuevas de la muerte del conquistador, arreció la persecución contra los partidarios del macedonio, y Aristóteles tuvo que refugiarse en Calcis. Como Calcis no estaba lejos de Atenas, el filósofo podía vigilar los acontecimientos, dispuesto a volver en cuanto pasara el peligro; pero murió allí inopinada y súbitamente, en una casa que había sido tiempo atrás de su madre y que tenía un jardín al lado.

El testamento de Aristóteles, conservado por Diógenes Laercio, nos da detalles biográficos. Además de la heredera legítima del filósofo, nacida de Pitias, y que Aristóteles dispone que deberá casarse con un militar, el filósofo menciona a una concubina, Herpelis, a la que hace demostraciones de estima, añadiendo este legado: un talento de plata, tres sirvientas experimentadas, una muchachita y un criadito. Herpelis puede escoger para residencia la casa de Calcis o la casa paterna en Estagira, con los muebles que le parezcan necesarios. Si Herpelis desea casarse, nadie se opondrá, a menos que sea con un hombre indigno. Da libertad y dinero a sus esclavos; cinco de ellos son mencionados con cariño, como mayordomos con sirvientes. Los muchachos esclavos de menor edad no serán vendidos; se repartirán entre los amigos, para darles la libertad cuando sean mayores, si la merecen. El testamento de Aristóteles acaba ordenando que se levante una estatua a su madre en un templo de Ceres, en Nemea; que se traigan a una sepultura común con el filósofo los huesos de Pitias, *como ella deseó*, y «que se dediquen algunas figuras de animales a Zeus salvador y a Atenea salvadora, en el templo de Estagira».

No sabemos de qué murió Aristóteles, pero es lo cierto que no murió envenenado. Diógenes Laercio dice que solía ponerse una botella de cuero con aceite caliente sobre el estómago, y esto, con la rapidez con que le sorprendió la muerte, hace pensar en una ulceración del duodeno. Los retratos de Aristóteles no dan la impresión de robustez de los retratos de Platón; Diógenes Laercio tampoco lo describe como un hombre sano. «Se dice que Aristóteles ceceaba, que tenía las piernas muy delgadas y los ojos pequeños...» Y si a esto añadimos la disciplina de estudio que se impuso desde su juventud, lo sorprendente es que el filósofo quisiera acompañarse de una concubina en la vejez y mantener una casa llena de esclavos, y sirvientes esclavos, como la que revela el testamento.

La tradición mantenida en las escuelas

hasta la Edad Media explica que en sus últimos años Aristóteles fue víctima de los malos tratos que le prodigó una concubina, que no sabemos si fue la mencionada como heredera en el estamento.

A la muerte de Aristóteles rigió el Liceo su amigo Teofrasto, digno continuador del maestro en los ramos de las ciencias biológicas. A Teofrasto sucedió Estratón; a éste, Licón; siguieron Aristón, Gritolao, un tal Diodoro, Erimeo, dos maestros más cuyos nombres no conocemos y un tal Andrónico, que dirigía todavía el Liceo hacia el año 110 antes de J. C.

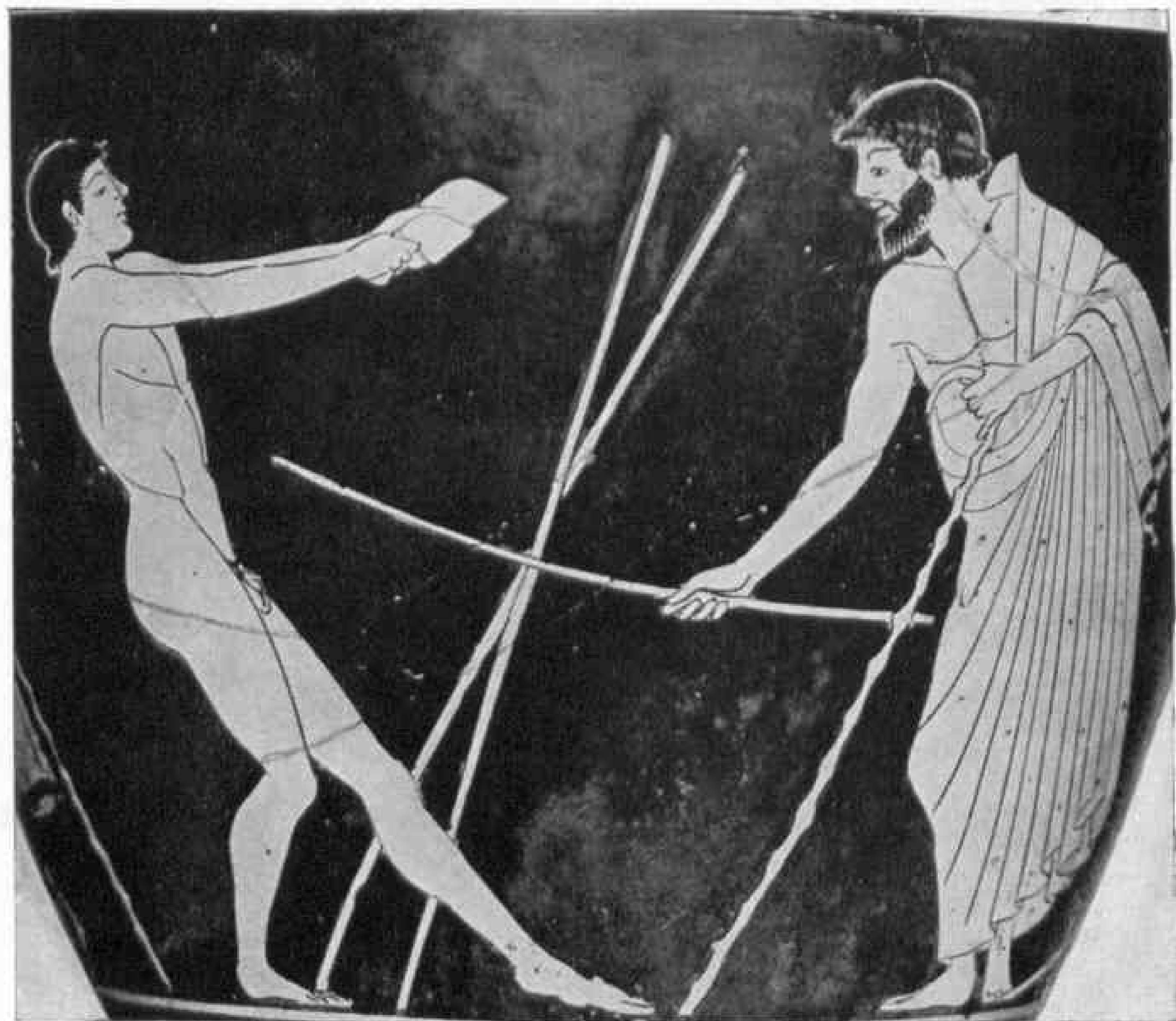
Pero los nombres de los directores del Liceo, excepto el de Teofrasto, no nos sugieren ningún gran pensador, y esto explica las extrañas peripecias por que pasaron los manuscritos de Aristóteles. Teofrasto los legó a un discípulo fiel que vivía en Asia. Al saber sus posesores que los originales de Aristóteles eran codiciados por los reyes de Pérgamo, los escondieron en una cueva, donde estuvieron olvidados por espacio de ciento cincuenta años. Por fin, los manuscritos de Aristóteles encontraron un comprador, que fue un bibliófilo ateniense llamado Ampelicón, quien los restituyó a su patria. Con sus apolillados pergaminos, Ampelicón preparó una edición de Aristóteles, que tendría necesariamente restauraciones y lagunas; pero, poco después de morir Ampelicón, Atenas fue ocupada por Sila y éste se llevó a Roma los manuscritos. Allí, el mal recompuesto texto de Ampelicón fue revisado por un bibliotecario romano; con esta base, ya en la mitad del siglo I después de J. C., Andrónico de Rodas compiló la edición de las obras completas de Aristóteles y Teofrasto, que es poco más o menos el texto griego que hoy tenemos.

Sin embargo, durante los años que los originales estuvieron escondidos, circularon escritos de Aristóteles, o atribuidos a él, que tenían un carácter más popular. Se alaba «la dorada transparencia del lenguaje de Aristóteles», «su dulzura de dicción», lo que parece casi un sarcasmo. Además, los títulos del catálogo de 146 obras de Aristóteles que publica Diógenes Laercio, hacen sospechar que, por una razón u otra, se leían en la antigüedad escritos de Aristóteles que son distintos de los que tenemos nosotros.

De lo que no hay duda es de que nuestro Aristóteles es el verdadero Aristóteles; acaso incompleto, como un monumento despojado de adornos, pero con nada o muy poco añadido para embellecerlo. De todos modos, es inquietante la observación de que el texto de la *Constitución de Atenas*, auténtico de Aristóteles, que se descubrió en un papiro egipcio hace cuarenta años, presenta un estilo más agradable que los demás libros que se le atribuyen.

La primera sorpresa que produce la obra de Aristóteles, en conjunto, es su inesperada disgregación. Aristóteles no escribió los grandes infolios que compilaron sus comentaristas de la Edad Media. Tenemos suyos unos cuarenta tratados, algunos de ellos de pocos pliegos, ninguno tan voluminoso como este libro que el lector tiene en las manos. En total, los escritos de Aristóteles no suman tres mil páginas.

Maestro de gimnasia con su discípulo. Pintura de un vaso griego. Siglo IV antes de J. C.



Otra sorpresa es que los tratados, o mejor, monografías de Aristóteles, no están organizados lógicamente. Aristóteles, el descubridor de los secretos de la lógica, estaba demasiado preocupado con sus incesantes averiguaciones para ordenarlas en un sistema del Universo dividido por ciencias, catalogadas según un plan preconcebido. No; los escritos de Aristóteles no forman la fantástica enciclopedia de curiosidades que nos hicieron esperar sus admiradores medievales. No es que creamos que haya llegado el tiempo de practicar otra vez el culto de Aristóteles, como se hizo en las escuelas, pero si hay alguien cuya reputación debe restablecerse, empezando por olvidar los elogios que se le hayan prodigado, éste es Aristóteles. Sus escritos son breves, punzantes, algo secos, pero revelan un hombre serio, hondamente preocupado de todo lo que percibe dentro de él y fuera de él.

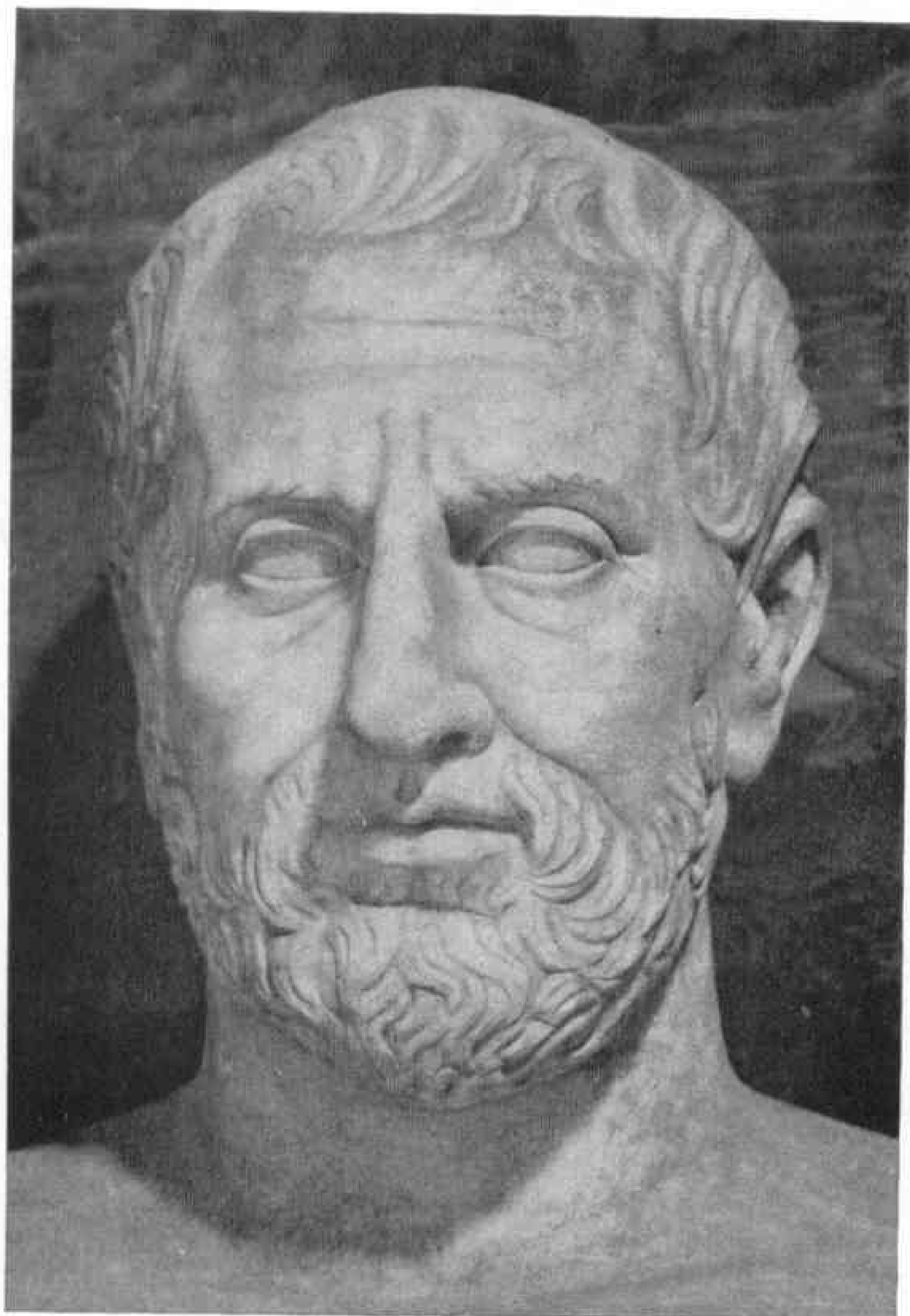
Encabeza hoy la colección de las obras de Aristóteles un grupo de seis escritos cortos, titulados: *Categorías, Interpretaciones, Primera Analítica, Segunda Analítica, Tópicos* y *Falacias*. Forman los seis, en conjunto, un tratado de lógica que se bautizó con el nombre de *Organon,* pero que es muy dudoso que estuvieran así asociados por el propio autor. El *Organon* dio en la Edad Media a Aristóteles más fama que todos los demás escritos; fue casi toda la ciencia durante siglos y siglos. Pretende enseñarnos a pensar. Así como Platón se preocupó de lo que pensamos, el *Organon* de Aristóteles trata de averiguar cómo pensamos. De si este filósofo logró o no su propósito se puede dudar aun, pero de todos modos hay que admirar la sinceridad de su esfuerzo.

Empezando por las *Categorías,* éstas son las maneras como los conceptos están relacionados unos con otros. Por ejemplo, si decimos, —*Ayer, en el Liceo, dos hombres blancos, de dos metros de estatura, sentados y calzados, el uno hirió al otro*—, habremos establecido entre estos conceptos diez relaciones o categorías, que clasifica Aristóteles como sigue:

Substancia: hombre. *Calidad:* blanco. *Cantidad:* dos metros. *Relación:* doble, dos. *Lugar:* el Liceo. *Tiempo:* ayer. *Posición:* sentados. *Estado:* calzados. *Acción:* herir. *Pasión:* ser heridos.

La verdad es que el ejemplo propuesto por Aristóteles desconcierta un poco, por su mismo afán analítico. Por otra parte, en otros lugares propone sólo cuatro *categorías;* en la única que insiste es en la de substancia. Y lo sorprendente es que nuestros abuelos, aun después de haberse afinado considerablemente los conocimientos gramaticales, siguieran disertando sobre las categorías, definiéndolas y subdividiéndolas, como si estas diez relaciones fueran las únicas posibles y existieran siempre en toda proposición.

Algo parecido ocurre con los silogismos,



Busto de Teofrasto.

que todavía nos causaron más de un disgusto cuando éramos niños. Aristóteles inventó hasta la palabra. «En este ramo —dice refiriéndose a los silogismos— no encontré nada que me preparase el camino; tuve que descubrirlo todo por mi cuenta, con paciencia y gran trabajo.» El silogismo, según Aristóteles, sirve para probar una proposición; de manera que, si se aceptan dos premisas, tiene que aceptarse una tercera. Así, por ejemplo: «Todos los hombres son mortales. Juan es hombre, luego Juan es mortal.» Esto es un silogismo. Claro que este ejemplo, el más sencillo de todos, parece excesivamente obvio, pero a partir de él Aristóteles y sus comentadores establecieron las leyes que permiten descubrir verdades y errores más encubiertos.

Naturalmente, más útil sería establecer una ley con un razonamiento de este tipo: «Juan, Pedro y Pablo son mortales; Juan, Pedro y Pablo son hombres; luego, todos los hombres son mortales.» Esto sería lo que llamaríamos un razonamiento inductivo, que va de lo particular a lo general, pero éstos tienen también sus propias reglas. Sin embargo, la humanidad se pasó varios siglos haciendo silogismos, que podríamos llamar guerras de palabras, y el *Organon* de Aristóteles facilitó, no sólo la táctica de combate, sino también las defensas contra las malignas emboscadas del error.

Aristóteles nos pone en guardia contra ambigüedades, malas interpretaciones, círculos viciosos, confusión de ideas, etc. Los bancos de las aulas y las paredes de los seminarios resonaron por veinte siglos con silogismos más o menos aristotélicos, interrumpidos por las exclamaciones que cerraban el paso a las premisas de mala ley, las cuales eran del tenor siguiente: *Petitio principii,* que quería decir que se ponía como prueba lo mismo que se quería probar, o *Non causa pro causa,* cuando se llegaba a un absurdo con pruebas silogísticas, etc.

Pero olvide el lector lo dicho y admire a Aristóteles en otros ramos de sus estudios. Cuatro tratados de lo que hoy llamaríamos ciencias físicas son auténticos de Aristóteles. Se titulan: *Física, Del Cielo, De Generación y Corrupción* y *Meteorología.* Estos se podrían hacer seguir de un recio tratado de *Metafísica* que empieza así: «Naturalmente todos los hombres están animados de un deseo de conocer, y la prueba de esto es su amor por los sentidos corporales que les proporcionan el conocimiento, en especial el sentido de la vista..., porque éste nos procura la manera de aprender muchas cualidades distintas de los objetos. La natu-



Aristóteles.

raleza ha dotado de memoria a algunos animales, y en varios de ellos la memoria es resultado de las sensaciones, y en otros no. Y estos últimos tienen más instinto, sin tener capacidad para recibir instrucción; pero no perciben los ruidos, como pasa con las abejas y otros animales organizados en tribus. En cambio, los que son capaces de recibir instrucción (porque tienen memoria) perciben los sonidos. Así, pues, los animales subsisten por medio de las impresiones que reciben de sus órganos, y por las operaciones de la memoria, pero el hombre se mantiene por medio de su arte y también por la fuerza del raciocinio.» ¡Qué magníficos párrafos!, pero ¡cuán lejos de los conceptos morales que hemos encontrado en Platón!

También Platón se preocupa del instinto y de los sentidos, y nos habla de perros y caballos, pero ¡de cuán distinta manera! Y además, Aristóteles se equivoca en este párrafo, como en otras cosas. Las abejas perciben ruidos.

Aristóteles procura evitar las hipótesis y quiere sólo apoyarse en hechos. «Fácil es tejer las hipótesis», dice en una parte, y en otro lugar añade: «La ciencia debe basarse en la realidad.» Aristóteles es un realista; tiene, como él dice, *sed de conocimiento,* pero no se deja convencer fácilmente. «Esto es verdad en un sentido y falso en otro.» «Esta cosa no está todavía bien probada...» «Hemos de contentarnos con explicaciones pequeñas para los problemas grandes.»

Aristóteles se muestra preocupado todavía por los problemas del espacio y del vacío, del movimiento y de la continuidad de la materia. Esta ha existido siempre: Aristóteles no tiene necesidad de un creador, su Dios es un ente inactivo al que van atraídas todas las cosas. El es la razón del movimiento. «Hay un poder de movimiento — dice Aristóteles — en la misma cosa que se mueve.» Lo característico de la materia es el movimiento y también la forma. No existe materia sin forma. Cada cosa toma la forma que le es más apropiada, y esta facultad de



Aristóteles idealizado, por Rafael. (De la «Escuela de Atenas», Vaticano.)

organizarse cada cosa según una manera propia es lo que Aristóteles llama *entelequia.* Dios es la entelequia del Universo y Aristóteles dice concretamente que el alma es la entelequia del cuerpo. Algunas veces, entelequia y forma del cuerpo son una misma cosa. Forma y fuerza son las dos palabras que emplea Aristóteles indistintamente.

Aristóteles, como todos los enciclopedistas, está inseguro en algunas ramas de la ciencia. En astronomía es más bien un rezagado; en física contradice a los atomistas. Su argumento es sutil: «No comprendo por qué hemos de admitir que los cuerpos grandes pueden dividirse y los átomos no.» Cuando un cuerpo se diluye demasiado, pierde su forma, su entelequia, y ya no es el mismo cuerpo. Así, según Aristóteles, un vaso de vino deja de ser vino si se echa en un recipiente que contenga veinte mil litros de agua. Nada nos impide — dice él — imaginarnos un hombre tan grande que de un solo paso llegue de una puerta a otra

de la ciudad, pero nadie ha visto nunca un hombre así. No está en su potencialidad; su forma, su entelequia no lo permiten.

A estos tratados de física siguen los estudios de psicología, llamados: *Del Alma, De los Sentidos, De la Memoria y Reminiscencia, Del Sueño, De los Sueños, De Adivinación, De la longitud y brevedad de la vida, De la vida y de la muerte* y *De Respiración*. Ya se puede comprender en cuántos errores caerá Aristóteles en estas materias, pero, a pesar de todo, sus obras están llenas de observaciones maravillosas. Discurre sobre la telepatía, explica los sueños poco más o menos como lo haríamos en la actualidad, y el porqué se realizan algunas cosas que hemos soñado y las realizamos casi sin querer, etc.

Siendo hijo de un médico, Aristóteles siente preferencia por los estudios biológicos: «Aquí también hay dioses», dice para animarnos. Escribe primero una compilación de hechos que conoce; después compone libros sobre *Los movimientos de los animales, La Generación* y *Las partes de los animales*. Con su idea fija percibe la encadenación de los órganos de un ser vivo: «La naturaleza no trabaja en vano.» El cuerpo humano y su funcionamiento es casi lo que Aristóteles conoce menos de la vida animal. La disección del cuerpo humano le causa horror, el examen de las venas le sobrecoge, y llega a decir que el cerebro está encargado de refrescar la sangre y que el corazón es el centro del entendimiento. Es sorprendente oírle decir que la mujer tiene menos dientes y menos suturas en el cráneo que el hombre.

Pero este mismo sistema de atender más a los animales inferiores que al hombre, tocante a la biología, hace que Aristóteles tenga mayor parecido con un biólogo mo-

Unas líneas del papiro de la *Constitución de Atenas*, de Aristóteles.



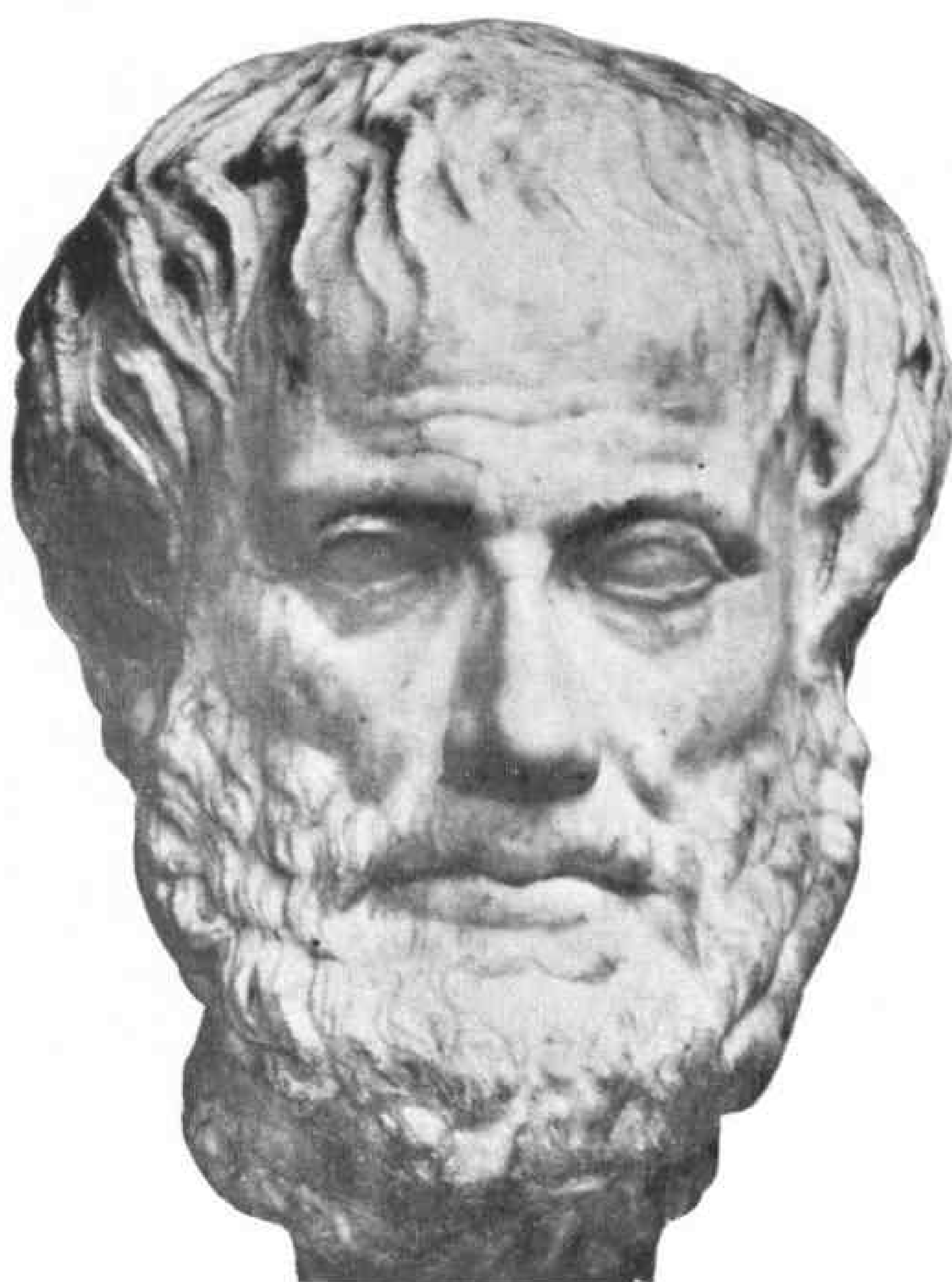
derno. ¿Cómo se han obtenido la mayoría de nuestros conocimientos sino por la anatomía comparada? Y en este ramo es más que un precursor. He aquí una frase de Darwin: «Hasta ahora había considerado a Linneo y Cuvier como dioses, pero sólo son niños al lado de Aristóteles.»

Sus escritos de *Retórica* por sí solos habrían dado la inmortalidad a un autor. Vamos a dar, para terminar, algunas ideas de su *Política:* «El hombre es un animal político.» El Estado es un producto de la naturaleza. «Un hombre que no tiene patria es un mal hombre o un superhombre. En ninguno de los dos casos es hombre, como una mano no es mano cortada del cuerpo. Igual que el hombre necesita la familia, así la familia exige el Estado.» Antes de preocuparse de la organización del Estado, Aristóteles examina las formas de actividad de los individuos; entre ellas menciona la del prestamista y la del cazador de esclavos. Con sorpresa descubrimos que el filósofo condena la primera y aprueba la segunda. Es contrario a la naturaleza del dinero el hecho de procrear o producir, no está en su entelequia; en cambio, no hay nada malo en capturar esclavos, mientras no se capture sino «aquellos que la naturaleza ha designado para la esclavitud.» Subyugar a esos infelices es hacerles un bien; pero, lo mismo que Platón, no admite Aristóteles que los griegos hayan de servir como esclavos a los griegos. Por esto él les devuelve la libertad en su testamento; por esto también recomienda a Alejandro que sea sólo el protector de los helenos, mas para los bárbaros, rey absoluto.

Si se pudiese encontrar un ser perfecto, la monarquía sería lo mejor, pero ya dice Aristóteles que «la virtud no suele habitar en el palacio de los reyes». Mejor sería que el Estado se rigiera mediante una sana aristocracia, porque es más difícil corromper a muchos que a unos pocos.

Es sorprendente que en sus obras Aristóteles no llegue a precisar el concepto que tiene formado del origen de la materia, esto es, de un sistema de la Creación, ni de la necesidad del Creador. Esto no espantó a teólogos de la Edad Media. Santo Tomás decía que si no fuera por la Biblia, él se conformaría con Aristóteles, que afirmaba que el mundo ha existido *ab acterno* y no hay que buscar en el fondo de las edades un Dios creador para dar forma a la *materia.*

Retrato de Aristóteles en la vejez.



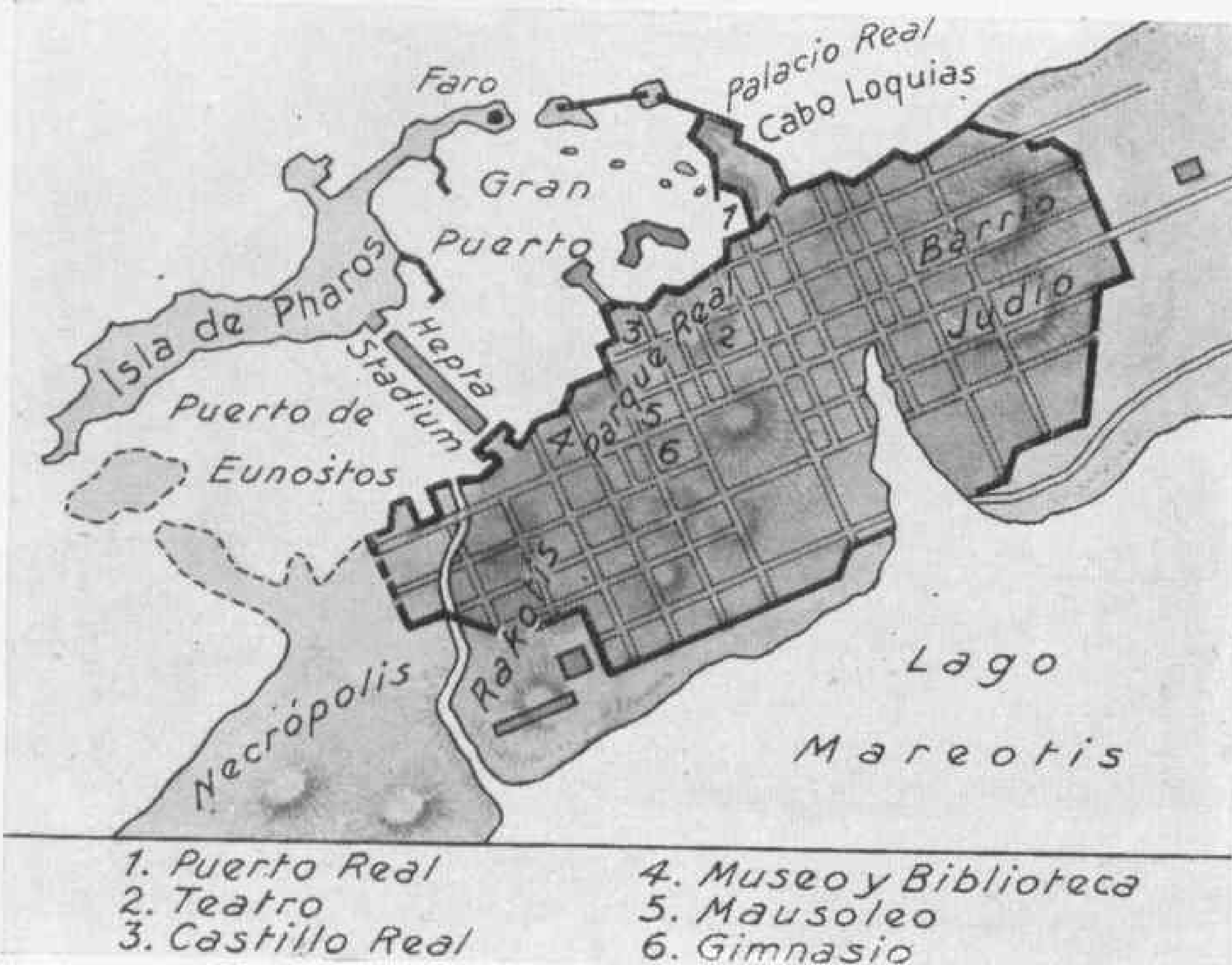


El altar de Pérgamo, restaurado en el Museo de Berlín.

18 LA EPOCA DE LOS DIADOCOS. MUSEO Y BIBLIOTECA DE ALEJANDRIA

HEMOS convenido en llamar período helenístico a los siglos que median entre la muerte de Alejandro, en 323, y la ocupación romana de Grecia y las provincias de Oriente. Se le ha llamado también *época de los diadocos,* que quiere decir lo mismo que administradores, porque los generales compañeros de Alejandro gobernaron en un principio las diferentes regiones de su Imperio como administradores, en nombre de la familia de Alejandro. Esta la constituían su madre y su hermana, un hermanastro imbécil, un hijo póstumo de Roxana y un bastardo de una princesa persa. Todos ellos fueron llevados a Pella, para mantener en la capital de Macedonia una sombra de corte que pudiera ejercer autoridad; pero todos fueron eliminados al persuadirse el regente de Macedonia que no podían servirle para aumentar su poder y, en cambio, le perjudicaban con sus encontradas ambiciones.

Los diadocos, mientras tanto, íbanse tallando con la espada sendos reinos inestables en los vastos dominios de Alejandro. Raro es que no apareciese ningún pretendiente de pura raza, declarándose sucesor de los antiguos reyes de Persia o Egipto. Los diadocos son todos macedonios; el solo hecho de haberse hallado en contacto con Alejandro durante los doce años de sus conquistas les daba tal fuerza de carácter, tanta tenacidad en su ambición, que no había nada que pudiera resistirles. Como hacía tiempo que lo mismo Grecia que el Oriente formaban sus ejércitos con mercenarios, los diadocos, valiéndose del oro atesorado en Egipto y en Asia, movilizaron fuerzas de



Plano de Alejandría.

mar y tierra para defender sus nuevas fronteras, sin prestar atención a las viejas naciones orientales que estupefactas presenciaban sus luchas. Algunos de los diadocos fueron héroes de tan varia fortuna, que sus vidas pueden leerse como novelas caballerescas. Amenazan un día con restaurar el imperio de Alejandro, derribando a sus contrincantes, y al poco tiempo perecen miserablemente en un calabozo o en una escaramuza sin gloria alguna.

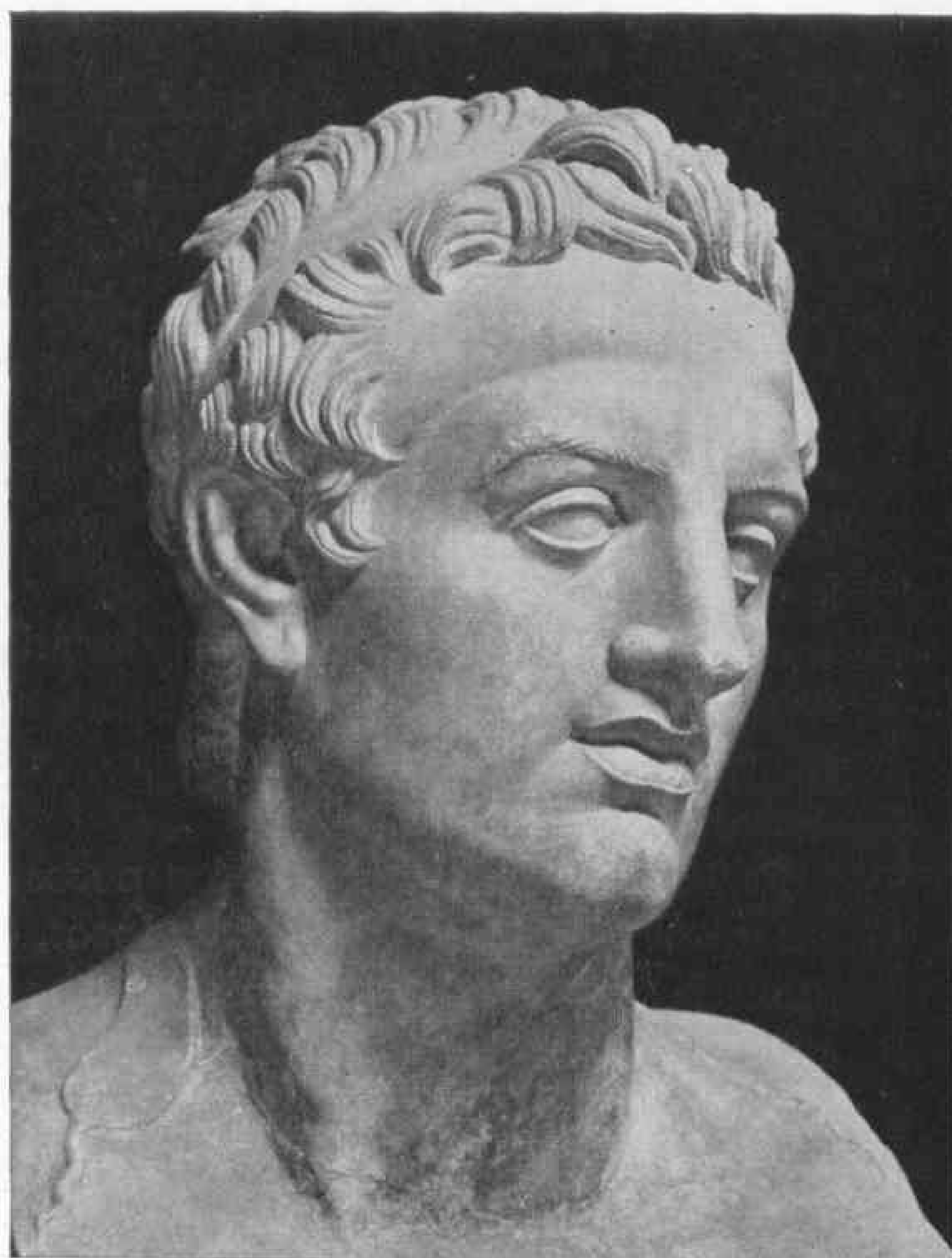
Todo les parecía posible a los que habían llegado hasta la India con Alejandro. Como él, fundan ciudades que llevarán su nombre, Tolemaida, Lisimaquia, Antioquía, Seleucia, o el de sus esposas, que son macedonias también y se llaman Berenice, Arsinoe, Cleopatra. Las campañas violentas de los diadocos son conducidas con el valor personal de pequeños Alejandros y poniendo en práctica sus lecciones de estrategia: emplean la falange como elemento de resistencia y la caballería para decidir el ataque. Además, los diadocos aceptan ya la ayuda de los elefantes, que hacen venir de la India, y se valen de máquinas de guerra cada vez más complicadas.

Las luchas de los diadocos se deciden siempre con la mayor violencia, pero en cuanto se ha conseguido la victoria, el triunfador trata con afecto a su vencido competidor y a veces pone en libertad a los prisioneros, tras colmarlos de presentes, para que hagan correr la voz, entre los mercenarios de los ejércitos enemigos, de que él es un digno sucesor de Alejandro.

Los caracteres de los diadocos distan de ser uniformes. Tolomeo es juicioso, diplomático, prevenido. Era de la familia de los Lágidas y fue compañero de Alejandro en la escuela de Aristóteles, en Mieza. Después no se habla mucho de él en las campañas del Asia, y acaso por juzgarle inofensivo fue elegido para llevar a Alejandría el cadáver embalsamado del gran conquistador. El cortejo fúnebre marchó desde Babilonia a Egipto con un carro tirado por 64 mulas, donde iba el sarcófago de oro con la momia de Alejandro. Llegado a Egipto con su preciosa reliquia, Tolomeo manifestó completa indiferencia ante las admoniciones del regente Pérdicas; éste trató de castigarle con una expedición militar en que le acompañaría el hermano de Alejandro, que era un incapaz. Tolomeo, con gran prudencia, dejó que Pérdicas se destruyera a sí mismo en el istmo; el regente fue asesinado por sus propios mercenarios, y si Tolomeo no recogió gran botín con la ruina de Pérdicas, ganó por lo menos a sus soldados, que se pasaron al ejército de Egipto. He aquí, pues, ya un diadoco que ha logrado establecer su dominio; él y sus descendientes, que en la Historia se llaman todos Tolomeos, ganarán y perderán más de una vez las naturales expansiones de Egipto, que son Palestina, Cirenaica y Chipre, pero nadie les disputará ya el valle del Nilo hasta los días de la conquista romana.

El primer Tolomeo, al tomar definitivamente el título de rey, se da el sobrenombre de *Sóter*, que quiere decir *el salvador*. El y su hijo Tolomeo Filadelfo, son los verdaderos fundadores de Alejandría, la gran metrópoli helenística que ofrece tantos puntos de contacto con una capital moderna. Existía en aquel lugar desde muy antiguo una pequeña población egipcia llamada Rakotis, pero Alejandro comprendió que podía ser el puerto y mercado ideal

de todo el Levante, y ordenó que allí se levantara una ciudad, que lleva todavía su nombre. El puerto estaba protegido por una isla llamada Faro, y como en ella construyeron los Tolomeos la gigantesca torre en lo alto de la cual se encendía de noche una hoguera para guiar a los navegantes, por esta causa todas nuestras luces de mar se llaman todavía *faros*. A cada lado de la isla del Faro había una entrada para el puerto. La ciudad se extendía sobre una lengua de tierra paralela a la costa, delante de la laguna Mareotis. Un brazo del Nilo proveía de agua dulce a Alejandría. Las calles se cruzaban en ángulo recto, y en la encrucijada principal estaba *la Sema* o mausoleo de Alejandro. El palacio real se levantaba al este de la ciudad; sus jardines y muelles llegaban hasta una de las entradas del puerto. Con este palacio comunicaban también la famosa biblioteca y el museo.



Tolomeo Sóter.

No pueden negarse, pues, al primer Tolomeo cualidades de organizador. Otra prueba de sus dotes es el tacto con que supo actuar entre todas sus esposas. Una de ellas, llamada Eurídice, era hija del regente de Macedonia, Antípater, acaso el más respetado y respetable de todos los diadocos, al que Alejandro confiara los asuntos de Europa al partir para el Asia y al que Aristóteles nombró albacea en su testamento. Eurídice había llevado consigo a Egipto, como dama de compañía, a una parienta suya, ya viuda, llamada Berenice. Pocos años más tarde, Tolomeo casó también con esta matrona y tuvo de ella un hijo, que fue el segundo Tolomeo, que tomó el sobrenombre de *Filadelfo*. Un hijo que Berenice había tenido de su primer marido fue enviado como rey a Cirene. Tolomeo tuvo aún otros hijos de otras esposas.

Tolomeo II Filadelfo y Arsinoe.
Camafeo de Viena.



En contraste con Tolomeo, a quien podríamos llamar el más afortunado de los diadocos, pondremos la trágica pareja de Antígono y su hijo Demetrio Poliorcetes. Antígono era mucho más viejo que Alejandro, y juzgando éste que no podría seguirle en sus veloces marchas, le dejó en el Asia Menor, para que protegiera la retaguardia. Antígono estaba allí todavía al morir Alejandro, y en esta hora crítica se le despertó

una ambición senil de mando y de gloria. Tuerto, grandote y grosero, ponía sus ilusiones en su hijo Demetrio, quien, según Plutarco, «sin ser tan alto como su padre, era de singular belleza y expresión, tanto, que ningún escultor pudo hacer de él un buen retrato. Combinábanse en su persona la gracia con la fuerza, la dignidad y la juventud, y a pesar de sus desordenadas pasiones, sabía conservar su arrogante presencia y maneras reales». Demetrio correspondía al amor de su padre.

Es interesante notar que los pocos retratos que conservamos de los diadocos, en sus monedas y medallas, guardan cierto parecido entre sí, porque se divinizan con los dos cuernos a los lados de la cabeza. Son un recuerdo de los de Alejandro, quien, por considerarse hijo del dios Amón, se ponía las astas de carnero del dios de Tebas en sus retratos oficiales y monedas.

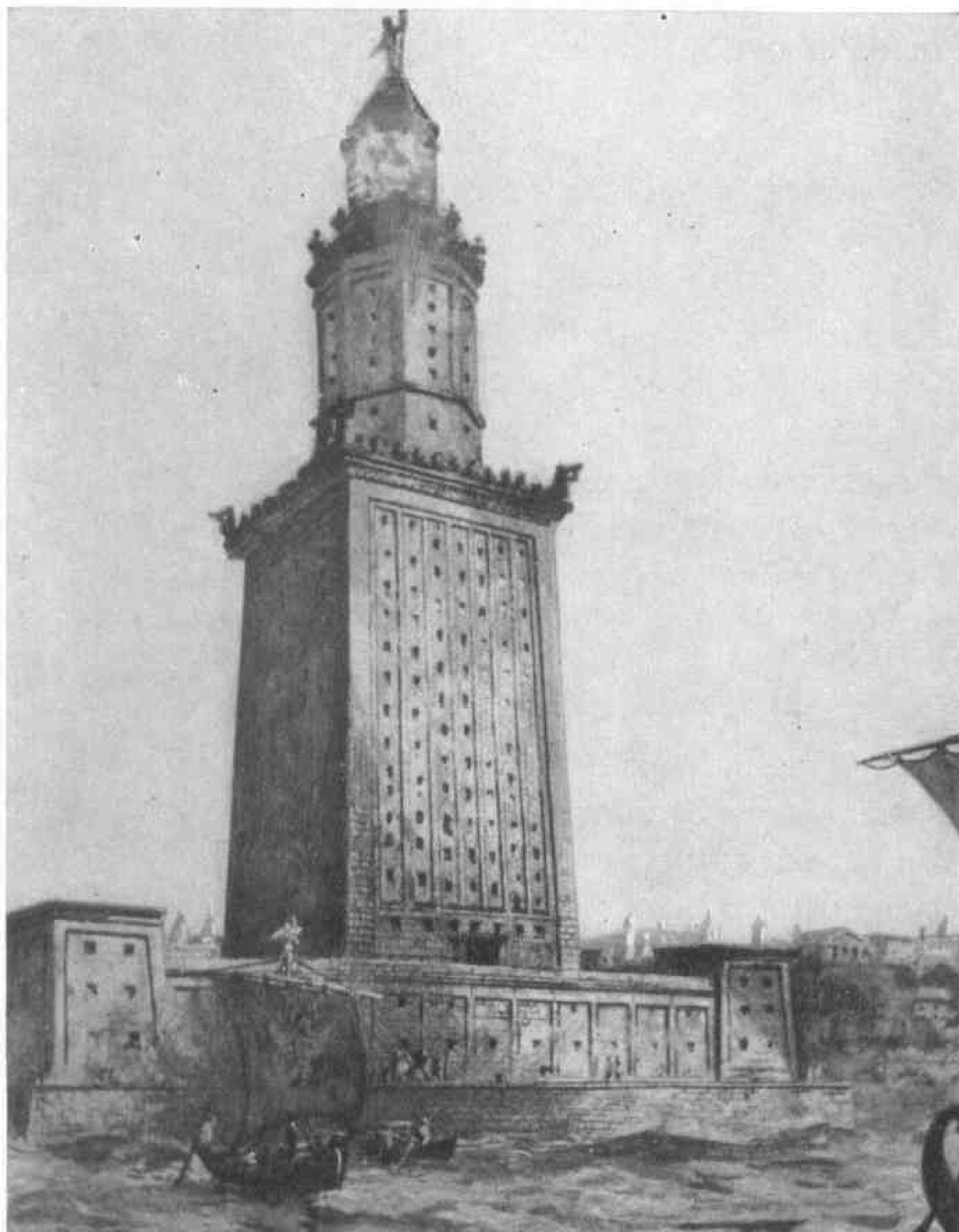
Demetrio fue apodado el Poliorcetes, o *sitiador de ciudades,* porque mostraba más interés en las peripecias de un sitio que en las batallas a campo abierto. Ya Alejandro había comprobado su arrojo en los sitios de Tiro y de los castillos de la Bactriana, pero Demetrio pretendía hacer de esta guerra de fortalezas una ciencia táctica. Parece haber estado poseído del furor científico, y construía máquinas que hubieran sido un prodigio de mecánica de poder ser manejables. Otras veces, en lo más arduo de un asedio, abandonaba el campamento para acudir a una cita amorosa. Su padre conocía las debilidades de Demetrio; cuéntase que una vez que éste excusaba una ausencia «por haber tenido fiebre», Antígono le replicó diciendo: «Sí, ya la he visto; *tu fiebre* salía por la puerta de escape cuando yo entraba.» Por esto Demetrio necesitaba del aguijón de Antígono como Antígono necesitaba del brío de Demetrio.

He aquí cómo cuenta Plutarco la muerte del padre en una formidable batalla contra Tolomeo y Seleuco, coligados contra ellos. El viejo diadoco tenía entonces ochenta y tres años y en la mañana de aquel día, al salir de su tienda, debió de sufrir un ligero ataque apoplético porque cayó al suelo, haciéndose mucho daño; pero levantándose en seguida, alzó sus manos al cielo, pidiendo a los dioses que le dieran «la victoria o la



Moneda de Demetrio Poliorcetes.

El faro de Alejandría. Reconstrucción de Tiersch.

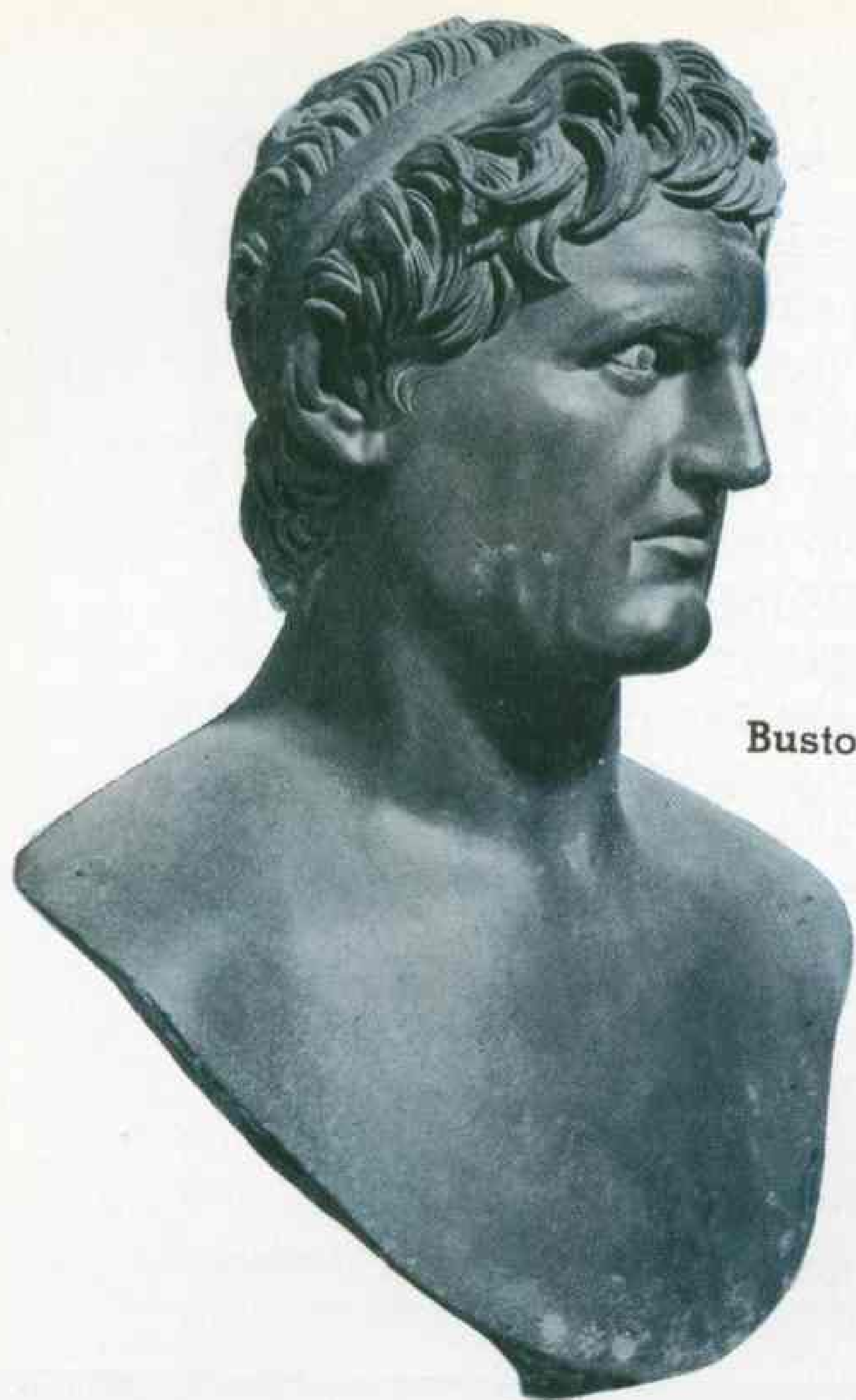


muerte antes que ver la derrota». Al empezar el combate, Demetrio cargó con la caballería con tanta furia, que llegó más lejos de lo que convenía, pues el enemigo le cerró el paso con los elefantes cuando quiso regresar al frente de combate. Entonces los mercenarios de Antígono, creyéndose perdidos, empezaron a desertar en masa, pero el viejo general no quiso abandonar su puesto. «Señor, que vienen contra nosotros», le dijo uno de los suyos. «¿Qué quieres que hagan sino venir a atacarnos? —respondió Antígono—, pero Demetrio también vendrá a socorrernos», y buscando a su hijo con los ojos, cayó muerto, traspasado por infinidad de dardos.

Esta vez Demetrio pudo escapar con cinco mil que le permanecieron fieles; rehízo sus huestes y obtuvo todavía grandes victorias, a pesar de haber perdido a su padre, hasta que un día funesto cayó en manos de Seleuco, quien le retuvo prisionero con todos los honores en la península cerca de la desembocadura del Orontes donde tenía su remonta de caballos y elefantes. Demetrio se mantuvo por algún tiempo en esta ociosidad sin que decayera su espíritu, mas poco a poco fue perdiendo todo interés por la vida y se dio filosóficamente a la bebida

Ruinas del templo de Zeus en Atenas.





Busto de Seleuco I.

hasta que murió, a la edad de cincuenta y cuatro años.

A pesar de sus deficiencias morales, Demetrio parece dotado de un temperamento más que humano. Su hecho de armas más famoso fue el sitio de Rodas, que tuvo que levantar porque la ciudad recibió auxilios de Tolomeo. Pero aquel esfuerzo había sido tan heroico, que Demetrio creyó que debía conmemorarlo y para ello levantó un monumento, en la isla de Samotracia, que representa a una Victoria volando en la proa de su galera. Hoy la Victoria de Demetrio, mutilada por los siglos, es el perfecto símbolo de su fracaso delante de Rodas. Al contemplarla ahora en el Museo del Louvre, gozamos de su maravillosa hermosura, pero Demetrio sería aún más dichoso viendo nuestras máquinas de guerra.

No fueron sólo trofeos artísticos, y una vida más para narrarla Plutarco, el resultado de las hazañas de Demetrio. Su hijo, que se llamó Antígono, como el abuelo, se mantuvo en el trono de Macedonia y sus descendientes lo conservaron hasta la conquista romana. He aquí, pues, otro trono ganado por un diadoco, si no para sí, para los suyos, aunque no con la firmeza con que mantuvieron su autoridad los primeros Tolomeos.

El carácter militar que reveló Demetrio Poliorcetes es algo nuevo, casi moderno. Demetrio no sintió el deseo de honrar su reinado con una capital fastuosa como Alejandría ni Antioquía, ni colmarla con obras de arte, ni atraer sabios eruditos y poetas, como hicieron los Tolomeos. No tuvo tan siquiera un centro fijo para establecer su corte; donde más a su gusto se encontraba era en Atenas, pero allá los desórdenes de la democracia le impedían ejercer su gobierno y tenía que escapar con sus galeras. Su fuerza estaba en las naves, que cuidaba que fuesen superiores a las de los otros diadocos. Si tuviéramos que decidir cuál fue el territorio nacional de Demetrio, diríamos que las islas del mar Egeo, Chipre, Creta, Samos, Chios, Lesbos. Estas bellas tierras flotantes eran lo más permanente de la talasocracia de Demetrio.

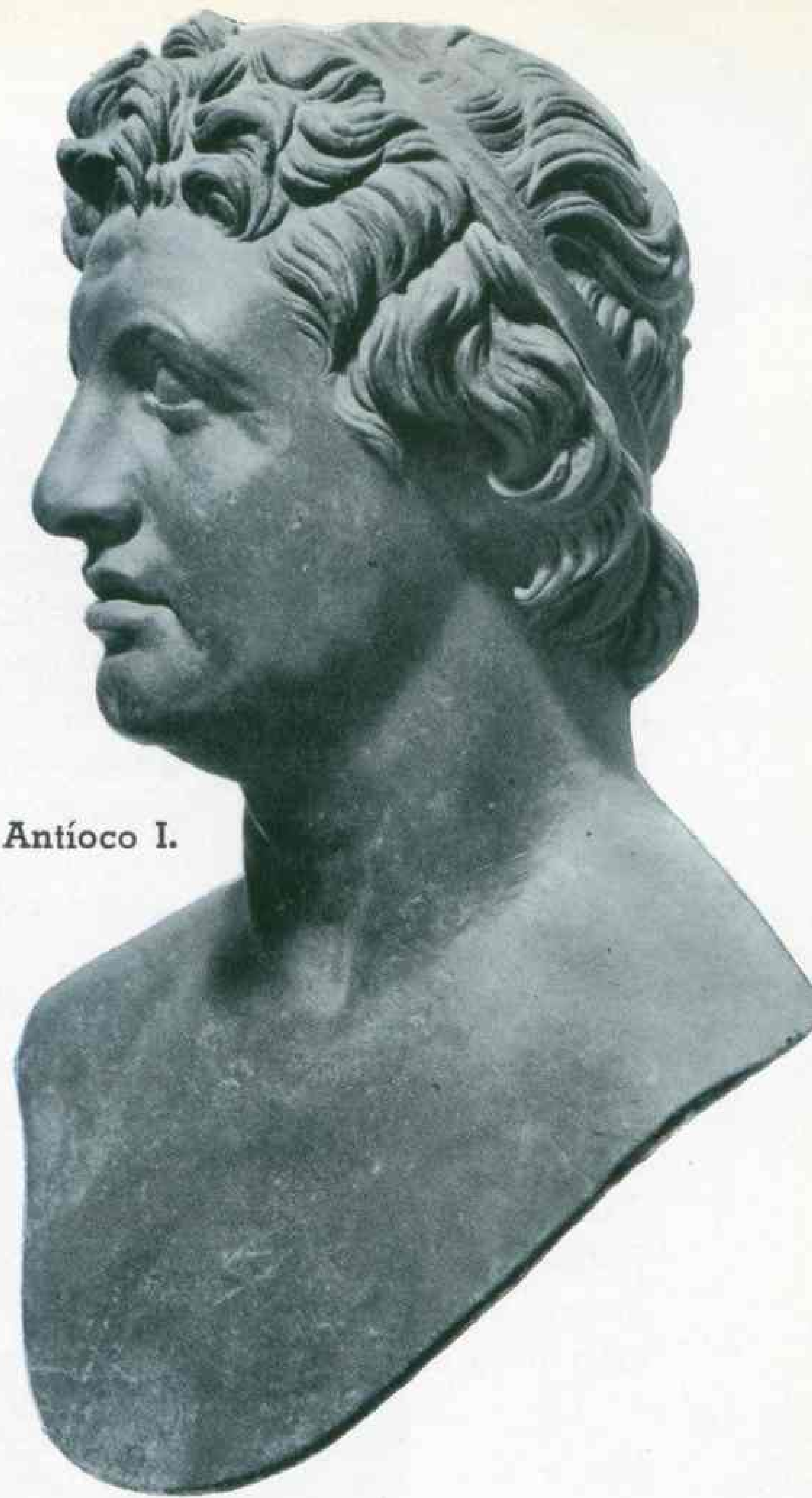
Es simbólico que mientras el más permanente recuerdo de los Tolomeos fue el Faro para atraer a los navegantes, lo que se nos conserva de Demetrio Poliorcetes es la Victoria de la proa de la embarcación, tocando la trompa o agitando el trofeo de sus hazañas marinas.

El tercer diadoco que transmitió su reino a sus descendientes fue Seleuco, otro compañero de Alejandro. En lugar de establecer su capital en Babilonia, como había propuesto el conquistador, la construyó cerca de la costa aunque algo alejada del mar, en un lugar al pie del cerro Sipilo, que constituía de por sí una defensa natural. La llamó Antioquía, del nombre de su padre. Fue la ciudad más importante del Asia, aunque diferente de Alejandría, donde además del comercio se cultivaron las artes y las ciencias. En Antioquía se prodigó el lujo y se cultivaron toda suerte de placeres hasta la época romana. El parque era famoso, con toda clase de diversiones, y por si esto no fuera bastante, se creó un barrio junto a la playa, una especie de lugar internacional llamado Dafne, donde fueron a malgastar

su tiempo y sus riquezas los potentados de Europa y Asia.

Seleuco empezó haciendo amistad con Tolomeo para defenderse de los ataques de Antígono y Demetrio. Después, con el auxilio de Tolomeo, Seleuco consolidó su gobernación, que comprendía desde el Mediterráneo al Himalaya. Pero todavía en ocasión de hallarse Seleuco en la India para sofocar una sublevación, Demetrio ocupó otra vez a Babilonia, aunque por poco tiempo. Seleuco pactó entonces con el rey indio Chandragupta, concediéndole completa independencia a cambio de que le entregara 480 elefantes; éstos fueron los que decidieron la batalla en que perdió la vida el viejo Antígono.

Interesante parece consignar que, mientras así se combatían, Seleuco estaba casado con una hija de Demetrio. Dícese que ésta despertó tal pasión en su hijastro Antíoco, que Seleuco se la cedió para que la tomara por esposa. Plutarco cuenta esta anécdota con mucha gracia: «La joven reina se llamaba Estratonice y había hecho ya a Seleuco padre de un varón. Mientras tanto, el hijo Antíoco, comprendiendo que su amor por ella era criminal, resolvió dejarse morir de hambre, rehusando todo alimento, con el pretexto de que estaba enfermo. El médico que le asistía comprendió que la causa de su indisposición era el amor, pero no lograba adivinar la persona de quien Antíoco se había enamorado. Para descubrirla, no se movió de la cámara del enfermo, observando las emociones y alteraciones del rostro de Antíoco cuando venían a visitarle las damas de la corte. Pronto notó que la presencia de estas mujeres no producía en él ningún efecto, pero cuando entraba Estratonice, que lo hacía a menudo en compañía de Seleuco, el hijo de éste perdía la voz, palidecía, sudaba, y los latidos de su corazón se hacían irregulares y violentos... Conociendo el médico el cariño de Seleuco por su hijo, fuese en su busca para decirle que el mal de Antíoco era de amor, y, por desgracia, de un amor imposible. El rey, muy sorprendido, preguntóle por qué era imposible. — El caso es — dijo el médico — que Antíoco está enamorado de mi mujer. — ¿Y a esto llamas un amor imposible? — respondió Seleuco —; tú no rehusarás tu esposa al heredero del trono, si no hay otro medio de salvarle la vida. — ¿Tú tampoco lo harías, si tu hijo estuviera enamorado de Estratonice? — ¡Oh, amigo — contestó el rey —, yo daría, no sólo a Estratonice, sino mi corona, por salvar a mi hijo!»



Busto de Antíoco I.

Antíoco y Estratonice marcharon a gobernar las provincias orientales que lindaban con la India. Allí, este príncipe macedonio y su esposa vivieron largos años, rodeados de vasallos asiáticos, hasta que la muerte de Seleuco les llevó otra vez a Siria. Ya nadie más disputó a sus descendientes las provincias de Siria y Mesopotamia.

Tales fueron los hombres; vamos a ver algo de su obra. Por de pronto, barrieron

sin respeto las antiguas fronteras del mundo antiguo. Es cierto que, como resultado de las campañas de los diadocos, el imperio de Alejandro quedó dividido en tres porciones naturales: el reino de los descendientes de Tolomeo, o sea Egipto; el reino de los descendientes de Antígono, con Macedonia, Grecia y las islas; por último, el reino de los descendientes de Seleuco, en el Asia. Las pequeñas nacionalidades se ahogaron dentro de estas nuevas monarquías macedónicas. Algunas trataron de resistir, y tenemos el caso de nacionalismo agudo de la rebelión de los judíos contra Antíoco Epífanes, historiada en los libros de los Macabeos. Pero en general estos *desórdenes* fueron provocados por la política de los otros diadocos y sus descendientes, que pretendían mantener el equilibrio debilitando a sus vecinos. Las intrigas de los primeros Tolomeos contribuyeron a impedir la preponderancia de Siria o Macedonia. Los Tolomeos desarrollaron una política de atracción para con los judíos y los griegos; adivinaron la fuerza de Roma, manteniéndose neutrales durante las guerras púnicas, y por fin se aliaron a las pequeñas repúblicas independientes, como Rodas, que cada una de por sí podía bien poco, pero que sumadas a Egipto constituían un factor realmente importante.

Estratonice (?). Dama real de la época de los diadocos.



En Grecia, como siempre, se formaron ligas entre las ciudades para resistir la penetración de Macedonia; sin embargo, no aparece un nacionalismo griego: lo que se quería era la libertad de seguir fomentando los antiguos rencores locales. Esto creaba grupos de descontentos en cada región de Grecia, que miraban al rey de Macedonia como a un libertador. Los odios seculares de los partidos políticos se habían agravado con los cambios económicos que produjo la conquista del Asia. No sólo el comercio se hacía en escala mucho mayor que antes — porque la navegación se había perfeccionado y se traficaba todo el año —, sino que de pronto la moneda resultó mucho más abundante y el oro, especialmente, corrió en cantidades fabulosas.

Para dar idea al lector de *la inflación* de metálico después de Alejandro, recordaremos que Pericles reputaba a Atenas muy rica, antes de empezar la guerra del Peloponeso, porque el tesoro había acumulado seis mil talentos. Seis mil talentos era una cantidad enorme en el siglo v antes de J. C.; con ella se podía incluso provocar una guerra. De pronto, Alejandro conquista el Asia y en el tesoro de los persas encuentra, sólo en metal acuñado, ciento ochenta mil talentos. Toda esta fortuna tuvo de circular inmediatamente para satisfacer las pagas de los mercenarios de los diadocos. Nuevos ricos emprendieron nuevos negocios de comercio y de banca, con una iniciativa y una audacia que los hizo más ricos todavía. Los antiguos aristócratas quedaron postergados en una semipobreza, y los pobres viéronse reducidos a una especie de esclavitud por la desproporción entre los jornales y los precios de los artículos de primera necesidad. Así, por ejemplo, el celemín de trigo, que valía tres dracmas en tiempo de Sócra-

Victoria alada que conmemora el sitio de Rodas por Demetrio Poliorcetes.



tes y cinco en tiempo de Demóstenes, subió a siete y hasta a diez después de Alejandro.

Como ocurre en estos casos, los especuladores acapararon la riqueza y podemos percibir aún la miseria que ocasionaron en Grecia por la agitación que se produjo en las viejas ciudades helénicas en favor de la cancelación de las deudas. En esta lucha social, los ricos, partidarios del orden, que para ellos era la seguridad de cobrar sus préstamos, miraban al rey de Macedonia como a su protector, mientras los demagogos recibían a veces subvenciones de Egipto. Existen pruebas de que Arato, el jefe de la liga Aquea, recibió cantidades del segundo Tolomeo a cambio de sus envíos de esculturas y pinturas de la escuela arcaica de Sicione, que en aquellos tiempos de miseria parecerían antiguallas demasiado caras para los griegos.

Tenemos también, al menos, dos casos bien conocidos de esfuerzos que se hicieron para remediar el malestar económico con una organización catastral de la propiedad. Ambos esfuerzos son muy distintos en cuanto a propósito y resultados, pero ambos indican la misma necesidad de intervención del Estado, porque el individuo aislado no podía subsistir ante las exigencias de los grandes acaparadores. El primer esfuerzo es la tentativa para restaurar el comunismo antiguo de Esparta que hizo el rey Cleómenes. También en Esparta los ricos se habían enriquecido más y los pobres estaban cargados de deudas. Cleómenes era rey por derecho propio y, además, hábil y valiente. Después que hubo afirmado su autoridad con una campaña contra los seculares enemigos de Esparta, volvió para realizar la revolución. Destituyó a los magistrados que podían oponérsele, desterró a algunos de ellos que se mostraron irreductibles, ejecutó a catorce de los más peligrosos, y pasó a cancelar las deudas y a dividir otra vez las tierras en parcelas iguales, como si fuera a empezar otra edad de oro, lo mismo que en los tiempos de Licurgo.

Naturalmente, una reforma tan radical no podía ser tolerada por sus vecinos, y la coalición del rey Antígono de Macedonia y del jefe político de Sicione, Arato, restauró en Esparta *el antiguo régimen,* devolviendo a los ricos sus propiedades. Cleómenes tuvo que escapar a Egipto, que entonces era, a pesar de su monarquía, un refugio para los revolucionarios, como lo fue Inglaterra el pasado siglo. Pero el que podríamos llamar partido de Cleómenes

volvió al ataque en la próxima generación, y esta vez ya no guiado por un rey, sino por un demagogo llamado Nabis. Este repartió de nuevo la propiedad, confiscó las riquezas y dio libertad a los esclavos... Pero esto ocurría en Esparta y el 207 antes de Jesucristo..., y pronto el ejército romano de Flaminino, fuerte de cincuenta mil soldados, ayudado por el partido nacionalista, acabó con la revolución espartana y también con Esparta.

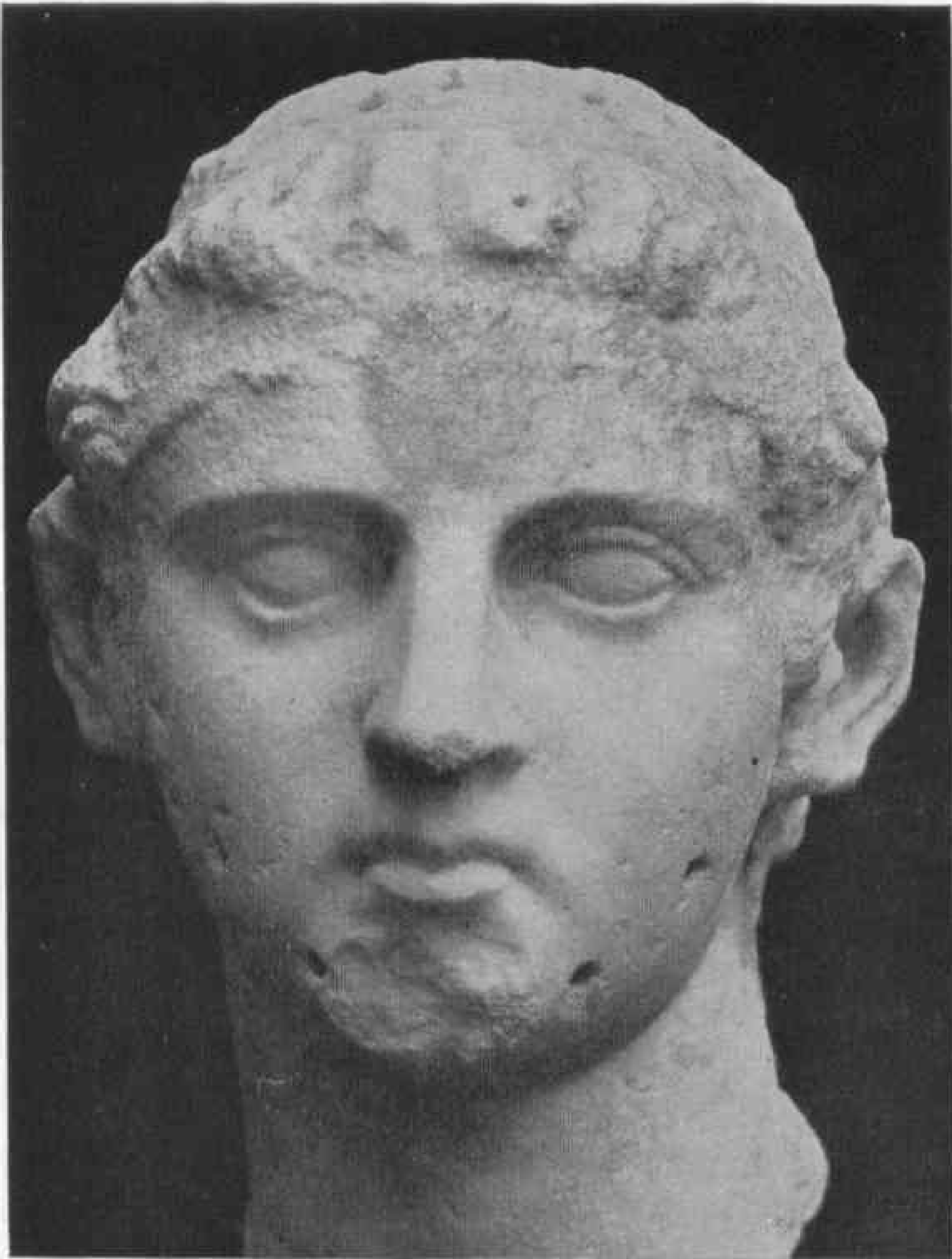
En contraste con el comunismo agrario de Cleómenes, citaremos un esfuerzo muy notable de los primeros Tolomeos para interesar al Estado en el fomento de la agricultura en gigantesca escala. ¡Quién sabe cuántas iniciativas como ésta no debieron de acometer los diadocos de Siria y Egipto!, pero sólo de la que vamos a mencionar se han conservado detalles en abundancia. Centenares de papiros, con cartas y documentos de un tal Apolonio, que era el jefe de la explotación, se han descubierto en la provincia del Fayum, en el Alto Egipto. Por ellos nos enteramos, con todo género de detalle, que Tolomeo Filadelfo estableció un sistema de riego para aprovechar unas tierras bajas que antes había cubierto un gran lago.

Un brazo del Nilo, debidamente canalizado, con diques y compuertas, permitió cultivar el país en una extensión tan vasta que por sí sola formó un *nomo* o provincia que fue rica en granos, olivos y viñedos, sin contar inmensos rebaños de cerdos y cabras. La explotación se hacía de dos maneras: cultivando los campos por medio de esclavos o arrendándolos a colonos, pero en uno y otro caso el administrador real recogía el producto, lo reunía con el de las otras provincias, para las necesidades del gobierno, y si había sobrante se vendía a los mercaderes. Para esta explotación, Apolonio necesitaba ejércitos de esclavos, y algunos de ellos de gran capacidad; necesitaba, además, carros, barcazas, animales de carga y de tiro, con toda una cohorte de secretarios y funcionarios, que formaban una verdadera escala de jerarquías. Hasta tenía una fábrica de tejidos.

El rey se tomaba gran interés por la explotación; el *nomo* o provincia recibió el nombre de Arsinoe, que era el de la reina. Una de las cartas de un secretario o auxiliar de Apolonio menciona varias conversaciones que éste tuvo con el rey a bordo de una de sus embarcaciones ligeras, cuya quilla era de plata, lo que comprueba la veracidad de la tradición de las riquezas de Tolomeo



Monedas de: 1. Filipo II; 2. Alejandro; 3. Lisímaco de Tracia; 4. Seleuco I; 5. Tolomeo I; 6. Demetrio Poliorcetes, y 7. Mitrídates VI el Grande.



Busto de Tolomeo IV.

Filadelfo. Estas tentativas de reforma indican la necesidad apremiante que sentían los gobernantes de encontrar una solución al problema económico. Es una época en que la esclavitud adquiere proporciones fabulosas y se importan esclavos del Asia y de la Nubia; en la correspondencia de Apolonio se habla de dificultades con las aduanas sobre el tráfico con esta mercancía humana, y aun es posible que la suerte del esclavo, que tenía asegurado el sustento, fuera preferible a la del ciudadano libre abrumado de deudas. La situación era tan angustiosa, que el pueblo perdió todo estímulo para mezclarse en política. ¿De qué servía discutir cómo debía gobernarse el Estado cuando existía el problema apremiante de pagar el interés de la hipoteca y alimentarse si quedaba algo para ello?

Pronto el pueblo cifró su única esperanza en el monarca. El diadoco entronizado, o su hijo, o su nieto, fue más que un rey, fue un dios, un *theos,* un *epifanes*... Se ha dicho que la divinización del jefe del Estado, que empieza en el mundo griego con los diadocos, es una consecuencia de la conquista de Oriente por Alejandro. Muy cierto que Alejandro, en Egipto, se sintió hijo de Amón y que en Asia se hizo venerar como un personaje divino, pero los griegos nunca lo tomaron en serio. En cambio, años más tarde los atenienses hicieron locuras para honrar a Demetrio Poliorcetes y los que divinizaron a los diadocos en Siria y Egipto no eran sólo los naturales del país, sino también griegos y macedonios que iban con los diadocos.

No hay duda, pues, que el hecho de aceptar los griegos al monarca como un ser casi divino es más bien una consecuencia de su estado de depresión moral que un contagio ideológico del Asia. Las mismas causas produjeron los mismos efectos, y así los emperadores romanos fueron divinizados más tarde por razones análogas.

Además los descendientes de los diadocos fueron degenerando de tal modo, que se hizo necesario divinizarlos para justificar su autoridad. Basta mirar los retratos de los últimos Tolomeos para ver cómo el tipo

Pátera con la representación de Alejandría, con el cuerno de la abundancia y coronada del ureus o serpiente real.



se ha empobrecido por falta de cruzamientos, porque era costumbre de los macedonios el casarse incluso entre hermanos. Los descendientes de Antígono y Demetrio Poliorcetes también cayeron a un nivel deplorable. El último de los reyes de Macedonia fue llevado cautivo a Roma y su hijo se avino a ejercer el oficio de escribiente en una ciudad de Italia.

Otra consecuencia de la revolución económica fue el desarrollo que adquirieron las ciudades. Las pequeñas explotaciones agrícolas no producían lo suficiente para compensar el rudo trabajo de los campos, y la ciudad atrajo al campesino con frívolos placeres. Allí estaba el gran monarca; nadie moría de hambre a su lado. Como en las ciudades modernas, nuevos inmigrantes traían a la capital mayor prosperidad: llegaban a ella con sus últimos recursos y había que alojarlos, creando nuevos barrios; se especulaba en terrenos, se necesitaban brazos para los oficios urbanos. Todo artificial, todo resultado de aquella afluencia de gentes que no producían nada útil. Celebrábanse procesiones, fiestas, cortejos, coronaciones; se murmuraba, se criticaba, se discutía sobre una próxima guerra... Pudiendo vivir así, nadie iba a quedarse en el predio rústico, siempre amenazado de confiscación por deudas. Allí, en Alejandría o Antioquía, había sitio para todos, la vida transcurría en una continua excitación.

Gorgo y Praxinoa, dos comadres alejandrinas que se preparan a ir a ver un desfile.



Por lo que sabemos de Alejandría, causa cierto desencanto al ver cuánto se parecía por su mal gusto y presunción a una metrópoli moderna; abriga uno el temor de que las aglomeraciones humanas serán siempre perjudiciales. Tenemos la descripción, conservada en la obra del retórico Ateneo, de una de las procesiones con que más se complacía Alejandría. Fatiga por su esplendor de oropel: desfilan carros y más carros, algunos arrastrados por centenares de hombres que pasean máscaras de dioses y genios; incluso se hacía ostentación de las riquezas del tesoro real, que figuraban en la procesión llevadas en andas. Se exhibían también objetos raros y muchos animales, procedentes éstos del jardín zoológico del Museo: leopardos, panteras, un oso blanco, un rinoceronte... El desfile duraba desde la mañana hasta la noche; por esto abría la marcha un personaje que figuraba la estrella del alba y la cerraba otro que simbolizaba la estrella vespertina.

De cómo el pueblo se regocijaba con estas fiestas nos da una idea el mimo o sainete de Teócrito titulado *Las mujeres en la fiesta de Adonis*. Dos comadres, Praxinoa y Gorgo, muy compuestas, se disponen a salir de casa para ver la procesión. He aquí cómo hablan:

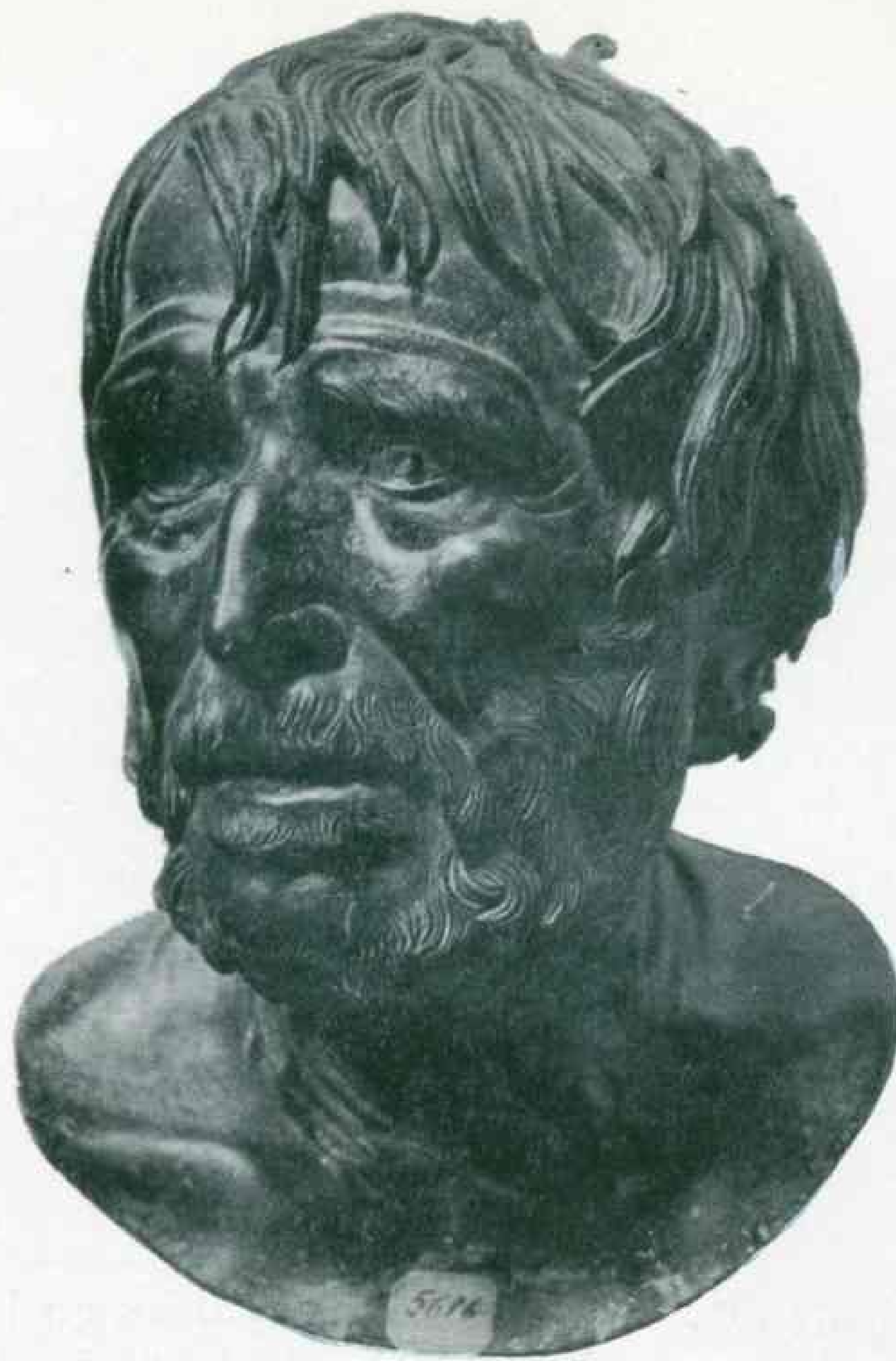
«Gorgo. — ¡Qué tonta he sido en venir a buscarte! Casi me han aplastado la gente y los caballos. Por todas partes se ven hombres con botas altas y uniformes. ¡No sé por qué habéis venido a vivir tan lejos!

»Praxinoa. — El loco de mi marido me hizo venir aquí, lugar más propio para corrales que para casas. ¡Y todo para impedir que tú y yo fuésemos vecinas!, siempre lleno de celos el gran maldito; siempre lo mismo.

»Gorgo. — No hables así delante del niño. ¿No ves cómo te mira? No, no, amor mío, no es de tú papá de quien estamos hablando...»

Salen a la calle. Los empujones, los gritos y exclamaciones de la gente que se atropella para ver la procesión, están descritos por Teócrito con admirable realismo:

«Praxinoa. — ¡Oh, cielos, qué gentío! Esto es peor que un hormiguero. Ya te digo yo, Tolomeo, que nos las has dado muy buenas, desde que murió tu padre que esté en la gloria... ¡Oh, oh, el caballo del Rey! ¡Pero no me aplastéis, buen hombre! ¡Mira qué magnífica bestia! ¡No empujéis tanto, eh!»



Supuesto busto de Calímaco, bibliotecario de Alejandría.

Así habla la gente por las calles de Alejandría en los versos cómicos de Teócrito. Unos se alaban de ser de Corinto y de su puro acento dórico; la cantante que entona el solo del himno de Adonis, en la procesión, es griega, ha venido de Argos. Los griegos estaban en mayor número, pero tenían que codearse con los judíos, tan abundantes en Alejandría, y, por fin, los indígenas egipcios del barrio de Rakotis también acudían a presenciar los festivales de los macedonios.

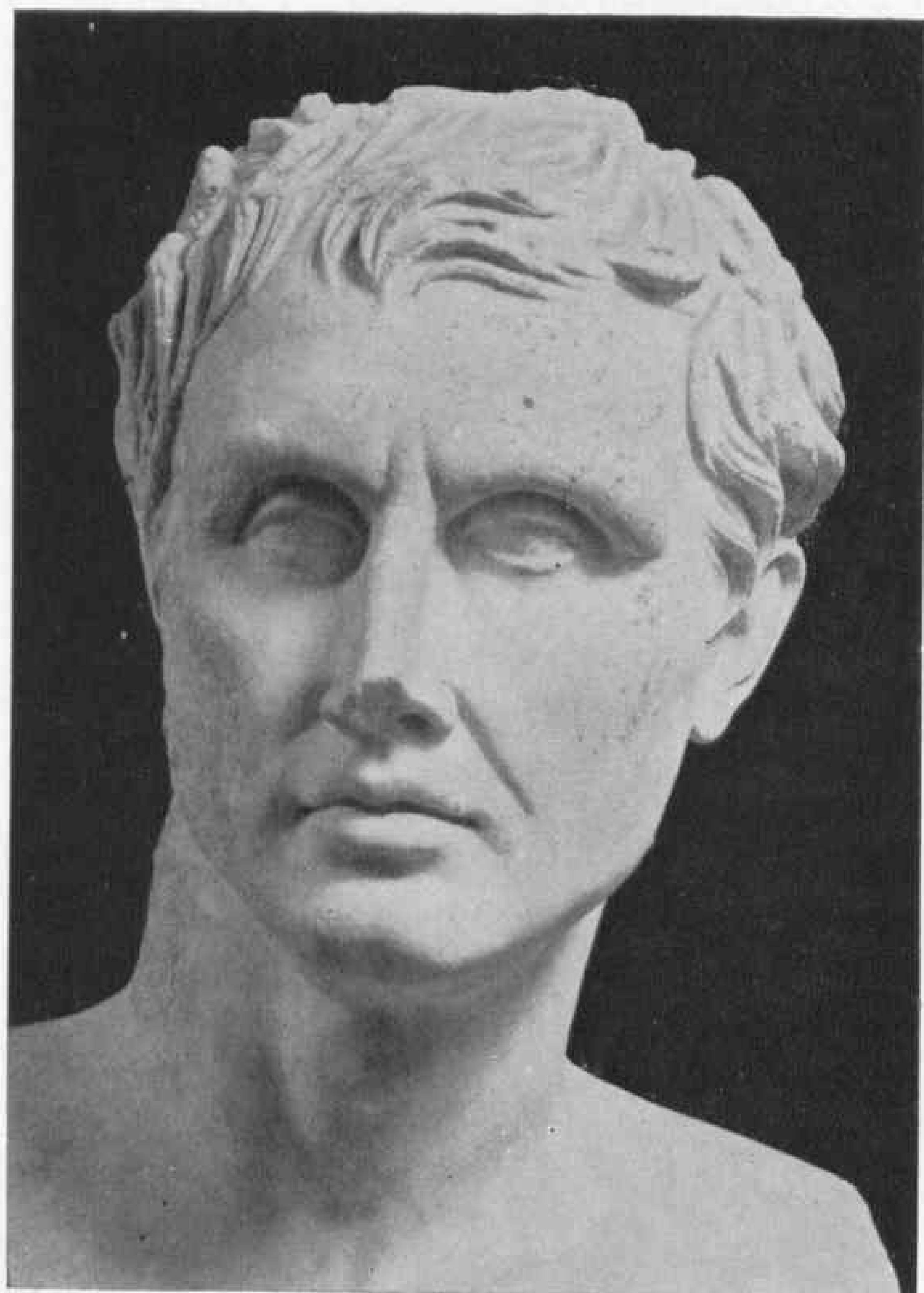
Los Tolomeos hicieron grandes esfuerzos para atraer a Alejandría los mejores artistas y hombres de ciencia. Lo consiguieron sólo a medias. El centro de estudios filosóficos continuó siendo Atenas, y hasta los poetas, en algunos casos, se negaron a abandonar la vieja patria para trasladarse a Egipto. Esto explica el carácter de compilación y comentario que tiene todo lo que se produjo en la Biblioteca y el Museo de Alejandría. El fundador del Museo fue el primer Tolomeo, quien tenía pretensiones de escritor. Había compuesto una vida de Alejandro, con detalles interesantes que fueron aprovechados por los historiadores de la época romana. Había hecho construir un teatro griego en Alejandría y hasta se había interesado en investigaciones científicas, como la exploración de las costas del mar Rojo. Ya se comprende, pues, que Tolomeo recibiría con los brazos abiertos a un emigrado político ateniense, que, además de gran intrigante, era filósofo de profesión. Se llamaba Demetrio de Falero, por haber nacido en el puerto de Falero, cerca de Atenas, y habiéndose mezclado demasiado en los negocios de la ciudad durante diez años, en oposición a los planes de Antígono y de su hijo, al fin tuvo que refugiarse en Egipto.

Demetrio de Falero presumía de discípulo de Aristóteles y escribió tratados sobre los asuntos más diversos. A pesar de su *pose* de estético, no cabe duda que tenía cualidades para ser jefe de escuela: él sugirió a Tolomeo la creación de un centro de estudios en Alejandría, llamado *Museo* o templo de las Musas. Así, pues, el primer museo del mundo, más que un depósito de objetos preciosos, era una escuela. Por primera vez en la Historia el Estado reunía y

mantenía de su presupuesto una corporación laica de sabios y artistas, asociados para estudiar y enseñar. Aunque el Museo y después la Biblioteca de Alejandría eran instituciones reales, contiguas al palacio o residencia del monarca, gozaban en sus funciones de completa autonomía.

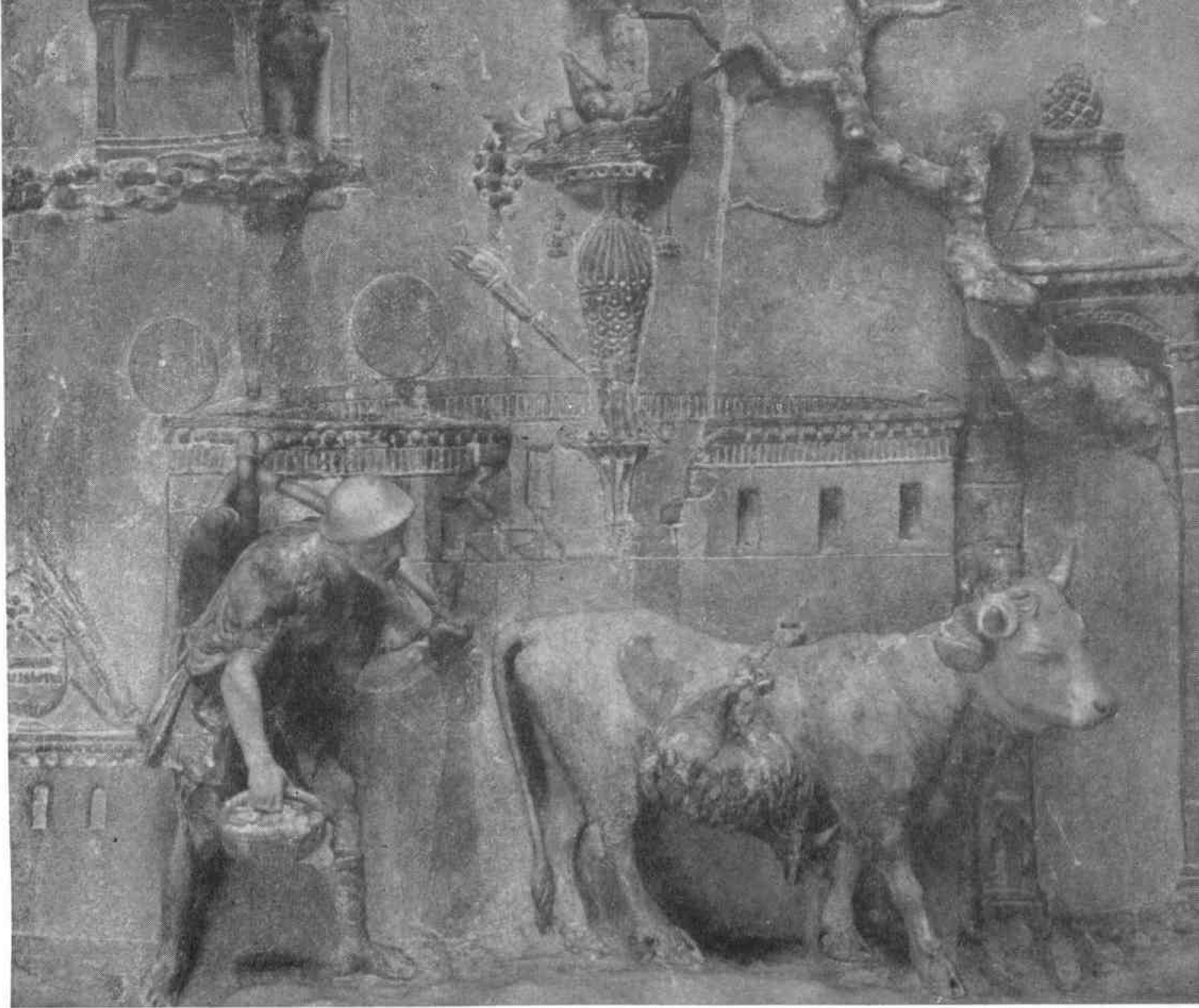
Los miembros del Museo acudían a Alejandría invitados por el monarca y recibían sueldo como empleados de la casa real. Hacían vida común, como en los colegios ingleses, y tenían un jefe o director. Había entre ellos, sin duda, sus diferencias, y algunas veces buscaban el descanso de sus tareas y un alivio de los calores de Alejandría retirándose a la deliciosa isla de Cos, donde estaba el sanatorio y la Escuela de Medicina. Nos ha quedado el recuerdo de una de estas disputas de sabios en la segunda generación del Museo de Alejandría. Era entonces director un buen poeta y crítico, Calímaco, quien opinaba que los tiempos no eran favorables para la poesía épica y que debían producirse epigramas cortos. Otro de los poetas del Museo, Apolonio, creía, por el contrario, que se había vuelto a despertar el interés por la epopeya y que debían presentarse ahora los asuntos mitológicos con vestiduras nuevas. Parece extraño que una contienda literaria de esta clase pudiese degenerar en virulencia, pero Apolonio prefirió marcharse a Rodas, donde compuso una corta epopeya sobre el viaje de los Argonautas. La obrita es tan artificial y refinada, que demuestra todo lo contrario de lo que quería probar Apolonio; prueba que, hasta queriendo hacer epopeya, los poetas de Alejandría hacían poesía sentimental.

El poeta Menandro.



Lo que poseemos de Calímaco no es suficiente para asegurarnos de que estuviese en lo cierto en su opinión, pero no puede negarse que sus escritos tuvieron más influencia en los poetas de la época romana que los de Apolonio. Las odas de Horacio, Cátulo y Propercio son imitación de los himnos de Calímaco. Por lo general son la historia de un amor desgraciado entre personajes mitológicos, sacando partido a veces de una tradición local — porque estos poetas eran maestros en folklore —, pero otras veces son lamentaciones del mismo poeta, víctima también de la crueldad femenina. En realidad, los poetas alejandrinos crearon un nuevo género literario del que todavía hoy experimentamos las consecuencias: la poesía erótica sentimental. Notamos en estos poetas cortesanos cierta complacencia en las aventuras amorosas, que quizá es una de las pocas cosas que los griegos tomaron de Persia. El cuento o historia de dos amantes, tradicional del Oriente, reviste en Alejandría caracteres helénicos; pierde en fantasía, pero gana en intención.

Tenemos que mencionar otra vez, y en relación con Calímaco y Apolonio, a Teócrito. Era siciliano, de Siracusa, y debió de trasladarse a Cos para estudiar medicina, pero en lugar de aprender a curar, se confirmó allí en su vocación de poeta. Volvió a Siracusa y después pasó a Egipto, donde



Campesino que va al mercado. Relieve pastoril alejandrino.

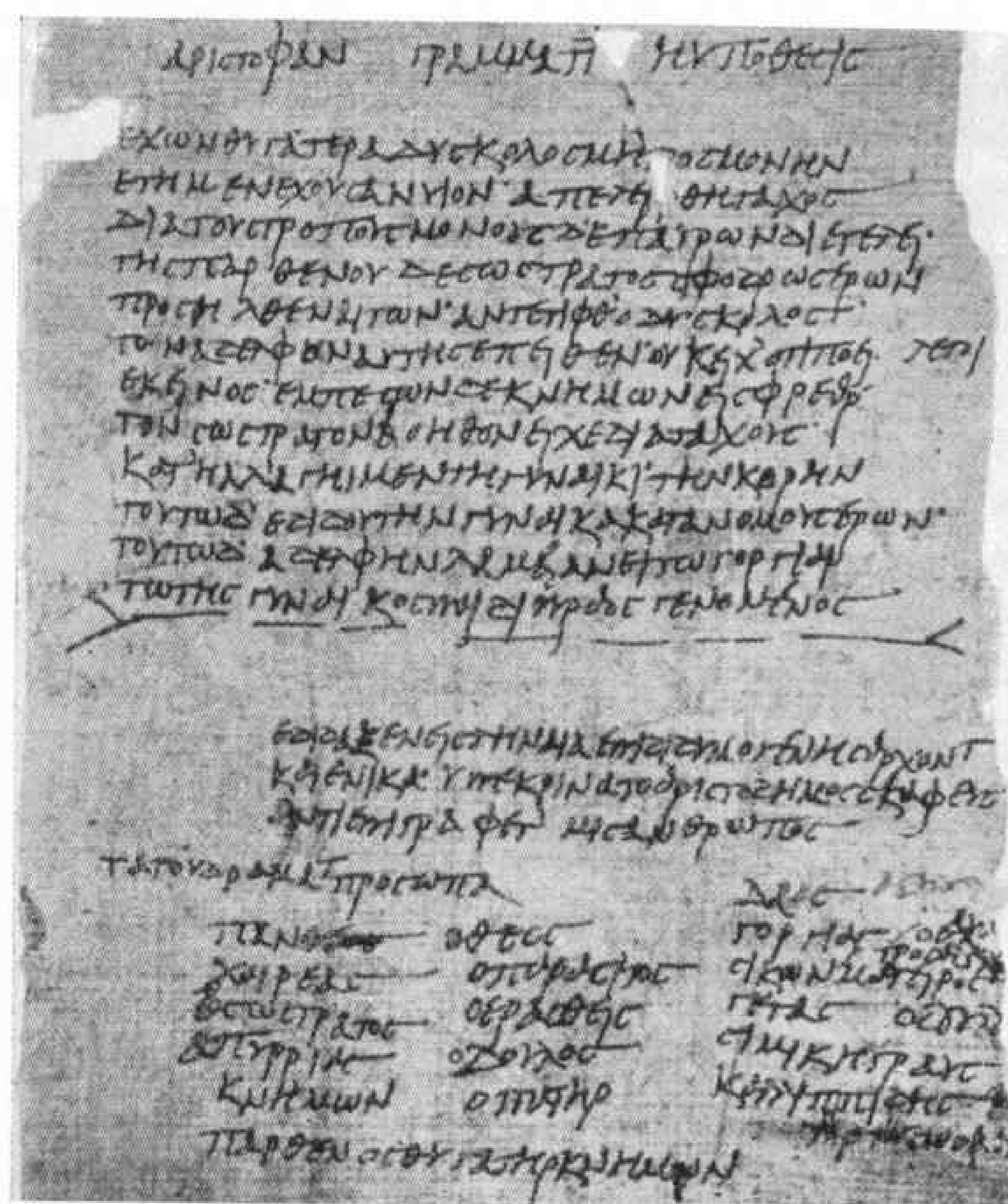
Tolomeo Filadelfo le ofreció generosa hospitalidad. Teócrito era del tipo de artistas que pueden expatriarse sin dificultad, pues su flexibilidad mental le hacía capaz de amoldarse a los géneros más diversos. Ya le vimos componiendo mimos o sainetes, pero también se han conservado sus himnos en honor de su protector: «Permite, Zeus, y vosotras, Musas, que si hemos de cantar a un mortal, cantemos a Tolomeo, el más grande de los humanos...» Casi diríamos que Teócrito, en este himno, pretende ser *un homérida*. Con todo, su fama proviene de las bucólicas, en que el poeta, fingiéndose pastor, canta con otros pastores sus penas y glorias al ser amado o no por sus amigas, también pastorcitas. Es sorprendente que las églogas de Teócrito puedan haberse tomado hasta hace poco como imitaciones de genuinos cantos populares de Sicilia. Hoy vemos su artificiosidad y *preciosismo* de tapiz, y, pese a esto, nos agradan tanto o más que a nuestros abuelos, quienes tomaron muy en serio las quejas del pastor Menalcas o la crueldad de la *más dura que el mármol*, Galatea.

Desde Teócrito, el mundo no ha cesado de oír gemir pastores desgraciados, con zampoñas de alquiler y zurrones de guardarropía. Pero, ¡extraña virtud de la poesía! Con este manoseado material *alejandrino*, Virgilio y Garcilaso compusieron las obras supremas de las literaturas latina y castellana.

No todo eran pastores y argonautas en los cenáculos de poetas de la Biblioteca y del Museo; ya hemos visto a Teócrito escribir mimos o sainetes. Es el *género chico* alejandrino, muy parecido a los entremeses

de la literatura castellana. Los mimos eran casi un producto espontáneo, hasta el punto de que a veces no se precisaba siquiera lo que debía tratarse en el diálogo; el autor, que era a menudo uno de los actores, fijaba sólo el argumento. Es curioso ver cómo la comedia acaba por donde había empezado. Recordemos que la comedia griega tuvo su origen en los mimos populares, muy distintos de los cantos báquicos, que engendraron la tragedia, pero, en esta época, todo propósito moralizador ha desaparecido de la comedia. Menandro es el autor favorito del público en estos momentos. Era todavía de Atenas y rehusó la invitación de Tolomeo para trasladarse a Alejandría; pero debió de ser muy popular en Egipto, porque se encuentran papiros con fragmentos de sus comedias en relativa abundancia y hasta han aparecido allí completas dos de sus obras. Tomaba sus asuntos de la vida ordinaria, tratando de evitar las cuestiones de política y filosofía. Las comedias de Menandro deleitaban al público contándole las penas de una niña humilde, la malicia de un tutor o los enredos de una cortesana y de un señorito dilapidador...

Acaso la más trascendental labor que llevó a cabo el Museo y Biblioteca de Alejandría fuè la obra de depurar los textos de los escritores clásicos, dándonos la versión definitiva. Ya hemos dicho en el capítulo primero que a los eruditos de Alejandría debemos el actual texto de Homero. Hubieron de hacer grandes esfuerzos para procurarse los manuscritos. Dispuestos a pagarlos a peso de oro, no es de extrañar que su Biblioteca llegara a tener cuarenta mil volúmenes. Nos consta que, además de adquirir libros, la Biblioteca de Alejandría también vendía y exportaba manuscritos, muy apreciados en el mundo antiguo.



Primera página del papiro de la comedia *El Díscolo*, de Menandro. Biblioteca Bodmer. Ginebra.



Grupo alegórico del Nilo. Arte helenístico. Museos del Vaticano.

19 ESTOICOS, EPICUREOS Y ESCEPTICOS

Ya hemos dicho en el capítulo anterior que todo el oro de los Tolomeos no consiguió desarraigar de Atenas sus escuelas de filosofía.

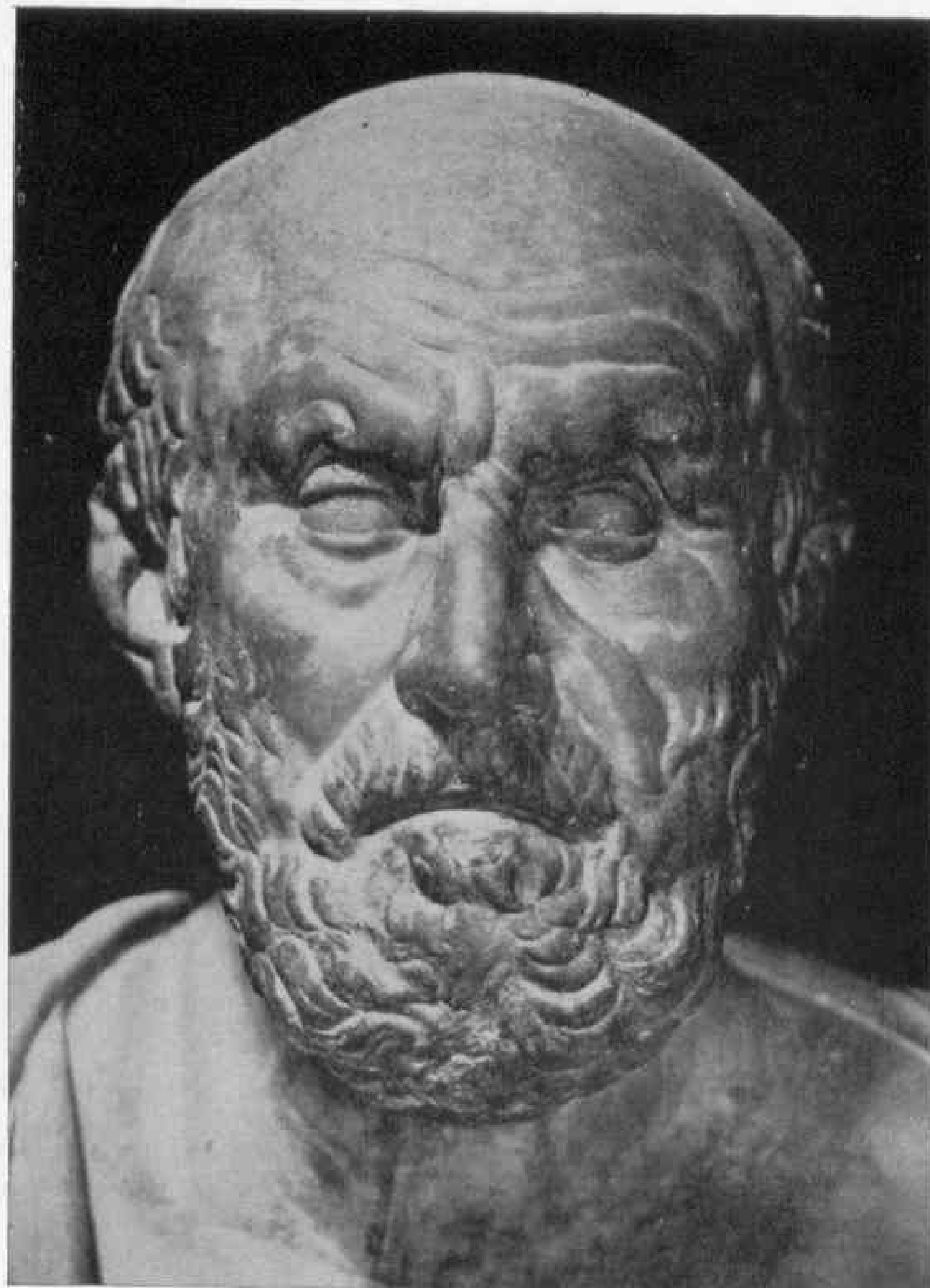
Atenas continuó siendo el centro más importante del pensamiento griego hasta la época romana. No en vano Sócrates había bebido en ella la cicuta; allí estaban abiertas todavía las escuelas fundadas por Platón y Aristóteles, y para los que no se hallaban de acuerdo con las enseñanzas de la Academia y del Liceo, habían aparecido otros dos grandes maestros, que, si no enseñaban cosas del todo nuevas, al menos las exponían con gran originalidad y un fervoroso acento de convicción que era completamente *moderno*. Estos dos nuevos maestros de Atenas, casi contemporáneos, eran Zenón el estoico y Epicuro. Ambos tuvieron que resumir las ideas de los ilustres filósofos que les habían precedido para afirmar sus puntos de vista personales.

Antes de Alejandro, la filosofía griega se había preocupado casi únicamente de la composición física del mundo: ¿qué son la materia y la fuerza que la mueve y organiza? Un segundo problema, ya muy secundario, era el de la causa primera, suponiendo que ésta fuese exterior al universo y, en tercer lugar, el de las relaciones del hombre con los dos anteriores: cómo debemos vivir en armonía con lo que nos rodea y pagar al Creador el debido tributo.

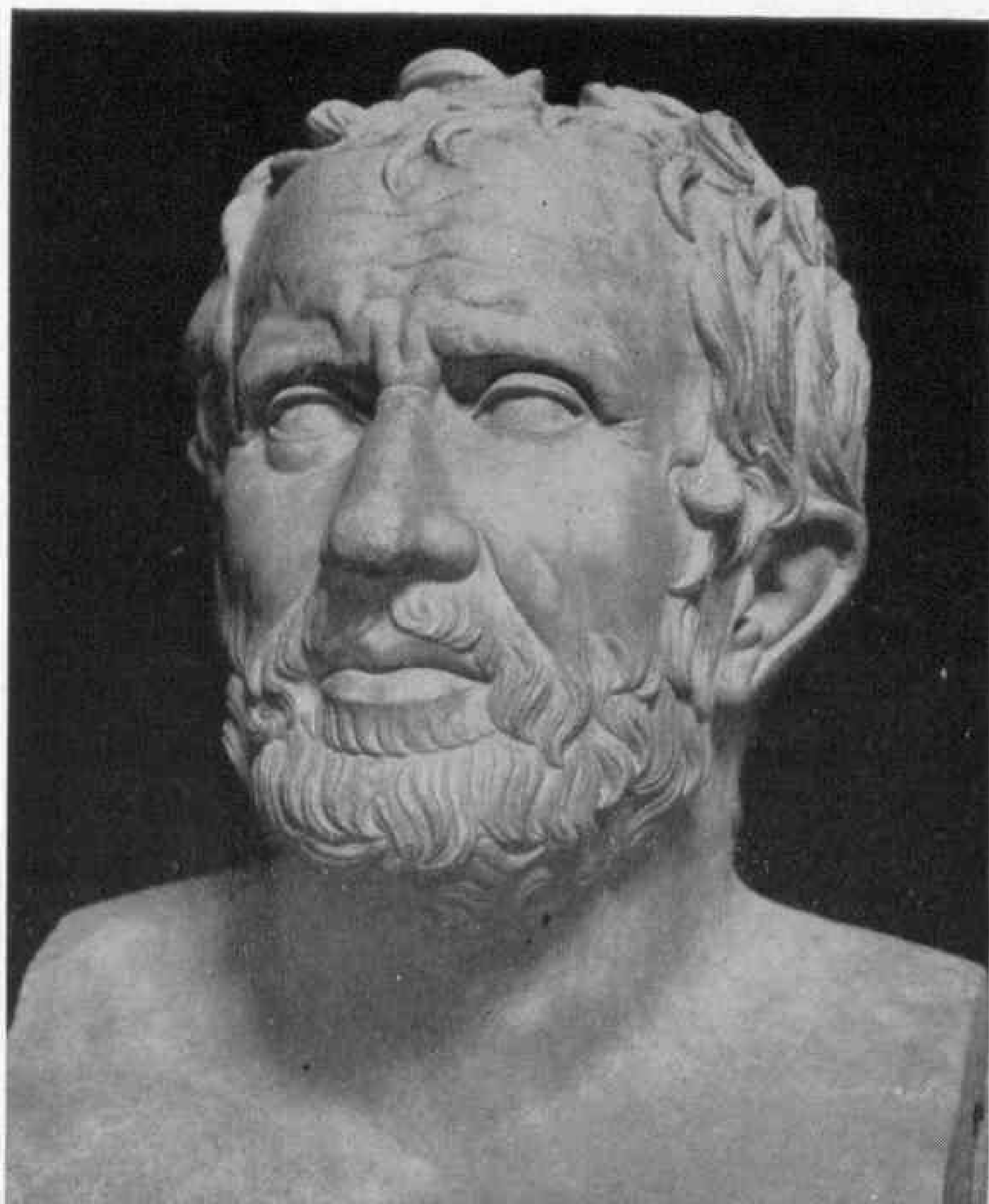
Hemos insistido en que el primer problema era el capital para los griegos, porque en esto se distinguían de los otros pueblos de la antigüedad y también de muchos de los modernos. Para gran número de nosotros todavía el sistema del mundo empieza con una proposición de fe; alguien, Dios, el Sumo Bien, lo creó y a El debemos adoración... Cómo está constituido el Universo parece secundario, dado que por medio de la fe podemos percibir la causa pri-

mera que obra en todas las cosas. Los griegos, en cambio, empezaron por analizar la estructura física de la Creación; de moral no se preocuparon apenas los filósofos anteriores a Sócrates, y hasta Platón y Aristóteles no empezaron a discutir científicamente la existencia de un Dios creador.

Por esto causa más sorpresa ver aparecer en Atenas una escuela de filosofía que basa su moral en la divinidad activa y presente en toda la Creación. El fundador de esta escuela se llamaba Zenón. Era un griego de Chipre probablemente contaminado de semitismo, porque en Atenas, en un principio, le llamaban *el fenicio*. Se dice que empezó su carrera ejerciendo de mercader, pero que habiendo perdido su fortuna en un naufragio, llegó a Atenas sin otros bienes que la ropa que llevaba puesta. Curioseando por la ciudad, entró en una tienda de libros y tomó al azar un manuscrito de Jenofonte, que resultó ser la apología de Sócrates. En cuanto lo hubo leído, comprendió que una vida filosófica podría hacerle innecesaria la fortuna que había perdido y preguntó al librero dónde podría encontrar gentes que viviesen como Sócrates había vivido. El librero le señaló a Crates, que en aquel momento pasaba por la calle; habiéndole llamado, Zenón le rogó que le tomara por discípulo.



Crisipo, discípulo de Zenón.



Busto de Zenón el estoico.

Crates era el más original de los discípulos de Diógenes, y la influencia del gran cínico se percibe en las ideas de Zenón; pero se cree que éste, además, quiso conocer lo que había de aprovechable en las otras escuelas de Atenas y parece que frecuentó la Academia. Después de veinte años de estudio y meditación, el náufrago grecofenicio, convertido en filósofo, empezó a enseñar por su cuenta. No creyó necesario establecer un centro escolástico, con local propio, sino que prefirió enseñar por la calle. Y como el lugar preferido por Zenón y sus discípulos era el pórtico del lado sur del Mercado, y pórtico en griego se llama *stoa*, por esto a los discípulos de Zenón se les llamó *estoicos* y nos valemos de este nombre todavía para indicar una manera de pensar.

Durante treinta años, Zenón reunió a sus discípulos en el pórtico del Mercado; su vida frugal, la nobleza de sus palabras

—sin la ironía de Sócrates ni las inconveniencias de Diógenes—, le hicieron estimar por el pueblo de Atenas como el filósofo ideal. Actuó algunas veces como árbitro y juez. Era algo pequeño, al andar inclinaba la cabeza a un lado, y su piel, de color obscuro, nos hace pensar otra vez en su origen oriental. Murió en 264 antes de Jesucristo, a la edad de setenta y siete años. No se ha conservado completo ninguno de sus escritos, que ejercieron una influencia enorme en la antigüedad. Estoicos fueron el ya citado rey Cleómenes, que quiso reinstaurar el comunismo en Esparta; Séneca, Marco Aurelio y Epicteto; por los escritos de estos tardíos discípulos conocemos muchas ideas del maestro.

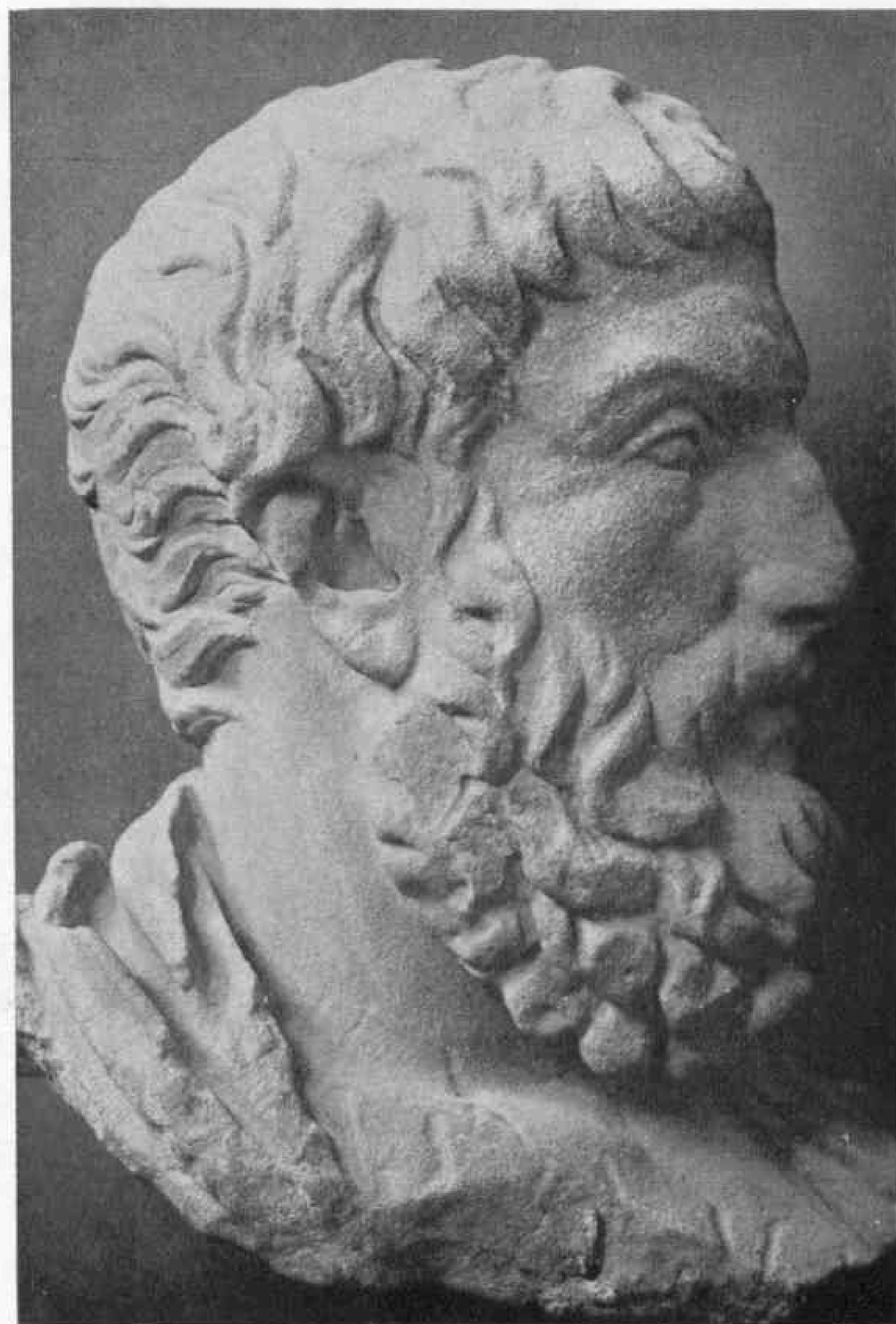
Para empezar, daremos al lector un extracto del más antiguo e importante documento que se ha conservado de la escuela del Pórtico. Es el famoso himno de Cleantes, el sucesor de Zenón, si alguien pudo calificarse de jefe de escuela entre los estoicos. Está dedicado a Zeus y empieza así:

«¡Oh glorioso Señor, con mil nombres llamado! —Rey del Universo, sin principio ni fin.—Omnipotente, que con justa medida—tú gobiernas el mundo.—Zeus, a quien acuden suplicando las criaturas todas.—*Nosotros* solamente *somos hijos tuyos*—y vamos por la tierra llevando tu imagen; —debemos, pues, con nuestros cánticos alabar tu poder...»

Y aquí hay que suspender nuestro relato y descubrirnos con respeto. Hemos llegado a un momento solemne de la Historia. El himno de Cleantes es una cumbre del espíritu humano, en la que dos grandes culturas llegan a encontrarse. Las palabras de Cleantes fueron recordadas por San Pablo en su discurso en Atenas. Donde habían enseñado los filósofos, predicó el judío cristiano con las palabras de Cleantes. Leemos en el capítulo XVII de las *Actas de los Apóstoles:* «Y ciertos filósofos estoicos y epicúreos encontraron a Pablo y se dijeron: —¿De qué charla este hablador?» Y Pablo les contestó, recordándoles, entre otras cosas, el verso que hemos subrayado del himno de Cleantes: «Porque, como dijeron algunos de vuestros poetas: *Nosotros somos hijos tuyos*», lo que quiere decir, según San Pablo, hijos de Dios.

Las consecuencias que saca Pablo de Tarsos de esta afirmación son muy distintas de las consecuencias que sacó Cleantes. Por de pronto, Cleantes añade en seguida que los cielos rodean la tierra siguiendo los designios de Zeus, quien tiene en la mano el fuego que anima la naturaleza, el fuego, que es el agente del *logos* o entendimiento, y circula por el Universo y da luz a las estrellas... La reminiscencia de las ideas de Heráclito, que el fuego es el principio de todo y está en el entendimiento, alma de las cosas, resulta evidente en el himno de Cleantes. Todo es armónico para Dios, pero el hombre, perverso, no lo comprende—continúa diciendo Cleantes—; *tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye*. En cambio, los que

Busto de Epicuro.



van guiados por la razón, reverencian la ley universal de Dios y encuentran la felicidad. Los otros, sin raciocinio, prosiguen las diversas maneras del error, quieren por vanidad hacerse famosos o ricos; se entregan a la lujuria, y hoy aquí, mañana allí, se pierden buscando el bien y encontrando sólo el mal. Cleantes acaba con una súplica a Zeus para que salve a *sus hijos* por medio del conocimiento.



Estatua de Hermacos.

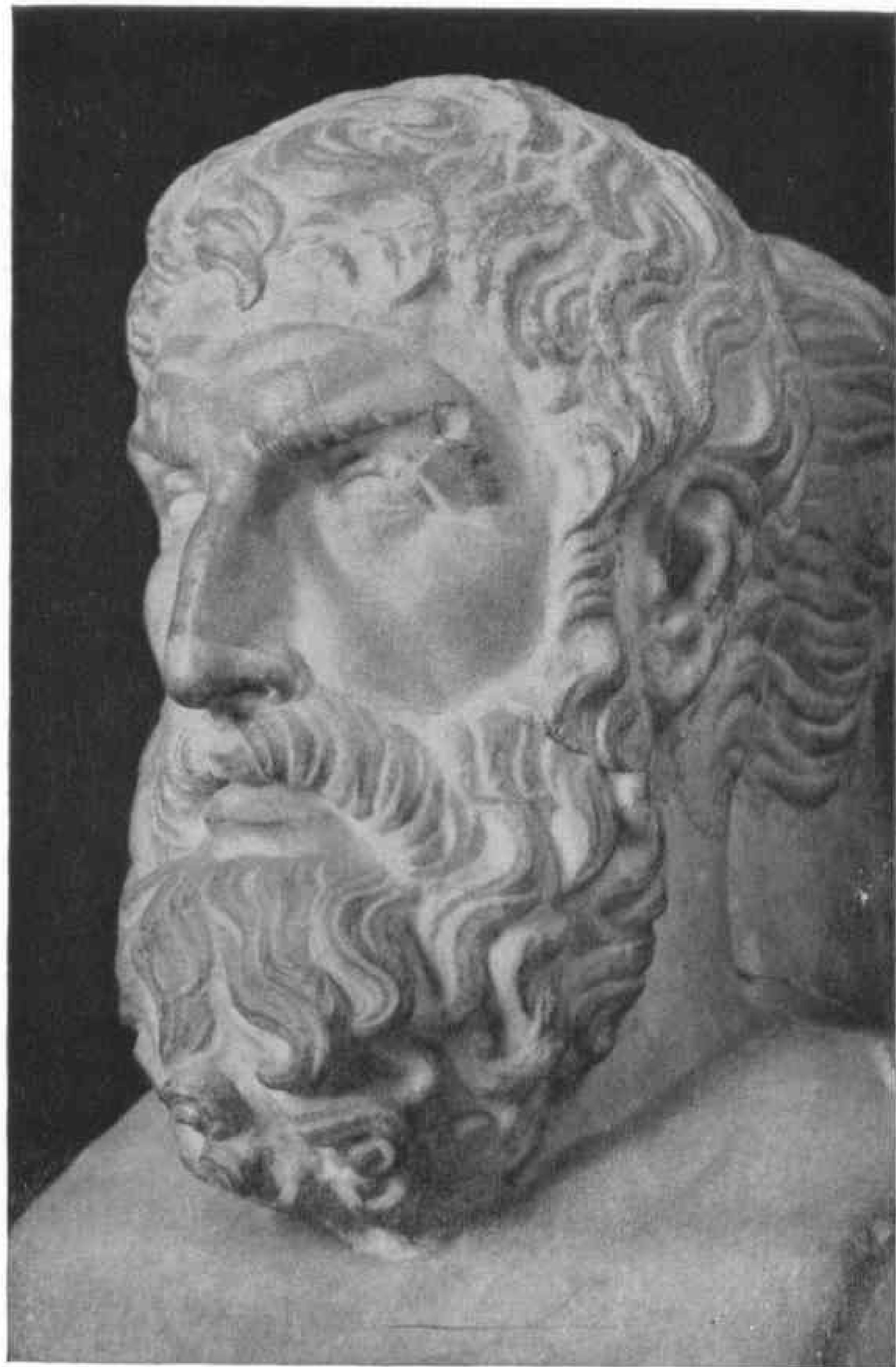
El himno de Cleantes nos da una pauta para entender los mutilados fragmentos de Zenón; Crisipo — otro discípulo suyo de la primera generación y aun del propio Cleantes — dice que Dios no es el Universo, pero que está en el Universo. Es el fuego, o espíritu, que lo anima todo, y lo anima conscientemente y obedeciendo a un plan. Si nos limitamos a vivir *como Dios manda,* que para los estoicos es vivir conforme a nuestra naturaleza humana, conseguiremos el máximo de felicidad que podemos lograr en esta vida; mas para vivir conforme a la ley natural, hemos de conocer el plan de Dios actuando con la naturaleza; Cleantes lo dice bien claro: sólo por medio del conocimiento, los hombres, hijos de Dios, pueden salvarse. Por eso los estoicos pretendían analizar el plan de la Creación, y aunque no lanzaron ninguna nueva hipótesis, comentaron originalmente el sistema que entonces parecía más científico: el atomismo de Demócrito. Los átomos, en número y cantidad fija, cambian de estructura y posición según el designio divino; pero además Dios — el *logos,* el fuego, el espíritu, el entendimiento — está en ellos, se difunde en ellos, sin confundirse con ellos.

Hay que imaginar al grecofenicio Zenón pisando el pórtico del Mercado de Atenas, respirando el aire saturado de sol, fijándose en cada cosa para preguntarse qué es lo que la hacía tan diferente. Recordaría la idea de Leucipo de que todo está formado por átomos o corpúsculos indivisibles y la solución de Demócrito de que aquellos átomos se reúnen movidos por el fuego, que es el elemento activador. Lo que añadió Zenón a la doble doctrina de Leucipo y Demócrito es que el elemento divino que mueve los átomos, o sea el fuego, ha de tener conciencia y voluntad, puesto que las tenemos sus criaturas. Cicerón, que era estoico de convicción, lo precisa en estos términos: — «Nada que esté falto de conciencia y de razón po-

dría engendrar seres provistos de conciencia y razón; por consiguiente el Universo, el Todo, está dotado de razón». *(De natura deorum,* II, 22.)

En consecuencia: ¿qué será el culto, la religión, para un estoico a partir de Zenón? Pues veneración hacia todo lo que existe, en la forma que le ha señalado Dios. Y bastará un altar sin imagen, un lugar de meditación.

Un problema trascendental se presenta en seguida, un problema que atormentó a los últimos estoicos, como Marco Aurelio y Epicteto. Sí; hemos de vivir conforme a las leyes naturales, pero ¿el error y el mal no son también cosas naturales y, por lo tanto, divinas? Esta dificultad fue resuelta por la Iglesia cristiana según la fórmula de San Pablo: *el mal está en mí,* es extraño a Dios. Algunos filósofos modernos han pretendido hallar una explicación para la presencia del mal sobre la tierra diciendo que el mal no existe y que es sólo la ausencia o carencia del bien. Los estoicos no trataron de evadir esta dificultad, pero tampoco la resolvieron sino a medias. El mal existe, pero lo que parece malo para una parte de la Creación, o para un individuo, no lo es para la naturaleza toda. El himno de Cleantes lo dice bien claro: todo es armónico para Dios: «Tú sabes hacer parejo lo que era impar, — ordenar lo que estaba desordenado; — tú has mezclado el bien y el mal de tal manera — que el conjunto forma un todo razonable y eterno. «Esculapio — dice Marco Aurelio — me prescribe ejercicios, baños y caminar descalzo. La naturaleza a veces ordena enfermedad, traumas y amputación...» «¿Quién se quejará de uno que pegue a un árbol para que caiga fruto? Al médico no le extrañan los casos de fiebre, ni al piloto los vientos contrarios.» Terremotos, guerras y desastres son para el bien universal, aunque nos perjudiquen de momento. Ya se comprende, pues, cuál será la conducta prescrita por los estoicos. Como somos una parte del gran todo, tratemos de llenar nuestro hueco, y si en el concierto del Universo nos ha tocado en suerte la enfermedad, no nos quejemos; por fortuna, podemos conocer que nuestro daño no es más que una saludable sangría, necesaria al plan de la Creación. Pues nuestra vida individual, buena o mala, ha de ser tan corta, ¿para qué cubrirse uno de ludibrio quejándose por tan poca cosa?



Metrodoro, el discípulo de Epicuro.

En contraste con Zenón y la escuela del Pórtico se ha puesto siempre a Epicuro y su escuela. Y en realidad no hay gran diferencia en los resultados, o sea en su moral; lo que distingue a estoicos de epicúreos son las razones que les han movido a seguir una misma regla de conducta.

Epicuro era un ateniense de pura sangre, aunque nacido en la colonia de Samos. Su padre era maestro de escuela y su madre hacía de curandera. Desde muy joven Epicuro debió de tener afición a la filosofía, porque cuando llegó a Atenas. el 323, para el servicio militar, ya había visitado las escuelas famosas de Jonia. El soldado empezó a dar

muestras de su talento criticando a cuantos le habían precedido: Platón era una estatua de oro, Aristóteles un farmacéutico, Protágoras un portero y un amanuense de Demócrito, Heráclito un desordenado y Demócrito un charlatán. Zenón, como no había empezado aún a enseñar, hubo de escapar a sus críticas. Acabado el año de servicio, Epicuro regresó a las colonias del Asia. No sabemos a punto fijo dónde pasó los dieciséis años que median desde el 322 hasta el 306, en que definitivamente se instaló en Atenas, pero consta que el 310 estaba Epicuro enseñando en Mitilene, donde *convirtió* a Hermacos. Este debía sucederle como jefe de escuela, y en otra colonia de los Dardanelos, en Lampsaco ganó a su causa a Metrodoro, que había de ser su discípulo predilecto.

Con un séquito de gente de las colonias llegó, pues, Epicuro a Atenas, estableciéndose en un jardín que compró en las afueras de la ciudad por el precio de ochenta minas. Allí vivió sin duda con los recursos que le enviaban sus admiradores ricos de Lampsaco, aunque de la manera más sencilla y económica posible. Como detalle interesante cuéntase que Epicuro no permitió a sus discípulos que tuvieran las cosas en común, como los pitagóricos; la amistad debía ser suficiente motivo para que nunca careciese uno de lo que tenía otro.

Que los filósofos del Jardín debían formar una sola familia nos lo indican los cuidados que prodigó Epicuro a los huérfanos de aquellos de sus discípulos que murieron antes de poder educar a los hijos. Epicuro había tenido una naturaleza algo enfermiza, pero sin duda cuidándose bien, llegó a los setenta y dos años de edad; murió de cálculos renales el 270 antes de J. C. En su testamento se preocupa principalmente de los hijos de Metrodoro, que eran menores de edad; los libros y el Jardín fueron para Hermacos, que ya hemos dicho que quedó como jefe de la escuela. En sus últimos momentos, sufriendo los agudos dolores que causa una enfermedad del abdomen, Epicuro tuvo fuerza para escribir a sus amigos de Lampsaco una carta que empezaba así:

«Os escribo en un día feliz, aunque sea el último de mi vida. Estoy atacado de disentería y de dolores tan violentos, que nada puede imaginarse peor que mis penas. Pero el placer de recordar nuestras filosóficas conversaciones me compensa de mi aflicción...»

Hasta en sus últimos instantes Epicuro recuerda el placer — *voluptas* —, un placer filosófico, pero placer al cabo, cuyo recuerdo mitiga sus dolores. En la hora de su muerte, Epicuro no piensa en los dioses, o en la vida futura, ni da consejos para la acción. El día de su muerte es para el filósofo un día feliz, no hay por qué quejarse; si la vida ha sido buena, tanto mejor, y si ha sido mala, es una fortuna acabarla cuanto antes. ¿Por qué, pues, temer a la muerte, que es inevitable?

El nombre de Epicuro y de sus discípulos sugiere hoy la idea de una conducta egoísta de placer, sin participar en la acción más que para mantenerse sano y poder gozar de los más refinados deleites del cuerpo y del alma. Y es cierto que Epicuro no desdeña los goces sensuales, pero sabe muy bien que abusando, y aun usando de ellos con moderación, le acarrearán más daño que placer. Famosa es la postdata de una carta a un amigo, en que Epicuro le pide que le envíe un poco de queso para poder regalarse sibaríticamente. Por lo común, se contentaba con pan y agua, y sus discípulos hacían experimentos para probar quién podría vivir más sobriamente.

He aquí un párrafo de Séneca, que profesaba el estoicismo y no puede, pues, considerarse interesado en el asunto: «Cuando llegáis al Jardín de Epicuro, lo primero que veis es una inscripción que dice: "Amigo, aquí vivirás contento; nuestro propósito es encontrar placer." Y en seguida el guardián del lugar, un hombre bueno y amable, os ofrece un plato de sopas y un vaso de agua, y después os pregunta si habéis comido bien. Estos jardines — añadirá — no producen hambre, más bien la calman; aquí no causamos sed con bebidas fuertes, sino que

apagamos la poca que tenemos con el agua, que no cuesta nada. Este es el placer que nos permitirá llegar a viejos.»

Eliminado así el deseo de goces materiales, y, por tanto, de riquezas, Epicuro espera hallar su felicidad en una vida pacífica, rodeado de amigos. La amistad es uno de los más grandes goces para Epicuro; por esto sus discípulos la conservaron siempre, durante la época romana. El transigir, en caso de diferencia de opinión, fue casi un dogma para estos filósofos del placer.

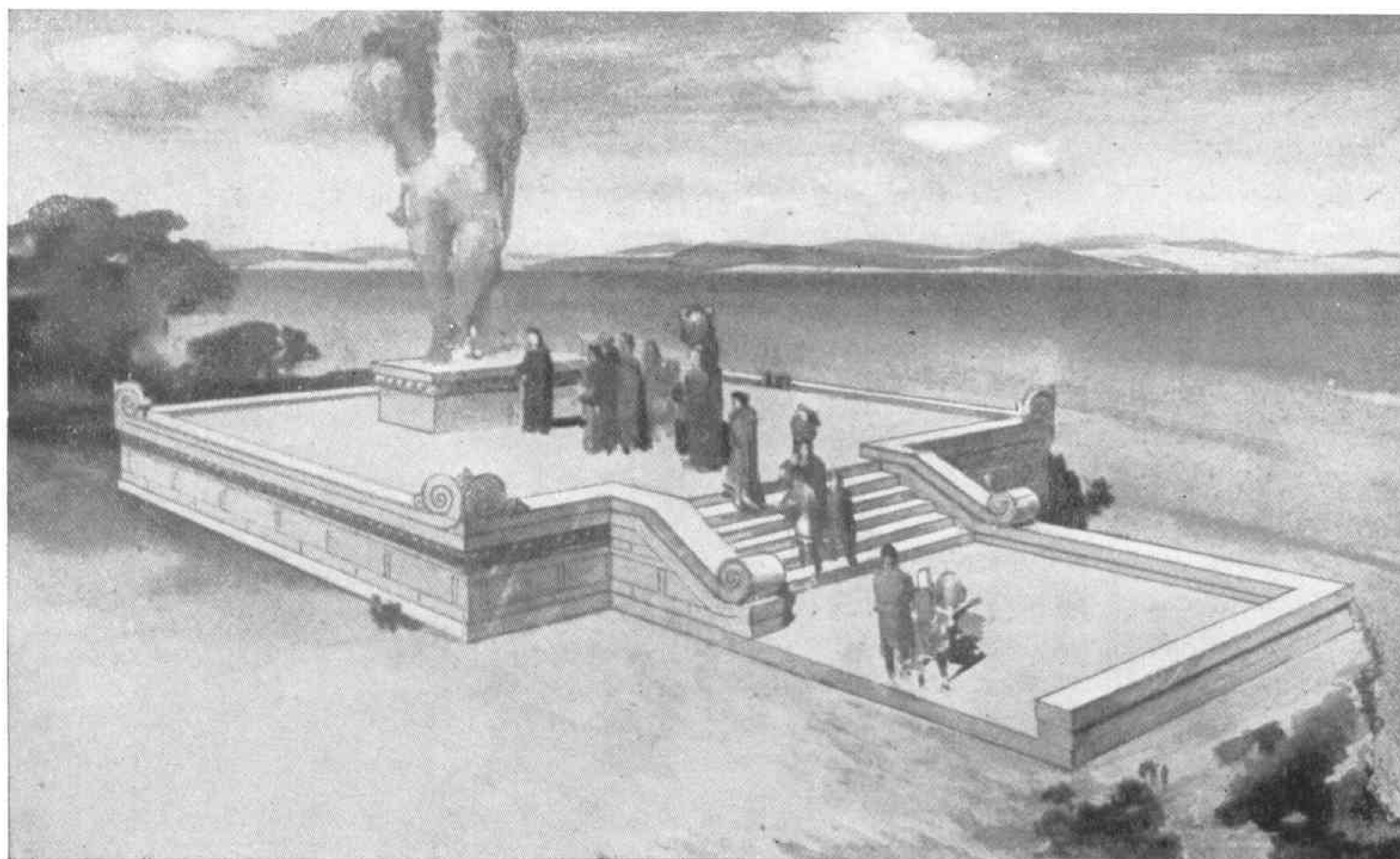
Epicuro parte del principio de que la vida es naturalmente sana y agradable. El hombre se atormenta a sí mismo, no sólo con vanos deseos, sino también con falsos conceptos de los dioses y de la vida futura. Hay, pues, que eliminar estas causas de temor lo más pronto posible. Con un tratado-enciclopedia, compuesto de veintiocho libros de ciencias naturales, intentó Epicuro destruir la supersticiosa creencia en los falsos dioses que, según el vulgo, intervienen en el curso de los acontecimientos. No hay que temer los rayos de Zeus si éstos son tan sólo el choque de dos nubes. ¿Quién puede creer que sea un dios el que lanza la chispa, si ésta aniquila a justos y malvados, templos y casas, y hasta las mismas estatuas del dios del trueno? No; Tántalo no gime bajo el peso de una roca; el verdadero Tántalo es el que se martiriza a sí mismo con falsos temores.

Hay, pues, que substituir el absurdo concepto del Universo, regido por los dioses olímpicos, por un sistema científico que permita al alma vivir en paz. También Epicuro acude a Demócrito y a sus átomos para explicar el funcionalismo de lo que tiene alrededor; pero así como Zenón vio los átomos regidos por un elemento consciente y operando según un plan divino, Epicuro desdeña este elemento espiritual; los átomos *caen* en el espacio, se agitan sin propósito, por necesidad, con su admirable belleza e inexplicable perfección. ¿Qué adelantamos con valernos de un dios para mover la fábrica del mundo? Y aun suponiendo que este dios existiera, ¿por qué tenía que molestarse en su creación? Así evita Epicuro el problema del origen del mal, porque tampoco explica el origen del bien. Ambos existen y basta.



Pintura griega en que se refleja el ideal epicúreo.

Vemos, pues, que estoicos y epicúreos aceptaron el atomismo de Leucipo y Demócrito. Pero mientras los primeros lo concebían regido por un principio consciente,



Altar o trono de Zeus (Júpiter) *piroteknikon*, el activo elemento que mantiene y organiza los átomos dispersos del Universo según un plan divino. Sistema del mundo aceptado por Zenón y los estoicos.

ordenador, éstos creían que los átomos *caían* al azar, movidos por la acción de uno de los cuatro elementos, el agua; el vapor acuoso es el que obliga a los átomos a reunirse para crear cuerpos y a componerse en materia con apariencia individuada.

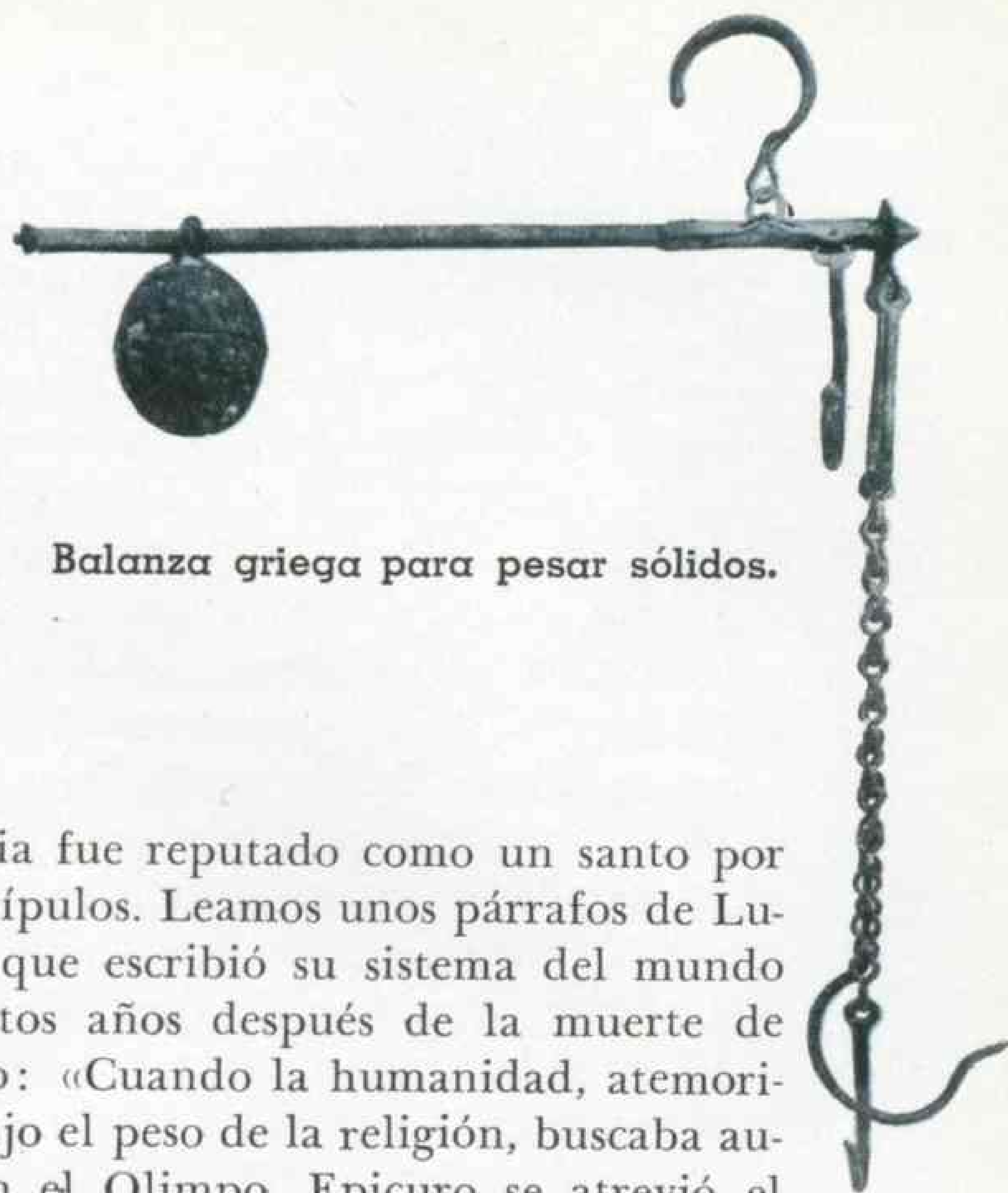
El cosmos organizado con átomos impulsaba a estudiar las leyes físicas, caso que las hubiera, y el aspecto del Todo. Así fue como se fomentó entre los estoicos y epicúreos un deseo de conocer la forma del cosmos y su más inmediata manifestación, o sea la Tierra. Dos últimos estoicos, ya algo desgajados de la escuela del Pórtico, se entregaron a estudiar el mundo físico y dieron principio a la geografía con su sistema actual de describir el planeta. El primero fue un filósofo de Rodas establecido en Atenas; se llamaba Penecio, y aunque no nos queda de él ningún texto que revele su manera de interpretar la forma de los mares y continentes con la gente que los habita, encontramos su sistema aplicado en su discípulo Posidonio. Este se estableció en Rodas después de haber hecho un largo viaje de estudio por el Occidente. Compuso con sus experiencias unas *Historias*, donde describe lo que ha visto desde Marsella al mar del Norte, y se da cuenta de la variedad de tipos de naciones. Posidonio fue muy apreciado de los estoicos romanos. Pompeyo se detuvo en Rodas al regreso de sus campañas y Cicerón fue a Rodas para aprender la filosofía física y moral de Posidonio.

Queda todavía la muerte. En este punto, las ideas de Epicuro recuerdan algo las palabras pronunciadas por Edison al cumplir sus ochenta años: «La unidad vital no es el hombre, sino un infinito número de elementos, diríamos átomos, que nos compo-

nen; al morir no nos aniquilamos, pero nos disgregamos en estos componentes espirituales.» Al llegar aquí, creemos que al menos una parte de nuestros lectores se dirá: — Explicación lógica, aunque pobre, del sistema del mundo, ¿pero cómo es posible la moral, sin Dios y sin vida futura, no reclamada por Epicuro ni Edison? — Los chinos han tenido su moral sin estas *quimeras,* responderán los epicúreos modernos. Y respecto a los antiguos, dice Epicuro: «El justo goza de una paz que no tiene el criminal.» ¿Por qué? «Porque un día u otro su crimen será descubierto, y, aunque así no fuere, el temor de que lo descubran amargará su existencia...» El filósofo de esta moral



Dama mezclando perfumes. Fresco de la Farnesina, reflejo del espíritu epicúreo.



Balanza griega para pesar sólidos.

utilitaria fue reputado como un santo por sus discípulos. Leamos unos párrafos de Lucrecio, que escribió su sistema del mundo doscientos años después de la muerte de Epicuro: «Cuando la humanidad, atemorizada bajo el peso de la religión, buscaba auxilio en el Olimpo, Epicuro se atrevió el primero a levantar los ojos al cielo sin asustarse de su aspecto. Ni la historia de los dioses, ni los rayos ni los truenos, pudieron apartarle de su deseo de abrir las puertas del arcano de la naturaleza. Su alma atravesó los confines del mundo, y con la mente y el espíritu examinó el Universo para decirnos lo que puede ser y lo que nunca será; lo que es cada cosa y de dónde no puede pasar.»

¡Qué sorpresa! Este pensador, que explicó la naturaleza de un modo satisfactorio, al menos para sus discípulos, es el mismo Epicuro que un día fue efebo chistoso en las milicias de Atenas, que después se convertirá en maestro del Jardín, y el mismo que vimos morir resignadamente de cálculos renales.

Resumiendo: tanto Zenón y los estoicos como Epicuro y los epicúreos se imaginan el Universo formado de átomos que se mueven en el vacío; pero mientras Zenón cree que están movidos por un elemento casi *humano,* consciente y con un plan, a Epicuro le parece más lógico suponer que se mueven por necesidad, fatal y ciegamente. Es el mismo contraste de opiniones que encontramos en la ciencia moderna: son los dos sistemas, el *teleológico,* que es el de Zenón, y el *mecanicista,* que es el de Epicuro.

El contraste de estoicos y epicúreos, en moral, puede caracterizarse por dos palabras, que preferimos dejarlas en latín porque tienen un valor más amplio. Estas dos palabras son *virtus* y *voluptas*. La *virtus* de los estoicos es algo más que virtud, es fortaleza, es piedad; la *voluptas* de los epicúreos no es voluptuosidad, sino placer espiritual y contemplación científica.

Otra diferencia entre estoicos y epicúreos es la participación que tomarán unos y otros en las contiendas de los hombres. El estoico cumplirá sus deberes políticos con religiosidad; si sus cualidades o su nacimiento le han puesto en un lugar preeminente, intervendrá en la dirección de los negocios del Estado aunque ello le disguste. En cambio, Epicuro no cesaba de aconsejar el retraimiento en política. Sólo aquellos que tengan exceso de energía, lo que podría calificarse de enfermedad mental, podrán desahogarse en la vida pública, como un honesto deporte. El genio práctico y religioso de los romanos debía de avenirse con la concepción moral del mundo de los estoicos, pero los griegos se sentirían más satisfechos con el sistema científico, casi artístico, de Epicuro.

Mientras en Atenas las cuatro escuelas de filosofía, la Academia, el Liceo, el Pórtico y el Jardín, se afanaban por encontrar una fórmula de conducta filosófica, en las modernas ciudades helenísticas se continuaba avanzando en el campo de las ciencias matemáticas, físicas y naturales. Los principales centros de estudio eran Alejandría, Pérgamo, Rodas y Siracusa; allí se hacían grandes esfuerzos para coordinar los inventos anteriores y se lograban en casi todos los ramos resultados que sorprenden todavía.



Jarro y jofaina de bronce, para medir líquidos. Siglo II antes de J. C.



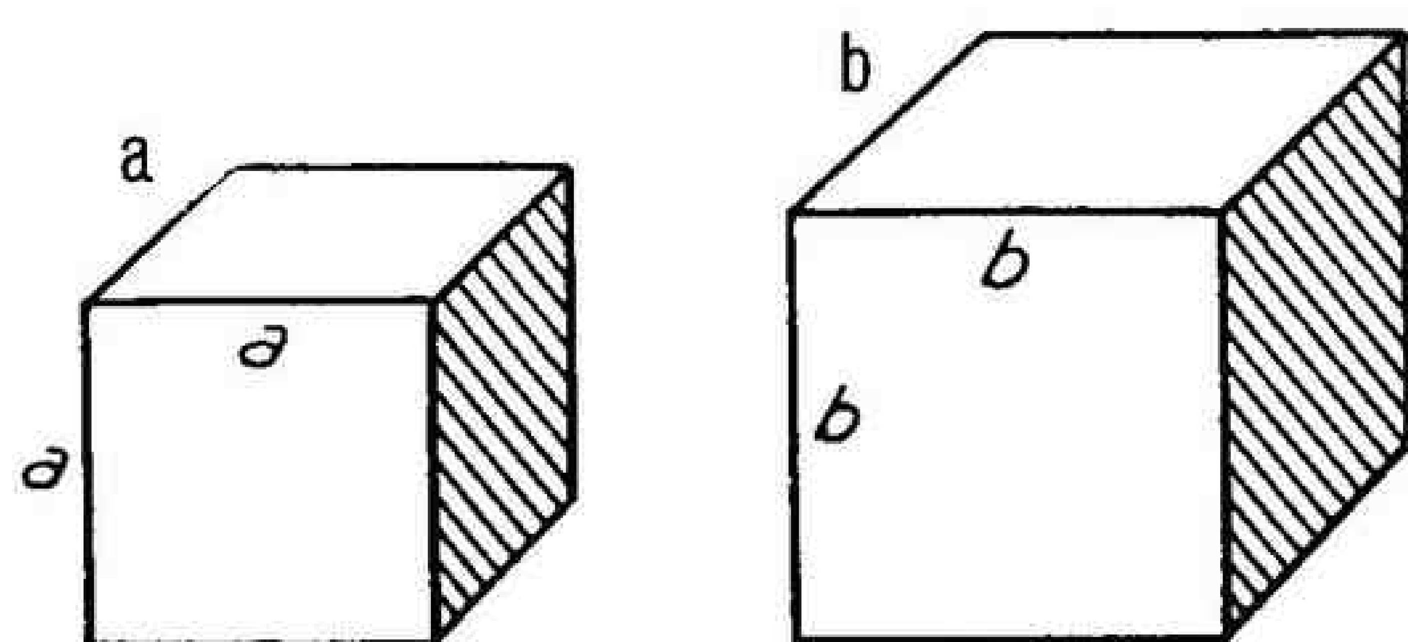
El lugar de Epidauro, donde estaba el sanatorio y templo de Esculapio. En el fondo, a la derecha, se ven las gradas del inmenso teatro, el mayor de la antigüedad.

20 BALANCE DE LA CIENCIA GRIEGA

Empecemos por las matemáticas, la ciencia tradicional de los griegos, que Platón consideraba como la base de todas las demás, incluso la filosofía. Euclides, el autor de los *Elementos* de geometría que hoy sirven todavía de texto en algunas escuelas, era ateniense de nacimiento, pero su trabajo de compilación lo llevó a cabo en Alejandría. Euclides era uno de los profesores del Museo y en su labor no se distinguió mucho de sus colegas: se limitó a poner en orden de un modo sistemático lo descubierto por sus predecesores. Ya dijimos que algunos teoremas de Euclides fueron enunciados primero por Tales y Pitágoras, y después por los pitagóricos Arquitas, Teodoro y Eudoxos. Lo que preocupó más a los matemáticos anteriores a Euclides fueron problemas de relación y cubicación. En aritmética hubieron de estimular la ingeniosidad de los matemáticos las series de números proporcionales, esto es, la propiedad que Pitágoras ya había admirado de que varios números se hallan, uno respecto a otro, en

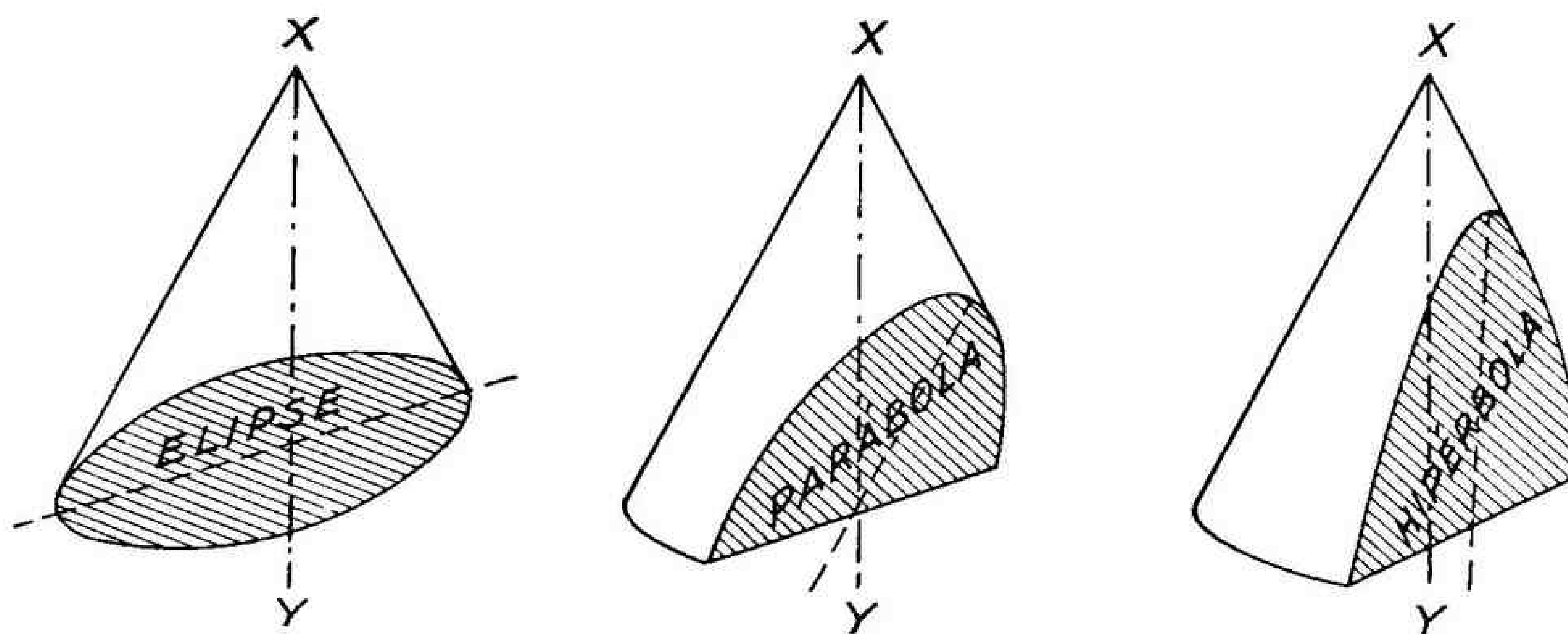
la misma relación que este segundo respecto a un tercero, el tercero respecto a un cuarto, etcétera.

En geometría el caballo de batalla fue la medición de los cuerpos. Había problemas tradicionales en cuya resolución se atascaron varias generaciones de geómetras, como por ejemplo el construir un cubo de ca-



Duplicación del cubo.

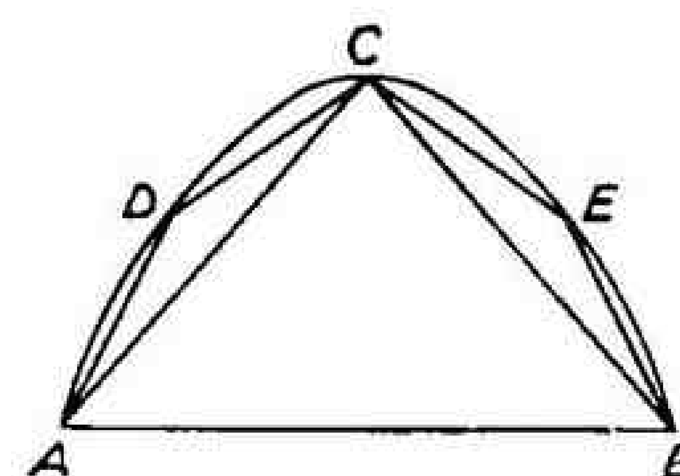
pacidad doble que otro. Obsérvese que esto quiere decir que $b \times b \times b = 2a \times a \times a$, que es lo mismo que $b^3 = 2a^3$ y $b = \sqrt[3]{2a^3} = a\sqrt[3]{2}$, y como no es posible medir $\sqrt[3]{2}$ de un modo exacto, los griegos volvían a tropezar aquí con los números inconmensurables, que ya preocuparon a Pitágoras. Otros problemas desesperantes eran el dividir un



Las curvas cónicas.

ángulo en tres partes iguales y el ya casi mitológico de la cuadratura del círculo.

El más grande matemático del siglo IV fue sin duda Eudoxo de Cnido. Estudió primero con los pitagóricos, después marchó a Egipto y finalmente se instaló en Atenas con sus discípulos. Murió el año 355 antes de Jesucristo. A un discípulo de Eudoxo se debe el estudio de las tres curvas que se forman al cortar un cono: la elipse, la hipérbola y la parábola. Si un cono de base circular se corta por un plano, se producen tres curvas, llamadas cónicas, según el plano sea más o menos inclinado. Estas tres líneas tienen propiedades casi mágicas; por ellas se calculan las velocidades de las estrellas y según ellas se mueven los cuerpos en la



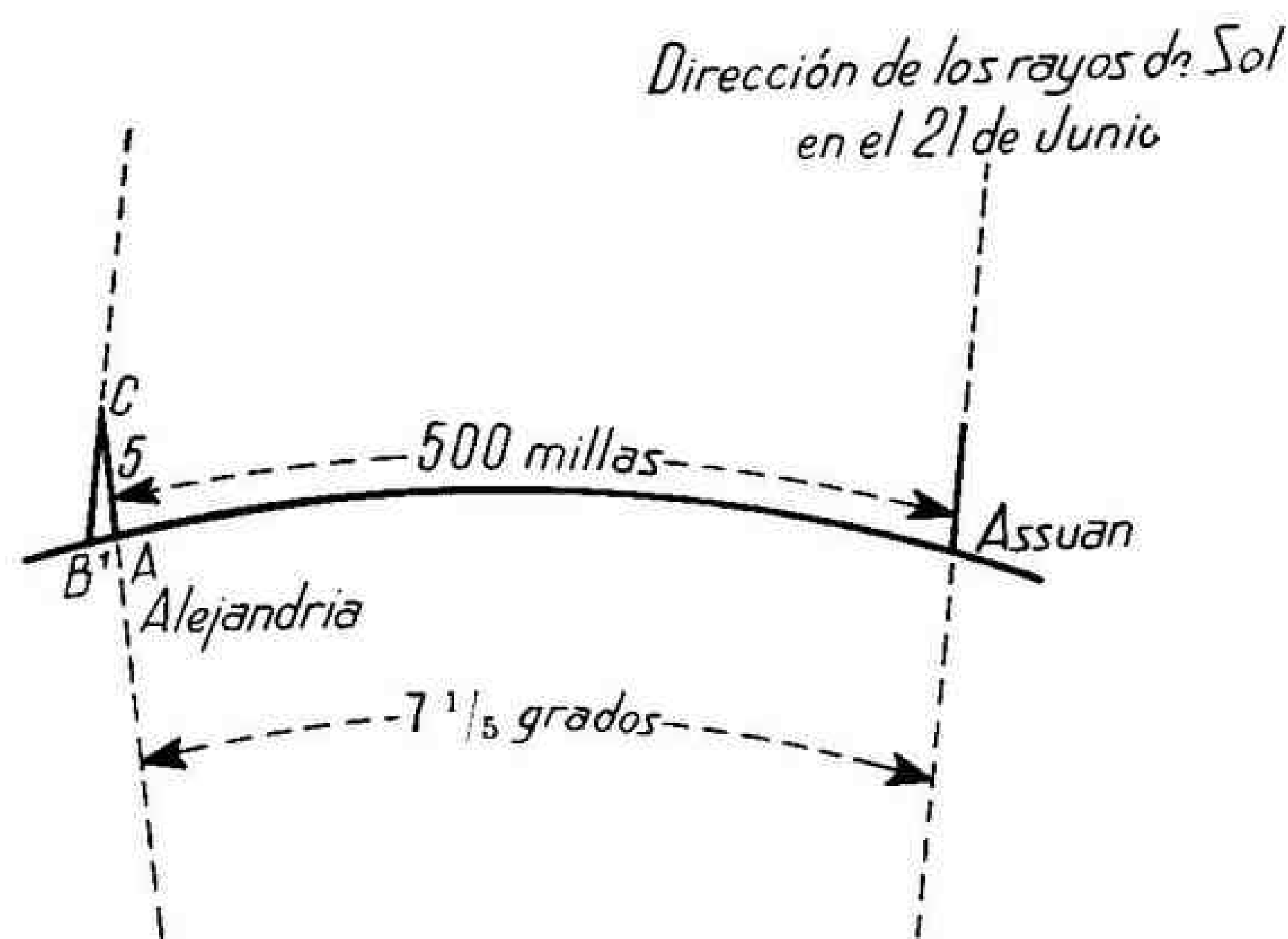
Area por aproximación.

naturaleza. Poco hemos avanzado en el estudio de las cónicas; sus mismos nombres de elipse, hipérbola y parábola son todavía griegos.

Otro invento maravilloso de Eudoxo y su escuela fue el sistema de hallar el área de una superficie, o cuerpo sólido, por aproximación. Así, por ejemplo, si se quiere hallar el área del espacio comprendido entre la curva *A D C E B* y la recta *A B*, se puede empezar midiendo el triángulo *A B C*. Quedarán todavía dos segmentos más pequeños, que tampoco pueden medirse, pero pueden medirse los dos triángulos *A C D* y *B C E*. El residuo serán cuatro segmentos mucho más pequeños, que tampoco podrán

medirse, pero procediendo de este modo se llegará a un punto en que los segmentos sean tan insignificantes que se puedan despreciar. Entonces podremos decir que la superficie que se desea medir es la suma del triángulo *A B C* más los *A C D* y *B C E*, más cuatro triángulos menores, más los ocho siguientes..., y lo demás se puede despreciar. Esto sonará a los oídos del lector como una perogrullada, pero es preciso que le digamos que toda la mecánica moderna se basa en un sistema de cálculo con residuos infinitesimales que se desprecian al contar.

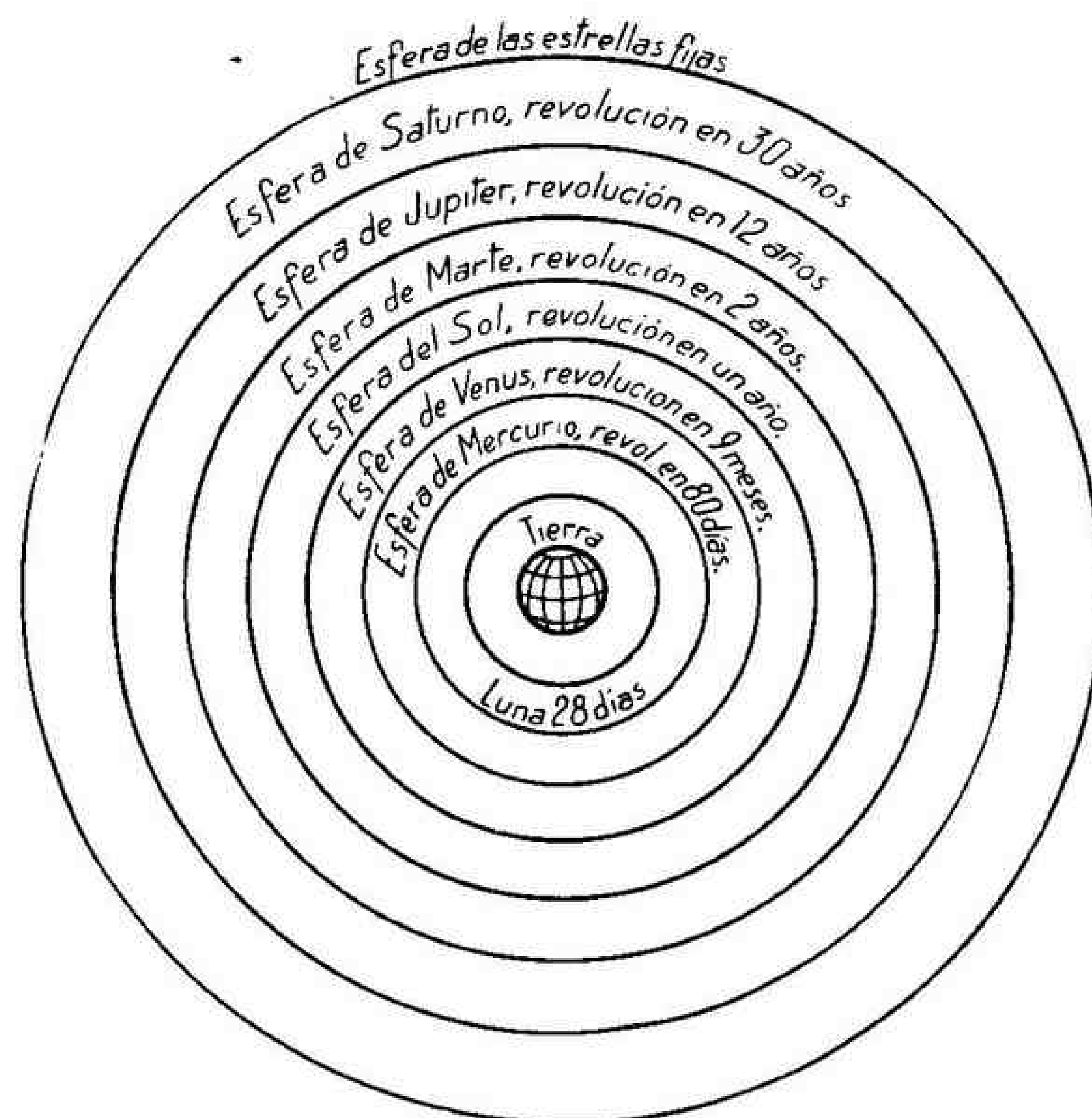
Sin embargo, lo más interesante de la matemática griega no son sus resultados, sino la sistematización, con rigurosa prueba para cada verdad enunciada. Egipcios y babilonios descubrirían, antes que los griegos, muchas de las propiedades de los triángulos y áreas para medir terrenos, pero no advirtieron la conexión de una verdad con otra



Método empleado por Aristarco de Samos para medir la circunferencia terrestre.

ni sospecharon su encadenamiento hasta formar una ciencia. Los griegos, no sólo nos dieron un gran número de verdades matemáticas claramente enunciadas y lógicamente demostradas, sino que nos legaron el método para continuar trabajando.

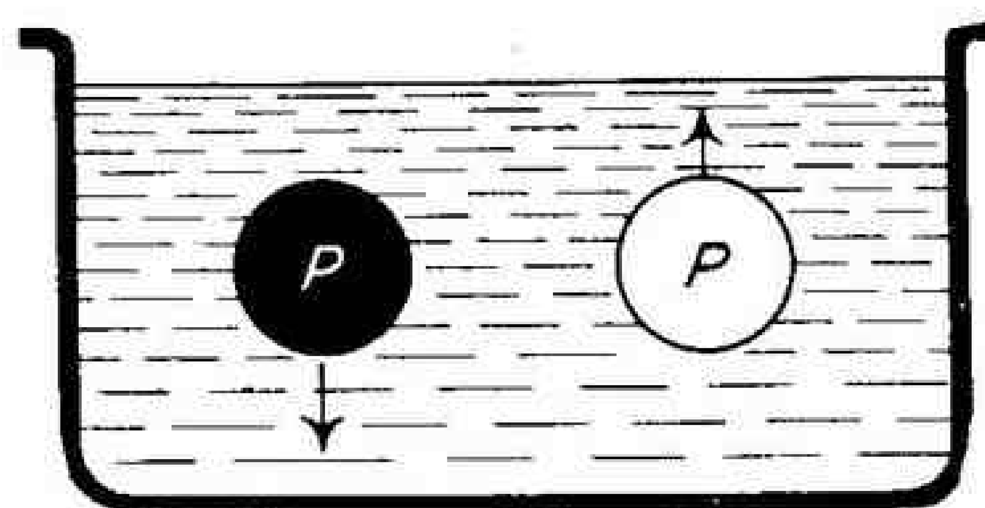
Hoy empieza a estar de moda el decir que los griegos no pasaron de una matemática elemental, que no pudieron concebir valores imaginarios, que todo para ellos había de ser plástico, y cada número tenía que representarse con una longitud, una superficie o un volumen. Pero ya hemos visto que los griegos concibieron algo parecido a nuestro cálculo infinitesimal, descubrieron



Concepto de las esferas o siete cielos, según Eudoxo y otros filósofos griegos.

la trigonometría y hasta imaginaron un espacio curvilíneo, lo que ya parece un anticipo de la teoría de la relatividad. Nada de eso es elemental, y requería en ellos un esfuerzo para conseguirlo mucho mayor que en nosotros, porque no disponían de los numerales arábigos y las operaciones tenían que representarse con letras.

El retraso de las ciencias físicas, por otra parte, contribuía a mantener la matemática como una ciencia filosófica. No existía el

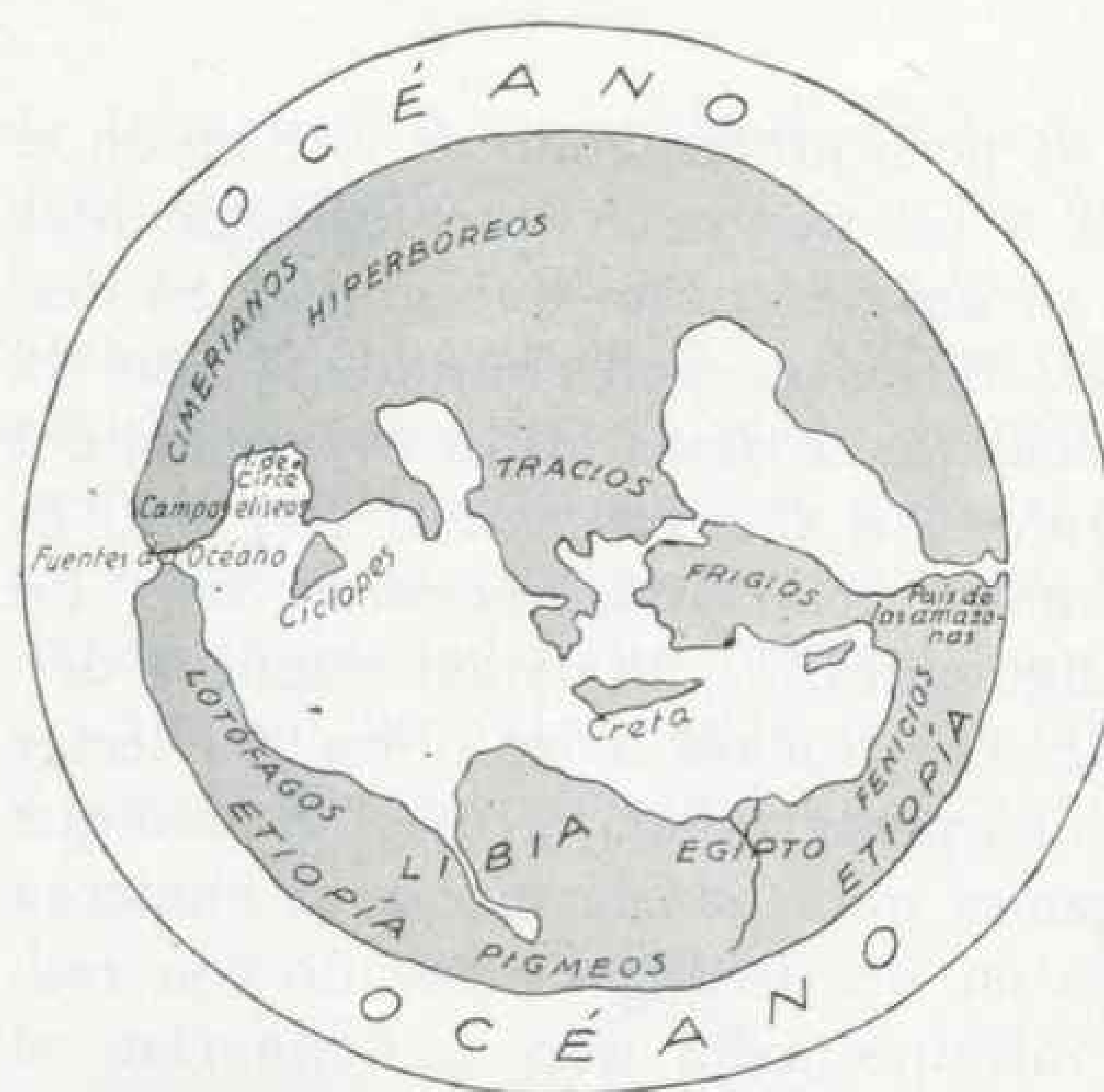


El teorema de Arquímedes: Un cuerpo *(P)* sumergido en un líquido es empujado hacia arriba con una fuerza igual al peso del líquido *(p)* que desaloja.

estímulo de aplicar los resultados del cálculo a la mecánica, la física y la química, cuya demanda, siempre en aumento, obliga hoy a procurar nuevas soluciones para los problemas de cálculo.

Así, por más que hubiese matemática y matemáticos, no había nada para calcular. Palancas y poleas eran conocidas y aplicadas desde hacía millares de años, porque las piedras de las pirámides de Egipto no hubieran podido ser movidas sin mecanismos complicados. No obstante, también en esto los griegos coordinaron los conocimientos para poder conseguir resultados con exactitud matemática. Se cuentan de Arquímedes varias anécdotas que prueban un absoluto dominio de ciertas leyes dinámicas; por ejemplo, decía que si le daban un punto fijo en el espacio, movería al mundo, y con un sistema de palancas y poleas consiguió *el milagro* de varar un buque en la playa con la fuerza de un solo hombre. Todo esto revela, no un gran ingenio solamente, sino también posesión segura de la teoría de las fuerzas.

Pero Arquímedes fue una excepción. Sin duda es uno de los genios más grandes que ha tenido la Humanidad, y lo que conocemos de su vida revela un espíritu dominado por un afán de conocer que le absorbe por completo. Se cuenta que cuando descubrió el principio de que un cuerpo sumergido en un líquido es empujado hacia arriba con una fuerza igual al peso del líquido que desaloja, Arquímedes estaba en el baño y percibió esta fuerza que le hacía casi flotar. En seguida fijó en su mente los términos precisos de la ley, y sin vestirse, salió a la calle, gritando como un loco: *¡Eureka, Eureka!*, que quiere decir: *lo he hallado, lo he hallado*. He aquí al hombre de ciencia perfectamente retratado; para él, nadie tenía que reparar en que estaba desnudo; tan importante era esta gran ley hidrostática, que el mundo entero debía olvidarse

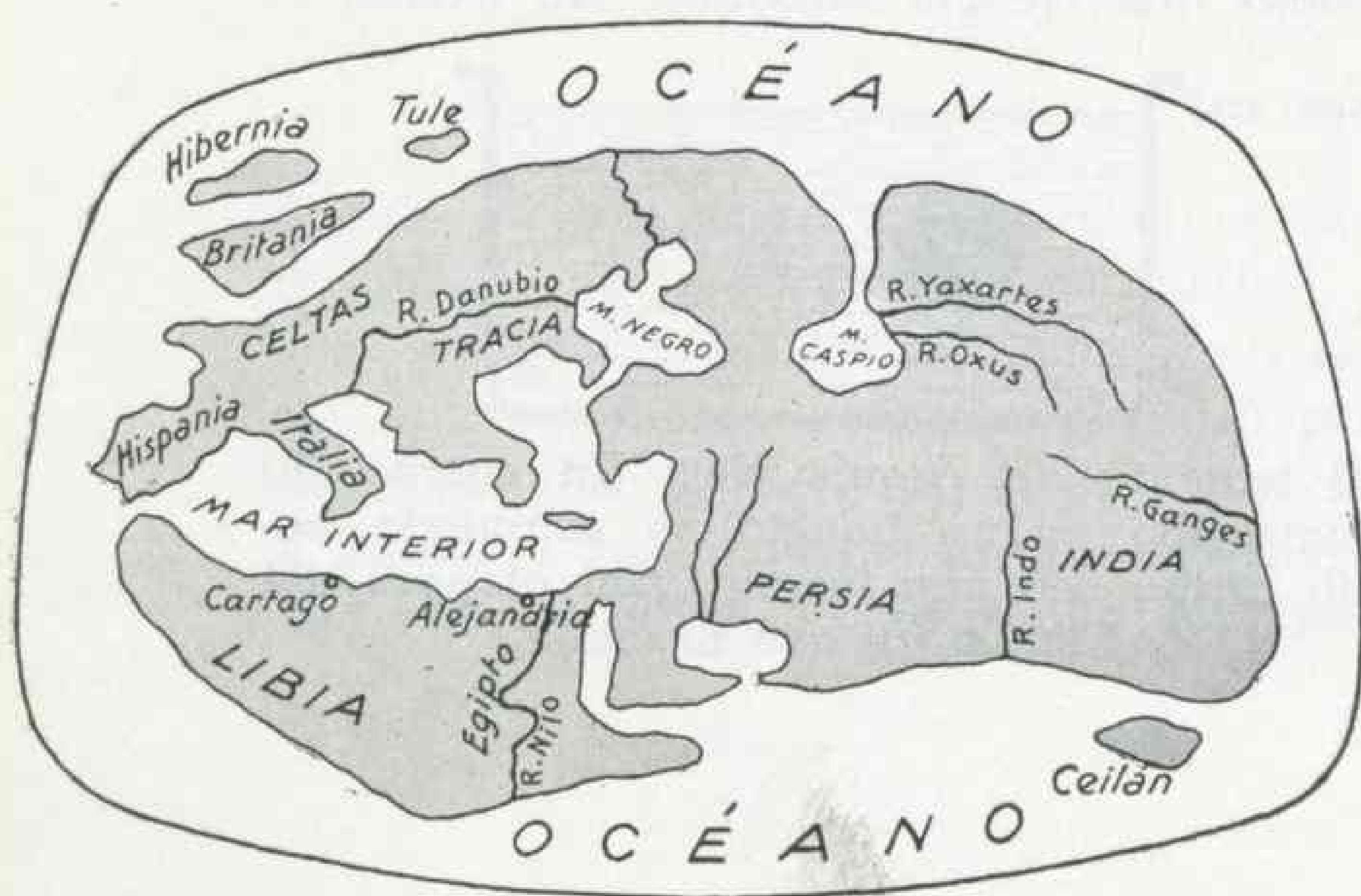


El ecúmeno de Homero.
(1000 años antes de J. C.)



El ecúmeno según Hecateo de Mileto.
(517 años antes de J. C.)

El ecúmeno según Eratóstenes de Alejandría.
(200 años antes de J. C.)





Mapa del ecúmeno, o parte habitada de la Tierra, según Claudio Tolomeo. Miniatura del *Códex* Wilton, el prototipo reproducido en todas las ediciones posteriores, actualmente en la Henry E. Huntington Library. Pasadena. California.

de todo para celebrar su descubrimiento.

Arquímedes pasó la mayor parte de su vida en Siracusa y allí murió, durante el saqueo de la ciudad por los romanos, pero había visitado a Alejandría y mantenía correspondencia con los matemáticos del Museo. Varios de sus escritos se han conservado, y dice sir Tomás Heath, el astrónomo moderno de Oxford, que son *perfectos modelos* de exposición matemática. Los antiguos debían de tener ya de Arquímedes un concepto de hombre extraordinario, pues el cónsul romano, al ordenar el saqueo de Siracusa, recomendó mucho que no se hiciera el menor daño a Arquímedes, quien, a pesar de ello, fue muerto, por error, por un soldado ignorante. Además, Vitruvio, el arquitecto romano, dice que hombres como Filolao, Arquitas, Arquímedes, Aristarco y Eratóstenes *son raros;* así es que Vitruvio pone a Arquímedes entre la media docena de genios científicos de Grecia. Filolao y

Arquitas representan la escuela de Pitágoras dignamente; sólo parece extraño que Vitruvio olvide a Eudoxo, que habría de representar las escuelas de Atenas. En cambio, nadie discutirá el valor que concede a Aristarco y Eratóstenes, los dos más grandes astrónomos de Alejandría, que calcularon los tamaños y distancias del Sol y de la Luna, y, sobre todo, llevaron a cabo la medición de la Tierra con una aproximación que parece imposible dado lo elemental de los medios de que disponían.



Estatua de Esculapio.

El primer problema que preocupaba a los matemáticos antiguos era el movimiento de los planetas. En la bóveda del cielo las estrellas permanecían en una posición relativamente uniforme todo el año, excepto cinco astros caprichosos, que además del diario giro nocturno, cambiaban de lugar en períodos regulares. Para explicar estas anomalías de los cinco planetas: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, se había imaginado que estaba cada uno en una esfera distinta. En el centro estaba la Tierra, concéntrica a ella las esferas o cielos de los planetas, y, por fin, una última esfera de las estrellas fijas. Con esta idea, Eudoxo construyó un artefacto con esferas concéntricas de las que cada una giraba arrastrando en su movimiento las otras exteriores. Así la esfera de la Luna se movía de derecha a izquierda y obligaba a girar a las demás; pero éstas tenían otros movimientos..., y la suma de estas rotaciones acumuladas debía producir el mismo efecto que el movimiento aparente de los planetas para el que los mira desde la Tierra.

No sabemos si continuando las observaciones de Eudoxo, o trabajando con otros datos, fue como Aristarco de Samos llegó a la conclusión de que los movimientos de los astros móviles podrían explicarse más fácilmente suponiendo que el Sol estaba en el centro del sistema y que la Tierra giraba en una de estas esferas en lugar del Sol. Que Aristarco lanzó esta idea de un sistema heliocéntrico no cabe duda, pues Arquímedes le alabó por ello en uno de sus escritos, y Cleantes, el filósofo estoico, le atacó



Relieve de Epidauro. Esculapio e Higea con otros dioses y dos enfermos.

por *la impiedad* de atreverse a proponer que la Tierra se movía... Hasta Copérnico reconoció a Aristarco entre sus predecesores —no hay, pues, razón para dudar sobre este punto—; lo raro es que la idea no tuvo trascendencia y pronto se olvidó; incluso Aristarco parece haberla olvidado en otros escritos que de él nos han llegado.

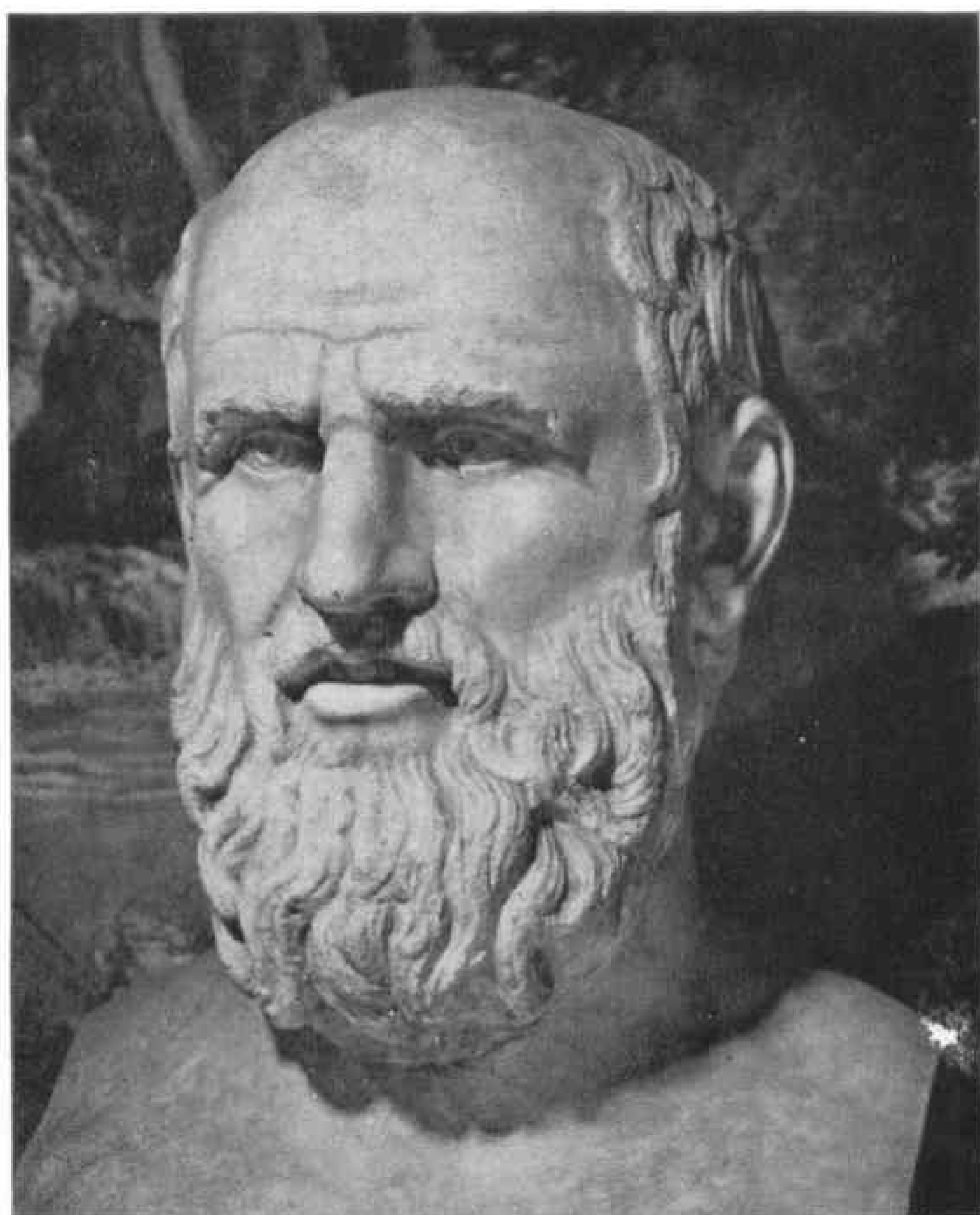
Más afortunado fue Eratóstenes en su cálculo de magnitud de la esfera terrestre. Eratóstenes pudo observar que en Assuan, en el solsticio de verano, a mediodía, los rayos del Sol no hacen sombra en un palo vertical clavado en el suelo. En cambio, en este mismo día, y a la misma hora, en Alejandría, un palo clavado en el suelo proyecta una sombra del quinto de su longitud. Ahora bien, en el triángulo *A B C* conocemos los dos lados 1 y 5; se puede, pues, conocer el ángulo *C*, que será de siete grados y un quinto. Por lo tanto, los dos radios de la Tierra, que pasan uno por Assuan y otro por Alejandría, forman el mismo ángulo de $7^1/_5$ grados, que es lo mismo que $^1/_{50}$ de 360 grados, o sea la circunferencia completa de la Tierra. Basta, pues, multiplicar por 50 la distancia de Assuan a Alejandría, que es de 500 millas, para obtener el perímetro de nuestro planeta. Por este cálculo, Eratóstenes dedujo que la Tierra mide 25.000 millas, que es su medida exacta, con un ligero error de 50 millas. Lo extraño es que, conociendo la forma y dimensiones de la Tierra, los griegos creyeran que sólo una parte pequeñísima de ella, el llamado *ecúmeno,* era habitado o habitable. El resto lo ocupaba el vasto océano.

Geógrafos y astrónomos se esforzaron en calcular la posición de los diferentes puntos del *ecúmeno,* y así se llegó a dibujar la forma de las costas de un modo cada vez más exacto. El *ecúmeno,* que en un principio era casi redondo, se fue convirtiendo en un segmento trapezoidal, como está representado en el mapa de Tolomeo. El afán de dibujar la forma de la Tierra lo sin-

tieron ya los físicos de la escuela de Mileto. El tirano de Mileto, Aristágoras, cuando viajó por Grecia para pedir ayuda contra los persas, llevaba consigo un mapa grabado en una plancha de plata. La configuración de las costas en el mapa de Aristágoras debía de ser como en el mapa de Hecateo. El mar Rojo y el golfo Indico son lagos cerrados; en cambio el mar Caspio afluye al Océano. El Nilo toma sus aguas del Océano, en la India, y el Danubio atraviesa a Europa.

El progreso es manifiesto en el mapa de Eratóstenes, y hay que recordar que no pretende ser un mapamundi, sino un mapa del *ecúmeno*. Eratóstenes había sido preceptor de Tolomeo IV, quien le había ascendido a bibliotecario del Museo de Alejandría. Tenía, pues, a su disposición mucho material bibliográfico; entre otras cosas había encontrado un rollo con un comentario sobre el primer mapamundi por Anaximandro, que pudo comprobar que era un escrito de Hecateo de Mileto, el gran cartógrafo del siglo VI. ¡Qué hallazgo para un geógrafo como Eratóstenes, entregado al trabajo de componer él también un mapa del *ecúmeno!* Recordemos que si bien la altura o latitud la medían los antiguos por la observación de las estrellas, para la longitud o posiciones laterales tenían que valerse solamente de itinerarios, que no eran en realidad más que listas de distancias de un punto a otro.

Desde Eratóstenes hasta Galileo, la astronomía y la geografía pusieron su principal empeño en fijar los puntos de las esferas celeste y terrestre. Las obras de los astrónomos y geógrafos son largas listas de medidas coordenadas. A esta obra se dedicó principalmente Hiparco, llamado de Rodas, entre el 160 y el 125 antes de J. C. Nacido en Bitinia, del Asia, tendría algo de sangre oriental, porque se entregó a sus trabajos de investigación con una confianza que revela un sentimiento casi adivinatorio. Hiparco trabajó en Rodas, acaso por cuenta del Museo de Alejandría. Rodas estaba en una latitud muy favorable para el cálculo de las posiciones de estrellas, el aire era puro y el clima sano. El catálogo de Hiparco alcanza 1.080 estrellas, cuya posición en la bóveda de los cielos quedaba fijada por coordenadas curvilíneas. Hiparco estudió las irregularidades del movimiento de la Luna y fue el primero en observar que el Sol permanece 187 días del año al sur del ecuador, y sólo 178 en el hemisferio norte, lo cual revela una excentricidad en su órbita. Las tablas de Hiparco fueron utilizadas tres siglos más tarde por Claudio Tolomeo, el último gran astrónomo de la antigüedad. Sería un griego macedonio, entre los que era común el nombre de Tolomeo, e hizo sus observaciones en Alejandría entre el 125 y el 150 después de Jesucristo, cuando Egipto era ya una provincia romana. Deberíamos, pues, hablar de Tolomeo en un capítulo de la historia de Roma, pero Tolomeo escribió en griego y su ciencia es de tradición helenística. Puede considerarse como un discípulo de Hiparco. Tolomeo incluso refiere sus observaciones sobre la altura de las estrellas al paralelo de Rodas, donde trabajó Hiparco.



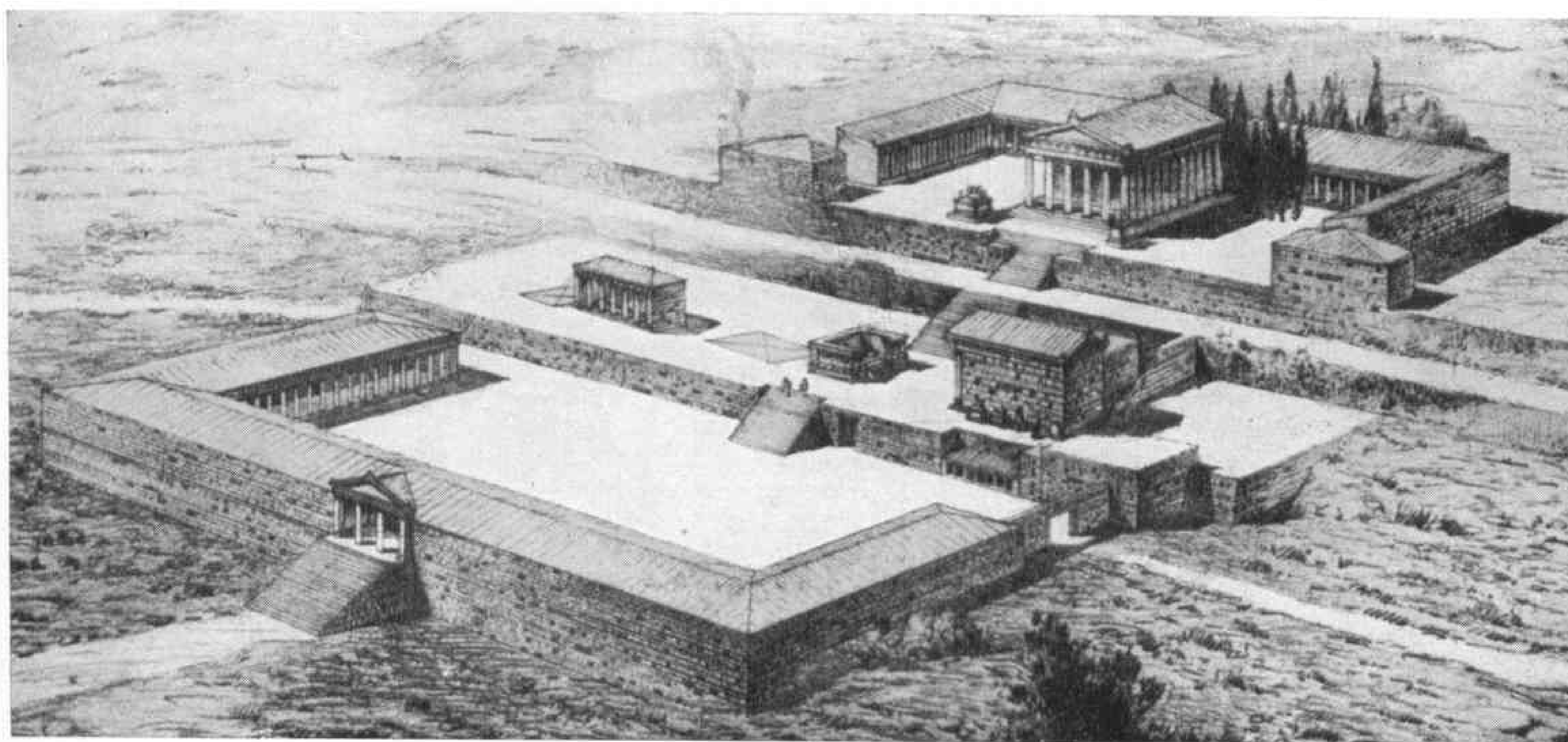
Busto de Hipócrates.

Fuera de lo que nos dicen sus libros, poco sabemos de la persona de Claudio Tolomeo. Los árabes, que mostraron una fanática admiración por él, nos cuentan que era rubio — lo que es muy posible, dado su origen macedonio — y hasta que tenía una peca grande en la mejilla, etc. Pero lo positivo es que de Tolomeo no nos quedan más que sus descarnados escritos. El tratado suyo más importante, titulado: *Sintaxis matemática,* fue llamado por los árabes *Almagest* y con este nombre fue traducido durante la Edad Media. Es un resumen de los conocimientos astronómicos de la antigüedad, tan perfecto, que sirvió para las necesidades humanas de viajar y observar los cielos por espacio de quince siglos.

En las ciencias biológicas, los griegos alcanzaron escasos resultados; algo, sin duda, les detuvo en su proceso de observación y los fenómenos de la vida quedaron sin explicar. Las escuelas de Atenas catalogaron especies de animales y plantas; en Alejandría se reunieron ejemplares exóticos de todo el *ecúmeno,* pero no se llegó a precisar ninguna ley importante. Lo mismo puede decirse de la anatomía y fisiología. Ni el proceso de la circulación de la sangre, ni el de las reacciones nerviosas, fueron sospechados por los griegos. Según Aristóteles, el cerebro es un receptáculo que sirve para enfriar la sangre, y las sensaciones de la vista y el oído se producen por medio de emisiones de átomos de los cuerpos.

Hasta la preponderancia de Hipócrates estableciendo las verdaderas bases de la medicina con la observación de síntomas, la cura de los enfermos se reducía a las prácticas casi milenarias del tiempo de Homero, que confiaba en tratamientos de fluxiones. Estas se empleaban en el santuario de Esculapio, en el centro del Peloponeso, lugar de vientos y calores temperados: allí se facilitaba la curación con una vida agradable de fiestas, cortejos y representaciones teatrales, como en los modernos balnearios.

Es de lamentar que no se hayan conservado más detalles de la vida del verdadero fundador de la medicina en Occidente, el gran Hipócrates de Cos. Ya hemos dicho que en la isla de Cos había una escuela de medicina a la que iban a menudo los eruditos del Museo de Alejandría. No sabemos si la escuela de Cos es o no anterior a Hipó-



La Escuela de Medicina, dependencia del Museo o Universidad de Alejandría, en la isla de Cos.

crates, pero lo positivo es que allí se mantuvo la tradición hipocrática más firme que en ningún otro lugar del mundo griego. Hipócrates viviría y enseñaría hacia el año 300 antes de J. C. Sabemos que viajó muchísimo y dejó varios discípulos, que también propagaron sus doctrinas de un país a otro. Los llamados *aforismos hipocráticos,* y en general toda la literatura médica de la antigüedad, podrían darse al olvido sin que se perdiera gran cosa; pero existe un precioso documento que sin duda habrá de maravillar al lector: se trata del juramento que debían prestar ineludiblemente los médicos de la escuela de Hipócrates antes de empezar a ejercer. Dice así:

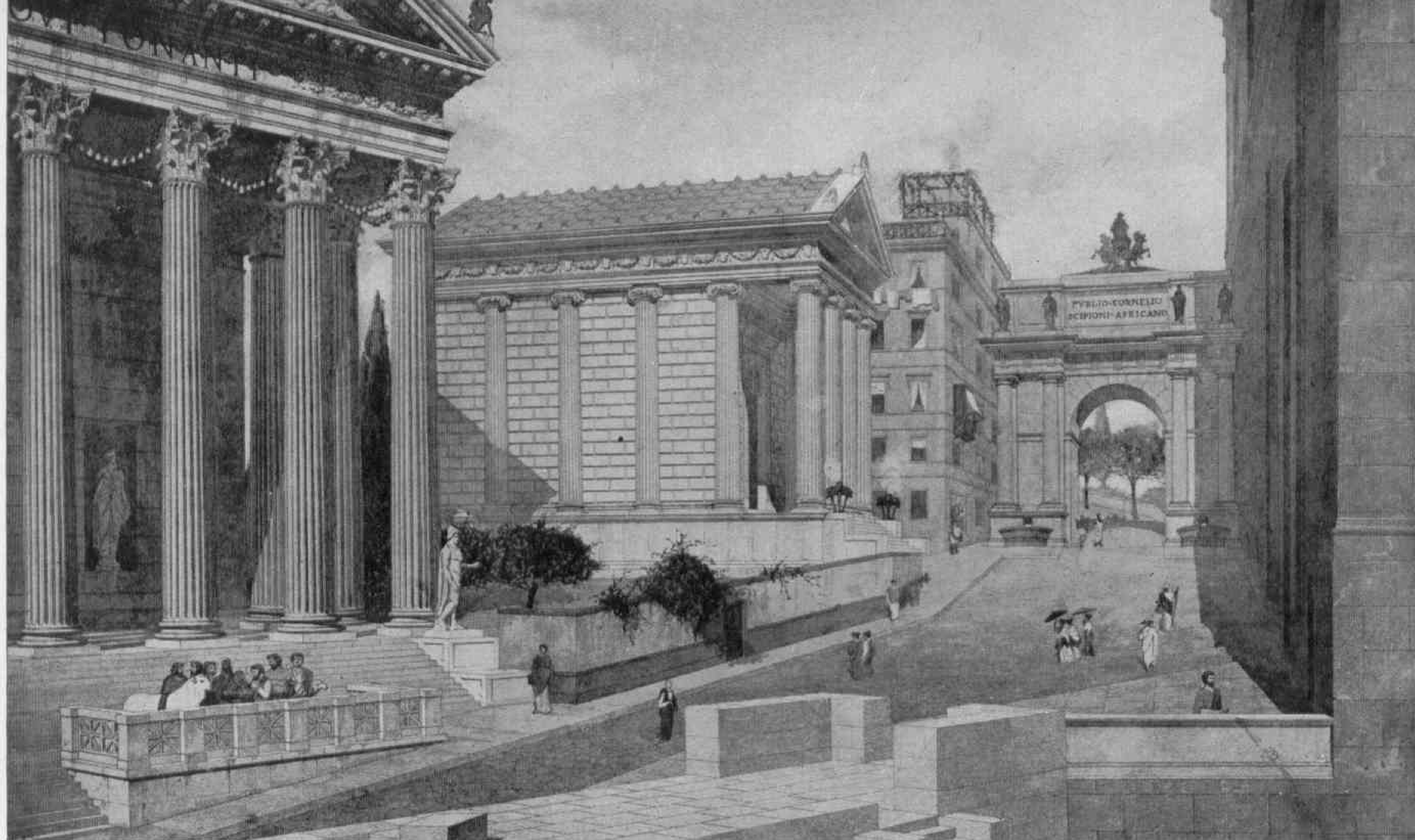
«Juro por Apolo y Esculapio e Higea, y todos los otros dioses y diosas, que con toda mi habilidad y talento cumpliré este juramento, mirando como a un padre al que me ha enseñado este arte y como hermanos a mis compañeros de profesión. Les enseñaré todo lo que descubra por mi cuenta, sin pedirles por ello retribución. Transmitiré mis conocimientos a mis hijos, y a los hijos de mis maestros, y a los discípulos juramentados para seguir las leyes de la medicina, pero no a los extraños. Medicaré a los enfermos con toda mi habilidad y buen juicio y me abstendré de todo lo que pueda dañarles o demorar su curación. No daré veneno a nadie, aunque me lo pida, ni aconsejaré a nadie que lo tome, ni provocaré aborto en ninguna mujer. Con pureza y santidad pasaré la vida practicando mi arte. En todas partes adonde vaya para curar, evitaré engaño, corrupción y seducción. Cuando en el ejercicio de mi profesión vea u oiga cosas que no deben ser divulgadas, me guardaré muy bien de contarlas a nadie.

»Espero que, guardando este juramento, tendré una vida feliz; venga sobre mí la desgracia si llegare a violar esta fe.»

Estimamos que el mejor comentario que podemos hacer a este documento es que durante siglos las promociones de médicos lo han formulado al terminar sus estudios.



Estela funeraria ática de un médico llamado Jasón, representado en el acto de examinar a un enfermo.



Calle que conducía del Foro romano al Capitolio, donde fue asesinado a golpes Tiberio Graco.

21 LA REVOLUCION ROMANA

PRETENDEMOS en este capítulo dar una idea sumarísima del último siglo de la República romana. Es un período de revolución. Se desmorona un mundo viejo para formarse otro cuyos caracteres no se distinguen todavía. Coaliciones, tiranías y dictaduras se suceden tan rápidamente, que no parece posible que haya de surgir nada orgánico de tan prolongado conflicto. Para el lector son ya familiares los nombres de los Gracos, Mario y Sila, César y Pompeyo, Cicerón y Catilina... Nuestro deseo sería ahora dar una visión clara de lo que significan estos personajes en el gran drama de la revolución romana y lo que fue ella en conjunto. Difícil será conseguirlo.

Como siempre, sorprende el vigor de Roma y su abundancia de grandes hombres. Todos los que toman parte en las conspiraciones, motines y escándalos de la revolución han colaborado en la gran empresa de extender la influencia de Roma por el oriente y el occidente de Europa. Todos sienten la necesidad de aportar, como título que justifique su ambición, una nueva provincia a la República. Ninguno de ellos pretende imponerse con intrigas; los que, como Catilina, no cuentan sino con su audacia, son sacrificados en pocos días. El tipo del político vano, que depende de una camarilla y del arte de manipular las elecciones, también existe en la Roma republicana, pero es un actor secundario; los verdaderos protagonistas de la crisis constitucional romana son héroes que han manejado la espada y están dispuestos a empu-



El Foro Boario o mercado de bueyes en la época republicana. A la izquierda, el templo de la Fortuna Viril. A la derecha, el Ara Máxima dedicada a Hércules.

ñarla de nuevo si no pueden conseguir en los comicios lo que desean.

Tiberio Graco ha peleado en Numancia y Cartago. Mario ha deshecho las naciones de cimbrios y teutones. César ha conquistado la Galia, Lúculo la Bitinia y Pompeyo el Ponto. Sila, rindiendo a Yugurta, consolidó la dominación romana en el Africa del Norte, y Antonio, valiéndose de Cleopatra, hizo posible la anexión de Egipto. Pero estas nuevas responsabilidades complican la situación; al problema interior se añade el de gobernar o explotar los nuevos territorios. La organización ya anticuada de la República se manifiesta todavía más deficiente cuando hay que administrar reinos lejanos.

La revolución empezó, como siempre, por una crisis económica. Roma era desde su origen una nación de agricultores, aunque organizados militarmente para defenderse y atacar si fuese necesario. Al conquistar toda la península italiana, y además Sicilia, los pequeños terratenientes romanos se encontraron con que no podían competir con los grandes feudos que se habían formado en la Italia Meridional, cultivados por cuadrillas de esclavos. Lo más curioso era que estas plantaciones, que producían el grano, el aceite y el vino a precios irrisorios, habían sido conquistadas a costa de enormes sacrificios por los mismos romanos que ahora se encontraban arruinados y resultaban víctimas de sus propias conquistas. Las tierras de Sicilia, del Samnio y de la Galia Cisalpina, o sea el valle del Po, confiscadas a sus antiguos posesores, griegos, galos y samnitas, habían sido arrendadas — obsérvese bien, arrendadas, no vendidas — a contratistas romanos, que las cultivaban sin pagar apenas arrendamiento a la República y con sus productos inundaban el mercado.

Así, pues, Roma se debatía ahogándose con los trofeos de sus victorias. La situación parecía poder remediarse fácilmente de una plumada. Bastaba declarar caducados los arrendamientos de las tierras de la República, que eran las que originaban la competencia, y subdividirlas en parcelas que serían cultivadas por los agricultores arruinados del Lacio.

Tal era la intención de Tiberio Graco, elegido tribuno de la plebe el 134 antes de Jesucristo, cuando apenas tenía treinta años. El plan no era del todo nuevo; la tradición dice que dos siglos antes el cónsul Licinio había propuesto una ley, que fue aprobada, por la cual se fijaba un límite a la propiedad, para evitar que los bienes y las tierras se acumularan en pocas manos. Ningún ciudadano romano podía poseer, según la ley de Licinio, más de quinientas *iugera* o jornales de tierra. La ley propuesta por Tiberio Graco no era de carácter general, como la de Licinio, sino que afectaba sólo a los que cultivaban tierras del Estado. Los arrendatarios de estas tierras podrían retener quinientas *iugera* y aun doscientas cincuenta más para cada hijo, hasta mil *iugera;* el resto debía dividirse en lotes de treinta *iugera* que no se venderían, sino que se darían en contrato de arrendamiento, pagando un pequeño canon al Estado. Los nuevos arrendatarios podrían traspasar sus derechos por testamento, pero no venderlos, y debían cultivar la tierra satisfactoriamente a juicio de los comisionados al efecto; éstos formaban un *colegio* de tres *triunviros* y tenían a su cargo la distribución de las tierras en un principio y después de adjudicadas cuando, por muerte o abandono, quedaran disponibles.

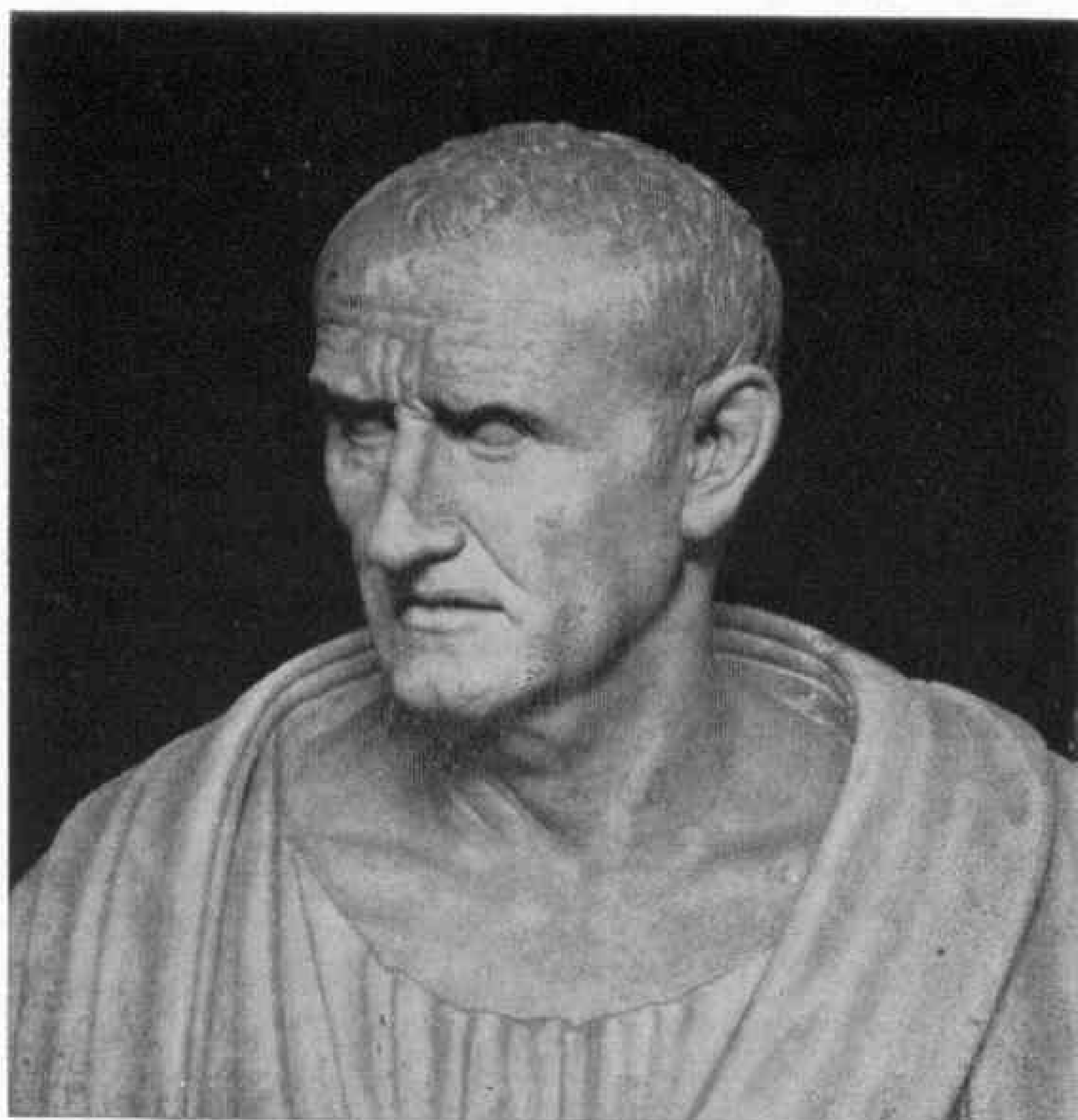
No hay nada en este proyecto que no parezca muy razonable, y Tiberio Graco parecía ser la persona ideal para realizarlo. Era de noble familia: su madre, Cornelia, hija del gran Escipión, que había concluido con Aníbal, era prima del otro Escipión, Emiliano, que conquistó a Numancia; su padre, un primer Tiberio Graco, había sido cónsul y censor; además, Tiberio estaba casado con la hija de Appio Claudio. Pero, tanto Emiliano como Appio Claudio, aunque conscientes de su nobleza y celosos del poder del Senado, eran más patriotas que conservadores, y ambos miraban con simpatía la reforma agraria que proyectaba su joven pariente. De Emiliano cabe sospechar que se había propuesto algo semejante, intentando realizarlo por medio de un íntimo suyo, llamado Lelio, quien, al ver la oposición que le hacían gentes de gran autoridad, desistió de su empeño, por lo que los conservadores le dieron el sobrenombre de sabio o prudente.

Edil romano con las insignias de su cargo.



Emiliano, por su parte, prefirió servir a la República como soldado mejor que como legislador. Es seguro, sin embargo, que del círculo de filósofos e historiadores que rodeaban a este Escipión Emiliano salieron sugestiones e ideas para orientar a su sobrino. Había en Roma entonces muchos refugiados políticos de Grecia y el Oriente, los *científicos,* quienes encontrarían interesantes los *experimentos* que proponía Tiberio Graco. Sabemos que un tal Blosio, filósofo griego del cenáculo literario de Escipión, y otro griego llamado Diófanes, fugitivo de Mitilene, ayudaron a la redacción del proyecto de ley que presentaba Graco. Además, Appio Claudio la patrocinaba; había, pues, partidarios del tribuno en el Senado.

No obstante, la ley fue combatida por los conservadores con gran violencia. ¿Por qué? Pues, en primer lugar, porque algunos senadores y patricios figuraban entre los poseedores sin título de las tierras que se quería dividir, y como se habían imaginado que nunca serían desposeídos de ellas, habían construido granjas, comprado esclavos, plantado viñas y roturado yermos. Parecía grave injusticia, y un error económico, destruir esta organización, que representaba una fuente enorme de riqueza. Claro que, de momento, el capitalismo agrario había aniquilado al pequeño productor, con pocos esclavos y sin lo que hoy llamamos maquinaria; pero querer persistir en los métodos patriarcales de la Roma republicana era a todas luces anacrónico. Era un capitalismo sin justificación.



Un senador romano del siglo I antes de J. C.

Nadie podía adivinar hasta dónde irían a parar las reformas de Graco. Los nuevos arrendatarios de treinta *iugera,* a menos de estar dirigidos por expertos agricultores que les enseñaran el cultivo de las tierras, y asociados formando grupos para vender mejor sus productos, estaban condenados al fracaso; serían de nuevo vencidos por otros capitalistas. El colegio de los triunviros necesitaría, pues, una organización muy vasta de peritos y contables; sería como un Estado dentro del Estado, y, a la larga, la nacionalización de la propiedad se impondría con todas sus consecuencias, o por lo menos, la aplicación estricta de las leyes de Licinio.

La lucha entre Graco y los conservadores se mantuvo por algún tiempo dentro de los límites de la legalidad. Era fácil en Roma impedir que pasara un proyecto de ley. Como había varios tribunos y todos tenían el veto, bastaba que uno hiciese obstrucción para dar largas al asunto hasta fin de año, en que todos cesaban en sus cargos. Graco podía y debía esperar.

Un tribuno, colega de Tiberio, llamado Octavio, se encargó de cerrar el paso al proyecto de ley. Tiberio trató de persuadirle a las buenas de que no lo hiciera, pero viendo que todo era inútil, logró la destitución de Octavio. La medida era ilegal; un sacrilegio a los ojos de los romanos, porque la inviolabilidad de los tribunos era la mayor conquista de la plebe. Con la destitución de Octavio, Tiberio Graco desencadenó la revolución. Las razones que dio Tiberio para deponer a un tribuno son las mismas que han dado y darán todos los

que atacan a la autoridad legalmente establecida. Apelan a un derecho más alto que la ley escrita, esto es, el bien común. «Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se impone romper un lazo político — dice la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América* —, este lazo puede deshacerse de acuerdo con la ley natural y las leyes de Dios.»

Tiberio recordó el precedente de los antiguos reyes de Roma, que, siendo autoridad legítima, habían sido expulsados cuando fueron dañosos para sus súbditos. «No hay en Roma — añadió Graco — nada más venerable que las vírgenes vestales que cuidan del fuego sagrado; no obstante, si una de ellas comete una falta es enterrada viva, la santidad de que está revestida desaparece si ofende a los dioses. Un tribuno es legalmente elegido cuando lo votamos por mayoría en los comicios: será, pues, legalmente desposeído si lo destituimos por mayoría de votos.»



Escipión Emiliano conduciendo con una cinta la barca donde iba la vestal Claudia Syntyche, que había ido a buscar en Pesinonte la Piedra Negra de la Magna Mater.

Depuesto Octavio, fue fácil para Tiberio Graco hacer aprobar la ley. Se nombraron triunviros para ejecutarla, que fueron el mismo Tiberio, su hermano Cayo, que tenía veinte años, y su suegro Appio Claudio. Como se ve, intervenía toda la familia; el desafío a la oposición rayaba en locura, pero la venganza de los conservadores no se hizo esperar. Al año siguiente, Tiberio Graco fue villanamente asesinado en un motín, promovido por el Senado. Otro tribuno, también colega de Tiberio, le dio el primer golpe. No se emplearon para matarle armas de metal; fue muerto a palos, como cumpliendo un rito prehistórico; el cadáver fue echado al río.

Por algún tiempo los dos bandos parecieron olvidar las violencias, mas habiendo corrido sangre de por medio, nadie podía ya detener la revolución. Pronto se renovó la lucha con mayor intensidad. Cayo, hermano de Tiberio, fue elegido tribuno en 123 y empezó a proponer reformas, se contaba que instigado por el espectro de su hermano. Sus proyectos eran mucho más vastos; Cayo revela una mentalidad más complicada que la de Tiberio. Por de pronto, trató de debilitar el Senado, arrancándole el poder de nombrar jueces para causas políticas. Insistió en conceder el derecho de ciudadanía romana a todos los italianos; construyendo nuevas vías de comunicación, proponíase facilitar el acceso a tierras lejanas; fundando colonias en el sur de Italia y en Cartago, quería dar empleo a los agricultores que tenían que emigrar del Lacio; para aliviar la miseria de la capital, hasta que se restableciera la normalidad, hizo aprobar una ley por la que el Estado compraría el trigo al precio del mercado y lo vendería en Roma mucho más barato...

Todo esto parece justo, porque si Roma era dueña del mundo, tenía derecho a que se beneficiaran del provecho todos los ciudadanos. Pero había el amargo recuerdo de la lucha de clases entre el Senado y el pueblo, y era de prever que la revolución no acabaría con reformas. La persona que tenía más alto espíritu de la época, la hija de Escipión el Africano, Cornelia, madre de los Gracos, lo dijo en términos categóricos



El templo de la Concordia, construido por Lucius Optimius para pacificar los espíritus después de la muerte de los Gracos.

al nombrar tribuno a Cayo, que podía tener deseo de venganza: «Nada me parece más bello que vengarse de un enemigo si puede hacerse sin causar la ruina de un país, pero si esto no es posible, es mejor que los enemigos queden en paz y que no se pierda la patria.»

Esta amonestación de Cornelia parece que hubo de tenerla en cuenta su hijo Cayo, porque sus proyectos y reformas no pasaron de ser de género político y administrativo, reduciendo los derechos del Senado y dando ventajas a la plebe; no hubo durante su tribunado venganzas sangrientas, y hasta hizo esfuerzos por conciliarse el respeto de los *padres* proponiendo un armisticio. En el discurso en que presenta un proyecto de ley se encuentra este párrafo conciliador:

«Si yo os vengo a decir que soy de noble familia patricia, que he perdido a mi hermano por vuestra defensa, que soy directo descendiente de Escipión Africano y del primer Tiberio Graco, y si os pidiese descanso, para que mi raza no sea destruida y para que quede todavía una rama de mi gente, es probable que me concedáis lo que os pido.»

Ni así, como suplicante, pudo obtener Cayo la paz que deseaba: hubo de morir como su hermano. Ahora bien, al no poder abrogar el Senado la ley de reparto de tierras, la eludió eliminando el triunvirato y transfiriendo sus poderes a los dos cónsules, entonces fuera de Italia. Pero la revolución siguió su curso con las dictaduras feroces de Mario y Sila.

De esta época de los Gracos fue también víctima el que se consideraba como el romano más puro, casi santo, por su honradez y ciencia. Pertenecía a la familia Emilia, pero fue adoptado por el hijo del gran Escipión. Por esto se le llamaba Escipión Emiliano. Cuando se decidió llevar a Roma el más famoso fetiche del Oriente, un aerolito de color negro que se conservaba en el santuario-ciudad mística de Pesinonte, los romanos, ya con plena autoridad en la región del Tarso, compraron u obligaron a ceder aquella piedra, que podía favorecer la paz, y encargaron a Emiliano su traslado.

Enviaron a la más respetada de las vestales a Pesinonte, y cuando, al llegar a Roma el buque que la conducía, se instaló en una barca fluvial para remontar el río. Escipión la condujo con una cinta desde tierra. La piedra fue depositada en un edículo, junto al templo de Júpiter Capitolino. Sus efectos no se dejaron notar, pero se satisfizo a la divinidad con aquel esfuerzo. Es probable que Escipión Emiliano, que era de creencias estoicas, sufriera con aquel servicio supersticioso, porque se le encontró muerto en la cama sin señal de enfermedad ni violencia. Otra manifestación de confiar en los poderes ocultos para evitar la marcha de la revolución fue la decoración del borde del foso o sumidero del Foro romano, donde se había suicidado Curtius Mettus. Así se esperaba que los dioses in-

fernales, apaciguados, acabarían con las violencias en la ciudad de las Siete Colinas.

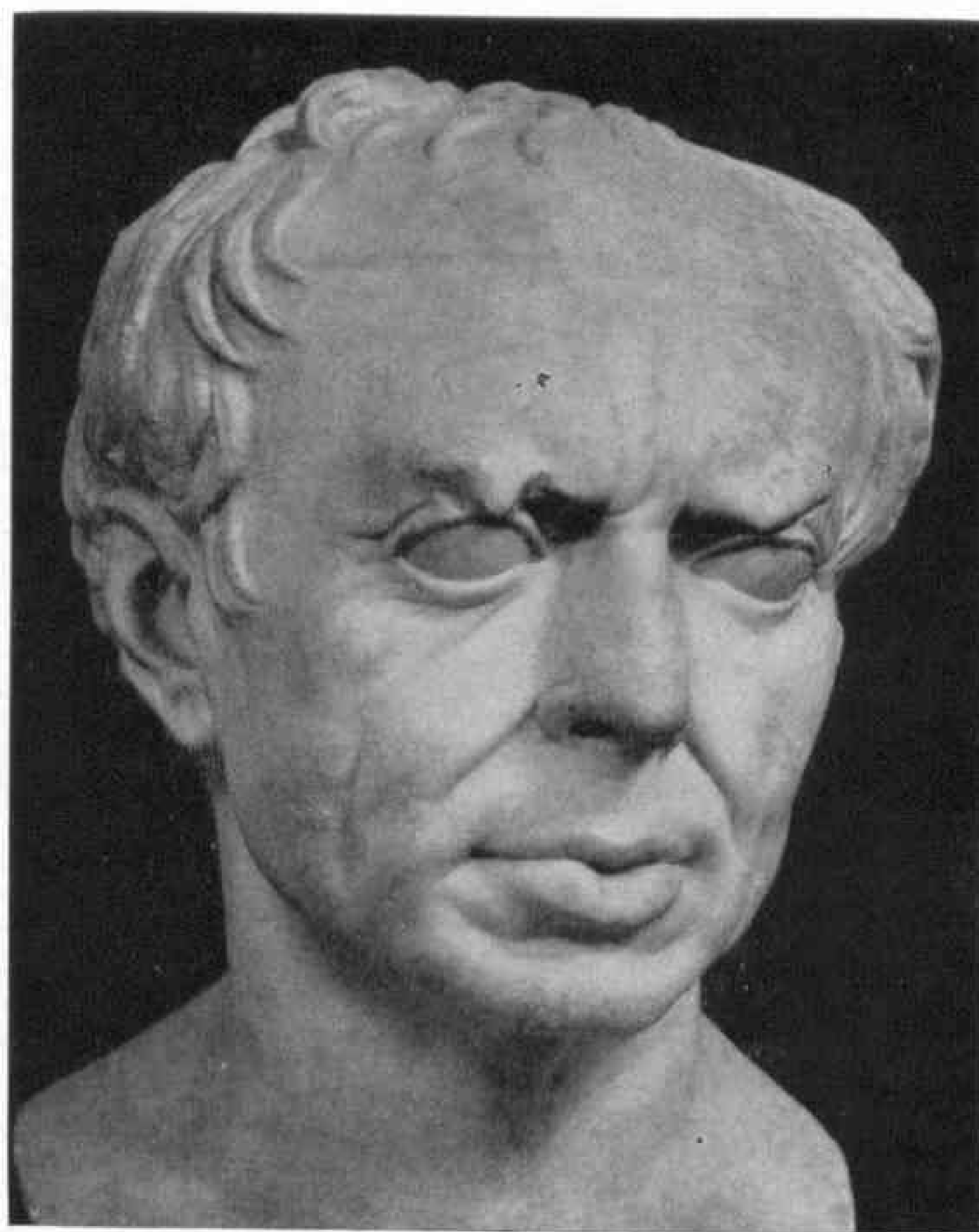
Otra prueba del odio que sentían los aristócratas por los Gracos fue que incluso su simple memoria fue proscrita y ni la misma madre, Cornelia, pudo vestirse de luto. Pero el pueblo conservó de ella un recuerdo como de la mejor dama romana y se le levantó un retrato en el Foro romano, cuyo pedestal todavía se conserva en el mismo lugar.

Los Gracos son dos figuras gloriosas de tribunos sacrificados por lo que ellos creían el bien del Estado. Infunden un resplandor de nobleza a este período de la historia romana. No obstante, si se observa bien, se advierte que las reformas que proponían eran sólo paliativos temporales, que acaso hubieran mejorado por algún tiempo la situación del pueblo romano, pero no modificaban la constitución ni atajaban radicalmente las causas del malestar, que era algo que podríamos llamar congénito.

Lo que se necesitaba en Roma, por entonces, era una nueva distribución de poderes. Nadie podía precisar las atribuciones del Senado, que, poco a poco, de cuerpo consultivo que era en un principio, se había erigido en consejo soberano. Los comicios, o asambleas populares, tenían una organización confusa y poderes mucho más ambiguos de lo que hubiera sido necesario para gobernar. Los cónsules duraban sólo un año; no podían, pues, ejercer el poder ejecutivo, y los tribunos podían ser reducidos a la impotencia por el veto de un solo colega. En estas condiciones es evidente que, cuando no había un enemigo exterior que les obligara a unirse, las rivalidades entre estos poderes debían producir crisis lamentables. Acaso si Cayo Graco hubiese vivido unos cuantos años más, hubiera sido el Solón o Clístenes romano que necesitaba la República. Pero es dudoso que hubiera podido sobreponerse a tantos prejuicios históricos y, sobre todo, religiosos: en Roma se hacía todo de acuerdo con las prácticas sagradas y las autoridades y asambleas eran intangibles. Sólo un dictador sin escrúpulos podía pasar por encima de las mil supersticiones legales que impedían la transformación del Estado... Y como este dictador sin conciencia sería un tirano, la monarquía era inevitable.

Por fortuna, dificultades exteriores demoraron esta solución. Roma tenía todavía que conquistar el mundo, y, en verdad, las antiguas naciones del Mediterráneo oriental estaban reclamando su tutela. Los reinos caían tras breve lucha, o incluso sin ella. En tiempo de Tiberio Graco había muerto el último de los reyes de Pérgamo, dejando heredera de su Estado y de sus bienes personales a la República romana. El rey de Cirene también hizo testamento en favor de Roma. Otros soberanos de Oriente les imitaron, dando extraño ejemplo de abulia política.

En cambio, Roma tuvo que sostener una guerra difícil en los territorios de Africa



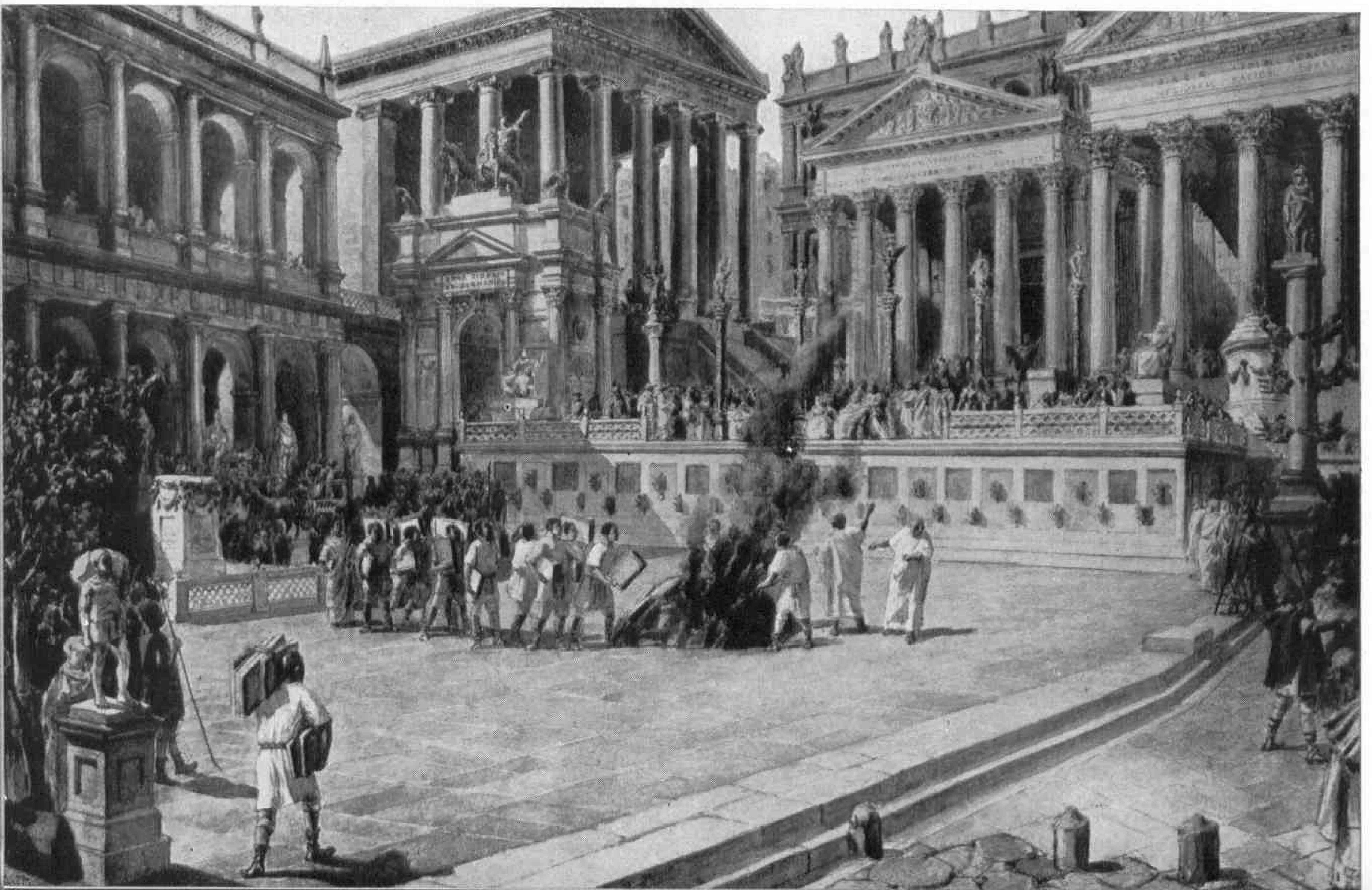
Busto llamado de Mario viejo.

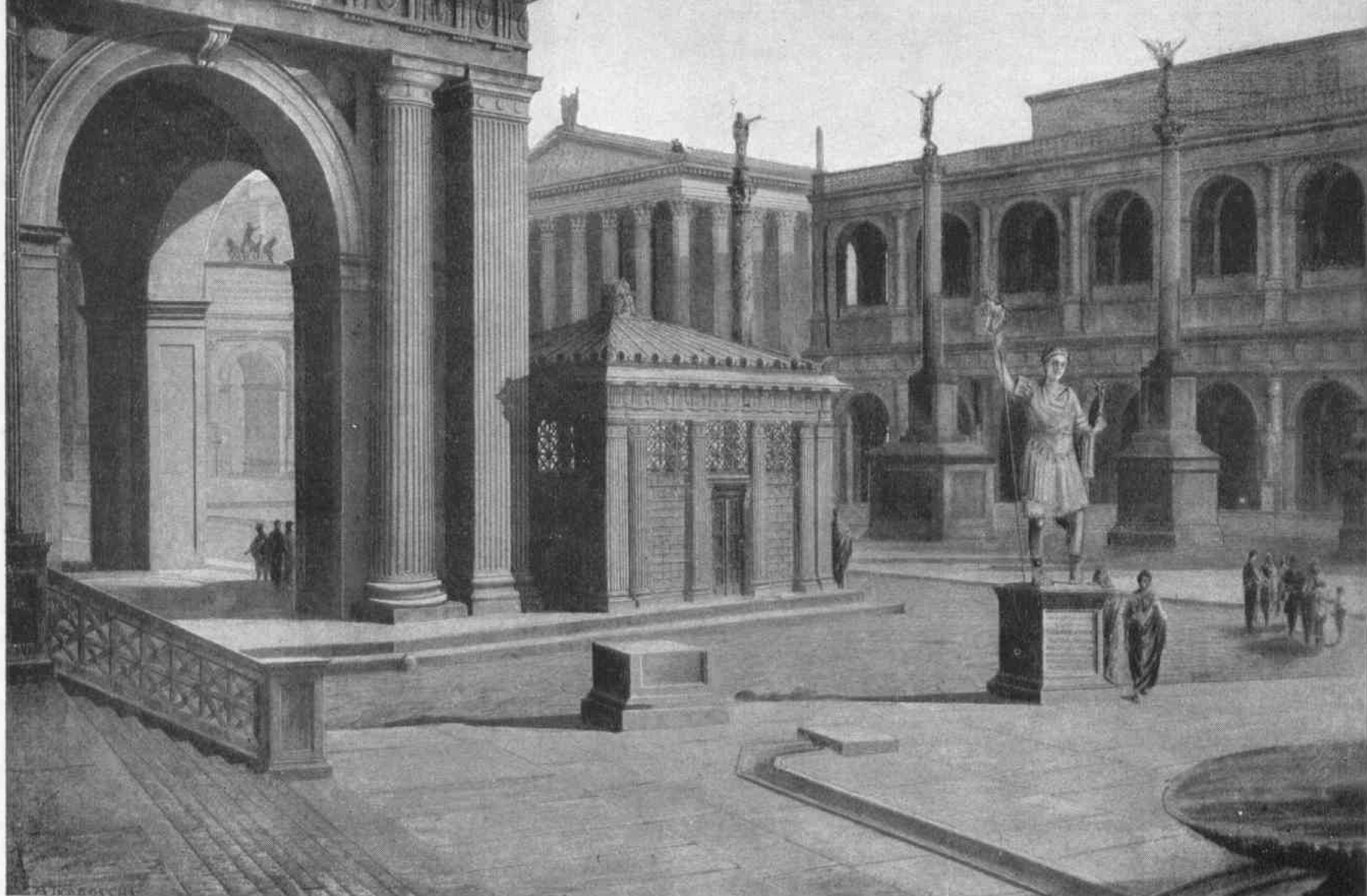
del Norte que antes habían estado bajo la influencia de Cartago. Un jefe bereber, llamado Yugurta, desobedecía las órdenes de Roma con una arrogancia que exigía castigo. En las guerras contra Yugurta acabó de revelarse, como general y político, el famoso Cayo Mario. El Senado, que había recobrado su autoridad, no pudo impedir, sin embargo, que se eligiese cónsul al mismo Mario en seis elecciones sucesivas. Parecía que éste iba a quedarse con el consulado a perpetuidad. Sus grandes dotes militares le habían hecho indispensable; había salvado a Roma de un alud de pueblos teutónicos que intentaban descender sobre Italia. Multitudes de guerreros nórdicos emigraban con sus mujeres y familias, en caravanas de carros. Mario los aniquiló en dos batallas: una en Provenza y otra en Lombardía. A partir de aquel momento, Mario pudo contar con la adhesión incondicional de sus veteranos, como guardia fiel, utilizable para fines políticos.

Pero aunque Mario odiaba a los grandes patricios, no tenía el talento necesario para reducirlos a la impotencia. Nada ha quedado en la Historia que podamos llamar el programa político de Mario; no dejó más que su táctica desmoralizadora para humillar al Senado amenazándole con las milicias. Mario había reorganizado el ejército, dando entrada en las legiones a gentes de baja extracción, a las que después confería, sin ningún derecho, la ciudadanía romana. De este modo, sin un plan político meditado, como era el de los Gracos, Mario, valiéndose del ejército, dio a entender a los conservadores que habrían de resignarse a presenciar un cambio de régimen más o menos inmediato.

La influencia, o mejor dicho, los abusos democráticos de Mario, duraron hasta el año 99, en que sus partidarios se hicieron intolerables. Mario era todavía cónsul, y el Senado, volviendo por sus fueros, le exigió que atacara a sus propios partidarios. Como

Rostra o tribuna para arengar al pueblo en el Foro romano, en un día de tumulto.

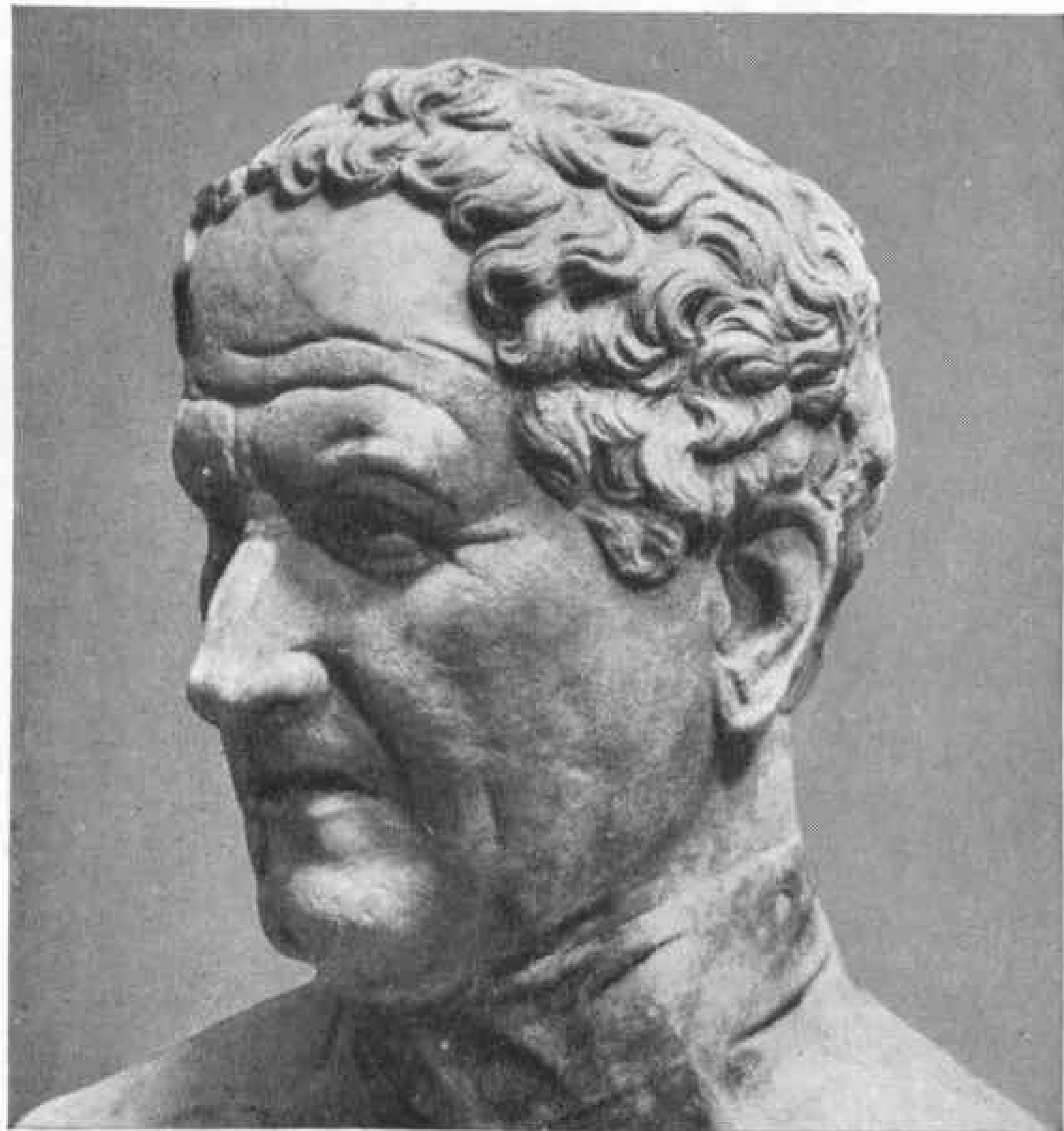




Una esquina del Foro romano; el pórtico de la basílica Emilia a la izquierda, el templo cuadrado de Jano en el centro y la basílica Julia a la derecha.

cónsul y jefe del ejército, Mario no podía negarse a obedecer al Senado, pues ello sería romper con las tradiciones constitucionales. Pero Mario no tuvo la audacia de rebelarse y, aunque de mala gana, atacó a los demagogos. Aquel día corrió otra vez la sangre de los magistrados romanos: un pretor, un cuestor y dos tribunos del partido democrático fueron sacrificados sin formación de juicio por los soldados de Mario, al servicio de los conservadores.

Desde entonces, dice Plutarco, Mario se hizo igualmente odioso a nobles y plebeyos. Arrepentido de su debilidad, decidió expatriarse, emprendiendo un viaje por Oriente que duró dos años. A su regreso se hizo construir una casa cerca del Foro, pero añade Plutarco que Mario, *habiendo sido un instrumento de guerra, quedó arrinconado en tiempo de paz.* Ni tan sólo tenemos el parecido auténtico de Mario; se ha querido ver su efigie en una cabeza de la que hay varias copias, que demuestran rudeza y fuerza de carácter; pero por lo que dicen sus biógrafos, Mario era corpulento en extremo y no resulta así en este supuesto retrato. Mientras tanto, la revolución seguía su curso y el año 90 antes de J. C. tuvo que concederse el derecho de ciudadanía a todos los italianos. Pero esta medida no se dictó sino después de haber sido asesinado el tribuno Druso, que la proponía, y de haber sido casi impuesta por una furiosa sublevación de todos los pueblos itálicos, que reclamaban los derechos de ciudadano romano: Roma vio otra vez peligrar su propia existencia. Los sublevados llegaron al extremo de fundar otra capital, una ciudad nueva, que llamaron Italia, en la costa del Adriático, con un Senado y magistra-



Patricio romano, acaso Domicio Aenobarbo.

dos como los de Roma, acuñaron moneda y organizaron ejércitos, que vencieron en repetidos combates a los romanos.

En esta guerra pelearon con varia fortuna, todavía asociados, Mario, ya viejo, y su antiguo ayudante de las guerras de Yugurta, Lucio Cornelio Sila. Aunque de origen patricio, Sila no había heredado una gran fortuna, por lo que tuvo que ganarse sus laureles y escalar el poder con no pocas dificultades. Su biógrafo dice que tenía azules los ojos y blanca la cara, aunque cubierta de pecas rojas *(una mezcla de moras y harina)*.

Al concluir con la rebelión de los pueblos itálicos, Sila había conseguido ya la reputación de gran general y era nombrado cónsul para el año 88 antes de J. C. Una nueva calamidad amenazaba a Roma y se necesitaba un hombre de acción; Sila fue este genio extraordinario que salvó a Roma, casi a pesar de Roma. Raramente se encontrará un político y general en situación más difícil que la que logró sortear Sila en los años del 88 al 84. Había sido enviado por el Senado al Oriente para sofocar un levantamiento general de los griegos y asiáticos contra Roma. Estimulados por el rey del Ponto, Mitridates, que se preciaba de filoheleno, griegos y asiáticos se atrevieron a desafiar a la República romana, asesinando, a sangre fría, a ochenta mil italianos que se habían establecido en Oriente. Ninguna de las matanzas de extranjeros que han motivado las intervenciones europeas en China puede compararse con la carnicería que mandó hacer Mitridates.

Sila fue enviado para restablecer el prestigio de Roma en Grecia, recuperar los territorios de Pérgamo y Macedonia y castigar a Mitridates, que contaba con fuerzas enormes y tenía por aliados a otros reyezuelos del Oriente. Sila sólo llevaba treinta mil soldados, pero lo peor fue que, apenas se hubo embarcado para Grecia, los demócratas recuperaron el poder y ejercieron un verdadero terror contra el bando conservador, que había elegido a Sila. El nuevo gobierno, dirigido por un demagogo llamado Cinna, empezó por deponer a Sila, enviando a Grecia otro general, Valerio Flaco, con 12.000 soldados. Sila se encontraba entonces sitiando a Atenas y amenazado por el ataque inminente de un ejército del rey del Ponto, en camino hacia la ciudad.

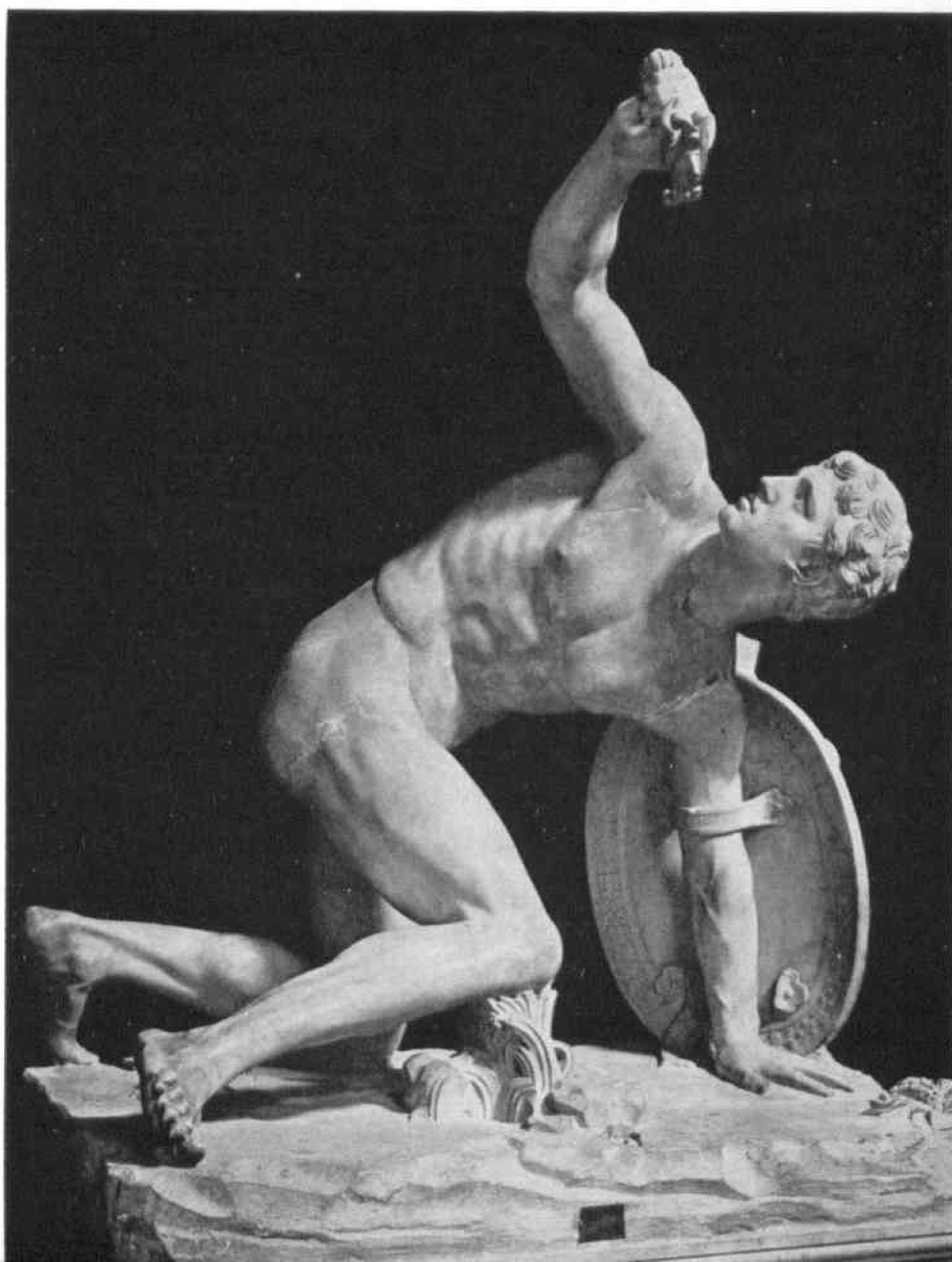
Anticipándose a la llegada de Flaco, Sila asaltó a Atenas y derrotó al ejército del Ponto en el llano de Queronea. Se cree que llegaría a un acuerdo secreto con Flaco, porque éste, en lugar de destituir a Sila, marchó directamente a los estrechos del Bósforo para invadir el Asia. La conducta de Flaco no satisfizo a los demócratas que le acompañaban, y éstos, amotinando al ejército, mataron a Flaco y pusieron en su lugar a un oficial llamado Fimbria. Entre tanto, Sila había entablado negociaciones con Mitridates, concluyendo con él la paz a condición de recibir 2.000 talentos de oro (unos dos millones y medio de pesos) y ochenta buques de guerra. Además, Mitridates restituyó los prisioneros y las contribuciones cobradas durante cuatro años, de manera que Sila dispuso de una suma considerable, y para colmo de fortuna, las legiones de Fimbria se le entregaron sin combatir.

En la primavera del 83 Sila desembarcó

en Brindis con su tesoro y un ejército juramentado a obedecerle sin murmurar. Palmo a palmo ganó la tierra de Italia, y cuando se vio dueño de la situación, Sila se instaló en Roma para castigar a los demócratas; pero respetuoso con la legalidad, hizo primero votar al pueblo una ley que le concedía poderes ilimitados. Su título sería el de *dictador,* y a este título iría unido el derecho de confiscar propiedades, cambiar los límites de las haciendas y de las fronteras de provincias, nombrar magistrados, legislar por su cuenta, decidir cuándo debía él dimitir su cargo y elegir por sí mismo, si lo necesitaba, un colega o sucesor... Nada da mejor idea de cómo habían cambiado las cosas que el hecho de que una ley así fuese votada por los comicios sin la menor oposición.

Sila se dispuso a saldar cuentas con todos los que se habían aprovechado de su ausencia para perjudicarle y perseguir y asesinar a sus amigos. Las listas de proscripción de Sila y sus satélites comprenden 4.700 ciudadanos, entre ellos 15 ex cónsules, 40 senadores y 1.600 patricios, todos demócratas que simpatizaban con la revolución. El *terror blanco,* o reacción conservadora del año 81, en Roma, es una de las más famosas degollinas que registra la Historia. Sila ordenó que las cabezas de sus víctimas fuesen expuestas en una esquina del Foro. Ni los difuntos fueron respetados: las cenizas de Cayo Mario, que había sido su colega militar, fueron esparcidas a los cuatro vientos.

Las brutalidades de la reacción son más odiosas porque no tienen la excusa de abrir un camino al porvenir. Después de haber limpiado a Roma de demagogos, Sila empezó su obra, que creyó sería duradera, de restaurar la constitución. Procedió cautamente, como militar acostumbrado a no dejar imprevisto detalle alguno. Así y todo, a los pocos años no quedaba nada, o bien poco, de la obra de Sila. Daremos una idea de los principales puntos de su reforma. Por de pronto, el Senado pasó a ser, no sólo de hecho sino de derecho, un cuerpo gubernativo. Los comicios populares no podían aprobar ninguna ley que no fuese previamente aceptada por el Senado. En cambio, las vacantes entre los senadores, que antes se proveían por el censor o automáticamente al cesar de un cargo público, según la constitución de Sila serían provistas por el pueblo. De manera que, según el nuevo plan propuesto por Sila, los comicios populares no sólo votaban las leyes sino que aun elegían a los senadores. Parecía que de estos arreglos, con un poco de experiencia, se podía llegar a un sistema parlamentario de doble cámara, pero, por desgracia, Sila no se atrevió a organizar las asambleas populares como había estableci-



Gladiador derribado en el combate.



Cuadriga romana. Mosaico de las Carreras hallado en Bell-lloch, Gerona.

do, bien claramente, los derechos del Senado. Los comicios romanos continuaron siendo asambleas de carácter primitivo, más celosas de sus procedimientos tradicionales que de gobernar.

Sila dictó además innumerables disposiciones acerca de los cónsules, tribunos y censores. Todos salieron malparados de sus reformas; por ejemplo, los tribunos, que eran los más propensos a convertirse en cabezas de motín, conservaron su temible poder del veto, pero con la amenaza de una multa cuantiosa si podía condenárseles por haber abusado de su derecho. Nadie que hubiese sido tribuno podía ser elegido cónsul; así es que los excesivamente ambiciosos no tendrían muchas ganas de inutilizarse, con el tribunado, para el ejercicio del cargo consular, el más deseable.

Mas, ¿para qué continuar? Sila resignó sus poderes el año 79 y moría pocos meses después. Pronto se vio que el dictador se había engañado al esperar que el Senado podría ser otra vez un cuerpo vivo. Los aristócratas, incorregibles, como de costumbre, creyeron que Sila había hecho la reforma, no para salvar la República, sino para restituirles a ellos sus derechos más que caducos, y obcecados e incapaces como eran, pretendieron con mano trémula dirigir la nave del Estado. Naturalmente, otros espíritus más jóvenes tuvieron que empuñar el timón y nuevos dictadores aparecieron, más ambiciosos y atrevidos, que exigieron el título y los honores de la majestad imperial.

Por de pronto, el año 75 Roma tenía que intervenir otra vez en el Oriente. Un tal Nicomedes, rey de Bitinia, había hecho tam-

bién testamento en favor de Roma. Bitinia era una región enclavada entre los territorios que ya poseían los romanos en Asia y el famoso reino del Ponto. El resultado inevitable del legado de Nicomedes era otra guerra a muerte con Mitridates, olvidando la paz de Sila.

El Senado envió a Bitinia a uno de los suyos, elegido cónsul cuando la reacción producida por las reformas de Sila, un patricio arruinado que se llamaba Lúculo, hombre de gran talento, de buen gusto, enérgico y capaz, que conocía el Oriente por haber acompañado a Sila en su campaña del 85 contra el rey del Ponto. Lúculo es uno de los personajes más representativos de esta época; conservador irreductible en principio, en la práctica sentía tan poco respeto por el Senado como los mismos demagogos. Estaba casado con la mujer más hermosa de Roma, la famosa Clodia, de la familia de los Claudios y, por lo tanto, romana hasta la medula, furiosamente sensual, aunque con pasión y cierta nobleza. Cuando Lúculo se hallaba en Oriente, Clodia despertó una pasión violenta en el delicado poeta Catulo. *Odio y amo,* dice el pobre Catulo maldiciendo a Clodia, de la que sabe que no se satisface con un solo amante.

La tarea que el Senado había impuesto a Lúculo era todavía más difícil que la encargada a Sila el año 84. Recordemos que Sila, para tener libertad de regresar a Roma, había negociado con Mitridates un tratado de paz por el que se dejaba al soberano oriental en plena posesión de sus Estados. Durante los años de la dictadura de Sila, Mitridates se había preparado, acumulando tesoros y acogiendo en su corte a los demócratas fugitivos de Italia, que organizaron su ejército a la romana. Mitridates estaba en relaciones con Sertorio, un general del bando demócrata que había lanzado en España el grito de rebelión e independencia. Sertorio era hábil y culto.

Lúculo puede ser comparado con Cecil Rhodes, al conducir a su patria a un extremo de imperialismo que ella no deseaba. En seis años, sin ayuda de Roma, con legiones hambrientas y fatigadas, Lúculo se hizo dueño de Bitinia y acorraló a Mitridates en un ángulo de su reino, conquistando su capital y apoderándose de gran parte de sus fabulosos tesoros. Desde aquel momento, dueña de Pérgamo, Bitinia y el Ponto, la República romana pasó a ser el factor predominante del Asia.

Es interesante que Lúculo, sin gran preparación, ni mucha experiencia militar, aficionado más bien a cosas estéticas, se manifestara de improviso como estratego imponderable, viviendo en los campamentos con la mayor simplicidad y sufriendo toda suerte de penalidades. Cuando el año 65 fue relevado, contra sus deseos, por Pompeyo, regresó Lúculo a Roma con grandes riquezas, se divorció de Clodia y se



Oriental adiestrado en las luchas circenses.

retiró de la política para vivir en magníficos palacios, cuyas fiestas y banquetes han pasado a ser proverbiales. Pero el Occidente debe a Lúculo algo más precioso que el ejemplo de sus campañas y sus festines: el árbol del cerezo, que trajo de Armenia y crece ahora en Europa. Desde que Lúculo regresó del Ponto, nuestras huertas ostentan en primavera la belleza de otro ramaje florido, y al empezar el verano, alegra nuestras mesas la bendición encarnada de las cerezas lustrosas. Así las conquistas de Roma no sólo ensancharon sus Estados y dieron un estímulo para un imperio universal, sino que además añadieron la riqueza de otros bienes: los frutos de todos los países que dominaba.

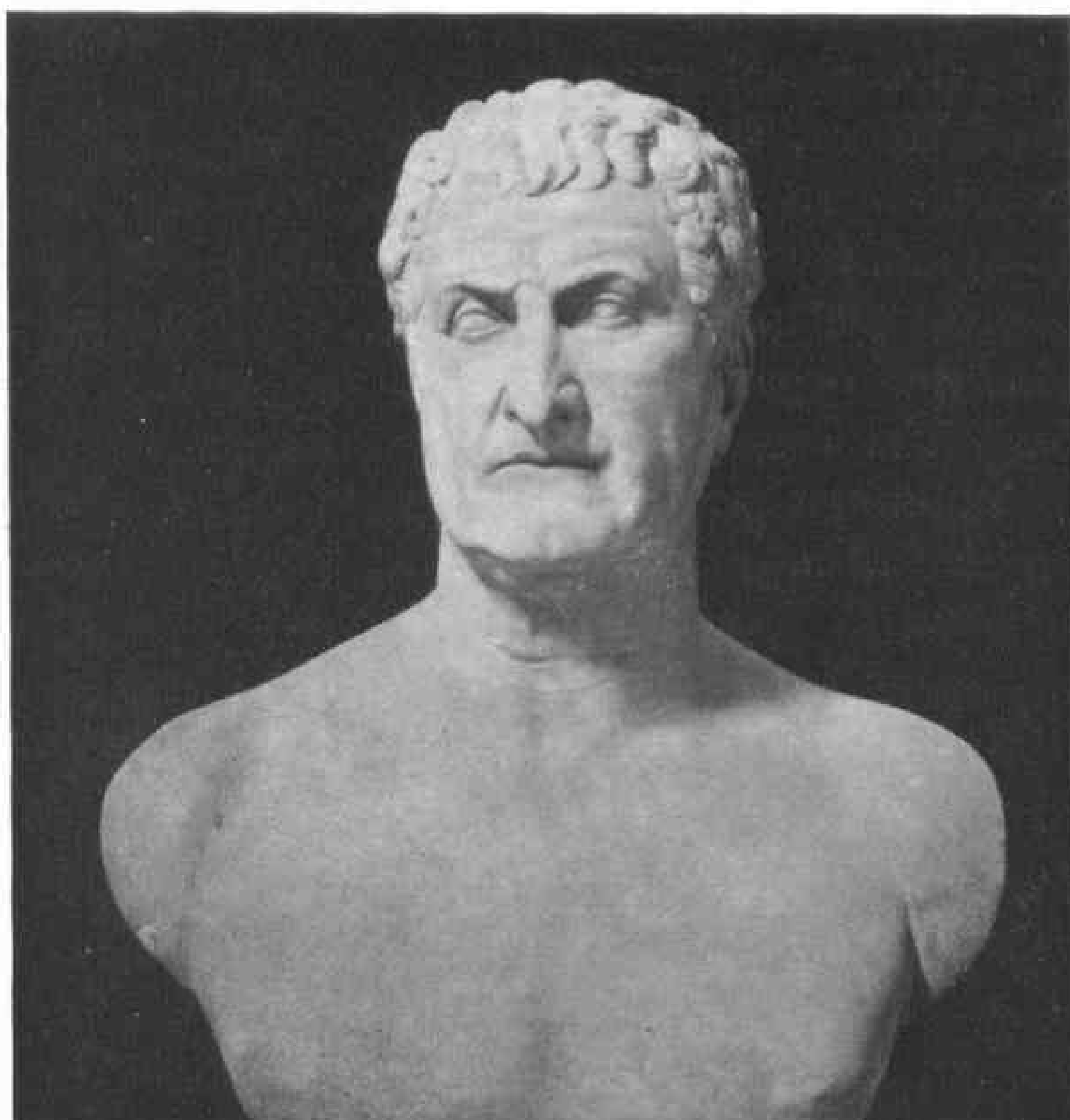
Las atroces matanzas de la revolución durante el despotismo militar de Mario y Sila despertaron el entusiasmo por las luchas violentas de veteranos y profesionales que constituyeron el deporte gladiatorio. Este provenía ya de la época etrusca, pero no tuvo el carácter de espectáculo nacional hasta la atracción por lo sangriento que originó la revolución. Los juegos *(ludi)* gladiatorios eran de diferentes clases, pero siempre acababan indefectiblemente con la derrota o la muerte de uno de los combatientes y, en ocasiones, de los dos.

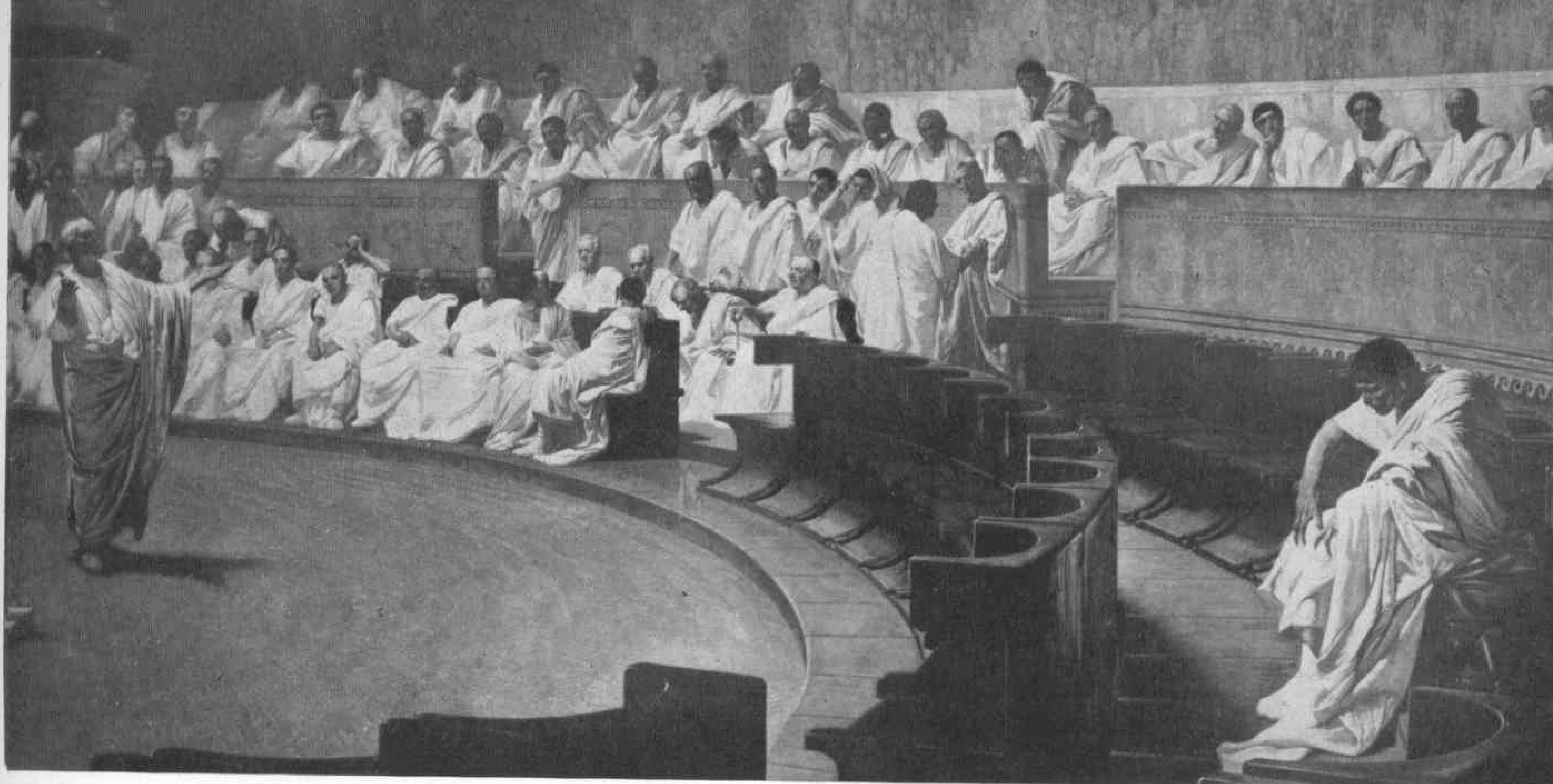
La revolución romana no produjo ningún poeta que relatara con gran copia de detalles dramáticos escenas de la *pasión* de los Gracos o las violentas reacciones de los aristócratas y plebeyos en tiempos de Mario y Sila.

Roma no pudo ofrecer nada parecido a un Tucídides. Sin embargo, el genio romano había alcanzado aptitud para interesarse por la historia, y más tarde aparecieron escritores que sentían la grandeza de lo ocurrido en las jornadas revolucionarias. Síntoma de esta aptitud para el relato de los hechos históricos es que el primer poeta latino fuese el romano Ennio, que compuso una torpe epopeya sobre los *Orígenes de Roma.* Es literariamente una retahíla en líneas mal versificadas y pobre de inspiración. Su rústico retrato se corresponde con sus versos.

En Arte, la arquitectura continuó imitando los *modos* etruscos sin añadirles más que monumentalidad. Es en esta época cuando aparece el primer pintor romano, un patricio aficionado a representar escenas históricas que se llamaba Fabio Píctor. Algunos de los restos hallados de sus frescos nos enteran de su pobre manera de componer sus asuntos en zonas, sin ninguna relación, sin continuidad.

Lucio Cornelio Sila.



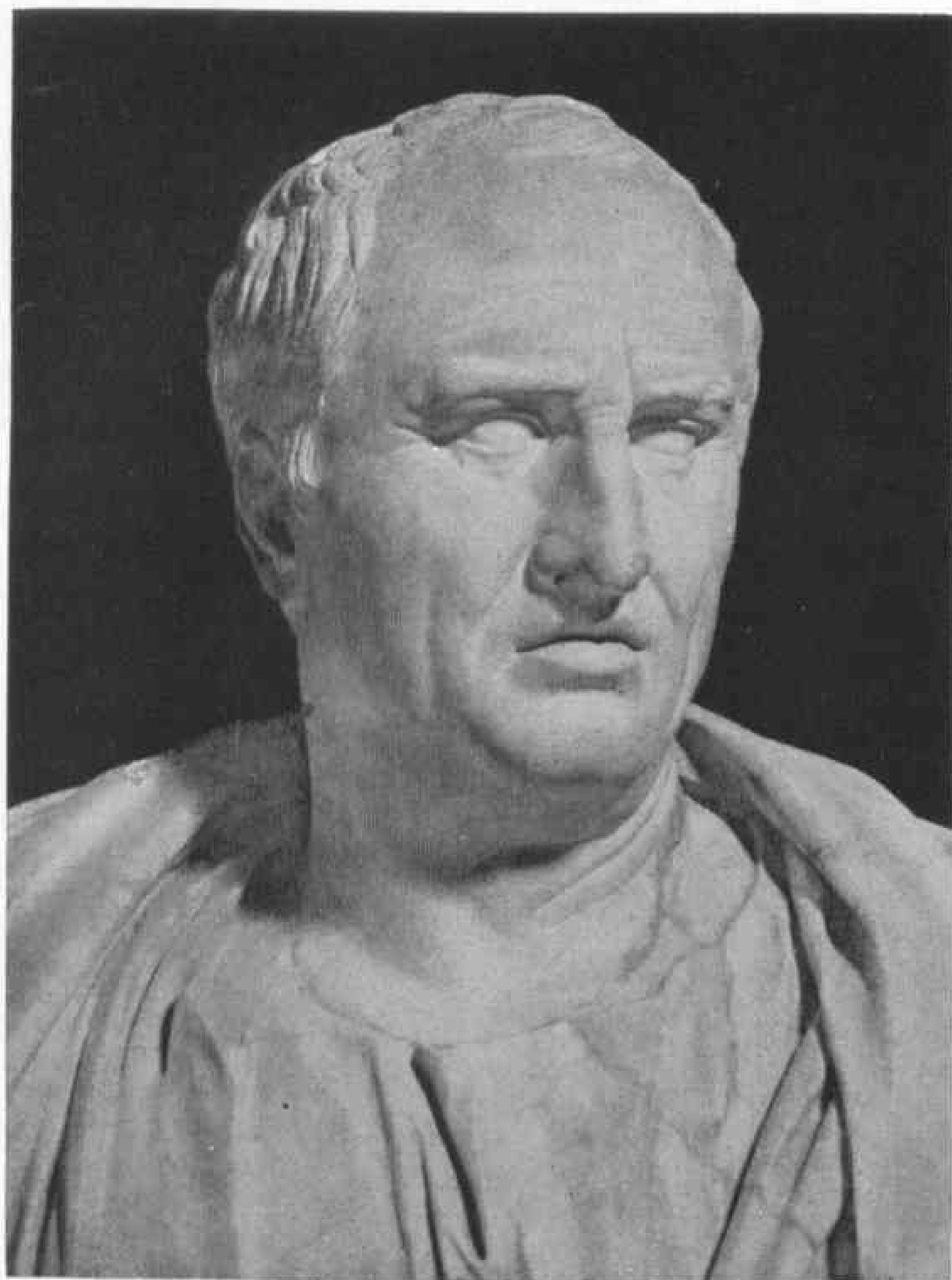


Cicerón pronunciando en el Senado una de sus Catilinarias.

22 JULIO CESAR

Agobiados por la vergüenza y los sufrimientos que debieron de causarles las revueltas y las dictaduras militares de Mario y Sila (que habían durado más de medio siglo), males todavía peores esperaban a los *padres* senadores. Conocían la conspiración que tramaba Catilina, un joven patricio arruinado que debía producir tumultos para acabar con lo poco de fortuna y poder que quedaba a los conservadores. Los conjurados habían preparado con todo detalle los incendios y homicidios que debían realizarse por toda Italia, pues la conspiración tenía ramificaciones desde el sur, en Calabria, hasta los Alpes. Se había incluso establecido una capital en Fessule, la actual Fiesole, junto a Florencia. Allí se habían acumulado las armas para repartir y las listas de los que debían sacrificarse, ya en sus haciendas, ya en sus personas. El año en que debía estallar la insurreción era cónsul el famoso abogado Marco Tulio Cicerón, que, cuando creyó tener la completa evidencia de lo que tramaba Catilina, pronunció en el Senado los discursos elocuentísimos que después publicó en el texto llamado las *Catilinarias,* que han quedado como modelos de elocuencia romana. Catilina se excusó con otro discurso en el que reconocía su derecho a la conspiración por haber sido tratado injustamente cuando las dictaduras. Hizo resaltar su carácter patricio de vieja estirpe romana comparándolo con el del cónsul, casi extranjero, por haber llegado de Arpinum, ciudad de frontera y sin antecesores que hubieran prestado servicios a la patria. Sin embargo, viendo la tempestad que amenazaba, marchó sin demora con algunos amigos a Fiesole, la capital improvisada de la conjuración. Allí formó un ejército de dos legiones. Con ellas hizo frente a las fuerzas del Senado y fue derrotado y muerto en la batalla de Pistoya.

Mientras tanto, Cicerón se daba prisa en



Cicerón.

ajusticiar a los conjurados que habían quedado en Roma; siete cabecillas fueron estrangulados en el tenebroso Tullianum, antro del tiempo de los reyes etruscos, al pie del Capitolio. La sumaria ejecución de los conspiradores no fue aprobada por unanimidad: en especial, César, que estaba entonces en Roma, y el opulento Craso protestaron en sendos discursos, lo que hizo creer que habían pensado aprovecharse del cambio que proyectaba Catilina.

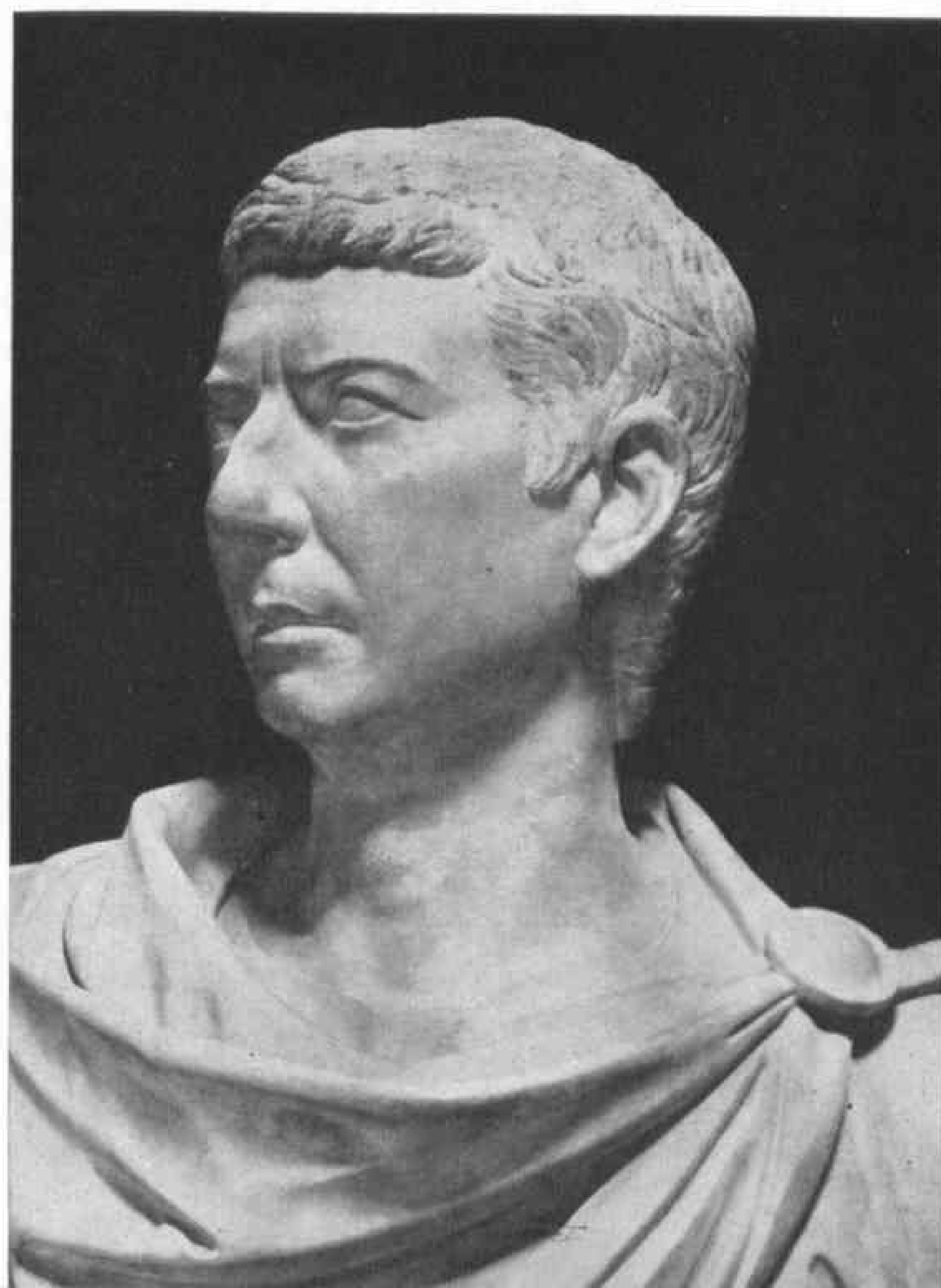
Ya hemos explicado cómo y por qué el Senado había tenido que ahogar la rebelión del rey del Ponto, un bárbaro ferozmente enemigo de Roma. Para combatir a Mitridates, rey del Ponto, el Senado empezó por enviar a Lúculo. Este obligó a Mitridates a rendirse y pagar una fuerte indemnización. Pero Mitridates reincidió en sus violencias y fue necesario enviar una segunda expedición con Pompeyo como general.

Pompeyo, el sucesor de Lúculo en Asia, era un aristócrata de limpia sangre, antiguo ayudante de Sila y ahora amigo de los demócratas. Las revoluciones, a la larga, crean grupos de intereses, y lo que ha empezado como un contraste de ideas, acaba por ser una lucha entre dos bandos opuestos, sin ninguna idealidad. Ya en este terreno no resulta tan deshonroso desertar de un sector de la opinión para alistarse en el de enfrente. En realidad, los programas de reforma significaban bien poco en Roma después de Sila; subsistían sólo dos vagos sentimientos contradictorios: el odio a la aristocracia degenerada, por parte del pueblo, y un respeto estúpido a la tradición por parte del Senado. En estas condiciones, un aristócrata de talento, como Pompeyo, puede pasarse al partido democrático sin grave escándalo de sus conciudadanos.

Pompeyo había actuado siempre como conservador, hasta que le convino congraciarse con los demócratas para conseguir el mando del ejército del Asia. Había combatido antes, en Africa, a los generales demócratas y acabó con Sertorio en España.

Se mostró también buen general persiguiendo piratas y destruyendo bandas de gladiadores, los cuales preferían morir en campo abierto antes que divertir al pueblo luchando en el circo.

Pompeyo el Magno.



En Asia, Pompeyo tuvo que actuar como político tanto o más que como general. Después de haber asestado el golpe final a Mitridates, estuvo todavía dos años en Oriente, confirmando poderes y modificando fronteras; especialmente en Siria y Palestina, que ya habían reconocido la autoridad romana. Se le llamó en Roma *rey de reyes*, porque actuó como un verdadero distribuidor de coronas en Oriente.

Pompeyo regresó a Italia con todo el oro y joyas de Mitridates. Su triunfal entrada en Roma duró tres días, deslumbrando al pueblo con tantas alhajas de oro y pedrería. El único que no debió de conmoverse mucho al contemplar el desfile sería el viejo Lúculo, que desde sus jardines de la colina del Pincio podía recordar con qué dificultades había asegurado este triunfo de que ahora se infatuaba Pompeyo.

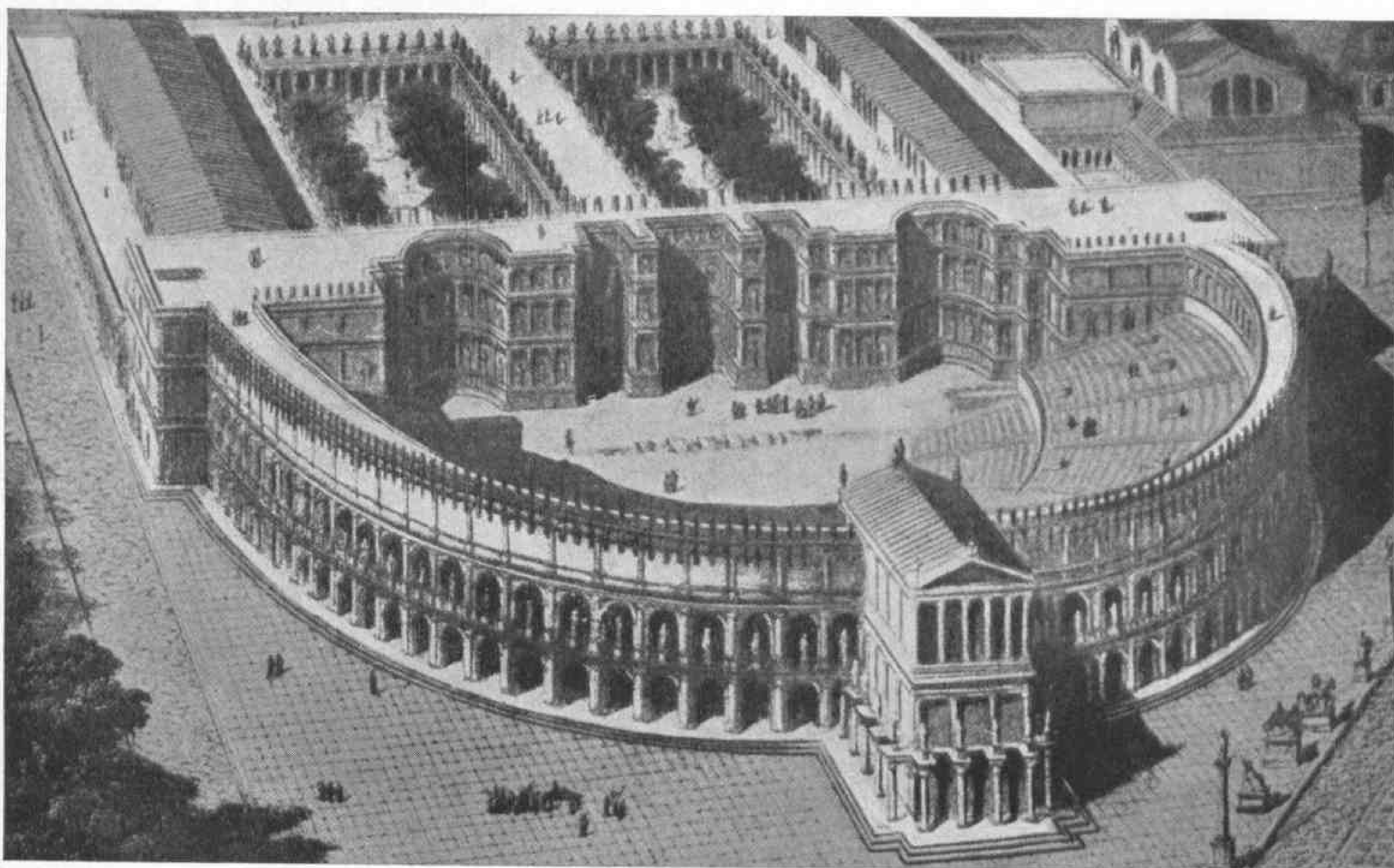
Sin embargo, lo que más le engrandeció a los ojos del pueblo romano fue ver que Pompeyo *el Magno*, como le llamaban, no mostraba pretensiones a la monarquía ni siquiera a la dictadura. Cuando se hallaba todavía en Oriente, se temía en la capital que a su regreso se convertiría en un nuevo Sila. Roma se había acostumbrado, con Mario y Sila, a ver como un general se servía del ejército para sus fines políticos; en cambio, Pompeyo procuró despojarse de sus honores y no ser más que un simple ciudadano. Se hizo construir una gran casa en el centro de la ciudad y además mandó levantar un vasto teatro para el pueblo, pórticos y una curia para las reuniones del Senado.

Pero Pompeyo había ido al Asia propuesto por el partido democrático, y durante su ausencia habían ocurrido graves sucesos, cuyas consecuencias duraban todavía. Era casi imposible para un hombre joven, y con el prestigio de Pompeyo, permanecer en la abstención como un segundo Lúculo. Por de pronto, el Senado había recobrado cierto vigor con el concurso eficaz de nuevos senadores. Uno de éstos era el joven Catón, aferrado aún a los viejos convencionalismos de la aristocracia romana, pero creyendo de buena fe que esta aseguraba la mejor manera de vivir dentro de los principios de la filosofía estoica, entonces de moda. Este segundo Catón es un verdadero caso de fe filosófica. Educado por su padre en el puro estoicismo, cuando vio que el porvenir sería fatal para él y todos los que creían en algo más que en la vida sin propósito moral, se suicidó. Marchó al Africa y allí pasó su última noche leyendo un diálogo de Platón, que creemos que sería el *Timeo*.



Panoplia de un legionario romano.

Por su parte, los demócratas contaban entonces con nuevos jefes. El más influyente era el ex conservador Craso, quien había hecho una fortuna enorme comprando los bienes de las víctimas de Sila y después prestando dinero a rédito. Otro era el sobrino de Mario, Cayo Julio César. Hombre de temperamento vigoroso y de un sentido político rarísimo, César estaba destinado por la Némesis de la Historia a ser el personaje más importante de la revolución romana y el fundador de la nueva dinastía



Vista interior del teatro de Pompeyo, con sus pórticos y curias posteriores para reuniones públicas.

que ya se había hecho inevitable. La familia de César, aunque arruinada, era una de las más ilustres de Roma. Huérfano de padre, César conservó siempre, en medio de su vida agitada, un gran afecto a su madre. Durante el terror de Sila, aquel sobrino de Mario escapó de las listas de proscripción, porque su juventud le hizo parecer inofensivo. Marchó después a Rodas, donde había una excelente escuela retórica, y tras varios años de estudio, acabó su educación viajando por Oriente. Es ya una revelación de la vitalidad y el optimismo de César la primera leyenda que inicia el repertorio de sus hazañas. En los viajes desde Rodas fue apresado por piratas; éstos exigían veinte talentos como rescate para concederle la libertad. César ofreció darles cincuenta. Los pidió a sus amigos, y éstos le enviaron el gran caudal que necesitaba. Pagó a los piratas y todavía armó unas galeras para combatir a aquellos mismos piratas que se mofaban del joven romano. Ahorcó a algunos, a otros los hizo vender como esclavos en Pérgamo y recobró así su rescate.

A su regreso a Roma, César se asoció con Craso, el opulento banquero, y ambos dirigieron a su arbitrio la política del Estado durante las ausencias de Pompeyo. Pero éste regresó también y el triunvirato se hizo inevitable. Empezaron con un reparto provisional de poderes sin autorización del Senado. Al banquero, que era el más influyente por su fortuna, se le concedió el gobierno de los países más allá del Eufrates. Craso pensaba repetir las conquistas de Alejandro. Era una posibilidad nada más, aunque muy honrosa. Pompeyo quedaría en Roma para poner orden y paz en la capital, en plena anarquía por las querellas de bandas de gladiadores que, como asesinos y ladrones, luchaban a muerte por las calles.

Por último, César, el más joven y recién llegado, debía contentarse con la gobernación de la Galia Cisalpina, o sea la región de Italia entre los Alpes y el Apenino, la del fertilísimo valle del Po, poblado de galos romanizados, pacíficos y buenos agricultores. Otro que no hubiera sido un ambicioso del empuje de César, se hubiera contentado con su parte, pero César soñaba siempre con algo más y acabó por conseguir el derecho de imponer su autoridad al otro lado de los Alpes, o sea en la Galia Transalpina. El nombre ya indica que allí, tras los montes, encontraría a los puros galos, de la misma raza que los de la Cisalpina, pero sin civilizar, mejor dicho, sin romanizar, con su religión y sus costumbres, divididos en tribus o naciones que, aunque desunidas, se podían coligar en caso de peligro y crear una oposición al conquistador romano. César tenía entonces cuarenta y dos años y estuvo diez más en Francia guerreando con los galos.

Los resultados de las campañas de César en la Galia fueron la conquista de una nueva provincia, casi en las puertas de Roma, y asegurar la frontera de Germania, para que no se repitiera la vergüenza de tener que temblar ante el amago de una invasión de teutones, como en los días de Mario. Pero todavía más importante resultado fue templar el carácter de César y hacer del aventurero jefe de partido un gran general y hombre de Estado. César comprendió que la atmósfera insana de la capital no convenía a un temperamento algo intelectual como el suyo, en cambio, en la Galia aprendió a guiarse más por el instinto, a resolver rápidamente y a no desmayar ante las dificultades y decidir bien las cosas. Estas son las cualidades que César hubo de manifestar en el resto de sus días, éste el bagaje que trajo de la Galia.

César había hecho amistad y aun contraído alianzas con algunos jefes de las tribus galas, a los que parecía fácil imponerse empleando el tacto y la urbanidad que manifestó toda su vida. Pero los galos tenían sus querellas, y algunas tribus se resentían de aquella civilización que venía a imponerles el romano. Así fue como algunas *naciones* galas que estaban junto a la Germania pidieron auxilio a los teutones y éstos cruzaron el Rin conducidos por un jefe llamado Ariovisto. César tuvo que rechazarlos para evitar que se desbordaran en masa sobre la Galia y hasta llegaran a invadir a Italia, como ya habían hecho otras veces. Para asegurarse de que el gran río



Estatua de César con traje militar.

quedara como frontera definitiva, César construyó un gran puente de troncos sobre pilotes junto a Bonn, donde el Rin es más vadeable, y edificó un formidable castillo-reducto con torres al otro lado, ya en Germania.

Otro peligro amenazaba por el norte. César había logrado ganarse la amistad de algunos de los jefes de las tribus galas de las costas frente a la Gran Bretaña. Allí había gentes de un tipo análogo a los celtas-galos de Francia, los llamados bretones, y se agitaban esperando auxilio de sus hermanos de raza del otro lado del canal.

César organizó una expedición con 80 buques y desembarcó, obligando a reconocer su fuerza a los isleños. Libre de aquellos peligros, César pudo continuar la organización de la Galia, construyendo caminos y fortificando los lugares estratégicos por todo el vasto país que se le había confiado.

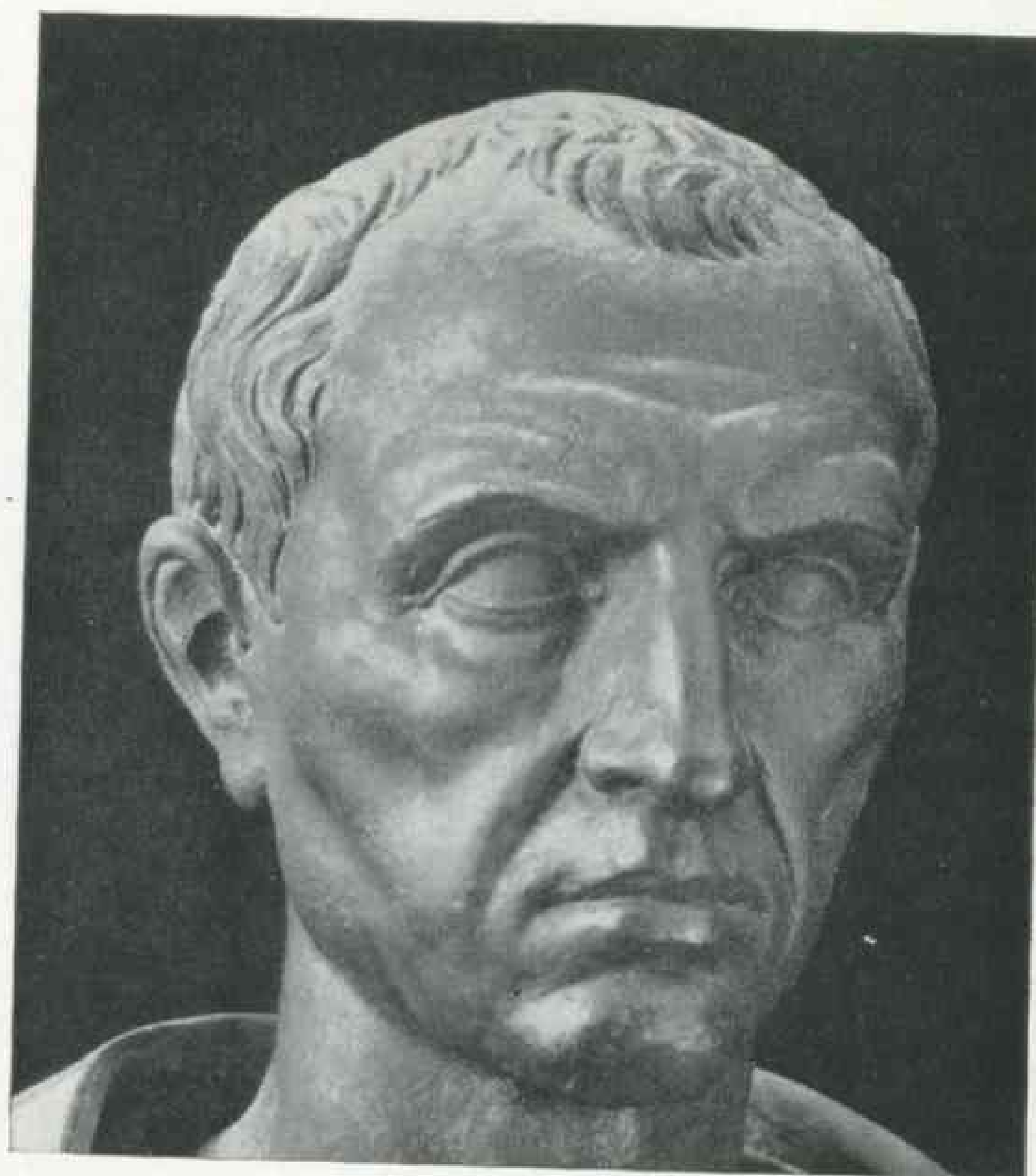
Las ciudades capitales de región fueron reforzadas con murallas y puertas, y la tierra distribuida por agrimensores en campos laborables asignados a los propietarios que parecían adictos a los romanos. César no organizó un sistema municipal diferente del que ya tenían los galos, no impuso la religión latina, toleró los *colegios* o comunidades religiosas de los druidas, que tenían carácter nacional o intertribal. No tenemos un exacto conocimiento de lo que era esta religión gala o celta, porque los druidas, que tenían escuelas donde enseñaban de memoria los cánticos y liturgias, sólo nos han dejado vestigios de sus textos sagrados, pocas inscripciones y menos aún monumentos y esculturas.

Pero había que pagar el impuesto, que César fijó anualmente en cincuenta millones de francos oro; había el servicio de prestación para construir y reparar obras públicas; había el de aprovisionamiento de las legiones, pues César nunca importó grano de Italia; había, sobre todo, el sentido de superioridad que el galo percibía en el



Hombre corriendo y bailarina. Estatuillas galorromanas en bronce. Museo de Orleáns.

romano. Si bien algunas tribus habían comprendido las ventajas que encontraban en la ocupación romana, otras estaban descontentas hasta el extremo y preparaban la rebelión. Esta se tramó en el hogar más firme de las costumbres celtas en el centro de las Galias. Era un centro dirigido por una comunidad de druidas y con un gobierno teocrático que tenía carácter monárquico. César había consentido en dar el título de rey a uno de los jefes arvernos, que parecía adicto a su persona. El hijo de aquél, Vercingetórix le acompañó como lugarteniente en su expedición a la Gran Bretaña. Pero en una refriega con motivo de la elección de su rey, los arvernos destrozaron un destacamento romano y, naturalmente, fueron castigados.



César en plena capacidad de acción, como escritor y general.

Decidido Vercingetórix a vengarse atacando o defendiéndose, lanzó el grito de guerra e invitó a todos los jefes de las tribus galas a que enviaran destacamentos de refuerzo al ejército que estaba preparando. Los contingentes se reunieron cerca de Orleáns y de allí, en marchas y contramarchas que acababan en verdaderas batallas, llegaron galos y romanos al lugar donde iba a decidirse la suerte final. Porque de haber salido derrotados los romanos, César perdía cuanto había logrado en siete años de campañas. Vercingetórix situó sus mesnadas en los declives del monte Auxois. En lo alto de la colina estaba el poblado de Alessia, que nadie se atrevió a molestar. Alrededor del montículo de Alessia, César construyó fortificaciones de tierra que envolvían completamente el ejército de Vercingetórix. El cerco duró varios meses y los galos contaban con los refuerzos pedidos a los jefes amigos, que llegaron al fin en abundancia. César calcula que los galos que acudieron para librar a los sitiados eran más de 200.000. La batalla final fue dirigida por César en persona desde un altozano. Cuando vio que había peligro inminente, vestido con traje consular y el manto de color de púrpura que permitía que le distinguieran de lejos, descendió de su atalaya y devolvió el ánimo a los suyos. Cuando Vercingetórix consideró perdida la partida, se aproximó a César y depuso a sus pies las armas y el casco. César hizo que le enviaran a Roma como prisionero, y allí el gran galo tuvo que esperar seis años para aparecer entre el botín del cortejo que debía acompañar a César en sus triunfos.

Los años de guerra habían fomentado el desarrollo de algunas industrias en la Galia Transalpina. Se fabricaba ya el jabón, que es hoy todavía el más excelente del mundo. Se hacían buenos trabajos en madera, tejidos y hasta algo de herrería. El comercio se valía de la navegación fluvial, y los mercaderes utilizaban carritos para vender y comprar. Algo del esfuerzo civilizador de César se conocía y admiraba en Roma. Los que regresaban después de haber servido como legionarios, se mostraban admirados de su prodigiosa actividad; cómo atendía a todos los detalles de las batallas en casos difíciles; cómo marchaba al frente del ejército, a pie, con la cabeza descubierta y raras veces aprovechándose de los incómodos vehículos de la intendencia mi-



El río Rubicón, límite de la región del mandato de Julio César, que el caudillo atravesó pronunciando, según es fama, las famosas palabras «Alea Iacta est».

litar. Sobre todo era causa de admiración que César dictara dos despachos a la vez a sus secretarios. Y aún más que escribiera sus memorias en el libro en que explicaba, como si fuera otro quien hablara, sus dificultades. Esta obra, *De Bello Gallico*, es un perfecto y perenne modelo de estilo conciso, casi nos atreveríamos a decir que de elocuencia militar insuperable.

Las noticias y los escritos procuraban en Roma una curiosidad mezclada de terror. ¿Qué haría César, vencedor, al regresar a la capital? Por esto cundió pánico al saber que había pasado la línea de demarcación de su frontera y estaba camino de Roma. Pompeyo, a quien tocaba defenderla, y todos los senadores de su partido, huyeron en tropel hacia la costa. Allí se rehicieron y pasaron a Apolonia, en el Epiro, donde comenzaba la Vía Egnacia. Establecieron el campamento del ejército pompeyano en el lugar llamado Farsalia. Vivieron varios meses como grandes señores en tiendas magníficas, agasajándose con lujosos banquetes. Por fin, César se enfrentó con ellos y se trabó en Farsalia la gran batalla que deshizo a los conservadores. Los que no murieron en la acción se desbandaron por Grecia y Asia. En realidad no tenían plan ni jefe: Pompeyo con sus familiares y algunos adictos se embarcaron para encontrar refugio en Egipto. Al llegar con una gran embarcación delante de Alejandría, los egipcios, pretextando que no había fondo para un buque de aquel calado, invitaron a Pompeyo a que bajara a la de ellos. Allí, a la vista de los familiares y amigos, lo asesinaron traidoramente. Cuando algunos meses después llegó César a Alejandría, le presentaron la cabeza de Pompeyo, que no quiso ni mirar.

En el palacio real de Alejandría, César encontró a Cleopatra, la última de los Tolomeos. Era joven, rubia, de ojos azules, con nariz algo torcida, pero muy aguda en el hablar. Cleopatra se prendó de César, en quien vio un hombre de talla incomparablemente superior a los degenerados mace-

donios con quienes se habían propuesto casarla. Según la antigua tradición, César aceptó el amor de Cleopatra y vivió con ella en Egipto una larga luna de miel; Cleopatra le dio un hijo, al que llamaron Cesarión. Está representado como ya mayor en un relieve del templo de Déndera. Tuvo vida efímera, pero fue el último faraón.

César tuvo que regresar a Roma porque los conservadores repatriados de la dispersión que siguió a Farsalia estaban preparando la restauración del antiguo régimen republicano, anacrónico, incompatible con el poder absoluto que exigían los tiempos. César tuvo que combatir a los republicanos en Africa, que habían encontrado auxilio en Juba, monarca de la Mauritania, y en España, donde se habían levantado los hijos de Pompeyo. Juba y sus aliados romanos fueron deshechos por César en Tapsos, y los pompeyanos en Munda, que es hoy acaso Osuna. Se encontró, por fin, en Roma como dictador de un imperio indisputado del Atlántico hasta el Eufrates. Pudo dedicarse a la reconstrucción del gobierno. No sabemos si en verdad quería coronarse rey, pero con la excusa de impedirlo lo asesinaron cuando iba a pronunciar un discurso explicando acaso sus proyectos en el aula del Senado construida por Pompeyo. Allí, al pie de la estatua del que había sido su colega en el triunvirato, cayó muerto de treinta puñaladas que le asestaron los conjurados. Ocurría esto el 44 antes de nuestra Era, y César tenía entonces cincuenta y seis años.



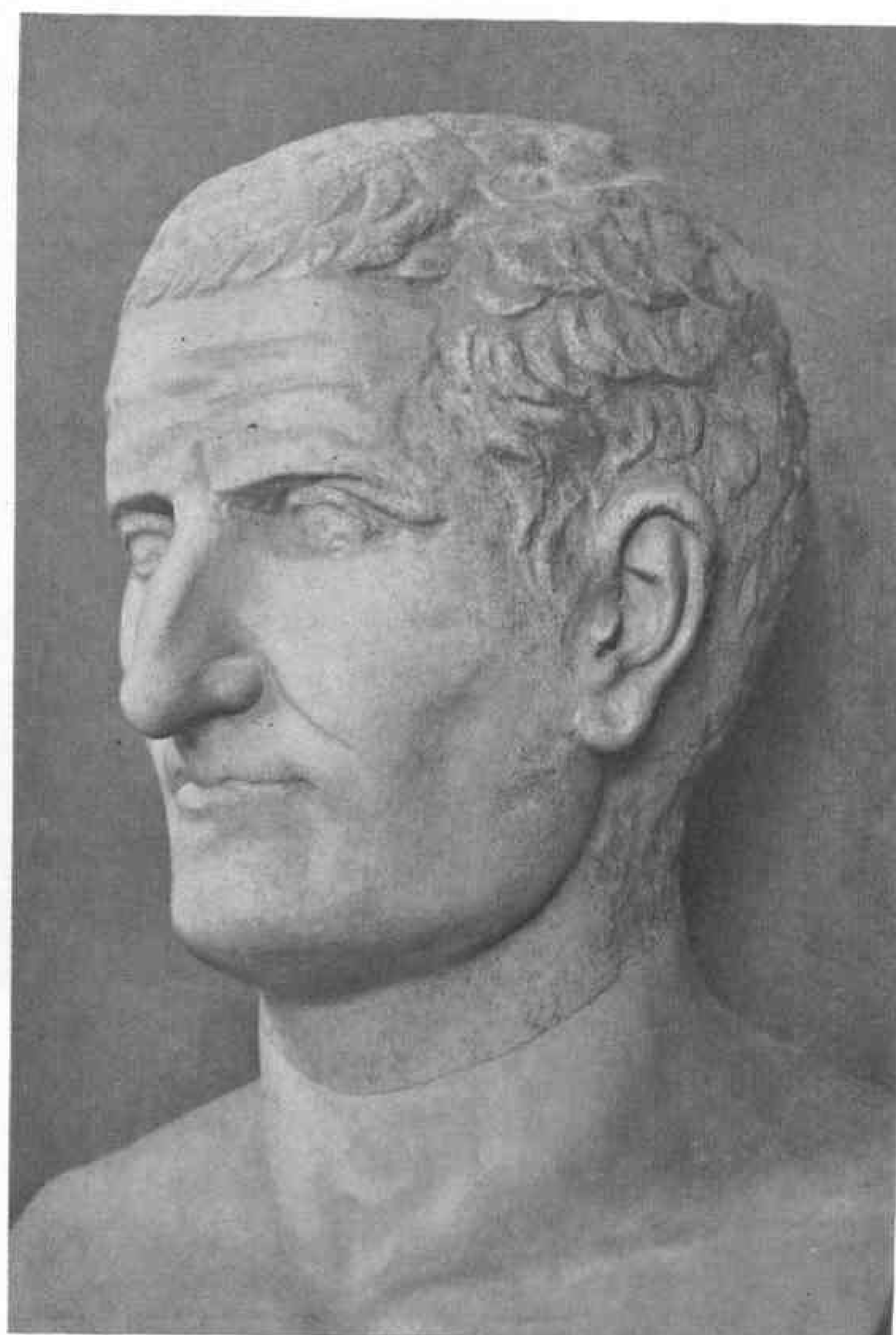
Cabeza de Cleopatra del Museo Británico.

Exterior de la curia de Pompeyo, donde fue asesinado César.



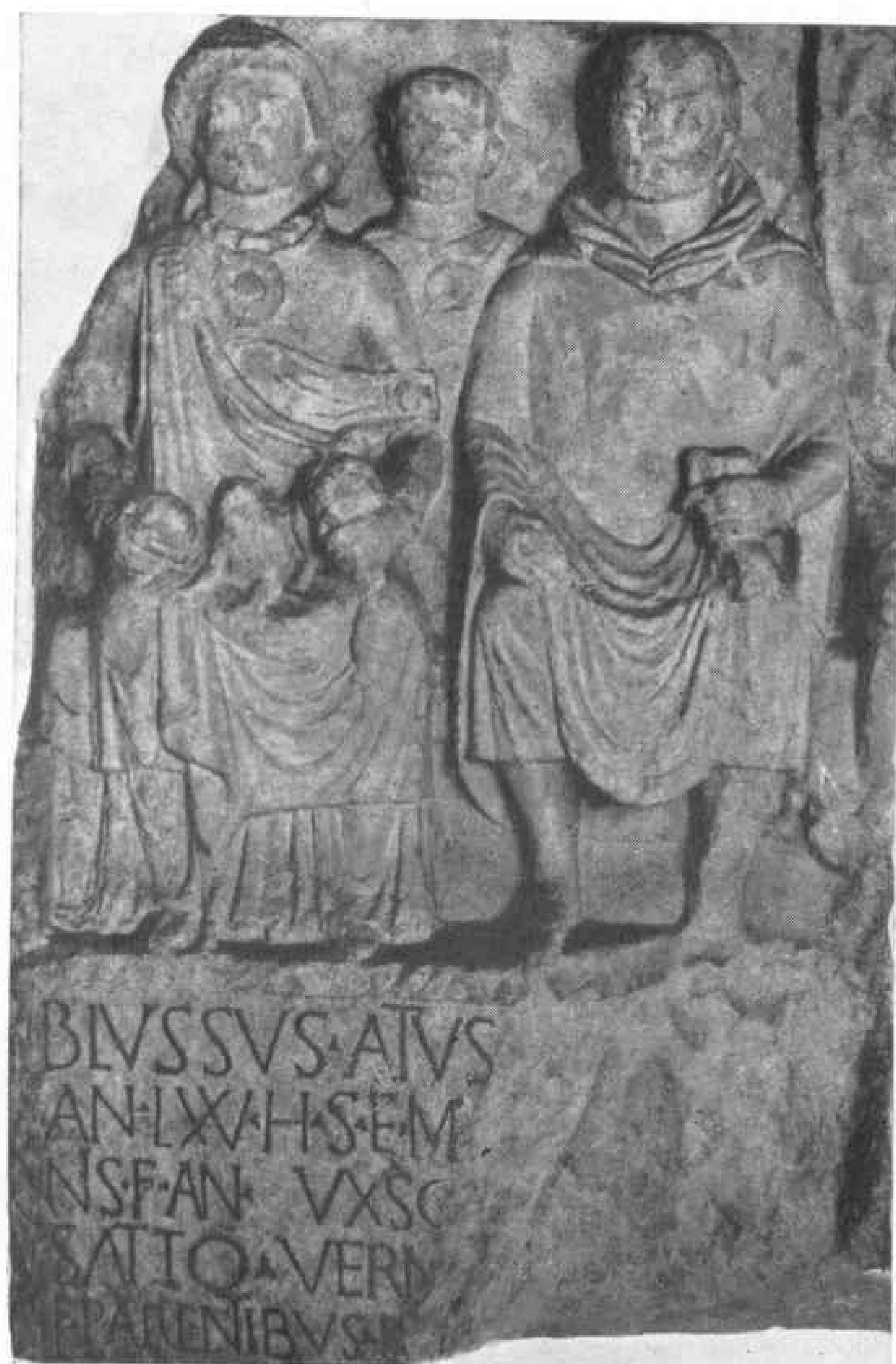
Quién sabe lo que el dictador, ya sin trabas, hubiera propuesto como nuevo régimen. En los dos años en que actuó como dictador, se manifestó extremadamente liberal. Dio franquicias a todos los que practicaban oficios. Protegió a los artistas: Catulo, el más excelente poeta lírico de la época fue su mejor amigo. El teatro continuó la imitación de la comedia alejandrina; los antiguos mimos casi podían ser considerados como actores.

Pero, sobre todo, lo que más gloria puede todavía dar a César fue la reforma del



Supuesto retrato de Lucrecio.

Epitafio de un naviero que con sus barcazas en los ríos se había hecho rico, junto a su esposa e hijos.



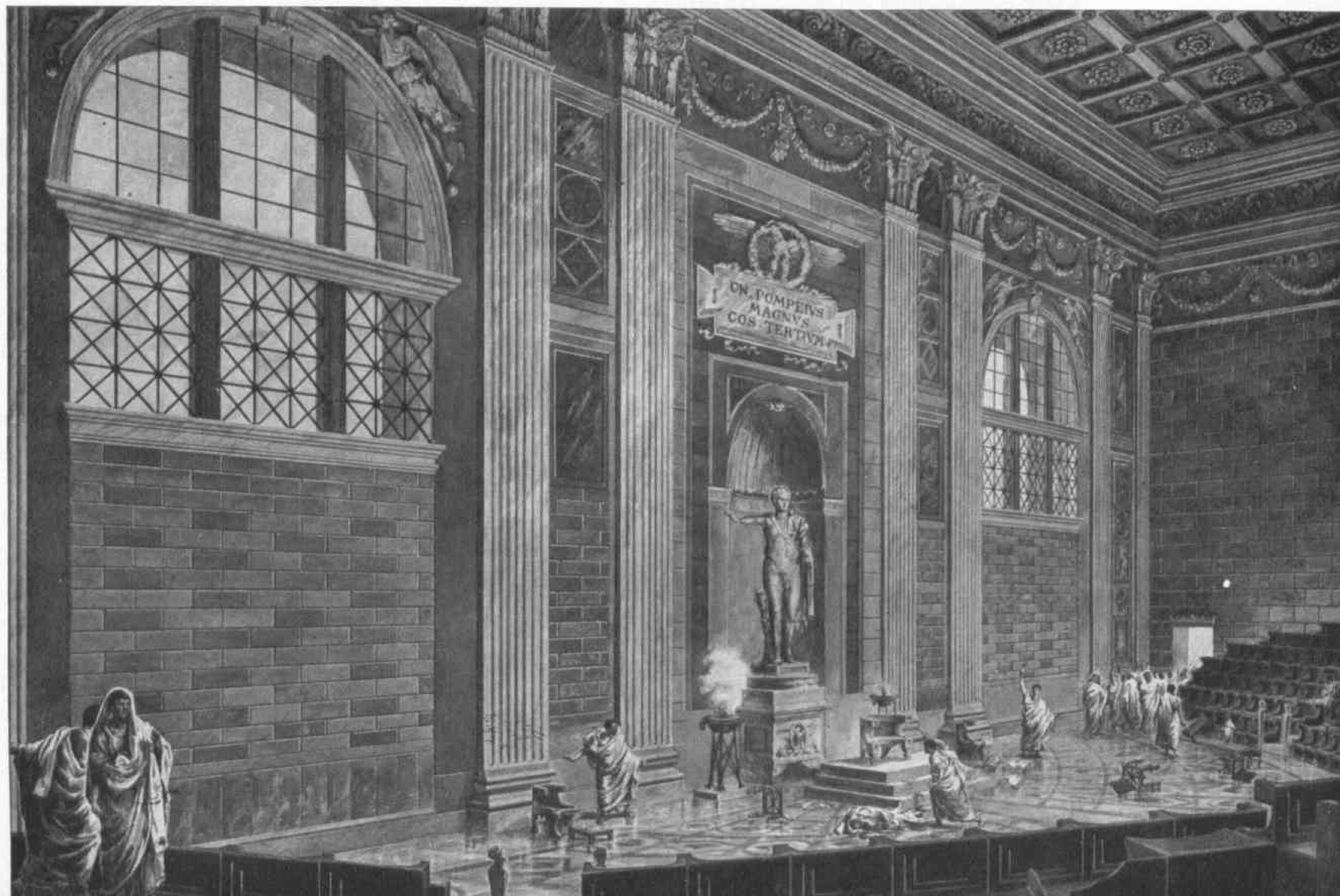
calendario. Los antiguos romanos dividían el año en doce meses lunares de 29 ó 31 días, lo que daba un total de 354 días, y como el año solar es de 365, cada año había una pérdida de diez o doce días, de modo que cada dos años había que intercalar un mes de 22 ó 23 días. Para remediar esta anomalía, César llamó a un gran astrónomo de Alejandría, Sosígenes, y se estableció un calendario casi como el actual, con 365 días, añadiendo uno más *(bisextilis)* cada cuatro años, de donde derivó el nombre de año *bisiesto*.

En las letras hemos de mencionar a Lucrecio. Escritor solitario, cuyo nombre apenas vemos citado entre los escritores clásicos, estaba entonces componiendo un poema sobre la *Naturaleza de las cosas*. Todo lo que sabemos de su vida casi puede resumirse en estas palabras de San Jeróni-

mo: «Tito Lucrecio, el poeta, nació el 95 a. de Cristo (cinco años después de César); más tarde se volvió loco, por haber bebido un licor excitante, y escribió en los intervalos de lucidez que le dejaban sus ataques. Lucrecio se suicidó a la edad de cuarenta y cuatro años y Cicerón corrigió y publicó su poema.» De este párrafo parece desprenderse que Lucrecio padecía de epilepsia rotatoria y que, en una crisis de furor, debió de matarse, acaso sin quererlo. Su poema refleja a veces una melancolía, mejor dicho, misantropía, algo patológica: «Nada hay más dulce que ponerse en un lugar elevado y, con el corazón lleno de fe en las doctrinas de los filósofos, desde allí contemplar a las gentes de las calles buscando los caminos de la vida, ver las disputas de los que no piensan igual, las rivalidades de los que nacieron en diversas clases sociales, esforzándose día y noche para llegar al máximo de poder y riquezas...»

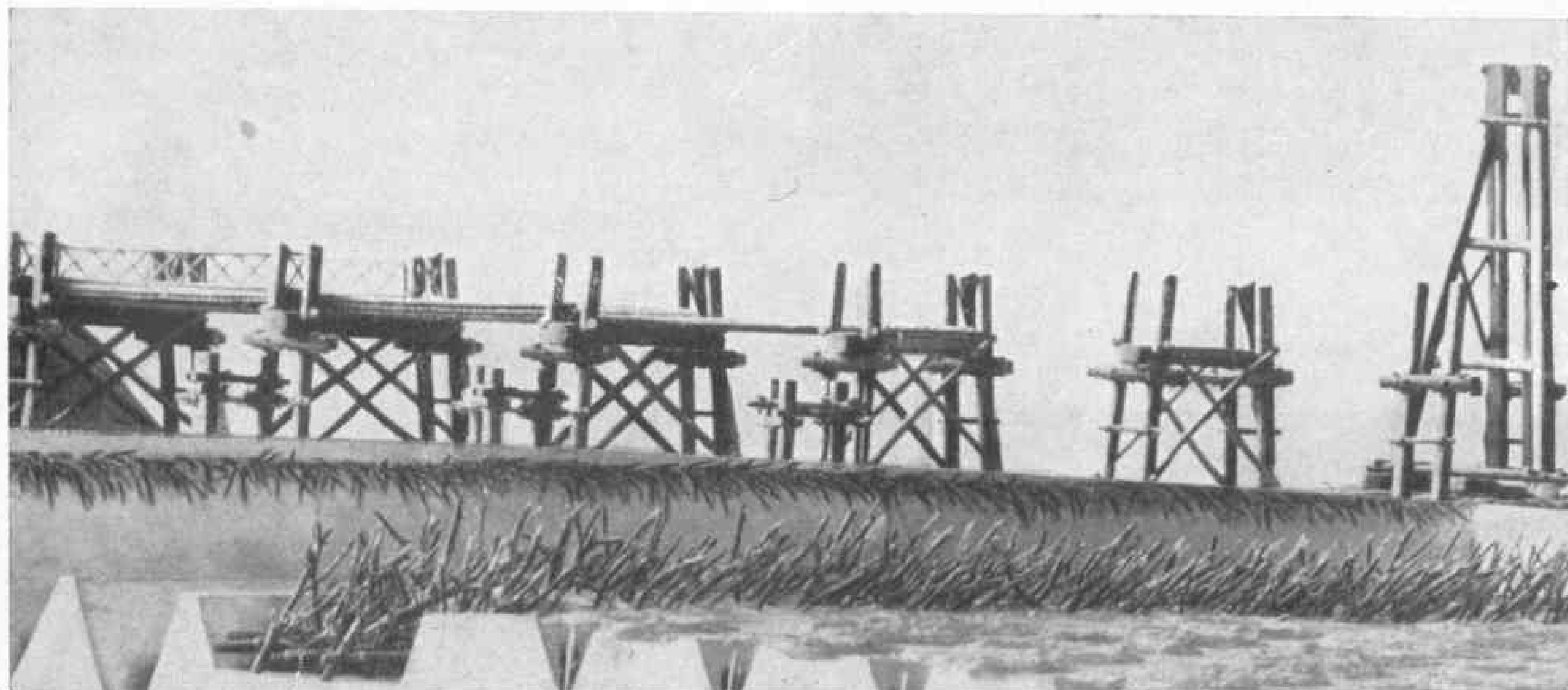
Acaso desde lo alto de uno de los edificios de varios pisos de Roma, albergado sencillamente, Lucrecio podía oír los clamores del populacho en las horas que precedían o seguían a sus crisis nerviosas. No es extraño, pues, que hable a veces del *tedium vitae,* el fastidio del vivir, especialmente para los que no tienen la consolación de la filosofía. Describe así el incesante agitarse del hombre vulgar: «Sale de su casa, buscando algo que le distraiga, para volver pronto a ella sin haber hallado nada mejor. Marcha al campo desesperado, como si la ciudad estuviera ardiendo, y en cuanto llega a su hacienda empieza a bostezar, y tan pronto ha cruzado el lindero se pone a dormir para librarse de su aburrimiento. Vuelve en seguida a la ciudad, huyendo de sí mismo, sin conocer la causa de su mal. Si la conociera, lo dejaría todo para procurar su remedio y entender la naturaleza de las cosas primeramente *(naturam primum studeat cognoscere rerum)...»*

Interior de la curia de Pompeyo el día de la muerte de César (marzo del año 44 antes de J. C.).

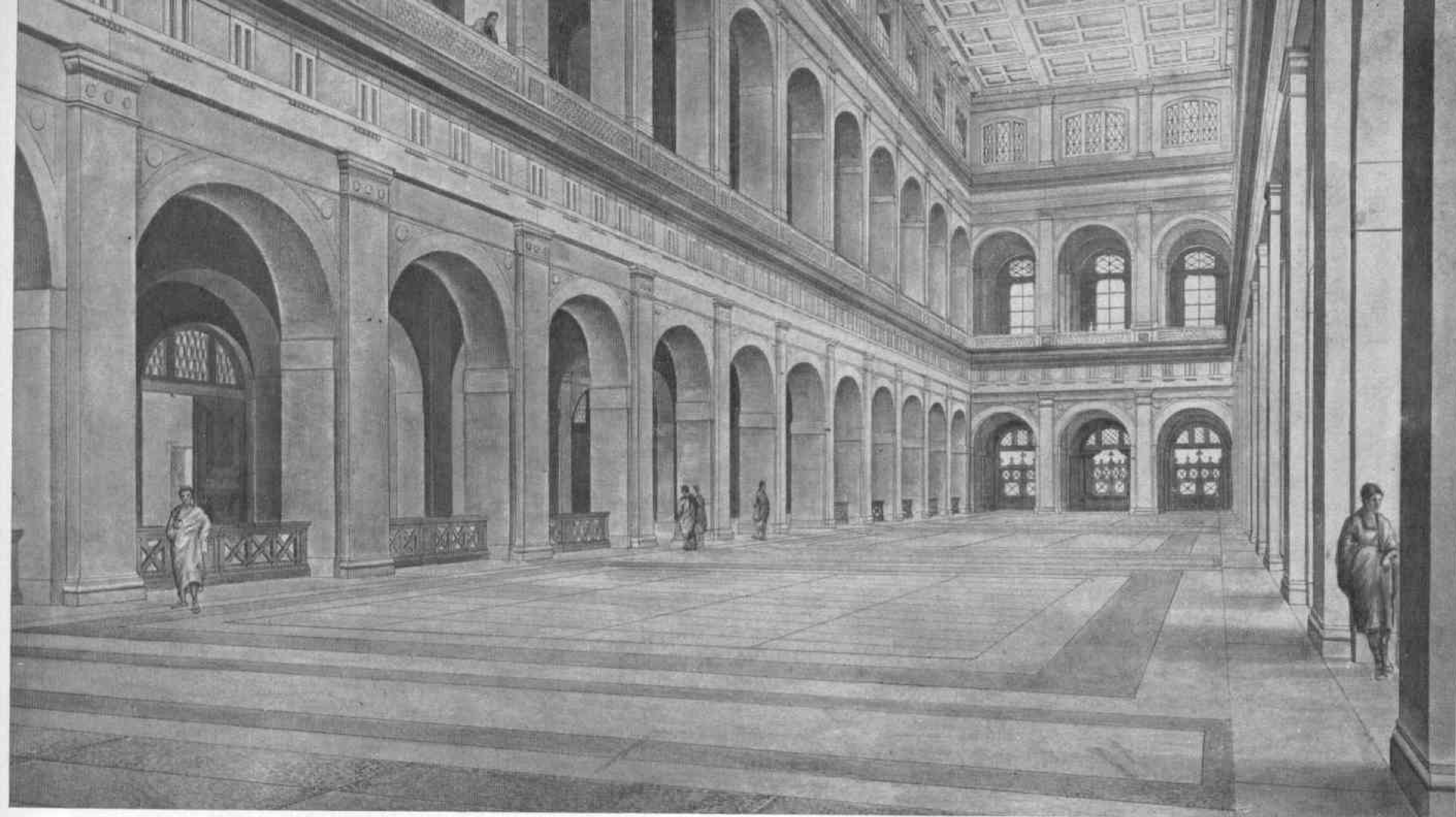


Lucrecio habla con un calor, un ímpetu ardiente que no parece romano. Lo dice, además, en largos, rotundos y majestuosos versos, llenos de descripciones, paréntesis y episodios intercalados, que compensan de todo lo que pueda haber de didáctico en su épica. Siente por las gentes gran piedad. Como buen discípulo de Epicuro, le duele ver como los hombres corren de un lado a otro arrastrando la carga de la superstición. Su ideal es la *Voluptas* de su escuela, pero recordemos que ésta se hallaba basada en la paz del conocimiento. Lucrecio pelea con los falsos dioses y por arma tiene únicamente su verso latino, que quiere sea lo más claro posible:

«Sé que mi asunto es obscuro, pero la esperanza y el amor a las Musas llenan mi corazón. Ellas me inspiran y me enseñan caminos que nunca siguieron otros poetas. Me acerco con alegría a beber en nuevas fuentes. Gozo cortando flores frescas y espero para mi cabeza una corona que nadie ha llevado todavía... Y porque enseño grandes cosas y pretendo libertar la mente de los humanos de las cadenas de la superstición, tengo que poner mis difíciles conceptos en verso transparente. Busco la gracia de las Musas para mis escritos porque temo que, quienes los lean, se aparten asustados de un asunto como el mío; quiero retenerlos con mis versos para que puedan admirar la naturaleza del Universo y comprender cómo está hecho y se mueve todo.»



Puente sobre el Rin, construido por César.



Interior de la Basílica Julia, cuya construcción empezó Julio César y acabó en honor suyo su sobrino Octavio.

23 AUGUSTO

El día que César fue asesinado, su sobrino Octavio, después llamado Augusto, no había cumplido aún diecinueve años. Hallábase entonces en Apolonia, pequeña ciudad universitaria del Adriático que no tenía precisamente reputación de centro de alta cultura. Es probable que el móvil que había llevado a Octavio y otros jóvenes romanos a Apolonia no fuese sino el deseo de perfeccionarse en la pronunciación del griego, que ya habían empezado a aprender en Roma. Los antiguos mencionan a varios maestros de Augusto: todos son griegos. El filósofo pedagogo ya no era un lujo en Roma, como en los tiempos de Escipión, y como Octavio tenía fortuna personal, heredada de su abuelo, que había sido usurero rural en Veletri, podía muy bien mantener a sueldo en Roma varios maestros.

De todos modos, poco tiempo le quedaría para aprender. Octavio había acompañado a su tío en las guerras de España y Cartago, acorralando a los pompeyanos, y en Apolonia, donde estaban acuarteladas varias legiones, dispuestas para la gran expedición que César preparaba contra el Asia, tampoco encontraría Octavio la paz indispensable para la meditación filosófica, que constituía y constituye aún la verdadera educación. De esto Augusto hubo de resentirse toda la vida, y es lo que más le distingue de Alejandro. Augusto carece del romántico encanto del discípulo de Aristóteles, y no sólo porque sea de otra raza, sino porque Alejandro se siente siempre arrastrado por fuerzas espirituales, mientras que Augusto maneja los negocios como un hombre sincero, de talento claro, pero sin ima-

Augusto joven.

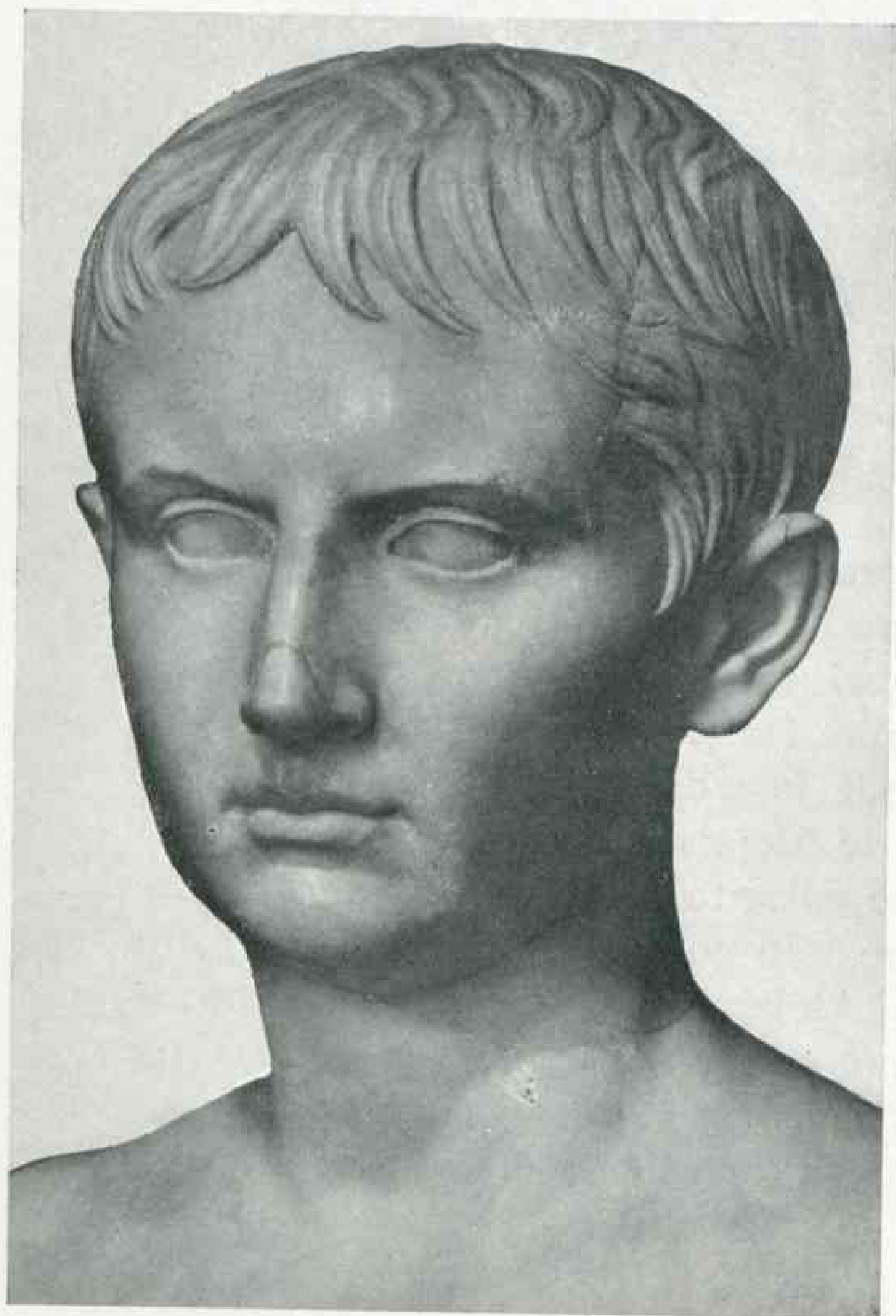


ginación. En esto César es también superior a Augusto y más parecido a Alejandro; no hay duda que César debió de aprender en las escuelas de Rodas, en los años en que las frecuentó, el desprecio para las cosas pequeñas y la facultad de planear en grande, que sólo se obtienen con una disciplina metafísica y una vida interior.

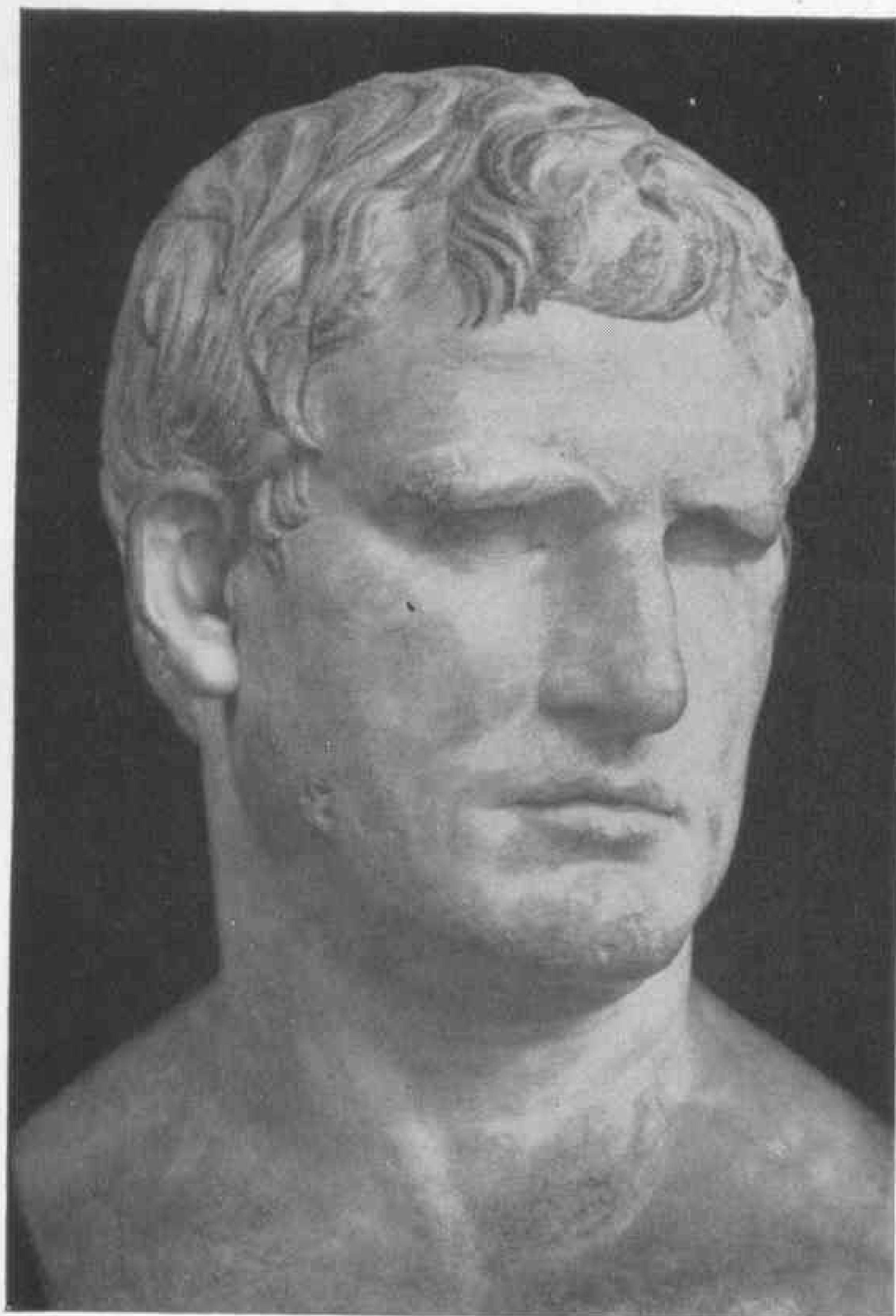
Al llegar a sus manos la carta de su madre, en que le anunciaba el asesinato de César, Octavio tomó la resolución de partir para Italia. Le acompañaron algunos camaradas de escuela, sobre todo Agripa y Mecenas, que en adelante estuvieron asociados a sus empresas. Al llegar a Roma se encontró con que un general de César, llamado Antonio, se había erigido en vengador. Contaba Antonio con un ejército y, siendo como era cónsul, dominaba la situación. Los asesinos de César se habían dispersado, faltos de fuerza para restaurar la república aristocrática, que tal era el propósito aparente de la conjura y la muerte del dictador.

Sorprende la habilidad con que el joven Octavio supo actuar en aquellos momentos difíciles. Comprendió que él, sobrino e hijo adoptivo de César, no podía esconderse como un simple ciudadano, ni tan sólo permanecer neutral.

Octavio vendió todos sus bienes y aun pidió prestado para pagar al pueblo los legados de César y contratar soldados, que afluían a él en masa. Los veteranos reconocían en Octavio al hijo del dictador, porque les pagaba mejores sueldos que Antonio; éste ha sido clásicamente descrito como un hombre que no cree que la disciplina pueda basarse más que en la obedien-



Busto de Octavio adolescente, encontrado en Ostia.



Agripa.

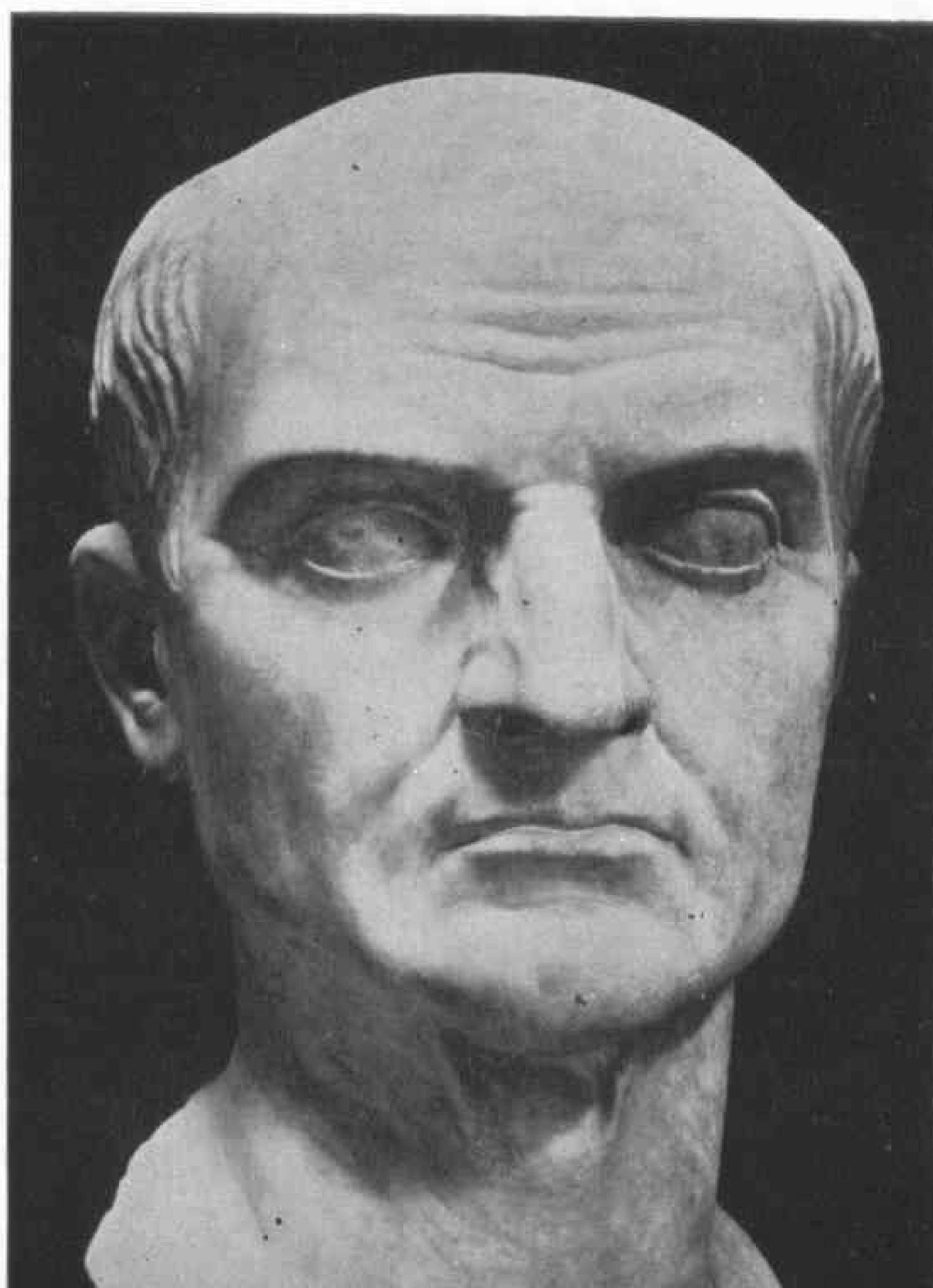
cia ciega y los castigos. Hoy se tiende a rehabilitar a Antonio, suponiéndole capaz de anticiparse a pensar en la división del Imperio romano, separando las provincias orientales y creando una segunda capital en Alejandría, con Cleopatra como reina y él como príncipe consorte, pero el asunto sigue presentando aspectos de melodrama. Lo positivo es que Octavio, después de haber aparentado, primero, que estaba al lado del Senado, y más tarde al lado de Antonio, al cabo de catorce meses se desembarazó de ambos y se encontró a la cabeza del Estado, con la tremenda responsabilidad de reorganizar el mundo antiguo, descompuesto por guerras civiles, revoluciones y odios seculares.

Entonces fue cuando, según Dión Casio, hubo de celebrarse la conferencia de Octavio con Agripa y Mecenas, para aconsejarse con éstos sobre lo que debía hacer, si mantenerse en el poder o retirarse, para que pudiera surgir espontáneamente el gobierno que necesitaba la República. Los tres camaradas de Apolonia eran de la misma edad, algo más de treinta años. Mecenas era noble y de gustos refinados; Agripa, plebeyo, era sobre todo un soldado leal, generoso, bravo y tenaz como ninguno.

Las razones que tuvo Agripa para aconsejar a Octavio que abandonara el poder son las siguientes: «Hemos luchado en nombre de la libertad; si no nos retiramos ahora, creerán que la fortuna nos ha hecho perder la cabeza. No sólo no haremos felices a nuestros conciudadanos, sino que nos haremos infelices a nosotros mismos... Ya ves en qué lamentable situación se hallan los asuntos de la ciudad, y los de nuestras provincias y aliados. ¿Dónde encontraremos el dinero necesario para pagar a los soldados y restablecer el orden?... Hay muchas cuentas antiguas por saldar y tendremos que castigar a muchos senadores que nos han hecho todo el daño posible. Finalmente, tu salud, Octavio, es precaria; el que gobierna tiene que pasar por infinitas penas, temores, trabajos y alegrías... oírlo y verlo todo y a todas horas...»

Mecenas, en cambio, aconsejó conservar

Mecenas.





Casa de Augusto y Livia en el Palatino. Roma.

el poder por el bien del Estado: «Dar la autoridad al populacho es lo mismo que entregar un cuchillo a un niño o a un loco. La cacareada libertad conduce a la esclavitud de los mejores. No pienses tampoco que te aconseje oprimir al pueblo ni al Senado. Ni yo me atrevería a proponerlo ni tú a ejecutarlo. Pero será mejor para ti y para el Estado que tú mismo propongas las reformas con el consejo de los más dignos, y que tú, con ellos, prepares el gobierno y los demás obedezcan. Por fin, será bueno que tú y tu consejo nombréis los oficiales de la administración y determinéis sus honores y castigos. Así las guerras serán justas y no por disputas civiles. Roma es como un buque que lleva a bordo gentes de todas las razas, y ha navegado sin piloto y sin lastre durante muchos años. Sus tablas están podridas y no resistirá otro temporal. Los cielos se han apiadado de nosotros y te han puesto a ti como capitán y jefe. No hagas traición a tu patria; si le eres fiel, vivirá todavía una nueva era.»

Mecenas no sólo discurrió así, en tono elevado, sino que descendió a proponer detalles de la nueva organización, que fueron en su mayoría aceptados por Octavio. Mecenas y Agripa, los dos fieles ministros de Augusto, le ayudaron, no sólo en la obra de restaurar la administración, sino que además dieron prestigio a su amigo y señor con iniciativas artísticas y científicas: éstas han contribuido a dar al gobierno de Augusto un resplandor parecido al de Pericles en Atenas. Hablamos hoy de un siglo de Augusto, de una época de Augusto, como de un período de alta civilización. Agripa se preocupó más de los conocimientos geográficos. Hizo componer un mapa del Imperio, para el que construyó un elegante pórtico en cuyos muros pudiera grabarse. Abrió numerosas vías de comunicación y levantó acueductos. La famosa *Agua Virgen*, que es la más excelente de todas las que todavía fluyen a Roma, fue canalizada hasta la ciudad por Agripa. Construyó en Roma unos baños o termas de los que subsiste todavía, más o menos modificada, la sala central, con el nombre de Panteón de Agripa.

Mecenas se distinguió, en cambio, protegiendo a escritores y artistas. Los nombres de Virgilio, Horacio y Propercio han quedado asociados al de Mecenas, que en todas las lenguas es sinónimo de protector y amigo del arte. Tenía una magnífica residencia en el Esquilino, y una esposa, Terencia, agradable y hermosa, con la que

Augusto se complacía en conversar. Horacio llama a Mecenas *refugio y decoro mío.*

Otra persona cuyo nombre podríamos poner entre el de los colaboradores de Augusto es su esposa Livia, a quien los historiadores antiguos acusan de haber intervenido con sus consejos, y hasta con la acción, en los negocios del Estado. Augusto había contraído su primer matrimonio con una viuda de más edad que él, llamada Escribonia, y de ésta tuvo su única hija, Julia. Pero hacia los veinticinco años hubo de experimentar un amor furioso por Livia, la cual estaba casada, tenía ya un hijo y esperaba otro, dentro de pocos meses, de su legítimo esposo Tiberio Nerón. El divorcio y el matrimonio se llevaron a cabo con pleno consentimiento de las partes interesadas. Tiberio Nerón, hombre ya entrado en años, fue padrino de boda y cedió su joven esposa a Augusto. Al nacer el niño que esperaba Livia, fue mandado a su padre, que consigo tenía ya al hijo mayor. Ambos muchachos, al quedar huérfanos, fueron adoptados por Augusto; el mayor, llamado Tiberio, sucedió a Augusto en sus cargos; el otro, el predilecto, es Druso, que murió como digno romano en un campamento de Germania.

Así la familia se componía de Augusto y Livia; de la hija de Augusto con Escribonia, llamada Julia, y de los hijos que tuvo Livia de Tiberio Nerón. Augusto casi obligó a Julia a casarse con Agripa, y de esta unión nacieron dos niños que eran adorados por su abuelo. Tiberio casó con Agripina, hija de Agripa y de su primera esposa. Druso unióse con la hija de Antonio, que Augusto había adoptado después del trágico fin de Antonio y Cleopatra.

La unión de Augusto y Livia no fue fecunda; pero, a pesar de esto, Livia, que era muy hermosa, consiguió gran ascendiente sobre su marido. Es natural que Augusto, enfermizo y de vejez prematura, agradeciera la fidelidad y los solícitos cuidados de su consorte, pero además Livia representaba la vieja tradición patricia en su mejor aspecto y esto debía de fascinar a un hombre como Augusto. Perteneciente a la ilustre familia de los Claudios, bisnieta por parte de padre y madre de Appio Claudio *el Ciego,* Livia llevaba en la sangre la voluntad y el espíritu del viejo censor. Es fama que, para dar ejemplo, Livia tejía la lana con las mujeres de su casa mientras Augusto educaba a Tiberio y Druso en otro ángulo de la modesta mansión que la familia ocupaba en el Palatino.

Es muy probable, pues, que Livia fuese la inspiradora de las medidas con que Au-

Panteón de Roma, construido por Agripa.



gusto trató de resucitar la antigua moral republicana. Los castigos contra el libertinaje y el adulterio, las multas a los solteros y a los matrimonios sin hijos figuran entre lo más importante de la legislación romana en la época de Augusto; la *lex Julia, de maritandis,* de Augusto, otorgaba no pocos derechos a los que tenían hijos e imponía restricciones civiles a los que se negaban a formar una familia, dando facilidades para concertar casamiento aun contra la voluntad de los padres.


Paralela a la ley *de maritandis,* Augusto promulgó una *lex Julia, de coercendis adulteriis.* Esta ley tendía a restaurar costumbres bárbaras, patriarcales, completamente anacrónicas. El marido tenía derecho a matar al amante de su esposa, y aun a la esposa, sorprendidos *in fraganti* en la propia casa. Si el esposo, o el padre, renunciaban a este derecho, al cabo de sesenta días cualquier ciudadano romano extraño a la familia podía acusar a los adúlteros, y las penas impuestas por la ley eran destierro, confiscación de bienes e imposibilidad de contraer nuevo matrimonio. Las culpas por *lenocinium* y *stuprum,* y las mil maneras de encubrirlas, eran castigadas duramente.

El propósito era bueno; así lo debía de creer Augusto, y Livia, hilando la lana, también pensaría que, con unos cuantos años de esta disciplina moral, Roma volvería a tener hombres del temple de Appio Claudio, Escipión Africano y el viejo Catón. Mal van las cosas, sin embargo, cuando estos hombres tienen que formarse con leyes. Pero obsérvese que la ley cargaba sobre los que tenían algo que perder: riquezas, derechos, honores... Y además, si el hombre tenía, por la *lex Julia, de adulteriis,* facultad de castigar a la esposa infiel, en cambio, las mujeres no tenían ningún derecho sobre los hombres, y éstos eran, al menos, tan culpables como ellas.

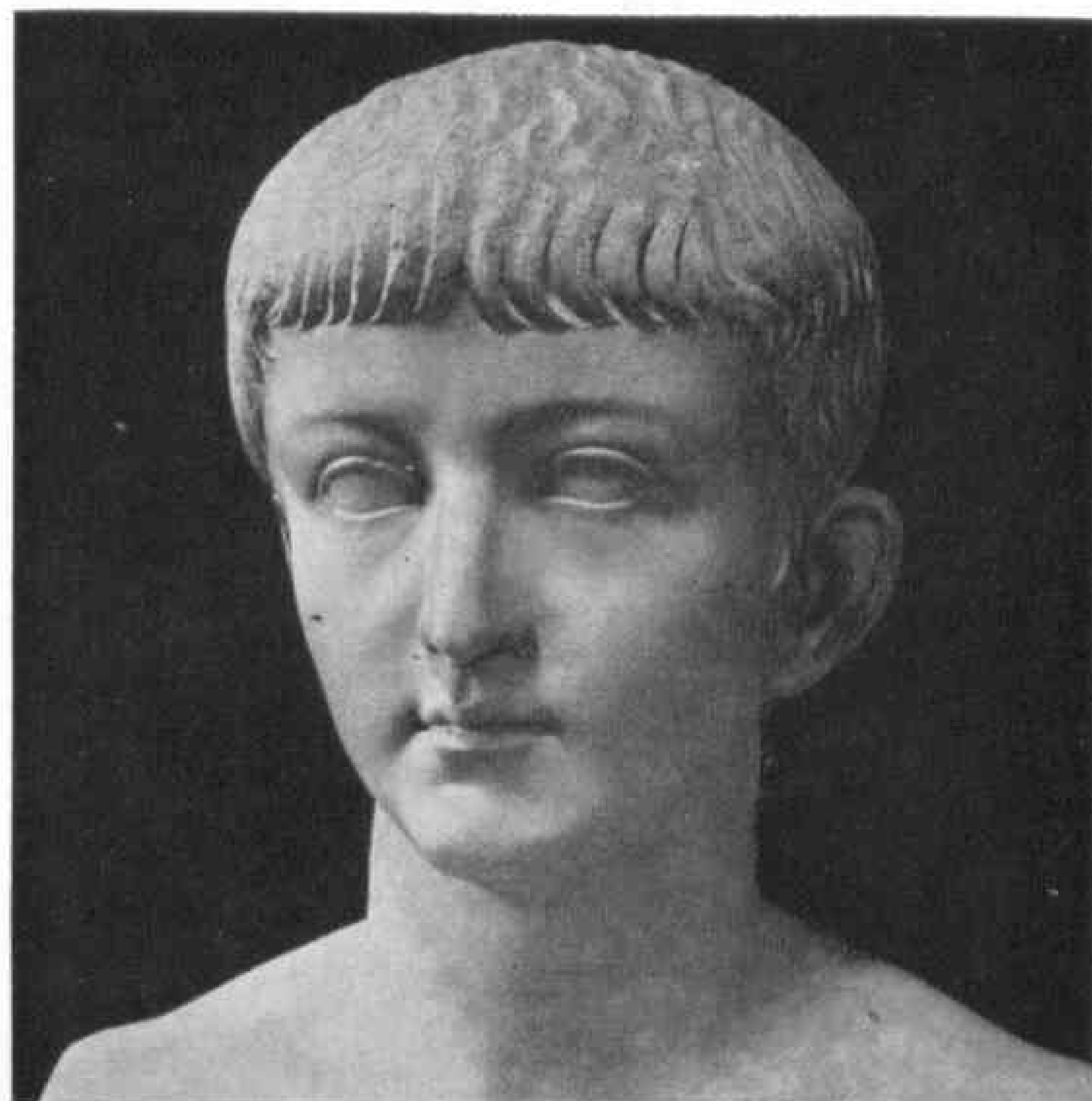
Simultáneamente debía ponerse gran empeño en hacer revivir la fe religiosa, restaurando lo más sagrado del viejo culto romano. Augusto reedificó el templo de Júpiter en el Capitolio, construyó el de Marte, rodeado de pórticos, cerca del Foro, y el gran templo de Apolo, con bibliotecas, en el Palatino, conjunto monumental del todo desaparecido. Además, completó la basílica de César y levantó otras construcciones magníficas en honor de su hermana Octavia y su sobrino Marcelo.

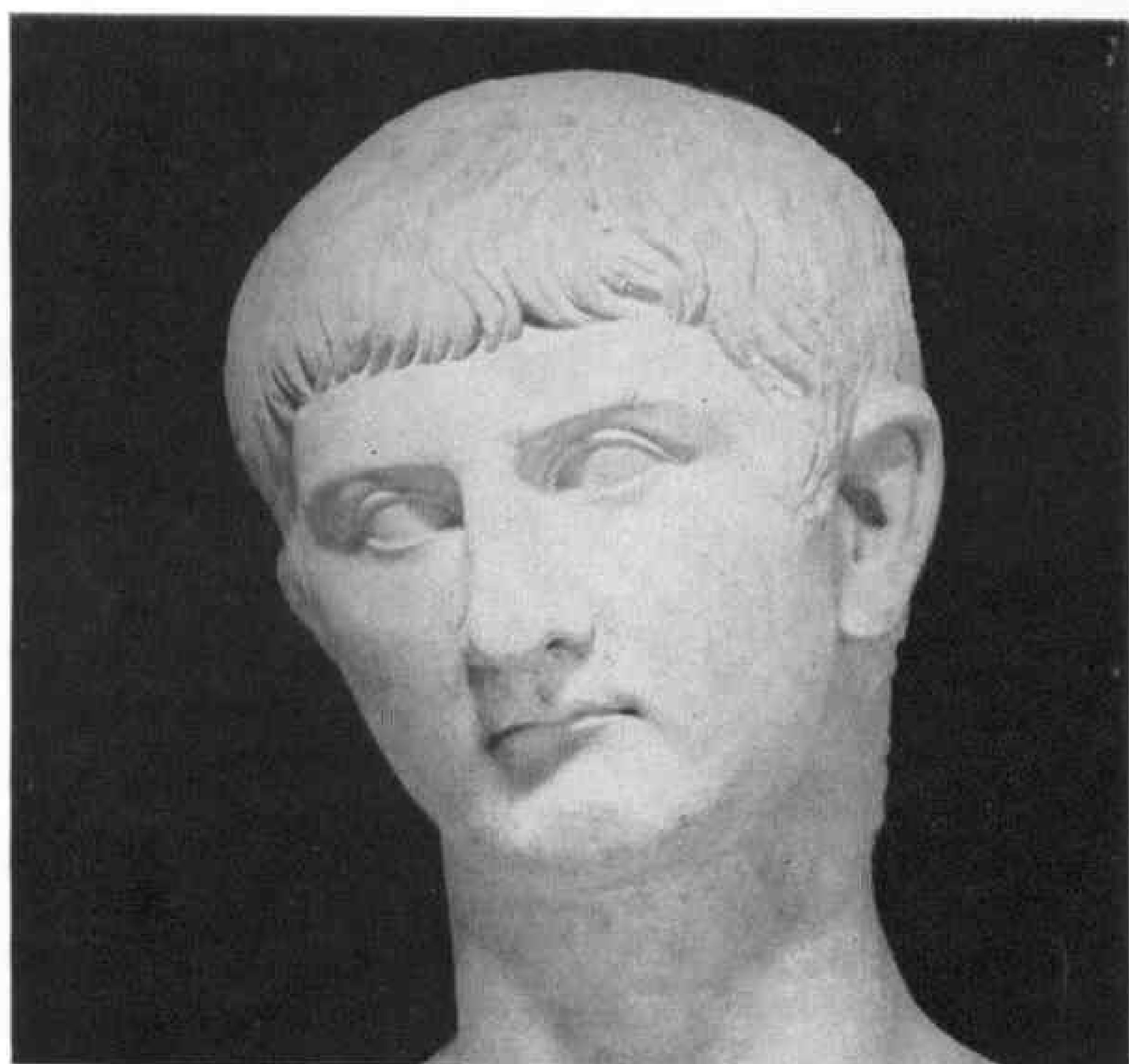
Pero nada puede dar mejor idea del esfuerzo que se hacía para restaurar la piedad romana como los ritos con que Augusto y sus colaboradores trataron de impresionar al pueblo, resucitando la costumbre de los juegos seculares. Se celebraban, o debían celebrarse, cada ciento diez años, lo que constituía una era, pues en ciento diez años se estimaba el máximo de duración de la vida humana. Según los cómputos, los juegos seculares hubiesen correspondido al año 49 antes de J. C., pero en aquella fecha se había desencadenado la guerra civil entre César y Pompeyo y por esta causa hubieron de demorarse. Augusto decidió que se celebraran el año 18. Parece que actuó de maestro de ceremonias un abogado joven, aficionado a la arqueología religiosa, llamado Ateius. Los juegos seculares eran probablemente de origen etrusco y servían para apaciguar a los dioses infernales. Después de ceremonias propiciatorias que duraron varios días, en la noche del último de mayo, Augusto, seguido del colegio de sacerdotes, se dirigió a la orilla del Tíber, donde se había construido una plataforma para el caso. Allí sacrificó nueve corderos y nueve cabritos, pronunciando la vieja plegaria de monótonas imprecaciones en nombre del *Pópulus* y los *Quirites,* esto es, la nación y los ciudadanos. El rito sangriento se repitió por tres noches consecutivas. Durante los tres días, fiestas y juegos atléticos alternaron con las procesiones y los cánticos religiosos. No sólo fue aquello una restauración de un pasado folklórico, sino que se le dio un valor profético de inauguración de una era feliz. El canto o himno que Hora-

Augusto arengando a las legiones como emperador. Museo del Vaticano.









Livia y sus dos hijos: Tiberio (arriba) y Druso (izquierda).

cio compuso para estos días es la más sublime exaltación del patriotismo que ha producido la poesía. Doncellas y mancebos debían cantar estrofas dedicadas a los dioses olímpicos, patronos de Roma, contrastando con las graves jaculatorias que por las noches se dirigían a las diosas subterráneas.

Los mancebos empezaban así su canto: «¡Poderoso Apolo, y tú, silvestre Diana, — por siempre y para siempre veneradas luces del cielo, — acceded a nuestras súplicas en este tiempo — de juegos sacros!... ¡Oh, Sol benigno, cuyo carro inflamado — nos trae la luz y nos enciende el día,— que nunca puedas ver nada más grande — que la urbe Roma!»

Las doncellas, aludiendo a las leyes moralizadoras de Augusto, alternaban con estas estrofas: «¡Oh, diosa que ayudas en los partos. — cuando el fruto ha alcanzado madurez, — protégenos, llamándote Lucina — o acaso Genital!... Haz crecer a nuestros hijos fuertes, sanos. — Bendice, oh, diosa, la matrimonial ley — y sea una prole abundante y generosa — nuestro sumo bien...» En la otra estrofa dícese que así podrán realizarse otros juegos sacros, dentro de otros 110 años; luego se hace alusión a Augusto, y a la extensión del Imperio romano, con el medo, el escita, el indio y el albano como vecinos... Y rejuvenecido el pueblo con esperanzas, volverán todos a sus casas cantando alabanzas a Apolo y Diana.

Si el *Canto Secular*, de Horacio, nos da la faceta musical del concierto de paz y bienandanzas que despertaron los primeros años de la gobernación de Augusto, los relieves del Ara Pacis nos hacen revivir la visión plástica de las comitivas oficiales, con la familia imperial y grupos de sacerdotes y senadores. El Ara Pacis fue inaugurada cinco años después de los juegos sacros.

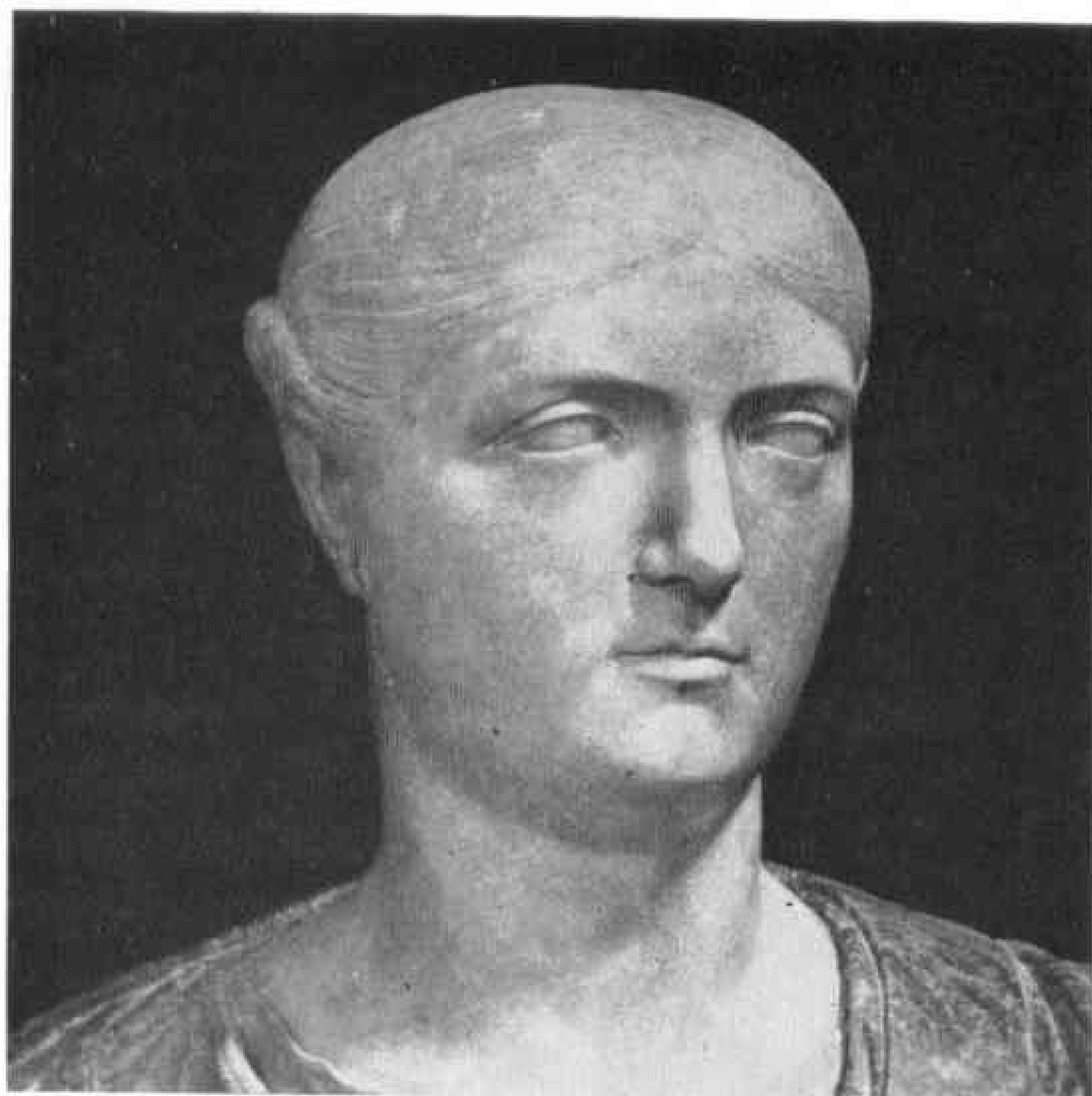


Cortejo de magistrados del friso del Ara Pacis, seguidos del acólito que lleva la caja de inciensos.

Dentro de un recinto cerrado por un muro, cubierto de relieves, había una simple ara. El monumento, cuyas reliquias son testimonio del buen gusto de la época, debió de consagrarse con ceremonias impresionantes. Augusto lo menciona en su testamento: «A mi regreso de España y la Galia — tras haber pacificado aquellas provincias —, el Senado votó que un altar a la Paz Augusta fuese consagrado en el Campo de Marte para celebrar mi feliz llegada, ordenando que cada año sacrificaran allí los magistrados, los sacerdotes y las vírgenes vestales.»

He aquí todavía en el año 13 un altar para conmemorar el feliz resultado de una expedición guerrera de Augusto. Recordemos que desde el 45, en que acompañó a su tío en la campaña contra los pompeyanos, Augusto ha tenido que consagrarse casi constantemente a las empresas militares. Sorprende su actividad: aquel hombre enfermizo, siempre a punto de morir, recorre las distantes provincias, donde permanece a veces meses y años. Cuando él no puede más, parte en su lugar Agripa, quien soluciona los negocios de modo concluyente. Tiberio y Druso, los hijos adoptivos de Augusto, corren también de campaña en campaña. Tiberio, a pesar de las calumniosas historias con que le denigran escritores tardíos, queda claro que es el mejor general de su tiempo. Druso murió el año 9 antes de J. C., en Germania, de una caída de caballo, cuando había conseguido llevar las legiones hasta el Elba. Al tener noticia de la desgracia de Druso, Tiberio partió disfrazado, con un solo ayudante, y llegó a tiempo todavía de asistir a la muerte de su hermano. Por fin, después de una marcha que duró varias semanas, el cuerpo de Druso llegó a Roma; Tiberio hizo el camino a pie, en señal de duelo, a la cabeza de la comitiva.

Agripa murió el año 12 antes de nuestra Era. Se sintió enfermo, acaso rindióle la fa-



Julia, hija de Augusto.

tiga, al regresar de una expedición a Panonia, y fue a restablecerse a una de sus villas cerca de Nápoles. Cuando Augusto llegaba a su lado, Agripa acababa de fallecer. Nunca monarca alguno pudo hallar más noble colaborador. Ni una palabra de censura se encuentra en los historiadores enemigos de la casa de Augusto que pueda rebajar la noble memoria de Agripa.

Los hijos de Agripa y Julia, en los que Augusto había puesto por unos años todas sus esperanzas para asegurar la sucesión, murieron prematuramente al servicio del Estado. Uno de ellos, Lucio, falleció en Marsella el año 2 después de Jesucristo, cuando recorría la región para enterarse de su estado y necesidades. El otro, Cayo, a quien Augusto en sus cartas llamaba *pupila de mis ojos,* murió dos años más tarde, de resultas de una herida, cuando dirigía una expedición contra Armenia; no tenía aún veinte años.

El período del Imperio romano desde Augusto hasta Constantino aparece ahora como una etapa de crecimiento. No es el resultado definitivo, del *César con un cetro y una espada,* que Dante soñó en la Edad Media y que hubo de desearse en el Renacimiento. Los pueblos, mediante la máquina imperial romana, aprendieron a conocerse a sí mismos y a sus vecinos. Tuvieron que suspender sus querellas intestinas: primero, para hacer frente a las legiones; después, cuando se sometieron, reconociendo su inferioridad delante de Roma, ésta les obligó a mantenerse en un régimen de paz que permitía la explotación de las riquezas naturales y el cambio de productos de unas regiones con otras.

El Imperio romano fijó unas fronteras provinciales que han quedado definitivas para Europa y Asia. No quiere esto decir que la administración imperial romana diese origen a las actuales naciones del viejo mundo, pero las divisiones y subdivisiones administrativas del Imperio contribuyeron mucho a su formación doce siglos más tarde. Algo también ayudaron a crearlas las antiguas diócesis y circunscripciones militares que sobrevivieron durante casi toda la Edad Media, y estaban trazadas sobre el cuadriculado que hubo de crear la burocracia imperial para el catastro y los impuestos.

Además, si el imperio, en la Roma republicana, parecía un retroceso a la monarquía, en provincias representaba un enorme progreso hacia el régimen civil. Las Hispanias y las Galias salieron para siempre de la barbarie prehistórica en que vivían antes de la llegada de las legiones. En Asia, la administración romana significaba algo mejor que los pequeños déspotas locales, o los mandatarios de sanedrines que se regían por prejuicios absurdos y abominables supersticiones. Un gobernador extranjero, como Poncio Pilatos, parecía preferible a un Caifás o una aristocracia levítica corrompida.

Las lenguas de los aborígenes del oeste de Europa se continuaron empleando en el hogar, pero así como los indios americanos se valen del inglés o el español para entenderse los de distintas tribus, del mismo modo el latín pasó a ser, no sólo el lenguaje oficial de la administración, sino una lengua intertribal para entenderse unos con

otros. En el Asia, el griego se había hecho el idioma internacional después de Alejandro; de modo que sólo dos lenguas, el latín y el griego, eran suficientes para comerciar en el mundo romano ya desde los tiempos del emperador Augusto. Ambas eran admitidas en el Senado, y la Iglesia católica conservó esta tradición bilingüe durante varios siglos.

Pero lo que unificó más el Imperio fue el culto común al emperador divinizado. Es casi seguro que César tuvo ya conciencia de esta necesidad, y contra lo que podía esperarse de un temperamento tan práctico como el suyo, permitió que le llamaran hijo de Venus, descendiente de Eneas, etc. César debió de comprender que nada podía fundir mejor los miembros heterogéneos del gran Imperio romano que el establecimiento de un culto común.

No podía exigírseles que aceptaran los antiguos dioses de Roma, ni esto hubiera sido compatible con las ideas religiosas de la época. Cada pueblo tenía sus dioses tutelares, y a menos de ser adoptado como ciudadano, no podía disfrutar un extraño de la protección de aquellos dioses.

Por otra parte, repugnaba a los romanos la divinización de un ser mortal. En el discurso ya citado de Mecenas a Augusto, aquél le aconsejó que no permitiera que se labraran en su honor estatuas de oro y plata. Pero lo que Mecenas quería evitar era inevitable. El Oriente y Egipto no podían, o no querían, dejar de adorar al monarca como una encarnación de un dios. Ya Alejandro tuvo que transigir cuando los egipcios se empeñaron en reconocerle como hijo de Amón. Pronto a César Augusto se le llamó *Sebastos*, que en griego quiere decir *el divino*, y templos y altares en su honor se erigieron por todo el Imperio. Hasta los pueblos de más allá de las fronteras se acostumbraron a asociar el título de César con la idea de algo superior a un rey. Los nombres teutónico y eslavo de *Kaiser* y *Tsar* son derivaciones del de *Cæsar*.

Por lo general el culto de Augusto iba asociado al de la nueva diosa Roma. Es muy difícil precisar hasta qué punto se creía que tales dioses podían beneficiar la salud espiritual y corporal de sus devotos. Pero un culto, además de ser la manifestación de una fe, sirve para dar color y sentimiento a cada hora de la vida.

Los pueblos del Imperio debían mostrarse agradecidos a Augusto por haberles proporcionado una nueva forma de ritual. Y, con todo, había llegado, en esto, la plenitud de los tiempos... Pronto se predicaría a los hombres que debe adorarse a un Dios único en espíritu y en verdad.

Acaso algunos espíritus superiores podían comprender toda la profundidad de esta doctrina, pero la mayoría de las gentes se-

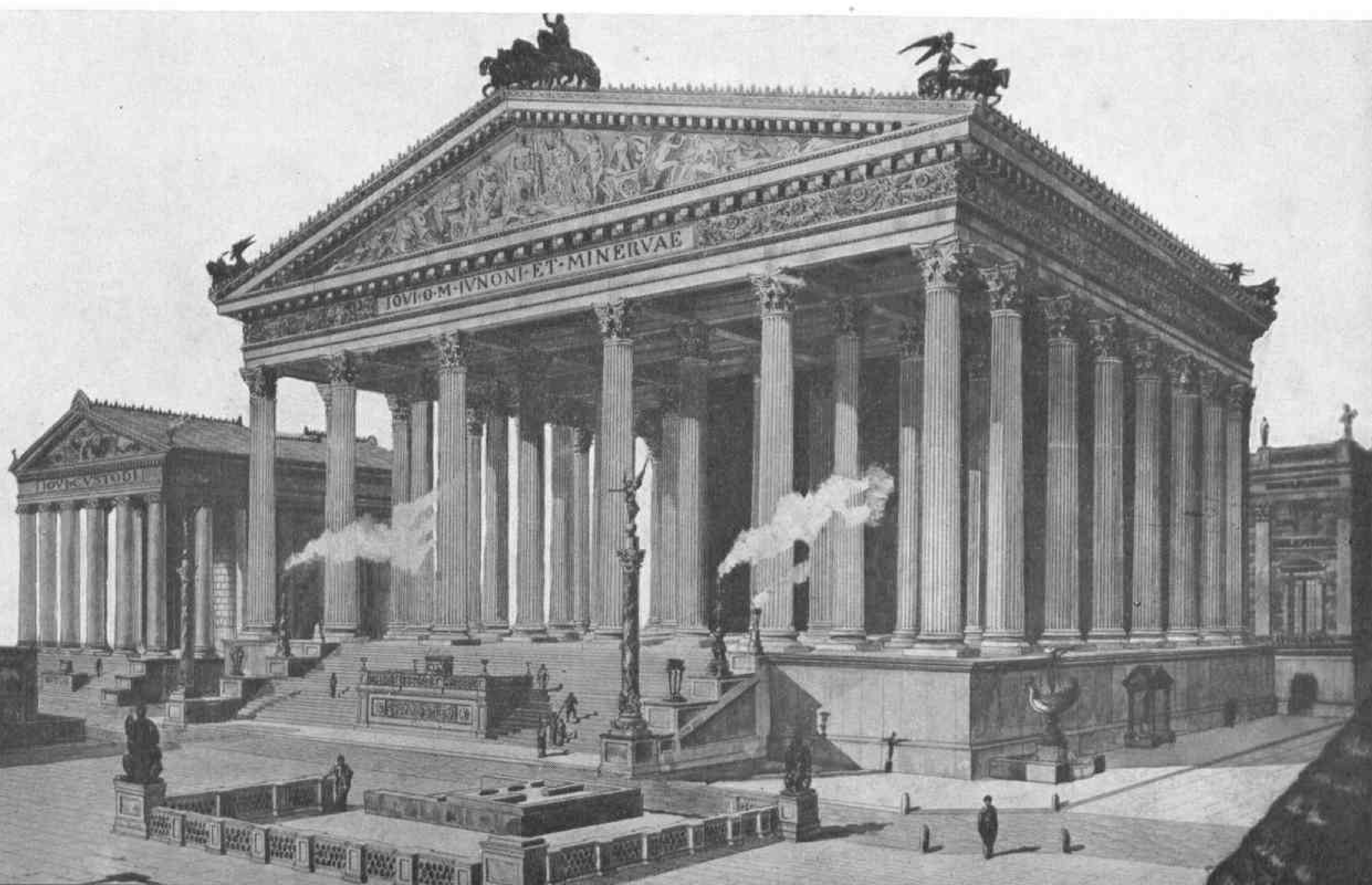


Cayo César, nieto de Augusto.

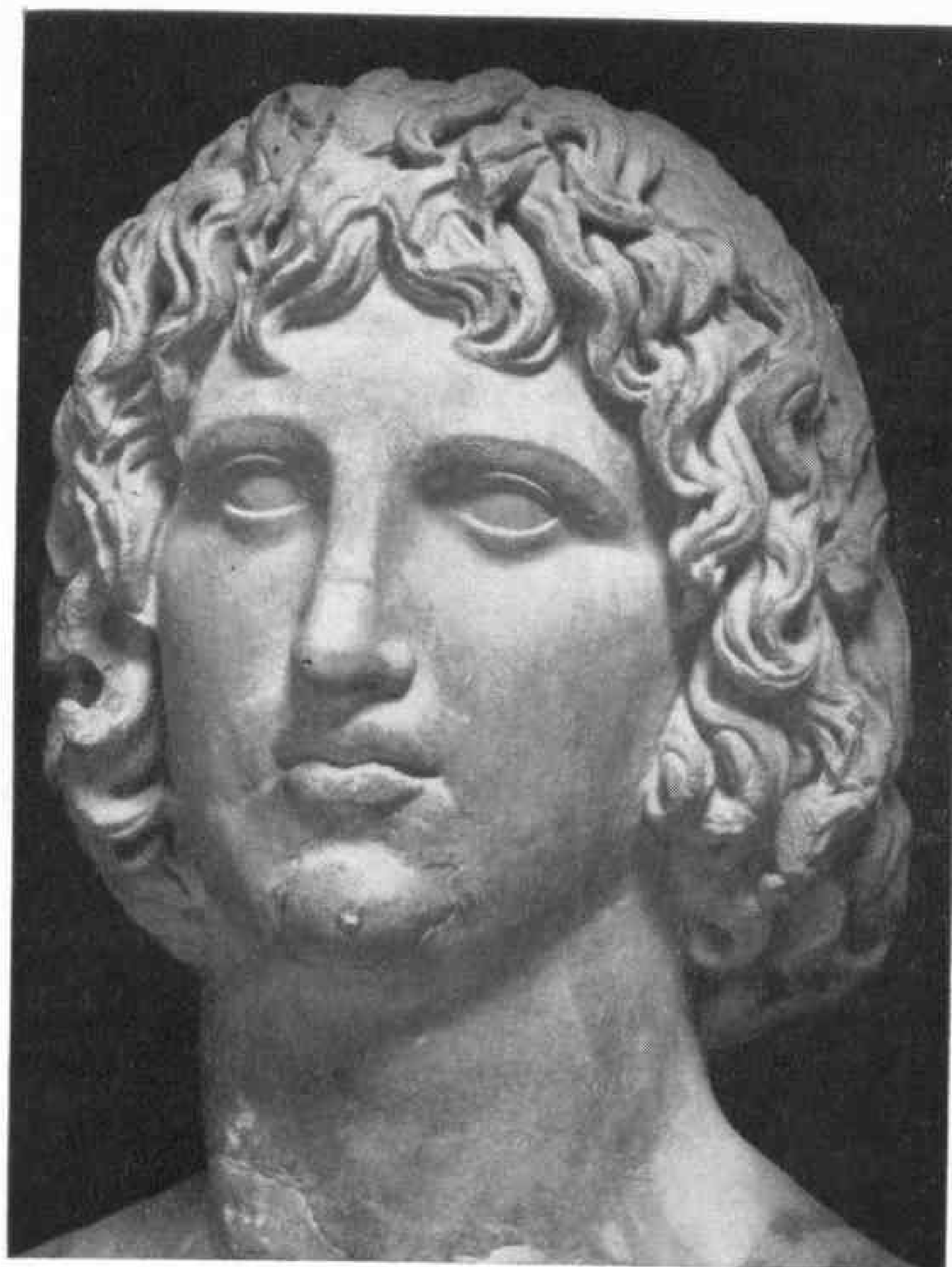
mibárbaras del Imperio no podían llegar a tanta abstracción mental; por esto se entregaron fanáticamente al nuevo culto. El año 10 antes de J. C. se consagraba el altar gigantesco de Augusto y Roma en Lyon, de las Galias, y un noble galo, llamado Vercundarus, fue elegido sumo sacerdote de la congregación encargada de sus ritos. Varios miembros de la familia imperial debieron de estar presentes en la inauguración del altar de Lyon, porque en el mismo día de la ceremonia nació allí el hijo de Druso y Antonia, que después fue el emperador Claudio. Sea como fuere, los jefes bárbaros de largas cabelleras, congregados en Lyon, aclamaron como a un dios al sobrino de aquel Julio César que pocos años antes les había sometido tras una guerra de conquista y una honrosa paz.

Otra iniciativa de Augusto que contribuyó mucho a la unificación del Imperio fueron los llamados *censos*. Augusto ordenó tres censos de Italia: uno el año 28, otro el 12 antes de J. C. y el tercero el 14 de nuestra Era. El censo no era sólo una lista de los habitantes de cada provincia, sino, en rigor, un verdadero estado de cuentas, algo así como lo que hoy llamamos el catastro, aunque mucho más completo. Esta labor colosal la había iniciado César, para todo el Imperio, el año 48, pero no se concluyó hasta mucho más tarde. Un tal Zendoto estuvo encargado de dirigir la compilación del censo en las provincias de Oriente y no acabó su tarea hasta el 31. Teodoto, que dirigía la obra del censo en el Norte, lo completó el 25, y Dídimo y Policleto, que estaban encargados de hacerlo en las provincias del Sur y del Oeste, no lo terminaron hasta mucho más tarde. Tenían a sus órdenes un verdadero ejército de agrimensores, y con los datos geográficos y estadísticos que reunieron, formó Augusto el *Breviarium totius imperii*. Era un inventario exacto del Imperio, con el número de soldados, la cantidad acumulada en el tesoro, las contribuciones cobrables y atrasadas y el nombre de los responsables de estos atrasos. Por fin, a modo de apéndice, escribió en el *Breviarium* ciertas máximas que deseaba recordaran sus sucesores; éstas eran: no conceder la ciudadanía a los pro-

Templo del Capitolio en tiempo de los Césares.



Virgilio interpretado a la manera clásica.



vincianos demasiado aprisa; escoger oficiales hábiles para la administración, pero no dejarles presumir que son necesarios, y, sobre todo, no extender más las fronteras del Imperio.

Augusto murió en Nola, el año 14 después de Jesucristo. Enfermó cuando viajaba todavía, a la edad de setenta y seis años. A pesar de su naturaleza siempre delicada, y de terribles crisis en que se temió que sucumbiera, Augusto había sobrevivido a muchos más fuertes que él. Dejaba para sucederle a su hijastro Tiberio, ya de más de cincuenta años, frío y reservado, pero el mejor conocedor, entre todos los romanos de su tiempo, así de los problemas del Oriente como los del Occidente.

Tiberio presidió el funeral de Augusto y leyó en el Foro el elogio que nos ha conservado Dión Casio. Después de enumerar las virtudes y los méritos de Augusto, acababa así: «Era justo que le hicieseis vuestro jefe y el padre del pueblo, y le concedierais tantas muestras de estima con sus varios consulados, y finalmente le proclamarais inmortal. No debemos, pues, llevar duelo por él, sino sólo devolver este cuerpo a la tierra y glorificar para siempre su espíritu como el de un dios.»

Pero la verdadera glorificación de Augusto no proviene de su Imperio, ni de los templos y altares levantados en su honor. Son los grandes poetas de la época, especialmente Horacio y Virgilio, los que dan a su nombre un resplandor que no han logrado apagar los siglos.

Claro está que Augusto no hizo más que protegerles, y aun, en ocasiones, indirectamente por mediación de Mecenas, pero es seguro que sin los sentimientos que inspiraba Augusto a los que le rodeaban, no hubieran podido entonar los vates de su época el grandioso concierto de sus rimas, que es lo más elevado que ha producido el espíritu latino. Y de esto dan testimonio los mismos artistas ya en su propia obra. Horacio, que había combatido en el ejército republicano contra Octavio, manifiesta siempre hacia la persona de Augusto una sorda antipatía, pero debe reconocer los grandes beneficios que ha producido su gobierno. Virgilio dirige a Augusto aquellos versos memorables:

Deus nobis hœc otia fecit.
Namque erit ille mihi semper deus.

que, traducidos, dicen así: Un dios (Augusto) para nosotros, este ocio (esta paz) nos hizo. — Por esto será él, para mí, siempre un dios.

A menudo se repite que Roma no produjo arte original y que en literatura reprodujo, empobrecidos, los modelos griegos. Pero ésta es una vulgaridad que sólo mantienen hoy los que conocen superficialmente el arte romano, acaso porque en ellos perdura todavía el mal humor de los días de la niñez, cuando tuvieron que aprender las declinaciones latinas a palmetazos.

En cambio, por espacio casi de veinte siglos los hombres instruidos de cada generación se han complacido en la maravilla de sentimiento y perfección que aparece en los versos de Horacio y Virgilio. El que pen-

sara obtener un anticipo de su belleza leyéndolos en traducciones, se equivocaría por completo; en especial, Horacio es casi intraducible. Hasta fray Luis de León y el polígrafo Menéndez y Pelayo se han estrellado al querer reproducir en castellano el *ingenium, mens divinior et os magna sonitorum* (genio, inspiración y elevada dicción) que Horacio infundía en sus versos.

El lector mismo podrá juzgar, aun sin ser latinista: traducimos genio por *ingenium,* inspiración por *mens divinior,* y, sobre todo, *os* (lengua) *magna sonitorum* por elevación de lenguaje. ¡Cuán pobre valor el de nuestras palabras al lado de las de Horacio! Por lo general, hay que emplear paráfrasis y sentencias complicadas para expresar lo que Horacio dice en tres o cuatro palabras, que forman un verso. Hasta fórmulas claras, como sentencias, no pueden decirse mejor ni más concisas de cómo las dice el gran poeta; por ejemplo:

Romæ Tibur amem ventosus,
Tibure Romam,

querrá decir: Yo, voluble como el viento, en Roma amaré (desearé) a Tívoli, en Tívoli (desearé) a Roma.

O este otro:

Cœlum non animum mutant
qui trans mare currunt.

(Los cielos, no su alma, cambian los que el mar cruzan.) Y aun éstos son versos con ideas aisladas, como refranes, pero cuando los conceptos se reparten en dos o tres líneas la traducción es imposible.

Y, sin embargo, hasta durante los siglos de mayor barbarie de la Edad Media los estudiosos encontraron un refugio en los versos de los poetas de la época de Augusto. A la sombra de los claustros, los monjes considerarían como un ensueño aquella Roma de mármol, donde vivían hombres que podían hablar con entera libertad de sus terrenas sensaciones. Más tarde, Horacio y Virgilio especialmente fueron el modelo — lo son todavía — de lo que llamamos hombres cultos, civilizados. No hemos podido ir más allá en el Occidente.

Antonia, esposa de Druso.





Almacenes públicos construidos por Agripa, con el palacio de Tiberio en el fondo.

24 LOS PRIMEROS EMPERADORES

DURANTE el gobierno de Augusto su principal preocupación, y la de las gentes que le rodeaban, fue quién sería su sucesor. Primero se pensó en Marcelo, el hijo de su hermana; después en Agripa, su yerno; luego en los hijos de Agripa y Julia... Todos murieron antes que él. Tiberio, su hijastro, el único de los miembros de su familia que le sobrevivió, fue reconocido como Príncipe, Augusto y Pontífice, con poderes tribunicios y consulares.

Pero legalmente nadie tenía derecho a elegirle ni menos a consagrarle. Al ocurrir la muerte de Augusto, Tiberio era el personaje más importante de la República, pero no se le aclamó Príncipe por sus méritos, sino por ser el pariente más cercano de aquél; hasta por algún tiempo compartió con Livia, su madre, viuda de Augusto, los honores que el Senado se empeñó en conceder a ésta. ¡Qué poco conforme resultaba todo ello con las tradiciones republicanas! Era sobre todo la mejor prueba de que Augusto no había hecho más que restablecer el orden; no había rejuvenecido la República, ni señalado bien claramente los poderes que tendrían los magistrados del Estado romano en el nuevo régimen que él había iniciado.

Augusto carecía de formación filosófica suficiente para comprender que era necesario dar a Roma una constitución apropia-

da a los nuevos tiempos. Su testamento no precisa sino que no debían extenderse las fronteras. No pensó más que en establecer un sistema hereditario en que él, emperador, príncipe vitalicio, o lo que fuere, eligiera a su sucesor adoptándolo por hijo y asociándoselo en vida a todos sus cargos. Así, a la muerte del jefe del gobierno, no habría solución de continuidad; el ahijado continuaría lo que ya había empezado en colaboración con su antecesor. Esta idea de Augusto se hizo tradicional en el Imperio romano, y aun después en Bizancio; así se consiguieron períodos de calma, con series de emperadores que parecen dinastías; sirvan de ejemplo de cuanto llevamos dicho, las series de emperadores de la casa de Augusto, de los Flavios, de los Antoninos y de los Severos.

Pero la falta de un código que fijara esta regla, u otra cualquiera de sucesión, hizo que a veces la elección de un nuevo emperador fuera precedida de una guerra civil, y que cada emperador viera un candidato dispuesto a suplantarle en sus colaboradores más distinguidos. Este peligro continuo



Camafeo de Viena. Representa a Augusto sentado al lado de Roma, con figuras de la Tierra, el Océano y el *Orbis romanum*. De un carro triunfal desciende Tiberio, que regresa de Germania (triunfo del 12 antes de J. C.), acompañado del pequeño Germánico. Debajo, veteranos romanos levantan el árbol del trofeo, mientras otros preparan unos bárbaros para atarlos al tronco.

Torre de los Escipiones. Tarragona.



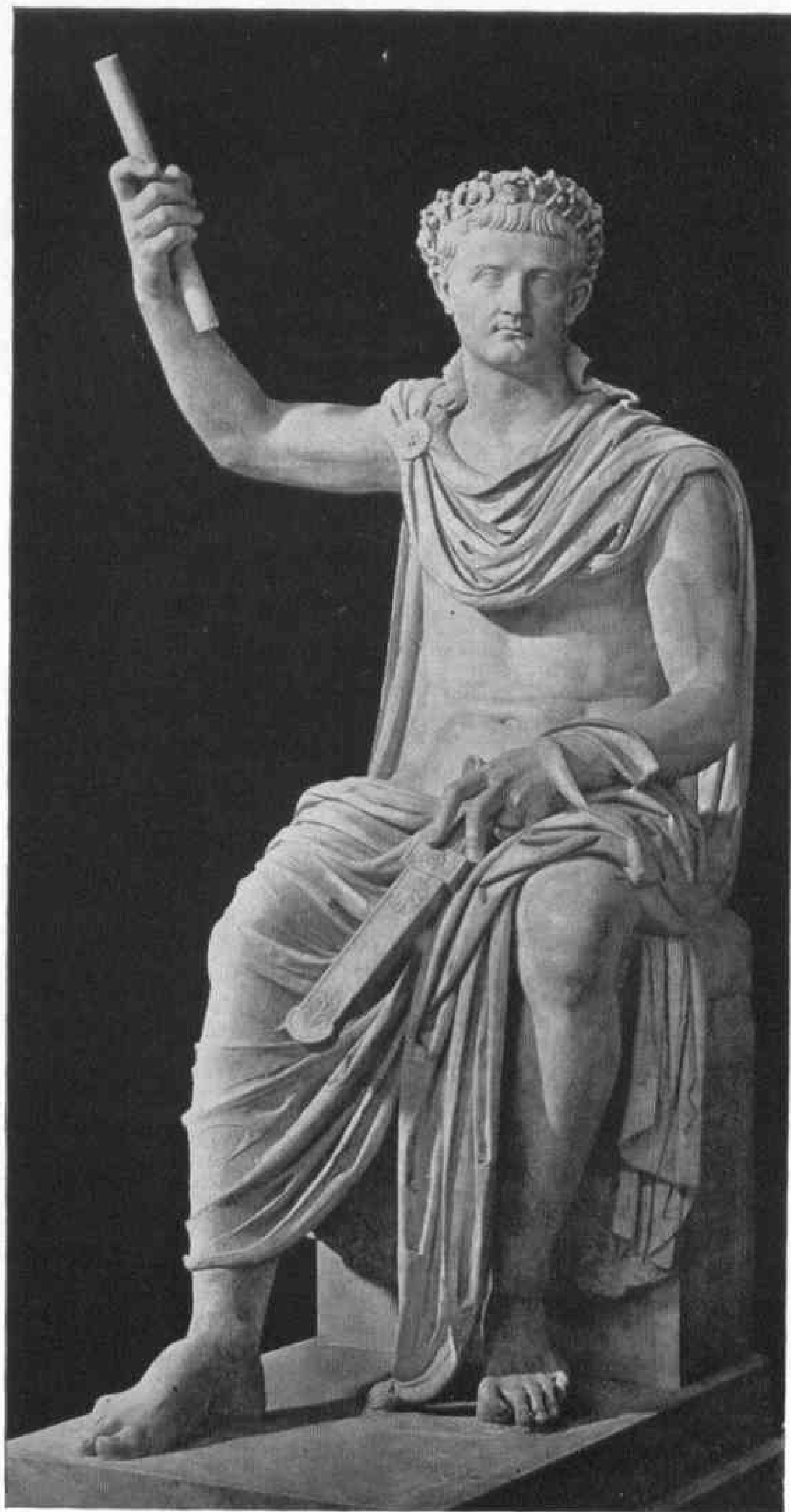
irritaría a los temperamentos delicados, y ciertos espíritus algo patológicos, propensos a celos, terrores y misantropías, tenían que exasperarse y caer en extremos de crueldad, sospechando siempre traiciones para arrebatarles un poder que nadie podía precisar en qué derechos radicaba.

Así, para empezar, ya la historia ha caracterizado a Tiberio como un personaje siniestro, que asesinó al nieto de su hermano, Druso el joven, porque en él recelaba un rival. Hoy se tiende a rehabilitar a Tiberio, porque no puede olvidarse que a la muerte de Augusto era ya un hombre viejo, cansado, y con una larga carrera de servicios que le daba derecho a mostrarse indolente y aun a apartarse de la dirección del Estado. Pero casi no tiene importancia que Tiberio fuese un genio o un monstruo; lo positivo es que gobernó, desde el año 14 al 37, sin preocuparse en mejorar poco ni mucho la máquina administrativa que había heredado de Augusto. Desde su retiro de la isla de Capri, Tiberio se dirigía por escrito al Senado, dándole cuenta de sus actos, aunque sin pedir autorización para ejecutarlos ni recibirla para los que estaban en vías de ejecución.

Nada nos dará más clara idea de la falta de valor cívico del Senado, en estos comienzos del Imperio, como sus primeras entrevistas con Tiberio. Uno de los senadores se atrevió a preguntarle: «Dinos, César, qué porción del gobierno quieres reservarte para ti.» Pero al ver el gesto que hacía Tiberio sin contestarle, añadió: «Digo esto porque no creo que podamos subsistir sin tu unidad de dirección en el poder.»

Un día Calígula invitó a cenar a los dos cónsules y tras mirarles de reojo, exclamó riendo: «Lo que encuentro gracioso es que moviendo un dedo puedo yo hacer cortar vuestras cabezas.» Por otra parte, estos senadores y los cónsules que ellos aceptaban no eran dignos de mucho mayor autoridad que la que representaban ante Tiberio y Calígula. En tiempo de Tácito, esto es, al comenzar el siglo II, un Sempronio Graco hacía de anticuario en Sicilia; un Polión era acusado de falsificar testamentos, y un Hortensio, un Cotta y un Messala vivían de las larguezas del emperador.

La impunidad del emperador se fundamentaba principalmente en la admiración que provocaba en el pueblo romano todo lo que era extremado y violento, y en especial si las víctimas eran nuevos ricos, que la plebe detestaba cordialmente. Además, Augusto había creado una guardia imperial que formaba un cuerpo de ejército, siempre acuartelado en Roma, de diez a quince mil veteranos adictos al emperador por las liberalidades que recibían de su mano. Eran éstos los temidos pretorianos. Se reclutaban por diez años, en lugar de quince, que era el tiempo de servicio del legionario regular,



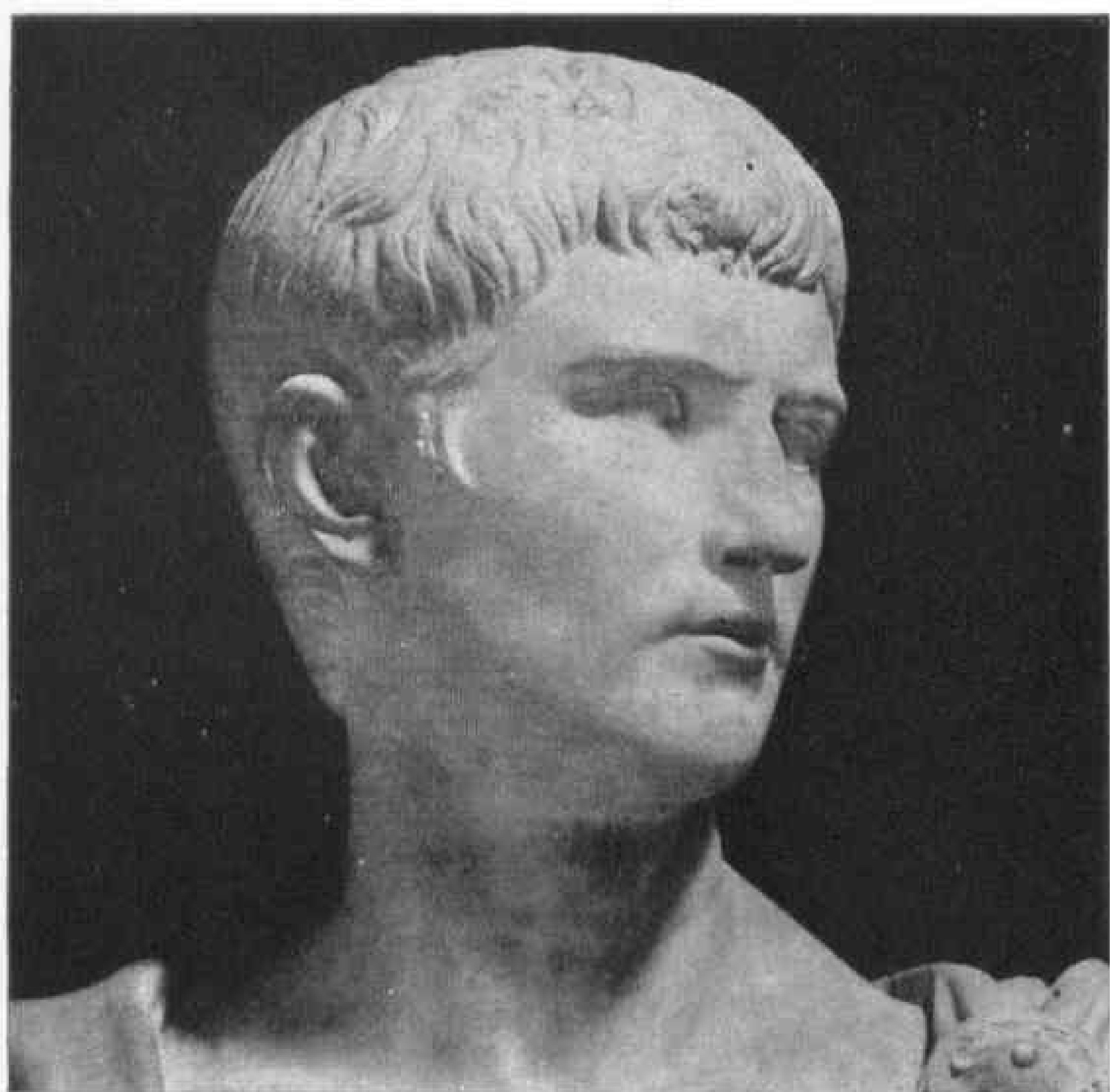
Tiberio representado como príncipe del Senado, con gesto y cetro de ordenar, pero sin corona. Su única arma es la espada de los legionarios.

vestían con gran lujo, y los emperadores no desdeñaban el arengarlos y adularlos. Después de cada crimen político para el que se necesitaba su concurso, los pretorianos recibían una buena gratificación; a ellos les tenía completamente sin cuidado quién había sido la víctima; muchos eran bárbaros germanos o eslavos, ya desde los tiempos de Calígula y Nerón. Solamente en el caso de que el emperador, además de cruel, fuera avaro, los pretorianos coincidían con los descontentos y entonces no tenían reparo en sacrificar a su amo.

A pesar de los abusos de muchos emperadores, el lector se equivocaría si creyese que todos ellos fueron insensatos energúmenos que sólo se complacían en el mal. No, entre los *césares* hubo algunos que como jefes de Estado fueron modelos de abnegación por el bien público, y hasta los peores, o de peor reputación, como Tiberio, Calígula y Nerón, durante largos períodos de su gobierno se consagraron, tal vez por vanidad o pura filosofía, a desempeñar lo mejor que pudieron el cargo de que estaban investidos. La misma ambigüedad de la sucesión permitía eliminar una serie de príncipes ineptos con que acaban muchas dinastías.

Tampoco aparecen en la historia del Imperio romano con excesiva frecuencia los casos de favoritos que gobiernan en nombre de un soberano incapaz. La aberración de un monarca decorativo, con un primer ministro hereditario, como los *mayordomos de palacio* en la Francia carolingia o los *shogun* en el Japón feudal, era imposible en el Imperio romano. Los emperadores llegaron a ser peores que fieras, pero nunca muñecos coronados. Tiberio aniquiló a su favorito Seyano, que empezaba a abusar de la confianza que le dispensara. Narciso, el parásito de Claudio, cayó víctima, primero, de la enemistad de Mesalina y después de la segunda Agripina. A Corbulón, el fiel soldado de Nerón, se le mandó que se suicidara porque se iba haciendo demasiado popular en las provincias de Oriente. A veces aparecieron, al lado del emperador, privados que manejaron sin escrúpulo los negocios del Estado, pero su influencia fue precaria; raramente duró más de lo que había durado el príncipe que les protegiera.

El pueblo se gozaba en estas mudanzas de la fortuna. Continuaban los repartos de grano por cuenta del Estado, ¿qué más podía desear? También los emperadores se aprovecharon de la afición del pueblo romano por las grandes construcciones, una



Calígula (37-41).

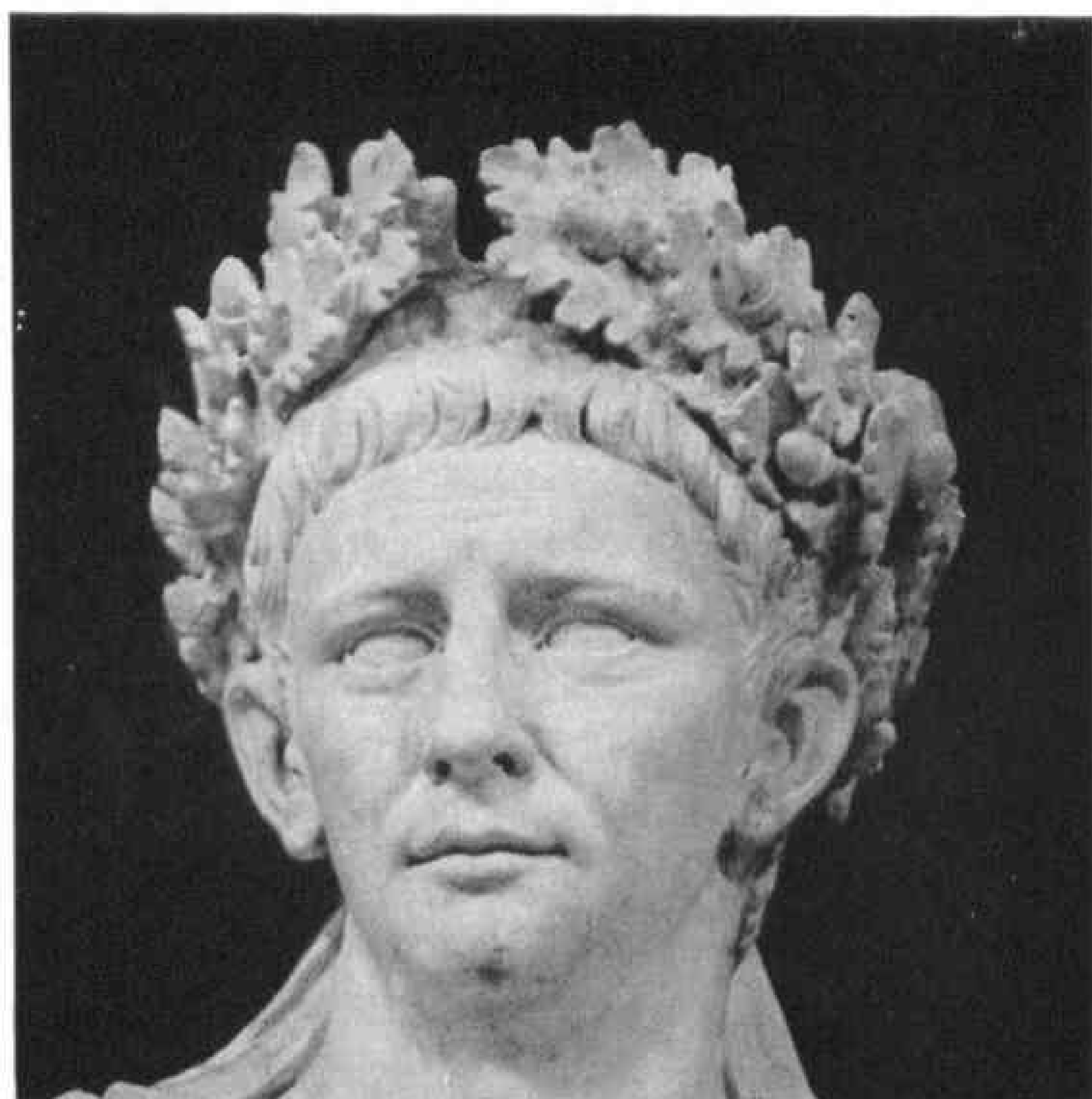
especie de *furor edificatorio* que ha reaparecido después repetidamente en la historia. Ya Tiberio, encontrando insuficiente la casa de Augusto y Livia, empezó a levantar un gran palacio en el Palatino. Calígula lo extendió por el lado del Capitolio, con el que dispuso que comunicara por un túnel y un puente. Nerón llenó de locuras arquitectónicas dos barrios de la ciudad.

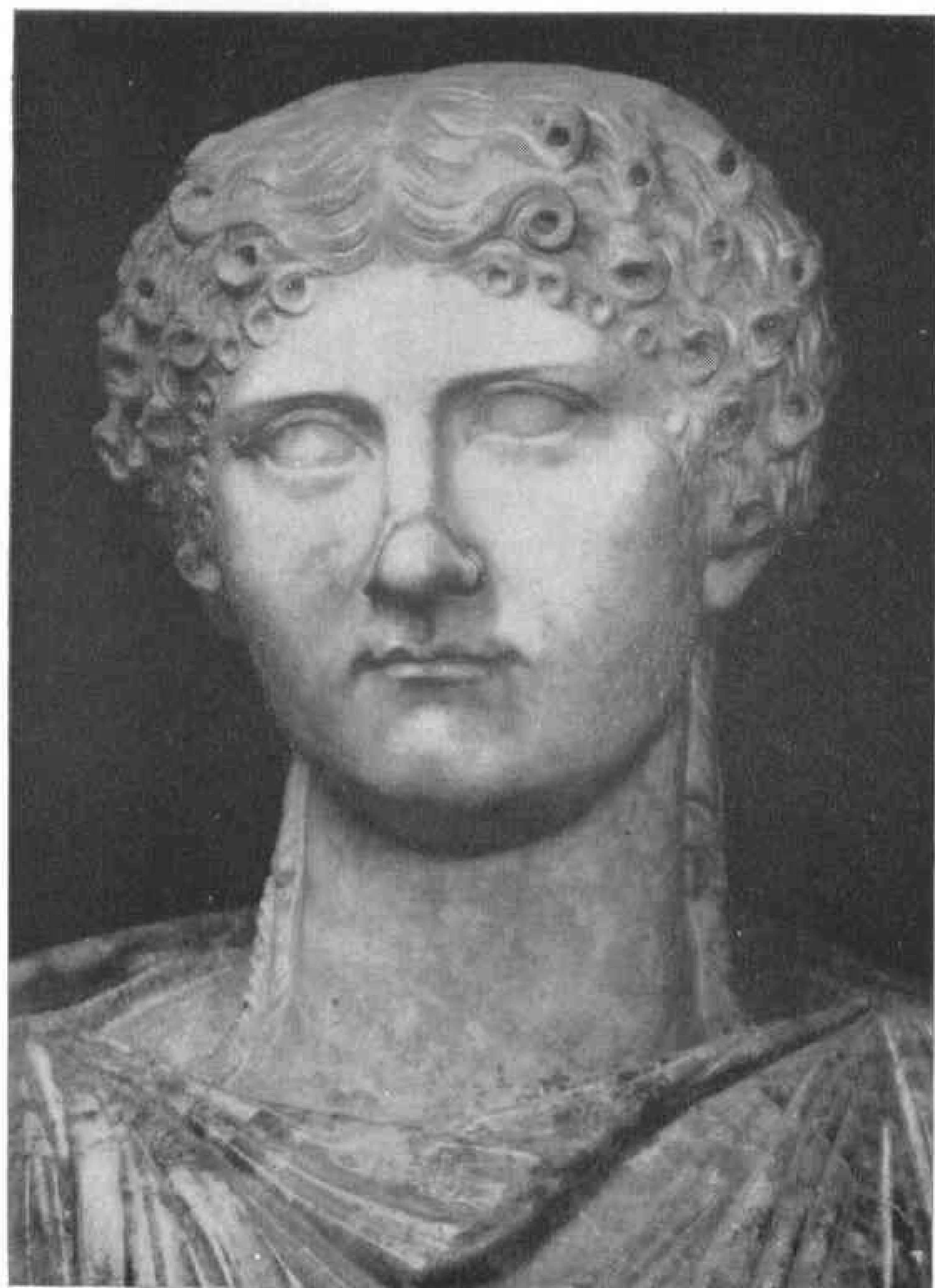
Para la mayoría de los ciudadanos, el emperador debía de ser como un mal necesario. Nunca hubo en el Senado, ni menos entre la plebe, lo que hoy llamaríamos un partido político antagónico al emperador. Es cierto que el complot para asesinar a Calígula se tramó en el Senado y los conjurados se creyeron émulos de Bruto y Casio, los cabecillas de la conjuración contra César. Pero si bien es verdad que tuvieron audacia bastante para llegar a asesinar al tirano, en cambio, ya al día siguiente, Claudio, tío de Calígula, que había sido desahuciado antes por incapaz, era aclamado emperador por los pretorianos y nadie se atrevió a protestar.

Claudio, con sus necedades, llegó a impacientar al Senado. El pobre emperador, que tenía la manía de estudiar lo que hoy llamaríamos *folklore* y escribir historias, no sabía apenas hablar. Tácito nos ha conservado un discurso de Claudio al Senado en que propone que se otorguen derechos senatoriales a algunos jefes galos adictos a Roma. El discurso parece claro y lógicamente ordenado, pero da la casualidad que este mismo discurso de Claudio se mandó grabar en una inscripción, de la que se han hallado en Lyon varios fragmentos. A veces los senadores se impacientan e interrumpen el embrollado palabreo del emperador con frases irrespetuosas, consignadas en la versión taquigráfica grabada en Lyon: «¿A qué viene todo esto, oh Claudio?... ¿Qué relación tiene lo que dices con lo que estamos tratando?»

Hubo ocasiones, como después de la muerte de Nerón, en los días trágicos del 68 al 69 (en que se sucedieron tres emperadores), en las cuales un grupo decidido de republicanos hubiera podido restaurar el antiguo régimen casi sin oposición. Galba, en el discurso que dirigió al Senado para comunicarle que escogía un sucesor.

Claudio (41-54).





Mesalina, esposa de Claudio.

venía a decir a los senadores que lamentaba sinceramente que no pudieran ellos restablecer la república.

Pero la verdad es que, aunque no faltaban descontentos, éstos eran espíritus refinados, capaces de gran resistencia pasiva, dispuestos siempre a sacrificar su vida, pero no aptos para la acción. Vespasiano y Domiciano expulsaron a los filósofos de la capital. Desearíamos saber algo más de estas persecuciones; por ejemplo, quiénes eran y qué era lo que hacían estos filósofos que irritaban al emperador. Es probable que, más que *filósofos* estoicos, serían liberales, o librepensadores, que hablaban demasiado y pensaban también demasiado alto. Pero en política no basta tener ideas, es necesario hacerlas triunfar. Tácito y Plinio nos han dejado amplia información acerca de los sufrimientos de una noble familia liberal que no se mostró resignada a aceptar sin protesta los abusos del Imperio. Uno de sus miembros, llamado Cecina Petus, trató con otros descontentos de sublevar las legiones de Dalmacia para derribar a Claudio. Descubierto el plan, fue llevado a Roma prisionero. Su esposa quiso acompañarle en la galera donde iba con otros detenidos, pero no se lo permitieron y tuvo que atravesar el Adriático en una barca de pescadores. Petus, seguro del rigor de la sentencia, quiso anticiparse a su suerte, suicidándose, y su esposa le animó hiriéndose primero ella y diciéndole: «¡Mira, Petus, no duele!» *(Paete, non dolet!)*

Un segundo Petus, Trasea, al oír leer en el Senado la noticia del asesinato de Agripina, ordenado por Nerón, se levantó de su sitial, dando muestras de disgusto, y marchó a su casa. Por esta y otras ofensas al emperador, al año siguiente tuvo que suicidarse. Una hija de este segundo Petus casó con otro liberal, llamado Helvidius Priscus, que fue desterrado tres veces y por fin arrastrado fuera del Senado por sus propios colegas. La viuda de este Helvidius Priscus se consagró a la caridad; en especial cuidaba de las vírgenes vestales que estaban enfermas y no podían permanecer en el templo. «¡Qué pureza, qué santidad la suya — escribe Plinio —; qué dignidad y qué valor!...» No eran, pues, todas Mesalinas, Agripinas y Popeas en la Roma de los Césares. No olvidemos que por encima de las esposas, efímeras emperatrices, estaba Livia, la *mater familias,* la gran dama, símbolo del Pudor.

Como los emperadores de la familia de Augusto eran consanguíneos, sus caracteres pueden explicarse por ley de herencia. Así, Claudio era lerdo y Calígula y Nerón impulsivos casi por necesidad.

Hay que recordar también la vasta extensión del Imperio, por lo que necesariamente los escándalos de la capital llegarían muy atenuados a las lejanas provincias. Nada podía esperarse de un golpe de Estado en Roma si las provincias permane-

Nerón (54-68).



cían adictas al emperador, y ya veremos más adelante los beneficios que recibieron estas regiones distantes de la administración imperial romana; así no es de extrañar que asociaran el nombre del emperador con la paz y el orden de que disfrutaban. Por esto ya no produce tanta sorpresa el párrafo final de la vida de Nerón, por Suetonio, cuando dice que el rey de los partos insistió para que el Senado romano conmemorara con un culto especial la memoria de Nerón, y que, veinte años después de su muerte, todavía aparecieran en Oriente falsos Nerones.

Agripina la menor, esposa de Claudio y madre de Nerón.



Compréndese a veces la tremenda desilusión que debía de producir el príncipe a los extranjeros que llegaban a Roma para negociar asuntos públicos o privados. He aquí, por ejemplo, el relato de una embajada que los judíos de Alejandría enviaron a la capital, creyendo obtener justicia tratando directamente con Calígula. Presidía a los comisionados nada menos que el gran filósofo místico Filón, quien había tratado por todos los medios de poner de acuerdo las ideas platónicas con la ley mosaica en un libro importantísimo del que tendremos que hablar en el próximo volumen de esta obra.

Los judíos alejandrinos fueron primeramente presentados a Calígula una tarde en que éste paseaba por los jardines. Esta vez les dijo sólo que les escucharía otro día. Pronto partió para Nápoles, y allá fueron en su seguimiento los malaventurados judíos. «El emperador — dice Filón — tenía un favorito que no le dejaba ni a sol ni a sombra: jugaba con él, comía con él y se bañaba con él; para divertirle se burlaba de nosotros, necesitaba pretextos para hacer chis-

tes y de paso nos calumniaba...» «Cuando, por fin, el emperador nos recibió, ya otra vez en Roma, pudimos comprender, por sus maneras, que no sería nuestro juez, sino nuestro acusador. — ¿Sois vosotros — preguntó — de esa nación impía que ha rehusado hacerme sacrificios y prefiere adorar a un dios cuyo nombre no puede pronunciarse?... — Y aquí el emperador levantó los brazos al cielo y lanzó una blasfemia — dice Filón — que no podemos repetir.» Los judíos se excusaron diciéndole que, durante su enfermedad, hicieron sacrificios para que se restableciera. «Es posible, pero sacrificasteis a otro para mí, no a mí mismo...», interrumpió Calígula.

Mientras tanto, el emperador iba conversando de mil cosas diferentes con sus criados, dando órdenes para que se decoraran unas habitaciones. De repente, dirigiéndose a los judíos, exclamó: «¿Por qué no coméis cerdo?» Filón, que era el portavoz de la embajada, respondió: «Es nuestra costumbre; otros hay que no comen carnero.» — «Y les sobra razón — replicó Calígula —; el carnero tiene una carne pésima....» «Por lo que, viendo que se gozaba con lanzarnos impertinentes sarcasmos, resolvimos no decir nada más.»

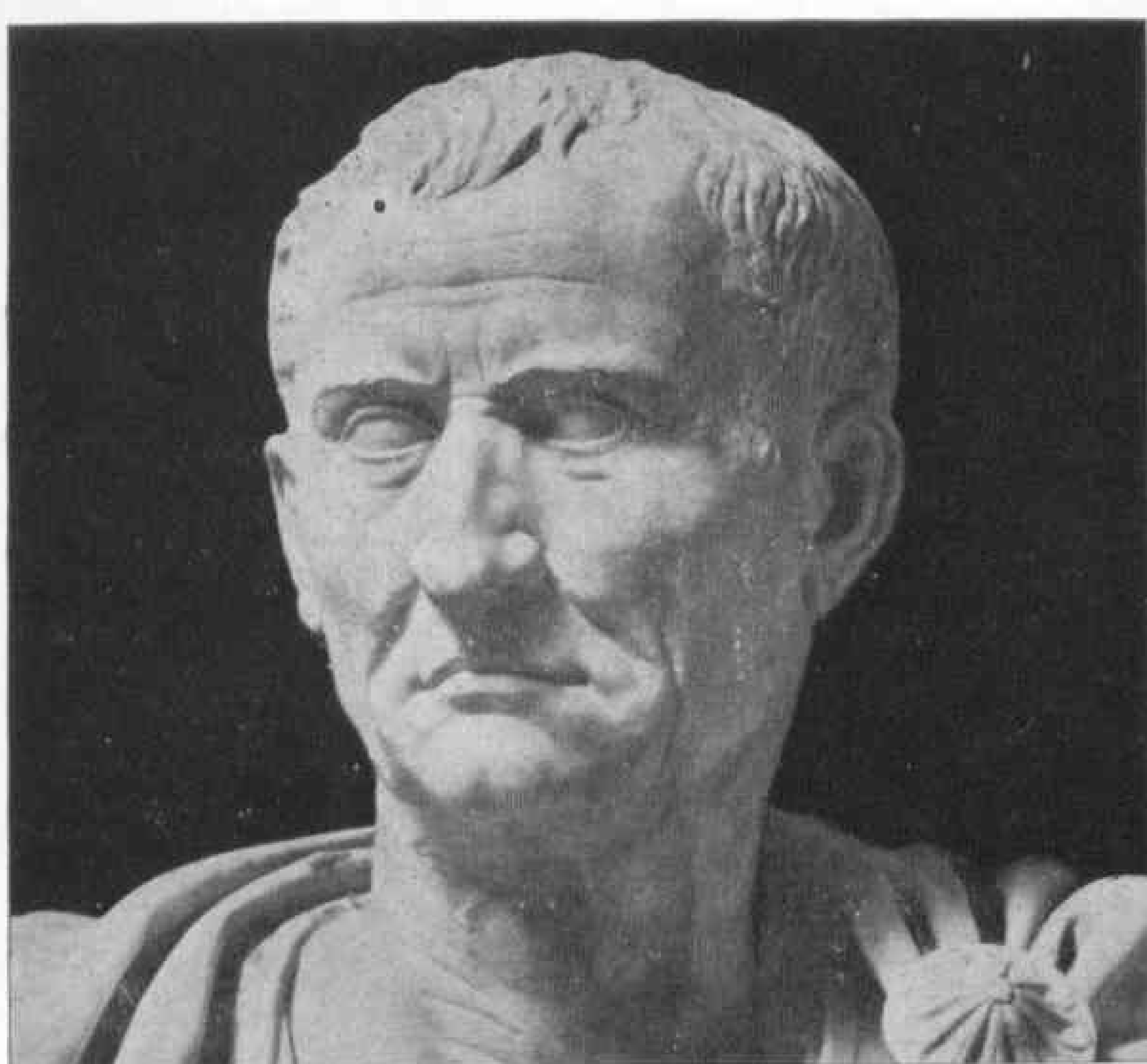
Por fin, exasperado, Calígula les preguntó: «¿Cuál es vuestra ley y vuestra organización?» Los judíos cobraron alientos y empezaron a explicarse, pero el emperador no tuvo paciencia para oírles y los despachó con estas palabras: «Veo que sois unos estúpidos, más merecedores de piedad que de castigo, porque no creéis que yo tenga una naturaleza divina.»

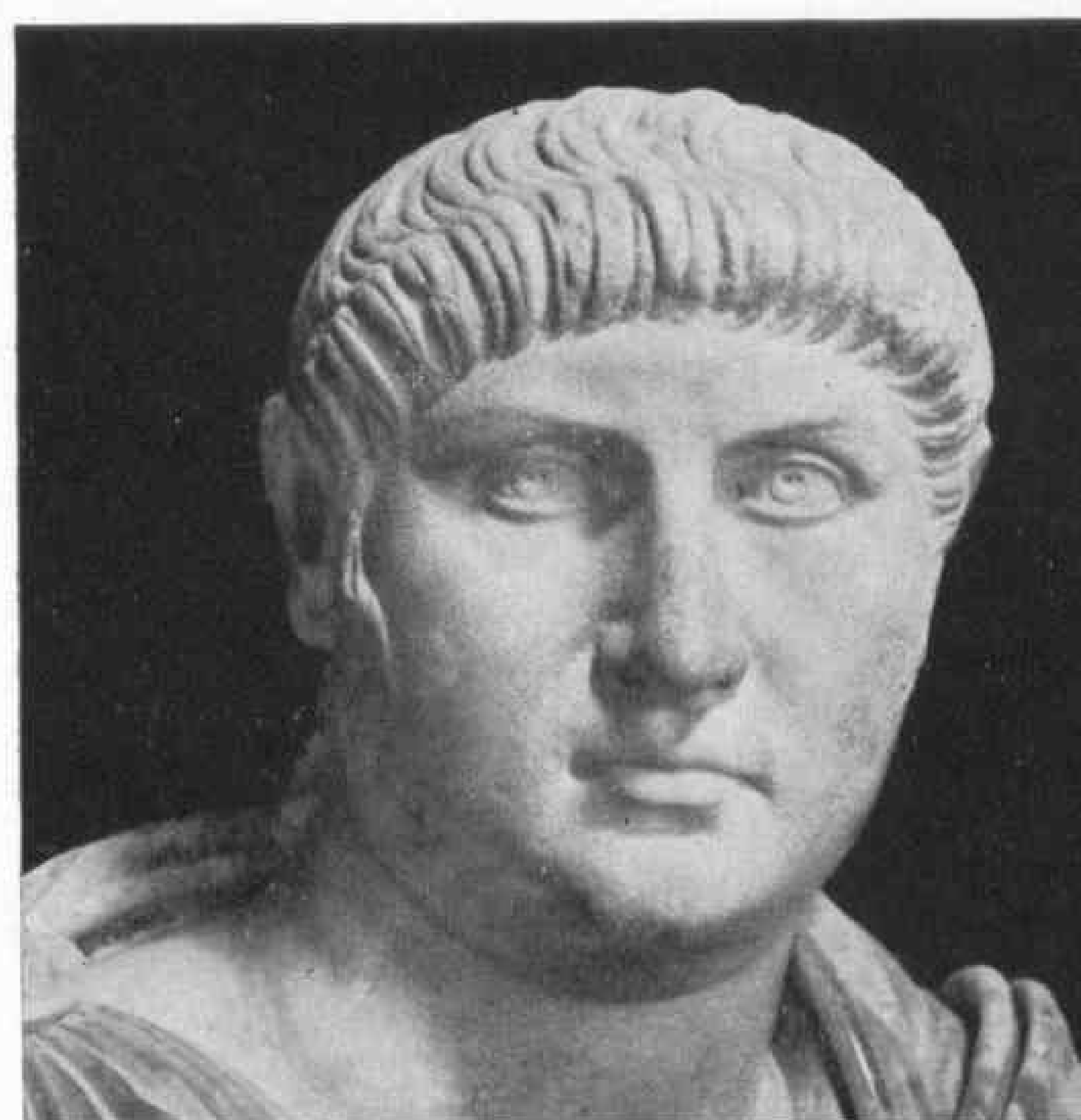
Si Calígula pensó que Filón era un estúpido ya podemos imaginar lo que pensaría Filón de Calígula. El que lee estos textos, y, sobre todo, las historias escritas en Roma, se sorprende de que no se rebelaran con más frecuencia las provincias. Y en verdad que hubo levantamientos y sublevaciones, pero fueron más la explosión del descontento local, debido a causas históricas, que resultado de la administración romana.

Por ejemplo, los judíos de Palestina se insurreccionaron y hubo necesidad de reconquistar el país palmo a palmo. Tito, por



Livia con manto sacerdotal, llamada «El Pudor», la gran virtud romana.



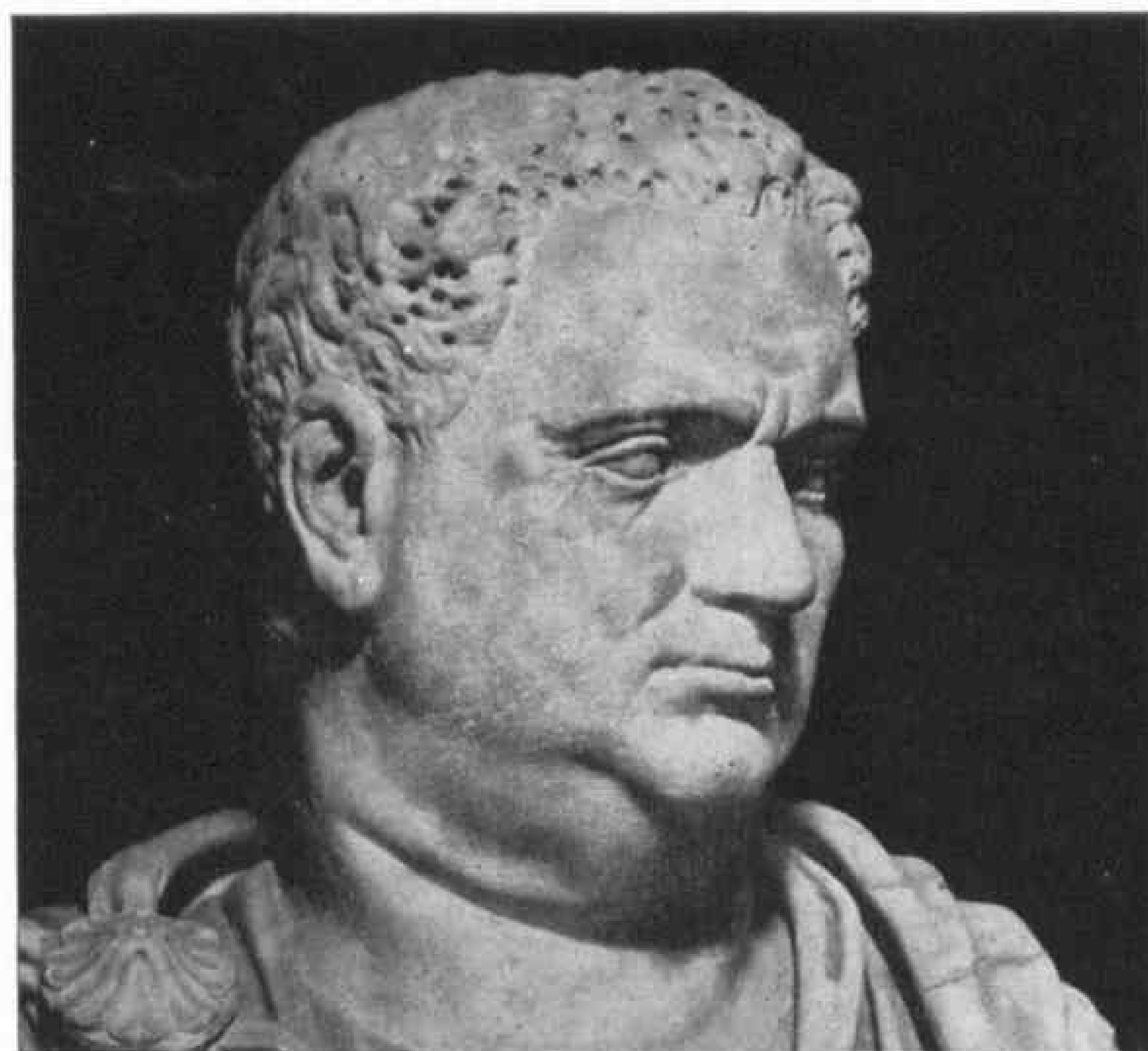


Los tres emperadores del año 69

Galba (68-69)

Otón (69)

Vitelio (69)



fin, asaltó a Jerusalén y se apoderó, como de su último reducto, de la colina del templo. Pero ningún gobierno extranjero, ni ningún gobierno propio, podía convenir a los judíos cincuenta años después de Cristo. Parte de ellos estaban helenizados; otros, con un nacionalismo mesiánico, querían restaurar sin restricciones los días de David; en el templo había también dos partidos, los contemporizadores y los *zelotes...,* y todos ellos coincidían en un solo punto: en odiar a los extranjeros, mirándoles como responsables de su propia degradación. ¿Qué podían hacer los gobernadores romanos? Abandonar el país o arrasar aquel nido de víboras para que no se contagiara el descontento a los vecinos.

A pesar de las relaciones comerciales y la indiscutible autoridad romana en las provincias del Asia y en Egipto, el arte, sobre todo la arquitectura, continuó empleando durante la época de los emperadores de la casa de César el estilo helenístico, basado en la columna y el arquitrabe. No se puede asegurar con precisión cuándo se verificó el cambio hacia el arco y la bóveda de hormigón. César hizo construir un palacio en el Celio, que sabemos que era de mármol; por lo tanto, todavía de estilo griego; Augusto construyó en el Palatino un templo magnífico a Apolo del que no quedan ni siquiera rastros; también debía de ser de mármol; Tiberio edificó su palacio en el Palatino, que debía de ser helenístico... De la Casa Aurea de Nerón quedan sólo los sótanos, decorados con estucos en las bóvedas de hormigón, pero la parte alta ha desaparecido... Fue con la nueva dinastía, la de los Flavios, como la bóveda de hormigón predominó y arquitectos y constructores emplearon la bóveda hasta el fin del Imperio, siempre con mayor audacia, hasta cubrir



Pretorianos romanos (de un bajo relieve).

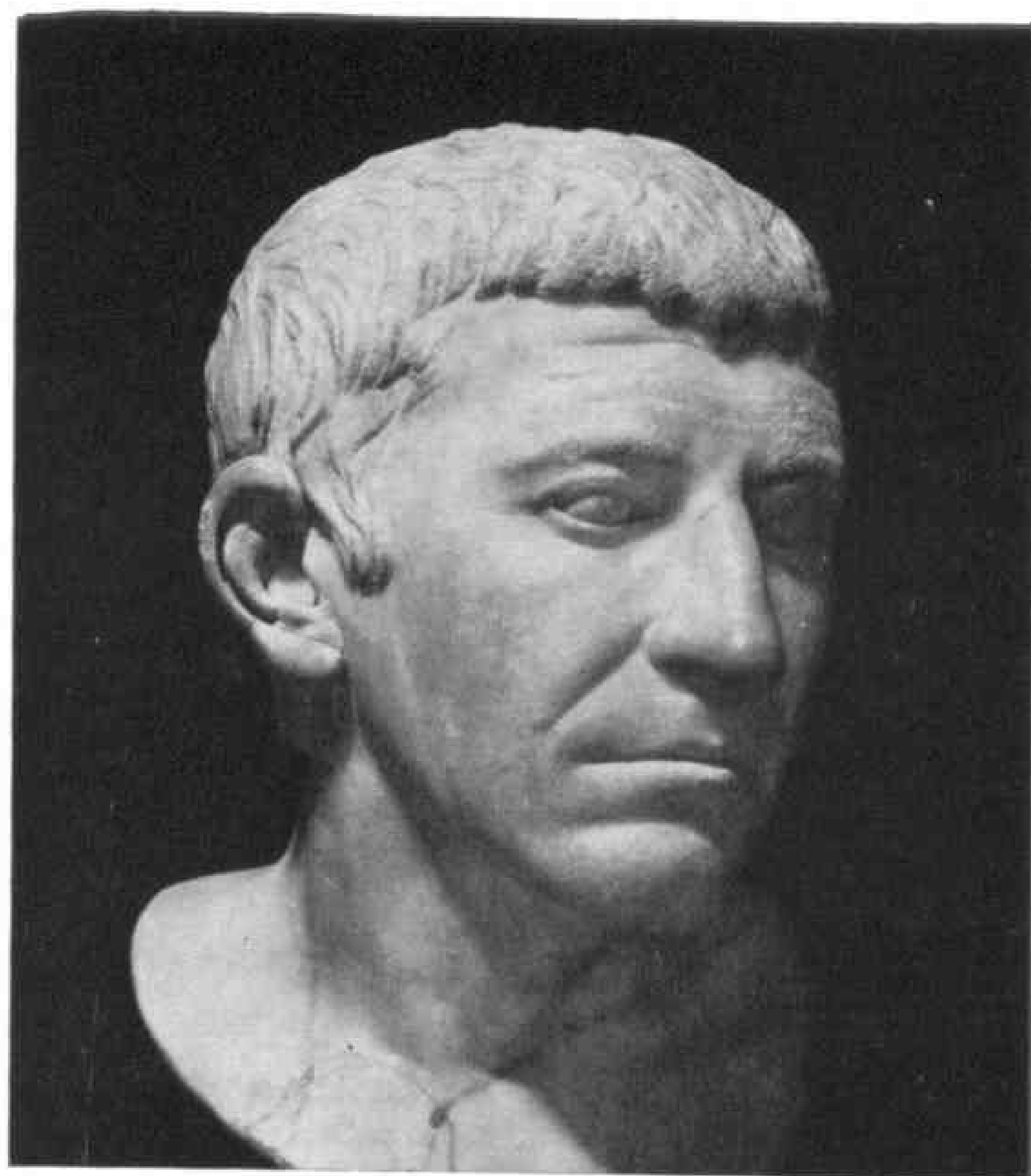
deseo de representar algo actual y explicar un hecho realizado.

La escultura decorativa también presenta señales de que van a verificarse grandes cambios. El relieve de fondo liso donde se retuercen los tallos de acanto, pero que dejan grandes espacios blancos, se va apoderando de la parte libre y con el tiempo acabará llenando todo el cuadro. Un realismo casi etrusco se manifiesta en las esculturas de bulto. Donde los escultores romanos hicieron abundantes obras maestras fue en los estucos. Las grandes bóvedas en hormigón quedarían pobres y tristes si no fuera porque se cubrieron de relieves divididos en casetones donde se reproducían escenas del repertorio griego, aunque romanizadas. Estos estucos, que hoy han perdido su policromía, se pintaban con colores vivos y algún dorado.

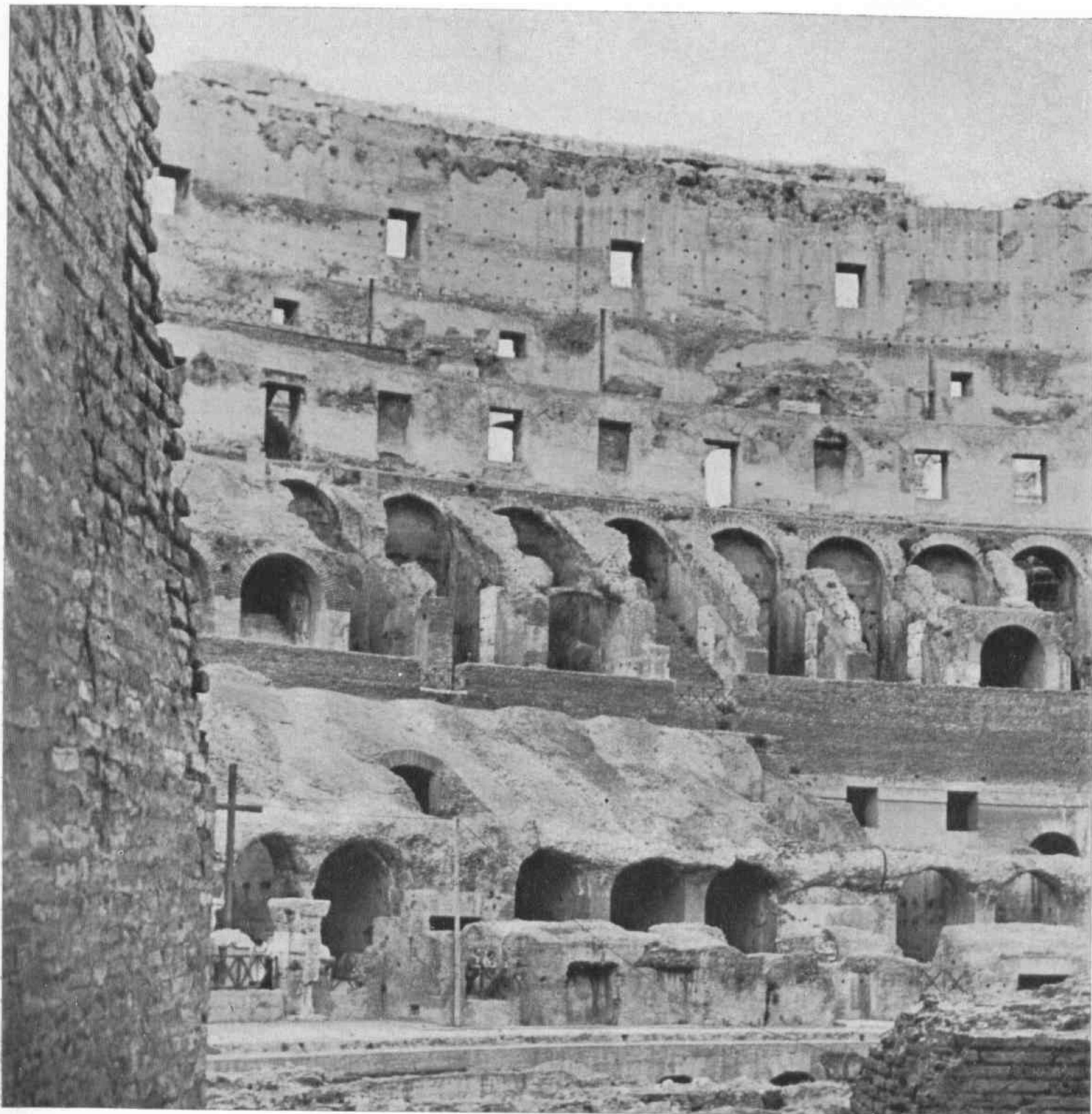
Poco podemos decir de la pintura. Pero se puede asegurar que son de tipo helenís-

espacios inmensos, y asimismo siempre a mayor altura.

En escultura, la tradición etrusco-romana continuó produciendo retratos del mayor realismo. Distinguimos los de la época de los Césares por su peinado. Los de emperadores conservan el sistema de dejar que caiga el cabello sobre la frente partido en dos partes; las mujeres siguen el tipo que había iniciado Livia, unas con rizos naturales, otras ondulados, pero siempre divididos con raya. Todavía hoy los retratos romanos son la más intensa revelación psicológica del arte europeo de todos los tiempos. Compárese, por ejemplo, una obra romana todavía imbuida de estilo helenístico, el bellísimo relieve que representa las personificaciones de las tres capitales del Imperio, con relieves romanos de escenas históricas: los relieves del Ara Pacis, ya con



Cneo Domicio Corbulón,
el gran general de Nerón.



Vista del interior del *Coloseum* o anfiteatro Flavio, como ejemplo del empleo de bóvedas de ladrillo y hormigón.

tico los frescos que todavía se conservan en la casa de Livia, en el Palatino, y los que representan un vergel o un huerto en la villa o casa de recreo de la misma Livia, fuera de las murallas, la llamada de Prima Porta.

En los muros de las casas de Pompeya podemos apreciar la evolución de la pintura griega tal como la interpretaron los artistas romanos. Al principio emplean para la decoración de las paredes de una estancia modelos naturalistas, como huertos o calles y paisajes. Después prefieren dividir los espacios de los muros con siluetas arquitectónicas realzadas con estucos. Y allí, en el centro de una decoración que pro-

duce la ilusión de parte de un edificio, se ha dejado un cuadro donde se repite una escena mitológica o hasta histórica. Es en estos cuadros pompeyanos donde reconocemos un eco de la gran pintura griega que ha desaparecido completamente. Es en los frescos de Pompeya donde descubrimos escenas del mito de Medea o de episodios de la guerra de Troya, como el sacrificio de

Angulo del Foro romano con una esquina del templo de Cástor y Pólux, de tipo helenístico, sobre un alto podium y pórtico con columnas. En frente, la construcción, ya de hormigón y grandes bóvedas, del templo del Divo Augusto, todavía de la época de los emperadores Julios.

Lo que resta hoy del Foro Romano.



Una sala del palacio imperial en el Palatino, de estilo todavía helenístico.

Ifigenia, y hasta asuntos históricos, como el famoso mosaico en el que se representa la batalla de Issos entre Alejandro y Darío.

Hay copias del gran fresco de las Tres Gracias, del Juicio de Paris, todo alejado del mundo latino, pero mantenido vivo por los poetas romanos.

Hemos hablado de las grandes bóvedas para cubrir los inmensos espacios de las termas y basílicas. Esta es en realidad la gran producción latina. Nada hay en Oriente ni en Egipto que pueda compararse con los vastos espacios cubiertos con bóvedas de las termas de Caracalla y Diocleciano. Podría calificarse este género de arquitectura más de construcción que de arte, pero es tal el ingenio y la audacia de sus autores, que hay que reconocerles inspiración más



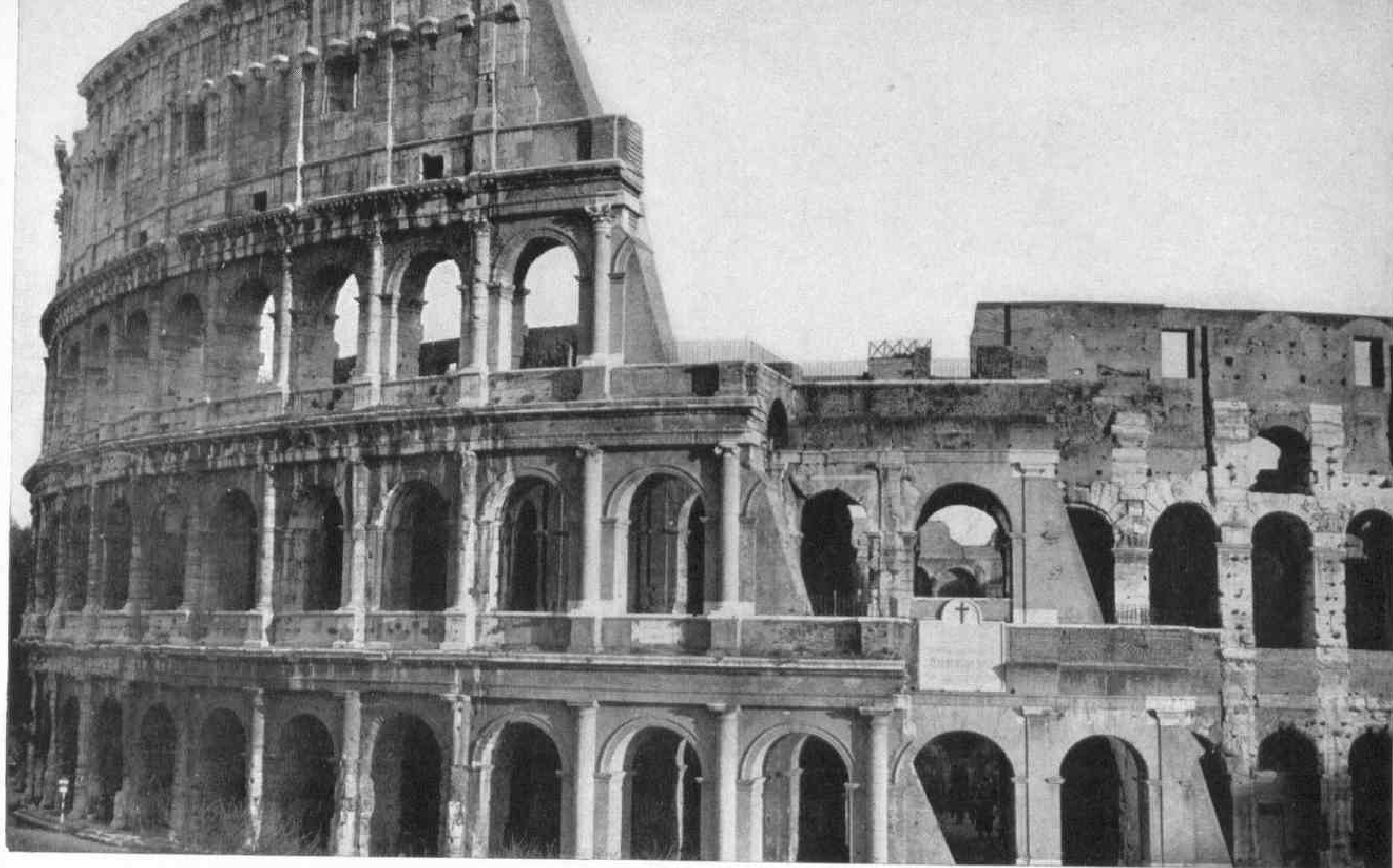
Argolla de la nave de Tiberio hallada en el lago Nemi.

como arquitectos-artistas que como meros ingenieros y sabios en mecánica y resistencia de materiales. Las obras romanas cubren todo el espacio donde el imperio impuso su disciplina. Quedan todavía los grandes puentes que cruzaron los ríos de las provincias más alejadas; quedan los teatros, los anfiteatros y muchos edificios para la administración.

Es característico que de la literatura científica de la Roma imperial se conserven sólo dos obras que traten de arquitectura; una es el libro de Vitruvio que establece las reglas y da consejos para toda clase de construcciones, y otra es la obra sobre los acueductos de Frontino. Ambos nos han llegado sin las ilustraciones que a no dudar debían de acompañar al texto, pero, a pesar de ello, sobre todo en lo que concierne al tratado de Vitruvio sirvió muchísimo a los arquitectos posteriores ya desde el tiempo de Carlomagno.

Las tres ciudades-capitales del Imperio romano en el siglo I: Antioquía abundante en agua, Alejandría aportando espigas y Roma dando órdenes.





El anfiteatro Flavio, hoy llamado Coliseo, en Roma.

25 FLAVIOS Y ANTONINOS. LAS PROVINCIAS

DESPUÉS del suicidio de Nerón, el Estado romano quedó un año entero sin príncipe emperador. No había ningún descendiente de la familia de Augusto que pudiera invocar sus derechos. Sin embargo, hasta tres candidatos llegaron, aunque por breve tiempo, a llamarse *príncipes* y gobernar con posibilidades de imponerse e iniciar una nueva dinastía. Uno de ellos, Galba, se calificaba de *legatus senatus populique Romani,* esto es, un agente del Senado y el pueblo, pero murió el mismo año. Los otros, Vitelio y Otón, se enzarzaron en un combate en la Galia, junto a Bedriac. Otón, vencido, se suicidó, y Vitelio consiguió llegar a Roma.

Por fortuna, el prefecto de Egipto escogió al jefe del ejército de Judea, Flavio Vespasiano, que fue reconocido por las legiones de España, Italia y Bretaña. Vespasiano tuvo que tomar por asalto a Roma, que estaba por Vitelio... Todo esto, en un año, el 69. Vespasiano era de antigua estirpe latina; su abuelo había sido centurión y él mismo militar desde muy joven. Había ido como legionario a la conquista de Bretaña como comandante de la legión de Estrasburgo. Tenía veleidades artísticas y literarias. Su reinado, que duró diez años, del 69 al 79, fue pródigo en obras públicas. Quería asegurar su popularidad con construcciones magníficas. Se conserva todavía su anfiteatro Flavio, que podía reunir de 40.000 a 50.000 espectadores.

Vespasiano proclamó sucesores a sus dos hijos, Tito y Domiciano. Tito sobrevivió a



Arco triunfal de Trajano en Benevento.

su padre sólo dos años, pero antes había acabado la conquista de Judea e inmortalizó esta gran hazaña con un arco triunfal a la entrada del Foro romano, que todavía se conserva, edificó un templo a Vespasiano y un Foro actualmente atribuido a Nerva. Y, por último, hizo construir en Roma un templo a la Paz *(inmensa Romanae Pacis Majestas)*. Los Flavios eran conscientes de la grandeza imperial.

El segundo hijo de Vespasiano, Domiciano, tuvo un largo reinado, del 81 al 96. En su tiempo llegó una embajada china que no pasó del Aral, pues su jefe, llamado Pantchao, creyó poder encontrar al emperador romano en Antioquía y, al no encontrarle, regresó sin consecuencias.

La dinastía acabó con los escándalos del tercero y último de los Flavios, que fue asesinado por sus inmoralidades y desórdenes. El Senado, para substituirlo, nombró a uno de los suyos, Nerva, hombre adornado de grandes virtudes. Dos años después de haber sido elegido Príncipe y Augusto, Nerva adoptaba a Trajano.

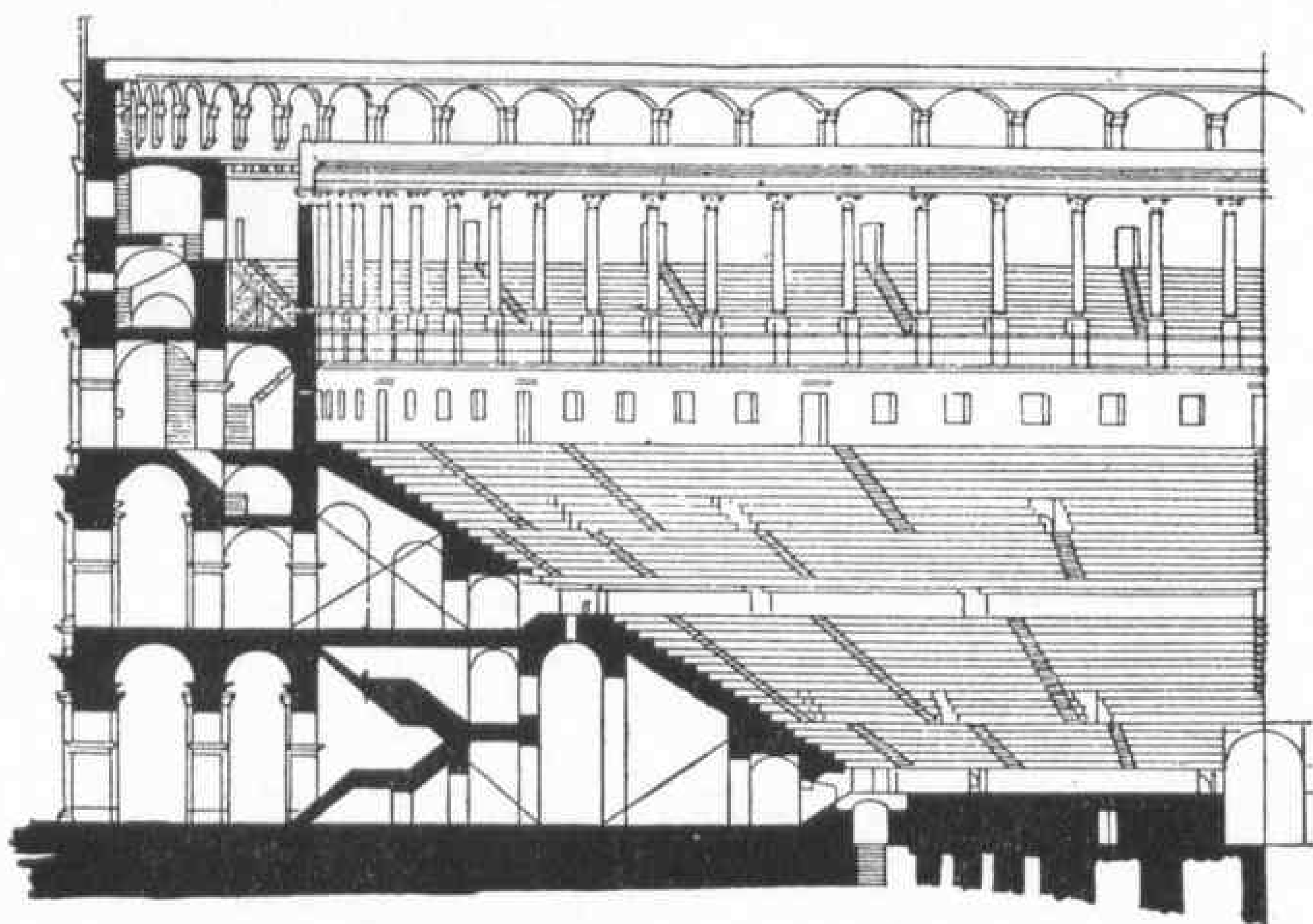
Tres meses después moría el noble viejo, y el Senado no podía hacer más que aceptar como Príncipe y Augusto a Trajano, «hijo del divino Nerva». Trajano estaba en Germania cuando fue adoptado por Nerva y cuando murió éste, y creyendo que su presencia era todavía necesaria en la frontera, no partió para Roma hasta el año siguiente. Con esto ya demostró que, si bien tenía un alto concepto de sus deberes como jefe del gobierno, no estaba dispuesto a respetar las tradiciones republicanas que aún podían subsistir en el Senado.

En realidad, la conducta admirable de Trajano durante todo su reinado inauguró el sistema de gobierno personal por el mejor ciudadano del Imperio, más bien que el de un régimen presidencial con un magistrado ejecutivo y una asamblea soberana. Trajano sabía muy bien cómo se componía el Senado. Durante la república y los primeros tiempos del Imperio, el censor era el único que podía nombrar o destituir a los senadores; pero Domiciano se hizo nombrar censor y ahora era ya el emperador quien formaba a su gusto el Senado. Trajano no procedió a restaurar el poder del censor. Comprendió que, para obrar bien, debía tener las manos libres. Asegúrase que, al entregar al jefe de los pretorianos la espada, le dijo: «¡Empléala contra mí si no cumplo con mi deber, pero en defensa mía si obro bien!»

Al ser elegido emperador, Trajano era todavía fuerte, aunque ya entrado en años. Tenía gran experiencia, sin exagerados prejuicios romanos, porque era provinciano de

El arco de Tito en Roma.





Sección del Coliseo.

Itálica, cerca de Sevilla. No tenía ambición, ni hijos que pudieran disgustarle con sus desórdenes; su esposa, tan discreta como él, le siguió en algunas de las campañas militares que emprendió.

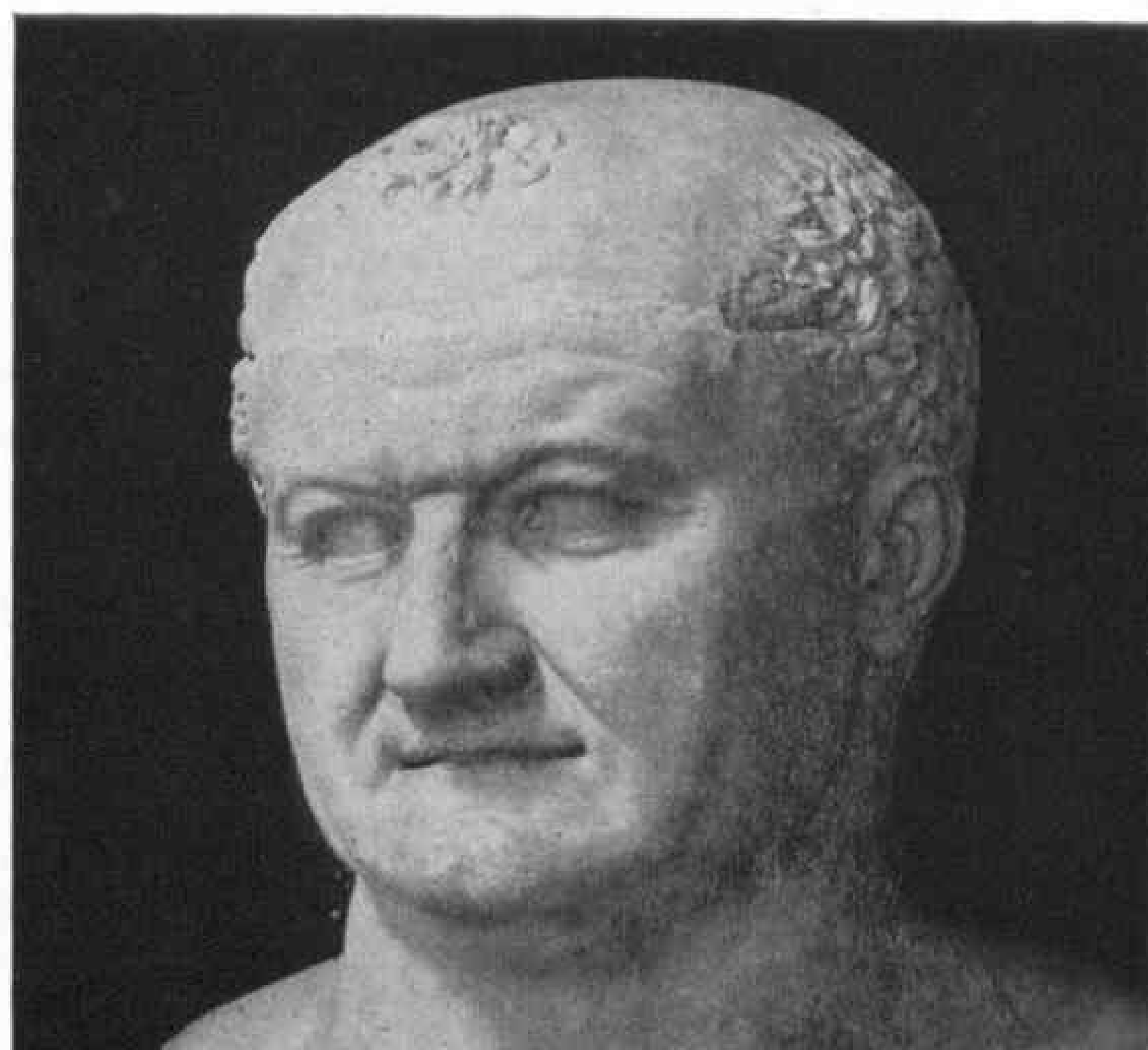
Los que, como Dante, creen que el gobierno perfecto sólo podrá obtenerse con un César sin tacha, no pueden hallar mejor modelo que Trajano. De sus diecinueve años de gobierno, siete los pasó en el campamento y murió en una tienda, a los sesenta y cinco de edad. Había traspasado las fronteras fijadas por Augusto, había conquistado la Mesopotamia y descendido por el Tigris hasta el golfo Pérsico. Allí dicen que contempló, curioso, cómo partía una nave para la India. ¡Qué lastima no ser él entonces joven como Alejandro! ¡Pero quién sabe si Trajano no comprendió que había en su misión algo más grande y más difícil que la cabalgada heroica del macedonio a través del Asia, y retrocedió presuroso hacia Occidente, que necesitaba de su férula paternal!

Trajano gobernó con un grupo de amigos fieles, capaces y conscientes de la alta misión que les había sido confiada. Los conocemos poco; quisiéramos saber más de estos funcionarios excelentes que tuvieron tan alto concepto del servicio imperial. El Agripa del tiempo de Trajano parece que hubo de ser un tal Licinio Sura, del que subsiste un arco conmemorativo cerca de Tarragona. Otros debían de ser intelectuales discretos y sin vanidad política. Tenemos un tesoro de información en la correspondencia que se cruzó entre Trajano y Plinio el Joven, enviado a gobernar en Bitinia, en Asia Menor.

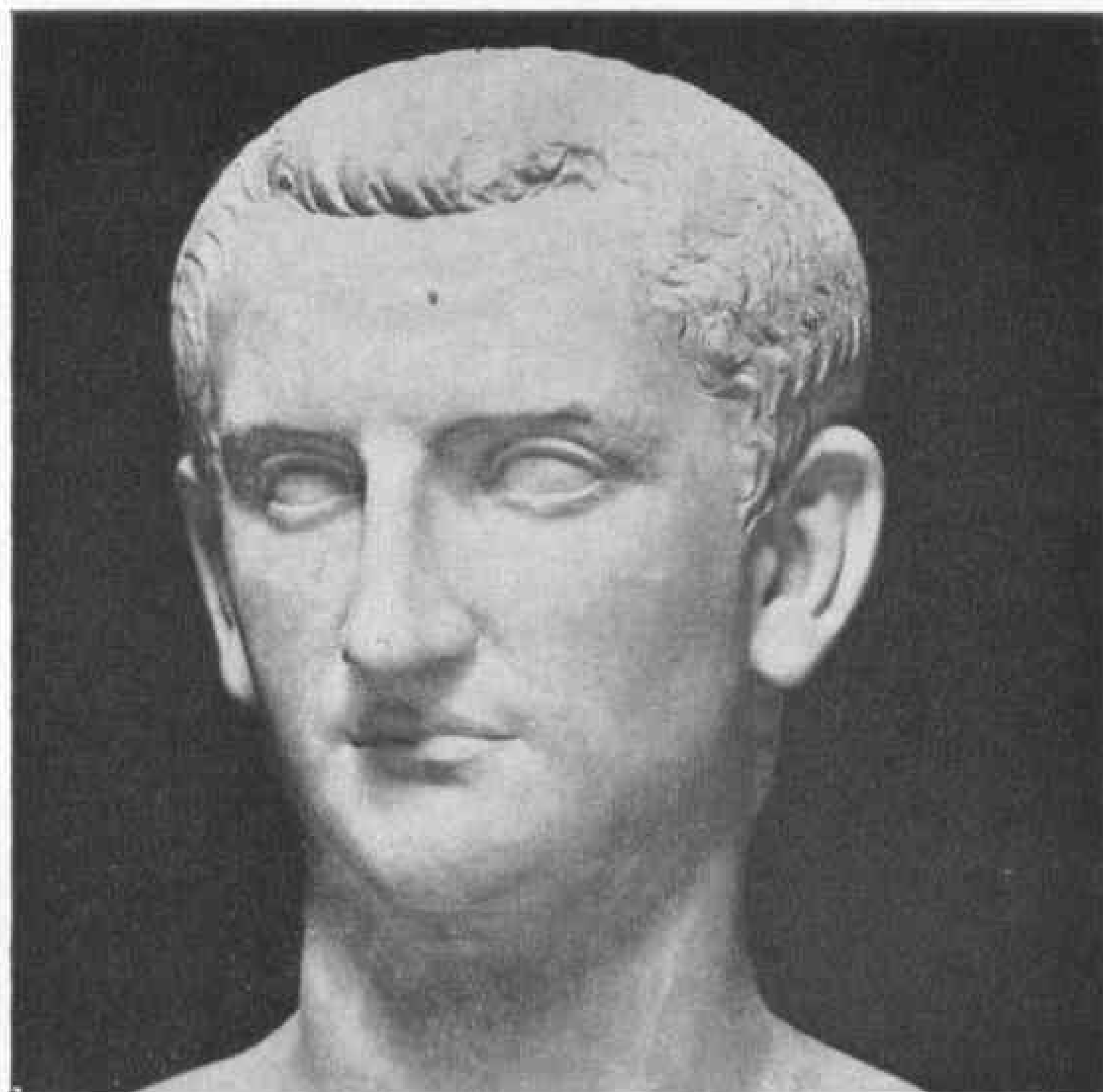
Plinio, sobrino del gran naturalista, era más bien un hombre de letras que un político; poseía bienes de fortuna, muchos amigos, y gozaba en Roma de gran reputación como abogado. Sin embargo, partió a la lejana provincia y desde allí consultó cada día a Trajano los problemas que se le presentaban en su gobierno. Las cartas de Plinio a Trajano dan idea de un empleado novel y algo meticuloso. Las respuestas de Trajano son muy propias de un príncipe justo, tal vez fatigado del mando, pero atento y previsor. Ambos no piensan más que en el bien público.

A la muerte de Trajano, todavía en Siria, las legiones, que rodeaban su tienda, y la viuda, que estaba presente, aclamaron a su pariente Adriano como sucesor; éste no hizo más que comunicar al Senado el *hecho consumado*. Adriano, que se había educado en Grecia, era más refinado y más intelectual que Trajano, aunque también de origen español. La historia tradicional romana ha presentado a Adriano como un esteta cosmopolita y amoral. Sus grandes

Vespasiano (69-79).



Domiciano (81-95).



construcciones, sus escritos, su ascensión a la cumbre del Etna para ver salir el Sol, sus viajes para visitar lugares históricos y paisajes famosos, todo esto cuenta más en los libros de historia que sus iniciativas para reorganizar el Imperio y dar a las provincias una vida civil casi moderna. Pero en los veintiún años que duró el gobierno de Adriano puede decirse que no hubo una ciudad del Imperio que no recibiera su visita y no se aprovechara de su liberalidad. Adriano hizo de las provincias verdaderas tierras romanas. Los gobiernos de sus dos sucesores, Antonino Pío y Marco Aurelio, continuaron manteniendo el mismo tono moral de la administración. Parece un sueño, una utopía, el que fuera posible la existencia de cuatro príncipes perfectos, uno después del otro, gobernando el mundo por un período de ochenta años.

He aquí un párrafo de las *Meditaciones* de Marco Aurelio: «Yo tuve en mi antecesor y padre adoptivo, Antonino Pío, un ejemplo de sencillez y firmeza, de desprecio de las vanidades. de diligencia y de perseverancia... El daba audiencia a todo el mundo y respetaba los derechos de cada uno; él sabía cuándo y cómo tenía que descansar, lo mismo que la mejor manera de aprovechar el trabajo. El me enseñó a perdonar a los que se propasasen conmigo y a conducirme como un igual entre las gentes; a distribuir mis afectos, no cambiando de amigos a todas horas ni entregándome a ellos ciegamente. De él aprendí a no depender de nadie y aceptar mi destino, sea el que fuere; a ser precavido en los negocios públicos y no desdeñar el estudio de los asuntos por pequeños que parecieren, sin caer tampoco en puntillos de afectación. El me demostró que debía estar siempre por encima de los juicios del vulgo; me enseñó a adorar a los dioses sin superstición y servir a la humanidad desinteresadamente, a ser sobrio, a no entusiasmarme por vanas novedades, a contentarme con poco, a apreciar los bienes que tengo en mi mano y a no desesperarme por su pérdida. De él aprendí a no ser un sofista ni un pedante, sino un hombre práctico que vive en este mundo; a tener buenos modales, a ser limpio y a cuidar de la higiene, sin depender demasiado de los médicos... Siempre prudente y moderado, Antonino nunca se en-

Tito (79-81).





Ruinas del teatro romano de Leptis Magna (Libia).

tregó con exceso a la manía de construir edificios, ni fue excesivo en sus dádivas al pueblo. Pensó sólo en cumplir con su deber, sin cuidarse de lo que diría la gente...»

Este es el elogio de Antonino Pío, hecho por Marco Aurelio. Nadie lo ha desmentido. A su vez, la posteridad unánimemente ha hecho el elogio de Marco Aurelio. ¡El ideal de Platón, que quería un filósofo jefe de la república, se había realizado! Y no sólo una *polis,* sino un vasto imperio, estaba administrado por un filósofo estoico. Marco Aurelio no fue un erudito, como Alfonso el Sabio, ni un aficionado a la filosofía, como Pericles o Federico de Prusia, sino un pensador original cuyos escritos no dejan duda de su sinceridad. Su familia era cordobesa, pero él fue educado en Roma. Antonino Pío no sólo le adoptó, sino que le casó con su hija Faustina, a quien Marco Aurelio llama «mi pequeña mamá». Faustina le acompañó en sus viajes y murió lejos de Roma, en Capadocia, adorada por los soldados, quienes la llamaban *Mater Castrorum,* la madre de los campamentos.

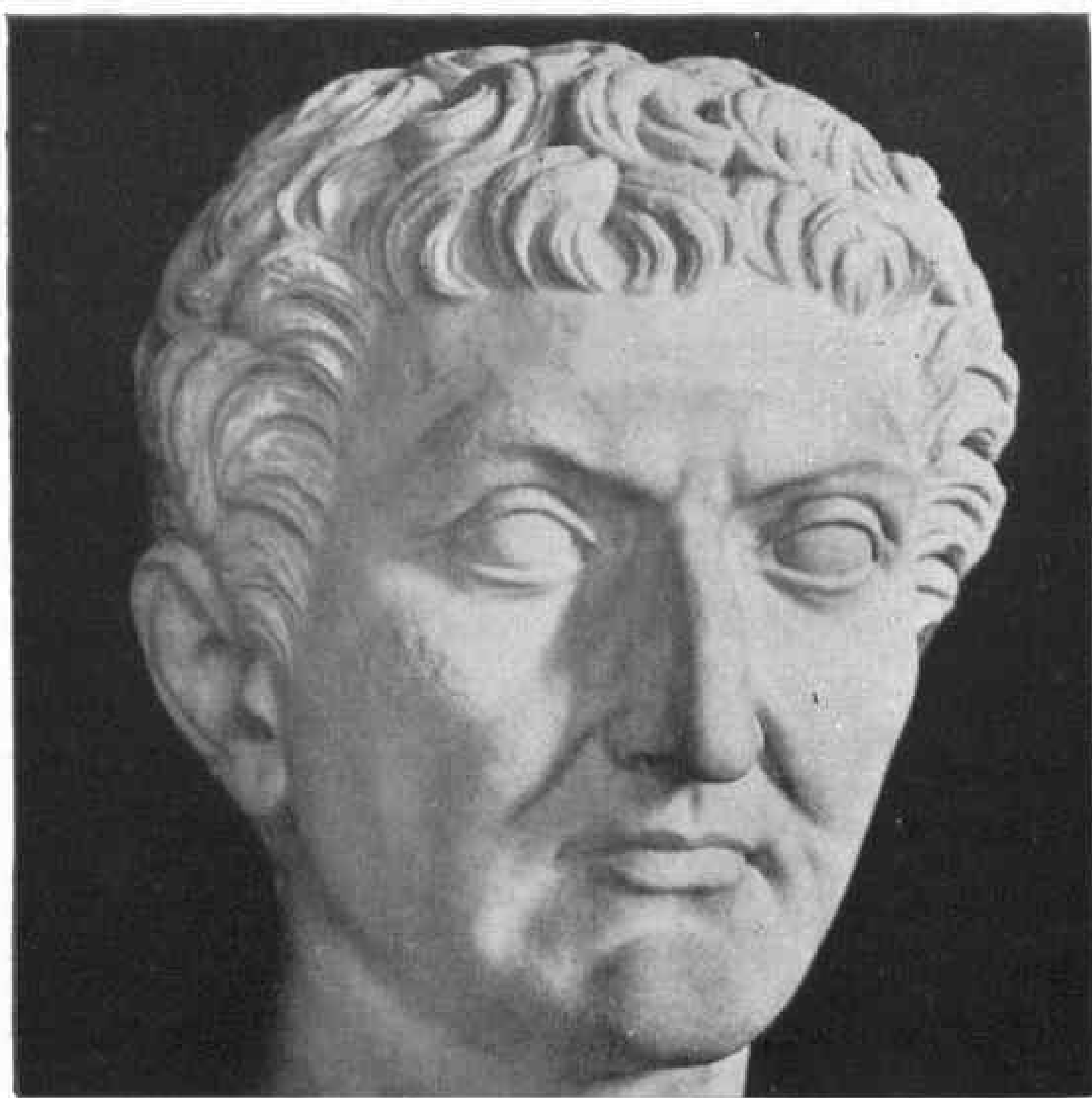
Es interesante advertir que Marco Aurelio no trató de mejorar la constitución, sino que se condujo dentro del orden de cosas existente. El emperador se mostró más bien respetuoso con el Senado, consultándole en todos los asuntos graves por medio de *relaciones* escritas que leía él en persona. Los diecinueve años del reinado de Marco Aurelio estuvieron llenos de terribles dificultades. Existía el problema eterno de las fronteras, que Trajano había tratado de resolver castigando a los belicosos vecinos del otro lado del Eufrates y del Danubio y anexionándose sus tierras. Adriano prefirió retroceder, y esto animó a los bárbaros. Marco Aurelio tuvo que atacar otra vez en el Asia y en la Europa Central. En la tienda de campaña fueron escritas, pues, muchas de sus *Meditaciones.* Oyendo a veces los cantos soeces de los soldados, o respirando el hedor de los cuerpos insepultos, el emperador se pregunta: «¿Estás contento de haber hecho lo que te exige la naturaleza o quieres ser recompensado, como si el ojo esperara paga para ver, o el pie pidiera sueldo para andar?» El, como emperador, es una parte del Todo, que contiene, no

sólo la humanidad, sino la naturaleza y hasta Dios. Como emperador debe servir, marchar, pelear, mandar..., no tiene nada de qué quejarse ni de qué alabarse. Para los que creen que la bondad de un gobierno depende únicamente de la capacidad de los gobernantes, y que el régimen no interviene en ello, el ejemplo del emperador filósofo es una lección para enseñarles que no basta la dictadura de los mejores.

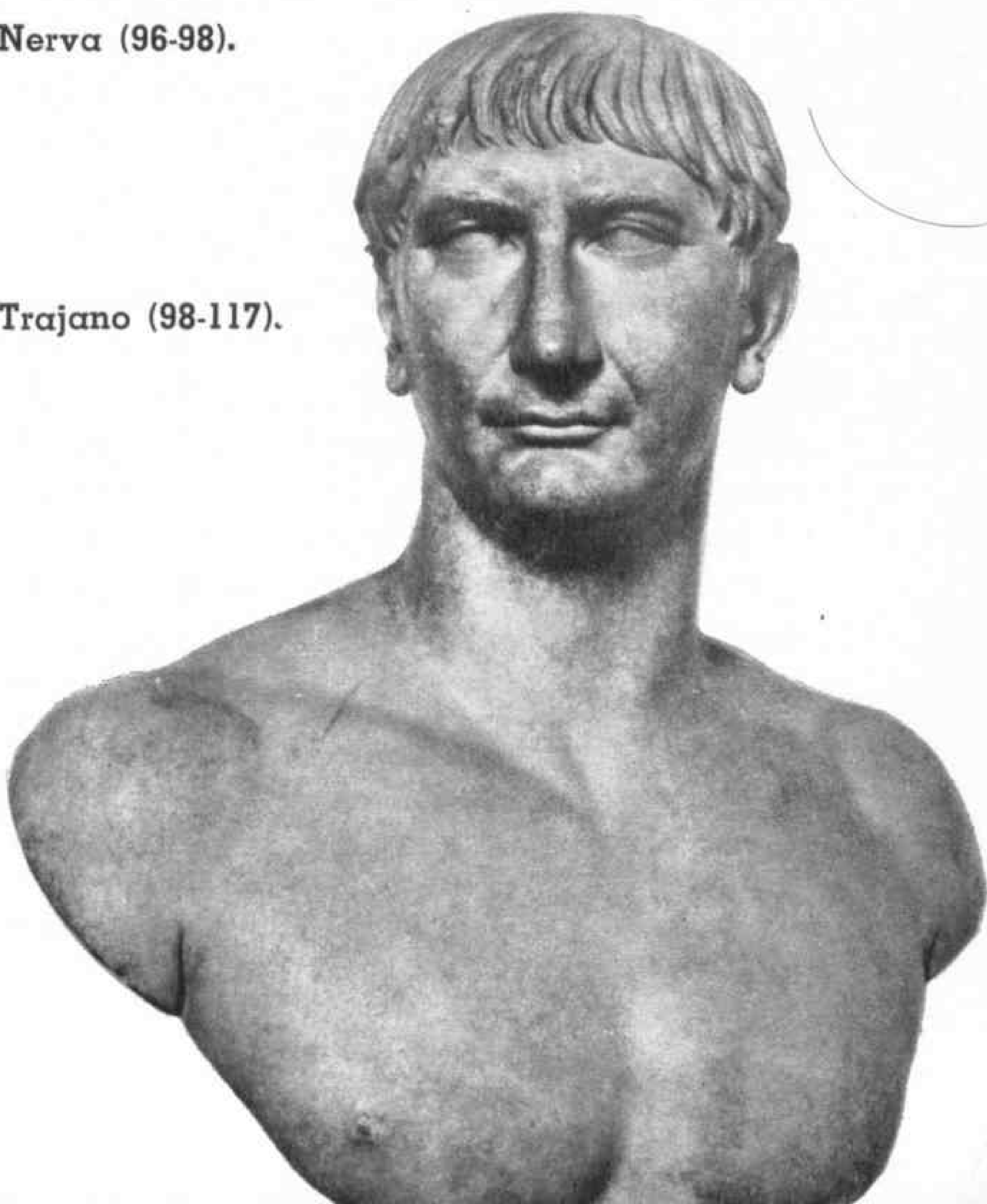
A la muerte de Marco Aurelio fue elegido su hijo Cómodo, incapaz; tras cuatro grandes príncipes perfectos, casi es inevitable, si la constitución no dispone lo contrario, que el gobierno se haga hereditario. Pero Cómodo fue asesinado; aunque gobernó como colega de su padre, y hasta le acompañó en sus últimas campañas, pronto se mostró indolente y brutal. Nuevamente se repitió el escándalo de conspiraciones, terrores y despotismos del primer siglo del Imperio. En los años que median del 180, en que muere Marco Aurelio, hasta el 283, año de la proclamación de Diocleciano, se suceden, juntos o aparejados, hasta veintinueve emperadores. Por lo que, descontando los trece años del gobierno de Cómodo y los veinticuatro de Septimio Severo y Caracalla, los restantes arrojan un promedio de dos años para cada emperador.

Sin embargo, a pesar de tantos desórdenes, el Imperio continuó subsistiendo por lo que en él quedaba aún vivo de la tradición republicana. Durante la República, al empezar a anexionarse territorios, se gobernaron con ex cónsules o ex pretores, que recibían la administración de una provincia para compensarles de su servicio gratuito de cónsul o pretor en Roma. Estos ex cónsules y ex pretores tenían el derecho de administrar justicia, del que carecían tribunos y censores. Podían, pues, servir para gobernar un país cuyos servicios estaban más simplificados que en Roma, pero donde no podía faltar alguien para hacer justicia con capacidad de juez.

Además, de todos los magistrados romanos sólo los cónsules tenían el mando del ejército; por lo tanto, en los territorios donde había peligro, y donde estaban acuarteladas las legiones, era indispensable un cónsul o ex cónsul con poder consular. De aquí la división de provincias en dos clases: las que tenían guarnición militar eran *consulares;* las ya pacificadas eran *pretoriales,* o regidas por pretores. Para facilitar la gobernación se fue aumentando el número de pretores a medida que se iban anexionando territorios: llegó a haber hasta cua-



Nerva (96-98).



Trajano (98-117).



Adriano (117-138).

renta pretores en Roma, pero con los cónsules esto fue imposible, porque su carácter sacratísimo no permitía que fuesen muchos. Nunca hubo más de dos cónsules, pero se extendió el tiempo de gobierno en las provincias y algunos procónsules conservaron su gobernación tres y cuatro años. Otra solución fue la de elegir cónsules cada pocos meses, y así tener más ex cónsules a fin de año para el gobierno de las provincias.

Durante el Imperio subsistió este régimen, cambiando tan sólo los nombres. Las provincias quedaron clasificadas en dos categorías: las *imperiales,* que dependían del emperador, quien tenía la potestad proconsular sobre todo el Imperio, y las *públicas,* a cargo del Senado. Cuáles eran de una clase y cuáles de la otra, lo decidía el emperador; éste, a veces, juzgaba necesario mantener un cuerpo de ejército en una provincia que hasta entonces había sido del Senado, y automáticamente recaía bajo la jurisdicción imperial. Pero hasta cuando los cargos públicos en Roma eran provistos con candidatos propuestos por un emperador tirano, incluso entonces, su período preliminar de servicio en la capital valía tanto como un curso de derecho político y de administración provincial. No importaba que, en los meses de sus funciones en Roma, careciesen de independencia y fueran sólo ejecutores de la voluntad de un Calígula o un Nerón; el caso es que aprendían la rutina y los procedimientos de gobierno. Roma era, pues, una especie de escuela para ejercitarse en el gobierno los funcionarios que iban a provincias.

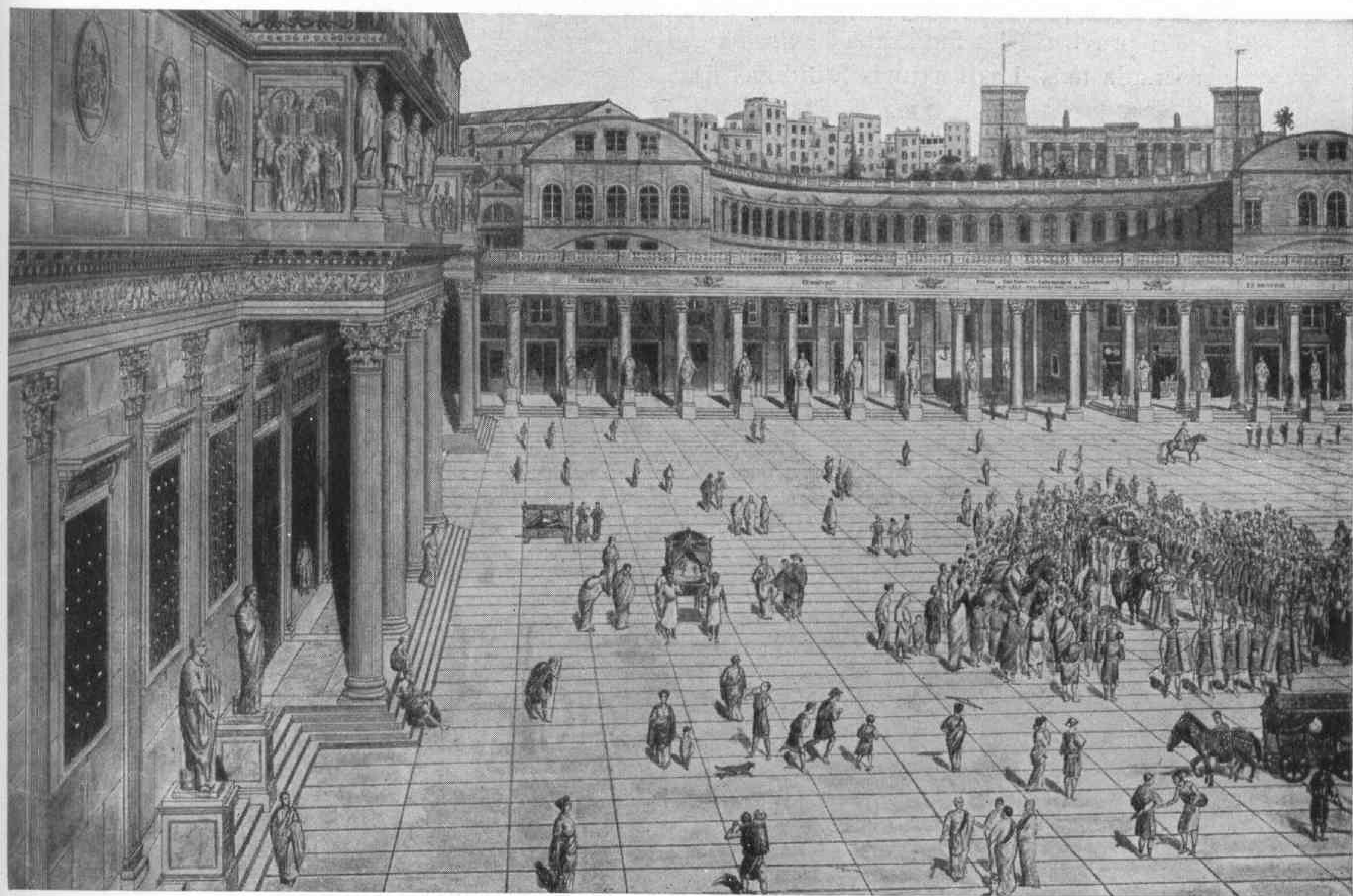
Los procónsules y ex pretores marchaban a su gobernación con un séquito que nombraba el Senado, aunque a propuesta del propio gobernador. Estos auxiliares subordinados eran el cuestor, que hacía las veces de tesorero, y un número de legados, que iban para ayudar, y sobre todo para adquirir experiencia. Así, el procónsul, o pretor, asumía reunidos, en la provincia, los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Si era una provincia consular, con un cuerpo de ejército, el gobernador tenía que mandarlo como general y a menudo dirigir una campaña. Aunque había en las provincias *concilios,* o asambleas provinciales, el gobernador tenía que promulgar a veces ordenanzas para nuevos casos que no estaban previstos en la *costumbre* local, siempre respetada por la administración romana; por último, tenía que administrar justicia.

Recorría el gobernador sus distritos, llamados *conventus,* en una especie de visita pastoral; en España había siete conventos en la Tarraconense, cuatro en la Bética y tres en la Lusitania. En cada distrito existían una o varias ciudades donde el gobernador acostumbraba a detenerse para resolver pleitos de su jurisdicción, lo que hacía asesorado siempre por un grupo de ciudadanos romanos establecidos en el país. El gobernador no debía entender en todos los casos. Algunas ciudades tenían privilegios establecidos por su fuero, o carta de fundación, y otros que se les otorgaron más tarde. Por alguno de estos privilegios se les concedía precisamente el derecho de administrar justicia sin esperar la visita del gobernador. En la mayoría de las ciudades los magistrados municipales podían resolver querellas entre esclavos y pleitos por

pequeñas deudas. Por ejemplo, en la ley de Málaga, que subsiste grabada en bronce, se dispone que los pleitos por menos de mil sestercios serán de incumbencia de la autoridad local.

Del itinerario del viaje y los trabajos de un gobernador nos entera la correspondencia de Cicerón cuando fue a gobernar la Cilicia. Había sido cónsul el año 63; le tocaba, pues, una provincia consular, de frontera y con ejército. Hubiera él preferido, claro está, Grecia o Sicilia, pero éstas no eran consulares; le tocó en suerte la Cilicia, tierra más o menos clásica, con un pasado histórico respetable. Ya antes de salir de Roma redactó su *edicto,* en que se contienen los principios de justicia con que se proponía gobernar. Todos los gobernadores hacían lo mismo, copiándoselo uno de otro. Cicerón no fue una excepción, pues se limitó a copiar el edicto de su predecesor, el incorruptible Scévola, con algunas variaciones.

Cicerón llegó a Laodicea el 31 de julio e inmediatamente empezó a fallar casos en el tribunal. Un mes más tarde estaba en Iconium, donde pasó revista al ejército; de allí fue a Tarsos, adonde llegó el 5 de octubre. En seguida tuvo que emprender una expedición militar contra las tribus del



Foro Trajano, con una de las bibliotecas en el fondo y la basílica a la izquierda.

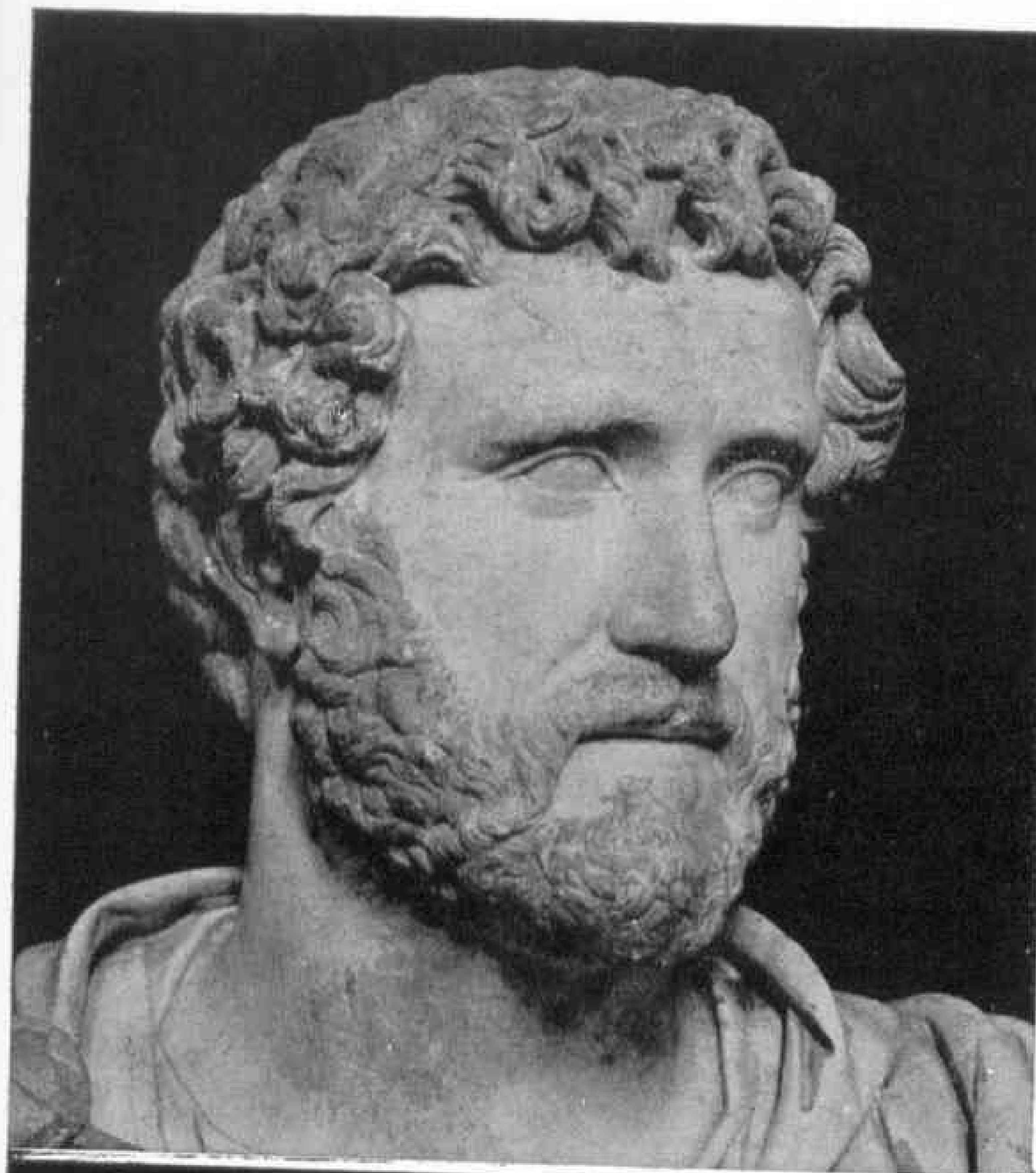
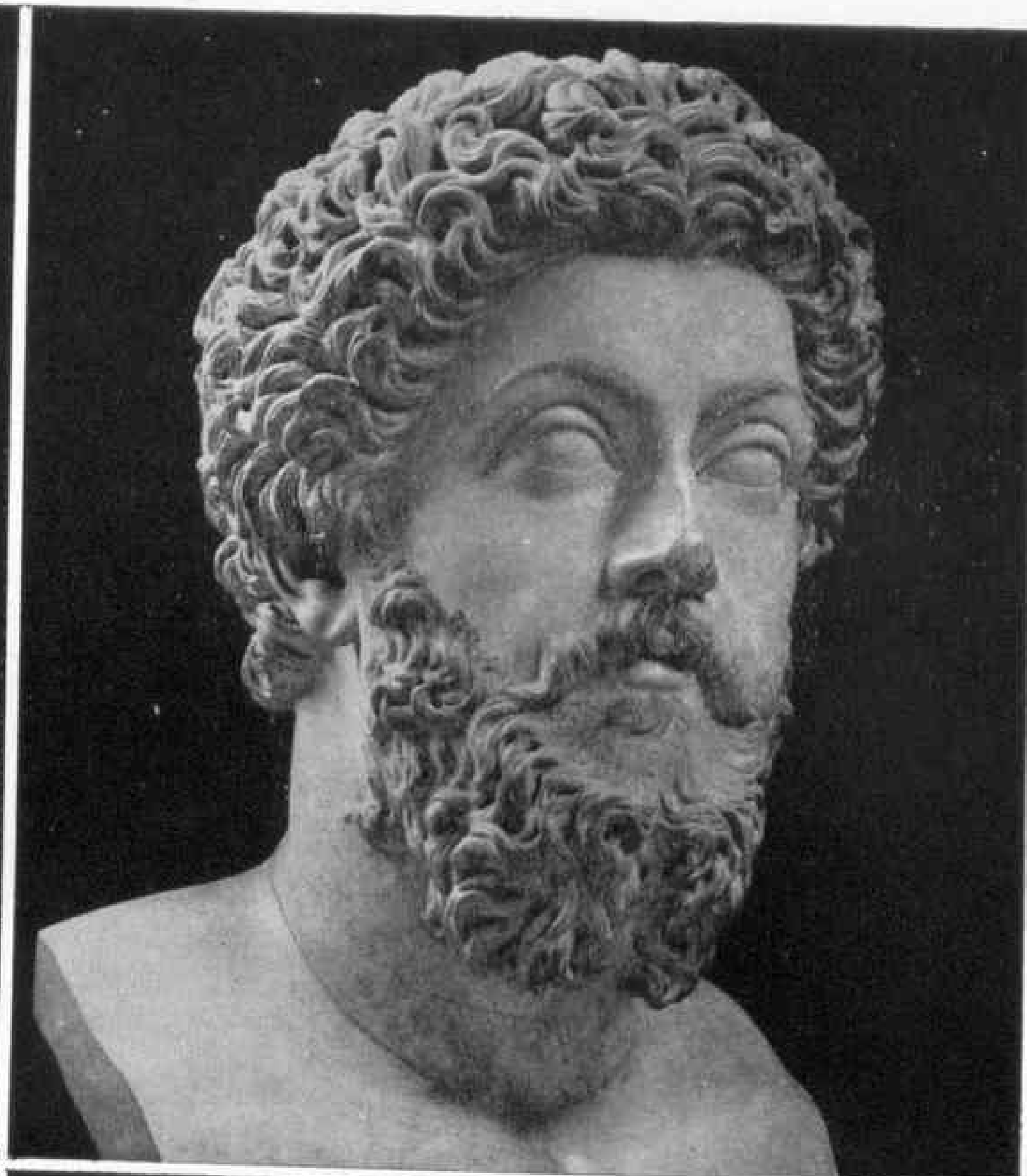
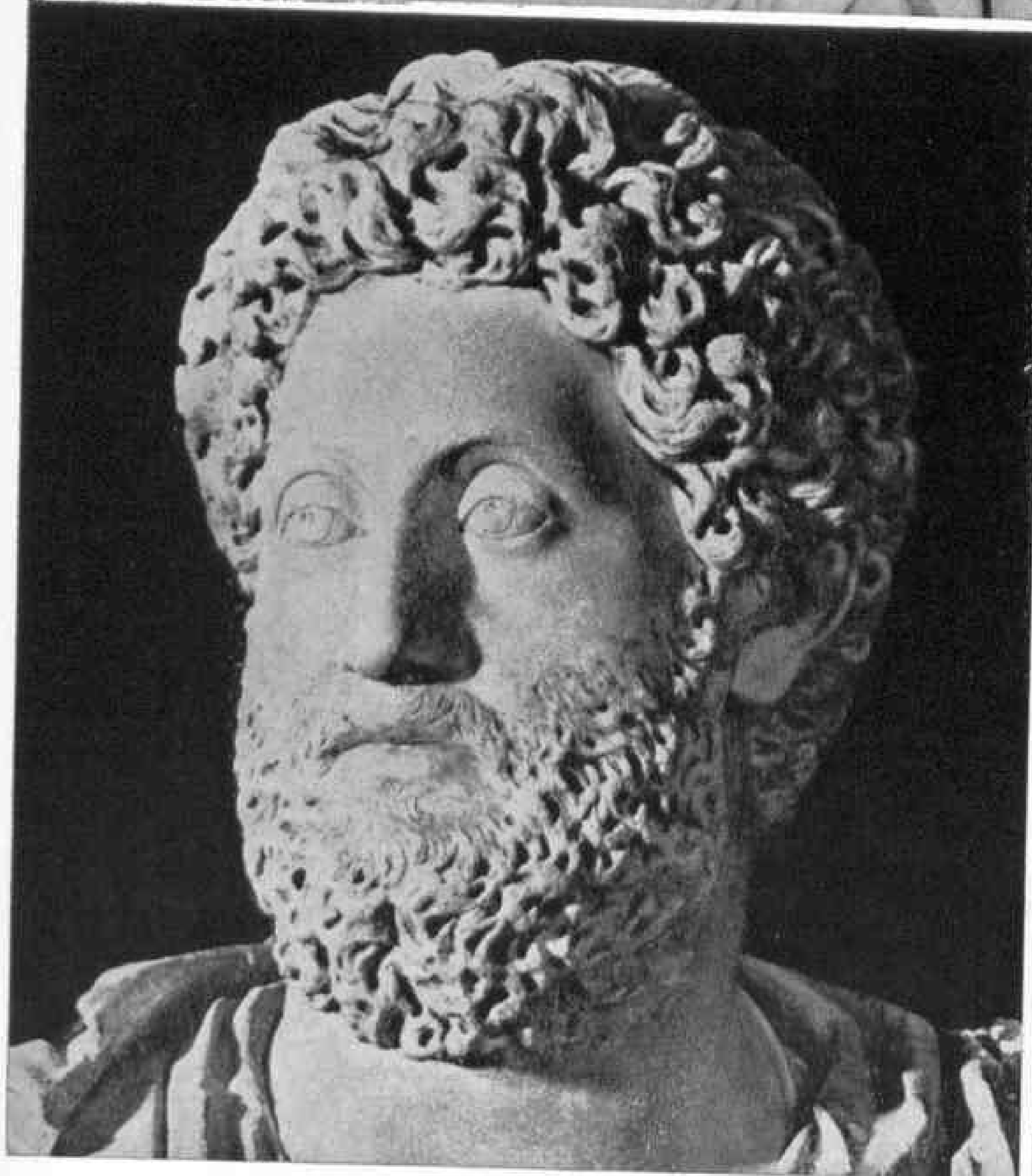
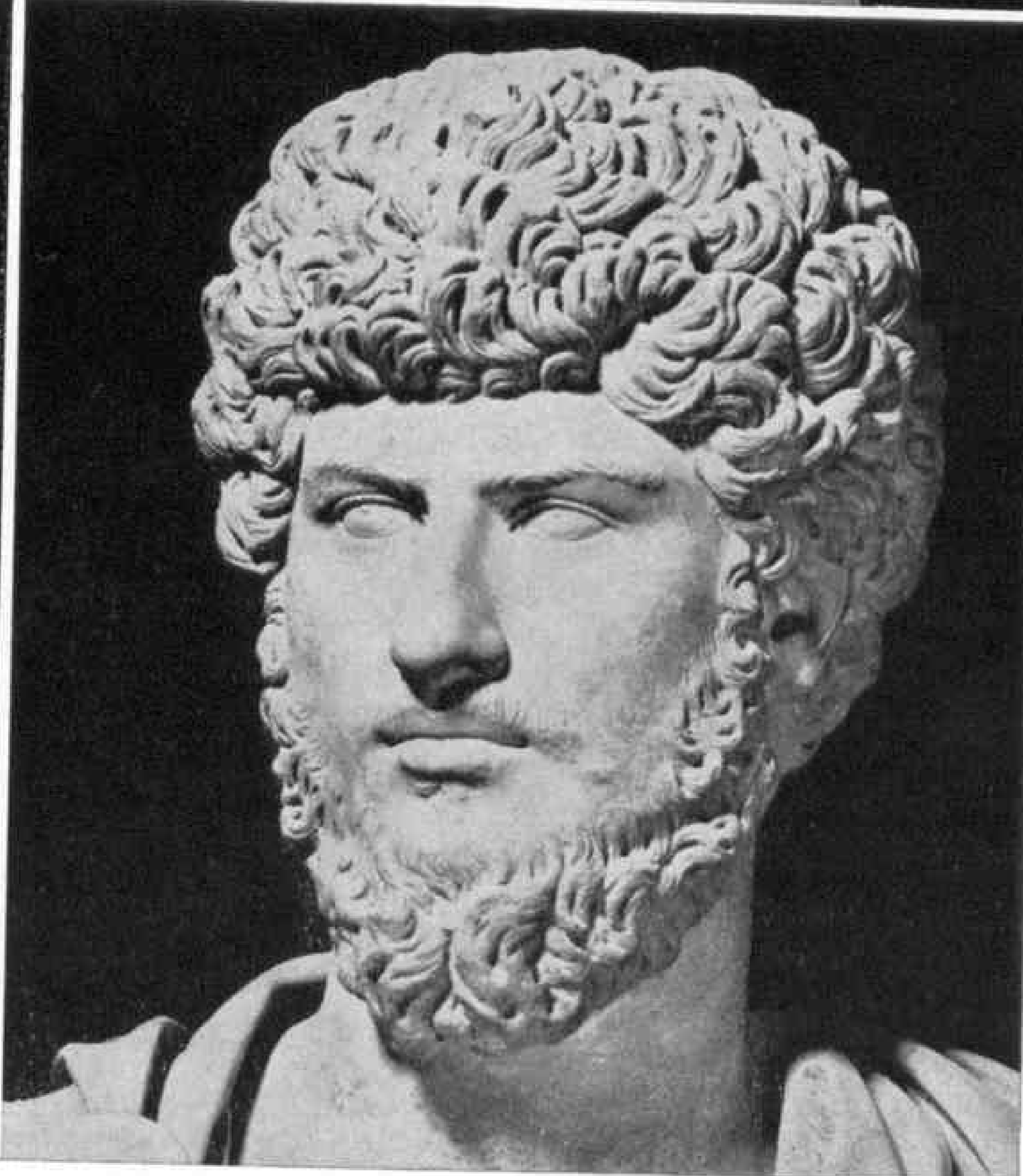
monte Amanus. Esta campaña le ocupó hasta mediados de diciembre. De vuelta a Tarsos descansó algunos días, muy pocos, pues el 5 de enero del año 51 estaba de nuevo en Laodicea. Allí otra vez administró justicia hasta el 7 de mayo; todavía volvió a Tarsos para resolver algunos pleitos pendientes. Por fin, el 3 de agosto se embarcaba para Italia. ¡Qué ajetreo para un abogado de temperamento algo metafísico como Cicerón! ¡Y qué cara había pagado su vanidad de ser cónsul! Casi no compensaba tener inscrito el nombre en los fastos consulares por toda una eternidad si para ello se había de pasar un año fuera de Roma, lejos de la familia y de los libros, persiguiendo bandidos y fallando disputas de provincianos...

Otros aprovechaban el año de su gobernación para hacerse ricos, y no con el sueldo, porque entonces ni los gobernadores ni los de su séquito recibían estipendio alguno; la provincia les facilitaba lo necesario, pero nada más. Las fortunas fabulosas que acumularon algunos gobernadores provenían del abuso que hicieron de su poder; por ejemplo, podían señalar el lugar donde tenía que alojarse la guarnición, y las ciudades detestaban semejante *honor* por el gasto excesivo que implicaba para ellas. El gobernador tenía que vigilar a los recaudadores de contribuciones, disponía la construcción de las vías militares, regulaba y prohibía los gastos en las ciudades, podía resolver o dar largas a los pleitos, etc., es decir, cosas que a los poco escrupulosos debían procurarles abundantes donativos.

Cuando los gobernadores eran también generales del ejército, tenían el derecho de conceder la ciudadanía romana, y no hay que decir si estarían dispuestos los provincianos ricos a comprar este derecho de un gobernador venal. Ellos sabían bien lo que esto significaba: *Cives romanus sum,* dice San Pablo, e inmediatamente se le reconoce el derecho de apelar a Roma. Con esta sola excepción, el gobernador podía imponer

Trajano peleando con los bárbaros germanos.
Relieve del Foro Trajano, actualmente en el arco de Constantino. Roma.



Los emperadores Antoninos: Antonino (133-161); Marco Aurelio (161-180); Lucio Vero, colega de Marco Aurelio (161-169); Cómodo (180-193).

hasta sentencia de muerte, porque los provincianos vivían constantemente bajo la ley marcial. El gobernador, en Oriente, ocupaba los antiguos palacios reales; en Sicilia vivía en el palacio de Hierón y en las nuevas provincias se habían construido pretorios en las ciudades más importantes.

Dado el carácter que hemos calificado de absoluto del gobierno provincial, el lector se preguntará cómo podían evitarse abusos y crímenes todavía más escandalosos que los que encontramos en la propia Roma. El gobierno provincial romano carece de aquella sabia distribución de poderes que echamos



Arco de triunfo erigido en honor de Licinio Sura, ministro de Trajano, cerca de Tarragona.

de ver en el Imperio español de América, con el virrey y la Audiencia en la colonia, y el Rey y el Consejo de Indias en España, que mutuamente se fiscalizaban y restringían su poder. Pero ya se descubre, en la administración imperial romana, algo parecido a las famosas *residencias* de los virreyes americanos: al partir un pretor, el concilio provincial se reunía para juzgar sus actos, dándole un voto de gracias, o enviando a Roma un memorial de agravios, que se dirigió primero al Senado y después al emperador.

En casos de ofensas graves, la causa era llevada a los tribunales y los mejores abogados de Roma no reparaban en atacar al gobernador inmoral con discursos fulminantes. Algunas veces se llegaba a castigarlos con multas o destierro, penas ambas que poco aprovechaban a las provincias perjudicadas; pero el escándalo podía escarmentar a los futuros gobernadores. Cicerón vocifera contra Verres, que había esquilmado a Sicilia, en párrafos que parecen de Jeremías: «Todas las provincias llevan duelo, todos los pueblos que eran libres se lamentan, todos los reinos se quejan de nuestra ambición», etc. Más tarde, poetas, como Marcial y Juvenal, hacen burla de castigos que consisten en mandar al ex pretor que salga de Roma para que goce de sus riquezas mal adquiridas en una villa cerca de Nápoles.

Sin embargo, no hay que olvidar que en el primero y el segundo siglos de nuestra Era, y precisamente debido a la organización imperial romana, el mundo gozaba de tal prosperidad, que las exacciones e injusticias no tenían excesiva importancia. Por vez primera se comerciaba libremente de un extremo al otro del Mediterráneo; inmensas extensiones de nuevas tierras se habían roturado en el Occidente, y hasta las primitivas industrias locales, en las que se había venido perfeccionando la técnica, se encontraban ahora con mercados extranjeros que solicitaban sus productos. ¿Qué daño irreparable podía hacer a una provincia, a una ciudad y hasta a un individuo, un pretor venal que les arrebatara con multas y exacciones buena parte de sus bienes? No resultaba demasiado difícil recuperar lo perdido por otros caminos, y por esto los cohechos de una política corrompida no sublevaban a los perjudicados.

A medida que se iba robusteciendo la autoridad imperial, se fue haciendo más activa la intervención del emperador en la administración de las provincias. Primero empezó enviando un legado, como inspector suyo, hasta a las provincias *públicas,* que dependían del Senado. Pronto el *legado imperial* tuvo más influencia que el procónsul, porque el emperador ejercía de juez supremo de apelación para resolver las quejas de las provincias, y el informe de su legado era decisivo. Otra innovación beneficiosa fue la de asignar un sueldo a los pretores; éstos eran, a veces, oficiales de administración que

no actuaron previamente de cónsul o pretor en Roma. Emperadores como Trajano o Adriano, venidos de provincias, es natural que eligieran a sus funcionarios teniendo en cuenta los méritos de cada uno y no los derechos adquiridos sirviendo al Estado dentro de las murallas de Roma.

Además, las provincias, sobre todo las del Oeste, crecieron en capacidad política. Los concilios provinciales no pasaron de ser asambleas religiosas en que no se trataban materias de administración sino en casos excepcionales. Se reunían una vez al año, y generalmente en el templo de Augusto y Roma, levantado en la capital de cada provincia; pero, en cambio, los municipios fueron aumentando en número y categoría. En un principio, las únicas ciudades que tenían personalidad política eran las *ciudades colonias,* fundadas por veteranos o colonos romanos. Había *ciudades federadas,* con privilegios, y, por fin, *ciudades estipendiarias,* que estaban sujetas a tributos y no tenían fuero especial. Los escritores romanos nos han dejado poquísimos detalles de la vida municipal en provincias; sólo por las leyes grabadas en bronce de Málaga y Osuna conocemos algunos detalles sobre la manera de regirse, por lo menos, dos ciudades españolas. Las inscripciones latinas completan la información, y, por lo que se ve, el régimen debía de ser casi uniforme en todo el Imperio.

Las ciudades se gobernaban con dos magistrados, llamados *duunviros,* que a imitación de los cónsules en Roma, tenían el poder por un año y no recibían sueldo ni compensación de ninguna clase. Al contrario, se esperaba de ellos que agradecieran el nombramiento con un convite en que no

Pretorio o palacio del gobierno de una ciudad militar romana. Lambese. Africa romana.





Quiosco del mercado en las ruinas de Leptis Magna (Libia).

podían faltar, según las leyes de Hispania, pasteles y vino. Los letreros de las calles de Pompeya, que a menudo hacen referencia a elecciones, nos prueban que hasta las mujeres tomaban parte en las elecciones municipales.

Al servicio de los duunviros estaban los ediles, elegidos por voto popular, quienes cuidaban de la limpieza de las calles y la reparación de los edificios públicos. Dos secretarios tesoreros, o cuestores, completaban la administración local. Existía además en las ciudades romanas un embrión de consejo municipal, llamado *Ordo decuriorum*, formado por ciudadanos distinguidos, en su mayoría ex magistrados, que conocían la técnica de gobierno de la ciudad. Por fin, cada provincia, y cada ciudad también, ponían empeño en hallarse bajo la protección de un personaje influyente en Roma, que era el *patrón* del pueblo; éste, a semejanza de los diputados en los parlamentos del pasado liberalismo, cuidaba de los provincianos cuando iban a la capital y los defendía cerca del gobierno central.

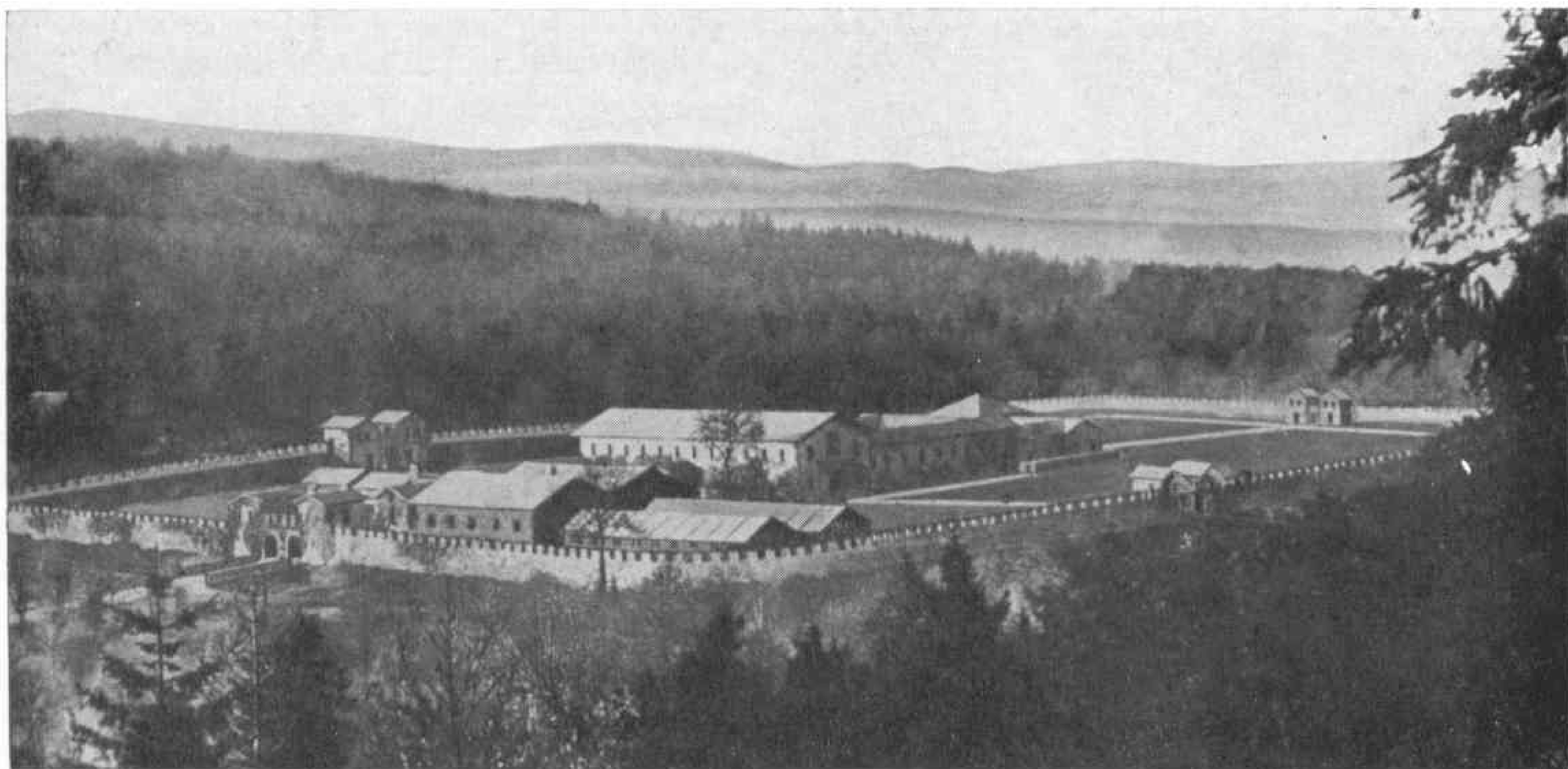
Este sistema parece haber funcionado maravillosamente; por lo menos, con él se ve prosperar a las ciudades y existen pruebas palpables de que los ciudadanos quisieron competir en la mejora de los servicios públicos. Innumerables construcciones, como acueductos, puentes, cloacas, muestran aún las inscripciones que conmemoran al personaje oficial o al acaudalado ciudadano que hubo de sufragarlas de su bolsillo. Roma había conseguido contagiar su ansia constructora a los pueblos a ella sometidos; era éste, de todos modos, un barniz puramente superficial de civilización que no tuvo tiempo de penetrar tan adentro como la cultura moderna.

Se equivocaría el que creyera que las provincias vivían una vida que podríamos lla-

mar *clásica,* con los dioses olímpicos en lo alto, el emperador como un César o supremo regulador en Roma, y una vida civil uniformemente extendida por campos y lugares. No, la barbarie del campesino provincial y las viejas supersticiones prehistóricas de estos pueblos antiguos perduraban y entraban hasta en la misma Roma, donde había gentes ansiosas de participar en los cultos extraños y las exaltaciones exóticas de dioses desconocidos.

En cambio, toca aquí decir algo de las tareas civilizadoras que tuvieron que realizar las legiones. El soldado romano no sirvió únicamente para conquistar, sino que valió todavía más para conservar lo conquistado. Hasta en las épocas de mayor decadencia, el ejército romano mantuvo algo de la primera milicia republicana, formada sólo por ciudadanos libres. En los orígenes de Roma, el ejército era el conjunto de los ciudadanos convocados en épocas de revuelta para reprimir *tumultus* o disturbios. En un principio, la milicia de Roma se organizó en unidades de tres mil hombres, llamadas *legiones.* Cada cónsul tenía el mando de dos legiones y esta tradición subsistió hasta en los tiempos imperiales, pero el número de legionarios aumentó hasta 4.500 y luego a 6.000. A pesar de abrirse las filas de las legiones a los extranjeros y aun a mercenarios, cada legión conservó sus derechos y tradiciones. Además de un cuerpo de ejército, la legión era una cofradía militar o asociación religiosa. Los legionarios se reclutaban por un período de dieciséis años, vivían a veces cerca del cuartel, en chozas, con su mujer, y sus hijos nacían en la frontera. En estas condiciones no es de extrañar que cada legión tuviera su dialecto especial, sus supersticiones y leyendas, siendo tan vivo su espíritu de cuerpo, que al sobrevenir desastres militares, si quedaba exterminada una legión, era casi imposible reclutarla de nuevo.

Los campamentos eran, pues, verdaderas ciudades, de planta rigurosamente rectangular y dos vías principales que se cruzaban en ángulo recto. A estas ciudades militares acudían los bárbaros para vender los productos naturales de la región, y de paso aprendían algo de las costumbres romanas.



Campamento romano de Saalburg, en el Rin. Reconstrucción de conjunto.

Las legiones estaban acuarteladas siempre en lugares de peligro; por esto los campamentos tenían foso y murallas, con torres a distancias regulares y sólo cuatro puertas, una en el centro de cada lado. A veces los campamentos estaban unidos entre sí por un sistema de murallas, y hasta las legiones construyeron trincheras para impedir la comunicación entre los bárbaros sometidos y los que se reputaban indomables.

Por una supervivencia de antiguas costumbres, las legiones abrían caminos, desecaban pantanos y construían puentes para poner en comunicación los campamentos con las ciudades. El canal de Mario, en Narbona, es una de las primeras muestras de este trabajo urbanizador. Muchas de las grandes ciudades de la frontera del Rin, como Maguncia, Colonia, Bonn, Basilea, fueron obra de las legiones. Porque, según la lista que nos ha conservado Tácito, en su época, de las veinticinco legiones que constituían en total el ejército romano, ocho de ellas estaban apostadas en la frontera del Rin. En cambio, una guarnición de 1.200 hombres bastaba para las Galias en el segundo siglo de nuestra Era.

Vendedor de cuchillos y hoces delante de su mostrador.



Las guarniciones a veces estaban acuarteladas en el campamento rodeado de murallas como una pequeña ciudad urbanizada según el sistema clásico de dos calles, *cardo* y *decumanus,* que se cruzaban en el centro, donde estaba el pretorio del gobernador y la administración. Pero otras veces se creaban centros de población, algunos de los cuales se conservaron durante toda la Edad Media. No hay que imaginar que la vida en estos campamentos fuera triste y monótona. En Straubing, Baviera, se descubrió, en el año 1950, el tesoro de una legión y allí se encontró un centenar de máscaras y ornamentos para disfrazarse en fiestas y ceremonias.

Y, sin embargo, a pesar de los largos períodos de paz, no se advierte que el espíritu humano llegue a progresar como en otras épocas más agitadas. ¿Por qué?... ¿Por qué la ciencia griega, que había conseguido adivinar los principios capitales de la física y la mecánica, permaneció estacionaria en la época romana?... Hasta a la filosofía se la ve vegetar, aprovechándose de las últimas enseñanzas de epicúreos y estoicos. Parece como si se quisiera cumplir con todo rigor el consejo del viejo romano Ennio, que recomendaba bañarse en filosofía, pero sin ahogarse en ella.

Es cierto que el gran esfuerzo religioso de adaptar los cultos orientales a la mentalidad clásica debió de fatigar a los mejores espíritus de Grecia y Roma. Pero la filosofía podía seguir progresando independientemente en lugar de repetir lo que ya estaba dicho. ¡Qué cansado y monótono sería Séneca si no fuera por su estilo elocuente! Los españoles han creído encontrar en Séneca un pensamiento original, y hasta se ha inventado un nombre: *senequismo,* como si Séneca representase un matiz distinto del estoicismo romano. Pero esto es debido a que los compatriotas de Séneca no conocieron bastante el estoicismo místi-



Tres carátulas de tipo de mujer, con el tocado de la época de Trajano. De bronce dorado, para procesiones, cortejos y mascaradas, encontradas en el tesoro de Straubing. Baviera.

co, algo contaminado de teología oriental, de Posidonio y Panecio, que Cicerón sólo aceptó a regañadientes.

No, lo interesante y *moderno* de Séneca no es su filosofía, que, en forma de *ensayos* de un retoricismo de buen gusto, fue el pasto de las escuelas durante la Edad Media. Lo atractivo de Séneca es el hombre. En medio de la vida complicada de la Roma de su tiempo, y desempeñando cargos de gran responsabilidad, procuró mantener vivo en su espíritu el culto de la filosofía y la ciencia, con desdén de las otras *vanidades*.

El padre de Séneca era un alto funcionario español. Tuvo tres hijos, todos famosos, a los que dedicó un tratadito de retórica muy discreto y culto. Al morir la madre, Lucio, que es nuestro filósofo, fue adoptado por su tía, casada con el gobernador de Egipto. Séneca, que viajaría por el valle del Nilo, escribió sobre la religión y la geografía de aquel país y trazó una monografía acerca de los pueblos de la India. No le faltó, pues, al filósofo español la oportunidad de aprender en las escuelas de Córdoba, Roma y Alejandría.

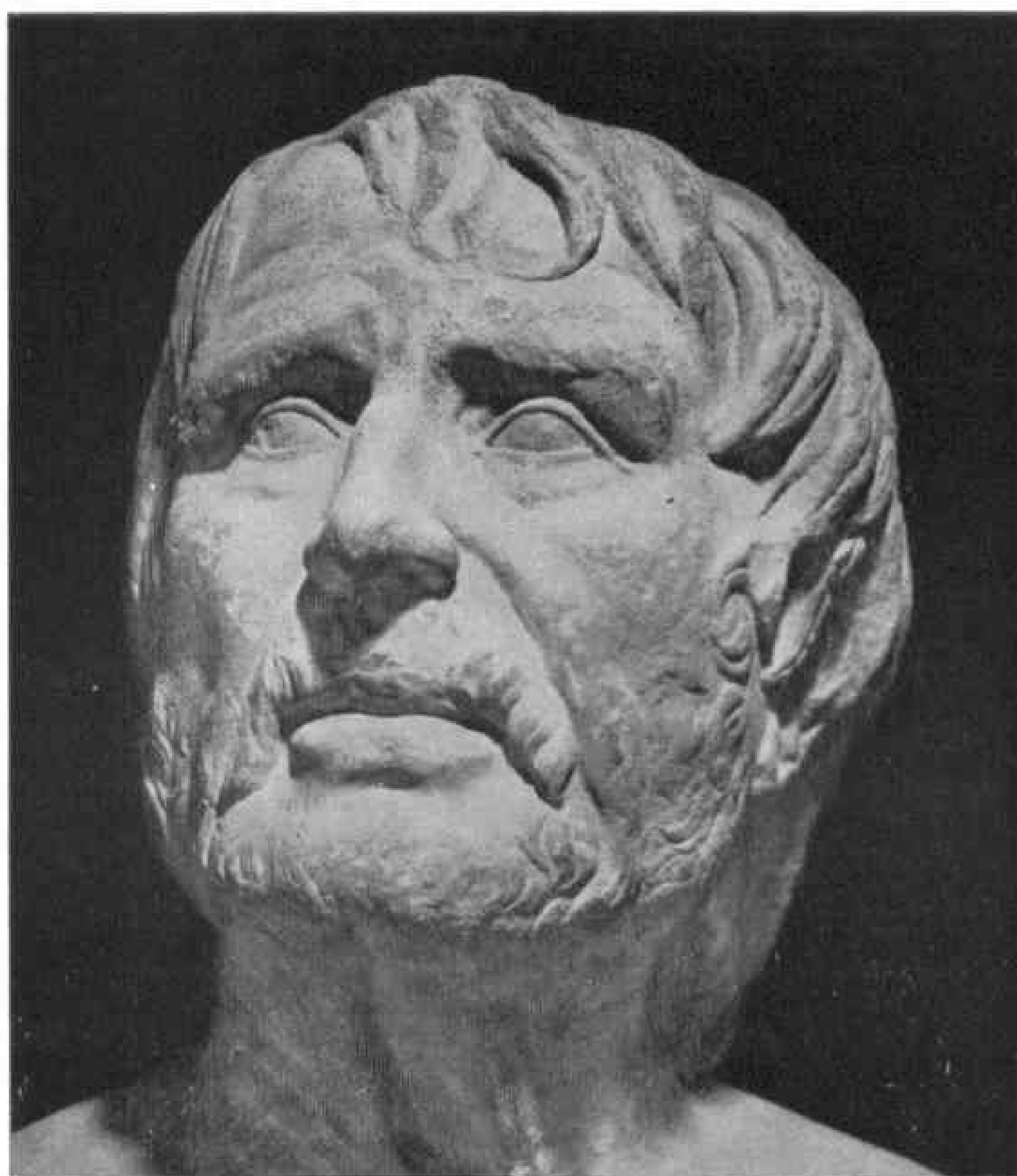
De su aspecto físico nos entera él mismo: «Algunos se burlan de mi calvicie, de mi miopía y de mis piernas cortas y delgadas; pero ¿qué insulto hay en decirme lo que todo el mundo puede ver?» Fue un asmático crónico; acaso a esto obedece su dieta, sin vino, y su régimen de baños fríos y paseos regulares. Séneca empezó a actuar como empleado en la época de Tiberio, escapó con *literaria* indignación de los abusos de Calígula y, en cambio, Claudio lo desterró a Cerdeña, entonces un país salvaje. Allí el español filósofo desahogó su ánimo por espacio de ocho años, escribiendo tragedias. Pasaba ya de los cincuenta cuando Agripina, casada en segundas nupcias con Claudio, lo mandó llamar a Roma para que educara a su hijo Nerón.

Durante los primeros cinco años del go-

bierno de Nerón — que Trajano hubo de alabar un siglo después —, en realidad fue Séneca quien empuñó el timón del Estado. Honores y riquezas se acumularon en su persona, sin quererlos, pero aun en este tiempo continuó escribiendo ensayos filosóficos y tratados científicos. El gran naturalista Plinio confiesa que, el año 60, Séneca no era sólo el primer ministro, sino también el primer literato de Roma... Y el año 65 moría, víctima de la crueldad de su discípulo Nerón.

Al recibir la orden imperial de suicidarse, su esposa quiso morir también; ambos se abrieron las venas. Pero como la muerte tardaba en llegar, Séneca pudo dictar todavía sus últimos pensamientos filosóficos. «El cadáver — dice Tácito — fue quemado sin ceremonia», como el mismo Séneca lo había dispuesto en sus días de prosperidad.

La muerte de Séneca le ha hecho famoso hasta nuestros días. Hoy nos admira más su vida. Comprendemos que no fue un favorito al estilo de los que surgen en la Historia, sino un hombre de letras que hubo de resignarse a ejercer de ministro.



Busto de Séneca, en el que se aprecia el cuello del asmático.



Los venadores o guardas del venado conduciendo bestias a la embarcación para llevarlas a Roma para las fiestas del feliz regreso de Maximino. Mosaico en la Villa Armerina en Sicilia.

26 EL IMPERIO ROMANO DE LOS SEVEROS A DIOCLECIANO

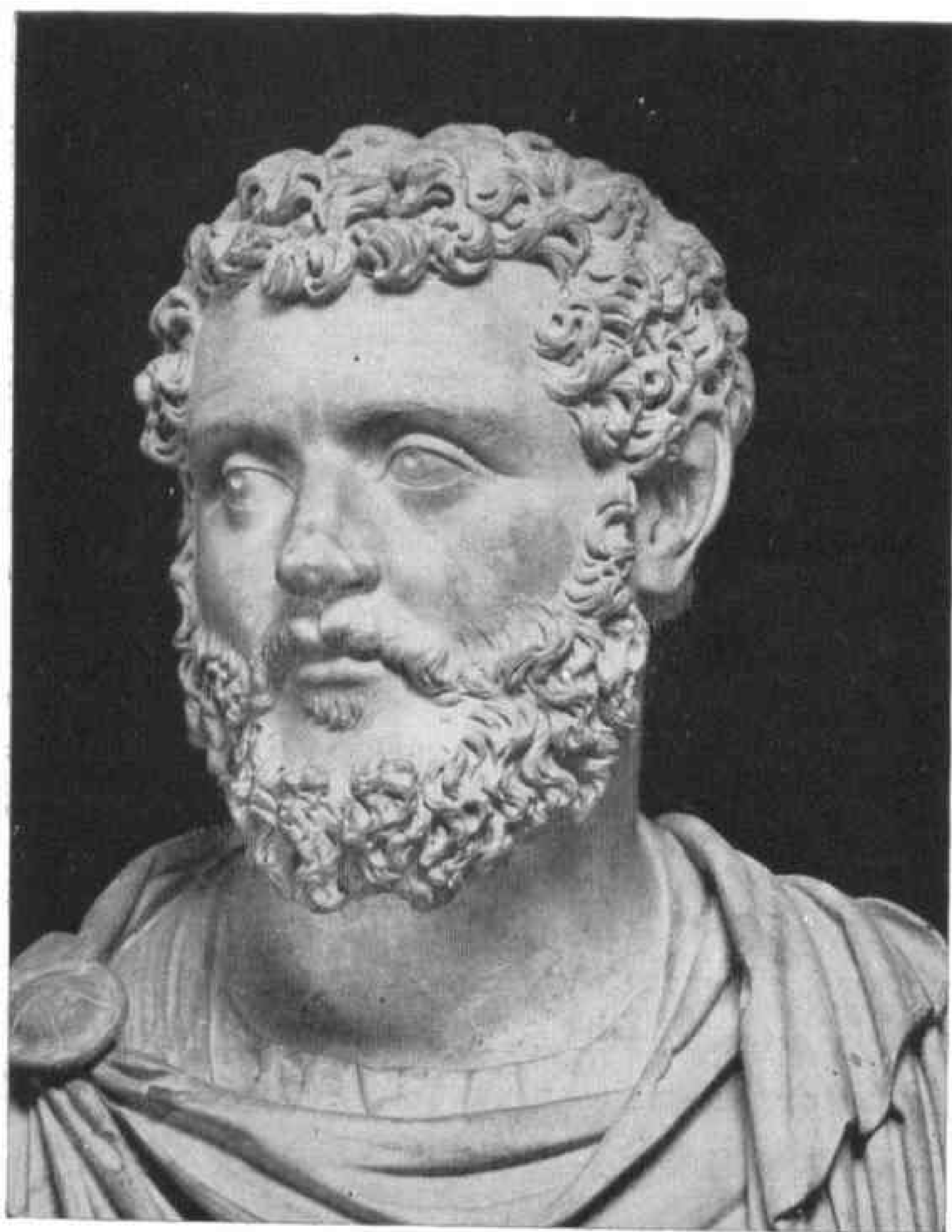
A la muerte de Cómodo, único descendiente de la dinastía de emperadores filósofos, el Imperio quedó sin cabeza durante algunos años. Dos hombres de bien, pero sin carácter, Pertinax y Didio Juliano, ejercieron por corto tiempo el cargo de príncipes del Senado, pero el primero murió en una refriega con los pretorianos, y el segundo quiso obtener su aprobación ofreciendo a cada soldado pingüe *donativum*, que era el regalo que hacía a cada veterano un nuevo emperador. Un candidato, llamado Sulpiciano, arengó a los pretorianos y ofreció hasta 5.000 dracmas a cada uno, pero Didio Juliano, que les habló desde lo alto de la muralla del castro pretoriano, elevó la dádiva a 6.250, casi 3.000 francos suizos. Con tal regalo, cesó la disputa: la guarnición abrió las puertas del castillo-cuartel, y Didio Juliano, con una escolta numerosa, fue al Senado, que no pudo hacer más que ratificar la elección. Así se vendió o subastó el Imperio.

Mientras tanto, las legiones de provincias, algo escandalizadas, habían escogido cada una su emperador. Hubo, como siempre en tales ocasiones, guerras civiles entre los propuestos por las legiones, pero el que

eligieron las estacionadas en el Danubio acabó por imponerse y encontró el campo libre por el asesinato de Didio Juliano, aún indeciso en el Palatino.

El nuevo emperador elegido tenía por nombre Septimio Severo. Era africano, de Leptis Magna, capital de la Tripolitania. Su origen, aún en la vejez, se le notaba por el acento púnico.

Había nacido el año 146 y fue elegido emperador el 193. Tenía entonces cuarenta y siete años. Conocía bien el Imperio, había ejercido cargos políticos en Roma y en varias provincias, y hasta participado en campañas militares con Marco Aurelio, Cómodo y Pertinax. El año 180, encontrándose en Siria como legado de la legión Scytica, casó con Julia Domna, hija del príncipe de Emesa, ciudad mística, centro del culto solar. El padre de Julia Domna se llamaba Bassianus y era el sumo sacerdote del templo de un Baal asociado al Sol. Su cargo era hereditario y también compatible con el de sacerdote del Júpiter romano.



Septimio Severo (193-211).

Julia Domna era de gran belleza y muy inteligente. Ejerció un influjo permanente no sólo durante la vida de Septimio Severo y de su hijo Caracalla, sino también en varios subsiguientes emperadores de corto reinado. Llegó a Roma acompañada de su hermana Julia Mesa y de dos sobrinas, Julia Soemias y Julia Mamea. Estas cuatro princesas sirias formaban una camarilla que desde el palacio proponía cambios y aconsejaba en todos los asuntos de gran importancia. Así es que puede decirse que desde 211 a 235 el Imperio fue regido por mujeres y, además, sirias y no romanas.

Septimio Severo no fue un emperador ocioso. A pesar de su edad y sus ataques de gota, acudió a las fronteras del Oeste y del Norte, donde se agitaban los bárbaros, e hizo hasta un viaje a Leptis Magna, su ciudad natal. Julia Domna, su consorte, le acompañó en todos los viajes. El primer hijo, Caracalla, nació en Lyon, y el segundo, Geta, en Roma. Debía de satisfacerla actuar como oficiante en el culto al Sol. Las demás princesas quedaban en el Palatino propagando la nueva religión del Júpiter Heliopolitano.

Después de triunfar en la guerra civil, Septimio Severo gobernó desde el 197 al 211. Edificó en Roma el Septizonium, que se veía desde lejos al llegar por mar; construyó un gran arco de triunfo con tres puertas, cuyos relieves decorativos conmemoran sus campañas contra los partos, y otro en Leptis Magna. Sobre todo fomentó la sistematización de la jurisprudencia; el más famoso juez, cuyas sentencias son todavía las más estimadas, Papiniano, fue nombrado prefecto del pretorio, ayudado por sus discípulos, también jurisconsultos, Ulpiano y Pablo. Las disposiciones de estos años de gobierno del emperador africano se caracterizan por un sentimiento de simpatía hacia las clases inferiores y débiles: *humiliores tenuis vitae homines.* Según Papiniano, por ley natural todos los hombres son



Arco de Septimio Severo en Roma.

iguales: *Quod ad jus naturale attinet omnes homines aequales sunt.*

Septimio Severo murió en una expedición a la Gran Bretaña que tenía un doble objetivo, castigar a los pictos o bárbaros de más allá de la muralla que dividía la isla, y separar a sus hijos de la corrupción de costumbres que predominaba en Roma. Como sucesión, Septimio Severo proponía un correinado de sus dos hijos Caracalla y Geta, pero Julia Domna se opuso a esta solución y exigió que el Imperio sin reservas fuese atribuido a Caracalla. Geta murió apuñalado en los brazos de su madre.

El reinado de Caracalla ha recibido los juicios más contradictorios. No le favorecía su aspecto físico; era pequeño, feo, casi repugnante. Su retrato, de un gran naturalismo, ha sido calificado de satánico. Fue cruel, vicioso, de feroz ambición: decía que era Dios, pues que su padre había subido al cielo solar. Para hacerse perdonar sus faltas, Caracalla construyó las gigantescas termas que son todavía, hasta en ruinas, el monumento máximo de la Roma imperial. Continuó prestando atención a la obra de jurisprudencia clásica que había interesado a su padre. Mejoró la condición de los soldados aumentando sus sueldos y permitiendo su casamiento, lo que hizo que los cuarteles de las legiones se transformaran en pequeñas ciudades que perduraron hasta la Edad Media. Los más importantes documentos geográficos conservados son de la época de Caracalla: uno es un manuscrito con los itinerarios y nombres de los lugares y otro es la tabla de Peutinger, un mapa del Imperio con las vías de comunicación.

Pero lo que dio y da todavía gloria y reputación a Caracalla es el edicto de 212,



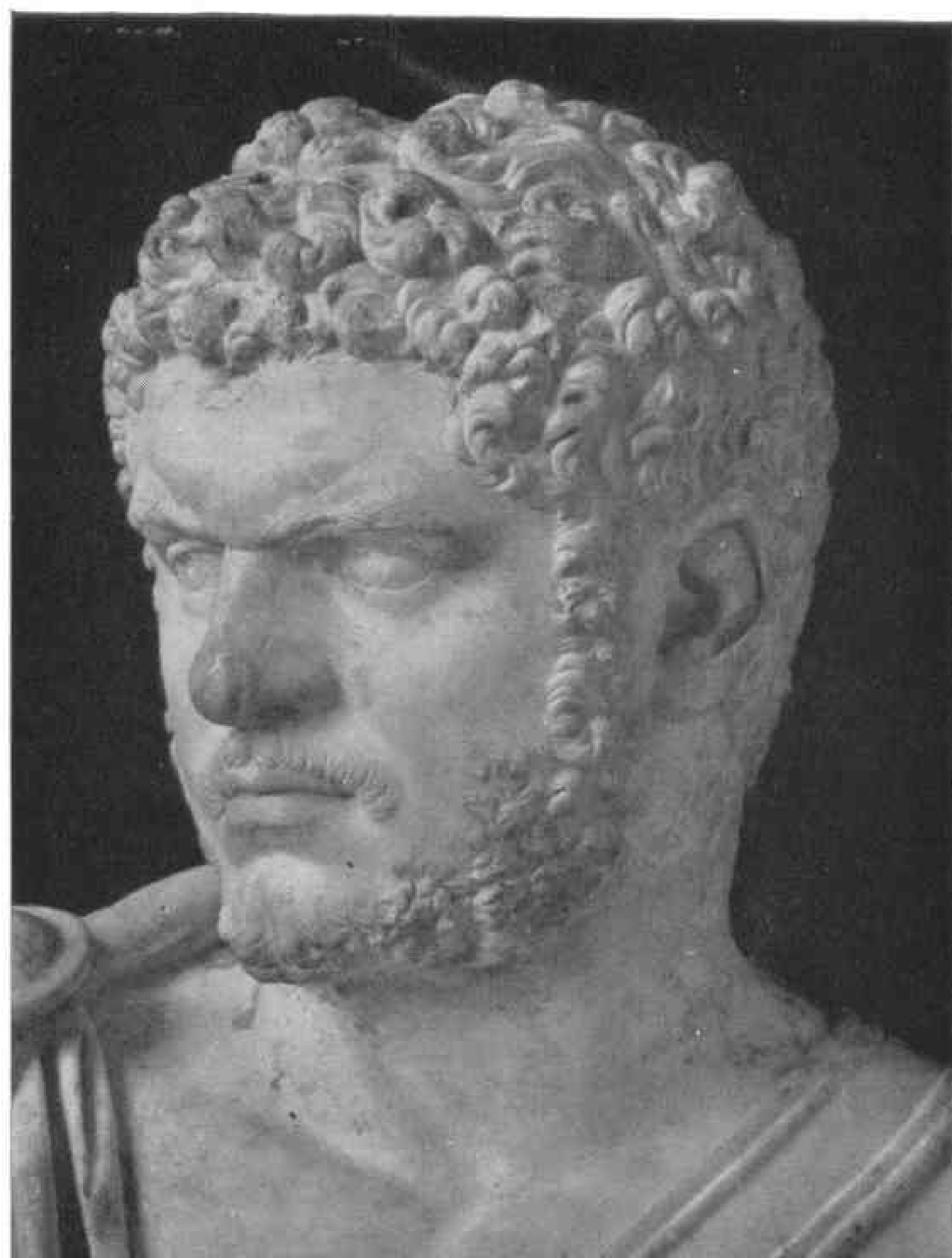
Septimio Severo ofreciendo un sacrificio al Júpiter Heliopolitano, con su esposa Julia Domna como acólita.

nes bárbaras a adoptar el culto de los dioses clásicos y del dios Sol de Emesa.

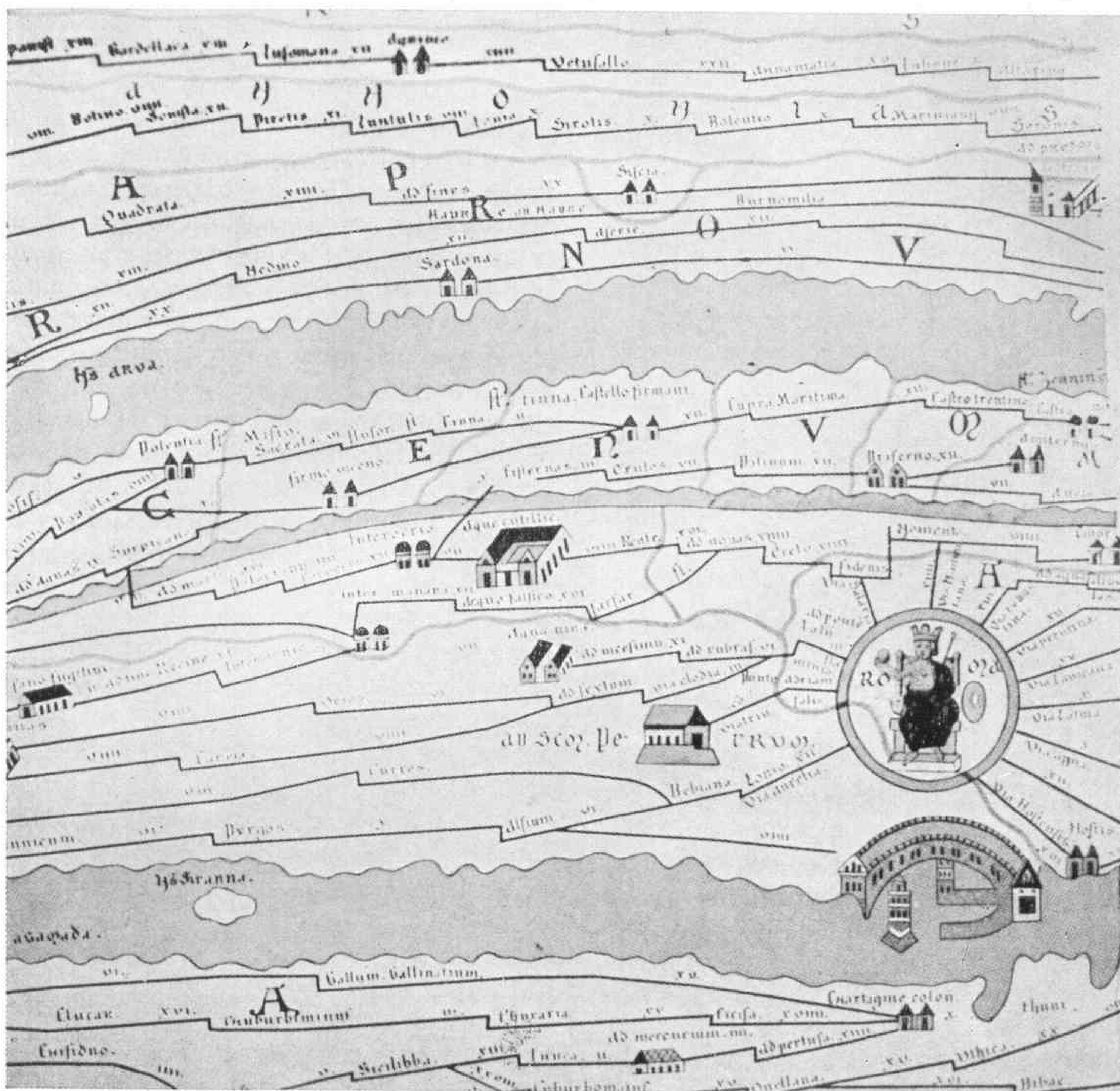
En esta gran reforma debieron de intervenir los jurisconsultos que formaban un cuerpo de técnicos al lado del emperador. La reforma no debió de ser aceptada por unanimidad, porque uno de los abogados fue asesinado. Caracalla murió a manos de un legionario cuando iba a practicar sus devociones en el templo de la Luna, en Carras, junto al Eufrates.

El que preparó el asesinato, Macrino, asimismo africano, un bereber, fue también asesinado; no duró más que un año. Las princesas de la corte de Septimio Severo, aunque desterradas en Emesa, no permanecían inactivas. Y convencidas de que había llegado la hora de imponer un emperador emesitano, escogieron al hijo de Julia Soemias, que a los catorce años era ya sumo sacerdote de Júpiter Heliopolitano. Las dos princesas sirias fueron a Roma con el escogido, que se llamaba El-a-Gabal o hijo del dios, nombre que los romanos tradujeron por Heliogábalo. El nuevo dios-em-

Caracalla (211-217).



que concedía los derechos de ciudadano romano a todos los inscritos en el censo de provincias. Se han discutido bastante las razones que tuvo Caracalla para promulgar su edicto, pero en un papiro procedente de Egipto, se precisa en su introducción: «Doy a todos los *peregrinos* (léase extranjeros) la facultad de organizarse según las formas de ciudadanía romana.» Para autores cristianos, como San Agustín, el edicto de Caracalla fue «un acto generoso y humano». Pero en la antigüedad se creyó que tenía por objeto aumentar el número de contribuyentes y estimular a los que proseguían practicando ritos de antiguas religio-



Fragmento de la llamada *Tabla de Peutinger*, mapa de las vías de comunicaciones compilado en la época de Caracalla.

perador fue recibido con benevolencia por el Senado y el pueblo de Roma, lo que nos da idea de cómo estaba impregnada la capital de las supersticiones orientales. Heliogábalo poseía gran belleza: vestía ropajes riquísimos, y dirigía él, en persona, las danzas escabrosas de los ritos orientales. En Palacio, actuaba como supremo sacerdote del dios solar, y por las calles iba delante de los cortejos de devotos, siempre marchando de espaldas para mantener la mirada fija en el simulacro de Emesa que llevaban los acólitos. Los escándalos y dispendios de Heliogábalo acabaron por exasperar al pueblo y al Senado, y los pretorianos asesinaron al emperador divino y a su madre y echaron sus cuerpos al río.

Parece imposible la fama que consiguió Heliogábalo. Cuando empezó a reinar tenía catorce años y murió a los dieciocho, o sea que sus excesos duraron sólo cuatro años. Pero siempre aconsejado por su madre Julia Soemias, que le predicaba que las orgías divinas eran un deber y tenía que



Retrato de Julia Soemias, sobrina de Julia Domna, madre de Heliogábalo.

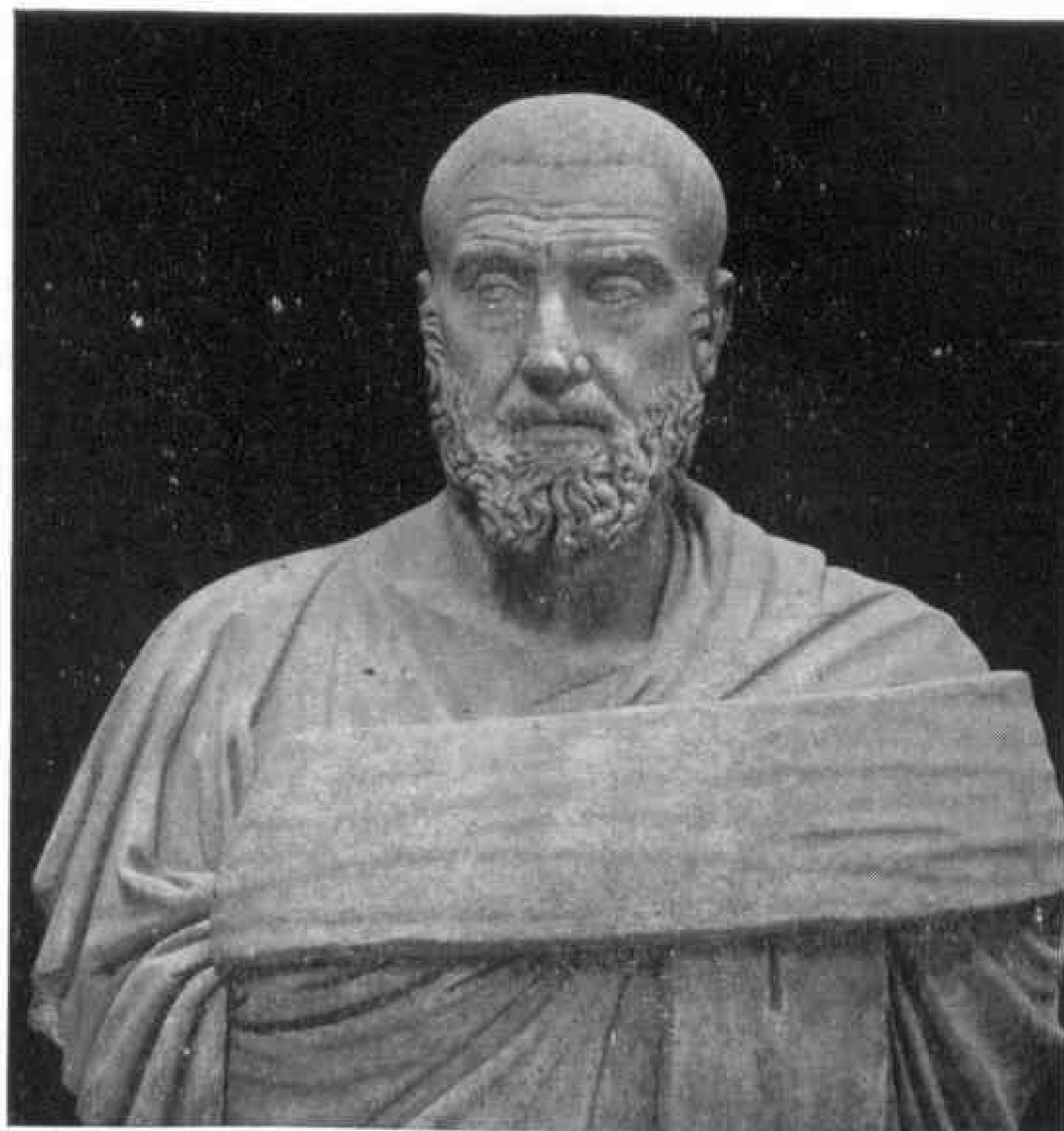
dejar el gobierno a otros menos sagrados. Este tenía que ser su primo, hijo de Julia Mamea, algo más joven, pero con una preparación de piedad filosófica que podía hacer de él un excelente emperador. Le habían dado por nombre Severo Alejandro, porque apareció con una rara devoción por el macedonio Alejandro. El nuevo emperador, último de la dinastía de los Severos, practicaba cada mañana un culto en el Lararium, o capilla del palacio, donde había las imágenes de sus antepasados, más las de algunas «almas santas» *(animae sanctiores)*, que eran Alejandro, Orfeo, Abraham, Apolonio de Tyana y hasta Jesús. Esto nos indica ya qué clase de moral y religión podía regir la política y conducta privada de Severo Alejandro. Renan le califica de «tierno y sentimental». Tuvo que ejercer funciones militares, pero lloraba cuando marchó a la guerra contra los persas.

Convencido de la necesidad del consejo de los más cultos y experimentados, no promulgó ninguna ley sin haberse asesorado del *consilium principis,* formado de setenta miembros, de los que veinte eran jurisconsultos y los demás senadores. Concedió a los artesanos el derecho de organizarse en gremios o *colegios,* como sindicatos con gran libertad. Los miembros de una asociación de trabajadores tenían el derecho de que les defendieran expertos de su mismo oficio. Además, Severo Alejandro regularizó la disciplina de los pretorianos, y el prefecto del pretorio adquirió una categoría de casi virrey y se preparaba para suceder al emperador.

Después de una campaña de defensa en la frontera de Oriente, enterado de que los bárbaros habían cruzado el Rin a finales del año 234, Severo Alejandro, siempre acompañado de su madre, pasó a la Galia, y en una discusión con los veteranos descontentos, el emperador, su madre y su séquito fueron asesinados en la tienda donde se alojaban. Después de Severo Alejandro comienza un período de efímeros reinados que tendremos que enunciar para que se vea cuánto había degenerado el papel de emperador en aquellos últimos años. Las legiones, envalentonadas, propusieron los subsiguientes emperadores. En Maguncia, los veteranos aclamaron como príncipe a un simple soldado llamado Maximino, mientras que los grandes propietarios de Africa propusieron al procónsul Antonio Gordiano, ya de ochenta años. Este primer Gordiano agregó a su hijo para que gobernara a su lado como César. Fue Gordiano II, y todavía hubo un Gordiano III, el nieto. Todos acabaron violentamente. En 238 aparecieron Balbino y Pupieno y más tarde Felipe el Arabe (244). Los dos primeros murieron pronto asesinados; en cambio, Felipe concluyó la paz con los persas abandonando parte del territorio imperial y regalándoles una contribución en metálico. Regresado a Roma para celebrar su triunfo, el día 21 de abril del mismo año quiso festejar el primer milenario de la fundación de Roma,

que coincidía con aquella fecha, según los cómputos de Varrón. Estos *Juegos milenarios* duraron tres días y tres noches, con tantas fiestas y combates en el Circo Máximo, que el pueblo de Roma pudo creer que había comenzado una era de paz y prosperidad.

Hubo todavía un conato de separatismo en las Galias: Póstumo (260) y Tétrico (268), por algún tiempo, se hicieron reconocer como emperadores y acuñaron moneda. Mientras tanto, el emperador legítimo, o simplemente romano, Decio, había sido aclamado por sus soldados después de una brillante campaña contra los godos. Decio ocupa un lugar en la historia por su feroz persecución de los cristianos. Este y los dos subsiguientes emperadores tuvieron gran empeño en restaurar la vieja tradición de la Roma republicana, con su culto y sus costumbres. Es comprensible que después de los excesos religiosos de las princesas sirias y de sus protegidos, los de pura raza latina debían sospechar del cristianismo, que conocían sólo por su desacato a los antiguos dioses capitolinos. Para evitar los castigos, sólo era necesario firmar un *libelo* o tarjeta de renunciación a la fe de Cristo. Eran breves y no comprometían a nada, pero en Egipto únicamente se han encontrado 53 *libelos* de este tipo. Decio y su hijo murieron en la actual Rumania en 251.



Pupieno (marzo a julio de 238).

El emperador Triboniano Galo (251-253).



Le sucedió Triboniano Galo, prefecto de aquella región. Fue aclamado emperador por las legiones, pero no duró más que un año. En lo que es hoy Suiza, las tropas eligieron a Valeriano, de ilustre familia romana. Aclamado por el Senado, en seguida, para hacer más fácil el gobierno, se asoció a su hijo Galieno. Este debía quedar como

emperador en Occidente mientras Valeriano marchaba a detener a los persas en el Eufrates. Allí fue derrotado y hecho prisionero. El rey persa Sapor lo mantuvo como esclavo, utilizándolo a menudo como escabel para sentarse en su trono, y a su muerte lo hizo embalsamar. Su hijo Galieno continuaba como emperador en Roma, persiguiendo a los cristianos y sin preocuparse mucho de la suerte de su padre. Fue asesinado en 268. Se dice que antes de morir pasó las insignias de poder a un ilirio llamado Claudio el Gótico. Duró dos años.

El sucesor, Aureliano, por su actividad y energía se parece a Septimio Severo; por sus proyectos de transformación, a Diocleciano. Empezó a gobernar en 270 y no pudo reinar sin cortapisas hasta 275. Pero en estos cinco años preparó el gran cambio. Aureliano combatió enérgicamente a los bárbaros, que en esta época atravesaban la frontera audazmente; marchó a Siria para acabar con el reino de Palmira, que se había engrandecido y ensoberbecido, y por fin celebró un triunfo bien merecido. La más espectacular obra de Aureliano son las murallas de Roma, todavía en buen estado de conservación. Roma había crecido y su recinto se había ensanchado varias veces, pero entonces era lo que hoy llamaríamos ciudad abierta, porque los barrios suburbanos rebasaban las murallas. Aureliano quiso ponerla a cubierto de una sorpresa. Su obra para la construcción del recinto es algo único en el mundo. La muralla tiene una longitud de 18.837 metros y encierra una superficie de 1.730 hectáreas. Este inmenso perímetro está rodeado por una cortina de obra de ladrillo bien construida, sobre un basamento de piedra. Reforzada con torres cuadradas en los puntos vulnerables, tiene puertas magníficas, con hasta cuatro entradas, con torres circulares y espaciosas para habitación de la guardia.

Aureliano, por muchas razones un gran emperador romano, murió víctima de una venganza particular, sin ninguna razón política, y fue enterrado en el lugar mismo, lejos de Roma. Había hecho elevar en el Foro una estatua de oro a la divinidad protectora del Imperio, *Genius populi romani*, un numen, un espíritu, no un dios.

Busto del emperador Galieno.





Vista general de las ruinas de una ciudad romana del Africa del Norte. Timgad.

27 LA VIDA PRESENTE Y LA VIDA FUTURA SEGUN LOS ROMANOS

AL comenzar el siglo III después de Jesucristo, el Imperio romano parecía destinado a formar una gran nación mediterránea. Todas las gentes del mundo antiguo, desde el Eufrates al Atlántico y del Sahara al Rin y el Danubio, reconocían el poder de Roma, y como consecuencia de las ideas de universalidad filosófica que se habían hecho ya populares, Caracalla promulgaba, en el año 212 de nuestra Era, su famoso edicto que concedía la ciudadanía romana a todos los hombres libres del Imperio. No cabe dudar que esta uniformidad de derechos hubiera producido también, a la larga, similitud de gustos y de costumbres, y como gran parte del Derecho romano está incorporada en los códigos civiles de Europa y de América, y en nosotros mismos hay mucho todavía que es puramente clásico, queremos dar al lector una ligera idea del estado mental de un hombre civilizado antes del triunfo oficial del cristianismo.

Hemos dicho un hombre civilizado, en lugar de un simple ciudadano romano, porque entonces, como ahora, había gentes — acaso la mayoría — que vegetaban en un retraso mental de varios siglos. Por otra parte, tampoco nos fijaremos demasiado en los espíritus superiores, filósofos y místicos. Conviene advertir también que, a pesar de la uniformidad de legislación y de derechos políticos, seguían en vigor las leyes provinciales y costumbres locales, con supersticiones y prácticas de todo género que lograrían persistir a través de la Edad Media. En el *folklore* de las naciones en que se



Escena de tocador de una dama romana, con la peluquera y la sirvienta que le presenta el espejo; otra lleva el jarro de agua perfumada.

na. Según los tratadistas del derecho de Roma, el nombre mismo de siervo, *servus,* quería decir *con-servado,* esto es, que los esclavos eran prisioneros de guerra que debían haber muerto y a los que un general humanitario había conservado la vida. Los jurisconsultos romanos, muchos de ellos estoicos, insistieron en deplorar la práctica de la esclavitud, que es contra el *derecho natural,* pues Dios ha hecho a todos los hombres libres y potencialmente iguales. Pero el jurisconsulto no es un reformador sino hasta cierto punto, y puesto que existía este mal necesario, había que legislar sobre la esclavitud con la mayor elevación posible. Dando por concedido que el esclavo es *un bien mueble,* que se compra, se vende, se puede dar en prenda, y hasta destruir si conviene, los jurisconsultos romanos se sintieron orgullosos de poder gloriarse de haber dado a los esclavos derechos de que no gozaban entre los pueblos bárbaros. Justiniano copia en sus *Instituta,* con gran sa-

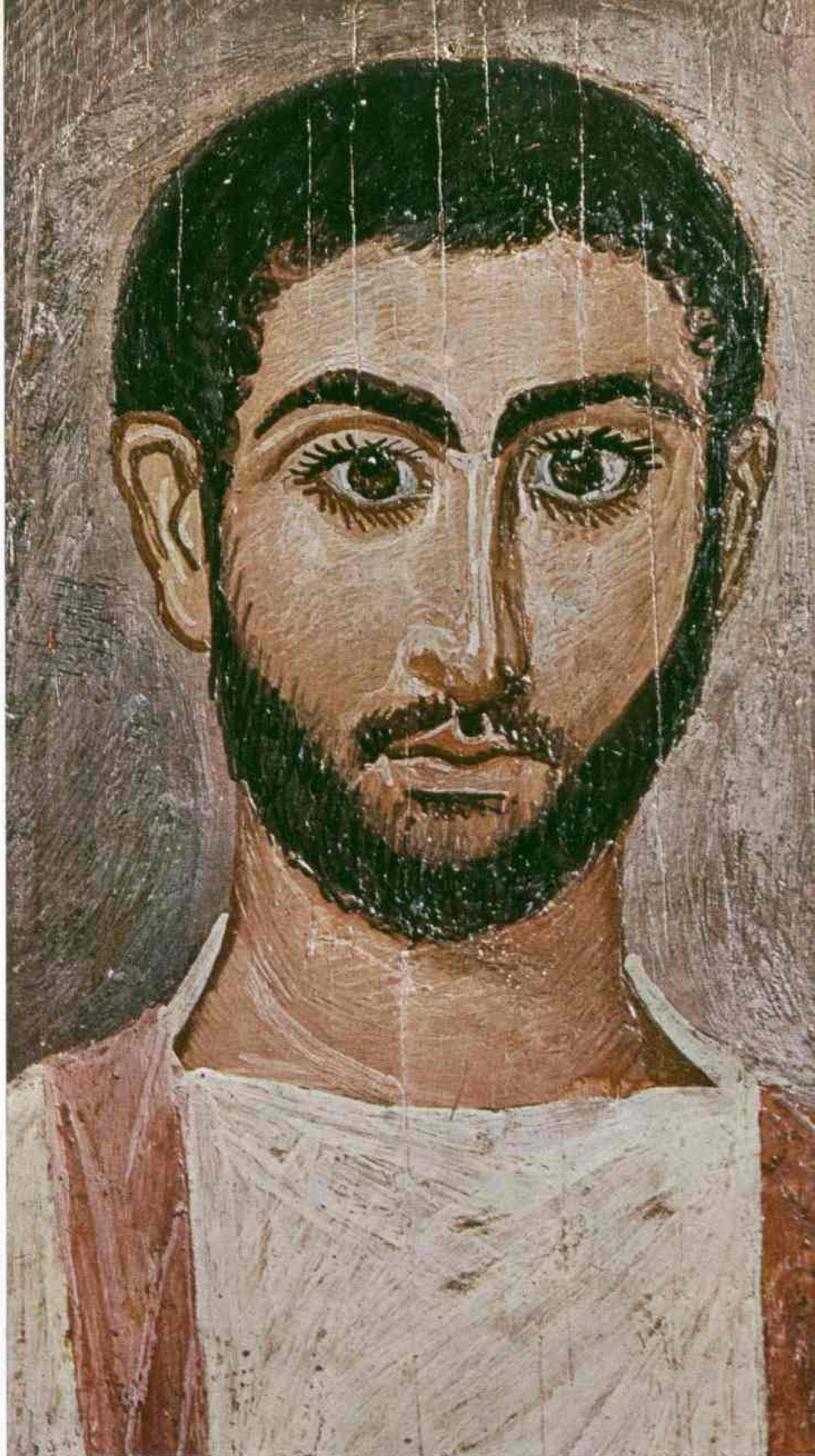
disgregó el Imperio romano hallamos aún hoy supervivencias de una época prehistórica, con tabúes y ceremonias supersticiosas que son seguramente anteriores a la época romana. Pero la capa superpuesta por la civilización clásica de Roma es lo más elevado, y no sólo persiste, sino que persistirá por varios siglos, a menos que el mundo evolucione de aquí en adelante con una velocidad mayor que aquella con que lo ha hecho hasta ahora.

Una idea típica romana es la de que toda persona, cualquiera que sea su edad y condición, depende de otra, que tiene completa personalidad civil y es lo que llamamos un *pater familias,* o uno que hace su oficio. Fijémonos en la condición de los esclavos; éstos eran en gran número, como resultado de las guerras para establecer la paz roma-



Busto de niño romano, acaso uno de los Claudios.

Retrato en un sarcófago de una momia de Fayun. (Louvre.)



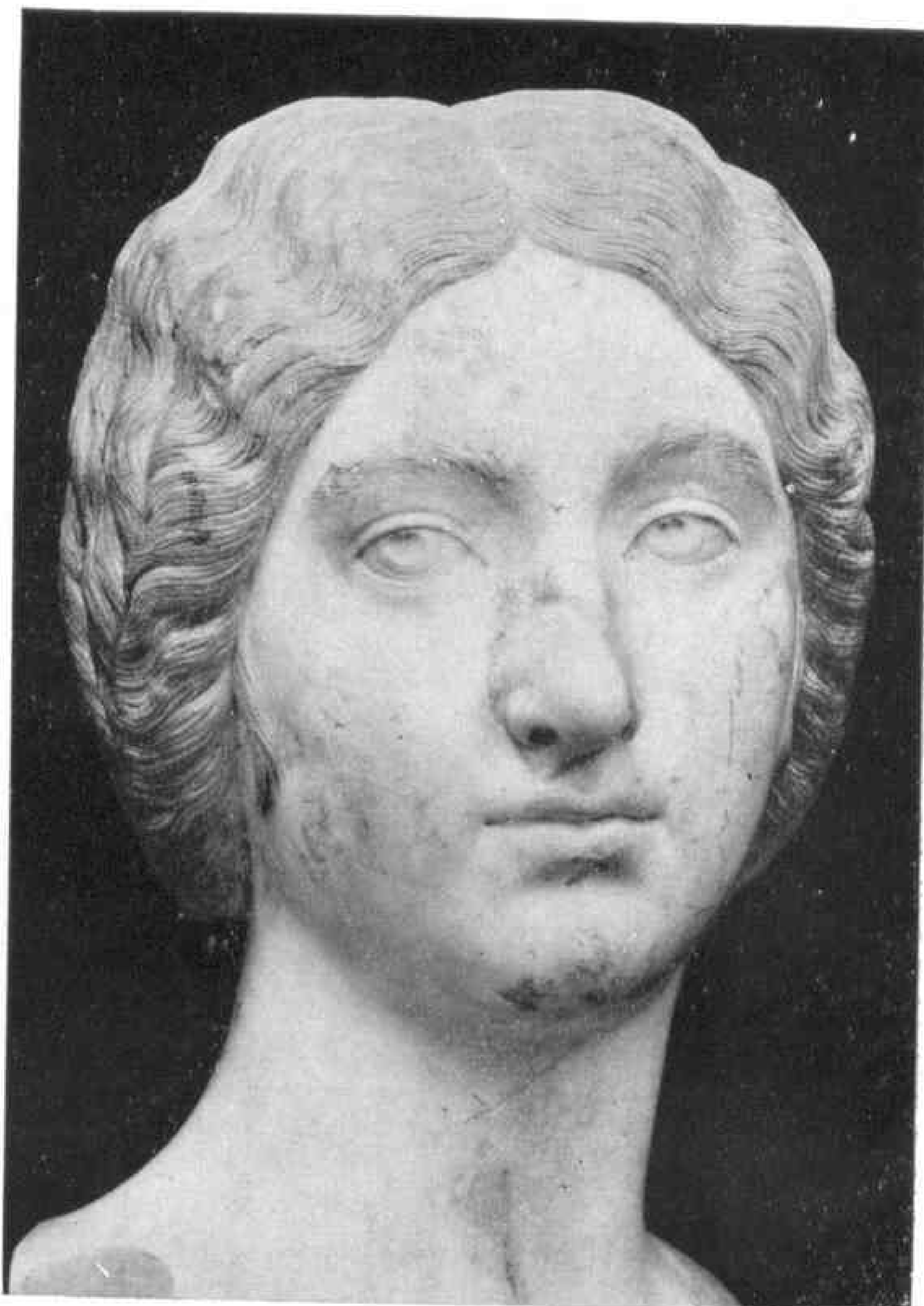
tisfacción, este edicto de Antonino Pío: «El poder de un amo sobre su esclavo no debe disminuirse; cada uno es dueño de lo que es suyo. Sólo que, por el interés de los propios amos, deben evitarse la crueldad, los malos alimentos o cualquier grave injuria a los esclavos. Aquellos, pues, que se acojan como refugio al pie de la estatua del emperador, si se prueba que han sido injustamente maltratados, serán vendidos, para que no caigan otra vez bajo el poder del mismo amo.»

Hasta cuando los esclavos alcanzaban la libertad, ya pagando ellos mismos su rescate del *peculio* que habían ahorrado, formado sin duda con propinas, ya por disposición testamentaria o por beneplácito del amo, quedaban sujetos a él, o a su heredero, en la condición de *libertos*. Entonces el que había sido amo se llamaba *patrón,* y entre liberto y patrón existían mutuas obligaciones. El patrón era, en realidad, un guardián o tutor del liberto y heredaba sus bienes automáticamente en caso de morir el liberto sin sucesión. He aquí, pues, un primer ejemplo de dependencia entre dos personas con derechos civiles, porque los libertos, con pocas restricciones, tenían los mismos derechos que los ciudadanos romanos. El famoso Félix, gobernador de Cilicia, a quien San Pablo predicó en Cesarea, era un liberto de Nerón. Otros consiguieron reunir enormes riquezas; los libertos ricos que se paseaban rodeados de esclavos, en literas magníficas, por la vía Appia, hubieron de sufrir las burlas de los poetas romanos del siglo II; pero aun estos libertos millonarios dependían, aunque sólo fuese nominalmente, de su patrón.

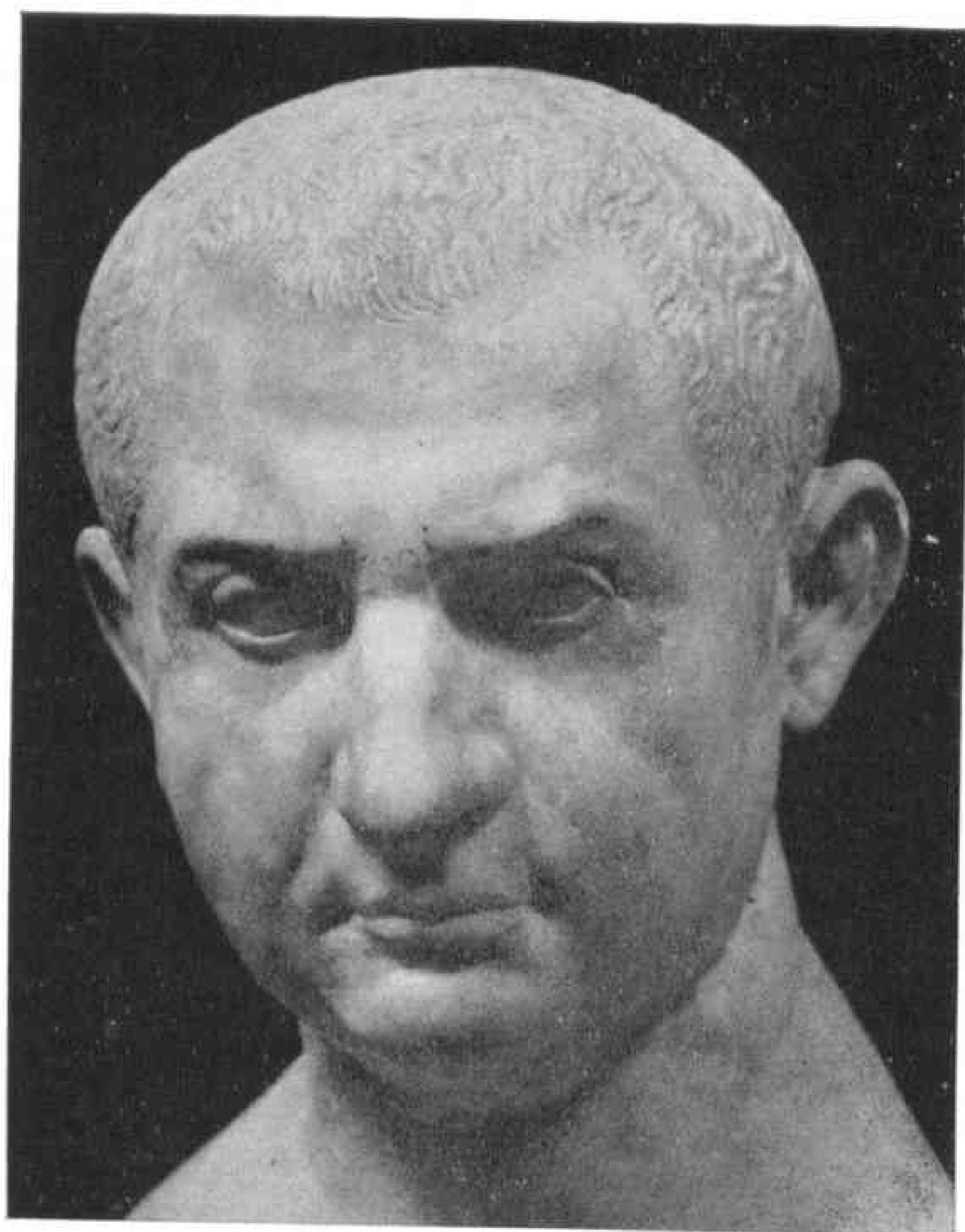
En la familia, los hijos, y los hijos de los hijos y sus nietos, estaban sujetos al *pater familias,* o cabeza de familia. Al morir el *abuelo,* cada uno de sus hijos pasaba a ser un *pater familias* para su descendencia, y así se iniciaban otras ramas de la misma *gente.* Pero cada individuo dependía de un *pater familias,* quien legalmente tenía derecho a castigarle, venderlo y aun disponer de su vida. Uno de los jóvenes cómplices de Catilina fue todavía sentenciado a muerte por su propio padre; pero ya al final de la época clásica era criminoso para un *pater familias* el matar a su hijo, aunque fuera con la aprobación de un consejo de familia.

De todas maneras, la autoridad del *pater familias* era enorme; constituía de derecho una verdadera posesión, que se llamaba *manus* o mano. El libertar a un esclavo se llamaba *manumitir;* todavía empleamos hoy la frase *mano firme* para significar energía, tenacidad. Justiniano, en sus *Instituta,* dice, casi con orgullo: «El poder que tenemos sobre nuestros hijos es peculiar de los ciudadanos romanos; ningún otro pueblo tiene sobre sus hijos el poder que nosotros tenemos sobre los nuestros.»

No es, pues, de extrañar que se procurara evitar esta *manus;* por ejemplo: las hijas generalmente seguían dependiendo de su *pater familias;* en casa del marido eran admitidas a las ceremonias religiosas de los lares y penates domésticos más como huéspedes que como miembros de la familia. El marido, en una palabra, no tenía *manus* sobre su esposa, y no es porque legalmente no debiera tenerla. En el matrimonio contraído según el rito tradicional de los patricios, que describimos en un capítulo anterior, llamado *confarreatio,* el marido obtenía la *manus* sobre la esposa; pero esta antigua forma de enlace era anacrónica ya en la época de Augusto. Otra clase de matrimonio, en su origen probablemente sólo para los plebeyos, llamada *coemptio,* que quiere decir compra, producía también la *manus* del marido, pero, por esta misma causa, no era la forma más usada de matrimonio en la época imperial. Sin embargo, a veces era preferible casarse por *coemptio* precisamente para caer bajo la *manus* del marido. Como una mujer romana, cualquiera que fuese su edad, estaba siempre bajo la tutela de alguien, a veces era conveniente



Muchacha romana de la época de los Severos.



Ciudadano de la época de los Antoninos.

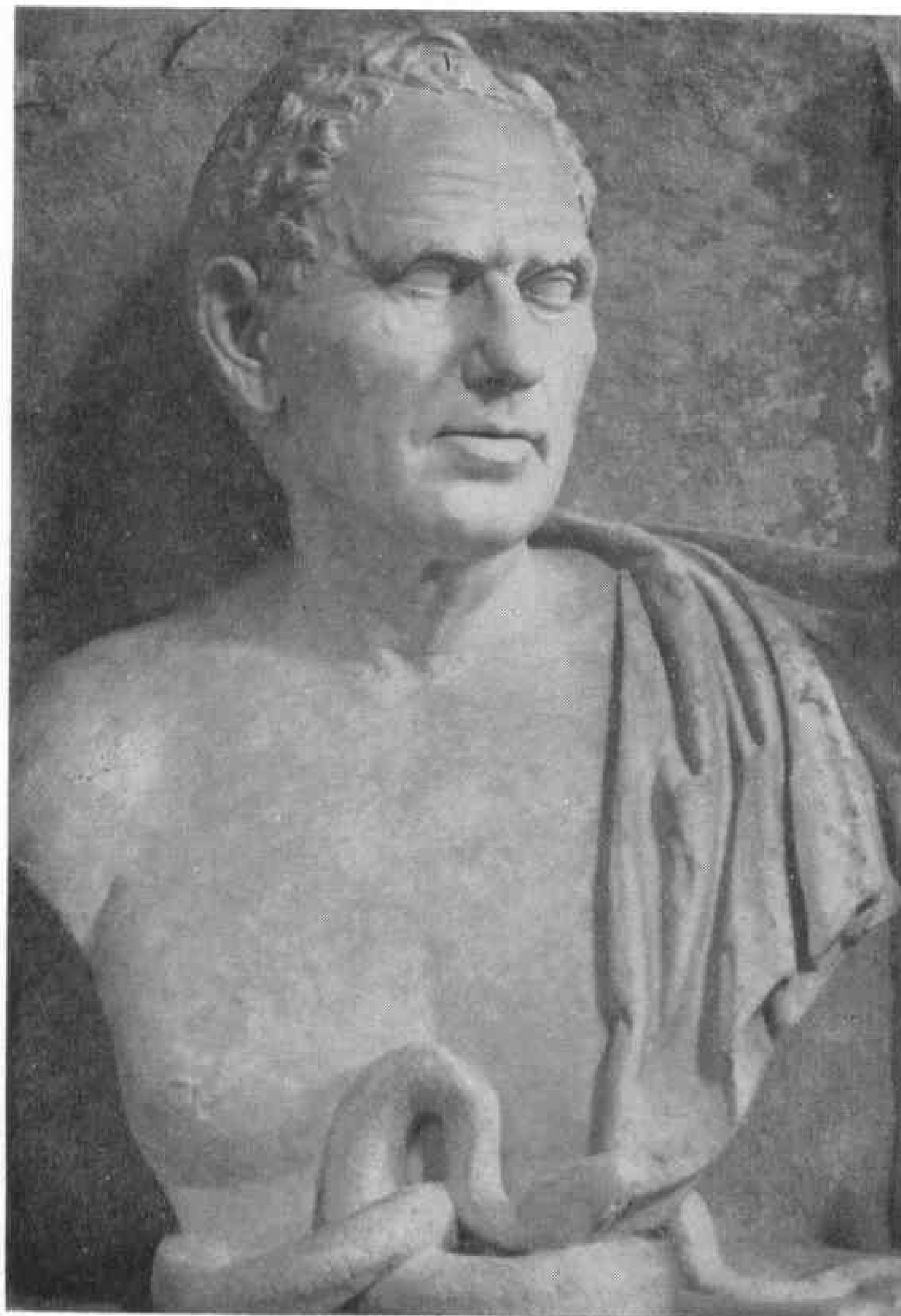
cambiar de *manus* para escapar de un tutor enojoso o de un *pater familias* autoritario. Como ya se puede comprender, por el casamiento con *manus* la mujer no era más que una hermana de sus hijos, otra hija de su marido, quien tenía potestad sobre ella y derechos sobre sus bienes.

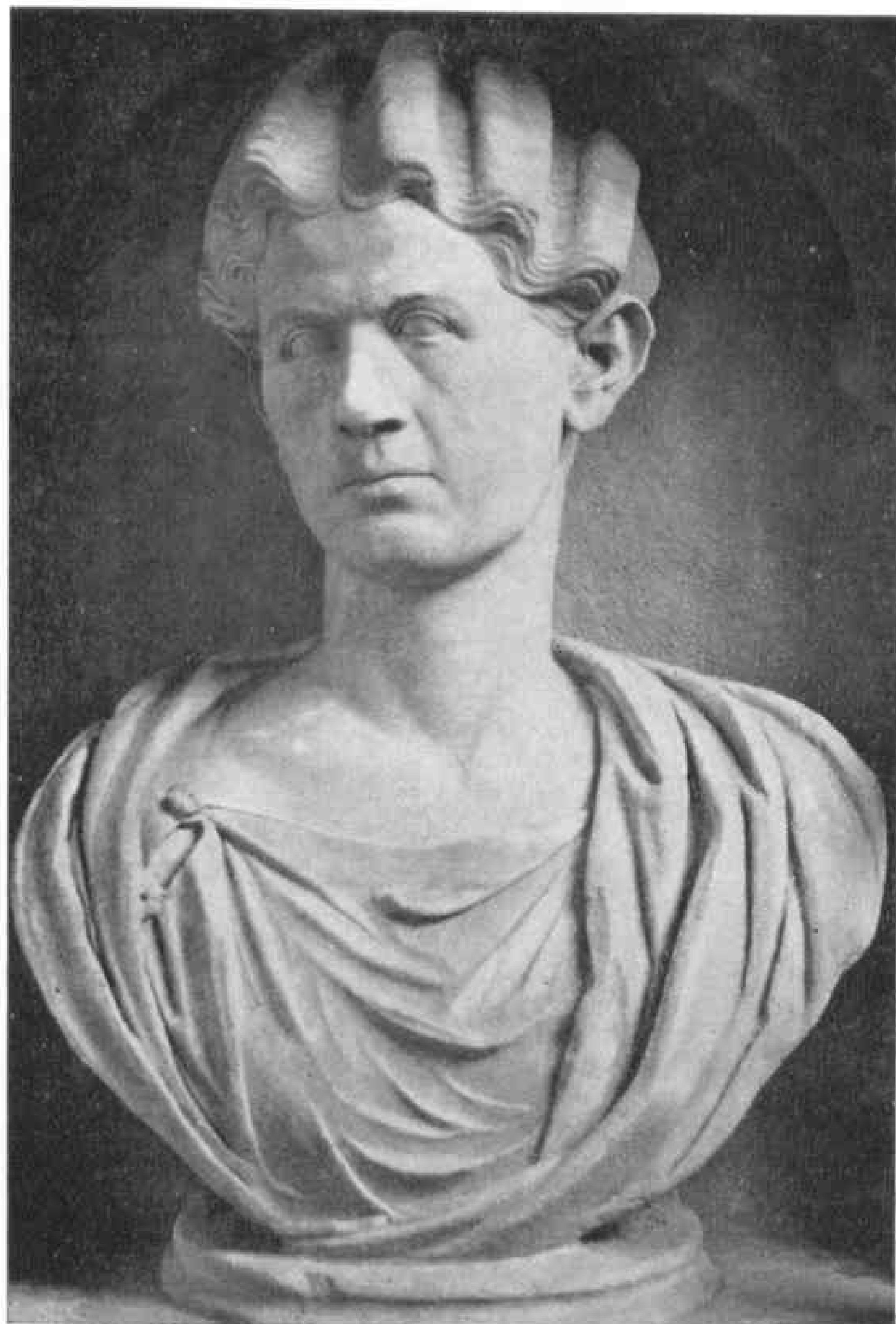
Hasta el tercer modo de casamiento romano, llamado *usus*, daba también derecho de *manus* al marido, si la esposa permanecía con él por más de un año. Pero se evitaba esta condición con la trampa llamada *trinoctium abesse*, o ausencia de tres noches. La esposa iba a dormir tres noches a casa de un pariente y así evitaba la *manus* del marido.

Por lo que se ve, el matrimonio romano, al final de la época clásica, no tenía el carácter de unión religiosa que tiene entre nosotros y es consecuencia del cristianismo.

De todos modos, ya en esta época se necesitaba el consentimiento de los dos cónyuges, que no era requerido durante los siglos anteriores, cuando el *pater familias* podía disponer libremente de sus hijos. Pero si los padres no podían legalmente obligar, de hecho seguían haciéndolo, porque era indispensable su autorización para que el casamiento fuese válido. Buscaban también un buen partido. Un político filósofo, que es tutor de la huérfana de otro filósofo, escribe a Plinio preguntándole si conoce alguien que pueda ser un buen marido. Plinio le contesta con una carta que se ha conservado: «Tengo a mano el hombre que buscáis; se llama Minucio y es de Brescia, ciudad tranquila, donde ha desempeñado ya cargos públicos. Es un muchacho enérgico, con cara de buena salud. Su padre tiene dinero, y, aunque vosotros no os preocupáis

Retratos funerarios. El marido con el ceño fruncido, señal de *manus*, y la esposa, satisfecha de la autoridad conyugal.





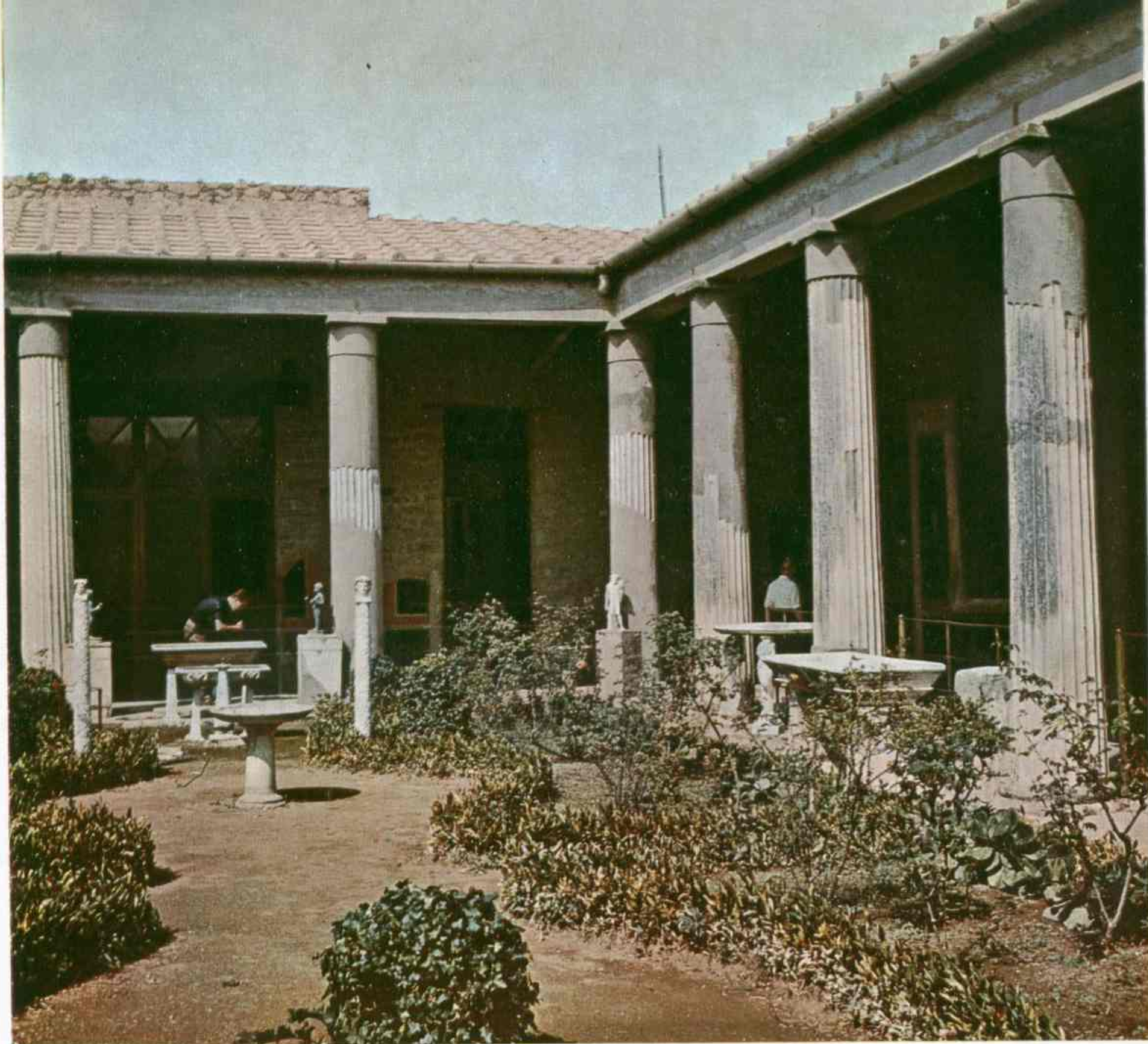
de esto, hay que recordar que la posición de una persona es circunstancia importante, no sólo para la sociedad, sino también para las cosas de ley.»

Una vez concertado el matrimonio para un día que tuviese augurios favorables (como una gran fiesta del año), el novio, acompañado de sus parientes, iba a casa de la novia y allí se firmaba el contrato con todos los detalles de la dote. También allí se celebraba el banquete. Por la noche, los desposados eran acompañados en procesión a la casa del marido; éste representaba entonces la ficción de arrebatar de su casa a la esposa, como en los tiempos prehistóricos. Llegados al domicilio del marido, éste tomaba en brazos a la novia para que, al entrar, no tocara el umbral con los pies; después le presentaba el agua y el fuego y la invitaba a rezar ante el altar de sus lares y penates.

Así, el matrimonio quedaba reducido a un contrato civil con algunas supervivencias de ritos primitivos; y, sin embargo, nadie se hubiera atrevido a pasar por encima de la legislación romana respecto al casamiento entre consanguíneos o a las minucias de la dote. La dote se fijaba para contribuir la mujer a las cargas de la familia, pero tenía además un valor moral: el hecho de que el marido aceptara la administración de una dote indicaba que la unión era algo más que un concubinato. Pero tal vez el lector no tiene la menor idea de la calamidad que la dote constituye todavía hoy. Los jurisconsultos romanos creyeron prever todos los casos posibles, llenaron páginas y más páginas de leyes sobre la dote, pero cada día aparecen problemas nuevos que dan pretexto a los abogados para sostener largos pleitos. Pueblos enteros de nuestra raza latina, saturada de jurisprudencia, se han rebelado porque no se les ha consentido dar, administrar o restituir el dinero de la dote, según la costumbre de sus fueros, que estará o no de acuerdo con el Derecho romano. Por fortuna, con la emancipación moderna de la mujer, las triquiñuelas de los capítulos matrimoniales van quedando como leyes muertas.

Estatua yacente de una joven con la serpiente, símbolo del alma.





Peristilo de la casa de los Vettii, familia acomodada de Pompeya.

El matrimonio romano sin *manus,* que era casi el único en uso, se deshacía con la misma facilidad que se consumaba: bastaba que uno de los cónyuges formulara al otro demanda formal de divorcio, firmada delante de siete testigos. No había necesidad de alegar ninguna razón para separarse. Ya vimos cómo Tiberio, Agripa y Julia se divorciaron y casaron de nuevo, sólo para ayudar a los planes políticos de Augusto. Se hablaba de mujeres que contaban los años por los maridos que habían tenido, y, sin embargo, a pesar del carácter tan poco religioso del matrimonio romano, hubo muchas uniones que fueron duraderas.

El hecho de ser el matrimonio concertado por la familia no excluye necesariamente el amor. La mujer latina no ama plenamente hasta que ha sido madre. No pocas veces hay algo de verdad en estas palabras de una muchacha: «No le amo, pero todos me dicen que le amaré...» Gratitud por lo menos hubo de sentir la huérfana del filósofo político, si es que Plinio llegó a casarla con aquel muchacho de Brescia que tenía cara de salud. He aquí cómo describe Plinio a su propia esposa Calpurnia: «Tiene mucho sentido común y es una excelente ama de casa. Me admira a mí, lo que quiere decir que no es tonta. Guarda mis libros y los lee; sabe algunos de ellos de memoria. Cuando voy a pronunciar un



Reconstrucción de una casa romana.

discurso, está muy excitada; cuando he concluido, rebosa de alegría. Dispone de una porción de mensajeros que van corriendo a contarle el efecto que produce mi oratoria, a comunicarle si me aplauden y si gano el pleito. Cuando doy una recepción para leer un trabajo mío, lo escucha detrás de una cortina. Pone mis versos en música y los canta con el arpa. No ha tenido nunca profesor de canto, pero el amor es el mejor maestro...» De todos modos, el lector debe saber que Plinio había tenido dos esposas más antes que Calpurnia.

Los poetas y moralistas romanos que escriben desde la capital no son parcos en comentarios acerca de la inmoralidad femenina de su tiempo. Podríamos entretenernos con relatos picantes de adulterio, que son la crónica escandalosa de la sociedad romana del tercer siglo. Es evidente que, a pesar de la legislación de Augusto y de los ejemplos de los emperadores filósofos, en Roma se había llegado a considerar el contrato matrimonial como algo que los cónyuges podían interpretar a su gusto. Juvenal explica el caso de una esposa sorprendida por su marido en los brazos de un esclavo, que, por toda excusa, lanzó esta exclamación: «¡Ya convinimos que cada cual haría lo que quisiese!...»

No siempre las mujeres se aprovecharon de su independencia para entregarse al libertinaje. Los historiadores mencionan casi tantos ejemplos de romanas ilustres que se dedicaron a la poesía y a la filosofía como de otras que sólo iban al circo, a los teatros y a los templos para procurarse nuevos galanes. Algunas viajaban por países lejanos; encontramos sus nombres grabados, acaso con el broche de la túnica, en los monumentos de Grecia y Egipto.

Los epitafios de dos cónyuges romanos a menudo llevan la abreviatura: *S. U. Q.*, o sea: *sin una querella.* A veces, el marido desconsolado recuerda en el epitafio de su esposa la habilidad con que tejía la lana. El manejo hábil del telar era para los romanos sinónimo de las virtudes domésticas. La cocina estaba relegada a los esclavos y el arte del bordado era más bien pro-

pio de los hombres; pero hasta poetas como Propercio y Tíbulo se complacen en imaginar a sus amadas tejiendo de noche, descalzas y con la cabellera suelta, absorbidas en sus pensamientos, mientras la lanzadera resuena monótona en la casa dormida.

«Tú Cayo, yo Caya», decían las romanas del tiempo de la República para significar que, en la casa, eran ellas tan señoras como el marido; sin embargo, a pesar de mil ejemplos de fidelidad, nunca llegó el matrimonio romano a hacer de dos *uno, en una sola carne*. Ya Catón recomienda besar a la esposa sólo cuando truene, queriendo decir que raras veces. La esposa de Bruto tuvo que amenazar a su marido con suicidarse si éste no le confiaba los secretos de la conspiración.

Los hijos del matrimonio romano eran más bien fruto de la devoción que del amor sexual. Después de nacido, el pequeño era depositado en tierra, delante del altar doméstico, para que el padre pudiera inspeccionarlo; éste tenía el derecho de hacer desaparecer a los recién nacidos de mala conformación. Séneca dice: «Ahogamos nuestras monstruosidades.»

Como prueba de adopción, después de haberlo reconocido, el padre levantaba del suelo al recién nacido. Durante ocho días, cuando era niña, o nueve, en el caso de ser niño, que era lo que duraban las ceremonias de purificación, el infante estaba sujeto al maleficio de los espíritus y no pertenecía totalmente a la familia. Por fin tenía lugar, en el atrio de la casa, el acto de dar un nombre al pequeñuelo. Cada uno, pobre o rico, llevaba un presente, por lo general un amuleto contra brujerías y mal de ojo. Como había amuletos más o menos eficaces, aquel que se consideraba de más virtud era encerrado en una cajita redonda



Casa romana en una calle de Herculano.

de oro, llamada *bula,* que llevaría el infante, pendiente del cuello, hasta cumplir la mayor edad.

A veces el niño se confiaba a una nodriza extranjera, con preferencia una esclava griega. Así el muchacho aprendía aquella lengua indispensable antes de ir a la escuela. Sobre la escuela elemental romana tenemos abundante información, y todavía hoy quedan rastros de ella en muchos lugares. A veces, lo único que ha cambiado son los textos que deben aprenderse de memoria; la disciplina, la higiene y los métodos pedagógicos vienen a ser los mismos. La escuela era de iniciativa privada, y el maestro un veterano del ejército que cobraba un óbolo de cuota por cada estudiante.

Por esto las familias acomodadas se procuraban un pedagogo competente en literatura y filosofía. Estos preceptores, muchos de ellos más cultos que los mismos amos, eran admitidos en la vida diaria de la familia y comían en la mesa del señor, como las institutrices francesas y suizas que iban a educar a los vástagos de la nobleza rusa, antes de la revolución.

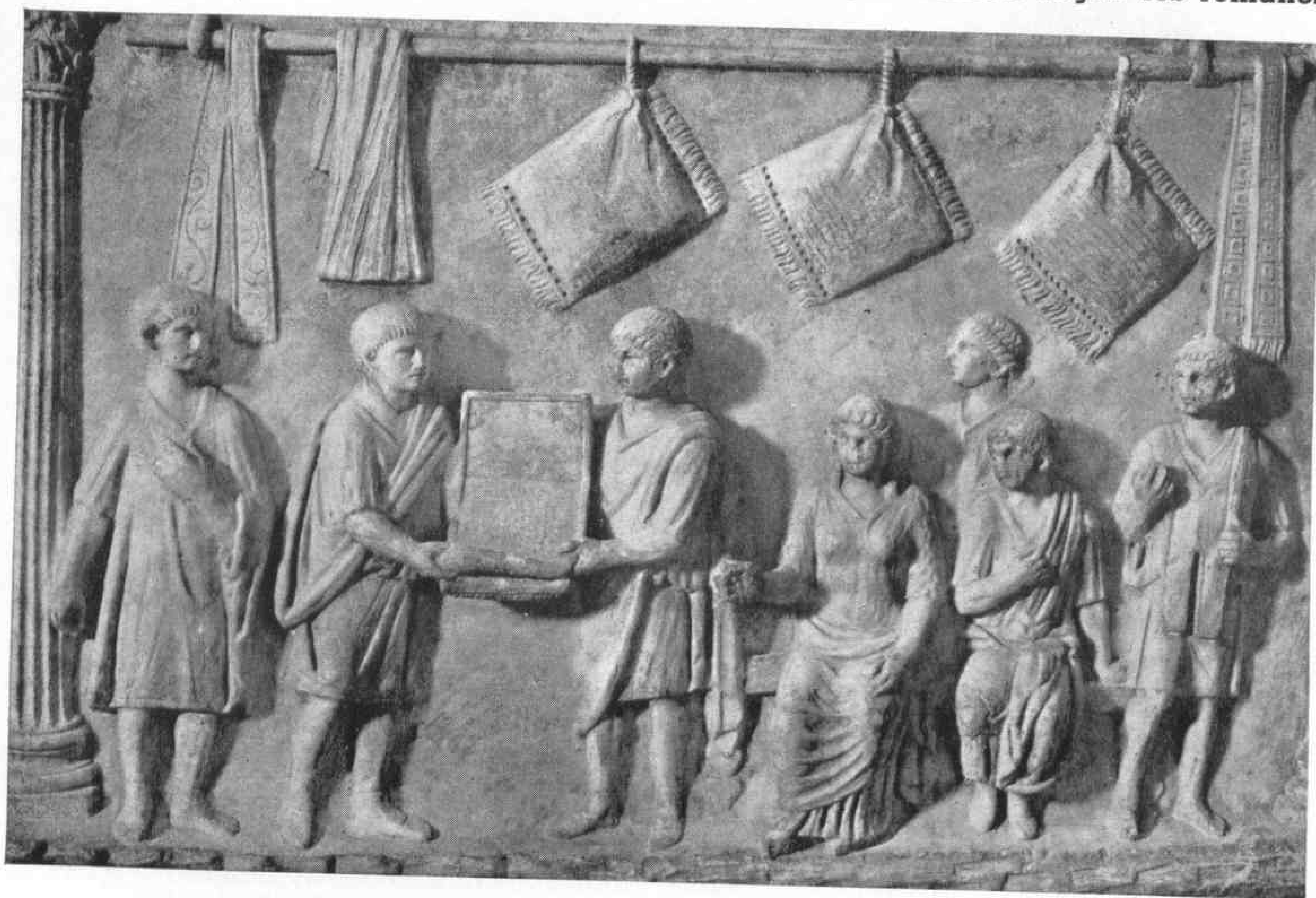
Bodega en el mercado de vinos de Herculano.



En la escuela secundaria se empezaba leyendo a Homero y Menandro. El curso de latín principiaba con Virgilio, que pasó a ser un texto escolástico ya en vida del poeta. En tiempo de Vespasiano, Virgilio, Horacio y Lucano son mencionados como autores cuyos libros eran indispensables a los escolares. Persio dice que es una esperanza grata para un poeta la de que sus versos habrán de ser dictados algún día a un grupo de niños. En cambio, Marcial se pregunta si cabe desear que «un maestro pedante lea sus versos con voz gangosa, para hacerlos detestables, a un grupo de muchachos y muchachas que están creciendo muy sanos».

La mayoría de muchachos romanos no pasaban por la escuela secundaria. A los dieciséis, o dieciocho años, entraban como aprendices, o se alistaban en el ejército por veinte años. La vida militar constituía para un joven romano una verdadera educación. Como el hijo de un patricio, o simplemente de un ciudadano inscrito en el censo, avanzaba en grados rápidamente, a los treinta y cinco años se retiraba de la milicia con una gran experiencia, conocedor de los problemas siempre apasionantes de la frontera y capaz para servir todavía al Estado con un cargo civil en la administración.

Algunos muchachos, al acabar la educación secundaria, iban a una escuela de retórica, donde se enseñaba lo que llamamos *humanidades.* «Nadie se hará grande sin elocuencia», dice Tácito, y Séneca añade: «Es sumamente fácil pasar de la elocuencia a las otras artes.» No parece extraño, pues, que la primera tentativa de una Universidad en Roma fuese la escuela de retórica fundada por Vespasiano; su primer director fue el español Quintiliano, con un sueldo anual de cien mil sestercios, que vienen a ser unos veinte mil pesos de oro. Allí se leían y comentaban los *clásicos,* que eran



Interior de una tienda romana de almohadas.

los escritores antiguos de la época republicana, pero sobre todo se practicaban los ejercicios de oratoria, que eran los que hoy llamaríamos graduados. Los primeros grados provocan la risa: «¿Cómo era la serpiente que engrendró a Escipión? ¿Cómo era la loba que amamantó a Rómulo?» A esto seguían elogios de varones ilustres, de las armas y las letras, de la ciudad y el campo, etc. El tercer grado eran ejercicios de monólogos y arengas, como, por ejemplo, improvisar el discurso que Aníbal hizo a sus soldados, el de Sila al renunciar la dictadura, o la despedida de Catón antes de suicidarse. Los últimos ejercicios de la escuela *superior* de retórica, en Roma, eran las famosas *controversias* o pugilatos de oratoria, en que dos alumnos defendían diferentes aspectos de una cuestión. Algunos asuntos de las controversias anticipaban ya problemas de jurisprudencia, por ejemplo: un patrón enfermo ordena a su esclavo que le traiga un veneno para suicidarse. El esclavo desobedece; el amo lo castiga, crucificándole. ¿Quién está en su derecho?

Nos parece estar oyendo los problemas de nuestras clases de retórica de hace cincuenta años, cuando teníamos que procurarnos, para el día siguiente, *¡un ejemplo de pensamiento sublime!*

Por lo que se ve, la escuela romana no pasaba de ser un gimnasio literario. Exceptuando los jurisconsultos, todos los técnicos de Roma eran libertos griegos y orientales. No es de extrañar, pues, que algunos de ellos amasaran fortunas inmensas ejerciendo la medicina, trabajando de mecánicos o simplemente como expertos en las oficinas imperiales. Una vez que Plinio, gobernando la Bitinia, pidió a Trajano un arquitecto para ciertas obras que proyectaba, el emperador le contestó, con enojo, que



Sarcófago de un niño romano. A la izquierda, el padre lo contempla tomando el pecho de la madre; en el centro, lo lleva en brazos; más acá, el niño juega con un carro, tirado por una cabra, y en la derecha, recita una poesía a su padre.

era absurdo pedir un técnico así a Roma cuando en Roma los hacían venir de Grecia.

Mas ¿para qué tenían que preocuparse los patricios romanos con duras disciplinas intelectuales, si el mundo estaba lleno de gentes dispuestas a servirles? Como los aristócratas ingleses del siglo pasado, gobernando las colonias aprendían más que con los libros. Los excesivamente cultos hacían viajes preparatorios, y hasta residían meses en Atenas y Rodas, donde había buenas universidades, pero era sólo para adquirir un barniz de cultura, no para especializarse en ninguna rama de la ciencia.

Al principio, ni al llegar a la mayor edad podía el hijo adquirir ni transmitir bienes personales. Esto era una consecuencia de la aplicación de las ideas acerca del *pater familias,* mas pronto fueron concediéndose derechos a los hijos mayores de edad. Augusto les permitió disponer del peculio ahorrado en el ejército; después se les otorgó el derecho de poseer los bienes heredados de la madre, *bona materna.* En tiempo de Justiniano, el hijo, prácticamente, era dueño de todo lo suyo, pero así y todo, el padre podía hacer uso de los bienes del hijo, aunque no podía enajenarlos.

Al morir el *pater familias* los hijos todavía menores recaían bajo la tutela de un guardián, nombrado por el padre, por los parientes o por el pretor de la ciudad; pero los mayores de edad, varones, recibían la parte que les correspondía de la herencia paterna y entraban a disfrutar de todos los derechos civiles. Los jurisconsultos romanos hicieron del derecho de propiedad una verdadera filosofía. Mientras los griegos se habían preocupado de lo inmanente, esto es, de las relaciones del hombre con las ideas, los romanos concedieron la mayor importancia a las cosas tangibles, en su aspecto relativo de pertenecer a uno o a otro. Parece como si las cosas, igual que las personas, por necesidad tengan que estar bajo la *manus* de alguien; había algunas excepciones, pero en general podemos decir que el jurisconsulto romano tenía horror a las cosas sin dueño. Las leyes y disposiciones sobre casos de propiedad comprenden mucho más de la mitad del magnífico sistema de la jurisprudencia romana. Por ella se decide de quién será la perdiz herida por uno y cobrada por otro; de quién será el pan que se ha amasado con trigo ajeno; de quién los frutos que caen dentro del predio del vecino..., y para cada caso se encuentra la fórmula práctica. A veces se advierte cierta vacilación, debido a dos escuelas de jurisprudencia en que se dividieron los juristas romanos, pero nunca se deja nada sin resolver; apenas hay en la ley romana ambigüedades para evadirla. Aquello de hecha la ley, hecha la trampa, casi no reza con el Derecho romano.

Todas las maneras de adquirir están previstas, como las maneras de enajenar. Nuestras diarias transacciones de compra y ven-

ta, usufructo, donación entre vivos, para evitar dificultades de testamentaría, o burlar acreedores, censos, servidumbres o derechos de paso, se realizan todavía hoy de acuerdo con las costumbres de Roma, reguladas por su Derecho. El lector puede, pues, imaginarse a un ciudadano romano del siglo III consultando a su abogado con los mismos términos que usamos todavía nosotros, o que, a lo más, empleaban nuestros abuelos.

Claro que no había entonces problemas que son esencialmente modernos, como los seguros y otras novedades basadas en las ideas de cooperación, mas para un *pater familias* no podían faltar complicaciones con los hijos, esclavos y libertos. Si no tenía hijos, los adoptaba, para evitarse las multas y por patriotismo; pero como un padre romano no podía, ni aun queriendo, evitar su propia potestad sobre el *filius familias,* la manera de ceder su hijo a otro era recurriendo a una estratagema basada en la ley de las XII Tablas. En ella se dispone que si un padre vende a su hijo tres veces por esclavo, el hijo queda de hecho independiente para siempre de su *pater familias.* Por esto, el método legal de adopción consistía en que el padre natural simulara por tres veces la venta de su hijo y que el padre adoptivo lo comprase y manumitiese cada vez delante del tribunal. Así, el hijo perdía toda relación con sus consanguíneos y pasaba a ser un miembro de otra familia, pero también a la larga se prescindió de esta transacción ficticia y bastó con la declaración de ambos padres archivada en el registro civil.

Ahora bien, requiriendo la mayor parte de los documentos legales romanos la presencia de siete testigos, para cada transacción tenían que movilizarse por lo menos diez personas: los dos interesados, los testigos y el abogado. Y como estos servicios en Roma no se pagaban con dinero, debían dar motivo, en cambio, para asistir a banquetes y recepciones, que tan a menudo mencionan los escritores clásicos. Los *natalicios* o cumpleaños debían de sucederse con rapidez en una casa tan llena de gente como la del patricio romano. Por fin, hay que recordar que, aunque la costumbre del día sabático, o fiesta dominical, no era practicada en Roma, el calendario romano tenía por lo menos tantas fiestas religiosas como el calendario católico. Hasta en las épocas de mayor escepticismo seguían practicándose las ceremonias y procesiones, o *lectisternia,* que daban ocasión para lucir cada uno sus mejores galas y las insignias de su rango.

Algunas de estas festividades se encuentran ya señaladas en el calendario de Numa, del tiempo de los reyes, pero otras habían sido establecidas como un voto, por el pueblo de Roma, en circunstancias difíciles. Así,

Taller de un herrero, con el aprendiz inyectando aire al horno.



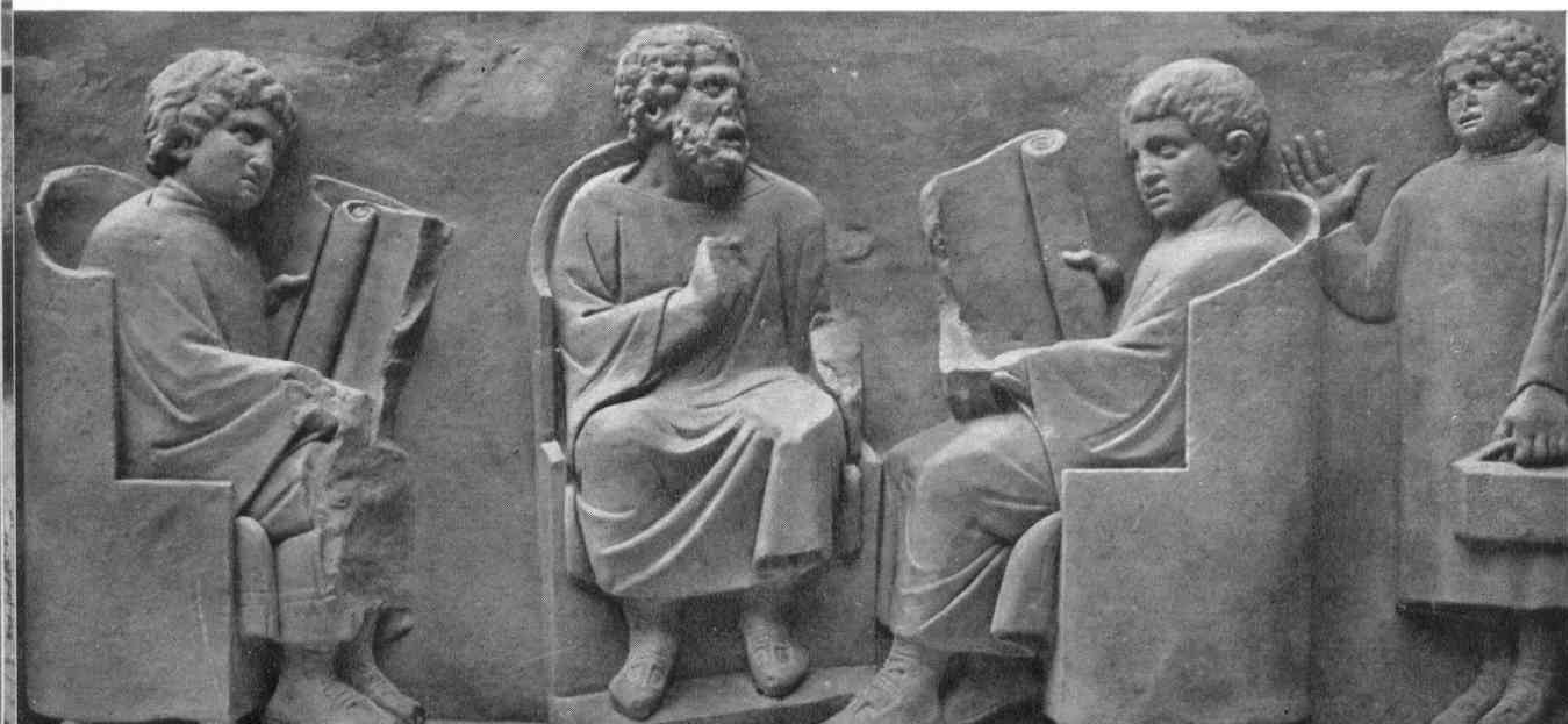
por ejemplo, los *ludi magni*, o juegos y ceremonias religiosas, habían sido votados el año trágico 217 a. de J. C., cuando Aníbal amenazaba poner fin a la existencia de Roma. Los juegos en honor de César, de Augusto, y hasta de personalidades de menos peso, habían sido instaurados por sus parientes, con rentas que debían gastarse cada año en juegos y espectáculos. Además, los nuevos magistrados se veían obligados a celebrar la toma de posesión del cargo con grandes fiestas que duraban varios días.

Más aún, cada barriada tenía su *fanum* o *sacellum* para el espíritu protector de la localidad. Estos *fanum* no fueron, al principio, más que simples espacios reservados al misterioso genio del lugar, que no se sabía siquiera si era dios o diosa, *si deus, si dea*... Pero poco a poco se construyeron capillas y se adoptaron dioses clásicos con un adjetivo local; éstos también contribuyeron a procurar nuevas fiestas de barrio. Y aún podríamos añadir, como motivo de otras fiestas y diversiones, las cofradías religiosas y civiles, que llegaron a ser tan importantes que reclamaron la atención de los emperadores, regulándolas y restringiendo su acción. Cada oficio tenía su espíritu tutelar, con su fiesta anual correspondiente; por ejemplo, el 9 de junio era el día de los molineros y panaderos, y el 13 el de los músicos, que se paseaban beodos cantando nuevas canciones con tonadas viejas.

Se han conservado los estatutos de una cofradía de Diana y Antinoo, en Civita-Lavinia. Por ellos nos enteramos de que había que pagar una cuota de entrada de veinte pesos de oro y además una ánfora de buen vino. La cuota anual era de tres pesos, pero cada cofrade tenía asegurado un funeral que costaría sesenta pesos; el presidente era elegido por cinco años. Seis veces al año se reunían los cofrades para ver quién de ellos bebería más vino; si alguien se sentía ofendido y se retiraba del banquete, era multado con cuatro reales, pero el que insultaba a otro pagaba diez, y doble el que ofendía al presidente. Como ya puede colegirse, estas cofradías serían centros de agitación política. En Pompeya, donde hay tantas inscripciones de los días de elecciones municipales, se encuentra un letrero que dice: «No queremos jueces egipcios», acaso refiriéndose a los cofrades de Isis.

Aunque no lo quisieran, los ciudadanos de elevada posición tenían que frecuentar el circo cuando se celebraban juegos gladiatorios y luchas con bestias salvajes. El mundo

Maestro de escuela romano, que se queja del alumno que llega tarde.



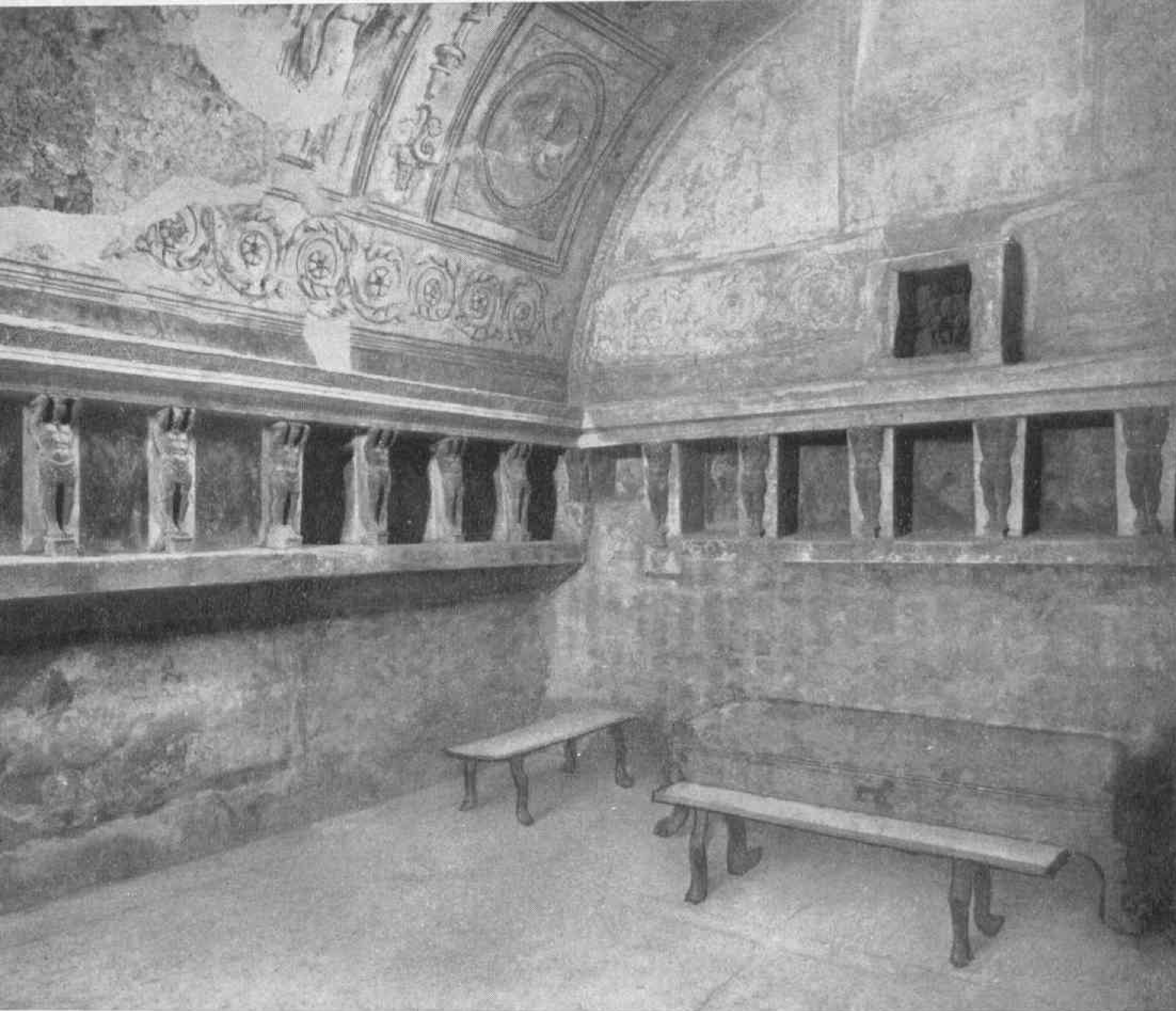


Tienda de un banquero romano.

romano está lleno de ruinas de anfiteatros; la forma elíptica del anfiteatro es, a veces, todo lo que sobresale del suelo para señalar el lugar donde hubo una colonia o un municipio. Los anales del Imperio relatan innumerables anécdotas de los grandes días del circo... ¿Para qué repetirlas? En los países hispánicos las modernas plazas de toros, y en Norteamérica los estadios del pugilato, producen análoga excitación. Los moralistas condenaban los espectáculos sangrientos. Cicerón no encuentra placer en ver a un animal destrozando a un hombre. Varrón dice que los *aficionados* a semejante fiesta son unos bárbaros. Séneca también protesta, pero acude a verla. Marco Aurelio dice que el espectáculo es monótono y cansado. En cambio, el español Marcial empieza su colección de epigramas con todo un libro dedicado al *espectáculo*. Acaso la nota más importante es la que da San Agustín. Cuenta éste que un joven cristiano fue invitado a ir al circo. Para no parecer grosero, consintió en aceptar, haciendo propósito formal de mantener los ojos cerrados. De pronto, un grito ensordecedor de la muchedumbre le obligó a abrirlos y ya no le fue posible apartar más la vista del cruento espectáculo.

Otra distracción que debía de consumir buena parte del tiempo de un romano acomodado era la de acudir a la vista de causas célebres para escuchar a los abogados. Para los más cultos hacíase imprescindible asistir a lecturas en casa de los mecenas que protegían artistas; cuando alguno de ellos tenía pretensiones de poeta, entonces la lectura era un castigo sin atenuantes. Oigamos lo que dice Horacio: «El poeta, en su furor, es como un oso que se ha escapado de la jaula; recita sus versos a propios y extraños, y como una sanguijuela se agarra a uno sin soltarle, hasta que ya no puede más con sus lecturas.» Plinio, que era lo que hoy llamaríamos un hombre sociable, escribe: «Este año, el 97, nos ha dado una buena cosecha de poetas; durante el mes de abril casi cada día hemos tenido lectura de algún poema.» Luego añade: «La mayor parte de los invitados permanecen en la antesala, charlando, y sólo entran hacia el final, y ni aun esperan a que el lector haya concluido...» Séneca refleja la impresión de terror que causaban aun los conferenciantes: «El lector llega con unos papeles llenos de letra pequeña y espesa. Cuando ya ha leído una gran parte del manuscrito, pregunta: — ¿Os parece bien que acabe aquí? — Y entonces, los mismos que están deseando que se muera de repente, gritan: — ¡Continúa, continúa!» Igual ocurre ahora con las conferencias.

También se celebran en Roma y otras ciudades certámenes poéticos, tradición que subsistió hasta la Edad Media. Los jueces eran sacerdotes, y no siempre premiaban la



Baño de vapor en las termas de Pompeya.

mejor composición. Estacio no logró ganar el premio el año 94, y un tal Floro nos asegura que el auditorio pedía el premio para él, pero el emperador se lo negó por no ser romano puro. En cambio, de otros poetas premiados no ha quedado más que el nombre. Los temas en estos certámenes son también análogos a los que aún prevalecen en nuestros Juegos florales. Sabemos de un poeta que ganó premio glosando la reprimenda de Júpiter a Apolo por haber prestado su carro a Faetón.

Anticipo de nuestros clubes, casinos y ateneos eran las casas de baños y las termas; pero, por lo menos, los romanos hacían allí algo más que jugar y charlar, pues se lavaban y practicaban ejercicios. También en las termas había bibliotecas, para proporcionar sin duda, además de los físicos, otros esparcimientos intelectuales. La palestra de las grandes termas de Caracalla, en Roma, tiene todavía, a cada extremo, las salas cuadradas con sus estantes para los manuscritos. Roma había imitado de las ciudades de Oriente el lujo de las bibliotecas públicas. Asinio Polión construyó la primera, después de la muerte de César. Augusto edificó dos: una en el Palatino y otra en el pórtico de Octavia, *et sic de cœteris*. En el siglo IV había en Roma no menos de veintiocho bibliotecas.

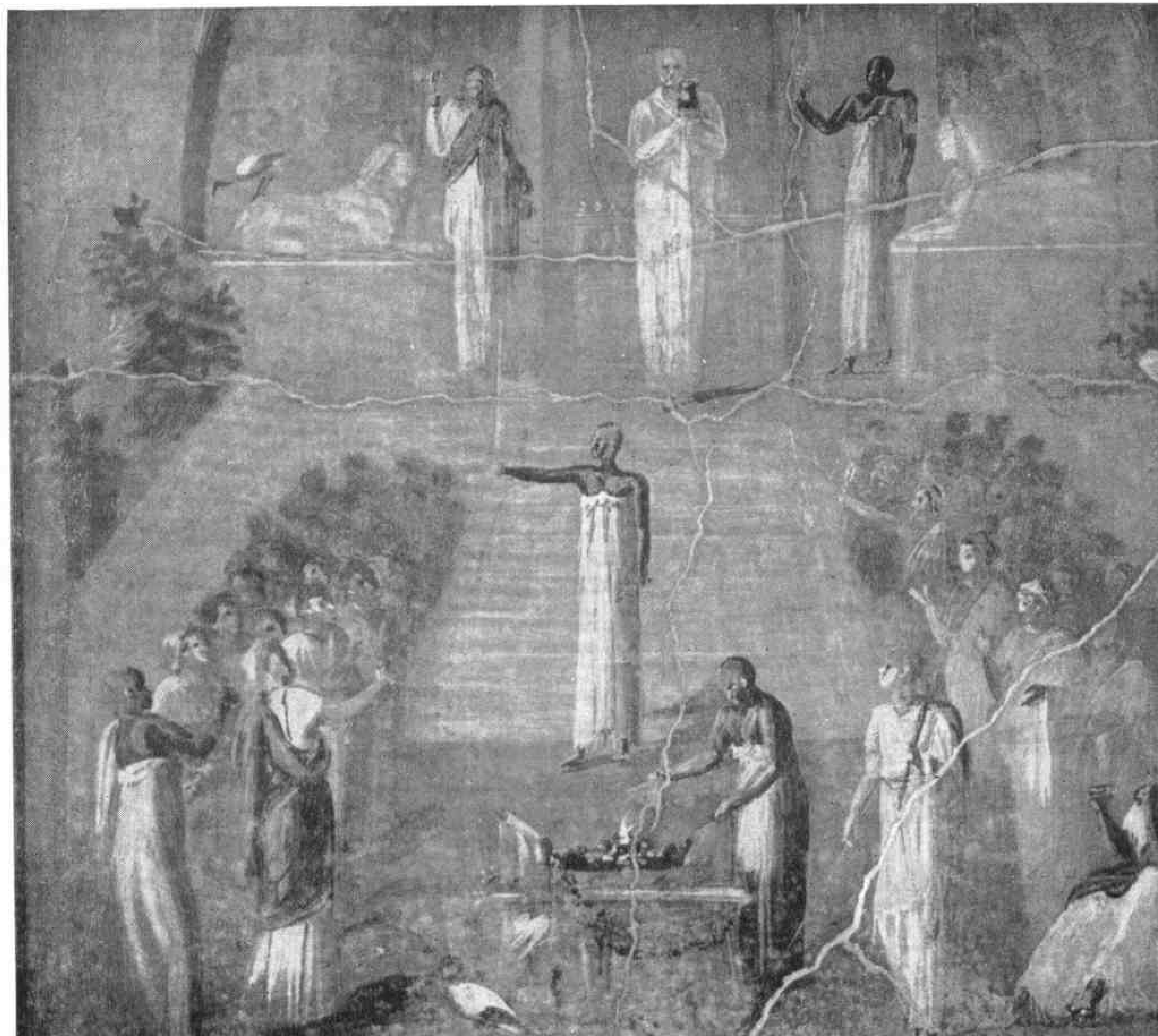
El lector preguntará: ¿Y los negocios? Ya hemos dicho que la mayor parte de ellos estarían en manos de libertos, o esclavos, que desempeñaban los servicios técnicos en representación del amo. Los romanos no tenían tradiciones de comercio, pues Roma fue, hasta las guerras púnicas, un pueblo de agricultores; industria no la ha tenido nunca. El mejor producto que Italia exporta hoy con el calificativo de *romano* es el famoso queso de oveja del Lacio, que ya llevaban

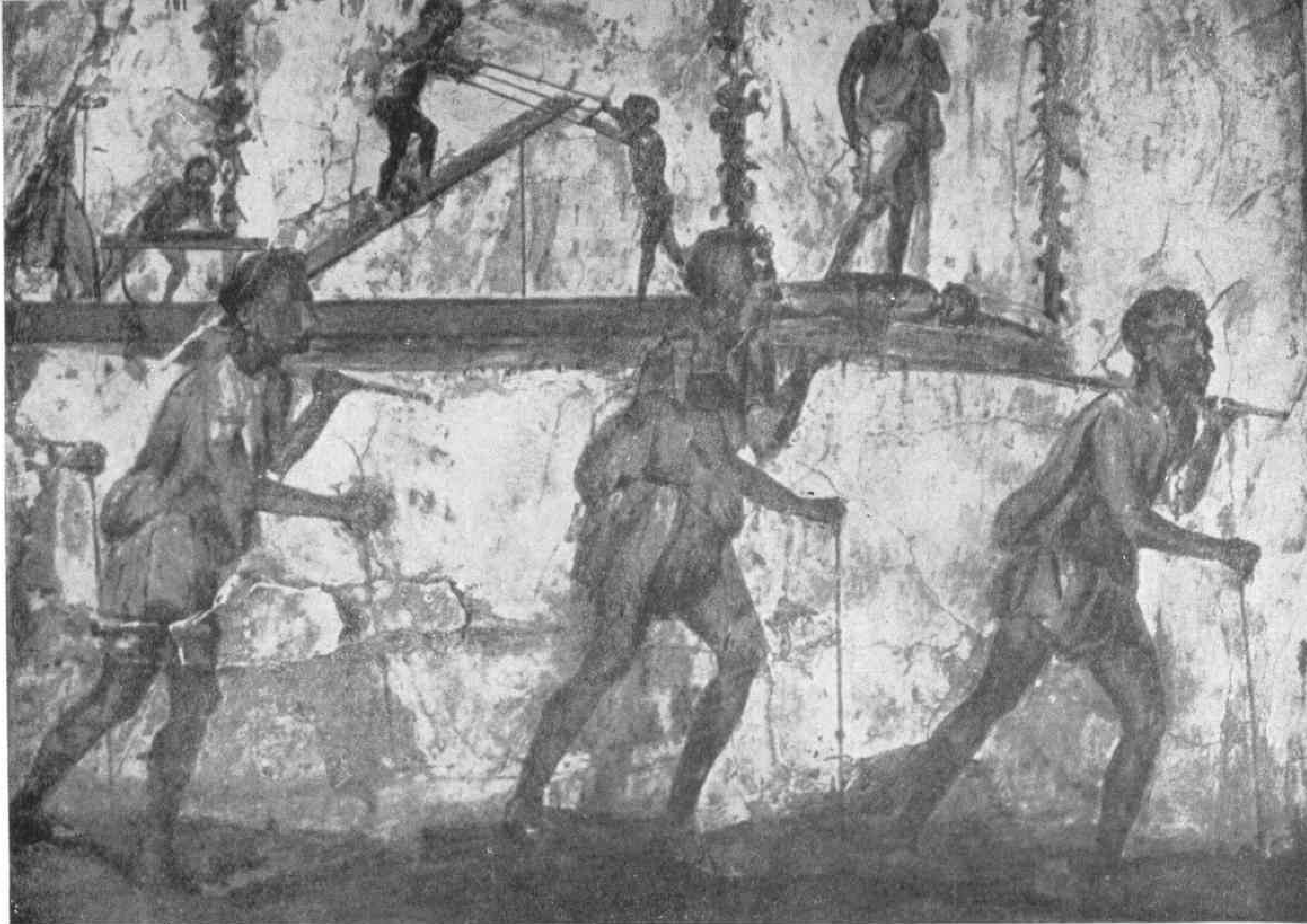
consigo los legionarios de Trajano como su principal alimento.

En los dos últimos siglos de la República el cobro de contribuciones en provincias se arrendó a sociedades que obtuvieron ganancias enormes. Pero ni esta práctica de asociarse los *publicanos* para una cosa tan importante como era pagar y cobrar el tributo de una provincia desarrolló en Roma las que hoy llamaríamos sociedades anónimas. Hubo *sociedades,* y la ley romana señala las condiciones para formarlas y disolverlas, entre un número limitado de socios responsables. Acaso los jurisconsultos romanos sentían prejuicios contra la propiedad colectiva, en abstracto. El hecho es que si bien la *persona,* como grupo de individuos sujetos a obligaciones y derechos comunes, aparece en el Derecho romano, su acción es limitadísima y tiene que ser resultado de una concesión. Por lo general, los *mercatores* romanos debían entenderse sólo con los miembros de la familia; los hijos y nietos jóvenes podían actuar como corresponsales, mientras el *pater familias* y el hijo mayor dirigían las operaciones desde Roma. La misma posición central en el Mediterráneo, que había hecho fácil el Imperio, había de facilitar la transformación de Roma en mercado de intercambio de los productos del mundo. No se necesitaba ser un águila del comercio o de la banca para traficar con éxito en la Roma del tercer siglo. Al puerto de Ostia llegaban las naves de Fenicia con tejidos y alfombras, las de Siria con vidrios y joyas, cerámica de la Galia, vino y aceite de España, trigo de Egipto y Sicilia, etc.

En uno de los episodios de su novela, Petronio presenta a un tal Trimalción, cuya vida cuenta así: empezó siendo esclavo, ganó la confianza de su amo, y éste, al morir, le dejó un legado respetable. Con su fortuna, Trimalción importó vino del

Cofrades de Isis. Fresco de Pompeya.





Los maestros carpinteros llevando en andas el modelo o paso de su oficio.

Africa, perdió, pidió prestado, ganó, y al final de su vida, gordo, grosero, vivía en su hacienda de Campania, prestando dinero con buena garantía. El mal gusto de este nuevo rico es lo que hace más graciosa la novela de Petronio; no diremos que Trimalción sea el tipo del perfecto romano, pero sí que había muchos Trimalciones en Roma al concluir el siglo III.

No es de extrañar, pues, que en cuanto podía, se escapara el romano de la ciudad. Hasta Augusto quiso morir en la pequeña casa de Nola, donde había nacido. Horacio habla de su *finquita* como de un paraíso. Marcial tenía también una casa de campo que le había regalado Plinio. El mismo Plinio describe sus villas en diferentes puntos de Italia. La villa suburbana vino a ser un lujo a veces extravagante, ya al final de la república. Cicerón pasó apuros para mantener varias villas, con una instalación especial para amos y esclavos en cada una de ellas. Las villas de Hortensio y Lúculo han mantenido su renombre hasta nuestros días.

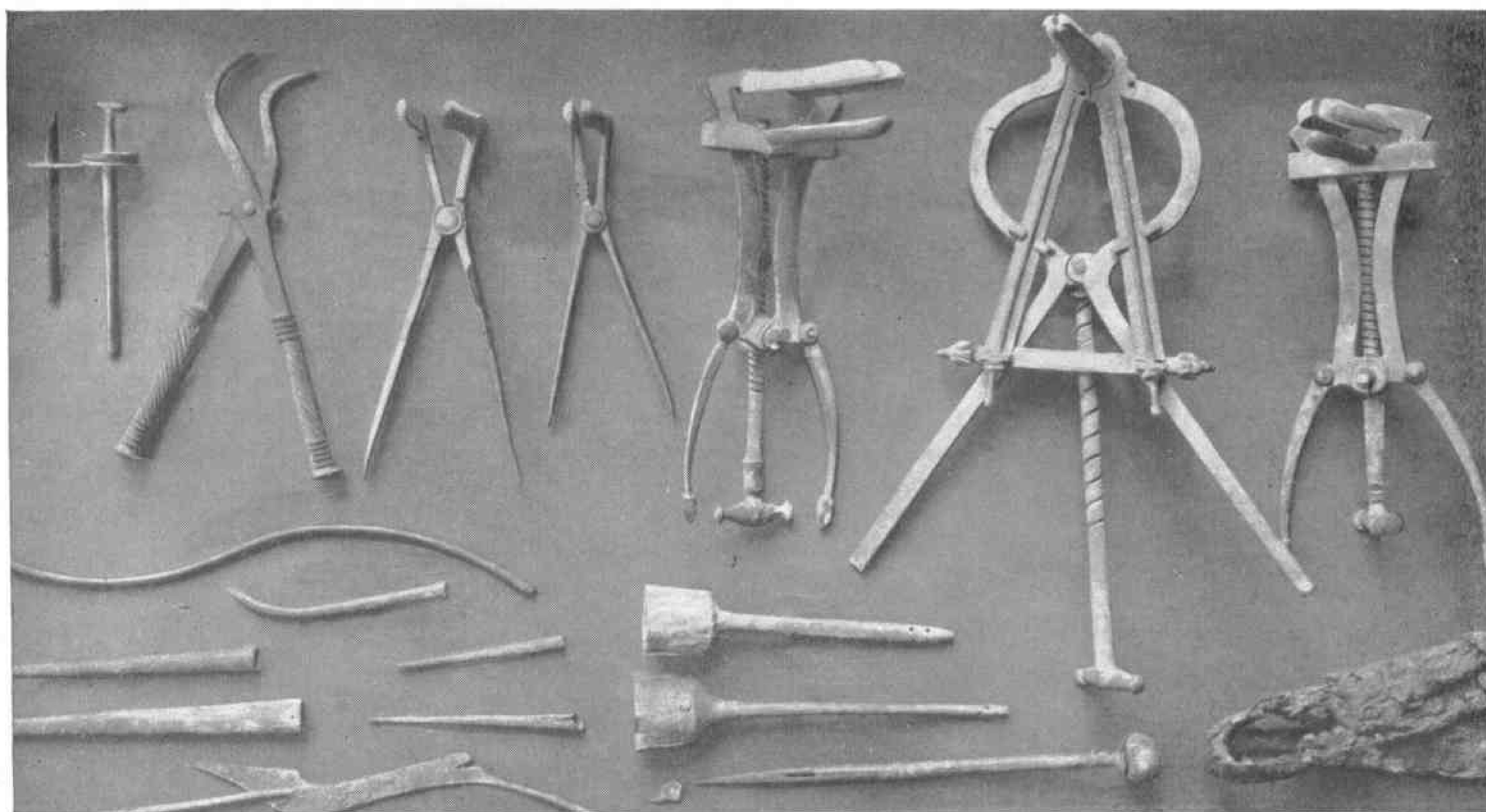
Todavía hoy los habitantes de Roma que no poseen una villa fuera de la ciudad (y muchos de ellos, aunque pequeña, la tienen), salen al campo para prevenir la malaria, *romper el aire,* como ellos dicen. Además, el romano de la decadencia encontraba todavía en uso, entre la gente rural, las antiguas costumbres y tradiciones republicanas, que le recordaban los días lejanos en que sus antepasados eran también labradores. En las casas de sus colonos veía practicar aún los ritos prehistóricos de los *manes* y *lemures,* o espíritus propicios o contrarios, y sobre todo la *lustración,* que hoy llamaríamos bendición de los campos. En mayo, cuando los prados estaban en pleno cultivo, se les protegía recorriendo en procesión los vastos límites de la finca. Esta línea sagrada se hacía inviolable con plegarias y sacrificios; la procesión se detenía para inmolar una víctima en cada mojón, y así se prevenía la entrada de los espíritus malignos. Catón nos ha conservado la fórmula sacramental, cuyo objeto es conjurar la en-

fermedad, la sequía y las calamidades. Se invoca también a Marte, un antiguo dios romano. Por esto las *Geórgicas* de Virgilio empiezan así: *In primis venerare deos...*

Después de una existencia consagrada a la administración de su hacienda y la del Estado, llegaba el romano al término de su vida. Como es natural, hacía lo posible para prolongarla y acudía al médico. Al principio, los médicos de Roma fueron casi todos orientales y para que se establecieran en ella se les daban facilidades para obtener los derechos civiles. Plinio ha conservado una cantidad considerable de recetas, que resumen la ciencia médica de su tiempo. Por lo que de ellas se desprende, la medicina había avanzado muy poco desde Hipócrates, pero, en cambio, debían de haberse hecho progresos notables en cirugía; los instrumentos quirúrgicos encontrados en Pompeya revelan la pretensión de llevar a cabo las que hoy llamamos *grandes intervenciones.* Galeno, la mentalidad más elevada de la medicina del siglo II, era natural de Pérgamo y había hecho su práctica en el anfiteatro de aquella ciudad. El paso de Galeno por Roma hizo furor: en un verano trató a cuatrocientos enfermos graves.

Pero, con pocas excepciones, la medicina debía de ser puramente empírica. Galeno nos pone en guardia respecto a los médicos que no saben leer. Marcial se queja de que, un día que estuvo enfermo, el médico llegó a su casa acompañado de cien estudiantes, que todos le tocaron con sus manos frías, y a ello debió un nuevo ataque de fiebre.

Cada legión del ejército tenía un cirujano, y cerca de los campamentos había hospitales, cuya disposición revela cierto plan de ventilación e higiene. El hospital de Roma estaba en la isla del Tíber. De algunos médicos se dice que curaban *a veces* a sus enfermos. Un tal Musa se hizo famoso porque curó a Augusto con su tratamiento de baños fríos, pero este mismo remedio mató a otro enfermo ilustre. Lo



Instrumentos de cirugía mayor hallados en Pompeya.

mejor, pues, era hacer testamento y dar disposiciones para el entierro. La legislación romana no olvidaba ningún detalle en materia testamentaria. Los locos, los mudos, los esclavos, los menores de edad, los prisioneros de guerra, no podían testar. Las mujeres, en un principio, tampoco podían hacerlo sin consentimiento del tutor; después adquirieron este derecho sin restricciones.

Es imposible dar aquí ni siquiera un extracto del complejo procedimiento que regulaba las maneras de testar según el Derecho romano. Muchas de ellas todavía están vigentes. Pero algunas prescripciones de la ley romana en materia de testar reflejan tan exactamente la mentalidad de Roma, que no podemos dejar de mencionarlas. Por de pronto, con la institución del heredero, o herederos, se consigue traspasar los derechos y obligaciones de la persona difunta a otra que será igualmente responsable. El muerto vive jurídicamente en su heredero; éste tiene que hacerse cargo del pasivo, lo mismo que del activo, del difunto. A veces las deudas eran mayores que el activo: *herencia dañosa,* y era peor todavía porque los herederos, los *suyos* o miembros de la familia, que estaban bajo la potestad del difunto, no podían renunciar a la herencia. Tampoco podían renunciarla los esclavos. Alguna vez se nombraba heredero a un esclavo para que la quiebra no desacreditase a la familia; el esclavo, como los *suyos,* tenía que aceptar. Sólo los herederos *extraños* podían renunciar a una herencia en el término de cien días; en este caso se consideraba como si el difunto hubiese muerto intestado, y la ley proveía automáticamente quién debía ser el sucesor. El orden de sucesión era el siguiente: primero los *suyos;* hijos y nietos. A falta de éstos, los consanguíneos, llamados *agnati;* a falta de éstos, los *gentiles,* o de la misma gente, de cualquier grado que fuesen; y, por fin, ¡la viuda! Esto resulta muy duro, pero si recordamos que la esposa sin *manus* del marido no era más que un huésped, no podía esperar de la ley mucho mejor trato.

Tal era la identificación del heredero con

Ruinas del foro de Pompey

la persona difunta, que, al principio, los bienes del uno y del otro no podían separarse. Así podía ocurrir que el difunto fuese solvente y el heredero no lo fuera; aun en este caso tenían tanto derecho a la herencia los acreedores del heredero como los acreedores del difunto, lo que era injusto, aunque fuese legal. Por esto se dispuso que los acreedores del difunto pudieran pedir la *separación de bienes,* para que las deudas de aquél se mantuvieran separadas de las del heredero.

Respecto a enterramientos, en los primeros siglos de la República solía depositarse el cadáver, con su reducido ajuar funerario, en una tumba, donde se suponía que el difunto continuaba su vida, aunque no análoga a la que había tenido antes de morir. Se tomaban precauciones para que el muerto no sufriera necesidad. Los banquetes funerarios, repetidos nueve días después *(cœna novemdialis)* y cada año en el aniversario, tenían por objeto facilitar al difunto alimentos que él absorbía a su manera. En un día de mayo, fiesta *rosalia,* solían adornarse las tumbas con rosas. Los epitafios aluden a estas fiestas y decoraciones; la idea del vino, que intensificaba la energía vital, da motivo para decorar sarcófagos con relieves de vendimia. No, el muerto no era totalmente polvo; subsistía algo de él en un mundo subterráneo, pero que tenía algún acceso al mundo exterior. Nuestra exclamación: «¡Séale la tierra ligera!», fue usada ya por los romanos y quiere indicar una sensación de peso para el cuerpo. Los sepulcros estaban a lo largo de los caminos, para que los difuntos participaran del tumulto del tránsito. Algunos epitafios decían: «¡Adiós, tú que vives en el mundo!» ¿Dónde *vivían,* pues, ellos, los muertos?...

Hacia el siglo III antes de J. C. es evidente que, con la introducción de la mitología



griega, las cosas se complican. Los romanos empiezan a creer que, además del alma, *ánima*, *ἄνεμος*, o viento, que se escapa del cuerpo al exhalar el último suspiro, había todavía la sombra, *umbra*, que pasa entonces a habitar una región subterránea. Veamos primero las almas. Una multitud inmensa de estos soplos o almas vagaba incesantemente por el aire; intangibles, invisibles, a lo más se distinguían a veces cerca de las tumbas como niebla o humo; ésta era la caterva indeterminada de los *manes*, siempre en plural, para significar su vaga individualidad. Difícilmente se veía un aparecido, pero los *manes* continuaban ayudando a sus deudos o parientes con revelaciones y sueños. Si les forzaban con brujerías, o los cadáveres estaban mal enterrados, entonces los *manes* se convertían en molestos enemigos que daban prueba de extremada ferocidad.

Esto por lo que toca a las almas. Las sombras, como dijimos, bajaban al mundo subterráneo. Ovidio dice: «Las sombras vagan



Ascensión de Sabina, esposa de Adriano.

sin cuerpo, sin sangre, sin huesos; algunas se reúnen en el Foro, otras continúan sus oficios, imitando su antigua manera de vivir.» El epitafio de un esclavo nos entera de que continúa trabajando en el infierno, como había trabajado en la tierra. Virgilio nos presenta las sombras de los bienaventurados que se distraen cantando, pensando en sus armas, jugando a carreras de carros.

La topografía de este reino de ultratumba nadie consiguió precisarla bien. Se llegaba, por las grietas de la tierra, hasta las orillas de la Laguna Estigia. Cruzada ésta, en la barca de Carón, se sufría el juicio de los jueces infalibles, Minos y Radamanto. Los condenados eran precipitados al Tártaro, rodeado de un río de fuego, el *Periflegetón*. A los bienaventurados les era permitido entrar en los Campos Elíseos, de prados floridos e irisada luz.

En el siglo II antes de J. C. se hace frecuente en Roma la cremación del cadáver, practicada antes sólo por algunas familias ilustres. Esto señala ya un cambio trascendental en las ideas acerca de la vida futura, y la filosofía estoica, introducida en Roma por esta época, nos explica el porqué de la adopción del nuevo sistema crematorio. He aquí cómo discurre Cicerón en el *Sueño* de Publio Escipión, en que le sorprende hablando con su abuelo, el Africano:

« — ¿Pero es que tú, mi padre, y otros, que creemos muertos, realmente viven? — dice Escipión a su abuelo.

» — Ellos viven tras haber escapado de las cadenas del cuerpo, como uno que ha salido de la cárcel. Lo que creéis que es vida en la tierra, no es más que una manera de morir... Los hombres poseen un alma, que es una partícula del eterno fuego que llamáis estrellas y constelaciones... Considera tu cuerpo, no tu alma, como mortal. No es tu forma exterior lo que constituye tu ser sino tu mente; no la materia, que puedes tocar, sino tu naturaleza espiritual. Aprende a conocer que eres un dios, porque tiene que ser dios quien piensa, siente, recuerda, prevé y regula el cuerpo, como el Supremo Monarca reina en el mundo, que está sujeto a su plan.» Así habla Cicerón por boca del Africano, no sabemos si enteramente convencido.

Pero la filosofía estoica de la escuela de Posidonio, que es la que había llegado a Roma, insistía en que, de acuerdo con la *moderna* ciencia de su tiempo, los astros todos giraban en cielos concéntricos. Las almas, que ya hemos dicho eran fuegos, o vientos, al salir del cuerpo, por su etérea densidad, flotaban primero en el cielo de la luna, que era el inmediato a las nubes. Algunas no pasaban de aquí; los vapores de la tierra, llegando al cielo lunar, nutrían las almas, que eran cuerpos gaseosos y redondos, como las estrellas. Pero otras, en esta esfera de la luna, se purificaban más y más, hasta ser atraídas a la esfera del sol, fuente del conocimiento y la razón. Las doctrinas de los pitagóricos explicaban, por un procedimiento análogo, así el fenómeno del naci-

miento como el progreso del alma después de la muerte. El alma en su origen era una estrella, una chispa del sol. Para nacer con su envoltura terrestre, el alma tenía que pasar a través de los cielos de los planetas, adquiriendo en cada uno de ellos algo de su naturaleza mortal. Al morir, regresaba a su celestial origen por el mismo camino: en el cielo de la Luna se despojaba de su última envoltura de materia, en el cielo de Mercurio perdía el deseo de posesión, en el de Venus sus instintos carnales, en el de Marte su furor bélico, en el de Júpiter su ambición y en el de Saturno su pereza. De esta manera, desnuda, libre, llegaba al último cielo con una esencia sublimada, propia para su eterna bienaventuranza. No sabemos hasta qué punto estas ideas de una vida astral, después de la muerte, se hicieron populares. Coincidían en ella varias escuelas filosóficas: neoplatónicos, pitagóricos, estoicos, y también muchos cultos orientales que empezaban a tener prosélitos por todo el mundo romano. Epitafios, textos y monumentos parecen indicar una gran difusión de esta fe, o por lo menos de esta esperanza, hacia la mitad del segundo siglo. El nuevo rito de incineración facilitaba el ascenso del alma hacia el *Deus* Sol. El culto al emperador hacía casi indispensable la vida de ultratumba. Si el emperador ascendía hasta confundirse con el dios solar, ¿por qué sus súbditos no podían ser, por lo menos, unas estrellas? Especialmente los héroes, los grandes hombres de Estado, no podían morir: el Dios que gobierna el mundo encuentra placer en los reinos bien gobernados; los que sirven honradamente al pueblo, sirven a Dios, éste no puede olvidarlos... Así hablaba Cicerón, tal vez por interés personal, puesto que él había sido cónsul. Se ponían ejemplos: ¿No son ahora Cástor y Pólux dos luminares magníficos en el cielo estrellado? ¿Hércules y Perseo no están en los cielos, y Prometeo en el Tártaro?

Existían ciertas dificultades históricas, geográficas y físicas que repugnaban a los espíritus críticos. Por ejemplo, el cielo del Sol estaba antes que los cielos de Júpiter, Marte y Saturno. ¿Cómo iba el alma hasta allí? Unos decían que por su propia densidad, otros con el carro del Sol, que raptaba a sus escogidos; para otros, genios al servicio de los dioses conducían al alma en su itinerario purificador.

No había aún ningún dogma establecido y mantenido firmemente por un cuerpo sacerdotal y, en tales condiciones, por muchos deseos que tenga el alma humana de gozar

Altar de Mitra en Dura-Europa, en el Eufrates.



una vida inmortal, los absurdos no podían prevalecer.

Cicerón, Séneca y Juvenal se muestran agobiados por la duda. Séneca, en su tragedia *Tróada,* lanza esta blasfemia: «El que pone los pies en las aguas del río de la muerte ha cesado para siempre de existir. Como el humo que sube y se deshace en el aire..., igualmente nuestro espíritu, que anima y regula nuestro cuerpo, se deshará también. Después de la muerte no hay nada; la muerte es la nada...»

El escepticismo descarado se revela también en los epitafios. Un escéptico dice así: «He vivido no creyendo en nada más allá del sepulcro.» Pero la misma irritación con que hablan estos descreídos hace comprender que vivían rodeados de gentes con una fe que les exasperaba. Otro epitafio dice: «No hay infierno, ni Caronte, ni Cerbero. Los muertos no somos más que huesos podridos.» Un epitafio, que se hizo popular, repite como una oración: «No era y fui. Fui y ya no soy. Esta es toda la verdad, lo demás es mentira.» En otro, mostrando cierto enojo, se añaden al «fui y ya no soy» estas palabras: «Vosotros que vivís, comed, bebed y alegraos.»

Pero acaso la más terrible condenación de esta fe clásica en la inmortalidad del alma es la que formula el viejo Plinio en su *Historia Natural.* Ha hablado del mundo, de los animales y las plantas, del hombre, de su anatomía y capacidades físicas, y por fin llega al punto de tocar el problema de la muerte. El gran naturalista (pues hay que llamar así al viejo Plinio) escribe malhumorado estas desconsoladoras palabras:

«Todos los hombres, después de su última hora, vuelven a ser lo que eran en un principio, y después de la muerte no hay más sensación en el cuerpo y en el alma de la que había antes de nacer. Pero nuestra vanidad nos lleva a desear una vida futura y mentirosos engaños nos hacen presumir



Apoteosis de un emperador romano. En la parte inferior, el carro fúnebre con la efigie; detrás, el carro del Sol, junto a la pira que ha de quemar el cadáver. Más arriba, los genios del Sueño y de la Muerte arrebatan al emperador al cielo solar, figurado por los signos del Zodíaco, y allí lo reciben sus antepasados.



Ascensión al cielo solar de Antonino y Faustina al salir del crematorio de los emperadores en el Campo Marzio. El genio del lugar los contempla apoyado en el obelisco que allí había, y la diosa Roma les saluda al partir.

otra existencia después de la muerte. Unos insisten en la inmortalidad del alma, otros en la transmigración, otros creen que los espíritus viven en el reino de las sombras y divinizan a aquellos que han dejado de existir. ¡Como si la manera de originarse el hombre fuera diferente de la manera de procrear otros animales, cuya vida es más larga que la del hombre, y para la que nadie ha sospechado la inmortalidad! Porque, decidme: ¿Cuál es la substancia del alma si queremos examinarla? ¿En qué consiste? ¿Dónde está el lugar de ella? Y si no tiene materia ni lugar, ¿cómo puede actuar, ni de qué provecho nos es? ¿Dónde está la residencia de las multitudes de almas que ha habido desde el origen de las edades?... Pero todas estas lucubraciones no son sino meras locuras de niños y de mortales vanidosos que están deseosos de vivir eternamente. ¡Afuera, pues! Acabemos definitivamente con la tontería de suponer que la vida vuelve a comenzar después de morir. Esta agradable ilusión destruye lo mejor de la vida humana, que es la muerte...»

Y después de esta maldición continúa el gran Plinio su enorme trabajo de inventariar todo lo que se sabía de ciencias naturales en su tiempo. Era un romano, casi no podía hablar de otro modo, pero el Imperio, hacia el final del segundo siglo, significaba ya bastante más que Roma e Italia, y

hasta los espíritus más liberales debían sentirse fuertemente influidos por aquellas nuevas creencias que con tanta insistencia susurraban en sus oídos. Pocos años después de haber dictado Plinio su sentencia, el emperador español Adriano, a quien no se puede tildar de supersticioso, en su lecho de muerte compuso unos inspirados versos que dan una idea clara del estado de los espíritus superiores al final de la época clásica. Adriano murió poetizando sus dudas y esperanzas en estos términos:

¡Alma querida, ingrávil compañera,
De mi cuerpo inquilina pasajera!
¿Adónde irás ahora? ¿En qué pararán, di,
Alma pálida, helada, incierta y ligera,
Los placeres de que gocé por ti?



Mitra tauróctono degollando el toro solar.



